REVISTA

DE

SANTIAGO.

FANOR VELASCO I AUGUSTO ORREGO LUCO

DIRECTORES

TOMO I

1872

SANTIAGO

IMPRENTA «NACIONAL» CALLE DE LA MONEDA NÚM. 46

1873

INDICE

DEL TOMO I.

1872

HISTORIA POLÍTICA, ECLESIASTICA, LITERARIA

El Templo de la Compañía de Jesus de Santiago de Chile: por Miguel Luis Amunátegui..... 49
Los Apóstoles del Diablo: por id..... 182
Don García Hurtado de Mendoza i don Alonso de Ercilla: por id... 248
Orijenes de la imprenta en la América española: por id..... 353
Introduccion de las representaciones teatrales: por id..... 433
El establecimiento del teatro en Chile: por id..... 481
Carácter político i social del teatro en Chile: por id..... 561
Las primeras composiciones dramáticas: por id..... 647
El primer periodista de Chile: por id..... 289
El pueblo i puerto de Quintero: por Francisco Solano Asta-Buruaga..... 518
Don Mariano Torrente: por Diego Barros Arana..... 161
La monja Alférez: por id..... 225
El primer cónsul estranjero en Chile: por id..... 399
Don Juan Manuel Pereira de Silva: por id..... 460
Apuntes para la historia del arte de imprimir en América: por id... 596
Don José Miguel Carrera: por id..... 673
Cuba i Puerto Rico: por Eujenio María Hóstos..... 29,97
Las riquezas de los antiguos jesuitas de Chile: por Diego Barros Arana..... 713, 833, 933, 998
Ercilla i el descubrimiento de Chiloé: por Francisco Vidal Gormaz.. 540

Los Precursores de la independencia de Chile por Miguel Luis Amunátegui: por Gaspar Toro 107, 195
Francisco Bilbao, a propósito de las publicaciones de don Zorobabel Rodríguez i don E. de la Barra: por Augusto Orrego Luco.. 730
La Soledad, de Augusto Ferran: por Gustavo Adolfo Bécquer..... 884
Historia de la fundacion de Bolivia, de don Jorje Mallo.—Breve resúmen de las lecciones sobre historia de Bolivia dadas por don Luis Mariano Guzman.—Ajuste de Piquiza.—El jeneral don Pedro Blanco i los sucesos políticos de 1828.—Biografía del jeneral Pedro Blanco: por G. R. M..... 949

BIOGRAFIA

Don Rodulfo Amando Phillippi: por Miguel Luis Amunátegui.... 121
Un tipo yankee (Samuel Houston): por Joaquin Blest Gana...506, 585
Salomon de Caux: por Abraham Koenig..... 263
Don Benjamin Vicuña Mackenna: por Moises Vargas..... 609
Don José Joaquin de Mora: por Miguel Luis Amunátegui. 749, 815
857,..... 972
Plácido: por Eujenio M. Hóstos..... 902
La juventud de lord Byron: por Augusto Orrego Luco..... 919

POESIA

El Deber: por Domingo Arteaga Alemparte..... 472
El lecho de hojas verdes: por Eduardo de la Barra..... 342
¿Amistad?: por Jorje Isaacs..... 96
Ultimos momentos de Cristóbal Colon: por Guillermo Matta.... 67
Salmos del libre pensador: por id..... 671
El anillo de Polícrates: por Manuel Antonio Matta..... 134
A la poetisa señora Jertrúdis Gomez de Avellaneda: por Rosario Orrego de Uribe..... 65
A la noche: por id..... 209
La madre: por id..... 340
A una jóven loca de pesar: por id..... 535
Insomnio: por id..... 607
Un canto de fiesta de Neron: por Ramon Francisco Ovalle..... 615

Amor: por Victor Torres 413
Mis mujeres: por Adolfo Valderrama 143, 211
El trabajo: por id 706
A una poetisa: por Rosario Orrego de Uribe 784
Hostia: por Guillermo Matta 786
Canciones (Recuerdos de Enrique Heine): por Augusto Ferran 848
El epitafio de la niña: por Ruperto Murillo 882
Siempre contigo: por Jorje Isaacs 958
A la razon: por Adolfo Valderrama 994
El Eden del corazon: por Julio Arboleda 1009
L'Eden del cuore: por Giaccomo Brizzi 1011

ARTES

Una visita artística: por Vicente Grez 448
Antonio Smith: por id 666
La Estátua de O'Higgins: por Pedro F. Lira 137
La Esposicion de 1872 (Pintura, escultura, grabado, litografía i dibujo): por Pedro F. Lira 871
En el taller de P. F. Lira: por Vicente Grez 988

MEDICINA

Algunos apuntes sobre los baños de Cauquénes (comunicacion a la sociedad médico quirúrjica): por Adolfo Murillo 963
El dolor: por Adolfo Valderrama 325, 383

MISCELÁNEA

(novelas, leyendas, tradiciones.)

La tumba de Pizarro: por Eduardo de la Barra 41
La Jigantolojía: por id 81, 146
El Misti: por A. de la E. Delgado 344
El peor enemigo de lo bueno es lo mejor: por Miguel Luis Amunátegui 32
Prácticas parlamentarias: por Demetrio Lastarria 73
Estimulantes: por Eujenio María Hóstos 243
Apolojía del Asno: por Joaquin Larraín Z. 631
El Anónimo: por Valentin Murillo 370

Venecia (novela de Disraeli): estracto por Augusto Orrego Luco 2, 70
152, 214, 271, 414, 476, 546..... 692
¡Pues bonita soi yo, la Castellanos!: por Ricardo Palma..... 63
El Demonio de los Andes: por id..... 453
Elaina (leyenda de Tennisson): traducida por M. B. B.....766, 798
Ignacio Pirovano (años de juventud): por Eduardo Wilde..... 788
Iglesia me llamo: por Ricardo Palma..... 877
Palabras: por Eujenio M. Hóstos..... 777
Pepe Bandos (apuntes sobre el virei marqués de Castel--Fuerte): por
Ricardo Palma..... 966
La travesía (cuento de Topffer): traducido por M. O. L..... 1014

ACTUALIDADES NACIONALES.

(revista política i literaria)

Miradas retrospectivas: por Fanor Velasco..... 36
Revista de la quincena por id. 88, 158, 222, 282, 348, 428, 554, 852,
959,..... 1031

LA REVISTA DE SANTIAGO.

LITERATURA, ARTES I CIENCIAS.

DIRECTORES:

FANOR VELASCO,—AUGUSTO ORREGO L.

SANTIAGO, MAYO 1.º DE 1872.

NUESTROS PROPOSITOS.

Al dar a luz la Revista de Santiago tenemos en mira la satisfaccion de una necesidad sentida desde hace tiempo. Los hombres de espíritu ilustrado i liberal lamentan la ausencia de una publicacion que sea el reflejo de los progresos intelectuales del país. En Chile hai individuos que piensan, que estudian i que meditan, i que no pueden llevar el fruto de sus pensamientos, de sus estudios i de sus meditaciones ni a las ardientes columnas de la prensa diaria obligada a disparar al vuelo sobre las cuestiones del instante, ni a las pájinas naturalmente esclusivistas de una prensa periódica consagrada a la propaganda i la difusion de ideas que no todos aceptan i que no profesan todos.

Sin hacerla por eso ni campo de polémica ni sala de esposicion, ofrecemos a todas las opiniones la publicidad de la Revista. Su Direccion, creemos que no hai necesidad de espresarlo, adora en el altar de la libertad, i solo a ella quema incienso. Por su parte, nuestros amigos, cualesquiera que sean las distancias que les separen, rinden tambien un culto unánime i sincero a las conquistas del espíritu i al resplandor de la verdad. Bajo este aspecto no habrá en nuestra publicacion contrastes chocantes de sombras i de luz. Habrá cuando mas matices diferentes que ofenderán mui poco la uniformidad del cuadro.

Literatura, artes i ciencias se lee al frente de la Revista. Creemos que las promesas desmesuradas i los árboles jigantezcos producen frutos microscópicos, i hemos querido evitar un programa pomposo tratando al mismo tiempo de adoptar un le-

ma bastante elástico que pudiera dilatarse o estrecharse segun nuestros recursos i segun las circunstancias. Bajo ese rubro comprenderemos la poesía, las costumbres, la crítica, la bibliografía i ¿por qué no decirlo de una vez? tambien comprenderemos la política, pero la política que sepa sustraerse a la impetuosidad de las pasiones para situarse en las rejiones mas serenas de la observacion i los principios.

Si nuestros amigos, como no podemos dudarlo, nos cumplen su palabra, tendremos el pensamiento nacional traducido por sus órganos mas dignos. Si carecemos de colaboradores en las demas repúblicas de Sud América i si no los hemos solicitado, poseemos en cambio sus artículos, sus periódicos, sus libros que examinaremos siempre con toda nuestra atencion, con todas nuestras simpatías i con toda nuestra buena voluntad. La parte bibliográfica será pues una de las secciones mas importantes de la Revista, para lo cual contamos con compañeros cuyas vijilias no serán estériles i cuyos trabajos no se limitarán únicamente al estudio del desarrollo del continente americano.

He ahí nuestro programa espuesto sin humildad i sin pretensiones, con toda verdad i con toda sencillez. Como decíamos al principio, creemos que la Revista responde a una necesidad que en mas de un lugar i en mas de una ocasion se nos habia hecho sentir. Si realmente esta necesidad no existe, podremos conocerlo con prontitud. En este caso, no tema el público una insistencia fastidiosa i abrigue la seguridad de que sabremos despedirnos oportunamente.

Los directores.

VENECIA.

(novela por lord disraeli.)

El estraño aislamiento en que vivimos con respecto a la literatura inglesa hará que muchos por primera vez lean el título de este libro i el nombre de este autor. I sin embargo, la obra que tenemos a la vista une al interes de un drama apasionado i puro el interes no ménos vivo de ser la vida de lord Byron la que presta tanta animacion a sus pájinas.

Dar a conocer la obra mas delicada i poética de Disraeli, se-

guir en su atrevido vuelo a uno de los mas vigorosos escritores del siglo, como sigue el aldeano con la vista el águila que vuela por los cielos, es todo lo que nos hemos propuesto al escribir este artículo.

Renunciando por completo a toda pretension literaria i encerrándonos en la modesta esfera del bibliógrafo, principiaremos por desarrollar el drama tomando del orijinal no solo palabras i frases aisladas, sino tambien escenas íntegras. Queremos dar a conocer un libro i no darnos a conocer nosotros mismos.

I.

Diez años ántes de que la revolucion americana separara la Inglaterra de sus colonias, se veia en una de las provincias meridionales el castillo de los Herbert que no habia sido visitado hasta esa epoca desde que fueron desterrados los Estuardos. Era un edificio antiguo, de piedra, levantado sobre una jentil colina en el centro de un inmenso bosque. Esta pintoresca i secular mancion era entónces habitada por Lady Annabel Herbert i su hija Venecia, niña entónces. Hacia siete años que ambas vinieron a buscar las retiradas sombras de Cherbury donde vivian solas, la una para la otra; la madre educaba a su hija, i la hija interesaba a la madre por su ternura, el desarrollo de un espíritu nada comun, el atractivo de su gracia i el jugueton encanto de su jénio. Lady Annabel todavia era jóven i mui interesante; era pues estraño que con todos los brillantes atractivos del nacimiento, la belleza i la fortuna, se hubiera en la mañana de la vida, retirado a un oscuro rincon, sin ser de nadie personalmente conocida, sin ninguna relacion, ningun vecino. Los aldeanos la creian viuda, i era imposible penetrar mas allá, si se queria satisfacer curiosidades. Todos los sirvientes habian sido tomados en Cherbury, exceptuándose la señorita Pauncefort, dama de llaves que guardaba en todo un sepulcral silencio.

La belleza de la jóven Venecia no era el presente hereditario de su hermosa madre. Lady Annabel no le habia dado ese pelo negro que jugueteaba por sus hombros, ni el ojo oscuro en cuyas miradas infantiles se presentian los sueños de la juventud, ni esa nariz pequeña que daba tan altiva espresion a su fisonomia que todavia nunca habia reflejado el orgullo; ni habia recibido de su madre la figura radiante que deslumbra con su brillo como un ánjel alado de Rafael o del Corregio. La madre, tan bella como triste, pudiera compararse con una noche estrellada, i la hija con un dia brillante.

Era dulce i suave la mañana en que Lady Annabel con su hija salieron a respirar el aire perfumado con las violetas; i aun-

que principiaban a desaparecer las primeras rosas, sus hojas salvajes i delicadas todavia parecian pintorescas i felices.

—Mamá, dijo Venecia, esta es la primavera?

—Es la primavera, hija mia, respondió Lady Annabel, ¡Hermosa primavera! El año es jóven i feliz como mi hija.

—Si Venecia es como la primavera, mamá es como el verano, contestó la niña, i la madre sonrió. I no es el verano jóven i feliz? continuó Venecia.

—No es tan jóven como la primavera, dijo Lady Annabel mirando a su hija con ternura, i temo que no sea tan feliz.

—Pero es tan bonito!

—Pero no es la hermosura la que nos hace felices. Para ser felices debemos ser buenas.

—Soi buena? preguntó Venecia.

—Mui buena, le contestó su madre.

Miéntras hablaban de este modo, llegaron al bosque, i Lady Annabel se absorbia en sus reflexiones. Se acercaron a una abadía solitaria i sombría.

—¿Sabes Pauncefort, dijo la señora, que hoi tengo el capricho de entrar aquí? I diciendo estas palabras se sentó con su hija i mandaron un sirviente a buscar quien les abriese.

—¿Porqué no vive aqui nadie? preguntó Venecia.

—El señor de la abadía vive en otra parte, hija mia.

—¿Porqué, mamá?

—Nunca haga preguntas señorita Venecia, se apresuró a responder la Pauncefort con un tono solemne; eso no es propio.

Lady Annabel se habia retirado.

Luego llegó un viejo, i abriéndoles la puerta les decia;

—Hace ocho años que nadie entra.

El interior de la abadía formaba un cuadro rodeado de claustros, i en el patio central habia una curiosa fuente, esculpida con esquisito cuidado por algun artista gótico, en uno de esos momentos de capricho que produjeron las figuras grotescas tan celebradas en los escultores feudales. No se sentia mas ruido que la caida del agua i el eco lijero que despertaba con su voz. Todo estaba allí descuidado i en ruina: cubiertos de polvo los salones escasamente amueblados, cubiertos de yerbas silvestres los caminos que en otro tiempo dibujaron el jardin: aquí i allá una estátua, una diosa o un sátiro derribados por el suelo i cubiertos de musgo i de líquen.

II.

Dos años serenos e inocentes pasaron sobre Cherbury desde aquel paseo a la abadía de Cadurcis. Venecia habia crecido en bondad, en cariño i en intelijencia. Solo un acontecimiento se

habia reflejado en la sociedad aislada de la madre i de la hija. Lord Cadurcis habia muerto dejando sus considerables propiedades a un hijo, pero la abadía i el título habian sido heredados por un pariente lejano. El círculo de Cherbury habia oido que el nuevo lord era un niño poco mayor que Venecia. Esto era todo. La abadía continuaba desierta i deshabitada.

Poco a poco habia ido introduciéndose en la sociedad de Cherbury un nuevo personaje. Era el doctor Masham, clérigo instruido, jovial, humorístico i un tanto cortesano; verdaderamente piadoso, sin ser fanático; que no olvidaba sus derechos pero que era jeneroso i caritativo una vez que se los habian pagado; que no olvidaba los enfermos pero que siempre estaba pronto a perseguir los zorros; estudiante tenaz, activo majistrado i buen cazador i para acabar su retrato añadirémos que aborrecia al papa i odiaba a los presbiterianos. Cuando los sirvientes se retiraron despues de la comida, el doctor dijo, fumando su cachimba:

—Es decir señora que al fin usted tiene un vecino!

—De veras! esclamó Lady Annabel.

—Sí, dijo él, la vieja abadía al fin tiene un habitante.

—Un habitante, doctor?

—I el mejor de todos, su propietario.

—Usted me sorprende. ¿Cuándo ha sucedido esto?

—Han estado ahí estos últimos tres dias. Yo fuí a hacerles una visita. La señora Cadurcis ha venido con el pequeño lord.

—Pues es completamente nuevo para nosotros, dijo Lady Annabel. ¿I qué clase de jentes son éstas?

—Usted sabe, mi querida señora, dijo el doctor, que el lord actual es un pariente mui lejano del que murió.

Lady Annabel hizo una señal de asentimiento.

—El último lord, continuó el doctor, que era el hombre mas estraño i caprichoso que jamas haya respirado, dejó este castillo con el título a un pariente. Es un bonito lugar, pero no tiene grandes rentas.

—¿I la señora Cadurcis? preguntó Lady Annabel.

—Era una santa, respondió el doctor, i el difunto Mr. Cadurcis un pródigo. Era un mal director de sus negocios, i lo que es peor, un mal marido. La providencia se complació en retirarlo de esta escena mortal, pero no lo hizo ántes de que hubiera disipado la mayor parte de la hacienda de su mujer. Desde que la señora Cadurcis quedó viuda, ha vivido en un estricto retiro con su hijito. Tenia una entrada mui limitada, mi querida señora, verdaderamente mui limitada. Ella se ha resuelto a vivir en la abadía i me parece que no va a tener que pagar renta: pero no sé.

—Pobre mujer, dijo Lady Annabel suspirando. Ojalá que su hijo sea su consuelo!

Venecia no habia hablado durante esta conversacion, pero habia escuchado atentamente.

—Mamá, dijo por fin, ¿no es una viuda la mujer que ha perdido su marido?

—Sí, mi hijita, respondió Lady Annabel con cierta gravedad.

Venecia pensó un momento i añadió:

—Mamá, ¿es usted viuda?

—Mi querida niñita, dijo el doctor Masham, vaya a darle un pedacito de tostada a ese papagayo.

Lady Annabel i el doctor se levantaron de la mesa con Venecia, i fueron a pasear por el parque miéntras se preparaban los caballos.

—Creo, mi buena señora, dijo el doctor, que seria un acto de caridad cristiana ir a visitar a la señora Cadurcis.

—Pensaba lo mismo, dijo Lady Annabel, me interesa lo que usted me ha dicho de su historia i su fortuna. Tenemos algunos sufrimientos comunes, i espero que tambien algunas alegrias. Creo que este caso debe ser una excepcion a mi regla.

Al dia siguiente Lady Annabel fué a hacer su visita. Venecia i su aya la acompañaron por el parque, i al volverse la niñita preguntaba:

—Mistress Pauncefort ¿es usted viuda?

Al oir esta pregunta, casi saltó Mistress Pauncefort.

—Vamos señorita Venecia, de dónde se le ha ocurrido esto. Viuda! señorita Venecia, yo nunca me he cambiado nombre.

—¿Qué las viudas cambian sus nombres?

—Todas las mujeres cambian sus nombres cuando se casan, respondió Mistress Pauncefort.

—¿Es casada mi mamá?

—Qué! señorita Venecia, qué preguntas las suyas. Casada! por supuesto que es casada.

—¿I con quién es casada? prosiguió la implacable Venecia.

—Con su papá, naturalmente, dijo la Pauncefort poniéndose colorada hasta los ojos i con un aire de asombro. Esto quiere decir, señorita Venecia, que usted nunca debe hacer estas preguntas. ¿No le he dicho muchas veces que no son bonitas?

—¿Porqué no son bonitas?

—Porque no son propias. Mire esa mariposa que va pasando. ¡Qué bonita!

—Ahora no me gustan las mariposas, me gusta hablar de las viudas.

La señora Cadurcis no estaba en su casa, así es que Lady Annabel volvió pronto.

III.

Pocos dias mas tarde la señora Cadurcis vino a Cherbury. La acompañaba su hijo que tenia al parecer entre once i doce años de edad.

—Terrible dia, esclamó la señora Cadurcis, abanicándose al sentarse, i tanto calor! Plantagenet, mi hijo, haga su saludo. ¿No le he dicho que salude siempre al entrar a un salon, sobre todo cuando hai estraños? Esta es la señora Lady Annabel Herbert que tuvo la amabilidad de irnos a ver. Saluda a Lady Annabel.

—País encantador, prosiguió la de Cadurcis, pero caminos peores si es posible que los de Northumberland, donde a decir verdad no habia caminos. Cherbury es un lugar delicioso mui diferente de la Abadía; le aseguro que la encuentro horriblemente sola. Gran cambio para nosotras que dejamos una pequeña ciudad i todas nuestras amables vecinas. Mui diferente de Morpeth: ¿no es así Plantagenet?

—Aborrezco a Morpeth, dijo el niño.

—¡Aborrezco a Morpeth! esclamó la señora Cadurcis, eso es ser ingrato con todos los amigos que siempre encontramos. Ademas Plantagenet ¿no le he dicho que Ud. no debe aborrecer nada? Eso es mui malo. ¡El trabajo que me cuesta, Lady Annabel, educar este querido niño añadió la señora bajando la voz, yo lo he hecho todo, se lo aseguro; i cuando quiere puede portarse tan bien como el que mejor. ¿No es verdad, Plantagenet?

Lord Cadurcis se sonrió i sentándose en el fondo de la silla principió a columpiar sus piés.

—Estoi segura de que lord Cadurcis se porta bien, dijo Lady Annabel.

—¡Oyes Plantagenet! esclamó la de Cadurcis, escucha esto. Oiga lo que dice Lady Annabel, que está segura que Ud. se porta siempre bien. Ahora tenga cuidado de no darle motivos para que varíe de opinion.

Plantagenet hizo una mueca con el labio.

— ¡Sentí tanto no estar en casa cuando fué a vernos! continuó la señora, pero habia ido ese dia a Southport... ¡Qué triste es la Abadía! No sé lo que voi a hacer allí ¡en el invierno. Solo espero que Plantagenet se porte bien!

—Estoi segura que lord Cadurcis hará lo posible para que Ud. esté contenta. Ademas la distancia a Cherbury es mui corta i Ud. vendrá con frecuencia a vernos.

—Oh! Plantagenet puede ser tan bueno como quiera, se lo aseguro, Lady Annabel, i portarse como el qne mejor. Plantagenet mi querido, habla. ¿No le he dicho que debe hablar de cuando en cuando en una visita? No me gustan los niños callados, deben responder todo lo que se les pregunte.

—Nadie me ha hablado, dijo Cadurcis.

—Plantagenet querido, Ud. sabe que me prometió portarse bien.

—¿I qué he hecho?

—Lord Cadurcis, dijo lady Annabel interviniendo, ¿le gustan a Ud. los cuadros?

—Gracias, replicó el pequeño lord con cierta cortesía, me gusta estar solo.

—¿Ha visto un niño igual? I sin embargo Lady Annabel Ud. no debe juzgarlo por lo que vé. Le aseguro que se puede portar mui bien. Si Ud. lo hubiera visto en las tertulias de Morpeth, él era el verdadero adorno de la sociedad.

—Nó, no lo era, dijo lord Cádureis.

—Plantagenet, dijo su madre de nuevo, con un tono solemne no le he dicho siempre que no debe contradecir a nadie. Hubo una representacion la última Pascua, i él lo hizo mui bien. Ahora Ud. no se lo puede imajinar viendo la manera como está sentado. Plantagenet querido, insisto en que se porte bien; siéntese como un hombre!

—No soi un hombre, dijo el lord tranquilamente, i ojalá que lo fuera.

—Plantagenet no le he dicho que no debe responderme, no es propio que los niños respondan. Eso lo hace para provocarme!

En este tono continuó la conversacion por algun tiempo hasta que la señora resolvió apelar a su recurso ordinario: golpear a su hijo. El pequeño lord, esperimentado en estas tormentas puso una silla delante de su madre enfurecida; la señora principió a seguirlo por el salon i viendo que no podia alcanzarlo le tiró con un libro por la cabeza, el niño se agachó i el libro fué a romper una vidriera; hizo un nuevo esfuerzo para alcanzarlo, pero el chiquillo puso el costurero de lady Annabel como parapeto, la señora tropezó, se fué al suelo i le dieron histéricos. La asombrada lady Annabel ayudó la madre a levantarse.

Hubo un momento de calma i en ese momento entró Venecia como un ánjel de paz.

—Mamá, dijo Venecia, en su tono mas suave.

—Ven hijita, le contestó Lady Annabel.

La señora Cadurcis abrió sus ojos suspirando. Miró a Venecia con admiracion. Oh! lady Annabel dijo, qué pensará Ud. de mí! Pero ha visto Ud. una madre mas desgraciada. I no tengo un solo pensamiento que no sea para ese chiquillo. Le he consagrado mi vida i si no fuera por él no habria venido a enterrarme en la abadia. I esta es la manera como me trata i su padre ántes que él me trató peor. ¿No soi la mujer mas desgraciada que Ud. ha conocido?

—Mi querida señora, le dijo amablemente Lady Annabel, Ud. será mui feliz.

—¿Es este ánjel su hijo preguntó la de Cadurcis bajando la voz.

—Esta es mi hijita Venecia. Venga Venecia i hable a la señora Cadurcis.

—¿Cómo está Ud. señora Cadurcis dijo Venecia. Tengo mucho gusto de que Ud. se halla venido a vivir en la abadia.

—¿Qué ánjel ¡Oh! por qué no la habló mi Plantagenet en el mismo tono? I él puede si quiere.....

Venecia fué donde el pequeño lord que estaba en el rincon i suavemente golpeó su tostada mejilla.

—¿Es Ud. el niñito? le dijo.

Cadurcis la miró, i su primera mirada fué aspera i altiva pero luego se suavizó. ¿Cuál es su nombre le dijo en un tono bajo i cariñoso.

—Venecia.

—Te quiero Venecia, dijo el lord ¿Vives aquí?

—Sí, con mi mamá.

—Tambien quiero a tu mamá, pero no tanto como a tí. Me gusta tu pelo negro.

—¡Qué gracioso! le gusta mi pelo negro! dijo la niña riendo.

—Si hubieras venido ántes no habriamos tenido esta revuelta.

—¿Qué es una revuelta niñito? preguntó Venecia.

—No me llames niñito, le dijo, llámame por mi nombre.

—¿Cuál es su nombre?

—Lord Cadurcis, pero tú puedes llamarme por mi nombre de pila, porque te quiero.

—¿Cuál es tu nombre de pila?

—Plantagenet.

—Qué nombre tan largo, dijo Venecia. Dime Plantagenet ¿qué es una revuelta?

—Lo que pasa siempre entre mi madre i yo, pero lo que siento mucho que haya pasado aquí ahora, porque me gusta este lugar i quisiera venir con frecuencia. Una revuelta es una pelea.

—Una pelea! qué! usted pelea con su mamá?

—Frecuentemente.

—Entónces usted no es un buen niño.

—Ah! es que mi mamá no es como la suya, dijo el pequeño lord suspirando. No es mi falta. Pero ahora quisiera arreglarlo todo ¿qué haré?

—Vaya i dele un beso.

—Bah! ese no es el medio, le contestó riendo lord Cadurcis.

—Le voi a preguntar a mi mamá lo que debemos hacer, dijo Venecia, i empinándose en la punta de sus piés dijo al oido de lady Annabel lo que Plantagenet pensaba.

La señora acercó el niño a su madre diciendole que su hijo sentia haberla ofendido i reclamaba su intervencion para reconciliarse.

—Madre, dijo el niño, siento lo que ha sucedido. Fué mi falta i no quedaré contento hasta que me haya perdonado.

—Nó, no fué suya la falta, dijo la pobre señora Cadurcis desconsolada, fué mia. No ve lady Annabel lo que yo le decia que no hai una criatura mas suave, mas querida i mas jenerosa. Oh! si siempre hablara así yo seria la mujer mas feliz que ha existi-

do. Mi querido Plantagenet tú eres mi única esperanza i alegria. Tú eres el tesoro i el consuelo de mi vida, sélo siempre.

IV.

Poco a poco fueron estrechándose las relaciones de amistad entre ambas familias; Cadurcis llegó a ser el compañero de estudios de Venecia i lady Annabel se acostumbró a mirarlos como hermanos.

Mientras estaban juntos los dos niños, Cadurcis descubria las ricas cualidades de su ardiente fantasia, en medio de una suavidad de carácter i un fondo de ternura delicada. Pero separado de Venecia la influencia encantadora parecia desvanecerse. Exaltado por su fantasia, adolorido con la separacion de su querida compañera i pensando en la recepcion con que su madre lo aguardaba, con frecuencia, solo, se detenia en el camino a mirar el sol que bajando en el horizonte, iluminaba con sus rayos moribundos los torreones de la abadía i encendia las aguas del lago; miraba hasta que las lágrimas humedecian sus mejillas; i sin embargo él no sabia por qué.

El pequeño lord se volvia a su casa triste i silencioso, i su madre con frecuencia irritada por su mal humor apelaba a las espresiones de un carácter violento i ofendido; pero desde que conoció a los Herbert, Plantagenet aprendió a dominar sus emociones i conseguia así hacer mas raras esas escenas de recriminaciones domésticas en otro tiempo tan penosamente frecuentes.

Miéntras estaba en su lecho Plantagenet se sentia feliz porque estaba solo. Se quedaba despierto largas horas sumido en un sueño dulce e involuntario, acariciando el porvenir que siempre nos promete felicidad. Todo lo que ansiaba era ser hijo de Lady Annabel, así estaba seguro de que no seria desgraciado un solo instante. Apoyado sobre su almohada se escapaba de la penosa realidad que lo envolvia refujiándose en las dulces creaciones de su fantasía. Solo, en su pequeño lecho, Cadurcis se creia hermano de Venecia, soñaba con mil escenas en que estaban siempre juntos.

Venecia era la confidente de todos sus pesares domésticos i con frecuencia él le suplicaba que pidiera a Lady Annabel una pacificadora esquela para su madre que le proporcionase una tarde tranquila en su Abadía; i cuando no la conseguian las últimas palabras de Venecia le suplicaban que se dominase i le hablara a su madre lo mejor que pudiera. Ella volvia a su hogar feliz, saludada con las sonrisas de una madre suave i hermosa, i con palabras de afectos mas dulces que la música. Tenia una compañera cariñosa cuya única aspiracion era hacerla feliz, entre-

tenerla, instruirla. Con frecuencia cuando corria las cortinas de su lecho i tenia entre sus manos la mano de su madre Venecia pensaba en el pobre Plantagenet, que no tenia a nadie que simpatizara con sus pensamientos i quizás en ese mismo instante tenia una desgraciada lucha con su madre.

V.

La nueva situacion en que Venecia se encontraba apartó sus pensamientos de un asunto que en otros dias la absorvia por completo: ese objeto ideal era su padre.

Insensiblemente se habia acostumbrado a creer que este era un punto que no debia tocar jamás. En todas las confidenciales efusiones con Plantagenet, Venecia habia esquivado este asunto misterioso.

—Me gustaría, dijo Plantagenet a su amiga, un dia que se paseaban por Cherbury, me gustaria andar por toda esta casa. ¿La has visto alguna vez?

—Nunca, dijo Venecia, la mitad está cerrada i nadie entra allí, escepto mi mamá.

—¿Dónde han vivido Uds. ántes de venir a Cherbury? preguntó lord Cadurcis.

—Sé que no nací aquí, dijo Venecia, pero me vine tan chica que no conservo recuerdo de otra parte.

—I ¿ha vivido alguien aquí ántes que Uds. vinieran?

—No sé, nunca he oido hablar de nadie.—Yo, continuó con cierta tristeza, yo no sé nada.

—¿Te acuerdas de tu papá? preguntó Plantagenet.

—Nó, dijo Venecia.

—Entónces debió morir casi al mismo tiempo que tu nacistes.

—Supongo así le contestó Venecia, i su corazon temblaba.

—¡Quién sabe si ha vivido aquí alguna vez!

—No le gusta a mi mamá que le hable sobre mi papá: yo no puedo decirte nada.

—Ah! tu papá Venecia fué mui distinto del mio: mi madre habla de él con bastante frecuencia. No se entendian mui bien a lo que parese i cuando peleamos ella siempre dice que yo se lo recuerdo. Yo creo que Lady Annabel amó mucho a tu papá.

—Estoi segura que lo quiso mucho! esclamó Venecia.

Desde ese momento el sueño constante de Plantagenet fué descubrir aquel misterio que lo envolvia i lo asediaba. Vivia entónces en Cherbury donde habia ido a pasar con su madre la semana de Pascua. Por fin al cuarto dia de la visita Plantagenet conversaba con Venecia en el salon.

—Anoche, le dijo, vi a tu mamá entrar en los cuartos cerrados i quisiera que nos dejara ir allá.

—Anoche! dijo Venecia sorprendida ¿a qué horas la vistes?

—Mui tarde: no podia dormir i se me ocurrió pasearme por la galeria como lo hago en la Abadía. Me gusta pasearme por una galeria vieja, solo, en la noche. No sé porqué, pero me gusta mucho. Todo es tan tranquilo i se oye el grito de los buhos. No me he podido esplicar esto, pero nada me gusta tanto como estar en pié cuando todos están durmiendo. Parece que uno fuera la sola persona que vive en el mundo. Algunas veces pienso que cuando sea hombre estaré en pié la noche i me acostaré durante el dia. ¿No es curioso?

—Pero mi mamá, dijo Venecia ¿cómo vistes a mi mamá?

—Oh! de eso estoi seguro, si te he de decir la verdad al principio tuve miedo; pero luego pensé que no era propio de un Cadurcis tener miedo, así es que me apoyé en la pared a la sombra i me quedé resuelto a no gritar sucediera lo que sucediese.

—Oh! me das miedo Plantagenet! interrumpió Venecia.

—Ah! tú habrias tenido miedo si hubieses estado ahí: ver despues de la media noche una figura alta, blanca i una luz! Sin embargo eso no tenia nada de alarmante; era Lady Annabel i nada mas. La ví tan claramente como te veo ahora. Marchó por la galería i se fué derecho a la misma puerta que me mostrastes esa mañana. Yo marqué la puerta, así es que no pude confundirla. La abrió i entró.

—¿I despues? preguntó Venecia con curiosidad.

—Despues como un tonto me fuí a la cama: tuve miedo de que me descubrieran i seria difícil que tuviera dos veces la fortuna de escaparme. No sé mas.

Venecia no pudo replicar. Oyó una carcajada i luego la voz de su madre que los llamaba alegremente a mirar una colosal bola de nieve que habian hecho algunos de los servidores.

En la tarde, cuando estaban sentados al rededor del fuego, la señora Cadurcis principió a contar a Venecia una larga historia de duendes i aparecidos que declaraba habia sucedido en su propia familia. Estas historias no agradaban mucho a Lady Annabel pero era demasiado bien educada para interrumpir a su huesped. Sin embargo cuando acabó la narracion i dejó ver Venecia el efecto que le habia producido, su madre se empeñó en hacer ver el poco crédito que se debia dar a estas tradiciones i la manera racional como muchas de ellas pudieran ser esplicadas. Venecia parecia profundamente interesada en el asunto, preguntó mucho sobre sonámbulos i sonambulismo i por último dijo: Mamá ¿ha andado Ud. alguna vez dormida?

—Nó, que yo lo sepa, dijo Lady Annabel sonriendo, creo que no.

—Pues vea Ud., añadió Plantagenet, que habia escuchado en silencio, es mui curioso pero soñé una vez que Ud. lo habia hecho, Lady Annabel.

—¿De veras?

—Sí, i anoche lo volví a soñar: me parecia que estaba durmiendo en el departamento deshabitado; que se abrió la puerta i que Ud. entró con una luz.

—No, Plantagenet, dijo Venecia, que estaba sentada a su lado hablándole en voz baja, no fué...

—Chit! esclamó Plantagenet en una voz mas baja todavía.

—¡Qué sueño tan estraño doctor, dijo la de Cadurcis.

—Ahora niños les voi a contar una historia mui curiosa, dijo el doctor, i es cierta porque me sucedió a mí mismo.

El doctor se embarcó en su narracion i luego interesó a todo el auditorio, pero Lady Annabel por algun tiempo quedó completamente silenciosa.

VI.

Con la vuelta de la primavera los paseos al campo comenzaron, i en una de esas cavalgatas fueron a Marringhurst. Allí vivia el doctor quien los recibió con toda la cordialidad de un viejo amigo.

El doctor se regocijaba con la escursion tanto como los mismos niños; un sol limpio lo hacia todo mas alegre i brillante. El jardin, la gruta i todas las novedades del lugar divertian a sus jóvenes compañeros. Todo lo veian, todo lo rejistraban encontrando siempre asunto de que reir.

Despues de comer los niños se fueron al jardin. Jugaron por algun tiempo hasta que se le ocurrió a Plantagenet aprender a encumbrar un volantin, le pidió a Venecia que lo aguardara en la gruta mientras iba a preguntar al doctor si el sirviente podia enseñarle. No tardó mucho en volver pero volvió ajitado. Venecia le preguntó si habia conseguido su objeto, pero el moviendo la cabeza le contestó que no habia preguntado.

—¿Por qué nó? dijo Venecia.

—No quise, contestó con un aspecto sério, ha sucesido algo.

—¿Qué ha sucedido?

—Algo estraño, fué su respuesta.

—Oh! dime Plantagenet!

—Mira, le dijo, tu mamá está llorando.

—Lorando! esclamó Venecia. Mi querida mamá llorando. Debo ir inmediatamente.

—Por Dios! dijo Plantagenet moviendo la cabeza, Ud. no debe ir.

—Yo debo ir.

—Nó, Ud. no debe Venecia, fué su respuesta. Estoi seguro que ella no quiere que nosotros sepamos que está llorando.

—¿Qué te dijo?

—Ella no me ha visto, el doctor si que me vió i me hizo señas

para que me retirase. No digas nada Venecia: oye lo que voi a contarte. Me asomé al cuarto por las ventanas abiertas, tu mamá estaba de pié con la espalda vuelta a el lado en que yo me asomé, apoyándose en la chimenea, con la cara cubierta por su pañuelo; el doctor estaba a su lado i cuando me vió me hizo señas para que me retirase, lo que hice inmediatamente. Tu debes parecer como si no supieras nada de lo que ha pasado; si tu le dices a tu mamá que la he visto llorando no te diré nunca nada.

—¿Por qué crees, Plantagenet, que lloraba mi mamá?

—No sé; quizás estarian hablando sobre tu papá.

Luego los llamaron i Lady Annabel los recibió con su habitual cariño. Venecia corrió a abrazarla; las observaciones que le habia hecho Plantagenet la preocupaban i estaba resuelta a no renovar el sufrimiento de su madre haciendo alusiones a lo que habia pasado.

VII.

Pasó el feliz verano i vino despues un otoño húmedo. Semanas de constante lluvia hicieron imposibles las visitas diarias a Cherbury. Con los sufrimientos i las enfermedades de su madre aumentó su mal humor. Insistia en que su hijo no se alejara de su lado i si él se negaba entraba en un acceso de celos acusándolo de que prefiriese la sociedad de los estraños a la de su madre. Cadurcis se dominaba, pero este sacrificio no era recompensado, su madre no hacia nada por que su sociedad fuese agradable, soportable siquiera. Si el tiempo le permitia ir a Cherbury, estaba seguro de ser recibido con una esplosion de cólera; si se quedaba en la Abadía ella estaba triste, constantemente insinuándole que lo suponia desesperado cuando pasaba un dia a su lado.

Cadurcis se ponia pálido, se mordia los lábios i acababa por salir de la pieza. Pasaba dias enteros sin cambiar un monosílabo con su madre. Cadurcis habia descubierto sus sufrimientos a Venecia mas de una vez i habia de este modo llegado hasta Lady Annabel quien no cesaba de aconsejarle sus deberes.

Aunque encerrado en la Abadía, Cadurcis rara vez acompañaba a su madre. Se encontraban en el comedor i nada mas. Entraba todos los dias con intencion de reconciliarse, pero eran tan violentos i sensibles los caracteres de la madre i de su hijo, que solo podia evitar las tempestades encerrándose en el silencio. Esto encolerizaba su madre, asi es que el pobre chiquillo jeneralmente se separaba de su lado con un ojo hinchado o con un razguño de cuchillo: i acababa por irse a encerrar en su cuarto para poder llorar.

En medio de una situacion semejante Cadurcis buscaba un

recurso. La lluvia continuaba derramando sus torrentes i el ruido del turbio i engrosado lago se podia oir desde la Abadía. Durante la noche le gustaba escuchar el ruido salvaje con que resonaba el viento, cruzando por los claustros. En la mañana miraba con interés los restos de la tempestad: las ramas arrancadas de los árboles i a veces los troncos desarraigados de su antiguo suelo. No queria tener compañeros, le gustaba salir solo, escuchar los vientos, mirar los árboles i el agua, vagar por esos cláustros sombrios i esas galerias ruinosas.

Le gustaba sin embargo el castillo de sus antepasados. Poder i pompa, fama de sus mayores, respeto lejendario de las edades, todo eso era grande, exitador i heróico; todo eso salia de la esfera de una vida vulgar. En el castillo de los Cadurcis, él era Cadurcis i aunque niño era sensible al orgullo de su antigua raza.

Forzado a vivir solo, forzado a alimentarse con su propio pensamiento, encontró en esa soledad cada dia un nuevo encanto i en su pensamiento un rico tesoro de interés i de curiosidad. Fué asombrosa la manera como se desarrolló su carácter en ese aislamiento. El niño alegre que algunas semanas ántes habia buscado con tanto interés la compañía de Venecia, se habia cambiado en el ser sombrio i melancólico que paseaba los solitarios cláustros de Cadurcis o buscaba en su habitacion aislada las diversiones de un libro.

Una tarde al volver de Cherbury, encontró Plantagenet apagado el fuego en el pequeño cuarto que se habia apropiado. Se quejó al sirviente de aquel descuido pero este le hizo saber que habia sido apagado por órden de su madre, quien deseaba que en adelante leyera siempre en el salon.

Despues de la comida Cadurcis dijo en su tono mas tranquilo:

—Creo que debo escribir mañana a mi apoderado para irme a Eton.

—Ud. no lo hará, dijo la señora Cadurcis. Nunca habia visto una cosa tan ridícula como la idea de que un muchacho como Ud. le escriba cartas a un apoderado que no ha visto jamas. Cuando crea conveniente de que se vaya a Eton, yo escribiré.

—Quisiera que Ud. lo creyera conveniente ahora.

—No quiero ser mandada, dijo la señora Cadurcis con arrogancia.

—Yo no la mando, respondió su hijo con calma.

—No quiero que me responda, dijo la madre.

—I yo tambien prefiero el silencio.

—No quiero que Ud. venga a insultarme en mi própio cuarto, continuó la de Cadurcis.

—No la insulto señora, respondió Plantagenet con orgullo, i en cuanto a su cuarto nunca quiero entrar en él. I a la verdad que no estaria aquí si Ud. no me hubiera mandado apagar el fuego i exijido que viniera a su salon.

—Oh! Ud. es mui obediente, esclamó con sarcasmo la de Cadurcis.

—Entónces mandaré prender mi fuego.

—Ud. no lo hará, yo soi la única que mando en esta casa i vaya a escribirselo a su apoderado si quiere.

—Sentiria mucho escribirle en mi primera carta un disparate semejante.

—¡Disparate, señor! Disparate dijo Ud.? Su madre diciendo disparates. ¿Dónde ha aprendido esto? Esto viene de sus visitas a Cherbury: bonitas lecciones son las que le da Lady Annabel.

—¿Qué tiene que hacer Laddy Annabel con esto?

—No me amenace, señor, dijo la de Cadurcis, ¡venirme a decir que hablo disparates!

—I bien! Ud. habla disparates, siempre habla disparates i no habla nunca sobre Lady Annabel sin decir un disparate.

—Si no estuviera enferma verias como te iba, dijo su madre rechinando los dientes. Oh! bellaco! Tu eres peor que tu padre.

—Me atrevo a creer que mi padre no era tan malo, despues de todo.

—¿Qué sabe Ud. de su padre, señor? Cómo se atreve Ud. a hablar de su padre?

—¿I quién puede hablar de un padre sino su hijo?

—¡Cállese el imprudente!

—Señora!

—¡Bellaco! quisiera tener alguna cosa con que tirarte por la cabeza.

No pudiendo ya la señora Cadurcis contenerse saltó sobre su hijo. Plantagenet quiso correr en el primer momento pero luego se detuvo.

—Señora, dijo a su madre, me he apartado de su camino para que no me golpee, porque tengo resuelto que si Ud. me toca una sola vez no viviré con Ud. mas. Ahora Ud. puede hacer lo que le parezca. Me siento en esta silla i no me muevo. I hablando asi se sentó en la silla.

La señora Cadurcis saltó sobre él sacudiéndolo por la cabellera, su hijo se levantó sin decir una palabra i dejó el cuarto lentamente.

Desde ese instante no volvió a ver a Lord Cadurcis, lo buscaran inútilmente en Cherbury, Marringhurst, en todos los alrededores. El niño no aparecia.

VIII.

La ajitacion era grande en todas partes. Se pusieron en movimiento sirvientes i amigos. Por fin, el doctor Masham llegó a descubrirlo entre una partida de jitanos i lo llevó a la Abadia.

Su llegada fué anunciada por un sirviente que reconoció su lord a la distancia i vino corriendo a dar la noticia. Lady Annabel salió a encontrarlos en los claustros. Saludó al doctor i sin decirle una palabra lo llevó a un lado.

Cadurcis se quedó de pié en el mismo lugar en que lo habian dejado. Algunos momentos despues volvió el doctor i le dijo con una cara pálida i una voz turbada: Lord Cadurcis, Lady Annabel quiere hablar con Ud.

Cadurcis, inmediatamente, pero lentamente se dirijió al salon. Lady Annabel se paseaba ajitada. Cuando lo vió entrar la abrazó afectuosamente.—"Mi querido Plantagenet, le dijo, tengo que daros una noticia bien triste. Le faltó la voz para continuar i las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¿Mi madre está enferma? preguntó con calma lord Cadurcis.

—Algo peor, mi querido Plantagenet.

Cadurcis miró a su alrededor de una manera salvaje i luego fijando sus ojos en Lady Annabel, le dijo:—Solo hai una cosa peor que eso.

—I es lo que ha sucedido, contestó Lady Annabel.

El se arrojó sobre una silla cubriéndose la cara con las manos. Pocos minutos despues levantó la cabeza i dijo con una voz baja pero clara: Es demasiado terrible pensar en eso, pero si es cierto, si todo ha sucedido; déjenme solo.

Lady Annabel lo abrazó i se retiró al cuarto inmediato en que la aguardaba el doctor, que queria conocer los detalles de aquel fatal incidente. Habia sucedido en la mañana. La señora Cadurcis no habia dormido desde que supo la fuga de su hijo; escasamente se habia visto por una hora libre de violentos ataques epilépticos: mui temprano habia tenido un acceso que duró cerca de media hora. Se durmió un poco i luego despertó: preguntó por su hijo. Le contestaron que el doctor Masham no habia llegado todavía pero que estarian de vuelta en la mañana. Ella contestó que seria tarde. Se esforzaban por darle valor. Ella mandó llamar a Lady Annabel. Cuando la señora Cadurcis la reconoció le tomó la mano i le dijo en un tono moribundo: "Fué mi falta, siempre fué mi falta, ahora es demasiado tarde; déjelo encontrar una madre en Ud." No habló mas i murió en el curso de una hora.

La primera conviccion de que la muerte ha entrado en la casa es el momento mas horrible de la juventud. Cuando niños creemos que no solo nosotros mismos sino todo lo que nos rodea es inmortal. Mientras la hoz no ha herido una víctima al rededor nuestro, la muerte es una palabra sin sentido, hasta entónces su casual mencion no ha estampado ninguna idea en nuestro cerebro. Hai pocos, aun entre los ménos susceptibles de pensamientos i emociones, sobre quienes el primer muerto en la familia no obra como una poderosa revelacion de los misterios de la vida,

hai pocos que despues de semejante catástrofe no miren el mundo de una manera diversa. El pasado vuelve a la memoria, nos hace soñar con el porvenir; i la juventud, la alegre i lijera juventud, aprende por vez primera a sentir i a temer.

Sobre Carducis, un niño de carácter peñsativo, i en cuya naturaleza estraña i todavia no desenvuelta habia un fondo de melancolia tan intensa, la súbita muerte de su madre produjo un efecto profundo. Olvidó de ella todo, menos sus lazos intimos i naturales i sus afectos ardientes i sinceros. Ahora estaba solo en el mundo i la reflexion le enseñaba en ese momento la triste verdad de que en la vida, despues de todo, no tenemos mas amigos en que apoyarnos que nuestros padres. Todos los demas afectos por ardientes que sean pueden enfriarse, todas las demas confianzas por ilimitadas que fueren pueden ser violadas.

En la fantasmagoria de la vida; el amigo con quien por años hemos tenido las relaciones mas íntimas se ve de repente separado de nosotros, o se hace por circunstancias tristes pero irresistibles nuestro mortal enemigo. En cuanto a las mujeres, ¿quién no sabe que los lazos de la pasion son tan frájiles como encantadores? quién no sabe que el seno en que hemos depositado con idolatria todos nuestros pesares secretos i nuestras ardientes esperanzas, puede encerrar un corazon que insulte mañana nuestra desgracia i envenene nuestra felicidad? Donde está el semblante enamorado que sonrió con el primer amor i fué a derramar lágrimas sobre su tumba? Dónde están los compañeros de la juventud con quienes ibamos a compartir las luchas i los triunfos de la vida? En medio de este mundo inconstante ¿qué cosa cambia tanto como el corazon?

Lord Cadurcis se paseaba por la galeria medio iluminada por la luna, triste i pensativo, lady Annabel se acercó i acariciándolo le dijo:

—Querido Plantagenet ¿no se acuesta Ud. ahora?

—Nó, le contestó él.

Ella le tomó la mano i continuaron paseándose.

—Me parece, le dijo Lady Annabel, que Ud haria bien en venir donde estamos todos.

—Quiero estar solo, fué su respuestá.

—Pero en los momentos tristes debemos estar con nuestros amigos.

—Ah!

—Yo no tengo amigos contestó Plantagenet suspirando. Solo tenia una!

—Yo soi su amigo, mi hijito, le contestó Lady Annabel en su tono mas suave i afectuoso, ahora soi su madre i lo seré siempre si Ud. lo quiere. I Venecia ¿ha olvidado Ud. a su hermana? No es ella su amiga? I tampoco puede dudar de que el doctor Mashan sea su amigo.

Cadurcis quiso comprimir un suspiro.—Ah! Lady Annabel,

ahora son Uds., mis amigos, lo son todos i ustedes saben que los quiero mucho. Pero hace dos años Uds. no lo eran; las cosas volverán a cambiar, cambiarán no lo dude Ud. Una madre es su amigo mientras vive, es siempre su amigo!

—Véngase a Cherbury, le contestó ella, i allí encontrará una madre, una verdadera madre.

El estrechó la mano de Lady Annabel contra sus lábios i la mano quedó cubierta de lágrimas.

IX.

Lord Cadurcis fué a Cherbury miéntras venian nuevas órdenes de su apoderado.

Por fin llegó el momento en que era forzoso abandonar la vieja Abadia poblada con los fantasmas de sus sueños i ese Cherbury que habia llenado con sus afectos.

La noche ántes de la partida fué mui triste.

Venecia estaba inquieta; se preocupaba tanto con el deseo de estar despierta cuando saliera Plantagenet que no pudo dormir; en la madrugada cayó exausta en un lijero adormeciniento del que salió convulsivamente despertada por el sonido de las ruedas de la silla de posta. Miró por la ventana i vió al sirviente que temblaba debajo de su capa. Poco despues oyó los pasos de Plantagenet en el vestíbulo; pasó por delante de su cuarto i fué a golpear la puerta de su madre; despues todo quedó en silencio.

—Es mui temprano, le dijo Lady Annabel que estaba sentada en un sillo cuando entró Plantagenet ?Está el doctor en pié?

—Está almorzando.

—I Ud. ha almorzado?

—No tengo apetito.

—Ud. debiera tomar algo ántes de irse. Ahora, mi querido Plantagenet, venga, añadió estendiéndole la mano, escúcheme una palabra. Cuando Ud. llegue a Lóndres irá donde su apoderado. Es un grande hombre i creo que tambien un hombre bueno, Ud· debe quererlo, honrarlo i obedecerlo i no dudo que el merecerá todo su afecto, su respeto i su deber. Todo lo que el desee o le aconseje Ud. lo hará. Pero mi querido Plantagenet, si por casualidad sucediere, porque cosas estrañas suceden a veces en el mundo, de que Ud. se vea en alguna dificultad i necesite un amigo acuérdese que Cherbury tambien es su casa, la casa de su corazon i que no solo porque lo quiero sino tambien porque lo he prometido a su madre, yo siempre me consideraré como un pariente suyo. Ud. encontrará un gran cambio en Eton, sufrirá muchas pruebas i tentaciones pero las vencerá todas si recuerda mis consejos. Tema a Dios; que nada lo haga olvidar sus oraciones i Ud. encontrará en esas oraciones un consuelo. Obebezca a

sus superiores, trate siempre a sus maestros con respeto. Diga siempre la verdad; una desviacion de la verdad es siempre la causa de todas las miserias. Sea amable con sus compañeros, pero resuelto; sea modesto i humilde i siempre respetese a si mismo. Acuérdese de quien es i que tiene el deber de sobresalir. ¡Qué Dios lo bendiga! continuó la señora despues de una lijera pausa i con una voz desfalleciente. ¡Qué Dios lo bendiga, mi querido niño i Dios lo hará si Ud. se acuerda de él! Trate también de acordarse de nosotros. No se olvide de Cherbury, de los corazones que lo aman con ternura i que pediran siempre por su felicidad.

Plantagenet se inclinó sobre el pecho de Lady Annabel. Habia entrado al cuarto resuelto a disimular su emocion, pero su corazon cedió al primer llamado de sus afectos. Solo pudo murmurar algunas palabras incoherentes i sin saber como se encontró fuera de la pieza.

Con ojos llorosos i paso vacilante marchaba por el vestíbulo cuando oyó su nombre pronunciado a media voz. Miró a su rededor; era Venecia. Nunca habia tenido una vision mas bella. Estaba medio envuelta en su capa. Su pelo negro i suelto, su mejilla encendida i sus grandes ojos inundados de lágrimas.

—Plantagenet! dijo ella.

Ninguno de los dos pudo hablar. Se abrazaron, mezclaron sus lágrimas i a cada instante lloraban mas. Por fin se oyeron pisadas, Venecia murmuró una bendicion i se desvaneció.

Cadurcis se detuvo un momento para dominarse. Secó sus ojos i trató de ocultar su turbacion.

Todos los sirvientes estaban en el patio. Todos querian al pequeño lord; era tan gracioso i tan jentil! Todos querian tocar su mano ántes de que se fuera; él trataba de sonreír i decirles algo amable.

El doctor Masham se presentó riendo como de costumbre, montó en la silla de posta, llamó al niño i dando la fatal señal, Lord Cadurcis fué separado de aquel Cherbury que tanto amaba.

(*Continuará.*)

AUGUSTO ORREGO L.

EL PEOR ENEMIGO DE LO BUENO

ES LO MEJOR.

Las discusiones parlamentarias son en Chile excesivamente tardías para producir resultados.

La adopcion definitiva de leyes que estatuyan sobre muchas materias es por demas difícil.

Basta que un proyecto contenga gran número de artículos para que pueda predecirse, hablando en jeneral, que su triste destino será el de ir a aumentar el cúmulo de otros parecidos que atestan los archivos de ambas Cámaras.

La presentacion de un proyecto de esta clase lleva solo a su insercion en el *Boletin de sesiones*; i cuando su autor es mui influente o afortunado, o la materia mui interesante, a la discusion de unos cuántos de sus artículos.

Entre tanto, el tiempo trascurre veloz; el Congreso se renueva; surjen nuevas cuestiones; la situacion política varía; el proyecto pasa a la categoría de documento histórico.

Me limito a señalar un hecho que a todos consta.

No tengo en esta ocasion el propósito ni de investigar su causa ni de proponer su remedio.

El hecho es el hecho.

Dado el antecedente, me parece que nuestros lejisladores obran con poco acierto cuando formulan proyectos demasiado minuciosos, i sobre todo cuando presentan proyectos demasiado complejos.

Del mismo modo, creo que proceden desacordadamente cuando no aprovechan la oportunidad de realizar mejoras mas o ménos trascendentales sobre uno o varios puntos, porque al mismo tiempo no pueden llevar una reforma saludable a otros que están mas o ménos relacionados con aquellos.

La regla de conducta que, a lo que yo pienso, aconseja la prudencia en asuntos de este jénero, es apresurarse a asegurar lo que se pueda, sin perjuicio de seguir trabajando con la mayor actividad i constancia en perfeccionar o correjir lo restante.

Indudablemente lo mejor será siempre obtener la realizacion mas lata de los planes que cada uno de nosotros haya podido concebir para fomentar la prosperidad comun o individual.

Pero cuando aparezcan resistencias para una reforma radical i mui comprensiva; cuando se le opongan muchas dificultades; cuando se observe que su adopcion ha de ser precisamente mas o ménos remota, conviene sobre manera, en mi concepto, que si es posible hacer aceptar luego una parte cualquiera de la reforma mencionada, se ponga en práctica sin pérdida de tiempo aquello que se admite, reservándose los que deseen ir todavía

mas adelante su indisputable derecho para seguir empeñándose por el triunfo de todas sus ideas.

Los planes de mejora que se proponen a la discusion, comprenden por lo comun distintas materias que guardan entre sí alguna conexion estrecha o lejana, pero que pueden considerarse i ejecutarse por separado.

Sucede con frecuencia que los que combaten la adopcion de todo un plan aceptan de corazon la bondad de algunas de sus partes, o no se atreven a rechazarlas.

En tales casos, es perjudicialísimo para el bien público que no se conviertan desde luego en leyes las mejoras, cuya justicia o utilidad todos se ven forzados a admitir, o solo pocos desconocen.

La realizacion de las reformas parciales prepara por los buenos efectos que producen la de otras de igual clase, i aun la de una completa i radical.

Esas reformas parciales serian convenientes aun cuando no produjeran otro resultado, que el de hacer perder el miedo ciego a las innovaciones.

Sobre todo, no puede negarse que una liquidacion de esta especie simplifica las materias en discusion, i facilita el concentrar la atencion en los puntos mas delicados.

Los que combaten el método que propongo suelen apoyarse en aquello de que el exceso del mal trae mas pronto el remedio. No se sienten inclinados a aceptar las reformas parciales, por importantes que sean, porque como ellas naturalmente hacen esperimentar ménos los inconvenientes de las instituciones viciosas que quedan en pié, están persuadidos de que aquellas sirven para consolidar éstas, i hacerlas durar mas de lo que de otro modo habria sucedido.

Esta opinion me parece errónea.

Las malas leyes i las malas prácticas corrompen las costumbres.

Los pueblos que por largo tiempo contemplan impunes i aun aplaudidos los abusos se habituan a ellos, hasta el estremo de no sentir la necesidad de correjirlos.

Por el contrario, las buenas leyes i las buenas prácticas hacen resaltar por el contraste los perniciosos efectos de las otras, estimulando a enmendarlas.

A la verdad, los pueblos en ocasiones suelen ser enérjicos para reclamar i recobrar sus derechos; pero, ¡cuántas otras llevan la mansedumbre hasta la mas servil indolencia!

Ademas, hai tiempos favorables i otros adversos para las reformas.

A veces soplan vientos de justicia i de libertad que es menester aprovechar, porque desgraciadamente la esperiencia manifiesta que no siempre son continuos i periódicos.

Recuerdo que el año de 1849, todos se mostraban mui acordes

sobre la urjencia de reglamentar los estados de sitio i las facultades estraordinarias. Las acaloradas discusiones que entónces se suscitaron sobre el particular eran solo relativas a cuestiones de mas o de ménos.

Han trascurrido veinte i tantos años, i todo quedó en discursos.

Habria sido de desear que los que en aquella época pedian las mayores limitaciones para la autoridad del presidente i las mayores garantías para los derechos de los ciudadanos en las circunstancias escepcionales, se hubieran afanado porque se hubieran adoptado las indicaciones, no desnudas de importancia, que proponian los que aspiraban a que esas limitaciones i esas garantías fuesen menores.

Asi habria habido algo estatuido acerca de materia tan trascendental; i por otra parte, nada habria impedido a los ultraliberales el seguir esforzándose para conseguir que se aceptasen todas sus ideas.

Hai todavía una consideracion poderosa para no desear que la reforma pueda ser operada por la indignacion que talvez provoque en los ciudadanos el exceso del mal.

Una reforma de esta especie seria probablemente llevada a cabo por medio de la violencia.

Semejante acontecimiento es siempre mui doloroso en todas las naciones; pero sobre todo en las repúblicas hispano-americanas.

Las sociedades modernas, en las cuales los intereses de la industria i del comercio han alcanzado un merecido predominio, esperimentan una lejítima antipatía contra todo lo que puede conducir al desórden.

Es conveniente alimentar esta repugnancia en los pueblos hispano-americanos, a los cuales frecuentes e injustificadas disenciones intestinas han causado los mayores daños, impidiéndoles prosperar en el interior, i desacreditándolos en el esterior.

Los amigos del progreso político deben poner el mayor cuidado en no ocasionar justas alarmas a la industria i al comercio.

Por lo tanto, están forzados a buscar la reforma por el convencimiento, i no por la violencia.

Esta necesidad de la situacion en que nos encontramos debe hacerles apartar en cuanto puedan el apoyo que podria prestales la indignacion causada por el exceso del mal.

No hai nada, pues, que autorice a embarazar la adopcion de una mejora parcial, cuando otra mas radical o comprensiva esté sujeta a dificultades o a simples aplazamientos.

La aceptacion de algo provechoso no quita a nadie el derecho de seguir pidiendo mas, si así lo haya por conveniente; i asegura un beneficio, aunque sea incompleto.

Voi a aclarar todavía mas, con ejemplos prácticos tomados

de nuestra historia parlamentaria, este pensamiento cuyo exámen considero útil i oportuno en las actuales circunstancias.

El 14 de diciembre de 1855, se promulgó el *Código Civil*.

Era éste un monumento de sabiduría lejislativa, que introducia reformas importantísimas, i que hacia honor a Chile.

Sin embargo, estaba mui distante de ser una obra perfecta que no dejara nada que desear.

Quiero llamar la atencion sobre una sola cuestion que tiene un alto interes social.

El *Código Civil* coloca el matrimonio entre los contratos, i lo reglamenta.

Lejisla, entre otras cosas, sobre impedimentos i permiso de ascendientes i curadores.

Declara que no reconoce para los efectos civiles el matrimonio entre personas que fueren afines en cualquier grado de la línea recta, aunque el impedimento haya sido dispensado por autoridad eclesiástica.

Reconoce el matrimonio civil, celebrado por estranjeros en país estranjero.

A pesar de todo, retrocede ante separar para los chilenos católicos el contrato i el sacramento.

Hai mas todavía.

Segun él, los que profesen una relijion diferente de la católica i que quieran contraer matrimonio en territorio chileno deben sujetarse, no solo a las leyes civiles, sino tambien a las canónicas, i declarar, ante el competente sacerdote católico i dos testigos, que se reconocen el uno al otro como marido i mujer, sin estar obligados a ningun otro rito.

El matrimonio celebrado en país estranjero por estranjeros no católicos no puede disolverse en Chile sino ante la autoridad eclesiástica.

El *Código Civil* obliga a los no católicos a contraer o disolver el matrimonio ante la autoridad eclesiástica del país, esto es, ante una autoridad que no puede serles simpática.

Seria inoportuno entrar a esponer en esta ocasion todos los inconvenientes que trae un sistema semejante.

Sin embargo, no puedo ménos de hacer notar que el procedimiento es hasta indecoroso para el sacerdote i para los contrayentes.

Ahora bien, me parece que nadie sostendrá que en 1855 debió suspenderse la promulgacion del *Código Civil* hasta correjir sus disposiciones defectuosas o incompletas respecto al matrimonio.

Lo que entónces se hizo fué lo que debió hacerse, lo que debe hacerse en todos los casos análogos.

Se promulgó el *Código Civil* para que los chilenos se aprovecharan cuanto ántes de sus sábios preceptos, pero esto no importaba privar a ningun lejislador de su derecho de iniciativa para

proponer que en el matrimonio se separaran el contrato i el sacramento.

No nos apartemos todavía de esta cuestion del matrimonio, que el *Código Civil* ha estado mui léjos de resolver satisfactoriamente.

Pudiera suceder que se ofrecieran dificultades demasiado graves, o resistencias demasiado tenaces para establecer como regla jeneral el matrimonio civil.

En tal hipótesis, seria poco sensato que no se coadyuvara a la secularizacion del matrimonio a lo ménos para los que no quisieran someterse al matrimonio ecleciástico.

Son muchos los católicos a quienes desagrada que la lei separe en el matrimonio el contrato i el sacramento.

Las razones que alegan para ello son a mi juicio infundadas; pero esta no es la cuestion.

Lo que urje mucho es que no se dificulte a los individuos por motivo de crencias relijiosas el formar una familia legal.

En consecuencia, si hai oposicion mui fuerte contra la institucion del matrimonio civil para los católicos, procúrese siquiera que sea establecido para los no católicos, o mejor, para los que no quieran someterse al matrimonio ecleciástico.

La aceptacion de una reforma tan indispensable no privaria a los que desearan otra mas radical del derecho que tienen para seguir trabajando por el triunfo de sus ideas.

Mientras tanto, se habria llenado una necesidad mui sentida, sin que nadie tuviese un motivo medianamente lejítimo para alarmarse.

Dos señores diputados sometieron en 1868 a la consideracion del Congreso un proyecto de lei de elecciones que comprendia toda esta materia.

Hubo álguien que tomó grande empeño para que todo ese proyecto, o siquiera la parte mas urjente, fuese convertido oportunamente en lei.

Al efecto, se convocó el Congreso a sesiones estraordinarias para el 15 de marzo de 1869.

I no solo se convocó el Congreso a sesiones estraordinarias, sino que superándose muchos inconvenientes, se logró que la Cámara de diputados tuviera sesiones desde el 6 de abril.

Gracias a esto, el 5 de junio de 1869, estuvo terminada la discusion de toda la parte del proyecto, relativa a la formacion de los rejistros, que era la mas interesante i urjente.

Hubo entónces alguien que hizo indicacion para que los artículos ya aprobados se tramitaran como una lei independiente, miéntras se continuaba la discusion de los artículos restantes.

La Cámara aceptó la indicacion.

Sin esto no habria habido nueva lei de rejistros, porque el resto del proyecto ha corrido la misma suerte que tantos otros; i sin esto

no habria sido elejido el Congreso actual, en que los diversos partidos políticos han tenido a un mismo tiempo la mayor representacion que jamas ántes habian tenido en las Cámaras; porque indudablemente la lei de rejistros de 1869 contribuyó, con otras causas que no es del caso mencionar, a la consecusion de tan provechoso resultado.

Por muchos años estuvo pendiente la discusion de un proyecto referente a la reglamentacion de la corta de bosques.

Ese proyecto comprendia dos cuestiones principales.

La primera consistia en la suspension del derecho que la lei española concedia a los mineros i fundidores para denunciar los bosques en provecho de su industria.

La segunda tenia por objeto el determinar, en el supuesto de que la primera se resolviese afirmativamente, qué término debia otorgarse al goce de los denuncios ya consumados.

Las opiniones por lo jeneral estaban acordes sobre el primer punto; discordes sobre el segundo.

La Cámara de diputados, que llegó a una resolucion sobre ambos puntos despues de una larguísima discusion, tuvo la feliz ocurrencia de consignar en leyes separadas sus decisiones acerca de las dos cuestiones mencionadas.

Merced a este procedimiento, en lo sucesivo los mineros no podrán denunciar los escasísimos bosques que el beneficio de los metales ha dejado en Chile.

Si las dos materias hubieran seguido tratadas en el mismo proyecto, como se habia pensado hacerlo al principio, hasta ahora no estaria resuelta ni una ni otra, porque el Senado hasta la fecha no ha tenido a bien ocuparse de la segunda de dichas cuestiones.

El Senado i la Cámara de diputados, al deliberar últimamente sobre la reforma constitucional, consideraron aisladamente los artículos que se refieren a la duracion de las funciones del presidente de la República i a su reeleccion.

Gracias a este acertado procedimiento, está ya realizada una reforma fundamental, llamada a ejercer grande i benéfica influencia.

Sin esto, esa reforma estaria corriendo la suerte de las otras reformas constitucionales.

¿Cuándo se tomará una resolucion acerca de ellas?

Yo no lo puedo calcular.

¿Lo podria álguien?

Me pareceria mui prudente que se adoptara con ellas el mismo método que se siguió con la ántes espresada.

Todas aquellas materias que no tengan entre sí una conexion demasiado estrecha deberian aislarse, i ser sonsignadas en leyes distintas.

De este modo, el país podria ir aprovechándose de algunas re-

formas constitucionales, si no fuera posible que se aprovechara de todas las que se hallan en tabla.

He manifestado con cuatro ejemplos notables las ventajas que se han obtenido de haber llevado a cabo mejoras parciales, cuando habria sido mui difícil o moroso efectuar reformas mas completas.

Voi ahora a citar dos casos igualmente notables en que el bien público ha sido perjudicado por haberse procedido de otro modo.

En 1867 se sometió a la aprobacion del Senado un proyecto de *Código Militar*, que bajo todos aspectos era incomparablemente superior al vijente.

Entre otras innovaciones ventajosas, contenia la abolicion del fuero i la reglamentacion de los ascensos.

Sin embargo, ese proyecto conservaba mas o ménos tal como existe al presente lo que se denomina el estado de asamblea.

Entre otros motivos de ménos gravedad, éste, a lo que entiendo, ha sido el principal para que el Senado haya retardado hasta ahora el despacho del asunto referido.

¿Cuál ha sido la consecuencia de tal procedimiento?

Que las disposiciones relativas al estado de asamblea no han sido modificadas.

¿I cuál otra?

Que los ascensos no han sido reglamentados, i el fuero militar no ha sido abolido.

¡Cuánto mejor habria sido que se hubiera promulgado el proyecto de código a pesar de sus disposiciones defectuosas respecto del estado de asamblea!

Así estaria ya sujeto a reglas lo tocante a ascensos, i se habria cumplido por lo que respecta a los militares con el precepto constitucional de la igualdad ante la lei.

I todo esto no habria estorbado que se siguiera estudiando o deliberando acerca de la reforma del estado de asamblea, i de los puntos que se tuviera a bien.

En la sesion celebrada por la Cámara de diputados el 17 de junio de 1869, hubo álguien que hizo indicacion para que sin largas discusiones se adoptara uno de dos proyectos de lei de imprenta que estaban pendientes, salvo el derecho de los que quisieran todavía algo mejor para proponerlo al Congreso, sin perjuicio, se entiende, de que la nueva lei comenzara a rejir.

Cualquiera de estos proyectos era incomparablemente preferible a la lei que está rijiendo desde 1846.

La cuestion se simplificó todavía mas.

El autor de uno de estos proyectos convino en que el otro era superior.

¿Por qué entónces no se aceptó?

El proyecto a que me refiero estaba mui léjos de ser perfecto. Sus autores mismos, de propósito deliberado, habian dejado en él ciertas disposiciones que habrian deseado poder suprimir,

pero que habian consignado porque habian pensado que, atendído el estado de la opinion, la falta de esas disposiciones iba a dificultar la adopcion de la reforma.

Sin embargo, el proyecto era sumamente liberal.

Derogaba todas las trabas que al presente embarazan el establecimiento de las imprentas i la fundacion de diarios o periódicos.

Reducia casi a la última espresion el número de los delitos de imprenta.

Minoraba las penas.

Aseguraba al jurado la mayor independencia.

En una palabra, habria sido la lei de imprenta mas liberal que jamas hubiera sido promulgada en país alguno.

Sin embargo, se rechazó el procedimiento espedito que se proponia, i hasta ahora no se ha hecho nada.

La lei de 1846 ha quedado vijente.

Por intentar hacer algo que fuese todavía mejor que lo bueno ya formulado, se dejó subsistir una lei que todos convenian era pésima.

Esta es la táctica que nuestras Cámaras suelen seguir, i esta es aquella de que deberian apartarse.

Talvez se diga que todas las ideas que acabo de esponer son mui vulgares.

I se tendria mucha razon para decirlo.

Efectivamente, la indicacion desenvuelta en este artículo no es mas que el consejo del mas craso buen sentido.

¡Nada mas cierto!

Lo que debe estrañar es, no que haya álguien a quien se le ocurra recomendar un procedimiento tan sencillo i tan obvio, sino que nuestros lejisladores practiquen por lo jeneral otro enteramente contrario.

Esta es una de las causas de que se hable mucho sobre reformas, i de que solo se lleven a cabo mui pocas.

El método en las discusiones parlamentarias, como en todos los asuntos de la vida, es la fuerza mas poderosa para obrar.

Nuestros lejisladores, a mi juicio, deberian, no dividir la atencion entre muchas cuestiones, sino concentrarla en una sola, que no deberian abandonar hasta haberla resuelto.

Entonces podrian pasar a otra.

Deberian ademas fijarse en lo mas sustancial, i prescindir de detalles.

Es preciso no olvidar que la revision simultánea i minuciosa de muchas leyes es el arbitrio mas eficaz que podria inventarse para sostenerlas todas por largo tiempo sin variarles una tilde.

Esto equivaldria a encomendar a nuestros nietos el cuidado de la reforma.

He conocido a un ultra-conservador, el cual no toleraba que se mudara una coma en la constitucion de 1833.

No le gustaba, segun decia, ni siquiera que se cambiara en la portada el título de la *Imprenta de la Opinion*, donde nuestra lei fundamental vió la luz primera.

Cuando el Congreso declaró que muchos de sus artículos necesitaban reforma, la persona de quien hablo comenzó a encontrar mui deficiente la reforma acordada. La constitucion, segun él, debia variarse desde la cruz hasta la fecha.

No tardé en comprender el motivo de un cambio de opinion, que a primera vista podia parecer tan inesplicable.

El ultra-conservador habia descubierto el mejor arbitrio para que la reforma constitucional no se realizara en cincuenta años.

Hace algun tiempo, he tenido en mis manos un antiguo libro español en una de cuyas láminas estaba pintado el ejército de Sertorio, formado en batalla. Delante de las filas aparecia un brioso caballo al cual un robusto soldado hacia violentos, pero vanos esfuerzos para arrancar a un tiempo todas las crines de la cola. El testo, completando la leccion dibujada en la lámina, advertia que cuando se hizo patente la impotencia para arrancar de un solo golpe la cola al caballo, el jeneral mandó que un individuo cualquiera fuese sacando las crines de una en una, operacion que se ejecutó en poco tiempo i con la mayor facilidad.

El emblema precedente tiene una aplicacion oportuna a la política.

Seria digno de entusiasta i sincero aplauso el Congreso que fuese capaz de correjir todas juntas las malas instituciones; pero como esto puede reputarse poco ménos que imposible, seria deseable que se dedicase a irlas mejorando una por una.

Miguel Luis Amunátegui.

CUBA I PUERTO RICO.

Al otro lado de la Cordillera hai un Océano, el Atlántico. Navegando de Sur a Norte, ciñéndose siempre a la costa oriental de Sud-América, se puede ver el litoral de la República Arjentina, del Uruguay, del Brasil, de las tres Guayanas, i llegar hasta la embocadura del magnífico Orinoco. Si entonces se navega hácia el Nord-este, a poco navegar se encontrará una isla verde reposando en las ondas de un mar verde. La isla es Trinidad,

una de las pequeñas antillas: el mar, el Mediterráneo del Nuevo Mundo, consagrado como el Mediterráneo del antiguo, a ser camina ondulante de todas las ideas, de todos los progresos de la nueva humanidad.

En ese mar de las Antillas, mar Caribe o de Colon, cuyo nombre se asocia al momento mas glorioso de la historia moderna, brindan con sus paraisos, ofrecen las guirnaldas de sus bosques, los ramilletes de sus valles, los encantos de sus perspectivas, los deleites de sus climas, dos grupos de islas que en los dias venideros de la historia serán la Grecia del nuevo continente.

Uno de esos grupos, el menor por la dimension de sus islas, i el mayor por su número, empieza en Trinidad, comprende las Antillas inglesas, francesas i danesas, i, formando un semi-círculo, liga en un abrazo fraternal a Venezuela, cabeza del continente meridional, con Puerto Rico, Haití, Santo Domingo, Jamaica i Cuba, corazon de todo el continente.

En donde acaban las pequeñas, empiezan las grandes Antillas. Son cuatro, escalonadas de menor a mayor, i colocadas verticalmente, de Este a Oeste, al istmo americano.

La mas oriental es Puerto Rico, como la han llamado los ávidos españoles; Boinqueu, como la llamaban los indíjenas i nos complacemos en llamarla los criollos. La mas occidental es Cuba: entre una i otra, la victoriosa Haití—Santo Domingo: en frente de ésta, al Sud, Jamaica. Al pié de todas esas islas, el oríjano mar que las sahiere: arriba, el sol febriscitante de los trópicos; enbelleciéndolas, la vejetacion mas galana i suntuosa; cobijándolas, el cielo mas limpio, mas puro i mas amable; purificándolas, el ambiente mas embalsamado, la brisa que da mayor embriaguez i mas deleite pueden los pulmones aspirar.

Reinas de todas ellas, Cuba i Puerto Rico. Paraiso de la naturaleza, no debió consentir la ingrata madre que España lo convirtiera en un infierno.

Lo ha consentido i lo consiente. Cuba i Puerto Rico son esesclavos, i mientras las dos islas mejor situadas, mas pobladas, mas instruidas, están en poder de España, estarán esclavizadas; i, mientras no sean dueñas de si mismas, serán un paraiso inhabitable.

Hasta el 10 de octubre de 1868, Cuba era bella, era rica, era poderosa para los españoles: los cubanos eran estranjeros en su patria.—Desde el 10 de octubre de 1868, dia que inician una era nueva para América, Cuba es pobre; pero es digna, es heroina, es mártir, i ya pueden los cubanos vivir en ella, morir contentos por ella.

No pueden todavía los puerto-riqueños gozar del infinito deleite de fijar la planta en la tierra nativa, esclamando: Patria mia! i solo pueden habitarla con tiranos. Habítenla ellos solos. De allí, como de Cuba, han de salir.

Para arrojarlos han nacido las jeneraciones actuales de las islas. Sin ese fin por realizar, sin una probabilidad de realizarlo, ¿para qué habriámos venido nosotros a la vida?

I.

CUBA.

Cuba, la mas occidental de las Antillas, es tambien la mayor i la mas rica. Tiene, segun Humboldt, 3,615 legnas marítimas cuadradas de superficie, 700 de costa, mas de trescientas de lonjitud, 45 con su mayor anchura. Su elegantísimo contorno, en el cual se presienten las formas ámplias, dilatadas, espansivas de un continente; en cuyas sinuosidades se percibe instintivamente el porvenir comercial de la gran isla; en cuyas numerosas, espaciosas i magníficas ensenadas i bahias (Nipe, Habana, Mariel, Cienfuegos, Guantánamo) confirmaria Ritter, el jeográfo filósofo, su teoria del paralelismo del progreso i de las costas abundantes en entradas i salidas; su elegantísimo contorno basta para justificar la candorosa admiracion de su descubridor (1). "La mas hermosa tierra que jamas ojos vieron!"

La adornó el jénio del bien; la pobló el jénio del mal: la descubrió la abnegacion científica; la conquistó el interés avaro. Pero si hai en la vida de la humanidad una fatalidad perfectamente determinada, es la del bien; i los españoles, que han hecho en Cuba todos los males, los que proceden del horror, los que nacen de la pasion desenfrenada, los que jeneran una voluntad mal dirijida; no han podido hacer el unico mal que hubiera condenado a Cuba al horror eterno de ser españoles! *no han podido hacer hijos españoles.* Se mezclaron en las indias, i salieron cubanos; con las negras, i salieron cubanos; con las mulatas, i salieron cubanos; con estranjeras, i nacieron cubanos; con españolas, i hasta la española procreó cubanos. Los educaron en el amor de España, en el odio a Cuba; i fueron cubanos en su amor a Cuba oprimida, en su odio acerbo a la opresora España. Les instruyeron el fanatismo del Dios español, del rei español, de la grandeza española, i fueron cubanos en su fanatismo contra todos los fanatismos españoles. Los mandaron a España a olvidar a Cuba, i volvieron a Cuba maldiciendo a España. Al estallar la revolucion, todos los jóvenes cubanos que pudieron, salieron de España, en donde habian pasado toda su vida activa,

(1) Colon, en su primer viaje, 1493, despues de descubrir a San Salvador i a Long-Island.

para combatir contra España en Cuba, donde solo habian vivido la vida inconsciente de la primera edad. En la última atrocidad de los españoles, cuando, hace poco, sacrificaron ocho adolescentes a su infame odio, el mas cubano de esos adolescentes, es decir, el mas heróico en la muerte, era hijo de un español. Son repulsiones invencibles de la naturaleza; es la sacrosanta abominacion de la injusticia; es la divina indignacion del bien. No habria bien, no habria justicia, no habria naturaleza, si el hijo de una patria siglo tras siglo escarnecida, en vez de ser su hijo, lo fuera del padre casual que le dió el infortunio de su patria,

Así, en el desesperado empeño de los españoles por hacer españoles a sus hijos, en la obstinacion de los hijos por redimir, siendo cubanos, la culpa de haber nacido de españoles, se formó una poblacion de cubanos,—blancos, negros, mulatos i mestizos,—que llegó a ser de 1.600,000 almas. No cuento a los 100,000 españoles, que en el momento de la revolucion habia en la Isla, porque quiero excluirlos de la cuenta, como Cuba los excluia de su vida.

Ese millon i medio de cubanos era oprimido por los cien mil españoles que representaban a España en Cuba.

Mendizabal, un liberal español que tiene estátua, dijo, siendo ministro de hacienda: "No hai que hacerse ilusiones, Cuba i Puerto Rico no son para España otra cosa que cuestiones de dinero." Seifes Lozano, otro ministro (ese no tiene estátua) dijo en pleno congreso que las Antillas eran los cortijos de España: los empleados españoles decian, para esplicar sus fraudes, que "no habian ido a tomar aire a las Antillas," i asi como el gobierno español favorecia la esclavitud, dificultaba el comercio, abrumaba a los contribuyentes de la isla i trataba de enbrutecer a los cubanos para conservar intactos los cinco millones de pesos que Cuba le producia todos los años, asi cada español que iba a la isla (empleado, agricultor, industrial, juez o soldado), se creia con derecho, i estaba autorizado por la costumbre, para enriquecerse, cualesquiera que fueran los medios, con tal que ninguno de ellos fuera bueno: los españoles mas ricos eran los que mas daños hacian a Cuba: los negreros. Era español pobre, condenado al desprecio de los suyos, todo el que, trabajando honradamente, se ponia en íntimo contacto con los cubanos i era querido de ellos i devolvia el afecto que inspiraba. De esos españoles ha habido ejemplos durante la tirania de la colonia i hai imitadores venerables en la revolucion de independencia. Pero no son muchos: siempre ha sido reducido el número de los escojidos. Era tan rica la isla i tan despreciado el que no queria enriquecerse sacrificando su dignidad i su conciencia.

La riqueza de Cuba es un proverbio que sabe de memoria todo el mundo, pero era tambien una maldicion. Como el desdichado

Perú en tiempo del coloniaje continental, Cuba era la hija mimada del despotismo español. Todo estaba calculado para hacerla producir la mayor suma de riqueza, con la menor cantidad de libertad.

Además de las aduanas i otras varias contribuciones, cuyo producto estraordinario no recuerdo, un decreto de febrero de 1867 aumentó en casi 16 millones de pesos el impuesto de la isla. La historia de este decreto basta para esplicar cómo puede un bien, como el que constituyen las riquezas espontáneas de un suelo, convertirse en la maldicion de ese suelo. Habia un ministro de Ultramar, Canovas del Castillo, decidido a legalizar la tiranía social, política i económica de las Antillas; i aparentando ceder a los clamores de las islas, convocó a una junta de comisionados antillanos que debian bajo la presidencia del ministro ir a Madrid i deliberar sobre determinados puntos de un interrogatorio que debia someterles el ministro. Habiendo caido el ministerio o'Donelista, le sucedió otro ministerio narvaista con Alejandro Castro como ministro de Ultramar. Ya convocados los comisionados de Cuba i Puerto-Rico, no pudo el nuevo ministerio dejar de cumplir el decreto de convocatoria; i los comisionados de las dos islas se presentaron en Madrid despues de innumerables peripecias, que probaban la precoz mala fé del gobierno español. Sometió éste su interrogatorio a los comisionados. Estos, en la parte política, demostraron la necesidad de un gobierno autonómico; en la parte social, la necesidad de abolir la eselavitud (1); en la parte económica, la libertad de industria i de comercio i la sustitucion de todas las innumerables contribuciones directas e indirectas de las islas, por una sola contribucion directa sobre la renta líquida. Queriendo el gobierno español aumentar el producto de las contribuciones insulares, aparentó ceder a la demanda de los comisionados; i dejando intactas las aduanas i algunas contribuciones mas gravosas, suprimió algunas de las menos productivas, sustituyéndolas con un impuesto directo de 10 por ciento sobre la renta líquida. Es decir, aumentó las contribuciones en casi 16 millones; i para esquivar la responsabilidad de la reforma abrumadora, hizo entender que accedia al deseo de los comisionados.

Vejada, engañada, escarnecida, corrompida, Cuba no dormia. Cien veces abrumada por el mal éxito, otras cien intentaba levantarse contra sus opresores. Desde José de la Luz, el socrático educador de la juventud cubana, hasta Betancourt, el perpétuo

(1) En Valparaiso, hasta donde llegó buscando amigos para la revolucion de las Antillas, duerme el sueño eterno el comisionado puerto-riqueño (Ruiz-Belvis) que tuvo la gloria i la fortuna de formular esa aspiracion de las Antillas. Aquí, donde sabemos cuantos médicos asisten a cualquier enfermo europeo, no se sabe que aquí murió aquel martir. Solo el jeneroso Matta ha hablado de él.

predicador de la rebelion; desde Heredia, el profeta de los esclavos blancos, hasta Plácido el mártir de los esclavos negros; desde Agüero hasta Estrampes; desde Lopez, el venezolano, hasta Pintó, el español, ningun espíritu jeneroso producia o alentaba Cuba, que no se consagrara a predicar por la ciencia, la poesia, las armas, el destierro o el suplicio, la emancipacion de la isla infortunada.

En 1835, un alzamiento; en 1848 una conjuracion jeneral; en 1851, dos espediciones de libertadores; en 1854, una conspiracion formidable: Agüero, Plácido, Estrampes, Narciso Lopez, Pintó, son las personificaciones inmortales de ese martirolojio sacrosanto. Discípulos de esos maestros, todos los cubanos, blancos, negros, niños, jóvenes, madres, esposas, hermanas, hijas. La mujer cubana, hoi heroina en los campos de la revolucion, mártir resignada en la desolada soledad de la emigracion, ha sido siempre el espíritu vital de la redencion de Cuba. Talvez no lo sepan sus hermanas de Sud-América, cuando con tan glacial indiferencia ven el martirio de Cuba, i sabiendo que hai cubanas, ni piensan que estarán haciendo lo que ellas hacian, lo que sus madres hicieron en la revolucion de la independencia sud-americana.

Cuando yo, despues de una esperiencia de tres años consagrados en España, en Norte i Sud-América a buscar i no hallar amigos decididos para la causa de las Antillas, considero tranquilamente en mi espíritu las apostasías de principio consumadas por los revolucionarios españoles en la cuestion de Cuba; el desamparo en que han dejado a su noble isla sus maestros del Norte, la indiferencia con que la miran sus hermanos de Sud-América, me espanta la impopularidad de la justicia en este mundo; i cuando mas imparcialmente examino los móviles de la conducta de los republicanos españoles, norte i sud-americanos, i cuanto mas disculpo a los últimos i mas me apiado de la ceguedad de los primeros, mas me lastima la incompatibilidad que los errores del egoismo establecen entre la justicia de una causa en una parte, i el triunfo de la misma causa en otra parte.

Cansada ya de sufrir i preparados todos los elementos morales de su revolucion, Cuba se alzó contra la tiranía española: nunca, ni aun en los gloriosos dias de la independencia sud-americana, se habia pedido a las armas la sancion de un derecho mas lejítimo, el reconocimiento de una justicia mas patente: Cuba se levantaba para ser digna, i en nombre de los principios que acababan de invocar los revolucionarios españoles, que habian traido los americanos del norte al derecho constitucional, que los americanos del sur habian obedecido en su jenerosa lucha de independencia i en la constitucion de su nacionalidad.

Los republicanos españoles me decian: "Entre Cuba i nosotros está vuestro patriotismo." Castelar, que mil veces me habia prometido en la emigracion de Paris, estar al lado nuestro, que llegó hasta aceptar la base de un discurso en que, para decidirlo,

tomé la revolucion de Cuba como Isócrates i el mismo Castelar consideran los hechos humanos, a la manera de tésis que el arte de la palabra desarrolla, Castelar hizo mas que sus compañeros de republicanismo: para cohonestar su innoble conducta, forjó una teoria mas indigna: dijo que la revolucion de Cuba era un obstáculo al triunfo de la república en España.

Los republicanos de Norte-América supeditaron a los intereses interiores de partido el deber que les imponia la revolucion cubana.

Los republicanos de Sud-América han pasado del entusiasmo de los primeros dias a los dias de la duda.

Ha sido tan enorme el alarde de fuerza hecho por España contra Cuba, que hasta para los habituados a vencer a España es dudoso que pueda Cuba victorear su independencia.

A pesar de la duda de los unos i del egoismo de los otros, Cuba podrá. Desde el primer grito de independencia en Jara hasta el momento actual, España ha mandado los soldados disciplinados a Cuba; tenia los voluntarios españoles en la isla; tiene una escuadra de alto bordo i una escuadrilla de 30 cañoneras que constituyen una de las armadas mas formidables que ha tenido España; ha gastado millones, desacreditado algunos de sus mas célebres jenerales, inutilizado en el ministerio de Ultramar a algunos de los políticos que mas esperanzas daban, acreditado de falaz su diplomacia, desconceptuado por bárbaro a su gobierno, i no ha podido conseguir que rindan armas los 30 mil cubanos que han podido armarse lentamente, con armas incompletas, a pesar de la vijilancia de la costa, a pesar de la casi complicidad del gobierno norte-americano con el español, a pesar del abandono en que los gobiernos latino-americanos han dejado a Cuba.

España, mas poderosa que lo ha sido despues de Felipe II, haciendo esfuerzos que no habia hecho para dominar la revolucion de sus colonias continentales, contando en el obsequioso silencio de todos los gobiernos civilizados, que la han dejado hacer impunemente atrocidades que en la historia erizarán el alma de las jeneraciones venideras contra los capaces de hacerlas, como España, i los capaces de consentirlas, como el mundo entero; España poderosa, irresponsable, impune, no ha podido dominar a Cuba, desamparada, casi inerme, sin mas defensores que sus hijos, sin mas auxiliares espontáneos que unos cuantos porto-riqueños, que pronto harán falta en los campamentos de su patria, i unos cuantos dominicanos, venezolanos i neo-gradinos que conservan todavía el culto grandioso de la patria americana.

Para mí, que creo en la independencia pronta de Cuba como creo en las verdades matemáticas, esa simple oposicion de un poder impotente a una impotencia poderosa, basta. Yo sé que ya han pasado para siempre los tristes dias últimos del año 69 en que, no yo (creyente impasible) pero casi todos los emigrados cubanos i porto-riqueños llegaron a temblar en Nueva York por la

causa de la revolucion. Yo sé que cuando una revolucion colonial ha pasado del período de frenesí al de resolucion inquebrantable, no hai fuerza ni poder que triunfe de ella. Yo sé que Cuba está en ese período; que hai una verdadera Cuba, con poblacion, instituciones, actividad i vida propias, dentro de la Cuba encadenada por los españoles, i no me ocupo del triunfo de la revolucion, que sé es seguro, como no me ocupo del movimiento de la tierra, que sé es necesario. Quisiera, i nada mas, que los pueblos de Sud-América tuvieran mas memoria i recordaran lo que hicieron para que comprendan lo que hace Cuba, i no duden. Yo no tengo ni el deseo de que auxilien a Cuba i Puerto-Rico: pienso que toda grande idea triunfa mas sólidamente cuanto mas solitariamente ha luchado por triunfar, i celebro que así empiece a triunfar Cuba, i espero que así haremos triunfar a Puerto-Rico.

Cuando haya hablado de esta última isla, talvez me decida a hacer la historia de la revolucion cubana; de ella a lo que de ella se piensa, hai el abismo del error. Cuando no por otro motivo, por servir a la verdad hablaré.

Así, distrayéndose de todo interés, aunque sea el jeneroso que me impone el patriotismo, para abstraerse en la verdad, serán útiles los escritos que consagre a hacer amable la justicia en la Revista de Santiago.

Eujenio Maria Hóstos.

MIRADAS RETROSPECTIVAS.

La historia de hoi es la de ayer como la de ayer es la historia de mañana. Nuestra vida se ajita con la regularidad monótona del péndulo. No tenemos ninguno de esos sacudimientos enérjicos i convulsivos que remueven el organismo de otros pueblos. En la sociedad de las naciones representamos el papel que hace el indolente en la sociedad de los individuos. No sentimos los ímpetus del mal ni esperimentamos los arranques del bien. Somos una especie de término medio entre el movimiento i el reposo, entre las sombras i la luz, entre el egoismo i la indiferencia. A esto es a lo que algunos han querido dar el nombre de cordu-

ra o sensatez. Desgraciadamente, no es la primera ocasion en que el vicio se engalana con el nombre de la virtud.

Chile es un vasto mar de azogue en que los individuos marchan con cierta fatigosa pesadez sin sumerjirse pero tambien sin elevarse. El ruido, el entusiasmo i el escándalo son convencionales. De vez en cuando hai tempestades; pero las tempetades se disipan, i despues ni queda mas despejada esta atmósfera de plomo ni se descubren náufragos ni cascos de navío en esta superficie impenetrable. ¡Desde hace tiempo le falta a nuestra política hasta la poesía de los mártires!

Entramos a los primeros dias de mayo; apénas nos separan unos pocos meses de la época en que se renovaron los poderes públicos i unas cuantas horas del momento en que deben abrirse las sesiones del Congreso Nacional. En cualquiera otro país del mundo, por lo ménos quedaria el polvo de los combates de ayer i se aprestarian las fuerzas para la lucha de mañana. Entre nosotros se ha desvanecido ya el recuerdo de un pasado que todavía es el presente, i a nadie preocupa este presente que lleva entre sus pliegues envuelto el porvenir. Viviendo bajo un réjimen que tiene descontentos numerosos i a cuya sombra deben resolverse problemas importantes, apénas se oye hablar a las perdididas de silenciosos conciliábulos que tienden a producir un acuerdo transitorio entre los diversos matices de la opinion. Sin embargo, lo que se halla en tela de juicio es la constitucion del Estado, el derecho electoral, la abolicion de los privilejios eclesiásticos, la organizacion de la enseñanza, la secularizacion de los cementerios, toda una multitud en fin de gravísimas incógnitas que afectan profundamente los intereses del país.

Pero es que con el 25 de junio pasó la tempestad. Hasta entónces parecia que iba a transformarse nuestro modo de ser social, que el público iba a revestirse de una enerjía inquebrantable i que la lucha debia ser eterna. Cámaras, prensa, tribuna popular, todo se mantuvo en una ajitacion febril dando un pábulo incesante al horno de las pasiones. Mas de una vez el poder pronunció medroso la palabra ¡revolucion! i mas de un cándido creyó ver en el humo de cigarro que oscurecia la atmósfera del meeting el humo de la pólvora que debia estallar bajo los cimientos de la Moneda. De la pluma del periodista i de los lábios del orador partian torrentes de lava que inflamaban el cerebro del país miéntras las bolsas se abrian dejando escapar torrentes de oro que iban a corromper la conciencia de la multitud. Pero llegó el 25 de junio, i las nubes se desvanecieron, i las voces se apagaron, i todos se hicieron a un lado respetuosos para dar paso al carro del vencedor. A una víspera de desesperacion sucedió un dia de esperanza; i si los creyentes no fueron a sacrificar en el altar del ídolo de hoi, por lo ménos no lo declararon una deidad incorrejible ni lo juzgaron indigno de una prudente adoracion.

Ello escandalizaba un poco a los espíritus jóvenes i como jóvenes, inespertos; pero luego se dijo que ese era el modo de hacer política en los pueblos republicanos, que los yankees se despedazan en torno de la mesa electoral i que una vez proclamado el escrutinio se pone punto final a la contienda. Nosotros, que somos los yankees del Pacífico, debíamos imitar a los yankees del Atlántico, mostrarnos mas satisfechos que resignados i tener una fé ciega en las vueltas caprichosas de la rueda de la fortuna.

Si esto fué un progreso, lo ignoramos. Sobre todo, no podemos considerarlo como tal. Los hombres de honor no riñen mas que una vez. Despues suele venir el perdon, pero el olvido es imposible. Combatir hoi para fraternizar mañana, enlodar ahora una reputacion para darse despues el gusto de bruñirla, predicar hoi la estremidad para aconsejar mañana la moderacion, esclamar hoi ¡imposible! para responder mañana ¡aceptable!, hoi la guerra a muerte i mañana la paz sin condiciones,—todo esto puede ser mui sábio i mui político, pero es hacer como las verduleras en la plaza del mercado. ¡Los yankees! Pero no nos justifiquemos con el ejemplo de los yankees. Si la virtud tiene padrinos, al vicio no le faltan; i luego, aparte de que los yankees nunca han sido un modelo de delicadeza i de buen tono, hai mucho de inexacto en esta leyenda ultra-evanjélica de los cariños despues de los rencores. Por mas que uno trate de engañarse, cuando se comparan el pesimismo desesperado i los violentos ataques de ayer con el optimismo inalterable i la suavidad aterciopelada de las advertencias de hoi, es imposible dejar de descubrir o una estraña lijereza o una mal encubierta apostasía.

De aquí una situacion esclusivamente espectante. El presidente de la República gobierna en medio de una paz octaviana. Los unos lo acarician: los otros querrian acariciarlo. Entre los príncipes cristianos reinan la paz i la concordia. Se le han separado algunos hombres, pero han tenido la precaucion de colocarse a una distancia conveniente para acudir con prontitud a la primera señal. Los demas, los antiguos adversarios, están léjos todavía; pero al oir cómo tosen de vez en cuando para que no se les deje en el olvido, se comprende que no divisan de por medio ningun obstáculo insuperable. Desgraciadamente el presupuesto i el poder continúan como siempre teniendo a muchos en la antesala i a mui pocos en su gabinete de confianza.

Se ha retirado un ministro, i otro ministro lo ha reemplazado. El país no se ha conmovido ni por la ausencia del primero ni por la presencia del segundo. Desde hace tiempo los ministros del despacho han perdido la propiedad de dejar a sus espaldas una huella luminosa. Los hombres, como las estátuas, suelen verse mui pequeños cuando es mui elevado el pedestal en que se colocan. Cualesquiera que sean los encargados de dirijirla, la hacienda pública se conforma siempre que no hagan mas

considerable el peso de su deuda. Nada hai entónces que estrañar si el relevo de los serenos nos interesa tanto como el cambio de los ministros.

Si no fuera un mal endémico de nuestro país, esta indiferencia tendria su esplicacion. Los cobres han salido de su antiguo abatimiento, los trigos tienen en espectativa mercados ventajosos, i Caracoles ha despertado ávidos deseos i magníficas esperanzas. La voluntad de hacer fortuna con rapidez ha llegado a ser universal. No se concibe la formacion de un capital mediante la vieja acumulacion de peso sobre peso. La paciencia del gusano parece intolerable. Las fortunas quieren tejerse con la prisa de la araña: no importa que a los primeros soplos del pánico se rompan las fortunas.

De aquí ciertos temores que no por permanecer ocultos carecen de todo fundamento. Entre nosotros, el crédito es una cadena que está condenada a hacerse trizas apénas se rompa alguno de sus eslabones, un verdadero círculo vicioso de accionistas que en la mayoría de los casos seria incapaz de resistir a un exámen detenido. La solucion de este problema, tan difícil como peligroso, depende del éxito de las operaciones iniciadas. Caracoles puede ser la fuente inagotable de nuestra riqueza i puede ser tambien la tumba de nuestro crédito. Cuando hai que hacer diariamente el balance de los gastos i de las entradas, de las ilusiones i de los sacrificios, de los temores i de las esperanzas, es lójico hasta cierto punto que el interés público desaparezca ante el interes individual.

En estos últimos tiempos, el teatro ha adquirido una importancia inusitada para caer despues en su ordinaria postracion. La aparicion de Rossi despertó el sentimiento artístico, de mui atrás adormecido, i sacó a Shakespeare del polvo de las librerías en que yacia sepultado. La representacion exacta de las realidades de la vida sobre las tablas del escenario produjo como era natural entre la juventud intelijente un enérjico movimiento literario al cual no es del todo estraña la publicacion de este periódico.

El gusto dramático se desarrolló como por encanto. Comprendióse que permaneciendo entre nosotros una compañía semejante a la de Rossi, los frutos no se harian esperar por largo tiempo en este campo tan lastimosamente estéril de la literatura nacional.

Entre los artículos que vieron la luz pública durante las inolvidables temporadas del Teatro de Variedades i del Teatro Lírico, no podemos pasar en silencio el magnífico Ensayo crítico sobre Hamlet con que don Eujenio María Hóstos, nuestro excelente amigo e intelijente colaborador, favoreció las columnas del *Ferrocarril*. Ese artículo, que no ha tenido en nuestra prensa ni iguales ni superiores, revela al distinguido literato i al profundo pensador.

Pero apesar de estos progresos cuyas hermosas consecuencias no desaparecerán tan pronto, la compañía Rossi ha tenido que marcharse por falta de asistentes. Sin embargo, está fresco en la memoria el recuerdo del circo de Chiarini que nunca llevó o sus sillas rotas i a sus tablas desvencijadas ménos de dos o tres mil espectadores. Pero entónces se bailaba en la cuerda, se exhibia un enano, se sostenia una pluma en la punta de la nariz i se hacia el salto mortal sobre el lomo de las cabalgaduras. Allí estaba el pan del alma como en la tropa del can-can el pan del corazon. El público bostezaba cuando escuchaba en Otelo el monólogo del candil. En cambio cuando Cuello cabalgaba en el palo de escoba en las Amazonas del Tormes, el público prorumpia en frenéticos aplausos. ¿No forman la síntesis de nuestras tendencias en política el marasmo, en el arte la equitacion, en literatura las Hazañas de Rocambole?

Sinceramente hablando, el mal éxito de Rossi no ha hecho mas que confirmar la tradicion. Rossi fué pospuesto a Torres i comparado con Bermonet. ¿Qué habia ahí de estraño? Monvoisin, aquí desconocido i pospuesto a Ciccarelli, va a morir en Europa en medio de la admiracion universal. Lutz, silbado en Valparaiso, llega a Paris i hace furor en el teatro de la Grande Opera. Sarmiento, en Chile hostilizado, es a poco andar una de las mas imponentes figuras de Sud-América. I en fin, para citar un último ejemplo, Lastarria que no ha tenido como aquellos la desgracia o la felicidad de nacer en otra patria, Lastarria despues de cuarenta años de fatigas, de desvelos, de trabajos i de luchas, ha alcanzado el honor incomparable de ser elejido rejidor de Caracoles. ¿Qué raro entónces que Rossi, cuyo nombre se encuentra en todos los diccionarios de contemporáneos célebres i a quien todos los críticos de Europa han tributado sus aplausos, haya tenido que escapar precipitadamente de nuestros coliseos antes de que se hiciera el desierto en torno de su compañía?

Aseguran que en Inglaterra cuando un hombre se levanta, los demas le prestan apoyo para facilitar su elevacion, que en Francia tambien lo auxilian pero para asirse i subir junto con él; i que en España cuando hai un desgraciado que sobresale un poco del nivel comun, la multitud se irrita, ahoga sus esfuerzos i hace lo posible por hundirlo. Paseándose un dia con el duque de Vendôme, le decia Luis XIV:—¿Te acuerdas? Aquí habia un molino de viento que ha desaparecido ya.—Es cierto, sir, contestó el duque; el molino ya no está, pero siempre sopla el mismo viento. ¿Deberemos creer que aun cuando ya no seamos colonia de la España nos sopla siempre el viento de la colonia?

Fanor Velasco.

LA TUMBA DE PIZARRO.

Lima, Lima, ciudad misteriosa de los encantos, sueño de los poetas, espléndido verjel tropical nacido de entre las ruinas mas suntuosas de la colonia, primorosa copa antigua donde el amor esprimió su mejor jugo, al fin voi a contemplar tu hermosura, al fin voi a palpar la realidad que imajiné.

Tal pensaba la primera noche de mi llegada a la ciudad de los vireyes. Los sueños de hermosas alas ora me arrullaban, ora me hacian abrir los ojos sobresaltado, para seguir soñando despierto. Salté de la cama al oir las primeras campanas de las madrugada. Convidaban a la oracion matutina, pero sus lenguas de bronce solo molestan mis oidos sin hablar a mi espíritu, como mas de un escritor místico: confieso injenuamente que jamas he comprendido la poesía de las campanas ni la elocuencia del misticismo.

Esta vez me sirvieron: escuché su reclamo, i, de prisa salí a la calle. Ah! el cielo aquel no era el cielo diáfano i azul a que estaba acostumbrado. Sentí el abandono de las majestuosas Cordilleras. Por primera vez conocí que mis montañas nevadas me hacian falta.

Pardas nubes inmóviles tendian una pesada cortina sin pliegues sobre la perezosa ciudad; sus calles, de ordinario tan bulliciosas i animadas, recien comenzaban a poblarse de uno que otro negro, i de madrugadoras mulatas que se dirijian las unas al templo, las otras al mercado.

Despues de recorrer las calles de aquella pintoresca ciudad, i de admirar los graciosos balconcillos moriscos, cubiertos por misteriosas celosías, tras de las cuales siempre se cree adivinar un par de lindísimos ojos; despues de contemplar sus numerosas i elegantes torres, i de asistir al despertar de un dia sin aurora, i al desperezarse de una ciudad de pálidas mujeres, bellas como la alborada, hube de dar, cuando ménos lo esperaba, en el punto de mi partida. Un gran letrero me advirtió que estaba otra vez a la puerta del Hotel Maury, paradero obligado de todos los chilenos, i por cierto el mejor establecimiento de esa clase que posee Lima.

No sé si la ausencia de la patria; no sé si el nublado tenaz, que siempre oscurece el corazon; no sé qué; pero algo me inclinaba a la melancolía i a la meditacion.

Quise ver la tumba de Pizarro i me dirijí a la catedral, donde dicen que se encuentra. Mi ánimo estaba preparado para hacer tal visita

La catedral de Lima es suntuosa en el interior cuanto modes-

ta en su fachada. La fábrica de este templo arruinado en varias ocasiones por los terremotos, costó 90 años de trabajo a contar desde 1541, i mas de medio millon de pesos fuertes, fuera de las valiosas alhajas i reliquias que contiene. Reconstruyóla el conde de Superunda despues de la ruina de 1746.

"En la espaciosa cavidad que hai debajo del presbiterio i altar mayor se encuentra una bóveda de grande estension dividida en tres salones enlozados, a los que se entra por dos puertas que dan a las naves colaterales."

Allí es fama que se encuentra la tumba del conquistador del Perú, don Francisco Pizarro, Marques de los Atabillos.

Un negro sacristan se encargó de conducirme al recinto fúnebre. Llegamos a una de las puertas, de antiquísima estructura; rechinaron sus goznes, el negro prendió un cabo de vela, i comenzamos a bajar algunos escalones, él delante i yo detras.

Me hallaba en la rejion de los muertos, frente a frente de la esfinje; en presencia del mas formidable de los enigmas. ¡Qué de emociones, qué de problemas, qué de recuerdos acumulados en un breve punto!

El órgano comenzó a derramar sus voces graves i solemnes en aquel instante, i sus místicos acentos hablaron a mi corazon, pero no a mi cerebro, donde el pensamiento del filósofo, el *to be or not to be* de Hamlet, iba gravado en caractéres de fuego. Así la fé es impotente ante la luz de la razon: halaga a veces; pero ni convence ni resuelve. Es una luciérnaga que necesita de la oscuridad para lucir. Es la voz del órgano que estremece al que sorprende meditando, inclinado sobre el abismo de la muerte!

Mi estraño cicerone, familiarizado con el oficio, vagaba entre las tumbas con la mas completa indiferencia. La vela, de luz vacilante, chisporroteaba a veces como amenazando dejarnos en las tinieblas, i el negro murmuraba de cuando en cuando ciertas palabras entre dientes que no comprendí. Acaso algun conjuro, o alguna piadosa oracion, o acasa alguna maldicion..... Comencé a encontrar algo de estraño, en aquel ser, que segun unos es hijo de Adan i segun otros viene de otro centro distinto de creacion.

El negro pareció adivinar mi pensamiento un tanto ofensivo para su raza. Detúbose i me miró fijamente: sus ojos chispearon, una sonrisa irónica se dibujó en sus lábios abultados que descubrieron una fila de blanquísimos dientes. Qué pretendia? qué iba a decir? qué iba a revelarme en aquella solitaria mansion?.... Queria simplemente, pedirme un cigarro! Díselo, i él lo prendió como para ofrecerme un símbolo de nuestra pasajera existencia: una chispa, cenizas, humo!....

Sic transit gloria mundi.

"*Aquí es,*" me dijo, i alzando un grosero lienzo, descubrió a mi vista el esqueleto del conquistador de un imperio.

Mudo ante aquel grave espectáculo de la miseria humana, con-

templé largo espacio al que a un mundo puso espanto, abandonado ahora hasta de los gusano de la tumba!

Tres siglos de abandono, de soledad, de nada!..... Miseria, que da frio al corazon i vértigos a la cabeza; que empaña el pasado i el porvenir, i hace el vacío al rededor de quien de cerca la contempla. Cárlos V envuelto en tosco sayal i enterrado vivo en su ataud es una débil paródia ante esta tremenda realidad de la nada humana. ¡Cuánta ambicion, cuánta intriga, cuánta soberbia sobre la escena!..... despues, cenizas, humo, nada!

¡Qué de crímenes i devaneos, i cuán escaso el resultado!

Ahí está Pizarro!.....

El robusto brazo que manejó la espada, el ancho pecho que ajitó la tempestad de las pasiones, la cabeza orgullosa que cubrió el casco de guerra ¿qué son ahora?—Reducidos están a una tela seca, apergaminada, que aun estrecha i ajusta la osamenta, i que desaparecerá mañana. Sobre la altiva frente donde anidaron tan audaces i ambiciosos pensamientos, pasaron las larvas de la sepultura, i aun se descubren sus huellas.

El cráneo es notable por su desarrollo:—la amplitud frontal revela un vigor de inteljencia que sorprende, raro en un soldado ignorante i rudo. La mandíbula inferior fuerte i abultada, a estarnos a las reglas craneolójicas, denotaría una firme i decidida voluntad, un carácter de fierro. El craneo de María Antonieta fué reconocido por esta circunstancia. La mandíbula de esa reina infeliz sobresalia de entre las demas, como el temple de su carácter.

El pecho descubierto, ancho i levantado parecíame que se ajitaba, como si algun sueño violento turbara la paz de piedra de aquel eterno dormido.

El vencedor de los Incas está ahora arrojado en un miserable agújero; su antiguo traje está reducido a un puñado de menudos harapos; no tiene ni una pobre mortaja que cubra su desnudez.

Cayó la cortina, i me retiré con el corazon oprimido. La trajedia de Pizarro habia concluido para mí. ¡Qué amarga burla de la grandeza humana, i qué leccion!.....

*
* *

En los muros blanqueados de ese panteon subterráneo, se hallan repartidos varios nichos, toscos i sin concluir, donde se guardaron en otro tiempo los restos de los arzobispos i de los vireyes. Hoi se cavan sepulturas en el mismo recinto para los obispos peruanos. Sobre ellas se alzan humildes túmulos de cal i ladrillo, salvo dos tumbas de mármol que el gusto actual ha introducido, sencillas i severas, sin mas adornos que un báculo i una mitra en bajo relieve. El nicho de Pizarro está separado de uno superior por dos tablas mal unidas que sustentan otro cadáver, acaso de algun virey! ¿Quién podria saberlo?

Segun mi guia, aquel era el cadáver de un eclesiástico o de un guerrero, "porque como todos nos parecemos tanto despues de muertos, es imposible distinguir lo que hemos sido!"

*
* *

Vagué algunos instantes mas entre las tumbas de los obispos, caviloso, concentrado en mi pensamiento, escuchando sin oir las esplicaciones de mi guia.

Casi a la salida me detuve, acaso sin pensarlo, delante de un pequeño ataud de madera blanca como olvidado entre los sepúlcros. El negro que aguardaba su propina, creyó adivinarme el pensamiento i alzó la tapa.

Allí, donde apénas cabría un niño, estaban los huesos desencuadernados de un arzobispo!..... Quisiera que los arrogantes prelados de mi tierra viesen de cerca lo que han de ser al fin. Aquel tambien habia llevado báculo i gastado mitra, i quien sabe si armado escándalo!

Acaso fué el mismo orgulloso obispo que pontificó despues de haberse engullido una sabrosa polla i de haber apurado un ancho canjilon del buen cuzqueño.

A mal traer i en entredicho hallábase a la sazon, nada ménos que con el mismo virey, caso frecuente en tiempos de entónces, cuando la iglesia no hacia majistrados que la auxiliaran i sirvieran, i en que el poder civil se mostraba celoso guardian de sus derechos i regalías.

Bien pronto llegó el dia de una solemne funcion de iglesia, a que jamas faltaba el virey. Pero en esta ocasion hubo de escusarse, so pretesto de enfermedad.

En vez de oficiar, el obispo ocupó el trono del virey, como en ausencia de él le correspondia.

La iglesia estaba llena; la jente de mas copete rodeaba al obispo, i la funcion habia comenzado cuando el virey apareció en persona a las puertas como una mala vision.

El buen prelado hubo de dejar el trono, i, por no ceder ni en un ápice al representante del rei, dirijióse al altar, como representante de Dios, i aunque no en ayunas, recomenzó la funcion interrumpida por el incidente, i consagró i consumió con imperturbable calma.

Grande fué el escándalo que el asunto armó en la Corte; pero la causa fué a Roma, donde el obispo hizo valer el argumento de que si colmugó no en ayunas, como lo mandan los cánones, fué porque en su persona no se humillará a la iglesia. Roma lo absolvió, bajo apercibimiento.

¿Dónde se ha visto que la Curia condene a los suyos? Precisamente fué instituida para ocultar las faltas de los propios, i abultar las ajenas.

Tal es la historia del obispo de antaño, hoi reducido a polvo.

Al ménos así la cuenta, si mal no recuerdo, el celebrado escri-

tor peruano Ricardo Palma, en una de esas crónicas llenas de donaire i encanto con que ha enriquecido las letras americanas.

*
* *

Salí de aquella sombria mansion a respirar el aire puro de la plaza, bellísima plaza, llena de animacion i de vida; pero que acentuaba mas en mi espíritu i renovaba el sombrío drama cuya escena final acababa de ver con mis propios ojos.

En efecto, a un paso del Rimac se levanta el antiquísimo palacio de los virreyes cuyos cimientos se echaron junto con los de Lima. Allí fué asesinado Francisco Pizarro por los parciales de Almagro. Mas tarde, conspiradores de otro jénero se dieron cita en aquel lugar:—los llaneros de Colombia, los guasos de Chile i los gauchos de las Pampas Arjentinas llegaron hasta el palacio de Pizarro i allí se estrecharon las manos que habian paseado la bandera de independencia por los campos de la América. San Martin supo abrirse paso hasta el polvoroso dosel de los virreyes, que ha seguido sirviendo a todos los presidentes del Perú, i desprendió como trofeo de su victoria la gastada bandera del conquistador español. Ese trofeo es el sudario en cuyos pliegues duerme hoi envuelto el mas bizarro capitan de la independencia americana.

Frente al viejo palacio está el portal de Botoneros, i, cortándolo por mitad corre el callejon de donde es fama que los compañeros de Almagro salieron a los gritos de *¡viva el rei! ¡muera el tirano!* decididos a acabar con el marques.

Fué este un acto de desesperado valor. La hora de la misa era la fijada para dar muerte a don Francisco; pero éste, contra su costumbre, aquel dia no acudió al templo. Los conjurados se creyeron vendidos por algun traidor, i a fé que razon no les faltaba. El confesor de uno de ellos delató el plan de la conjuracion que le fué revelado en el tribunal de la penitencia. Pizarro dió poca importancia al aviso i dijo desdeñosamente del denunciante: "este clérigo, obispado quiere."—Sinembargo, so pretesto de enfermedad, abstúvose de ir a misa.—Los conjurados mucho vacilaron; pero al fin comprendiendo que era necesario matar o morir, decidiéron vengar en el acto las afrentas de que eran víctimas o perecer en la demanda.

El dado estaba arrojado! Era el domingo 26 de junio de 1541, a las horas de la comida, cuando los resueltos conspiradores salian tumultuosamente de casa de Almagro, atravesaban la plaza real i penetraban en palacio. El viejo Juan de Rada marchaba a su cabeza, i si el jóven Almagro tomó parte en aquel sangriento lance, sábelo Dios, que la historia duda i se pierde en conjeturas contradictorias.

A los gritos de *muera el tirano!* mas de un curioso acudió a la plaza, sin que nadie se moviera en defensa del marques. Antes bien sus propios comensales, advertidos del peligro, descolgá-

ronse despavoridos por las ventanas que daban al jardin i con ellos huyeron los criados, que, lacayos i cortesanos unos son, sobre todo en la hora de la desgracia.

Pronto los asaltantes salvaron el primer fornido porton, que hallaron desamparado; dieron muerte a un criado que se les atravesó en el camino, i cruzaron sus espadas con la del valiente Chaves, quien sucumbió a sus golpes, dejando indefensa la puerta de las habitaciones de don Francisco. Este procuraba entre tanto ajustar su coraza, mientras que su hermano materno, Martinez de Alcántara, asistido de algunos caballeros de servicio, oponia desesperada resistencia a los agresores. Urjido el conquistador, arrojó lejos de sí la coraza, rodeóse la capa al brazo, echó mano a la espada, i, como el leon sorprendido en su guarida, arremetió impetuoso en defensa propia i de su hermano.

A su solo aspecto retrocedieron los conjurados, i a sus bravas cuchilladas mas de uno rodó a sus piés. De nada sirvió aquel brio. La punta de un estoque fué a perderse en la garganta del valiente: sus ojos se anublaron, dobláronse sus rodillas, i el conquistador de un imperio cayó derribado para siempre!

Apénas le alcanzó el aliento para trazar con su sangre una cruz en el suelo. Pegó a ella sus lábios i espiró .....

Llevóse su cadáver a la catedral casi a hurtadillas, acompañándolo su viuda i unos cuantos negros de la servidumbre. Dijéronse algunas cortas oraciones a toda prisa, i mientras las campanas se echaban a vuelo por el triunfo de los conjurados, el cuerpo ensangrentado de la víctima recibia sepultura en el rincon mas oscuro del templo.

Años mas tarde, calmadas ya las pasiones, hubo de colocársele en un suntuoso féretro, i en lugar mas conforme a su elevada jerarquía.

En 1607 se removieron sus restos para trasladarlos a la nueva catedral, donde se les depositó al lado de los mortales despojos del exelente virei Mendoza.

En presencia de las relaciones históricas sobre la peregrinacion de los restos de Pizarro, i de la manera como se les honró, se formula esta pregunta por sí sola en el espíritu ¿i como es que ahora con tan poco acatamiento se arrojan sus restos en un tosco i miserable nicho, mal cubierto con un lienzo? Recordemos que el cronista Caravantes dice que el ha visto los huesos del conquistador "*en una caxa de terciopelo morado con pasamanos de oro.*" ¿Cuándo pasaron de la lujosa caja al pobre nicho? Porqué pasaron?—Nadie lo sabe.

¿O acaso no es el verdadero cuerpo de Pizarro el que se exibe como tal?

Una persona querida, que veinte años ántes que nosotros bajó a aquella tumba, dice:

"Mi guia me mostró en un nicho un fornido esqueleto cubierto de inmundos harapos, diciéndome que *aquel canónigo era el*

cuerpo de Pizarro. Me acerqué con reverencia: ví que sus formas i los residuos de vestiduras que las cubrian no podian estar en aquel estado despues de trescientos años, i concluí por reconocer que era realmente un canónigo en vez del guerrero que yo buscaba. En vano me esforzé en hallarle: Pizarro ha desaparecido i mi guia me agregó que nadie lo habia visto..... Sin embargo, en el altar mayor hai un pequeño dosel, que goza de capellanías, puesto allí en señal de que el cuerpo de Pizarro está debajo. (1)

En Lima jeneralmente se cree que aquel es el verdadero cuerpo del conquistador; no obstante que el ilustrado escritor don Manuel A. Fuentes, hablando del panteon de la catedral dice que allí "se encuentra LA CABEZA de Francisco Pizarro i el cadáver de su hija doña Francisca, fundadora de la valiosa capellanía instituida para que se dijera diariamente una misa en el altar mayor."

Qué mucho que no se sepa el paradero de un soldado a quien sopló la fortuna, cuando vemos, en nuestros dias que en Roma misma se discute entre jesuitas i evanjelistas sobre si San Pedro estuvo o no estuvo en Roma. La solucion negativa de esta duda encierra la ruina de las pretensiones papales: miéntras que la de aquella, apénas si daria satisfaccion a alguna impertinente curiosidad.

Entre los viajeros que han tomado al pié de la letra la relacion del sacristan, debe contarse un cierto ingles, quien, prévio convenio, despojó el esqueleto de uno de sus zapatos. Digno hijo de Albion, que no desmintió los hábitos comerciales de su patria, empeñada en hacer de Lóndres el ropavejero de todas las celebridades.

Ojalá el antiguo zapato, no sé si del guerrero o del canónigo, fuera lo único de que han despojado al Perú rapaces cartajineses.

Preciosos lienzos de mano maestra poseyó la corte suntuosa de los vireyes, i uno a uno fueron desapareciendo, sin que pueda calcularse hasta donde se estendió el despojo.

En el dia hai mayor cautela i mas interes en conservar lo poco que queda en materia de objetos de arte. Los buhoneros judios son talvez los únicos que ahora recorren el país a caza de ricas joyas i de antigüedades etnolójicas. Recojen valiosos ídolo i *llautos* imperiales, diamantes engastados en plata i puñados de perlas que cambian por joyería moderna de oro de mala lei.

El zapato aquel, negociado sobre una tumba abierta, por jentes que temerian tanto las censuras canónicas contra los violadores de sepulturas, como los rigores del Fuero-Juzgo, sin duda que, a ser zapato de canónigo, ha viajado mas que su primer dueño i señor. Puede que en el dia figure en los museos británicos al lado de las metopas de que lord Elgin despojó el Partenon, a impulsos de su amor al arte!

Estraña cosa! Comenzar por una visita a los muertos precisamente en la ciudad del amor i de la vida. ¡Qué contraste con mis propósitos i mis ensueños de la madrugada! Volví a ellos, porque sentia la necesidad de desechar mis sombríos pensamientos i abrir el corazon a los sentimientos espansivos i jenerosos.

Quise dejarme llevar de mis inclinaciones, i, como nada deseaba mas vivamente que conocer de cerca al erudito i fecundo escritor don Francisco de P. Vijil, resolví verle, para sacudir de mi espíritu el polvo de la muerte i elevarme a otras rejiones, escuchando la palabra de vida de aquel profundo pensador. Conocia sus obras monumentales, que son un faro luminoso para la juventud americana que él lleva sobre su corazon, i ántes de verle ya le amaba i le admiraba.

Dirijíme, pues, a la Biblioteca que corre a su cargo. Esta, erijida en 1821, está situada a los piés de la iglesia de San Pedro, en el antiguo *colejio máximo* de S. Pablo de los padres jesuitas, edificio sólido i de bellas proporciones, como son en jeneral los que nos ha dejado esa Orden tristemente célebre. Hace pocos años que, al derribar una pared se descubrieron ahí los cadáveres de veintitres padres jesuitas, rebeldes ajusticiados por sus mismos compañeros. Habian sido emparedados, i fijadas a sus bonetes se hallaron las sentencias de muerte emanadas del secreto i terrible tribunal. Una mano interesada redujo a cenizas aquellos documentos reveladores, miéntras que el aire con su contacto, se encargó de reducir a polvo los misteriosos cadáveres. Testigos presenciales de este estraño hallazgo me lo han referido.

Al entrar al primer salon de la Biblioteca cautivó mis miradas i detuvo mis pasos una bellísima composicion histórica, debida al pincel del malogrado Montero. Es un cuadro colosal que ocupa toda la testera del salon i que representa *los funerales de Atahualpa.*

De nuevo encontré allí a Pizarro, sombrío, pero severo i arrogante, contemplando con el mirar del águila satisfecha el cadáver de su víctima. Parece que ni el remordimiento surca aquella frente de bronce, ni que el eco de la conciencia se atreve a decirle: "quien a hierro mata a hierro muere!"

Contemplé un instante i seguí mi camino.

Pocos momentos despues el mas noble i bondadoso de los ancianos me estrechaba contra su corazon, como para difundir en mi alma su inmenso amor por el progreso i la libertad, su anhelo infatigable por la emancipacion del espíritu, su profunda fé en el porvenir del continente americano.

E. DE LA BARRA.

LA REVISTA DE SANTIAGO.

LITERATURA, ARTES I CIENCIAS.

DIRECTORES:

FANOR VELASCO,—AUGUSTO ORREGO L.

SANTIAGO, MAYO 15 DE 1872.

EL TEMPLO

DE LA

COMPAÑIA DE JESUS EN SANTIAGO DE CHILE.

El ilustrado presbítero don Mariano Casanova publicó a fines del año recien pasado de 1871 una *Historia del templo de la Compañía de Santiago de Chile, i de su incendio acaecido el 8 de diciembre de* 1863.

Es una obrita redactada en estilo fácil i elegante, que se lee con interes.

Contiene datos exactos i curiosos sobre las vicisitudes de la fábrica de aquel templo, en varias ocasiones arruinado o incendiado, i otras tantas reedificado, ménos en la última, cuyo fúnebre recuerdo no se olvidará pronto.

Sin embargo, estos datos se refieren a la parte material del templo.

Me parece que el autor habria debido mencionar tambien otros de distinto jénero, si atendemos al objeto principal de su composicion.

El señor Casanova ha emprendido su trabajo para conmemorar i esplicar la funestísima catástrofe del 8 de diciembre, que costó la vida a tantas jóvenes i a tantas ancianas.

Creo que, si lo hubiera buscado en nuestras antiguas cró-

nicas, habria encontrado que, por una rara coincidencia, aquel mismo templo habia servido en tiempos ya remotos para fiestas semejantes a aquella que fué la causa ocasional de uno de los mas lamentables acontecimientos de que hai memoria.

Todos conocemos la clase de culto que se practicaba desde el año de 1856 en el templo de la Compañía.

Se habia fundado en él una sociedad bajo la denominacion de las *Hijas de María*, la cual tenia por institucion el reverenciar a la Vírjen Madre de Dios.

La veneracion que debian tributarle, particularmente en el mes de noviembre de cada año, era en estremo espléndida i aparatosa.

No era esto todo.

Se habia colocado en el templo una urna cerrada, en la cual cada socia podia depositar un billete en que pedia a la Vírjen María lo que deseaba.

Los miércoles de cada semana, el director o capellan de la sociedad abria en público la urna que contenia los billetes, i la colocaba abierta delante del altar durante la misa.

Cuando la urna se llenaba completamente, el capellan quemaba los billetes sin leerlos, i sin que nadie pudiera saber lo que contenian.

La práctica mencionada duró siete años consecutivos hasta la horrible hecatombe humana de 1863.

Como se ve, se habia materializado, por decirlo así, la oracion.

No bastaba que la creatura, en sus alegrías o en sus tribulaciones, invocase al Creador desde el fondo del alma.

Nó, de ningun modo.

Era preciso que escribiese una carta con sobre a la Vírjen i con direccion al cielo.

Este culto teatral habia causado la mas viva impresion en la imajinacion de las mujeres.

La sociedad contó ya en el primer año de su fundacion siete mil socias.

Los directores de la cofradía fomentaban en las devotas la aficion exajerada a las esterioridades ostentosas del culto.

Durante la gran solemnidad del mes de noviembre, las *Hijas de María* se esmeraban en cubrir las naves del templo con vistosas colgaduras i aderezos, en enbellecerlas con las mas variadas flores de mano que se mezclaban a las naturales i competian con ellas, en iluminarlas con millares de luces que hacian la noche mas luciente que el dia.

Esta práctica imprevisora trajo al fin de siete años la jamas suficientemente lamentada catástrofe del 8 de diciembre.

No es mi propósito recordar con detalles este tristísimo suceso, que el señor Casanova refiere en mi concepto con exactitud e imparcialidad.

Lo que me propongo es procurar llenar. al correr de la pluma,

como se dice, el vacío que he notado en el escrito de que se trata.

En efecto, segun ántes lo he indicado, su lectura me ha recordado ciertos hechos del tiempo antiguo, relacionados con la obra del presbítero Casanova, los cuales a mi juicio habria sido oportuno poner ante los ojos del lector moderno.

La especie de culto teatral que ocasionó el último incendio de la Compañía fué establecido en aquel templo desde su fundacion.

Es esta una de esas coincidencias casuales que desde luego llaman la atencion.

Se sabe que la órden de San Ignacio, ántes de su estincion, fué mui aficionada a rodearse de un prestijio misterioso.

Los jesuitas abusaban de la intervencion divina, patente i dramática, en todos los sucesos que les atañian.

Su antigua historia, tal como ellos mismos la referian, se asemejaba a una epopeya, que conjuntamente se desenvolvia en la tierra i en el cielo.

Los milagros eran las incidencias ordinarias de su vida.

En la época moderna, la proteccion divina en favor de esta famosa órden ha dejado de ser a lo ménos tan ostensible como era ántes.

Esta inclinacion desmedida a hacer intervenir lo sobrenatural en todas las cosas humanas que animaba a los jesuitas, i que se empeñaban por imprimir a todos sus adeptos, era el resultado lójico de la exaltacion mística que esperimentaban, i que anhelaban comunicar a los otros.

Los jesuitas oian con desconfianza suma las advertencias de la razon fria i desapasionada; pero cultivaban con particular esmero en sí mismos i en los demas las alucinaciones de la fantasía estimulada por la devocion i por los fervores ardorosos de la sensibilidad que conmovian los objetos relijiosos.

Esta tendencia de su espíritu los arrastraba a conceder una importancia decisiva a los aparatos de un culto pintoresco, dramático i aun artificioso.

El templo de la Compañía, que erijieron en Santiago, fué el teatro de este sistema, que plantearon en Chile, como en otros paises.

Voi a mencionar algunas de las relaciones características que ellos mismos nos han dejado sobre todo esto.

Los jesuitas son los que hablan en este artículo.

La única parte que me corresponde en él es la eleccion i el arreglo de los materiales.

Las noticias que van a leerse pueden ser equiparadas a los cuadros antiguos que, cubiertos de polvo i de telarañas, suelen dejarse arrumbados entre los trastos inútiles o estropeados,

hasta que algun curioso los limpia con cuidado para conocer por ellos la fisonomía i los trajes peculiares de los hombres de antaño.

Me parece que estas noticias pueden quizá ayudarnos a comprender uno de los aspectos de la vida colonial.

El año de 1555, doña Marina de Gaete, mujer de don Pedro de Valdivia, pasó por Sevilla para encaminarse a Chile a fin de reunirse con su marido, que ignoraba habia muerto el año anterior en la batalla de Tucapel.

La señora traia consigo para que la acompañase a una niña de doce años, sobrina suya, llamada doña Catalina de Miranda.

Las dos viajeras fueron a oir misa en una de las iglesias de la ciudad.

Tocóles que el sacerdote oficiante fuera el padre jesuita Francisco de Borja, despues santo.

Las dos rezaban mui fervorosamente como quienes iban a partir para un viaje largo i lleno de peligros, que debia conducirlas a tierra bárbara i completamente estraña.

El sacerdote oficiante se volvió a los fieles i pronunció la fórmula: *Dominus vobiscum*.

Habiendo la niña Miranda levantado en aquel momento la vista, observó que el rostro del padre jesuita despedia una luz purísima, que penetraba hasta el alma.

La niña se sintió profundamente conmovida con aquella vision, que jamas pudo olvidar; e hizo allí misma voto de pureza, que jamas violó.

Desde entónces, rezó todos los dias cinco veces el Padre Nuestro i el Ave María por la Compañía de Jesus; i desde que llegó a su destino, suplicó incesantemente al Señor que no la llevase al sepulcro sin el consuelo de ver a los jesuitas en Chile.

Trascurrieron veinte i seis años ántes de que esta oracion fuese acojida por aquel que lo pedia hacer.

Al fin de este tiempo, i doce años ántes de que se realizara el suceso, la señora Miranda supo por revelacion que los jesuitas vendrian a Chile.

El padre Luis de Valdivia declaró mas tarde bajo juramento haber oído de boca misma de doña Catalina de Miranda lo que queda referido.

Habia tomado el velo en el monasterio de la Concepcion de Santiago (monjas agustinas) una india llamada Constanza, la cual era tan santa, que hacía milagros.

Cierto dia, la piadosa indíjena pidió a Dios que para servirle mejor, le diese algun arbitrio para distinguir con seguridad los buenos i los malos consejos.

Al punto, tuvo una vision sobrenatural, en que percibió dos relijiosos vestidos de jesuitas, traje que a la sazon era del todo desconocido en Chile, porque hasta entónces no habia venido ningun individuo de esta órden.

—Estos, dijo a la india una voz, tendrán mucho acierto para la direccion de las almas, i serán tus padres espirituales.

La india comunicó entónces a algunas relijiosas lo que habia visto i lo que habia oído.

Entre tanto, pasó el tiempo, hasta que despues de algunos años, llegaron los jesuitas.

Los padres Baltazar de Piñas i Luis de Valdivia fueron a visitar a las monjas de la Concepcion.

Habiéndolos percibido la india Constanza, esclamó:—Estos son los dos varones que Dios me mostró hace años.

Inmediatamente, tomó por confesor, primero al padre Piñas, i despues al padre Valdivia, que la dirijió por gran número de años.

En cierta ocasion, fué a confesarse con Luis de Valdivia, i le dijo:—Padre, estoi mui desconsolada, porque no sé leer, lo que me priva de aprovechar las lecciones de los libros místicos.

—Pida a la Vírjen que la enseñe, contestó el jesuita a la monja Constanza.

La relijiosa india hizo lo que su confesor le indicaba; i cuando ella ménos lo esperaba, advirtió que sabía leer i escribir, como si hubiera frecuentado la escuela por muchos años.

Uno de los cronistas de la órden hace notar que el reino de Chile tuvo la dicha de comenzar a sentir el dominio español el mismo año de 1540 que nació al mundo la Compañía de Jesus por la confirmacion apostólica de su sagrado ministerio.

Sin embargo, pasaron mas de cincuenta años, sin que los jesuitas vinieran a este país.

Tal tardanza era digna de llamar la atencion, porque las personas principales los aguardaban con impaciencia, el obispo de Santiago i el gobernador de Chile los pedian encarecidamente, el virrei del Perú estaba anheloso porque viniesen, el rei Felipe II habia mandado que se les trajese cuanto ántes.

Los cronistas de la órden aseguran que era el demonio el que se daba trazas para estorbar que entrasen a Chile unos soldados tan invictos, que habian de arrebatarle una comarca donde habia imperado por tantos años.

El padre Juan Sebastian de la Parra, provincial de la Compa-

ñía en el Perú, se aplicaba las mas sangrientas disciplinas i los mas rigorosos ayunos para conseguir desbaratar las tramas del diabólico adversario.

Al fin llegaron de España ocho jesuitas destinados a Chile.

El padre Parra no quiso que continuasen su viaje sin consultarse primero con Dios para saber sí sería preferible que los recien llegados quedasen en Lima, siendo reemplazados por otros que fueran mas prácticos en los asuntos de Chile.

Para ello, multiplicó sus oraciones i mortificaciones.

El resultado fué que resolvió por inspiracion divina enviar a otros relijiosos diversos de los que habian venido de la Península.

Con este objeto, designó para superior de los que debian ir al padre Baltazar de Piñas, anciano de setenta años, pero en estremo animoso i mui esperimentado, i le facultó para elejir siete compañeros.

El padre Piñas escojió a los padres Luis de Valdivia, Hernando de Aguilera, Juan de Olivares (estos dos nacidos en Chile), Luis de Estrella i Gabriel de Vega, i a los hermanos coadjutores Fabian Martínez i Miguel Teleña.

Esta colonia de jesuitas salió del Callao para Valparaíso en el mes de febrero de 1593.

La navegacion mencionada se hacía entónces mas o ménos en quince o veinte dias.

Aquel era tiempo de cuaresma.

Los jesuitas, sin distraerse por las vicisitudes de un viaje marítimo, se entregaban a sus ejercicios habituales de piedad, i consiguieron que los otros viajeros i los individuos de la tripulacion los acompañasen en ellos.

Todos los dias, cantaban las letanías, rezaban el rosario a coros, leian en alta voz libros de relijion o de moral, predicaban, confesaban.

La nave se habia trasformado en un claustro ambulante.

A pesar de todo, el demonio, segun lo advierte un cronista, "rabioso sin duda de ver aquel pequeño relijioso ejército, que le empezaba a hacer cruda guerra desde el camino, i en Chile habia de ser el estrago de su imperio, como despues lo esperimentó bien a su costa," determinó tentar contra los jesuitas un nuevo i tremendo ataque.

A los diez i siete dias de navegación, se levantó la mas formidable tempestad.

Los navegantes se consideraron perdidos sin remedio.

El padre Hernando de Aguilera, cuya palabra era mui elocuente, se puso a exhortarlos, dominando el estruendo de los fu-

riosos elementos, a que encomendarán sus almas a Dios, preparándose para morir.

Los acongojados navegantes, que se veian en el último trance, se confesaban a gritos, i clamaban por la absolucion de sus pecados.

De repente, el animoso predicador guardó silencio, el piloto abandonó el timon, los marineros soltaron los cabos, la suplicante vocería cesó completamente.

La nave, ya medio sumerjida, estaba próxima a zozobrar.

En tan apurada estremidad, los jesuitas acudieron a una reliquia del apóstol San Matias, que llevaban consigo.

La sacaron de la urna, i la mostraron a los atribulados navegantes.

Todos cayeron humildemente de rodillas delante de ella, solicitando amparo.

En seguida, el padre Piñas dejó caer al enfurecido mar, la reliquia, que retenia colgada de una cinta.

Inmediatamente, los vientos se calmaron, i las olas se aquietaron.

El océano se puso tan manso como una laguna.

Sin embargo, el peligro solo habia variado de forma.

Los navegantes no habian recorrido mas que la mitad del camino, i ya estaban tan escasos de víveres, que únicamente podian disponer de unas costras de bizcocho i de unas pasas.

El padre Piñas bajó a la cámara para orar.

Mientras imploraba el ausilio del cielo, se acercó a la nave un cardúmen de peces dorados, que venian perseguidos por una banda de tiburones, i que se pusieron a la distancia conveniente para ser cojidos con la mayor facilidad.

El peligro del hambre habia sido conjurado tan felizmente, como el de la tempestad.

Los jesuitas llegaron al puerto de Coquimbo a los treinta i nueve dias de navegacion.

En cumplimiento de un voto que habian hecho en medio de las aflicciones anteriores, recorrieron descalzos el camino que hai entre el puerto i la ciudad de la Serena.

Fueron derechos hasta la iglesia de San Francisco, donde dieron gracias a Dios, i donde el padre Piñas predicó al numeroso jentío que habia acudido a recibirlos.

Los frutos del sermon fueron abundantes i provechosos.

Habia a la sazon en la Serena una casa que los demonios habian escojido para su habitacion.

Las escenas ejecutadas en ella por los enemigos del jénero humano habian sido tan espantosas e infernales, que el dueño se habia visto obligado a abandonarla.

Algunos individuos tan valientes, como curiosos, habian querido encararse con el príncipe de las tinieblas i sus secuaces; pero su temeridad habia sido terriblemente escarmentada.

La casa maldita habia llegado a ser un objeto de horror para el vecindario.

Habiendo el padre Piñas i sus compañeros sabido lo que estaba sucediendo, solicitaron que se les dejara ir a alojar en aquella casa de que se habia antojado a los demonios tomar posesion.

En dos noches consecutivas, los usurpadores infernales procuraron molestar a los nuevos huéspedes con todo linaje de alborotos; pero los jesuitas los hicieron huir a fuerza de exorcismos, hasta el punto de que los espíritus del mal no osaron volver a esponerse a recibir tan justo castigo.

Desde entónces la casa tornó a ser tan tranquila como las demas, i pudo ser habitada otra vez por su dueño.

Semejante prodijio colmó de admiracion i de entusiasmo a los vecinos de la Serena.

Como era de esperarse, suplicaron a los padres que establecieran una residencia en la ciudad, pero éstos se negaron diciendo que les estaba ordenado pasar a la capital del reino.

Los moradores de Santiago, que aguardaban maravillas de los jesuitas, se apresuraron a suministrarles cuanto los padres habian menester para edificar una iglesia i una habitacion o colejio.

El primer rector del nuevo colejio de Santiago fué el padre Baltazar de Piñas; i como éste regresara pronto al Perú, fué el segundo el padre Luis de Valdivia.

Apénas establecido en la capital de Chile, el padre Valdivia habia continuado su carrera de prodijios.

Se puso a estudiar la lengua indíjena, que aprendió con una prontitud asombrosa. A los trece dias, podia oír en confesion a los indios, que empleaban para ello su propio idioma; i a los veinte i ocho, podia predicarles en ese mismo idioma.

Hasta entónces, los indios habian sido considerados mui rudos para entender las cosas de la relijion.

El padre Valdivia manifestó en el ejercicio de su ministerio que era todo lo contrario.

Hubo muchos que en media hora se hicieron capaces de rezar el rosario.

Todo aquello enardecia el entusiasmo de los chilenos por los individuos de la Compañía de Jesus.

El padre Luis de Valdivia no tardó en operar una conversion notable, que causó el mayor estrépito.

Vivia por entónces en Santiago un jóven, natural de Concepcion, el cual tenia por nombre don Diego López de Salazar.

A pesar de que en el tiempo de que estoi hablando apénas habia cumplido treinta años, habia desempeñado ya anteriormente con singular distincion el cargo de secretario del gobernador don Alonso de Sotomayor.

Era noble, rico, de gallarda presencia, mui estimado en la sociedad.

López de Salazar, aunque nunca fué licencioso de costumbres, aprovechaba sus ventajas personales para saborear las vanidades del mundo.

En una ocasion, asistió a la iglesia de Santo Domingo, donde se celebraban las exequias de una dama principal, famosa por la hermosura, i recien casada, a quien la muerte habia arrebatado a pesar de su juventud, i en medio de la opulencia.

El padre Valdivia, que predicaba en aquella solemnidad, ponderó cuán efímeros eran los bienes de la tierra.

Don Diego López de Salazar se sintió tocado en el corazon con las palabras del jesuita.

Apénas concluida la funcion, fué a arrojarse a sus piés para confesarle sus culpas, i rogarle que le admitiese sin tardanza en la Compañía de Jesus.

Antes de concederle lo que el penitente deseaba, el padre Valdivia creyó necesario esperimentar su vocacion.

López de Salazar se entregó entónces a tan duras penitencias, que perdió la salud.

El padre Valdivia consintió al fin en admitirle en la Compañía, i le envió a Lima a hacer su noviciado con el propósito de que la variacion de aires le restituyese el vigor perdido.

Tal esperanza resultó vana.

El hermano López de Salazar continuó de mal en peor.

Viéndosele mui agravado de la enfermedad, se le hizo volver a Chile.

Llegó moribundo al colejio de Santiago, donde, recibidos los sacramentos, manifestó el mas vivo deseo de aguardar la hora cercana de su muerte, sin otra compañía que la del padre Valdivia.

López de Salazar estrechaba en sus manos un crucifijo, cuyas llagas besaba fervorosamente, implorando al Señor para que le amparase en semejante trance.

Pasado algun tiempo, el enfermo perdió todo conocimiento.

El padre Valdivia continuó velando al lado de la cama, sin poder decidir sí aquello era un desmayo o la muerte.

Al cabo de media hora, López de Salazar volvió en sí, mostrando todas las señales de un increíble júbilo.

El padre Valdivia le interrogó acerca de la causa que habia podido producirle una variacion de ánimo tan sorprendente.

El moribundo rehusó desde luego darla a conocer; pero al fin cediendo a las instancias de su confesor, le declaró que el Señor Crucificado acababa de favorecerle con su presencia, i le habia dicho que le esperaba para conducirle al cielo.

Apénas hubo pronunciado estas palabras, don Diego López de Salazar lanzó el postrer aliento.

Todas las autoridades civiles i eclesiásticas i todo el vecindario de Santiago concurrieron a su entierro.

Los portentosos casos que quedan referidos i otros muchos análogos, fuente inagotable de piadosas i edificantes reflexiones, habian asegurado a los discípulos de San Ignacio la mayor reverencia de parte de los fieles.

Los jesuitas se habian aprovechado de esta disposicion de los ánimos para establecer en su templo todas las magnificencias del culto esterno mas suntuoso sin que nada les costase.

Todas las fiestas eclesiásticas eran solemnizadas en el templo de la Compañía con el mas espléndido aparato.

Los encargados de cada una de ellas erijian bajo la cúpula un altar provisional, donde a competencia acumulaban luces i adornos de toda clase.

Era tan excesivo el gasto que se hacía en cera (cuya libra costaba doce reales por lo ménos, i muchas veces diez i seis, o veinte), que se mandó que en los otros altares no se prendiese mas de la ordinaria; i en el provisional, solo veinte i cuatro hachas, cuyas velas no pesasen mas de cincuenta libras.

Las paredes se tapizaban de colgaduras i cortinas; i se adornaban de flores naturales o de mano.

El suelo se cubria tambien de flores, i se regaba con agua de olor.

De trecho en trecho, se colocaban braseros en los cuales se quemaban ámbar i almizcle.

El perfume era tanto, que se percibia desde mucha distancia.

El templo se asemejaba al cielo, dice en su entusiasmo uno de los cronistas de la órden.

Ponian tambien en el altar de la cúpula gran número de adornos de alcorza, que representaban soles, estrellas, querubines "i otras invenciones de mucha costa i lucimiento," los cuales despues de la fiesta se obsequiaban a los asistentes.

Todas estas cosas eran proporcionadas a los jesuitas con tanta obundancia, que, por ejemplo, en la fiesta de la canonizacion de San Francisco Javier, una sola persona suministró toda la cera

que se prendió aquel dia, i ademas la que se hubo menester para un año entero.

Escusado parece advertir que las ceremonias eran acompañadas de música.

La víspera de cada una de estas funciones, habia fuegos de artificio durante los cuales se tocaban cajas, clarines i trompetas.

El dia de la funcion, solia amenizarse con representaciones a lo divino que ejecutaban los estudiantes, con diálogos o con recitaciones de versos adecuados al objeto.

Las personas que costeaban estas fiestas de iglesia daban en sus casas opíparos banquetes.

Las que acabo de describir eran, por decirlo así, las funciones gozosas de la Compañía.

Habia otras terribles i mui trájicas.

En la cuaresma, la campana tocaba a prima noche cierta señal especial.

La jente entendia lo que aquel toque significaba, i se dirijia al templo.

Algunos fieles, a fin de evitar todo lo que oliese a vanidad, iban disfrazados o tapados.

Habia quienes iban con túnicas blancas para que se hiciera notable la sangre de los disciplinazos.

Otros iban cargados de cadenas.

Otros llevaban cruces a cuestas.

Otros se atravesaban a la puerta de la entrada para ser hollados por los asistentes.

Cuando se habia reunido el concurso, se descubria un crucifijo de tamaño natural.

Despues se cantaba el *Miserere*.

En seguida, un padre estimulaba con estilo patético al arrepentimiento.

Por último, se apagaban las luces, i comenzaban las penitencias.

El predicador, que permanecia en el púlpito, levantaba de cuando en cuando la voz para animar a los pecadores a que se castigaran sin misericordia para su carne.

No se oian mas que sollozos, esclamaciones, golpes de pecho, bofetadas, ayes lastimeros.

Esta práctica era tan del gusto de les fieles, que imploraban a los jesuitas para que la ejecutaran tambien fuera de la cuaresma.

Sin embargo, los padres, temerosos de que la repeticion disminuyera el fervor, no consentian en renovarla, sino una que otra vez, en la fiesta de la Vírjen o de algun santo mui principal.

Habia dias especiales señalados para que los indios i los negros se entregasen a esta penitencia de sangre.

Los jesuitas habian alistado en cofradías a los indios i a los negros.

La fiesta magna de los primeros tenia lugar la pascua de resurreccion.

Ese dia se congregaban en el templo de la Compañía, dos horas ántes de amanecer, los indios cofrades, hombres i mujeres.

Unos tocaban cajas; otros, pífanos; otros, clarines.

Quienes llevaban velas encendidas; i quienes, pendones.

Todos estos formaban cortejo a varias andas cubiertas de flores, en que iban diversas imájenes.

La mas notable era una del Niño Dios, con cabellera i traje de indio.

La fiesta de los negros esclavos se celebraba en la pascua de Reyes.

Éstos sacaban en procesion trece andas, en las cuales se representaban las escenas relativas al nacimiento del Cristo.

En una de aquellas andas, aparecia la Vírjen María sentada en un taburete dando de mamar al Niño Jesus.

En la carrera de la procesion, llegaban las andas en que iba el mencionado grupo hasta una nube de gaza, la cual abriéndose de repente, descubria un gran número de ánjeles, cada uno de los cuales tenia uno de los instrumentos de la pasion.

A este espectáculo, el Niño Jesus, dejando el pecho, se abalanzaba presuroso a tomar los instrumentos de su martirio.

Al mismo tiempo, la Vírjen levantaba la cabeza para contemplar aquella escena.

Todo esto, dice un cronista, se ejecutaba con tanta perfeccion, que parecia, no un artificio, sino cosa natural.

Muchos de los negros esclavos iban vestidos i armados a usanza de su tierra, bailando, o haciendo variadas evoluciones.

Tenian la costumbre de elejir todos los años para aquel dia un rei de su nacion, que en nombre de todos ellos tributaba homenaje al Niño Dios.

A pesar de todas las prácticas devotas que quedan referidas, i del infatigable empeño de los padres jesuitas para combatir al enemigo del jénero humano, el demonio hacía entónces en Chile ostentacion de insolencia.

Las apariciones diabólicas eran mui frecuentes, en las ciudades i en los campos.

Parecia que Satanas hubiera venido a establecerse de firme en este país.

Voi por via de ejemplo a recordar algunos de los casos que se referian.

Uno de los presidentes tenia en su servicio un indio prisionero de guerra.

Habia ordenado que le llevasen a la Compañía para que fuese catequizado i bautizado; pero los sirvientes de palacio se habian descuidado en cumplir este mandato.

El demonio quiso apoderarse, no solo del alma, sino tambien del cuerpo de aquel desdichado.

Efectivamente, cierta noche, dos demonios con forma humana penetraron al aposento del indio, que estaba en el interior de la casa, le sacaron al patio, i le suspendieron por los aires.

Iban ya a la altura del tejado, cuando el indio acongojado pronunció el nombre de Jesus, de quien se acordó en aquel duro lance haber oído hablar.

Aquel nombre aterrorizó a los dos demonios hasta el punto de hacerles soltar al indio, el cual cayó al suelo, arrastrando consigo alguna tejas, i dándose un feroz golpe.

Luego se puso el suceso en noticia de los jesuitas, que enseñaron al indio la doctrina cristiana, i en seguida le bautizaron.

Habia en Concepcion, allá por el año de 1636, una casa de que se habia antojado a los demonios tomar posesion.

Los espíritus infernales imponian a los moradores de ella los mas duros tratamientos. Al uno le daban de latigazos, al otro de palos, i así por el estilo.

El dueño de la casa fué a comunicar el suceso al rector del colejio que los jesuitas habian fundado en la ciudad de Concepcion.

El padre resolvió, para espulsar a Satanas i comparsa, recurrir al arbitrio de que dos sacerdotes de la congregacion fueran a decir misa en la casa endemoniada.

Los dos sacerdotes comisionados no consiguieron mas que alborotar al diablo, a quien sentian materialmente, ya pasando de un lugar a otro, ya tocándoles los vestidos o los zapatos.

Se llevó entónces a la casa una reliquia de San Ignacio.

Aquel fué el mas eficaz de los remedios.

El demonio huyó despavorido, i no volvió mas a aquella habitacion, de que desvergonzadamente se habia apoderado.

Existia por aquel tiempo en Chile un hombre mui temeroso de Dios, que tenia la devocion de oír cuantas misas podia.

El demonio le perseguia i atormentaba de todos modos.

En una ocasion iba por el campo, meditando en los medios de salir bien de un negocio desagradable, que le traia acongojado.

De repente, el demonio en figura humana le ofreció desde un árbol cuanto pudiera necesitar, si prometia no volver a oír misas.

El varon piadoso rechazó con indignacion la infernal oferta.

Entónces, el diablo tomó una figura tan horrible, que en el acto habria causado la muerte a la persona de que se trata, si ésta no hubiera acudido al amparo de sus rezos.

—Agradece, le dijo el demonio, que tus oraciones me atan las manos, pues de otro modo ya habrias esperimentado el poder de mi furia.

El devoto fué a referirlo todo a los jesuitas, quienes le confortaron alentándole para perseverar en sus buenos propósitos.

El demonio no se dió, sin embargo, por vencido.

Pocos dias despues, el mismo individuo iba a caballo por un terreno mui áspero i montuoso, acompañando a una parienta.

Aunque esta era virtuosa, se dejó exasperar por las molestias del viaje hasta esclamar en un arrebato de impaciencia: ¡lléveme el diablo!

Apénas lo habia dicho, cuando apareció el enemigo del jénero humano en la forma de un caminante con capotillo i sombrero arrufaldado.

Hizo notar su presencia pasando lijero junto a la señora, i azotándole la mula.

Habiendo la señora hecho un movimiento de espanto, su compañero se fijó en el recien venido, i como ya le habia visto en otra ocasion, le conoció al punto.

—¿A qué vienes? le preguntó.

—A llevarme a ella i a ti, respondió el demonio; a ella, porque acaba de rogármelo, i a ti porque la traes por un camino que habia de impacientarla hasta obligarla a llamarme.

—¡Traidor! le contestó el hombre; no conseguirás tus perversos intentos, porque invocarémos en nuestro ausilio el nombre de Jesus.

Efectivamente, los dos caminantes se pusieron a repetir *Jesus, Jesus*, i echaron a correr.

Mal de su grado, el demonio se vió forzado a soltar una presa que ya se habia imajinado suya.

Los jesuitas de Chile consignaron este maravilloso suceso en la carta anual que dirijieron a Roma el año de 1633.

Podria multiplicar mucho mas las narraciones de esta especie que abundan en las crónicas de la Compañía de Jesus; pero me parece que los ejemplos mencionados bastan para manifestar la clase de culto a que desde su fundacion sirvió de centro el templo de la Compañía en Santiago.

El abuso de la intervencion sobrenatural i la exajeracion de las esterioridades dramáticas fueron los principales elementos de ese culto.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

¡PUES BONITA SOI YO, LA CASTELLANOS!

(ORÍJEN DE UN REFRAN LIMEÑO.)

Mariquita Castellanos era todo la que se llama una real moza, bocado de Arzobispo i golosina de oidor.

¿No la conociste, lector?

Yo tampoco; pero a un viejo que alcanzó los buenos tiempos del Virey Amat, se me pasaban las horas muertas oyéndolo referir historias de la Marujita, i él me contó la del refran que sirve de título a este artículo.

Mica Villegas era una bolera del Teatro de Lima, quebradero de cabeza del Excmo. señor Virey de estos reinos del Perú por Su Majestad Cárlos III, i a quien su esclarecido amante, que no podia sentar plaza de académico por su correccion en esto de pronunciar la lengua de Castilla, apostrofaba en los ratos de enojo, frecuentes entre los que bien se quieren, llamándola *Perricholi; La Perricholi*, de quien pluma mejor cortada que la de este humilde servidor de ustedes ha escrito la biografía, era hembra de escasísima belleza. Parece que el señor Virey no fué hombre de paladar mui delicado.

María Castellanos, como he tenido el honor de decirlo, era la mas linda morenita limeña que ha calzado zapatitos de cuatro puntos i medio. Pero asi como la Villegas traia el retortero nada menos que al Virey, la Castellanos tenia prendido a sus enaguas al empingorratado Conde de ***, viejo millonario i que apesar de sus lacras i diciembres conservaba aficion por la fruta

del Paraiso. Si el Virey hacia locuras por la una, el Conde no le iba en zaga por la otra.

La Villegas quiso humillar a las damas de la aristocracia, ostentando sus equívocos hechizos en un carruaje i en el paseo público. La nobleza toda se escandalizó i arremolinó contra el Virey. Pero la bailarina habia satisfecho ya su vanidad i capricho i al siguiente dia obsequió su carruaje a la parroquia de San Lázaro, para que en él saliese el párroco conduciendo el Viático. I téngase en cuenta que por entonces un carruaje costaba un ojo de la cara, i el de la *Perricholi* era el mas espléndido entre los que lucieron en la Alameda.

La Castellanos no podia conformarse con que su rival metiese tanto ruido en el mundo limeño, con motivo del paseo en carruaje.

—Nó! Pues como a mí se me encaje entre ceja i ceja he de confundir el orgullo de esa *pindonga*. Pues mi querido no aprendió a robar como Amat de su mayordomo, i lo que gasta es suyo i mui suyo, sin que tenga que dar cuenta al rey de donde salen esas misas. Venirme a mí con orgullitos i fantasías, como si no fuera mejor que ella, la mui *cómica*. ¡Pues bonita soi yo, la Castellanos!

I vá de digresion. Decíase en Lima que durante los primeros años de su gobierno, el Excmo. señor Virrey D. Manuel Amat i Juinet, caballero del hábito de Santiago i condecorado con un cementerio de cruces, habia sido un dechado de moralidad i honradez administrativa. Pero llegó un dia en que cedió a la tentacion de hacerse rico, merced a una casualidad que lo hizo descubrir que la provision de los correjimientos era una mina mas poderosa i boyante que las de Pasco i Potosí. Véase como realizó tan portentoso descubrimiento.

Acostumbraba Amat levantarse con el alba, (que como dice un escritor amigo mio, el madrugar es cualidad de buenos gobernantes) i envuelto en una zamarra de paño burdo, descendia al jardin de Palacio i se entretenia hasta las ocho de la mañana en cultivarlo. Un pretendiente al correjimiento de Saña o Jauja, los mas importantes del vireynato, abordó al Virey en el jardin, confundiéndolo con su mayordomo, i le ofreció algunos centenares de peluconas porque emplease su influjo todo para con Su Excelencia, a fin de conseguir que él se calzase la codiciada prevenda.

—Esas tenamos, señor mayordomo? dijo para sus adentros el Virey, i desde ese dia se dió tan buenas trazas para hacer su agosto sin necesidad de acólito, que en breve logró contar con fuertes sumas para complacer en sus dispendiosos caprichos a la *Perricholi*, que dicho sea de paso, era lo que se entiende por mani-rota i botarate.

Volvamos a la Castellanos. Era moda que toda mujer que algo valia tuviese predileccion por un faldero. El de Marujita era

un animalito mui mono, un verdadero dije. Llegó a la sazon la fiesta del Rosario, i asistió a ella la querida del Conde llevando tras sí una criada que conducia en brazos a Cupido. Ello dirás, lector, que nada tenia de maravilloso; pero es el caso que el faldero traia un collarin de oro macizo, con brillantes como garbanzos.

Mucho dió que hablar durante la procesion la estravagancia de exhibir un perro que llevaba sobre sí un tesoro: pero el asombro subió de punto cuando terminada la procesion se supo que Cupido con todos sus valiosos adornos habia sido obsequiado por su ama a uno de los hospitales de la ciudad, que por falta de rentas estaba poco menos que al cerrarse.

La Mariquita ganó desde ese instante en las simpatías del pueblo i de la aristocrácia todo lo que habia perdido su orgullosa rival Mica Villegas; i es fama que siempre que la hablaban de este suceso decia con énfasis, aludiendo a que ninguna otra mujer de su estofa la excederia en arrogancia i lujo;—¡Pues no faltaba mas! Bonita soi yo, la Castellanos!

I tanto dió en repetir el estribillo, que se convirtió en refran popular, i como tal ha llegado hasta la jeneracion presente.

RICARDO PALMA.

Lima, 1872.

A LA POETISA

SEÑORA JERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

De un rincon de la América, señora,
A las plantas del Andes altanero,
Te admira i te saluda una cantora
En rudo verso i con amor sincero.

Yo no sé de los dioses el acento,
Idioma tan precioso no he aprendido;
Mas tengo de mujer el sentimiento
I en tus versos, señora, yo he sentido.

Tú conmueves el alma a tu albedrío;
Me estremece el acento de tu lira,
I tus pájinas moja el llanto mio
I el pecho opreso de emocion suspira.

Cuando elevas tus quejas al jilguero
Tu amor de niña i único tesoro,
Tu amigo fiel, tu bello compañero
Que te alegraba con su pico de oro;

Veo la jaula del ingrato amante
Estremecerse por la vez postrera
I a tí llorosa, pálida, anhelante
Seguir su vuelo por la vasta esfera.

Por tí a esa Cuba tan hermosa veo,
Aspiro el grato aroma de sus montes,
En sus bosques de palmas me recreo
Escuchando el concierto de sisontes.

Bajo tu pluma hasta el insecto brilla,
La humilde choza i el derruido escombro
La aldeana hermosa i a la par sencilla,
El cazador con la escopeta al hombro.

Desde el Beduino de la faz tostada
Que cruza mares de candente arena,
La lengua seca por la sed quemada,
El alma exenta de temor i pena,

La blanca nube que en el éter jira,
La tempestad que con fragor retumba,
La tierna amante que de amor suspira
I aun los misterios de la fria tumba:

Todo tu jénio creador lo esplica,
Todo lo alumbra tu inspirada mente:
Tu arpa armoniosa de concentos rica
Será el encanto de remota jente.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

ULTIMOS MOMENTOS

DE CRISTOBAL COLON.

TRADUCCION LIBRE

DE LA CÁNTICA ESCRITA EN ITALIANO POR EL SEÑOR CAZZOLETTI, PARA ERNESTO ROSSI I DEDICADA AL EMINENTE ARTISTA.

Anciano i pobre muero; escrito estaba!
Vida de penas en la angustia acaba!
Mas Dios, entre esas penas, Dios me ha dado
De un gran placer, tan íntima alegría,
Que con él comparado
Todo pesar es risa: Dios me ha hablado!
Dios, que cuando a este mundo un rayo envia
De la luz de su mente,
Vá a Italia, en tí se encarna, o patria mia!
"Sigue, me dijo, el rumbo hácia occidente,
El camino del sol!" i abrí los ojos
I ví del mar, entre celajes rojos,
Surjir un mundo nuevo! Eran llanuras,
Campos estensos, pintorescas lomas,
Selvas de ignotas plantas; espesuras,
Frutos de la India i las preciosas gomas
Que la Europa codicia; en las estrañas
Selvas, aves sin nombre;
Rico en perlas el mar i las montañas
Ricas en oro; i libre i fuerte el hombre!...
I la voz repetia: intenta! intenta!
Vé hácia allá, vuelve i cuenta!
Pero yo soi tan pobre; en qué me embarco?
Sus velas no abre a la pobreza el viento
Ni a su voz obedece ningun barco.
Solo tengo una idea! un pensamiento!
I fui de reino en reino; por un poco
De oro, yo lo ofrecí i escarnio obtuve
I así quince años men ligando anduve.
Nadie me oyó i a nadie oí tampoco.
Loco! i Dios era quien hablaba al loco!

Mas cerca del balcon! Que el mar yo mire,
Que su salubre atmósfera respire!
El mar! el mar! que era ántes infinito

Por mí, en nuevas riberas circunscrito!
El mar! mi reino! amigo i compañero
De mis sueños de gloria! Todavía
Darte mí amor i saludarte quiero
Amigo leal de mi última agonía!
Asi estabas, azul, bello, tranquilo,
Cuando por vez primera abri tu seno
I me lancé a lo ignoto; horrendo asilo
Te finjia el terror de mónstruos lleno.
Latia el corazon, mas no temblaba.
Vuela mi buque, vuela, yo esclamaba,
Para vencer al mar me sobran brios,
No temo, temo el miedo de los mios!
No detengas tu marcha ni un momento.
Ea! amigos! he visto ya la tierra!
Yo la veo en mi propio pensamiento!
Allí está! allí! mi cálculo no yerra!
Tendamos velas a la ignota orilla,
Dios nos ayuda, es favorable el viento
I ola amorosa empuja nuestra quilla!

Pasan dias, semanas,
Meses en fin, i nadie pisa el suelo
De esas costas lejanas.
Abajo, siempre mar, arriba, cielo!
Feroz codicia mueve a los que solo
Buscan oro! Otro polo,
Otras estrellas, otro mar inmenso!
Yo sigo el rumbo i pienso!
Esperadme tres dias, esperadme
Tres dias nada mas; despues matadme!.....

Vuelan aves, tendiendo hácia el poniente
Rapidísimas alas; el ambiente
O creacion, con tus flores embalsamas,
I vénse algas nadar, troncos i ramas.
Es la tierra! es la tierra! Rompe un grito
De aquellos cielos la mudez eterna.
Es la tierra! con júbilo repito
Opresa el alma de emocion interna!
En la costa una luz dá confianza.
Sueño talvez? No es sueño! es ella, es ella,
La tierra ansiada, virjinal i bella
Cual la novia de un héroe; tan florida
Como ha sido en tres lustros mi esperanza,
Apenas ha nacido, ella se avanza;
Vedla i ya rie de soberbia vida!

Echad el ancla i amainad las velas.
Mundo, ante tí me postro reverente.
Por mí pensado, al orbe te revelas,
Salve otra vez, o mundo de mi mente!

I no es mio su mar? No lo es su espacio?
Mis súbditos do están? do mi palacio?
Mi real corona, premio de esa hazaña?
Dónde están tus promesas, Rey de España?
En la Alhambra rendida
Ostentabas tus triunfos; respetuosa
Tus pies besaba la ciudad vencida;
Entónces, en su via dolorosa,
Por su afan i una idea conducido,
Un hombre ántes de tiempo encanecido,
Un misero italiano
Trayendo a un pobre niño de la mano,
Pisó las gradas de tu sólio augusto;
Le hacian guardia infantes, héroes, gloria,
De España toda el esplendor vetusto!
O Rey, o Rey, despierta tu memoria:
Qué te dijo Colon? qué dijo el sabio
Con firme acento i sin temblarle el labio?
El trono de Aragon te dió la cuna,
El cetro de Castilla amor profundo
I el reino moro bélica fortuna;
Yo quiero darte mas;..... te doi un mundo!
I cuando regresé del largo viaje
I oro i escencias de tus reinos traje,
Tuyos, sin sangre i sin rencor tirano;
Cuando dí a fátuos doctos la respuesta
Con la verdad que el hecho manifiesta;
"Es centella de Dios el jénio humano,
Dijiste, i no hai corona que lo iguale;
Lo que no vale un rei el jenio vale.
Con la frente desnuda,
Grandeza, al jénio y a Colon saluda!"
I ese jénio yo soi, Colon, el mismo
Que trajo el oro en que la Europa nada
I en que España se ahita en su egoismo;
Jénio sin pan, mendigo sin morada!
Descubridor de un mundo
No tengo un lecho, una tranquila almohada,
En que acostar mi cuerpo moribundo.....
Ah! tanta iniquidad calle la historia
A las razas futuras; que no cuente
Que ató a mis manos tu furor demente

Ingrato Rey, los hierros que aun conservo;
Ni que en el mundo en que radió mi gloria
Me diste en pago la prision del siervo!
Historia horrible! O Dios, si en tu alto juicio,
Estaba decretado
Que tal merced siguiera al beneficio,
Gracias, señor, que a Italia no lo he dado!
O mar! tu vista, atroz remordimiento,
Suscita en mi que somos inocentes
I reos de un gran crímen.
Vendrá con la esperiencia el escarmiento,
I en los males presentes
Echará raiz el bien, tendrá el olvido
Losa muda en los siglos que redimen;
Ah! que entónces mi nombre bendecido
Sea i gloria tardía, pero austera,
Con su lauro inmortal honre mi tumba!
El flaco cuerpo a su dolor sucumba.....
Cubrid, cubridme el rostro, i en paz muera!.....

GUILLERMO MATTA.

Santiago de Chile, abril de 1872.

VENECIA.

(Continuacion).

X.

Venecia volvió a encontrarse sin mas compañero que su madre como en otro tiempo, pero en vano se empeñaba en pensar como en aquellos dias lejanos, en vano buscaba una distraccion en sus antiguos juegos. Ya no podia viajar por reinos imajinarios, ni transformar el limitado mundo que conocia en el mundo encantado de los sueños. Sus horas de juego habian pasado para siempre i suspiraba inútilmente recordando su fiel i simpático compañero. El mundo de la fantasia se rendia sin combate ante la espada conquistadora de los recuerdos.

Cuando estaba sola lloraba, i ese instinto misterioso de la mujer le enseñaba a ocultar a su madre esas lágrimas queridas. Oir hablar de Platagenet era para ella tan dulce como ir a la Abadia. De vez en cuando llegaba una de sus carta en que siempre les hablaba de la vuelta, pero las recreaciones se sucedian unas a otras i Plantagenet no venia. Poco a poco fué hablando ménos de Cherbury i por fin no les escribió mas.

Asi llegó Venecia a los catorce años, creciendo bella i pura al suave calor del afecto de su madre. La inspiracion de este amor sagrado cuidaba como un ánjel guardian la vida de Venecia. La despertaba de su sueño en la mañana con un beso i santificaba en la tarde su almohada con una bendicion; disipaba las dificultades del estudio i guiaba su mano trémula cuando dibujaba; refrescaba su memoria, modulaba su voz, la acompañaba en su su alcoba i se arrodillaba a su lado en el altar. ¡Qué sublime i hermoso es el amor de una madre! Venecia no veia una felicidad mayor que pasar por la vida iluminada con la sonrisa de su madre, recostándose con afecto apasionado sobre aquel seno benéfico i guardian.

Sinembargo, estaba pensativa. Ese mismo amor a su madre, ese mismo tesoro inefable del amor a sus padres arrojaba su espíritu en un abismo de reflexiones. ¿Por qué no tenia padre? ¿Qué misterio la envolvia? A la verdad que Lady Annabel no le habia prohibido jamas hablar de él, pero sinembargo, ella comprendia que haciendo alguna alusion a aquel asunto haria sufrir al ser que mas amaba sobre la tierra. Esta era una conviccion que habia crecido con sus años i se habia fortificado con sus fuerzas. Perdonable, natural, hasta laudable como era la ansiedad de una hija en tal asunto, un instinto que no podia vencer cerraba los lábios de Venecia. Habia un hombre que no se recordaba jamas delante de ella. ¿Quién era él? ¿Por qué la privaban del único consuelo que le quedaba despues de haberlo perdido, el consuelo de acariciar su memoria? Venecia lo observaba todo, i lo recordaba todo. Estando en la soledad, sin nada que la distrajera sus impresiones nunca se desvanecian. No olvidó jamas las lágrimas de su madre en el paseo a Marringhurst; i de algun modo o de otro ella pensaba que Masham estaba unido con esas lágrimas. Siempre que Lady Annabel estaba mui triste era despues de una visita del doctor. Quizás, se decia, todo es solo una ilusion, quizás el recuerdo de mi padre es el que la aflije, quizás habla de él con Dr. Masham. Pero sinembargo, sinembargo—i envano razonaba. Habia algo que se apoderaba de su espíritu i lo hacia doblegarse ante la irresistible creencia de que su existencia estaba envuelta en un misterio. El misterio presupone la idea de una culpa. ¡Culpa! esclamaba aterrada. ¿Quién fué culpable? Venecia sentia vértigo mirando la corriente de sus propios pensamientos.

Por fin, la posta que rara vez llegaba a Cherbury trajo una carta para Lady Annabel. Su lectura pareció ajitarla vivamente;

mudó su semblante, temblaba su mano. A pesar de sus esfuerzos por ocultar esa viva emocion, guardó un silencio inacostumbrado, acabó por levantarse de la mesa de almuerzo i dirijirse a la ventana finjiendo entretenerse en mirar el jardin. Me parece, dijo a Venecia en un tono resuelto, que ahora tengo que ir a ver al Doctor; hai un asunto que deseo consultarle, pero no te incomodaré, mi hijita, pidiéndote que me acompañes.

Poco despues subió al carruaje i se alejó de su hija. Venecia que la miraba atentamente, sorprendida por la estraña influencia de aquella carta misteriosa, vió una lágrima rodar por la mejilla de su madre. Inquieta, sin saber por qué, fué a pasearse por el jardin. La naturaleza sonreia a su rededor. Todavía era la primera i ya el verano principiaba a acercarse: era esa época en que la esperanza i el fruto se encuentran, en que la existencia está mas llena de deleites voluptuosos i delicados a la vez, en que el organismo humano es mas sensible a la alegria i la majestad de la naturaleza.

¿Por qué el espíritu de la bella e inocente Venecia no era tan brillante como la escena que la rodeaba? Hai modos de ser del pensamiento que desafian el análisis, que nacen de una misteriosa simpatía que no podemos penetrar. En ese momento la idea de su padre se apoderó irresistiblemente de la imajinacion de Venecia. No podia desechar la idea de que la carta i la ajitacion de su madre estaban unidas de una manera, para ella inesplicable, con aquel asunto prohibido. Estraños incidentes de su vida cruzaron al traves de su memoria; las lágrimas de su madre en Marringhurst, los cuartos misteriosos, la visita nocturna de Lady Annabel que Lord Cadurcis habia sorprendido. Venecia dominada por estas ideas que la asediaban como espíritus malignos acabó por llegar al estremo de la exitacion nerviosa.

Con un propósito vago entró a su casa i se dirijió a las habitaciones de su madre. La señora Pauncefort que estaba allí arreglando los trajes de Lady Annabel, abrió una caja de resorte para guardar algunos lazos de cinta. Venecia que estaba a su lado debió ver ahí algo, cuya vista la ajitara mucho porque se puso pálida, i se apresuró a retirarse a su cuarto.

Echó llave a su puerta. Estuvo algunos momentos sin saber lo que le pasaba; se acercó a mirarse al espejo; su cara estaba completamente pálida pero sus ojos brillaban con la exitacion. Algunos minutos despues salió al vestíbulo i escuchó. Todo estaba en silencio. La mañana llenaba la casa con su alegria; ninguna voz, ningun sirviente turbaba aquella completa quietud. Se acercó al cuarto de Lady Annabel. Su paso era lijero pero ajitado i parecia que apenas se atreviera a respirar. Abrió la puerta, entró, i oprimiendo el resorte de la caja, sacó algo i se volvió corriendo a su cuarto.

¿Qué era esa prenda que la trémula Venecia tenia entre sus manos convulsivas sin atreverse al parecer ni siquiera a exami-

narla? ¿Es esta la niña alegre i serena cuya fisonomia tenia el esplendor de un dia sin nubes? ¿Por qué está tan palida i tan perturbada? ¿Qué impulso estraño ajita su organismo? Lo que ella apreta en su mano es una llave! Una llave que vió un dia entre las manos de su madre ajitada i llorosa, una llave que le parece encierra ese misterio que ya no puede soportar!

Venecia apretaba esa llave como si fuera el talisman de su existencia, miró al cielo como si le pidiera proteccion, sus lábios parecian moverse i de nuevo salió de su cuarto. Con paso rápido cruzó la galeria i fué a detenerse delante de aquella puerta tan largo tiempo cerrada i que por tan largo tiempo habia exitado su curiosidad. Miró a su rededor. No habia nadie. Con una mano trémula tomó el candado; pero las fuerzas le faltaron. Por un minutó creyó que aquella llave despues de todo no resolveria el misterio, pero la llave entró i abrió el candado fácilmente. Venecia se encontró en una pequeña antesala. Cerró la puerta con el mayor cuidado. Abrió la del fondo i se halló en un salon espacioso. Al principio no veia nada, luego distinguió algo.

Delante de la ventana habia en esa pieza un lecho nupcial, cubierto por una tela de raso blanco ricamente bordada; las cortinas medio cerradas; algunas sillas de ébano, candelabros de plata i, precisamente enfrente de la puerta abierta por Venecia, una cortina de seda verde que ocultaba un cuadro al parecer, formaban el ajuar de aquel salon. Una abrumadora quietud lo envolvia todo: Venecia, pálida i sin moverse, miraba con el al aliento suspendido, la cortina distante que parecia fascinarla. Por fin, reuniendo sus fuerzas, como si fuera a llevar a cabo una terrible pero inevitable empresa, atravesó el cuarto; volviendo la cara, cerró los ojos en un paroxismo de exitacion verviosa, estendió su brazo i con un movimiento rápido corrió la cortina. El áspero sonido de los anillos de bronce frotando el cordon que sostenia la cortina, el único ruido que hubiera llegado a su oido en aquel aposento místico, la hizo temblar. Levantó la cabeza. Tenia delante el retrato de un hombre en la primavera de la vida i la belleza. Su estatura mas elevada que la ordinaria era llena de gracia; su fisonomia revelaba la amabilidad i la fuerza. Cuando Venecia Herbert miraba esa fisonomia se sintió profundamente impresionada. Le parecia que cuando sus ojos encontraban los ojos del retrato un cambio de mútua simpatia pasaba por ellos. Le parecia que habia llevado a cabo un gran proyecto, que habia llenado un fin vasto, aunque indefinido. Su alma estaba turbada i oprimida por emociones que la dominaban: queria pronunciar la única palabra que pudiera espresarlo todo, pero esa palabra temblaba entre sus lábios convulsivos sin atreverse a pasar por ellos. Miró a su rededor con un ojo iluminado por un fuego sobrenatural como si buscara el apoyo de un ser invisible o como

si quisiera que un coro anjélico i flotante cantara esa palabra divina cuya espresion parecia absolutamente necesaria a su existencia. Su mejilla estaba encendida, su ojo trémulo i salvaje, las venas azules de sus párpados dilatadas, el pelo caido sobre la frente. Venecia parecia en ese momento una sacerdotisa en las convulciones de la inspiracion i a punto de pronunciar el oráculo.

El cuadro estaba colgado en un marco ancho i macizo i en el centro de su base llevaba esta inscripcion:

Marmion Herbert.—Act. XX.

Pero no necesitaba de ella para guiarse el espíritu ajitado de Venecia, i ántes de que su ojo la descubriera, cayendo de rodillas delante del retrato, la hija de Lady Annabel esclamó:—Padre mio!

Al fin lo habia descubierto; un destino irresistible despues de tantos años la guiaba a este cuarto. Ella mirando ese retrato se siente la hija de Marmion Herbert i contempla su perdido padre. Aquel ser de belleza sobrenatural que mira con tanto respeto i tanto amor, aquel ser, es su padre. La realidad era superior a lo que ella se habia imajinado; las visiones mas brillantes de gracia, de amor i de jénio parecian personificadas en aquellas formas. Pero ¿se habia muerto? Ah! cómo dudar de esa terrible desgracia? Ahora creia esplicarse que una mujer que habia vivido a la luz de esos ojos seráficos, i los habia contemplado, hasta que su esplendor terrestre se apagara para siempre, huyera las conversaciones que le recordasen la pérdida de todas sus esperanzas en la tierra. Ahora no se admiraba de que Lady Annabel, que quizás la misma primavera habia sido la mas feliz i la mas desgraciada de las mujeres huyera del mundo en que habia encontrado al mismo tiempo una fortuna tan brillante i una desesperacion tan amarga. Las lágrimas rodaban por sus mejillas mientras pensaba en los sufrimientos de su madre, que habia cuidado tanto de que no llegaran hasta su hija i el empeño con que habia trabajado por compensarla de esa pérdida, cuya magnitud Venecia podia solo ahora comprender.

Pero ¿cuándo, dónde, cómo, habia muerto? Ah! si ella pudiera hablarle a su madre siempre de él! Marmion Herbert!—¿Quién era Marmion Herbert? Era jóven, el mando i el jénio, el orgullo i las pasiones nobles, toda la gloria de un pensamiento creador parecian estampadas sobre sus párpados. Con toda su belleza maravillosa parecia un ser nacido para la grandeza. Muerto!—en la primavera de la vida i en una primavera tan suave i tan espléndida—¿podia haber muerto? Ella se resistia a creerlo; habia algo en esas formas que no podia morir sin dejar a la humanidad una pródiga herencia de su gloria.

Venecia se acercó al lecho nupcial de sus padres. Tomó la corona de flores marchitas i una de las flores al tomar la corona se cayó: se bajó a recojerla i guardó las hojas desprendidas en su seno. Se acercó a la mesa en cuyo centro habia un volúmen, i sobre este un puñal de curioso trabajo. El volúmen empastado con terciopelo tenia la palabra *Annabel* grabada con oro. Venecia lo abrió; el volúmen estaba manuscrito i en el fróntis se leian estas palabras:

"A la señora de mi amor, su Marmion Herbert"

Venecia ojeaba esas pájinas en que el corazon del poeta habia cantado hasta los menores detalles del período mas feliz de su existencia, pintando aquí sus esperanzas, allí sus dudas, su pasion, todo lo que encerraba de divino i de puro. En medio de esas pájinas se detiene ajitada, temblando i pierde su alma entera en la lectura de aquellos versos que escribió su padre el dia en que ella nació.

Una hora pasó i Venecia no se movia. Leia i releia las únicas palabras de los lábios de su padre que hubieran llegado hasta su oido. En medio de aquella contemplacion estática oyó un ruido. Se le ocurrió que su madre podia haber llegado—oyó i saltó—volvió a colocar el volúmen sobre la mesa—le dió al retrato una última mirada, larga, tierna, febril—salió apresuradamente i fué a dejar la llave que le habia descubierto tantas maravillas en su caja—se retiró a su cuarto en el paroxismo de aquellas encontradas emociones, que le impedian apreciar el estraño descubrimiento que ya habia dado un nuevo color a su existencia.

XI.

Poco despues llegó Lady Annabel, pero Venecia estaba de tal manera agotada por las vivas emociones de aquel dia que no tuvo fuerzas para salir a recibirla. Luego fué la madre i entró al cuarto de su hija tan despacio, tan despacio, que ella no la oyó. Venecia estaba recostada sobre su lecho, vuelta la espalda hácia la puerta. Su madre estuvo algunos instantes a su lado sin que ella la sintiera.

—¿Mi hijita, está enferma? preguntó Lady Annabel.

—¿Es Ud., mamá? dijo Venecia volviéndose rápidamente.

—Ud. está enferma. Sus manos están mui calientes. Ud. tiene fiebre ¿Cuánto tiempo hace que mi Venecia está enferma?

Venecia suspiró, sin poderle responder. Lady Annabel se sentó al lado de la cama teniendo entre sus manos la de su hija, observándola con una gran ansiedad.

—Respóndame, hijita, continuó, ¿qué siente Ud?

—La cabeza, murmuró Venecia.

—¿Le duele mucho? preguntó la madre i la hija no respondió.

Lady Annabel salió del cuarto i llamando a la Pauncefort le comunicó sus inquietudes ordenándole que hiciera llamar a toda prisa a Mr. Hawkins, médico de Southport. Volvió a entrar al cuarto de su hija, se sentó a su lado para bañar sus sienes con agua de rosa; pero Venecia parecia no conocer esta atencion de su madre, parecia inconsciente de todo lo que sucedia. De cuando en cuando suspiraba profundamente.

Una vez Lady Annabel le dirijió la palabra, pero Venecia no contestó, ni siquiera parecia verla. La madre concluyó de todo esto que el cerebro de su hija se habia afectado. ¿Pero, por qué este ataque tan rápido que parecia haber postrado en un instante las facultades de su hija? Hacia pocas horas que Venecia habia quedado en todo el vigor de su salud i su belleza. Fué una hora de ansiedad i angustia la que pasó Lady Annabel hasta que llegó el Doctor. Sin embargo, todo lo que Mr. Hawkins pudo decir, era que Venecia tenia una gran fiebre, pero la causa se le ocultaba i la rapidez del ataque lo dejaba perplejo.

La noche avanzó, Lady Annabel leia léjos de su hija para dejarla dormir. De repente Venecia habló, pero dijo solamente una palabra—"Padre." Lady Annabel, saltó sobre su asiento; el libro casi cayó de sus manos; se puso pálida. Sin respirar escuchó i de nuevo Venecia volvió a hablar i de nuevo llamó a su padre. Haciendo un esfuerzo se acercó a su hija. Venecia estaba acostada de espaldas, sus ojos cerrados, sus lábios temblaban todavía con la estraña palabra que acababan de pronunciar. Otra vez sonó su voz; cantaba, con una voz de ánjel, versos. El sudor rodó en gruesas gotas por la pálida frente de la madre. Continuó Venecia, i Lady Annabel, arrojándose de rodillas levantó al cielo sus manos con la agonia del asombro, el terror i la devocion. El secreto quedaba descubierto. ¡Si! Venecia habia penetrado en esos cuartos largo tiempo cerrados; el trabajo de tantos años se habia perdido en un momento; Venecia habia descubierto su padre i el resultado de ese descubrimiento quizás seria su muerte.

—¡Dios mio! esclamó Lady Annabel en medio de las torturas de su pensamiento, ¡qué esta sola esperanza de mi vida no se desvanezca! ¡Dios mio! que no me abandone jamas, que ella no sepa que él vive, que no comprenda nunca la secreta agonia de la vida de su madre! Sálvala ¡oh Dios mio! sálvala de su fatal, de su irresistible influencia! Mírame en este momento con piedad, vuélveme el corazon de mi hija i si está en mi sombrio destino ser sobre la tierra una esposa sin marido. ¡Dios mio! no añadais a esta amargura quo yo sea una madre sin hijo!

En ese momento llegó el médico. Sacó su reloj i contó el pul-

so con gran atencion; colocó su mano sobre las sienes de Venecia i movió la cabeza.—Estos hermosos crespos deben caer, dijo. Lady Annabel inmediatamente trajo las tijeras como si la demora de un minuto pudiera ser fatal. El cirujano cortó esos largos bucles de oro. Venecia, llevándose la mano a la cabeza dijo en voz mui baja:—Son para mi padre.—Lady Annabel tuvo que apoyarse en el braso del cirujano.

—Es mi deber le dijo éste, advertirle que la señorita Herbert está en un peligro inminente. Tiene los síntomas de una fiebre del carácter mas maligno. No puedo responder por su vida.

Desde ese momento Lady Annabel no se separó del lado de su hija, espiando cada uno de sus movimientos, arreglando sus almohadas o refrescando sus cienes abrazadas.

El cuarto dia del ataque comunicaban los médicos con alegria a Lady Annabel un cambio favorable. Venecia principiaba a dormirse pasada ya la crísis. Todos suplicaban a la madre se retírase a tomar algun descanso, i ella, cediendo a sus instancias, por primera vez abandonó el cuarto de su hija.

Entró a su salon i tomando la llave se dirijió a los cuartos secretos—esos cuartos en que ella habia imitado exactamente la alcoba nupcial del castillo de su esposo. Entró con paso lento pero resuelto i dirijiéndose a la mesa tomó el libro; se abrió en el canto a Venecia. Las pájinas habian sido recientemente humedecidas con lágrimas. Se sentó delante del retrato que miraba mas bien con despecho i rabia que con cariño.—Marmion! esclamó. Durante quince años, consagrada al retiro, he llorado, en este templo de los afectos burlados, el pasado inevitable. La hija de nuestro amor, quizás por un destino irresistible, ha encontrado el camino que conduce a este lugar sagrado, que durante tanto tiempo ocultó mis pesares. Por fin, sabe quien es su padre. ¡Qué nunca sepa mas! ¡Qué nunca sepa que el ser, cuyo retrato ha despertado su adoracion es indigno de esos dones gloriosos que el creador ha derramado sobre él! ¡Marmion! pareces reirte de mí, pareces gozar del triunfo que has tenido sobre el corazon de tu hija. Pero hai en el afecto de la madre un poder que es capaz de derribarte todavía. Hasta ahora, he venido aquí a llorar mi pasado; hasta ahora he venido aquí a contemplar ese retrato, que a pesar de cuanto ha sucedido, era quizás bastante débil para amar. Pero esos sentimientos han pasado para siempre. ¡Sí! tu quisieras robarme mi hija, arrancarme del corazon el único consuelo que me has dejado. Pero Venecia será mia i yo ya nunca seré tuya. Nuestro amor, los restos que aun quedaban de ese amor, se han desvanecido. Tu has sido mi enemigo, ahora yo seré el tuyo. Miro tu retrato por la última vez; i así prevengo que la fascinacion májica de tu fisonomia se apodere otra vez de los sentimientos de mi hija. Así, i así!—Mientras hablaba de este modo, se habia apoderado de la antigua daga, que dijimos estaba sobre el vo-

lúmen i saltando sobre la silla la hundió en el retrato i rompiéndolo con inflexible resolucion arrojó los fragmentos por el suelo; destrozó la corona melancólica; hizo tiras el volúmen de la musa enamorada, i dejando el cuarto cerró i volvió a cerrar la puerta; bajó la escala i acercándose al gran pozo de Cherbury arrojó en él la llave fatal.

XII.

Venecia dormia todavía; su madre sola en el cuarto velaba a su lado.—De repente Venecia se movió, abrió sus ojos diciendo con voz débil:—¡Madre!—La sangre se agolpó al corazon de Lady Annabel, esa sola palabra la hacia sentirse feliz.

—Estoi aquí, hija mia, contestó.

—Mamá, ¿qué es esto? preguntó Venecia.

—No ha estado bien, mi hijita, pero ahora está mucho mejor.

—Me parecia que estaba soñando; que alguien me habia golpeado en la cabeza. Pero ahora me siento bien porque Ud. está aquí, mi querida mamá.

Lady Annabel no pudo contestarle; estaba llorando.

—Está Ud. segura, mamá, que no me han hecho nada en la cabeza, continuó, ¿pero, qué es esto? i ella tocaba un lijero bendaje sobre sus sienes.

—Mi hijita, Ud. ha estado enferma, Ud. ha perdido sangre, pero ahora está mejor. He sufrido mucho pero ahora soi mui feliz, mi dulce, mi querida hijita.

—¿Mucho tiempo he estado enferma?

—Ud. ha estado enferma cuatro o cinco dias; Ud. ha tenido fiebre, Venecia; pero ahora la fiebre se ha pasado, solamente está un poco débil i pronto estará bien.

—¡Fiebre! ¿I cómo me vino la fiebre?

—Talvez se resfrió, hijita, pero ahora no debemos hablar.

—Nunca habia tenido fiebre ántes. La fiebre es como un sueño.

—Cállese, hijita, Ud. no debe hablar.

—Deme su mano mamá. No le hablaré si Ud. me deja tomarle la mano. Pensaba en la fiebre que nos habiamos separado.

—No la he abandonado un momento, mi hijita, ni de dia ni de noche; dijo Lady Annabel con alguna ajitacion.

—¡Todo este tiempo! Todos estos dias i estas noches! Nadie sino Ud. lo habria hecho mamá. Ud. solo piensa en mí.

—Pero Ud. me recompensa con su amor, Venecia.

—¿I cómo no amarla, mi querida mamá?

—Ud. me quiere, me quiere mucho, ¿no es cierto, mi querida hijita?

—Mas que todo el mundo, contestó Venecia. I sin embargo,

en la fiebre tambien me parecia amar a otro, pero las fiebres son como los sueños; no son ciertos.

Lady Annabel oprimió con sus lábios suavemente los de su hija, pidiéndole que no hablara mas.

Poco a poco fué Venecia recobrándose, el recuerdo del pasado volvió a su mente claro i distinto. El oríjen de su fiebre dejó de ser un secreto i lo que ocultaban aquellos cuartos cerrados dejó de ser un misterio. En sus sueños volvió de nuevo a acariciar la imájen de ese padre que viera un instante para no olvidar jamas. Inútilmente trataba de avanzar en el descubrimiento de aquel secreto que tenazmente le envolvia. Solo pudo saber que su padre vivia i nada mas.

XIII.

Cinco años hacia desde que Lord Cadurcis dejara la Abadia i en la mañana misma de su vuelta despues de haber recorrido las viejas galerias, visitado el parque i la tumba de su madre se dirijió a Cherbury. No habian pasado creo cinco años sin que variara Cadurcis a lo ménos en su aspecto. Un aire pensativo se habia hecho habitual en aquel semblante que ya era melancólico en su infancia. Se habian cumplido las promesas de hermosura que sus primeros años presentian. Sus largos bucles negros sombreaban una fisonomia pálida i cuán cuyos razgos delicados espresaban la reserva i la altivez. Su aspecto jeneral atraia la atencion i despertaba el interés.

Habia vivido en medio de la familia de su noble apoderado, ministro del rei en aquella época. Cadurcis pronto tomó el tono i adoptó los hábitos del círculo brillante en que se moria. Llamó la atencion por su intelijencia precoz i sus modales distinguidos. Su tutor aguardaba lleno de impaciencia el momento en que debia introducirlo en la vida pública calculando que su entrada haria honor al maestro i daria lustro a su partido. La ajitacion escepcional que dominaba la política de aquellos dias en que la existencia del imperio colonial se veia sacudida, despertaba las pasiones i exitaba los ánimos. Cadurcis, impetuoso en sus sentimientos por carácter habia adoptado en su mas lata estencion los proyectos, las preocupaciones i las pasiones de sus correlijionarios. Era un partidario violento, lo que pudiera escusar sino justificar, las circunstancias de la época i su estremada juventud. Valiente, apasionado, resuelto, e intolerante, era difícil convencerlo de que pudiera ser justo lo que condenaba el círculo en que vivia. Fuera de su bandera se resistia a reconocer la existencia del talento i la virtud.

La vista de Cadurcis se humedeció con la emocion cuando el recuerdo de antiguas escenas i el inesperado encuentro con Ve-

necia trajeron el pasado a su memoria. ¡Cinco años! Ese era un horrible vacio en sus afectos. Desesperaba de poder reavivar ese cariño, roto por tan horrible intervalo i roto voluntariamente por su culpa; i sin embargo principiaba a sentir, que si no encontraba aquel afecto seria desgraciado. No hallaba que hacer: se arepentia de su vuelta, i sin embargo, ansiaba ver a Venecia. Dominado por estos sentimientos llegó a Cherbury. Con el corazon ajitado, trémula la mano sonó la campanilla de esa casa con que en otros tiempos entraba a todas horas sin ninguna ceremonia.

Quizás nunca ningun hombre se ha sentido mas nervioso; estaba pálido, mas pálido que de costumbre i todo su cuerpo temblaba a medida que oia acercarse los pasos de la sirviente que venia a abrirle. Hubiera querido que Lady Annabel no estuviera en su casa; pero estaba i se vió en la necesidad de entrar. Se detuvo en el pátio bajo con el pretesto de mirar aquella escena en otro tiempo familiar, pero era solamente para dominar la emocion, porque sentia nublarse su vista. Por fin, entró al salon estendiendo su mano a Lady Annabel Herbert. Ella no estaba cambiada i parecia tan bella i serena como ántes. Plantagenet encontró el saludo un poco mas sério que aquellos que él recordaba i mientras estrechaba su mano con efusion, consiguió murmurar que tenia un placer vivo volviéndola a ver. Cosa estraña, absorbido por la ajitacion del momento habia olvidado a Venecia: al volverse i ver una jóven, mas bella que sus visiones, levantarse de su asiento para ir a saludarlo, perdió completamente su presencia de ánimo, se quedó en silencio, hizo un saludo retrocediendo i luego se quedó perfectamente inmóvil.

—Venecia, dijo Lady Annabel, mirando a su hija.

Cadurcis cayó en una silla en una absoluta confusion. La rara i sorprendente hermosura de Venecia, su propia estupidez, la vista de aquel salon i los recuerdos que en confuso tropel se agolpaban a su mente lo paralizaron por completo. La conversacion difícil i monótona, se hizo fácil i amena cuando esas impresiones principiaron a suavizarse i su memoria, que pareció volverle repentinamente, vino en su ausilio con un vigor estraño. Apénas si habia alguien de quien no se acordara. Lady Annabel lo invitó a comer i aceptando ese amable ofrecimiento se quedó hasta una hora avanzada. I cuando llegó el momento de la despedida, siempre tan amargo, estrechando la mano de Lady Annabel—Buenas noches, le dijo, Ud. no puede imajinarse que feliz me siento encontrándome una vez mas en Cherbury. Buenas noches Venecia.—Las últimas palabras temblaron en sus lábios; las pronunció con un tono a la vez triste i dulce i su mano sin quererlo retuvo por un instante la mano de Venecia, i en ese breve instante un mundo de pensamiento cruzaron su cerebro.

Antes de retirarse Venecia le decia a su madre.—¿Qué le parece a Ud. mamá? ¿No está mui cambiado?

—Ha cambiado, respondió Lady Annabel, i es ahora lo que yo pensé en un tiempo que el llegaria a ser.

—Parecia mui contento de habernos visto otra vez: i sin embargo durante tantos años no nos habia escrito.

—No es estraño. Era un niño cuando se fué, debió sufrir un cambio mui grande en su vida llegando a Eton. Mui pocos despues de un intervalo tan grande habrian vuelto con sentimientos tan puros i tan tiernos.

—Mamá, él siempre fué su favorito.

—Siempre ví en él el jérmen de grandes virtudes i talentos, pero nunca me imajiné que se habrian desarrollado como parece que lo han hecho.

(*Continuará.*)

AUGUSTO ORREGO L.

LA JIGANTOLOJIA.

CONFERENCIA DADA EN LA ESCUELA DE ARTESANOS.

1869.

I.

SEÑORAS I SEÑORES:

¿Creis en los jigantes?—Lo dudo. Sin embargo, esta fué una creencia que dominó a la antigüedad. Como todos los absurdos que cuentan con una sancion relijiosa, la creencia en hombres de desmesurada estatura echó raices hasta en los pueblos mas cultos del pasado, i aun en el dia no son pocos los que la aceptan.

No es estraño que los primeros bosquejos de las creencias humanas sean menstruosos, desde que son el fruto de la ignorancia.

Los fenómenos naturales, que suelen desarrollar tan prodijiosas fuerzas, hieren la imajinacion de los pueblos nuevos i echan las bases de sus sentimientos relijiosos. Como estos fenómenos ya son favorables, ya adversos, sucede que han dado oríjen a la creencia en dos principios opuestos i antagonistas:—el del bien i el del mal. Así el sol, que arroja el dia de su frente i que madura las espigas, ha sido considerado como amigo del hombre, como oríjen de la abundancia i del bienestar. Es el dios popular de los antiguos persas i el dios oficial del imperio de los Incas.

Pero frente a frente del espíritu del bien siempre se ha alzado el espíritu del mal. El temblor que conmueve la tierra i que la ajita como un mar; el rayo que taja el árbol i hiende la roca; el volcan que muje sordamente i que vácia sobre los campos el fuego de sus entrañas, representan otras tantas cóleras que es necesario aplacar. De ahí Osiris i Tifon, Ahriman i Ormudz, Jehová i Satanás.

Parece que nuestras tribus araucanas, escepcionales bajo tantos respectos, solo invocan a Pillan, principio del mal, a quien temen i quisieran tener siempre propicio.

Hablando de los araucanos, dice Ercilla:

"Jente sin Dios ni lei, aunque respeta
A aquel que fué del cielo derribado."

Meulin, es su dios bueno, amigo i protector del araucano i enemigo del *huinca*, su propio enemigo. Cuando se agrupan los nubarrones de la tempestad, cuando estalla el trueno i cae el granizo, es Meulin que combate por los araucanos, quienes, aun despues de muertos, siguen guerreando en el aire contra los blancos, que pretenden conquistarlos. No hai para qué captarse la voluntad de Meulin: auxiliar a los indios es su propio interes, i no necsita de estímulos. Ni podria hacerles mal porque entónces dejaria de ser el dios del bien; se convertiria en un dios escéntrico, que salía del rol que está llamado a representar.

Como no es mi ánimo entrar a examinar el estado relijioso de los pueblos, ni la marcha progresiva que han seguido todas las creencias en su desarrollo lójico, me limitaré a observar que la naturaleza obedece a leyes fijas e inmutables, que se verifican sin interrupccion. Tan inútil es, pues, el sacrificio ofrecido a Júpiter para que no fulmine el rayo, como que el araucano clave su lanza en la tierra para que no siga temblando,

como cuentan algunos que en efecto lo hace. La naturaleza sigue su marcha solemne i armoniosa, sin que sean parte a detenerla las súplicas humanas que no sabe escuchar. Es necesario comprender sus leyes para no contrariarla, si no queremos que nos pulverice en su marcha.—El verdadero *Pillan* es la Ignorancia!

En las fantásticas creencias de los tiempos pasados, de que no quedan pocos restos, se admite la existencia de seres semejantes al hombre, aunque de monstruosas proporciones. No os hablaré de los duendes, ni de los silfos, ni de los sátiros, ni de los enanos contrahechos, que mas pertenecen a los cuentos fantásticos de Hoffman i de Poe; pero, me detendré a examinar la creencia en los jigantes, que ha sido tan jeneral i que aun subsiste. De éstos descartaremos a Argos el de cien ojos, i a Briareo el de cien brazos con que manejaba otras tantas espadas i broqueles. Hoi nadie creeria en la existencia real de estos tipos emblemáticos de la mitolojía griega.

Esos mismos griegos, tan cultos i tan elevados en su sentimiento artístico, admitian en sus mitos una raza de jigantes, hijos del cielo i de la tierra, que habrian poblado nuestro planeta en los tiempos primitivos. Estos, para escalar el trono de Júpiter a quien movieron guerra, amontonaron sobre el Pelion el monte Osa i sobre éste el Olimpo. Desde los tramos de semejante escalera, digna de su talla, arrojaban peñones contra el asaltado, los que, al caer sobre la tierra formaron las islas i las montañas. Sin embargo, el rayo de Júpiter los persiguió i los anodadó. En esta guerra formidable, Minerva, la diosa de la sabiduría, tomó parte mui activa contra los asaltantes. Los jigantes vencidos fueron precipitados unos en el Ténaro i otros enterrados vivos bajo los montes. Así Encélado, tuvo por tumba las entrañas del Etna, que se sacude i arroja llamas con los esfuerzos que hace el jigante sepultado por romper los muros de su prision.

Como toda la fábula griega, esta es una ficcion poética que oculta tras diáfano velo, el pensamiento de aquel pueblo.

El mito de los jigantes, parece traslucir la idea de la formacion de las islas i montañas, atribuida a la accion de fuerzsas superiores a las humanas. La idea del hombre asaltado por fuerzas descomunales de las que triunfa al fin mediante su propio esfuerzo, ausiliado por la razon, Minerva luminosa que nace de su cerebro. Así como como doma al elefante i vence al leon que tanto le aventajan en vigor; así como cambia el curso del rio i allana las montañas, de la misma manera, de las fuerzas cósmicas que lo amenazan hace sus esclavos. El rayo fué un dios esterminador; la Minerva humana descubrió la lei de la electricidad, domó al dios i lo hace servir al progreso, ligándolo para siempre al alambre telegráfico. Por último, ese mitho a mi juicio representa las conmociones volcánicas, que esos pueblos no

acertaban a esplicarse de una manera satisfactoria ¿No se ven retratadas en las convulsiones de los jigantes sepultados bajo los montes?

Segun los mithos rabínicos, Og, rei de Basan, era de tales dimensiones que Moises, aun cuando media 22 piés, hubo de saltar otro tanto para herirle en el tobillo! La biblia, sin embargo, le reduce a mas modestas proporciones, pues que solo le asigna 9 codos de alto, lo que es un poco mas de 4 metros.

Goliath, derribado por la honda de David, ya es ménos exa-exajerado: mide 2 metros 70 centímetros. Como veis, la raza de los jigantes comienza a decaer lastimosamente. Siguiendo esta escala descendente ¿acaso llegará el dia en que nos veamos reducidos a un glóbulo homeopático, a un ser microscópico, a un átomo, a una nada?

—No lo temais, i aquí entro de lleno en el objeto de mis conferencias. Voi a haceros ver que la raza humana, léjos de decaer, progresa en todos sentidos. Esta noche solo trataré la cuestion de cómo no ha habido jigantes i de cómo el hombre físicamente no ha decaido, como aun hai muchos que lo pretenden.

En otra ocasion ya os he hablando de esa ciencia nueva que se ocupa en rejistrar los archivos del pasado, para descifrarnos la historia auténtica de la tierra escrita en sus propias entrañas. Sabeis que os hablo de la jeolojía, que no solo investiga las formaciones diversas de los terrenos i las metamórfosis i revoluciones, ya lentas i seculares, ya repentinas porque ha atravesado el planeta que habitamos, sino que recoje hasta los huesos perdidos que halla a su paso, i reconstruye con ellos los seres estraños de los diversos períodos.

En el dia se estudian a la luz de la ciencia hasta las huellas de las pisadas que esos seres han dejado estampadas en las arcillas seculares de algunos parajes; hasta las marcas que gravaron las lluvias caidas hace centenares, talvez millares de siglos!

En el dia ya no se llama con ignorante desden *ludes naturæ*, juegos de la naturaleza, a las cristalizaciones i concreciones que descubre la pala del jeólogo. Ya no se llama *estercus diaboli*, estiercol del diablo, los restos fósiles que con tal denominacion bautizó el labio satisfecho de los místicos!....

Busquemos las razas de jigantes que existen en los archivos del pasado, i veamos qué nos cuenta la ciencia desinteresada sobre nuestra supuesta decadencia.

Los restos fósiles, sobre todo de elefantes, que la casualidad ha descubierto, desde los tiempos mas remotos han dado oríjen a leyendas mas o ménos fantásticas, que recojidas con avidez en la Edad-media crearon ese curioso jénero de literatura denominado la *jigantolójia*.

Describiré a grandes rasgos esos encuentros casuales, que

parecian confirmar muchas de las creencias absurdas que habian dominado entre los hombres.

Ya en la época de Pericles pretendian haber encontrado la tumba de Ayax, el héroe homérico que pedia luz! a los dioses para combatirlos. De allí se habia estraido la rótula del esforzado guerrero, la que, segun Figuier, debia tener las dimensiones de un plato de los que ahora usamos.

El cuerpo de Orestes, descubierto por los espartanos, media 7 codos, miéntras que el de Astério, hijo de Ayax, segun Pausánias, alcanzaba a 10 codos.

El padre Kirchere, que tanto se ocupó de acústica, habla de tres de estos jigantes hallados en su tiempo, i Bocacio refiere el descubrimiento de los restos de Polifemo. En fin, interminable es la lista que rejistra la jigantolojía, i renuncio a nuevas citaciones, para detenerme a examinar la manera como estos restos han sido apreciados por la ignorancia i por la ciencia.

A fines del siglo XVI un violento huracan descuajó una encina en el canton de Lucerna, i así se descubrió un esqueleto incompleto que durante siglos el árbol habia estrechado entre sus raices. El célebre médico Félix Pater, profesor de Basilea, examinó estos restos, i aproclamó a son de trompa que pertenecian a un jigante no menor de 19 piés de alto! Desde entónces Lucerna agregó a su escudo de armas aquel prodijio de su suelo. Mas tarde Blumenbach, anatómico que bautizó el Mammouth con el nombre de *elephas primigenius*, examinó el homoplato i un fragmento del carpio de aquel jigante, i reconoció que aquellos eran, en efecto, restos de un jigante, de un elefante antidiluviano, de un mastodonte!

Otro doctor, un Mazurier, no tardó en encontrar tambien un hombre colosal, capaz de eclipsar al que halló cabida en los blazones de Lucerna.

Contaba este charlatan, que a orillas del Rhin, habia descubierto una tumba de ladrillo que media 30 piés de largo i 15 de ancho, sobre cuya loza, a duras penas habia decifrado estas dos palabras: TEUTOBOCCHUS REX. La tumba encerraba el esqueleto que Mazurier mostraba como el de Teutoboco rei de los Címbrios, llevado en triunfo a Roma por Mario. Ademas, la tumba contenia cinco medallas con la efijie de este desgraciado vencedor. El buen público, como siempre ávido de curiosidad i gran admirador de los charlatanes que lo esplotan, sueldo sobre sueldo, amontonó una buena fortuna para el audaz exhibidor de Teutoboco. El éxito de la superchería fué maravilloso: nadie desconfió del ladino doctor quien contó entre sus admiradores al mismo rei frances Luis XIII i toda su corte.

En vano el anatómico Riolan aseguraba que aquellos huesos eran los de un elefante. Las jentes, como de ordinario acontece, se encojian de hombros, lo miraban con desden o lo satirizaban.

En vano se observó que las pretendidas medallas de Mario, llevaban caracteres posteriores a la época que se les hacia representar.

Segun se sabe por Gassendi, el autor de las publicaciones de Mazurier, que gozaron de indisputable crédito, fué un padre jesuita apellidado Tissot.

Teutoboco restaurado por la especulacion de dos farsantes suscitó una larga i acalorada disputa, de que quedan para memoria algunos pamfletos en donde campea el insulto mas que la ciencia. En esta singular polémica hubo de tratarse mui especialmente de la talla de Adan, i algunos no trepidaron en elevarlo hasta las nubes. Por lo ménos estos eran lójicos, si se atiende a la proporcion en que el hombre iba disminuyendo de estatura desde la época de Mario hasta la del jesuita Tissot.

En lo que casi todos se hallaron de acuerdo fué en la idea de que los héroes troyanos tenian mas de veinte piés de alto, i en lo de que la raza humana iba decayendo a toda prisa.

Ahora señores, me permitireis, presentaros los famosos restos del rei de los Cimbrios!

Helos aquí!.....

(*Despues de presentar a la reunion un lienzo con el esqueleto de un mastodonte, i de dar algunas lijeras esplicaciones sobre el dibujo.*)

Basta contemplar estos restos para asombrarse de la credulidad humana en aquellos buenos tiempos de Mazurier i Ca. Sin embargo, la credulidad hoi mismo no es menor. Sin salir de nuestro asunto, cuántos mastodontes no nos hacen pasar hoi por reyes, exelencias i celebridades, i ai! de quien diga lo contrario!.....

El mastodonte que sirvió a la farsa de Teutoboco, existe aun en los estantes del museo de historia natural de Paris. No del mismo, pero sí de algun pariente podeis ver algunos huesos en nuestros museo.—Provienen de la antigua laguna de Taguatagua, hoi disecada.

El mastodonte era una especie de elefante. Se diferenciaba del actual principalmente en la forma de las muelas i en que tenia cuatro colmillos en ves de dos. Abundante fué en América, i sus restos se encuentran en el terreno terciario.

Los indios de Norte-América lo llaman *el padre de los bueyes* en sus canciones i leyendas. Esto haria presumir que aqellos indios conocieron el mastodonte, si no existieran numerosas pruebas de que alcanzaron a ser sus coetaneos:—entre otras se cita la de haberse encontrado a gran profundidad un hueso de este paquidermo, conservando aun enclavada la punta de pedernal de una flecha indiana.

A pesar de que algunos centenares de siglos han corrido desde entónces, los restos de hombres fósiles vueltos a la luz no revelan mayor talla que la actual. Podeis dormir tranquilos:

vuestros descendientes no irán disminuyendo hasta reducirse a cero!

Pero basta ya del mastodonte: *la salamandra* nos espera, i traigo para vosotros una interesante historia sobre este fósil, aun que tengamos que hacer un paréntesis a nuestras historias de jigantes.

En unas canteras de roca calcárea a orillas del Rhin, hallóse en 1725 un esqueleto incrustado en la piedra i en buen estado de conservacion.

Aquí teneis el dibujo de ese esqueleto cuya historia os voi a referir.

Scheucher, naturalista suizo, examinó estos restos, i, con toda la grave autoridad del teólogo, que lo era, declaró solemnemente que aquellos eran los despojos malditos de un hombre testigo del diluvio, *homo diluvii testis*!—Esto lo dijo i lo repitió por escrito i de palabra; en prosa i en verso; en publicaciones científicas i en disertaciones teolójicas.

Pedro Camper fué el único que se atrevió a esclamar:—"¡Cómo puede confundirse con un hombre un lagarto petrificado!" Tambien en esta ocasion la opinion pública contrariada no tuvo para Camper mas que mofa i desprecio. El teólogo i naturalista suizo habia de tener razon. Esta es la historia de todos los dias. El hombre instintivamente busca la verdad, marcha a tientas en las tinieblas, se deja seducir por el error, lo estrecha contra su corazon i ya no lo abandona. Cuanto mas si nos avasallan las preocupaciones de la cuna, o el espíritu estrecho de sistemas preconcebidos.

El testigo del diluvio por tal fué tenido hasta qne llegó Cuvier, fundador de la anatomía comparada. Este sabio eminentísimo declaró que aquellos eran los restos de una salamandra;—que no se trataba del esqueleto de un hombre, sino del de un batracio anfibio de la época terciaria. Mas de un *hábil* debió sonreir de la opinion del sábio.

Pero Cuvier, sin arredrarse por las dudas de ciertas ignorancias doctorales, dibujó los huesos que faltaban hasta completar el esqueleto i dijo que, si se rejistraba con cuidado la masa que lo contenia, esperaba que esos huesos, que por el momento solo estaban en su dibujo, luego aparecerian a justificar su opinion, tan contraria a la corriente i aceptada.

Así se hizo, i en efecto, a medida que el cincel avanzaba, la roca iba arrojando de sus entrañas los huesos que el sábio le pedia, i que ya su mano habia trazado con sorprendente semejanza.

Cuvier habia triunfado. La ciencia, contra la opinion jeneral, restablecia la verdad.

Por último, para despedirme del mundo de los jigantes imajinarios, me permitireis citar algunas palabras de Figuier autor de que me he servido para preparar esta conferencia:—

"La literatura española conserva la narracion de muchas historias de jigantes, declarados tales por la inspeccion de sus huesos.—El pretendido diente de San Cristóbal, que mostraron a Luis Vives en la iglesia dedicada al mismo santo en Valencia, no era por cierto sino el molar de un elefantes fósil!

No hai sin embargo, porque asombrarse de que en los primeros tiempos de la iglesia se tomaran por reliquias de santos los huesos de elefante, desde que este linaje de errores se ha estendido hasta los confines de nuestro siglo. En 1789 los canónigos de San Vicente, para implorar las lluvias hacian rogativas en que paseaban en procesion por calles i campos, un pretendido *brazo de santo*, que resultó ser el fémur de un elefante."

Cuando se encuentran crédulos, hasta los elefantes obran maravillas!.....

(*Concluirá.*)

E. de la Barra.

REVISTA DE LA QUINCENA.

Santiago, mayo 14 *de* 1872.

El tiempo que atravesamos está herizado de cuestiones. Las dificultades se presentan a cada paso, i no podemos eludirlas. Los acontecimientos siguen su marcha natural sin que ni la afectada indiferencia de los unos, ni la enérjica oposicion de los otros, ni los artificiosos espedientes de los más sean bastantes para desviarlos o detenerlos. Hai en la superficie una tranquilidad perfecta que no se esplica despues de las ardientes ajitaciones de 1871; pero esta calma tropical de las capas esteriores de la política no hace mas que ocultar las tempestades del fondo, en donde los problemas han ido incesantemente acumulándose. Desde la libertad de exámenes hasta la abolicion de títulos, desde la

secularizacion de cementerios hasta la desaparicion del fuero eclesiástico, las fases mas importantes de nuestro modo de ser político i social se miran, se estudian i se analizan al través de una crítica severa que no está dispuesta a contentarse con medias palabras ni con medias soluciones.

El decreto de fines de 1871 ha producido hasta aquí benéficos resultados. Inspirado únicamente por el deseo de debilitar la lejítima influencia que bajo la direccion de don Diego Barros Arana se habia conquistado el Instituto Nacional, ha sido a pesar de todo una afirmacion de la libertad para el presente i será un elemento de progreso para el porvenir.

Temióse por un instante que el decreto se hubiera atravesado en el camino que debia recorrer la comision nombrada por la cámara de diputados en los últimos meses de 1871 para estudiar a fondo la organizacion de la enseñanza. Felizmente, la comision se ha puesto a la obra aunque con algun retardo, i dos de sus miembros han presentado ya un proyecto para constituir la Universidad.

Este proyecto, que lleva al pié la firma de los señores don Manuel Antonio Matta i don J. Blest Gana, ha recibido los ataques mas opuestos i contradictorios. Colocado en un término medio escrupuloso, no ha podido satisfacer ninguna de las opiniones estremas i ha incurrido en la reprobacion de todas. Sin embargo, cuando se compara la situacion que el proyecto hace a la Universidad con la que hasta hoi ocupa esta corporacion, es imposible desconocer que de una entidad inútil i ordinariamente perturbadora se forma un resorte indispensable en el descuidado i pobre mecanismo de la instruccion.

El proyecto establece un cuerpo que tiene personalidad, utilidadad, atribuciones, i por consiguiente prestijio i responsabilidad. Adoptado el concurso, viene naturalmente la independencia del profesorado. El profesorado independiente traerá la competencia del profesor, la elevacion de la enseñanza i el rápido progreso de la ciencia. Por este lado, el proyecto no da lugar a la censura; i los que lo atacan lo hacen únicamente impulsados por el temor de que una vez emancipadas, las cátedras sean foco de luz i de verdad, dejando la luz i la verdad de estar sujetas al criterio no siempre intelijente ni ilustrado de un ministro de instruccion pública.

Los títules profesionales quedan subsistentes, i de aquí la censura de los otros. Se querria la completa i absoluta libertad. Es jeneral este deseo. A pesar de la trabas hoi vijentes, no entran solo los escojidos al santuario de las profesiones. Hai que recorrer un largo, un larguísimo camino; pero este camino es una dolorosa via-crucis mas para la paciencia que para la intelijencia de los individuos. Bien poco o nada prueban los exámenes, i puede decirse lo mismo de los títulos; pero conocidas las po-

cas simpatías que despierta entre nosotros el estudio, hai que convenir en la necesidad de los cursos obligatorios aunque sea un escaso número el que los haga con buen éxito.

De todas maneras, no es posible dejar de reconocer un progreso en la organizacion que se trata de dar a la Universidad. Abolido ya el monopolio de los exámenes, la esfera de accion de los colejios particulares se ha estendido. El tiempo, la práctica, el público, los resultados, harán que la enseñanza privada vaya poniéndose paulatinamente al nivel que hoi tiene la enseñanza oficial. Para entónces venga la desaparicion de los títulos; para entónces debilite el Estado sus esfuerzos en favor de la instruccion superior. Miéntras tanto, el hecho indudable es que sin la intervencion enérjica i constante del Estado, la ciencia, que entre nosotros principia a despuntar apénas, se veria obligada a aguardar un largo período de años para dar principio a su nacimiento i su desarrollo. El peor enemigo de lo bueno es lo mejor, ha dicho en estas mismas pájinas con su incomparable sentido práctico nuestro antiguo maestro don Miguel Luis Amunátegui; i si es indudable que el ideal dorado de la libertad se dirije a la abolicion de los diplomas de competencia espedidos por una oficina pública, es indudable tambien que en materia de instruccion como en todos los demás órdenes de la vida las reformas seguras, eficaces i permanentes son aquellas que modifican sin derribar i que transforman sin destruir.

La cuestion de los cementerios continúa debatiéndose. Uno de nuestros amigos, cuya intelijencia así sabe remontarse a las altas rejiones de la fantasía como descender a las profundidades de la tierra para leer en el gran libro de la naturaleza, ha tenido la abnegacion de consagrarse a resucitar antiguos códices i empolvados mamotretos. Sus numerosos artículos, bajo el epígrafe de *Saludables advertencias*, han hecho vulgar en el país una cuestion que se quiere resolver segun lo que pensaron San Juan Crisóstomo i San Júdas Macabeo. Toda la prensa de la república los ha reproducido, i su trabajo no ha sido estéril. La opinion pública se ha pronunciado ya, i en el congreso se responderá al señor Obispo de la Concepcion con un proyecto de lei que devuelve al Estado la propiedad de los cementerios i que aboliendo el fuero eclesiástico devolverá a los ciudadanos la igualdad ante la lei.

La intendencia de Santiago está siendo el tópico esclusivo de las conversaciones del público. Verdad es tambien que forma el alimento casi esclusivo de los diarios. Si la actividad del funcionario debe medirse por la fecundidad del escritor, su señoría es el intendente mas laborioso que recuerdan los anales de Santiago. El señor Vicuña ha pasado en revista desde el pavimento de las calles, que quiere cubrir con adoquines, hasta la cima del

Santa Lucía, en donde quiere colocar los jardines aéreos de Babilonia, desde los calabozos del Presidio, que quiere hacer hijiénicos i tolerables, hasta las celdas del Hospicio, en que ha creado un nuevo departamento, desde el Cementerio a donde quiere que la muerte se dirija por una via elegante i espaciosa, hasta los arrabales de la ciudad, en donde quiere que la limpieza i la estension permitan el libre desarrollo de la vida. En una palabra, el señor Vicuña nada ha dejado por recorrer, por examinar, por estudiar i por correjir; i si en muchos de los mil i un decretos que hasta hoi ha publicado se ven ideas equivocadas i vulgaridades administrativas, en ellos queda siempre una cantidad considerable de pensamientos útiles i de mejoras necesarias.

El señor Vicuña, escritor hasta la médula de los huesos i lleno siempre de ilusiones por mas que se haya encanecido buscando la verdad histórica en el polvo de los archivos, cree que el vecindario derramará su dinero sobre la ciudad, descuidada i profusamente como él derrama sus ideas o sus palabras sobre las columnas de la prensa. Hasta hoi los proyectos de su señoría alcanzan a la pequeña suma de seis o siete millones de pesos, cifra que mañana bien puede duplicar una nueva inspiracion. La sola lectura de esta cifra ha llevado el pánico a los bolsillos del público. El *nolli me tangere* es la única máxima que han practicado siempre con una enerjía indomable los contribuyentes del país, a quienes el dar de Quevedo es el único dar que les agrada. Miéntras estos proyectos no salgan de la esfera de los diarios, el vecindario guardará silencio recordando que el papel lo aguanta todo.

Pero el tiempo pasará; i si el señor Vicuña no escapa a tiempo, tendrá necesidad de principiar a poner en práctica algunas de sus múltiples ideas: lo emplazamos para entónces. Es mui posible que al pié de la estátua de O'Higgins, en donde dentro de pocos dias se reunirán diez mil desocupados para escucharlo i aplaudirlo, se congreguen dos o tres mil vecinos alarmados en su bolsa para pedir a gritos su separacion.

Si la adoquinacion es un proyecto importante para que Santiago deje de ser la ciudad de los sacudones, de los lodazales i de las polvaredas, si el mejoramiento del Presidio es un deber de justicia i humanidad, si el nuevo departamento del Hospicio es una obra de noble filantropía i si las fiestas con que va a solemnizarse la inauguracion de la estátua de O'Higgins son un acto de reparacion i patriotismo, en cambio el decreto que ha espedido la Intendencia para suprimir la mendicidad es una impremeditacion indisculpable, por mas que el público lo haya aplaudido con entusiasmo i por mas que la prensa no lo haya censurado con acritud.

En los primeros dias recayó sobre él una aprobacion unánime. Recordábase solo lo asqueroso del mendigo, lo falso de su mise-

ria, la corrupcion que a veces cubren sus harapos, el tráfico infame que jeneralmente se practica invocando la caridad. Sin ninguna causa ostensible que pudiera justificarlo, en Santiago estaba desarrollándose un verdadero pauperismo. En ciertos dias de la semana invadia las calles de la capital una multitud informe, andrajosa i nauseabunda que hacia alargar la mano i volver el rostro, que despertaba la repugnancia mas que la compasion i a cuyo impuro contacto todo el mundo queria sustraerse. Agréguese a esto otra multitud no ménos numerosa de niños de corta edad que educados en el ocio habian adquirido la jerga del pordiosero, i que apelando a los sentimientos filantrópicos de un público engañado marchaban a grandes pasos por el camino de la depravacion, i se tendrá una idea de lo que habia llegado a ser la mendicidad.

El mal era grave indudablemente, i se hacia indispensable correjirlo. Al dictar el decreto que nos ocupa, la Intendencia no hizo mas que traducir un pensamiento jeneral; pero las autoridades serian inútiles si solo tuvieran por objeto convertir servilmente en prescripciones legales los deseos que a una mayoría mas o ménos respetable se le ocurra formular. Las autoridades están en el deber de ser justas, sensatas e intelijentes para satisfacer o rechazar, para adoptar o rehacer las exijencias públicas segun ellas sean inspiradas por la verdad o por el error, por el egoismo o por el desinterés. Hai ciertos principios de equidad natural i de derecho primitivo que en todo tiempo i en todas partes es necesario atender i respetar, i entre ellos ninguno mas sagrado que el que reconoce en el desvalido la facultad de implorar en la calle o en la plaza, desde el hogar propio o en el domicilio ajeno, la proteccion de aquellos a quienes la fortuna ha prodigado sus favores.

Desde luego, hai en el decreto una frase absurda que no se justificará jamás: la mendicidad es prohibida. La mendicidad no puede prohibirse con m s derecho ni con mas eficacia que la viruela. Ambas son un mal, una plaga, una epidemia lamentable; pero prohibirlas es querer estirpar por una simple providencia administrativa un hecho humano, fatal, imprescindible que se renovará todos los dias miéntras en el mundo haya desigualdad de condiciones, miéntras los ojos puedan perder su luz, los brazos su movimiento i el cerebro su actividad. No hai solo una jeneracion de pobres. La sociedad es como un vaso en que el agua, inmóvil al principio, va ajitándose despues al calor del progreso, de la riqueza i de la poblacion. Las partículas que se entibian suben a la superficie, i las de temperatura mas baja descienden hasta el fondo. Suprimidos los mendigos de hoi, vendrán los mendigos de mañana; i la autoridad, incapaz de transformar las leyes naturales del universo, será impotente para estirparlos.

Hai abusos, esplotaciones, crímenes encubiertos por los hara-

pos del mendigo, i es preciso castigarlos. Pero ¿qué se hace para esto sino condenar de un golpe la verdadera i la falsa miseria confundiéndolas ambas en una misma disposicion? No habia necesidad de resucitar decretos fenecidos ni de crear principios nuevos: el dolo, la estafa, la vagancia están prohibidas por antiguas leyes que la policía nunca debió olvidar. El señor intendente bien pudo limitarse a pedir a sus subalternos el simple cumplimiento de la lei sin necesidad alguna de esa inmensa aglomeracion de citas i de anécdotas que da en apoyo de su decreto.

I luego, pena causa reconocerlo! lo que se suprime es la mendicidad harapienta i nauseabunda, la que nos pide un pan para su sustento, la que nos hace volver los ojos i detener la respiracion, nó la que se viste con decencia ni la que exije un cóndor para satisfacer las conveniencias del respeto humano. ¡Desgraciadamente, si tenemos al esterior los ojos de la cara, tenemos dentro del pecho escondido el corazon, i no nos acordamos de que el corazon debe conmoverse cada vez que la vista se siente mortificada! Lo demás es practicar un egoismo infame, sacrificar la miseria irremediable a la comodidad de nuestros placeres i hacer a un lado la desgracia del desvalido para que no se perturben nuestras fiestas con el espectáculo del dolor.

Lo que resulta despues de todo es que la miseria se eleva a la categoría de delito, i que se condena a prision perpétua, porque prision perpétua es el Hospicio, a los que han cometido el crímen, el crímen involuntario, de ser cojos, mancos o ciegos. ¿Por qué mendigar en la calle cuando en el Hospicio se encuentra el pan? Pero ¿a qué precio? ¿No se cuenta para nada el instinto de la libertad que es igual sino mayor que el instinto de la conservacion? No importa: la raza canina se estirpa con píldoras de arsénico. La raza de los indijentes con la reclusion a perpetuidad.

I miéntras tanto, despues de reconocer que la mendicidad es la herencia del inválido como el trabajo es la herencia de los pobres, la Intendencia de Santiago no tiene el menor inconveniente para permitir a las hermanas capuchinas el derecho de invocar la caridad. ¿Las santas mujeres son inhábiles para el trabajo? Han hecho voto de pobreza, es cierto; pero ¿puede uno obligarse a ser mendigo? No hai miserables voluntarios; i la autorizacion concedida a aquellas reverendas madres está probando que los principios absolutos son impracticables aunque se emplee para defenderlos todo el papel que producen las fábricas europeas.

Pero hagamos una transicion violenta conservando hasta cierto punto la unidad de esta revista con la identidad del personaje que nos ha detenido por mas tiempo. La lluvia ha caido a cántaros, i las infinitas comisiones i los programas infinitos que debian reunirse i realizarse en torno del monumento elevado a

la memoria del ilustre O'Higgins han tenido que aguardarse para mejores dias. Las calles estaban embanderadas, indicados los oradores, colocadas las tribunas, invitados los intendentes i los cabildos, todo previsto, dispuesto i preparado para la gran solemnidad de la inauguracion. Se habia gastado en anunciarla mas papel del que gastó en cartuchos el insigne dictador para vencer al enemigo. Pero vino el agua, i los hijos de ese jeneral que se batió cien veces calado hasta los huesos i con el fango hasta las rodillas, no pudieron desafiar el capricho de las nubes. Verdad es que en Inglaterra ninguna reunion ni procesion alguna se posterga por las variaciones de la atmósfera; pero nosotros no podríamos batirnos ni votar lloviendo. La gloria de O'Higgins pende de un aguacero; i si en algun domingo de abril al cielo se le ocurre abrir sus cataratas, no habrá político bastante ardiente que se atreva a cerrar su paraguas para depositar en la urna su sufrajio.

Soledad al rededor del monumento i soledad en el interior de los teatros. En vano los Garay, antiguos conocidos, se empeñan por atraer al público; en vano la señora Civili, intelijencia indisputable, se esfuerza por no comprender que nuestro público tiene ocupaciones numerosas que le impiden asistir al espectáculo. Los artistas saben que cada vez que en el colejio de San Luis o de los Padres Franceses se representa por muchachos de diez años una comedion mutilado, estropeado i remendado, el respetable público acude en tropel i se disputa la felicidad de obtener una carta de invitacion. ¿Qué puede probar este ahinco estraordinario sino una aficion irresistible por el drama? En esos escenarios improvisados, no hai sillones confortables ni siquiera una techumbre de madera. El público se estropea por llegar, con la seguridad de estar allí al aire libre i con la probabilidad de atrapar un reumatismo o por lo ménos un catarro. I los artistas que tienen el candor del talento i la vanidad del arte, creen que todo es repartir unos cien carteles i reunir quinientos espectadores.

Error, i error lamentable que se traduce en el pago de la orquesta, de la luz i del local. Nuestro público, enérjicamente inclinado a gozar los encantos de la música en la Alameda o en la Plaza, pierde todos sus apetitos filarmónicos cuando está de por medio esa formalidad prosaica de la boletería.

No hai como escuchar un buen redoble de tambor sentado en un sofá de hierro a la sombra de los árboles. ¡Los teatros! ¡Los teatros son mui estrechos, mui mal ventilados, i luego si viene un incendio hai tan poquísimas salidas! ¡I despues aquellas piezas, i aquellos actores i aquellos entreactos!

En el curso de nuestra vida hai una época solamente que tiene el privilejio de conmover la rebelde fibra artística de la poblacion. El 15 de setiembre aparece el programa oficial de las fiestas cívicas anunciando que al salir el sol se hará en la forta-

leza de Hidalgo la salva de Ordenanza i que por la noche, una vez terminados los fuegos de artificio, se dará principio a la funcion de teatro entonando el himno nacional. La jente no puede resistir a la invitacion de la intendencia: las paredes se han blanqueado, se han enarbolado las banderas, se ha sentido el olor a pólvora en el Campo de Marte i en la Plaza principal. El público se agolpa, el teatro se hace estrecho, i dos dias despues, *quantum mutatum ab illo!* el teatro puede apostar con el cementerio a cual de los dos está mas sombrío i solitario. Son entusiasmos intermitentes que revelan un público con tercianas.

Por lo demás, la misma vida tranquila, uniforme i monótona de siempre. El país no se acuerda del gobierno, i el gobierno no se acuerda del país. Chile es una nacion privilejiada en donde la administracion podria suprimirse. Para satisfacer nuestras necesidades, con el comandante de policía basta i sobra. Para conservar la respetabilidad tradicional de la primera majistratura, un presidente de afrecho bastaria. Los moros huyeron mucho tiempo ante el cadáver del Cid.

I aquí deberíamos poner punto final a estos renglones que se han prolongado mas de lo que quisiéramos; pero estamos en la obligacion de dirijir una palabra de gratitud a nuestros amigos i compañeros de la prensa liberal que en esta ciudad i en las provincias han saludado a la Revista de Santiago con marcadas muestras de simpatía. Guiados por un noble propósito, hemos encontrado en todas partes auxiliares jenerosos. Como lo verán nuestros lectores al frente de este número, la Revista se ha enriquecido con nuevos e intelijentes colaboradores, cuyos trabajos serán una prenda de buen éxito para ella i una garantía de buen servicio para el público, colaboradores entre los cuales ocupa el puesto de honor i de preferencia el nombre ilustre i simpático de la señora doña Rosario Orrego de Uribe que a veces bajo su firma, a veces bajo el venerable seudónimo de Una Madre ha llevado el delicado espíritu i el tierno corazon de la mujer al campo de la literatura nacional.

Fanor Velasco.

¿AMISTAD?

A la eterna amistad que así me juras,
Tu desden i tu olvido yo prefiero.
Solo amistad mis lábios te pedian?
Solo amistad tus ojos me ofrecieron?

De tu perjurio en cámbio mi perjurio,
De tu cobarde amor mi amor en premio
Demandas hoi, ahora que arrancarte
De mi humillado corazon no puedo.

Si no he soñado que te amé i me amaste,
Si esa felicidad no ha sido un sueño
I nuestro amor fué crímen, ese crímen
A mi vida te unió con lazo eterno.

Cuando a la luz del arrebol dorado,
De la verde ribera en los oteros
Silvestres flores para mí cojias
Con que adornaba yo tus bucles negros;

Cuando en la cima del peñon, el rio
A nuestros piés rodando turbulento,
Libres como las aves que cruzaban
El horizonte azul con tardo vuelo.

Te oprimí tembloroso entre mis brazos
I enjugaron tus lágrimas mis besos,
Solo amistad entonces me ofrecias?
Solo mistad mis lábios te pidieron?

JORJE ISAACS.

CUBA I PUERTO RICO

BORINQUEN

I

La isla de Puerto-Rico, así llamada por ser bueno el puerto de la que hoi es su capital (1) o por hallarse en él arenas de oro (2) o por abundar en ese metal toda la Isla (3), se llamaba *Borinquen* en el tiempo feliz en que, no teniendo nombre para el mundo, merecia el dulcísimo de *patria* para sus felices pobladores, los indios mas belicosos i mas hospitalarios, mas benévolos i mas incrédulos que encontraron los españoles en el archipiélago.

La descubrió Colon en su segundo viaje (4). Venia de las Caribes (Islas Vírjenes, Martinica, Guadalupe) en donde no habia tenido la reverente acojida que Cuba i Haití le habian hecho en su primer viaje, un año ántes, i de todo se asombró al llegar a la que entónces era i pudo creer una de las afortunadas i es hoi la mas triste de las infortunadas. Asombróse de la espesura de sus bosques, de la portentosa elevacion de sus árboles, del dulcísimo ritmo de sus corrientes, sus pájaros i sus brisas saludables; de la belleza, la elegancia i el bienestar que respiraba la abandonada poblacion que en el oeste de la Isla visitó.

Si el magnánimo varon hubiera obedecido a su deseo i se hubiera

(1) Canónigo Torres Vargas, escritor puerto-riqueño del siglo XVIII.

(2) Descripcion de Puerto-Rico en 1582 por el presbítero Ponce de Leon i el bachiller Santa Clara.

(3) Viaje de Colon, por W. Irving.

(4) Id. por Frai Iñigo Abad, historiador de Puerto-Rico i dicen que fué en 1493.—Cuba i Haití fueron descubiertos en el primer viaje, 1492.

detenido en aquel oásis i hubiera preferido la felicidad a la gloria, el triunfo de su corazon al de su ciencia, la estabilidad en la delicia al progreso en la historia de los hombres, talvez se hubiera diferido el martirio de la Isla; pero estaba, como todos los magnánimos, condenado a hacer el bien de los malos, aun a costa del mal de los buenos, i no se detuvo: el historiador de Puerto-Rico dice por qué en estas palabras de su libro: «La perspectiva de este pueblo de indios (1), formado con un órden i disposicion tan nuevo para los españoles, igualmente que la pasmosa frondosidad de las costas de la Isla, poblada de tanta variedad de árboles, cuya magnitud i diferencias no solo excedian a los que habian visto en Europa, sino a las mas lisonjeras ideas que tenian formadas de los nuevos descubrimientos, estimulaban a los pasajeros a saltar en tierra; pero el retiro de los isleños, que habian huido a los bosques, los resolvió a levarse el 22 de noviembre.»

Pasó el bueno, i la Isla vivió algunos años mas en la feliz ignorancia del riesgo que corria su inocencia, hasta que un dia, asomado Juan Ponce de Leon a los miradores naturales de Higuey, la comarca mas oriental de Haití, descubrió en el límite visible de su horizonte una tierra encantadora. Era la costa occidental de Borinquen, separada por el estrecho canal de Amona de su hermana la española. Una tierra tan bella tenia forzosamente que ser rica. I en cuanto el rudo soldado hizo la deduccion, se propuso descubrir (ignoraba que Colon la hubiera descubierto), reconocer i conquistar la incitante Isla.

Poblábanla entónces 200,000 indíjenas, acostumbrados a batallar con sus sanguinarios vecinos los caribes, pero educados en aquella moderacion virtuosa que caracteriza la fuerza verdadera i que es la espresion del único valor digno del hombre: del valor tranquilo.

No temian, no desconfiaban, i cuando Juan Ponce de Leon se presentó en la Isla, el cacique superior de ella, *Agueybaná*, lo recibió de paz: los españoles paseaban toda la Isla, i quedaron encantados de ella, de la bondad de sus hospitalarios moradores i de las arenas de oro que arrastraban pródigamente las corrientes de los rios.

Les habia hecho un bien; era necesario que aquellos monstruos de codicia lo indemnizaran con un mal, que se despidieran como hermanos i volvieran como enemigos. Pero los borinqueños o borincanos eran tan fáciles de indignacion como son todas las almas esforzadas i así

(1) Herrera, Iñigo Abad i W. Irving refieren que Colon desembarcó en un puerto al oeste de la Isla, en donde halló una bellísima poblacion indíjena.—No se sabe si fué Mayagüez Aguadilla o Aguada.

como acojieron fraternalmente a los peregrinos, así rechazaron a los usurpadores. Hubo lucha, hubo matanza de indios, hubo perros adiestrados, hubo atrocidades españolas. Aquellos malditos eran inmortales. El indíjena sencillo lo creyó, i se resignó, i se dejó encadenar a la mita, a la encomienda, al trabajo bestial que le imponian. Cuando desesperaba, pensaba que el tirano era inmortal, i maldiciendo la inmortalidad de los malvados, bendecia su propia mortalidad, i se mataba.

Mi espíritu ha debido vivir en aquel tiempo negro, porque yo, que no he conseguido odiar a los españoles, que he matado mis pasiones para solo llevar a la contienda la alta razon de la justicia, yo no puedo pensar en el primer momento de la conquista, sin odiar con frenesí, con deleite, con uncion, a aquellos monstruos de ingratitud i de injusticia. Hoi mismo, cuando, imperturbable e impasible en mi designio, como los Andes lo están en su cimiento, encubro, como ellos, el fuego latente en las entrañas con la nieve aparente en la superficie, —si quiero que los Andes se conmuevan, si quiero sentir las erupciones volcánicas del odio, derretir la nieve de mi fé matemática en el destino de mi patria i en el mio con el incendio de las pasiones que mi conciencia i mi razon han sofocado, me traslado mentalmente a aquella época, leo la historia de la conquista en cualquiera parte de América, i la sed de justicia me devora i el hambre de venganza me exaspera, i me siento Bayoan, Caonabo, Hatuey, Huatimocin, Atahualpa, Colocolo.

De todos estos personificadores del sublime rencor de la justicia, el primero era borinqueño, como yo. Dudaba, como yo. Yo dudo de la inmortalidad de España en las Antillas: él dudó de la inmortalidad del español. Seguro del alzamiento que anhelaba, si conseguia probar que eran mortales como ellos sus tiranos, esperó tranquilamente la ocasion de la prueba. Supo que un español jóven, Salcedo, debia pasar de Yagüeca, su comarca, a la del vecino cacique Mayagoer, i apostó a la orilla del Guarabo, que el español habia de vadear, a unos cuantos de los suyos. Les ordenó que al pasar Salcedo se ofrecieran a llevarlo en hombros i que al llegar al medio del rio, lo arrojaran en él. Fué obedecido, i cuando Bayoan, tres dias despues, fué a contemplar el muerto, aun estaban los suyos temiendo que resucitara el muerto. Bayoan no creia en milagros (que hubiera sido creer en españoles) i se sonrió i se alejó.

Al dia siguiente estallaron algunas venganzas personales, i a los pocos dias estalló uno de los alzamientos mas violentos, mas tenaces, mas heróicos, que han tenido que sofocar los españoles.

II

Lo sofocaron. I cuando todos los héroes hubieron desaparecido en el campo de batalla, en la emigracion o en el suicidio, los españoles se pusieron a contemplar su conquista.

Era una Isla deleitosa. Tenia 322 leguas marítimas cuadradas de superficie (1), 30 de lonjitud, 10 de ancho; forma de polígono irregular; dos magníficas cadenas de montañas (Luquillo i Cayey); espaciosas ensenadas (Guánica, Jobos, Fajardo, San Juan); centenares de corrientes cristalinas, rios caudalosos, cascadas pintorescas, encantadores accidentes de terreno, umbrosas florestas dondequiera, templos vejetales en las selvas que conservan su eterno altar al Dios desconocido, pájaros de vario plumaje i vario canto, que insultaban el duelo de la isla, flores perennes, frutas deliciosas, eterna i universal fecundidad; vario clima, estío fertilizante en la costa, primavera inmortal en la montaña; la luz filtrándose sobre ésta, al traves de perpétuos nubarrones; derramándose a torrentes sobre las risueñas llanuras de la costa.

De los 200,000 borinqueños (2) que la poblaban, no quedaba uno solo en 1513. Solo hacia cinco años que Ponce de Leon habia conquistado la Isla. Los indios que en ella se encontraban en 1529, último momento de la raza pura en Puerto-Rico, eran de las Islas vecinas. Los habian esterminado el hierro, el trabajo, la sevicia, la crueldad.

Los españoles se repartieron el botin. Eran pocos, i todos fueron propietarios: propietarios de inmensas estensiones de terreno que les era absolutamente imposible cultivar, que el convencimiento de esa imposibilidad les hacia indiferente conocer: se vieron monarcas de la soledad, i se espantaron; pobres en la riqueza, i se desesperaron. Entónces empezaron a remediar el mal con otro mal, i los africanos esclavos sustituyeron a los esclavizados borincanos. Pero en vano aglomeraron errores sobre errores, horrores sobre horrores: la Isla no producia oro, i los aventureros no acudian, i la poblacion no se aumentaba, i la produccion se estacionaba, i el comercio languidecia, i la pobreza abrumaba a sus moradores, i España desdeñaba

---

(1) Humboldt, Torres, Vargas, Ledru, frai Iñigo, Córdova, difieren, entre 740, 720 i 330, l. m. c.

(2) Bayacete i frai Iñigo dicen que eran 600,000.—Acosta, el erudito escritor puerto-riqueño, cree que no pasaban de 200,000.

la pobreza, i la Isla desdeñada dormia en el sueño de la indiferencia.

En 1765, su poblacion compuesta de blancos, negros i mestizos, no pasaba de 44,883 habitantes, 5,037 de los cuales eran esclavos (1). José Julian de Acosta, anotador puerto-riqueño de la Historia de la Isla, que ha estudiado con dilijencia i descrito con encantadora injenuidad ese período de la Isla (1530 a 1765), esplica por qué la poderosa Isla estaba tan despoblada i era tan pobre, i cómo esa misma exigua poblacion era producto, en gran parte, de las deserciones de los marineros o soldados españoles que con rumbo al continente o a otras islas llegaban casualmente a sus playas.

El cuadro que resulta de las minuciosas indagaciones del escritor puerto-riqueño, es tan interesante para el sociólogo como para el patriota. El uno se complace en estudiar la formacion de una sociedad, en tanto que el otro aprende a conocer en su primer momento la tierra que algun dia será su patria.

Si como la abandonaba a sus propios recursos, la metrópoli hubiera abandonado la Isla a su propia iniciativa, Puerto-Rico seria hoi la mas poderosa de las Antillas i habria dejado ya de ser colonia; pero la metrópoli habia aislado a la Isla, la mantenia en la mas absoluta soledad, en cuidadosa incomunicacion, i era la cárcel de sus moradores. No podia comerciar, i nadie iba a comerciar. Del comercio libre hubiera dependido su riqueza, su civilizacion, su esplendor, i el comercio tenia allí mas trabas que en ninguna otra de las colonias, porque era la mas desdeñada de todas, siendo de todas la mas pequeña i la mas pobre. Era tal, sin embargo, la excelencia de sus producciones, tan favorable a la crianza del ganado vacuno i caballar su tierra montosa i pastosa, que imperceptiblemente fué adquiriendo nombre entre las pequeñas Antillas, sus vecinas, con las cuales, poco a poco i subrepticiamente, se puso en contacto comercial. Ella les daba sus ganados i sus frutos; ellas le cambiaban las mercancías inglesas a que servian de almacenes.

A esto atribuye el Gobernador de la Luisiana, O'Reilly, que pasó en 1765 por Puerto-Rico, el progreso que se notaba entre «los vasallos mas pobres» que tenian en América los monarcas españoles. Dice testualmente: «En el dia han adelantado alguna cosilla mas, con lo que les estimula la saca que hacen los estranjeros de sus frutos i la emulacion en que los van poniendo con los listados, bretañas,

(1) *Memoria sobre la Isla de Puerto-Rico*; O'Reilly.

pañuelos, olanes, sombreros i otros varios jéneros que introducen, de modo que este trato ilícito, que en las demas partes de América ha sido tan perjudicial a los intereses del rei i del comercio de España, ha sido aquí útil.» De aquí cualquiera hubiera deducido la necesidad de convertir en lícito ese comercio ilícito, libertándolo de las trabas que lo hacian imposible, ménos un súbdito del rei de las Españas, representante temporal de su egrejia majestad, el cual, con aquel candor que suelen tener los errores, aun despues de conocidos, aconseja... ¿que se consienta el comercio? nó; que se pongan en la costa tropas de resguardo que lo impidan.

Así, por su propio esfuerzo, fué formándose, creciendo, poblándose, desarrollando sus elementos i sus fuerzas la miseranda Isla, hasta que los esfuerzos del Diputado puerto-riqueño, Ramon Power, i la enerjía del hacendista guatemalteco, Alejandro Ramirez, consiguieron en 1815 la cédula real que permitia el comercio estranjero. Aquí comienza otra época: la pasada está descrita por el mencionado O'Reilly en las siguientes palabras espresivas: «Para que se conozca mejor cómo han vivido i viven hasta ahora estos naturales, conviene saber que en toda la Isla no hai mas que dos escuelas de niños; que fuera de Puerto-Rico (la capital i la villa de San Jerman) pocos saben leer; que cuentan por época de los gobiernos, huracanes, visitas de obispos, arribos de flotas o situados (1): no entienden lo que son leguas; cada uno cuenta las jornadas a proporcion de su andar: los hombres mas visibles, comprendidos los de Puerto-Rico (la capital), cuando están en el campo, andan descalzos de pié i pierna. Los blancos, ninguna repugnancia hallan de estar mezclados con los pardos (2). Todos los pueblos, a escepcion de Puerto-Rico, no tienen mas vivientes de contínuo que el cura: los demas existen siempre en el campo, a escepcion de los domingos, que los inmediatos a la iglesia acuden a misa... Para aquellos dias tienen unas casas que parecen palomares, fabricadas sobre pilares de madera con vigas i tablas: estas casas se reducen a un par de cuartos; están de dia i noche abiertas, no habiendo, en las mas, puertas ni ventanas con qué cerrarlas: son tan pocos sus muebles que en un instante se mudan: las casas que están en el campo son de la misma construccion, i en poco se aventajan unas a otras.»

---

(1) Auxilio pecuniario que se imponia a las cajas de Méjico para subvenir a los gastos de Puerto-Rico.

(2) I hacian bien, i a eso debemos, en parte, nuestro espíritu democrático, i a eso deberemos en gran parte nuestra independencia i la probabilidad de constituir un sólido estado social.

III

Hai una prueba terminante de la incapacidad política de España, que nunca (ni aun en la pasmosa diferencia que hai de las que fueron sus colonias continentales a las que son hoi naciones independientes) se ha patentizado con tan abrumadora claridad como en el progreso de la mas oriental de las grandes Antillas. Esa prueba la da el censo de poblacion. En 1765, era de 44,883 almas; en 1815, de 220,892; en 1870, de 700,000 almas.

Este aumento que es prodijioso en un pais para el cual no se han dirijido nunca las corrientes de *inmigracion europea*, porque las leyes restrictivas se han opuesto a la corriente, demuestra una tal abundancia de elementos económicos i de recursos sociales, que es imposible que no hubiera tempranamente producido los efectos tardíos que hoi producen, si hubieran tenido desarrollo i espansion. I si se medita que ese prodijioso resultado se ha debido a miserables concesiones, la admiracion por el pais crecerá en proporcion que crezcan el desden que merece su metrópoli, i la indignacion que debe inspirar su despotismo suspicaz. El punto de partida de este beneficio fué (desde 1765 hasta 1815) el desarrollo de la agricultura, facilitado por algunas disposiciones favorables al cultivo de la caña, del tabaco, del café, i la condescendencia con que, mas por desden i por inercia que por buena voluntad, se dejó que el comercio traspusiera los límites impuestos por la metrópoli. El punto de partida del progreso que en la segunda época (1815 a 70) hemos notado, es la cédula de 1815. La llamaron de libertad de comercio, i puso freno a la libertad que subrepticiamente habian creado las necesidades del pais: le atribuyen el designio de favorecer la inmigracion estranjera (*la católica*, por supuesto) i uno de los artículos que la reglamentaban, dice testualmente: «Los estranjeros que sin domicilio adquirido por estas reglas, residan actualmente en la Isla, *deberán salir de ella en el preciso término de tres meses*... en la intelijencia de que, pasado dicho tiempo, los que no tuvieren carta de domicilio o naturalizacion i sin embargo subsistan en la Isla, *serán tratados como inobedientes i sujetos a las justas penas que se les impondrá* con conocimiento de causa.»

La fertilidad de la Isla era tan admirable; el desarrollo de la poblacion redujo tanto las enormes propiedades; la despoblacion de Santo Domingo i la emigracion de Venezuela llevaron tantos brazos, tantos capitales i tanta intelijencia, a la poblacion i la produccion de la Isla, que, a pesar de la política española, que solo habia hecho

una verdadera concesion (i esa, monstruosa; la libertad del tráfico abominable de esclavos), Puerto-Rico empezó a prosperar i a progresar. De 23,475 pesos anuales que producia en 1765 su agricultura, se elevó a un movimiento mercantil que era de 1.382,299 pesos en 1815 i que ascendió en 1863 a 16.511,683 pesos.

IV

Hubo un momento (1813 a 15) en que la infortunada Isla pudo abandonarse a la esperanza. Su orgullosa metrópoli se habia dignado admitirla en el número de sus provincias, i recibirla, como a las demas colonias, en la representacion nacional. Solo le concedió tres diputados; pero bastó la intelijente dilijencia del mas fervoroso de los tres, Ramon Power, para conseguir las ventajas comerciales a que debió su asombroso crecimiento.

Si hubieran correspondido las reformas sociales i políticas a las comerciales, hubieran sido menguadas como éstas; pero habrian coadyuvado al progreso, porque habrian favorecido la libertad del pais. No correspondieron, i la esclavitud de los africanos adquirió un terrible desarrollo, i empezó a notarse el contraste repulsivo que existia entre el bienestar relativo de los intereses materiales i el absoluto malestar de los intereses intelectuales i morales de la colonia.

Tres sacerdotes evanjélicos, puerto-riqueños todos tres, el padre Bonilla, el doctor Juan F. Jimenez, frai Anjel de la Concepcion Valdés, hicieron esfuerzos tan poderosos como inútiles en favor de la instruccion i de la libertad del pensamiento: al primero lo obligaron a morir en la emigracion: al segundo le cerraron la academia de ciencias i letras que habia, mas que otro alguno, contribuido a crear: el tercero ha perpetuado en una carta melancólica la guerra hecha por la metrópoli i sus representantes a la cultura intelectual,..... «que la instruccion de la juventud en esta Isla (dice) tiene una especie de maldicion.»

La que siempre ha pesado sobre ella. Hácia 1847, siendo capitan jeneral de la Isla el conde de Mirasol, los padres de familia se asociaron en toda la Isla para establecer con fondos propios, i sin auxilio del Gobierno, un Instituto de segunda enseñanza: el jeneral gobernador, Pezuela, informó en contra al Gobierno metropolitano en 1849, i la Isla se quedó sin Instituto. Un seminario conciliar, fundado en 1831 por un obispo peruano, Gutierrez de Cos, ese es el único establecimiento científico que han consentido los españoles en la

Isla. El estado de la educacion primaria era pavoroso en 1864: para una poblacion de 500,000 almas no habia mas que 122 escuelas públicas i 25 privadas: segun el censo de 1860, habia un 82,50 por ciento entre los varones, un 87,50 por ciento entre las hembras que no sabian leer. La sociedad «Amigos del Pais» propuso en 1846 que se enviaran a Europa algunos jóvenes pobres: con recursos particulares, se mandaron cuatro: dos de ellos no podian subsistir (tan exiguos eran los recursos) cuando murieron los otros dos: se pensó en trasladar a los dos que sobrevivieron la pension que a los muertos habia designado la subdelegacion de Farmacia: fué necesario pedir la autorizacion al Gobierno, i el Gobierno no despachó el espediente hasta año i medio despues! Ni hacia ni dejaba hacer. Pero la Isla necesitaba i sentia la necesidad de educar la jeneracion que se formaba, i desde 1848 empezó un movimiento que el Gobierno metropolitano i el colonial no podian impedir: los padres buscaron para sus hijos la instruccion que la patria les negaba, i los colejios de los Estados Unidos, de Francia, de Alemania i de España empezaron a recibir la ávida juventud puerto-riqueña.

Ya el pais habia recibido el ultrajante desaire que las Córtes de 1836 habian hecho a sus diputados (que, sentados ya en el Congreso, se vieron obligados a salir de él) i, con los primeros jóvenes que volvieron del estranjero, comenzó sordamente la accion revolucionaria.

Dos o tres manifestaciones armadas ha tenido, que han sido inmediata i sangrientamente sofocadas, pero basta conocer las precauciones tomadas desde 1865 por todos los Gobiernos españoles, para saber que el alzamiento de independencia es el temor i la constante pesadilla de la metrópoli: para saber que es inminente basta conocer la torpeza de la política española en Puerto-Rico, desde que estalló la revolucion en Cuba.

No hai español en Puerto-Rico que no esté armado: no ha habido Gobierno, desde la revolucion de Setiembre hasta la fecha, que no haya querido atraer con promesas de reformas a los isleños, ni Gobierno que haya cumplido esas promesas.

No las cumplirá, i entónces cumplirá las suyas el pais. Los que se interesen en el triunfo de la justicia, esperan: los que le hemos sacrificado nuestra vida, esperaremos.

* * *

Las rápidas palabras que acabo de escribir, tienen un fin: presen-

tar en la fuerza de espansion que la Isla de Puerto-Rico ha demostrado siempre, i en la fuerza de concentracion en que ha tratado de ahogarle el sistema colonial, la probabilidad de una sociedad de elementos coherentes i de seguro porvenir: de esa coherencia de elementos nacerá una sociedad libre, cuando haya la revolucion conquistado la independencia de la Isla. Antes de tomar parte en la vida jeneral, los pueblos deben presentar sus títulos a la consideracion de sus hermanos.

Las Antillas serán libres cuando sean independientes, porque en la una harán la riqueza i el comercio lo que hará en la otra la regularidad de su estado social.

De la utilidad de esos dos miembros de la familia americana en el porvenir del continente, el tiempo responderá; estoi seguro.

EUJENIO MARÍA HOSTOS.

LOS PRECURSORES

DE

LA INDEPENDENCIA DE CHILE (1)

El distinguido escritor arjentino don Bartolomé Mitre ha llamado, no recordamos dónde, al señor Amunátegui, el historiador de las ideas políticas. A nuestro juicio, lo habria calificado con mas propiedad i exactitud llamándolo el defensor de ciertas ideas políticas o sociales, el abogado de la historia. En su *Dictadura de O'Higgins* quiso, en efecto, el señor Amunátegui probar la excelencia, la necesidad del Gobierno republicano, único posible en los países que fueron colonias de España, e hizo una brillante alegacion en favor de un bando. En su *Historia del descubrimiento i conquista de Chile* proclamó los prodijios de la iniciativa i espontaneidad de los individuos entregados a su inspiracion personal, i formó una galería de retratos en que los primeros conquistadores aparecen con una talla jigantesca. En ambas, propuso a los nuevos gobiernos un principio práctico, una leccion de política. En los *Precursores de la independencia de Chile*, su última obra, aun no concluida, ha dejado el campo de la América i el campo de la práctica para entrar en el de las teorías universales puramente especulativas: el libre arbitrio en los individuos i en las naciones.

Mal sistema de escribir la historia; i desde luego, mal sistema por

(1) Trabajo histórico de don Miguel Luis Amunátegui, tomos 1.º i 2.º, Santiago, 1871—1872.

el hecho de ser sistema. El tiene peligros reconocidos a los cuales el señor Amunátegui no puede gloriarse de haber escapado por completo. La historia toma en sus manos algo de la polémica. Tratando de sostener a todo trance la idea propuesta, busca con heroica paciencia en las bibliotecas, en los archivos, en las viejas crónicas, en «esos papeles medio borrados, medio podridos, que despiden un olor particular i que dejan en las manos un polvo delgado i pegajoso,» todo aquello que conduce a su objeto. Lo demás, queda entre el polvo. Como un diestro abogado, i aunque no haya recibido este título, el señor Amunátegui, que no olvida un momento los preceptos de la retórica que durante largos años ha profesado i que dan a sus escritos cierta especie de amaneramiento que les es peculiar, reune sus pruebas, las pesa, las ordena artificiosamente i se esfuerza en manifestar su valor exajerando su importancia.

Pernicioso sistema, que falsea la historia jeneralizando demasiado los hechos, presentándolos desligados e incompletos, reales pero no verdaderos, para hacerlos causa de un resultado esclusivo.

Pero, ¿qué ha podido inducir al señor Amunátegui a tratar una cuestion como la del libre arbitrio, debatida hasta el fastidio i sin resultado alguno entre los mas grandes pensadores, i que trae ajitados estérilmente a teólogos i filósofos desde remotos siglos? ¿Resolverla? Si tal ha sido su propósito, la simple lectura de la *Introduccion* de su libro bastará para probar que no lo ha conseguido.

Sorprendido de la radical trasformacion operada en solo medio siglo por la revolucion de la independencia en la América española, el señor Amunátegui se pregunta qué es lo que ha podido verificar tan profundo cambio que «los actuales hispano-americanos necesitan hacer esfuerzos de imajinacion para poder figurarse lo que eran sus abuelos, talvez lo que eran sus padres.»

La voluntad de unos cuantos hombres de constancia i enerjía, se contesta a sí mismo.

No seremos nosotros los que desconozcamos los grandes adelantamientos alcanzados en la República; pero no hai que exajerarlos. Sin llegar a nuestros dilatados campos, en que las ideas i hábitos coloniales subsisten casi en su primitiva rudeza, en el recinto de nuestras ciudades encontramos a cada paso los rastros de la colonia, que los nietos de la actual jeneracion podrán todavía reconocer fácilmente. La veneracion i temeroso respeto con que nuestros mayores miraban la omnipotencia de la autoridad; sus absurdas ideas económicas i de gobierno; el prurito en los mandatarios de reglamentarlo todo, i en los pueblos el de esperarlo todo de sus gobernantes; sus groseras

supersticiones relijiosas i ridículas patrañas, ahí están todavía haciendo estériles todo principio o práctica de progreso. Hai quien vea aun los fantasmas i demonios, los ánjeles i apariciones que turbaban el sueño de nuestros abuelos. La vieja lejislacion española con su inveterada rutina es hasta ahora en gran parte nuestra lejislacion patria. Los grandes problemas del inquilinaje, la antigua *mita*, i de la guerra de Arauco, ahí están todavía por resolverse. El progreso alcanzado mas está en los intereses materiales i en la letra de alguna de nuestras leyes, que en las creencias i hábitos sociales. Todo esto podria probar con un ejemplo mas que la voluntad de unos cuantos revolucionarios, por mas enérjica que se suponga, es impotente para cambiar un estado social cualquiera, i que esto solo pueden conseguirlo influencias lentas pero eficaces, de ideas o hechos independientes de la humana voluntad.

Hai, pues, dos doctrinas opuestas, dos principios encontrados.

El primero sostiene la omnipotencia de la voluntad humana. Segun él, las leyes eternas e invariables que rijen necesariamente a los demás seres del universo, no alcanzan al hombre que, dueño absoluto de sus acciones, puede sustraerse a ellas i dirijir a su capricho la marcha de los sucesos en virtud de su libre voluntad, que solo podria ser libre a condicion de poder ser caprichosa, tomada esta última palabra en su acepcion vulgar de falta absoluta de móvil en algunas acciones humanas, i no en su verdadera de ignorancia del móvil. Para los sostenedores de esta opinion, la antigua organizacion del Perú seria obra esclusiva de los incas, como la Reforma lo seria de Lutero i Calvino, i la revolucion de nuestra independencia, de los cabildantes del año 10.

El segundo de aquellos principios presenta las leyes naturales en su inmutable desarrollo arrastrando consigo a los individuos i a las naciones. Segun él, una serie de influencias sociales o físicas obrando combinada i simultáneamente, las ideas políticas o relijiosas, las costumbres, la educacion, el clima, los alimentos, el suelo, los antecedentes de raza, etc., etc., imprimen a los acontecimientos una marcha jeneral determinada que la voluntad humana es incapaz de contrarestar. Así se esplicarian, por una parte, las diferencias necesarias entre el habitante de una isla perdida en el océano polar, i el que vive en medio de los continentes tropicales; i por otra, la estrecha semejanza entre dos pueblos sometidos a todas aquellas influencias combinadas, como la India i el antiguo Méjico. Para los sostenedores de esta opinion, las revoluciones serian como rápidos en la corriente universal del progreso, i los que se llaman hombres providenciales,

serian solo poderosos nadadores que, impulsados por los mas débiles, llegan antes que éstos a la purificadora i ruidosa cascada: los que vienen mas atrás creerán que los primeros la han formado. La estadística de la criminalidad, con sus cifras constantemente uniformes en el número i condicion de los delitos, podria hacer creer, para los defensores de esta doctrina, en un estado enfermizo de la humanidad, en el cual un hombre se moriria de suicidio, por ejemplo, como otros se mueren de fiebre. La organizacion del antiguo Ejipto no es, para ellos, debida a los Faraones, ni tampoco esclusivamente al dátil, lo que graciosa e infundadamente les atribuye el señor Amunátegui, sino al resultado de todas las influencias de que hemos hablado.

Entre estas opuestas doctrinas, el autor de los *Precursores* está por la primera. Al señor Amunátegui le duele ver arrojado de su trono de vanidad al que tan pomposamente se ha llamado rei de la creacion, i para mantenerlo en él, apela al testimonio de la historia i al testimonio de la conciencia. Siglos hace, sin embargo, que sus contrarios invocan igualmente en su apoyo el primero de esos testimonios, i niegan su fuerza al segundo.

¿Quién podrá conocer las imperceptibles i recónditas sinuosidades de la conciencia humana? En un pueblo condena ésta como un crímen lo que en otro impone como un deber. Un hombre conocidamente loco, creyéndose rei del universo, da muerte al que ha osado desobedecerle: es maniatado i llevado a una casa de orates. Otro, que pasa por cuerdo, es arrastrado a un patíbulo. Pero, ¿quién podrá graduar la sensatez, i por consiguiente, la responsabilidad en esa escala que principia con un cuerdo i acaba con un loco?

El ejemplo de Camilo Henriquez, atravesando el dintel de un convento con las ideas de un colono i saliendo de allí convertido en libre pensador, podria talvez probar lo contrario de lo que se propone el señor Amunátegui. No fué su fuerza de voluntad lo que emancipó de la ignorancia i del error el alma del gran patriota, sino los filósofos revolucionarios del siglo XVIII, cuya lectura habia hecho pesar sobre él la mano de la inquisicion de Lima i cuyas doctrinas debia propagar mas tarde en todos sus escritos. Si el fraile de la Buena Muerte no hubiera salido de las miserables playas de Valdivia, si no hubiera sido «educado en el odio a la tiranía, como él lo aseguraba, pasada la mitad de la vida en estudios liberales,» ¿habria sido lo que fué? *Nihil desperandum*, repetia a sus lectores; pero, ¿no podria traducirse esto diciendo: no desespereis, que la fuerza de la verdad i desconocidas influencias cambiarán este estado de cosas, i aun sin que vosotros podais impedirlo?

A juzgar por la esposicion que el señor Amunátegui hace de la doctrina que niega el libre arbitrio, esposicion en la cual se ha desentendido de los principales argumentos en que reposa, haciendo mas bien de ella una especie de caricatura, natural pareceria que esa doctrina no tuviera en el dia partidario alguno. ¿Cómo esplica, pues, el señor Amunátegui el hecho por él mismo asentado de que «puede notarse aun que en los últimos años esta doctrina, sostenida por eminentes pensadores, ha adquirido prestijio i ha aumentado el número de sus adeptos?» Es porque, a rechazarla completamente, la historia dejaria de ser una ciencia i una leccion, perdiendo el carácter de esperimental i previsora que esencialmente tiene i sin el cual de nada serviria. Por esto es que el señor Amunátegui, que en todas sus opiniones tiene algo de ecléctico, vacila, trata de conciliar si es posible las dos doctrinas; i sin desconocer el poder de las influencias físicas o sociales, concluye diciendo que éstas *casi siempre* pueden ser dirijidas por la voluntad humana.

Pero, ¿cuáles son los límites de ese *casi siempre?*

Un hombre sube o baja, se mueve o se está quedo: hé ahí actos que parecen de su esclusiva voluntad. Se hace sentir en un pueblo una grande ajitacion social, i estalla una revolucion: hé ahí tambien un acontecimiento que evidentemente no ha sido obra esclusiva de la voluntad de los revolucionarios. ¿Dónde principia, pues, o acaba la responsabilidad? ¿Cuáles son las paredes de ese estrecho carro dentro del cual puede el hombre moverse a su arbitrio, mientras el convoi es arrastrado por la fuerza irresistible del vapor? Es éste un problema psicolójico que, como todos los de su especie, parece irresoluble para nuestros medios de comprobacion.

Pero en definitiva, despues de haber adoptado un mal sistema de escribir la historia proponiéndose probar un principio preconcebido, el señor Amunátegui fué desgraciado en la eleccion de su tema, i mas desgraciado todavía en su ejecucion. No ha hecho avanzar un solo paso a la eterna disputa, no ha llevado a ella un solo argumento nuevo; i cuando al principio parecia haber abrazado franca i decididamente una de las dos opiniones opuestas, concluye no abrazando ninguna, o mas bien, negándolas ambas con un *casi siempre* que deja la cuestion en el mismo estado en que la encontrara.

Es ésta, a nuestro juicio, la parte verdaderamente débil de su obra.

II

Entre las hazañas fabulosas de la conquista, cantadas por la epopeya, i la lucha gloriosa de la independencia, celebrada por la historia, aparece la colonia como esa laxitud que sigue a la ajitacion i precede al nuevo combate. La primera jeneracion, la de los conquistadores, bajó al sepulcro estenuada, sin aliento, despues de una lucha jigantesca contra los hombres i contra la naturaleza, en que habia casi agotado sus fuerzas vitales.

El rei i su consejo de Indias recojieron entonces la autoridad que en manos de los conquistadores habia obrado tantos prodijios; i desde el otro lado de los mares, tendieron sobre los embrutecidos americanos un manto de plomo que debia impedir sus mas leves movimientos, dejándolos en la situacion de aquel condenado de Plutarco, que recuerda el señor Amunátegui, obligado a permanecer eternamente sentado.

Las *Leyes de Indias* todo lo previeron i todo lo reglamentaron, aun la conciencia: cada colono tenia señalado en ellas lo que debia hacer, creer i esperar. ¿Para qué tomarse el trabajo de pensar? El rei i su consejo pensaban por todos.

Los altivos conquistadores no habrian reconocido a sus descendientes en los dejenerados colonos, i la raza indíjena habia al fin encontrado quien vengara en los hijos la atroz crueldad de los padres.

A pesar de todo, sorda e insensiblemente se fundó allí, entre la oscuridad i la opresion, una sociedad en que no se habian podido matar los jérmenes de progreso; i un dia llegó en que, rompiendo su camisola de fuerza, produjo en el primitivo suelo de la barbarie nacionalidades nuevas que, entre las ajitaciones de la infancia, debian abrirse un camino para ir a representar ante la augusta comunidad de los pueblos libres i prósperos del universo, el gran principio de la República.

¿Cómo se preparó esta especie de resurreccion? ¿Qué jérmenes eran esos que desde lejos anunciaban la nueva era? ¿Qué obstáculos se oponian a su libre desarrollo prolongando por tres siglos su trabajada jestacion?

Hé ahí el objeto de las nuevas investigaciones del señor Amunátegui, i esto solo constituye uno de los grandes atractivos de su libro: el atractivo de lo desconocido. La historia social de la América no ha llamado todavía seriamente la atencion de sus modernos historiadores. Han dedicado éstos su principal empeño a escribir la his-

toria política i militar de la independencia, es decir, el fin, i han descuidado el principio i casi olvidado el medio.

Por lo que a Chile hace, puede decirse que su vida de colonia comienza solo ahora a ser objeto de trabajos históricos dignos de este nombre. Ellos vienen probando que si aquella época ha sido mirada como infecunda, es porque no se la ha conocido. Todo el que quiera estudiar a fondo el oríjen i tendencias de las actuales sociedades americanas, tendrá que ir a rastrear allí el principio i desarrollo de sus instituciones i de sus costumbres, de sus virtudes i de sus vicios. Los viejos pueblos europeos ¿no van a buscar en la edad média las razones de existencia de su modo de ser político i social? La colonia es la edad média del nuevo mundo.

Desgraciadamente a nuestro juicio, el señor Amunátegui no ha querido darnos una historia social ordenada i completa de la colonia. Guiado por su sistema de probar una tesis, el autor de los *Precursores* ha hecho solo una serie de cuadros sociales formados con hechos aislados tomados del principio, medio i fin, i que no alcanzan a dar una idea exacta i entera de la sociedad colonial en todas sus múltiples i variadas manifestaciones. A continuacion de una carta de Pedro Valdivia, viene citada una real cédula de Felipe III o una ordenanza de Carlos IV.

Por nuestra parte, habríamos querido mas bien una historia en cierto modo cronolójica que nos hubiera guiado al través de las vicisitudes de la colonia desde su infancia hasta su virilidad i su muerte, i en la cual hubieran tenido su respectivo lugar todos los elementos que constituyen la ciencia, la política como la lejislacion, las instituciones civiles como las relijiosas, las costumbres como la educacion, el comercio como la literatura, la paz como la guerra. Una historia de esta clase está aun por escribirse entre nosotros, no pudiendo la del señor Gay llenar este vacío. Si el señor Amunátegui hubiera querido componer una obra como la indicada, habria prestado a la ilustracion en su país un servicio mayor todavía que el que ya le ha hecho con la publicacion de sus *Precursores*. Nadie estaba en mejor situacion que él para llevar a cabo ese trabajo con lucidez i acierto. Así habria podido seguirse mejor la lójica de los acontecimientos i descubrir su lei en medio de la aparente contradiccion de los hechos i de encontradas influencias obrando simultáneamente. I no hai cuidado de que de esta suerte hubiera de resultar un libro cansado o poco interesante: que cuando se consideran en su conjunto i natural encadenamiento los hechos verificados en los diversos tiempos, todos presentan mas o menos igual interés, quedando al talento del narrador ofrecerlos bajo una forma útil i agradable.

Una gran parte de la obra está formada por documentos recojidos por el señor Amunátegui con trabajo i paciencia admirables, dignos de todo elojio, i destinados a evidenciar los hechos relacionados. Mucho se ha aplaudido este sistema de comprobacion que, ocultando al autor, hace intervenir en la narracion i hablar con su propio lenguaje a los vireyes i capitanes jenerales, a las audiencias i a los cabildos, a los obispos i a los escribanos; i ello sin duda que es útil, estando como estaban hasta ahora, inéditos muchos de esos documentos, i siendo los otros poco comunes i desconocidos para la jeneralidad. Pero si pueden ser convenientes para comprobar los hechos asentados i muchos otros que de ellos se desprenden, su publicacion íntegra no puede menos que perjudicar al arte de la composicion. Son útiles como lo es una compilacion de los mismos, i bajo este punto de vista, el señor Amunátegui ha prestado con su publicacion un verdadero servicio a los futuros historiadores; pero como elemento de arte, no deben tener cabida en una obra literaria sino con parsimoniosa mesura, entresacando de ellos la parte que pueda tener interés para la cuestion e introduciéndola, si posible es, sin violencia alguna en el discurso mismo. De este modo se da a una obra cierto tinte i sabor de antigüedad que trasporta al lector a los tiempos i lugar de la escena; pero el autor de los *Precursores* ha abusado de esta concesion; i reproduciendo, casi siempre íntegras, una multitud de larguísimas piezas, mal escritas por lo jeneral i no siempre interesantes, ha echado sobre su obra una inmensa carga que hace fatigosa su lectura. Cuando mas, habrian todas podido reunirse en un *Apéndice* final.

No invento, relato: no se crea que suponemos cosas que no han existido, narramos. Estas u otras frases análogas repite a menudo el señor Amunátegui; pero, ¿por qué no se le habia de creer? ¿Por qué podria suponerse que inventaba? Si así fuera i no bastara, como jeneralmente sucede, la citacion de las fuentes para llevar fé i convencimiento al ánimo del lector, la historia dejaria de ser lo que es para convertirse en coleccion de documentos.

Lo que sí aplaudimos, i mucho, es el ilustrado criterio con que el señor Amunátegui sabe mantenerse siempre a la altura digna i severa que la relijion de la historia impone a sus sacerdotes. Su buen juicio le impide dejarse llevar, como otros, a la chocarrería, a historietas importunas i triviales, a anécdotas grotescas i desautorizadas.

Prefiere comunmente el jénero narrativo, i por lo que a nosotros hace, lo preferimos tambien, sobre todo, tratándose de historias oscuras i poco conocidas, como lo es la americana. Esto no quita, sin embar-

go, que una vez narrados los hechos, el autor emita juicio sobre ellos: él sabe a menudo mas que su mismo libro, i no habria otra opinion mas ilustrada que la suya. Pero el señor Amunátegui, que en su cátedra de literatura nos hacia años atrás esta observacion, no ha cuidado de practicarla en sus *Precursores*. Tratándose, sobre todo, de hechos que pudieran relacionarse de algun modo con ideas o sucesos del dia, manifiesta una timidez que lo llena de embarazos i que le hace encubrir su opinion; pero un historiador debe tener la franqueza de sus convicciones, sin tomar jamás en cuenta lo que puedan murmurar algunos de sus lectores que quisieran cambiar el carácter de los hombres i de los sucesos pasados para amoldarlos a su interés de partidarios.

Domina, sin embargo, en toda la obra un espíritu liberal que deja en el ánimo una impresion favorable i que da a toda ella cierto carácter de elevacion i justicia, convirtiéndola en una severa enseñanza. Todos los hechos están contemplados desde un punto de vista verdaderamente superior, i su clara significacion resalta por sí sola haciendo inútil el empeño de disimularla.

Por lo demás, alma fria i serena, el señor Amunátegui mira las cosas con el ojo indiferente del abogado, cuyo corazon no conmueven los grandes infortunios, ni las prósperas o adversas fortunas. No hai una causa bastante noble i santa que, combatida i agobiada bajo el peso de tremendas calamidades, merezca arrancarle uno de esos gritos involuntarios de todo corazon espansivo i jeneroso. Refiere las horribles atrocidades de la conquista en medio de una imperturbable serenidad; i si alguna vez, como suele suceder, salen de su pluma palabras de oprobio i condenacion, ellas son dictadas por la intelijencia que juzga, mas que por el corazon que siente. Esta participacion en las ajenas desgracias, este entusiasmo por las nobles causas no están reñidos con la imparcialidad; i en la falta de ellos debe buscarse la razon por que el lenguaje de los *Precursores* carece de vida i de animacion, de movimiento i de colorido. Así es como el señor Amunátegui, en su carácter de escritor i aun de orador, convence casi siempre a sus lectores u oyentes, rara vez los persuade, nunca los arrastra. Medita un plan, lo desarrolla con gran precision, parte por parte, con lójica inflexible i grande habilidad; pero no alcanza a comunicar el sentimiento, de que él mismo no está poseido.

Pero si falta calor a su estilo, su frase no se aparta jamás de la gramática ni admite esas impropiedades o estranjerismos que tanto afean los escritos de otros i que tan comunes se vienen haciendo en-

tre nosotros hablando i escribiendo. Su locucion es clara i sencilla; pero a fuerza de serlo, llega a menudo a la repeticion i alguna vez a la vulgaridad, empeñándose en probar lo que por su evidencia no necesita de pruebas. Parece que a cada paso temiera no ser comprendido por sus lectores, i entonces el señor Amunátegui espresa una idea i la repite muchas veces cambiando algunas palabras o invirtiendo simplemente el órden de la frase. Para que esto se vea, nos bastará tomar de la *advertencia* misma los siguientes acápites sobre lo estéril que suele ser la investigacion de antiquísimos documentos:

«I adviértase, dice, que ni con mucho todos ellos (los documentos) tienen siquiera algun mediano interés.

«Sucede con frecuencia que, despues de haberse empleado quizá horas en descifrar una letra parecida a jeroglífico, lo que llega a leerse a costa de tanta fatiga es enteramente insignificante.

«Esta pesada tarea seria por cierto mui soportable si hubiera la seguridad de que siempre habia de llevarnos al descubrimiento de algo útil; pero por desgracia, no es así.»

¿No es verdad que cada uno de estos acápites habria podido espresar por sí solo la idea completa, dos de ellos por lo menos? En todo el libro podrán encontrarse numerosísimos ejemplos de lo que decimos.

El que acabamos de citar manifiesta tambien otra peculiaridad del señor Amunátegui: la division del período i hasta de la idea en cortísimos acápites. A la verdad, no comprendemos qué objeto pueda tener al emplear este procedimiento, que cada dia acentúa mas en sus escritos i de que no podria encontrar un modelo en nuestra lengua. No es precisamente el verdadero estilo cortado, tan bien manejado por algunos escritores franceses, ni menos todavía el empleado por los grandes hablistas castellanos antiguos i modernos. Para ser el primero, le faltan vigor i sonoridad; para el segundo, elegancia. Forman en la obra un curioso contraste las frases cortas i medidas, la multitud de puntos finales i acápites que se encuentran en una pájina del señor Amunátegui, con los períodos interminables, sin puntos, casi sin comas, de los documentos citados, que llenan a veces de este modo pájinas enteras. Lo primero es mas claro; lo segundo, menos monótono i mas conforme a la índole del idioma.

III

Para asegurar la posesion de sus colonias, los reyes de España trataron de cerrar todas las avenidas a las ideas de libertad e independencia

que pudieran algun dia trastornar su dominacion. Mantener bajo ésta la vasta estension territorial en que, conforme a las ideas de la época, se hacia consistir el poder i fuerza política de las naciones; llevar allí i mantener pura i sin mezcla de herejía la doctrina católica; i exijir en cambio de tan gran bien cargamentos de oro i sumision obsoluta: hé ahí los fundamentos de las *Leyes de Indias*.

Los monarcas españoles sometieron los países conquistados en el Nuevo Mundo a un réjimen autoritario de absoluta restriccion; i acumulando obstáculo sobre obstáculo, con estraordinaria minuciosidad, con asombrosa paciencia, consiguieron alejar por tres siglos la revolucion de la independencia: que si tan solícitos i perseverantes no hubieran andado en la obra, la hora de la libertad habria sonado mucho antes en sus colonias de América. Las colonias inglesas de la América del Norte, sometidas a un réjimen de libertad, aunque fundadas un siglo despues que aquéllas, se independizaron, sin embargo, medio siglo antes; i miéntras en los Estados-Unidos un lijero pero ilegal impuesto sobre el té o el papel sellado habia provocado la revolucion, en las colonias hispano-americanas fué para ello necesario que un rei estranjero ocupara el trono de Madrid en medio de una tenaz i sangrienta guerra, i que un gobierno provisorio sin autoridad ni prestijio quisiera, durante el cautiverio del rei lejítimo, hacer pesar tambien sobre ellas la secular dominacion i apretar, si era posible, la cadena de los colonos, despertados ya a la libertad por la fuerza del ejemplo i de los principios revolucionarios que los filósofos del siglo XVIII i los tribunos de 89 habian hecho llegar hasta ellos subrepticiamente.

Si las medidas tomadas por los reyes de España no eran, pues, bastantes por sí solas para hacer eterna su dominacion en América, cosa imposible de alcanzar contra las leyes naturales de la justicia i de la equidad, lo eran sí para prolongarla mas tiempo del que el curso natural de las cosas hubiera permitido prever.

Sin embargo, la clasificacion adoptada por el señor Amunátegui, de obstáculos que se oponian a la revolucion i de signos precursores de ella, no tiene una base bastante segura i natural. Algunas de las disposiciones consideradas entre los primeros podrian, bajo otro punto de vista, colocarse entre los segundos. Así, el sistema restrinjido i proteccionista establecido para el comercio en América, i a que el señor Amunátegui no ha querido prestar la atencion que debiera, afianzaba por una parte la dominacion española cerrando toda entrada a ideas subversivas; pero a la larga, debia por otra exasperar a los colonos, obligados a vivir en medio de una profunda miseria, faltos de los prime-

ros artículos que sus necesidades exijian, i sufriendo no poder alcanzarlos convenientemente en cambio de los escasos productos de una vida ociosa, que de ese modo se alentaba. Cuando la revolucion pudo hacer oir su voz en las columnas de la prensa, desde los primeros momentos reprochó a la España ese sistema que dejaba convertido en un erial un pais fértil i rico, que apenas podia así alimentar una escasísima poblacion.

Además, la estrictez misma i el excesivo rigor de las medidas de seguridad tomadas por el gobierno de la península, debian con el tiempo cambiarlas, de obstáculos a la independencia, en síntomas precursores que un hombre de nuestro tiempo habria fácilmente adivinado. No es posible destruir completamente la naturaleza de las cosas ni contrariar sus tendencias de un modo absoluto.

Por esto el título de *Precursores de la independencia* que el señor Amunátegui ha dado a su obra, no le conviene en todas sus partes. Apartando a un lado lo estremadamente bueno i a otro lo estremadamente malo de las cosas no es como se conoce a éstas, así como no puede retratarse a un hombre pintando las opuestas i estremas partidas, buenas i malas, de su carácter Entre las estremas, hai otras que no podrian clasificarse con las primeras ni con las segundas, i que forman, sin embargo, el fondo de su personalidad.

¿Cómo clasificaria el señor Amunátegui, ese mismo sistema comercial, i el estado e influencias de la lejislacion civil i criminal, de la instruccion pública, de la industria, de las artes, materias todas de que no se ocupa absolutamente o de que solo se ocupa por incidencia? En el primer tomo, en que no aparecen para nada los precursores, señala los obstáculos que debia encontrar la independencia, dejando para el segundo, que se ocupa casi esclusivamente de la guerra de Arauco i en el cual aparecen todavía nuevos obstáculos, la tarea de señalar los primeros. I el tercer tomo anunciado ¿de qué se ocupará? Difícil es preverlo aun despues de leidos los dos primeros.

Entre aquellos obstáculos, relativos ya que no absolutos, el autor de los *Precursores* señala como principales: la relijiosa veneracion de los españoles por su rei, objeto de un verdadero culto; la crónica milagrosa prestando su apoyo a esa veneracion; la mútua vijilancia entre las mismas autoridades, i la incomunicacion en que por la lei debian éstas mantenerse con los subordinados; las ideas aceptadas i predicadas en favor del derecho divino de los reyes i la confusion del Estado i de la Iglesia; la ignorancia jeneral de los colonos i las minuciosas medidas tomadas para impedir la introduccion de libros; el absoluto aislamiento en que las colonias debian vivir entre sí i con

la madre patria i demás países; i por último, las pequeñeces de la colonia, apocando el espíritu i las ideas.

Todos estos puntos han sido perfectamente estudiados i probados con hechos curiosísimos i abundantes, de que no se tenia noticia entre nosotros i que manifiestan las profundas investigaciones del autor en ese campo casi inesplorado de los documentos históricos.

Pero aquí, como siempre, su sistema induce a error. Al ver al señor Amunátegui señalar, por ejemplo, las esquisitas i multiplicadas órdenes de la Corte de Madrid para recojer un ejemplar de la biblia protestante o de una imájen de San Ignacio, introducidos furtivamente en América, o un objeto cualquiera en que estuviera grabada la *libertad de Francia*, podria creerse que nadie en las colonias hispano-americanas tenia otras ideas que las del comun del pueblo. ¿Cómo es entonces que los revolucionarios del año 10 aparecieron en Chile sabiendo casi de memoria las obras de Raynal i de Rousseau, o familiarizados por lo menos con las doctrinas enciclopedistas, como lo manifiestan los primeros periódicos de la revolucion? A tomar como regla jeneral i absoluta lo que pasó con ciertos libros perseguidos, podria suponerse que no habia entre nosotros quien tuviera otras obras que las vidas de santos que el monasterio de San Lorenzo enviaba a las colonias para ser puestas a venta en el rincon de una tienda, alumbradas por la fatídica luz de dos velas de sebo que por disposicion de la lei debian allí arder de dia i de noche al frente de un crucifijo. I sin embargo, ¿cómo se esplica que a principios del siglo hubiera en Chile bibliotecas privadas que contaban centenares de libros prohibidos, i que don José Antonio Rojas introdujera, como se cuenta, una gran cantidad de ellos con solo emplear el grosero artificio de cambiar el título de los lomos?

Por tomar ejemplos aislados de rigor i vijilancia para probar su tema, el señor Amunátegui tiende, pues, a jeneralizar demasiado los acontecimientos haciendo que, aunque reales i positivos, no induzcan a la verdad.

I aquí era donde debia haber dado mayor espacio a la historia de la literatura colonial, i sobre todo, a la enseñanza de las escuelas, de que casi no se ocupa absolutamente, ni siquiera de la célebre Universidad de San Felipe. La instruccion que en ellas se daba iba dirijida a dar fuerza i prestijio al órden de cosas establecido, i tanto ella como la lejislacion civil i criminal, guardaban perfecta armonía con los principios del gobierno absoluto i derecho divino de los reyes, contribuyendo mui poderosamente a afian-

zar el edificio colonial i preparando, para el dia en que se viera atacado, nuevos i poderosos obstáculos contra sus enemigos.

¿Cómo ha podido, pues, el señor Amunátegui pasarlos en silencio? I sobre todo, ¿cómo al hablar de las creencias relijiosas de la época, de la literatura i de los libros, no menciona siquiera el rol i la influencia que en ello ejerció la inquisicion, encargada de mantener la pureza de aquellas creencias i de formar los índices de libros prohibidos, persiguiendo con terrible empeño i condenando a ellos i a sus lectores a las llamas de la hoguera? Cierto es que en Chile la inquisicion no manifestó su terrible poder con el lujo que en el Perú o en Méjico; pero tambien lo es que ejerció aquí la misma vijilancia, i que por medio de sus comisarios, los sospechosos iban a ser encerrados en las cárceles de Lima o quemados en la plaza de Acho.

Todo esto debiera haber tenido su colocacion en el primer tomo de los *Precursores*.

Pero entremos al fondo mismo de las materias tratadas en esta obra i busquemos allí el alto interés i provechosa enseñanza que su lecitura presenta.

GASPAR TORO.

(Concluirá.)

DON RODULFO AMANDO PHILIPPI

I

El eminente i bondadoso profesor a quien conoce i respeta toda la juventud estudiosa de Santiago tiene por nombre el que aparece a la cabeza de este artículo, sea dicho con perdon de los decretos gubernativos i de los documentes universitarios, cuyos autores parecen haber tomado empeño en sustitu rlo por el de Rodulfo *Armando*.

Segun lo he oido al mismo señor Philippi, se ha cansado de protestar contra una alteracion completamente inmotivada, hasta que al fin se ha resignado a ella.

Pudiera creerse que ha sucedido con el nombre en este sábio naturalista lo que con muchas plantas que esperimentan variaciones al ser trasportadas de un clima a otro.

Don Rodulfo Amando Philippi nació el 14 de setiembre de 1808 en Charlottenburg, poblacion que pudiera denominarse el Versalles de Berlin.

Su padre, empleado en el tribunal de cuentas, perdió sus cortos bienes de fortuna cuando la invasion francesa de 1806.

Ya que se veia en la imposibilidad de dejar a sus hijos una herencia en dinero, aunque solo fuera pequeña, se esforzó en asegurarles la adquisicion de una excelente educacion.

El niño Rodulfo Amando, i su hermano menor, Bernardo, tambien mui conocido en Chile, fueron desde temprano enviados a Suiza para recibir los rudimentos de la instruccion en el colejio que el famoso Pestalozzi dirijia en Iverdon, en el cual permanecieron cuatro años.

Al fin de este tiempo, Rodulfo Amando fué a concluir sus estudios preparatorios en uno de los liceos de Berlin.

En 1826, se incorporó en el curso de medicina de la universidad establecida en la capital del reino de Prusia.

Sin embargo, su aficion decidida le llevaba al estudio de las ciencias naturales.

Si consentia en procurar hacerse apto para la profesion de médico, era únicamente por dar gusto a su padre, que así lo deseaba.

En 1830, su familia, i mui en especial su madre, hicieron sacrificios pecuniarios para que el jóven estudiante, segun un uso jeneral en Alemania, fuera a completar su educacion, viajando por algunos paises estranjeros.

Durante el viaje de que estoi hablando, el jóven Philippi se encontró con los eminentes jeólogos Federico Hoffman i Arnaldo Escher von der Listh, que fomentaron la inclinacion que siempre habia tenido al estudio de la naturaleza.

Por muchos meses, estuvo con ellos recojiendo las producciones marinas i fósiles de la Italia Meridional i de la Sicilia.

De regreso a Berlin, rindió en 1833 las pruebas finales que se exijian a los aspirantes a la profesion de médico.

Aunque se desempeñó en ellas con mucho lucimiento, i obtuvo certificados mui honrosos, se limitó a presentar a sus deudos el diploma de médico para manifestarles que no habia perdido el tiempo, ni sido indigno de sus desvelos i sacrificios.

Ni entónces ni despues ha ejercido la profesion de médico.

Philippi es de la clase de individuos para quienes el cultivo desinteresado de la ciencia es una especie de sacerdocio.

Todo el tiempo de que ha podido disponer le ha parecido corto para sus variadas i pacientes investigaciones, i para las tareas del profesorado.

Su vocacion ha sido la de aprender para enseñar.

En vez de procurar ganar la vida con el ejercicio de la medicina, lo hizo dando en Berlin lecciones privadas de historia natural.

Las horas que esta ocupacion le dejaba libres las dedicaba a diversos trabajos científicos.

Entre otros, ejecutó por entónces la clasificacion de las conchas recojidas por Ehrenberg en el Mar Rojo.

Desde aquel tiempo comenzó a ser uno de los colaboradores de una recopilacion científica que aparece en Bonn bajo el título de *Archivos de Historia Natural*. Entre 1834 i 1845, insertó en esta publicacion hasta veintiseis artículos o memorias sobre diversos asuntos, pero particularmente sobre los caracoles i los animales que viven en ellos.

El mui conocido sábio Alejandro de Humboldt i el célebre jeólogo

Leopoldo de Buch conocieron el mérito de don Rodulfo Amando Philippi, i le dispensaron la mas decidida proteccion.

En 1835, Philippi dejó la Prusia para pasar a Hesse-Cassel, de cuya escuela politécnica habia sido nombrado profesor.

El año siguiente de 1836, fué marcado para Philippi por dos acontecimientos mui notables en su existencia.

Se casó con la señora Carolina Keumwiede.

Dió a luz en Berlin el primer volúmen en folio de su primera obra de largo aliento, que lleva por título: *Enumeratio molluscorum Siciliæ.*

El autor no solo habia compuesto el testo de esta obra, sino tambien dibujado i litografiado sus numerosas láminas.

Humboldt, a quien Philippi habia sometido el manuscrito, lo consideró digno de presentarlo al rei de Prusia Federico Guillermo IV, el cual obsequió al autor en premio de su trabajo una medalla de oro.

Desgraciadamente Philippi tuvo en 1837 un espantoso ataque de sangre por la boca, lo que le obligó a ir a Italia con su mujer en busca de la salud.

Vivió en aquella comarca dos años, durante los cuales no permaneció ocioso.

Apénas restablecido de su enfermedad, volvió a visitar la Calabria i la Sicilia, i estudió con mucho esmero los moluscos i las conchas fósiles de la Italia Meridional.

Al regresar en 1840 a Hesse-Cassel, trabó relaciones a su paso por la Suiza con el ilustre sabio Luis Agassiz, el cual haciendo un rodeo, i aprovechando un intervalo de la comision científica que ejecuta por encargo del gobierno de Estados-Unidos de Norte-América, acaba de venir a Santiago, entre otros motivos, para estrechar la mano de su viejo amigo Philippi, a quien no habia vuelto a ver desde aquella época lejana, i la de su condiscípulo don Ignacio Domeyko, el actual rector de la Universidad de Chile.

Philippi dió a la estampa en 1844 el segundo volúmen en folio de su estensa obra *Enumeratio molluscorum Siciliæ*, el cual le valió el obsequio de una nueva medalla de oro por parte del rei Federico Guillermo IV.

Las láminas de este segundo volúmen habian sido, como las del primero, dibujadas i litografiadas por el autor.

Hace poco tiempo, que el rei de Italia Víctor Manuel, en premio de la obra mencionada, ha enviado a Philippi el diploma de caballero de la órden denominada *la corona de Italia*, acompañándole la correspondiente condecoracion de oro.

I ya que se toca este punto de las distinciones, diré aquí que Philippi recibió de la última reina de España el título de miembro de la órden de *Isabel la Católica*.

Desde 1845 hasta 1850, don Rodulfo Amando Philippi fué insertando un gran número de artículos en una compilacion alemana publicada por varios naturalistas con el título de *Figuras i Descripciones de conchas nuevas o poco conocidas*, la cual consta de tres volúmenes en folio.

Aunque Philippi habia tenido siempre simpatías por las doctrinas liberales, tomó poca parte en la política activa hasta 1848.

Las ajitaciones del gran movimiento europeo ocurrido en ese año le obligaron a intervenir en los negocios públicos.

La estimacion jeneral que se habia granjeado, la sensatez de sus ideas, la laboriosidad de sus hábitos atrajeron sobre él en aquellas circunstancias difíciles la atencion de los habitantes de Hesse-Cassel.

Philippi, sin solicitarlo, fué nombrado presidente, vice-presidente o secretario de las frecuentes reuniones políticas que entónces se celebraron, o de las diversas juntas que se organizaron.

Los jóvenes fueron los primeros que le designaron para un cargo de esta especie; los hombres ya maduros se apresuraron a imitar lo que les pareció un ejemplo mui acertado.

Merece advertirse que Philippi fué escojido a menudo para dirijir las reuniones, no solo de sus amigos políticos los liberales, sino tambien de los radicales, con cuyas opiniones solia hallarse en desacuerdo, aunque a la sazon, el término a que los unos i los otros se encaminaban, puede decirse, era comun.

Esta manifestacion de confianza era tan honrosa para aquel a quien se hacia, como fácil de concebirse.

En aquellas reuniones habia muchos que pronunciaban calorosos discursos; pero eran pocos los que acompañaban a Philippi a desempeñar las tareas de oficina.

En 1849, don Rodulfo Amando Philippi obtuvo el nombramiento de director de la escuela politécnica de Hesse-Cassel.

Aquel mismo año solicitó carta de naturaleza en dicho estado.

Inmediatamente fué elejido miembro o consejero de la municipalidad.

Entre tanto, llegó la reaccion de 1850.

Como era natural, Philippi se disgustó sobre manera del aspecto que tomaban los negocios públicos, i estuvo mui léjos de ocultarlo.

Habiendo el gobierno exijido al director i profesores de la escuela politécnica ciertas declaraciones que Philippi consideró indebidas, hizo renuncia de su cargo.

Sin pérdida de tiempo, fué a establecerse con su familia en Brunswick.

II

Como lo he dicho ántes, don Rodulfo Amando Philippi tenia un hermano menor llamado Bernardo, el cual desde 1831 habia emprendido diversos viajes a Chile por distintos motivos.

Don Bernardo Philippi adquirió en 1845 la hacienda de Bella-Vista en la provincia de Valdivia.

Por peticion suya, don Rodulfo Amando Philippi envió a Chile en 1846 para que se estableciesen en la hacienda mencionada las nueve primeras familias de inmigrantes alemanes que han venido a nuestro pais.

Hacia el tiempo en que don Rodulfo Amando se trasladó a Brunswick, don Bernardo, que se encontraba en Alemania como ajente del gobierno de Chile para promover la inmigracion, le persuadió que viniera a tomar la direccion de la hacienda de Bella-Vista.

Don Rodulfo Amando, que estaba fastidiado del aspecto de los asuntos públicos en Europa, aceptó el ofrecimiento, viniéndose a Valdivia en diciembre de 1851.

Su posicion en Chile fué desde luego mui poco halagüeña.

La hacienda de Bella-Vista no correspondió a las brillantes esperanzas que se habian concebido.

Ademas, don Bernardo Philippi, nombrado gobernador de la colonia de Magallanes, fué asesinado en noviembre de 1852 por los patagones durante una incursion que emprendió al interior de la comarca recorrida por estos indios bárbaros.

Todo esto hizo que don Rodulfo Amando se encontrase en una situacion bastante desagradable.

Miéntras tanto, Philippi, como siempre, se habia dedicado mas al cultivo de la ciencia que a los negocios.

Con este motivo habia entrado en relaciones con don Ignacio Domeyko, secretario a la sazon de la Facultad de ciencias matemáticas i físicas, el cual, entre otros títulos a la gratitud nacional, tiene el indisputable de haber servido de introductor a varios de los estranjeros distinguidos que mas han contribuido a la difusion de las luces en nuestra patria.

Por conducto de Domeyko, Philippi dirijió en el año de 1852 a la espresada Facultad tres memorias, cuyos temas eran: el clima de Val-

divia, el volcan de Osorno, i la determinacion del límite de las nieves perpetuas bajo la latitud de dicha ciudad i la constitucion jeolójica de la cordillera de la costa en la provincia del mismo nombre.

En la sesion celebrada por el Consejo Universitario en 23 de octubre de 1852, se leyó una nota del decano de matemáticas en la cual comunicaba que el secretario don Ignacio Domeyko habia entregado para el Museo Nacional a nombre de don Rodulfo Amando Philippi «un bajo relieve que representaba la configuracion del Vesubio i de sus inmediaciones, obra ejecutada con suma prolijidad i elegancia, i que se referia a un viaje hecho por su sabio autor a Nápoles, habiéndole valido mucha fama su descripcion jeolójica en el mundo científico.»

A consecuencia de este obsequio, se hizo notar que Philippi debia contarse «entre los mas ilustres inmigrados alemanes de Valdivia;» i que «desde que estaba en Chile, ya habia remitido a la Universidad tres memorias de mucho mérito e interes para el pais.»

El resultado de estas observaciones fué que en aquella misma sesion el Consejo, «justo apreciador de los méritos de don Rodulfo Amando Philippi,» acordara «recomendar encarecidamente al gobierno» que le nombrara miembro corresponsal de la Universidad.

El presidente de la república don Manuel Montt i el ministro de instruccion pública don Silvestre Ochagavía mandaron sin tardanza espedir el título solicitado, espresando que aceptaban la propuesta, «en testimonio del aprecio que hacia el gobierno de las luces del señor Philippi i de su decidido anhelo por el progreso i difusion de las ciencias naturales.»

A principios de 1853, Philippi remitió a la Facultad de ciencias matemáticas i físicas una memoria i un mapa de las lagunas de Llanquihue i de Todos los Santos i de los terrenos adyacentes.

El Consejo Universitario mandó imprimir la memoria i litografiar el mapa.

Las noticias que se tenian de la alta reputacion científica que don Rodulfo Amando Philippi habia obtenido en la culta Alemania, i las varias pruebas que inmediatamente habia dado de cuán merecida era esa reputacion, hicieron que el gobierno de Chile le nombrara en 1853 rector del liceo de Valdivia, i casi inmediatamente profesor de botánica i de zoolojía de la Universidad i director del Museo Nacional.

Habiéndole elejido al año siguiente la Facultad de ciencias matemáticas i físicas miembro de número, leyó para incorporarse en ella una memoria sobre el hierro meteórico del desierto de Atacama.

En 1866, fué nombrado profesor de jeografía física i de historia natural en la seccion preparatoria del Instituto Nacional; en 1868, miembro del Consejo de la Universidad; i en el presente año, miembro honorario de la Facultad de medicina.

III

La posicion en que los cargos enumerados colocaban a Philippi, le asignaba el deber de estudiar la naturaleza de su nueva patria.

Philippi no era hombre de frustrar las lejítimas esperanzas que en él se habian fundado.

Don Ignacio Domeyko se dedicaba con brillo al estudio de la jeolojía, i mui especialmente al de la mineralojía de Chile; i don Amado Pissis, con resultados no ménos notables, al de la jeolojía i de la jeografía física.

Philippi hizo por su parte algunas incursiones i algunas publicaciones para adelantar la jeografía física.

Las memorias sobre esta materia a las cuales aludo, son las que siguen: «Escursion a la laguna de Ranco, hecha en enero de 1860»—«Viaje a los baños i al nuevo volcan de Chillan, emprendido en febrero de 1862»—«Viaje a las provincias de Valdivia i Llanquihue,» llevado a cabo en 1868, por encargo del ministro del interior don Jerónimo Urmeneta, i publicado en la compilacion que dirije el famoso Pettermann en Alemania.

La principal obra de esta especie, compuesta por Philippi, es el «Viaje al desierto de Atacama hecho en el verano de 1853 a 1854.»

Pero los aspectos de la naturaleza chilena a cuyo estudio se ha dedicado particularmente Philippi han sido la botánica i la zoolojía.

Eran estos dos ramos de la ciencia en los cuales habia mucho que hacer.

El libro mas completo i popular que sobre ellos apareció en tiempo de la dominacion española fué el que el ex-jesuita chileno don Juan Ignacio Molina dió a luz en 1782.

Este autor se aprovechó de las observaciones practicadas ántes que él por algunos pocos botánicos, especialmente por el padre Luis Feuillée, que hizo un viaje a Chile i al Perú en los años de 1709 hasta 1712.

Philippi ha notado que Molina ha traducido literalmente las descripciones i observaciones do Feuillée, sin decirlo siempre espresamente, aunque se complace en reconocer la importancia de la obra de su antecesor.

Sin embargo, Molina ha sido considerado por mucho tiempo como el naturalista mejor instruido entre los que han enseñado la botánica i la zoolojía de Chile.

A esto debe el honor de que se le haya erijido una estátua de bronce en la Alameda de Santiago, i de que seis naturalistas tales como Bertero, Cavanilles, Ruiz i Pavon, Jusieu, Monch i Gay hayan dado a otras tantas plantas el nombre del jesuita chileno.

Miéntras tanto, muchas de sus descripciones son equivocadas, incompletas o incomprensibles.

La planta, por ejemplo, a que Bertero dió el nombre de Molina, es la bella palma chilena *(Molinaea Micrococos)* «casi desconocida de los naturalistas,» segun Philippi, que ha escrito sobre ella una memoria.

Molina fué sin duda el primero que habló de este árbol; pero la descripcion que hizo de él, aunque detallada, no es suficiente para clasificarle en el sistema botánico.

I el mencionado no es un ejemplo aislado de deficiencia o de error. Pueden citarse muchos en la obra de Molina.

Voi a hablar de otro, porque me permitirá llamar al mismo tiempo la atencion sobre una planta chilena mui curiosa.

Molina habla de una *albahaca*, cuyas hojas aparecen por la mañana cubiertas de pequeños globos salinos, duros i relucientes como el rocío, que los campesinos emplean en lugar de la sal comun, a la cual es superior por el sabor.

Ya el antiguo cronista Alonso de Ovalle habia aludido a esta planta, advirtiendo que los indíjenas la estimaban sobre manera porque producia «una sal mui sabrosa i regalada;» i que era especialísima del valle de Lampa.

El mismo autor presume que este prodijio es el que debió inducir a los escritores Juan Laet i Antonio de Herrera a suponer que habia en Chile plantas en cuyas hojas se conjelaba el rocío, convirtiéndose en azúcar o maná.

Ninguno de los botánicos posteriores a Molina habla de tan interesante fenómeno.

Philippi estaba curiosísimo por conocer una planta tan rara, que estaba cierto habia sido mal clasificada por Molina, porque los caractéres que le atribuia no correspondian a los del jénero albahaca, i porque sabia que jamas ningun botánico habia encontrado en nuestro pais una especie de este jénero que se produjera espontáneamente.

Al fin de varios años, tuvo la buena fortuna de que su hijo descu-

briese en el valle de Quilicura la planta singular a que habian aludido Ovalle i Molina, i que es conocida por los campesinos bajo el nombre de *yerba del salitre*.

Philippi se convenció de que efectivamente se formaban en esta planta globos de sal comun bastante pura; pero vió al punto que habia sido mal descrita i mal clasificada por Molina.

La *yerba del salitre* era la que don Claudio Gay, sin hacer ninguna alusion a su curiosa propiedad, ha dedicado al naturalista don Cárlos Bertero bajo el nombre de *frankenia bertereana*.

Philippi ha destinado tres notables trabajos al exámen de las obras de Feuillée i de Molina, que pueden considerarse los naturalistas primitivos de Chile.

Estos trabajos, presentados a la Universidad, llevan por títulos:

«Sobre las plantas chilenas descritas por el padre Feuillée.»

«Comentarios sobre las plantas chilenas descritas por el abate don Juan Ignacio Molina.»

«Comentarios críticos sobre los animales chilenos descritos por el abate Molina.»

Los trabajos de Feuillée i Molina fueron rectificados o considerablemente estendidos despues de la independencia por gran número de viajeros distinguidos, entre otros por Meyen, Darwin, Bertero, Pœppig, D'Orbigny, etc., etc.

Pero indisputablemente el que hizo progresar mas la botánica i la zoolojía de Chile fué don Claudio Gay, el cual permaneció para ello bastantes años en nuestro pais.

Philippi ha proclamado con entusiasmo el sobresaliente mérito de la obra de Gay. «Ningun pais de Sur América, ha escrito en una de sus memorias, puede gloriarse de poseer sobre su historia natural un trabajo parecido a la *Historia Física i Política de Chile* del señor don Claudio Gay. Nadie creerá que esta obra sea un catálago completo de todas las especies de plantas i animales que la naturaleza creó en la vasta estension de la República; pues para obtener este resultado se necesitaria el trabajo de un gran número de naturalistas, continuado talvez durante siglos; pero presenta un cuadro bastante exacto de la flora i fauna chilenas, que comprende todos sus rasgos principales. Los naturalistas posteriores tendrán solo que completarlo i ampliarlo. El señor Gay ha abrazado, lo que es mui raro, todos los ramos de la historia natural; i ha sido talvez uno de los colectores mas infatigables que hubo jamas.»

Sin embargo, la obra monumental de Gay, como es fácil de pre-

sumir, deja mucho que desear a causa de lo vasto mismo de su plan.

Una carta de Mr. Leon Fairmaire, director de la Sociedad Entomolójica de Francia, escrita en 13 de febrero de 1857, hace notar, verbigracia, que los trabajos relativos a los insectos de Chile de Solier i Blanchard, esto es, de los dos naturalistas que redactaron esta parte de la obra de Gay, no son suficientes para determinar sus caractéres; por lo ménos dan lugar a dudas o imponen una tarea mui penosa.

Philippi ha creído de su deber dedicarse con el mayor empeño, en la medida de sus fuerzas, a rectificar o completar la obra de Gay.

Son mui numerosas las memorias que ha dado a luz en Chile o en Alemania sobre diversos puntos de la historia natural de su nueva patria.

La opinion dominante entre los naturalistas es que cada comarca jeográfica es el centro de una creacion especial de plantas i de animales.

Los sostenedores de esta doctrina mencionan en su apoyo dos hechos mui notables que se observan en las islas distantes de los continentes, a saber: su estremada pobreza en especies botánicas, i el gran número de plantas peculiares que no se encuentran en otras partes.

Philippi, en una memoria «sobre la flora de Juan Fernandez,» presentada a la Universidad, ha manifestado que las islas de este nombre confirman la efectividad de los hechos mencionados.

Aunque sea mui interesante para la ciencia fijar cuáles son la flora i la fauna propias de cada rejion, es sumamente difícil determinarlo.

Desde luego, hai especies de plantas i de animales que se van estinguiendo.

Molina refiere que los indíjenas de Chile cultivaban, ántes de la llegada de los españoles, ademas del maiz, cuatro clases de cereales que llamaban magu, tuca, hueguen i cacilla.

Gay dice haber visto plantas de magu en el Sur.

Pero Philippi, por mas empeño que puso para encontrar alguna de las cuatro clases enumeradas, no ha podido hallar ninguna.

Esto le ha inducido a suponer que dichas cuatro plantas se han estinguido, o están prontas a estinguirse.

Molina asegura en su libro que la papa llamada oca se cultivaba en las comarcas meridionales de nuestro pais.

Pero ningun botánico moderno, ni Pœppig ni Gay, ni Philippi hasta 1867, habian podido descubrir una planta de esta especie.

Philippi se inclinaba a colocarla entre aquellas que van desapareciendo, cuando don Francisco Fonck le envió en 1867 gran número de papas de oca cosechadas en Chiloé i Llanquihue.

Un caso mui particular de esta estincion de algunas plantas es uno que puede observarse en la isla de Juan Fernandez.

Se han encontrado en ella, i se encuentran todavía, trozos mas o menos largos de un palo oloroso, parecido al llamado sándalo, que es tan apreciado de los chinos i de los habitantes de la India Oriental.

Estos trozos están desparramados por la isla i se descubren aun en la cumbre de los peñascos.

Todos ellos estan desprovistos de cáscara, i muchos de ellos presentan huecos producidos por la broma, pero las dimensiones de estos huecos manifiestan que son la obra de un insecto de un tamaño que no tiene ninguno de los de su especie que se ha encontrado hasta ahora en aquella isla.

Jamas se ha visto en Juan Fernandez un tronco de sándalo metido en tierra, ni mucho ménos con corteza, ni mucho ménos todavía vivo o verde.

Este árbol tampoco existe en el continente americano, ni en las islas inmediatas.

Algunos pretenden que lo hai en las islas de Sunda; pero otros lo ponen en duda.

Philippi se inclina a creer que el palo de sándalo de Juan Fernandez es una muestra de un vejetal que ha sido ya borrado del catálogo de las plantas creadas por Dios.

Así como hai plantas indíjenas que desaparecen, existen otras exóticas que se incorporan en la flora de cada pais, llegando a propagarse por sí solas, i aun a reemplazar a las yerbas i árboles primitivos.

En Chile los ejemplos de estas plantas inmigradas que se han enseñoreado de nuestras tierras son mui numerosas.

Me bastará citar el yuyo, el rábano, el maltuerzo, la hualputa, el trébol, la visnaga, la cicuta, el cardo, el nilgüe, el clonqui, el vallico, la zizaña.

Las violetas i los botones de oro han llegado a ser silvestres.

Otro tanto sucede con las rosas.

Se ha encontrado el culantro en la cordillera de Chillan.

La mostaza negra ha llegado hasta el estéril Paposo, donde crece en tal abundancia, que hace ver amarilla una faja de la cordillera de la costa cuando se la mira desde el mar.

Philippi ha hallado el alfilerillo en el interior mismo del desierto de Atacama.

Pero el fenómeno mas admirable en clase de plantas inmigradas es el manzano, que al presente prospera silvestre en la provincia de Valdivia, formando bosques tan abundantes, que en el otoño los arroyos i los rios arrastran millones de manzanas hasta el mar.

Philippi ha contado ciento cincuenta especies de plantas europeas que se crian espontáneamente en Chile.

Superando las dos clases de dificultades mencionadas, Philippi el primero ha intentado formular en uno de sus mas interesantes escritos «una estadística de la flora chilena.»

Sé que tiene el pensamiento de perfeccionar este trabajo.

Don Rodulfo Amando Philippi ha contribuido al estudio de la naturaleza de Chile, no solo con las muchas memorias que ha dado a luz en nuestro pais i en Alemania, sino tambien con la organizacion del Museo Nacional de Santiago.

Don Claudio Gay fué el fundador de este establecimiento; pero cuando Philippi lo tomó bajo su direccion a fines de 1853, todo estaba por hacer.

Entónces, todas las colecciones cabian en una sola sala, en la cual se hallaban reunidos los objetos mas heterojéneos: pájaros, cuadrúpedos, ollas de los antiguos americanos, insectos, minerales, armas de los indios de la Oceanía, plantas desecadas, modelos de máquinas que habian obtenido privilejio esclusivo, etc., etc.

Muchos de aquellos objetos no habian sido clasificados, i muchos estaban sumamente estropeados.

Casi todas las muestras de historia natural eran exóticas; habia mui pocas nacionales.

El Museo parecia frances mas bien que chileno.

Philippi con una laboriosidad alemana se dedicó a organizar aquella especie de caos i a completar las colecciones, fijándose mui particularmente en reunir muestras de la naturaleza chilena.

Sus constantes esfuerzos han sido coronados por el resultado mas feliz.

Las colecciones del Museo no caben en el dia en varias salas.

Hai que mantener muchas encajonadas por falta de espacio.

Casi todas estan clasificadas.

Se han publicado ya catálogos razonados de varias de ellas, i se están componiendo otros.

Los viajeros intelijentes que han visitado el Museo Nacional han declarado que es el mejor de la América del Sur.

El señor Remy, uno de los colaboradores de la parte botánica de

la obra de Gay, visitó en 1857 este establecimiento, i ya entónces se manifestó admirado de las riquezas científicas que contenia.

Tal ha sido tambien la opinion que acaba de espresar el insigne jeólogo don Luis Agassiz.

—«Este es un tesoro que hace honor a Chile, dijo; pero es indispensable que sea colocado en un edificio conveniente.»

Philippi tiene todavía otro título mui señalado para la gratitud pública.

Es uno de los profesores mas distinguidos i entusiastas del Instituto Nacional i de la Universidad.

En 1866, ha publicado para sus alumnos unos «Elementos de historia natural,» que acaban de tener una segunda edicion; i en 1869, un «Curso de Farmacia.»

Todos estos trabajos han valido con justicia a Philippi una afectuosa estimacion de parte de los chilenos amantes de la ilustracion; i una gran reputacion entre los naturalistas de Europa i América, que se han apresurado a elejirle miembro de casi todas sus asociaciones; Philippi, si pagara tributo a la vanagloria, podria tapizar de diplomas su gabinete de estudio.

En el último tiempo ha esperimentado sensibles desgracias domésticas. Perdió primero a su esposa; en seguida a su hijo menor, que murió de subteniente a consecuencia de las heridas que recibió en una de las batallas de la guerra entre Prusia i Francia; i despues, a la mujer de su hijo mayor.

Como era de esperarse, ha buscado el consuelo en un aumento de dedicacion al trabajo, el cual redundará en provecho de la ciencia i en bien de nuestro pais.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

EL ANILLO DE POLICRATES (1)

(SCHILLER.)

Desde azotea elevada
Que el sol pinta i embellece,
A Sámos la subyugada,
Policrates satisfecho
Contempla con regocijo
«I todo esto me obedece
»Los dioses feliz me han hecho!»
Al rei del Ejipto dijo.
«Te da el hado sus favores;
»Los que fueran tus iguales,
»Ya son hoi los servidores
»De tu cetro poderoso.
»Mas, a vengar tus rivales,
»Aun uno a las armas vuela:
»Nunca te diré dichoso
»Si el ojo enemigo vela.»
I ántes de que él acabara,
Se presenta un mensajero
Que de Milet se enviara:
«Señor, el incienso i mieles
»Haz difundir placentero
»I con el resplandor bello
»De los alegres laureles
»Ciñe el divino cabello.
«Murió tu enemigo, herido
»Por una flecha, i me envia
»Polidor, jefe cumplido,
«Tan fausta nueva anunciando.»
I de un saco que teñia
La sangre, a mostrar empieza,
A los dos horrorizando,
La conocida cabeza.

(1) Esta traduccion de la poesía del célebre poeta aleman fué leida, junto con la de los parágrafos XXXIX a XLIII del libro III de Heródoto, de donde ella ha sido sacada, en una de las últimas sesiones tenidas por el "Círculo de amigos de las letras," hace algunos meses.

Adusto, el rei se retira:
«En tu suerte bondadosa
»No te fies tanto. Mira,»
Dice con acentos graves,
«Que, por la mar borrascosa,
»A merced de mil horrores,
»Flotan inciertas tus naves,
»Fácil presa a sus furores.
I aun ántes que esto dijera,
Clamoreo de alegría
Retumba por la ribera;
Con rico botin cargada,
Al patrio puerto volvia,
Del enemigo triunfante,
La hermosa i velera armada,
A una selva semejante.
El huésped dice, asombrado:
«La fortuna cariñosa,
»Tu ventura ha coronado:
»Pero teme su inconstancia.
»Ya, en la Creta belicosa,
»Los ejércitos se allegan
»I quizá, con arrogancia,
»A tus mismas playas llegan.»
I apénas esto pronuncia,
De los barcos numerosos,
La chusma su egreso anuncia,
Gritos de ¡victoria! dando:
«De los cretenses sañosos,
»Tragó la mar turbulenta
»El fiero i terrible bando;
»¡Ya no habrá guerra sangrienta!
Lo oye el huésped, con espanto:
«Te cuento entre los dichosos;
»Mas temo,» dice, «entretanto
»Por tí; pues siempre he temido
»De los dioses envidiosos
»I sé que en la tierra inquieta,
»A nadie fué concedido
»Gozar de dicha completa.
«Yo tambien, con alegría,
»Cuánta ambicion, qué deseo
»Bien cumplidos no veia!
»Un hijo tuve que amara
»Cual de mi amor solo fruto:
»¡Dios me lo quitó! lo veo
»Morir i, ai! así pagara
»A la suerte mi tributo!
«I pide, si guarecerte

»Quieres de mayores males,
»A los dioses concederte,
»Para tu dicha, dolores.
»Jamas he visto mortales
»A quienes los cielos dieran
»Continuamente favores,
»Que felices fenecieran.
«I si no oyen prez tan pura,
»Haz lo que aquí yo te indico:
»A la desgracia conjura;
»De todo lo que poseas
»Escoje lo que mas rico,
»Lo que tú mas adorable
»Para tí mismo creas
»I échalo al mar insondable.»
I él replica ya con miedo:
«En todo lo que domino
»Nada, amar tanto yo puedo
»Como este anillo. Ferviente,
»A las Furias lo destino
»Para que vean sin ira
«Mi prosperidad creciente»
I al mar, el anillo tira.
Al alba del otro dia,
Un pescador se presenta,
Haciendo al rei cortesía
Con semejante saludo:
«He aquí un pez que no se cuenta
»Que, en estos mares, se hallara:
»No recibireis sañudo,
»Rei, en don, pieza tan rara.»
I cuando el pez dividiera
El cocinero, pasmado
Se viene a toda carrera,
Repitiendo jubiloso:
«Dentro del pez he hallado
»Esa esmeralda esquisita
»Que usabas, rei poderoso.
»Oh! tu dicha es infinita!»
I aterrado, el huésped dice:
«¡Ya no puedes ser mi amigo!
»¡Me alejo de aquí! infelice,
»Los dioses quieren tu ruina!
»Para no morir contigo.»
»¡Pronto es preciso alejarse!»
Diciendo así, se encamina
Al bajel, para embarcarse.

Octubre de 1852

MANUEL A. MÁTTA.

LA ESTATUA DE O'HIGGINS

El pueblo acaba de hacer justicia a uno de sus héroes erijiendo en su honor una grande i valiosa estátua. El señor intendente, por su parte, con aquella actividad infatigable que todos le conocemos, no ha omitido paso alguno para el lucimiento i solemnidad de la fiesta en la inauguracion del monumento.

Pero no es nuestra intencion ocuparnos de esa fiesta; ya los decretos de la intendencia i las crónicas de los diarios han hablado bastante sobre ella. Hemos tomado la pluma con un objeto mui diverso: analizar el mérito artístico de la estátua, haciendo en el curso de este artículo cuantas reflexiones nos ha sujerido su estudio.

I hé aquí, desde luego, las dos cuestiones fundamentales que se ofrecen a la observacion de todo el que quiera tomarse el trabajo de pensar i darse una cuenta exacta de sus impresiones:

El momento representado en la estátua ¿es bastante, es siquiera oportuno para caracterizar al héroe a quien se dedica?

I dando por acertada la eleccion de ese momento, ¿hasta qué punto la ejecucion artística satisface las exijencias de la buena escultura?

La primera cuestion es puramente filosófica, la segunda es cuestion de arte.

Un valiente soldado saltando por sobre escombros i el cadáver de uno de sus enemigos, ¿qué idea puede suministrarnos sobre el carácter del personaje allí representado, cuando ese personaje ántes que un soldado ha sido un jeneral i un dictador? Ni lo uno ni lo otro se imajinaria un individuo estraño a nuestra historia en presencia del monumento; i aunque se lo dijeran, podria seguir creyendo con justicia que la primera virtud de O'Higgins habia sido el valor personal, el que, no por ser una virtud, deja de ser una virtud vulgar i de segundo órden.

La única manera cómo puede el arte caracterizar a un personaje es por la insistencia en su virtud o en su pasion dominantes. Así es como ha caracterizado Virjilio al piadoso Enéas, así caracterizan Moliére a Tartufo, Gœthe a Fausto, i Balzac al avaro Grandet. El Júpiter Olímpico del Vaticano no seria tan admirado sin su imponente majestad, ni el Moisés de Miguel Anjel sin su inspirada enerjía.

Ahora bien, para hacer sobresalir esa pasion o virtud, ese rasgo culminante que constituye el carácter de un individuo, el escritor tiene la libertad de hablar de todas sus virtudes, vicios i pasiones, debiendo solo recalcar en aquello que constituye la orijinalidad, o mejor dicho la personalidad del sujeto en cuestion, aquello que hace de él un ser aparte.

Pero el artista no tiene esa ventaja: para él no hai mas que una sola accion i un solo instante. La eleccion de ese momento, que muchas veces no será un momento de la historia sino un momento o situacion alegórica, debe ser, pues, el objeto de una séria meditacion para el artista, porque esta será la mayor parte en el buen éxito o en el fracaso de su obra.

Luego, estas reglas de lójica jenerales sufren aun cierta modificacion cuando se refieren a la estatuaria o pintura monumentales. En este caso, en efecto, no solo está obligado el artista a caracterizar netamente a su personaje, sino todavía a sublimarlo, porque la estátua es una especie de panejírico, casi una apoteósis.

La salida de Rancagua, en este sentido, es un absurdo. Primero, porque la salida de Rancagua es una derrota, aunque sea una derrota gloriosa; i despues, porque allí no se nos presenta O'Higgins mas que como un soldado ardoroso que, desafiando la muerte, se abre paso al traves de la metralla.

I un jeneral de ejército no es esto: un jeneral representa en una batalla el pensamiento, del que los soldados son la accion, el instrumento. Por esto el O'Higgins de la estátua no es un jeneral; i por eso la estátua, en lugar de ensalzarlo, lo deprime i hace su crítica en lugar de su apoteósis.

* * *

Estudiando ahora las conveniencias artísticas, no es mas aceptable en este segundo terreno la accion violenta, exajerada del grupo ecuestre.

M. Guizot, en su estudio sobre las semejanzas i diferencias de la

estatuaria i de la pintura, desarrolla con una claridad i una lójica admirables las leyes que separan i gobiernan las dos artes. Tanto de la observacion de las obras maestras como de los recursos i procedimientos de una i otra, concluye el ilustre escritor que el dominio natural de la escultura es la *situacion*, i la *accion* el de la pintura.

El pintor, que tiene a su disposicion todos los colores de la naturaleza, que hace moverse a sus personajes sobre un fondo que completa la escena, que, gracias a la perspectiva, puede acercar o alejar los objetos a voluntad, etc., no es estraño que intente representar al hombre de accion, i el movimiento que han sabido dar a sus figuras ha sido a veces la causa de la reputacion de algunos artistas. Pero el escultor que, para modelar su pensamiento, solo posee un trozo de mármol o de bronce suficiente apénas para abrazar un grupo de tres o cuatro figuras, de color uniforme, sin la vida que dan al rostro las pupilas, sin mas fondo que el cielo, los árboles o los edificios que circuyan el monumento, i obligado todavía a guardar las leyes del equilibrio para la solidez de su obra: el escultor, decimos, no puede por la razon misma de los elementos de que dispone lanzarse impunemente en la representacion del movimiento, mucho ménos del movimiento impetuoso i rápido: el estatuario debe, por eso, preferir una situacion o una accion tranquila.

Tranquila es la bella estátua de Marco Aurelio, la mas famosa de las estátuas ecuestres, i tranquila tambien la mas célebre de nuestro siglo, la de Federico el Grande por Rauch.

Tanto por los ricos i durables materiales que emplea, como por su destino, que es el ornamento de las ciudades i la representacion de los dioses i de los héroes, la escultura es el arte mas noble, i esta es una razon mas para que huya los movimientos exajerados, pues la verdadera grandeza es siempre sencilla, majestuosa i apacible. Las impresiones que debe producir la estatuaria no son las impresiones violentas, sino las impresiones profundas i duraderas.

La estátua de O'Higgins, que contraría todas las leyes, es pues, no una obra mediocre, sino una obra inaceptable, porque, falsa bajo el punto de vista filosófico, hiere como concepcion artística todas las reglas del buen gusto i las mas sanas condiciones del arte.

* * *

No llamaremos la atencion del lector sobre el mal gusto i la falta de jenerosidad que existe en representar a un enemigo vencido bajo

las patas del caballo del vencedor: esta es una observacion que no puede escaparse al ménos entendido.

Pero, sí, nos detendremos en criticar la ausencia de toda sencillez, en las líneas jenerales de la composicion. Esta es una condicion indispensable en toda obra monumental: sin la sencillez, la claridad es imposible: mui difíciles la majestad i la grandeza.

Otra consecuencia de la ausencia de sencillez en las líneas jenerales es la falta de puntos de vista para el monumento que analizamos. El aspecto que ofrece a un espectador colocado al frente de la estátua es el de una masa de bronce indescifrable: mirada por la espalda i por el costado derecho, no presenta vistas mucho mas satisfactorias. Hablando con propiedad, el monumento solo tiene un punto favorable de observacion, i este es el lado sur de la Alameda, único desde el cual puede distinguirse claramente la cara i la accion del héroe.

Todas estos defectos, sin embargo, no nos cansaremos de repetirlo, son una consecuencia lójica, e inevitable del programa dado al escultor. Aunque M. Carrière Belleusse hubiera hecho prodijios, no habria podido obtener jamas un resultado satisfactorio. Lo que no acertamos a comprender por nuestra parte, es cómo un artista de su reputacion pudo aceptar semejantes bases. Esa aceptacion inconsiderada le impuso a M. Carrière Belleusse el insoportable deber de cincelar esa boca abierta del jeneral, que ha asombrado a todas las jentes de gusto i que grita con tanta fuerza la imbecilidad del programa i la desdorosa complacencia del artista.

Por lo que llevamos escrito podria creerse que nosotros no encontramos nada de recomendable en el monumento de O'Higgins; pero nos apresuramos a decir que no es esta nuestra opinion.

Tomando el monumento por trozos i examinándolos uno a uno, es imposible desconocer la habilidad de la mano del que ha sabido ejecutarlos. Si en el jinete es reprochable la actitud convencional del brazo izquierdo, el movimiento jeneral de la figura es verdadero aunque pobre de nobleza. El caballo, sobre todo, es digno del mayor elojio por la violencia e impetuosidad del movimiento, cualidad mucho mas apreciable por las dificultades que presenta su ejecucion.

En presencia de estas bellezas que atestiguan la habilidad i fuerza del escultor, debe sentirse mucho mas lo inacertado del programa, porque allí se vé que no ha sido por culpa del artista, sino por culpa del proyecto por lo que no tenemos ahora una buena estátua.

* * *

No queremos concluir sin esplicar la causa lójica, enteramente natural, del mal éxito del monumento de O'Higgins.

Cuando se trata de atender a un enfermo, lo que a cualquiera se le ocurre i lo que todos hacemos es llamar a un médico o reunir una junta. Pero si es un pleito el que tenemos, ya no nos acordamos de los médicos, sino que nos dirijimos a un abogado; del mismo modo que consultamos a un agricultor o a un comerciante, si son agrícolas o comerciales las dificultades que se nos suscitan.

Este modo de proceder, de acuerdo con las reglas mas evidentes del buen sentido, ¿por qué no ha de aplicarse al arte como a otra cosa cualquiera? ¿Por qué en materia de pintura i estatuaria ha de despreciarse el juicio de los hombres especiales? ¿Por qué, cuando se trata de una obra de esta naturaleza, no se ha de consultar para nada a los hombres de la profesion?

Así sucede, sin embargo, i hé aquí los funestos resultados.

Por un error inesplicable, la mayor parte de los hombres se creen con derecho a juzgar como maestros en arte i literatura. Para distinguir ciertos tejidos de las falsificaciones que de ellos se hacen, dice Gustavo Planche, se requiere a veces un exámen escrupuloso hecho por los individuos que cultivan esta industria; para distinguir un Albano de un Rafael o un buen cuadro de una falsificacion, no se juzga necesario, apesar de eso, dirijirse a un artista o a un conocedor, como si las producciones de una esfera mas elevada pudieran estar al alcance de los que no comprenden las de una esfera tan vulgar.

En vano los desengaños se suceden diariamente. Ayer se vende en diez pesos en Valparaiso una marina orijinal del célebre Sthanfield; mañana se dan mil pesos por un Murillo o un Lorena falsos; hace un mes decia alguien al salir del Teatro, despues de la representacion del Hamlet: «buena la representacion, pero la pieza es insoportable»; otro agregaba que la Paladini habia hecho mui bien la Ofelia, pero que Rossi no comprendia su papel.

Pero, a pesar de esto, la multitud no quiere abrir los ojos, i estamos seguros de que el entusiasta autor del programa, aun despues de haber visto los resultados de su omnisciencia, no pensaria mañana en consultar a un artista si volviera a verse en igual caso. Pero, por nuestra parte, no nos cansaremos de repetirlo: cuando se trata de una obra de arte, es necesario, es indispensable consultar a los hombres de la profesion o a los intelijentes en ella: i si vuelve a nom-

brarse alguna comision para un trabajo de esta especie, pediremos que se agregue a ella un artista, si las autoridades no lo hacen.

* * *

Una última palabra.

Para cualquier artista europeo, la admision de una obra como la estátua de O'Higgins no será nunca mas que un negocio; i las verdaderas obras de arte no han emanado jamas de una especulacion comercial.

Por esto desde que tenemos un escultor nacional, el señor Plaza, creemos que en adelante no deberian ejecutarse esta especie de trabajos sino dentro del pais. Un chileno puede tener el entusiasmo i la conviccion que necesita todo artista para producir algo grande, al mismo tiempo que tiene una responsabilidad que no puede afectar a un estranjero.

Mayo de 1872.

PEDRO LIRA.

MIS MUJERES

MUJER NÚM. 1

LA LENGUA DE MI MUJER

(LETRILLA)

Un dia, Dios me perdone,
Quise llamarme marido,
I dije mui decidido:
Dios mis deseos corone.
Yo sé bien que Dios dispone,
Muchas veces sin saber
Del cristiano el parecer;
Mas no fué en esta ocasion,
Yo no sé porque razon
Pues tuve al cabo mujer.
Mujer! es decir, demonio,
Porque al fin tener esposa
No viene a ser otra cosa
Aunque pese a San Antonio.
Los que quieren matrimonio
Están locos a mi ver,
Pues no quieren comprender,
Que es mucho mas racional
El colgarse de un nogal,
Que el tener una mujer.
Para mi mayor lamento,
Mi mujer es habladora
I está siempre la traidora
Hablando que es un contento.
Ella se cree un portento,
Dá en todo su parecer;
Mas como ella llegue a oler
Que álguien de su charla rie,

No charla sino que frie
La lengua de mi mujer.
Ah! qué lengua! Dios eterno!
Que lengua, señores mios!
Dá a cualquiera calofrios
Aquella boca de infierno.
En vano amoroso i tierno
Yo la quiero reprender,
Que no hai humano poder
Que la haga tranquila estar
Si principia a vomitar
Desatinos mi mujer.
Bruto, me llama la necia;
I si contesto a la indina,
Se mete en su *crinolina*
I la tempestad arrecia.
Dice ella que me desprecia
I que *cierro* me ha de hacer,
I al fin tengo que ceder
Pues con tal pronunciacion
Me taladra el corazon
La lengua de mi mujer.
No hai cosa en que no se meta;
No hai asunto que no trate
Ni solemne disparate
Que no diga la indiscreta.
¿Ni quién su lengua sujeta?.....
Si ella principia a morder
I se empeña en distraer
A una modesta vecina,
Ai!..... entónces asesina
La lengua de mi mujer.
«Mira, mónstruo», me decia,
En estos dias pasados:
«Mis derechos son sagrados
«I es en vano tu porfia.
«Si yo ántes te obedecia,
«Desde hoi te haré conocer
«Que ya no quiero ceder,
«Que no soi una chiquilla
«I que..... no es mala cuchilla
«*La lengua de una mujer.*»
I yo me callo obediente;
Contradecirle no quiero,
Porque si ella habla, me muero;
Perezco de un accidente.
¡Es mujer mui insolente!
Si cual suele acontecer
Alguien su honra está al perder,

Yo ya no pregunto nada.....
Le ha dado alguna estocada
Con su lengua mi mujer.
Yo a nadie le tengo miedo,
I con un buque *blindado*
Arremeteria airado
Sin que se me diera un bledo.
Mas ¡ai! me falta el denuedo
Si me las tengo que haber
Con ese atroz Lucifer,
I me pongo a tiritar
Si se principia a ajitar
La lengua de mi mujer.
I basta de reflexiones;
No venga ella, por mi mengua,
I contra su aguda lengua
No me valgan los calzones.
Tengo a veces tentaciones
De matarla, por placer,.....
Si tal llega a suceder
Si ella traga el rejalgar
I yo me vuelvo a casar,
Muda ha de ser mi mujer.

ADOLFO VALDERRAMA.

LA JIGANTOLOJIA

CONFERENCIA EN LA ESCUELA DE ARTESANOS

(1869)

II

Los jigantes cayeron en descrédito; pero los recalcitrantes, con las manos en los bolsillos i fumando indolentemente su cachimba, declararon *ex-cathedra* que aquellos eran restos de los elefantes con que Aníbal atravesó los Alpes para caer sobre Roma. No sé si alguno prefirió que fueran de los de Pirro.

El número asombroso de elefantes fósiles que se han hallado desde Irlanda hasta Grecia, desde Rusia hasta España, en Africa, en Asia i en América, basta para responder a aquellos homéricos desdeñosos.

Pero los que proclaman la decadencia del hombre no se han dejado estar. Sostienen, por ejemplo, que los romanos eran de una raza superior a la actual raza europea, tanto física como moralmente.

No obstante, segun Charles Richard, nuestra especie léjos de haber dejenerado no ha hecho mas que crecer i embellecerse.

Este escritor entra en un estudio comparativo entre el soldado romano i el francés, para llegar a las siguientes conclusiones:

Los hombres de mayor talla de las lejiones romanas debian tener 1 m. 72 c., miéntras que en Francia se exije como mínimum 1 m. 70 c. para los artilleros, 1 m. 73 para los coraceros i 1 m. 76 para los carabineros.

La edad de los soldados romanos se comprendía entre 17 a 46 años, que aceptada en Francia daria un ejército de 700,000 hombres ca-

paces de figurar entre los *granaderos* lejionarios. Como la poblacion del imperio de los Césares debe computarse en el doble de la francesa, puede decirse que la Francia comparativamente presentaria un ejército de hombres como los mas crecidos lejionarios, cinco veces superior al ejército romano permanente, que era de 300,000 soldados.

Esto en cuanto a la talla, aun cuando contado por un francés.

Despues de prolijos cálculos, el autor citado asienta que los soldados romanos llevaban en campaña un peso de 15 kilógramos, miéntras que el francés soporta el doble de ese peso.

Un amigo mio, que ha visitado los museos de Europa, me hablaba con admiracion de la ponderosa armadura de Francisco I de Francia, que, segun él, ningun hombre de nuestros dias seria capaz de llevar. No hablo de escepciones, como lo fué Milon de Crotona o el godo Maximino, emperador de Roma, «vencedor de mil gladiadores,» o los brutales *campeones* boxeadores con que se enorgullece la Inglaterra. Tampoco hablo de esos prodijios del ejercicio muscular, que hacen que los herreros tengan notablemente mas largo i mas grueso el brazo con que manejan el martillo.

Lo único que digo es, que Francisco I seria tan galan como atlético, i que bien pocos hombres de su tiempo le igualarian.

Por otra parte, puede tanto la ilusion que no se debe hablar de cosas comparables sin la medida en la mano.

Cuando se abria uno de los tuneles del camino de hierro entre esta ciudad i Valparaiso, un injeniero inglés hizo traer cuatro formidables trabajadores, elejidos entre los cíclopes de las minas de Cornwallis. Estos debian enseñar a nuestros mineros holgazanes. El injeniero hacia comparaciones i se gozaba de antemano en el partido que iba a sacar, avergonzando con las futuras proezas de sus compatriotas a los pobres *huasos*, que así se estimularian i trabajarian mas i mejor. Llegó la hora de la prueba: los terribles horadadores de montañas trabajaban cinco horas diarias con combos de 25 libras de peso, i consumian ron! Los avergonzados mineros de Chile, sin hacer gasto de ron, trabajaban todos, hasta 9 horas al dia, con combos de 32 libras!

Si mi memoria no me es infiel creo que esto así lo cuenta don Benjamin Vicuña Mackenna en un curioso artículo que lleva por título «La República Carrilana.»

Hé aquí los peligros de comparar ántes de medir i pesar.

A veces ni la opinion de varios testigos basta.

Dice Lubbock que de los 15 primeros navegantes que franquearon el estrecho abierto al mundo por Magallanes no ménos de nueve exajeran la talla jigantesca de nuestros *patagones*. Yo he visto algu-

nos de estos indios, i recuerdo especialmente el que trajo, no ha muchos años, el gobernador Schytte. Era en efecto alto, membrudo i bien formado; pero, a pesar de todo, es necesario desconfiar de esas muestras escojidas. Sin embargo, la raza patagona abunda en hombres corpulentos, i en esto lo que hai de curioso es que, por regla jeneral, tanto los animales como los vejetales decrecen del ecuador al polo, miéntras que en Chile hai una inversion de esta regla. En los terrenos en que vaga el patagon, a pesar de la avanzada latitud austral, la vejetacion es mas robusta, lozana i abundante que en nuestras provincias del norte vecinas del trópico, i los hombres mas desarrollados i fornidos.

Creo que no faltaria algun buen patagon capaz de llevar la armadura de Francisco I, que tanto preocupa a mi amigo viajero, si se aviniera a cambiar la piel de huanaco por el coselete de acero, i el arco i los *laques* por la tizona i la daga, por mas que tales piezas fuesen cinceladas por el mismo Benvenuto.

La jigantolójia de los pueblos no solo se reduce a los titanes i cíclopes griegos, a los esclavos de la lámpara maravillosa de los cuentos persas, a los jefes colosales de las tradiciones rabínicas, i a los jayanes de los poemas caballerescos, que siempre ponian en un breque a los mas esforzados paladines.

Las entrañas de la tierra i los mares tambien tienen su jigantolójia.

No me refiero al colosal Mamouth de los hielos de Siberia, ni a los enormes ictiosauros i plesiosauros de los mares silurianos, ni al pesado megatherio de las Pampas Arjentinas, de que ya os he hablado en otra ocasion.

Al lado de estos seres reales que en otras edades han pisado la tierra, la fantasía popular ha creado otros habitantes de las entrañas del planeta. Los alemanes han poblado el mundo subterráneo de fantásticas creaciones, i así al lado de sus poéticas Willis, mujeres bellísimas pero pérfidas que atraen hácia el lago donde habitan al incauto pasajero, bien pueden figurar Nickel i Cobolt, que recorrian las ocultas vetas i filones marcándolos con estraños dibujos, jeroglíficos que talvez envuelven un significado misterioso que al minero importaria descubrir.

El mar, aparte del Kraken, oríjen de lúgubres leyendas, de los pulpos colosales, que estrechaban al buque entre sus brazos armados de ventosas i lo arrastraban a los abismos del fondo, i ademas, de los jénios guardadores de los mares desconocidos, como el fantasma del Cabo Africano que describió Camoens, todavía con sus maravillas da

oríjen a ciertas preocupaciones profundamente arraigadas en los marinos de nuestros dias. Hai muchos que aun creen en las serpientes de mar: que juran haber divisado sus enormes cabezas i sus cuerpos de mas de cien metros de largo. En efecto, las han visto; pero si hubieran tenido valor bastante para acercarse al monstruo, tambien jurarian que la serpiente se habia trasformado en un alga de colosales dimensiones, arrancada a la vejetacion submarina. Otras veces son cadenas de bíforos, pequeñísimos seres que entrelazados en perfecto órden se estienden como cintas fosforescentes que ocupan hasta 30 millas. ¡Qué enorme serpiente flameante!

Hasta aquí habeis visto que el hombre no ha dejenerado, como algunos pretenden, ni en tamaño ni en fuerza muscular. Ni en belleza agregaré, para completar este rápido bosquejo del progreso físico de la humanidad.

Ahora mi tarea se simplifica, pues se reduce a traducir las bellas palabras de Richard, a quien ya he citado.

Dice el antiguo alumno de la Escuela Politécnica:

«En cuanto a la belleza del rostro, a la gracia de la fisonomía, a ese conjunto que constituye la estética del cuerpo, el mejoramiento es sensible, como puede fácilmente comprobarse.

Basta echar una ojeada sobre los tipos que las medallas i estátuas antiguas nos han trasmitido intactos a traves de los siglos.

Entre varias otras, la iconografía de Visconti i el museo del conde Claral son dos fuentes en donde es fácil beber los elementos variados de tan interesante estudio.

Lo que desde luego sorprende en este conjunto de figuras es la rudeza de los rasgos, la bestialidad de la espresion, la crueldad de las miradas. Se siente, con involuntario estremecimiento, que se está en presencia de jentes mui capaces de destrozarnos sin piedad para alimentar sus murenas con nuestra carne, como lo hacia Pollion, rico glotón de Roma i familiar de Augusto.

El primer Bruto, Lucio Junio, aquel que hizo decapitar a sus dos hijos en su presencia, se asemeja a una bestia feroz. Su perfil siniestro tiene algo del águila i del buho, de lo que esos carniceros del aire tienen de mas repelente. Imposible dudar, al verle, que no haya merecido el vergonzoso honor que la historia le discierne. Si mató a sus dos hijos, seguramente que por igual motivo hubiera degollado a su madre.

El segundo Bruto, Mario, que apuñaleó a César su padre adoptivo, precisamente cuando éste confiaba mas en su reconocimiento i su amor, tiene toda la fisonomía de un nécio fanático. Carece aun de

esa belleza siniestra que el artista descubre a veces en la enerjía audaz que empuja al crímen.

Ciceron, el brillante orador, el escritor profundo i espiritual, que tan hondo recuerdo ha dejado en el mundo, tiene una cara chata i vulgar, que contribuiria a que fuese ménos grato verle que escucharle.

Julio César, el grande, el incomparable triunfador, el héroe de las matanzas, que ha hecho su entrada en el reino de las sombras con un cortejo de dos millones de almas, es tan feo como su predecesor; pero feo de otra especie. Su cara enjuta i huesosa, suspendida sobre un cuello largo i adornada de pómulos salientes, mas parece la de un descamisado del foro que la de un gran guerrero.

Galba, Vespasiano, Nerva, Caracalla, Alejandro Severo, Balbino, no solamente son feos sino espantosos.»

Rara es la figura de aquellas colecciones que pueda mirarse con ojo simpático, como las de Escipion el Africano i de Pompeyo. Las mujeres no escapan mejor de esta revista: Agripina espanta, i Mesalina, de una vulgar obesidad, «parece mas aficionada a la buena sopa que a cualquier otra cosa.»

Una vez terminada esta conferencia, podré presentaros los rostros bien poco agraciados de algunas emperatrices romanas i otras mujeres célebres del imperio, desde Lucrecia hasta Julia, hija de Augusto; desde Popea, mujer de Neron, hasta Helena, mujer de Constantino. Si se admira la fisonomía dura i varonil de Platina, esposa de Trajano, que bien podia tomarse por la de un jóven caballero crecido en los campos de batalla, no ménos admiracion causa contemplar el rostro de la seductora Cleopatra, tan vulgar para el gusto moderno, cuanto fué celebrado en otro tiempo.

Los griegos fueron mas favorecidos por la diosa de la hermosura: Temístocles i Milcíades eran unos *buenos mozos*; no así Alcibíades, tan audaz i tan feliz en lances amorosos como no es de creerlo en vista de su poco agraciada estampa.

Sea como fuere, ello es que segun Richard «la fisonomía jeneral de la especie se ha mejorado de una manera sensible» i que «los mas bellos rostros de la antigüedad son inferiores a los que podemos admirar diariamente en nuestras reuniones públicas.» Las Vénus i las Dianas ideales del arte griego, para solaz de los admiradores de lo antiguo, pasean por nuestras calles, i sin contar que hai nuevos tipos mas conformes al gusto moderno.

Pero, el gusto varia tanto de individuo a individuo, de pueblo a pueblo, de época a época, que casi no puede cuestionarse sobre la be-

lleza física de esta o de aquella raza, sino bajo puntos de vista mui relativos.

El sentimiento estético del hombre varia con los años: cuando niño pudo hallar hermoso lo que halla horrible i monstruoso cuando hombre, i que talvez en la ancianidad no encuentra del todo feo. El salvaje del pueblo niño no encuentra bello lo que admira el hombre civilizado del pueblo adulto. Bellas para el salvaje son las orejas que cuelgan hasta los hombros, la nariz achatada, el rostro pintado i desfigurado por los dibujos con que se tatúan. La Vénus hotentota por cierto que no es la Vénus de Milo: la primera negra rolliza, de nariz aplastada, de labios abultados, con motas de lana en vez de fina i ondeante cabellera es la suprema belleza para el negro africano. La Vénus Griega no se le parece: talvez la halle detestable! Nosotros mismos ¡no nos reimos de las modas pasadas que solo ayer encontrábamos tan bellas i graciosas!

El gusto resulta no solo de la organizacion de cada cual, sino de su educacion i de la costumbre.

.....

En resúmen, podemos decir que los jigantes son creaciones fabulosas; que el hombre no ha retrocedido, ni en estatura, ni en fuerza i vigor, i que hai motivos para creer que ni en la hermosura de nuestra raza hai decadencia, al ménos segun el bello ideal de esta época.

En otra conferencia trataré de haceros ver que, por el contrario, contra todas las resistencias, el progreso siempre triunfa; que el hombre cada dia es mas fuerte, mas sabio i mas virtuoso, es decir, que la humanidad avanza física, intelectual i moralmente.

EDUARDO DE LA BARRA.

VENECIA

XII

Al dia siguiente, Lord Cadurcis fué a Cherbury para ir acompañado de sus dos amigas a ver al doctor. Miéntras caminaban—¿Ud. no ha olvidado nuestra última visita a Marringhurst? preguntaba Lord Cadurcis a Venecia.

—No he olvidado nada, contestó la jóven, sonriendo suavemente. No sé lo que es olvidar; i viendo al Doctor Masham, añadió: Quisiera saber con quién va a confundir a Lord Cadurcis.

—¿No tienen Udes. ningun amigo con quien pueda a la distancia confundirme? preguntó el Lord en un tono de afectado descuido, aunque hacia la pregunta con verdadera ansiedad.

—Todo está como Ud. lo dejó, le contestó Lady Annabel.

—Feliz Cherbury, dijo el Lord, ¡ojalá que nunca cambies!

Miéntras hablaban llegaron a Marringhurst. El Doctor saludó a Lady Annabel i a Venecia con su cordialidad acostumbrada i luego se quedó mirando a su compañero como si aguardara que lo presentasen.

—Ud. ha olvidado a su antiguo amigo, mi querido Doctor, dijo Cadurcis.

—¡Lord Cadurcis! esclamó el Doctor Masham.

I así, poco a poco los viejos amigos se fueron encontrando, recuerdos perdidos renacieron, afectos ya olvidados ajitaron de nuevo el corazon. Todo en torno de Cadurcis reflejaba aquel pasado que mirado al traves de la distancia le parecia tan dulce i tan hermoso.

Lady Annabel no se cansaba de encomiarlo, el Doctor lo miraba con admiracion i Venecia era de nuevo su antigua compañera.

Siempre volvian la vista hácia otros tiempos para recordarlos con

cariño. I hablando de ellos un dia al lado de la fuente:—Mucho me gustó ver que Ud. al encontrarnos se sintió conmovido, le decia Venecia. Eso me parece que hablaba en favor de su corazon, en que siempre he creido tenia cariño para con nosotros.

—¿Cariño? ¡Oh! Venecia, esa palabra pinta mal lo que mi corazon ha sentido siempre por Udes. ¡Venecia! Mi querida, mi dulce Venecia, no puedo yo espresar, no puede Ud. adivinar qué ardiente, qué profunda, qué intensamente yo—yo—la amo!

—Estoi segura que siempre nos hemos querido, Plantagenet.

—Sí, pero no con este amor, no como yo la amo ahora!

Venecia tembló.—Creia, le dijo, que no podíamos amarnos mas. Como un hermano siempre lo he amado.

—No soi su hermano, Venecia; no quiero que Ud. me ame como un hermano, i sin embargo, si Ud. no me ama.....

—¿Qué quiere Ud. entónces? preguntó Venecia con sencillez.

—Quiero..... que nos casemos.

—¡Casarnos! esclamó Venecia. ¡Casarme con Ud., Plantagenet? Yo siempre lo he creido a Ud. mi hermano; cuando lo encontré despues de una separacion tan larga, cariñoso como en otros dias i mas cariñoso todavía, estuve tan contenta; estaba tan segura de que Ud. me queria; me parecia tener el hermano mas cariñoso del mundo. No hablemos de otro amor que haria desgraciada a mi mamá.

—Creo por el contrario, respondió Lord Cadurcis, que su mamá no miraria con ese desagrado nuestra union.

—Plantagenet, le contestó Venecia en un tono mui afectuoso, yo lo quiero mucho i si Ud. me ama no hablemos mas de este asunto por ahora. Ud. me ha sorprendido. Hai pensamientos, sentimientos, consideraciones que deben ser respetadas i que influyen mucho sobre mí. ¡Vamos! Plantagenet, no se ponga tan triste. Mañana; hasta mañana solamente. Nos encontraremos. Hablaremos sobre todo esto; pero ahora por un momento olvidémoslo, si se puede olvidar algo tan singular. ¡Vamos! ríase.

I él se rió. Esta escena no mortificó a Lord Cadurcis que vió en ella solamente las espresiones de una naturaleza pura i la timidez de un alma vírjen, lo que aumentaba el valor de aquel tesoro adorado.

Al dia siguiente, llegando Lord Cadurcis, vió a Venecia que lo aguardaba en el terrado. Estaba sola. Siempre era amable, pero esa mañana lo fué mas. Nunca le habia parecido mas esquisitamente bella; quizás su semblante estaba mas pálido que de costumbre. Habia cierta suavidad en su mirada siempre tan brillante.

—Creia que Ud. vendria temprano, le observó ella i por eso me he levantado a encontrarlo. Mi querido Plantagenet, anoche le dije que queria hablarle ahora; anoche estaba tan sorprendida que no podia decirle lo que pensaba.

—Mi querida Venecia!

—Espero que siempre me querrá lo mismo, seria mui desgraciada si Ud. no me quisiera; mas desgraciada que lo que he sido estos últimos dos años, i lo he sido mucho, mucho, Plantagenet.

—Desgraciada! Venecia. Mi Venecia desgraciada!

—Escúcheme! No lloraré. Puedo dominar mis sentimientos; es mui triste, pero he aprendido a hacerlo.

—Ud. me sorprende Venecia.

Ella suspirando continuó:—Ud. ha estado ausente cinco años, Plantagenet. Cinco años es mucho tiempo i mucho cambio. Ud. me dejó niña i me encuentra mujer—i mujer desgraciada!

—¡Dios mio! Venecia ¿qué dice Ud.?

—Hai un ala de nuestra casa cerrada. Con frecuencia hablamos de ella. He penetrado allí i desde entónces no sé lo que es la felicidad.

Lord Cadurcis se puso pálido.

—Plantagenet.....¡yo tengo un padre!

—Lo sabia, le contestó él con una voz ronca.

—Lo sabia! esclamó Venecia asombrada. ¿Quién le reveló el secreto?

—No es un secreto i ¡ojalá que lo fuera!

—Ojalá que lo fuera! Plantagenet: qué palabras tan estrañas me dice Ud. I si no es un secreto ¿por qué me lo ocultan? Plantagenet querido, buen Plantagenet mi hermano!—mire, me arrodillo delante de Ud.; Venecia se arrodilla a sus piés! su Venecia—la Venecia que Ud. ama! Ah! si Ud. supiera el peso que oprime mi espíritu i lo inclina hácia la tumba que miro casi como una bendicion, Ud. me hablaria; Ud. me lo diria todo.—He suspirado, he aguardado, he rogado por encontrar alguien que me hablara de mi padre, que hubiera oido hablar de él, que lo conociera. Ese ha sido el único pensamiento de mi vida, el único objeto de mi existencia. I ahora, viene Plantagenet, mi hermano! mi hermano! i él lo sabe todo i me lo va a decir todo, todo!

—¿Por qué no le habla Ud. a su madre?

—Me lo han prohibido; formalmente prohibido. Si hablo me dicen que voi a destrozar su corazon i por eso... se está destrozando el mio.

—¿I el Doctor Masham?

—Le he preguntado; me dice que vive i despues sacude la cabeza.

—Ud. no ha visto nunca a su padre, no piense en él.

—¡No piense en él! esclamó Venecia con una estraordinaria enerjía. I entónces ¿para qué vivo? Todo el objeto de mi vida es verlo. Lo he visto una vez. He visto su sombra ¡qué sombra tan gloriosa, tan inmortal! Si los dioses vinieran a la tierra, se parecerian a mi padre!

—Pero sus hechos no son divinos, observó lord Cadurcis con amargura.

—No es cierto! dijo Venecia, sus ojos chispeantes como el fuego, sus formas dilatadas por el entusiasmo, apartándose involuntariamente de su compañero.

—Ud. lo niega! esclamó asombrado. ¿I qué sabe Ud. de él? Me alegro que no haya leido sus obras; en cuanto a su conducta, su madre es una prueba de su honor, su jenerosidad i su virtud.

—Mi madre! dijo Venecia con una voz suave; i sin embargo, él amaba a mi madre.

—Fué su víctima, como lo han sido mil otras.

—No debe haberlo comprendido, yo he sentido el ardor de su pasion. Yo he leido las alabanzas de su belleza; yo me he arrobado con la música de sus emociones cuando por primera vez fué padre. Sí, él me ha mirado, aunque no haya sido mas que un instante, él me ha mirado con amor! Sobre mí ha derramado las bendiciones de un padre! Esas formas aereas han oprimido sus labios sobre los mios i me han estrechado con pasion. I ¿podré yo creer en su deshonra? Hai alguien que pueda persuadirme que él no tiene corazon? Nó, yo lo amo, yo lo adoro, yo soi suya con todas las enerjías de mi ser. Vivo solamente porque él vive i si muriera le pediria a Dios que me llevara a ese mundo en que no es justo que se separe un hijo de su padre.

Cadurcis miraba esa Menade bella e inspirada, con sus ojos que lanzaban un fuego sobrenatural, con la desconfianza en los párpados húmedos i la emocion en sus labios temblorosos. Aquella niña no era pues ajena a las pasiones poderosas; podia amar i amar con efervescencia, con pasion, con entusiasmo. ¿Por qué las emociones de esa alma tumultuosa no eran despertadas por él? —Con él era calma imperturbable: lo llamaba hermano: lo trataba como un niño. Pero un cuadro, una sombra fantástica, podia despertar en su alma tempestuosa un sentimiento que la trasformara por completo i cambiara el color de todas sus esperanzas. Cadurcis, profundamente preocupado en contra de ese padre, ahora lo aborrecia.

—Ud. me ha traido aquí, le dijo, para escuchar algo que me intere-

sa o me ha traido Ud. solamente para hacerme saber que tiene un padre i que lo adora a él o a su retrato?

—Lo he traido, le contestó Venecia en un tono suave i mirando al suelo, para darle las gracias por su amor i decirle que amo a otro.

—Amo a otro! esclamó Cadurcis en un tono sarcástico. Lo mejor que puede hacer su madre es encerrarla en el cuarto en que está ese retrato que ha producido efectos tan prodijiosos. Oh! Venecia, Ud. está loca. ¿Qué quiere decir que no se casa conmigo porque ama a otro? I Ud. misma confiesa que ese otro es su padre. Amelo tanto como quiera; pero ¿eso le impide amar a su marido?

—Plantagenet! Ud. es mui duro i mui cruel con su Venecia. Le repito que todo mi corazon es de mi padre. Yo no puedo amarlo a Ud. como un marido debe ser amado. Yo solo puedo pensar, solo puedo vivir para mi padre.

—La felicito por su padre, señorita Herbert!

—Me parece que yo debo tener orgullo de ser su hija, aunque..... solamente me parece. Pero, sea cual fuere la opinion que Ud. tenga de mi padre, le suplico recuerde que le está hablando a su hija.

—Manifestaré mi opinion respecto de su padre sin ninguna reserva en cualquier parte que me encuentre; completamente convencido que no distará mucho de la opinion de su madre.

—I yo le diré, señor, que sea cual fuere esa opinion, en nada influirá sobre mis propósitos. Yo no quiero, yo no puedo casarme a no ser con un hombre a quien pudiera mirar con respeto i aun con admiracion. Debiera ser a lo ménos un hombre, un grande hombre, cuya fama hubiera resonado en el mundo; quizás como mi padre, un jénio i un poeta.

—Un jénio i un poeta! esclamó Lord Cadurcis con pasion. ¿Son estas espresiones las que pueden usarse cuando se habla del hombre mas depravado de nuestros tiempos?—Un hombre cuyo nombre es sinónimo de infamia, cuya sangre corrompida Ud. sentirá algun dia; que ha violado todos los lazos i burlado todos los principios que mantienen la sociedad—cuya vida es una muestra de lo que pueden producir sus doctrinas vergonzosas; que es al mismo tiempo traidor a su rei i apóstata a su Dios!

La curiosidad, dominando la indignacion, habian permitido que Venecia se quedara escuchándolo. Pero al oir estas últimas palabras sin responderle, se alejó desesperada.

Cadurcis, clavado al suelo, la miró alejarse. Levantando su brazo i mirando al cielo, esclamó: La ilusion se ha desvanecido! Adios Cherbury!—Adios Cadurcis! Un teatro mas vasto me espera. He sido

mucho tiempo esclavo de dulces afectos—ahora los arranco de mi pecho para siempre!—Mujer! en adelante serás mi juguete. No tengo sentimiento sino para mí mismo.... No sé lo que haré, pero sé que el mundo resonará con mi nombre, que seré un hombre i un grande hombre!

XIII

Desde la partida de Lord Cadurcis la salud de Venecia principió visiblemente a declinar. Lady Annabel veia aumentarse la languidez de nuestra heroina, cuyos ojos cada dia se apagaban mas i mas; ya no le gustaban ni el sol, ni el aire del jardin i con demasiada frecuencia reclinada en su sillon pasaba horas enteras; su carácter, tan dulce en otro tiempo se hizo reservado, si no completamente sombrío. Este cambio llenó de inquietud a su cariñosa madre. Inútilmente manifestaba ésta la conviccion de que su hija estaba enferma: Venecia persistia en negarlo. Su antiguo médico, consultado sobre el caso, recomendó un cambio de temperamento i el Doctor Masham apoyaba este modo de pensar porque creia que el cambio de aire traeria consigo un cambio de vida.

El Doctor Masham tenia razon i para formar su juicio se apoyaba en el conocimiento de las causas que produjeron la enfermedad, que ignoraba por completo el viejo médico. Nos reimos con frecuencia de los errores de los médicos; pero si tuviéramos bastante fuerza de ánimo para ir mas allá de una media confidencia, cuando los consultamos, seríamos curados con mas prontitud i seguridad. Cuantas veces, miéntras el desgraciado discípulo de Esculapio estudia perplejo el estado de nuestro cuerpo, proyectaríamos una luz viva sobre sus oscuros trabajos con solo detallarle el estado de nuestro espíritu!

El resultado de estas consultas fué la final resolucion de abandonar a Cherbury. El aire del mar se recomendaba especialmente i esto unido al deseo de evitar la sociedad, las decidió a visitar Weymouth, entónces lugarejo de baños mui pequeño i retirado. Allí pronto volvieron el color a las mejillas de Venecia i la risa a sus lábios; las brisas del oeste i la influencia del Océano, lenta, pero seguramente, completaron su restauracion. Hacia ya un año que habitaban aquel lugar apartado i tranquilo cuando una revolucion vino a cambiar completamente su aspecto: ese año la Corte lo habia elejido para su estacion de verano. El nombre célebre, el aspecto distinguido i los hábitos de retiro de Lady Annabel i su hija, las hicieron el objeto del interés jeneral. De vez en cuando alguien las encontraba en sus paseos por la orilla del mar o por los arenales i esto daba oríjen a descripciones románticas sobre la dignidad de la madre i la belleza de la hija. Des-

de el momento que Lady Annabel se convenció que Weymouth habia sido elejido para la residencia real, resolvió retirarse de allí i, con esa rapidez de ejecucion que le era peculiar, inmediatamente se puso en marcha. En cierto modo el pesar de abandonar aquel lugarcito que tan felizmente habia realizado sus esperanzas, fué mitigado por el inesperado encuentro de una villa marina, pocas millas mas al norte.

Este verano el Dr. Masham vino a visitarlas i a veces rompiendo su retiro iba a Weymouth a leer los diarios o pasar una hora de charla amena i lijera. Un gran dignatario de la Iglesia, que acompañaba al rei i que conocia al Dr. Masham, no solo por su reputacion, le habló al soberano sobre nuestro viejo amigo. Aquel soberano, que gustaba tanto de la sociedad de los teólogos, pidió que se lo presentasen i fué tan favorable la impresion que le hizo el vicario de Marringhurst que desde ese momento el rei no quiso separarse de él. Pronto aquel soberano arrancó al Doctor el secreto de Lady Annabel, que inútilmente se empeñaba en ocultarle. I cuando supo el rei que la esposa abandonada i la hija de Herbert, se habian alejado de Weymouth a su llegada, obedeciendo a un sentimiento de delicada lealtad, él se resolvió a hacerles personalmente una manifestacion de aprecio. Al dia siguiente, acompañado de su rei, fué a la villa.

AUGUSTO ORREGO LUCO.

REVISTA DE LA QUINCENA

Santiago, mayo 31 *de* 1872.

Como de costumbre, la quincena que acaba de trascurrir se parece a todas las quincenas anteriores. Ninguna noticia de importancia i ningun acontecimiento nuevo que puedan despertar la curiosidad del público. La estacion, que es un invierno con soles de verano i un verano con mañanas de invierno, está en una armonía perfecta con la época vaga, nebulosa e indecisa que atravesamos. No teniendo nada de qué hablar, nada qué temer i nada qué esperar, viviríamos en una siesta eterna si el intendente de Santiago i el intendente de Valparaiso, el uno a fuerza de galantes circulares i el otro gracias a una irritante terquedad, no continuaran ocupando la atencion de sus provincias respectivas i a veces la del pais entero.

El gobierno no existe o por lo ménos no da señales de existencia. Chile estaria tranquilo como una taza de leche i silencioso como el valle de las sombras si no fuera por esos dos reyes de la edilidad que quieren levantar la antigua cloaca de Valparaiso a la altura de los olfatos modernos i convertir las polvorientas i lodazales de Santiago en una ciudad digna de su riqueza i su poblacion.

Al observar la conducta de ambos funcionarios, se comprende que en la práctica de la vida no siempre la línea recta es la mas corta para realizar un propósito cualquiera. El señor Echáurren i el señor Vicuña parten del mismo punto, la autoridad, i se dirijen a un mismo fin, el progreso del municipio; pero si son idénticos su punto de término i su punto de partida, sus procedimientos son esencialmente contrarios. El uno cierra los ojos, i embiste; el otro abre los labios, i saluda. Aquél ordena, i saca multas miserables; éste acaricia, i obtiene cuantiosas donaciones. El uno irrita haciendo reir; el otro hace reir haciendo dar. El primero es amor por fuerza; el último es fuerza por amor.

De aquí las resistencias enojosas con que tropieza el uno, i las presurosas complacencias que al otro le facilitan el camino. El señor Echáurren lo invade todo, a todos amenaza, a todos hostiliza, a todos desespera. El señor Vicuña ha hecho solamente una invasion, una invasion en las columnas de los diarios, i aun ésta forma numerosos agradecidos porque con gran contentamiento de los cronistas ha llegado a ser la crónica casi esclusiva de la capital. El señor Vicuña obra sin ajentes de policía, sin arrugados entrecejos, sin mas que sus epístolas cortesmente calculadas para despertar aquí una voluntad que se halla bien dispuesta, allá una intelijencia provechosa, mas allá una jactanciosa vanidad.

El primer triunfo del señor Vicuña fué magnífico. La inauguracion de la estátua de O'Higgins se verificó con una majestuosa solemnidad. El señor Estrada pronunció un discurso en que brillaba la rica imajinacion de los que han oido el blando murmurar del rio de la Plata. Contra los temores de la jeneralidad, el señor Vicuña fué de un laconismo en él inverosímil; i el señor Altamirano, para conservar la tradicion de los trabajos oficiales, leyó una pieza en que si faltaban la elevacion i la hermosura, habia mas de una teoría profundamente injustificable en la boca de un hombre de Estado. Para la intendencia aquel dia fué magnífico; pero como sucede con todas las glorias de este mundo, al siguiente no quedaba mas que el prosaico espectáculo de los maderos desnudos i de los agujeros en que se habian colocado los postes que sostuvieron el dosel. Quedaba otra cosa todavía: la idea de que el dinero allí invertido en frívolas ceremonias pudo emplearse con mas provecho en auxilio de las clases menesterosas diezmadas por la viruela, i la vista de un monumento que está mui léjos de ser la espresion del sentimiento artístico de nuestro público.

Va en vía de realizarse el gran proyecto de la pequeña esplanada en el cerro de Santa Lucía. No se ha podido habilitar un lazareto con trescientas camas para las víctimas de la epidemia; pero en pocos dias i con poco trabajo se han reunido veinte o mas miles de pesos para la formacion de un paseo de media cuadra de superficie en donde habrá juegos de agua, umbrosas avenidas, restauradores elegantes, sofás para los individuos, departamentos para los coches i faro de luz eléctrica. Si en esa media cuadra vamos a caber todos los que a ella pensamos ir, el valle de Josafat podrá contener a todos los que han habitado en este mundo, i aquello de *como tres en un zapato* perderá toda su significacion.

Acabamos de hablar de la viruela; pero la viruela no acaba de ejercitar su accion devastadora sobre los arrabales de la poblacion. La epidemia se habia anunciado con largos meses de anterioridad. Habia recorrido todo el norte i se habia detenido con preferencia en San Felipe i en Santa Rosa, a donde el gobierno se vió en la necesidad de enviar a un intelijente i laborioso facultativo. Los diarios tuvieron un cuidado especialísimo de seguir su marcha paso a paso, en la esperanza de que se tomaran las precauciones del caso para acojerla dignamente cuando llegara a esta ciudad. La autoridad administrativa i las corporaciones científicas la vieron venir i, cruzadas de brazos, dejaron que sus miasmas se esparcieran en los suburbios hasta que en los pésimos lazaretos existentes subiera la mortalidad a la enorme cifra del 55 por ciento que en estos últimos dias ha venido a sembrar la mas justa de las alarmas en el seno de las familias i en el espíritu del público. Ello habla mucho en favor de aquellas corporaciones i de aquellas autoridades.

El debate sobre la libertad de enseñanza, que paulatinamente ha venido convirtiéndose en debate sobre la libertad de profesiones, ha continuado ocupando la atencion de la comision especial de la Cámara de Diputados. Como lo decíamos en nuestra revista anterior, las dos escuelas estremas insisten en pedir la abolicion de los títulos oficiales. La una se vé impulsada por la lójica de los principios que se olvida de los tropiezos de la práctica; la otra busca en estos mismos tropiezos un elemento de fortuna para su ardiente i peligrosa propaganda. Aceptada la libertad de profesiones, como nos lo observaba el honorable señor Matta, miembro de la comision, todos podríamos abrazar por nuestra autoridad propia la profesion eclesiástica, vestir el traje sacerdotal i hacer acto de sacerdocio. El falsificador no podria ser conminado por el obispo con penas corporales, i las autoridades laicas no podrian intervenir. No habria los delitos especiales que hoi conserva la reglamentacion de profesiones, i todo, acciones e individuos, pasaria a la jurisdiccion comun.

Hé ahí consecuencias que no admite el clero militante, infatigable adalid de la libertad, i que exijen imperiosamente aquellos a quienes una lójica tan inflexible como impracticable ha hecho partidarios de esa misma libertad. Es que dominan en los primeros los intereses del sectario i es que los últimos se olvidan de las condiciones especiales en que entre nosotros se han desarrollado los estudios. Hace diez años, se creia que el injeniero no necesitaba tener conocimientos de literatura ni de historia patria. Hace treinta, la química se estudiaba por un testo del padre Guzman en que el tiempo se media por la duracion de un *Padre nuestro*. Hemos estudiado historia romana en un volúmen en que representaban gran papel la Ninfa Ejeria i el *In hoc signo* de Constantino. El latin se enseña todavía durante seis años i al cabo de seis años los alumnos retiran sin saber dar en latin las buenas noches. En el curso de humanidades solo ayer se establecieron las ciencias naturales. En la historia jeneral todo ha sido fechas, nombres propios i nombres jeográficos que hacian de este ramo el mas inútil de la enseñanza. En derecho positivo, ningun libro que sirva de prólogo al estudio de la lejislacion. En derecho natural, un testo verdaderamente increible. En derecho romano, las sutilezas mas pueriles del escolaticismo mas añejo. En economía, el empirismo mas absurdo. En práctica, la mas absoluta deficiencia..... I con antecedentes de este jénero, establezcamos de un repente la libertad profesional. Como nos lo decia el señor Matta, esta suspirada libertad seria únicamente el monopolio de la ignorancia.

I ya que hablamos del estado de las ciencias, pasemos a los progresos que fuera de las aulas hacen los espíritus. En la semana actual fuimos invitados por un jóven intelijente i laborioso a los ensayos de su primera obra dramática, el *Honor de una mujer*, representada últimamente en el teatro de Variedades. Allí, anticipándonos a los del público, tuvimos el placer de hacerle oir nuestros aplausos, en union con los de don Santiago Estrada, don Justo Arteaga Alemparte, don Augusto Orrego i un pequeño círculo de literatos, de críticos i aficionados. El nuevo autor, don Víctor Torres, que se halla hoi bajo la voluptuosa influencia de un primer triunfo, ha sabido elejir un buen momento de la vida familiar. Una jóven que ama a su madre i que ama a un jóven, se enlaza con un tercero para salvar la situacion aflictiva de su hogar. El matrimonio es un dia de fiesta para el semblante i una tarde de luto para el corazon. El marido oye suspiros, divisa lágrimas, siente sollozos, i se desespera. Ella adora al que no es su dueño, pero la honra del que lo es permanece intacta. Las apariencias la acusan. Su primer amor la injuria. El que le dió su nombre la condena. Hai allí una hermosa situacion: una mujer anonadada, una madre aflijida, un amante desengañado, un marido en desesperacion. La injuria mata el primer amor; la hidalguía despierta el segundo que es el último. El marido ama i condena. La mujer se arrastra con la humildad de la súplica amorosa, i se alza con la noble enerjía de la inocencia. El abandono está próximo, la inocencia se descubre, el marido cae de rodillas, la mujer se levanta loca. Hai allí una excelente situacion dramática, un desenlace inesperado, un diálogo rápido, sostenido, converjente siempre a la solucion final, un regular conocimiento de los efectos i resortes teatrales, todo esto a veces oscurecido por cierta precipitacion de escenas en que una observacion poco atenta cree descubrir alguna inverosimilitud. Es el primer paso. El primer paso es un salto cuando no es una caida. Preferimos a la caida el salto. Torres no puede quejarse del éxito. Nos proponemos hacer de su trabajo un estudio mas lento i detenido. Aquí, donde nos falta el espacio, nos limitamos a decir que el *Honor de una mujer* es la primera obra dramática digna de este nombre que se haya escrito en nuestro pais.

Mañana abre sus puertas otro teatro. Principia la última sesion de la actual lejislatura. Está llamada a resolver problemas importantes, i seria doloroso que perdiera su escaso tiempo en pequeñas escaramuzas de partido. Hasta aquí, bien poco se sabe de las soluciones que se esperan. Si ha habido conciliábulos, ellos no han dado un resultado definitivo. Las fracciones del gobierno se han puesto de acuerdo solo sobre un punto: el nombramiento de presidente i vice para la Cámara de Diputados. Ocupará el sillon don Belisario Prats i estará a su izquierda don Nicomedes Ossa. No habrá pues bajo los terciopelos de la Cámara ni la elocuencia de la palabra ni la elevacion de la intelijencia: hai derecho para exijir la rectitud de la conducta.

FANOR VELASCO.

HISTORIADORES DE AMERICA

DON MARIANO TORRENTE (1)

Ningun escritor ha lanzado mas injurias ni ha cobijado mas calumnias contra los prohombres de la revolucion hispano-americana que aquel cuyo nombre encabeza este artículo. Don Mariano Torrente es el prototipo de la pasion, de la parcialidad, de la injusticia para acusar i condenar a los independientes americanos i para justificar i ensalzar a sus enemigos. Su *Historia de la revolucion hispano-americana* lleva el sello de la reprobacion; i tanto en España como en América se la mira en ménos, allí con desden, aquí con odio. Pocos son los que la leen, i ménos los que la estiman en algo.

I sin embargo, ese libro tiene un mérito real i merece ser leido con cuidado. Es una obra considerable por su estension, por el conocimiento regular de los hechos, i por el método con que están espuestos. Se encuentran en ella noticias que en vano se buscarian en otras partes; i dejando a un lado las apreciaciones casi siempre injustas, i las acusaciones dictadas por la pasion mas ciega i desenfrenada, hai

(1) Hallándome en Lóndres en 1860, una singular casualidad trajo a mis manos un grueso cuaderno formado por borradores de cartas dirijidas a diversos personajes i en diferentes años. Examinando atentamente aquel manuscrito, observé que era el libro copiador de la correspondencia particular de don Mariano Torrente, el autor de la *Historia de la revolucion hispano-americana*. El estudio de esas cartas me dió a conocer regularmente muchas de las particularidades concernientes a la vida del autor. Posteriormente, tuve conocimiento de una biografía de Torrente publicada en 1851 en un periódico de Madrid titulado *El trono i la nobleza;* i en ella encontré otros datos que me sirvieron para formar el cuadro de este estudio. Las noticias recojidas en otras fuentes me han servido para completarlo.

en su conjunto un fondo jeneral de verdad que no puede desconocer el que la lee con calma i con un propósito de estudio. En las pájinas siguientes vamos a hacer el análisis de este libro, dando a la vez a conocer sumariamente la vida de su autor.

Don Mariano Torrente nació en la ciudad de Barbastro, en la provincia de Aragon, el 12 de octubre de 1792. Sus padres, que gozaban de una buena posicion en aquella ciudad, le dieron una educacion literaria tan esmerada como era posible darla en España en esa época. Estudió junto con el latin, la filosofía i la literatura, i los idiomas frances, ingles e italiano, que llegó a hablar corrientemente. La invasion francesa en la península en 1808 vino a cortar sus estudios; pero Torrente, mui jóven aun, e hijo único de una familia que queria retenerlo a su lado, no tomó las armas como tantos otros estudiantes. Solo en 1811, cuando en su provincia se creia definitivamente asentada la dominacion de los invasores, obtuvo un empleo en la administracion de cuentas de las autoridades francesas, i por cierto tiempo, el cargo de secretario del intendente de ejército de la provincia del Alto Aragon. Era éste el vizconde D'Arlincourt, que, como escritor i novelista adquirió mas tarde cierta celebridad, mas que por su verdadero mérito, por las exajeraciones i estravagancias de su estilo i por su ardor para defender todos los principios reaccionarios i antidemocráticos.

En el desempeño de estos destinos desplegó laboriosidad i una notoria honradez, i no ejecutó ningun acto que comprometiera su patriotismo. Así fué que cuando los franceses evacuaron a Zaragoza ante las tropas del jeneral Mina, en julio de 1813, Torrente se quedó tranquilo en la ciudad i obtuvo poco mas tarde un empleo en la comisaría del ejército ausiliar ingles. Con éste hizo la campaña del sur de Francia hasta la primera abdicacion de Napoleon, que por entónces terminó la guerra.

Provisto de buenos certificados de las autoridades británicas que comprobaban su integridad i sus servicios a la causa de la restauracion de Fernando VII, pasó a Madrid a mediados de 1814 en busca de una recompensa. Esos certificados hicieron olvidar su antigua afeccion a la dominacion francesa, i el haber aceptado de ésta los destinos que habia desempeñado en Aragon. Torrente, aunque no habia cumplido todavía veintidos años de edad, fué premiado con el destino de cónsul de España en Civita-Vecchia.

Allí concibió el proyecto de escribir un estenso tratado de jeografía universal, i en efecto, emprendió esta obra lleno de ardor. Preparaba ya su impresion cuando estalló en Cádiz la revolucion li-

beral de 1820. Torrente aceptó el réjimen constitucional creado por esa revolucion, pasó a España i obtuvo el consulado de Liorna en reemplazo del de Civita-Vecchia, que fué suprimido. No duró largo tiempo en este destino: en 1823, restablecido el gobierno absoluto, fué destituido por liberal, como tantos otros funcionarios que habian tomado alguna parte o siquiera simpatizado con la revolucion. Esa destitucion, ademas, importaba un destierro. Torrente no habria podido volver a España sin haber sometido su conducta al exámen de un tribunal de purificacion establecido por Fernando VII, i sin haber obtenido una sentencia absolutoria.

Por esta razon, quedó viviendo en Liorna. Hallábase allí cuando llegó a esa ciudad don Agustin de Iturbide, que acababa de perder el trono imperial de Méjico. Torrente, fuese por resentimiento por la destitucion que acababa de sufrir, «o porque, como dice un historiador mejicano, pensó hacer el medio de su reconciliacion con Fernando VII el venderle los secretos de Iturbide, se manifestó mui adicto a éste» (1), se hizo el confidente de todos sus planes, i en diciembre de 1823 se dirijió con él a Lóndres, por la Suiza, las orillas del Rin i la Béljica. El ex-emperador meditaba entónces el proyecto de volver a Méjico a reconquistar su corona, empresa temeraria a que lo alentaron algunos de sus amigos i parciales, i que al fin le costó la vida. Torrente estaba en sus secretos, i quizá pensaba por entónces en pasar a América con la esperanza de abrirse una carrera mas brillante i rápida que la que podia alcanzar en el viejo mundo. Al fin, sea por desconfianza en la empresa, sea porque sus convicciones de español i de enemigo de los rebeldes de Méjico se resistieran a tomar servicio al lado de éstos, se separó de Iturbide a pretesto de ir a buscar su familia a Liorna, i no volvió a Lóndres sino despues de la partida de aquél.

Mas tarde, cuando Torrente escribia la *Historia de la revolucion hispano-americana*, fué tan inexorable con Iturbide como con todos los otros insurjentes. Lo llamó ambicioso, traidor, miserable, i lo supone animado por las peores pasiones. Para justificar esta inconsecuencia, dice que en sus relaciones con el ex-emperador mejicano, estaba de acuerdo con el duque de San Cárlos, don José Miguel de Carvajal i Vargas, entónces embajador de España en Paris, i que el pensamiento de ámbos era inducir a Iturbide a reorganizar el impe-

(1) Don Lucas Alaman, *Historia de Méjico desde* 1808 *hasta la época presente*, tomo 5.º, páj. 788.

rio mejicano, nó en provecho de su persona, sino en favor de un príncipe español. Segun Torrente, Iturbide estaba convenido en este plan; pero el gobierno de Madrid lo rechazó abiertamente en la confianza de que en breve podria hacerse de los recursos necesarios para someter de nuevo sus colonias de ultramar. La arrogante ambicion de Iturbide, la confianza que siempre manifestó en su prestijio i en su poder para reconquistar para sí el trono perdido, no autorizan a creer esta esplicacion del historiador español.

Torrente pasó cuatro años en Inglaterra llevando la vida del emigrado por persecuciones políticas. Sus antecedentes de liberal durante la revolucion española lo pusieron en comunicacion con muchos personajes españoles proscritos de su patria por una causa idéntica i con algunos americanos que, despues de haber figurado en las filas de los independientes, pasaban al viejo mundo en busca de un asilo contra las persecuciones orijinadas por las discordias civiles. Figuraban en primera línea entre ellos don José de la Riva Agüero i don Juan García del Rio, presidente el primero i ministro el segundo de la república peruana. De ellos recojió copiosas noticias concernientes a la historia de la revolucion americana, que apuntó prolijamente para hacerlas servir en su jeografía, cuyo manuscrito ensanchaba i correjia sin cesar.

Al fin, en 1827 se resolvió a pasar a Madrid en la confianza de que su escasa participacion en los sucesos de la revolucion española le servirian de salvo-conducto. Pero, para no ser vejado como liberal, le era indispensable solicitar su purificacion; i la junta a que estaba encomendada esta clase de asuntos, lo declaró por sentencia, impuro, es decir, liberal. Fueron necesarias las mas empeñosas recomendaciones del duque de San Cárlos para que Fernando VII revocase esa sentencia i lo declarase apto para ser ocupado en la carrera diplomática en la primera oportunidad que se presentase.

De esta situacion se aprovechó Torrente para publicar en Madrid su *Jeografía universal, física, política e histórica* (Madrid, 1827—1828, 2 vols. en folio). Esta obra, a que el autor consagró diez años de trabajo, es una simple compilacion de noticias jeográficas recojidas de los libros ingleses i franceses mas acreditados en aquella época, i dispuestas sin un verdadero plan científico, como el de los grandes trabajos de Balbi i Malte-Brun. La parte americana, que ocupa casi todo el segundo tomo, es sin duda la mas interesante i la mas nueva de toda la obra, porque Torrente habia podido recojer interesantes informaciones verbales sobre la jeografía i sobre la historia del nuevo mundo desconocidas a los otros jeógrafos. Pero aun en esta parte se

notan numerosos errores i descuidos, mui comunes, por lo demas, en obras de esta naturaleza. De todos modos, la obra de don Mariano Torrente, tuvo una favorable acojida en el público español, que estaba reducido hasta entónces a beber esta clase de noticias en compendios mui reducidos i errados o en obras traducidas con poco cuidado. Pero, suscitó tambien las mas amargas críticas. Don Fermin Caballero, jóven mui contraido entónces a los estudios jeográficos i conocido mas tarde como escritor i como político, publicó dos folletos en que, bajo el título del *Dique contra el torrente*, hacia de aquella obra una crítica tan severa como injeniosa i picante (1).

Despues de este primer ensayo, Torrente se sintió alentado para emprender una obra mucho mas difícil todavía. Como hemos dicho mas atras, durante su permanencia en Inglaterra habia conocido a algunos de los caudillos i promotores de la revolucion hispano-americana, i en su trato habia recojido todo jénero de noticias referentes a este movimiento. Habia colectado i leido todas las publicaciones que sobre esos sucesos llegaban a sus manos, recopilado los documentos que daban a luz los diarios europeos i formado así un caudal bastante considerable de datos, de que pensaba aprovecharse en la formacion de una historia jeneral de toda la revolucion, i de que en parte se habia aprovechado para las notas históricas puestas al segundo tomo de su jeografía. Cuando llegó a Madrid, el gobierno de Fernando VII, tomando como síntomas de reaccion en favor de la España las guerras i disturbios civiles que en esa época tenian lugar en los pueblos americanos, creia favorables las circunstancias para emprender una campaña de reconquista de sus posesiones perdidas. Se pensó que la publicacion de un libro destinado a poner de manifiesto la conducta de los jefes insurjentes de América, los crímenes i traiciones que se les atribuian, i la política bondadosa de los soberanos españoles, habria de contribuir a ese resultado. El gobierno fomentó con este objeto a Torrente facilitándole todos los medios para la formacion i publicacion de su obra.

Don Mariano Torrente emprendió el trabajo con empeño. En España se habian publicado tambien por parte de los realistas nume-

(1) Los dos opúsculos de Caballero llevan los títulos siguientes: «El dique crítico contra las irrupciones del nuevo torrente, o sea, fé de erratas a la jeografía universal, física, política e histórica que se está publicando, por un discípulo de Claudio Tolomeo,» Madrid, 1827.—«Segunda parte del dique; verdades amargas al autor de la jeografía universal, don Mariano Torrente, por el autor del dique crítico, don Fermin Caballero,» Madrid, 1828.

rosos manifiestos, informes i aun relaciones mas o ménos estensas sobre los sucesos ocurridos en tal o cual país de la América, que respiraban hiel contra los patriotas independientes, como los escritos de Cancelada sobre Méjico i los de don José Domingo Diaz sobre Venezuela. En los archivos de gobierno i aun en las colecciones de algunos particulares existian documentos históricos, cartas jeográficas i planos de batallas concernientes a la guerra de la independencia americana. Pero, la mejor fuente de informaciones estaba en los actores mismos de esa lucha, muchos de los cuales eran hombres de cierta intelijencia, i por lo tanto, aptos para recordar i referir los sucesos en que ellos mismos habian tomado una parte principal algunos años ántes. Torrente recojió sus informes en todas partes i agrupó un cúmulo inmenso de noticias, a las cuales le fué necesario dar órden i compajinacion. No será de mas recordar aquí que entre las personas que le dieron datos sobre la revolucion de Chile, figuraban el obispo de Santiago don José Santiago Rodriguez, que se hallaba entónces desterrado de su diócesis, i el padre franciscano frai Melchor Martinez, que habia escrito sobre la materia una memoria tan estensa como noticiosa.

El fruto de estos afanes fué la *Historia de la revolucion hispano-americana*, que Torrente publicó en el curso del año de 1830 en tres gruesos volúmenes en 4.° Como lo indica su título, esta obra contiene la historia de la revolucion de la independencia de todas las antiguas colonias de la España en el nuevo mundo, desde los primeros movimientos en 1809 hasta la espulsion total i definitiva de los españoles. Ha clasificado los sucesos por años, i cada uno de éstos está dividido en capítulos distintos para la historia de cada país. Gracias a este plan tan sencillo como metódico, es fácil estudiar los hechos en su conjunto jeneral i siguiendo el órden rigorosamente cronolójico en todo el continente, o seguir el desenvolvimiento de la revolucion en cada país especialmente, desde su principio hasta su fin. Esto, por lo que toca a la distribucion de las materias de que se compone la obra: por lo que respecta a la manera cómo ellas han sido tratadas, vamos a darla a conocer con mayor detenimiento.

Liberal en 1820, partidario entónces del réjimen constitucional en España, destituido i perseguido por el absolutismo triunfante en 1823, don Mariano Torrente, que escribia su *Historia de la revolucion hispano-americana* bajo las inspiraciones del gobierno absoluto i bajo el réjimen despótico cimentado por Fernando VII, se hizo absoluta en 1830; condena con toda la enejía de que es capaz los principios liberales i prodiga las mas inauditas alabanzas al mas pérfido i al

mas inmoral de los reyes de España. «El espíritu de innovacion ha hecho terribles progresos en este siglo, dice en una parte, i se necesitan, por lo tanto, lecciones prácticas de los escollos en que se estrellarán siempre el desvario e inconsistencia de los entendimientos formados con las teorías de una vana e insustancial filosofía. Doloroso es por cierto que los tronos hayan sido estremecidos por este jenio destructor; pero talvez habrán ganado mucho en solidez i permanencia con tan repetidos escarmientos i costosos desengaños de los que han tratado de separarse de la senda trazada por el honor, por la conveniencia, por la justicia, por la sabiduría i por la larga esperiencia. ¡Quiera Dios que sean éstos los últimos ensayos de los insensatos, que, imbuidos en las superficiales ideas modernas, se han dejado arrebatar por la corriente de sus vicios; i que disfruten los Estados de la paz i felicidad que solo es dada obedeciendo sumisamente a los lejítimos soberanos a quienes la Providencia ha confiado el dominio de los pueblos!» (1)

Mas esplícito es todavía para condenar el réjimen constitucional en otras partes de su libro. Así, da el epíteto de abominable a la revolucion española de 1820, i condena como ruinoso el sistema creado por ella por cuanto proclamó «la igualdad legal, sancionada como dogma político, el absurdo principio de que la soberanía residia en la nacion, i la formacion de juntas populares para nombrar sus diputados a Cortes» (2). En esta parte no vacila en acusar temeraria e injustamente de ladrones a los prohombres de la revolucion liberal en España i de atribuirles todas las desgracias de ese país. «Durante el interregno constitucional de la península desde 1820 hasta 1823, dice con este motivo, se apoderó el gobierno revolucionario de los bienes de los monacales; sus productos tan solo servian para enriquecer a los comisionados i manipulantes. Se abrieron empréstitos sobre empréstitos que henchian los bolsillos de algunos mandatarios, en vez de ser invertidos en satisfacer las cargas del Estado» (3).

Por lo que toca a la persona de Fernando VII i a su gobierno, rara vez los nombra Torrente sin acompañarlos de algunos de estos epítetos: sagaz, previsor, bondadoso, benigno, magnánimo, paternal, jeneroso. Cuando se piensa que el que escribia esa historia habia figurado en las líneas de los liberales de 1820, i era testigo de las atrocidades sin cuento que se siguieron al triunfo del rei sobre los

(1) Tomo III, páj. 287.
(2) Tomo III, páj. 29.
(3) Tomo I, introd., páj. 103.

revolucionarios, no se puede dejar de condenar esa adulacion que degrada tanto al escritor que vende sus lisonjas como al gobierno que las compra.

Conocidos los principios políticos que han inspirado la composicion de la *Historia de la revolucion hispano-americana*, es fácil comprender que el autor ha de tratar con toda dureza a los jefes de la insurreccion i a todos cuantos tomaron parte en la obra de libertar las colonias de la España; pero la imajinacion no puede suponer tan fácilmente la destemplanza en las formas, la procacidad en el lenguaje, la grosería en los epítetos i en los ultrajes. El jeneral mejicano don Nicolas Bravo, que con una jenerosidad sin ejemplo puso en libertad a muchos prisioneros realistas el mismo dia que se le anunció que su padre, prisionero de los españoles, habia sido fusilado inhumanamente, «es acaso, dice Torrente, el único revolucionario cuya historia merezca ser trazada con tintas benignas por plumas españolas;» i aun para referir ese rasgo de heroica virtud del caudillo insurjente, pide que se le disculpe en obsequio de la imparcialidad (1). Segun don Mariano Torrente, los hombres que se abanderizaron en las filas de la revolucion eran jóvenes díscolos i viciosos, negociantes arruinados que en la revuelta querian reparar sus fortunas, ambiciosos sin honradez que querian abrirse un camino que les habia cerrado su propia inmoralidad, muchas veces bandidos sin mas plan que el robo i el saqueo, con frecuencia cobardes, criminales dignos del último suplicio que engañaban a unos cuantos incautos, pero que contaban con el desprecio de las poblaciones. Torrente, en efecto, parece creer que la mayoría de los americanos, i en ésta, la parte mas sana i honrada, detestaba la revolucion i a sus autores, i no cesa de anunciar i repetir que la reconquista de América para el rei de España era una empresa no solo posible sino fácil, por que los pueblos del nuevo mundo suspiraban por el restablecimiento del réjimen paternal que habian implantado en sus colonias los bondadosos soberanos. Los argumentos consignados por algunos escritores para probar la popularidad de la revolucion en América, decia Torrente en 1830, «son especiosos; i se veria su poco fundamento si una regular espedicion, apoyada por fuerzas navales que dominasen el Pacífico, apareciese en aquellas costas» (2). «El mayor castigo que el soberano español podia imponer a la América, dice en otra parte, seria

(1) Tomo II, páj. 403.
(2) Tomo III, páj. 60.

abandonarla a su propia suerte; pero, ¿cómo su magnánimo corazon dejará de oir los clamores de aquellos sus hijos infelices, i aun arrepentidos los mas de los culpados?» (1) Cuando Torrente escribia estas palabras, el magnánimo corazon de Fernando VII, oyendo los clamores de sus infelices hijos de Méjico, habia hecho salir de la Habana una escuadra compuesta de un navío, dos fragatas, cinco bergantines de guerra i cuarenta i dos trasportes, que conducian una division de desembarco de cerca de cinco mil hombres, bajo las órdenes del brigadier don Isidro Barradas; pero contra las espectativas del rei, los culpables revoltosos recibieron a los invasores con las armas en las manos, i despues de algunas escaramuzas, los obligaron a rendirse en Tampico permitiéndoles por gracia que volvieran a reembarcarse para la Habana (2). No estará de mas el consignar aquí que, aun despues de este descalabro, Fernando VII siguió alimentando el quimérico proyecto de reconquistar sus posesiones de América, i que muchos escritores de la escuela de Torrente quedaron repitiendo que los americanos querian volver a ser súbditos del bondadoso soberano.

Los estranjeros que, llevados por el amor a la gloria o por servir a una causa tan noble i tan simpática como era la independencia de la América, vinieron a este continente a hacer la guerra contra los españoles, no merecen mas consideracion al historiador Torrente. Entre esos estranjeros figuraban hombres que, como Cochrane, Miller, Mac-Gregor i muchos otros, se hallaban dotados de grandes talentos militares i habian sido modelados en el molde de los héroes. Algunos de ellos eran los mas cumplidos caballeros, otros poseian fortunas considerables que sacrificaron en parte por la causa de la independencia; i si bien no faltaron aventureros vulgares, intrigantes i codiciosos, no fueron éstos los que desempeñaron el principal papel ni los que se ganaron las mas ardientes simpatías ni la verdadera consideracion de los americanos. Torrente los envuelve a todos en el mismo anatema; i sin desconocer completamente los talentos ni la importancia de los servicios de algunos, los llama corrompidos estranjeros, viles mercenarios, asalariados para servir a la mas indigna de las causas, atraidos a América por la rapacidad i la codicia.

---

(1) Tomo I, introd. páj. 102.

(2) Juan Suarez i Navarro, *Historia de Méjico i del jeneral Santa Ana*, cap. 2.° Esta obra, publicada en Méjico en 1850, contiene estensas noticias sobre la espedicion del brigadier Barradas en 1829.

Para los jefes españoles, Torrente tiene un lenguaje mui diverso. Por regla jeneral son nobles, caballerosos, humanos, activos, infatigables, denodados, heroicos. Son incalculables las trazas que el historiador se da para disculpar las atrocidades cometidas por algunos jefes españoles, la violacion de los pactos, la falta de fé en las promesas i en los juramentos. Cuando esas atrocidades son verdaderamente injustificables, Torrente las esplica como represalias necesarias en la guerra, o como medidas rigorosas, es verdad, pero que los bondadosos jenerales tenian que aplicar para escarmentar a los arrogantes insurjentes. Justo es tambien decir en este lugar que el libro de Torrente fué una obra de justiciera reparacion para muchos de esos militares, a quienes la opinion pública acusaba en España de inepcia o de cobardía para destruir a los insurjentes. La arrogante vanidad de los españoles no podia comprender cómo los realistas habian sido derrotados en Carabobo i en Maipo i obligados a capitular en Ayacucho, i atribuian a flojedad i casi a traicion de sus propios jenerales el no haber alcanzado siempre la victoria. Torrente fué el primer escritor que quiso esplicar la verdad de las cosas i justificar a esos jefes de acusaciones injustas i temerarias.

Pero no se detiene aquí. El historiador quiere presentar a sus compatriotas, no solo como hombres dotados de un gran corazon, sino como jenerales hábiles i esperimentados i como soldados sufridos e intrépidos. Hemos dicho que una de las fuentes de informaciones históricas que sirvieron a don Mariano Torrente, i sin duda la mas rica, fué la comunicacion con los jefes i oficiales realistas que volvieron a España despues de terminada la guerra. Ellos esplicaban sus derrotas, no como el resultado de impericia o del arrojo i de la intelijencia de los patriotas, sino como la consecuencia de causas fatales e imprevistas. Así, por ejemplo, los realistas, segun Torrente, fueron derrotados en el Roble, en Chile, porque, por una equivocacion, los cartuchos de repuesto que llevaban para sus fusiles no tenian bala (tomo I, páj. 389); la diverjencia de opiniones de los jefes realistas fué la causa principal de la destruccion de su ejército en Maipo; el triunfo de la revolucion mejicana en 1821 no fué debido al entusiasmo con que las poblaciones acojieron la proclamacion del Plan de Iguala, sino a la confianza de los mismos españoles; otras veces es la traicion de algunos, o la dureza del clima u otras causas que no existen cuando se estudian los hechos a la luz de los documentos i de la verdad. Aun cuando el historiador se ve precisado a hacer algun cargo a los jefes españoles, se percibe el embarazo con que escribe i la suavidad que emplea en las palabras con que formula la acusacion.

Fácil es comprender que un libro escrito de esta manera, una historia concebida con tanta parcialidad, ha debido merecer la condenacion de todos los americanos. En efecto, no se puede leer sin enojo, casi sin rabia, la historia en que el autor se constituye en apóstol de todas las ideas retrógradas, en defensor de un sistema que repugna a la razon i que la esperiencia condena, i en enemigo implacable de los pueblos que sacuden con tanto vigor como justicia la dominacion opresora de la metrópoli. Por eso es que si la *Historia de la revolucion hispano-americana* de don Mariano Torrente fué en un tiempo mas o ménos conocida en América, hoi no la lee casi nadie, i goza de la reputacion de ser un fárrago indijesto de acusaciones injustas i calumniosas de los padres de la independencia del nuevo mundo.

I sin embargo, preciso es reconocer, volvemos a repetirlo, que esa obra tiene un mérito real, i que merece ser estudiada por todos los que se propongan conocer bien la historia de la revolucion de estos países.

A pesar de la gran parcialidad que domina al historiador, la verdad asoma i resplandece aun en medio de las mas apasionadas diatribas, i casi podria decirse, contra la voluntad del que la revela. Torrente, como hemos dicho ya, se empeña en demostrar que la revolucion americana era la obra de unos pocos hombres, i que los pueblos vivian contentos bajo la dominacion del rei. Sin embargo, en diversos lugares de su libro se hallan hechos i apreciaciones que rectifican completamente aquel juicio. «El ardor de los revolucionarios de Méjico, dice en una parte, no cedia por mas golpes que recibiesen de las tropas realistas; jamas se ha visto mayor teson i constancia, ni mas desesperados esfuerzos que los aplicados por los revoltosos para renacer de sus mismas cenizas. La adversidad no los abatia, la muerte no los arredraba; las tropas del rei necesitaban por lo tanto de un decidido heroismo para continuar esta mortífera lucha» (tomo I, p. 424). «Empero, por mas golpes que se diesen a la faccion desorganizadora del Alto Perú, dice en otra parte, i aunque por algun tiempo pareciese hallarse el país enteramente libre de enemigos, volvian prontamente a la palestra nuevos campeones que tenian la osadía de presentarse hasta las mismas puertas de los pueblos ocupados por las tropas del rei» (tomo II, páj. 409). «Ya a fines de junio (de 1821, despues de la proclamacion de Iguala hecha por Iturbide) ofrecia el vireinato de Méjico la mas triste perspectiva: todos los esfuerzos del virei i demas autoridades habian sido ineficaces para contener el estravío de la opinion; no se oia mas que defeccion de unos, rendicion

de otros i levantamiento jeneral de pueblos i de provincias» (tomo III, páj. 282). «En las tropas realistas del Perú, compuestas en su mayor parte de americanos, dice mas adelante, habia crecido de tal modo su propension a desertarse que lo verificaban cuantos individuos podian separarse de sus columnas, cuyo mal no podia correjirse de otro modo que llevándolos encerrados en cuadros formados por los europeos, especialmente de noche» (tomo III, páj. 489).

Una observacion análoga debe hacerse respecto de los personajes que figuran en la historia escrita por don Mariano Torrente, i mui particularmente respecto de los jefes de la insurreccion americana. Por mas que el autor haya recargado sus retratos con colores negros i sombríos, por mas que haya atribuido a aquéllos faltas que no cometieron, pasiones que no abrigaron, la verdad de su fisonomía se deja traslucir en medio de las mas amargas censuras. El libro de Torrente contiene imputaciones falsas i calumniosas; pero preciso es hacerle esta justicia: esas calumnias son de invencion ajena; el historiador las halló estampadas en algun manifiesto, en alguna memoria, en algun documento, o la recojió de boca de algun testigo de cuya honradez no podia dudar. Pero, haciendo abstraccion de estos detalles, i despojando la narracion de los hechos de la destemplanza en las espresiones, no es posible dejar de reconocer en aquella obra algo que se parece mucho a la realidad. Los mismos prohombres de la revolucion hispano-americana i sus defensores han apelado con frecuencia al testimonio de Torrente, en cuyas pájinas están retratados al traves de un vidrio opaco, es verdad, pero con notable semejanza en los perfiles i en el conjunto. En efecto, todas las declamaciones de que está sembrada la *Historia de la revolucion hispano-americana* no bastan para oscurecer las grandes figuras de los jefes de los independientes, los verdaderos héroes de aquella lucha.

Pero aun como obra de conjunto, el libro de don Mariano Torrente merece ser estudiado. Es difícil concebir cómo con materiales tan dispersos i tan eterojéneos, ha podido formar una obra tan completa i, lo que es mas singular, casi exenta de errores graves en el encadenamiento jeneral de los hechos i aun podria decirse en los pormenores. Sin duda son mui buena fuente de informaciones las memorias i manifiestos impresos, los documentos de los archivos i las relaciones de los actores; pero ademas de que ellos debian dejar vacíos notables sobre muchos puntos de la historia, era sumamente difícil el dar compajinacion a las noticias sobre sucesos tan complejos en sí mismos, verificados a la vez en una estension tan vasta de territorio, i sin mas encadenamiento entre todos que el ocurrir en un mismo

continente. Hoi mismo, cuando existen historias mas o ménos ordenadas sobre la revolucion de cada uno de los pueblos americanos, es enormemente difícil el dar alguna armonía a aquel variado conjunto de hechos tan diversos i complicados presentándolos con alguna claridad. Torrente, sin embargo, cuando no podia contar con un ausilio de esta naturaleza, ha hecho un libro en que se notan vacíos, en que hai inexactitudes i equivocaciones en los pormenores, pero en que los hechos están espuestos con método i claridad i cuyo conjunto es bastante verdadero. Ese libro debe ser necesariamente consultado por todo el que se dedique al estudio de la historia americana, porque contiene noticias que fueron trasmitidas al autor por los actores mismos, i que no se hallan en ninguna otra parte. Torrente, ademas, ha ilustrado su historia con diez i seis planos de batallas, casi siempre exactos, i que son mui útiles para la intelijencia de la narracion.

Sin poder decirse que don Mariano Torrente sea un notable escritor, no puede desconocerse el mérito literario de su libro. La narracion de los hechos se desliza sin embarazos ni tropiezos, con una gran claridad, a veces casi con elegancia; pero con frecuencia está afeada por los epítetos de encomio o de censura, con declamaciones destempladas, con digresiones casi desligadas del asunto principal i dirijidas a maldecir a los revolucionarios i a encomiar a los jefes realistas o las ventajas del réjimen español, i los males causados por el sistema constitucional o republicano i por los hombres que lo han proclamado i sostenido. Por eso es que, a pesar de la exajeracion de sus formas i de la dureza de sus reproches, muchos escritores americanos le han hecho justicia tributando a su obra la consideracion a que es merecedora. «La historia de Torrente, dice uno de ellos, está escrita con órden, alguna elegancia, i los hechos de armas están en la mayor parte desnudos de aquellas exajeraciones que hacian tan fastidiosas las gacetas de los gobiernos de aquella época» (1).

Pero si los elojios tributados en América a la *Historia de la revolucion hispano-americana* han tenido que encerrarse dentro de los límites de una reserva circunspecta, en España alcanzó honores que rara vez obtienen las mas notables obras del espíritu humano. Por reales órdenes de 28 de febrero i de 8 de marzo de 1830, Fernando VII mandó que se comprasen al autor 700 ejemplares para hacerlos circular en la Habana i demas posesiones ultramarinas; a fin de que

(1) Lorenzo de Zavala, *Ensayo histórico de las revoluciones de Méjico*, Paris, 1831, tom. I, pról. páj. 3.

penetrando en las colonias reveladas, prepararan la opinion en favor del restablecimiento del antiguo réjimen. El rei Francisco de Nápoles, suegro de Fernando VII, i gran partidario él mismo de los gobiernos absolutos, le envió una medalla de oro en prueba de la aprobacion que prestaba a aquella obra. La prensa de Madrid i de las provincias se deshizo en las mayores alabanzas al talento del escritor, a la profundidad de sus investigaciones i a la solidez de sus principios políticos, porque en esa época no habia en toda España un solo periódico que hubiera podido alzar la voz contra las ideas absolutistas. El público leyó con grande avidez aquel libro que le presentaba de una manera ordenada la historia de tantos i tan complicados acontecimientos. En la estensa lista de los suscritores a la *Historia de la revolucion hispano-americana* se leen entre muchos otros, los nombres del virei de Méjico Ruiz de Apodaca i del jeneral Liñan que sirvió a sus órdenes en aquel país, de los vireyes del Perú Pezuela i La Serna, de los jenerales Valdes, Canterac, Maroto, Carratalá i Goyeneche, i del comandante Senosains, el último español que defendió la causa del rei en Chile. Todos ellos, interesados en la circulacion de un libro que referia sus hechos de una manera tan favorable, debieron contribuir a asegurar su crédito i su popularidad. El jeneral García Camba, que publicó en 1846 sus *Memorias para servir a la historia de las armas reales en el Perú*, aunque mucho mas templado en sus formas i mas justiciero en sus juicios, contribuyó eficazmente a sostener el crédito de Torrente, ratificando la veracidad de su narracion. Pero los principios políticos de aquella historia, el alarde que hace de profesar las ideas absolutistas, fueron causa de que el autor i su libro perdieran una gran parte de su prestijio. Ahora mismo, el libro de Torrente es considerado en España como la obra de un absolutista atrabiliario que habia estudiado bien los hechos i que los refiere con toda verdad. Los pocos españoles que alguna vez han querido leer algo sobre la historia de la independencia de sus colonias, creen como artículo de fé todo lo que dice aquel libro contra los jefes de la revolucion hispano-americana, i aun parecen convencidos de que, a pesar de la arrogancia de las repúblicas del nuevo mundo, el pueblo llora aun la separacion de la metrópoli i la ausencia del bondadoso monarca.

La *Historia de la revolucion hispano-americana* es el mas alto título de gloria literaria de don Mariano Torrente. Despues de su publicacion, esperó en vano una remuneracion que correspondiese a los méritos que creia haber contraido. Pidió el cargo de cónsul jeneral de España en Aténas, capital del reino de Grecia que acababa de na-

cer, i mas tarde el empleo de intendente de provincia; pero solo se le hicieron promesas mas o ménos lisonjeras i se le confió por el Ministerio de Hacienda la comision de escribir un tratado de economía política que sirviera para la enseñanza de este ramo en las universidades españolas, que solo fué publicado en 1834, en tres volúmenes i a espensas del gobierno. Este libro olvidado i casi desconocido hoi, es un resúmen claro i metódico de los principios de la economía política, tal como se comprendia entónces esta ciencia en España.

Pero Torrente pedia con instancias un empleo que le asegurara una posicion estable. En setiembre de 1832 se le dió el cargo de administrador de las rentas marítimas de Cuba; i con este nombramiento partió para la Habana, no propiamente satisfecho, pero sí confiado en que pronto obtendria ascensos. Como conservara todavía sus hábitos literarios, consagraba a esta clase de trabajos el tiempo que le dejaban libres sus tareas administrativas. Pero en lugar de contraerse a los estudios históricos i jeográficos que habian sido de su predileccion, se ocupó en obras de amena lectura, destinadas principalmente para la juventud. Ya en Madrid habia publicado en 1831 la traduccion castellana de una novela escrita en ingles por un autor español (1); en la Habana dió a luz en 1836 la *Biblioteca selecta de amena instruccion*, que forma doce tomitos, con otros tantos tratados elementales recopilados o traducidos de idiomas estraños, para difundir los conocimientos útiles; en 1837, el *Recreo literario*, que comprende otros doce tomitos de novelas tan sencillas como morales, traducidas al español; i por último, el *Juanito*, obra elemental de educacion para los niños i para el pueblo, traducida del italiano de Paravicini (2). Todas estas publicaciones emprendidas con un objeto mercantil, dejaron bien pocas utilidades a don Mariano Torrente, como tendremos ocasion de verlo mas adelante.

Despues de haber permanecido siete años en la Habana, Torrente recibió en 1839 la cruz de comendador de la órden de Isabel la Ca-

---

(1) *Gomez Arias, o los moros en las Alpujarras*, novela histórica escrita en ingles por el español don Telésforo Trueba i Cosio, Madrid, 1831, 3 vol. en 8.º

(2) Algunos años despues se publicó una nueva traduccion de este libro hecha por don Jenaro del Valle, que fué aprobada por el gobierno español como libro elemental. Torrente, que se encontraba entónces accidentalmente en Madrid a fines de 1853, se querelló por la prensa diciendo que la nueva traduccion era la misma que él habia publicado en la Habana, con ciertas modificaciones hechas para disimular el fraude, i que empeoraban la obra. Acusado su artículo como injurioso, Torrente fué condenado a pagar una multa de 60 reales vellon, o sean 3 pesos de nuestra moneda.

lica, gracia que a los reyes cuesta poco conceder i que suele envanecer mucho a los que la reciben; pero no obtuvo los ascensos a que se creia merecedor. Creyendo que su presencia en la Corte seria motivo para que el gobierno no se olvidase de él, pasó a España con licencia en 1840. Allí alcanzó el honor de ser nombrado miembro correspondiente de la Academia de la historia de Madrid i un asiento en las cortes lejislativas como diputado por la provincia de Huesca, i poco mas tarde, vocal de la junta consultiva de ultramar. Publicó entónces una memoria para defender la conservacion de la esclavitud en las colonias españolas, i en seguida un periódico titulado *El Conservador de ámbos mundos*, para sostener a su manera los intereses de esas colonias. Tanto en este periódico como desde su asiento de diputado, Torrente se manifestó hostil a la rejencia del jeneral Espartero, i particularmente a sus ministros. Esta actitud le acarreó su destitucion en mayo de 1842; i aunque reelecto diputado por la oposicion conservadora, se resolvió el año siguiente a abandonar la España i a fijarse definitivamente en la isla de Cuba.

Torrente estaba resuelto a abandonar para siempre la política i la literatura. Adquirió en los suburbios de la Habana, a inmediaciones del famoso paseo de Tacon, una modesta quinta en que estaba establecida una casa de sanidad en que recibia enfermos a tanto por dia. Viudo i sin mas familia que una hija única, se instaló en esa quinta i se hizo empresario del establecimiento, buscando en esta industria el modo de satisfacer las necesidades de su vida. La venta de los libros que habia escrito i de los cuales él mismo era editor, lo habia lisonjeado por algun tiempo; pero luego se desvanecieron sus ilusiones. Pensó en el comercio como un medio de mejorar su situacion, i proyectó el establecimiento de una sociedad de inmigracion africana para establecer i regularizar el comercio de esclavos por mayor. Este proyecto, sin embargo, no encontró acojida i solo fué una nueva decepcion para su autor.

La práctica administrativa adquirida por Torrente, la intelijencia con que habia desempeñado el destino que estaba a su cargo, fueron causa de que el gobierno de la isla consultase en muchas ocasiones su opinion i le confiase diversas comisiones que desempeñó siempre con gran celo. Cuando las espediciones filibusteras salidas del sur de los Estados-Unidos amagaron seriamente a la dominacion española en Cuba, la prensa de aquel pais tomó una actitud amenazante que hacia temer las mas serias complicaciones. Torrente, que hablaba i escribia bien el ingles, pasó a los Estados-Unidos en 1852 por encargo del capitan jeneral de la isla, i publicó en diversos diarios america-

nos varios artículos en defensa de la España. Desempeñó entónces una comision análoga en la república de Santo Domingo para impedir toda alianza entre los dominicanos i los Estados-Unidos. Convencido ademas de que en la misma metrópoli se apreciaban mal la situacion i las necesidades de la isla de Cuba, envió a un diario de Madrid, *La España*, una serie de artículos destinados a darlas a conocer. Esos artículos fueron desarrollados i reunidos poco despues en dos volúmenes en 8.° que, bajo el título de *Bosquejo económico político de la isla de Cuba*, se dieron a luz en Madrid en 1852 i 1853 con el nombre de Torrente. Pasa en revista todos los ramos de la administracion pública, agrupa un número mui considerable de datos estadísticos, jeográficos i e históricos i propone las mejoras que a su juicio debieran introducirse en el gobierno de la colonia. Este libro, importante bajo mas de un aspecto, mereció la proteccion del ministerio español, que compró al autor 300 ejemplares para darles circulacion (1).

Entónces renacieron sus aspiraciones de figurar en la vida pública. Torrente creia que los servicios prestados a su patria en el último tiempo merecian un premio que él debia pedir i que nadie podia negarle. Por otra parte, sus negocios marchaban mal: la casa de sanidad del paseo de Tacon i la venta de sus libros no le producian mas que una módica utilidad. Le era necesario llevar a Lóndres a su hija única para que allí contrajera matrimonio con un jóven ingles apellidado Burnaby, i quiso aprovechar esta circunstancia para volver a España a reclamar lo que a su juicio se le debia formalmente. En agosto de 1853 tomó en la Habana el vapor de la mala inglesa, i veinte dias despues (1.° de setiembre) se hallaba en Lóndres ocupado en hacer publicar en los diarios algunos artículos en favor del gobierno español en la isla de Cuba i de la conservacion de la esclavitud en esta colonia, no solo como una necesidad de su agricultura, sino por el buen trato que los negros recibian de sus amos.

Despues de dos meses de permanencia en Lóndres, Torrente se trasladó a Madrid por la via de Francia. Se presentó allí como un

(1) Es singular que de este libro no se haga particular mencion en el *Diccionario jeográfico, estadístico, histórico de la isla de Cuba* por don Jacobo de la Pezuela (Madrid 1863—1866, 4 v. en 4.°). Este autor, que ha intercalado allí noticias biográficas de los escritores sobre Cuba, omite tambien las de Torrente, i solo habla de él por incidencia en el artículo *literatura cubana* para mencionar otros escritos del historiador español. Esta omision no puede esplicarse mas que por una decidida mala voluntad.

hombre que estaba perfectamente al cabo de las necesidades de las colonias españolas i que por tanto podia suministrar noticias mui importantes i proponer reformas de la mas alta trascendencia. En este sentido escribió una tras otra várias cartas a Sartorius, conde de San Luis, el famoso jefe del gabinete español, i a algunos de los ministros. En esas cartas hablaba tambien de los servicios que habia prestado a la España en la última época; e insistiendo mucho en la importancia de sus relaciones i de su influjo en las provincias de Teruel i de Aragon, pedia que el gobierno no se opusiera a que fuera elejido diputado a cortes por Valderobles o por Mora. En esas mismas cartas i aun en representaciones oficiales reclamaba que se le confiriese la gran cruz de la órden de Isabel la Católica i el empleo de presidente del tribunal de cuentas de la Habana, para lo cual exhibia una recomendacion del capitan jeneral de Cuba. A fin de probar sus aptitudes para el desempeño de este cargo, dió a luz un opúsculo de 56 pájinas en 4.° titulado *Pensamiento económico-político sobre la hacienda de España*, i escribió un libro mas estenso con el título de *Política ultramarina*.

No se pueden leer sin una profunda compasion las cartas de Torrente en esta época de su vida. Hai en ellas una mezcla singular de lisonjas i de dignidad del hombre que tiene confianza en sus méritos i en sus servicios i que lo ve desatendido todo por personajes políticos que no se dignaban fijar su atencion en él, i para quienes Torrente era uno de esos solicitantes pertinaces e incansables que no cesan de pedir i que parecen no comprender que no se les quiere dar. Cuando pidió una conferencia a Sartorius, éste no se la quiso conceder: cuando le comunicó que en su *Política ultramarina* iba a revelar la verdad sobre los negocios de Santo Domingo i las agresiones de los Estados-Unidos sobre Cuba, Sartorius le encargó que no publicase ese libro que podia comprometer las relaciones diplomáticas de España, a lo que Torrente, contra su pesar i solo en su calidad de solicitante necesitado, tuvo que someterse.

En junio de 1854 estalló la famosa revolucion que puso en peligro al trono español i que echó por tierra el miuisterio Sartorius. Torrente aceptó este movimiento como un cambio que podia favorecer sus intereses. Se dirijió al jeneral Espartero, a quien habia tratado en 1829, cuando recojia datos para la *Historia de la revolucion hispano-americana*, a quien habia defendido en esta obra como a todos los militares españoles capitulados en Ayacucho, i que en 1842 lo habia destituido por su oposicion parlamentaria; escribió al jeneral Serrano, a quien conocia mas de cerca; solicitó la proteccion del

ministro don Joaquin Francisco Pacheco, a quien prometia darle muchas noticias i proyectos referentes a las colonias, i dedicarle su libro sobre la *Política ultramarina*; pero por todas partes recibia rechazos terminantes o frias i estériles promesas. Pacheco se negó a aceptar la dedicatoria ofrecida. Torrente se enfureció por este vergonzoso desaire. «Pacheco verá mui pronto, decia Torrente en carta a un amigo suyo, que no se me insulta impunemente.» I para vengarse de ese ultraje proyectó la publicacion de una *Revista crítica semanal de la política i administracion de España i ultramar*, en que pensaba poner de oro i azul a los gobernantes que lo habian despreciado.

Pero Torrente no contaba mas que con su zaña i no con sus fuerzas. No pudo publicar la anunciada revista, se limitó a dar a luz su *Política ultramarina* (1) sin dedicatoria alguna, i aplacando su enojo, volvió al papel de humilde solicitante. «¿Qué van a decir de mí en la Habana, decia Torrente, si vuelvo sin conseguir nada de lo que he pedido? Voi a quedar avergonzado e infamado.» I despues de tantos afanes, solo consiguió una carta de recomendacion del jeneral Serrano para el jeneral Concha, capitan jeneral de Cuba; i el modesto destino de intendente efectivo del ejército de ultramar, que le habia conferido el ministerio Sartorius.

Desesperado de conseguir lo que pretendia, Torrente se ocupó tambien en este tiempo en empresas de otro jénero. Volvió a pensar en su proyecto de inmigracion africana en Cuba, i trató de dar impulso a la venta de los libros de que era autor (2). Su correspon-

---

(1) Este libro llev? por título: *Política ultramarina, que abraza todos los puntos referentes a las relaciones de España con los Estados-Unidos, con la Inglaterra i las Antillas, i señaladamente con la isla de Santo Domingo*, Madrid, 1854, 1 vol. en 8.° Es un libro bastante curioso por los datos estadísticos que contiene i por las noticias históricas que da acerca de las relaciones diplomáticas de España respecto de sus colonias, i mui particularmente sobre las repúblicas de Haití i Santo Domingo.

(2) Creo que los lectores de esta *Revista* no verán sin curiosidad la carta siguiente, que se refiere en cierto modo a Chile:

«Señor don Salvador de Tavira.—(Chile).

«*Madrid*, 4 *de mayo de* 1854.

«Mi estimado amigo:

«Aunque no he tenido el gusto de ver a Ud. desde que comimos juntos en 1842 en Bagneres de Louchon, en casa del señor don Joaquin Ferrer, no tengo reparo

dencia deja ver que este negocio era mui poco lucrativo. Al fin, a principios de 1855 se embarcó de nuevo en Cádiz i pasó a la Habana para volver a dirijir la casa de sanidad del paseo de Tacon i a desempeñar el empleo que le habian concedido casi como una limosna.

Los últimos dias de Torrente fueron tristes i sombríos. El arreglo de sus negocios, en mui mal estado entónces, lo preocupaba principalmente; pero dirijia sin cesar sus miradas i sus esperanzas a Madrid, donde creia hallar alguna vez la proteccion que reparase los perjuicios i desaires que habia sufrido en pago de sus servicios. Se disponia para hacer un nuevo viaje a España en agosto de 1856, cuando la muerte vino a sorprenderlo el 24 de julio de ese año. Una irreparable consuncion agotó su vida cuando meditaba todavía nuevos proyectos para reparar su fortuna i conquistarse la posicion a que se creia merecedor. El mismo dia de su muerte, uno de sus acreedores, el conde de San Fernando, pidió el embargo de los muebles de Torrente para pagarse de una deuda de 4,000 pesos. La órden se ejecutó en medio de las lágrimas de su hija i a pesar de los ruegos

---

en molestar a Ud. con un encargo, en obsequio del cual me atrevo a esperar que Ud. querrá dispensar todo su apoyo. Don Luis Viana, librero de Madrid, lleva una caja con las obras que espresa la adjunta nota. Su objeto, como Ud. debe conocer, es no solo que se venda ahí esta pequeña remesa, sino que se abra ese mercado para otras mayores, señaladamente del *Juanito*.

«Cuando lo publiqué por primera vez en la Habana en 1839, me pidieron de Valparaiso 500 ejemplares que remití al precio de dos duros, pues tal fué el de la primera edicion. Como ésta va estereotipada, he podido reducir dicho precio a medio peso; i tanto por su baratura, pues que en España se vende a diez reales vellon en rústica, como por el mérito de dicha obra, ha sido adoptada para las escuelas; i no dudo que lo será en ese pais i que se harán numerosos pedidos si Ud. tiene la bondad de darla a conocer i de recomendarla al gobierno.

«Hé aquí el favor que he de merecer de Ud. i al que quedaré mui agradecido. Yo me hallo accidentalmente en Madrid; pero debo volver pronto a la Habana, habiendo sido nombrado por el gobierno intendente efectivo de ejército.

«Si Ud. gusta favorecerme con su contestacion, puede dirijirla a dicho punto, como tambien cualquiera órden que quiera Ud. comunicar a su afectísimo amigo i seguro servidor.

MARIANO TORRENTE.

«P. D.—Agradeceria asimismo, que por su mediacion i con sus oficiosos cuidados se estendiera dicha obra del *Juanito* por el Perú, i que tanto en las casas de educacion de aquella república como en las de Chile, fuera adoptada como lo está en España. I no dudo que ha de ser así luego que en ámbos países se persuadan de que no pueden poner en manos de la juventud una obra mejor ni mas barata.»

del capitan jeneral de Cuba, que habia profesado alguna estimacion al difunto.

El nombre literario de Torrente, mirado por los americanos como el símbolo de la pasion i de la parcialidad, olvidado en España, donde se tributan homenajes a escritores de mucho ménos mérito, no merece el desden que se le ha inflijido. Su obra capital, la *Historia de la revolucion hispano-americana* es, como hemos dicho, un libro que puede leerse con fruto, que contiene un grande acopio de noticias i que refleja mejor que otro alguno la opinion de los españoles sobre la revolucion de la independencia del nuevo mundo. Si la posteridad debe ser un juez que pronuncie su fallo despues de oir a las dos partes, es indispensable que la obra de don Mariano Torrente sea sometida a una confrontacion, a un careo, por decirlo así, con los escritos de los que defienden i sostienen la parte contrária.

DIEGO BARROS ARANA.

LOS APOSTOLES DEL DIABLO

El jóven don Luis Montt acaba de dar a luz un opúsculo que lleva por título: *Ensayo sobre la vida i escritos de Camilo Henríquez.*

La obrita mencionada es un estreno que honra a su autor, i que debe atraerle los aplausos i estímulos de todos los que se interesen por los progresos de la literatura nacional.

El señor Montt ha venido a alistarse en la lejion de los escritores chilenos presentando una prueba práctica de competencia, que, a lo que me lisonjeo, será sin duda calificada de buena.

Es de esperarse que no omitirá esfuerzos para realizar cumplidamente las esperanzas a las cuales su primera composicion sirve de fundamento; i que perfeccionando con perseverante estudio sus conocimientos i su estilo, manifestará en lo sucesivo no haber tomado en vano por padrino, al entrar en la vida literaria, al mas ilustre de los santos padres de nuestra independencia.

I confío tanto mas en que así ha de suceder, cuanto que el trabajo del señor Montt revela una paciente i concienzuda investigacion de los hechos.

Es este un mérito, jamas suficientemente alabado, el cual suministra lisonjero indicio de seriedad i reflexion.

El jóven Montt, como los que ántes de él han escrito sobre Camilo Henríquez, se ha esmerado en hacer ver cuánto su héroe sirvió a la propagacion i realizacion de la idea de la independencia, que el primero de todos sostuvo en Chile por la prensa, sin embozo de ningun jénero, con una franqueza harto peligrosa para quien la empleaba; pero al propio tiempo, el nuevo biógrafo, tambien como sus antecesores, ha notado apénas, solo mui de paso, la importantísima cooperacion que Henríquez prestó a la causa de otra idea igualmente fundamental.

Me propongo en esta ocasion llenar el vacío señalado.

Camilo Henríquez reivindicaba para sí con complacencia el honor de haber sido el primer campeon en la América Meridional de la segunda de las ideas mencionadas, que él denominaba: la *tolerancia civil*.

Hé aquí cómo se espresaba sobre este punto en un periódico titulado: *El Nuevo Corresponsal*, que redactó en Santiago el año de 1823.

La jeneracion que se levanta «talvez dirá con orgullo que el editor del *Mercurio* (Camilo Henríquez) fué el primer hijo de Sud-América, i esto en la culta Buenos Aires, que el año de 1817 publicó la siguiente nota: «La tolerancia civil está establecida en los imperios de Austria, Rusia i Turquía; en los reinos de Inglaterra, Francia, Prusia, Suecia, Dinamarca, Polonia, Nápoles, Holanda, Brasil, Hungría, Bohemia, Iliria i en todos los principados de Alemania; en el Cuerpo Helvético i en la gran Confederacion de Norte América. Jamas perderémos ocasion de defender la necesidad i la justicia de la tolerancia civil, aunque nos espusiésemos a todos los peligros. Atacarémos de frente a cuantos se opongan a una medida que exijen tan imperiosamente las circunstancias i el honor de nuestra patria, la ilustracion de la era actual, la opinion de los sabios, el ejemplo de los grandes pueblos i la esperiencia de las edades anteriores.»

Efectivamente, Henríquez habia escrito la declaracion que acaba de leerse para disculparse de haber maldecido en el drama que compuso con el título de *La Camila o La Patriota de Sud América* a los inquisidores o quemadores de carne humana, como los llamaba.

«Estos quemadores, hace decir a uno de los personajes del drama, no quemaban casas, sino hombres i mujeres. Entregaban a las llamas a cuantos no pensaban como ellos en ciertas materias oscuras. Es incalculable el número de víctimas que sacrificaron en Holanda, Italia, España, Portugal, etc. Ni aun el profundo jenio de los matemáticos ingleses puede determinar el número de familias que redujeron a la mendicidad i el infortunio.»

El haberse creído Henríquez obligado a parar por medio de la declaracion ántes citada el golpe de los ataques que estaba cierto habian de dirijírsele con motivo de la espresion de juicios desfavorables a los inquisidores, demuestra demasiado por sí solo cuál era el incalificable atraso de los pueblos hispano-americanos.

La sociedad que la España habia ido formando i consolidando durante tres siglos en el nuevo mundo era esencialmente realista i clerical.

La victoria definitiva de los independientes socavó por la base el dogma de la majestad real; pero habia dejado en pié todas las exijencias indebidas i perniciosas del fanatismo i de la intolerancia.

Miéntras tanto, los verdaderos patriotas anhelaban, no solo por la independencia, sino tambien por la rejeneracion completa de la América Española.

Camilo Henríquez, en su drama *La Camila*, formula las dos siguientes proposiciones, que son mui significativas:

«*Primera*. Para remediar la lastimosa despoblacion de la América, i su atraso en las artes i agricultura, es necesario llamar estranjeros con el atractivo de unas leyes imparciales, tolerantes i paternales.

«*Segunda*. Si la América no olvida las preocupaciones españolas, i no adopta mas liberales principios, jamas saldrá de la esfera de una España Ultramarina, miserable i oscura como la España Europea.»

La independencia política de los antiguos dominios españoles en el nuevo continente se hallaba consumada; pero faltaba la realizacion de la segunda parte del plan que se habia concebido para hacer gozar a las naciones americanas los beneficios de la civilizacion, i conseguir que recuperasen el tiempo perdido.

Camilo Henríquez se dedicó a la secularizacion de Chile con tanto ardor, como el que desplegó para llegar a su independencia.

Esta segunda obra era tan dificultosa como la primera, o quizá mas todavía.

Las antiguas colonias hispano-americanas recien llamadas a gobernarse por sí mismas, i a procurar su prosperidad material i moral, eran verdaderas sociedades teocráticas, o mejor dicho, monásticas, en las cuales la soberanía del sacerdote i del fraile era poco ménos que omnipotente.

Se habia puesto en ellas todo jénero de trabas al libre vuelo del pensamiento i de la espontaneidad humana.

I por una consecuencia necesaria, se habia dado una importancia desmedida a un gran número de esterioridades, muchas de ellas embrutecedoras i otras solemnemente ridículas.

El pretesto que se alegaba para mantener aquel conjunto de absurdos era la ventaja de conservar la unidad de creencias.

Pero miéntras tanto, la relijion se habia reducido a simples prácticas supersticiosas o bárbaras; i el clero regular i secular era en su mayor parte, o mui ignorante, o escandalosamente corrompido.

El padre frai Melchor Martínez, cuyo testimonio no puede recu-

sarse en esta materia, escribia en 1815, que «los chilenos eran relijiosos tocando algo en el exceso de la esterioridad i supersticion.»

La forma i el largo de los vestidos de las mujeres han sido en este país cuestiones mas estrepitosas, que las de dogma, nunca consideradas en la época de la colonia.

El que una mujer decente se hubiera presentado en un templo con traje de color, o con la cabeza descubierta, habria sido reputado casi una profanacion.

Para conocerse lo que era la moralidad del clero, puede leerse el capítulo 8.° de la parte 2.ª de las *Noticias Secretas de América* por don Jorje Juan i don Antonio de Ulloa.

Tales eran los funestos resultados a que habia llevado el mas intolerante de los esclusivismos relijiosos.

Camilo Henríquez i otros pensadores como él determinaron atacar en cuanto les fuera posible la continuacion de un órden de cosas semejante.

La empresa era por demas ardua.

Para que se comprenda el grado de opresion en que se mantenia a las almas, quiero citar algunos hechos mui posteriores, pero que permiten colejir lo que sucedia a este respecto en Chile allá por el año de 1822, cuando Henríquez regresó de Buenos Aires por llamamiento del director supremo don Bernardo O'Higgins i de su amigo don Manuel Sálas.

En 21 de abril de 1832, don Andres Bello, que era tan circunspecto, como sabio, llamaba en el *Araucano* la atencion del público i del gobierno sobre el procedimiento de los censores, los cuales prohibian la entrada en nuestro país del *Derecho de jentes de Vattel*, «obra clásica que es de primera autoridad en las cuestiones de derecho de jentes i se cita con respeto en los tribunales i los cuerpos lejislativos de todas las naciones cultas;» de la *Delfina*, «novela de madama de Staël, cuyas obras se distinguen todas por la pureza de los sentimientos morales;» i del *Diablo Cojuelo*, libro «que habia corrido en España sin embarazo en los peores tiempos de la inquisicion.»

Mas tarde, el 22 de noviembre de aquel año, el mismo Bello anunciaba con estrañeza en el *Araucano* que la censura acababa de prohibir el *Espíritu de las leyes* de Montesquieu, el *Eusebio* i el *Antenor* de Montegon, el *Belisario* de Marmontel, el *Ensayo sobre las costumbres* de Voltaire, i «lo que era mas estúpido, la *Historia de los horrores de la Inquisicion Española*, obra digna de los aplausos del mundo entero i del reconocimiento de la humanidad.»

Debe recordarse que don Andres Bello, a pesar de su estremada prudencia, estuvo en mal olor de santidad cerca de muchas personas.

Lo que sucedia en 1832 puede hacer conjeturar lo que sucederia diez años ántes, en 1822.

El director O'Higgins habia llegado a ser mal mirado por las personas que aspiraban a conservar a toda costa la constitucion clerical que el réjimen de la colonia habia dado a la sociedad chilena.

Los motivos que tenian para esto eran varios.

Enumeraré solo algunos de los principales.

Aunque habia sido por razones políticas, el director O'Higgins, sin respetar la inmunidad del obispo de Santiago señor don José Santiago Rodríguez, le habia desterrado a Mendoza.

Se manifestaba mui inclinado a promover la venida de estranjeros, sin ponerles siquiera por condicion indeclinable el que profesaran la relijion católica.

Habia rehusado consignar en la declaracion de la independencia la prostesta de que los chilenos estaban resueltos «a vivir i morir libres, defendiendo la fe santa en que habian nacido.»

Habia promulgado en la *Gaceta Ministerial* el siguiente decreto:

«*Santiago, Diciembre* 14 *de* 1819.

«Es mui justo que los estranjeros residentes en Chile hagan las funciones funerales de sus difuntos segun los ritos de su creencia. Estos actos en nada contrarian los de nuestra relijion católica. Ellos se han conducido hasta el dia con la mejor política sin mezclarse directa ni indirectamente en materias de creencias. En su virtud, se concede a los suplicantes la licencia que piden para comprar en esta ciudad i en la de Valparaíso un terreno a propósito destinado a hacer en él sus ritos fúnebres. Insértese lo actuado en la *Gaceta Ministerial.—O'Higgins.—Echeverría.*»

Los antecedentes mencionados i otros análogos dieron márjen para que cuando se supo el llamamiento de Henríquez a Chile, ciertas personas murmuraran que el director O'Higgins traia a aquel escritor sospechoso en materias de fe «para que viniese a ayudarle a derrocar la supersticion i el fanastismo,» segun lo consignó en uno de sus folletos el dominicano frai Tadeo Silva.

A pesar de estos temores anticipados, Camilo Henríquez, desde que volvió a su país, practicó la doctrina de la tolerancia, que venia resuelto a sostener por escritos i por actos.

Aun no estaba concluida la guerra de la independencia; aun esta-

ban vivas las disensiones civiles entre los partidarios de O'Higgins i de Carrera; i sin embargo, el 9 de agosto de 1822, propuso a la convencion nacional, de que formaba parte, el que recabara del director supremo una lei de olvido que evitara a Chile la degradacion de que muchos de sus hijos anduvieran errantes por comarcas estranjeras, «devorando miserias, pobrezas, amarguras.»

La amnistía debia comprender a todos los proscritos políticos sin escepcion, a los realistas i a los carrerinos.

Camilo Henríquez anhelaba por una conciliacion jeneral que permitiera a todos los ciudadanos aunar sus esfuerzos en beneficio comun.

Antes de que el director hubiera concedido la lei de olvido que la convencion habia solicitado, dió el 20 de agosto, dia de su santo patrono San Bernardo, un gran banquete, al cual asistieron mas de doscientas personas.

Camilo Henríquez, que fué uno de los convidados, brindó en él aplaudiendo la idea que O'Higgins acababa de espresar en una conversacion privada de levantar el destierro del obispo don José Santiago Rodríguez aun ántes de promulgar la amnistía jeneral, que habia resuelto firmar el próximo 18 de setiembre.

Sin embargo, el espíritu de benevolencia para todos de que Henríquez manifestaba hallarse animado, no bastó para disipar el disgusto que su vuelta al país habia producido en cierta jente.

Un tristísimo acontecimiento hizo trabar la lucha que se estaba preparando sordamente.

El 19 de noviembre de 1822, a las 10 horas i 54 minutos de la noche, se esperimentó un espantoso temblor que duró dos minutos i medio, i que causó ruinas considerables en Valparaíso, Quillota, Ligua, Casablanca i en los campos.

En Santiago, el destrozo no fué grande; pero el terror fué inmenso.

Varios sacerdotes predicaron en los templos i en las plazas que el temblor habia sido un signo patente de la ira del Señor contra el pueblo de Chile.

Algunos devotos comenzaron en su afliccion a hacer públicamente las penitencias mas sangrientas.

Empalados i disciplinantes, que hacian saltar de sus carnes chorros de sangre, recorrieron las calles de la atribulada ciudad.

Uno de estos penitentes tuvo en Renca una muerte súbita.

Todo aquello habia difundido la mayor consternacion.

Camilo Henríquez procuró en el *Mercurio de Chile*, que redactaba a la sazon, restituir la serenidad a los ánimos.

Hizo observar, entre otras cosas, que los temblores eran fenómenos naturales; i que si se atendia a la esperiencia, los grandes terremotos solo ocurrian en nuestra comarca de siglo en siglo; i que por lo tanto, ya que acababa de sobrevenir uno, los habitantes podian estar seguros de que en largo tiempo no tendrian que sufrir otro de tanta magnitud.

Reprobó con moderacion suma la práctica de las penitencias sangrientas i brutales de que algunos fanáticos habian hecho ostentacion en aquellas circunstancias.

Escribió aun que a su juicio tan repugnantes espectáculos habian sido ejecutados sin noticia de las autoridades civiles i eclesiásticas.

Merece llamar la atencion la especialísima recomendacion que hizo en su artículo de la conducta del que iba a presentarse como el caudillo de sus adversarios. «Por lo que hace a las exhortaciones que se han hecho al pueblo, dijo, solo podemos hablar de las que hizo en la Alameda un teólogo de Santo Domingo, reverendo padre frai Tadeo Silva; i lo felicitamos por su uncion i eleccion en no contristar i aflijir mas unos corazones despedazados por el terror.»

Este escrito, tan comedido en la sustancia i en la forma, fué, sin embargo, considerado por algunos como impío i aun blasfemo.

Pero los que se empeñaban por hacer creer que el temblor del 19 de noviembre habia sido un verdadero i tremendo castigo infli-jido por Dios a los pecados de los chilenos, descargaron desde luego su indignacion, no contra Camilo Henríquez, sino contra don Bernardo Vera i Pintado, que habia insertado en el *Mercurio de Chile* dos comunicados en los cuales discutia el asunto con mas estension i acritud.

El doctor Vera, como se le llamaba, era un competidor terrible.

Habia prestado eminentes servicios a la causa de la independencia, lo que despues del triunfo le habia merecido toda especie de consideraciones.

Tenia una reputacion sentada de talento i de instruccion.

La facilidad de su palabra i la viveza de su injenio le habian conquistado una posicion envidiable en el foro chileno, donde tenia a su cargo los intereses de una numerosa clientela.

Pero don Bernardo Vera no solo era un abogado de crédito, sino tambien, lo que era mas raro entónces, un escritor admirado, un poeta mui gustado i mui aplaudido.

Todos le pedian versos, i a todos los daba. Hacia composiciones patrióticas, místicas i galantes. Es el autor de la cancion nacional que

se cantaba en las fiestas cívicas, i de los metros devotos que se habian escrito en las paredes de la casa de ejercicios de Santa Rosa.

I no solo tenia el don de hacer versos, sino ademas la buena fortuna de que sus contemporáneos se extasiaran al oírlos o al leerlos.

Camilo Henríquez era retirado, triste, deslucido en el hablar; su amigo Vera sobresalia en el chiste; se hacia escuchar en todos los corrillos; era la alegría de los banquetes, a que tenia mucha aficion; i la sal de las tertulias, a que asistia noche a noche.

Se comprende que un hombre de esta especie, que se habia propuesto atacar sin embozo con la lengua i con la pluma las prácticas supersticiosas o fanáticas, atrajera sobre su persona los primeros golpes de los adversarios.

Camilo Henríquez, aunque habia espresado la misma opinion, fué por lo pronto dispensado. Todo el ataque se dirijió contra su amigo Vera.

El dominicano frai Tadeo Silva, cuyo nombre ha aparecido ya en esta relacion, dió a luz contra Vera un folleto titulado *Aviso del Filósofo Rancio*, en el cual, con tono bastante agresivo, pretendia que los temblores i otros sucesos de esta clase debian considerarse en ocasiones, como castigos de los pecados humanos, i en ocasiones, como advertencias para la enmienda.

El doctor Vera, que no era hombre para guardar silencio, opuso folleto a folleto, publicando en contestacion otro que llevaba por nombre *Palinodia del Consolador en satisfaccion del Filósofo Rancio.*

Escusado parece advertir que Vera respondia en estilo semejante a aquel con que se le habia agredido.

La controversia habia llegado a un grado bastante subido de acaloramiento, cuando el 13 de marzo de 1823, Camilo Henríquez hizo aparecer el número 23 del *Mercurio de Chile*, en uno de cuyos artículos, traducido o estractado por el redactor, se leian las siguientes frases:

«Voltaire, Rousseau, Montesquieu son los apóstoles de la razon. Ellos son los que han roto los brazos al despotismo; los que han elevado barreras indestructibles contra el poder invasor; los que rasgando esas cartas dictadas a la debilidad por la fuerza entre los horrores de las armas, han borrado los nombres de señor i esclavo; los que han restituido a la tiara su mal perdida humildad; i los que han lanzado al averno la intolerancia i el fanatismo.»

Aquellas palabras causaron el mayor escándalo en el clero i sus allegados, i proporcionaron abundante tema de conversacion i de po-

lémica, aun en medio de las ajitaciones civiles que habian seguido a la deposicion del director O'Higgins.

Frai Tadeo Silva salió a la palestra con un folleto titulado los *Apóstoles del Diablo*, que fué mui leído i comentado, en el cual atacaba con mucha severidad a Henríquez, i contradecia los elojios de Voltaire, Rousseau i Montequieu que éste habia insertado en su periódico.

Numerosas personas, escribia frai Tadeo Silva, aseguran que hai sólidos fundamentos para poner en duda las creencias relijiosas del padre Camilo Henríquez, que en contravencion a las órdenes de la iglesia ha recomendado la lectura de esos autores condenados.

«Apoyan esta su vehemente sospecha, continuaba diciendo, en su continuo conato para introducir en Chile la tolerancia ilimitada de toda secta anti-católica. Por ella se declaró abiertamente en la anterior convencion con escándalo de todos los diputados; i uno de los capítulos de elojio de sus pretendidos apóstoles es el haber desterrado al averno la intolerancia fanática, restituyendo a la tiara de San Pedro su mal perdida humildad; de modo que segun aparece de estas escandalosas espresiones, él se goza de la depresion i vilipendio de la cabeza de la iglesia, i solicita ansiosamente ver una mezquita de moros al frente de una catedral, una sinagoga o una pagoda al lado de cada parroquia, una lojia o un templo de luteranos cerca de cada convento, para que cada cual vaya a donde guste a los oficios relijiosos.

«Fundan ademas sus presunciones en aquel cuidado dilijente con que ha copiado en sus *Mercurios* los proyectos de reforma eclesiástica adoptados por la autoridad secular de Buenos Aires, que ha destruido i aniquilado las órdenes relijiosas, en lugar de reducirlas a reglas, careciendo de potestad para una obra de esta clase, sin que jamas se haya dignado copiar una sola línea de los bellísimos papeles que han producido algunos sabios contra esa reforma destructora.

«Añaden que en esto ha procedido el padre de concierto con sus operaciones, pues habiéndose quitado el hábito seglar de San Camilo por una bula de secularizacion que le concedió el pasado director con la autoridad de los santísimos apóstoles Voltaire, Rousseau i Montesquieu, desea que en Chile se concluya con las comunidades relijiosas para no tener a la vista tantos hábitos que le atormentan la conciencia por haber dejado el suyo contra las prohibiciones i escomuniones eclesiásticas.

«Dicen que no hallan en qué órden o clase de ciudadanos deba colocarse al sobredicho relijioso: no entre los seculares, porque todavía

trae corona; no entre los clérigos, porque carga chupin i medias blancas, no entre los frailes, porque no trae su distintivo, que es el hábito; i que de consiguiente, parece que solo debe colocarse *ubi nullus est ordo, sed sempiternus horror*, como dice San Bernardo hablando de algunos de los sacerdotes de su tiempo.

«En vista de tales antecedentes, resuelven estos hombres escrupulosos el problema diciendo que si el padre Camilo ha prodigado tan exorbitantes elojios a Voltaire, a Rousseau i a Montesquieu, es por que estos escritores son enemigos crueles de la tiara, furiosos declamadores contra las comunidades relijiosas, apóstoles de la tolerancia infernal, i qué sé yo qué otros dictados mas preciosos.

«Por último, convierten sus declamaciones contra el señor don Manuel Sálas como causa principal de su venida a nuestro Chile, despues que nos habíamos librado del célebre García del Rio, que derramaba en sus periódicos las mismas ideas que el *Mercurio*; i concluyen que todos los ejercicios espirituales que hizo este caballero en Santa Rosa, juntos con la penitencia de San Simon Estilita, no serian bastantes a borrarle este pecado de tan perniciosas consecuencias.»

Camilo Henríquez fundó ex-profeso para responder a su adversario el padre Silva un periódico llamado *El Nuevo Corresponsal*.

Empleó en sus réplicas una moderacion ejemplar.

Declaró que si no llevaba el traje de su órden, era por que habia obtenido para ello permiso del vicario castrense.

Defendió los elojios a Voltaire, Rousseau i Montesquieu, diciendo que lo que admiraba en ellos era, no sus opiniones teolójicas, sino los servicios que habian prestado a la causa de la libertad, de la tolerancia i de la civilizacion.

Camilo Henríquez no fué abandonado en la lucha por sus amigos.

Particularmente, Vera i otro escritor arjentino don Juan Crisóstomo Lafinur, recien llegado a Chile, i a quien Henríquez habia conocido en Buenos Aires, salieron en su ausilio.

Lafinur tenia mas de una prenda de carácter parecida a las de Vera.

Como éste, hacia versos, pero jeneralmente mejores; i como éste, cautivaba con lo ameno i lo chistoso de su conversacion.

Habia comenzado por ser sochantre en la catedral de Córdoba; pues entre sus variados talentos, se enumeraba el de poseer una magnífica voz i el de ser un excelente músico.

El poeta arjentino don Juan Cruz Varela, de quien habia sido íntimo amigo, le habia llamado en una composicion burlesca «espejo de cuerpo entero», aludiendo a la lustrosa sotana que vestia.

De Córdoba, Lafinur pasó al Tucuman, donde por sí solo aprendió algunos ramos de matemáticas para enseñarlos en una academia que fundó el jeneral Belgrano, de quien fué un apasionado admirador.

La *América Poética* contiene algunas composiciones de Lafinur a la memoria de su ilustre protector.

En Buenos Aires, Lafinur se dedicó a la prensa i a la enseñanza de la filosofía.

Sus opiniones, demasiado propensas al materialismo, le atrajeron disgustos que le hicieron venirse a Mendoza, donde abrió un colejio.

La franqueza con que hablaba de materias relijiosas le suscitó persecuciones que le obligaron a emigrar a Chile.

Aquí llegó sin recursos de ninguna especie, i materialmente sin camisa.

Don Bernardo Vera i don Gabriel Ocampo, compatriotas suyos, le protejieron, i le estimularon a que procurara recibirse de abogado.

Lafinur no habia estudiado una línea de derecho; pero en cuatro meses se puso en aptitud de graduarse en la antigua universidad de San Felipe.

Esta hazaña de Lafinur es mencionada por sus amigos para manifestar lo asombroso de su intelijencia; pero aunque no pretendo de ningun modo rebajar el mérito que se le atribuye, debo, a fuer de cronista imparcial i verídico, recordar que por entónces estaba vijente en Chile algo parecido a lo que ahora se ha bautizado con el pomposo nombre de libertad de enseñanza.

Lafinur combatió de palabra i por escrito en las filas de los anticlericales con un empeño arrebatado que le hizo el blanco de grandes antipatías.

Sin embargo, su carrera habia de ser corta, pues falleció al siguiente año de 1824 con una muerte edificante, que le valió todo linaje de elojios póstumos.

Se me asegura que es suya una oda «A la Libertad de Imprenta», que apareció en el *Despertador Araucano*, periódico que intentó fundar don Joaquin Campino, no habiendo pasado del número segundo.

En esta composicion, el poeta, despues de decir que todos pretendian en Chile meterse a escritores, se espresa como sigue:

Hasta el *Diablo* se cuela como jente;
Sus *Apóstoles* mete el mui maldito;
I a fe que no le falta un lugarcito.
Mas ¡qué pícaro el *Diablo!* ¡qué travieso!
De inquisidor asoma (que es el traje

Que mas le gusta), i lo levanta en peso
Al pobre *Mercurista*. Oh! el pasaje
Hubiera sido tierno,
Porque el inquisidor hasta el infierno
Con el triste no para;
Pero ¡gracias a Dios! ¡quién lo pensara!
Un *Corresponsal Nuevo* se presenta
Con un tren de famosa artillería;
Con él viene la gran Filosofía;
La Tolerancia su escuadron ostenta,
Aquella a quien la Europa
Debe su elevacion i su renombre,
Aquella que le dió grandeza al hombre.
El escuadron valiente presto acude,
Toma al inquisidor entre sus brazos,
Lo araña, lo sacude,
I lo hace novecientos mil pedazos.
Así escapó la víctima infelice,
I se abrió para siempre un paso franco.
Si no es eso, ¡la Vírjen nos asista!
No le dejan al pobre *Mercurista*
Ni siquiera el *calzon* ni el *chupin* blanco.

Camilo Henríquez, a quien Lafinur llamaba *mercurista* por alusion al *Mercurio de Chile* que habia redactado, manifestó en verso su agradecimiento al autor de la oda mencionada.

Henríquez supo retratar la bondad de su alma en las últimas estrofas de esta composicion:

Canta la tolerancia i la concordia,
I la útil *lei de olvido*.
Que quede lo perdido por perdido.
Harto perdimos ya por la discordia.
Huyan los duros e inciviles nombres
Protestante, *papista*, *o'higginista*,
Fraile, *brujo*, *mason i carrerista*.
Somos todos hermanos, somos hombres.
Ilusos e infelices,
Trabajemos en fin por ser felices.

Los votos jenerosos de Camilo Henríquez no habian de cumplirse.

La lucha que habia sido uno de los primeros en provocar siguió enconándose, i haciéndose estensiva a la sociedad entera.

El padre Silva habia creado para sostener sus ideas un periódico titulado *El Observador Eclesiástico.*

Otros le contestaron en diversos periódicos, distinguiéndose entre ellos los redactores del *Liberal* don Diego José Benavente, don Manuel José Gandarillas i don Joaquin Campino.

Todo aquello habia por desgracia de ir a parar a una desastrosa guerra civil.

Camilo Henríquez, que habia tenido la buena fortuna de contemplar el triunfo de la primera de las grandes ideas a que habia consagrado su pluma, la independencia de Chile, no tuvo la de ver en su país, la realizacion de la segunda de esas grandes ideas, la tolerancia.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

LOS PRECURSORES

DE

LA INDEPENDENCIA DE CHILE (1)

IV

Quedan apuntados los principales obstáculos que se oponian a la independencia americana. Entre ellos, el formado por las creencias relijiosas de la época, con el intolerante fanatismo i grosera supersticion que llevaban consigo, ocupa el primer puesto. El era el mas sólido fundamento de la dominacion española en América i la valla mas poderosa que debian encontrar los revolucionarios.

El señor Amunátegui lo ha señalado, pero sin darle el lugar que le corresponde, el primer lugar.

En nombre de la relijion i de la fé, mas que del monopolio, se prohibió en las colonias toda entrada al estranjero, que podia ser trabajador e industrioso, pero tambien algun aborrecido hereje de impuro contacto. En nombre de la relijion i de la fé se prohibió, sobre todo, la entrada de libros, que podian llevar a los colonos la luz, el conocimiento de sus derechos. I si el rei era acatado i reverenciado, lo era porque se le consideraba como un ser privilejiado que gobernaba por delegacion de Dios. Su dominacion en América, anunciada por los profetas i por los demonios, segun las ideas dominantes, habia sido

(1) Trabajo histórico de don Miguel Luis Amunátegui, tomos 1.º i 2.º, Santiago, 1870—1871.—Véase el número anterior de esta *Revista*.

confirmada por donacion del papa i consagrada por una multitud de milagros atribuidos a la intervencion directa de los santos en favor de los españoles i de su rei, que recibia de ellos tan vastos dominios, no tanto para gobernarlos como sociedades humanas, sino mas bien para llevar a ellos en la punta de una espada la santa fé católica i mantenerlos en ésta libres del contajio de la herejía.

Los reyes, por su parte, i en cumplimiento de su divina mision, se convirtieron, como lo observa el señor Amunátegui, en una especie de curas de alma. Todo el libro I de la *Recopilacion de leyes de Indias* no parece sino una ampliacion del decálogo. En ese código, los reyes prohibieron jurar el nombre de Dios en vano, o hacer la figura de la cruz, ni de santo o santa, en lugares en que se pudiera pisar, tapetes, sepulturas, etc.; dispusieron la manera de bautizar i de oir misa, en profundo silencio, los hombres separados de las mujeres; prescribieron misas i novenarios en ciertos dias i en honor de algun santo; mandaron a todos los habitantes de América «que firmemente creyesen i simplemente confesasen» el misterio de la Santísima Trinidad, los artículos de la fé, etc., bajo las penas impuestas por derecho; ordenaron que nadie pudiese recibir un grado universitario si antes no jurare públicamente sobre un misal «que siempre tendrá, creerá i enseñará de palabra i por escrito haber sido siempre la Vírjen María, Madre de Dios i señora nuestra, concebida sin pecado orijinal desde el primer instante de su ser natural,..... i si sucediere haber alguno (lo cual Dios Nuestro Señor no permita) que rehusare hacer el juramento, le será por el mismo caso denegado el grado;» i mandaron finalmente sobre la misma materia, que los catedráticos «no la pasen en silencio, i espresamente lean i prueben cómo fué concebida sin pecado orijinal,..... pena de perder la cátedra.»

Como se ve, la corte de España se adelantaba con mucho a las decisiones de los doctores i a la cátedra de San Pedro, castigando al que no *probaba* la concepcion purísima de María, cuando todavía faltaban siglos para que la Iglesia la impusiera como dogma de fé.

Nadie podia embarcarse para América, sin estar previamente confesado i comulgado; i si un americano llegaba a morir sin confesion, sus hijos debian perder por confiscacion la mitad de los bienes que dejara.

Aunque no todos los hechos que acabamos de citar se encuentren consignados en los *Precursores*, el señor Amunátegui ha demostrado bien claramente el papel de misionero o apóstol que habia tomado sobre sí el rei de España i de las Indias.

La autoridad, en nombre de la relijion, se introducia en el hogar

doméstico; i si allí se habia cometido un acto contrario a la moral, los delincuentes eran severamente castigados. Lo menos que podia pasarles era lo que pasó al capitan Arajul, de que hablan los *Precursores*, obligado por el presidente Guill i Gonzaga a seguir una corrida de ejercicios en castigo de su licenciosa vida.

Los papas, en recompensa, se apresuraron a conceder al hijo predilecto de la Iglesia, privilejios que hacian del rei el único dispensador de todos los cargos, honores i beneficios. Era éste un privilejio a que las ideas de dominacion universal de que el papado se creia aun investido, daban por entonces ese carácter. Un papa habia dividido el mundo de polo a polo para repartir entre dos naciones todas las tierras que se descubriesen. ¿Qué mucho, pues, que se recibiera como un privilejio de la santa sede la restrinjida independencia que dejaba a los monarcas españoles para el gobierno de sus colonias?

Porque no se crea que esa independencia era absoluta o siquiera efectiva. Las ideas de sumision a la silla apostólica i a sus ministros la reducian en la práctica a una mera fórmula. La Iglesia se reservó, por otra parte, importantes prerogativas i directa intervencion en los negocios públicos, sobre todo, en el ejercicio de su jurisdiccion moral, empleando por sí sola la fuerza coercitiva del brazo secular para llevar a cabo sus resoluciones.

«Todos los años, dice el señor Amunátegui (t. I, p. 165), la autoridad eclesiástica publicaba un edicto para que se le denunciasen los amancebamientos i otros escándalos contra el sesto mandamiento del decálogo.

«En seguida, recibia con la mayor reserva las delaciones; i en vista de ellas, determinaba lo que parecia conveniente, sin mas auto ni traslado.»

A la invasion de poderes se unia de este modo un procedimiento inquisitorial, fuente fecunda de abusos i desafueros; hasta que la audiencia de Santiago se vió obligada a exijir «que ningun infractor del sesto mandamiento pudiera ser encerrado en un monasterio, si era mujer, o encarcelado o desterrado, si era hombre, sin que se solicitara ausilio de la justicia con acompañamiento de autos.»

El rei pidió informe a la audiencia por cédula de 15 de marzo de 1718; pero la cuestion quedó en eso, i la autoridad eclesiástica siguió como antes imponiendo penas arbitrarias: que ése era el resultado ordinario de tales cuestiones, i que, por mas celoso que el rei fuese por el sosten de su patronato, lo era mas en la forma que en el fondo.

Pareceria por lo que se ha dicho que los eclesiásticos de aquel tiem-

po llevaban una vida sin mancilla, i que así dirijian con el ejemplo como reprimian con la justicia. Ocasion tendrá mas adelante el señor Amunátegui de probarnos lo contrario, principalmente por la voz elocuente del cacique *Quilabelo*.

Así, pues, la firme creencia de que el rei era un delegado del Altísimo, fomentada por las distinciones de que era objeto de parte de los papas, se arraigaba mas todavía con esa estraña confusion de poderes i recíproca invasion de facultades que identificaban en cierto modo el poder temporal i el espiritual, las *dos majestades*, interesadas en una misma causa. Atentar contra la una era atentar contra la otra, i el que a tal se atreviera, debia esperar en esta vida un cadalso o una hoguera, i en la otra, las penas del infierno. El sacerdocio i el imperio, las *dos cuchillas* del obispo Villarroel, separadas momentáneamente por alguna necia cuestion de precedencia, se mantenian en el fondo perfectamente unidas, prestándose mutuo ausilio, amenazando juntas, suspendidas siempre sobre el pensamiento humano.

I las mismas ideas que en un principio establecieron aquel estado de cosas, lo mantuvieron mas tarde. Si los intrépidos conquistadores no hubieran tenido, como tuvieron, fé en que el Dios de las batallas estaria con ellos i en que el apóstol Santiago combatiria en sus filas montado en su caballo blanco, talvez que no se habrian atrevido a lo que se atrevieron; pero, segun las propias creencias de aquéllos, la Divinidad hacia esos milagros para honra i prez del rei Católico de las Españas i de las Indias, que habia tomado a cargo la ardua pero gloriosa empresa de conquistar para el cielo un mundo entregado hasta entonces a los poderes infernales; i llegada la guerra de la independencia, los nietos debian creer, como creyeron, que Dios, que antes habia protejido las armas del poderoso monarca, las protejeria todavía contra una revolucion que llamaban sacrílega.

Hé ahí el resultado a que justamente hace arribar la lectura de los *Precursores*. «El edificio colonial, dice el señor Amunátegui, era una fortaleza a la cual se habia querido dar el aspecto de un templo; sus piedras estaban benditas; parecia un sacrilejio tocarlas con mano violenta.»

Pero, ¿por qué no manifestó, a mayor abundamiento, cómo la realidad de las consecuencias vino a evidenciar la verdad de los antecedentes?

El clero en jeneral i los obispos en particular fueron en Chile, como en los demás pueblos americanos, el centro al rededor del cual se tramaban los complots anti-revolucionarios. Allí se preparaba la resistencia, allí encontraban los jefes españoles sus mejores ausiliares,

i de allí salian los apóstoles que desde el confesonario i el púlpito llevaban la turbacion a las conciencias, debilitando el brazo del guerrero i la mente del lejislador. El obispo Rodriguez no fué el único en el continente americano que pusiera todo el influjo i la autoridad de su puesto al servicio de los realistas, que esplotaron ventajosamente el sentimiento relijioso del pueblo.

I por el contrario, todos o casi todos los prohombres de nuestra revolucion a quienes la posteridad ha saludado con el título de *Padres de la patria*, abandonaron el todo o parte de las antiguas creencias para combatir a los que todavía las invocaban en su contra i sembraban de escollos el camino de la libertad. Ahí están Rojas, Rosas, Vera, Henriquez, Irizarri, Infante, i ahí están Carrera, San Martin, O'Higgins i tantos otros. Las opiniones profesadas i la conducta política seguida por ellos en materia de creencias relijiosas i de relaciones del Estado i de la Iglesia, a cuyos cánones prestaron poca obediencia i veneracion, no dejan duda alguna sobre el verdadero carácter relijioso de la revolucion de nuestra independencia.

Ellos educaron la jeneracion volteriana de 1828.

V

El tomo 2.° de la obra que analizamos está destinado a los precursores, es decir, a los signos que de lejos coloreaban, aunque con tenuísimos tintes, el opaco horizonte de la colonia i dejaban vislumbrar la independencia. Su autor se ha manifestado en él demasiado guerrero i demasiado araucano. Desde el principio hasta la conclusion se habla de indios i de batallas, de soldados i de matanzas, de muerte i de ruina, de encomiendas i de horribles penalidades. Las encomiendas aparecen hasta el fin, i entre todo ello, un medio capítulo sobre la ocupacion de Valdivia por los holandeses a mediados del siglo XVII.

Bien difícil seria agrupar en un libro mayor número de datos i de documentos sobre cada una de esas materias. El señor Amunátegui ha comprometido seriamente a los futuros historiadores de esos sucesos a consultar su obra; en cambio de este señalado servicio, les impondrá una tarea que habria podido hacer mas llevadera dando a los hechos mayor órden i mas clara distribucion.

Como antes se ha manifestado, la creencia en el derecho divino de los reyes sostenida por las ideas relijiosas de la época, era el fundamento mas sólido de la dominacion española en América. Todo reposaba en la ignorancia, i todo lo que podia combatir a ésta, formar luz i hacer penetrar un rayo de ella al través de la oscuri-

dad, debe ser considerado como único i verdadero precursor de nuestra independencia política i de la revolucion social que la acompañó.

Los filósofos del siglo XVIII fueron los lejanos pregoneros de esta revolucion, que en Europa estalló el 89; i los caminos por donde sus principios podian llegar hasta nosotros, deben mirarse como los inmediatos precursores de dicha independencia. Los estranjeros, corsarios o contrabandistas, fueron los primeros. Ya desde mucho tiempo antes, los reyes españoles habian visto el peligro i tratado de prevenirlo en la *Recopilacion de Indias*. «Porque los herejes piratas, dice la lei 14, tít. 23, lib. 1, con ocasion de las presas i rescates, han tenido alguna comunicacion en los puertos de Indias, i ésta es mui dañosa a la pureza con que nuestros vasallos creen i tienen la santa fé católica, por los libros heréticos i proposiciones falsas que esparcen i comunican a jente ignorante, etc.»

Hé ahí el verdadero peligro de la dominacion española, mucho mas serio que los indicados por el señor Amunátegui, que parece estraño no lo haya tomado en cuenta. Eso, i no la conquista de una parte del territorio, era lo que habia de grave en las incursiones de los holandeses i otros estranjeros por las costas de América. Los contrabandistas suministraban a sus pobladores artículos indispensables i que éstos no podian adquirir de otro modo; pero entre ellos solia escurrirse un libro, i un libro era el peor enemigo de la dominacion colonial. Esos felices herejes, que burlaban impunes las prevenciones del reverenciado monarca con sus veleras embarcaciones cargadas del oro americano, dejaban escapar por lo menos alguna palabra que se grababa en la mente de los colonos i que podia envolver quizá una revelacion.

Vinieron los libros i con ellos la luz. Los americanos comenzaron a comprender que eran hombres, que tenian derechos i que esos derechos los desconocia la metrópoli. Para los nacidos en ésta eran todos los cargos, todos los honores; para los otros, el desden i el abandono. Pero luego se presentó la ocasion de reivindicar los fueros ultrajados de la verdad i de la justicia, i adios dominacion española.

La revolucion de nuestra independencia no fué obra ni de los españoles, soldados o encomenderos, ni de los indios sometidos o rebeldes. Fué obra esclusiva de los criollos, de los chilenos, injuriados i sometidos a odiosas diferencias, i que al fin renegaron de padres que no los conocian.

¿Cómo el desarrollo de estos hechos no ha merecido la preferente atencion del señor Amunátegui?

Entre el ruido de las armas i el del látigo del encomendero, uno se pregunta leyendo su libro, ¿dónde están los precursores que le han dado el título?

Por una parte, el mal tratamiento impuesto por los conquistadores a los indios sometidos, i por otra, la tenaz resistencia de los no domados fueron un doble, grave i constante peligro para la dominacion española en Chile. Así lo cree el señor Amunátegui.

Sin embargo, a ser reales i efectivos, ¿eran esos peligros precursores de la revolucion de nuestra independencia? Si se hubieran realizado dando fin a la dominacion española, ¿habria comenzado entonces la era republicana? Simplemente, eso habria sido la vuelta a la barbarie, la independencia de los indios, no la *nuestra*. Otro tanto puede decirse de la ocupacion holandesa. Si ésta se hubiera hecho definitiva i estendido de Valdivia a todo el país, los holandeses habrian reemplazado a los españoles en las fronteras de Arauco i habrian sido los vencidos de Chacabuco i de Maipo.

Pero, ¿cuándo, fuera de América, una tan vasta estension de tierra, poblada por tantos millones de hombres sometidos a la dura dominacion de un puñado de estranjeros, ofreció el ejemplo de una tan profunda paz en el espacio de tres siglos? Los indios de Hidalgo se sublevaron en Méjico a principios del presente: pero lo hicieron en nombre del rei, i escribieron en su bandera: *Viva Fernando VII i muera el mal gobierno*. Fué ése el principio de los disturbios civiles entre españoles-americanos. La revuelta de Tupac Amaru en el Perú (1780-1781) tuvo, es cierto, otro carácter; pero, por mas formidable que pareciera, no resistió a una campaña de pocos meses. En Chile, los indios sometidos del norte i del centro jamás se sublevaron, ni justificaron las siempre infundadas alarmas de los santiaguinos; i cuando llegó la revolucion, esos indios la vieron en jeneral de mala gana, i no quisieron perder su tranquilidad i reposo para prestar ayuda a un movimiento que no comprendian. La revolucion chilena fué eminentemente aristocrática.

El tratamiento que aquellos indios recibieron fué a veces atroz. ¿Por qué no se sublevaron contra los opresores? Podria hacerse igual pregunta a las bestias, compañeras de sus fatigas. Apenas si sabian que eran hombres como los demás i que, como los demás, tenian derechos.

La guerra de Arauco fué una de las mas mas largas i terribles que rejistran los anales de la humana barbarie; i todavía, como que quisiera el señor Amunátegui exajerar su atrocidad i su importancia. Nunca terminó; pero con el tiempo se fué debilitando, i fuera de tres

o cuatro grandes levantamientos, se redujo jeneralmente al pillaje. Hasta 1664 se habian gastado en ella solo 33.973,000 pesos i habian venido del Perú o España 25,000 reclutas; todo lo cual no es mucho sin duda en el espacio de mas de un siglo. Habia a veces cuarenta i mas años de paz.

Los reyes tentaron todos los caminos para reducir a *sus vasallos*. Pero, antes que someterse, los araucanos sufrieron la muerte i la esclavitud, la ruina de sus hogares i la desolacion de sus campos; hasta que el rei trató con ellos la paz de potencia a potencia. El primer *parlamento* fué el reconocimiento de su independencia.

I en 1810 ¿qué hicieron? Estuvieron por los españoles contra los chilenos. Tenian razon: la línea del Bio-Bio está hoi en el Malleco. I sin embargo, el ejemplo de su heroica resistencia sirvió de modelo, como dice el señor Amunátegui, a los patriotas de aquel año. Los caudillos araucanos se confundieron en boca de aquéllos con los héroes de la antigüedad, i el recuerdo de sus hazañas vino en ausilio de los revolucionarios.

VI

La cuestion de las encomiendas i del servicio personal de los indíjenas pudo tener mas sérias consecuencias que todo lo dicho para la dominacion española. La situacion del rei fué difícil respecto de los conquistadores i de los indios. El dominio absoluto de aquéllos sobre éstos podia hacer a los primeros demasiado ricos, poderosos i arrogantes; pero tambien la libertad absoluta de los últimos dejaba sin remuneracion los duros trabajos que los primeros tuvieron que pasar, i podia fomentar en ellos quejas i disgustos de mal presajio. El rei no debia olvidar que Carvajal habia aconsejado por esta causa a Gonzalo Pizarro se hiciera independiente en el Perú.

Colocado entre esta doble corriente de encontrados intereses, los reyes trataron de mantener el equilibrio: repartieron a los indios en encomiendas i cedieron a los conquistadores el tributo que aquéllos debian pagar en frutos de la tierra. Comenzó entonces esa tenaz guerra entre los encomenderos, que en la práctica imponian a los indíjenas abrumadores servicios personales, i el rei que los prohibia en papel, recomendando la piedad i la dulzura. Para el rei, el servicio personal era una cuestion de política i no de humanidad. De esto provino su constante contradiccion. Un dia prohibia el servicio personal, i otro dia lo toleraba; un dia declaraba a los indios iguales a sus demás vasallos, i otro dia permitia que fueran tratados como esclavos.

Todo dependia de la actitud de los encomenderos, i a veces, del estado del erario. Pero, en jeneral, en ese nuevo feudalismo, los indios, como los siervos de la edad média, debian mirar al rei como a su natural protector contra las pretensiones de sus opresores.

La crueldad i los trabajos diezmaron a los indios. De los 50,000 que, segun se dice, habia encontrado Valdivia en el territorio de Santiago, solo quedaban 7,000 medio siglo despues, en 1595; i segun el oidor Zelada, no habia en 1610 encomienda que tuviera mas de 100 indios. La de Francisco de Villagra, sin embargo, habia contado hasta 30,000 i le habia producido una renta anual de 100,000 pesos.

En vista de lo espuesto, se comprenderá por qué el rei i sus delegados en el Perú acojieron con tanto ardor el proyecto de los jesuitas Torres i Valdivia, iniciado por los mismos años en que escribia al rei el oidor Zelada. Consistia aquél en suprimir por completo i definitivamente el servicio personal de los indios encomendados, i en dar a la guerra contra los araucanos el carácter de puramente defensiva, dejando a los misioneros el encargo de civilizarlos. Hubo cargos i acusaciones, conferencias i alegatos. En esta lucha entre los jesuitas i los encomenderos, los primeros tuvieron al fin en su contra a todas las autoridades civiles i militares i hasta a las eclesiásticas. «Los predicadores tronaron contra ellos,» asegura el señor Amunátegui, i el obispo mismo de Santiago se declaró su contrario. Un fraile dominicano fué a contradecir a Valdivia ante el virei de Lima, i un franciscano ante la corte de España. Vencedores en ésta, los jesuitas trataron de llevar adelante su plan; pero su primer ensayo en Arauco fué desgraciado, tuvieron que confesar su derrota, i el rei mismo se convenció de que perseguian una quimera.

Pero, ¿conocia claramente el rei lo que éstos perseguian en realidad de verdad? ¿Eran movidos con tanta tenacidad únicamente por sus sentimientos humanitarios? Seria esto hacer una tan infundada como terrible acusacion a sus contrarios, no digo a los encomenderos, pero sí al obispo Perez de Espinosa i a los dominicanos, franciscanos i demás relijiosos. ¿O se acordaban los jesuitas de que al otro lado de los Andes estaba el Paraguay i que allí eran dueños i señores? La triste suerte de ese desventurado país ¿habria sido la deparada a Chile si el triunfo definitivo hubiera estado por los hijos de San Ignacio en la batalla que habian librado al poder civil de la colonia?

I el señor Amunátegui, que ha sabido dar tanto interés a las peripecias de la contienda, ¿por qué ha guardado tan profundo silencio sobre sus verdaderos móviles i trascendentales resultados? ¿Qué influencia habria ejercido en nuestra revolucion el triunfo de los jesuitas?

Ancho campo para la práctica de sentimientos humanitarios les ofrecian las misiones entre los infieles. ¿I qué resultado produjeron éstas? Ninguno; i la indisciplina de la sagrada milicia, como dice el señor Amunátegui, i hasta su inmoralidad fueron causa de ello.

Habia en Chile gran número de eclesiásticos; pero de los documentos rejistrados en los *Precursores*, aparece que su vida mundana i amiga de las comodidades los apartaba de la predicacion, gustando mas de andar por las chacras, estancias o asientos de minas, que en misiones de infieles; i los pocos que se resolvian al sacrificio, se contentaban con hacer dos escursiones al año, o dos *correrías*, como con mas propiedad ellos mismos las llamaban, bautizando dias enteros a tal punto que, «cuando acababan, ya no podian alzar los brazos,» segun se escribió del mismo jesuita Valdivia i de sus compañeros. Hecho esto, volvian a su residencia. Los indios habian sido bautizados a millares, eran cristianos; pero el recuerdo de la estraña ceremonia de que habian sido objeto, se borraba bien pronto de su memoria. ¿Qué habia ganado la fé?

No era eso solo. Los abusos, los atentados de algunos de esos misioneros contra los infelices indios, a quienes predicaban, sin embargo, la relijion i la moral, contribuyeron en gran parte a que sostuvieran la guerra i rechazaran la palabra divina. Oigamos lo que decia el cacique *Quilabelo* en conversacion con su prisionero, el capitan-cronista Nuñez de Pineda, reproducido por el señor Amunátegui (t. II, p. 205):

«*Quilabelo.*—Estos pateros (los misioneros), en quienes teníamos puestas nuestras esperanzas....., con pretesto de enseñar a rezar a los muchachos i chinas, se entraban en las casas con descoco, i hacian de las mujeres lo que querian por engaños i dádivas; i cuando se resistian constantes, las mandaban ir a la iglesia para que aprendiesen a confesarse, i en las sacristías, a donde los pateros se revestian para decir misa, las entraban atemorizadas i les decian que en aquel lugar en que estaban, si no consentian en lo que el patero o sacerdote les decia, que el *Pillan Algue* (que quiere decir el demonio) las habia de castigar severamente; i que si hablaban palabra o revelaban lo que al oido les decian, i lo que hacian, las habian de quemar vivas, porque lo que en aquel acto se trataba era caso de inquisicion, si se divulgaba; i de esta suerte, dentro de las iglesias violentaban muchas doncellas, forzaban casadas i seducian a su gusto las solteras; i esto lo tenian por costumbre i como por lei establecida.» Eso dijo el cacique.

Hubo, sin embargo, una indiscreta que denunció a su patero: «I el castigo que le dieron, añadió Quilabelo, fué enviarlo a Santiago, a donde supimos que se estaba paseando.....»

Hé aquí otros hechos que revelan al mismo tiempo la desigualdad en que ante los majistrados mismos se encontraban los indíjenas respecto de los españoles.

Vivia en Santiago, allá por los años de 1693, un indio del nombre de *Don Juan*, «harpista i maestro de música,» segun las palabras de la audiencia, elevado a cierta distincion, sin duda por sus propios merecimientos, feliz en amores, como su nombre lo exijia. Entró, pues, el tal en ilícitas relaciones, a lo menos así se dijo, con una de sus discípulas, señorita principal; pero habiendo llegado a oidos de la audiencia, tomó ésta en séria consideracion el asunto, i sin mas investigar, sin oir al reo i sin que éste pudiera saber por qué, fué desterrado por diez años para ser vijilado en el presidio de Valdivia, donde *Don Juan* el harpista no debió encontrar mas consuelo que las cuerdas de su instrumento.

En marzo de 1637 se habia reunido tambien la audiencia para tratar de un caso semejante. Dos de los oidores espusieron «cómo cierta mujer casada, cuyo nombre espresaron (son las palabras del acuerdo), con ocasion de estar ausente su marido, vive con mucho escándalo con mal trato que tiene con un clérigo, en que han perseverado muchos años, segun se tiene noticia.» La audiencia acordó en vista de esto «se le mande a la susodicha vaya dentro de segundo dia a hacer vida maridable con el dicho su marido.»

¿I el clérigo? ¿Se quedó como el patero paseando en Santiago?

Si eso hacian los ministros de Dios, ¿qué no harian los que no lo eran? En presencia de tanta corrupcion, en presencia de la atroz crueldad de los militares i encomenderos, crueldad que dejó atrás en la fecunda inventiva de suplicios a los mismos paganos, que nunca hicieron tantos mártires del cristianismo como los que aquéllos hicieron entre los infieles de América; en presencia de esos hechos, uno no puede menos que preguntar: ¿qué relijion profesaban, qué moral pretendian enseñar esos fervorosos españoles que se decian los enviados de Dios para llevar la verdad i la luz a los miserables indios? Triste es decirlo; pero esa relijion era la católica, que así injuriaban, esa moral la del Evanjelio, que así ultrajaban, i esos españoles eran los súbditos de una nacion que acababa de recibir del papa el glorioso título de Católica por excelencia.

VII

Jamás un sistema de gobierno ensayado con mas pureza i perfeccion produjo lecciones mas elocuentes, ni mas claros i propios efectos

que aquel a que estuvo sometida durante tres siglos la América española por el comun acuerdo del Estado i de la Iglesia. La esperimentacion fué completa: ninguna causa estraña vino a complicar notablemente o aoscurecer sus patentes resultados. I ¿cuáles fueron éstos?

Formóse allí una sociedad que abrigó muchos vicios i mui pocas virtudes. Sus miembros vivieron ociosos, sin pensar en el dia de mañana, ocupados solo de mezquinas rencillas, de miserables cuestiones, de inmorales divertimientos. Las riñas de gallos o las corridas de toros los sacaban solo de su egoista indolencia o vergonzosa apatía. Se preocupaban vivamente de ridículas cuestiones de etiqueta, de capítulos de frailes, de competencias entre las autoridades, del nacimiento de un infante de España o del vestido de la mujer del oidor; pero nunca elevaban su espíritu a mas altas rejiones.

Chile fué entonces un país pobre, sin ciudades, sin puertos, sin caminos, sin comercio, sin industria, sin artes, sin ciencias ni letras.

Fué una sociedad que oyó muchas misas, que rezó muchas novenas, que acompañó muchas i vistosas procesiones; pero que nunca tendió un brazo al desvalido, ni enseñó al ignorante, ni curó al enfermo, ni hizo nada por cumplir su mision de mejoramiento. ¿Dónde están sus escuelas? ¿Dónde están sus hospitales? I en medio de tantas prácticas de falsa devocion, se hacia alarde de la mas repugnante corrupcion. Despues de los *Precursores*, sabemos ya a qué atenernos sobre esos tiempos que se ha dado en llamar de costumbres patriarcales. Nó, no hemos ido retrocediendo en virtudes i moralidad. Entonces, en las orillas del Claro se jugaba *la talquina*; un poco mas allá estaban los *pela-caras*. Entonces los vecinos de esta culta capital veian con frecuencia espuestos a la pública espectacion en el atrio de la cárcel los cadáveres de los infelices, asesinados la noche anterior entre el fango de sus oscuras i tortuosas calles. Entonces todo el mundo oia con indiferencia los ayes lastimeros arrancados por el tormento a los azotados públicamente, atados en el rollo de la plaza principal. Entonces los jueces vendian la justicia i los gobernantes especulaban con el poder, seguros de la impunidad. ¿Quién podia contenerlos o fiscalizar su conducta? La opinion pública no tenia órganos, ni siquiera existia. La centralizacion mas absoluta no permitia elevarse a ninguna personalidad.

Los sentimientos de honor i de honradez eran completamente desconocidos; i así como la relijion tenia sus hipócritas i falsos devotos, el dogma de la majestad real tambien tenia los suyos. Mui acatado era el monarca, mui reverenciado: un retrato de su persona era recibido con mas pompa que la que nunca se ha hecho a los héroes de la li-

bertad; pero si se presentaba una ocasion de defraudar sus derechos o impuestos, nadie la perdia. Mui odiados eran los herejes; pero si se podia lucrar con ellos, el contrabando no era un pecado; a menos que se prefiriese al fin atraer al estranjero, halagarlo con mentidas promesas i saquearlo en seguida, asesinándolo infamemente. Recuérdese lo que pasó en Chile a principios del siglo al capitan i tripulantes del *Escorpion*.

Este doble espíritu de infidelidad a la lei divina i a la humana no fué el menos triste de los legados de la colonia, ni aquel que mas pronto debia repudiarse.

La lei del progreso pareció suspendida en las colonias americanas.

«Todo allí era mas o ménos pequeño, dice el señor Amunátegui (tomo I, páj. 312): los pensamientos, los escritos, las palabras, las acciones.

«La evocacion de tanta miseria acongoja verdaderamente el corazon.

«Un espectáculo de esta especie produce una tristeza mas amarga que la que causaria la vista de ruinas colosales amontonadas por la accion destructora del tiempo.

«Es mucho poder decir:

—«Aquí fué Troya, aquí fué Palmira, aquí fué Itálica, aquí fué la silla de un pujante imperio. Estos arcos i estos mármoles destrozados fueron magníficos templos; estos escombros cubiertos de malezas, i guarida de reptiles, fueron termas, teatros, palacios; estos pantanos fueron jardines deliciosos.....»

Cierto que es mucho poder decir; pero en ello va interesada en gran parte la soberbia humana. Mas seria poder decir, parodiando al poeta: este llano fué escuela, allí fué asilo; aquí fué un pueblo en que tuvieron su altar la verdad i la justicia; en que el respeto a sábias leyes garantizó la pública felicidad; un pueblo que dió al mérito la digna recompensa, al estranjero jenerosa hospitalidad, socorro al necesitado i amparo al menesteroso; que, como la antigua Atenas, elevó en la plaza pública el altar de la piedad; un pueblo, en fin, que llenó su mision llevando su parte a la labor comun de la humanidad.

¿Es ése un ideal que ningun pueblo ha alcanzado? Pero la colonia se quedó a una inmensa distancia, que otras naciones han conseguido acortar.

Las *Leyes de Indias* organizaron en América el peor de los despotismos, el que toma las apariencias de gobierno paternal, que mata el alma i convierte en autómatas los cuerpos. Cuando la tiranía levanta cadalsos o toma un cuchillo i hace correr la sangre, nos sentimos mui

dispuestos a aplaudirla, porque entonces decimos que no será largo su reinado: ni el cuchillo ni la sangre consiguen degradar la humana naturaleza hasta el punto de hacer que el hombre abdique la dignidad de su ser i el uso de sus facultades, recibiendo como un favor lo mismo que deberia reclamar como un derecho.

No acusamos, sin embargo, a la España. Menos abrigamos odio por ella, i en esta parte, aplaudimos el noble espíritu de justicia que ha inspirado al señor Amunátegui. Su obra no respira, como otras, aquel sentimiento respecto de una desventurada nacion, caida ella misma de mui alto por las mismas causas que produjeron la colonia. En el gobierno de ésta siguió las ideas dominantes de la época, los principios reconocidos como mas sabios, adoptados en gran parte por ella misma en el gobierno de la península, i por otras naciones en el de sus respectivas metrópolis i colonias.

No acusamos a la España; pero los hechos son los hechos, i la historia debe recojerlos tales como son para pronunciar sus tremendos fallos i dar sus severas enseñanzas. Pues bien, los hechos dicen que el espíritu sacerdotal metido en las cosas del Estado, i que produjo en España el decaimiento, produjo en América la sociedad colonial. Esta es la verdad, verdad inconcusa, que los hechos prueban, i que resalta, sin enunciarse, en la lectura de los *Precursores*. El señor Amunátegui ha demostrado esa verdad como un hecho práctico; i si queria seguir su sistema, esa conclusion debia haber señalado en la introduccion de su libro como su verdadera síntesis.

Cuentan del rei Darío de Persia que encargó a uno de sus oficiales le repitiera todos los dias: acordaos, señor, de que los atenienses han quemado a Sardes. Temia se le olvidara lo que antes habia sucedido. Los gobernantes hispano-americanos debieran obrar de un modo parecido, haciendo grabar con caractéres bien visibles en las puertas del palacio de gobierno, para leerlas diariamente al entrar en él, las siguientes palabras: *el predominio de la influencia clerical en los negocios de Estado, mas que cualquiera otra causa, produjo la colonia.*

Eso enseñan los *Precursores de la independencia de Chile.*

I en conclusion: censurable en el método, imperfecta en la forma, deficiente en ciertas materias, i a pesar de todas las observaciones que hemos creido poder hacer al autor i a la obra, se distingue ésta por el trabajo de investigacion, la abundancia de materiales, la elevacion de miras, i la verdad filosófica del conjunto. Esto constituye su fuerza i esto le asegura largos i merecidos años de vida.

GASPAR TORO.

A LA NOCHE

Oh! dulce amante de mis blandas horas,
Unico alivio de mis hondas penas,
Llega i los pliegues de tu negro manto
Cubran mi frente.
Tú sola brindas deliciosa calma,
Noche de encanto de misterios llena:
Tú sola viertes en el alma mia
Grato consuelo.
Ya te presentes nebulosa i fria,
Lanzando rayos de rojiza lumbre,
Cuando los vientos con fragor tremendo
Rasgan las nubes,
O ya esparciendo en la azulada esfera
Lejanos mundos, rutilantes astros,
Que allá en la mente sin querer derraman
Graves ideas.
Cielo estrellado de la noche umbría,
Vívidos rayos de arjentada luna,
Hórridas nieblas del invierno frio,
Todo me encanta.
Todo en la noche a meditar convida,
I en ese dulce meditar profundo,
Cuántos misterios le revela al hombre
Naturaleza!
Céfiro blando que la flor columpia,
Vientos que arrancan el altivo roble,
Célicas voces que en la noche me hablan
¿Quién os dá aliento?
¿Quién ha formado creacion tan bella?
Quién dió a la noche sus lucientes astros?
Quién dió a las aguas, a la luz i sombras
Límite fijo?
Cuando todo era oscuridad, silencio,
Informe masa sin vital ambiente,

¿Quién lanzó al caos, fecundante i fúljido
Rayo del cielo?
¿Por qué en el caos de la mente mia
Rayo divino a iluminar no viene?
Cómo en el Jénes despertara entónces
Lúcida el alma!
Hoi en tinieblas me pregunto: ¿dónde
Está el autor de maravilla tanta?
I en vano, en vano a la incompleta ciencia
Busco respuesta.
La mente audaz al infinito vuela
A escrutar en su frente el gran misterio,
Surca el Oceáno de la duda i torna
Lúcida i bella.
I hasta en el cáliz de la flor que bebe
En el rocío su vital esencia,
I aun en la esencia de la flor que aspiro
Dios es quien me habla.
No el Dios que adora el fanatismo airado,
Como las furias que forjó el Averno,
No a las angustias de mi duda muestra
Tórvido ceño.
El bueno i bello inspirador del alma,
El que en la tumba trasfigura al hombre,
El que en el alma universal reside,
Ese Dios me habla!
I hasta en la hoja que arrebata el viento,
I hasta en el viento que medrosa escucho,
I hasta en el grato murmurar del agua
Veo su mano.
I yo tambien como la hoja leve,
Como el arroyo que murmura blando,
Como las voces que modula el viento,
Soi obra suya.
Suya es la antorcha que mi senda alumbra,
Rico tesoro que al nacer me diera,
Cual dió a la noche por belleza i gala
Fúljidos astros.
Si a veces llanto que mi rostro quema
Las cuerdas moja de mi humilde lira,
Oculta mano al instrumento arranca
Sáficos himnos.
Esa es la mano que te presta ¡oh noche!
Dulces encantos i misterio i voces.....
Yo la contemplo en meditar profundo:
Callo i adoro.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

MIS MUJERES

MUJER NÚM. 2

QUE YA SE VA A DESMAYAR

(LETRILLA)

¡Es un ánjel mi mujer!
De una nada se sonroja.
Si la miran, se acongoja
I se principia a encojer.
No sabe qué responder
A los que la van a hablar:
Se pone a tartamudear,
I tal es su turbacion
Que creo, i no sin razon,
Que ya se va a desmayar.

Sin embargo, mi Juanita
Gasta botines con tacos,
No es floja en los arrumacos,
No deja de ser bonita;
Pero de tal modo imita
Aquel pudor singular,
Que si me voi a enojar,
El llanto su rostro moja
I me engaña... i se me antoja
Que ya se va a desmayar.

Que si se cerró la puerta,
Que pilló al perro la cola,
Ya se arma una batahola
Que la casa desconcierta.
Juanita está como muerta;
Suspira, no puede hablar;
I al punto van a llamar

Al médico que la cura:
Que venga pronto, que apura,
Que ya se va a desmayar.
Mujer mas artificiosa
Encontrar no se podria.
Es un demonio, una harpía
Pero siempre pudorosa,
I porque entienda a mi esposa
El que me quiera escuchar,
Le tengo de relatar
Una historia mui bonita
En que mi bella Juanita
No se quiso desmayar.

Un dia solo por broma
De ingles quise disfrazarme
I me atreví a presentarme
A mi tímida paloma:
Ella por ingles me toma,
Me hace al instante sentar.....
¡Qué ilusion tan singular!
Yo su libertad veia,
I sin embargo creia
Que ya se iba a desmayar.

Entónces dije: *mi vine*
Per que mi oye dicienda
De moucha que osté sufrienda
Per la marida que tine.
Osté no potde contine
Very bruti per pelear;
Per osté ienda boxar
Mi, la bruta revolcanda.....
I mi Juanita mui blanda,
Sin quererse desmayar.

I ya iba el paso llegando
A una altura tan notable,
Que si aquel inglés amable
La sigue flores echando,
Yo no sé cómo, ni cuándo,
Pero era de sospechar
Que a querer ella imitar
Su diario tejemaneje,
En brazos de aquel hereje
Ya se me iba a desmayar.

Entonces yo que miraba
Que aquello no era una broma,
Hice ver a mi paloma
Lo mucho que me enojaba,
Lo mucho que me irritaba

Conducta tan singular.
Ella se puso a llorar
Que de razones no entiende
I no hubo mas..... i por ende
Se me quiso desmayar.
De romántica mujer
Dios libre a todo viviente,
Que es el ser mas impudente
Que se puede conocer.
I si álguien llega a querer
A un semejante jaguar,
Al menos hágale dar
Cincuenta azotes por dia,
I no habrá coquetería
Ni se habrá de desmayar.

ADOLFO VALDERRAMA.

VENECIA

(CONTINUACION)

Esa amistad despertada por un sentimiento de jenerosa simpatía se estableció i fortificó en la intimidad por las cualidades personales de aquellos que delicadamente honraba. El rei i la reina miraban con el mismo interés a la esposa i a la hija del terrible rebelde i aunque nunca hablaron de él, Lady Annabel comprendia la causa de ese silencio. Venecia, que habia vivido hasta entónces en una soledad no interrumpida, se veia de improviso amiga de un rei i en medio de una Corte. Pasaba del aislamiento al mas elevado círculo social i aunque no habia tenido esa iniciacion de los salones, indispensable para otras, su naturaleza feliz le permitia ocupar su puesto con facilidad i buen éxito. Serena i graciosa, se mezclaba en la estraña i nueva escena como si hubiese estado acostumbrada a lucir i encantar. Antes de que la familia real volviera a Lóndres, manifestó a Lady Annabel un vivo deseo porque se estableciera en la metrópoli i llevara a Venecia a Saint James. La madre, viendo que su hija en vez de sentir las mortificaciones que su entrada a la vida la hacian temer por el contrario habia sido introducida bajo los auspicios mas halagüeños, accedió gustosa a tan amable invitacion.

XIV

Entre tanto Lord Cadurcis habia vuelto a la Universidad donde su rango i sus cualidades excéntricas no tardaron en formarle un nuevo círculo, círculo de jóvenes que, como es natural, acariciaban las ideas liberales puestas en boga por la revolucion Americana. Cadurcis, con la volubilidad impetuosa de la juventud, abrazó con rapidez i ardor esas doctrinas simpáticas a la vez por su audacia i su novedad. Un

amigo le hizo leer las obras de Herbert, de aquel mismo Herbert que se habia acostumbrado a mirar con odio i con terror. Esa lectura produjo en su espíritu una completa variacion i poco mas de un año despues de su salida de Cherbury era un entusiasta admirador del gran poeta. El valor, la audacia, la elocuencia, la imajinacion, la vida, estraña i romántica de Herbert, cautivaron el alma de Cadurcis. Se resolvió a rivalizar con él, luchando con todas las autoridades i violando todas las reglas hasta que fué espulsado de la Universidad. Esto le sirvió de pretesto para escribir una sátira tan personal como filosófica que obtuvo aplausos hasta de los que lamentaban su falta de juicio. Halagado por el éxito, Cadurcis descubrió por fin con gran asombro que la naturaleza lo habia destinado a ser poeta. Volvió a Lóndres donde fué recibido por los Whig con gran aplauso i donde dió a la prensa un poema en que, a pesar de las exajeraciones i estravagancias de la juventud, su jenio era incuestionable. La sociedad simpatizó con el jóven i noble poeta, lo leian con entusiasmo i Cadurcis se puso de moda. El jóven, el reservado, el desconocido Cadurcis, que tres años atrás se creia propio solamente para vivir en la soledad doméstica, llenaba todos los corazones i atraia todas las miradas. Los hombres lo envidiaban, las mujeres lo querian i todos lo admiraban. Su vida era un perpétuo triunfo. Tan rápida i brillante habia sido su aparicion, tan vigorosos i continuados los esfuerzos con que habia sostenido su primera impresion, no solamente con sus escritos, sino tambien con sus costumbres caprichosas i su vida excéntrica, que nadie habia tenido tiempo para observarlo i criticarlo. Se habia levantado i se sostenia como un meteoro tan salvaje como hermoso, tan brillante como estraño.

Ahora vamos a asistir a una comida en casa de Lady Monteagle. Para retratar esta señora nos bastará decir que era una madame Roland en medio de la sociedad inglesa de nuestro siglo. Allí vamos a encontrarnos con el obispo de..... debajo de cuya capa reconocerán nuestros lectores al antiguo Doctor Masham. Todas las miradas se fijaron en él cuando llegaba. Solo Lord Cadurcis pareció no ver al nuevo huésped, aislado, silencioso, envuelto en sus pensamientos; a pesar de las exitaciones en que vivia, obedecia aun a la reserva natural de su carácter.

—Mire a Cadurcis, dijo Sir Horacio Pole a una linda niña. ¿No parece sublime?

—Muéstremelo, dijo la niña con curiosidad, todavía no lo he visto i me muero de ganas de conocerlo. Ud. sabe que acabamos de llegar a Lóndres.

—I ya tiene la epidemia reinante, a lo que veo, contestó Mr. Pole sonriendo. ¡Ahí está ese jóven maravilloso! Solo, en medio de la multitud, como dice en su último poema. ¡Qué interesante!

—¡Criatura admirable! esclamó la jóven.

—¡Encantadora! dijo Mr. Pole. Si Ud. le dice a Lady Monteagle, ella se lo presentará i Ud. irá talvez acompañada por él a la mesa.

—¡Oh! cuánto me gustaria.

—Pero debe tener cuidado de no comer, porque él no puede soportar que las señoras coman.

—No como nunca, dijo la señora con sencillez, a lo ménos en la comida.

—Ah! entónces Ud. le gustará mucho: i me atrevo a creer que le escribirá un soneto i la llamará Thirza.

Entre tanto, el objeto de esta conversacion, lentamente se retiró al fondo del salon, léjos de todos i se arrojó sobre un sillon con un aire contrariado. Lady Monteagle, que no habia dejado de mirarlo un solo instante, temiendo esas cóleras silenciosas en que Cadurcis caia con frecuencia, aprovechó la primera oportunidad que se le presentó para juntarse con él.

—Querido Cadurcis, le dijo, ¿por qué se sienta Ud. aquí? Ud. sabe que tengo la obligacion de hablarle a esta jente odiosa.....

—Ud. parecia mui feliz, la interrumpió el Lord en un tono sarcástico.

—Oh! Cadurcis, no juegue Ud. con mis sentimientos! esclamó Lady Monteagle en un tono de súplica. Sea amable. Si creo que Ud. está de mal humor, me será imposible atender a los convidados.

—Si Ud. prefiere a sus convidados, atiéndalos.

—Cadurcis! Se lo pido como un favor, como un favor que me va a hacer solamente hoi. Sea bueno, sea amable, Ud. puede serlo si quiere.

—Soi mui amable. Ud. me ha hecho comer aquí.

—Vamos! Cadurcis.

—No quiera Ud. ahora que vaya a soportar sus vulgaridades. I Ud. Jertrúdis ¿qué necesidad tiene de fastidiarse con esta jente que ve todos los dias i que, con la perversidad vulgar de nuestra sociedad, la estiman mas a medida que los olvida mas?

—Sí, pero ahora tengo que ser atenta; mi marido ha invitado al nuevo obispo de.....

—¿El obispo de.....? preguntó Cadurcis. ¿Viene ahora?

—Hace un cuarto de hora que llegó.

—¿Ha estado aquí un cuarto de hora? Masham! El Doctor Masham! continuó Cadurcis.

—Ciertamente.

Lord Cadurcis cambió de color i suspiró. Se levantó rápidamente diciendo: tengo que hablarlo. Alejándose de Lady Monteagle cruzó el salon para estrechar la mano del Doctor con una cordialidad que asombró a los que lo vieron, acostumbrados ya a la reserva de sus modales.

—Mi querido Doctor, dijo Cadurcis, con toda verdad puedo decir que este es el placer mas inesperado que he recibido en mi vida.

El buen obispo pareció no menos complacido en aquel encuentro; pero en medio de sus felicitaciones anunciaron la comida i tuvieron que separarse. La alegría llenó el semblante de Cadurcis i al oir aquella voz de otros dias se entregó a los suaves recuerdos de aquel Cherbury que tanto habia amado. Alegre camarada, decidor, feliz, estuvo el jóven Lord, en aquella cena, asombrando a los que lo veian con tan rápido cambio.

Aprovechó la primera oportunidad despues de la comida para tomarse del brazo de su antiguo tutor i llevándolo a un sofá léjos de los demas, se sentó a su lado. Cadurcis estaba ajitado, porque queria preguntarle por alguien que no podia nombrar sin emocion.

—¿Hace mucho tiempo que Ud. vió nuestros amigos, si así puedo llamarlos? dijo el Lord.

—¿Lady Annabel Herbert? preguntó el obispo. Me separé de ella hace dos meses.

—¿I Cherbury, mi querido Cherbury, está cambiado?

—No han residido ahí estos dos últimos años. Han vivido en Weymouth, buscando el aire del mar.

—Espero que no lo necesitaria Lady Annabel ni su hija.

—Ninguna de las dos por ahora felizmente; pero Venecia ha estado mui enferma.

Hubo una larga pausa, una pausa pesada. Por fin, Lord Cadurcis, dijo:

—Nos hemos encontrado de una manera bien inesperada.

—Pero Ud. ha llegado a ser un grande hombre, replicó el obispo sonriendo, i uno debe siempre aguardarse encontrarlo.

—Ah! mi querido amigo, daria con gusto toda una vida como esta por un año de felicidad en Cherbury.

—Vaya! Esa melancolía está mui bien en la poesía, pero siempre he creido que Cherbury no se adaptaba a sus exijencias.

—Ud. no me conoce, respondió Cadurcis sacudiendo tristemente la cabeza. Pero, hai algo que no ha cambiado en mí, hai un sentimiento que todavía reina en mi corazon.

—Ud. lo cree así, añadió el obispo, pero si fuera mas que un sentimiento ¿dejaria de aumentar?

—No, le interrumpió Cadurcis con vehemencia, lo único en el mundo de que me atrevo a estar cierto es de mi amor para Venecia.

—Estalló ciertamente durante su última visita a Cherbury, dijo el obispo, despues de no haberla visto durante cinco años; ha revivido lijeramente, despues de otros tres años, viendo a un antiguo amigo, que lo ha hecho recordarla. ¿Pero cuáles han sido sus sentimientos entre esas dos épocas? Confiese la verdad i reconozca que rara vez ha pensado en esa persona que se imajina en este momento haber amado siempre con tanta pasion.

—Ud. no me hace justicia, esclamó Lord Cadurcis. I obedeciendo a una preocupacion en contra mia, se imajina talvez que yo no amo a Venecia.

—Creo que la ama i en este momento mucho, le respondió Masham, añadiendo con sonrisa; i creo que probablemente Ud. la continuará amando con esa misma pasion durante toda la semana.

—Ud. se burla de mí!

—Repito que en este momento amará a Venecia, se irá a su casa a soñar con su recuerdo, mas aun, a deplorar en versos apasionados su desgracia viéndose separado de ella; pero en pocos dias mas la olvidará de nuevo.

—¿Pero si fuera mia? preguntó Lord Cadurcis.

—Probablemente dentro de un año se separaria de ella, como su padre abandonó a Lady Annabel.

—Ah! Doctor, Ud. me juzga mal respecto de Venecia. Le aseguro que si nos hubiéramos casado tres años ha, yo habria sido un hombre mucho mas feliz.

—Pero Ud. tiene todo lo que puede hacerlo feliz, dijo el Obispo, ¿si Ud. no es feliz, quién lo seria? Ud. es jóven, lleno de gloria, todo lo que ahora necesita es ser prudente.

Lord Cadurcis levantó sus hombros con impaciencia.—Estoi cansado de esta vida, dijo. Ah! mi querido amigo, cuando recuerdo las horas felices que pasé en los bosques de Cherbury con Venecia, cuando jugábamos en aquel parque delicioso—los dos jóvenes, los dos inocentes—iluminados por el sol poniente i guiados por las estrellas; i despues recuerdo que todo ha acabado en eso i que solo me queda esto, llámelo Ud. gloria, fama, triunfo, llámelo Ud. como quiera, que siempre yo llamaré la carga de la existencia, demasiado pesada para mí.

—Vamos! dijo su amigo levantándose del sofá, Ud. será siempre feliz si es cuerdo.

—Pero ¿qué es la cordura? preguntó Lord Cadurcis.

—La cualidad que en su situacion, mi Lord, consiste en guardar su cabeza tan calma como sea posible. Ahora debo despedirme de Ud.

Diciendo estas palabras, desapareció el Obispo.

XV

Volvamos donde nuestras amigas las Herbert, que dejando a Weymouth viajan ahora para Lóndres. No sin emociones, Lady Annabel, despues de una ausencia de quince años miraba su vuelta a aquella escena de los estraordinarios i penosos incidentes de su vida. Venecia, que nada sabia de pueblos ni ciudades, mirando a Lóndres al traves de su imajinacion i sus lecturas, lo veia envuelto en horribles atributos. Caia la noche cuando entraron los viajeros en la pálida metrópoli. Las lámparas de aceite, aquí i allá encendidas, le habrian dado al Lóndres de esos tiempos, un aspecto sombrío si lo hubiera podido mirar el ojo moderno acostumbrado a los esplendores del gas; pero a Venecia le parecia difícil concebir algo mas brillante.

La mañana siguiente, era de abril, sin neblinas i con sol. Se levantó Venecia alegre i fué a la alcoba de su madre, que estaba un poco preocupada con una visita anunciada. Era ésta del hermano de Lady Annabel, antiguo embajador, recien llegado, los dos se habian querido cordialmente en su juventud, pero el horrible espacio de tiempo que no se habian visto llenaba a Lady Annabel de sérias reflexiones. Venecia por la primera vez de su vida iba a ver un pariente, lo que despertaba en su alma mas bien curiosidad que sentimiento. Despues del almuerzo la visita anunciada entraba en el salon.

El tio de Venecia era diez años menor que su hermana. Alto, gracioso, con esas maneras suaves i simpáticas que fácilmente ganan los corazones, entró con una sonrisa afectuosa, abrazó a su hermana con ternura, le aseguró que estaba tan jóven como la habia visto la última vez, le manifestó el deseo de que no volvieran a separarse en su vida i entónces miró a su sobrina.

—Reclamo los privilejios de un tio, le dijo en un tono de gran suavidad i con alguna emocion, oprimiendo con sus labios los hermosos labios de Venecia. Debo estar orgulloso con mi sobrina. Aunque solo fuera por el honor de la familia, no debieras, Annabel, haber guardado esta alhaja en Cherbury.

El tio no se despidió sin la promesa de que se irian a comer con él aquel dia i se separaron con una afectuosa cordialidad.

Despues de la comida, su tia, su tio i Lady Annabel, sentados al

rededor del fuego, conversaban de su abuelo materno. Venecia, para quien no tenia interés aquella charla, se acercó a una mesa a mirar los libros i la música que habia sobre ella. Entre esos libros habia un periódico literario, que casualmente al abrirse lo dejó ver en el nombre de Lord Cadurcis. Esto, por supuesto, llamó inmediatamente su atencion. Su ojo pasó rápidamente sobre algunas frases que la sorprendieron i luego se sintió absorbida por las maravillas que rápidamente se le descubrian. El artículo era una crítica de la vida i las obras de aquel noble poeta. Vió en esas pájinas una rápida reseña de la revolucion que se habia verificado en el carácter, las ideas i la posicion de su antiguo compañero. En aquella altiva metrópoli cuya riqueza i poder tan vivamente la habian impresionado esa mañana, cuyos placeres brillantes i disipaciones fantásticas acababa de oir pintar en la tertulia, veia por un cambio májico a su pequeño Plantagenet, al fiel i tierno compañero de su infancia, cuyos pesares tantas veces habia suavizado, que habia siempre encontrado consuelo i felicidad en su amor puro i sencillo, lo veia ahora el mas notable allí donde todo llamaba la atencion, i el mas deslumbrador allí donde todo era brillante. Su última visita a Cherbury, sus estrañas consecuencias, sus palabras apasionadas i su amarga separacion, vagaban por el pensamiento de Venecia. Su tio, viéndola tan absorbida por aquella lectura, le dirijió la palabra. Venecia cerró rápidamente el volúmen, i para hacer olvidar su inadvertencia fué a tocar el clavecin. Pero la imájen de Cadurcis vagaba entre sus visiones i con gusto vió que su madre la llamaba para retirarse, porque así podria entregarse en silencio i sin que la vieran a meditar la historia estraña que acababa de leer.

Hemos dicho que Lady Annabel favorecia el proyectado enlace de Lord Cadurcis con su hija; pero aquel cambio en las ideas del jóven, su posicion i su vida, trajeron otro cámbio en el modo de pensar de la madre. Luego vió Venecia que una sombra de misterio venia a envolver para ella a su antiguo compañero, que aquellas dulces relaciones debian quedar rotas para siempre i los cantos del poeta eternamente mudos para ella. Se resignó, resuelta a no violentar los deseos de su madre, por incomprensibles que pudieran parecerle. Una sola vez habia violado esos deseos i desde entónces habia sido desgraciada!

Entre las amistades íntimas del hermano de Lady Annabel estaba el antiguo tutor de Lord Cadurcis, de quien ella misma era una lejana pariente. El ex-ministro cultivó la amistad de la madre de Venecia con tanta asiduidad i cariño que Lady Annabel no pudo escusarse de asistir a sus tertulias.

En una de ellas se encontró sentada al lado de un jóven que le pareció mui agradable i que desde el primer momento llamó su atencion por la semejanza que tenia con alguna persona que le era mui conocida pero que no podia recordar. Sin tener ningun brillo especial en su espresion era sin embargo franco, ameno, i respiraba en todas sus maneras una suave modestia que atraia. Al parecer habia viajado mucho i por una observacion que hizo Lady Annabel descubrió que era marino. Supo tambien por una pregunta que se le dirijió que era miembro del parlamento. Miéntras ella hacia esfuerzos por saber quién era aquel jóven, el huésped dirijiéndole la palabra le dijo: «Capitan Cadurcis! Un vaso de vino!—Estas palabras le esplicaron la semejanza que le habia llamado la atencion.

—Sabe Ud., dijo Lady Annabel a su vecino, que durante toda la comida he estado creyendo que nos habíamos visto ántes i solo ahora veo que me engañaba por su parecido con alguien de quien en otro tiempo he sido amigo.

—Mi primo! dijo el capitan. Sufrirá mucho si le digo que Ud. habla de su amistad como de algo pasado.

—Hace algunos años que no nos vemos.

—Plantagenet no olvidará nunca lo que le debe a Ud. ¡Cuántas veces me ha hablado de Ud.! No hace mucho tiempo me pasé con él toda una noche oyéndole contar historias de Cherbury.

- Ud. tiene mucha intimidad con su primo.

—Vivo mucho con él. Antes no nos veíamos, ni nos escribíamos, pero estoi cierto que no era por su culpa, porque de las personas jenorosas, amables, que he encontrado en mi vida ninguna lo es tanto como Cadurcis. Pero desde que nos hemos tratado ha sido para mí un hermano, a pesar de la diversidad de nuestras opiniones políticas i relijiosas. Por supuesto que no tenemos ningun pensamiento comun. Yo solo sé lo que he podido aprender en una vida ajitada i él es uno de los hombres mas instruidos—a lo ménos así me parece. Espero que sus antiguos amigos no lo abandonarán, porque a pesar de su gloria i su prosperidad quizás es ahora cuando mas los necesita.

—Es mui posible, contestó la señora.

Augusto Orrego Luco.

REVISTA DE LA QUINCENA

Santiago, junio 14 *de* 1872.

Los trabajos lejislativos han absorbido casi por completo la quincena que acaba de espirar. Las primeras sesiones de la Cámara de diputados han producido en el público un efecto satisfactorio. Ha iniciado sus trabajos animada de buen espíritu, i pronto debe dirijir su atencion hácia proyectos numerosos que envuelven innovaciones de importancia. Desde luego, nuestra organizacion electoral queda descansando sobre una base mas independiente i equitativa. Está próximo el debate sobre secularizacion de cementerios i sobre abolicion del fuero eclesiástico, i no hai razon para desesperar del porvenir.

Como hemos dicho en alguna de nuestras revistas anteriores, acerca de todos estos problemas la opinion se ha pronunciado ya. La secularizacion de cementerios es una exijencia sériamente formulada por el país que, respetando mucho a los santos padres i las Sagradas Escrituras, se considera esclusivamente gobernado por la Constitucion de 1833. Mas tarde o mas temprano, con mas o ménos resistencias, los cementerios abrirán sus puertas a todos los cadáveres sin distincion de sectas, i los vivos podrán hallar en los muertos ejemplo de tolerancia i ejemplo de caridad.

El fuero eclesiástico es objeto de una condenacion unánime. País republicano i democrático, Chile no puede admitir la subsistencia de privilejios que destruyen la igualdad ante la lei, consagrada hasta en el cuño de sus monedas. La cuestion de principios importa poco. Si el fuero no es de derecho divino, nada puede objetarse a su abolicion. Si lo es, no ha podido aumentarse ni disminuirse. No hai parvidad de materias en los negocios celestiales; i lenta pero incesantemente el fuero ha tenido que doblegarse ante la jurisdiccion comun en asuntos de imprenta, de elecciones, de comisos, etc. Por otra parte, el Congreso no es concilio ni el país es seminario. Con ambos tiene poco que ver la teolojía. El fuero está condenado por la práctica. Al público no inspiran fé las sentencias de tribunales en que domina el espíritu de cuerpo. Entre nosotros, mas de una vez se han hecho las justicias del arcedeano de Sevilla, con la diferencia de que no ha habido un Pedro el Cruel para retorcerlas.

Para verificar estos adelantos se cuenta con el buen sentido de la nacion. La cualidad característica de nuestros progresos es la madurez. Veloces como el rayo para las mejoras materiales, para alcanzar las de un órden superior andamos a paso de tortuga. Entre nosotros la costumbre ántes que la lei deroga las

instituciones añejas. La accion de los tiempos derriba en el Oriente los viejos edificios. La accion de los tiempos es tambien lo que sepulta en el olvido nuestras antiguas prácticas. Sistema prudente sin duda alguna, pero siempre hemos creido que la prudencia es una virtud dudosa. El mundo tendria todos los aires de una ruina si las ciudades no se reedificaran ántes de que la mano de los siglos las hubiera derribado. Demoler a Paris para reconstruirlo mejorado es síntoma de fiebre. Aguardar que se desplome es signo de parálisis. Siempre el término medio lo único aceptable.

La discusion del proyecto de reforma de la lei electoral ha puesto en transparencia una situacion estraordinaria. La cámara se compone esclusivamente de minorías. Ninguna de ellas cuenta ahí con una fuerza que sea fuerza por sí sola. Aunque gobernando con el clero, el presidente de la república tiene el talento de hacer creer que es estraño a sus sujestiones. El clero lo ha elevado, pero hoi sospecha con asombro que no se ha elevado ni junto con él ni a la altura de él. Los moderados han reñido con el clero, i no se consideran ni próximos a ser llamados ni separados para siempre del poder, a cuyo alrededor han jirado durante largo tiempo. La antigua oposicion es la única que continúa en su estado primitivo sin que por eso deje de divisar en el horizonte el suave matiz de la esperanza. Es una situacion de equilibrio que como todo equilibrio artificial no da seguridades de permanencia, pero que como todo equilibrio político obliga a los diversos bandos que lo forman a buscar en los recursos duraderos e imparciales de la lei el medio de alcanzar su victoria definitiva.

El tesoro público esperimenta algunas dificultades: el servicio económico de 1873 no podrá hacerse con los recursos ordinarios del país. Para salvar esta situacion, ha renacido la idea, mil veces indicada en las memorias de hacienda i nunca solicitada con empeño por el ministro respectivo, de revisar el avalúo de la propiedad rural para los efectos del impuesto agrícola. La propiedad rural ha transformado completamente sus antiguas condiciones, i con el avalúo actual el Estado pierde anualmente una suma de consideracion.

Parece que la revision no encuentra opositores; pero cuando se trata de aumentar la cifra de las entradas públicas para satisfacer necesidades imprescindibles, es menester abrazar con una mirada mas estensa el campo que se debe esplotar para descubrir nuevas fuentes de recursos. Desde luego, cada vez que se habla del impuesto agrícola, lo primero que llama la atencion son las diversas condiciones en que la propiedad urbana i la rural se encuentran colocadas. La una contribuye para los gastos jenerales del país sin invertir su contribucion en el lugar mismo en que la entrega. La otra, limitándose a un simple cambio de servicios, no hace mas que pagar su luz, su aseo i su seguridad. La primera contribuye para el Estado: la segunda, únicamente para el municipio; i sin embargo aquélla es la industria i la actividad, miéntras ésta suele ser el lujo i la estagnacion. Equiparar ambas propiedades para la estraccion de un impuesto jeneral seria destruir una desigualdad que, económicamente hablando, no tiene razon de ser, imponiendo a los capitales que bajo la forma de mármoles o de portadas se ostentan en las grandes poblaciones, los mismos gravámenes que hoi soporta el capital agrícola, para subvenir a los gastos de la nacion.

Nada mas seco que una quincena consagrada esclusivamente al estudio de los negocios públicos. Los negocios públicos tienen la propiedad de interesar a todos pero con un interés que se manifiesta en medio de un bostezo universal. Sin embargo, la quincena que acaba de transcurrir hubiera sido una quincena com-

pletamente en el vacío sin los proyectos que se han presentado i sin las discusiones que ha habido en la honorable Cámara de diputados. Estamos en pleno mes de junio, con dos teatros disponibles i con uno en construccion. La compañía Garay, que funcionaba en el de Variedades, tuvo la buena ocurrencia de hacer sus maletas para dirijirse a Valparaiso. La señora Civili, que se habia hecho aplaudir en el Lírico, se ha despedido tambien de nuestra ciudad i marcha a Montevideo. Nos quedan apénas Sanchez Osorio, Duclós, Alcántara i otros cuantos artistas de este jénero que no son seguramente lo que los ingleses llaman una *star*. Con la señora Civili ha desaparecido de Santiago el último resto que quedaba del arte dramático medianamente tolerable. La señora Civili poseia una hermosura notable, un porte majestuoso, unos ojos de fuego que sabia apagar o encender a voluntad. En cambio, su declamacion, si no era de una afectacion completa, por lo ménos distaba mucho de la simple naturalidad. Su voz era al acento comun de la mujer lo que un órgano a vapor de Estados-Unidos a un melopiano de Hertz. Tenia una elegancia incomparable en el vestir, manejaba con un gusto esquisito los pliegues de su traje, i sus actitudes eran de la estatuaria mas perfecta. La señora Civili, que estaria siempre bien en una academia de pintura, se encontraba fuera de su elemento en el escenario. Al teatro se va a hacer actitudes, pero se va principalmente a representar los cuadros de la vida.

I una cosa notable que revela el gusto artístico de nuestro público, ese gusto que nos ha ocupado ya mas de una vez, i que cada vez nos causa mayor asombro: el público, en las mejores piezas de la Civili, en Adriana de Lecouvreur por ejemplo, donde la trájica italiana sabia elevarse a la altura jigantesca de Ernesto Rossi, el público en esas piezas hizo del teatro un silencioso cementerio. En cambio, Sanchez Osorio anuncia su beneficio con carteles cubiertos de grotescas caricaturas. El público asiste en tropel, i aplaude con un entusiasmo indescriptible la pésima ejecucion de la Casa del Campo i el inaudito desafinamiento de la Cola del Diablo, juguete de zarzuela que ya nos habia hecho oir la Montañés. Pero en una i otra habia escenas de volatin, i cada sorbo que daba Sanchez en la primera i cada tiron que daba a la cola del máscara en la última, eran saludados con una salva de frenéticos aplausos. En pocas ocasiones habíamos asistido a un espectáculo mas grosero, i en pocas habíamos visto un auditorio mas entusiasmado.

El movimiento bibliográfico corre parejas con el desarrollo de la pasion artística. Sin embargo, por la imprenta de la Libertad acaba de aparecer una obra sobre el derecho internacional privado, debida a las atentas observaciones i a los estudios detenidos de don Mariano C. Zegarra, secretario de la legacion del Perú. Es un volúmen considerable que, recien publicado como está, no hemos tenido todavía tiempo de leer con detencion. La Revista de Santiago no será la última en dedicar algunas de sus pájinas al exámen de un trabajo que sale de la pluma de un huésped distinguido.

I ya que ha llegado el turno a las publicaciones, nos queda que cumplir con un nuevo deber de cortesía hácia los diarios de Lima que han dirijido sus atentas felicitaciones a la Revista de Santiago. La Revista ha llegado al Perú, i el vapor siguiente nos trajo la colaboracion inapreciable del doctor don Francisco de Paula Vijil que albergará próximamente en estas pájinas alguno de sus escritos.

Fanor Velasco.

LA MONJA ALFEREZ

ALGUNAS OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE SU HISTORIA.—NOTICIAS DESCONOCIDAS ACERCA DE SU MUERTE

I

Doña Catalina de Erauso, mas conocida con el nombre de *La monja alférez*, es uno de los tipos mas curiosos que presenta la España del siglo XVII. Su vida aventurera, sus campañas como soldado en la guerra de Chile, sus fechorías i pendencias en este país, en el Tucuman i en el Alto Perú, los homicidios que cometió, los peligros a que se espuso, se asemejan mucho mas a la novela que a la historia. Por esto mismo, se ha puesto frecuentemente en duda la existencia de esta mujer singular, i se ha creido ver en la narracion de sus hechos la obra de la imajinacion de algun novelista español.

No pretendemos hacer aquí la biografía de la monja alférez, que ha sido dada a conocer por escritores de verdadero talento literario, i con todos los encantos del estilo. Vamos solo a recordar los fundamentos en que descansa la historia de esta mujer aventurera, i a referir algunos detalles de su vida que fueron desconocidos a sus mas dilijentes biógrafos.

Nacida en San Sebastian de Guipuscoa, en España, por los años de 1685 segun su pretendida autobiografía, i en 1692, segun la fé de bautismo que aparece en los libros parroquiales de aquella ciudad, doña Catalina de Erauso se fugó a los quince años del convento de monjas en que la habia encerrado su padre, recorrió una parte de España, se embarcó en San Lucar para América, se enroló en el Perú como soldado en un contingente de tropas que venia a Chile, hizo la guerra contra los araucanos, pasó al Tucuman despues de haber

cometido tres homicidios, i de allí al Perú, donde despues de haber corrido las aventuras mas estraordinarias i de ser condenada a muerte, fué libertada por el obispo de Guamanga, a quien reveló su sexo, oculto hasta entónces con el mas incontrastable secreto. A su vuelta a España en 1625, la historia de sus correrías despertó una gran curiosidad. El mismo sentimiento produjo en Roma, a donde pasó en 1626 para obtener del papa Urbano VIII el perdon de sus pecados.

Si la monja alférez hubiera existido en un siglo de publicidad como el nuestro, su vida hubiera sido escrita de mil maneras, i la prensa periódica habria revelado todos los pormenores necesarios para darla a conocer en sus menores detalles. La posteridad no habria podido dudar de su existencia; pero a pesar de haberle tocado nacer en una epoca ménos propicia que la nuestra para darse a conocer, han quedado tales pruebas de sus hechos, que por mas que sea posible rectificar i correjir muchos detalles, no se puede poner en duda el conjunto de su historia.

En España se dieron a luz dos breves relaciones de su vida, entre los años de 1625 i 1629. Esas relaciones impresas como tantas otras en pliegos sueltos, suplian en aquel siglo a los periódicos de nuestros dias, se vendian en las calles para satisfacer la curiosidad del momento, i se perdian ni mas ni ménos como se pierden ahora los carteles de teatro o los anuncios de un remate. Los bibliógrafos de nuestro tiempo que han reunido con el mas obstinado empeño las relaciones de esta clase para buscar en ellas algunas noticias históricas, han encontrado a veces documentos mui interesantes, i han hallado los dos que se refieren a la monja alférez. No es imposible que en vida de ésta se publicaran otras relaciones que no han llegado hasta nosotros, o que permanecen desconocidas hasta ahora en esos montones de papeles de donde el ojo escudriñador de algun curioso suele desentrañar tesoros históricos o literarios.

El maestro Jil Gonzalez Dávila, que por nombramiento del rei fué cronista de Castilla i de las Indias, dejó escrita una *Historia de la vida i hechos del ínclito monarca don Felipe III*, que solo se publicó en 1660. En ella refieren sumariamente las aventuras de doña Catalina de Arauso, como él la llama, a quien vió con el traje de soldado, cuyas heridas examinó i cuyos hechos estudió en los certificados de sus capitanes.

Otro escritor italiano, Pietro della Valle, mui conocido por sus peregrinaciones en Turquía, Persia e Indostan, publicó entre otras obras una que lleva por título *Viaggi; descritti da lui medesimo in lettere familiari all' erudito suo amico Mario Schifano;* i allí refiere

que hallándose en Roma, vió el 5 de junio de 1626 al alférez Catalina de Erauso, i supo de ella misma la historia de sus singulares aventuras, que el escritor italiano refiere en compendio. La carta en que della Valle trata de este asunto lleva la fecha de 11 de julio del mismo año, i se encuentra publicada en la pájina 602 del tercer tomo de la edicion de Bolonia (1677) de dicha obra.

El doctor don Juan Perez de Montalvan, mas conocido por los hirientes epigramas de Quevedo que por sus obras dramáticas, compuso en 1626, cuando aquella se hallaba en Roma, una comedia titulada *La monja alférez*, en que están consignadas i referidas muchas de las aventuras de doña Catalina. La comedia se termina con estos versos que recita uno de los personajes:

Pues con aquesto i pidiendo
Perdon, tenga fin aquí
Este caso verdadero.
Donde llega la comedia
Han llegado los sucesos,
Que hoi está el alférez monja
En Roma, i si casos nuevos
Dieren materia a la pluma,
Segunda parte os prometo.

No cabe duda que Montalvan presentaba en el teatro sucesos verdaderos, mas o ménos conocidos en su tiempo, concernientes a un personaje que vivia en esa época en Roma, como aparece de la relacion del viajero italiano della Valle.

El célebre pintor sevillano Francisco Pacheco, el maestro de Velazquez, ha dejado un retrato de la monja alférez pintado en la ciudad de Sevilla en 1630. Se sabe que ese año pasó doña Catalina por esa ciudad con el fin de embarcarse de nuevo para América; de manera que esta nueva coincidencia confirma la noticia de su existencia.

Pero todos estos antecedentes históricos no eran conocidos sino por uno que otro curioso, i las aventuras de doña Catalina de Erauso, que debieron ser mui populares en la primera mitad del siglo XVII, habian caido en un olvido casi completo, cuando en 1829 se publicó en Paris un libro que lleva por título *Historia de la monja alférez, doña Catalina de Erauso, escrita por ella misma e ilustrada con notas i documentos por don Joaquin María Ferrer.* Este libro es la fuente de todas las noticias que los biógrafos modernos de la monja alférez han consignado acerca de la vida i aventuras de este curioso personaje.

El editor de este libro, don Joaquin María Ferrer, era un español, natural del mismo pueblo de San Sebastian, donde habia nacido doña Catalina de Erauso. Comerciante en el Perú, donde adquirió una fortuna considerable a principios de este siglo, sirvió tambien como capitan en el rejimiento de la Concordia, organizado en Lima por el virei Abascal para mantener la obediencia al rei de España. En medio de estas ocupaciones, conservó una grande aficion al estudio de las letras i de la historia españolas, de tal suerte que habiendo vuelto a la península fué nombrado en 1819 miembro correspondiente de la real academia de la historia de Madrid. La revolucion constitucional que estalló el año siguiente, lo contó en el número de sus parciales; i los compromisos contraidos entónces como miembro i como presidente de las cortes lejislativas, lo obligaron a emigrar a Francia a la época del restablecimiento de Fernando VII como rei absoluto. Residió en este pais como emigrado político hasta que la muerte del rei abrió en 1833 las puertas de la patria a todos los liberales desterrados i proscritos. Mas adelante, figuró todavía en las luchas políticas de España: fué senador del reino i uno de los mas firmes sostenedores del partido moderado o conservador. Durante su forzada residencia en Francia, se ocupó siempre en sus estudios literarios, i dió a luz en ediciones mui esmeradas i de una forma mui pequeña *El Lazarillo de Tórmes* de Hurtado de Mendoza (1827), *La Diana enamorada* de Gaspar Jil Polo (1827) i las *Rimas del licenciado Tomé de Burguillos* (Lope de Vega, 1828). Suya es tambien la hermosísma edicion en miniatura del *Quijote* hecha en Paris en 1827, i reimpresa despues en 1832. Despues de consignar estas cortas noticias del editor, pasaremos a hablar del libro (1).

La *Historia de la monja alférez* es formada por una relacion autobiográfica de la vida de doña Catalina de Erauso, escrita con estilo firme i fácil, que se estiende hasta 1826, cuando aquella mujer singular pasó por Nápoles de vuelta de su viaje a Roma. Los hechos están referidos en órden, con una gran claridad, sin pormenores innecesarios, sin jactancia, pero sí con una franqueza verdaderamente rara. Ferrer ha completado esta relacion con notas históricas i jeográficas que revelan conocimientos bastantes sólidos, i con documentos mui

(1) La edicion hecha por Ferrer en Paris va acompañada de un buen grabado en acero que reproduce el retrato de doña Catalina hecho en 1630 por Francisco Pacheco, i de la comedia de Montalvan ántes citada. En 1838 se hizo en Barcelona una nueva edicion de este libro.

importantes que prueban hasta la conviccion que la existencia de la monja alférez no es como han creido algunos, una invencion de novelista. Entre esos documentos aparece la fé de bautismo de doña Catalina tomada de los libros parroquiales de San Sebastian, su entrada al convento de relijiosas domínicas, de que se fugó a la edad de quince años, i una solicitud conservada en el archivo de Indias i que fué presentada por ella a Felipe IV pidiendo un premio por sus servicios, así como las certificaciones de algunos capitanes que la conocieron en América i que declaran la efectividad de sus servicios. Entre estos documentos i la relacion autobiográfica hai, sin embargo, algunas discordancias en las fechas, en los nombres propios i en diversos pormenores. A pesar de estas diferencias accidentales, es imposible dejar de reconocer que todos estos documentos se refieren al mismo personaje, i mucho ménos poner en duda su autenticidad histórica.

Pero ¿la relacion publicada por Ferrer es realmente una autobiografía de la monja alférez? El editor la da como tal. Refiere al efecto que el manuscrito que tuvo a su disposicion era una cópia tomada en Sevilla de otra copia mas antigua por el laborioso historiador del nuevo mundo don Juan Bautista Muñoz; pero en realidad nada autoriza a creer en esa autenticidad. La firmeza del estilo, la pureza i elegancia de la diccion revelan una pluma mucho mas ejercitada de lo que debe suponerse la de la monja aventurera, a la cual no se pueden atribuir ni práctica de escribir ni gusto literario. Por otra parte, la abundancia de datos casi siempre acordes con los hechos i con los documentos históricos, la prolijidad en ciertos pormenores i el espíritu jeneral del libro, ajeno a toda pretension literaria i destinado al parecer solo a referir en toda su sencillez acontecimientos verdaderos, dejan ver que esa relacion no es del todo estraña a la misma doña Catalina. Por nuestra parte, i despues de haber examinado atentamente esa autobiografía comparando sus pormenores con los documentos históricos publicados por Ferrer i con los acontecimientos públicos a que se hace referencia, hemos llegado a creer que el libro atribuido a la monja alférez i publicado con su nombre, ha sido escrito no por ella misma, sino por alguno de los numerosos injenios que en ese siglo daban brillo i esplendor a las letras españolas, i a quien doña Catalina referia ordenadamente sus aventuras. La sensacion que en España debieron producir las singulares aventuras de este personaje, la curiosidad con que debieron ser leidas las dos reseñas biográficas que se dieron a luz durante su permanencia en la península entre 1625 i 1629, esplican de sobra el pensamiento de al-

gun escritor esperimentado que quiso hacer una reseña completa de la vida de doña Catalina, dándole ademas las apariencias de ser escrita por ella misma, así como esa misma circunstancia esplica el que el famoso pintor Pacheco hubiera pintado su retrato i el que el historiador Jil Gonzalez Dávila i el viajero della Valle se hubieran empeñado en conocerla i que hablen de ella como de una de las curiosidades de su tiempo. Esta manera de apreciar la autenticidad del libro publicado por Ferrer, esplicaria tambien el fondo de verdad que reina en todo su conjunto i los errores que se notan en sus detalles, o mas bien las discordancias que hai entre la narracion i los documentos.

Despues de la publicacion del libro de Ferrer, la historia de la vida de la monja alférez es mucho mas conocida i popular de lo que era ántes. Casi todas las compilaciones biográficas destinan un artículo especial a doña Catalina de Erauso; pero ésta ha sido ademas objeto de estudios mas detenidos i prolijos.

El primero de todos por órden cronolójico fué un notable artículo crítico del libro de que acabamos de hablar, artículo escrito en frances por don Andres Muriel, eclesiástico español mui erudito, proscrito entónces de España por *afrancesado*, es decir, por haber prestado sus simpatias i su apoyo al gobierno de José Bonaparte. Este artículo fué publicado en 1829, en la *Revue encyclopédique* (tomo XLIII, páj. 742-44). Muriel analiza el libro i los documentos publicados por Ferrer, recorriendo de lijera los principales hechos de la vida de la monja alférez.

En su número de 15 de febrero de 1847, la *Revue des Deux Mondes* publicó una estensa biografía de dona Catalina de Erauso, escrita por M. Alexis Vallon, literato frances mui aficionado a las letras españolas. Este ensayo, fundado sobre el libro publicado por Ferrer, que considera como una autobiografía auténtica de la famosa aventurera, tiene todos los atractivos del estilo; i aunque el autor se ha dejado llevar algunas veces por su imajinacion en ciertos detalles, el fondo jeneral de los sucesos tiene una gran verdad.

Veintidos años mas tarde, otro escritor frances mas distinguido i mucho mas conocedor de la historia i de la literatura españolas, que ha dado a conocer en varios libros mui interesantes, M. Antoine de Latour, publicó en la *Revue Britanique* de Paris (números de setiembre i de octubre de 1869) dos estensos artículos sobre la monja alférez. Hai en ellos una biografía prolija i llena de interes, la mejor sin duda de todas las que se han escrito, así como un estudio crítico de la comedia de Montalvan, de la autobiografía de doña Catalina i de

los documentos publicados por Ferrer (1). M. de Latour cree resueltamente que ese libro ha sido escrito por la monja alférez, cuyo carácter resuelto e impetuoso se imajina descubrir en el vigor i la concision del estilo.

Mui inferior a las dos anteriores es una corta biografía de la monja alférez publicada por M. Richard Cortambert en un libro que lleva por título *Les illustres voyageuses* (las ilustres viajeras, Paris, 1866, 1 v. en 8.°). En este brevísimo resúmen escrito de carrera i sin conocimiento cabal de los hechos, no se encuentran noticias para apreciar debidamente al personaje, i ni siquiera exactitud en la narracion.

Por último, señalaremos aquí otra biografía de doña Catalina de Erauso consignada por don Benjamin Vicuña Mackenna en dos cartas escritas en Málaga en diciembre de 1870, i publicadas en los diarios de Valparaiso i de Santiago. No es mas que una ojeada jeneral pero comprensiva sobre la vida de aquel curioso personaje, a la cual se sigue una discusion crítica sobre la llamada autobiografía de la monja alférez. El señor Vicuña Mackenna, sin pretender tratar a fondo el asunto, pero en vista de las contradicciones históricas que se notan entre ese libro i los documentos que lo acompañan, i tomando en cuenta la seguridad i firmeza de estilo que suponen un escritor esperimentado, no vacila en creer que la historia que se atribuye a la monja alférez es simplemente una superchería literaria, una novela mui divertida, en que se ha juntado artificiosamente la verdad con la invencion.

Entre la confianza ciega de Ferrer, de M. Vallon i de M. de Latour, i el escepticismo del señor Vicuña Mackenna, hai un término medio i por él optamos. Nosotros no creemos que la pretendida autobiografía haya sido escrita por la misma doña Catalina de Erauso; pero sí creemos que su autor habia recojido de ella las noticias que consignó en el libro, i que las escribió creyéndolas verdaderas. Solo así puede esplicarse la exactitud que resulta de la confrontacion de los hechos narrados allí con los sucesos i los nombres históricos que se mencionan. Los pocos errores que se hallan despues de hacerse esa

(1) Debemos señalar aquí un pequeño error de M. de Latour. Estractando el fragmento del escritor italiano della Valle, de que hemos hablado ya, supone que este viajero estuvo en América, i que aquí oyó hablar de la monja-alférez, a quien quiso conocer por esto mismo en Roma. Della Valle no estuvo nunca en América; i si tuvo curiosidad de ver a doña Catalina fué solo porque la fama de las aventuras de ésta se habia estendido hasta la India oriental.

confrontacion, se esplican fácilmente si se considera que el escritor que compuso el libro pudo comprender mal algunos de los hechos que se le referian, o no supo compajinarlos acertadamente.

II

Todos los biógrafos de la monja-alférez llegan a cierto punto de su vida, i suspenden su trabajo declarando que los hechos posteriores son desconocidos, como lo son tambien la época i las circunstancias de su muerte. Ferrer publicó una partida de los libros de la casa de contratacion de Sevilla por la cual consta que doña Catalina, provista de un real permiso, se embarcó en esa ciudad para la Nueva España en 21 de julio de 1630; así como un certificado o declaracion del padre capuchino frai Nicolas de Renteria en que dice que por los años de 1645, siendo seglar, vió muchas veces en Vera-Cruz a la monja-alférez en traje de hombre, armada de daga i espada, que tenia una récua de mulas con que ganaba la vida conduciendo carga de Vera-Cruz a Méjico, que era conocida con el nombre de don Antonio de Erauso, que ella se habia dado, i que gozaba en el pais de cierta consideracion. Fuera de estas noticias, no se sabe mas acerca de su permanencia en Nueva España (1).

Lo que los biógrafos mas prolijos i eruditos de la monja alférez no pudieron descubrir, lo hemos encontrado nosotros por una obra del acaso. Una casualidad trajo a nuestras manos, entre otros papeles viejos, una vida de doña Catalina impresa en Méjico el año de 1653, por Hipólito de Rivera, mercader de libros. Consta de tres pliegos de papel comun, i cuenta en estilo natural i corriente los hechos de ese curioso personaje desde su nacimiento hasta su muerte. Esos tres pliegos impresos al parecer para satisfacer la curiosidad del momento, como las relaciones de que hemos hablado al principio de este artículo, o como los diarios de nuestro tiempo, han corrido la suerte de éstos, es decir se han perdido i destrozado, de tal manera que es raro el encontrar un ejemplar, aun incompleto. No hai en ellos un grande acopio de noticias biográficas, ni siquiera la mitad de las de que pueden recojerse en otras fuentes; pero contiene los únicos datos que sea po-

(1) Uno de los biógrafos de la monja-alférez, M. Alexis Vallon, sacando de su imajinacion lo que no encontraba en los documentos, supone que el padre Renteria refiere que él hizo el viaje de Sevilla a Vera-Cruz en el mismo buque en que iba doña Catalina, i que ésta desapareció misteriosamente al desembarcar, sin que volviera a saberse su paradero.

sible hallar sobre los últimos años i sobre la muerte de la monja alférez.

Aparece como un hecho cierto que doña Catalina, desde su arribo a Nueva España, estableció el negocio de trasportar mercaderías entre Vera-Cruz i Méjico i de acompañar a los pasajeros que querian hacer ese camino. A parte de la entrada que le producia este tráfico, gozaba de una pension de 500 pesos anuales que le mandaba pagar el rei. Entre otros hechos que prueban que conservó su carácter arrogante i pendenciero hasta los últimos dias de su vida, se refieren los siguientes.

Un vecino de Vera-Cruz le encargó que acompañara a una hija suya que desde Jalapa debia trasladarse a Méjico a tomar el velo en un convento de monjas. Hízolo así doña Catalina: la jóven viajaba a su lado, a caballo i con el rostro cubierto con una careta. Al pasar por el pueblo del Pinar, el alcalde del lugar le salió al paso para descubrir si habia algun misterio en el viaje de la enmascarada. «¿Es acaso vuestra esposa esa jóven que os acompaña?» preguntó el alcalde.—«No es posible que lo sea,» respondió secamente doña Catalina. El alcalde mandó entónces en nombre del rei que la jóven se descubriera.—«Ni Su Majestad tendrá noticia de nuestro viaje, dijo la monja alférez, ni a su real servicio hace al caso quitarse o no la mascarilla, lo que no se ha de conseguir sino es pasando por dos balas que tiene este arcabuz.» I clavando las espuelas a su caballo, siguió su camino sin hacer mas caso del alcalde.

La jóven a quien acompañaba la monja alférez no tomó al fin el velo. Léjos de eso, se casó con un caballero principal de Méjico, pero conservó la amistad que habia contraido con doña Catalina, hasta que su esposo prohibió a ésta que visitase su casa. La monja alférez enfurecida por este desaire, escribió a aquel caballero un cartel de desafío. Este contestó diciendo que no era honroso medir sus armas con una mujer. El negocio habria concluido mal, tal era la rabia de la monja alférez, sin la intervencion de algunas personas de influencia, por cuya mediacion se reconciliaron, estrechando de nuevo su amistad. Mas tarde, doña Catalina salvó la vida a aquel caballero poniéndose de su parte en una ocasion que lo atacaban tres hombres.

En uno de los viajes que hacia entre Vera-Cruz i Méjico, la monja alférez cayó enferma en el pequeño pueblo de Cotastla, en las inmediaciones de Orizaba. Allí falleció cristianamente el año de 1650, a los cincuenta i ocho años de edad, segun su fé de bautismo, i a los sesenta i cinco segun la pretendida autobiografía. A su entierro asistie-

ron muchos vecinos de Orizaba i casi todos los eclesiásticos de esta ciudad. Sepultósele suntuosamente, i sobre su tumba hizo poner un epitafio honorífico elvi rtuoso Palafox, obispo de Puebla. El piadoso biógrafo tiene el cuidado de agregar que doña Catalina tenia por costumbre el rezar todos los dias lo mismo que rezan las relijiosas profesas, que ayunaba toda la cuaresma, los advientos i vijilias, que se aplicaba todas las semanas tres disciplinas, los lúnes, miércoles i viérnes, i que oia misa diariamente.

Tal fué hasta sus últimos años la monja alférez, verdadero tipo de español del siglo XVII, mezcla de devocion i de espíritu de aventuras i de pendencias.

Diego Barros Arana.

PRACTICAS PARLAMENTARIAS

Los escasos resultados que para el bienestar material i político del país, producen los trabajos del Congreso Nacional desde largos años atras, llaman la atencion pública i han preocupado a la prensa.

Muchas de las observaciones i remedios que se proponen i aconsejan son, a nuestro juicio, poco meditados.

Se encuentra la causa del mal en la prolongacion de los debates sobre cualquiera materia, i, aun cuando no se ha dicho, se deja entender, que las minorías tienden deliberadamente a entorpecer todos los buenos deseos de las mayorías, para desprestijiarlas.

Se ha recomendado como medio de salvar el mal, el poner tasa a la facultad de usar de la palabra.

Este es un espediente que puede ser mui halagüeño para los victoriosos de la época, pero tambien puede llegar un dia en que se vuelva en su contra.

Entónces se sentiria hasta qué punto es peligroso tomar en política medidas de coaccion para que el ruido del descontento no incomode a los felices.

Pero sin tomar en cuenta este inconveniente de egoismo, no se podrá negar que los atacados por semejante medida, encontrarian caminos para barrenarla i hacerla estéril, lo que conseguirian, puesto que ella solo tenderia a llevar un cambio a la forma, por decirlo así, de manifestarse la accion de los partidos, en la política, i no al fondo del asunto.

El mal es fundamental i proviene de los medios de proceder. No depende de la mayor o menor locuacidad de los hombres que juegan en la política.

Otro medio que se ha indicado tambien es el de dictar las leyes en

cuanto estuvieran de acuerdo los diversos colores políticos, sin perjuicio de llevar adelante sus trabajos para obtener la mayor amplitud deseada en la lei o leyes de que se trate.

Aparte de que este espediente es capaz de producir una confusion tal en nuestra organizacion legal llegando a revestirla de un verdadero traje de polichinela, no seria conducente para los fines con que se propone.

Debatida por ejemplo la reforma electoral i llevada a efecto en una pequeña parte, quedaria siempre en debate la cuestion electoral, sin que llegara nunca a ceder su lugar a otras de diverso jénero dignas de reclamar la atencion pública. Resultaria que aplazándose la solucion de todos los puntos de interes político o social, por fuerza habria de llegar el pais a una época tal de plétora i aglomeracion de cuestiones, que pudiera llevarlo a la revolucion.

No son pues estos medios los que deben emplearse para la enmienda de un mal que toma proporciones colosales.

Si hubiera de recurrirse a cualesquiera de ellos como sistema, seria necesario renunciar al parlamentario, i reconocer que es inadecuado para el gobierno de los paises.

En efecto, si hubiera de llegarse a poner tasa a la manifestacion de las opiniones i a la espresion de los pensamientos de los representantes de la nacion, valdria mas no tenerlos, así como si para llegar a formarse la ilusion de que se trabaja, fuera necesario aplazar la solucion de las cuestiones sociales i políticas, i formar leyes de jirones incongruentes i disconformes, seria preferible buscar otros resortes de gobierno mas adecuados para conseguir el bienestar nacional.

No creemos que las indicaciones que se han hecho i que hemos analizado tan a la lijera, se consideren por sus autores como adherentes indispensables del sistema parlamentario. Es evidente que han notado un mal que todos observan, i han indicado el medio transitorio de evitarlo.

Sin embargo, como hai error en el procedimiento, lo ha habido en los resultados.

Debe estudiarse el oríjen i alcance de un vicio para poder encontrar un remedio.

En este artículo analizaremos nuestras costumbres parlamentarias i políticas procurando encontrar en ellas el oríjen de la esterilidad de nuestros congresos.

La manera de proceder es sin duda el primer inconveniente.

Entendido el precepto constitucional como lo aplica el reglamen-

to interior de la Cámara de diputados, no puede esta entrar en sesion sin la presencia de la mayoría de sus miembros.

Como éstos con alguna frecuencia no concurren a las sesiones en que se han de discutir asuntos que no les interesan, o que no conocen, pasan los períodos ordinarios de sesiones sin obtener número sino en la mitad de las reuniones.

Cremos que el precepto del artículo 54 de nuestra Constitucion no seria un obstáculo para dividir las sesiones que hubieran de celebrar las Cámaras en dos órdenes. En sesiones de comision i sesiones solemnes.

Se podria disponer que la primera discusion de las leyes tuviera lugar constituida la Cámara en comision, con los miembros que concurrieran, cuyas sesiones serian públicas como las ordinarias.

Los lejisladores tomarian parte en el primer debate de las leyes que les interesaran o cuyos precedentes conocieran, sin que la ausencia de los indiferentes o poco conocedores del asunto, fuera un obstáculo para el trabajo.

En la sesion de comision deberia darse la forma definitiva de la lei que hubiera de presentarse para ser aprobada en la segunda discusion, que se haria en sesion solemne.

Hoi sucede que la primera discusion de una lei, principalmente de las que tienen muchos artículos, se reduce a su lectura i aprobacion tácita, haciéndose cuando mas lijeras observaciones para pedir la segunda discusion.

Es durante ésta cuando propiamente se discute la lei, aconteciendo algunas veces que en ella se notan defectos i errores que no es posible subsanar en otra discusion, recurriéndose para salvarlos al arbitrio de mandar de nuevo a comision el proyecto.

Este espediente no es de los mas convenientes por las morosidades a que da lugar, ni da mérito para apreciar en mucho la seriedad de los debates ni el prestijio de una Cámara.

Así, pues, volviendo a nuestra idea, debiendo dar en la primera discusion la forma definitiva a la lei, los lejisladores harian en ella todas las observaciones necesarias, i se pondrian de acuerdo en el fondo i en la redaccion.

En la segunda discusion, presentándose redactado el proyecto, se harian alteraciones, pero seria mui raro que nadie repitiera observaciones ya presentadas i rechazadas, i mucho mas que hubiera álguien que no habiendo concurrido a la comision, indicara nuevas formas o nuevas ideas.

La observacion que acabamos de hacer no es nueva i se ha insinua-

do alguna vez en la prensa. Sin embargo es mui notable que no se haya hecho atencion en ella, siendo como es la mas aceptable, por ser la mas adecuada al sistema parlamentario.

No habria que recurrir en su empleo, ni a limitar el derecho de hablar, ni mucho ménos a dictar las leyes por porciones, como se ha indicado.

Otra razon del mal actual i mui notable, puesto que depende esclusivamente de la voluntad de los hombres de Estado, es el desórden con que se dirijen los debates i se procede en el trabajo.

Es mui comun que cada Cámara discuta a la vez tres i cuatro proyectos de lei.

Divididas las sesiones en dos horas o partes, se discuten las políticas en una, i las administrativas en otra.

Como las Cámaras trabajan de dos i media a tres horas, tres dias de la semana, solo pueden dedicar hora i media cada dia, a cada una de las materias.

En hora i media los lejisladores entran a hacerse cargo de nuevo de los antecedentes que sirven de base al proyecto que se discute, i cuando proceden con pleno conocimiento de causa i sin necesidad de repetir cosas ya dichas i observadas, tienen que abandonar el trabajo entrando en otras materias distintas, para repetir la misma operacion de espíritu ya referida, sin que puedan nunca aprovecharse de la facilidad de intelijencia i de llegar a ponerse de acuerdo, que produce el haber discutido largamente un asunto i el haberlo considerado sin interrupcion.

Cuando vuelven a ocuparse de una lei ya analizada en parte, hai necesidad de reproducir, o por lo ménos de recapitular lo ya dicho, para tomar de nuevo un hilo abandonado.

Este defecto de lójica en las discusiones salta a la vista de todos, i es mui singular que no se corrija, que a ningun presidente de Cámara se le haya ocurrido hacer lo que se hace hasta en los asuntos mas triviales de la vida: no entrar a tratar un negocio, hasta haber concluido el que se tenia entre manos.

No queremos recurrir a ejemplos para manifestar cuantos proyectos de lei de la mas alta importancia están discutiéndose desde años atras, por no haberles prestado atencion continuada por distraerla en asuntos de menor importancia, de los cuales muchos tambien están aplazados.

Es de notar como fuente de este mal la disposicion reglamentaria que ordena dar preferencia en la discusion, a los proyectos del Ejecutivo. Es tan estrictamente cumplida que se abandona cualquiera otro asunto por discutir esos proyectos.

No encontramos razon en esa disposicion, puesto que el oríjen de donde proceda una idea no puede ni debe ser motivo para calificar su urjencia. El Ejecutivo tiene como los diputados i senadores derecho de iniciativa, i no hai motivo para dar a ese derecho un privilejio.

Ese privilejio ha sido causa de que en muchos años solo se dicten las leyes que el Ejecutivo quiere, a tal punto que es de dudar si solo a él está reservada la iniciativa.

El Ejecutivo puede así embarazar a su capricho, i embaraza efectivamente, la discusion de proyectos de lei que pueden no estar conformes con sus deseos, o que no representen sus intereses.

Es necesario, es cierto, dar atencion a las medidas propuestas por aquel, pero la urjencia dependerá de la naturaleza misma del proyecto, i sobre todo al gabinete corresponde proponer esa urjencia.

Por este medio se conseguiria otro fin mui saludable, cual seria colocar al gabinete con mas frecuencia al alcance de los votos parlamentarios. Los ministerios no pueden tener vida lejítima i democrática sino miéntras estén en perfecto acuerdo con la mayoría de los representantes del país, cuyo acuerdo debe constatarse momento a momento.

La declaracion de urjencia o preferencia en la discusion de un proyecto, seria siempre una cuestion de gabinete, que nos salvaria de otras que son perjudiciales i estériles para los intereses del país, i de las que nos ocuparemos mas adelante.

La sencilla reforma en los reglamentos de las Cámaras en las disposiciones de que venimos hablando produciria grandes bienes.

Estableciendo la unidad i continuidad de los debates sobre un proyecto, se aprovecharian todas las pequeñas circunstancias i facilidades que presta el análisis continuado de un punto para llegar a término en su dilucidacion.

Suprimiendo la preferencia de los proyectos del Ejecutivo en la discusion, llegaria a alcanzarse la ventaja mui trascendental de colocar al gabinete en situacion de pedir como cuestion prévia la discusion de los proyectos emanados de él i que creyera urjentes, así como se daria mayor accion a la iniciativa de los lejisladores que está hoi reducida a la inutilidad, a consecuencia de que apénas hai tiempo para analizar proyectos, muchas veces sin importancia, del Ejecutivo.

Hemos tratado hasta aquí puntos que pudieran considerarse como

de mera forma en el procedimiento parlamentario. Ahora abordaremos la cuestion bajo el aspecto mas sério que tiene i es en cuanto depende la poca eficacia del sistema entre nosotros, de la accion de los partidos.

En Chile el partido victorioso no concede participacion alguna en la direccion de los negocios públicos al partido vencido. Tal es lo que se ha practicado siempre i bajo todos los sistemas.

Esta observacion no tiende por cierto a sostener que el partido que gobierna no dé a la administracion i la política el tono que le inspiren sus principios e ideas. Seria mui contrario al espíritu republicano el sostenerlo.

Si los pueblos elijen a ciertos hombres para gobernar i representarlos i dan la victoria a un partido sobre otro, debe suponerse que la base de su decision es el deseo de ver realizar las ideas de los victoriosos.

¿Pero debe ser absoluta esa accion? Que las oposiciones son un elemento indispensable del gobierno republicano es un punto en que están todos de acuerdo, pero para que ese elemento juegue su rol de gobierno es necesario que tenga su accion fija i desembarazada.

Como la representacion oficial, por decirlo así, de las oposiciones, está en el Congreso, es a esa representacion a la que mas directamente debe permitirse la lejítima influencia que corresponde al grupo que representa.

Pues bien, a pesar de que lo que dejamos dicho no puede ser una novedad para nadie, jamas hemos visto en nuestro país una oposicion parlamentaria que sea respetada en sus derechos i accion.

Los felices se han imajinado siempre que nadie puede ni debe estar descontento, i mucho ménos decirlo o manifestar su disgusto.

De allí i solo de allí, cierta actitud intransijente i absurdamente hostil que han asumido todas las mayorías.

Se ha protestado contra las oposiciones hasta haciendo a su alrededor el vacío. Se han hecho protestas de secretaría retirándose a ella todos los lejisladores de mayoría.

Se ha murmurado de todos los oradores en todo sentido i hasta se ha pretestado para no oirles sus cualidades de diccion i su manera, a tal punto que no creemos haya existido en Chile orador ninguno de oposicion digno de ser oido por mayoría alguna.

De esta actitud de los partidos victoriosos en la Cámara, ha nacido un mal grave i singular, pero necesario. Ha habido épocas en Chile en que ha sido acto de oposicion el hacer discursos prolongados.

En la memoria de todos está la frase con que inició un diputado de

oposicion un discurso en circunstancias que se habia dado un cuadrillazo de mayoría a una mínima minoría, declarando permanente sin urjencia alguna, una sesion. «Ya que se nos sitia por hambre, dijo, he de hablar hasta que me canse», i habló durante dos horas.

Pero no es eso solo. Las minorías que no han encontrado jamas ni las consideraciones de la buena educacion en las mayorías, han debido buscar otro fin a su accion; han buscado en el país, en la opinion pública, lo que no les daba la opinion ni la atencion de sus colegas. Por eso sus miembros han hecho repetidas veces largos discursos de análisis de la política del Ejecutivo, que habrian abreviado de seguro si hubieran encontrado, no decimos apoyo, discusion solamente.

La actitud de los gabinetes es la causa de la actitud de las mayorías.

Los ministros de Estado han considerado siempre ofensiva toda proposicion que no fuera mui de su satisfaccion personal, i han mirado con enojo hasta el que se la someta a votacion.

Los ministros de Estado han mirado aun con desconfianza toda indicacion que no tuviera su oríjen en los bancos ministeriales. Con cuánta mayor razon habrán exijido la estricta adhesion de sus partidarios a todo lo que ellos dicen.

La infalibilidad ministerial es un dogma político en Chile, en el que creen a ojos cerrados, no solo los partidarios, sino, lo que es mas raro, hasta los mismos ministros de Estado!

De esto ha nacido una situacion violenta para las oposiciones.

En cada proposicion hecha por alguno de sus miembros encuentran siempre una cuestion de gabinete. La delicada vanidad ministerial entre nosotros no permitiria la adopcion de una medida indicada por el contrario.

Haciendo la vanidad cuestiones de gabinete a cada paso, arrastra naturalmente los debates a un terreno que no es el mas claro para la espedicion tranquila de los negocios.

¡Cuántos ejemplos diarios podríamos citar para corroborar lo que decimos!

Ha habido lejislaturas en que no se ha dado un solo paso en bien del país por esas pueriles i estériles cuestiones de gabinete.

Por otra parte, en nuestros parlamentos no se ha permitido desde largos años atras el análisis detenido i razonado de la política del partido dominante.

Desde que se suprimió la costumbre de dar contestacion al mensaje del Presidente de la República, no hai un momento que dedicar a ese estudio, que debe ser hecho con tanto método i órden.

Suprimida esa costumbre bajo prestestos que analizaremos en otra

ocasion, las oposiciones no han podido renunciar a una inspeccion que tienen derecho de hacer, i que deben hacer para que su accion en el gobierno del país tenga su rol. Han recurrido a las interpelaciones.

Nada ha ganado el país con que la revista de la política no se haga metódicamente, i pierde en cuanto al tiempo que se la dedica. Los partidos victoriosos, nada ganan tampoco con mantener excitada la opinion pública por prolongados meses, cuando la excitacion podria durar dias.

La revista política se hace siempre con ménos método i ménos provecho que lo que se haria si el Congreso respondiera a la palabra presidencial.

Las interpelaciones sucesivas proporcionan el medio, volviéndose en ellas sobre puntos ya discutidos i repasados en otras.

Seria, pues, mui conveniente al buen órden de los trabajos que se restableciera la costumbre de contestar al mensaje presidencial, para dar a la intervencion de las oposiciones mas eficacia en bien del país, ofreciéndoles oportunidad de hacer oir su palabra con mayor serenidad, con mas método, con mas brevedad i sin tanta insistencia.

Seria mui saludable que concluyeran los cuadrillazos, i que las mayorías i gabinetes tuvieran una idea mas precisa de los derechos i rol de las minorías.

Otra causa de la esterilidad parlamentaria nace de la organizacion de los partidos, asunto que merece ser tratado especialmente.

Junio 10 de 1872.

DEMETRIO LASTARRIA.

ESTIMULANTES

«Piensa para estimularte, estimúlate para mejorarte,»—me dije en el dia sin aurora de la infancia, i desde entónces voi pensando, voi pensando.

Van pesando, van pesando los pensamientos en el cerebro, i acojo con avidez la ocasion de descargarlos.

El papel me la ofrece, i la aprovecho.

Han salido unas veces para el libro; otras veces para el diario; algunos en la conversacion.

Otros no salen. Los sentidos, los sentimientos, la razon, los toman de la realidad i los encierran: esos son, esos son, los que mas pesan.

Esos, los que—mezclados con pensamientos que he pensado para el mundo,—van aquí.

* * *

No tengan tus acciones censor mas severo que tú mismo, i serás un juez insobornable de los otros.

* * *

No juzgues a los demas por el juicio que de ellos formen otros hombres ni por el que hayan formado de tí mismo, i serás justo.

* * *

Cuando no puedas ser justo por virtud, sélo por orgullo.

* * *

Si quieres saber lo que es justicia, déjate perseguir por la injusticia.

* * *

Allá van, ola tras ola, precipitándose las aguas contra el buque. Ya ha zozobrado el buque; ya su tripulacion ha perecido, i aun se mece tranquilamente sobre la superficie furiosa de las olas, la gabiota. Esa tranquilidad de la gabiota en esa desesperada intranquilidad del mar, es la justicia.

¿Has visto brotar de esas tinieblas del cielo la luz de ese relámpago, i aun no sabes definirte la verdad!

* * *

Como el calor es una forma del movimiento en la dinámica celeste, la verdad es una forma del movimiento en la dinámica intelectual.

* * *

Hai una lei de atraccion universal, que así rije las ideas como los astros. Hai una verdad de inmediata observacion para tí mismo: eres tú mismo. Conócela, i la lei de atraccion revelará las otras.

* * *

Hermosísima noche en la ciudad! Velan los astros allá arriba; duermen los humanos acá abajo. Los astros son muchos, i una sola es la luz que de ellos llega: muchos son los humanos, i una sola es su vida colectiva: lei de unidad para arriba i para abajo.

* * *

¿Quieres estar completamente solo? Asómate acompañado a oir el ruido de las olas bulliciosas.

* * *

¿Quieres estar acompañado? Asómate solo a tu alma silenciosa.

* * *

Ser hombre es la cosa mas estraordinaria de las cosas ordinarias de este mundo.

* * *

Hai hombres completos e incompletos.

* * *

Si quieres ser hombre completo, pon todas las fuerzas de tu alma en todos los actos de tu vida.

* * *

De los hombres a *el hombre* hai la misma distancia que del orangutan al hombre. Los hombres son orangutanes con razon. *El hombre* es una razon que ha vencido al orangutan.

* * *

Cuanto mas conozco a los hombres, mas me espanta la diferencia que hai entre lo que son i lo que deben ser.

* * *

Considera a los hombres como niños, para que siempre ilumine la sonrisa de la benevolencia tu semblante.

* * *

Todos los hombres son buenos cuando no están delante de una pasion, de un interés o de un error.

* * *

Presta tu luz a los ciegos.—¿Por qué han de irritarte las maldades de los hombres, si no son mas que ceguedades?

* * *

¿Hombres honrados? Los cuento a millares. ¿Al hombre honrado? Tengo que contarlo con los dedos. Hombres honrados son los que preparan su vida de tal modo, que solo vean los demas lo que es honroso. El hombre honrado es el que muestra siempre toda vida.

* * *

La vida es el cumplimiento de un deber.

* * *

Vivir es subir la Cordillera de los Andes: cuanto mas se sube, mas insondables son los precipicios.

* * *

Miéntras mas te duela la vida, ámala mas. Espíritu i materia sufren más cuanto mas grandes: observa los cataclismos de los Andes: estudia la biografía de Colon.

* * *

¿Quieres vivir con las jeneraciones que vendrán? Mata tu voluntad i retírate a la soledad de tu conciencia.

* * *

¿Quieres vivir con tu jeneracion? Pues elije entre tu voluntad i una pistola.

* * *

La voluntad es la mitad del hombre social.

* * *

La voluntad es una facultad esencialmente perversa. Por eso es necesaria la libertad, porque siendo malo el instrumento lo obliga la razon a hacer el bien.

* * *

La voluntad es la facultad humana mas próxima a las facultades animales, porque es el instrumento del instinto.

* * *

Misteriosa unidad de las especies! No estás solo en la identidad de los embriones i en la semejanza aparente i patente de las formas! Estás tambien en las afinidades de los seres. Como has producido el instinto de conservacion en los irracionales, has producido la voluntad instintiva en los tontos: débiles sin voluntad instintiva i sin instinto, los tontos i los irracionales se conservan por la incapacidad en que están de obedecer a otro móvil que la conservacion de su existencia.

* * *

Los tontos no son seres libres porque no son seres de razon.

Los tontos i los astutos son compañores de viaje en este mundo.

* * *

Los tontos son cómplices de todos los delitos del astuto.

* * *

Cuando un astuto formula las ideas de los tontos, agacháos! que se anuncia una tempestad intelectual.

* * *

La ignorancia es tan malvada como la misma maldad.

* * *

La verdad i el bien siguen un mismo camino. El que busca la verdad, encuentra el bien.

* * *

Una negra loca se me acercó i me dijo sentenciosamente: «Resístete a tí mismo, i vencerás.» Desde entónces, cada vez que veo perseguida a la virtud, me lo esplico: es negra, i la desprecian; es loca, i la escarnecen.

* * *

La virtud es un poder, i el poder hace ambiciosos. Quisiera que todos los hombres tuvieran la ambicion de la virtud.

* * *

De todos los placeres que conozco, no conozco ninguno comparable al de sentirse capaz de la virtud.

* * *

El amor es un instinto, una pasion i una virtud. Instinto, enferma; pasion, debilita; virtud, fortalece.

* * *

Casi todos los seres racionales aman; pero casi ninguno sabe amar.

* * *

Casi todos los hombres aman como bestias; muchos aman como fieras; pocos aman como hombres.

* * *

El amor instintivo busca el placer que enerva; el amor apasionado busca el deleite que enajena; el amor virtuoso encuentra la armonía que buscaba.

* * *

Sale del puerto el lijerísimo velero. Es casco, jarcias, velas. Ya el casco se borra en la distancia; ya se borran las jarcias; ya se borraron las velas. Los afectos inconstantes son el barco: son casco, jarcias, velas. La distancia devora el casco; la distancia devorará las jarcias; la distancia devoró las velas.

* * *

Sin idiomas no habria sociedad. Las pasiones son necesarias en el mundo, porque son el lenguaje comun de los deseos.

* * *

Ayer monté a caballo. Era fogoso: enarcó la cerviz, dilató los ojos, herizó la crin, tendió la cola, tascó el freno, espumó, piafó, saltó i se lanzó al escape. Luché por contenerlo hasta postrarlo. Lo postré, i quedé postrado.—Símbolo de muchas existencias. El caballo era la pasion desenfrenada: era yo la razon enfrenadora: se desenfrenó el caballo, enfrené yo, i cuando la pasion se hubo calmado, ya solo quedó la postracion en la existencia.

Valparaiso, mayo 20 de 1872.

EUJENIO MARÍA HOSTOS.

DON GARCIA HURTADO DE MENDOZA

I

DON ALONSO DE ERCILLA I ZÚÑIGA

El año de 1558, se encontraban en Chile dos jóvenes españoles, que no contaban todavía el uno veinte i tres años, i el otro veinte i cinco.

Los dos, aunque por distintos títulos, debian ser insignes, tanto entre sus contemporáneos, como en la posteridad.

Se llamaban el uno don García Hurtado de Mendoza, i el otro don Alonso de Ercilla i Zúñiga.

Los dos eran mui esclarecidos por la antigua nobleza del linaje.

La familia de Hurtado de Mendoza tenia por tronco a uno de los compañeros de don Pelayo, entre el cual i el jóven don García podian contarse veinte i siete jeneraciones, sin que una sola fuese desconocida.

La prosapia de Ercilla era tambien mui ilustre.

Los anchos muros del solar de Ercilla, segun él mismo lo asevera, habian sido fundados junto al puerto de Bermeo, ántes que la villa de este nombre, cabeza del señorío de Vizcaya.

Por raro acaso, la situacion que en aquel entónces ocupaba don García Hurtado de Mendoza era comparativamente tan superior a la de Ercilla, como, corriendo el tiempo, la reputacion del segundo habia de aventajar a la del primero.

A pesar de sus cortos años, don García Hurtado de Mendoza, «el venturoso en hazañas,» segun el calificativo que le aplica un literato

moderno español, se habia señalado ya en la guerra, habiendo asistido a las tomas de San Florencio, San Bonifacio i la Bastida durante una reciente campaña en Córcega, i a la derrota de Pedro Strozzi, junto a Sena.

Para acrecentamiento de su naciente fama, estaba desplegando como gobernador de Chile un valor i una prudencia singulares a fin de domar la rebelion del soberbio Arauco.

Hacia la época a que me voi refiriendo, se aproximaba ya a poner feliz remate a esta empresa, que los reveses de sus antecesores i sucesores habian de presentar como altamente dificultosa.

Don Alonso de Ercilla i Zúñiga, simple soldado aventurero, aunque lleno de brios i ansioso de gloria, se encontraba en condicion harto mas modesta, habiéndose mostrado con él la fortuna ménos risueña i pródiga de sus favores.

Sin embargo, aquel jóven militar llevaba en su mochila un legajo de papeles i de cueros, que habia de inmortalizarle, haciendo que su nombradía eclipsara la de su entónces tan acatado jefe don García Hurtado de Mendoza.

Den Alonso era poeta, i sobresaliente poeta.

En medio de las vicisitudes i fatigas de la guerra, entre combate i combate, en los descansos que seguian a las marchas, en los ocios forzados de las guarniciones, consignaba en sonoras octavas lo que estaba sucediendo en el país, i lo que él mismo ejecutaba.

Habiéndole faltado mas de una vez el papel conveniente para escribir, lo habia suplido con el primer material adecuado al objeto que se le habia venido a las manos, con pedazos de cuero o de cartas, algunos tan pequeños, que apénas cabian en ellos seis versos.

¡En tan pobres pañales, se envolvió la mas notable composicion épica de la literatura española!

Probablemente, Ercilla, por profundo que sea siempre el afecto de un padre a sus hijos, i de un poeta a sus producciones, estaba mui distante de presumir entónces que aquellas octavas conservadas en fragmentos de papel o de pergamino habian de procurarle, ya que no la riqueza de que habia menester, la inmarcesible gloria que ambicionaba.

Habiéndose recibido a entrada del verano de 1558 la noticia del advenimiento de Felipe II al trono, el gobernador don García Hurtado de Mendoza, que se hallaba en la Imperial, ordenó que se celebrara con juegos de sortija, de cañas i de estafermo la proclamacion del nuevo soberano.

El mismo don García salió a la fiesta, acompañado de varios ca-

balleros, entre los cuales se distinguian don Alonso de Ercilla i Zúñiga i don Juan de Pineda.

Los dos últimos, por cierta cuestion de etiqueta, echaron manos a las espadas, i se acometieron furiosos, sin consideracion a la presencia del gobernador.

Hurtado de Mendoza, que era mui altivo i arrebatado, los hizo prender, mandando que sin tardanza les cortasen las cabezas.

Sin embargo, algunas personas, que interpusieron sus ruegos e influencias, lograron que el rigoroso don García conmutara en otra la pena de muerte impuesta sin bastante fundamento a los dos jóvenes conquistadores.

Ercilla, que era poco aficionado a hablar de sí mismo, ha aludido en su poema a este desagradable incidente, aunque sin la especificacion que habria sido de desear.

Declara que su delito

.....fué solo poner mano a la espada,
Nunca sin gran razon desenvainada.

Lo califica irónicamente de *enorme*, i agrega que fué *exajerado*.

Censura la precipitacion del gobernador, a quien llama *mozo capitan acelerado*, diciendo que fué tanta,

Que estuvo en el tapete, ya entregada
Al agudo cuchillo la garganta.

No vacila en reprobar por *injusta* la sentencia de muerte pronunciada contra él por don García Hurtado de Mendoza, i por *impertinente* la prision en que esa sentencia fué conmutada.

Un cronista contemporáneo, el capitan Alonso de Góngora Marmolejo, ha narrado con detalles esta aventura del insigne poeta.

Voi a esponer cómo ocurrió el suceso, si nos estamos al testimonio de aquel antiguo escritor.

Don García Hurtado de Mendoza quiso tomar parte, disfrazado i cubierto el rostro con una máscara, en los juegos de sortija de que ántes he hablado.

Al efecto salió de su casa, acompañado de varios caballeros principales.

Los mas de ellos marchaban adelante del gobernador.

Junto a él iban don Alonso de Ercilla i Zúñiga i Pedro de Olmos de Aguilera.

Un caballero llamado don Juan de Pineda, que venia detras, trató de abrirse paso por entre Ercilla i Olmos de Aguilera.

Ercilla, que advirtió tal propósito, trató de impedírselo, acometiéndole espada en mano.

Pineda correspondió ataque por ataque.

Considerando esta contienda como un desacato a su persona, el iracundo don García tomó una maza que llevaba colgada del arzon de la silla, i dió con ella a don Alonso dos tremendos golpes en un hombro.

Tan luego como los dos agresores percibieron la furia del gobernador, corrieron a asilarse en una iglesia.

Pero el implacable don García mandó que los prendiesen sin respetar la inmunidad del lugar sagrado, i que al punto les cortasen las cabezas al pié de la horca.

Encargó la ejecucion de estas órdenes a don Luis de Toledo; i a fin de evitar las solicitudes de perdon, fué a encerrarse en su casa, prohibiendo que se dejara entrar a persona alguna.

Miéntras tanto, los reos fueron estraídos de la iglesia, i llevados al pié de la horca.

Se estendió un tapete o repostero donde los dos caballeros condenados pudiesen ponerse de rodillas para recibir la cuchillada.

Se arrimó a la horca una escala para que apénas cortadas las cabezas, fuesen colocadas en lo alto.

El suplicio iba ya a consumarse, cuando llegó la conmutacion de la pena, arrancada a Hurtado de Mendoza.

Muchas damas de la Imperial, no conformándose con que fuesen ajusticiados por semejante motivo dos jóvenes tan gallardos como Ercilla i Pineda, habian asaltado por una ventana la casa del gobernador; i a fuerza de ruegos, habian obtenido que suspendiese la pena de muerte, reemplazándola por otra ménos severa.

Como puede notarse, la precedente relacion guarda completa conformidad con las alusiones de Ercilla.

Así todo persuade que está ajustada a la verdad.

Vuelto Ercilla a España, mas o ménos tan pobre como habia venido a América, dió a la estampa las tres partes de que consta su conocido poema la *Araucana*, a largos intervalos una de otra, en 1569, 1578 i 1589.

Las únicas palabras desfavorables que el poeta estampó en su obra contra Hurtado de Mendoza fueron los calificativos de *injusto* i de *acelerado* que le aplicó al aludir al suceso de la Imperial.

Por lo demas, refirió todos los hechos ejecutados en Chile bajo la direccion de don García sin tratar de menoscabarlos ni adulterarlos; pero al propio tiempo, sin colmar de elojios al jóven gobernador i sin ostentar entusiasmo a su persona.

Preciso es confesar que son mui pocos los pasajes de la *Araucana* personalmente alabanciosos para don García.

Solo recuerdo dos de esta clase.

El primero se encuentra consignado en el discurso que Ercilla pone en boca de los que habian ido de Chile al Perú para solicitar del virrei padre de don García ausilios que los salvaran de la aflictiva situacion en que los compañeros del difunto Pedro de Valdivia se hallaban colocados a consecuencia de los sucesos que siguieron a la muerte de su caudillo.

A tu hijo, oh marques, te demandamos,
En quien tanta virtud i gracia cabe,
Porque con su persona confiamos
Que nuestra desventura i mal se acabe.
De sus partes, señor, nos contentamos,
Pues que por natural cosa se sabe
(I aun acá en el comun es habla vieja)
Que nunca del leon nació la oveja.
I pues hai tanta falta de guerreros,
Haciendo esta jornada don García,
Se moverá el comun i caballeros,
Alegres de llevar tan buena guia;
I lo que no podrán muchos dineros,
Podrá el amor i buena compañía,
O la vergüenza i miedo de enojarte,
O su propio interes en agradarte.

Canto 13

El segundo puede leerse en la descripcion de la batalla de Millarapue.

Don García de Mendoza no paraba,
Antes como animoso i dilijente,
Unas veces airado peleaba,
Otras iba esforzando allí la jente.

Canto 15

La *Araucana* tuvo entre las personas ilustradas de España la acojida mas benévola i aun entusiasta.

Las varias ediciones que se hicieron de este poema manifiestan que fué sumamente popular.

Don García Hurtado de Mendoza, que habia vuelto a España allá

por el año de 1561, i que habia regresado a América con el cargo de virrei del Perú en 1588, esperimentó la mas viva desazon al no verse encomiado en la *Araucana* tanto como creia merecerlo.

La parsimonia del poeta para elojiarle le produjo el mayor de los sinsabores.

Si Ercilla habia querido vengarse del agravio que habia recibido en la Imperial, consiguió plenamente su objeto.

Don García i sus deudos tomaron el mas fuerte empeño en remediar el menoscabo que el silencio de la *Araucana* habia causado al lustre de la familia, a lo que ellos entendian.

El primero que manejó la pluma para ensalzar las hazañas de don García Hurtado de Mendoza, a fin de llenar el vacío que los amigos de este caudillo censuraban en la obra de Ercilla, fué un poeta criollo, natural de Chile, llamado Pedro de Oña.

El poema que con tal propósito escribió lleva por título *Arauco Domado.*

Si este libro tiene la particularidad de haber sido produccion del primer literato nacido en Chile, agrega a ella la de haber sido publicado en 1596 por el primer impresor de los reinos del Perú, Antonio Ricardo de Turin.

Oña dedicó su poema a don Juan Andres Hurtado de Mendoza, hijo de don García.

«Ha dias, dice en la dedicatoria, que lo tengo trabajado, i aun impreso, dilatando en sacarlo en público hasta que el marques (don García) se fuese, como ya, por daño nuestro, se va de estos reinos, porque el publicar sus loores en presencia suya no enjendrase, a lo ménos en dañados pechos, i de poca consideracion, algun jénero de sospechas, cosa de que tan ajena está la limpieza de la verdad que en todo este discurso trato.»

Sin embargo, hai constancia fehaciente de que el virrei don García Hurtado de Mendoza tuvo noticia detallada del poema que el chileno Oña habia escrito en su alabanza, pues fué él mismo quien con fecha 11 de enero de 1596, dió licencia para imprimirlo i venderlo por el término de diez años.

Oña, dirijiéndose a don García en el exordio de su poema, enumera, entre las principales razones que le han movido a componer su obra, la de enmendar el silencio deliberado de Ercilla, a quien trata de autor *apasionado*, que por satisfacer su *rencor*, no ha reparado que deslustraba su historia, contribuyendo a que fuese tenida *quizá por no tan cierta.*

Si Ercilla habia manifestado mui poca admiracion a don García,

en compensacion, Oña agota para encomiarle el catálogo de las hipérboles. Basta para comprobarlo advertir que segun él, si hubieran conocido a don García, Calipso le habria amado mas que a Ulises, i Dido mas que a Enéas. No retrocede siquiera hasta colocarle en el número de los santos, llamándole *San García*.

A pesar de todo, no oculta el entusiasmo que le inspira Ercilla, a quien da el epíteto de *divino*, i la *Araucana*, a la cual califica de produccion *riquísima*, que solo puede ser igualada por mano mas que humana.

En dos o tres parajes del *Arauco Domado*, elojia a Ercilla, o como soldado, o como poeta.

En una reseña que hace de los principales guerreros que seguian la bandera del gobernador Hurtado de Mendoza, pinta a Ercilla

> Airoso, vistosísimo, galano,
> Con plumas, martinetes, con airones,
> Trencilla, banda, cintas i listones;

I le llama

> Eterna i dulce voz del araucano,
> Por cuya fértil pluma i fértil mano,
> Castálico licor Apolo estila.

Un concepto tan elevado del mérito de Ercilla en un poeta cortesano, que habia sido estimulado, i quizá pagado por Hurtado de Mendoza para suplir los encomios omitidos en la *Araucana*, está haciendo ver cuánto era el crédito de que gozaba el autor de este poema, i cuánto debia lamentar un personaje tan ansioso de fama como don García su inconsulta sentencia de la Imperial.

El pesar de lo que habia sucedido en aquella malhadada fiesta, esperimentado por don García desde la aparicion de la *Araucana*, fué acrecentándose a medida que se consolidaba i estendia la celebridad de Ercilla.

Vamos a ver que don García trasmitió este sentimiento a sus descendientes, que hicieron cuanto les fué posible, no solo para enaltecer la memoria de su padre, sino tambien para esplicar i disculpar el *acelerado* procedimiento de la Imperial.

El humilde poeta, sin cometer ninguna injusticia vituperable, únicamente con no hacer sonar mui fuerte en honor de quien le habia ofendido las cuerdas de su lira, habia tomado reparacion del agravio que le habia inferido el altivo magnate.

Miéntras tanto, la reputacion de Ercilla se aumentaba de un modo mui notable.

Su poema era aplaudido en los dos mundos.

Cervántes habia declarado por boca del cura en el escrutinio de la librería de don Quijote, que la *Araucana*, la *Austriada*, i el *Monserrato* «eran los mejores libros que en verso heroico en lengua castellana estaban escritos, i podian competir con los mas famosos de Italia, debiendo guardarse como las mas ricas prendas de poesía que tenia España.»

Andres Escoto, erudito de nota, escribia que los que se proporcionaban la *Araucana*, la leian con asombro, i no podian dejarla de las manos.

Primero, don García, i en seguida, sus deudos, cuando éste falleció, se esforzaron para desvanecer la mala impresion que podia producir en los ánimos lo que Ercilla referia de aquel antiguo jefe.

Su empeño se redoblaba a proporcion que se acrecentaba la popularidad del poeta.

Pedro de Oña no habla del suceso de la Imperial; pero advierte que para los pormenores de las cosas ocurridas en Chile que él no puede esponer con detencion, se remite a una historia, «en jeneral verdadera,» que estaba escribiendo el capitan don Pedro Mariño de Lovera, noble caballero de Galicia.

Este conquistador era tan ejercitado en las armas, como lo asevera Oña; pero al propio tiempo mui poco diestro en las letras, a cuyo cultivo no habia podido aplicarse.

Así, habiendo entregado su manucristo a don García Hurtado de Mendoza, ya entónces marques de Cañete i virrei del Perú, este personaje encargó al padre jesuita Bartolomé de Escobar que «redujera a nuevo método i estilo» la obra informe i desaliñada de aquel veterano.

El padre Escobar cumplió la comision, dedicando su trabajo al mismo don García por medio de una carta en la cual hace muchas protestas de independencia, pero cuya simple lectura manifiesta cuanto era el anhelo del relijioso para agradar al encumbrado Mecénas a quien se dirijia.

Este libro titulado *Crónica del reino de Chile*, que solo llega hasta el año de 1595, parece haber sido concluido de retocar por el padre Escobar ántes de la aparicion del *Arauco Domado*.

El autor primitivo, capitan don Pedro Mariño de Lovera, habia fallecido en Lima a fines de 1594.

Sin embargo, la obra mencionada, aunque llena de noticias mui interesantes, solo ha sido impresa por primera vez en Santiago de Chile el año de 1865.

La Crónica del reino de Chile contiene la version que debian dar don García i sus deudos i amigos del desagradable lance ocurrido entre él i Ercilla.

Aquel suceso debió ser estimado al principio por el orgulloso marques como uno de tantos incidentes mas o ménos notables que acontecen en una campaña.

Pero, andando el tiempo, Ercilla, de soldado oscuro, habia pasado a ser poeta afamado.

Don García esperimentó entónces la necesidad de sincerarse de su procedimiento inconsiderado contra un hombre llegado a ser tan ilustre; i como él, la esperimentaron todos los que le rodeaban, o se interesaban por su buen nombre.

Era cargo serio el de haber estado a punto de arrebatar a España sin suficiente fundamento su mas distinguido poeta épico.

Don García no omitió, pues, el dar del suceso de la Imperial una esplicacion que le fuese favorable.

La relacion a que me refiero es indudablemente la que se encuentra en la *Crónica del reino de Chile*, obra escrita i arreglada bajo la inspiracion del marques de Cañete.

Ella difiere en puntos sustanciales de los datos suministrados por Ercilla mismo, i de los pormenores, no discordes con las alusiones de la *Araucana*, trasmitidos por el autor contemporáneo capitan don Alonso de Góngora Marmolejo.

Mariño de Lovera, o si se quiere, el padre Bartolomé de Escobar, refiere que cuando Ercilla i Pineda se arremetieron espada en mano, los demas caballeros de a pié i de a caballo, allí presentes, desenvainaron las suyas para poner paz entre los agresores, sin que el gobernador Hurtado de Mendoza hubiera notado cuál habia sido el oríjen de la contienda.

I luego añade esta reflexion harto significativa:

«I como ha sido cosa tan frecuente en estos reinos haber algunos motines, buscando siempre los traidores semejantes coyunturas para descubrirse, alborotóse don García al ver sobre sí tantas espadas, recelándose no fuese alguna traicion de las que en estos lances se han esperimentado en las Indias.»

Ercilla i Góngora Marmolejo, como se recordará, dicen espresamente que don García fué quien pronunció la sentencia de muerte contra los dos jóvenes contendores.

Mariño de Lovera hace pesar toda la responsabilidad del fallo sobre el coronel don Luis de Toledo.

Hé aquí sus palabras:

«Mas como don García vió que era don Alonso de Ercilla el primero que habia puesto mano a la espada, fajó luego con él, i dándole en las espaldas un furioso golpe con una maza de armas que tenia en la mano, le postró del caballo abajo, i mandó al capitan de la guardia le llevase preso a buen recaudo. Por otra parte, acudió el coronel don Luis de Toledo a echar mano de don Juan de Pineda, el cual se retiró a la iglesia, i se metió en ella con el caballo en que iba, aunque le valió poco el no haberse apeado fuera de ella, porque el coronel le sacó por fuerza, llevándole a la plaza a ver lo que mandaba el gobernador hacer de su persona. Pero como don García estuviese ya en su casa, le pareció al coronel que seria justo hacer el debido castigo de los dos caballeros, cortándoles las cabezas, así por el desacato que tuvieron ante el gobernador, como por la presuncion i sospecha que él tuvo de que siendo los dos tan amigos, no debia ser la pendencia con ánimo de ofenderse, sino alguna maraña i ardid concertado entre ellos para matar a don García.»

Ercilla aplica a Hurtado de Mendoza el epíteto de *mozo capitan acelerado*; pero el cronista a quien estoi comentando procura demostrar que su héroe manifestó en aquella ocasion la mayor circunspeccion i serenidad.

Segun él, apénas llegó al conocimiento de don García, que Ercilla i Pineda estaban para ser ajusticiados, mandó a toda prisa suspender la ejecucion para resolver en el asunto con mas despacio, i previa la correspondiente informacion.

El capitan Lovera, o el padre Escobar, hace aquí, para recomendar esta órden de don García, la reflexion de que, «aunque una sentencia sea mui buena, será mui mal fulminada si se pronuncia precipitadamente donde puede tener lugar la cólera, que con la pasion ciega al entendimiento; de suerte que es circunstancia necesaria para que sea loable, el mirarse con reportacion i acuerdo, mayormente cuando el juez averigua causas que tocan a su persona.»

Convencido don García, por las indagaciones que practicó, de que los dos reos eran culpables, no de traicion o algo parecido, sino solo de un repentino arrebatamiento, los envió a su padre, que era virrei del Perú, para que resolviese lo conveniente.

El autor de la *Crónica del reino de Chile* concluye su relacion, procurando echar sobre el cantor de la *Araucana* la nota de ingratitud.

«Aunque el virrei dió a don Alonso de Ercilla, dice, provision para ser uno de los lanzas con mil pesos ensayados de sueldo, i le hizo otras mercedes, con todo eso le quedó mui arraigada en el corazon la memoria del aprieto en que se vió en este dia; i el golpe que le dió

don García le estaba siempre dando golpes en él, de suerte que nunca mostró gusto a sus cosas, como se ve por esperiencia en el libro que escribió en octava rima titulado: *La Araucana*, donde pasa tan de corrido por las hazañas de don García, que apénas se repara en alguna de ellas, con haber sido todas de las mas memorables i dignas de larga historia que han hecho famosos capitanes de nuestro siglo.»

Miéntras tanto, Ercilla vivia en la corte de España, pobre i desatendido, sin recibir la recompensa debida a sus servicios i a su elevado talento.

Se supone que sus desavenencias con la poderosa familia de los Hurtado de Mendoza no fueron estrañas a la triste situacion de que jamas pudo salir.

En fin murió allá por el año de 1596, escaso de recursos pecuniarios, pero opulento de gloria.

No dejaba en pos de sí ni deudos influentes interesados en defender su memoria, ni individuos favorecidos a quienes el agradecimiento impulsase a ensalzarle.

Su único amparo era el poema que habia firmado con su nombre, i que talvez habia sido la causa de que no obtuviera en vida el premio merecido.

Pero el prestijio de ese poema pudo mas que toda la riqueza i todo el valimiento de una de las mas prepotentes familias de España.

Precisamente en 1597, al año siguiente de su muerte, salió a luz una pretendida continuacion de la *Araucana*, escrita por don Diego de Santistevan i Osorio, poeta mui mediocre.

El autor de esta obra se ha complacido en hacer figurar juntos al ilustre marques don García Hurtado de Mendoza, que recientemente habia regresado del virreinato del Perú, i al insigne poeta don Alonso de Ercilla i Zúñiga, a quien ya cubria la tierra.

El laborioso norte-americano Ticknor parece creer que el argumento del poema de Santistevan i Osorio es tan histórico como el del poema de Ercilla.

Los eruditos españoles Gayángos i Vedia no han rectificado esta inexactitud, como lo han hecho con otras de aquel sabio autor.

Hai todavía sobre este punto algo mas particular.

El conocido historiador chileno don Juan Ignacio Molina ha dedicado un capítulo de su obra a la ficcion de Santistevan i Osorio, como si hubiese sido una realidad.

Sin embargo, puedo asegurar que el argumento de la continuacion

de la *Araucana*, o sea de las partes cuarta i quinta, es fabuloso desde el principio hasta el fin.

Por esto mismo, es mui significativa la introduccion de Ercilla en la obra de Santistevan i Osorio. No habria sido estraño que se hubieran escrito los hechos en que efectivamente hubiera intervenido; pero su exhibicion en sucesos de fantasía manifiesta cuál era la alta celebridad que habia alcanzado.

A la verdad, don García Hurtado de Mendoza participaba, todavía vivo, del honor de ser cantado como personaje épico, que se concedia a Ercilla ya muerto, aunque recientemente; pero, para apreciar la diferencia que habia entre lo uno i lo otro, conviene tenerse presente que el primero era uno de esos encumbrados grandes de España a quienes se acostumbraba prodigar todo jénero de lisonjas, miéntras el segundo habia sido solo un poeta.

Don García Hurtado de Mendoza falleció el 15 de octubre de 1609.

La muerte del adalid conquistador i la del cantor épico no pusieron término a la especie de controversia trabada entre los dos.

Don Juan Andres Hurtado de Mendoza, hijo de don García, quinto marques de Cañete, deseoso de honrar la memoria de su padre, hizo que don Cristóbal Suárez de Figueroa, escritor distinguido en prosa i verso, publicase en 1613 una alabanciosa biografía de su padre el conquistador de Chile con el título de *Hechos de don García Hurtado de Mendoza*.

Este autor, adoptando en parte la version de la *Crónica del reino de Chile*, atribuye la severidad de don García en el suceso de la Imperial a la idea que concibió en el primer momento de que el alboroto habia sido una maquinacion preparada.

Despues de referir el altercado entre Ercilla i Pineda, se espresa como sigue:

«Desenvaináronse en un instante infinitas espadas de los de a pié, que sin saber la parte que habian de seguir, se confundian unos con otros, creciendo el alboroto con estremo. Esparcióse voz que habia sido deshecha para causar motin, i que ya los dos finjidos émulos le tenian meditado, por haber precedido algunas ocasiones, aunque lijeras.»

Suárez de Figueroa, a diferencia de la *Crónica del reino de Chile*, confiesa que don García, i no el coronel don Luis de Toledo, condenó a Ercilla i Pineda, «para infundir terror entre los demas, a degollar, sabiendo ser cualquiera severidad eficacísima para asegurar la milicia.»

El panejirista se ve, sin embargo, obligado a convenir en que habiéndose levantado la correspondiente informacion, resultó «que habia sido caso imprevisto.»

Pero como su antecesor, se esfuerza por hacer pasar a Ercilla por ingrato.

«El conveniente rigor con que don Alonso fué tratado causó el silencio con que procuró sepultar las ínclitas hazañas de don García. Escribió en verso las guerras de Arauco, introduciendo siempre en ellas un cuerpo sin cabeza, esto es, un ejército sin memoria de jeneral. Ingrato a muchos favores que habia recibido de su mano, le dejó en borron, sin pintarle con los vivos colores que era justo, como si se pudiera ocultar en el mundo el valor, virtud, providencia, autoridad i buena dicha de aquel caballero, que acompañó siempre los dichos con los hechos, siendo en él admirables unos i otros. Tanto pudo la pasion, que quedó casi como apócrifa en la opinion de las jentes la historia que llegara a lo sumo de verdadera, escribiéndose como se debia. Fué en boca de todos inculpable, apacible i humano sumamente el sujeto de quien escribo; i así pensó en vano deslustrar sus resplandores quien de propósito calló sus alabanzas.»

Don Juan Andres Hurtado de Mendoza no se contentó con el libro de don Critóbal Suárez de Figueroa, pues se esforzó para que el teatro se empleara en la defensa del marques su padre.

A instancias suyas, don Luis de Belmonte Bermúdez, en union de otros ocho poetas, uno de los cuales era el mejicano don Juan Ruiz de Alarcon, compuso la comedia titulada: *Algunas Hazañas de las muchas de don García Hurtado de Mendoza, marques de Cañete*, que dedicó al mencionado don Juan Andres.

Esta pieza, segun don Luis Fernández Guerra i Orbe en su reciente libro sobre don Juan Ruiz de Alarcon i Mendoza, «se representó con estraordinario aparato, riqueza de trajes i admirables perspectivas el año de 1622; i se imprimió lujosamente, aderezándola con dedicatoria i prólogo al lector, i con los nombres de los poetas i espresion de la parte de trabajo que a cada cual habia recorrespondido.»

En la comedia de Belmonte i compañía, no aparece Ercilla; pero habiendo algunos años despues el fénix de los injenios Lope de Vega escrito otra sobre idéntico asunto, la cual denominó *Arauco Domado*, hace ejecutar en ella un papel mui deslucido a nuestro don Alonso, probablemente por reprobada adulacion a don Juan Andres Hurtado de Mendoza, bajo cuyo patrocinio la puso.

Don Antonio de Leon Pinelo, en el *Epítome de la Biblioteca Oriental i Occidental*, menciona todavía otra comedia manuscrita de Lope

de Vega, relativa a esta misma controversia, si se ha de juzgar por el título: *El Marques de Cañete en Arauco.*

Ademas se dieron a luz otras dos piezas sobre el mismo tema: la una de Gaspar de Avila en 1664, *El Gobernador Prudente*, i la otra de Francisco González de Bústos en 1665, *Los Españoles en Chile.*

Miéntras tanto, salia en Lima el año de 1657una obra bajo el título de *Crónica de la provincia peruana del órden de los hermitaños de San Agustin*, por frai Bernardo de Tórres, donde vuelve a hablarse del lance entre Ercilla i Pineda, narrándose con variaciones ajustadas al estilo eclesiástico.

Si hubiera de creerse al padre Tórres, la pendencia tuvo lugar en la iglesia de la Imperial, en la cual se celebraba una misa de gracias.

«Los capitanes don Alonso de Arcila i don Juan de Pineda tuvieron entre sí alguna diferencia sobre la precedencia de los lugares; llegaron a palabras de empeño; i arrebatados de cólera, pusieron mano a las espadas. Al mismo punto se partió en dos bandos todo el cónclave militar; unos se pusieron de parte de don Juan, otros, de don Alonso; i en el mismo templo se trabó una cruel pendencia entre los dos capitanes, sin que bastase a reprimirlos lo sagrado del lugar, ni el respeto del gobernador, ni los ruegos de los eclesiásticos. Sintiólo el gobernador de manera que los hizo prender en la cárcel; i habiendo hecho informacion del desacato, los condenó a muerte de degüello en público cadahalso, que habia de ejecutarse el dia siguiente.»

En la relacion del padre Tórres, esta trajedia se desanuda por un milagro.

«Notificóseles la sentencia; i no pudieron intercesiones, congruencias, ruegos ni razones ablandar ni mover a clemencia al gobernador. Confesóse don Juan aquella noche para morir a la mañana, sintiendo mucho mas la afrenta del suplicio, que el rigor de la muerte. Perdidas las esperanzas de remedio humano, se encomendó fervorosamente a San Agustin, nuestro padre, su cordialísimo devoto, suplicándole le favoreciese en aquel trance, moviendo al gobernador para que le otorgase el perdon merecido por tantas hazañas i sangre vertida en servicio del rei; que si le libraba de muerte tan afrentosa, le prometia dar de mano al mundo i recibir su santo hábito, vivir i morir en su relijion en servicio de Dios. Por el efecto pareció haberle el santo alcanzado de Dios aquella merced, porque la misma noche estuvo el gobernador desvelado i combatido de varios pensamientos sobre lo que haria en aquel caso, hasta que finalmente el Señor le

ablandó el corazon; i el dia siguiente conmutó a los reos la pena de muerte en destierro perpetuo del reino.»

Segun el mismo padre Tórres, don Juan de Pineda cumplió su promesa, habiendo tomado en Lima el hábito de San Agustin el año de 1559, i fallecido en el convento de la Nasca (Perú) el de 1606, «con opinion de gran relijioso.»

Sin embargo, los cronistas Alonso de Góngora Marmolejo, en su *Historia de Chile*, i don Pedro Mariño de Lovera, en su *Crónica del reino de Chile*, enumeran entre los españoles muertos por los indios en la derrota de Catirai bajo el gobierno del presidente Saravia a un Juan de Pineda, natural de Sevilla, como aquel de quien habla el padre Tórres.

Sea de esto lo que se quiera, volvamos a nuestro asunto.

Se han visto los constantes esfuerzos de la familia de Mendoza para abatir a Ercilla.

Todos ellos fueron al fin infructuosos.

Los Mendoza se empeñaron por dar a la fama del poeta el golpe de maza que don García descargó en la Imperial sobre su cuerpo.

Pero a pesar de todo el poder de aquella familia, i de todo su teson, i de todos los que salieron a ayudarles, no lo lograron.

En el dia, muchos saben que ha existido un don García Hurtado de Mendoza, marques de Cañete, solo por que su nombre se encuentra consignado en la *Araucana*.

La gloria no ha ido a recojer reverente en el fondo de su ataud el puñado de polvo a que el conquistador debe estar ya reducido.

Miéntras tanto, el pueblo español, despues de siglos, acaba de trasladar con señalada pompa los restos de Ercilla al panteon erijido a sus varones ilustres.

En tan larga i porfiada lucha, el hombre del pensamiento ha obtenido el mas espléndido triunfo sobre el hombre de la fuerza.

El poeta ha podido mucho mas que el conquistador.

Miguel Luis Amunátegui.

SALOMON DE CAUX

Si hai algo que pudiera hacernos creer en la fatalidad, seria el adverso i constante destino de algunos hombres ilustres. Vamos a escribir a la lijera la historia de uno de estos seres superiores, marcado desde su nacimiento con el doble sello del talento i del infortunio.

Salomon de Caux nació en Rouen, ciudad de Normandía, en 1580. Desde niño manifestó disposiciones por la física i las matemáticas, i se entregó a su estudio con todo ardor. Importantes fueron sus descubrimientos en estos ramos, i mas todavía si se atiende a la ignorancia de los tiempos i a las preocupaciones que dominaban todas las intelijencias. Salomon dedicóse con preferencia a la física i con especialidad a la hidráulica. El agua le producia una especie de atraccion: creia divisar un poder desconocido en las manifestaciones de este elemento. Ese soplo vago, ténue, húmedo que se desprendia de las calderas de su laboratorio, ¿qué era? Pensaba, adivinaba una fuerza: le parecia que aquello tan débil debia ser potencia i accion. ¿Pero por qué se le ocurrian todas estas cosas? El se hacia esta pregunta muchas veces, i nunca pudo contestarla satisfactoriamente. Como los presentimientos que asaltan el corazon i le anuncian o un duelo o una alegría, así él entreveia confusamente una importante invencion. Esta idea se presentaba a su espíritu como un recuerdo lejano i casi olvidado; pero no se apartaba de él. Será necesario estudiar, dijo al fin resueltamente, i estudió.

El sabia que la antigüedad habia adivinado la existencia del vapor como fuerza. Aristóteles i Séneca atribuyen los terremotos a calor subterráneo, que, segun ellos, hace pasar súbitamente al estado de vapor de agua una cantidad de este líquido contenida en el centro del globo.

Heron de Alejandría, 130 años ántes de la era cristiana, habia resuelto como distraccion filosófica el problema de imprimir movimiento de rotacion a una esfera que jirase al rededor de un eje, dejando escapar por medio de un tubo perpendicular a este eje el vapor formado por la ebullicion de cierta cantidad de agua contenida en la esfera. (*Thomas.*)

Si hemos de creer lo que la leyenda cuenta, Empédocles, que vivia mas de 400 años ántes de nuestra era, profesaba sobre la constitucion de los volcanes una teoría que dista mui poco de la verdad. El creia que la violencia de las erupciones era debida en gran parte a la condensacion del vapor de agua. Durante las combustiones subterráneas que habian tenido lugar en el centro de la tierra, las aguas interiores calentadas por el incendio habian quedado reducidas casi enteramente al estado de vapor. Este vapor comprimido, acumulado, trataba de abrirse camino, i al fin lo conseguia despedazando la superficie del globo, arrastrando lo que encontraba a su paso i sobre todo los cuerpos ígneos depositados en el foco profundo del incendio..... (*Bessières.*)

Salomon tenia tanta imajinacion como talento. Estas ideas le atormentaban. Dia i noche trabajaba estudiando esta importante materia. Al fin el éxito premió sus esfuerzos. Habia construido una marmita de hierro que le servia para sus esperimentos: una vez la llenó hasta la mitad de agua, cerrada herméticamente i la sometió a un fuego violento. El agua hervia con ruido i hacia temblar la tapa. De pronto el vapor se abre paso, la vasija estalla, i uno de sus fragmentos hiere al físico. A pesar de su herida, su emocion fué tan viva que cayó de rodillas llorando de placer.

El vapor estaba descubierto. En 1615 apareció una obra de Salomon que no deja lugar a duda. Esta obra titulada *La raison des forces mouvantes* tiene el párrafo siguiente:—«Sea una esfera de cobre *A* bien soldada, teniendo un recipiente *D* por donde se echará el agua, i tambien un tubo *B C* que estará soldado en la superficie de la esfera: el estremo *C* del tubo se acercará al fondo sin tocarlo. Cerrada la esfera, se la pondrá sobre el fuego: el calor hará entónces que el agua suba toda por el tubo *B C*.»

Ya hemos dicho que Salomon tenia una imajinacion fogosa. Desde el primer instante comprendió todo el alcance de su descubrimiento, i lo acrecentó mas todavía con las seducciones a que están sujetas las naturalezas fantásticas. Soñaba. El porvenir del mundo iba a cambiar. Tenia en su mano el secreto de una fuerza que podia reemplazar con ventaja los esfuerzos de los hombres i de los animales. Empé-

dodes tenia razon. Eso que hace temblar el mundo, que conmueve los mares, que despedaza la tierra, lo tenia él, él lo habia descubierto trabajando con una simple marmita de hierro. Qué gloria para la Francia, qué gloria para él, oscuro hoi i mañana saludado como un jenio.

Estas ilusiones le consolaban. Cuando trabajaba se olvidaba de todo, hasta de su pobreza. Fuera de su laboratorio no se hallaba bien, la sociedad le atormentaba. Las jentes supersticiosas miraban con ojo receloso esa luz que brillaba siempre, i a ese hombre desaliñado, pensativo, soñador, que pasaba las noches trabajando al pié de un horno. Los chicos iban a mirar por las rendijas de la puerta i volvian a su casa con miedo. Los hombres decian: hé ahí un avaro que busca la piedra filosofal; los mas caritativos, hé ahí un loco.

Ser juzgado así cuando se trabaja por los demas, es un desengaño duro. Tenia amigos, los amaba, tenia particular interes en esplicarles su doctrina; pero eran jentes de cabeza dura; ninguno le creia. Las lecciones claras, las razones convincentes nada podian sobre espíritus quiméricos e ignorantes. Por el contrario le objetaban, le combatian. Estas conversaciones privadas se esparcieron bien pronto en el público, i luego todo el mundo conoció el descubrimiento, i todos hablaban de él; unos por amor a la ciencia, otros por novedad.— Puesto que nadie me proteje, dijo Salomon, busquemos el apoyo del gobierno.

Richelieu gobernaba entónces la Francia. Salomon obtuvo una entrevista i le presentó una memoria que esplicaba el descubrimiento, sus causas i los maravillosos resultados que podia traer a la industria. El ministro le contestó que confiaria su trabajo a sabios que supieran apreciarlo. Despues... se olvidó. La intriga, la política i el amor reclamaban el tiempo del poderoso cardenal: pero Salomon no olvidaba. Al cabo de cuatro meses volvió a recordar su promesa a Richelieu.—Está bien, dijo el cardenal; os prometo que se ocuparán de vos; mis órdenes serán precisas.—Esta vez cumplió su palabra. La Academia de ciencias fué invitada a dar una opinion. Se nombró una comision, i triste es decirlo, el resultado a que arribó fué deplorable para la ciencia. La Academia oyó el informe de su comision i declaró unánimemente que la invencion era una locura; que su autor era un loco, i que Bicêtre debia ser el asilador de tal estravagante. Este fué el golpe de gracia para el autor.

Sin embargo no desmayó. Con esa pertinacia tenaz que solo tienen los que trabajan con fé i convencimiento, despreció las burlas, soportó las decepciones, i siguió luchando contra el torrente. Sus pa-

labras lograron interesar a algunas personas influyentes, i éstas le consiguieron una nueva entrevista con Richelieu. Salomon comprendió que de esta conversacion dependia el destino de su vida.

Con aire humilde i abatido se presentó el infeliz solicitante. Llevaba una memoria en la mano.

—Ah! sois vos, dijo el ministro.

—Sí, monseñor: vengo a pediros justicia. Los que me acusan, los que me condenan, no me han oido. Ellos no pueden ser mis jueces, no conocen mis razones. Si las sospecharan siquiera no las despreciarian.....

—La esperiencia está hecha! en nada puedo serviros.

—Ah! monseñor, qué palabras! Ellos no saben, no saben nada. Solo los ignorantes pueden resistir a la evidencia de las leyes de la naturaleza. Han resistido; son jentes de mala fé. Mi descubrimiento es fácil de comprender, es sencillo, monseñor, pero de grandiosos resultados. La felicidad de la Francia seria una consecuencia de mi invencion.....

Richelieu se impacientaba.

—Yo quiero ser juzgado, pero quiero que se me oiga. Una sola vez que hiciera un ensayo seria suficiente. Mirad, monseñor, aquí en esta memoria se contiene todo con claridad. Leedla, leedla. Ah! este trabajo me ha mantenido vivo; me he consagrado a él; si lo desprecian..... me moriria..... I las lágrimas corrian por sus mejillas descarnadas. Su voz estaba trémula. No podia hablar: las palabras venian en tropel a sus labios, i salian confusas, inarticuladas.

—Dejadme, dejadme, gritó Richelieu.

—Ah! monseñor, yo tengo razon. ¡Ved, es una lei de la física. Oh! los desgraciados, los ignorantes, niegan la obra de Dios que yo les enseño. Dicen que estoi loco; mienten, mienten. Ellos engañan al mundo entero, ellos me matan.....

Pero el cardenal no escuchaba ya. A una órden suya sus criados habian tomado al desgraciado Salomon i lo habian conducido a uno de los calabozos de Bicêtre. Richelieu cumplia la sentencia de la Academia.

¿Qué son nuestras desgracias al lado de esta adversidad? ¿Qué son nuestros pequeños dolores al lado de esta fatalidad implacable que persigue sin descanso el talento, la ciencia i el trabajo?

La luz del dia despertó a Salomon. ¿En dónde estaba? A su lado tenia un pedazo de pan negro i un jarro de agua: Recordaba que un hombre le habia dicho: racion para dos dias. Los sucesos de la víspera se le presentaban de una manera confusa. Por una ventana coloca-

da al nivel del suelo i cruzada de gruesos barrotes de fierro, vió su prision, i su Memoria arrugada i escondida entre la paja. Entónces comprendió lo horrible de su situacion. Estaba en una cárcel. Llamó: nadie respondió. Gritó i quiso despedazar los barrotes de su ventana i solo consiguió debilitar sus fuerzas i su voz.—Ménos bulla, gritó uno en el patio. ¿No sabeis, amiguito, que estais en una casa de locos?

Los sabios se vengaban: él estaba loco. Ya no mas esperanza; el mundo no existia para él. Tantos afanes inútiles, tantos estudios perdidos. ¿Qué habia hecho él trabajando para los demas? Salomon lloró. La ilusion le habia mantenido, le habia dado fuerzas para resistir las privaciones de la pobreza, la crítica de los sabios, el sarcasmo de las jentes, las burlas de los amigos, todo..... hasta los desfallecimientos de su propio corazon. Muerta esa ilusion, él no existia.

«Estaba junto a su ilusion su vida.»

¿A dónde estaban las esperanzas de gloria i de porvenir? Todo habia ido a sepultarse en un calabozo. Sentir un dolor se comprende; pero encerrar en el olvido, sepultar a un hombre que solo ha vivido por una idea, es algo que nadie podrá definir ni esplicar.

Luego vino la fiebre. Su robusta naturaleza luchó todavía con ventaja i salvó. Pero despues, cuando se vió solo, aislado; cuando se encontró reducido a su sola compañía, sin amigos, sin trabajo, entónces le sobrecojió una tristeza i un malestar profundos. El desgraciado se consumia. ¿Qué pasaba en aquella organizacion? El veia el sol, los campos, la vida al través de los barrotes de su calabozo sin poder disfrutarlos. ¿Cuál era su crímen?

La justicia no existia entónces, la justicia era una quimera. ¿Quién se condolia de sus penas? ¿Quién procuraba aliviarlas? La humanidad era inconstante, ingrata i perversa. El inocente encerrado en una prision, el hombre de talento privado de manifestarlo i tratado como loco por haberlo revelado. ¿Para qué se lo dió Dios? Mas feliz habria sido siendo un pobre ignorante; habria vivido en la oscuridad i en la paz. Dios no existe entónces: todo es mentira. I a este grito, a este rujido de desesperacion, Salomon se enfureció i maldijo la vida. Aquella alma comprimida, aquella pobre alma que no habia conocido los placeres se despedazó. Un acceso de cólera le sobrevino, corrió furioso por su prision, ahulló de rabia, revolcóse por el suelo..... Estoi loco, gritó. El desgraciado estaba loco.

Paris olvidó al sabio. Los indiferentes i los felices no se acuerdan de los que sufren. Su consuelo debia venirle de lo inesperado. Irrision del destino! Fué una cortesana la única que llevó al prisionero una mirada de compasion.

Marion Delorme era en este tiempo la reina de la gracia i de la belleza. Habia llegado a Paris pobre i desvalida; pero la naturaleza habia hecho todo por ella. La habia dotado de hermosura, de gracia i de amor al placer. Buckingham, Richelieu, los mas grandes personajes de la corte se arrastraron en breve a los piés de la provinciana, i la rodearon de lujo, de consideraciones i de orgullo. Esta mujer tuvo un destino estraño. Su robusta constitucion parecia inherente a su hermosura; así es que resistió con ventaja el peso de los años, sin perder su poder de atraccion. Algunos creen que vivió hasta la edad de 134 años, siendo siempre bella i espiritual. La historia solo cuenta dos mujeres dotadas de una organizacion semejante, Marion, i su no ménos célebre rival, Ninon de Lenclos. Ambas no conocieron la vejez i se rieron del tiempo, el devorador de todo. Se decia en la corte que Cinq-Mars era el esposo de Marion. ¿Quién puede saberlo? Sea como fuere, ello es que el padre Cinq-Mars no vivió: habia pagado con su cabeza el crímen de conspirar contra el cardenal. La hermosa viuda estaba de luto. Un ingles excéntrico, el marques de Worcester, se encargó de consolarla. Marion no sabia resistir; cambió sus vestidos negros por blancos i consintió en llamarse marquesa de Worcester. Hubo mucho ruido; pero no tanto que pudiera alterar la felicidad de dos recien desposados. Vivian felices. Un dia dijo Marion: ¿Sabes que me acuerdo de ese pobre Salomon? Tengo deseos de verle. Dicen que está encerrado en Bicêtre.

El marques quiso oponerse.

—Hoi mismo hemos de ir, replicó la marquesa. El dia está magnífico. No admito disculpas: tú no sabes que le conozco.

En efecto se conocian. Salomon habia obtenido por un momento el cariño de la célebre hermosura. ¿Cómo fué? Cinq-Mars le habia encomendado que le trabajara un juego de aguas en una de sus residencias de verano. Era una sorpresa que queria dar a Marion. Esta quedó encantada. El agua formaba mil jiros caprichosos, regaba el jardin, abastecia las fuentes i caia en forma de cascada desde lo alto de la torre del castillo, salpicando el aire con su lluvia finísima i recerando el oido con su murmullo. Por mas hombre de ciencia que fuera Salomon, por mas apartado que estuviera del mundo, no era insensible a la amistad i al reconocimiento. Quiso evadirse, pero no pudo lograrlo, i a su pesar casi permaneció en el castillo por algunos dias.

Una tarde, a la caida del sol, se hallaban Salomon i la castellana en un cenador del jardin. Era una tarde del estío, serena i diáfana. El calor habia disminuido i reinaba en el campo esa grata languidez, esa

tranquila voluptuosidad del verano que enciende la sangre i convida al amor. Marion estaba juguetona, risueña.—¿Por qué me mirais tanto?, dijo, venid, sentaos aquí. I le señalaba un asiento a su lado. Salomon tomó sus manos i las apretó con ternura, mudo, pero revelando en sus ojos los sentimientos que le ajitaban. Se acercó tanto, se aproximaron tanto que se besaron. De repente se sintió el ruido de un carruaje: era Cinc-Mars. Marion pasó la mano por sus mejillas: No es nada, dijo, ya pasó. Vamos a recibirle.—I corrió al encuentro de su amante o de su marido, risueña siempre, cariñosa siempre.

¿Era el recuerdo de esta tarde, iniciacion de un amor que no tuvo desenlace, lo que llevaba a Marion al lado del prisionero? ¿La mujer que habia amado tanto, ¿tenia necesidad todavía de esa poética pasion que habia inspirado al sábio adusto e invencible? Quién sabe.

Ambos esposos llegaron pronto a Bicêtre. El carcelero los condujo delante de Salomon. Ahí estaba escuálido, desaliñado, sucio; los ojos estraviados, la barba herizada, el pelo espeso i desarreglado. Era la aparicion de un ser repugnante. Marion tuvo miedo: lanzó un ai! de piedad i se tomó del brazo de su marido como si hubiera necesitado de su apoyo para no caer. Salomon miró aquella pareja, i no dió indicios de haberla conocido; bajó la vista i no se movió. Worcester apeló entónces a su amor propio: le dijo que conocia su descubrimiento i que no participaba de la opinion de sus enemigos. Yo no soi de los incrédulos, agregó, yo creo en las maravillas de la naturaleza i en su poder: yo soi ingles.

Como si una fuerza poderosa le hubiera hecho crecer repentinamente, Salomon se levantó, miró, rió. Al fin oia una voz de consuelo i de aliento: tenia delante un hombre que le comprendia. La locura desapareció, i el sabio tuvo un momento de lucidez. Aquel loco estaba magnífico. Habló con elocuencia, con sentimiento: esplicó su teoría con claridad i precision. Parecia que la luz de su intelijencia se habia oscurecido tanto tiempo para brillar un momento en todo su esplendor.

Worcester escuchaba encantado. Dedicado tambien a las matemáticas él comprendia lo que la jeneralidad no alcanzaba a divisar. ¿Teneis algunos apuntes, algun trabajo escrito? Salomon, por toda respuesta, se abalanzó a un estremo de su calabozo i tomó la Memoria que habia llevado al palacio de Richelieu, i que los criados le habian dejado por compasion.

—Aquí está esplicado todo, le dijo, tomadlo.

I como si hubiera hecho un esfuerzo sobrehumano cayó aniquilado sobre la tierra.

Wercester salió de Bicêtre con su tesoro en la mano, mas contento que el dia que se casó con Marion.

Pocos meses despues, el prisionero no existia ya. Un dia el carcelero se fijó que la racion estaba intacta. Salomon estaba tendido sobre la paja i con el rostro vuelto hácia la pared. El carcelero le gritó, le movió: el desgraciado estaba muerto. Era el año de gracia de 1630.

Salomon de Caux es el primer autor que haya indicado la formacion del vapor de agua como medio de desarrollar la fuerza. La Inglaterra reclama este honor para el marques de Worcester, quien describió de una manera mui oscura, i sin figura alguna en un libro impreso en 1663, bajo el título de *Century of inventions*, un medio de elevar el agua por el calor, pero en todo semejante al indicado por Salomon de Caux *(Thomas)*. Sabiendo las relaciones que han existido con éste se comprende que las pretensiones de los ingleses son enteramente infundadas.

El honor indisputable de la Inglaterra consiste en haber hecho jerminar la idea del físico frances. Es verdad que en 1695 los señores Papin i Blois hicieron numerosas esperiencias en pequeño sobre el empleo del vapor como fuerza motriz; pero fué el ingles Watt el primero que construyó verdaderas máquinas a vapor destinadas a la industria. Era el año de 1775, fecha notable en la historia del mundo.

¡Cosa rara! Los franceses trataron como loco a Salomon de Caux i se rieron de Fulton. En 1802 hizo éste en Paris el primer ensayo del buque a vapor. Napoleon que veia tan léjos, miró aquel buquecito i no dijo nada. No comprendió que esta invencion debia cambiar la marina, i transformar la navegacion, Fulton despechado marchó a Estados Unidos i en 1807 lanzó sobre el Hudson el primer vapor para la navegacion entre Albany i Nueva York. Los yankees se entusiasmaron con el descubrimiento de su compatriota i lo apoyaron. E tiempo ha probado que tenian razon.

ABRAHAM KÖNIG.

VENECIA

(CONTINUACION)

Miéntras la madre hablaba con su vecino de aquel antiguo amigo, era tal la boga de Lord Cadurcis que tambien servia de tópico a otra conversacion que escuchaba Venecia. Se hablaba de él de bien diversa manera. Nadie ponia en duda su jénio pero se discutian sus ideas, su carácter, sus hábitos asombrando a Venecia los detalles de esa conducta caprichosa, esas opiniones salvajes, esos hábitos escéntricos que se atribuian al compañero de su juventud.

Despues de la comida Annabel presentó su hija al Capitan Cadurcis, quien sin esfuerzo confirmó la buena idea que de él se habia formado la señora.

XVI

Una partida de amigos retirándose del baile de la Corte se acercaban a Lord Cadurcis. Hablaban con entusiasmo de una jóven presentada en palacio aquella noche. Nunca se habia visto nada que pudiera serle comparado. Los reyes le habian hecho manifestaciones especiales. Un príncipe habia sido su caballero.

—Oh! Cadurcis, dijo un jóven, es la única criatura que creo digna de ser una de tus heroinas.

—¿De quién hablan? preguntó Cadurcis.

—De Miss Herbert por supuesto.

—Qué! Ve—quiero decir Miss Herbert, esclamó Cadurcis.

—Sí ¿la conoces?

—Quieren decir ustedes... Lord Cadurcis se detuvo i despues de un momento continuó: ¿Qué Miss Herbert es ésta?

—La Miss Herbert. La hija de Herbert. La que presentaron hoi con su madre en la corte.

—Lady Annabel?

—La misma.

—I yo que ni siquiera sabia que estaba en la ciudad!

Era tal la irregularidad de su vida que no veia a su primo desde hacia dos dias. Principió a pasearse por el cuarto i despues de un largo silencio volviéndose a sus compañeros les preguntó si ya estaria concluido el baile.

—Sí, todos se fueron a Ranelagh.

—Tengo un capricho estraño, dijo Cadurcis, i si Uds. quisieran acompañarme iríamos tambien a Ranelagh.

Habia allí mucha jente i luego la presencia de Lord Cadurcis hizo sensacion. En todas partes se pronunció su nombre i muchos se acercaron para recibir una mirada del héroe del dia.—¿Cuál es él? Ese jóven elegante? Nó, el otro seguramente. ¡Qué distinguido! ¡Qué melancólico! ¿Cree Ud. que sea tan desgraciado como parece? ¿Quién es esa señora que saluda? Habla con el duque de..... Tales observaciones se podian oir miéntras Cadurcis recorria la sala. En su segunda vuelta vió venir a las Herbert. Lady Annabel se apoyaba en el brazo de su hermano. Venecia estaba al lado de su tia rodeada de jóvenes entre los que con sorpresa reconoció a su primo. Venecia hablaba con animacion. Apénas pudo reconocer la compañera de su juventud. Sin duda que en esa sociedad sin rival en el mundo por la belleza, la gracia i el esplendor ella quedaba sin paralelo posible.

Tan distraidos estaban en su conversacion que habria pasado desapercibido cualquiera que no fuese Lord Cadurcis, pero cien bocas ántes de que se aproximara lo habian anunciado. Venecia tenia ansiedad de verlo. Sus ojos se encontraron. El saludó profundamente. Cuando Venecia levantó la cabeza ya habia pasado.

—¿Cree Ud. que mi primo ha cambiado desde que no lo vé? preguntó el capitan a Venecia.

—Apénas tuve tiempo de verlo pasar, contestó ella.

—Quisiera que Ud. me permitiera traerlo. No ha sabido hasta este momento que Uds. están aquí.

—Oh! nó, dijo Venecia. No lo incomode.

De nuevo Lord Cadurcis volvió a pasar, i ahora sin vacilar se detuvo i dirijiéndose a Venecia le dijo:—¿Tengo el honor de ser reconocido por Miss Herbert?

—Tengo mucho gusto de volverlo a encontrar, repitió Venecia con afectuosa sinceridad.

—I Lady Annabel, a quien todavía no he podido ver, ¿está bien? No sabia que Uds. estuviesen en Lóndres hasta que oí hablar de su triunfo de esta noche.

La condesa habló al oido de su sobrina i Venecia presentó a Lord Cadurcis a su tia. Esta fué para él una circunstancia favorable. Deseaba entrar en el círculo de las Herbert i tenia razones para sospechar que Lady Annabel no lo miraria ya con ojo favorable. Resolvió ganarse a la tia. Pocas personas eran mas atrayentes que Cadurcis i a esto se unia la situacion en que se encontraba respecto de la sociedad. La condesa que era una de sus admiradoras estaba preparada para que él la encantara. Habló mas con la tia que con Venecia, pero cuando se dirijia a ésta habia en su tono tanto cariño i ternura que impresionaba su corazon i fascinaba su imajinacion. Ni podia ella ser insensible al halago que esperimentaba oyendo a cada instante espresar la emocion que despertaba la presencia de Lord Cadurcis.

—Hace mucho tiempo que nos conocemos i mucho tiempo que no nos encontramos, dijo Venecia.

—Delicada reconvencion, contestó el Lord; pero mas bien es una desgracia que una falta. Mis pensamientos han estado con frecuencia, debiera decir siempre, en Cherbury.

—¿I la Abadía? Ha olvidado Ud. la Abadía?

—No he estado allí, desde una mañana que quizás Ud. recuerda, dijo el Lord en voz mui baja. Ah! Miss Herbert, añadió suspirando, era mui jóven, he vivido lo necesario para cambiar muchas opiniones, algunas de las cuales Ud. desaprobó entónces.

Algunos momentos despues Plantagenet ofrecia sus respetos a Lady Annabel, quien los aceptaba con una cortesía escasamente cordial, pero la condesa se apresuró a presentarlo a su marido con una uncion que no dejó de asombrar a su cuñada i se apresuró a invitarlo a comer para el dia siguiente. La esperanza de encontrarse de nuevo con Venecia lo hizo aceptar sin vacilar un momento.

A pesar de la fria reserva de Lady Annabel, Cadurcis, al dia siguiente, acompañado de su primo, se aventuró a ir a verla. Habian salido, pero la condesa, que tenia un tacto delicado, habia preparado para recibirlo una reunion en que se encontraban muchos amigos de Cadurcis i entre ellos el obispo de— Todos eran admiradores del poeta.

A la hora de comer lo sentaron al lado de Lady Annabel. Le habló de antiguos dias con una emocion que no trató de reprimir i aludió al presente con una delicadeza esquisita. Lady Annabel era cortés pero fria. Lo trataba como un estraño. Oh! cuánto suspiraba Cadurcis,

hastiado con el incienso de todo un mundo por una sola felicitacion de Lady Annabel! Pero nada podia conmoverla.

—Jorje, le decia Lord Cadurcis hablándole del capitan, es mi único pariente i es mi amigo.

—Espero que será siempre su amigo, contestó Lady Annabel.

—Las amistades del mundo son como el viento que pasa, esclamó Cadurcis.

—Me sorprende que Ud. hable de este modo, le interrumpió Lady Annabel, Ud. que tiene tantos amigos.

Lord Cadurcis se sonrió.

—Quisiera, le dijo, poder incluir a Lady Annabel Herbert entre ellos.

—Creo que no hai ninguna base para nuestra amistad mi Lord. Nuestras opiniones son tan diversas que debo creer que no puede haber gran simpatía en nuestros sentimientos.

Cadurcis se sintió exasperado, pero se resolvió a hacer un nuevo esfuerzo.

—Apénas puedo creerme en Lóndres ahora, le dijo. Estar sentado al lado de Ud., ver a Miss Herbert, oir al doctor Masham! Oh! ¿no trae todo esto a su memoria Cherbury, Marringhurst o ese dia de Cadurcis en que Ud. tuvo la bondad de acompañarme en mi frugal comida? Ah! Lady Annabel, esos dias fueron felices! Esos fueron sentimientos que no podrán morir! Entónces fuimos amigos; séamos amigos ahora.

—Ya estoi vieja para cultivar nuevas amistades, le respondió ella, i si debemos volver a ser amigos, Lord Cadurcis, siento decirle que tendríamos que principiar de nuevo.

Cadurcis tembló, brilló en sus ojos esa mirada sombría que cuando se pintaba entre sus párpados le era difícil borrar. Desde ese momento no volvió a hablar.

Venecia lo observaba, veia con interés sus esfuerzos por agradar a su madre i con sincero dolor vió su fracaso. A pesar de aquella entrevista tempestuosa cuyo resultado fué una separacion violenta, Venecia siempre lo miraba con afecto. Durante los últimos tres años habia sido siempre, en lo mas íntimo de su corazon, su propio Plantagenet, su hermano adoptivo, a quien amaba i en cuya suerte se veia profundamente envuelta.

Pero todo lo que Lady Annabel habia oido de Cadurcis, todos los informes que en esos dias habia rápidamente recojido de su carácter i sus hábitos no le permitian renovar su intimidad. Esa misma mañana habia leido el poema de que Lóndres entero se ocupaba i lo habia

leido con horror. Miraba a Cadurcis como un hombre perdido. Para ella, desde su matrimonio un hombre lleno de imajinacion era un objeto de terror, pero habia algunas particularidades en el jenio de Cadurcis, que aumentaban todavía esa aprension singular. En medio de todo el fervor de sus pasiones indómitas i la violencia de su pensamiento arrebatado, un sentimiento de íntimo egoismo le parecia impreso en cada una de las pájinas que hojeaba. Por grandes que pudieran ser los errores de Herbert, por horribles que estimase los crímenes a que esos errores lo habian conducido, ellos podian sin embargo ser atribuidos mas bien a una manera falsa de mirar la sociedad que a él mismo. Pero el ídolo de Cadurcis era él mismo, él mismo transformado en un fantasma que Lady Annabel veia preñado no solo de terribles crímenes sino tambien con los vicios mas bajos i humillantes. La degradacion que en el caso de su marido era la consecuencia de un mal sistema, en el caso de Cadurcis seria la consecuencia de una mala naturaleza. Cuando pensaba que en otro tiempo habia sido probable el matrimonio de este hombre con su hija, que habia sido posible que Venecia sintiera los mismos tormentos de que ella habia sido víctima; que habia mirado ese matrimonio con agrado, que lo habia estimulado en sus progresos i lamentado su brusca ruptura; pensando en todo esto temblaba, palidecia.

Despues de la comida, Lord Cadurcis se quedó solo en una estremidad del salon, parecia absorbido por un pensamiento, pero su ojo espiaba a Venecia con cuidado. Su tia se acercó a ella, para invitar a cantar a la señorita que conversaba con Miss Herbert; Lord Cadurcis inmediatamente avanzó i ocupó el asiento. Venecia se sorprendió de ver que por la primera vez en su vida se sintiera embarazada estando al lado de Plantagenet. Habia encontrado su mirada cuando se aproximaba i lo habia saludado o tuvo al ménos intencion de saludarlo con una sonrisa; la agobiaba el recuerdo de la conducta de su madre i miraba al suelo mui léjos de estar tranquila.

—Venecia! dijo Lord Cadurcis. Ella tembló. Estamos solos, añadió, déjeme llamarla Venecia cuando estemos solos.

Ella no podia, no sabia responder; estaba confundida; la sangre subia a sus mejillas.

—¡Que cambiado está todo! continuó Cadurcis. ¡Pensar que llegaria un dia en que debiera pedirle permiso para llamarla Venecia!

Ella miró i sus miradas se encontraron. El estaba triste, mas aun, sus ojos estaban llenos de lágrimas. Le parecia ver a su lado el jentil i melancólico Plantagenet de su juventud.

—No puedo hablar, estoi mui ajitada con su encuentro, le dijo con

su injénua franqueza. Hace tanto tiempo que no estamos solos i como Ud. dice todo está tan cambiado.

—¿Pero está cambiada Ud. Venecia? le preguntó con emocion. Porque el cambio de lo demas nada me importa.

—Lo he vuelto a ver con gusto, le contestó, i oigo hablar de su fama con orgullo.

—Pero su madre no me encuentra con gusto.

—Ud. talvez se engaña.

—Nó, nó, contestó sacudiendo la cabeza. He leido en lo mas íntimo de su alma hoi. Su madre me aborrece a mí, a quien un tiempo llamó su hijo. Porque en un tiempo ella fué mi madre i Ud. fué mi hermana. Si he perdido el corazon de su madre ¿por qué no he perdido tambien el suyo?

—Mi corazon no ha cambiado. Yo lo he querido cuando éramos niños i Ud. nada ha hecho para perder ese cariño. Es suyo todavía.

—Cuando éramos niños! esclamó Cadurcis, cuando éramos inocentes, cuando éramos felices! Ud., a lo ménos, todavía es inocente i es feliz, Venecia.

—La vida para mí tambien ha tenido pesares, Plantagenet.

—Cuando estuve en Cherbury por la última vez, Ud. me dijo que habia cambiado Venecia, i en otra ocasion me reveló la causa secreta de ese dolor. Yo entónces era un niño, un niño loco e ignorante. En vez de simpatizar con su angustia, mi torpe vanidad se ofendió por sentimientos que debiera haber compartido, suavizado i honrado.

—Plantagenet, créame que yo solo recuerdo esa entrevista para lamentarla. Los dos hicimos mal, pero los dos éramos niños i debemos mutuamente perdonarnos nuestras faltas.

—Ud. oirá, Venecia, hablar mucho sobre mi conducta i mis opiniones. Pero de todo solo crea que mis sentimientos para con Ud. nunca han cambiado i si algunos de mis juicios de muchacho, han, como es natural, sufrido una fransformacion, quede Ud., mi dulce amiga, consolada en cierto modo de ese cambio que me ha hecho aprender a juzgar mejor a alguien de quien en otro tiempo los dos sabíamos poco, pero a quien la inspiracion natural le enseñó a apreciar debidamente.

Venecia no pudo retener las lágrimas; se esforzó en ocultar su ajitado semblante detras del abanico.

—Oh! Venecia, esclamó Cadurcis, si nos pudiéramos encontrar juntos con él. Nosotros debemos estar juntos. Ud. debe tratar de conciliar a su madre. ¿Será posible que nos separemos para siem-

pre? Yo no puedo vivir si no nos encontramos con aquella franqueza de otros dias.

—Yo creo que Ud. se engaña respecto de mi mamá. Recuerde que hace tanto tiempo que no lo vé. Por otra parte, no olvide que tenemos amigos, amigos comunes. Mi tia lo admira. El obispo de— todavía lo ama, i su primo..... mi mamá quiere a su primo. Estoi cierta de que si Ud. tiene paciencia todo quedará como ántes. Recuerde tambien cuánto ha cambiado su posicion, añadió sonriendo; Ud. me permite olvidar que Ud. es un grande hombre, pero mi mamá no puede hacerlo. Cuando ella vea que Ud. es realmente el Lord Cadurcis a quien ella conoció tan niño, el Lord Cadurcis que sin ella no habria sido capaz nunca de escribir sus poemas—oh! le querrá de nuevo!

Cadurcis se sonrió.

—Veremos, le dijo. Pero entretanto, Venecia, no me olvide Ud.

—Sabe Ud., le dijo Venecia despues de una pausa, yo lo estoi tratando como un poeta solamente por deferencia a la opinion pública. No me han permitido leer ni una línea suya, pero estoi resuelta a ser rebelde por esta vez i Ud. debe encargarse de arreglarlo todo.

En ese momento la condesa se aproximó i dijo a Venecia que su madre deseaba hablarle. Lady Annabel habia descubierto la conferencia i resuelto ponerle fin inmediatamente. Lord Cadurcis habló mucho con la condesa, quien se quedó encantada con él, creyendo que no era Venecia el principal atractivo que encontraba el poeta en aquella amable sociedad.

XVII

Nuestros lectores conocen ya a Lady Monteagle a cuya casa se dirijia Cadurcis. Durante mucho tiempo el noble poeta solo habia visitado esos salones, resistiéndose tenazmente a frecuentar cualquier otra sociedad. Esto habia acabado por hacer que esa señora mirara ya a Cadurcis como su esclusiva propiedad i sufriera mortificada en su amor propio al saber que su amigo habia estado en casa de los Herbert.

—¿Cómo le va? dijo la señora con maliciosa sonrisa al verlo entrar. Verdaderamente que hoi no esperaba verlo.

Cadurcis pareció un poco estrañado de aquel recibimiento.

—Ud. parece distraido, continuó Lady Monteagle. Ayer estuvo en una reunion mui escojida.

—Mucho.

—Me han hablado de miss Herbert. Es una niña mui interesante.

—Me parece así.

—Talvez mui alta..... me parece!

—¿Le parece a Ud.?

—Hermosa estatura ciertamente, pero le falta elegancia.

—¿Cree Ud.?

—Lindos ojos. Negros, segun creo. No puedo decir que admiro los ojos negros. Son un signo de mal carácter, segun dicen.

—¿Dicen eso?

—Nadie puede negar que es una linda figura, i todos deben sentir que con su aire decididamente provincial i su falta de maneras, lo que naturalmente debia aguardarse de la educacion rústica que ha recibido, haya caido en manos de su tia..... Es jente que no tiene tono, ni influencia social.

—Yo las aprecio mucho.

—Sí, pero era lo mas ridículo para un hombre como Ud. a quien todos admiran, i de quien la menor atencion es un honor, ir a apresurarse a hacer manifestaciones de esa especie a una campesina de quien hasta la jente mas vulgar se rie.

Lord Cadurcis, variando de conversacion, hizo una broma i durante una hora en su lenguaje epigramático jugó con la charla. Saliendo de allí, se dirijió a la casa de las Herbert. No las encontró, pero aprovechó esa oportunidad para estrechar su intimidad con la tia de Venecia.

En el teatro, en las tertulias, en las grandes recepciones, a veces en casa del obispo de— i otras en casa de Lady Annabel se encontraba con Venecia.

Esos momentos saboreados de antemano en una larga espectativa i que pasan fugaces, dejan en el alma, por incompletos que sean, no sé qué dulce calma, no sé qué grato consuelo! Cadurcis encontraba en ellos la fuerza necesaria para sostener la constancia en su carácter. Los aguardaba, los espiaba, con la atencion de un cazador que teme.

Habia pasado una quincena desde su última entrevista, cuando Lord Cadurcis entraba en el salon de Venecia. Su madre i su tia habian salido. Venecia quedó sorprendido al verlo i, sabiendo la manera de pensar de su madre respecto de él, estuvo ajitada por un momento. Aprovechó esta ocasion para hablarle de sus versos; i miéntras sin afectacion le descubria la impresion que le habian hecho, se quejaba de los juicios que daba de Lady Annabel. Esta fué la causa de una larga conversacion sobre su padre. ¡Con qué profunda i soste-

nida atencion ella escuchaba el entusiasta dibujo de su carácter i carrera! ¡Cuántas preguntas le hacia i con qué afectuoso cariño él dejaba satisfecha su natural curiosidad! Pasaron las horas miéntras hablaban de este modo.

—Oh! si pudiera verlo! dijo Venecia suspirando.

—Ud. lo verá, su destino lo necesita. Lo verá, hagan lo que quieran, como vió su retrato.

Venecia sacudió la cabeza.

—I sin embargo, mi madre lo ama! añadió.

—Su vida lo prueba, dijo Cadurcis con amargura.

—Creo que lo prueba, respondió Venecia sinceramente.

—No pretendo conocer su corazon, es un enigma que yo no puedo resolver. Debo creer que ella tiene un corazon; pero creo tambien que su orgullo es mas profundo que su amor.

—No supieron comprenderse, dijo Venecia tristemente, i sin embargo es uno de mis sueños que se encuentren otra vez.

—Ah! Venecia, no se conocieron desde la infancia como nosotros. Se encontraron i se separaron de prisa.

Venecia no contestó. Sus ojos fijos i distraidos estaban clavados en sus manos.

—Dígame, dijo Cadurcis acercando su silla, dígame, Venecia, si.....

En ese momento un golpe en la puerta anunció la llegada de Lady Annabel i su cuñada. Cadurcis se puso de pié; pero su silla, que quedaba cerca del asiento de Venecia, no se escapó a la rápida mirada de la disgustada madre. La condesa saludó a Cadurcis con la mayor cordialidad, pero Lady Annabel apénas le contestó ceremoniosamente.

—Quédese a comer con nosotros, mi querido Lord, dijo la condesa. Estamos solos con Lady Annabel i Venecia.

—Mil gracias, Clara, dijo Lady Annabel, pero hoi no podemos quedarnos aquí.

—Oh! esclamó la condesa. Udes. tienen que quedarse, estaremos mui bien acompañadas con Lord Cadurcis.

—No puedo, mi querida Clara, hoi no, otro dia. Ya es hora de que nos vamos, Venecia.

XVIII

Lady Annabel se manifestó volviendo a casa esmeradamente cariñosa con su hija, pero no se ocultaba a Venecia, que la presencia de Cadurcis era la razon porque su madre no habia querido quedar-

se a comer; vagando entre sus sueños respondia con un aire preocupado las preguntas de su madre.

—Una tarde de quietud en casa, Venecia, será un descanso despues de tantos paseos.

Venecia asintió a la observacion de su madre i cerca de un cuarto de hora trascurrió sin que dijera una palabra. Venecia habia tomado un libro i su madre parecia absorbida en sus reflexiones. Por fin dijo, con cierta brusquedad:

—Hace mas de tres años, me parece, que Lord Cadurcis dejó a Cherbury.

—Sí, mas de tres años, contestó Venecia.

—Nunca le he preguntado, Venecia, la causa de esa repentina separacion, pero siempre he creido que Ud. la conocia. Supongo que no estoi equivocada.

Esta no era una pregunta mui agradable para Venecia, así es que no se apresuró a contestarla. Pero con su habitual franqueza, despues de un momento de vacilacion, le dijo:

—Lord Cadurcis nunca me ha dicho cuál fuera la causa de su conducta, mamá; yo misma me sorprendí mucho con su partida, pero la mañana que dejó a Cherbury tuvimos una conversacion a que, reflexionando, la he atribuido.

—¿Lord Cadurcis queria casarse con Ud., Venecia, i Ud. lo rechazó?

—Así sucedió, le contestó Venecia ajitada.

—Ud. hizo lo que debia hacer i he sido mas que débil cuando he lamentado su conducta.

—¿Porqué me habla así, mi querida mamá?

—Sin saber cual fué la causa que la determinó a proceder de esa manera, veo en su conducta una Providencia que la ha salvado. A no ser su estremada juventud, no habia entónces en apariencia razon alguna que no la determinara a proceder de un modo bien distinto. Tiemblo, al pensar cuáles habrian sido las consecuencias.

—¿Ud. tiembla?

—Tiemblo, Venecia. Mi único pensamiento en esta vida ha sido la felicidad de mi hija. I ha estado en peligro.

—Yo no creo lo mismo, mamá; usted parece preocupada en contra de Plantagenet. Eso me hace sufrir mucho i a él tambien.

—¿Que él es otra vez su pretendiente?

—Nó, mamá.

—Lo será. Aguárdelo. ¿Sus sentimientos para con él son los mismos que ántes?

—Mis sentimientos, mamá! Yo siempre he amado a Plantagenet i lo amo todavía.

—¿Pero lo ama Ud. tanto como ántes?

—Entónces lo miraba como un hermano. Ahora él no tiene alma para los afectos fraternales.

—Yo le suplico que me diga, a mí, su madre, su amiga, su mejor, su única amiga, dígame: se ha arrepentido Ud. alguna vez de no haberle concedido mas afectos que los de una hermana?

—No he pensado en eso, mamá; no he querido nunca pensar en eso. Pero Lord Cadurcis ahora no es mi pretendiente.

—Ha pensado Ud. alguna vez en mi felicidad? preguntó Lady Annabel.

—Madre! esclamó Venecia en un tono de súplica. No me haga preguntas tan crueles. ¿A quién amar sino a Ud., la mejor, la mas querida de las madres que jamas existieron? ¿I qué puede haber en la vida capaz de hacerme posponer su felicidad?

—Entónces, Venecia, dijo Lady Annabel en un tono solemne, esa felicidad se ha acabado para siempre i mi vida será una perpétua espiacion, si jamás consiento en que Ud. sea la novia de Lord Cadurcis!

—No pienso ser la novia de nadie. Soi feliz con Ud. i quisiera no dejarla jamás.

—Mi hija, el cumplimiento de ese deseo es superior a la naturaleza humana. Dia llegará en que debamos separarnos; estoi preparada i lo aguardo con resignacion porque creo que aumentará su felicidad, pero si eso pasa lo destruyera entónces. ¡Ah! entónces no podría vivir. Puedo soportar mis propios sufrimientos, puedo luchar con la amargura de mi destino, tengo en mí misma consuelos que me hacen capaz de resistir a mi propia desgracia; pero la suya, la suya, Venecia, no la podria resistir! Nó, si alguna vez la viera, arrastrándose por la vida como su madre, perdidas sus esperanzas, con el corazon despedazado, no podria sobrevivir a ese espectáculo. No podria, Venecia!

—¿Pero por qué pensar en esas desgracias? ¿Que no soi feliz ahora? ¿Que Ud. no me quiere?

—Venecia! Ahora debo hablarle de un asunto de que nunca hemos conversado. Debo hablarle. I diciendo estas palabras la voz de Lady Annabel se hacia mas i mas baja. Debo hablarle sobre su padre.

AUGUSTO ORREGO LUCO.

REVISTA DE LA QUINCENA

Santiago, junio 30 de 1872.

Buenos proyectos continúan manifestándose. Verdad es que hasta la fecha ninguno se realiza; pero como la intencion es lo que vale, hai motivo para estar contento. La plácida situacion de que hablábamos hace quince dias se ha prolongado durante estos otros quince. La calma es patriarcal i universal la satisfaccion. Parece que el siglo de Augusto hubiera vuelto a renacer.

Miéntras esto sucede con nosotros, la vecina república del Perú es un verdadero campo de Agramante. El problema de la eleccion presidencial está preocupando todavía los espíritus; i el coronel Balta, empeñado en manifestar que la santa virtud de la paciencia no es desconocida para el público peruano, sigue veloz en esa larga carrera de absurdos i de cólera que lo conduce ordinariamente a cerrar las imprentas de oposicion.

Cuando se observa la actualidad de ambos paises, hermanos por su oríjen, por su lengua, por su educacion i por sus costumbres, no es posible prescindir de cierta impresion de vanidosa complacencia. A pesar del duro proverbio que lo niega, el mal de muchos será siempre un consuelo miéntras sea relativa la idea de la felicidad. El coronel Balta suprime de un golpe tres publicaciones en la ardiente capital del antiguo vireinato. Aquí, en esta frijida Santiago, se dá el último paso para acabar con los vestijios de una desusada lei de represion. La costumbre la habia condenado ya; i, aunque tarde, en Chile las opiniones se transforman en leyes como los niños se convierten en hombres.

Lo único que viene a perturbar esta quietud i a debilitar este optimismo, son los manejos incesantes i la actividad infatigable del partido clerical. Para detener la corriente irresistible del progreso, comprende que es necesario hacer esfuerzos de jigante, i prodiga sus sacrificios i su conciencia con increible perseverancia. Las ideas brotan de los cerebros, de los corazones i de los acontecimientos con el poder irresistible con que brotaron las montañas en las creaciones primitivas; i el clericalismo, que mide el alcance de sus fuerzas por la enerjía de su voluntad, no pierde la esperanza de aplastarlas, mas tarde o mas temprano, bajo el peso de una tradicion diez veces secular.

Abolir el fuero eclesiástico, como lo exije el señor Puelma, secularizar los cementerios, como lo propone el señor Santa-María, regularizar el matrimonio de

los disidentes, como lo avanza el señor Reyes, seria cumplir con un triple deber de justicia que reclaman nuestro interés, nuestros adelantos i nuestra civilizacion. Desterrando con el uno un privilejio odioso i devolviendo con los otros una facultad inalienable, no se haria mas que restablecer el derecho comun en toda la república. El disidente vende, compra, arrienda, publica, sufraga sin necesidad de leyes especiales que se lo permitan espresamente. No se busca pues mas que la universalidad del derecho i la justicia; i si hombres públicos honrados miran con buenos ojos la permanencia de la situacion actual, es porque, al entrar en el camino del progreso, el espíritu sufre dificultades para despojarse de sus preocupaciones así como la lengua, al hablar idiomas estranjeros, esperimenta dificultades para olvidar su acento primitivo.

Estos proyectos, fáciles, simples i de una justicia eminentemente distributiva, han derramado la semilla del espanto en el seno del clero arzobispal. En casa de uno de sus miembros mas distinguidos se ha celebrado una reunion en que, con la aprobacion tácita aunque no espontánea de todos los concurrentes, se acordó negar la asistencia relijiosa a todo el que directa o indirectamente coopere al establecimiento de aquellas innovaciones, sin perjuicio naturalmente de cuantos medios de resistencia i amenaza se puedan ejercitar para espantar a los tímidos e intimidar a los resueltos.

Una de las víctimas, la primera víctima de este movimiento desesperado, ha sido don Diego Barros Arana en su carácter de rector del Instituto Nacional. La fuerza de las cosas, las luces de la ciencia, la verdad de la enseñanza, habian hecho de ese establecimiento el cuartel jeneral en que se reclutaban los futuros soldados del progreso i de la libertad. Desde el primer instante el clero comprendió que era indispensable destruirlo, i principió un trabajo subterráneo cuyo mejor obrero ha sido el honorable ministro de instruccion. El señor Barros, al divisar los obstáculos que en su camino amontonaba el clero por mano de la autoridad administrativa, pensó por un momento en su separacion. Pero era una grande lucha aquella que lo aguardaba, i el señor Barros, recordando que un hombre vale ménos que una idea, se resolvió a permanecer. Contando con la fuerza por un lado i con la elasticidad de su conciencia por el otro, el clero no acostumbra darse por vencido. Continuó silencioso en su tarea. La desmoralizacion bajó de los superiores de su devocion a alumnos inconscientes, i el internado ha sufrido una suspension temporal que es el primer ataque dirijido contra el señor Barros a cara descubierta.

El público, mas justo esta vez que de ordinario, le ha dado ardientes muestras de simpatía. El señor Barros se ha mantenido en el puesto del deber. Su separacion hubiera comprometido el porvenir de la enseñanza; i a pesar de los lazos que se le tendian, el señor Barros continuó al frente del Instituto enriqueciendo su biblioteca con una jenerosidad poco comun, i trabajando con un ahinco incomparable por el mejoramiento de los gabinetes de ciencias naturales i por el perfeccionamiento jeneral de la instruccion: propósito literalmente realizado, porque en los dias que ha permanecido a su cabeza es una verdadera transformacion lo que ha esperimentado el Instituto Nacional.

La filosofía que ántes del señor Barros se enseñaba, era algo que no tiene nombre en los fastos escolares de pais alguno. Allí aprendíamos de memoria las causas de los errores i los modos de evitarlos, lo que no nos impedia estar eternamente en el error. Sabíamos, sin discrepar en una tilde, las listas para-

lelas de los reyes de Israel i de Judá, contestábamos sériamente que Rómulo habia sido criado por una loba, describíamos minuciosamente la cruz de fuego que se mostró a los ojos de Constantino, podíamos repetir las profecías de la burra de Balaan, i nos preocupaban gravemente el buei parlante de Tito Livio i el fantasma sombrío de Farsalia. Para completar este famoso sistema de educacion, el curso de historia terminaba con la reunion de los Estados Jenerales, i quedábamos a buenas noches de lo ocurrido desde 1789 hasta nuestros dias.

Así las cosas, si bien el clericalismo no estaba perfectamente satisfecho, tampoco se sentia profundamente disgustado. Pero llegó el señor Barros al Instituto Nacional, i una de sus primeras innovaciones fué establecer una Academia cuyo primer curso hizo el ilustre i malogrado filólogo don Justo Florian Lobeck. Nos habló de la civilizacion de los pueblos antiguos, de la marcha lenta i trabajosa que la formacion del lenguaje ha tenido que recorrer, i nos descubrió en fin un mundo nuevo, que no habíamos podido sospechar jamás con la enseñanza falsificada que allí se recibia. Estableció despues las clases de ciencias naturales, que dan al hombre el hábito de la observacion i le inspiran amor a la lójica i la verdad; imprimió un impulso poderoso a la biblioteca del establecimiento, i desarrolló i favoreció entre los jóvenes la aficion a la lectura, perseguida ántes de él mas que como holgazanería como temeridad. El señor Barros se consagró con una constancia infatigable a la confeccion de testos elementales adaptados para la intelijencia de los niños. Recorriéndolos al azar nos encontramos con su tratado de *Jeografía Física* i leemos en el prólogo la enunciacion de una reforma radical introducida por él en el sistema de enseñanza. Es el primer libro impreso en Chile i de escritor chileno en que se da poca importancia a las definiciones abstractas de los conocimientos humanos. «La jeografía física, dice, es un nuevo esfuerzo para acabar de proscribir ese sistema de estudios que consiste en aprender palabras i frases sin entender su sentido. Por esto he evitado en cuanto es posible las definiciones empíricas i de ordinario imperfectas que se encuentran en muchos libros elementales. A mi juicio, basta que los jóvenes comprendan bien una cosa aunque no sepan definirla por medio de una frase mas o ménos vacía, mas o ménos significativa.» Hé ahí toda una revolucion que desgraciadamente no cuenta con muchos partidarios en la seccion superior de la Universidad.

Para aplacar la cólera del cielo, que justamente irritado por estas siniestras maquinaciones de sus ministros está descargando el azote de la viruela sobre las espaldas de la parte precisamente mas católica de la poblacion, el señor arzobispo de Santiago imajinó una rogativa a que fueron invitadas diversas autoridades i corporaciones. La funcion se verificó con las solemnidades de estilo el 21 del presente; pero aunque desde entónces hasta ahora vaya transcurrido el tiempo necesario para que la noticia haya llegado al cielo, todavía no se divisa la influencia poderosa que necesariamente debe haber ejercido esta rogativa sobre la marcha i el carácter de la viruela. Los batallones cívicos asistieron con su gravedad acostumbrada i siguieron sus huellas con el paso mas majestuoso de la táctica. Institucion eminentemente pacífica que huele poco el humo de la pólvora i que jamás ha hecho una víctima en el campo de batalla, es justo que la guardia nacional aspire las plomizas nubes del incienso i que ruegue a Dios por la vida de los apestados.

A pesar de la rogativa, la viruela ha continuado esparciendo la alarma en to-

da la poblacion. Vivimos respirando una atmósfera de cloruro de cal, i la mortalidad ordinaria pasa del 50 por ciento entre los variolosos asistidos por la beneficencia pública. Miéntras esta cifra enorme pasea la devastacion por los lazaretos, la proporcion entre los enfermos i los habitantes de Santiago no alcanza quizás a un tres por ciento. A pesar de lo insignificante de este número, el espanto se ha hecho jeneral. En un solo dia han acudido a la oficina central de vacuna mas de mil trescientos individuos; pero el éxito ha manifestado que las simples inoculaciones de agua tibia, que se practican allí, no tienen las virtudes preservativas de las inoculaciones de *cow-pox*, que todos desearian encontrar.

Pero si por este lado Santiago está impregnada de miasmas insalubres, por otro principia a desprenderse de los hogares un perfume de felicidad. Sopla viento de amor. El viento de amor ha producido una alarmante epidemia de matrimonios; i si es espantosa la actual estadística de la muerte, la estadística futura de la vida no puede ser mas consoladora. En las próximas festividades de setiembre se verán simpáticas parejas iluminadas por los rayos indescriptibles de la luna de miel. Los unos habrán realizado ya ese sueño del alma que tiene el hermoso privilejio de conservar su dulce poesía aun despues de haberse convertido en realidad. Los otros, derramando incesantemente esa gota de agua a que se dá el nombre de perseverancia, conseguirán al fin romper los pedernales esteriores de mas de un corazon. En los unos la plácida mirada de las ilusiones cumplidas: en los otros la mirada inquieta de esa noble envidia que consiste en desear para sí la dicha que se aplaude en los demás.

Nuestro amigo i colaborador don Adolfo Valderrama, que con su talento combate en los lazaretos la epidemia de la viruela, con su espiritualidad ha querido combatir en los hogares la epidemia del matrimonio. En los dos tipos con que ha regalado a los lectores de la REVISTA, presenta por su lado vulnerable la lengua vivaz i la sensibilidad esquisita de la mujer. Pero si hai labios de azogue que permanecen en un movimiento interminable, hai silencios de tumba que uno daria la vida por romper. ¿Quién es el que no ha pedido suplicante una respuesta afirmativa a esa interrogacion indefinible: me ama usted? ¿Quién seria bastante destituido de sentimientos para encontrar larga la eternidad si por toda la eternidad hubiera de recibir aquella contestacion? I luego, no es ya el tiempo de las amazonas. Los dedos que recorren el teclado no son a propósito para oprimir el gatillo de un revólver, i no se concibe una mujer sin los pálidos desmayos de la dicha, sin las lágrimas cristalinas de la ternura i sin los blandos suspiros del amor, como no se concibe el cielo sin su azul ni la luna sin su dulce claridad.

Pasar del amor al arte no es hacer una violenta transicion. El arte es la apoteósis de la belleza en sus diversas formas i en sus diversas manifestaciones, i el hombre es bastante perspicaz para descubrir siempre una belleza en todos los objetos de su amor. De tres años a esta parte se nota en Santiago un movimiento artístico que cada dia va adquiriendo mayor intensidad. A la fecha existen dos grandes sociedades musicales: el Orfeon de Santiago, que cuenta en su seno a todos o casi todos los profesores de la capital, i el Club Musical, compuesto de unos treinta o mas jóvenes aficionados.

En vista de este progreso, que no por ser lento en su marcha i estrecho todavía en su esfera de accion deja de ser un progreso mas noble que muchos otros, no está demás llamar la atencion de las autoridades hácia las mejoras que podrian introducirse en el Conservatorio Nacional de música. ¡Desde luego se hace indispensable

invertir allí una suma mayor que las determinadas hasta el dia, dar una instruccion musical científica i no simplemente superficial como sucede hoi, nombrar profesores competentes, ilustrados i laboriosos, plantear una clase de declamacion, ramo completamente desconocido en nuestro pais, i transformar por fin este descuidado establecimiento en un verdadero foco artístico que tenga en todo nuestro pais una poderosa irradiacion.

A este propósito no seria fuera de lugar insistir en la necesidad de establecer la enseñanza de la música vocal en las escuelas públicas. El gasto careceria de importancia, i en cambio sus buenos resultados no se harian esperar. Así lo ha comprendido el señor Lamas, intendente de Concepcion, que acaba de decretarla para las escuelas de esa ciudad. Tenemos la satisfaccion de ser los primeros que feliciten a este funcionario por la adquisicion de esa mejora.

La próxima esposicion de artes e industria, decretada por el intendente de Santiago, ofrece a los artistas una brillante oportunidad de ostentar las producciones de su injenio. En materia de pintura, esperamos que Smith, Lira, Tapia, San Martin, Campos, Janson, Faget, Kirbach, Bianchi, Lebœuf etc., manifiesten que su laboriosidad está a la altura de su talento. En materia de estatuaria, al señor Plaza le toca responder.

Pero, si este movimiento es mui consolador, él no se estiende mas allá de un círculo relativamente corto de iniciados. El arte hace prosélitos, pero las resistencias con que tropieza son sin número; i lo que en otros paises es gloria i es dinero, aquí es pérdida de tiempo i pérdida de reputacion. Desde los primeros dias del mes actual, los dos teatros de Santiago permanecen bajo una hermética clausura. En el esterior las tendencias de nuestro público van siendo conocidas, i los artistas son aun suficientemente prosaicos para preocuparse con seriedad del cajon de la boletería. El público tiene siempre una buena razon para justificar su inasistencia. En la época de Rossi observaba que, no siendo el italiano nuestro idioma, mal podia gozarse con el talento de un actor que trabajaba en italiano, como si para hacerse intelijibles a todos los que son capaces de esperimentarlas, las pasiones no tuvieran ese lenguaje universal que consiste en las alteraciones vibrantes de la voz, en la oscuridad o en el brillo de los ojos, en la intensidad o la debilidad del movimiento, en las contracciones o la tranquilidad de la fisonomía i, para decirlo de una vez, en las manifestaciones variadas, múltiples e infinitas del sentimiento que es el mismo en todos los corazones i que todos los espíritus saben comprender.

Pero, en fin, Rossi trabajaba en italiano, i bajo este aspecto los Garay parecian preferibles a nuestro público sin perjuicio de parecerle tambien un poco intolerables. Los Garay, que no carecen de confianza en sus propias fuerzas aunque carecen de fuerzas propias, acudieron al tácito llamamiento del público de Santiago i durante una larga temporada se ciñeron la corona del martirio haciendo a la vez de actores i espectadores.

I ahora, despues de tomar en consideracion esta atonía, esta indiferencia, este desprecio profundo por el teatro, por el teatro que forma la pasion mas irresistible de toda sociedad culta, ilustrada i opulenta ¿es posible dar a Santiago el calificativo de gran ciudad que pretende merecer? Santiago es una poblacion que tiene todos los inconvenientes i ninguna de las ventajas de la ciudad brillante i de la oscura aldea. Es gran ciudad por la majestad de sus edificios, por el número de sus carruajes, por el lujo de sus habitantes, por la elegancia de sus almacenes. Es al-

dea por lo tortuoso de sus calles, por lo irregular de su pavimento, por lo desigual de sus construcciones, por lo poco elevado de sus gustos, por lo monótono de su existencia. Tenemos de la gran ciudad ese inflexible estiramiento que ha alcanzado los honores de una rijidez de bronce, i hemos perdido esa naturalidad de las hábitos, que constituye el encanto de la aldea. Ciudad que no puede sostener un teatro no es ciudad. Aldea en que los palacios se estremecen con el movimiento de los coches no es aldea. Santiago está todavia en época de formacion. A la verdad, sus inclinaciones no son buenas; pero aun no hai derecho para dar por perdida la esperanza.

Antes de terminar, una palabra sobre la única novedad bibliográfica que se ha verificado durante la quincena. Por la imprenta del Mercurio acaba de darse a luz en esta ciudad un volúmen de mas de 300 pájinas en 4.º titulado La Legacion de Chile en el Perú, desde abril hasta setiembre de 1864, i el conflicto peruano-español. Su autor es el señor don José Nicolás Hurtado, nuestro encargado de negocios ante el gobierno de Lima en la época mencionada.

El libro del señor Hurtado no tiene la pretension de ser una historia, pero dista ménos de la historia que de una simple i desaliñada compilacion de documentos. Los documentos abundan en los diversos capítulos de que se compone, pero jeneralmente van estractados i seguidos o precedidos de graves consideraciones escritas en un castellano irreprochable i con la animacion del que refiere la batalla que ha peleado. Es la narracion, apoyada en notas oficiales, de ese drama memorable que se abrió en las Chinchas el 14 de abril de 1864 i que todavía no llega a su desenlace definitivo aunque el telon de las conferencias de Washington se encuentro por caer. El diplomático habia cumplido ya con su deber: ahora ha cumplido con el suyo el escritor.

Pero de nuevo pedimos perdon a nuestros lectores. El señor arzobispo de Santiago ha entrado en una importante correspondencia con el señor ministro del culto, i seria descortés no tomarla en consideracion. El Iltmo. prelado cree que, interpretando prudencialmente las concesiones hechas por el Santo Oficio de la Inquisicion Romana, los párrocos pueden servir de simples ministros de fé para autorizar los efectos civiles del matrimonio de disidentes. El honorable señor Cifuentes abriga una opinion idéntica, i nuestros amigos de la prensa diaria han visto en la nota del arzobispo el inesperado cumplimiento de sus lejítimas aspiraciones.

¿No seria oportuno desde luego hacer dotar que el ruidoso liberalismo del altivo pastor de estas ovejas coincide singularmente con la tímida proposicion formulada por el honorable señor Reyes en la Cámara de senadores? La idea del señor Reyes estaba destinada a hacer fácilmente su camino, e iba haciéndolo ya cuando le ha salido al través el liberalismo arzobispal; i despues ¿no seria tambien oportuno recordar que las concesiones hechas por el Santo Oficio, prudencialmente interpretadas por el señor Valdivieso, no pueden aceptarse como la fuente del derecho mas sagrado de los individuos i de las sociedades? Encontrándose con una impetuosa corriente de opinion, su señoría, incapaz de detenerla de un golpe, ha preferido seguirla para darse el tiempo de debilitarla.

Táctica eterna de los príncipes de la iglesia, que hace el milagro de vivir en todas las latitudes porque tiene el talento de amoldarse a todas. La liberal interpretacion que hoi da prudencialmente su señoría, mañana puede convertirse, tambien prudencialmente, en una interpretacion atrasada i restrictiva. El San-

to Oficio no puede ser oríjen de derechos en un pais republicano que quiere sepultura honrada para todos i que trata de abolir los privilejios creados por los cánones en obsequio de una corporacion determinada. La prudencia es relativa, i la justicia es absoluta. Estamos por la justicia ántes que por la prudencia, por el derecho ántes que por la concesion, por el Congreso ántes que por el Arzobispado. Los hombres ilustrados i verdaderamente progresistas no pueden declararse satisfechos con el procedimiento arzobispal. Necesitamos imperiosamente una lei escrita, positiva, popular, legal, constitucional, que coloque el matrimonio en la categoría i bajo la jurisdiccion comun de todos los contratos. Si todos estamos de acuerdo, si el honorable señor ministro del culto i el Ilmo. señor arzobispo de Santiago no tienen inconveniente para doblar una rodilla ante el altar de la libertad i del progreso, divinidades acusadas ántes de idolátricas i jentiles, entónces nada mas fácil, nada mas natural, nada mas lójico que aprobar la proposicion del señor Reyes para que pronto se convierta en lei de la república. Lo cortés no quita lo valiente. La especie se examina ántes de comprarla. Ya dijo el poeta:

Timeo Danaos, et dona ferentes.

El matrimonio, como contrato i como sacramento, tiene dos fases perfectamente distintas i separadas aunque de una importancia i de una elevacion idénticas. Como contrato, sus efectos son pura i simplemente civiles; pura i simplemente relijiosos como sacramento. La Iglesia tiene un perfecto derecho para bendecirlo o execrarlo, para cerrar o abrir las puertas del cielo a aquellos que lo celebran segun cumplan o nó con los requisitos por ella establecidos. El Estado, que es una institucion humana, no puede preocuparse mas que del carácter humano del acuerdo de dos voluntades. El uno debe dictaminar sobre su lejitimidad como en todos los contratos; la otra debe limitarse a darles o negarles su aprobacion para los efectos de ultratumba como en todos los actos del fuero interno.

La lei no toma en cuenta las opiniones relijiosas de los que compran ni de los que venden, a pesar de que en tiempos no remotos la Iglesia habia establecido ciertas dificultades para que los judíos compracen o vendiesen. Se quiere únicamente que el matrimonio vuelva a la condicion jeneral de los contratos. Así verificado, busquen los contrayentes las bendiciones del párroco católico o del ministro protestante. Eso les abrirá o les cerrará las puertas del cielo; pero el Estado, que desgraciadamente solo se ocupa de los modestos negocios de este valle de lágrimas, nada tiene que hacer con la eternidad.

El liberalismo del señor arzobispo merece indudablemente nuestros aplausos mas sinceros. Ha llegado a poner en peligro su ortodojia; pero la proposicion del señor Reyes, como que es un primer paso dado en el camino de la lójica i de la verdad, merece tambien todas las simpatías del pais, que desea aprobarla desde luego para completarla i perfeccionarla despues.

Fanor Velasco.

EL PRIMER PERIODISTA CHILENO

Aunque en distintas ocasiones he escrito sobre Camilo Henríquez, acabo de notar que tengo acopiadas, i sin haberlas dado a conocer, varias noticias acerca de uno de los próceres mas esclarecidos de la revolucion chilena, las cuales, a lo que me parece, tienen algun interes. Así voi a referirlas para completar lo ya publicado, procurando no incurrir en repeticiones.

Camilo Henríquez nació en Valdivia el 20 de julio de 1769, siendo sus padres don Félix Henríquez i doña Rosa González.

Tuvo dos hermanos i una hermana, los tres menores que él.

Uno de aquellos murió en la infancia, i otro, don José Manuel, de un balazo, defendiendo una de las trincheras de la plaza de Rancagua en octubre de 1814.

La hermana doña Melchora se casó con don Diego Pérez de Arce, natural de Buenos Aires.

Este matrimonio fué el tronco de los Pérez de Arce de Valdivia, i de los Tórres de Santiago.

Entre unos i otros, ha habido mas de un aficionado al cultivo de las letras.

En comprobacion de esto que digo, me es grato recordar aquí al malogrado José Antonio Tórres, arrebatado por la muerte, cuando principiaba apénas, puede decirse, su carrera de escritor, habiendo sin embargo alcanzado a dejar como muestras de su injenio poesías, artículos de diario, bosquejos de costumbres nacionales, dramas, novelas, retratos parlamentarios, i otras variadas producciones literarias.

Los condes i los marqueses acostumbraban consignar en pergaminos dorados la jenealojía de su familia. ¿No tendrian mayor razon para hacerlo los deudos de un hombre ilustre, particularmente cuando ha tenido la gloria de ser uno de los fundadores de una nacion?

A la edad de nueve años, Camilo Henríquez fué traído a Santiago para comenzar sus estudios.

Por peticion de un tio materno suyo, relijioso de la órden de San Camilo, llamada de la *Buena Muerte*, el niño Henríquez pasó a Lima en 1784, a la edad de quince años.

Contribuyó mucho a que se tomara esta resolucion don José María Verdugo, chileno avecindado en la capital del Perú, hermano natural de la madre de los Carreras, que en su juventud habia sido marino en la costa del Pacífico, i despues, armador i dueño de varios buques. Verdugo, que habia tratado a la familia de Henríquez en Valdivia, i tenido por este motivo oportunidad de admirar el talento precoz del niño Camilo, no solo tuvo fuerte empeño en que se le enviara a donde habia mayores recursos para que continuara sus estudios con provecho, sino que, obtenido el consentimiento de los padres, le condujo él mismo en uno de sus barcos.

Camilo Henríquez entró como alumno en las aulas del convento de los padres de la *Buena Muerte* en Lima.

Era aquel un establecimiento bastante bien organizado, si se atiende sobre todo a la época.

Hacia poco tiempo que habian venido a incorporarse en aquel convento varios relijiosos españoles, los cuales habian planteado con mas solidez que la acostumbrada la enseñanza de la buena latinidad, de una ménos rancia filosofía i de las benéficas ciencias matemáticas i físicas.

Entre ellos, sobresalia el padre Isidoro de Célis, que fué maestro de don José Miguel Carvajal, conde de Castillejo, posteriormente duque de San Cárlos i ayo de Fernando VII.

Frai Isidoro de Célis fué un profesor realmente distinguido.

Corre impresa una obra suya escrita en latin, i dividida en tres volúmenes, que fué dada a luz en Madrid el año de 1787 con el título de *Elementa Philosophiæ quibus accedunt principia mathematica veræ phisicæ prorsus necesaria.*

La obra mencionada contiene rudimentos de lójica, metafísica

ética, aritmética, álgebra, jeometría, física, cosmografía e historia natural. Como se ve, es una especie de enciclopedia.

El padre Célis, al comenzar su obra, dirije al lector una exhortacion, que es un himno magnífico a la razon i la ciencia.

Se encuentran desenvueltos en ella pensamientos como los que siguen:

La ignorancia es la mayor de todas las pestes.

La razon es el principal de los dones que Dios ha concedido al hombre.

Para el alma, la ignorancia es la noche; la sabiduría, el dia.

El hombre dominado por el error camina a tientas i tropezones, sin saber lo que puede i lo que no puede, como el ciego en medio de las tinieblas.

La ciencia liberta a el alma ignorante de la oscura cárcel donde yacia aherrojada i le descubre los horizontes mas sublimes.

Los hombres tienen el imperioso deber de servir a sus semejantes; pero el mayor beneficio que pueden hacerles es ilustrarlos.

Estas ideas, salidas de la pluma de un fraile, son mui notables en un tiempo en el cual habia muchos que preconizaban la ignorancia como signo de inocencia o de pureza.

Camilo Henríquez supo aprovechar como correspondia las lecciones de su maestro frai Isidoro de Célis.

He citado en otra parte a Henríquez como un ejemplo de que la voluntad humana suele sobreponerse a las tradiciones i preocupaciones sociales.

Pudiera ser que álguien sostuviera que Henríquez no tomó una determinacion por sí mismo, sino que cedió a la direccion que le dió el padre Célis.

La libertad del hombre no consiste en obrar sin causa determinante, sino en dar a unos motivos la preferencia sobre otros por su solo arbitrio, sin coaccion de ninguna especie.

Este es un hecho que a cada momento nuestra propia conciencia nos atestigua con una claridad incontestable.

Nunca nos decidimos sin motivo; pero cualquiera que sea la determinacion que adoptemos, tenemos el mas firme convencimiento de que habríamos podido preferir la contraria.

Camilo Henríquez tuvo en sus manos el decidirse por las ideas

dominantes, o por las mas adelantadas que profesaba frai Isidoro de Célis.

En vez de imitar la conducta sobre el particular de la mayoría de sus contemporáneos, i especialmente, de los frailes, reconoció la verdad de las nuevas doctrinas.

Por lo tanto, suministra una prueba práctica de que el hombre puede escojer entre el atraso i el progreso.

La teoría opuesta nos arrastraria lójicamente a atribuir a las ideas un impulso propio, i a los seres humanos una simple pasividad.

La consecuencia precisa de tal antecedente sería que el hombre no es responsable de sus acciones, i que es impotente para trabajar por el perfeccionamiento de su condicion.

Siendo así, deberíamos siempre cruzarnos de brazos, i dejar que las ideas siguieran su curso.

Pero la voz íntima del alma nos dice una cosa mui distinta: Ayúdate, i Dios te ayudará.

Frai Isidoro de Célis se ocupa, como puede comprenderse, de esta importantísima cuestion, sosteniendo la realidad del libre arbitrio.

Como tantos otros filósofos, invoca en apoyo de su opinion, el irrecusable testimonio de la conciencia.

Con esta ocasion, discute la siguiente objecion:

Si lo que se llama libre arbitrio se halla comprobado por el testimonio de la conciencia, todo aquel que se consultase a sí mismo deberia quedar convencido de su efectividad. ¿Cómo entónces hai teólogos o filósofos que lo niegan?

Estos, contesta el padre Célis, proceden a la manera del individuo que, mirando el sol con los ojos cerrados o enfermos, negara su existencia.

No hai verdad tan sumamente clara, que la mente humana cegada por las tinieblas del error no pueda desconocer.

Por mi parte, me permitiré agregar una observacion.

Los que para rechazar el libre arbitrio rehusan oír la voz de su conciencia, lo hacen así en los raciocinios, pero no en las acciones. Sostienen en las disertaciones o en los escritos que el hombre no es árbitro de sus determinaciones; pero en la práctica de la vida se guardan mui bien de conformarse a su doctrina.

La teoría de la omnipotencia irresistible de las causas determinantes conduce a la teoría del progreso fatal de las naciones.

Miéntras tanto, la esperiencia histórica desmiente esta segunda teoría tanto como la esperiencia sicolójica desmiente la primera.

Los pueblos permanecen estacionarios, avanzan o retroceden, no

en virtud de leyes inmutables, sino a consecuencia de la conducta que observan.

La prosperidad es el premio del trabajo.

Las lecciones del padre Célis, enseñando a Camilo Henríquez el poder de la razon i del estudio, le prepararon para llegar a ser lo que fué mas tarde; pero estuvieron mui distantes de hacerle desde luego lo que en el lenguaje del siglo XVIII se denominaba un filósofo.

No es fácil empresa el abandonar las creencias dominantes, por erróneas que sean, cuando todo el órden de la sociedad tiende a afianzarlas.

Una variacion de esta clase solo llega a efectuarse despues de muchas alternativas, i de una larga lucha.

Habia en el convento de la *Buena Muerte* de Lima un relijioso valdiviano, llamado frai Ignacio Pinuer, que naturalmente trabó estrecha amistad con su jóven paisano.

A lo que se dice, fué éste quien indujo a Henríquez a tomar el hábito.

Lo cierto es que hai constancia fidedigna de que Camilo Henríquez entró de novicio el 17 de enero de 1787, i profesó el 28 de enero de 1790.

En la tranquilidad del claustro, siguió entregándose al estudio con el mayor empeño i sin distracciones de ninguna especie.

Lo que aprendia en los libros lo profundizaba en el trato de varias personas ilustradas con quienes se habia ligado.

Entre otros, fué condiscípulo i amigo suyo don José Cavero i Salazar, perteneciente a la primera nobleza de Lima, i mui distinguido por su talento i buen gusto literario, que vino a Chile acreditado de ministro plenipotenciario por el primer gobierno independiente que hubo en el Perú.

Respetó mucho a dos caballeros llamados Gave i Acrove, a quienes debió los mas señalados servicios, i que parece influyeron particularmente en la direccion de sus ideas.

Años mas tarde, quiso manifestarles su agradecimiente dedicándoles su drama *La Camila o La Patriota de Sud América*, que dió a luz en Buenos Aires en 1817.

«*A los señores Gave i Acrove.*

«El suceso mas feliz que deseo a esta débil produccion de mi fan-

tasía es que en todos los teatros del mundo alcance a hacer resonar vuestros respetables nombres, i la dulce memoria de aquella amistad fraternal i oficiosa con que en Lima me favorecísteis.—*Camilo Henríquez.*»

En una de las escenas de su drama, Henríquez hace hablar como sigue a dos de los personajes:

«*Yari.*—Soi un indio de la tribu de los omaguas. Me crié en Jevéros, serví allí al señor Salinas. El me enseñó a leer i escribir; me trató con bondad paternal; me llenó de beneficios. Despues, la Divina Providencia me condujo a Lima, i logré hacer algunos estudios a la benéfica sombra de los señores *Gave* i *Acrove.*

«*Don José.*—Tengo larga noticia de esos caballeros. Son tan nobles, como jenerosos; oficiosos i fieles amigos.

«*Yari*—¡Qué dulce es, sea en medio de las ciudades, sea en la soledad de las selvas, acordarse de sus fieles amigos i de sus bienhechores!

«Florecian en Lima en aquella época hombres eminentes. Tuve la fortuna de oírlos, de admirarlos i de leer sus excelentes libros.»

No puede caber la menor duda de que era el mismo Camilo Henríquez quien hablaba por boca del supuesto indio *Yari*, enviando desde las orillas del Plata sus recuerdos i sus agradecimientos a sus camaradas i protectores de las orillas del Rimac.

El jóven Henríquez frecuentó la sociedad mas selecta de la capital del Perú. Es él mismo quien, en el *Censor* de Buenos Aires, fecha 15 de setiembre de 1817, se alababa «de haber logrado la amistad de los principales literatos de Lima, como era público en aquella ciudad.»

Encuentro ratificado esto mismo en una carta escrita con fecha 7 de abril de 1848 por el señor don Joaquin Campino para suministrar noticias acerca de Henríquez, a quien habia conocido mucho. «Sus relaciones, ya sacerdote, dice, eran con los primeros literatos de Lima, en la que gozó de gran crédito, no solo por su habilidad, sino por la blandura i amabilidad de su carácter.»

Uno de los escritores mas notables e instruidos que por entónces vivian en la capital del Perú era don José de Baquijano, conde de Vista Florida, que bajo el seudónimo de *Cephalio* fué redactor del afamado *Mercurio Peruano.*

Camilo Henríquez tuvo con aquel encumbrado personaje relaciones mui amistosas, si hemos de juzgar por la alusion que hace a él en el principio de la *Exhortacion al estudio de las ciencias*, insertada en el

tomo 1.° número 18, fecha 11 de junio de 1812, de la *Aurora de Chile.*

A la márjen del Rimac, tu luminoso jenio
Hacía amar las letras, i exitaba el injenio,
Cephalio, *caro amigo*, amado de las Musas.
¡Siguíese yo tus huellas a orillas del Mapocho!
Los talentos de Chile yo te oí que aplaudias,
Pero su sueño i ocio sempiterno sentias.

Llevaba Henríquez la apacible existencia que queda descrita, cuando el año de 1809, fué encerrado en uno de los calabozos de la inquisicion.

¿Cuál era el crímen de que se le acusaba?

Nunca he podido averiguarlo con detalles.

Debe haber contribuido a este misterio la repugnancia que el interesado esperimentó siempre para hablar de semejante aventura.

«Camilo Henríquez, dice don Joaquin Campino en la carta ántes citada, salió de la cárcel de la inquisicion tan aterrado, que ni a sus mas íntimos amigos, con quienes he hablado muchas veces sobre el particular, confió jamas nada acerca de lo que allí le habia sucedido; ni conmigo, a pesar de su grande intimidad en tantos años, hizo jamas recuerdo ni alusion a este suceso.»

Sin embargo, la tradicion jeneral, jamas desmentida, refiere que lo que se imputaba a Camilo Henríquez era la lectura de libros prohibidos.

De todos modos, el motivo de esta acusacion no debia ser mui grave, puesto que salió en libertad.

Ademas, él mismo, en el *Censor* de Buenos Aires, fecha 15 de setiembre de 1817, escribia «que conservaba en su poder certificados acerca de su relijion i buena conducta con que le habian favorecido el presidente de la casa de Lima en que se habia educado, i muchos reverendos obispos i prelados eclesiásticos de Sud América.»

Despues de su vuelta a Chile, Henríquez se espresaba como sigue en una carta que dirijió desde Santiago a su cuñado don Diego Pérez de Arce:

«Mi amado hermano: Varios acasos i distancias me pusieron en la imposibilidad de escribir a Usted, i manifestarle siempre mi estimacion. La misma fortuna que me alejó de Usted me ha acercado, i pro-

porciona hablarle ahora de cosas que debí hablar en otro tiempo. Aquel suceso que alarmó a Usted se terminó felizmente sin desdoro de mi estimacion pública. Despues he viajado por remotas rejiones, destinado por los señores virei i arzobispo al establecimiento de una casa de mi instituto en Quito, a que no dieron lugar las actuales circunstancias de aquella ciudad.»

La carta de Henríquez que acaba de leerse alude a una comision que éste fué a desempeñar en Quito, apénas libertado de la cárcel de la inquisicion de Lima.

Voi ahora a reproducir una relacion insertada por Camilo Henríquez en el *Censor* de Buenos Aires, fecha 15 de setiembre de 1817, la cual contiene pormenores sobre aquel viaje i sus hechos posteriores.

«Restituido a la libertad i al goce de mi reputacion despues de haber sufrido una prision dilatada en los *calabozos inquisitoriales*, hallé que la casa de los padres de la *Buena Muerte* de Lima estaba para ser arruinada por una cantidad injente que debia a Quito; i que en virtud de una cédula del señor Cárlos IV, debian venderse sus posesiones para cubrir aquella deuda.

«Aquellos venerables sacerdotes me habian colmado de beneficios, me habian educado, me habian amparado en mi pobreza, i en mi prision habian desplegado su conocida jenerosidad. Yo no dudé emprender un viaje a Quito para servirlos. Me dieron honorables recomendaciones muchas personas respetables de Lima. Recibí en Quito singulares favores del señor obispo Cuero i Caicedo, i de otros ciudadanos. Manifestaré algun dia que viven siempre en mi memoria.

«La invasion de la España, las grandes turbaciones que preví habian de seguirse, i la melancolía que me habian dejado mis pasados infortunios me inspiraron el deseo de vivir en un oscuro retiro en lo interior del Alto Perú en un colejio de mi congregacion. Con este designio llegué a Valparaiso; i despues de tantos años, pisé el suelo patrio no sin lágrimas.

«Hallé a mis paisanos comprometidos, i con dulces esperanzas de ser libres i dichosos. Ellos me abrieron los brazos, i me colmaron a porfia de bondades i honores.

«Me hicieron despues escribir una proclamacion a los pueblos, que estaban para elejir representantes para su congreso nacional. Los enemigos secretos remitieron aquella proclamacion i una acusacion

vehemente contra mí al virei Abascal. En seguida, el señor Blanco insertó en su apreciable periódico de Lóndres la dicha proclama.

«Por todo esto, no me fué ya posible trasladarme al Perú.

«Ni era decente, ni era conforme a mis sentimientos i principios que yo no ayudase a mis paisanos en la prosecucion i defensa de la causa mas ilustre que ha visto el mundo.

«Por la premura de las circunstancias, el congreso entró en el ejercicio de sus funciones poco tiempo ántes de celebrar en la catedral de Santiago su apertura pública i solemne. Resolvió que en aquel gran dia pronunciase yo una oracion. Siendo yo un miembro del congreso, i debiendo ser el órgano de sus sentimientos, miras i opiniones, juzgué necesario leerle el manuscrito de la oracion, lo que se hizo en sesion secreta en la noche. Concluida su lectura, el señor Infante fué de opinion de que un comité la revisase i examinase mas detenidamente en el término de tres dias. Se hizo, i la oracion fué aprobada en todas sus partes.»

Voi a completar con algunas agregaciones las noticias contenida en la suscinta autobiografía que precede.

Henríquez profesó siempre particular respeto al obispo de Quito don José Cuero i Caicedo, a quien califica en la *Camila* «de venerable prelado, de gran patriota,» recordando que en 1810, lo que fué efectivo, salvó «con sus lágrimas» al vecindario quiteño de ser esterminado por una soldadesca realista.

Todo persuade que Henríquez no tomó parte activa en los primeros movimientos revolucionarios de Quito; pero no debió ser tampoco un espectador indiferente.

El argumento de su drama la *Camila* está relacionado con ellos.

Frai Melchor Martínez, en su *Memoria Histórica*, enumera a Camilo Henríquez entre los que organizaron en Santiago patrullas de ciudadanos para sofocar el motin que el 1.° de abril de 1811 promovió el coronel don Tomas Figueroa; i con este motivo, le llama «apóstol i secuaz de la doctrina de la independencia, que despues de haberla propagado i revolucionado en Quito, se hallaba fujitivo activando la de Chile.»

Sea de esto lo que se quiera, Camilo Henríquez volvió de Quito al Perú.

Don Joaquin Campino dice en la carta ántes citada: «En fines del año de 1810, que estuve yo en Paita i Piura, Camilo Henríquez acababa de embarcarse para Valparaíso desde aquel puerto, a donde habia regresado de Quito. Dejó en aquellas poblaciones muchos recuerdos por los grandes sermones que decian haber allí predicado.»

Camilo Henríquez declara en la relacion que dió a luz en el *Censor* haber venido a Chile para despedirse de su patria, por decirlo así, porque habia formado el propósito de irse a encerrar en un convento que su congregacion poseia en el interior del Alto Perú.

Sin embargo, don Joaquin Campino supone «que el motivo de la venida de Henríquez a Chile debió ser la noticia de la revolucion que se habia hecho aquí en setiembre de 1810, su amor patrio i de la libertad, i, lo que no debia ser poco para él, huir de la inquisicion.»

Camilo Henríquez, en una carta dirijida a su cuñado don Diego Pérez de Arce, atribuye su vuelta a Chile a los motivos indicados por Campino. Sus palabras terminantes no dejan lugar a dudas.

«Hablemos de mi venida a Santiago. Me hallaba convaleciente en Piura, cuando supe el gran movimiento que nuestra madre patria Chile tomaba hacia su felicidad. Volé al instante a servirla hasta donde alcanzasen mis luces i conocimientos, i a sostener en cuanto pudiese las ideas de los buenos i el fuego patriótico. He sido bien recibido, i voi a ser destinado a trabajar en la grande obra de la ilustracion pública.»

Creo fácil de esplicar la especie de contradiccion que aparece entre esta aseveracion i la de la relacion publicada en el *Censor*.

Sin duda, Henríquez vino a Chile con el propósito de servir a la revolucion, si esto era posible; pero determinado a ir a encerrarse en uno de los conventos del Alto Perú, si por desgracia no podia cooperar al triunfo de la buena causa. De otro modo, se habria ido directamente al apartado asilo de que hablaba.

En los primeros meses del año de 1811, Camilo Henríquez bajo el seudónimo de *Quirino Lemachez* dirijió a sus conciudadanos la proclama a que alude en la relacion del *Censor*.

Este es el primer escrito que de él se conoce.

En la proclama mencionada, Henríquez hace solemnemente respecto de su regreso al pais, idéntica aseveracion a la que se encuentra en la carta a su cuñado: «Sea lícito al compatriota que os ama, i que viene desde las rejiones vecinas al ecuador con el único deseo de serviros hasta donde alcancen sus luces i sostener las ideas de los buenos i el fuego patriótico, hablaros del mayor de vuestros intereses.»

La lectura de esta proclama causó una fuerte impresion; i por cierto, que esto se concibe mui bien. Camilo Henríquez sostenia en ella sin rebozo la justicia i la ventaja de que Chile se separase de la

España, i se gobernase por sí mismo. Hasta entónces, ninguna persona habia osado ir tan léjos, a lo ménos por escrito.

El célebre literato don J. Blanco White, que a la sazon redactaba en Lóndres su periódico o revista *El Español*, insertó en el número 16, correspondiente al 30 de junio de 1811, la proclama de *Quirino Lemachez*.

Como se sabe, Blanco White proponia con ahinco que la metrópoli concediera a las posesiones del nuevo mundo libertades i franquicias; pero al propio tiempo, rechazaba con no ménos ardor la idea de independencia; i así no es de estrañar que en su concepto, segun cuidó de espresarlo, «esta proclama pecase de filosofía, aunque estuviera excelentemente escrita.» Sin embargo, el resultado final de la lucha vino a probar que la proclama, no solo estaba excelentemente escrita, sino que ademas abundaba de filosofía.

Camilo Henríquez fué encargado de predicar en la catedral de Santiago el sermon de estilo en la misa de gracias celebrada el 4 de julio de 1811 con ocasion de la solemne apertura del primer congreso nacional de Chile.

Era aquella una pieza oficial que, como Henríquez lo ha revelado en la relacion del *Censor*, fué sometida a la revision previa del congreso, i mui detenida i maduramente examinada. Por lo tanto, el orador no podia proceder con la misma libertad que en la proclama de *Quirino Lemachez*.

Sin embargo, en la sustancia desenvuelve doctrinas idénticas, aunque empleando mayor disimulo.

Para convencerse de ello, basta fijar la atencion en el versículo del *Libro de la Sabiduría* que tomó por tema, i sobre todo la manera mui oportuna, con que lo amplificó.

«Las naciones tienen recursos en sí mismas: pueden salvarse por la sabiduría i la prudencia. *Sanabiles fecit Deus nationes orbis terrarum*. No hai en ellas un principio necesario de disolucion i de esterminio. *Non est in illis medicamentum exterminii*. Ni es la voluntad de Dios que la imájen del infierno, el despotismo, la violencia i el desórden se establezcan sobre la tierra. *Non est inferorum regnum in terra*. Existe una justicia inmutable e inmortal, anterior a todos los imperios. *Justitia perpetua est et inmortalis*. I los oráculos de esta justicia, promulgados por la razon i escritos en los corazones humanos, revisten de derechos eternos.»

Como se ve, es esta la esposicion teolójica de la perfectibilidad humana alcanzada por los esfuerzos de los individuos, que Henríquez sostuvo siempre con sus escritos i con sus actos.

Sin embargo, el orador reconoce mui espresamente la soberanía de Fernando VII o de su lejítimo sucesor, aunque no como monarca absoluto, pues manifiesta la confianza de que si hubiera de volver al trono, admitiria gustoso los pactos fundamentales de la constitucion i la intervencion de los ciudadanos en el gobierno.

Habiendo el jeneral San Martin leído este sermon despues de la batalla de Chacabuco, lo remitió a Buenos Aires «con especial encargo de su impresion.»

Efectivamente, se hizo una edicion de él en 1817 con una dedicatoria en verso al senado i pueblo bonaerense, compuesta por Henríquez, que a la sazon residia en aquella ciudad.

La advertencia al lector, que aparece a la cabeza del folleto, principia con esta pomposa frase: «Entre las ruinas de la libertad chilena, se conservaba oculta la ilustre produccion que damos a luz en las siguientes pájinas.»

En 1810, habia en Chile solo una imprentita, cuyo material no alcanzaba mas que para publicar una esquela de convite o de citacion.

Todos los chilenos patriotas i algo ilustrados estaban ansiosos porque hubiera en el país un establecimiento tipográfico siquiera un tanto mas provisto.

Don Juan Egaña, en una memoria sobre plan de gobierno que pasó al presidente don Mateo de Toro Zambrano en agosto de 1810, se espresa acerca de este asunto como sigue: «Convendrá en las críticas circunstancias del dia costear una imprenta, aunque sea del fondo mas sagrado, para uniformar la opinion pública a los principios del gobierno. Un pueblo sin mayores luces i sin arbitrios de imponerse en las razones de órden puede seducirlo el que tenga mas verbosidad i arrojo.»

En noviembre de 1811, fondeó en el puerto de Valparaíso la fragata *Galleway*, consignada a don Mateo Arnaldo Hœvel, sueco de nacion, primer estranjero que solicitó carta de naturaleza en Chile. Anteriormente habia sido ciudadano de los Estados Unidos.

Aquel barco venia de Nueva York, trayendo a su bordo por diligencias de Hœvel algunos materiales de imprenta i algunos operarios norte-americanos para manejarlos.

Con fecha 27 de noviembre, el primer congreso de Chile, que se hallaba a la sazon reunido, hizo comunicar a Hœvel «que iba a tratar de acelerar la conduccion de la imprenta a Santiago.»

Efectivamente, al comenzar el año de 1812, aquella máquina de civilizacion estuvo instalada en uno de los departamentos del antiguo edificio de la Universidad de San Felipe, en cuyo terreno se levanta hoi el Teatro Municipal.

El nuevo establecimiento fué denominado *Imprenta de este Superior Gobierno.*

Sus directores i operarios fueron los señores Samuel Burr Johnston, Guillermo H. Burbidge i Simon Garrison, *de los Estados Unidos.*

Sin embargo, el nombre del segundo de estos tres individuos aparece solo hasta el 2 de julio de 1812, continuando desde entónces únicamente los otros dos.

Desde abril de 1813 hasta octubre de 1814, el establecimiento se denominó *Imprenta de Gobierno*, i algunas veces *Imprenta del Estado.*

Durante este último período, el director fué casi siempre don José Camilo Gallardo, dueño de la imprentita que habia en 1810.

Solo una vez aparece la imprenta gobernada por Johnston i Garrison: i otra, por Garrison i Alonso Benitez, etc.

Luego que a principios de 1812 estuvo arreglada la imprenta, se fundó el primer periódico que ha habido en el país, al cual se le dió por título *Aurora de Chile, periódico ministerial i político.*

El redactor fué Camilo Henríquez.

Antes de todo, se dió a luz un prospecto, a cuya cabeza se leia *Viva la Union, la Patria i el Rei*, i en seguida, el primer número, que salió el 13 de febrero de 1812.

Todos los contemporáneos están acordes en que la publicacion de este periódico causó en los chilenos el mayor entusiasmo.

Aparecia solo los juéves.

La suscripcion importaba seis pesos por año en Santiago, nueve en el resto de Chile; i doce en el esterior.

La *Aurora de Chile* duró solo hasta el 1.° de abril de 1813, fecha de su último número.

Entónces fué reemplazada por el *Monitor Araucano*, que se daba a luz cada dos dias, i cuya redaccion fué tambien encomendada a Henríquez.

Este periódico duró desde el 6 de abril de 1813 hasta el 30 de setiembre de 1814.

El conocido escritor don Antonio José de Irisarri fundó el 7 de agosto de 1813 un periódico titulado *Semanario Republicano.*

Todos sus números desde el 1.° hasta el 12 fueron eclussivamente

redactados por Irisarri, ménos el 4.° que fué llenado por un comunicado de *David Parra i Bedernaton*, seudómino de don Bernardo Vera i Pintado.

Habiendo cesado Irisarri en la direccion de este periódico por motivos que no es esta la oportunidad de esponer, Camilo Henríquez tomó a su cargo simultáneamente la redaccion del *Monitor Araucano* i del *Semanario Republicano*.

El segundo de estos periódicos, cuya aparicion era eventual, subsistió hasta el 15 de enero de 1814.

Camilo Henríquez se dedicó con el mayor teson a desempeñar lo mejor que le fuera posible el cargo de periodista.

Desde luego se convenció que le era indispensable el conocimiento del idioma ingles para traducir noticias de los diarios de Inglaterra i de los Estados Unidos, que por casualidad podia proporcionarse.

La empresa era harto ardua, pues faltaban, no solo maestros que facilitasen el trabajo, sino tambien los elementos mas precisos aun para los que se propusiesen estudiar por sí solos.

Nada puede agregarse en elojio de Camilo Henríquez a lo que contienen dos párrafos de la *Aurora*, que voi a copiar.

En el número 6, fecha 19 de marzo de 1812, se lee: «Uno de los muchos modos con que el comercio promueve i favorece la literatura es la introduccion de libros científicos i jeneralmente útiles; harán, pues, un gran servicio a la Patria los comerciantes que hagan venir tantas obras preciosas que nos faltan. Por ahora hai algunos jóvenes que desean aprender el ingles; pero no se encuentran diccionarios ni gramáticas inglesas, que se dice haber en Buenos Aires, i que se pueden encargar a Norte América.»

En el número 9, fecha 9 de abril del mismo año, se lee: «Animado el editor de un vivo deseo de complacer al público i de satisfacer la confianza de la Patria, emprendió el estudio de la lengua inglesa; i en el espacio de ménos de un mes, se ha puesto en estado de traducir por sí mismo los periódicos ingleses. Solo los que conocen esta lengua graduarán la grandeza de este trabajo i el mérito de la fatiga.»

Debe advertirse que Henríquez hacia la declaracion precedente, no por petulante vanagloria, sino por haber sabido que algunos suponian falsas las noticias que habia publicado, sacándolas de los papeles ingleses o norte-americanos.

La tendencia jeneral i constante de Camilo Henríquez fué la de sostener i propagar con mas o ménos franqueza la idea de que el par-

tido mas justo i conveniente que podian seguir los chilenos era el de separarse de la metrópoli.

En todas circunstancias, adquiere títulos a la gratitud de sus conciudadanos i de sus semejantes, aquel que propone o defiende con talento i enerjía un pensamiento grandioso; pero el mérito se acrecienta sobre manera cuando el que lo hace se espone a peligros efectivos, quizá a la muerte.

Si Camilo Henríquez hubiera caído en poder de los realistas, su destino habria podido ser bien desgraciado.

Podemos presumir cuál seria el odio que profesaban al primer periodista chileno, por el que jamas disimularon contra sus escritos.

A los pocos dias de haber los españoles ocupado a Santiago en octubre de 1814 despues de la batalla de Rancagua, dieron a luz un folleto titulado: *Conducta Militar i Política del jeneral en jefe del ejército del Rei en oposicion con las de los caudillos que tiranizaban el reino de Chile*, en el cual se insertó la curiosa nota que voi a copiar. «Los defectos de ortografía i de imprenta son disculpables si el público hace reflexion: primero, que el señor jeneral en jefe dejó los manuscritos copiados con la misma lijereza con que partió en alcance de los caudillos que fugaron; segundo, que éstos, en la irrupcion que hicieron en todas las oficinas i casas, se llevaron consigo toda la letra i útiles de la imprenta, como si porque nació bajo sus auspicios, aunque a espensas del rei, debiese sufrir la trájica suerte de sus autores Felizmente se ha recojido la poca letra despreciada por inútil; pero, vírjen de las maldades de la *Aurora*, del *Monitor*, *Semanario* i otros i ha sido preciso concluir la impresion de una plana, deshacer la letra i formar otra, i así sucesivamente.»

Camilo Henríquez trabajó por el triunfo de la independencia, no solo en la prensa con sus escritos, sino tambien en las corporaciones con sus discursos, i en los consejos privados del gobierno con sus indicaciones.

En su calidad de poeta, ejerció ademas, junto con su amigo don Bernardo Vera i Pintado, una especie de sacerdocio poético en las fiestas patrióticas que solian celebrarse para fomentar el entusiasmo popular en favor de las nuevas ideas.

Si se conmemoraba el aniversario del 18 de setiembre; si se hacian en la catedral de Santiago exequias a los mártires de la revolucion de Venezuela; si el 17 de junio de 1813 se enarbolaba en la proce-

sion de Corpus la nueva bandera nacional, Camilo Henríquez sacaba de las cuerdas de su tosca lira sonidos que no eran mui armoniosos, pero que eran inspirados por el mas puro i fervoroso patriotismo.

El 2 de mayo de 1812, se solemnizó con un banquete la primera victoria que las tropas patriotas obtuvieron sobre las realistas en el campo de Yerbas Buenas.

Los ciudadanos Henríquez i Vera se sentaron en aquella solemne funcion a la cabecera de la mesa, cubiertos con el gorro de la libertad.

En seguida, cuando llegó el momento oportuno, pronunciaron alternativamente una serie de brindis.

Por último, entonaron un himno, alusivo a las circunstancias, cuya letra habian compuesto.

Salve Patria adorada,
Amable, encantadora;
El corazon te adora
Como a su gran deidad.

El resto del himno sigue por el estilo.

Todo aquello inflamaba sobre manera el entusiasmo de los partidarios de la revolucion.

Sin embargo, Camilo Henríquez, como otros muchos patriotas chilenos, flaqueó en sus convicciones hácia la mitad del año de 1814. Las varias noticias desfavorables para su causa que por entónces les llegaron, tanto de Europa, como de América, les hicieron perder la esperanza de conseguir la independencia absoluta. El desaliento a que me refiero dió oríjen al convenio de Lircai.

Los gobernantes de Chile limitaron sus esfuerzos a establecer un réjimen constitucional bajo la soberanía del rei, ya que creian no poder obtener mas.

Camilo Henríquez parece haber aceptado este proyecto.

Lo cierto fué que en algunos números del *Monitor Araucano* correspondientes al mes de mayo de 1814, insertó artículos tendentes a ese fin.

Algunos revolucionarios exaltados quemaron públicamente en una especie de auto de fé esos números del *Monitor Araucano*.

A consecuencia de la reconquista de Chile por los españoles en 1814, Camilo Henríquez, como tantos otros, buscó un asilo en las provincias del Plata.

Fué desde luego a establecerse en Buenos Aires.

Como en Chile, Camilo Henríquez continuó allí dedicándose a la profesion de escritor.

Desde luego escribió un opúsculo titulado *Ensayo acerca de las causas de los sucesos desastrosos de Chile*, que el autor del presente artículo ha tenido el gusto de dar por primera vez a la prensa en 1854.

Al poco tiempo despues de su llegada a Buenos Aires, fué encargado de redactar la *Gaceta Ministerial*, que no tardó en dejar, porque se le quiso obligar a defender opiniones que no eran las suyas.

En 1816, tradujo i compendió una obra de Bisset, titulada *Bosquejo de la Democracia.*

Segun comunicacion del cabildo de Buenos Aires, fecha 13 de febrero de 1817, se le confió con el sueldo de mil pesos anuales la redaccion de un periódico que ya existia con el nombre de *El Censor.*

Camilo Henríquez, junto con aceptar el encargo, hizo la siguiente declaracion:

«Tiempo há que no pensaba en política. Reposando con confianza en las sagaces operaciones del Directorio, no me desvelaba por indagar cuál era la marcha de los negocios públicos.

«Precisado a peregrinar i viajar por mi particular situacion, apénas llegaban a mi noticia los sucesos de Europa, i ménos el estado de las relaciones esteriores. Mis lecturas i estudios eran acerca de las ciencias matemáticas, tan distantes de la política i de la consideracion de los abusos civiles. En medio de esta abstraccion agradable de las cosas públicas, i en esta soledad pacífica del ánimo, recibí el honorable oficio que precede (aquel en que se le encomienda la redaccion de *El Censor.)*

«Es cosa mui lisonjera alcanzar hasta este punto la estimacion de los ciudadanos mas respetables; ¡pero cuán difícil es llenar un cargo mui poco análogo a su propia índole, a sus meditaciones anteriores, i talvez superior a sus talentos.»

Camilo Henríquez redactó *El Censor* desde el 20 de febrero de 1817 hasta el 11 de julio de 1818.

En 1817, Camilo Henríquez, que era miembro de una sociedad organizada en Buenos Aires con la denominacion de *Sociedad del buen gusto de Teatro*, dió a luz el drama titulado *La Camila o La Patriota de Sud América*, que ya he tenido ocasion de citar.

Henríquez publicó en el número 114 del *Censor*, fecha 20 de noviembre de 1817, el aviso que va a leerse:

«SUSCRIPCION

«*La Inocencia en el Asilo de las Virtudes.*

«Segundo drama sentimental de Henríquez.

«Se reciben suscripciones en la tienda de Ochagavía en la vereda ancha, 4 reales.

«Parece que será una lectura tan útil como deliciosa, correspondiendo a su epígrafe, que será:

Da al hombre i a los pueblos en su infancia,
Ejemplos de prudencia i de costumbres.

«Está dedicado a los ciudadanos de Estados Unidos i a los señores ingleses.

«Muchos estranjeros me han favorecido con sus suscripciones; pero ni era justo dejar de invitar a los patriotas, ni sin su ausilio es posible emprender impresion alguna, porque esta clase de obras no se vende; cuyo asunto es mejor no desenvolver por no ser decoroso al pais, aunque esperamos que deje de ser así a proporcion que se vayan aumentando las luces.»

Esta invitacion fué desatendida.

Los suscriptores no se reunieron; i el segundo drama sentimental de Henríquez fué todavía mas desgraciado que el primero, pues ni siquiera tuvo los honores de la impresion.

En la Biblioteca Nacional de Santiago, hai un ejemplar manuscrito, obsequiado por don Manuel Sálas.

Preciso es confesar que ni *La Camila*, ni *La Inocencia en el Asilo de las Virtudes* tienen el menor mérito literario.

Sin embargo, su autor se lo atribuia i mui grande; i se impacientaba contra los que no participaban de su opinion.

Decia que sus dramas no eran aplaudidos, porque eran obra de un americano, porque no venian de Europa, «porque en América solo se apreciaba *lo que era de Castilla.*»

Dejando la modestia a un lado, estimulaba a que «se leyesen con meditacion, detencion i despreocupacion los últimos tomos de la obra del señor Fúnes i *La Camila*, porque seria mucha vergüenza que tales obras saliesen traducidas al ingles, ántes que en Buenos Aires se hubieran leído en castellano.»

Junto con esto, proponia estas dos cuestiones bien significativas por sí solas.

«¿Por qué el *Mercurio Peruano* tuvo en Lima un aprecio mediocre, i fué tan altamente apreciado en los países estranjeros?

«¿Por qué los ingleses i franceses leen con interes *La Camila*, i muchos de Sud-América dicen que *no vale nada*, sin haberla leido?»

¡Flaquezas humanas!

Camilo Henríquez permaneció en Buenos Aires hasta principios de 1822. Aunque deseaba regresar a Chile, ya independiente, la escasez de recursos se lo impedia.

Don Manuel Sálas, que lo supo, reunió por suscripcion entre varias personas la suma de quinientos pesos para proporcionar a un hombre que pensaba podia ser mui útil los medios de volver a su pais.

Tengo a la vista algunas cartas inéditas de Henríquez a Sálas, las cuales contienen datos mui interesantes, i nos hacen conocer cuáles eran en aquella época los pensamientos del primero de estos dos eminentes ciudadanos.

«Mi buen amigo, escribia Henríquez a Sálas en 1.° de enero de 1822, se conoce que es cierto lo que siempre se ha dicho, que es Usted hombre de empresa, i que reune la actividad a la bondad. He recibido cuanto me ha escrito; i nuestro comun amigo don M. Ríglos cubrió al momento la libranza. Por toda la ciudad ha corrido esto, i ha causado gran satisfaccion; dicen que es cosa grande ser chileno, i que los chilenos son ahora tan nobles, como en siglos antiguos!»

Camilo Henríquez revela a Sálas en la misma carta el blanco a que en su concepto debian los buenos ciudadanos dirijir todos sus esfuerzos.

«Aseguro a Usted que aquí nada se sabe de lo que se hace en Chile; ni en la biblioteca se hallan sus periódicos, ni aun los de fecha anterior. Esto es sensible en los momentos en que los espíritus están ocupados en la segunda parte de la revolucion, mas ardua que la primera: que es salir de la revolucion, reformar los antiguos abusos i errores, remover los obstáculos, constituir, destruir, en una palabra, plantear la civilizacion.»

Henríquez, en otra carta de 1.° de febrero, torna a insistir sobre el mismo punto.

«Nuestro comun amigo, el apreciable literato don Gregorio Fúnes, ha traducido e impreso por órden del gobierno *El Ensayo sobre las*

garantías individuales. En él se enseña qué haya de hacerse para que el gobierno no esclavice al pueblo; se establece la tolerancia, etc. Por aquí conocerá Usted el espíritu de Rodríguez, que marcha a la inmortalidad como *Cárlos Tercero.* Buenos Aires ha de ser el centro de irradiacion de la libertad, como lo fué de la independencia. Yo parto en correspondencia con los literatos del país.»

Vése por estas cartas de Henríquez a Sálas que el primero daba la mayor importancia a la organizacion de la instruccion primaria, al fomento del comercio de librería, a la fundacion i circulacion de los periódicos, a la libertad de la imprenta, a la estincion de los odios civiles, i mui particularmente a la secularizacion de los regulares.

Manifiesta mucho interes por la prosperidad de España, lo que no dejaba de ser raro en un hombre de la revolucion. El mismo esplica el motivo de ello en una de sus cartas. «Yo me intereso mucho por la libertad del mundo entero.»

Camilo Henríquez salió de Buenos Aires para Chile el 8 de febrero de 1822.

Henríquez escribia a Sálas: «En Chile hace falta un periódico mensual de suficiente estension como las revistas inglesas; i trabajarémos en ello.»

En otra carta le decia: «Aquí se ha conocido por la práctica que la economía política i la estadística son tan necesarias para el gobierno i lejislatura como las matemáticas para la física. Sin ellas se gobierna a tientas.»

Para realizar estas ideas, popularizando particularmente las nociones de las ciencias mencionadas, fundó, apénas llegado a Santiago, el *Mercurio de Chile*, que redactó hasta el 21 de abril de 1823.

Aunque con prudencia, Camilo Henríquez combatió como pudo la intolerancia i la supersticion.

Esta conducta le atrajo la malevolencia de los que defendian el sistema teocrático o clerical que habia rejido durante la época colonial.

En 1823, el dominicano frai Tadeo Silva lanzó contra él un virulento folleto: *Los Apóstoles del Diablo.*

Para contestarle, Camilo Henríquez fundó un periódico llamado *El Nuevo Corresponsal.*

Este fué el oríjen de una polémica mui agria que habia de durar mas que la vida de Henríquez.

Voi a mostrar un ejemplo de la mala voluntad que sus opiniones adelantadas i liberales habian suscitado contra él en muchas personas.

El patriota franciscano frai José Javier Guzman publicó el año de 1834 en dos volúmenes una historia de Chile que lleva por nombre *El Chile no instruido en la historia topográfica, civil i política de su pais.*

El buen relijioso trata en esa obra *de omnibus rebus et quibusdam aliis*, como se dice vulgarmente; i sin embargo, no menciona una sola vez a Camilo Henríquez.

Don Joaquin Campino, que por cierto no pecaba de tímido, dice en la carta fecha 7 de abril de 1848, varias veces citada en este artículo, que la biografía de Camilo Henriquez contiene «puntos peligrosos de tocarse, atendidas las opiniones de nuestra sociedad, sino quiere faltarse a la verdad.»

Refiero este hecho para que se observe cuán llena de sinsabores i aun de peligros estaba la lucha de que Henríquez fué uno de los promovedores, en la última parte de su existencia.

Camilo Henríquez falleció el 17 de marzo de 1825 en una casita de la calle de Teatinos, situada entre las de Agustinas i los Huérfanos.

Yo he escrito en otra ocasion que no se le habian tributado honores fúnebres.

Este dato era inexacto, como lo manifiesta el siguiente oficio:

«*Ministerio de la Guerra.*—El Supremo Director ha dispuesto que se hagan al finado presbítero don Camilo Henríquez los mismos honores fúnebres que se hicieron al prebendado don Joaquin Larrain. En su virtud, se servirá Usía disponer que se haga en el dia de mañana una salva en el fuerte de Santa Lucía durante las exequias, con los intervalos que se practicó en las del citado prebendado. De suprema órden lo comunico a Usía para su cumplimiento.—Dios guarde a Usía muchos años.—Santiago, marzo 21 de 1825.—*Bartolomé Mujica*, Pro-Secretario.—*Señor Comandante Jeneral de las Armas Mariscal de Campo don Luis de la Cruz.*»

Los servicios de Camilo Henríquez, como los de todos los hombres de ideas, son de aquellos que se van apreciando mas i mas a medida que el tiempo trascurre.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

LA

CUESTION BRASILERO-ARJENTINA

Gravísimas complicaciones diplomáticas han surjido entre el Brasil i la República Arjentina. Han sido orijinadas por la interpretacion del tratado de alianza, que llevó a ambos pueblos a la guerra contra el Paraguay. Ni la union jurada en los pactos internacionales, ni la fraternidad sellada en los campos de batalla, han impedido que la discordia levante cabeza en el campo de los aliados de ayer.

Esas cuestiones son sin duda las mas trascendentales que actualmente se ventilan en la América. La ardorosa prensa de Buenos Aires preve, como resultado de ellas, una guerra entre el Brasil i la República Arjentina. No creemos que se llegue allá. En el estado actual de la civilizacion, sobre todo en este continente, las guerras internacionales son casi imposibles. La pólvora no es el mejor argumento de la justicia. Los pueblos que trabajan i progresan no encargan la defensa de sus derechos a la boca de los cañones.

Pero, sean cuales fueren sus resultados, ellas encierran en sí un alto interes. Para nosotros, ligados al Brasil por relaciones comerciales i literarias i a la República Arjentina por los sagrados vínculos de la Independencia, es un deber conocerlas. Así, la opinion pública, que tanto peso tiene hoi en todas las causas que dividen a los pueblos o a las naciones, dará su apoyo moral a aquellos de cuyo lado esté la justicia i el derecho.

¿Cuál es el oríjen de la cuestien brasilero-arjentino, cuál la marcha de las negociaciones diplomáticas para resolverla, cuál su significado? Vamos a esponerlo, valiéndonos para ello de los documentos oficiales de los dos paises complicados, i haciendo una reseña rápida de los hechos que la preceden.

I

Las relaciones entre la República Arjentina, el Brasil i el Paraguay nunca han sido cordiales. Antipatías profundas i arraigadas han dividido siempre a los pueblos i gobiernos de estos paises. Las desgracias i los peligros comunes i las comunes glorias han solido calmarlas a veces; pero nunca estinguirlas. Sea por la diferencia de costumbres o instituciones que rijen a estos pueblos, sea por los encontrados intereses que tienen, sea por mezquino espíritu de nacionalismo, la verdad es que el hecho, que apuntamos, existe, i ha sido observado por nacionales i estranjeros.

Thompson, oficial ingles que sirvió a López, principia su interesante libro sobre la guerra del Paraguay, con estas palabras: "El Paraguay, la República Arjentina, la Oriental i el Brasil, son cuatro estados sud-americanos que por su posicion topográfica están obligados a mantener ciertas relaciones comerciales, de las cuales cada uno prescindiria de buena gana, pues sus habitantes se odian cordialmente."

Median entre la República Arjentina i el Paraguay cincuenta años de rencor gratuito pero ferviente, dice un notable escritor de aquella nacion. Llama a esta república: "nuestro enemigo tradicional, nacido i organizado para aborrecernos.»

Ni los documentos oficiales dejan de señalar lo que nos ocupa. «Hai hechos positivos, dice una nota del gabinete de la Asuncion al de Buenos Aires, que prueban la injustificable animosidad que el Gobierno Arjentino desde años atras nutre hácia esta República i su Gobierno.»

El ministro de relaciones esteriores de la Confederacion Arjentina, hablando de los resultados de la alianza contra el Paraguay, se espresa así: «Tres años de vivir juntos en los campos de batalla, i seis de hallarnos cubierto con el ancho manto del tratado del 1.° de mayo, *habian principiado a destruir las preocupaciones nuestras*, consolidando la comunidad de intereses del Imperio con las Repúblicas del Plata.

Estos rencores de pueblo a pueblo, se traducian en la práctica por recelos i deconflanzas mútuas i una gran tirantez en sus relaciones diplomáticas. Entre el Brasil i la República Arjentina, la civilizacion i las conveniencias hacian desaparecer en parte estos efectos; pero con el Paraguay se mostraban en todo su rigor.

La independencia de este pais no fué reconocida, sino mui tarde i despues de grandes dificultades por el Gobierno Arjentino. Este

pretendia ejercer derechos de soberano sobre aquél, i lo consideró hasta 1856 como parte integrante de la República. Así en 1813, dos años despues de haber declarado su autonomía nacional, i en 1824, el Paraguay era invitado por el Gobierno Arjentino para que nombrase diputados a los Congresos Constituyentes de esta República. Rosas fué mas allá; se negó terminantemente a reconocer la independencia paraguaya. En 1850 hizo votar al Congreso Arjentino una lei que lo autorizaba «para disponer sin limitacion alguna de todos los fondos i recursos de todo jénero de la nacion, hasta tanto no hiciera efectiva la incorporacion de la provincia del Paraguay a la Confederacion Arjentina.»

Por su parte don Cárlos Antonio López, presidente del Paraguai, contestó a las negativas de Rosas para reconocer la independencia del pais que gobernaba, invadiendo con un ejército en 1845 la provincia de Corrientes.

Estas enojosas cuestiones, unidas a las de límites i navegacion de los rios, llevadas casi siempre con violencia i destemplanza, no hicieron sino dar pábulo a las antipatías de ambos pueblos. Lo mismo sucedia con el Brasil.

Crecian éstas por el sistema de desconfianza i recelos con que siempre trató el Paraguay a sus vecinos i por el estudiado desprecio con que el Gobierno i la prensa Arjentina se ocupaban de ese pais.

No se amontona impunemente odios i rencores profundos. Tarde o temprano la guerra tenia que venir, dice un brillante escritor del Plata.

Esos odios, esos rencores, aglomerados durante medio siglo, eran combustible para una inmensa hoguera. Una chispa cualquiera bastaba para encenderla. La cuestion Brasilero-Oriental fué la chispa. Veamos cómo.

Desde tiempos lejanos el Brasil tenia pendientes varias reclamaciones diplomáticas con la República Oriental. En 1864 la guerra civil se ensañaba en ésta; blancos i colorados se disputaban, con las armas en la mano, el poder público. El jeneral Flores, jefe i espada del partido colorado, habia encontrado poderosos auxilios para su empresa revolucionaria en Buenos Aires i en la provincia brasilera de Rio Grande del Sur. Se acusaba de complicidad con él al Gobierno Arjentino que pertenecia al mismo bando en la otra orilla del Plata. El Imperio no estaba exento de iguales acusaciones.

El Brasil escojió estos momentos de conflicto para acelerar las discusiones sobre sus reclamos i agregar otros nuevos. Un ministro especial fué enviado a Montevideo con este objeto.

El Gobierno Oriental no prestó oido a las exijencias imperiales, lo que dió oríjen a una ruptura de relaciones entre ambos paises i a la invasion de la República i bloqueo de sus puertos en el rio Uruguai por fuerzas brasileras de mar i tierra. El ejército imperial procedió en combinacion con el jeneral Flores i entre ambos produjeron las bárbaras escenas de Paisandú i la caida del Gobierno constituido.

Con justicia o sin ella, desde Ituzaingó hasta ahora, se ha supuesto siempre por los pueblos del Plata un interes capital en el Brasil para anexarse la República Oriental. Se ha creido ver que a eso tiende la política Imperial en el Uruguay i se ha temido ver convertidos en hechos los deseos del Brasil.

El Paraguay se hizo órgano de esos temores; consideró la invasion brasilera como el primer paso dado por el Imperio para apoderarse de la Banda Oriental, cuya existencia como nacion consideraba necesaria para mantener el equilibrio político entre los paises que baña el Plata. El Brasil a las orillas de este rio era para el Gobierno de la Asuncion una amenaza constante a los intereses del Paraguay. Esas fueron las ideas que manifestó el ministro de Relaciones Esteriores del gabinete paraguayo en la nota que dirijió, a nombre de su Gobierno, al plenipotenciario imperial. Fundado en ellas, protestaba de la intervencion del Brasil en el Uruguay.

El señor Viana de Lima, ministro brasilero, contestó «que su gobierno no seria detenido por consideracion alguna, en el cumplimiento del sagrado deber de protejer las vidas e intereses de sus súbditos.»

El Gobierno paraguayo manifestó, por su parte, que si el Brasil llegaba a tomar las medidas contra las cuales protestaba, se veria en la penosa necesidad de hacer efectiva su protesta.

Estas amenazas no detuvieron a los ejércitos imperiales que entraron en son de guerra en el territorio oriental.

El Paraguay tampoco tardó en hacer valer su protesta. El 12 de noviembre de ese año era apresado el paquete brasilero «Marques de Olinda» por fuerzas paraguayas i el 27 de diciembre, asaltada la fortaleza de Coimbra, en la provincia brasilera de Matto Groso, i al dia siguiente ocupada por los soldados de López. La guerra estaba declarada de hecho entre el Brasil i el Paraguay.

El 5 de febrero de 1865, llegaron a Buenos Aires despachos del gobierno paraguayo, pidiendo al gobierno arjentino permiso de tránsito inocente por el territorio de Corrientes para un ejército, con el objeto de atacar al Brasil en su provincia de Rio Grande del Sur.

Esta solicitud no carecia de fundamento. El Paraguay no tenia mas puntos por donde agredir al Imperio que la provincia de Matto-Groso ya invadida i la de San Pedro de Rio Grande del Sur, colindante con el Uruguay i la Republica Arjentina. Por agua era imposible que pudiese hacer nada efectivo; pues, propiamente, el Paraguay, no poseia naves de guerra. La ocupacion de la primera de las provincias designadas, ningun resultado práctico podia tener en la guerra. Separada completamente del resto del Brasil, para donde no existian vías de comunicacion, era dejar ahí un ejercíto perdido, que no podia, en manera alguna, obligar al Imperio a un avenimiento.

El único punto vulnerable del Brasil era, pues, la provincia de Rio Grande; pero para ir a ella era necesario atravesar la provincia arjentina de Corrientes. Para esto solicitaba un permiso el Paraguay.

El gobieno arjentino no consideró suficientes las razones que apoyaban la solicitud del gobieno paraguayo i negó el tránsito.

No fué por cierto del agrado de éste tal negativa, i le dió un alcance que talvez no tenia.

Con el mayor sentimiento,—dice el ministro Bérges al gobierno arjentino en nota de 29 de marzo, recibida despues de la ocupacion de Corrientes,—se ha impuesto mi gobierno de la negativa dada a una solicitud tan justa i atenciosa con las seguridades ofrecidas, tanto mas que no tenia en si nada que no sea autorizado por el derecho de Jentes, aconsejado por la equidad i las relaciones entre ambos gobiernos, asi como por la indecible necesidad en que se halla la República del Paraguay de combatir al gobierno imperial en su propio territorio, para obtener resultados que dispongan al gabinete de San Cristóbal a oir la voz de la justicia i dar las seguridades necesarias sobre su política futura, con respecto a los intereses de esta República, a los de la oriental del Uruguay i en jeneral a los de todos los Estados del Plata.

Hace presente el desleal procedimiento del gabinete de Buenos Aires al dar auxilio i cooperacion al jeneral Flores, para invadir la Banda Oriental i permitir funcionar públicamente, con su apoyo i en su capital, un comité de revolucionarios orientales i otro de paraguayos, para maquinar contra la tranquilidad de sus respectivos paises.

Recuerda los insultos i las calumnias que la prensa oficial de Buenos Aires vierte con escándalo, diariamente, contra el gobierno i pueblo paraguayos. Manifiesta la desigualdad en que el gobierno arjentino coloca a las naciones belijerantes, permitiendo la libre navegacion de los rios a los fuerzas navales del Brasil i prohibiendo el tránsito inocente a las fuerzas terrestres del Paraguay. Concluye esponien-

do que su gobierno, convencido de que la política del actual gobierno arjentino, como lo justifican los hechos consignados, es atentatoria a los derechos e intereses de la nacion paraguaya, autorizado por el H. C. N., le declara la guerra para salvar el honor, la dignidad i los derechos de la república.

No es nuestro ánimo, ni tenemos tampoco espacio para ello, entrar a analizar las causas que para declarar la guerra invocó en su favor el Paraguay. Unos han calificado la provocacion paraguaya como un atentado bárbaro; otros la han llamado lejítima i necesaria. Creemos que ni éstos ni aquellos están en la verdad, pero no tenemos para qué dar una opinion. Nuestra tarea se reduce únicamente a espresar los hechos i los antecedentes naturales de la actual cuestion brasilero-arjentina.

El 13 de abril de 1865, una division de la escuadra paraguaya apresaba en Corrientes a los vapores de guerra arjentinos *Gualeguay* i 25 *de Mayo*. Al dia siguiente tres mil hombres ocupaban la ciudad i poco despues habia entrado en la provincia, un ejército invasor de 25,000 soldados.

La noticia del suceso de Corrientes no llegó a Buenos Aires hasta el 17. La ciudad casi voló al recibir la nueva del ultraje, dice un escritor. Todo el mundo se puso en armas; principiaron rápidamente los preparativos de la campaña i el 1.° de mayo se firmó entre el Brasil, la República Arjentina i la Oriental, representados por sus plenipotenciarios Octaviano, Elizalde i Castro, un tratado secreto de alianza ofensiva i defensiva contra el Paraguay.

Aunque sin conocer las estipulaciones de 1.° de mayo, la triple alianza fué mal recibida por las repúblicas americanas, no interesadas directamente en la contienda. De este lado de los Andes no faltaron condenaciones a la union de los estados del Plata con el Brasil. Se le auguró mal resultado.

Se consideraba como un paso altamente impolítico del gabinete de Buenos Aires, lanzarse a una guerra para aniquilar al Paraguay, que era su aliado natural.

En la misma Confederacion la alianza no halló muchas simpatías; mas de uno protestó contra ella. Los recelos que siempre inspiró la política brasilera en el Rio de la Plata, no podian ser olvidados en un momento.

El gabinete de Buenos Aires la consideró, sin embargo, como un acto de necesidad i un acto providencial, que podia servir para hacer la amistad de dos naciones que habian combatido entre sí en una época no mui lejana.

La alianza era para el gobierno arjentino no solo vengar el insulto hecho a su pais, sino llevar la rejeneracion a un pueblo que se arrastraba bajo el látigo de un tirano. Sola o acompañada, se dijo, la República Arjentina habria hecho la guerra al Paraguay despues del ultraje de Corrientes.

Apesar de todas las oposiciones, la alianza fué no solo pacto sino hecho; por ella la sangre americana regó la tierra desde Yatay i el Riachuelo hasta Cerro Leon i Cerro Corá. El tratado de 1.° de mayo fué firmado por los sacrificios de tres naciones i el martirio de un pueblo.

II

Ultimado López en Aquidaban, la guerra cesó de hecho; la alianza no tenia ya enemigos que combatir. La poblacion del Paraguay habia perecido en los campos de batalla o sucumbido a las enfermedades i al hambre; la riqueza pública habia sido consumida i el último paraguayo habia muerto quemando el último cartucho. El ejército aliado ocupaba un cementerio.

Era ya tiempo de tratar i salvar los últimos restos de un pais infortunado. La diplomacia entró a recojer el botin de las batallas.

El 2 de junio de 1869 los plenipotenciarios de la alianza acordaron, en la Asuncion acceder a la solicitud de una comision de ciudadanos paraguayos, para que se les permitiese proceder a la eleccion de un gobierno provisorio.

El representante del Brasil, Paranhos, actual baron de Rio Blanco i jefe del gabinete de San Cristóbal, propuso a sus colegas se tratara la paz con este gobierno. Los representantes arjentino i oriental, Varela i Rodriguez, no aceptaron esta opinion, fundados en que un gobierno provisorio no tenia facultades para tratar una paz definitiva i en que para eso era necesario esperar la organizacion completa de los poderes públicos del Paraguay. La desintelijencia entre los plenipotenciarios no pasó mas adelante.

El 20 de junio del año siguiente se firmó entre los belijerantes un tratado preliminar de paz. En él aceptaba el Paraguay *en el fondo* el tratado de alianza de 1.° de mayo, reservándose discutir posteriormente algunos puntos de este pacto, que no se determinaron espresamente.

Las negociaciones quedaron paralizadas hasta las conferencias de Buenos Aires, que tuvieron lugar a fines de ese año i principios del siguiente. En ellas se discutió, entre los representantes de los poderes

aliados, las bases de un tratado definitivo de paz, que debia ser presentado a la aceptacion del Paraguay. Surjieron aquí las primeras dificultades en la interpretacion i alcance que daban al tratado de alianza los mismos signatarios.

Versó la primera sobre la validez de un protocolo anexo al pacto principal. Estatuia ese protocolo la demolicion de Humaitá, el desarme del Paraguay i la prohibicion, que debia imponérsele, de levantar nuevas fortalezas en su territorio.

Ese convenio no habia sido sometido a la aprobacion del Congreso arjentino i no era, por consiguiente, lei de la república. Aun en el Senado de esa nacion se habia hablado mui desfavorablemente sobre las estipulaciones estipulaciones que contenia, que menoscababan tan notablemente la soberanía de un pueblo aunque vencido, independiente.

Esto obligó al representante de la República Arjentina a no aceptar la proposicion que hizo el ministro del Brasil, para que se incluyese en el tratado definitivo de paz un artículo que hiciese efectivo lo estipulado en él.

Nació la segunda dificultad del alcance i significado del artículo, que determina los límites del Brasil i República Arjentina con el Paraguay. Sostuvo el representante de la Confederacion que el tratado de alianza habia resuelto la cuestion de límites, debiendo el Paraguay reconocer los fijados en él, sin perjuicio de devolverle aquellos territorios a que probase tener mejor derecho. Opinion fué esta, de que desistieron los otros negociadores. Para evitar que estas diverjencias produjesen una division en la alianza, se convino en dejar sin resolucion dichas cuestiones hasta tratar directamente con el Paraguay, con la esperanza que, entónces, se presentara algun medio conciliatorio para salvarlas.

Determinadas ya las bases del tratado definitivo de paz con escepcion de los puntos enunciados, solo faltaba para su celebracion proponerlo a la aceptacion del gobierno paraguayo. Con este objeto nombráronse por las naciones belijerantes, con el carácter de ministros plenipotenciarios, al doctor don Manuel Quintana por la República Arjentina, a don Juan Mauricio Wenderley baron de Cotegipe por el Brasil i a don Adolfo Rodriguez por el Uruguay, quienes se trasladaron a la Asuncion para llenar su cometido.

El ministro brasilero invitó, ahí, a sus colegas prra revisar el proyecto de tratado acordado en Buenos Aires. El ministro oriental adhirió a esa invitacion i el arjentino se hizo un deber el aceptarla, en la intelijencia, segun espresó, que esa revision no tendria mas objeto que

salvar cualquiera duda, incorreccion u omision de que dicho proyecto pudiera adolecer.

En las primeras conferencias renació la cuestion sobre fortificaciones i desarme del Paraguay. El baron de Cotegipe apoyado por el plenipotenciario oriental propuso, para incluir en el proyecto de tratado, una cláusula que impusiese al Paraguay la obligacion de «no levantar en su litoral e islas, fortificaciones o baterías que puedan impedir la libertad de la navegacion comun.»

Como era consiguiente, el Dr. Quintana no la aceptó. Discutióse largamente el asunto i en el interes de conservar la mas cordial intelijencia entre los aliados, convínose al fin en «no presentar íntegro el proyecto de tratado, reservándose entretanto la discusion pendiente.»

Como se vé, siempre se recurria al temperamento adoptado en las conferencias de Buenos Aires, de postergar las resoluciones de cuestiones importantes. Esto era amontonar nubes para que se produjera mas tarde la borrasca.

Presentó tambien el negociador brasilero un artículo adicional para seguir ocupando militarmente el Paraguay, aun despues del tratado, con la fuerza i por el tiempo que se estipulara en una convencion especial.

Contraria era, precisamente, esta proposicion a una de las cláusulas del proyecto de tratado discutido en Buenos Aires, que determinaba la desocupacion del Paraguay por las fuerzas aliadas tres meses despues de canjeados los tratados o ántes si era posible. Vióse, pues, obligado el ministro del Brasil a retirar su proposicion; pero reservándose insistir sobre ella, si en adelante la reputaba necesaria.

El ministro arjentino, en vista de las diverjencias que incidentalmente habian surjido en la revision de los protocolos i de la próxima partida del ministro oriental, cuya autorizada palabra era conveniente oir en este delicado incidente, i con el objeto de fijar con precision i claridad la posicion de los aliados entre sí i de todos ellos para con el Paraguay en relacion a la cuestion de límites, estableció bajo la reserva de fundarlas, si fuesen impugnadas en el curso de la conferencia, las conclusiones siguientes:

1.° Que están vijentes en todo su vigor las cláusulas del tratado de alianza relativas a la integridad del Paraguay, a los límites de los aliados, i al casus fœderis para su reconocimiento i conservacion.

2.° Que las discusiones i estipulaciones posteriores solo han declarado al Paraguay el derecho de proponer modificaciones o de exhibir

títulos preferentes sobre el territorio comprendido dentro de dichos límites.

3.° Que la Nacion a quien afecten las posibles exijencias del Paraguay, es el juez esclusivo de su justicia i admisibilidad.

4.° Que los demas aliados carecen de títulos para mezclarse en las diferencias que pudieran pronunciarse a fin de apreciarlas i mucho ménos de resolverlas.

5.° Que, ni aun bajo el aspecto de la integridad del Paraguay, pueden los demas aliados injerirse en la cuestion, para exijir que el otro aliado le haga contra su voluntad reconocimientos o concesiones de una sola pulgada de los límites establecidos por el tratado de alianza.

6.° Que si alguno de los aliados no arriba a obtener que el Paraguay le reconozca los límites a que se reputa con derecho, los demas no pueden tratar sobre ninguno de los puntos que abraza el tratado de alianza.

7.° Que la supuesta negativa de parte del Paraguay restituye de derecho las cosas al estado que tenian antes de todo arreglo preliminar de paz.

8°. Que, una vez producida semejante situacion, los aliados deberian acordar los medios mas oportunos para hacerla cesar, sobre la base de la plena vijencia del tratado de alianza i de la mas perfecta solidaridad entre todos los aliados.

Terminó, en consecuencia, el señor plenipotenciario arjentino diciendo que, no tratándose en este momento de juzgar, sino de cumplir los compromisos pendientes, esperaba que sus distinguidos cólegas adheririan a las conclusiones enunciadas, *declarando que reconocian la solidaridad de todos los aliados, en materia de límites*, i reservándose acordar los medios de llenarla, en los términos del tratado de alianza, si, lo que no era de desear, cualquiera de los aliados limítrofes no pudiera celebrar a su respecto un ajuste amistoso con el actual Gobierno del Paraguay.

Fácilmente se nota que las cláusulas primera i sesta son las que contienen las proposiciones mas importantes; una de las cuales no es sino la renovacion de la dificultad ya surjida en las conferencias de Buenos Aires. Compendiándolas podemos plantearlas así: ¿Resolvió el tratado de alianza la cuestion de límites con el Paraguay? O en otros términos: ¿determinó, sin ulterior recurso, los límites que se asignaron en él el Brasil i la República Arjentina? ¿El no reconocimiento por parte del Paraguay, con respecto a cualquiera de los aliados, de los límites establecidos en el tratado de 1.° de mayo, importa

un casus-fœderis? ¿Pueden los aliados tratar separadamente la paz o celebrar otros convenios internacionales con el Paraguay?

Estos son los puntos, base de la cuestion brasilero-arjentina, el último de los cuales resume los otros dos, puede decirse.

Como hemos visto, la República Arjentina, representada por el doctor Quintana, sostiene la afirmativa en las proposiciones sentadas. El Brasil i el Uruguay, manifestaron, por medio de sus respectivos ministros, que ni el tratado de alianza habia resuelto las cuestiones de límites, ni éstas constituian un casus-fœderis para los aliados. Sobre la última no emitió opinion alguna el representante uruguayo. ¿Quiénes estaban en la verdad? Vamos a esponer, para averiguarlo, los fundamentos de ambas opiniones, sin tratar por nuestra parte de hacer otras observaciones que aquellas mui conducentes a la cuestion.

El artículo 16 del tratado de alianza, dice: «Para evitar las discusiones i guerras que traen consigo las cuestiones de límites, queda establecido que los aliados *exijirán* del gobierno del Paraguay la celebracion, con los respectivos gobiernos, de tratados definitivos de límites, sobre las bases siguientes...» Determina, en seguida, con toda precision, cuáles serán las líneas divisorias del Brasil i la República Arjentina con el Paraguay.

La letra de este artículo no puede ser mas clara. Estatuye de una manera imperativa la obligacion que se impondrá al Paraguay, de celebrar tratados de límites determinándose de antemano las líneas que dividirán a los respectivos paises. No puede abrigarse duda de que el tratado de alianza resolvió una vez por todas las antiguas cuestiones de límites del Brasil i la República Arjentina con el Paraguay.

De otro modo no tendrian sentido alguno las cláusulas que marcan los términos divisorios. Si los límites habian de ser objeto de una discusion posterior ¿a qué establecer que la República Arjentina terminará en la Bahía Negra, por ejemplo? ¿Para qué decir que el territorio del Brasil alcanzará hasta el Igurei?

Tampoco se comprenderian, si ésta no fuera la mente de lo estipulado, las palabras *para evitar las discusiones i guerras*, etc. Si los derechos de los arjentinos i brasileros a los territorios disputados quedaban tan discutibles como ántes de la victoria, si el Paraguay podia siempre rehusarlos, no se evitaba, por cierto, las guerras i discusiones que orijinan las cuestiones de límites.

No ha sido otra la interpretacion que se ha dado siempre, tanto en el Brasil como en las repúblicas del Plata, a esta cláusula del tratado de alianza.

El señor Paranhos, tan conocedor de las cuestiones relativas al Pa-

raguay, contestando, en 6 de setiembre de 1870, a una interpelacion en el senado del Imperio, decía: «Segun la doctrina sostenida aquí por los nobles senadores, el vencido puede tratar despues como ántes de la guerra; puede aprobar o rechazar libremente. No es esto lo que dispone el tratado de 1.° de mayo i yo procuraré demostrarlo.» Entrando al fondo de la cuestion, agregaba mas adelante: «El artículo 16 del tratado prescribe que los aliados exijirán los ajustes de límites sobre aquellas bases; los aliados declararon así su derecho i se comprometieron a sostenerlo.»

Los plenipotenciarios del Brasil i del Uruguay al rechazar las conclusiones del ministro arjentino no lo hicieron, por esto, apoyándose en la letra del tratado de alianza, sino en su espíritu claramente manifestado, segun dijeron, en estipulaciones posteriores, que habian modificado las obligaciones relativas a la cuestion de límites.

En todas las negociaciones diplomáticas, sin embargo, que han tenido lugar despues de estar en vijencia el pacto de alianza, ya entre sus signatarios, ya entre éstos i el Paraguay, nunca se dió otra intelijencia a la cláusula que analizamos. Cuando mas, los negociadores o el gobierno arjentinos han prometido ser benévolos en materia de límites. Han manifestado que éstos no serian trazados por el derecho de la fuerza, sino por la fuerza del derecho. Entregaremos al Paraguay, dijeron, aquellos territorios comprendidos dentro de las líneas designadas, siempre que nos presente títulos que venzan a los nuestros.

Conforme con estas ideas se redactaron las cláusulas del tratado preliminar de paz, en que aceptó el Paraguay *en el fondo* el de 1.° de mayo, sin perjuicio de las modificaciones que en interes de su pais pudiera proponer.

Esa estipulacion es la que, segun los ministros del Brasil i el Uruguay, modifica el alcance del artículo 16 del tratado de alianza. Si el gobierno arjentino, esponen, prometió no resolver la cuestion de límites con la espada del vencedor sino en virtud del derecho, la resolucion no puede ser sino consecuencia de la discusion i no de lo estipulado por la alianza. Si se hizo esas promesas al vencido, agregan, si se les dió el derecho de proponer modificaciones, no tiene ya la misma fuerza que ántes el artículo sobre límites.

No da ese significado el gobierno arjentino a las palabras de sus diplomáticos ni a la reserva que hace el Paraguay, de proponer modificaciones al tratado de 1.° de mayo. Para él esas espresiones no pueden desnaturalizar lo estipulado, con anterioridad, por los aliados. No pasan de ser indicaciones meramente secundarias e incidentales, que

no hacen directamemte al fondo de la cuestion debatida i cuya importancia no puede tener la trascendencia que se les atribuye para todo aquel que medite tranquila e imparcialmente sobre el contenido de los documentos de que hacen parte.

Léjos de entrañar una relajacion grande ni pequeña del tratado de alianza, en cuanto a los límites de los aliados con el Paraguay, o sobre cualquiera de los puntos que él abraza, todo lo que puede deducirse de su contenido es que ninguno de los aliados quiso desprenderse de la facultad de ser jeneroso con el Paraguay en lo que prímitivamente le perteneciera, sin perjuicio del estricto cumplimiento del tratado de alianza, en todo aquello que reputase necesario o que le fuese reclamado por los demas.

I esta es la verdad. Que los plenipotenciarios aliados así lo comprendieron, se deja ver todavía por las condiciones impuestas por ellos al gobierno provisorio del Paraguay, condiciones que fueron antecedentes necesarios del arreglo preliminar de paz. La tercera de ellas dice así:

«Ligados estos gobiernos por un tratado, que es hoi del dominio público, en el cual se consignan los propósitos i fines de la guerra a que las tres potencias que lo firman fueron arrastradas por el dictador Lopez; el gobierno provisorio que ahora se establezca en el Paraguay, sin dejar de tener plena libertad en el ejercicio de su soberanía nacional, por lo que respecta a la guerra se obligará a proceder de entero acuerdo con los aliados, hasta la terminacion de la misma guerra *con arreglo a las prescripciones del referido tratado.*»

A consecuencia de la ocupacion del Chaco por fuerzas arjentinas el 21 de noviembre de 1869, se cambiaron entre el jeneral Emilio Mitre, que las mandaba, i el ministro brasilero en el Paraguay, algunas comunicaciones. En ellas el jeneral Mitre declara que «este acto en nada compromete las medidas que pueda tomar su gobierno para lo futuro, mucho ménos las que se adoptaren en los ajustes definitivos de paz i límites que habian de hacerse oportunamente.»

El gobierno del Paraguay protestó contra esa ocupacion, i con este motivo el ministro de relaciones esteriores de la República Arjentina, en nota de 27 de diciembre de ese año, dirijida al señor Paranhos i al gobierno provisorio del Paraguay, se espresaba en los siguientes términos:

«El gobierno arjentino, que tiene indisputables derechos al Chaco, aprobó el procedimiento del jefe del ejército, sin que esta aprobacion importe una negativa de tratar oportunamente la cuestion de derecho con el gobierno definitivo del Paraguay. Reivindicado ese territo-

rio por la victoria de las armas aliadas, su ocupacion fué un hecho material i lójico i retroceder hoi seria poner en duda nuestros lejítimos derechos. El gobierno arjentino sostiene que la victoria no da a las naciones aliadas derecho para declarar por sí, límites suyos aquellos que el tratado señala.»

Estas notas del jeneral Mitre i del ministro de relaciones esteriores de la República Arjentina son, segun los plenipotenciarios brasilero i oriental, otras tantas pruebas que corroboran sus opiniones. En ellas, dicen, se reconoce que el tratado de la triple alianza no resolvió las cuestiones de límites; pues se sostiene que la victoria no da derecho a las naciones aliadas para declarar por sí, límites suyos los que aquel señala. El doctor Quintana en el estenso memorandum que presentó a sus colegas en la Asuncion, manifiesta que las declaraciones del jeneral Mitre i del ministro de relaciones esteriores están mui léjos de tener el significado que les dan sus contradictores.

El jeneral Mitre, dice, se limita a asegurar que la ocupacion no resuelve de hecho la cuestion de límites; no envuelven sus palabras, por consiguiente, renuncia directa ni indirecta de los derechos territoriales de la República Arjentina. Por el contrario, todas las comunicaciones de dicho jeneral al gobierno provisorio del Paraguay o a los representantes del Brasil espresan que considera al Chaco de propiedad arjentina, i que por eso lo ocupa con ánimo de no desalojarlo sin prévia órden de su gobierno.

El ministro de relaciones esteriores de la Confederacion, que aprobaba plenamente la conducta del jefe de las fuerzas arjentinas en esta emerjencia, mal podia, sin incurrir en una contradiccion imposible por absurda, desautorizar los fundamentos indestructibles en que ella se apoya, ni declinar de los derechos que de ello se derivaban.

Si entendia que el tratado de alianza no habia resuelto nada, si creia que las cosas estaban en la misma situacion anterior a la guerra ¿cómo aprobaba la ocupacion de un territorio de que habia estado en posesion el Paraguay?

El señor Paranhos, que intervino en este asunto, tambien comprendió así las declaraciones arjentinas. El gobierno imperial, entendiendo como entiende, decia ante las cámaras brasileras, que el tratado de alianza reconoció como territorio de la Repúbliea Arjentina la márjen derecho del rio Paraguay hasta Bahía Negra, no podia oponerse a la ocupacion del Chaco.»

Ciertos acuerdos de las conferencias de Buenos Aires, que tam-

bien citaron en apoyo de su opinion los negociadores del Brasil i el Uruguay, ninguna luz traen a la cuestion. Como ya hemos espuesto, aunque ahí tuvo su oríjen la dificultad sobre límites, nada se resolvió de una manera concluyente sobre ella que pueda significar una modificacion de lo estipulado en el tratado de alianza.

Interpretar el pacto de 1.° de mayo, se ha dicho, como lo hace el gobierno arjentino es volver a la edad de la fuerza, reconocer el derecho de conquista con todas sus consecuencias, lo que no solo es contrario al derecho moderno, sino al mismo tratado que en su artículo octavo garantiza la soberanía e independencia del Paraguay.

Si sobre los territorios en disputa no tuvieran derecho alguno los aliados, apoderarse de ellos por la victoria seria indudablemente un acto de conquista. Pero el Brasil i la República Arjentina hacen valer títulos a su dominio, que han contestado al Paraguay desde mucho ántes de la guerra. No trazan sus líneas divisorias como vencedores, sino que, fundados en su derecho toman posesion de lo que creen les pertence, prometiendo devolverlos si el Paraguay les presenta títulos superiores a los suyos. No hai, por esto, conquista sino uso lejítimo de un derecho, cuyo ejercicio ha sido facilitado por la fuerza de las armas.

Léjos, pues, de haberse modificado por actos posteriores las estipulaciones del pacto de alianza han sido, por el contrario, afirmadas por los aliados i reconocidas por el Paraguay. En ese pacto nada hai mas claro, mas terminantemente resuelto, que la cuestion de límites. Desconocerlo es esterilizar, segun las palabras de un diplomático, cinco años de glorias i sacrificios.

No puede dejar de confesarse que la interpretacion arjentina del tratado de alianza, en lo que se refiere a límites, es odiosa. El Brasil, al defender la tésis contraria, se ha colocado en un terreno simpático para todo corazon jeneroso. Amparar los derechos del débil, protejer los intereses del vencido, defender al enemigo de ayer, es hacerse acreedor al aura popular. Pero esto no significa que la justicia i la verdad, estén del lado de quien observa tan noble proceder. Muchas veces esa dama augusta de los ojos vendados anda reñida con los aplausos del mundo.

ENRIQUE MAC-IVER.

(Continuará.)

EL DOLOR

LECTURAS HECHAS EN EL SALON FIFARMÓNICO

POR

ADOLFO VALDERRAMA

MIEMBRO DEL CÍRCULO DE AMIGOS DE LAS LETRAS

DOS PALABRAS ÁNTES DE EMPEZAR

Señores:—Voi a leeros un trabajo sobre el dolor; el asunto no es nuevo; no tengo la pretension de venir a deciros nada de sorprendente. Encargado por el *Círculo de amigos de las letras* de hacer hoi una lectura, he elejido una materia que siendo del dominio de la medicina no debe ser estraña a ningun hombre instruido. Asunto tratado por muchos autores, mi pobre pluma los ha puesto a contribucion mas de una vez para evitaros el trabajo de consultarlos. Mi tarea no puede ser, pues, mas humilde.

La segunda parte de este trabajo se resiente talvez de la falta de estension necesaria; pero para circunscribirme al estudio de mi pais i para no abusar de vuestra benevolencia he tenido que reducirla a los límites de una corta lectura. Creo que me lo perdonareis en gracia de mis buenas intenciones.

Señores i Señoras:

He leido en un libro, cuyo título no recuerdo, que el célebre Le-Cat anunció un dia al mundo científico que una mujer habia dado a luz un niño con un diente de oro. La noticia se esparció con gran rapidez i los sabios refirieron el hecho i hasta avanzaron algunas esplicaciones de aquel fenómeno singular. Los hombres de letras esplo-

taron el hecho, que dió lugar a injeniosos e interesantes artículos i durante algun tiempo la observacion de Le-Cat fué el tema de todas las conversaciones.

En medio de esta ajitacion de los espíritus un hombre recto, de intelijencia clara i despejada, se propone estudiar sériamente el fenómeno i como medida prévia se traslada a la casa de la mujer que habia dado a luz un niño tan singular; llega a ella; se hace presentar al niño; observa sus encías i se vuelve tranquilo a su casa i satisfecho plenamente de su investigacion. Aquello no tenia nada de milagroso... el diente no era de oro.

Yo puedo deciros, señores, al hablaros del dolor, que no voi a discurrir de oidas, que no vengo a repetiros lo que todo el dia se está repitiendo, no siempre con pleno conocimiento de causa; yo he principiado por el principio; yo he visto al hombre presa de horrorosos dolores físicos, yo he visto el llanto que vierte la madre al lado de una cuna vacía, yo he recojido algo de esas últimas angustias que son el desenlace de la existencia; en fin, yo he visto la boca del niño de Le-Cat, yo puedo deciros si el diente es o no de oro.

Léjos de mí la idea de presentarme como uno de los que hayan comprendido mejor el dolor; el dolor ha sido bien estudiado por muchos autores; patrimonio misterioso de la humanidad, puede ser estudiado por todo el mundo i no hai un solo hombre que no lo haya sentido; pero yo pretendo estudiarlo en sus diversas manifestaciones, en el individuo como en la sociedad, en el arte como en las costumbres, en la frente del Laocoon como en la fisonomía sublimemente dolorosa del mártir del Gólgota.

El dolor puede dividirse con relacion a sus dominios en *dolor individual* i *dolor social;* con relacion a su carácter en *dolor físico* i *moral.* Voi a principiar por el dolor considerado en el individuo.

I

EL DOLOR EN EL INDIVIDUO

El individuo puede ser atacado por el dolor físico como por el dolor moral i en ambos casos es posible observar manifestaciones peculiares. El dolor físico nos ocupará desde luego i despues de haberlo estudiado detenidamente, por una especie de angustiosa ascension llegaremos al dolor moral, infierno del espíritu, encarnacion terebrante del sufrimiento del ser.

I desde luego ¿cuál es la causa del dolor? ¿Cuál es la causa de este

fenómeno singular que la credulidad llama espiacion, que el miedo llama ira del cielo i que los pensadores llaman lei? El dolor tiene causas mediatas e inmediatas; las mediatas son conocidas de todo el mundo. Las contusiones, las heridas, las fracturas, en fin todas las enfermedades pueden producirlo. Si algunas no producen lo que vulgarmente se llama dolor, no por eso dejan de poner al individuo en esa situacion desagradable e inquieta que es una de sus formas mas orijinales. Obsérvese un hombre que tiene una estrechez de los orificios del corazon: ese hombre puede mui bien no sufrir el dolor en su forma mas ordinaria, pero su fisonomía anuncia un malestar que lo inquieta, su respiracion es laboriosa, su palabra anhelosa i entrecortada; ese hombre no solo sufre sino que su sufrimiento es *simpático:* sufrimos al verle respirar, la compasion nos enferma i por una especie de identificacion estraña, nuestra propia respiracion se perturba tambien, como si tratáramos de ponernos en su misma situacion para hacerle comprender que sabemos estimar su dolor. Así el dolor es el compañero inseparable de todas las perturbaciones orgánicas.

Pero estas causas son conocidas de todo el mundo. En cuanto a la causa inmediata del dolor, el problema es mas difícil; ya no se trata de señalar un punto de partida lejano, se trata de asistir al nacimiento del dolor mismo. Abreviemos el camino en cuanto sea posible i sentemos ciertos principios incuestionables.

1.° El sistema nervioso es el único sistema orgánico esencialmente sensible.

2.° Los nervios conducen la impresion hasta el *sensorium comune.*

3.° El cerebro percibe las sensaciones.

4.° Hai nervios sensibles i motores.

5.° Hai nervios que tienen una sensibilidad especial i otros que sirven para la sensibilidad jeneral.

Pongamos un ejemplo para poder apreciar el fenómeno con mas claridad.

Un individuo se hace una herida en el pié i de una manera simultánea siente el dolor que corresponde a una lesion semejante; la herida ha producido una impresion que los cordones nerviosos han trasmitido al cerebro; de aquí la conciencia del dolor. Si ántes de hacer la herida se ligan *todos* los nervios sensibles, si se aisla la parte que se ha de herir, del *sensorium comune*, la sensacion no tiene lugar, las mas graves lesiones no producirán el dolor.

Conclusion: El dolor reclama para ser:

1.° Una lesion del sistema nervioso

2.° Continuidad del cordon herido con el sistema nervioso central.

3.° Integridad del cerebro para percibir.

El dolor cambia de carácter con el órgano afectado: el dolor de una herida del cútis no es el mismo que el de una herida de los músculos.

Pero esos órganos no son sensibles por sí mismos, necesitan de los nervios o por lo ménos necesitan ser hechos sensibles por la propagacion de las ramificaciones nerviosas en el seno de su tejido propio.

Resultado:

La causa inmediata del dolor es una modificacion del sistema nervioso.

He dicho que hai nervios de una sensibilidad especial como los nervios de los sentidos i nervios de la sensibilidad jeneral como el resto de los nervios sensibles. El dolor no se manifiesta del mismo modo en estas dos clases de nervios. Esto nos hace entrar desde luego en el estudio de los caractéres del dolor.

II

El dolor reviste formas mui variadas. En los sentidos el dolor puede resultar de la violencia de la impresion sensorial. La accion del sol sobre los ojos, el estampido del cañon en los oidos, el amoniaco o la ruda en las narices, el herizo en la mano, producen otras tantas formas del dolor sensorial, dolor que no se parece al dolor percibido por los nervios de la sensibilidad jeneral, dolor sui generis, angustiosa hipérbole de la impresion recibida regularmente por los sentidos. Esta vibracion exaltadora de los nervios sensoriales que es a la accion regular de los sentidos esternos lo que el trueno es a la voz humana, tiene un modo de ser que le es peculiar. Pero fuera de esta especie particular i típica de sufrimiento, los sentidos pueden sufrir a la manera de los otros órganos porque los sentidos poseen tambien nervios de la sensibilidad jeneral.

En la misma esfera de la sensibilidad jeneral el dolor tiene caractéres que le son peculiares, segun la lesion que le dá oríjen. Así el dolor es *fijo* como en las heridas, *errático* como en ciertos reumatismos; *intermitente*, como en ciertas neuraljías.

En cuanto a la sensacion particular que produce, es *tensivo*, *gravativo*, *pulsativo*, *punzante*, como en los diversos períodos de ciertas inflamaciones; *prurijinoso*, *quemante*, como en ciertas afecciones del cútis; *frio*, como en las fiebres intermitentes. Añádanse a estos calificativos todos los que han inventado los enfermos, que no son pocos, i el dolor será: *dislacerante*, *divulsivo*, *terebrante*, *etc.*, *etc.* Terminan en fin esta larga enumeracion el dolor que se ha llamado *imajinario*,

propio de la *hipocondría* i de la locura, i ese otro dolor sui generis, dolor profundo i misterioso con que la mujer anuncia al mundo una nueva existencia.

Estas diversas clases de dolor tienen una grande importancia en medicina i ayudan singularmente a reconocer la naturaleza de la enfermedad i aun el tejido que es el sitio de la afeccion. ¿Cuál es la causa de estas diversas formas del dolor? ¿Será talvez la diversa naturaleza de los tejidos en que se manifiesta? ¿Será necesario buscar el orí-jen de estas diferencias en la diversidad de las causas que lo motivan? ¿Está quizá el secreto en la diversa manera de propagarse que tiene el sistema nervioso en los varios tejidos de la economía? Este es todavía un problema irresuelto; pero es probable que todas estas causas influyen en las diversas modificaciones de la sensibilidad.

III

El dolor físico, señores, tiene sus medios de espresion, el organismo: conmovido profundamente, lanza al mundo esterno su tempestad interior en forma de llanto, de grito, de contracciones violentas: enérjicas manifestaciones orgánicas que el espíritu es casi siempre impotente para reprimir; crísis estrepitosas i violentas tanto mas terribles cuanto que ellas no son parte para modificar el estado de la sensibilidad, pero tanto mas necesarias cuanto que ellas son una impulsion irresistible de nuestro ser, cuanto que ahogarla seria romper la armonía de nuestra interna actividad. La vanidad ha comprado muchas veces con la vida esa presuntuosa mentira que se llama el triunfo del espíritu sobre el dolor, cuando no se conocia todavía esta jigante verdad: el dolor es un esclavo de la ciencia.

De todas las manifestaciones del dolor el grito es su espresion mas viva; esta violenta espiracion, al parecer reprimida en parte por los músculos de la larinje, produce una esplosion de la voz cuyas modulaciones cambian con las personas, con la intensidad del sufrimiento i hasta con la organizacion anatómica de la garganta (larinje). En ocasiones el grito puede ser tambien la espresion de la alegria; pero ¡qué diferencia entre el grito del placer i el grito del dolor! El primero es una vibracion clara, espansiva que va acompañada con súbita pero simpática sonrisa, compañera inseparable de la alegría; el grito del dolor, al contrario, es un grito concentrado, trémulo a veces, es un ai! que parece arrancado de la misma raiz de las entrañas, que va acompañado con el espanto pintado en la fisonomía i que termina con un hondo i prolongado jemido. Esta espresion del sufrimiento

es algunas veces inconsciente, se escapa a nuestro pesar como impulsion irresistible de nuestro ser, como la espresion vivísima de nuestro dolor, como una aspiracion violenta a un estado ménos angustioso. En vano los estóicos, si los hai, llaman las manifestaciones del dolor espresiones indignas de la raza humana. Los discípulos de Zenon que así se espresan, no han sentido la hoja de un bisturí en el interior de sus tejidos, no han recibido defendiendo a su patria la gloriosa pero terrible cuchillada que marca el pecho de los héroes.

No vengo a hacer aquí la apolojía del grito, pero restablezco los hechos en su verdadera significacion; i como hombre, como filósofo, reconozco que el dolor es una lei, que el que sufre tiene el derecho de quejarse i que todas las escuelas filosóficas reunidas no podrán hacer jamas que el grito sea otra cosa que la espresion de un sufrimiento cuya intensidad solo puede apreciar el que lo soporta. Lo que lejítimamente puede pedirse a la naturaleza humana es que reconozca estas verdades, que sepa que el dolor es una lei de la existencia i que, al manifestar su sufrimiento, conserve su razon, se queje con dignidad i no se entregue inútilmente a una desesperacion que nada remedia i que deprime su carácter de ser intelijente. El orgullo ha querido en vano luchar contra el dolor. Luis XIV, a quien se practicaba una operacion de cirujía, juzgó que era indigno de un gran rei quejarse como el comun de los mortales i se propuso permanecer tranquilo durante toda la operacion. ¡Inútil propósito! Aquel gran rei, que ha dado su nombre a una época, se quejaba i sufria como el último de los enfermos de un hospital.

Despues del grito viene el llanto como espresion del dolor. ¿Qué influencia tiene el dolor sobre la glándula lacrimal? ¿Por qué el dolor nos hace derramar lágrimas? ¿Por qué esas lágrimas parecen calmar nuestro sufrimiento? Esas perlas que caen de los ojos de una mujer, especie de cristalizaciones misteriosas del dolor ¿son de veras el patrimonio esclusivo del sufrimiento?... No, señores, la alegría hace tambien derramar lágrimas, lloramos tambien de placer i el problema, ya de suyo difícil, se hace mas insoluble, si cabe, con esta particularidad. Son muchos los estados físicos i morales que tienen como espresion el llanto. ¿Cuál es la influencia que esos estados tienen sobre la glándula lacrimal?...

Este es otro problema todavía insoluble. En el estado actual de la ciencia no es posible dar una esplicacion satisfactoria de estas misteriosas relaciones. Cristalizacion del sentimiento, crísis del dolor, concentraciones misteriosas del alma, todas estas bellas palabras son donosas simbolizaciones del hecho, graciosas metáforas que están bien

en la pluma de un poeta, pero que no satisfacen la conciencia del pensador. Son si se quiere una aspiracion a la verdad, pero que no pueden calmar la inquietud investigadora del filósofo ni llenar las positivas aspiraciones del fisiolojista.

El llanto es propio de las organizaciones que tienen un sistema nervioso excesivamente delicado. Mas propio de la primera edad que de las últimas épocas de la vida, se le puede observar con frecuencia en los niños i las mujeres. El dolor tiene en el hombre ya completamente desarrollado, otras manifestaciones entre las que se deben mencionar las *contracturas*.

El grito i el llanto pueden ser ahogados en ocasiones o porque el individuo encuentra en su carácter, en la especial disposicion de su espíritu, un escudo contra estas manifestaciones del dolor, o, lo que es mas raro, porque la vanidad i el amor propio trasforman estas manifestaciones en otros medios de espresion ménos estrepitosos pero no ménos significativos. Perey dice que practicando operaciones de cirujía observaba que en esos espíritus estraños que parecian no saber gritar, «el pecho i la cara se inflaban, el pelo se les erizaba, la »boca estaba cerrada i en contorsion, todos los músculos contraidos, »la cara pálida, el ojo fijo i saliente, la mirada tenia algo de feroz, i »un ruido sordo i estertoroso se hacia sentir en el fondo de la gar»ganta.»

Al contrario, aquellos en quienes el amor propio o la vanidad luchaban con el dolor, «presentaban un rostro bultuoso i colorado, el »vientre se aplanaba, la boca estaba abierta, como para dar paso a »gritos que espiraban en su cavidad, los ojos enrojecidos e inyecta»dos raras veces estaban lagrimosos, todo el cuerpo mostraba las se»ñales del esfuerzo terrible que hacia el paciente para vencer el do»lor.»

En esos momentos terribles en que el dolor llega a su espresion mas alta, si el grito no viene en apoyo del organismo, todos los músculos se contraen; i flexiones i estensiones alternativas de los miembros les dan en cualquiera de estos estados el aspecto de la rijidez cadavérica. Si el individuo es musculoso i bien conformado, el rostro presenta un aspecto rugoso i mamelonado en que cada músculo parece una serpiente que se enrosca sobre sí misma para formar nudos duros que se ven temblar convulsivamente; las manos se apretan i las uñas se clavan en la rejion palmar miéntras los brazos se tuercen en mil direcciones estrañas; el ojo vivo i sangriento se fija espantado en un solo objeto, o rueda vago e incierto en las órbitas; el rostro palidece; un sudor frio empapa la frente del desgraciado, i cae en el

desmayo para volver a la misma escena de angustia o para dormir el sueño de la muerte. Hé ahí, señores, el cuadro que presenta el dolor cuando no tiene mas manifestaciones apreciables que las contracturas,—silenciosa pero espantable espresion del sufrimiento.

Hemos terminado con las manifestaciones del dolor físico i entramos en el estudio del dolor en los diversos períodos de la vida i en los diferentes climas.

IV

Hemos dicho ya que el llanto es propio de las personas que tienen un sistema nervioso excesivamente sensible i hemos citado a los niños i a las mujeres. Habeis ya adivinado sin duda que eso sucede porque el dolor está en razon directa de la sensibilidad. I en efecto, en los primeros años de la vida el dolor se manifiesta con mas intensidad que en el resto de la existencia. Miéntras mas nos acercamos al término de la vida, la sensibilidad va haciéndose cada vez mas obtusa: así, en igualdad de circunstancias, el niño sufre mas con una herida que el viejo cuya sensibilidad se ha ido perdiendo poco a poco. ¿Por qué esta diferencia? El hombre, señores, conforme se va desarrollando, va adquiriendo mas dureza en sus tejidos. El roce, la contínua influencia de los ajentes esteriores lo fortifican contra la accion de esos ajentes, endureciendo su cútis a espensas de su sensibilidad; la sangre que empapa la cútis del niño penetra con dificultad en la trama apretada i sólida del cutis del adulto; la película transparente i delicada que cubre la piel del niño i que se llama epidérmis, es en el hombre completamente desarrollado una gruesa capa inorgánica que le sirve de coraza, defendiéndole de los ajentes esteriores. I en cuanto a los mismos ajentes de la sensibilidad, los nervios, ellos tambien, han sufrido una modificacion tanto mas profunda cuanto mas nos separamos de la cuna. Todos los tejidos del niño son mas blandos, mas flexibles, mas vivos, si así se puede decir. El hombre en la marcha de su desarrollo parece que tiende a dar a su organizacion una consistencia que asegure su existencia definitiva. Se diria que los órganos tienen miedo a la muerte i tienden a petrificarse, haciéndose cada vez mas inorgánicos. En la vejez esta tendencia a la petrificacion es de una evidencia incontestable. Los nervios se endurecen i parecen contener mayor cantidad de sustancias calcáreas, los cartílagos se van trasformando poco a poco en huesos, el pulmon se cubre de producciones carbonosas, las válvulas del corazon i las mismas arterias presentan diversos puntos cubiertos de producciones cálcicas, cáess

el pelo i queda descubierto el ovalado cráneo o vuélvese de nieve la larga cabellera con el frio glacial de los dilatados años que sobre ella pasaron. En este estado de desgaste i de desórden consiguiente, el encorvado anciano se parece al tímido combatiente que finje estar muerto en el campo de batalla para escapar así al furor de sus triunfantes enemigos. Hé ahí, señores, la causa de esa progresion decreciente de la sensibilidad desde la niñez a la decrepitud, desde la cuna al sepulcro.

Pero no me habria hecho comprender enteramente si quedara en vuestro espíritu la idea de que la primera edad de la vida es la edad del dolor; todo es proporcional en cada epoca de la existencia; si el dolor es mas vehemente, el placer es tambien mas intenso i si el hombre llega a la puerta del sepulcro con un sistema nervioso incapaz de sufrir con violencia el dolor, tambien ha ido dejando en su camino como flores agostadas del árbol de la vida todos los placeres que pueden hacer amar la existencia.

Fuera de la edad hai otras causas que pueden modificar la intensidad del dolor. Los climas tienen una influencia mui dudosa en las modificaciones de la sensibilidad; sin embargo, puede decirse de una manera jeneral que los pueblos del norte no tienen una sensibilidad tan viva como los del mediodia. Preciso es confesar por otra parte que esta regla tiene numerosísimas escepciones.

Pero si la influencia de los clima es dura, no sucede lo mismo con los temperamentos. Es indudable que el temperamento nervioso, es decir, aquel en que predomina el aparato que es el centro de la sensibilidad, es el mas apto para sentir con violencia las sensaciones dolorosas. No es menos evidente la infiuencia de las profesiones i del hábito. El hombre acostumbrado a trabajos duros i penosos siente con ménos vehemencia que el hombre que lleva una vida muelle i ociosa, como si la naturaleza hubiera querido premiar la laboriosidad de la raza humana.

En cuanto al hábito, hemos tenido ocasion de ver hombres que soportaban con estraña tranquilidad el calor en los hornos de fundicion, calor que habria hecho sufrir grandemente al que no hubiera estado acostumbrado a este jénero de trabajo. Como comprobante de la influencia del hábito vamos a citar un hecho que hemos presenciado en una época en que no podíamos apreciarlo en toda su significacion pero que ha quedado estampado en nuestra memoria. Al otro lado del rio que besa la falda norte del pueblo de la Serena, hai todavía un establecimiento de fundicion ántes dirijido por uno de los estranjeros mas emprendedores que hayan pisado el suelo de la república: don

Cárlos Lambert. Al pié de los hornos habia pozos en que se enfriaban las barras de cobre despues de sacarlas de los moldes a un grado de temperatura enorme. Inútil parece decir que el agua de aquellos pozos estaba hirviendo a poco andar i saltaba en penachos en medio de una densa niebla de vapor, como si fuera un pequeño mar embravecido. En este estado estaban ya los pozos, cuando uno de los trabajadores que arrastraba algunas barras casi ardiendo vacila, resbala al borde del pozo mismo i cae envuelto en la nube de vapor, desapareciendo a nuestra vista. Aquel hombre estaba casi desnudo. Un grito de espanto salido de nuestra garganta anunció el hecho a los trabajadores que se precipitaron a socorrer a su compañero. Yo me habia cubierto el rostro con las manos. Metido así en un pozo de agua hirviendo, cualquiera se habria sentido desfallecer por el dolor i el desmayo. Accidente tan natural en situacion semejante habria sido la muerte; pero cuál no fué nuestra sorpresa cuando vimos al valeroso trabajador estender las manos, agarrarse a los objetos que se le presentaban i saltar sobre el pavimento gritando con voz de trueno: *¡Agua, que me estoi quemando vivo!*

Un hombre que no hubiera estado acostumbrado como aquel a sufrir la influencia de elevadas temperaturas en todo su cuerpo, que no hubiera tenido el cútis calcinado por la atmósfera de fuego de aquella industria *infernal*, habria sido un hombre perdido sin remedio; i sin embargo nuestro esforzado trabajador no desfallece, lucha, reune todas sus fuerzas, sale de aquel mar de fuego i recibe de pié, sin vacilar, los valdes de agua fria que sus compañeros hacen caer sobre su cabeza. Es pues indudable que el hábito tiene una grande influencia sobre la resistencia que el organismo puede oponer al dolor.

V

Llegamos al tratamiento del dolor, es decir al estudio de los medios que lo evitan o lo curan. Aquí no tratamos sino del dolor que constituye por sí mismo el elemento principal del estado mórbido; es claro que el mejor remedio contra el dolor es curar la enfermedad que le da oríjen; pero nosotros nos vamos a ocupar solamente del elemento dolor considerado en sí mismo i sin atender a las causas que lo producen.

El ópio, el beleño, (hyosciano) i en jeneral todos los narcóticos tienen una grande influencia sobre el dolor cualquiera que sea la causa que lo produce; pero entrabado el médico por las racionales exijencias de su propia ciencia, no siempre puede prestar una atencion

preferente al dolor mismo i sacrifica a veces la sensibilidad del enfermo a trueque de trabajar en la estirpacion radical de la enfermedad.

Pero donde el triunfo de la ciencia es completo, donde su poder tiene algo de maravilloso, es en el tratamiento que impide el dolor en las operaciones de cirujía. La ciencia ha sido aquí grande hasta el milagro. Permitidme, señores, que os haga una rápida reseña de sus progresos a que el hemisferio americano ha dado su mas jigantezco impulso.

Evitar el dolor en las operaciones, hé ahí una aspiracion universal, un grito de esperanza que viene resonando desde los primeros tiempos de la cirujía hasta la edad moderna: lejítima aspiracion de nuestra grandeza que tenia como garantía la intelijencia i el trabajo, i trabajo e intelijencia ha acumulado nuestra ciencia hasta producir el vértigo, hasta ofuscar la razon. La abnegacion, esa cualidad propia de nuestro arte, la abnegacion que hace que Hypócrates desprecie los tesoros que le ofrece un monarca estranjero para no abandonar a su patria diezmada por la peste, que hace que el intrépido Desgenette clave en su propio cuerpo una lanceta impregnada del veneno de la peste de Ejipto para levantar el espíritu de un ejército desesperado, la abnegacion debia tener su parte en los descubrimientos que la cirujía ha realizado i esa parte ha sido grande como la ciencia, noble como debe ser el corazon de los que la practican.

Esta aspiracion al aniquilamiento del dolor en las operaciones se pierde, señores, en la noche de los tiempos: las primeras tentativas de *anestesia* (así se llama esta parte de la cirujía) que hayan llegado hasta nosotros, nos vienen de los asirios; ellos hacian una fuerte compresion en el cuello para practicar la circuncision, disminuyendo así el dolor de aquella operacion singular.

Los griegos i romanos hacian uso de lo que Plinio llama *Piedra de Ménfis*, sustancia que disolvian en vinagre i aplicaban sobre la parte en que debia operarse. Es probable que aquella sustancia no fuera otra cosa que una piedra que contenia gran cantidad de carbonato de cal i que al ponerse al contacto con el vinagre desarrollaba ácido carbónico, poderoso anestésico usado en nuestros dias (Perrin).

La *mandrágora*, el Ma-yo, planta de la familia de las *urticcáeas*, empleada por los chinos, las bebidas soporíferas, se emplearon en la edad media i no parecian ser inútiles en las operaciones.

Las distracciones, las emociones vivas, la compresion i la refrijeracion de los tejidos, la embriaguez, el sueño natural, el magnetismo han sido empleados con éxito vario en nuestros dias en las operaciones de cirujía.

Pero era en América donde debia nacer la verdadera anestesia, era en Estados Unidos, en esa tierra de jigantes, en donde la humanidad debia reposar su cabeza abatida por el dolor.

M. Velpeau, uno de los mas sabios cirujanos del mundo, escribia en 1839: «Evitar el dolor en las operaciones es una quimera que no es permitido perseguir hoi dia: instrumento cortante i dolor en medicina operatoria son dos palabras que no pueden presentarse la una sin la otra a los enfermos i cuya asociacion es preciso admitir necesariamente.»

Dejemos por un instante la palabra a Mr. Jaquemet: él va a contarnos el descubrimiento de la verdadera anestesia o mejor dicho la historia de la primera operacion practicada en la insensibilidad.

«El 17 de octubre de 1846 una multitud desacostumbrada se agol paba a las puertas del hospital jeneral de Masachussets; médicos, estu diantes, curiosos de todas edades llenaban la sala de operaciones, i cuando a las diez el doctor Warren, asistido de su interno Mr. Heywood, quiso a su vez penetrar en el anfiteatro, no fué sino con gran trabajo como pudo abrirse paso hasta la mesa sobre la cual un enfermo acababa de ser depositado.—Todo estaba dispuesto para la ablacion de un enorme tumor.

.....«Entre tanto el tiempo pasa; el cirujano interroga su reloj; la multitud impaciente murmura; el enfermo mismo pide con instancia que no se le haga sufrir por mas tiempo el cruel suplicio de esperar. En fin la impaciencia de los asistentes se traduce por sarcasmos e injurias; se jugará sin duda una mala pasada a ese dentista de Hastford que habria hecho mejor quedándose en su aldea de Conecticut que venir a burlarse de la credulidad pública.

«Pero ¡héle ahí! i apénas aparece es llevado por la multitud al centro de la sala. Lleva en la mano uno de esos frascos con dos tubuladuras de que se sirven los químicos en sus laboratorios; vierte en él un líquido claro i transparente, i hace respirar al enfermo el vapor mezclado con aire que se escapa del aparato.

«Un silencio profundo reina en el auditorio; mil cabezas curiosas se inclinan hácia el lecho del dolor, e interrogan con ansiedad la fisonomía del paciente. Este se ha entregado a algunos accesos de alegría, bien sorprendentes despues de sus preocupaciones de hacia un instante; despues se ha dormido con un sueño profundo. Hé aquí el momento fatal: el cirujano introduce el bisturí en las carnes..... El enfermo permanece impasible i su semblante no espresa ni un instante el sentimiento del dolor. La operacion continúa. El instrumento hábilmente dirijido divide los tejidos enfermos i en el espacio de algu-

nos instantes el tumor desecado con destreza es totalmente estirpado; las ligaduras, la curacion suceden a la operacion; i cuando el enfermo arrancado de su profundo sueño es interrogado sobre lo que ha sufrido, rehusa dar crédito a la posibilidad de un hecho del que él habia sido el principal testigo.

«Una triple salva de aplausos consagra el éxito del nuevo taumaturgo i en los brazos de una juventud ardiente i entusiasta es conducido fuera de la sala en que habia realizado su primer prodijio.» (Jaquemet. Les progrès de la Chirurgie.)

Hé ahí, señores, el primer hecho que anunciaba al mundo el descubrimiento mas estraordinario que hayan visto los siglos, el esfuerzo mas inaudito de la intelijencia humana, el aniquilamiento del dolor.

¿Qué llevaba aquel hombre en sus manos? ¿Qué elíxir milagroso habia realizado aquel prodijio? Llevaba, señores, una sustancia que todos vosotros conoceis: un poco de éter sulfúrico. I aquel hombre llevado en triunfo por una multitud loca de entusiasmo se llamaba William Morton.

Pero detenéos un instante: no os apresureis, señores, a grabar en vuestra memoria un nombre que la historia ha entregado con razon al desprecio de los corazones honrados. Un nombre mas puro, una intelijencia mas elevada, un corazon mas jeneroso es el verdadero inventor de la anestesia; ese inventor de quien Morton no era mas que un vil instrumento se llamaba *Cárlos Jackson*.

Morton no sabia lo que era el éter sulfúrico; pretendiendo engañar a sus parroquianos, pensaba hacerles respirar aire atmosférico, cuando Jackson le aconsejó que usara el éter que él mismo habia experimendo. El dentista Morton estrajo una muela sin dolor i Jackson le aconsejó entónces que pidiera el permiso de aplicar el éter en una operacion grave. Ya habeis visto el resultado de aquella experiencia. Morton, entónces, haciéndose el inventor, pidió, sin sentir en el rostro el látigo de la vergüenza, un privilejio exclusivo para esplotar el dolor, lucrativo privilejio pero que habia de estampar en su frente la marca infamante de un eterno vilipendio.

Jackson indignado de la conducta de Morton rechazó siempre con nobleza los fondos quo éste último ya enriquecido le enviaba, i el 13 de noviembre de 1846 envió una larga memoria a la Academia de Ciencias de Paris en que da cuenta de cómo habia llegado al descubrimiento de la eterizacion i en que reclamaba una prioridad, hoi para nadie dudosa.

Ya lo veis, señores, es la América la madre de ese jigante llamado Cárlos Jackson, es la América la que ha dado al mundo la verdadera

anestesia, este esfuerzo poderoso del injenio humano; ya veis, pues, que no hemos exajerado cuando deciamos: el dolor es un esclavo de la ciencia.

Pero el jenio del progreso es infatigable; i apénas las mil trompetas de la fama llevaban al viejo mundo la noticia de aquel inmenso descubrimiento, mil intelijencias iluminadas por aquel relámpago del jenio se echaban a hacer nuevas investigaciones. Un poco mas tarde, noviembre de 1847, un cirujano de Edimburgo, *James-Young Simpson*, presentaba el cloroformo como un anestésico superior al éter. Simpson habia hecho esperiencias decisivas; habia aplicado el cloroformo en el parto i el *trabajo* se habia hecho sin dolor: el *in dolore paries filios* de la Biblia, decreto hasta entónces relijiosamente cumplido por la mujer, acababa de ser derogado por una autoridad irrecusable, la autoridad de la ciencia experimental. Se estudia, se examina, se experimenta, i el cloroformo entra a ser el anestésico por excelencia en el estado actual de la ciencia.

¿Es posible ir todavía mas léjos?

VI

Sí, señores, todavía es posible ir mas léjos. Es preciso llegar a producir la anestesia local; es preciso que no haya necesidad de influir sobre el organismo entero para que las operaciones se practiquen sin dolor; es preciso que el enfermo pueda ver un dia con el rostro sereno i con el sol de la intelijencia en la frente incisar sus propios tejidos. I ese tiempo, señores, no está léjos de nosotros: se trabaja incesantemente, el jénio del progreso es eterno, se alimenta con el soplo divino de la intelijencia i tenemos derecho de esperar que el jénio del hombre, que arranca el rayo a la tempestad, que inventa el telégrafo i el vapor i que decreta la abolicion del dolor, llegará un dia a la realizacion de esta atrevida aspiracion de su intelijencia.

No son pocas las tentativas hechas en este camino; pero si ellas no responden a las exijencias de la época, son ensayos que marcan el camino i que preparan la solucion del problema.

Jackson i Simpson; hé ahí pues, señores, los dos grandes atletas del dolor, los dos mas conspícuos bienechores de la humanidad. Sus nombres pasarán a las mas remotas edades ennoblecidos con las bendiciones divinizadoras del mundo.

Los límites de este pequeño estudio no nos permiten dar mas estension a la historia de la anestesia i esperamos que vuestra benevolencia sabrá perdonar una falta cometida espresamente para no fatigar vuestra alentadora atencion.

VII

Pero el dolor, cuyo aniquilamiento por la ciencia acabamos de narrar, ¿es siempre un mal? ¿No tiene razon de ser en la vida? ¿Es completamente inútil? ¿Debe tratársele siempre como a un enemigo irreconciliable?

Estamos mui léjos de creer, como Salgues, que las operaciones en que mas se ha sufrido son las que tienen mejor éxito; no estamos apasionados del dolor como aquel famoso doctor de la escuela de Paris; no gustamos de sazonar nuestros placeres con el aguijon del sufrimiento; nos parece un delirio incomprensible comprar un vago i criminal placer pagando en cambio una sangrienta i degradante flajelacion. Pero entre tanto el dolor tiene una cierta utilidad, señores: eso es indudable. En la vida ordinaria es un aviso seguro que reclama el ejercicio de nuestras funciones o su absoluto reposo; en la vida mórbida es unas veces un guia del médico, otras un verdadero remedio de cuya eficacia no se puede dudar. Esto que pudiera parecer una paradoja, no lo es sin embargo cuando nos acercamos para observar los fenómenos con mas claridad, cuando no tenemos la pretension de estudiar la naturaleza con la fantasía i bajamos al anfiteatro de la esperiencia, dejando los guantes.

ADOLFO VALDERRAMA.

(*Continuará.*)

LA MADRE

A MI QUERIDA AMIGA J. G. DE D.

¿No es venturoso, oh madre! bendito ese momento
En que recoje el alma sus fuerzas de mujer,
I entre el temor i anhelo se escapa el gran lamento
Que arranca de tu seno un ser como tu ser?

¡Qué importa el sufrimiento, si al borde de tu lecho
Se eleva ya la cuna dó está tu serafin,
Si con placer ya inclinas el amoroso pecho
Dejando entre sus lábios la vida que hai en tí!

¡I cuánto, oh madre! gozas en esos dulces lazos
Que ni la misma muerte podrá ya desunir!
Mientras al hijo aduermes en tus amantes brazos
Forjas, para él, felice, glorioso porvenir.

¡El hijo! pura esencia de tu fecunda vida
Que con amor trasmutas en un querido ser.
En él, tu propia imájen, te ves reproducida,
En él tienes tu encanto, tu adoracion en él.

¡El hijo! qué palabra tan grave i melodiosa!
Al resonar alhaga i ajita el corazon;
Divina poesía que en nota misteriosa
Va al alma de la madre, responde a su pasion.

¡Qué importa que el destino te sea, ¡oh madre! aciago,
Que el mundo te encadene con bárbaro rigor,
Que te convierta en llantos un fujitivo alhago,
Que cambie tus sonrisas en íntimo dolor!

¡Qué importan, tierna madre! tan rápidos dolores,
Si Dios puso una cuna dentro tu propio hogar,
Si en ese nido cándido que adornas tú de flores
Un cielo de delicias por siempre has de gozar!

No bien brota una lágrima de tus hermosos ojos
Cuando manitas tímidas la vienen a enjugar,
I arrancan de la vida los ásperos abrojos,
Endulzan la amargura, suavizan el pesar.

I lábios purpurinos te besan exhalando
Ambiente mui mas grato que el de aromada flor.
¡Oh madre! son tus hijos, que en torno retozando
Te estrechan i acarician con infantil amor!

I al declinar la tarde de vida fatigosa,
Si buscas algun bálsamo que calme tu dolor,
Encontrará la dulce mirada cariñosa
De un ser que por tí vela con entrañable amor.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

LECHO DE HOJAS VERDES

(IMITACION DEL PORTUGUES)

¿Por qué tardas, Yatir? ¿Por qué no acudes
A la voz de mi amor? ¿Por qué no ondea
Tu gallardo penacho con la brisa
Que en las cimas del bosque rumorea?

¿Por qué tardas, Yatir?—La noche apaga
Las tintas de la tarde: yo, afanosa,
Bajo el abrigo del soberbio mango
Nuestro lecho tendí; ven i reposa.

Menudas hojas i sedoso musgo,
Que para tí aparté, mullen el lecho:
I en tu almohada se agrupan lindas flores
Que ántes puse en mis labios i en mi pecho.

Abre apénas la flor del tamarindo;
Su grato aroma el bogarí derrama...
Son presentes de amor que exhala el bosque.
¿Por qué tardas, Yatir?—Todo te llama!

Brilla la luna en el tranquilo cielo
I sobre el lecho:—a reposar convida!
I al influjo de aromas que se mezclan,
Un desmayo de amor roba la vida.

Languidece la flor de luz sedienta
Mientras el sol su beso no la imprime.

¿Por qué tardas, Yatir?—Soi flor que espera
Un rayo de tu amor que la reanime.

Mis ojos otros ojos nnnca vieron!
Mis labios otros labios no quemaron!
Tú eres mio, Yatir! Tus brazos solo
Con amoroso empeño me estrecharon...
.....

La flor del tamarindo está entreabierta;
El dulce olor del bogarí resbala:
Tambien mi corazon, como estas flores,
Mejor perfume con la noche exhala.

¡Cuánto tardas, Yatir! Ah, nada valen
Mis palabras de amor!... Las nubes rojas...
Gran Dios!... ya nace el sol!... Del lecho ocioso
Barred, brisas, las flores i las hojas!

1867

EDUARDO DE LA BARRA.

EL MISTI

(APUNTES ESTADÍSTICOS)

Voi a escribir cuatro palabras sobre esta soberbia montaña, sin darme por eso las ínfulas de un hábil naturalista. Relato mis propias observaciones i me aprovecho de las de otros hombres mas instruidos que yo en la materia; pero, de todos modos, considero útil mi trabajo.

El Misti es un hermoso volcan, que se encuentra a diez millas de la ciudad de Arequipa, por el lado del N. O.

Tiene 20,300 piés ingleses de elevacion sobre el nivel del mar, i su forma es la de un cono colosal, truncado lijeramente en su vértice.

La base está rodeada de ceniza, o sea una arena negruzca, demasiado sutil i movediza, que hace difícil la ascension del viajero, el que, a los diez pasos, tiene que detenerse, tanto por la fatiga que esperimentan sus miembros, como por la opresion que siente en los pulmones, a lo cual se dá el nombre de *soroche*.

Desde un poco mas allá de su tercio inferior, se encuentran enormes i afilados peñascos, que forman distintos picos gradualmente insuperables, hasta llegar a la cima.

La parte truncada del cono volcánico tiene mas de un tercio de legua de estension, i la punta sur se encuentra mas elevada que la del norte, por no tener el corte una direccion horizontal.

Es verdaderamente poética la vista que ofrece esta magnífica montaña, casi constantemente coronada de nieve. Parece un majestuoso soberano, cuya cabeza encanecida manifiesta el trascurso de los siglos que ha durado su poder.

No da las menores muestras de actividad volcánica; i ni aun siquiera puede suponerse que sus bocas den salida a los vapores inflamables del centro de la tierra, por no ser tan profundas como se cree.

Algunas personas aseguran haberlo visto despedir lijeras nubes de humo, en las mañanas de invierno; pero esta es una ilusion de los sentidos. Porque en la inmensa altura en que se encuentra ese cráter, las ráfagas de viento que cruzan la cordillera, levantan una densa polvareda de los aglomeramientos de arena que circundan las cimas de las montañas.

Por otra parte, para arrojar tal cantidadd de humo que pudiese distinguirse a la simple vista, a una distancia tan considerable, necesitaria el volcan encontrarse en estado de notable actividad.

El señor don Mateo Paz-Soldan fué uno de los que creyó haberlo visto despedir, no solo humo, sino llamaradas de fuego por su cráter, como las que produce la pólvora encendida al aire libre (*Jeografía del Perú, pájina* 450.)

Pero la tradicion de los terremotos que ha esperimentado Arequipa, desde el año de 1666 hasta el 13 de Agosto de 1868, nada dice de semejante fenómeno; i, antes bien, en la del 13 de mayo de aquel año, que es la época del mas espantoso terremoto sentido en Arequipa, se desmiente esa creencia.

Nosotros tampoco lo vimos dar muestras de actividad en los memorables temblores del 29 de Junio de 1863, ni en los instantes del último cataclismo. Y, aunque a la simple vista parecia que arrojaba una gran cantidad de humo por un costado de su tercio inferior, era la polvareda que levantaba el viento en cada uno de los derrumbes, verificados en una quebrada honda del O. E., conocida con el nombre de *El Botadero.*

El Misti, pues, sin haber dado muestra alguna de actividad, solo se ha mecido sobre su base, como un edificio jigantesco que sigue la oscilacion de la tierra.

Por las razones espuestas, es de creerse que el Misti sea un volcan apagado, i así opina el hábil naturalista, M. Weddell, al hacer la relacion de su viaje a la cima de esta montaña. M. Weddell es el único que, si no ha tocado con el mismo cráter, por lo ménos ha logrado llegar a la mayor altura posible. M. Pentland, Haenke i una multitud de personas respetables de Arequipa pretenden haber coronado su obra, sin haber llegado, talvez, a la mitad del camino, como lo prueban la contradiccion que se encuentra en sus narraciones i el brevísimo tiempo que han empleado en sus espediciones.

Mucho se cuenta en Arequipa sobre que, a fines del siglo pasado,

el Reverendo Padre Sangüesa que estaba en opinion de santidad, subió él solo hasta el cráter del volcan, i en un costado de su cima colocó una gran cruz de fierro, en señal de haber bendecido aquel lugar. Pero esto, no siendo un milagro, no puede ser otra cosa que una de esas preocupaciones vulgares, que nunca faltan en las poblaciones en que el fanatismo se encuentra todavía arraigado, con perjuicio de la civilizacion i del progreso; porque si se pudiera aceptar que el Padre Sangüesa llegó realmente a tocar la cima del volcan, no puede esplicarse cómo pudo subir con un peso tan enorme.

Se dice que, con el auxilio de un larga-vista se distingue aquella cruz, pero nosotros no hemos podido verla, ni con el uso de poderosos telescopios.

Pero volviendo a ocuparnos de la actividad del Misti, citaremos las palabras de M. Weddell, cuando habla del cráter a que asegura haber llegado.

«El punto, dice, sobre que me encontraba, formaba parte de una inmensa muralla vertical hácia adentro i que se continuaba por afuera con la pendiente del volcan; el espacio circunscrito por esta muralla i que con nada se puede comparar mejor que con un gran patio, no era otra cosa que el cráter esterno del volcan. Esta cavidad estaba casi enteramente ocupada por una gran aglomeracion de cenizas negruzcas, de naturaleza parecida a las de las pendientes i de forma mui regular, de tal modo, que le he encontrado semejanza con un animal que se hubiera acostado en el fondo del cráter; pero mas se parecia a uno de esos médanos que ocupan en gran número los desiertos de la costa; i no es dudoso que su oríjen se deba, como aqnellos, a la accion de los vientos.

«Un cúmulo de esta naturaleza existe como se sabe, poco mas o ménos, en todos los volcanes, i sobre la cima, que jeneralmente tiene una forma cónica, existe tambien la boca o respiradero, por la cual se exhalan los gases o vapores que forman los fuegos subterráneos, como por una chimenea.

«Pero nada de esto sucede en el *Misti*, lo mismo que los estremecimientos i ruidos de ebullicion que sorprenden de tal modo los sentidos de los curiosos, que visitan algun volcan en actividad.....»

Algunos otros naturalistas han creido que el *Misti* se halla en inmediata comunicacion con el *Ubina*, *Huainaputina*, *Candarave*, *Isluga* i otros pequeños que están inmediatos a él; pero miéntras éstos han dado constantes señales de su actividad, el *Misti* ha permanecido en inercia mas de tres siglos, desde la fundacion de Arequipa.

El *Ubina*, por ejemplo, que es el que está mas inmediato, se mani-

fiesta en grande actividad durante los meses de invierno; el *Candarave* arroja, lo mismo que el anterior, grandes cantidades de humo; i el *Isluga* manifiesta tal actividad que, segun Mr. Boalert, en su proximidad se sienten ruidos subterráneos. (*Antiquietés Ethnology*, páj. 164).

En fin, concluiré por decir que el *Misti* se ha apagado despues de haber hecho algunas erupciones, inundando con sus lavas los terrenos inmediatos. Así lo acreditan el sillar (tranquito descompuesto i vuelto a componerse) i otras lavas volcánicas que se encuentran en abundancia i en diferentes capas, en los terrenos circunvecinos.

El temor, pues, de los habitantes de Arequipa de ser sepultados, de un momento a otro, por las lavas del volcan, es infundado en mi concepto, i falsa la existencia inmediata de ciénagas volcánicas, como las de *Ocampo* en la república del Ecuador.

El *Misti* es ya solamente una ruina monumental del poder de la naturaleza, destinada a inspirar la imajinacion brillante del poeta, i a escitar de una manera interesante la curiosidad del viajero.

A. de la E. Delgado.

REVISTA DE LA QUINCENA

Santiago, julio 14 *de* 1872.

La quincena ha tenido sus horas de inquietud. En la atmósfera política se han visto nubes de un color amenazante que parecian el anuncio de una próxima tempestad. En la Cámara de Senadores debian chocar estrepitosamente dos corrientes de opinion. Grandes preparativos, repetidos conciliábulos, idas i venidas numerosas daban motivo para aguardar resoluciones de importancia. El cielo se oscureció por un instante, dejóse oir el primer trueno, i todo quedó en nada. El viento conciliador del liberalismo moderado alejó los nubarrones. Se restableció la calma, brilló el íris de paz, i se inmoló una víctima para aplacar la furia de los dioses.

La víctima fué el señor Barros Arana. A la fecha el señor Barros tiene el título pomposo de Delegado de la Universidad en la seccion preparatoria. El señor Barros examina los testos, vijila los estudios, dirije la enseñanza, i hasta puede continuar surtiendo de libros la biblioteca del Instituto. El señor Barros es objeto de grandes honores i de consideraciones inapreciables. Su situacion ha mejorado, se asegura. ¿No seria mas exacto decir que ha pasado a mejor vida?

Se le ha dado esta nueva situacion en vista del informe elevado al ministerio respectivo por la comision encargada de estudiar los sucesos ocurridos en aquel establecimiento. Algunos de sus miembros aseguran que esta transformacion no se desprendia ni de la letra ni del espíritu de su informe; pero el honorable señor Cifuentes, animado para con el Instituto de una inagotable benevolencia, se ha apoyado en el trabajo de la comision para premiar los servicios del señor Barros quitándole la posibilidad de seguir prestándolos. El señor Cifuentes tiene por el Instituto una especial predileccion: los profesores trabajaban mucho i, para darles un descanso merecido, estableció la libertad de exámenes, libertad que debia abrumar de tareas a los reverendos padres jesuitas. Sus simpatías por aquellos profesores i su hostilidad para con estos padres no debian parar ahí: el internado debia ser un negocio para el fisco, i se elevó la pension de los internos. El golpe debia repercutir sobre los reverendos padres, que hoi se ven obligados a sacrificar su escaso dinero ante la concurrencia de mayor número de alumnos.

Tanta buena voluntad para con el señor Barros i para con el Instituto en je-

neral, despertó las alarmas de algunos senadores que para el futuro quisieron garantir a los funcionarios de la enseñanza contra estos excesos de simpatía. Con este objeto presentaron un proyecto que les aseguraba la permanencia en el desempeño de sus funciones. El Ministro, que acababa de respetar bien poco esta permanencia, divisó en el proyecto un propósito de censura, i se dispuso a combatirlo a cara descubierta.

En presencia de una actitud semejante los autores del proyecto juraron, i perjuraron sobre todo, que no se abrigaba en él ninguna intencion política. Llovieron sobre el ministro los agasajos, pero resistió hasta el fin. Cuarenta i ocho horas despues su terquedad habia disminuido, i la palabra de los senadores no le parecia indigna de crédito. El acta consignó que de todo habia en el proyecto, ménos una reprobacion hácia su señoría. El proyecto se aprobó tranquilamente, i quedaron cada uno en su casa i Dios en la de todos. El proyecto no será lei, el voto no fué censura, se arrepintieron los senadores, los ministros no salieron, el señor Barros se resigna, el público se escandaliza a medias, i el clericalismo triunfa.

Resultado lamentable pero lójico. El liberalismo moderado no puede con su jénio. En diez años de palacio ha olvidado la manera de hacer oposicion. Aunque lleno de buenos propósitos i aunque creyendo de buena fé i asegurando en voz prudente que es inaceptable la marcha impresa a los destinos del pais, el liberalismo moderado sigue esa marcha a pesar suyo. Sus esfuerzos en favor de la libertad son un resplandor efímero que apaga la mas leve ráfaga del ministerio; i hoi, alejado de los salones en que ántes residia como amo, se queda en las antesalas en carácter de portero decidido a permanecer aunque sea servilleta al hombre en el mismo banquete de que ha sido el anfitrion.

Cuál sea ahora el porvenir de la enseñanza, es un problema difícil de resolver. Con su habilidad tradicional el clericalismo ha sacado la castaña por mano ajena. Puede irse esculpiendo ya la lápida del Instituto. Como siempre, los hombres de libertad se han limitado a oponer una resistencia inerte; i es necesario que esta resistencia sea por sí misma demasiado poderosa para que alcance a detener, aunque débilmente, los esfuerzos múltiples, infatigables e incesantes del partido clerical. El campo es suyo: no hai en él mas obstáculos que los que allí se agrupan por la fuerza de las cosas; pero el clericalismo, que sabe combatir valientemente a sus adversarios, sabe tambien apartar laboriosamente los escombros. Que pase el tiempo, i el terreno quedará limpio de estas malezas de libertad que hoi nacen espontáneamente en las rejiones de la política como el hongo en las capas húmedas del suelo.

Sin gran oposicion por parte de los clericales, que tienen el talento de saber amoldarse a las circunstancias i a las situaciones, en el congreso continúa discutiéndose la reforma de la lei electoral. En su favor se han hecho oir discursos llenos de estudio, de intelijencia, de injenio i de espiritualidad. Don Domingo Arteaga Alemparte ha sostenido, con su lójica i su erudicion de costumbre, el voto acumulativo. Don Ambrosio Montt ha propuesto algo que se acerca al voto unipersonal, i en el desarrollo exacto aunque complicado de su tésis encontró mas de una oportunidad para herir con el agudo filo de su sátira la epidérmis de los partidos conservadores. El primero es el que ha prevalecido i aunque el voto unipersonal es la mas ardiente aspiracion de la verdad representativa, era necesario detenerse en el punto que todos aceptaban para no introducir dificultades que habrian podido poner en peligro la

conquista de un progreso innegable aunque incompleto. «Los miembros de ámbas cámaras, dice la constitucion del reino de Béljica, representan la nacion i no únicamente la provincia o subdivision de provincia que los ha nombrado.» Esa es la verdad teórica en todos los paises unitarios, aunque en todos ellos, como en el nuestro, la subordinacion del voto a demarcaciones puramente jeográficas destruye la unidad de la opinion colectiva que solo puede buscarse en la unidad del colejio electoral. Desgraciadamente, entre nosotros para quienes la autonomía del municipio está todavía por plantearse, se hace una confusion eterna de los intereses especiales de la localidad con los intereses jenerales del pais.

La reforma de la constitucion está paralizada. La cámara de diputados no ha logrado reunirse para continuarla. Algunos lo deploran, pero todos se consuelan con la adopcion del sufrajio acumulativo. Al ver el resultado de la votacion, se restregaron con júbilo las manos. No parecia sino que se hubiera descubierto un específico infalible contra la corrupcion electoral. Entusiasmo engañador. Las leyes no ejercen sobre los malos hábitos políticos de un pueblo mas influencia que las píldoras de Holloway sobre las malas condiciones hijiénicas de una ciudad. Si hai algun pais que pueda vivir sin Constitucion, sin Congreso, i sin Gobierno, no hai que ir a buscarlo fuera de nosotros. Miéntras se juegue al alza i a la baja con los papeles de Caracoles, miéntras el cobre obtenga buenos precios en los mercados europeos, miéntras la tierra produzca trigo en abundancia i miéntras puedan jirar las piedras de los molinos ¿qué importan ni el presidente ni las cámaras? Hai espíritu de asociacion, pero no hai espíritu público; para el comercio hai temerarios, pero para la política no hai valientes; las sociedades celebran sus sesiones en claustro pleno, pero las sesiones de la cámara se levantan por falta de número; nadie lee la cuenta de inversion, pero todos estudian el movimiento de los bancos. Hai principios que nunca son conclusiones, propósitos que nunca son hechos, ideas que nunca son realidades. Pareceríamos fatalistas sino fuéramos indiferentes, i seríamos indiferentes sino fuéramos egoistas. Háblese de empréstitos, ¡saltan los banqueros; háblese de la corta de bosques i saltan los fundidores; háblese de lazaretos, de hospitales, de cementerios, i salta el vecindario. El uno dice que defiende el crédito del pais, el otro que ampara la majestad de los derechos adquiridos, el último que resguarda la seguridad de la poblacion, i nadie defiende ni ampara ni resguarda sino las letras que se desea comprar, el campo que se teme perder i el terreno que no se quiere depreciar.

Por primera vez se ha practicado en la poblacion una visita jeneral. Por primera vez se han olvidado los majestuosos edificios de los barrios opulentos, i se ha ido al canal de San Miguel, a Yungai, al Arenal, a esos asilos eternos i eternamente ignorados de la miseria i de la inmundicia, en donde la viruela ha ejercido su mas cruel devastacion. Allí las existencias se arrastran en el fango. La atmósfera puede cortarse con la hoja de un cuchillo; i allí, donde la llama de una antorcha no tiene oxíjeno para alimentarse, respiran los pulmones de una innumerable multitud. La vida, convertida en una vejetacion malsana, flota sobre la superficie de aquellos lodazales como las capas verdes que cubren las aguas corrompidas. A última hora, la Intendencia, movida por una jenerosa e intelijente inspiracion, ha hecho desalojar algunas de esas posadas de la muerte: única medida feliz, oportuna i eficaz que la primera autoridad de la provincia ha tomado desde hace muchos años en favor de la salubridad pública i de la humanidad entera. Naturalmente, el interés particular se siente herido i considera este proce-

dimiento como una violacion de la propiedad. La cuestion, sin embargo, se reduce únicamente a averiguar si la autoridad tiene derecho de prevenir lo que puede ser una causa de peligro para la poblacion. Las emanaciones deletéreas no son ménos perjudiciales que la pólvora, i la pólvora se guarda en un depósito especial. Buenos Aires removió los saladeros i desalojó los conventillos, sin que hubiera necesidad de reformar la constitucion de la República

Miéntras tanto, el número de enfermos aumenta sin cesar. Los lazaretos se establecen i, apénas establecidos, son estrechos para contener a todos los que en ellos buscan un rincon en que morir. Los focos de infeccion se multiplican. La viruela podrá desaparecer; pero se ha hecho lo bastante para que siga sus huellas el tífus de lazareto que vendria a perfeccionar su tarea de esterminio. Se ha hablado de carpas, pero las carpas no se construyen a pesar de que abundan en todas partes el zinc i la madera. Se buscan locales i los locales no se encuentran, a pesar de que al sur de la ciudad hai un campo estenso en que se reunirian todas las condiciones apetecibles de comodidad i de ventilacion.

¿Cuál es la estadística exacta de los estragos de la epidemia? Apénas si se lleva cuenta de la mortalidad en los establecimientos públicos. El número de enfermos atendidos a domicilio es ignorado. Las basuras se estraen de las casas para que se descompongan en las orillas del Mapocho. En una poblacion edificada en parte sobre sus propios desperdicios, nada se sabe de las proporciones de la epidemia con relacion al punto en que se desarrolla. Se aguarda todavía la visita domiciliaria, i se teme i con razon que despues de tantas víctimas i de tantas alarmas nada hayan ganado ni las observaciones de la ciencia ni la hijiene de la ciudad.

El voto acumulativo no será un específico contra los fraudes electorales, como las inundaciones de ácido fénico no lo han sido ni lo serán tampoco contra la viruela. Para combatir las enfermedades del cuerpo político i las del cuerpo individual, es necesario remontarse a su oríjen primitivo i a sus causas permanentes. Es necesario desde luego vencer esa apatía que así ve falsear las aspiraciones populares como contempla diezmarse los arrabales de la poblacion.

Desde hace un año hemos tenido oportunidad de seguir paso a paso i de indicar diariamente la marcha de la viruela que recorria con lentitud las poblaciones del norte i que se dirijia hácia nosotros con alarmante tenacidad. No se tomaron precauciones de ningun jénero; i sin embargo habia entónces como hai ahora facultad de medicina. tribunal del protomedicato, i ministerio del interior. Con mas o ménos intensidad la viruela ha acostumbrado visitarnos en todos los otoños i en todas las primaveras. Año por año en la discusion del presupuesto se ha exijido una cantidad bien poco considerable para establecer la vacunacion de una manera permanente en el pais; pero nunca ha habido fondos para satisfacer esta demanda. ¡Admirable prevision de la autoridad! La epidemia llega, el pánico cunde, el público se agolpa a la puerta de las oficinas, i la vacuna falta. De cien inoculaciones dos apénas producen sus efectos. El público no tiene para que ir a desnudar su brazo, i se retira. Se cede el campo a la viruela, i las consecuencias no se hacen esperar·

Los lazaretos se establecen en el centro de la poblacion; de ellos se rechaza un gran número de enfermos; los que son admitidos van allí como a la primera estacion del cementerio; los médicos se reunen para manifestar la verdad del *invidia medicorum*; una completa anarquía reina en todas partes, i ca-

da vez se hace mas lójica la prolongacion de la epidemia, que nos ha sorprendido en el mas acabado de los abandonos. Unos cuantos dias mas, i no habrá en las droguerías una libra de cloruro de calcio, de ácido fénico, de ninguno de los desinfectantes que se han estado desparramando en la poblacion.

En medio de la preocupacion que naturalmente ha debido producir este estado de cosas deplorable, una novedad literaria ha venido a distraer agradablemente los espíritus. Nuestro amigo don Santiago Estrada, que en varias ocasiones ha hospedado sus escritos en las columnas de la prensa diaria i que pronto debe honrar las pájinas de la REVISTA con las producciones de su injenio, acaba de dar a luz una descripcion de los parajes que ha recorrido en su itinerario a Chile. Tenemos bastante fé en el talento ds Santiago Estrada para dirijirle desde luego un elojio que aun no podríamos justificar presentando el esqueleto de su trabajo. Estrada es un hombre de espíritu i sobre todo un hombre de corazon; i cuando se han visto las riberas del Paraná, las llanuras de las Pampas, las cumbres de la Cordillera, las olas del Atlántico i las mareas del Pacífico, es indispensable tener espíritu para admirar i corazon para sentir. Estrada los posee, i al entrar en la lectura de su libro estábamos seguros de encontrar en él la investigacion curiosa del viajero, la hermosa pincelada del artista i la frase elegante del escritor.

Estrada ha venido a poner un risueño punto final a una quincena que principia con una evolucion no del todo irreprochable en la cámara de senadores, que encuentra iniciada con buen éxito la campaña durante largo tiempo proyectada contra la enseñanza secular i contra su mas enérjico representante, que asiste en la cámara de diputados a una discusion que tiene por objeto oponer algun obstáculo a la eterna falsificacion de un voto popular que casi ha dejado de existir, que ha visto aumentar su intensidad i estender su esfera de accion a esa epidemia que no se alcanza todavía a combatir con felicidad; i si hai motivos poderosos para preocuparse de la frajilidad de la existencia, de los desalientos de la la política, de las incertidumbres del dia de mañana, los hai tambien para elevarse a las altas rejiones del espíritu recorriendo las pintorescas i animadas pájinas que con toda la jenerosidad del buen talento i de los buenos corazones entrega al público un jóven escritor encargado de estrechar al través de las rocas i las nieves de los Andes las relaciones i las simpatías que existen entre Chile i la República Arjentina.

FANOR VELASCO.

ENSAYO SOBRE LOS ORIJENES

DE

LA IMPRENTA EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA

Me propongo consignar en este artículo algunos apuntes acerca de las primeras imprentas que se establecieron en la América Española, i acerca de las primeras impresiones que se hicieron en ellas.

Es esta una materia que interesa, no solo para satisfacer una curiosidad literaria, sino tambien para resolver un importantísimo problema histórico i social.

Los conquistadores españoles, deseosos de justificar la inhumana opresion que hacian pesar sobre los desventurados indíjenas, sostuvieron que éstos, inferiores a los demas hombres, eran esclavos por naturaleza.

Mas tarde, los españoles europeos, para cohonestar la sujecion en que mantenian a sus descendientes los españoles americanos, i el desprecio con que los trataban, pretendieron que éstos, habiendo dejenerado por el clima, habian nacido ménos hábiles i ménos buenos que sus padres.

Pauw formuló contra los criollos una teoría análoga a la que Sepúlveda habia formulado contra los indios.

Despues de la independencia, varios escritores i estadistas europeos, sin querer tomar en cuenta los obstáculos de todo jénero que los directores de las repúblicas hispano-americanas han tenido que vencer para encaminarlas a su prosperidad, han ido hasta declarar a los ciudanos de ellas completamente ineptos para gobernarse por sí mismos.

I miéntras tanto, quien examine los hechos con detencion e imparcialidad debe precisamente reconocer que en jeneral los esfuerzos de los hispano-americanos para salir del estado de abyeccion en que los habia sumerjido el antiguo sistema colonial merecen los aplausos i estímulos de todas las personas ilustradas i amantes de la civilizacion.

Sin hacer un inventario exacto de los medios de progreso que tenian a su disposicion las naciones de este continente dominadas por España, no se puede comprender la misérrima situacion a que estaban reducidas, i las inmensas dificultades que han debido superar para mejorarla.

La simple comparacion de lo que fueron i de lo que ya son constituye su mejor elojio.

La esperiencia no ha tardado en manifestar que lo que les faltaba, no era vigor intelectual o moral, sino instruccion teórica i prática.

Como se concibe, la investigacion a que me refiero de los elementos de civilizacion que habia en la América Española bajo el réjimen colonial es un asunto vasto i variado que exijiria un desenvolvimiento mucho mas estenso del que seria posible en el presente ensayo. Así, mi propósito es limitarme a solo una de sus partes, aquella que he mencionado al comenzar.

Aunque la imprenta sea una invencion moderna, los hechos relativos a sus orijenes no son bien conocidos aun por lo que toca a varias naciones europeas.

Sin embargo, podria parecer que en la América Española, donde hubo tan pocas imprentas, deberia saberse a punto fijo la historia de ellas.

Pero está mui léjos de ser así.

Son por demas frecuentes i singulares los errores en que se incurre al tratarse de este asunto.

Entre varios de que tengo noticias, quiero citar solo tres ejemplos para comprobar mi aseveracion.

Don F. Pérez de Anaya, en una *Memoria sobre el estado de la industria tipográfica*, dirijida a la *Sociedad Económica Matritense*, i publicada el año de 1848 en la *Revista de España, de Indias i del Estranjero*, se espresa como sigue:

«Los españoles llevaron la imprenta a Méjico en 1560, aunque el primer libro conocido como impreso en la Nueva España tiene fecha de 1561. Esta discrepancia desaparecerá si se considera que los misioneros al principio solo imprimieron cartillas, o algunos pliegos sueltos en que no se necesitaba hacer mencion de la imprenta. En

1600, se fundó una imprenta en la ciudad de Santo Domingo (Isla Española); i pocos años despues, otra en Santiago de Cuba. Parece que estas imprentas eran del gobierno, i estaban destinadas para los actos oficiales. La primera prensa que se llevó al Perú fué en 1590; i el primer libro que allí aparece impreso es del padre frai Pedro de Arriada. En Lima se introdujo en 1621. Es de suponer que los misioneros no imprimieron durante el primer medio siglo mas que cartillas, catecismos i escritos semejantes.»

El escritor peruano don Mateo Paz Soldan, en la *Jeografía del Perú*, dada a luz el año de 1862, dice sobre el particular lo que va a leerse:

«Segun un dato que hemos visto en *El Instructor*, la primera imprenta se trajo al Perú en 1590; i el primer libro fué por Pablo Arriaga en 1621; pero tenemos un diccionario aimará impreso en 1604 por los jesuitas, i lo mas raro (¡qué hombres tan grandes!) en el pueblo de Juli, que está en nuestros linderos con Bolivia.»

El distinguido literato neogranadino don José María Vergara i Vergara, cuya reciente muerte han lamentado todos los aficionados a las letras americanas, escribe en la *Historia de la literatura de Nueva Granada*, publicada en 1867, lo que sigue:

«La imprenta fué introducida en Méjico en 1500, en el Perú en 1680, en Chile en 1820 i en Buenos Aires en 1800. No tenemos datos sobre su introduccion en las demas repúblicas sur-americanas; pero parece que en ninguna de ellas fué ántes de 1800.»

No tardaré en hacer notar con hechos auténticos cuántas son las inexactitudes contenidas en los tres trozos ántes citados.

Está fuera de duda que el primero que introdujo la imprenta en América fué el virrei de Nueva España don Antonio de Mendoza, quien estableció una en la ciudad de Méjico.

Este hecho se halla acreditado, no solo por una tradicion mui fidedigna, sino especialmente por el testimonio del cronista de Indias Jil González Dávila, el cual así lo refiere en su *Teatro Eclesiástico de la primitiva iglesia de las Indias Occidentales*, publicado en Madrid en 1649. «En el año de mil i quinientos i treinta i dos, dice, el virrei don Antonio de Mendoza llevó la imprenta a Méjico. El primer impresor fué Juan Páblos; i el primer libro que se imprimió en el nuevo mundo fué el que escribió San Juan Clímaco con título de *Escala Espiritual para llegar al cielo*, traducido de latin en castellano por el venerable padre frai Juan de la Magdalena, relijioso domínico.»

El eruditísimo mejicano don Juan José de Eguiara i Eguren fun-

dó en su propia casa en 1755 una imprenta nueva para dar a luz la mui curiosa obra titulada *Bibliotheca Mexicana*.

Por desgracia, el autor solo alcanzó a hacer salir un primer volúmen, tan notable por la limpieza de la edicion, como por la abundancia de noticias.

Eguiara i Eguren dice testualmente que el virrei don Antonio de Mendoza «cuidó el primero de que la imprenta fuese traída del antiguo al nuevo mundo; i estableció en Mejico la primera, con cuyos tipos comenzaron al momento *(statim)* a imprimirse muchos libros.»

El mismo Eguiara i Eguren agrega que «Jil González Dávila en el *Teatro* de la iglesia mejicana debe correjirse cuando dice que la primera imprenta fué traída a Mejico el año de 1532 por el virrei Mendoza, que todavía no estaba encargado de los asuntos de esta América.»

Efectivamente, don Antonio de Mendoza no llegó a Méjico hasta el año de 1535.

Mr. Jacques Charles Brunet, autor del *Manuel du libraire et de l'amateur de livres*, mui competente en estos asuntos, ha repetido sin citarle la observacion de Eguiara i Eguren, cuya exactitud es evidente.

El literato arjentino don Juan María Gutiérrez, en un interesante opúsculo que ha escrito sobre algunas de estas cuestiones, ha intentado dar una solucion a la dificultad propuesta.

«Como no puede negarse, dice, que el modo terminante con que se espresa el cronista Dávila da gran aire de veracidad a la data de 1532 que asigna en su *Teatro Eclesiástico*, nos ocurre presentar por nuestra parte una observacion en su apoyo. Si es cierto que el virrei Mendoza no llegó a su gobierno hasta el año de 1535, tambien es cierto que estuvo nombrado para el destino que desempeñó en Nuva España desde el año de 1530, segun el tistimonio de historiadores que merecen crédito; i bien pudo mandar desde España con antelacion una prensa de imprimir como instrumento necesario para ayudar a sus planes de administracion i de gobierno. En este caso, desapareceria la contradiccion que resulta entre las fechas 1532 i 1535, puesto que en la primera, aunque residiese todavía en la Peninsula, ya era virrei titulado desde dos o tres años atras, i bien podia como tal ejercer algunos beneficios para la colonia en cuya suerte debia naturalmente interesarse.»

Esta esplicacion no me satisface, porque pugna con los testos literales de los pasajes copiados de González Dávila i de Eguiara i Eguren, quienes dicen terminantemente que el virrei Mendoza estableció la primera imprenta en Méjico, i no que la hubiera enviado desde España.

Sin duda ninguna, la fecha de 1532 señalada por González Dávila es un error de copiante o de cajista.

La imprenta ha sido introducida por primera vez en América i en Méjico el año de 1535.

Se ha visto que segun el cronista que acabo de nombrar, el primer libro impreso en aquella ciudad fué el titulado *Escala Espiritual para llegar al cielo.*

El sabio bibliófilo don Nicolas Antonio confirma esta asercion en su *Bibliotheca Hispana-Nova*, apoyándose en el testimonio de Agustin Dávila Padilla, que así lo asevera en la *Historia de la fundacion i discurso de la provincia de Santiago de Méjico*, publicada en Madrid en 1596.

Don Nicolas Antonio escribe como sigue el título de esta obra: *El Libro de S. Juan Clímaco, vulgarmente llamado Escala del Paraíso, Mexici apud Joannem Paulum.*

Como puede advertirse, ni González Dávila, ni don Nicolas Antonio mencionan la fecha precisa de la edicion.

Este dato, observa Brunet, solo podrá ya conocerse, si se descubre algun ejemplar de aquella antigua obra.

Por mi parte, creo que un hallazgo semejante quizá no revelaria lo que se desea averiguar, pues, a lo que advierte Eguiara i Eguren, era uso en aquellos tiempos omitir con frecuencia la designacion de la imprenta o del año, i aun a veces lo uno i lo otro.

El abate Brasseur de Bourbourg, que residió en Méjico dos años dedicado al estudio de los monumentos antiguos i de los archivos, asienta, en la *Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique Centrale*, que la *Escala de San Juan Clímaco* apareció el año de 1536.

Es de sentirse que haya callado el fundamento de esta afirmacion.

Don Nicolas Antonio nos ha conservado una corta noticia biográfica de frai Juan de Estrada, *álias* de la Magdalena, que tuvo el honor de publicar en el nuevo mundo el primer libro.

Héla aquí:

«Habia nacido, dice, segun lo conjeturo, en la ciudad real de la provincia de Nueva Castilla; era hijo de Juan Alfonso de Estrada, que fué gobernador de la América Septentrional, recien descubierta i subyugada; pertenecia a la órden de Predicadores de la provincia de Méjico; fué mui distinguido por sus virtudes relijiosas; vertió a la lengua vulgar de Castilla, i publicó en aquella provincia la primera obra que se imprimió en ella; i a lo que se dice, murió el año de 1579.»

Resulta de lo espuesto que no se conoce, i que talvez no podrá conocerse nunca la fecha precisa de la edicion de la *Escala del Paraíso*, o *Escala Espiritual*.

Con fecha 25 de julio de 1863, el mejicano don Joaquin García Yaarzbalata envió al bibliófilo frances Mr. Jacques Charles Brunet, una lista i descripcion de las impresiones ejecutadas en Méjico durante el siglo XVI.

Consta de este escrito que el primer libro de fecha averiguada que se ha dado a luz en la capital de Nueva España es el *Manual de Adultos*, impreso en 1540.

No se tiene un ejemplar completo de este libro.

El señor González Yera de Madrid posee solamente las cuatro últimas hojas.

Al fin de ellas, puede leerse lo que sigue:

«Imprimiose este Manual d' Adultos en la grâ ciudad d' Mexico por madâdo d' los Reverêdissimos Señores Obispos d' la nueua España y a sus expêsas: en casa de Iuâ Cromberger. Año d'l nacimiêto d' nuestro Señor Iesu Christo d' mill y quiniêtos y cuarêta. A XII dias d' mes d' Deziêbre.»

Don Juan Cromberger, que aparece nombrado en la cita anterior, era un famoso editor de Sevilla, que dió a luz gran número de libros en España, el cual parece haber fundado en Méjico desde los primeros tiempos un establecimiento tipográfico.

La publicacion mejicana completa mas antigua de fecha conocida que se tenga es un folleto en cuarto menor de cuatro hojas, que lleva este título:

«Relacion d'l espatâble terremoto q agora nuevamente ha acontecido en la cibdad d' Guatimala: es cosa de grâde admiracion i de grâde exemplo para q todos nos emendemos d' nuestros pecados y estemos apresicuidos para quâdo Dios fuere servido de nos llamar.»

Al fin del folleto se lee:

«Fue impresa en la grâ ciudad d' Mexico en casa de Iuâ Cromberger año d' mill y quiniêtos y quarêta y uno.»

Este escrito se refiere al espantoso terremoto e inundacion que sobrevenieron el 11 de setiembre de 1541, i arruinaron la ciudad de Guatemala, causando la muerte de centenares de personas españolas e indíjenas.

Entre las víctimas, se contó la soberbia doña Beatriz de la Cueva, que acababa de perder a su marido el conquistador Pedro de Alvarado, i que a pesar de su profundo sentimiento, inferior solo a su ambi-

cion, se habia hecho proclamar gobernadora del reino en reemplazo de su finado marido.

Doña Beatriz pereció con otras once mujeres dentro de un oratorio, abrazada de una imájen de la Vírjen, i estrechando contra su seno a una niñita, hija de Alvarado.

Esta no fué la única escena desgarradora que ocurrió en medio de tan espantosa catástrofe.

El título del folleto citado está manifestando la profunda conmocion que el suceso habia producido en los ánimos.

Toca un papel distinguido en la historia de los oríjenes de la imprenta en Méjico a un franciscano, frai Juan de Zumarraga, a quien cupo el alto honor de ser desde luego primer obispo de aquella diócesis, i en seguida primer arzobispo.

La circunstancia es notable, porque el señor Zumarraga imitó en la capital de los aztecas la conducta del califa Omar en la capital de los Ptolomeos.

Tanto él, como los demas relijiosos españoles, sus subordinados, desplegaron un celo verdaderamente lamentable para destruir los monumentos escritos de la civilizacion mejicana.

«Los relijiosos i obispo primero don Juan de Zumarraga, refiere en la *Monarquía Indiana* frai Juan de Torquemada, quemaron las antiguas historias, con otros muchos papeles de mucha importancia para saber las cosas antiguas de esta tierra, porque como todas ellas eran figuras i caractéres que representaban animales racionales i irracionales, yerbas, árboles, piedras, montes, aguas, sierras i otras cosas a este tono, entendieron que era demostracion de superticiosa idolatría, i así quemaron todos cuantos pudieron haber a las manos, que a no haber sido dilijentes algunos indios curiosos en esconder parte de estos papeles i historias no hubiera ahora de ellos aun la noticia que tenemos.»

Sin embargo, el señor Zumarraga era hombre aficionado a los libros.

Segun el mismo Torquemada, «los tapices i paños de su casa eran muchos i buenos libros, porque era amicísimo de letras i de los que las tenian con humildad.»

Las necesidades de la propagacion de la fe católica hicieron componer e imprimir en el establecimiento que el editor Cromberger, ya fallecido entónces, habia fundado en Méjico una «Doctrina breue muy puechosa de las cosas q ptenecen a la fe catholica y a nra christiandad estilo llano p comũ intelligẽcia.»

La edicion lleva la fecha de 14 de junio de 1544.

Este mismo año, el obispo hizo imprimir en Méjico otras dos obras.

Una de ellas, era una doctrina cristiana compuesta a manera de historia para la instruccion de los indios por frai Pedro de Córdoba, fundador de la órden de Predicadores en las islas del Mar Océano; i la otra, una traduccion de un compendio breve sobre la manera de hacer las procesiones, que habia escrito en latin el cartujano frai Dionisio Richel o Rikel.

Torquemada refiere el objeto de la publicacion de la segunda de estas obras. «El apostólico señor Zumarraga habia vedado, por causas justas que le movieron, dice, los bailes i danzas profanas i representaciones poco honestas que se hacian en la procesion jeneral de la fiesta de Corpus Christi, donde tanta atencion i reverencia se requiere, i aun para dejar mas fundada esta reformacion, juntamente con una mui provechosa *Doctrina Christiana*, que él mismo compuso, hizo imprimir un *Tratado de Dionisio Cartujano* de el modo como se deben hacer las procesiones con reverencia i devocion. I despues de muerto el siervo de Dios, (1548), en sede vacante pareció a algunos de los de el cabildo que se tornasen a hacer aquellas farsas i bailes que ántes se hacian. Estando, pues, ya aparejados los representantes, i todo a punto, el mismo dia de la sagrada fiesta, por la mañana, llovió en tanta manera, que no fué posible hacerse la procesion acostumbrada por las calles, como se suele hacer. Visto por el cabildo de la iglesia, i advirtiendo que aquello era permision divina, por haber tenido en poco el mandato de el varon santo, determinaron que de allí en adelante no se hiciesen aquellos juegos i danzas; i así se guardó todo el tiempo de la sede vacante, que fueron seis años, aunque despues acá se han vuelto a introducir esas i otras muchas cosas.»

En 1545, el introductor de la imprenta en el nuevo mundo, virrei don Antonio de Mendoza, hizo imprimir en Méjico unas *Ordenanzas i Recopilacion de leyes para el gobierno de la Audiencia.*

Las mencionadas son las obras mas antiguas que se sepa haber aparecido en la capital de Nueva España. Es casi seguro que ademas debió haber otras publicadas en los mismos años.

Uno de los escritores que proporcionó mas trabajo a las prensas mejicanas en el siglo XVI fué el agustino frai Alfonso Gutiérrez, *álias* de la Vera Cruz, denominacion que adoptó por haber tomado el hábito al desembarcar en la ciudad del mismo nombre.

Fué en Europa catedrático de la universidad de Salamanca, i en América catedrático de la universidad de Méjico, recien fundada.

Vivió ochenta años, i dormia apénas cuatro horas cada dia.

Así se comprende que despues de haber tenido a su cargo muchos i graves negocios eclesiasticos, hubiera tenido todavía tiempo que dedicar al estudio, a la enseñanza i a la composicion de obras relativas a materias filosóficas o eclesiásticas.

Varios de sus libros en folio fueron impresos en Méjico en 1554 i 1557 en la imprenta de Juan Pablo Brisensi, cuyo nombre aparece en la portada de la *Escala del Paraíso*.

No se conoce la fecha precisa de la introduccion de la imprenta en el Perú.

La obra mas antigua impresa en Lima que mencionan los bibliófilos, es una que lleva el siguiente título:

«Confessionario para los curas de indios, con la instrucion contra sus ritos, y exortacion para ayudar a bien morir: y summa de sus privilejios: y forma de impedimentos del matrimonio. Compuesto y traduzido en las lenguas Quichua y Aymara por autoridad del Concilio provincial de Lima, el año de 1583. Impresso en la ciudad de los Reyes por Antonio Ricardo primero impressor en estos reynos del Peru, 1585.»

Este volúmen en cuarto contiene cinco hojas preliminares, veinte i siete hojas para el *Confessionario*, diez i seis para la *Instrucion* i veinte i cuatro para la *Exortacion*.

Hai otra publicacion ejecutada el mismo año en Lima.

Hé aquí su título.

«Tercero Catecismo. Exposicion de la doctrina christiana, por sermones. Para que los curas i otros ministros perdiquen i enseñen a los Indios y las demas personas. Conforme a lo que en el sancto Concilio provincial de Lima se proveyo. Impresso en la ciudad de los Reyes, por Antonio Ricardo, 1585.»

Este volúmen en cuarto contiene ocho hojas preliminares i doscientas quince numeradas.

Segun los jesuitas Agustin i Alois de Backer, en la *Bibliothèque des écrivains de la Compagnie de Jésus*, «esta obra se halla escrita en tres lenguas, a saber: en español, en quichua, i en aimará. A la cabeza del volúmen se encuentra un privilejio de Felipe II, rei de España, fecha 12 de agosto de 1584, concedido a Antonio Ricardo para imprimir una cartilla, catecismos i confesionarios, etc. en lenguas quichua i aimará bajo la direccion de los padres Juan de Altienza i José de Acosta.»

Se asegura que las dos obras mencionadas son producciones del segundo de los jesuitas nombrados, el cual habiendo venido a las Indias Occidentales en 1571, fué el segundo provincial de la Compañía

en el Perú, i murió de rector de la universidad de Salamanca en 1600.

El padre Acosta, de que aquí se trata, es el autor de la conocida obra: *Historia Natural i Moral de las Indias*, impresa en Sevilla en 1590.

Mr. Roberto Regnauld Cauxois tradujo este libro al frances en 1616, advirtiendo que la obra orijinal era mui rara, i que los españoles habian hecho quemar todos sus ejemplares.

Hai efectivamente casos de prohibiciones de esta clase ordenadas por la corte española. Puede citarse, verbigracia, la de la *Historia del Perú* por Diego Fernández el Palentino, cuya circulacion en la América se impidió hasta el punto de que frai Juan Meléndez, autor de los *Tesoros Verdaderos de Indias*, podia decir en 1681 que aquel libro no se hallaba en el Perú, si bien es verdad que mas tarde se revocó este mandato por real cédula de 1729.

Pero jamas se dictó una resolucion semejante contra la *Historia Natural i Moral de las Indias*.

La aseveracion contraria de Regnauld es probablemente un arbitrio imajinado para dar importancia a su traduccion.

«A juzgar por el número de obras *in folio* que se publicaron (en Lima) en los siglos XVII i XVIII, dice el escritor peruano don Manuel A. Fuéntes en la *Estadística Jeneral de Lima*, puede asegurarse que en proporcion habia para los destinados a trabajos de imprenta mucha mas ocupacion que al presente.»

Para apreciar como corresponde la exactitud de la precedente observacion, seria preciso tener a la vista algun catálogo de las publicaciones mencionadas.

Entre tanto, se sabe que las impresiones ejecutadas en Lima, sobre ser mui caras, ofrecian las mayores dificultades.

Vivia en aquella capital hacia la segunda mitad del siglo XVIII un sabio i literato famosísimo, orgullo del Perú colonial, el doctor don Pedro de Peralta i Barnuevo.

Tuvo la gloria de ser citado con admiracion por el padre Feijoo en el *Teatro Crítico*.

Sabia con perfeccion ocho lenguas, en todas las cuales versificaba con notable elegancia.

Era humanista, matemático, médico, astrónomo, jurisconsulto, historiador de sucesos antiguos i modernos.

En una palabra, era un prodijio de talento i de ciencia.

Don José Dávila Condemarin ha consignado en el *Bosquejo Histórico de la fundacion de la Universidad de San Márcos de Lima* una

lista de las obras que Peralta i Barnuevo habia publicado en aquella ciudad hasta el año de 1773.

«1.° *Desvíos de la Naturaleza*, u oríjen de los monstruos: tratado físico-médico-teolójico; 2.° *Lima Triunfante;* 3.° *Imájen Política*, o gobierno del virrei obispo de Quito; 4.° *Causa Académica;* 5.° *El Júpiter Olímpico:* certámen para el recibimiento del virrei arzobispo de la Plata; 6.° *El Teatro Heroico:* otro para él mismo en su segundo gobierno; 7.° *Dos Oraciones* dichas al claustro de la real universidad de Lima en su eleccion i reeleccion de rector; 8.° *Panejírico* dicho por el autor al príncipe de Santo Bono, siendo tal rector; 9.° *Observaciones Astronómicas* en latin; 10.° *Panejírico al cardenal Alberoni* en toscano en octavas; 11.° *Templo de la Fama Vindicado* en defensa del virrei arzobispo; 12.° *Dialogo de la Justicia i la Verdad:* manifiesto por el mismo; 13.° *Júbilos de Lima*: relacion de las fiestas reales en celebracion del casamiento del rei don Luis I; 14.° *Relacion de las exequias del duque de Parma*; 15.° *Galería de la Omnipotencia:* certámen para la solemnidad de la canonizacion de Santo Toribio, arzobispo de Lima; 16.° *Canto Panejírico* en octavas i otras poesías al tiro del príncipe contra el toro que mató; 17 *Historia de España Vindicada:* dos tomos en folio, estampados; 18 El poema *Lima Fundada*; 19 *Alegacion Juridica* en defensa del oficio de contador de cuentas i particiones.»

Como puede notarse, el título solo de muchas de estas producciones advierte que eran simples folletos.

El señor Dávila Condemarin enumera otras diez i ocho obras, orijinales o traducidas, que Peralta i Barnuevo conservaba inéditas.

I luego agrega: «No ha impreso el autor mayor número de obras matemáticas i de jurisprudencia por su grande costo i poco espendio en el país.»

Esta frase evidentemente está copiada de algun documento contemporáneo, del cual el señor Dávila Condemarin sacó los datos que quedan espresados.

Ahora bien, es por cierto bien significativo que el escritor mas popular i admirado del Perú en la época colonial, no pudiera darse la satisfaccion de imprimir sus composiciones, porque los productos no compensaban los gastos.

Esto nos permite colejir lo que sucederia a otros ménos reputados.

Don Juan María Gutiérrez dice haber visto en un catálogo una obra impresa en Guatemala el año de 1667.

Eguiara i Eguren menciona un sermon de frai Alfonso de Ortega,

publicado en dicha ciudad el año de 1673 por la «imprenta de José Pineda de Ibarra.»

Sin embargo, es cosa averiguada que los establecimientos tipográficos en toda la época colonial fueron en aquella comarca mui insignificantes i desprovistos de materiales.

Don Juan María Gutiérrez, autor de la *Bibliografía de la primera imprenta de Buenos Aires*, ha sido un historiador mui competente de la introduccion del arte de imprimir en las rejiones del Plata.

Los jesuitas imprimieron en las misiones del Paraguai entre los años 1705 i 1727, una serie de libros doctrinales, gramáticas i diccionarios de la lengua guaraní.

Tuvieron tambien en la ciudad de Córdoba del Tucuman una imprenta, donde salió a luz una publicacion correspondiente al año de 1766, que se ha conservado hasta ahora.

Dicha imprenta de Córdoba fué trasladada a Buenos Aires con materiales para imprimir solo un pliego de papel comun.

Este establecimiento, que fué aumentándose poco a poco, tomó el nombre de *Imprenta de los Niños Espósitos*.

El primer producto que salió de sus prensas se titula: *Representacion del cabildo i vecinos de la ciudad de San Felipe de Montevideo*— 1781.

Se presume que la imprenta fué introducida por los jesuitas en Santa Fe de Bogotá el año de 1738.

Sin embargo, la primera impresion ejecutada en ella que se conoce es una hoja de papel a cuyo pié se lee: «En Santa Fe de Bogotá. En la imprenta de la Compañía de Jesus. Año de 1740.»

Existen, ademas, una vida de la monja Sor Francisca Castillo, dada a luz en 1746; una providencia del visitador Piñéres, en 1770; una inscripcion conmemorativa de la ereccion del templo de las Capuchinas en 1783.

Don José María Vergara i Vergara dice en la *Historia de la literatura en la Nueva Granada*, que «la imprentilla que habian introducido los jesuitas habia producido novenas i patentes de cofradías, oraciones i jaculatorias.»

«Igual suerte, agrega, corria otra pequeña imprenta que acababa de importar de España (hacia 1783) don Antonio Espinosa de los Monteros.»

Sin embargo, en esta última apareció el 31 de agosto de 1785 el primer periódico de Nueva Granada.

En 1787, se dió a la estampa el primer libro impreso en Bogotá: *La Historia de Cristo Paciente*, traducida del latin al castellano por el

doctor don José Luis de Azuola i Lozano, i publicada en la *Imprenta Real* de don Antonio Espinosa de los Monteros.

Los que han tenido ocasion de examinar esta obra aseguran que su edicion es limpia i elegante, igual a las que se hacian en España.

Por entónces comenzó a figurar en la Nueva Granada el célebre patriota don Antonio Nariño.

Habiendo éste establecido en Bogotá una nueva imprenta, la puso bajo la direccion de don Antonio Espinosa de los Monteros.

En ella, Nariño tuvo el arrojo de dar a luz a principios de 1794 los *Derechos del Hombre*, proclamados en Francia, los cuales habia traducido al castellano.

La obrita comenzó a circular misteriosamente.

El 20 de agosto de aquel año fué delatado al virrei este hecho escandaloso i por demas alarmante.

Sin pérdida de tiempo, se levantó el correspondiente proceso, que dió por resultado la condenacion del autor don Antonio Nariño, del abogado que le habia defendido don José Antonio Ricaurte i del editor don Antonio Espinosa de los Monteros a diez años de presidio en Africa, a confiscacion de todos sus bienes i a estrañamiento perpetuo de América.

Ademas se mandó quemar por mano del verdugo el tomo de la *Historia de la Asamblea Constituyente de Francia*, del cual Nariño habia traducido los *Derechos del Hombre*.

Despues de muchas penalidades, Nariño logró escaparse.

Ricaurte i Espinosa murieron presos en Cartajena, aguardando que el monarca determinara definitivamente sobre su suerte.

La primera impresion hecha en Quito de que tengo noticia (la cual indudablemente no es la mas antigua) es la de un *Edicto Pastoral* del ilustrísimo señor don José Pérez Calama, obispo de San Francisco de Quito, fechado en Ambato a 4 de diciembre de 1790 «sobre varios puntos de literatura eclesiástica i civil.»

Aquel prelado, cuyo amor a la instruccion era ploclamado por todos, ofrecia diversos premios a los que realizasen ciertos trabajos indicados por él.

El objeto de algunos de estos certámenes es curiosísimo, como va a verse.

El señor Pérez Calama proponia cincuenta pesos de premio «al panadero o panadera que haga i nos presente pan de trigo, del que aquí llaman *Pan de agua*, que esté *bien amasado, bien fermentado i bien cocido*, de suerte que en su interior forme ojos, i su migajon se desmenuce fácilmente en mui pequeñas migajas, sin que en manera alguna

se apelmace, que son las cualidades caracteristicas del mejor pan i mas saludable.»

El prelado invitaba «a que se le presentase una ilustrada memoria científica en idioma castellano, terso i brillante, sobre el artículo de *Lo mui útil i conveniente que es, no solo a la modestia i decoro cristiano, sino a la salud corporal, i ilustrada civilidad i policía, el que en cada casa haya retrete o lugur separado para las indispensables superfluidades, cuyo lugar tiene en esta provincia el nombre de Casillas, i en nuestra lengua castellana pura i neta se esplica con la modesta voz de Necesarias, cuyo epíteto demuestra i convence cuanto se podia decir sobre la enunciada materia.*» El obispo prometia que haria imprimir a su costa una memoria de esta especie; que cederia todo el producto para el autor; i que distinguiria a éste con todos los favores i beneficios que pudiera.

Entre los otros temas propuestos, referentes a cuestiones de disciplina eclesiástica, es todavía notable el que sigue: «Una memoria en castellano terso que imite al de Solis sobre que el español, europeo o americano, que desee ser perfecto i consumado latino debe poseer en grado sublime por teórica i práctica científica nuestra lengua castellana, la que en sentir de Mr. Pluche, frances, excede en muchos quilates a la francesa.»

Por influjo del obispo Pérez Calama, el presidente del reino de Quito don Luis Muñoz de Guzman, que debia morir años mas tarde ejerciendo igual cargo en el reino de Chile, organizó una sociedad de las personas mas ilustradas de aquella ciudad, denominada *Escuela de la Concordia*, a cuya cabeza se puso el referido prelado.

Esta asociacion se instaló el 30 de noviembre de 1791.

Inmediatamente, el secretario de ella don Francisco Javier Eujenio de Santa Cruz i Espejo comenzó a redactar un periódico titulado: *Primicias de la cultura de Quito.*

Merece consignarse la circunstancia de que Espejo era un indio que se habia elevado en virtud de un mérito indisputable.

La imprenta se estableció en Carácas, capital del reino de Venezuela, a fines de 1808.

Por entónces, estaban realizándose en España los mas graves acontecimientos.

En tales circunstancias, el presidente de Venezuela don Juan de Cásas dió permiso para que se trajera a Carácas una imprenta, donde pudiera darse a luz un periódico que avivara el entusiasmo de los habitantes en favor del rei Fernando, i en contra del frances invasor.

El intendente don Juan Vicente de Arce fué el mas empeñado para remover los obstáculos que algunas autoridades superiores oponian a la realizacion del proyecto.

Los empresarios de la negociacion don Mateo Gallagher i don Jaime Lamb compraron en la isla de Trinidad una imprenta que el caudillo insurjente don Francisco Miranda habia llevado en la espedicion desgraciada que el año anterior habia intentado sobre Coro.

El 24 de octubre de 1808, apareció la *Gaceta de Carácas*.

Chile no consiguió poseer hasta el presente siglo una imprentilla en la cual solo podia componerse una corta esquela.

El propietario de este reducidísimo establecimiento tipográfico fué don José Camilo Gallardo.

La falta de imprenta hizo que los escritores chilenos tuvieran, o que conservar manuscritas sus obras, como sucedió con los mas, o que hacerlas imprimir en Europa, como el jesuita Alonso de Ovalle, o que hacerlas dar a luz en Lima, como lo ejecutaron algunos.

Entre estos últimos, merecen especial mencion el poeta Pedro de Oña, i el célebre jesuita Luis de Valdivia.

La mas antigua edicion de la primera obra del primer escritor nacido en Chile, lleva este título:

«Primera parte de Arauco domado, compuesto por el licenciado Pedro de Oña, natural de los Infantes de Engol en Chile—impreso en la ciudad de los Reyes por Antonio Ricardo de Turin, primero impresor en estos reinos, año de 1596»—en cuarto con el retrato del autor.

La segunda obra de largo aliento que escribió Pedro de Oña salió tambien de las prensas limenses. «Temblor de Lima del año 1609. En Lima por Francisco del Canto, 1609.»

Este librito en cuarto menor contiene, no una descripcion prosaica de la catástrofe, sino un poema como el precedente.

No es estraño que Pedro de Oña, el cual habia fijado su residencia en Lima, imprimiera allí sus producciones; pero eran tan escasos i tan costosos los medios que habia para hacerlo, que mandó imprimir en Sevilla el año de 1639 el poema titulado *Ignacio de Cantabria*.

El padre Valdivia dió a luz en Lima las obras que siguen:

«Catecismo en lengua alentina, 1602,» en 12°.

Esta lengua era hablada por los indios de Cuyo.

«Arte i gramática jeneral de la lengua que corre en todo el reino de Chile, con un vocabulario i confesonario. Lima, Fr. Canto, 1606,» en 8.°

«Arte gramática, vocabulario, etc., en lengua chilena i en las dos

lenguas alentina i milcocayac, que son las mas jenerales de la provincia de Cuyo, i que hablan los indios guarpes i otros. Lima, 1607 o 1608,» en 8.°

Don Antonio de Leon Pinelo, al mencionar esta obra en el *Epítome de la Bibliotheca Oriental i Occidental*, denomina a las lenguas mencionadas allentrac i milocayac.

«Relacion de la entrada en Chile para apaciguar los rebeldes. Lima, 1611,» en folio.

Los autores de la *Bibliotheque des ecrivains de la Compagnie de Jésus* aseguran haber visto otra obra del padre Valdivia en 12°, cuyas primeras hojas estaban arrancadas. Por las hojas que existen, aparece que es una gramática de la lengua chilena, i un vocabulario chileno-castellano.

El autor advierte en una nota que la otra parte, esto es, el vocabulerio castellano-chileno, será mas voluminosa.

El librito trunco contiene ademas un breve catecismo, i dos cánticos titulados: «Coplas para cantar despues de la doctrina a Nuestro Señor Jesucristo, i a Nuestra Señora para despedirse en acabando la doctrina.»

A fines del último siglo, en 1783, el domínico chileno frai Sebastian Diaz imprimió tambien en Lima la *Noticia Jeneral de las cosas del mundo*.

La primera imprenta, digna de este nombre, llegó a Chile en noviembre de 1811.

Se instaló en Santiago a principios de 1812.

La primera publicacion que se hizo en ella fué la del prospecto del periódico *Aurora de Chile*, en el cual no se designó el dia.

El primer número de la *Aurora* salió a luz el 13 de febrero de 1812.

La primera obra que se publicó fué una reimpresion del *Prontuario o Estracto del ejercicio i evoluciones de la caballeria por el marques de Sobremonte*, 1812.

La segunda fué mas importante, a saber, la reimpresion del libro que el mejicano don Servando Teresa Mier dió a la estampa en Lóndres bajo el título de *Carta de un Americano al Español sobre su número XIX*.

La portada de esta reimpresion designa como fecha de ella el año de 1812; pero por un aviso inserto en el número 9 de la *Aurora de Chile*, se ve que no salió hasta el 14 de marzo de 1813, aunque debió comenzarse la edicion en 1812.

Don Ramon Briseño no ha mencionado esta obra en su prolija *Estadística Bibliográfica de la literatura chilena*, 1862.

La esposicion precedente manifiesta que la imprenta vino a instalarse con algunos elementos en la mayor parte de las secciones hispano-americanas solo en el último tiempo del período colonial.

En algunas de estas provincias, o reinos, puede decirse que no la hubo.

Las dos únicas excepciones son Mejico i el Perú.

En estos imperios mismos, las impresiones eran caras i dificultosas.

Ademas, el injenio humano estaba obcecado por la ignorancia mas crasa.

Los hombres privilejiados que podian sobreponerse al mas embrutecedor de los sistemas eran todavía amordazados por la censura previa del gobierno i por la vijilancia suspicaz del tribunal del Santo Oficio.

Siendo todo esto así, es asombroso que las naciones hispano-americanas hayan podido ya recorrer tanto espacio por el camino de la civilizacion.

Los pensadores imparciales que examinen los obstáculos de todo jénero que han debido vencer para ello no pueden ménos de hacerles la mas cumplida justicia.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

EL ANONIMO

FÁBULA

Allá en tiempos de entónces
I en tierras mui remotas,
Cuando hablaban los brutos
Su cierta jerigonza.....

IRIARTE.

I

Allá, pues, allá en la aldea de B*** tenia gran celebridad i clientela el Doctor Martin, mono memorialista, un si es no tinterillo, que con tanta soltura redactaba un billete en papel timbrado por encargo de algun Lovelace o Damisela, como estendia una carta rogatoria a peticion de parte, o se presentaba en estrados acusando en rebeldía, o, en fin, alegando en favor de alguna estraviada criatura en demanda de alimentos por... por no se qué intriguillas misteriosas que habia contribuido a atizar el mismísimo Doctor, prestándose a redactar sus decidores e insinuantes billetes que trastornaban el cerebro de las muchachas que residian a una o mas leguas a la redonda.

El Doctor era pues mui conocido, i lo que es mas aun mui estimado. Jamas desatendia a las personas que se presentaban en su bufete en solicitud de sus servicios, i se sabia dar tiempo para atender con esmero i prontitud a su honradísima clientela.

Ayer era una recatada Zapaquilda que con lánguidas miradas i voz meliflua pedia ser representada en un juicio, que pensaba promover contra ciertos galanes nocturnos que la habian privado del sueño, escandalizando sus oidos con requiebros poco pulcros i decentes; hoi un Castor enviándole poder para querellarse de oficio contra

cierto pariente—que bajo el pretesto de inaugurar su casa—le habia inferido graves perjuicios en la suya, etc., etc.

El Doctor Martin, prévio un anticipo que exijia para atender a los primeros gastos que demandara el pleito, se encargaba de iniciar los espedientes i ajitar los trámites conforme a derecho, dando seguridad a sus clientes sobre el buen resultado de sus pretensiones.

Las lenguas viperinas decian que en los malos tiempos el Doctor se hacia de recursos impulsando conciencias poco escrupulosas a cometer atentados contra personas pudientes, promoviendo así cuestiones que le dejaban un buen beneficio, pues él—como abogado de moda i de prestijio—era el obligado defensor.

Sea de esto lo que se quiera, el Doctor Martin gozaba en jeneral de mui buena reputacion.

Frisaba en los 35 años de su edad, i parecia tener 40 a favor de unos anteojos que nunca desmontaba de su nariz. Su mirar era grave, su andar digno i reposado, afirmándose siempre en un grueso baston de avellano. Sus émulos decian que esa gravedad era afectada, pues mas de una ocasion le habian visto correr ájil como una liebre en persecucion de damas de no mui buena reputacion, i que entónces no habia hecho uso del baston ni llevaba los clásicos anteojos.

Aunque se decia en el pueblo que eran calumnias, nosotros nos inclinamos a creer que el Doctor Martin tenia sus ribetes de bellaco.

II

A la caida de una tarde, el bueno del Doctor se paseaba de arriba a abajo en su reducido gabinete, iba a su mesa, confrontaba legajos, sorbia un polvo de rapé, o se quedaba por momentos como abstraido en graves meditaciones; era evidente que le preocupaba algun negocio de entidad, o que tenia por lo ménos la costumbre de aparentar urjentes e importantes tareas.

Iba a tomar la pluma para hacer anotaciones al márjen de un escrito, cuando divisó un enorme Lobo, con la piel erizada, los ojos sanguinolentos, la lengua colgante i espumosa, venirse a gran trote con evidentes intenciones de dirijirse a su domicilio.

Acostumbrado al trato de jente mas pacífica, Martin dió señales de inquietud i desasosiego. Miró a uno i otro lado, se aseguró repetidas veces el sombrero, limpió los anteojos que conservó en la mano, i despues de adquirir la certidumbre de que le era imposible escusar una entrevista, de un salto trepó al postigo que le servia de tragaluz.

Momentos despues i sin mas ceremonia penetraba el recien venido

en el bufete de Martin, deteniéndose en mitad de la pieza, jadeante i ajitado por ese movimiento convulsivo peculiar en los cuadrúpedos que han hecho una larga i violenta carrera.

—¿El Doctor Martin? preguntó tan luego como pudo respirar.

—Para serviros, dijo el asustado mono sin soltar los barrotes del postigo.

—Vengo a hacer a Ud. una consulta.

—A mí..... una consulta?

—Sí, Doctor; pero a esa distancia no podemos conversar como quisiera..... Apénas puedo sacar la respiracion.

— Pierda Ud. cuidado; tengo un oido mui fino i mui...

—No importa; mi negocio es un secreto i no quisiera que personas estrañas se impusieran de él.

—Personas estrañas... Si estamos solos, por desgracia.

—¿Qué dice Ud., Doctor? Esto, al contrario, favorece en gran manera mis proyectos.

—¿En gran manera, eh? Pues no lo sabia, murmuró Martin, para quien no fué mui tranquilizador este preámbulo.

—En fin ¿quiere Ud. bajar? quiere Ud. oirme?

—Le diré a Ud. A estas horas acostumbro tomar el aire, i un cambio en mis hábitos perjudicaria mi salud.

—Iba Ud. a cerrar su estudio?

—Justamente, lo iba a cerrar, i a no ser por esta circunstancia....

—Ya, ya entiendo.

—Me alegro, i como hai otros memorialistas...

—No me hable Ud. de esos belitres. Todos juntos no valen un grano de anis.

—Yo entendia...

—Pues entendia Ud. mal.

—Ahora que oigo la opinion de un señor tan respetable...

—Es evidente. Cuando digo que no me han sacado del apuro....

—Ya, pero estuvo Ud. con ellos?

—He dicho que sí.

—I han quedado en perfecto estado de salud?

—Quiénes?

—Los memorialistas.

—Ya lo creo. ¿Qué razon habia para que no lo estuvieran?

Fué tan injenua la contestacion del Lobo, que Martin, gran fisonomista i conocedor de los instintos i travesuras de esa raza perversa, se tranquilizó en cuanto a las intenciones que le hicieran en un principio temer por su pellejo.

No habia duda; colérico el Lobo con algun lance desgraciado, no pensaba en inferirle perjuicio alguno, pendiente tan solo de sus ideas de venganza.

Dió en consecuencia a su fisonomía un aire risueño, i dijo con insinuante entonacion:

—Iba a cerrar mi estudio, a suspender mi trabajo, es mui cierto; pero yo, caballero, soi hombre que sé sacrificarme por los amigos.

—Doctor, seria Ud. tan amable?...

—I espero por otra parte ser mas feliz que mis colegas.

—Es Ud. todo un hombre, un verdadero sábio, dijo el Lobo con trasportes de alegría que se manifestaron en su rostro por un fruncimiento de cejas i un crujir de dientes como si estuvieran deleitándose en la carnicería.

El mono descendió ájilmente del tragaluz, calóse los anteojos, i dando a su fisonomía un aire majistral,

—Le escucho a Ud., dijo.

—Recojió el Lobo en su hocico la jadeante lengua, i comenzó por decir:

—Donde Ud. me ve Doctor, soi casado.

—Bien, mui bien; eso prueba que es Ud. juicioso, amigo del órden, ajeno al libertinaje, i que el vecindario tendrá en Ud. un modelo de moralidad i de buenas costumbres. Si Ud. supiera cuantos mocitos, que con buena direccion i buenos instintos hubieran llegado a ser hombres de mérito, perdieron sus mejores dias en infames placeres, en vergonzosos pasatiempos, llegando a ser, al fin, el escándalo del mundo i el terror de los viajeros! Pse! Las cárceles atestadas de esos infelices darian a Ud. elocuentes testimonios de mis palabras.

Aunque el Lobo no comprendiera en toda su latitud la retórica del astuto Doctor, que queria a toda costa captarse la benevolencia de su oyente, entendió por lo ménos que se le lisonjeaba, i repuso con tono jenial:

—Los dioses, caballero, bendijeron nuestra union, dándome seis hijos que cumplirán tres meses por agosto.

—I esos hijos habrán sacado algunos rasgos de su apreciable projenitor?

—Así dicen, caballero.

—Pues auto en favor de la fidelidad de su esposa.

—Con respecto a eso...

—Sí, sí, le entiendo a Ud., i como es costumbre jeneralmente admitida... Qué diablos! los casamientos entre nosotros no son por toda la vida. Adelante.

—Mi esposa quedó mui débil con el parto.

—Es consiguiente; i lobeznos... caramba!

—Quedó, pues, mui debilitada, i los hijos cada dia mas exijentes...

—¿Cómo es eso? se han rebelado contra la autoridad paterna los mui...

—No, Doctor, no he dicho eso.

—Esplíquese Ud.; yo me decia que siendo hijos de un señor tan apreciable...

—Dije exijentes, por cuanto las necesidades van haciéndose mayores cada dia. Ya se ve... Son tan crecidos los muchachos.

—Ahora me lo esplico; i la esposa débil para alimentar por sí sola a esos encantadores pequeñuelos...

—Justamente, i mui a pesar mio me ví en la precision de...

—Entiendo; hacia falta un corderillo para guisar un plato sustancioso.

—No es acaso justo, señor Doctor?

—Que si es justo? Es un deber imprescindible.... Alimentar la familia! Vaya!

—Resultó que escojí mal el momento.

—Cómo así? Pues se me figura que todos son a propósito.

—Nó tal, i si no díganlo mis hijares.

—Qué dice Ud?

—Que a la caida de una tarde me encaminé al redil de Fausto, el ovejero, i pasito a paso, ocultándome aquí, arrastrándome mas allá i haciendo no pocas veces el mortecino, logré situarme en un punto i a una distancia conveniente.

—I por supuesto que esa noche hubo racion para los niños?

—Qué habia de haber! lo que hubo fué que un mastin, un perrazo a quien confunda el infierno, advertido por la inquietud de las ovejas o por... ¡Si solo de pensarlo me condeno de rabia!

—Tranquilícese Ud.

—Sí, tranquilícese; mui fácil es decirlo. ¡Por el rabo de Belcebú! Cuando estiraba la garra...

—El mastin aquel...

—Se lanzó sobre mí como una furia, alcanzóme en los hijares, i si no doi un brinco de diez piés con la caricia, dejo ahí para siempre mi pellejo. Ah! yo me vengaré, quiero vengarme de ese infame perro, de ese.... ¡El tonto! teniendo las reses en sus uñas, anda hambriento, delgado como una lombriz i no es capaz de.... Vaya! Yo quisiera esterminarlos a todos, a todos sin escepcion, principiando por ese rústico.

—El ovejero Fausto?

—El mismo, pardiez! Yo le ví desde la falda del monte azuzar al perro para que me despedazara. «Mata-Lobos, le decia; corre, síguelo, acaba con él.» ¡Llamar al perro Mata-Lobos! Vea Ud! Dar a esos animales el nombre de las jentes, i de qué manera!! I tenga Ud. paciencia, no se encolerice!! Pero Dios me perdone! Creo que Ud. se rie, Doctor.

—Me rio, es cierto.

—I hace Ud. mui mal, la cosa no es para bromas, i si Ud. no se modera....

—No sea Ud. intratable; me rio de la jugada que vamos a hacerle a Mata-Lobos.

—Esplíquese, Doctor, i no olvide que...

—Entendido; yo me acuerdo de todo.

—Me refiero a que como mi mujer i mis hijos están desde hace dias a dieta rigorosa....

—Es justo que se les dé una comida abundante.

—Mui bien dicho.

—Qué otra cosa, si la salud es buena....

—I tanto, si Ud. viera....

—Lo presumo.

—I dice que....

—Vamos por partes. Vió Ud. a Mata-Lobos en buena armonía con las ovejas?

—A partir de un bocado.

—No observó Ud. preferencia por alguna de la manada?

—Por qué me lo pregunta?

—Despues, mas tarde lo sabrá.

—No sé decir... espere Ud.... Ya, ya me acuerdo. Durante el acecho lo ví al lado de una oveja de mui buen talante i mui bien parecida.

—Sus señas?

—Blanca como la espuma, a escepcion de una mancha negra en la mitad de la frente.

—Creo haberle oido decir que Mata-Lobos, a juzgar por su flacura, no parecia mui bien alimentado.

—Comiendo piedras estaria mejor.

—Ya no faltan elementos para obrar en debida forma.

—Debida forma! qué significa eso?

—Significa tener probabilidades de éxito.

—Es decir?...

—Que Ud. se vengará de Fausto i del perro, amen de una cacería abundante.

—Si alcanzara ese resultado....

—Tiene Ud. mi palabra.

Pronunció el Mono esta frase con tal aplomo i seguridad, que el Lobo en sus trasportes de alegría quiso estrechar a Martin entre sus brazos; pero sea por razones de modestia u otros motivos, el Doctor se opuso a ello con tenacidad i enerjía. Sacó de uno de los cajones de su mesa papel de esquela, i despues de algunos momentos de meditacion, escribió sin enmiendas ni tropiezos una carta cuyo contenido no damos desde luego al lector por mantener en suspenso su curiosidad.

—I es esto todo? preguntó el Lobo recibiendo la carta de manos de Martin, que le recomendó mui eficazmente la pusiera en la estafeta con toda puntualidad.

—Absolutamente todo, repuso Martin con sencillez.

—I puedo esperar el resultado?

—Con toda confianza.

—Tendré alimentos i....

—I cuanto le he prometido.

—No comprendo.

—Ni es necesario. Entre siete i ocho de la noche penetre Ud. en el redil de Fausto como en su cueva.

—Como en mi cueva!... I el Perro?

—Qué Perro?

—Mata-Lobos.

—Bah! Mata-Lobos está en lugar seguro, allá donde no puede hacer daño.

—No es posible!

—O pendiente de un árbol... Qué diantres! sobre este punto no tengo certidumbre.

— I todo por la virtud de este papel?

—Que manejado por mí no es la primera vez que hace milagros.

Miró el Lobo a Martin por si lo estaba burlando; pero no viendo nada que se lo hiciera presumir, determinó no desviarse de la indicacion del Doctor i aguardar con fé los resultados.

—Ahora no falta otra cosa que arreglarnos sobre mi honorario, dijo Martin, viendo que el Lobo se disponia a marchar.

—Eh? su honorario?

—Pues, i con 50 pesos...

—Con qué frescura lo dice! 50 pesos! De dónde quiere Ud. que los saque?

—No es mia esa incumbencia.

—Mia es entónces?

—Ya lo creo.

—Pues cree lo que no debe.

—Me parece....

—Tenemos distintas opiniones.

—Cuando se solicitan los servicios de una persona, debe tenerse con qué cubrir su honorario.

—Yo no me entiendo de esa suerte: entre amigos...

—Devuélvame la carta.

—I mi mujer i mis hijos?

—Que se los lleve el...

—El diablo! dígalo, Doctor, dijo el Lobo sonriendo con mofa i largándose a todo trote camino de la estafeta.

—Miserable! ladron!! gritó Martin zapateando de cólera. No haber un policial, nadie a quien pedirle auxilio!

I de pronto:

—Si aun fuera tiempo..... Nó, el correo está léjos.... No importa, mañana no será tarde.

I apresuradamente redactó una segunda carta que tiró sobre la mesa.

III

En lo mas fragoso de la montaña, allá en una sombría caverna, una escuálida Loba rodeada de sus cachorros i con el oido atento, parecia espiar con visibles muestras de impaciencia los rumores de la selva.

Despues de un rato de observacion debió percibir algo de particular, porque sus orejas se empinaron, dió varias vueltas casi jirando sobre sí misma sin importarle pisar los Lobeznos que la seguian en persecucion del líquido alimento, se sentó un instante sobre sus piés traseros, i luego, dando con precaucion algunos pasos hácia la abertura de la caverna, dió un ahullido ténue pero prolongado.

Otro ahullido contestó al suyo. La Loba entónces se aventuró en la llanura a gran galope, dejando a su cria diseminada en distintas actitudes por el camino.

—¡Vaya una madre brutal! dijo uno de los Lobeznos que al desprenderse de la ubre dió tres saltos mortales por el suelo. Si así como

caigo en blando aflojo el hocico a la bajada del monte, la misma que me rompe el espinazo.

Sacudióse lo mejor que pudo i así gruñiendo i cojeando trepó a su cubil.

La Loba entre tanto se habia unido a su compañero, que no era otro que el cliente de Martin.

—I bien, dónde están los bastimentos? fué su primer pregunta.

—Esta noche, queridita, los tendrémos en abundancia.

I seguidamente narró su caza desgraciada i su conferencia con el erudito Mono.

—Tonto! tres veces tonto! ahulló la Loba que con dificultad se habia contenido durante la narracion. No comprendes que el tunante de Martin te ha burlado como a un inocente?

—Crees tú....

—Yo creo que no tienes de Lobo sino la piel. Sabes lo que habria hecho en tu lugar? Lo sabes?

—Si no me lo esplicas...

—De veras que me das lástima! dijo la fiera lanzando a su marido miradas centelleantes.

—Pero qué habrias hecho?... Veamos...

—El Doctor a estas horas estaria sirviendo de desayuno a mis pequeños....

—Mujer!

—Mujeeer! repitió la Loba remedando a su marido. O piensas que es indijesta la carne de monos eruditos? Bah! Con un lobo como tú no pasaré sino miserias, i en primera oportunidad....

—Me lo dices a mí, vas a ver si yo....

—I qué! contestó la rabiosa Loba erizando su lomo i mostrando sus colmillos.

—Nada, contestó el Lobo subyugado por esa actitud; que esta noche daremos una ojeada por el redil de Fausto, i que si vemos las orejas del mastin, nos iremos a decirle dos palabras en secreto al Doctor. ¿Qué te parece?

La Loba, sin dignarse responder, tomó poco a poco el camino de su cueva.

IV

En la falda de una colina i en una rústica choza cenaba Fausto al lado de un buen fuego, único lujo de que pueden disponer esos infelices. Mata-Lobos, de pié i a una distancia respetuosa, se-

guia con ojos ávidos el movimiento de las mandíbulas de su señor, esperando que algun hueso viniera a recompensarle de las faenas del dia; pero Fausto no habia encontrado hasta entónces bocado de desecho que arrojar a su perro, que ni aun gruñia para hacerse presente i pedir una parte del modesto festin. Acostumbrado a la miseria, era sobrio hasta lo increible, i mas de una vez le aconteció pasarse dias enteros sin mas alimento que el agua de los manantiales, no siendo tales pequeñeces motivo para que Mata-Lobos se mostrara ménos afectuoso ni ménos leal con su señor. Al contrario, comprendiendo con su instinto maravilloso que estos forzados ayunos alcanzaban tambien a Fausto, era en esos dias para con él mas tierno i cariñoso. Si satisfechas las necesidades de su estómago le aconteció alguna vez marcharse al redil sin dar a su amo las buenas noches, en los dias de prueba sabia darse un segundo de tiempo para venir a lamer las manos de Fausto si despierto, i moverle cariñosamente la cola si dormido: tal era Mata-Lobos.

Esperando estaba su racion, que llevaba visos de desvanecerse, cuando el cartero (un mono, caballero en una avestruz que dejó prudentemente a la puerta), hizo resonar sus espuelas en los guijarros del corral.

—Qué hai? preguntó Fausto incorporándose.

—Una carta, dijo el Mono correo hojeando el paquete de la correspondencia.

—A mí una carta! murmuró Fausto sorprendido.

—I franca de porte.

Cojióla Fausto con timidez, i dijo dándola vuelta entre sus manos:

—Pues no sé quien me escribe!

I como viera al Mono de pié como un centinela, echó mano al bolsillo, i uno a uno enteró cinco centavos que recibió el cartero jirando militarmente sobre sus talones, i yendo en busca de su alado corcel, i a trote largo emprendió el camino estimulado por la única espuela que calzaba el Mono en su pié derecho.

Fausto suspendió su cena, abrió la carta i su primera dilijencia fué buscar la firma. No la tenia; era un anónimo.

No sin recelo emprendió su lectura, i a medida que avanzaba fué palideciendo, hasta que con la última frase largó un juramento.

—Es imposible, murmuró. I luego mirando fijamente a su perro:

—¡Quién sabe! el mui bribon podria..... Nó! volvió a decirse, no puede ser. I dió segunda lectura a la misiva.

Mata-Lobos que notó el desasosiego de Fausto, i mas que todo la suspension de la cena, cosa incomprensible para él, dió un bostezo, i

queriendo dar una vuelta por el redil confiado a su cuidado, iba a tomar la puerta, cuando le dijo Fausto:

—Aquí, Mata-Lobos, aquí.

Mata-Lobos puso la pata en la rodilla de su amo i esperó.

—Seria la última!.. murmuró Fausto en voz baja. I poco despues:

—A cuidar de las ovejas, pronto!

Mata-Lobos no se hizo repetir la órden.

En un momento salvó las dos cuadras que mediaban entre el redil i la choza.

—No sé qué he visto en la cara de ese hipócrita, decia Fausto atizando con furia la fogata; no sé lo que he visto.

I por tercera vez emprendió la lectura del anónimo que decia así:

Señor don Fausto Cordero.

Su casa etc., etc.

Mui señor mio:

Un amigo que tiene motivos para interesarse particularmente por Ud., se conceptúa en el deber imprescindible de poner en su conocimiento que Mata-Lobos, a pesar de su esterior leal i honrado, es un pícaro que no tardará en inferirle perjuicios de consideracion si no toma medidas serias i eficaces.

Hace tiempo que Mata-Lobos se queja de la pésima alimentacion que recibe en cambio de un largo i penoso trabajo. Ayer mismo, a favor de unas copas que le hizo beber un amigo (pues Mata-Lobos se da arbitrios para visitar la taberna), confesó el abominable crímen de estar resuelto a cenarse esta noche una oveja i de tiempo atras estimula su apetito.

Esta oveja es perfectamente blanca, con escepcion de una mancha de color sobre la frente.

En vista de estos datos que puedo garantir si fuera preciso, la prudencia le aconseja a Ud. tomar medidas preventivas que le pongan a cubierto de las sanguinarias intenciones de este malvado. Si me fuese permitido avanzar un consejo, le diria a Ud. que colgara a Mata-Lobos del primer árbol del monte i le dejara ahí para escarmiento de su raza; pero si Ud. no se resolviera a tomar esta determinacion por dudar acerca de la efectividad de mi denuncio, le ruego mui encarecidamente, no guiándome otro móvil que la amistad—que encierre esta noche a Mata-Lobos en un lugar seguro, que mañana por poco que le observe, tendrá ocasion de convencerse de la efectividad de mi palabra.

Como me consta el cariño que Ud. profesa a Mata-Lobos, le acom-

paño mui de veras en el sentimiento que debe esperimentar al verse obligado a proceder de un modo tan ejecutivo.

Consuélese Ud.; tarde o temprano debia tener conocimiento de este hecho, i se le advierte cuando aun es tiempo de prevenir males de consideracion.

De Ud. un sincero amigo que guarda el incógnito por motivos particulares.

P. D.—A última hora se me ha confirmado cuanto dejo espuesto. De nuevo le recomiendo la horca o el encierro para con su desleal servidor. Un momento de debilidad puede comprometerlo para con sus patrones, que le harán cubrir con su salario i a peso de oro el importe de la oveja.—Vale.

—Ah! Mata-Lobos! quién lo creyera! decia Fausto estrujando la carta entre sus manos; tan leal ayer, i hoi.... Puede que se haya equivado mi incógnito amigo.... pero nó.... las señas son mui precisas: en los alrededores nadie tiene una oveja perfectamente blanca con una mancha en la frente.... Es cierto, no hai que dudarlo.... El bribon! es verdad que el alimento no es abundante. Tengo yo la culpa? es acaso mi mesa mas suntuosa? Esto es hecho! Cuelgo al mui pícaro del primer árbol... ¡A Mata-Lobos! a mi perro!... nó, no es posible, me faltaria el valor.... Qué hago en esta alternativa? Por lo ménos el encierro.... sí, el encierro por lo ménos. Mañana lo vijilaré, i si sospecho.... Veremos entónces si los buitres tienen o no festin con mil lejiones! dijo Fausto dando tan violento golpe sobre la mesa, que la fuente i el pan fueron a rodar por el suelo.

Sin fijarse en este descalabro, se envolvió en su manta i salió resuelto a espiar a Mata-Lobos en el redil.

V

Obediente a la órden de su amo, metióse Mata-Lobos en medio de las ovejas, dando bostezos de a vara i lamiéndose los labios para hacer fé que la cena no habia sido ilusoria. Como de costumbre, fué a sentarse cerca de su favorita, la oveja de mancha oscura en la frente. La pobre tenia una cara tan aflijida que lo notó Mata-Lobos a pesar de su distraccion.

—Qué tienes? le dijo con interés.

I como la oveja guardara silencio,

—Te han comido la lengua que no respondes?

—No se encolerice Ud., señor Mata-Lobos.

—Señor! de cuando acá me hablas con esa política?

—Como parecias tan enojado.

—Tengo mis razones. Dime, pues, lo que tienes.

—Anoche....

—I bien, qué hubo anoche?

—Murió!... dijo la Oveja pensando.

—Ya, ya sé; pobre pequeñito. No tengas pena, ya tendrás otro.

—No es posible olvidar así.... un.... un hijo.

—Qué nó! todo es posible cuando se tiene el vientre lleno, i tú has pastado hoi que era un gusto.

—Es preciso conservarse.

—Lo mismo digo yo, canario! i si mañana no tengo desayuno, serán venticuatro horas que me paso en blanco.

—No has cenado todavía?

—Sí, hija, sí; he cenado agua a pasto i te quiero mui de veras para recomendarte el mismo réjimen.

—Es posible que tu amo....

—Chiton, queridita; es preciso hablar del amo con mucho respeto, entiendes? Cuando no me ha dado cena, sus buenas razones habrá tenido.

—Sabes que me ocurre una idea?

—Si es sobre el mismo asunto....

—De tu cena.... qué tiene eso de malo?

—Nada, sino que me avivas el apetito.

—I si yo puedo satisfacerlo?

—Tú? Es gracioso. I Mata-Lobos se echó a reir. Tú pareces inocente, por no decirte otra cosa: que dijiero la yerba como un anacoreta.

—I quién habla de yerbas!

—Qué otra cosa podias proponerme? I aun eso...

—No es mia, ya lo sé.

—Entónces no se hable del asunto.

—Nó, que me has de oir.... Dime te acuerdas cuando eras pequeñito?

—Sí que me acuerdo, habias perdido como ahora un hijo cuando me dió a luz mi madre, i tú sin conocerme me diste de mamar hasta que estuve crecido.

I Mata-Lobos, lamió a la Oveja que lo dejó hacer mui ufana de la ternura que le atestiguaba su hijo adoptivo.

—Pues bien, ahora como entónces he perdido a mi hijo; i creo que acordándote de tus buenos tiempos....

—Cómo! me ofreces....

—Mi leche, sí, i de mui buena voluntad.

—Pero es un robo!

—A quién? Vamos, tonto! dijo la Oveja tendiéndose en lo mas oscuro del redil, pues tenia su vergüencilla en dejarse mamar por un muchacho tan crecido como Mata-Lobos.

—Mira.... si aun no me atrevo, dijo éste resistiéndose de esa manera particular de los que desean ser convencidos.

—I por qué, cuando bien mirado me harias un servicio?

—Lo dices de veras?

—Ya lo creo.... dicen que es perjudicial tener leche así sin cria como estoi yo.

—Entónces me decido....

—Sin trep....

Un violento ataque del famélico Mata-Lobos cortó la palabra a la Oveja que se mantuvo quieta, mirando con placer a su ex-hijo i su actual defensor mamar como si no hubiera en su vida hecho otra cosa.

VI

Esprimia Mata-Lobos la última gota de leche cuando un grito de Fausto lo hizo ponerse de pié como movido por un resorte.

Sorprendido infraganti i reconociéndose culpable, se arrastró sobre el vientre; i con la cabeza baja, la mirada humilde i azotando el suelo con su cola esperó el castigo.

Fausto, que percibió el grupo de la Oveja i del Perro levantándose al mismo tiempo, i pendiente como estaba del denuncio, creyó que Mata-Lobos se disponia a devorar la Oveja sin esperar aun se hicieran mas sensibles las sombras de la noche. Lanzando un juramento de indignacion cojió a Mata-Lobos por el cuello, i arrastrándolo lo condujo fuera del redil.

—Miserable! decia miéntras caminaba; voi a hacer contigo un escarmiento, voi a ahorcarte.... vas a ver....

Mata-Lobos lanzaba ahogados jemidos i no trataba defenderse, aunque a su juicio el pecado no era tan grande para merecer ese cruel castigo.

Cuando llegó a la choza, Fausto descargó sobre Mata-Lobos un chubasco de puntapiés diciéndole:

—No te ahorcaré ahora; no, no quiero.... Mañana a la salida del sol i a la vista de las ovejas te he de hacer bailar la maroma.

I finalizando su amenaza con otro chubasco de caricias de la misma

suavidad i de la misma lei, le encerró dando doble vuelta a la llave que guardó en el bolsillo.

Colérico aun i lanzando imprecaciones se dirijió al redil resuelto a velar hasta el siguiente dia, el último de Mata-Lobos, aunque no hallara reemplazante.

—Los Perros! esclamaba; vengan los Naturalistas a hablarme de su fidelidad i de su.... Los farsantes! Se forjan allá en su fantasía un ideal, i luego lo refieren con una frescura.... Yo publicaré las gracias de Mata-Lobos i veremos si se atreven a desmentirme.

De pronto se detuvo.

Le pareció ver no mui distante una colosal serpiente deslizándose por entre las malezas. Despues un ahullido, i como si ésta fuera una señal, alzarse en forma de Lobo lo que creia una serpiente, i lanzarse al redil a tiempo que otro Lobo se dejaba ver por un punto opuesto.

Fausto quedó aterrado por un instante; mas reponiéndose al oir el angustiado balar de las ovejas, corrió a su choza, ahí donde estaba el único defensor posible en tan críticas circunstancias. Mata-Lobos, en su encierro, ladraba como un desesperado, i mordia i arañaba la puerta, pues el viento le habia traido en sus alas la nueva de la proximidad del enemigo. Cuando Fausto, trémulo de angustia i desesperacion, le abrió la puerta, lanzóse Mata-Lobos al redil mas rápido que una flecha. Contempló un segundo el destrozo de ese corral, poco ántes tan pacífico i tranquilo, divisó allá a la distancia dos puntos negros i en opuestas direcciones; jiró una vez sobre sí mismo no hallando por cual decidirse, i luego hendió el viento a la ventura salvando precipicios i zanjas para no desviarse de la línea recta. Corrió i corrió consiguiendo acercarse cada vez mas a su enemigo. El Lobo, cliente de Martin, estimulado por el miedo, logró dilatar la lucha a que se le provocaba, pero hubo un momento en que le fué indispensable volverse para no morir como un marrano.

Resguardó sus espaldas en una roca i esperó la acometida que no se hizo aguardar. El combate no fué largo, pero sí sangriento i digno de los tiempos heróicos. Los dos enemigos se estrecharon, se repelieron i rodaron varias veces por el polvo, confundidos en un abrazo de muerte.

Despues de una de estas caidas, uno solo de los combatientes se levantó: era Mata-Lobos cuyo triunfo iba talvez a costarle la vida.

Una feroz dentellada recibida en el cuello le hacia manar abundante sangre.

El noble Perro miró a su alrededor por si habia enemigos que combatir; pero viendo el campo suyo resolvió emprender el camino de

su casa. Solo entónces conoció que las fuerzas iban a abandonarle. Emprendió, no obstante, su marcha ahogando los gritos de dolor que le ocasionaban sus heridas.

VII

A las ocho de la mañana del siguiente dia, Fausto, con una nueva carta en la mano, echaba maldiciones por esa boca que era un horror. Era la tal carta la segunda que escribiera Martin cuando el Lobo se negó a satisfacerle su honorario.

En aquella le insinuaba que no creyera una letra de una comunicacion que debia haber recibido en la noche anterior, pues eran astucias de un enemigo encubierto para alejar a Mata-Lobos i cebarse en el ganado; que redoblara su vijilancia i estuviera preparado para un ataque.

—Bestia de mí! decia Fausto, que dando crédito a un infame anónimo, tuve sospechas de mi noble Perro; le dí de puntapiés sin misericordia, i al presente.... Quién sabe! Cuando no ha vuelto, los Lobos lo habrán despedazado como a mis ovejas!

I Fausto se arrancaba sin miramientos los pelos de la barba i pataleaba como un furioso.

Un quejido lastimero vino a sacarlo de sus arrebatos.

Abrió la puerta, pero retrocedió instantáneamente como acometido por un vértigo. Ahí, en los umbrales, estaba Mata-Lobos, sangriento i espirante....

Fausto cerró los ojos para no ver ese espectáculo, i dos lágrimas ardientes rodaron por sus mejillas.

—Perdon, amo mio, articuló penosamente Mata-Lobos; anoche, hostigado por el hambre, robé la leche de una oveja.... Dios sabe que me arrepiento de mi crímen.

Fausto, incapaz de articular una palabra, puso la mano en el hocico de su Perro, que aun tuvo fuerzas para lamerla, i espiró.

.....

VIII

Desde entónces se vió a Fausto siempre preocupado, siempre sombrío. Mas de una vez, a la luz del sol o de las hogueras, le vieron los pastores confrontar dos cartas i decir con acento convencido:

—Es la misma letra; no comprendo la contradiccion, es cierto, pero la letra es la misma.

Esta preocupacion i melancolía de Fausto coincidió con un acontecimiento que preocupó mucho al vecindario de B*** El Doctor Martin desapareció de improviso, sin que fueran suficientes las pesquisas de la policía para averiguar este hecho misterioso.

Los colegas del Doctor se apresuraron a cantarle el *Te Deum*, diciendo que era hombre muerto, a pesar de la contraria opinion sostenida por los acreedores.

Pasaron dias i el asunto fué olvidándose, cuando Zapaquilda entró cierta ocasion mui azorada en casa de una vecina, diciéndole que al retirarse del mercado, divisó a un ovejero, que respondia al nombre de Fausto, vestido con una zamarra que se parecia mucho a la piel del perdido doctor.

La vecina rió grandemente de lo que llamaba las aprehensiones de Zapaquilda; pero ésta, temiendo que Fausto tuviera la manía de vestirse con la piel de las jentes de la aldea, le cobró tal terror, que al verlo a la distancia ganaba el primer tejado i no descendia hasta perderlo de vista.

Si no fuéramos partidarios de la supresion de la pena de muerte, sentiriamos, por falta de datos, no poder corroborar las sospechas de Zapaquilda, pues entre las bajezas que merecen un sério i ejemplar castigo debieran contarse los anónimos.

VALENTIN MURILLO.

EL DOLOR

LECTURAS HECHAS EN EL SALON FILARMÓNICO

POR

ADOLFO VALDERRAMA

MIEMBRO DEL CÍRCULO DE AMIGOS DE LAS LETRAS

(CONCLUSION)

VIII

¿Qué es la sed? ¿qué es el hambre? Esas estrañas i dolorosas sensaciones internas no son otra cosa que el grito del organismo que nos anuncia que faltan líquidos i elementos nutritivos para la conservacion de la vida; i sin ese grito salvador, sin ese dolor que como un centinela avanzado nos anuncia el peligro, nuestra existencia i nuestro bienestar estarian a cada paso comprometidos. Cuando inclinados sobre nuestro trabajo, escribimos sin descanso i hacemos trabajar nuestra intelijencia; cuando para dar a los otros el pan del espíritu, gastamos las fuerzas de nuestro cerebro ¿quién nos dice que hemos traspasado los límites de una actividad sin peligro? Es el dolor, señores, que como un amigo solícito nos pide un reposo indispensable para reparar nuestras fuerzas gastadas por un exceso de actividad. Hé ahí pues cómo el dolor es útil en la vida del hombre sano, cómo es un elemento indispensable de la existencia del individuo.

Pero hai mas. Observad una de esas jóvenes que han llegado a la época de la pubertad i que de alegres i risueñas que eran se tornan sombrías i tristes. Un dia, sin saber por qué, abandonan sus juegos, dejan el cuarto en que se divertian con sus *muñecas* i aquella jaula

vacia no vuelve a ser ocupada por la ingrata avecilla. ¿Dónde ha ido? ¿qué busca? ¿por qué sus ojos melancólicos i sombrios se fijan llorosos en el niño que juega? ¿Por qué revistiéndose de prematuros atributos de madre se complace en dirijir a sus hermanos menores? ¿Qué dolor interior la fatiga? ¿qué siente?..... Ah, señores! esa jóven sufre un conflicto interior, esa jóven cuya intelijencia ignora lo que le pasa, siente una vaga inquietud de estar sola, siente una aspiracion indeterminada i dolorosa, llora en la soledad, no sabe por qué, pero llora porque sufre. El dolor la arrastra, ella se sorprende, no sabe dónde va; no importa, el sábio piloto la impulsa i la lleva a puerto seguro; la niña vacila, lucha, sufre, i cede al fin. Entónees se aclara el horizonte, sus aspiraciones se precisan, ama, es madre.—Pasó la tempestad.

Hé ahí, señores al dolor, presentándose como la garantía de la conservacion de la especie. Dolor sordo, vago, que parece que no se atreve a levantar el velo del pudor, pero espresion clara de un sufrimiento verdadero; grito de la naturaleza que acaba de asesinar al niño i de crear a la mujer. I no vayais a creer, señores, que aquí solo se trata de un dolor moral; nó, el mismo dolor moral no es sino la espresion del estado físico. Hai un sufrimiento orgánico, material, sufrimiento que tiene su asiento en las entreñas mismas de la mujer, misteriosa evolucion de un organismo que se trasforma, grandiosa metamórfosis en que el niño ve caer deshojada de su frente la blanca corona de la inocencia i nacer de sus hombros las alas de ánjel de la mas bella mitad del jénero humano.

Hemos dicho en otro lugar que el hábito embota la sensibilidad; hemos hecho ver que el hombre acostumbrado al dolor es el ménos a propósito para sentirlo con vehemencia; el dolor es pues un ajente de la hijiene. En ese principio que acabamos de mencionar está fundada toda la educacion física del Emilio de Rousseau i el famoso filósofo de Jinebra habia estudiado la naturaleza. Si del estudio de la vida fisiolójica, normal, pasamos al estudio del dolor en el estado mórbido, veremos, señores, que en muchas ocasiones es un guia, que a veces es una esperanza, que frecuentemente es un remedio poderoso. I en efecto, como síntoma de las enfermedades orienta mil veces al médico sobre el sitio de la afeccion, guia la mano del cirujano en algunas operaciones, lo alumbra en la profundidad de los órganos a donde no puede llegar el ojo del cirujano cuya sola antorcha es el conocimiento del organismo. En esas grandes contusiones en que un miembro entero ha sido aplastado por una muralla que se derrumba, por un techo que se hunde, el dolor es una esperanza, es el testimonio de la

vida; si en un caso semejante falta el dolor, si en medio de tan graves desórdenes se nos viene a anunciar que el enfermo no sufre, todo está perdido, aquel silencio de la sensibilidad es el silencio de la muerte.

No queremos hablaros, señores, de una porcion de enfermedades para cuya curacion el dolor es indispensable; os será mas grato sin duda que os hable de estados que todos vosotros conoceis. Cuando atravesando las nieves de los Andes el viajero novel siente que el frio lo abate, que sus piernas vacilan, que su lengua se entorpece, que el sueño, el terrible sueño de las nieves lo invade ¿qué hacen sus compañeros mas esperimentados? Lo azotan, señores; despiertan la sensibilidad que se estingue; por la produccion del dolor, ponen en juego uno de los principales resortes de la vida i bajo el influjo de este ajente poderoso, la sensibilidad se despierta, el calor se alumbra, la circulacion se ejerce con una corta actividad, el sueño se disipa i la vida se salva. Si en la desastrosa campaña de Rusia los soldados franceses que morian helados en el vientre de sus propias caballerías hubieran hecho lo que nuestros *huasos*, ménos habrian sido las pérdidas de aquel ejército diezmado por el frio, que sostenia en sus manos temblorosas las altivas águilas del imperio.

VIII

Llegamos, señores, a una cuestion de alta importancia, que siendo la última palabra de nuestro estudio sobre el dolor físico, debe conducirnos, como por la mano, al estudio del dolor moral; esta cuestion es la influencia recíproca del dolor i del espíritu. I aquí necesitamos de nuevo reclamar vuestra induljencia; el terreno es demasiado espinoso para que pueda halagarnos la idea de dejar satisfecha vuestra lejítima curiosidad.

La influencia de ciertos estados del espíritu sobre el dolor parece innegable; pero si esta es la opinion jeneralmente aceptada por los autores, suspended por un instante vuestro juicio, los hechos están ántes que la autoridad. El amor a la gloria, la pasion política i sobre todo la relijion; hé ahí los tres móviles que parecen tener mas influencia sobre el dolor. ¿Cuáles son los ejemplos que se presentan como comprobante de esta influencia? Unas veces es el sereno e impasible gladiador que lucha en el circo sin hacer caso de sus heridas i conservando bastante tranquilidad en sus últimos momentos para saludar todavía a César; otras son los jefes de las grandes conmociones políticas que tienden el cuello al verdugo i que permanecen frios

i silenciosos durante el sacrificio; en fin, los mártires de todas las relijiones. Los hechos parecen concluyentes.

Pero no confundamos, señores, las manifestaciones del dolor con el dolor mismo; los hechos no tienen significacion sino cuando se les estudia i esplica a la luz de una sana lójica. El dolor no es ménos intenso porque no se grita; si una pasion violenta puede en ocasiones ahogar las manifestaciones del dolor, el sufrimiento está ahí vivo i terrible i hace pagar mui caro aquel pasajero triunfo de las pasiones. Ana de Austria, a quien se operaba de un tumor canceroso, tenia accesos horribles de sofocacion cada vez que su confesor le impedia gritar. El mariscal Muy, dice Percy, se hizo operar de la *taya* (operacion de la piedra) saliendo de misa, despues de haber buscado en la oracion i en el recojimiento un escudo contra el dolor; el bravo mariscal no exhaló un solo grito, una sola queja; pero no sobrevivió sino tres dias a la operacion. No se hable del valor; en igualdad de circunstancias todos los hombres son iguales delante del dolor físico. Homero nos ha hecho escuchar los alaridos de sus héroes heridos.

Se habla de los mártires; pero, señores, si un esfuerzo de la voluntad, si una conviccion profunda bastaran para aniquilar el dolor, los mártires no serian mártires. ¿En qué habria consistido el martirio de hombres que no sufrian, que podian ahogar el dolor? I no puede ser de otro modo. Cómo! el gladiador que siente destrozar sus carnes por la garra del tigre ¿no sufre el dolor? el esforzado *Galvarino* que entrega sus manos para ser cortadas por la barbarie de los conquistadores españoles, sin exhalar una queja, sin que su rostro de héroe dé la menor muestra de sufrimiento ¿no siente el dolor? Cómo! el Cristo no siente el dolor que le causan los clavos que barrenan sus manos en el prólogo del drama del Calvario...?

El poder del espíritu puede ser invocado en los dolores insignificantes; el miedo a los temblores puede hacernos olvidar el dolor que nos causa una lijera cortadura; pero en los dolores intensos, en las fuertes conmociones de sensibilidad, el espíritu no tiene influencia sino sobre las manifestaciones del dolor, influencia fatal a veces, violacion de las leyes naturales que va seguida siempre de un rudo castigo.

Pero si la influencia del espíritu sobre el dolor no puede sostenerse, no sucede lo mismo, señores, con la influencia del dolor sobre el espíritu; esta es una cosa que todo el mundo conoce; es una proposicion que basta enunciar para que sea aceptada. El dolor abate o exalta mórbidamente nuestras facultades intelectuales; arranca el valor del pecho de los héroes, despoja de su iniciativa a nuestra voluntad, ofus-

ca la mente del pensador que trabaja sin descanso, cambia nuestros propósitos i es capaz de conducirnos hasta la locura. No hacemos sino mencionar esta influencia que todo el mundo ha podido comprobar en sí mismo.

Pero habríamos cumplido mal nuestra tarea si no recordáramos que hai un estado mórbido en que nuestras investigaciones son infructuosas. Este estado es la locura, el loco que marcha tranquilo sobre el fuego, el monomaniaco que sufre el tormento sin inmutarse. ¿Sufren realmente el dolor o solo pueden conjurar sus manifestaciones? Es imposible saberlo; las declaraciones posteriores nada significan, son las declaraciones de la demencia.

IX

Hemos llegado a la cúspide del sufrimiento, señores, tocamos ya las puertas del dolor moral. Acabamos de ver al hombre retorciéndose en su lecho de angustia, exhalando los gritos que arranca el tormento de la organizacion; vamos a asistir ahora a los suspiros entrecortados, a los angustiosos sollozos que exhala el alma dolorida. Ya no se trata de presuntuosos gladiadores que pronuncian el *morituri te salutant* bajo la garra del tigre que los devora; ahora es preciso que vamos a escuchar en el alma el eco del martillo que clava el féretro; que espiemos el estremecimiento convulsivo del corazon de la madre que, desde los apartados aposentos adonde la ha llevado la compasion, no siente ya el llanto de su hijo i comprende que le falta un pedazo de sus entrañas. Noble pero sangriento privilejio de la raza humana, patrimonio misterioso de los espíritus elevados, el dolor moral es la mas sublime espresion de nuestra grandeza.

¿Cuáles son las causas del dolor moral? Vosotros las conoceis como yo, señores: unas veces es el adios que espira en los labios de la mujer que amamos; otras es la muerte que hiere en el camino de la vida a un viajero querido: aquí es la insolencia de un enemigo estranjero que se adueña del territorio de la patria, ultrajando poderoso la dignidad de sus hijos; allá es el látigo de la injusticia que azota la mejilla de la inocencia. Así, aunque en algunas ocasiones sentimos el dolor moral por nosotros mismos, son con frecuencia nuestros dolores morales la repercusion de un dolor ajeno, ecos del grito que exhala otra alma querida, sublime abnegacion de nuestro espíritu que siente el latigazo que ensangrienta el rostro del hermano.

Adios, muerte, esclavitud, injusticia, sombrías palabras que resue-

nan en nuestros oidos como un espantoso alarido arrancado de lo mas profundo de nuestro ser.

Adios!... ¿quién ha podido comprender jamas el abismo de amargura que encierra esa palabra aterradora? Adios!... es decir, solo, abandonado, lloroso, sin el alma de nuestra alma, sin el consuelo de nuestras penas, sin la vida de nuestro corazon. Adios!... es decir, sin apoyo, con el alma huérfana, sin tener un alma amiga en cuyo seno apoyar nuestra cabeza fatigada, sin escuchar la voz que nos animaba en el camino de la vida, sin contemplar el rostro complaciente que gozaba con nuestros placeres, que lloraba en nuestras desgracias. Adios!... es decir, el vacío en el alma, el frio en el corazon, el llanto en los ojos, la vida sin vida, el alma sin alma...

Muerte! El alma se estremece de espanto al oir este símbolo fatídico del adios de los adioses. La sospecha solo de semejante catástrofe cubre de luto el hogar. Hemos podido presenciar, señores, esas escenas de horror. Un dia velábamos al pié del lecho de un niño moribundo: la pobre criatura respiraba difícilmente i su ojo lánguido i triste se animaba por intervalos i parecia buscar en nuestra fisonomía una esperanza, un consuelo a tanto sufrir; la madre contenia sus sollozos ocultándose de su hija; los otros niños de la casa se miraban asustados, no comprendiendo aquel trastorno del hogar. El jefe solo de la familia hubiera parecido impasible a cualquiera que no lo hubiera observado atentamente. No lloraba: solo hubo un lijero estremecimiento de su cuerpo cuando se le anunció que las sirvientes antiguas de la casa solicitaban entrar para despedirse de la niña. Aquel hombre habia llegado al último grado de la angustia; su rostro estaba pálido como el de un cadáver, sus ojos hundidos i brillantes parecian clavados en el rostro de su pobre hija. La niña levantó su cabeza i haciendo un esfuerzo supremo pidió agua i volvió a caer en la amohada; el padre se precipitó sobre un vaso; pero las fuerzas le faltaron, el vaso se escapó de sus manos i cayó haciéndose pedazos a sus piés; entónces una sonrisa llena de amargura entristeció todavía mas su fisonomía i una lágrima de fuego quemó su mejilla; jamas habíamos visto hasta entónces una espresion de dolor tan viva, tan atrozmente verdadera; jamas habíamos sentido palpitar con mas desesperada violencia las entrañas de la naturaleza humana. Al salir de la pieza nos aguardaba otra escena mas triste si cabe. La madre que lloraba en la pieza vecina a la en que moria su hija, pareció serenarse de repente, enjugó sus lágrimas i tratando de sonreirse nos dijo: «Doctor, mi »hija no está perdida ¿no es verdad? Ud. me la salvará, ella es tan »buena. ¿Por qué Dios me la habia de quitar? ¿Qué mal puede haber

»en que ella sea mi hija? Yo soi su madre, ella sabe rezar..... yo le »enseñaré a pedir para los suyos las bendiciones del cielo.....» Aquello era el principio de la enajenacion mental, señores, era el dolor maternal en su forma mas desgarradora, era el dolor que ahogaba la razon porque queria vivir solo en el alma.

¿Por qué sufria aquel hombre, por qué deliraba aquella mujer? Busquemos los secretos resortes del dolor del alma. ¿Qué esperaban de aquella niña de diez años? ¿Qué perdian al verla partir desplegando sus alas de ánjel i derramando la última lágrima de la eterna despedida? Nada esperaban, señores; al contrario, aquella niña tendria que mantenerse con las lágrimas, con los insomnios, con las inquietudes de los autores de su existencia; aquella niña en algunos años mas abandonaria el hogar, no vendria ya todas las mañanas a besar la frente de su madre, iria en brazos de un estraño a formar otra familia, arrastrada por una pasion ménos desinteresada pero mas violenta. I sin embargo, aquellos seres desgraciados, querian esas lágrimas, estaban contentos con sus inquietudes i sus insomnios; pedian esa niña que les costaba tantos tormentos; nada pedian para ellos; pero querian ver crecer a su hija, sentir con sus dolores, gozar con sus placeres. Almas esclavas del alma de aquella niña, lloraban al recibir su libertad. Debemos enorgullecernos, señores, al reconocer en estos hechos al parecer singulares, la esencia de nuestra naturaleza, la eterna irradiacion del espíritu sobre el espíritu. El alma humana no sabe vivir sola, su fin es fundirse en otra alma. Verdadera arpa eólica de nuestra existencia, nuestro espíritu vibra con las vibraciones de otro espíritu, nuestra alma no vive sino para completar otra alma. Amamos: hé ahí el secreto de esos milagros del corazon. Amamos, es decir, hacemos que otro sér viva en nuestro sér, que otro corazon lata en nuestro corazon. Amamos, es decir, abdicamos nuestra personalidad para revestirnos de la personalidad ajena, dejamos de ser lo que somos para ser el objeto de nuestro amor. Por eso el dolor del ser querido es nuestro propio dolor, su angustia es nuestra angustia, su muerte es nuestra muerte.

Para completar nuestro cuadro, señores, volvamos por la última vez nuestros ojos a aquel hogar desolado que vela sollozando al pié del lecho de un niño moribundo; recojamos allí las últimas enseñanzas para nuestra investigacion filosófica.

Son las diez de la mañana: la pobre niña ha muerto llamando a su madre... porque desconocia quizá la fisonomía de los ánjeles que la llevaban en sus alas. La madre infeliz llora desesperada; a su lado vagan sorprendidos sus hijos mas pequeños que han venido a rodearla

espontáneamente; un niño de doce años tiene clavados los ojos en su madre i de vez en cuando llora. Hé ahí, señores, dos nuevas faces del dolor moral. ¿Por qué están allí aquellos niños? ¿Por qué rodean a su madre entristecida? ¿Son ellos capaces de comprender la enormidad de la catástrofe que acaba de tener lugar?...

Hai, señores, un fenómeno que los hombres de campo tienen ocasion de observar con frecuencia i que va a servirnos para la esplicacion del dolor moral en los niños. En los grandes temblores, en esos prolongados sacudimientos de la tierra, los animales de la montaña bajan hasta las habitaciones del hombre. Potros indomables, toros que jamas sintieron sobre sus astas el lazo del *campañista*, todos han perdido su fiereza; i el ojo encendido, i la nariz abierta, se estrechan, se empujan hácia las casas de la hacienda, como si fueran a pedir la proteccion del hombre.

Un fenómeno análogo tiene lugar en los niños. Ellos ven llorar quizá por la primera vez a su madre, notan un raro trastorno en el seno de la familia, no se dan cuenta de lo que pasa, pero calculan que debe de haber algo de horrible. Ellos han visto llorar a su madre que los defiende de los fantasmas que evoca la voz de la nodriza, i en aquella ignorancia que los aterra, estraña manifestacion de un dolor moral indeterminado, se juntan, se acercan a su madre i en sus ojos tristes i llenos de sorpresa un observador intelijente podria leer esta frase: mamá ¿por qué lloras?

En cuanto a ese niño de doce años que de cuando en cuando deja rodar una gruesa lágrima por su mejilla, ya no es un niño; pero tampoco es todavía un hombre. Se halla en ese estado crepuscular de la personalidad, en ese período de transicion en que el horizonte principia a despejarse. Sin poder apreciar en todo su valor la significacion de aquella escena, él sabe que la muerte de su hermana es una desgracia: llora, recibe el bautismo del dolor.

Estamos pues justificados si hemos tomado un caso práctico como objeto de nuestra investigacion; en él hemos encontrado al hombre, a la mujer, al jóven, al niño influenciados por la misma causa, sufriendo a su manera i presentando a nuestra vista diversas faces del dolor moral, segun la edad de la vida en que lo observábamos. En la imposibilidad de estudiar una por una todas las causas que pueden despertar este estado del alma, hemos tomado la espresion mas amarga pero al mismo tiempo mas simpática del dolor, i hemos asistido a una de las escenas mas desgarradoras del sufrimiento individual.

Dos palabras mas i habremos terminado la primnra parte de este estudio.

X

El complemento de este estudio seria la observacion de un caso que nos mostrara la union del dolor fisíco con el dolor moral, del dolor por el que sufre i del dolor por los demas, miedo por nosotros mismo i angustia por los otros.

En la historia del mundo hai, señores, una gran figura, una individualidad jigantesca, que es la humana encarnacion de las mas trascendentales doctrinas i al mismo tiempo un centro que en un momento de su corta vida reunió todas las angustias del dolor físico i todos los sombríos horrores del sufirimiento moral. Esa noble i simpática personalidad que como una estrella de la historia ilumina con sus resplandores dieziocho siglos de la vida del mundo, es *Jesus*, el bello i melancólico pensador de las orillas del tranquilo lago de Genezareth. Apóstol de una doctrina que continuará siendo para la humanidad el mas admirable código de moral universal, muere defendiendo esa doctrina, muere soportando los groseros insultos de una multitud ignorante i brutal, i sufre así el tormento de un gran espíritu que ve desconocida la verdad.

Muriendo se ve solo i siente las angustias de una decepcion desconsoladora.

La barbarie de sus verdugos taladra sus manos delicadas con los clavos de una crucifixion inmerecida i se hace mártir de un dolor físico cruel.

Encuentra en sus propios hermanos sus denunciadores i sus carceleros, en sus hermanos oprimidos por la tiranía de un pueblo estranjero i sin entrañas, i siente la jenerosa angustia de ver siervos degradados donde él habia predicado el amor del hombre por el hombre.

Muere por haber enaltecido los principios eternos de tolerancia, de paz i de amor, i desgarrado por el dolor de ver la esterilidad de sus doctrinas, exhala aquellas palabras que serán eternamente la espresion de la mas sublime tolerancia: «*Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.*»

Espira en fin i su espíritu se estremece al salvar las fronteras de la vida.

Así, sangre, lágrimas, decepciones, esperanzas fallidas, lástima, adioses, soledad, miedo, todas las causas del dolor están reunidas en aquel rostro de una eterna belleza i de una sublime mansedumbre, abofeteado por la mano criminal de un pueblo cobarde i harapiento.

¿Qué pasaba, señores, en el alma del jóven Rabí, en aquella supre-

ma lucha del dolor? ¿Cuál era el estado del espíritu de aquel que acababa de arrojar a latigazos a los mercaderes del templo i que habia escuchado su sentencia con la amarga sonrisa de la mas profunda resignacion?

No extralimitemos, señores, nuestros derechos de fieles observadores de la naturaleza; busquemos en sus propias palabras, en las sencillas palabras del mártir la espresion de su eterno dolor.

«*¡Tengo sed!*» Hé ahí, señores, el grito de la naturaleza orgánica, grito suave, inocente como debia ser en aquella organizacion tierna i amante; quejido de la paloma que siente bajo el ala el plomo lanzado por el arma del cazador; benigna queja de un organismo que encierra un grande espíritu; exhalacion inconsciente del tormento físico en un espíritu absorbido por una grande idea. Aquella triste queja tenia toda la suave melancolía del canto de un ave moribunda, era el himno relijioso del céfiro lamiendo la superficie del lago de Genezareth. Fuera de esta dulce palabra, no encontramos otra manifestacion del dolor físico en los evanjelios, a ménos que no queramos señalar la relajacion jeneral de la musculatura que nos ha trasmitido el arte, ese otro evanjelio del jenio.

Aquel «gran grito» de que habla San Márcos ¿fué la espresion del estado físico? ¿Era el signo de ese último tormento de la agonía en que el vértigo de la disolucion de la materia hace que el organismo arranque de sus entrañas la última queja, el postrer testimonio de su existencia? Nos inclinamos a creer que no. Aquel grito («voce magna») era la amargura de una alma contristada, era talvez una última impulsion del espíritu del mártir sublime; quizá era la última parábola que expiraba en sus labios, la última leccion del maestro, el último grano de simiente arrojado sobre el terreno ingrato del alma del judío.

Pero ¿fué esa, señores, la sola manifestacion de aquel dolor santo del alma que el jóven Rabí sentia en lo mas profundo de su sér? Nó. El habia dicho: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.» Tolerancia sublime de una bondad infinita, abnegacion eterna que atravesará los siglos como una leccion inimitable! Así, en aquel martirio del alma, la propagacion de su doctrina era el punto culminante; su negacion, el dolor mas intenso; i ese dolor domina el cuadro sangriento del Gólgota, que es la mas horrible pero al mismo tiempo la mas fructífera pájina de la historia de Jesus.

Combinacion misteriosa de abnegacion i desconsuelo, de resignacion i de amor, todo esto dominado por el sufrimiento infinito de una decepcion desconsoladora i cruel, hé ahí, señores, el estado de aquel

espíritu extraordinario, que domina las manifestaciones del dolor físico i no vive sino para enaltenecer hasta en sus últimos instantes lo que hai de mas noble i grande en la naturaleza humana.

Una pregunta i vamos a terminar. Inmediatamente despues de las grandes i rápidas violencias que separan una parte del cuerpo ¿hai dolor? La cabeza de Carlota Corday jesticulando entre las manos del verdugo ¿es una creacion de la imajinacion? ¿Es una realidad ese dolor póstumo, si así puede decirse? En cuanto a los órganos separados del *sensorium commune* mi opinion es bien neta: creo que no hai dolor, aunque lo acusen las mismas personas que han sufrido la mutilacion. En cuanto al mismo *sensorium commune*, es probable que miéntras no haya perdido la sangre que necesita para funcionar conserve la sensibilidad necesaria para apreciar todavía las impresiones dolorosas que reciben los órganas que están en comunicacion con él. Este último momento debe ser mui corto: pero si la cabeza ha sido separada del tronco con súbita violencia, ese momento debe existir i debe ser horrible para los guillotinados sentir caer su cabeza en la canasta sangrienta. Esto debe suceder a lo ménos todas las veces que la cuchilla no corta el cuello tan arriba que separe la primera vértebra i corte lo que se llama vulgarmente el nudo de la vida (bulbo raquídeo), cosa que debe ser mui rara pues esta parte casi no sale del cráneo.

I despues? Despues que ha llegado lo que llamamos muerte ¿no se sufre ya? ¿Se aniquiló el dolor? ¿Se han roto los resortes de la sensibilidad? ¿El espacio que media entre la muerte i la descomposicion cadavérica es de veras el principio del eterno sueño?...

Despues de esta sangrienta *via crucis* en que hemos visto al hombre ajitarse en las convulsiones del dolor físico, i estremecerse en lo íntimo del alma conmovido por las angustias del dolor moral; en que el sufrimiento, al parecer ciego, hiere con la misma crueldad al hombre que al niño, hai una gran leccion que recojer: *El dolor es una lei.*

El dolor tiene causas bien determinadas, se conocen las leyes de su desarrollo, muchas veces se sabe el remedio que podria curarlo. De aquí otra consecuencia. En jeneral debe tratarse de hacer desaparecer el dolor.

Producirlo sin razon en otro o en nosotros mismos, es una locura o un crímen.

En fin, como conclusiones jenerales tenemos que reconocer que el

pueblo que tiene ménos dolores es el mas feliz i que el remedio del dolor es el progreso.

La razon es clara.

No tiene dolores físicos porque es sano, robusto i bien conformado.

No tiene dolores morales porque sabe llenar les necesidades físicas i las de su intelijencia.

Semejantes milagros solo los realiza el desarrollo físico i moral del hombre o sea el progreso en su mas completa manifestacion.

Solo me resta, señores, daros las mas espresivas gracias por la jenerosa atencion con que me habeis escuchado; ella me alentará en los diferentes trabajos que tenga el honor de leeros en adelante, al mismo tiempo que ella es un testimonio de que no me he separado de la verdad a cuya conquista nuestra juventud marcha con paso firme i decidido.

En cuanto a vosotros, señores, que venís a buscar aire, espacio, luz para vuestro corazon i para vuestra intelijencia ¿qué quereis que os diga?... En medio de la noche de las preocupaciones, en medio del dolor profundo que roe las entrañas de nuestra sociedad, vosotros estais aquí, venís a reivindicar vuestros derechos; quereis mantener con mano vigorosa el cetro del hogar que pretenden arrancarns las preocupaciones, i venís a buscar vuestra consagracion, enredando entre las flores que adornan vuestra frente blanquecina, la flor del pensamiento. Vuestra conducta es el triunfo del trabajo sobre la pereza, de la verdad sobre las preocupaciones: es mas que todo eso, es la salvacion de la familia i de la sociedad.

ADOLFO VALDERRAMA.

EL PRIMER

CONSUL ESTRANJERO EN CHILE

MR. POINSETT

En los primeros años de la revolucion de Chile figuró mucho un personaje singular, revestido de un carácter diplomático que no le impedia el tomar una parte activa en la política interior, desconocido para muchos, mui estimado por los cabezas del movimiento revolucionario, i designado por todos con el título de el cónsul norte-americano. Mr. Joel Roberto Poinsett, éste era su nombre verdadero, figura mas de una vez en la historia de nuestra independencia: ejerció un poderoso influjo en el ánimo de algunos de sus mas ilustres caudillos, i desempeñó mas tarde en Méjico i en su patria un papel mui importante como escritor i como hombre público. Merece por tanto que se le dé a conocer, recorriendo lijeramente la historia de su vida. En este artículo vamos a agrupar noticias que se encuentran diseminadas en muchos libros i revistas, i otras que hasta ahora son completamente inéditas.

Joel Roberto Poinsett nació en Charleston, capital de la Carolina del Sur, en los Estados Unidos, en 2 de marzo de 1779. Por su padre descendia de una familia francesa que por profesar la relijion calvinista, fué obligada a emigrar de Francia en 1685, con motivo de la revocacion del edicto de Nantes. Despues de haber buscado en vano un asilo estable en los paises europeos en que se profesaba el mismo culto, esa familia se estableció definitivamente en 1700 en las colonias inglesas de la América del Norte, donde pudo gozar de la libertad de conciencia. El padre de Poinsett, el doctor Elisha Poinsett, era un

médico mui considerado en Charleston. En Lóndres se habia casado con una señorita inglesa llamada Ana Roberts, pariente inmediata del célebre óptico Juan Dollond, inventor del telescopio acromático, i descendiente tambien de otra familia calvinista emigrada de Francia despues de la revocacion del edicto de Nantes.

Al lado de su padre primero i despues en la academia de Greenfield, en el Estado de Connecticut, recibió Poinsett su primera educacion. En 1796 fué enviado a Inglaterra a completar sus estudios. Hízose notar sobre todo por una facilidad estraordinaria para el conocimiento de las lenguas, de tal modo que no solo aprendió bien el latin i el griego, sino que llegó a hablar i a escribir corrientemente el frances, el español, el italiano, el aleman i el ruso.

Su padre lo destinaba a la profesion de médico. Dispuso al efecto que fuera a seguir los cursos de medicina en la célebre universidad de Edimburgo; pero el rigor del clima alteró la salud del jóven Poinsett, obligándolo a pasar a Lisboa en busca de un temperamento mas benigno. Despues de un año de residencia en esta ciudad, volvió de nuevo a Inglaterra, no para seguir sus estudios de medicina, sino para incorporarse en la escuela militar de Woolwich. Su padre lo hizo volver a América para dedicarlo a los estudios de jurisprudencia; pero el espíritu emprendedor de Poinsett no se avenia a una carrera sedentaria: abandonó su curso, i con el consentimiento de su familia, se decidió a viajar por el Viejo Mundo.

En 1801 se embarcó para el Havre; permaneció todo un invierno en Paris, i recorrió a pié el año siguiente una gran parte de la Suiza. En seguida visitó la Italia, Malta i Sicilia. De vuelta a Suiza en 1803, frecuentó en Copet la sociedad de Necker, el célebre ministro de Luis XVI, que vivia allí retirado de los negocios públicos. Penetrando despues por Baviera, recorrió una parte de la Alemania i casi toda el Austria. Hallábase en Viena cuando supo la muerte de su padre: volvió entónces a los Estados Unidos; pero arrastrado por su pasion de viajero i hallándose desligado de todo lazo de familia, recomenzó de nuevo sus escursiones. Dió principio por la Inglaterra, pasó luego a San Petersburgo, donde permaneció muchos meses, visitó una gran parte de la Rusia i navegó el Volga hasta Astrakan, en compañía de lord Rogston, rico viajero ingles, jóven como él, i como él animado por el mismo ardor por ese jénero de empresas. Con este compañero visitó el pais de los calmucos, la Jeorjia i la Armenia, pero no pudo llegar a Constantinopla a causa de la guerra que los rusos sostenian contra los turcos en las fronteras del norte del imperio otomano. Esta contrariedad lo obligó a volver a San Petersburgo,

atravesando de nuevo las estepas de la Rusia. Acometido en aquella ciudad por una grave inflamacion al hígado, que era el resultado de los padecimientos de su viaje, Poinsett recibió de la nobleza rusa i aun de la familia imperial los testimonios mas evidentes de benevolencia. En unos apuntes que dejó escritos acerca de su vida, refiere Poinsett que en una conversacion que entónces tuvo con el czar Alejandro, éste, admirado de los privilejios i libertades de que gozaban los ciudadanos de los Estados Unidos, esclamó: «Comprendo perfectamente todo eso; i si no fuera emperador, habria sido republicano.» Alejandro ofreció a Poinsett el grado de coronel en el ejército ruso, ofrecimiento que no aceptó el altivo republicano por no servir bajo las banderas del autócrata.

En 1809 se hallaba en Paris de vuelta de su espedicion a la Europa oriental, cuando se anunció una próxima guerra entre la Inglaterra i los Estados Unidos. Poinsett no vaciló en volver a su patria a ofrecer sus servicios como militar; pero las dificultades internacionales fueron aplazadas por el momento, i Poinsett recibió del presidente Madison i del ministro de Estado James Monroe el título de ajente consular de su gobierno en los diversos paises de la América del Sur. Todo hace creer que el presidente Madison daba a esta mision una grande importancia política; i que Poinsett traia el encargo de dar en nombre del gobierno de los Estados Unidos una palabra de aliento a los sur-americanos que emprendian entónces la obra de su emancipacion, i de entablar relaciones comerciales en las colonias españolas rebeladas contra la metrópoli (1). El carácter insinuante de Poinsett, su conocimiento de los hombres, sus principios políticos republicanos i democráticos, su actividad incansable lo acreditaban para una mision de esta naturaleza.

Poinsett se trasladó primero a Rio Janeiro como simple particular que viajaba por placer o por negocio, temiendo que su mision encontrase alguna dificultad si la hacia conocer. Despues de haberse puesto de acuerdo con el coronel Sumter, ministro en esa época de los Esta-

(1) El ministro español en Estados Unidos don Luis Onis comunicó a las autoridades que en América quedaban fieles a la causa de España, que Poinsett era un ajente encargado por el gobierno norte-americano de fomentar la revolucion en provecho de los Estados Unidos. En 3 de abril de 1813 el virei de Méjico, Venegas, creyendo que Poinsett se hallaba en ese pais, espidió una circular a todos los gobernadores del vireinato para que se «solicitase con la mayor eficacia la persona del citado ajente Poinsett.» Véanse los documentos publicados por Alaman en el apéndice núm. 12 del tomo 3.º de su *Historia de Méjico.*

dos Unidos en el Brasil, se embarcó en un buque ingles que se hacia a la vela para Buenos Aires, i se presentó en esta ciudad en su carácter oficial. Los revolucionarios lo acojieron con tanto entusiasmo como fué el disgusto que le manifestaron los realistas i los residentes ingleses, que no podian consentir en que los norte-americanos vinieran a aprovecharse de las ventajas que ofrecia el comercio de la América del Sur. Poinsett, sin embargo, guardó la reserva de su carácter oficial, se abstuvo de tomar cualquiera participacion en las cuestiones políticas, i habiendo celebrado un convenio comercial en favor de los Estados Unidos, se alejó de Buenos Aires dejando en esta ciudad a un compatriota suyo, Mr. William Gilchrist, con el título de vicecónsul.

En diciembre de 1811 emprendió el penoso pero interesante viaje de las Pampas para venir a Chile. La travesía de esas inmensas i monótonas llanuras, i la ascension de los Andes, por molestas que fueran, debieron parecer correrías agradables al viajero curioso i observador que habia atravesado dos veces las horribles estepas de la Rusia. Poinsett, ademas, venia a visitar a Chile, la colonia mas pobre i mas atrasada de la España, aquella que mejor le podia dar a conocer las consecuencias del absurdo sistema de gobierno implantado por la metrópoli en sus posesiones del Nuevo Mundo; i el espectáculo de un pueblo casi enteramente sustraido a toda comunicacion con el estranjero, sujeto a toda clase de preocupaciones i que a pesar de todo luchaba por hacerse libre e independiente, debia presentársele como algo mui digno de estudio.

Cuando Poinsett llegó a Chile, dirijia don José Miguel Carrera la administracion de este pais con el título de presidente de la junta gubernativa. El arribo de un ajente consular de los Estados Unidos fué para los revolucionarios un fausto acontecimiento. Se creyeron elevados a la dignidad de nacion independiente, reconocida por una de las grandes potencias. Los realistas, por su parte, trataron por todos medios de impedir la recepcion del cónsul norte-americano. En el tribunal del consulado, en que tenian asiento algunos de los mas influyentes comerciantes españoles, hicieron presente que ninguna provincia americana de los dominios de Fernando VII habia aceptado jamas ajentes diplomáticos o consulares. Las otras corporaciones, en cambio, aprobaron por unanimidad la admision del nuevo funcionario. Carrera dispuso que Poinsett fuera recibido con mayores solemnidades que aquellas con que los gobiernos libres reciben a los altos enviados diplomáticos; i al efecto citó a palacio a todas las corporaciones para el 24 de febrero (1812). Poinsett se presentó allí;

pero en vez de hablar el primero, como se acostumbra en tales casos, Carrera le dirijió la palabra en estos términos: «Chile, señor cónsul, por su gobierno i sus corporaciones reconoce en VS. el cónsul jeneral de los Estados Unidos de Norte América. Esta potencia se lleva todas nuestras atenciones i nuestra adhesion. Puede VS. protestarla seguramente de nuestros sinceros sentimientos. Su comercio será atendido, i no saldrán de nosotros sin efecto las representaciones de VS. que se dirijan a su prosperidad. Este es el sentimiento universal de este pueblo por quien he hablado a VS.» Poinsett contestó entonces: «El gobierno de los Estados Unidos me encargó esta comision cerca del Excelentísimo gobierno de Chile, para dar una prueba nada equívoca de su amistad i deseos de establecer con este reino unas relaciones comerciales recíprocamente ventajosas. Los americanos del Norte miran jeneralmente con sumo interes los sucesos de estos paises i desean con ardor la prosperidad i felicidad de sus hermanos del Sur. Haré presente al gobierno de los Estados Unidos los sentimientos amigables de VE., i me felicito de haber sido el primero que tuvo el cargo honorífico de establecer relaciones entre dos naciones jenerosas que deben unirse como amigas i aliadas naturales.» La *Aurora de Chile*, dando cuenta de esta ceremonia, dijo: «Este dia fué de gran complacencia para los verdaderos amantes del pais.»

Desde luego Poinsett desdeñó toda reserva diplomática, i abrazó con grande ardor la causa de la revolucion chilena. El carácter franco e impetuoso de don José Miguel Carrera, su intelijencia clara, sus principios democráticos ejercieron tal ascendiente en el ánimo del cónsul norte americano, que olvidando todas las consideraciones de su situacion, se hizo el amigo mas entusiasta i el consejero mas leal del caudillo revolucionario. Carrera, por su parte, conoció las ventajas que podian resultar a su causa de la amistad de un hombre de talento, que conocia mucho el mundo i que por su posicion podia prestarle notables servicios. Los dos se comprendieron, i su amistad fué tan franca como sincera.

En realidad, el consulado norte americano debia tener mui poco trabajo en un pais en que no habria mas de doscientos estranjeros, i en que casi no habia comercio con las naciones de ultramar. Poinsett pudo sin dificultad contraer todo su tiempo al servicio de la revolucion chilena. Dió el título de vice cónsul de los Estados Unidos a don Mateo Arnaldo Hoevel, el introductor de la imprenta en Chile, i él se constituyó en consejero oficioso i desinteresado del gobierno. Por indicacion suya, Carrera pidió armamento a algunos fabricantes de

los Estados Unidos, ofreciéndoles una gran rebaja en los derechos de importacion de las otras mercaderías que trajesen a Chile junto con las armas que necesitaba el gobierno.

Como es fácil comprender, en los documentos oficiales de esa época no han quedado muchas noticias de la participacion de Poinsett en los sucesos políticos de nuestro pais; pero en el diario de don José Miguel Carrera i en la correspondencia que dirijia a la junta de gobierno de Buenos Aires su ajente confidencial don Bernardo Vera i Pintado, hai ciertas indicaciones que no carecen de interes para el historiador i que revelan cuál era el papel del cónsul norte americano. Vamos a señalar descarnadamente esos hechos.

A principios de marzo de 1812 llegó a Santiago un ingles apellidado Roberts, que pasó luego a Valparaiso. Venia de Buenos Aires i parecia dispuesto a volverse mui pronto a esta ciudad. La aparicion inesperada de un ingles en un pais en que residian tan pocos estranjeros, produjo cierta alarma. Se creia que fuese nada ménos que un ajente secreto, un espía talvez de alguno de los gobiernos europeos, de la Inglaterra o de la España. Poinsett recibió el encargo de observar a ese misterioso personaje. ¿Cuál fué el resultado de esas pesquisas? No se sabe nada; probablemente era aquel un oscuro aventurero, que venia a este pais a buscar alguna ocupacion con qué ganar la vida.

En esa época el obispado de Santiago se hallaba vacante por muerte del obispo Martinez de Aldunate, ocurrida en abril de 1811. El vicario capitular don José Santiago Rodriguez, a quien el gobierno español habia enviado las bulas de obispo, así como casi todos los canónigos i la mayor parte del clero, eran enemigos decididos, aunque a veces encubiertos, de la revolucion chilena. El obispo de Concepcion don Diego Antonio Villodres, era tambien realista intransijente i obstinado. El peligro era tanto mas grave para el nuevo sistema cuanto que los enemigos de esta clase hacian una guerra sorda i disimulada, convirtiendo la relijion en arma de partido. Carrera, sin embargo, era demasiado arrogante para que se amedrentara por esas hostilidades i para que no tomase su desquite con toda franqueza i resolucion. Retuvo las bulas del obispo electo; i de acuerdo con Camilo Henriquez, con don Manuel Salas, con Poinsett i con otros patriotas, quiso colocar en la sede de Santiago a don Rafael Andreu i Guerrero, español de nacimiento que tenia el título de obispo auxiliar, pero que se habia distinguido por su exaltacion revolucionaria. Andreu residia en Quillota, maldecido del clero de todo el obispado, despues de un sermon patriótico que habia predicado el año anterior.

Carrera se trasladó a ese pueblo en compañía del cónsul Poinsett; i entre ambos redujeron al obispo auxiliar a que viniera a Santiago a ponerse al frente de la diócesis. Fueron inútiles las artificiosas reclamaciones i protestas del vicario capitular. Carrera impuso su voluntad i atajó de algun modo la guerra que el clero hacia desde el púlpito i desde el confesonario a la causa de la revolucion.

Estas resistencias que el clero oponia a la revolucion de la independencia enfurecian a Carrera. A fines de 1812 se resolvió a hacer un viaje a las provincias del Sur en compañía del cónsul Poinsett. «Mi objeto en tal viaje, dice el mismo don José Miguel, era asegurar a los frailes de Chillan, cuya conducta nos traia un gran partido de descontentos contra el nuevo sistema, i la persona del obispo Villodres, que fué tan perjudicial a nuestra causa.» «Con motivo de tomar conocimiento del pais, debia acompañarme el cónsul de los Estados Unidos, sujeto apreciabilísimo que tomaba un interes estremado por nuestra libertad.»

Carrera no pudo llevar a cabo su proyectado viaje; pero no por eso desistió de su plan de poner un freno a las maquinaciones clericales contra el nuevo órden de cosas. Conociendo estos antecedentes se comprenderá mejor una innovacion introducida en el reglamento constitucional sancionado en Chile en octubre de 1812. El artículo primero declara que «la relijion católica, apostólica es i será siempre la de Chile;» pero la omision de la palabra romana, que dió mucho que hablar entonces i que todo el mundo atribuyó a sujestiones del cónsul Poinsett, sin importar precisamente el principio de un cisma, queria decir que el gobierno estaba resuelto a no dejarse imponer por ningun poder estraño en la organizacion i direccion de la iglesia de Chile.

Pero la intervencion de Poinsett en los asuntos políticos de Chile no se limitó a esto solo. En setiembre de ese mismo año, ciertas diferencias entre don José Miguel Carrera i su hermano don Juan José estuvieron a punto de producir una funesta escision en el partido revolucionario. Poinsett reunió en su casa a Camilo Henriquez i a varios otros personajes de la época, i convocando a los dos hermanos, los concilió en nombre de la fraternidad i de la patria. «Apénas nos vimos, dice don José Miguel, volvimos a amistarnos; i ya no se trató de otra cosa que de acordar los pasos que debian darse para reformar el gobierno i dar nuevo ser a nuestra revolucion.»

Poco tiempo despues de estos sucesos, el 15 de marzo de 1813, llegó a Valparaiso la fragata *Essex*, el primer buque de guerra de los Estados Unidos que visitaba nuestras costas. Venia armada de 40

cañones, i 300 hombres de tripulacion, i traia por comandante al comodoro David Porter, uno de los mas ilustres marinos de su nacion. En esos momentos en que se hablaba mucho de una próxima invasion del territorio chileno por las tropas del virei del Perú i en que los buques de éste comenzaban a hostilizar nuestro naciente comercio, el arribo de esa fragata fué saludado con grande entusiasmo i como la llegada de un poderoso auxiliar. Poinsett no podia sin embargo violar abiertamente las leyes de la neutralidad; pero sí pudo favorecer los intereses comerciales de sus súbditos e impedir que las naves mercantes estranjeras favoreciesen los intereses de los realistas. La *Essex* cruzó en alta mar para impedir que del Pacífico salieran con bandera neutral cargamentos de víveres para abastecer la plaza de Montevideo, donde las fuerzas españolas se encontraban sitiadas por los arjentinos.

La anunciada invasion de los realistas tuvo lugar al fin en los últimos dias de marzo de 1813. El ejército invasor, mandado por el jeneral Pareja, se apoderó de Talcahuano i de Concepcion despues de una débil resistencia, i avanzó hácia el Norte con la esperanza de llegar hasta Santiago sin disparar un tiro. Carrera, por su parte, se preparó a la resistencia con toda la actividad i con todo el ardor que lo distinguian. Acompañado de una pequeña escolta, se dirijió a Talca, donde debia formar el cuartel jeneral de sus tropas. Poinsett iba a su lado, al parecar como un simple curioso, en realidad como consejero i casi podria decirse como edecan.

Al lado de Carrera hizo Poinsett toda la primera parte de la campaña de 1813. Como poseia conocimientos mui superiores a los de casi todos los oficiales del ejército patriota, se ocupaba de ordinario en hacer reconocimientos sobre las posiciones enemigas, i en levantar croquis topográficos del terreno, como lo hizo con grave peligro de su vida, en los alrededores de Talcahuano i de Chillan, cuando los realistas defendian estas plazas. Tomado Talcahuano por asalto el 29 de mayo, Poinsett se encargó de restablecer las baterías, i de arreglar las fortificaciones, construyendo al efecto cureñas para los cañones. Durante el penosísimo sitio de Chillan, cuando los patriotas sufrian todas las molestias de un invierno horroroso pasado a campo abierto, la presencia de Poinsett, que no se sustraia a ninguna comision por mui compromitente i peligrosa que fuera, fué notada por el jefe realista don Juan Francisco Sanchez. Dirijióle éste una nota en que lo reconvenia por la parte que tomaba por la causa de los revolucionarios, olvidando los deberes de su cargo. Poinsett no contestó una palabra, pero tampoco cambió de conducta.

El diario de Carrera, que refiere con una esquisita prolijidad todos los incidentes de aquella campaña, individualiza muchos pormenores referentes a Poinsett, que revelan el interes que éste tomaba en el triunfo de las armas chilenas. Trascribiremos una de esas referencias, para que se vea la estimacion que de él hacia el jeneral en jefe. «El 13 de mayo recibí una carta de Mr. Poinsett, dándome aviso de todo i pidiéndome perdon para don Juan Urrutia que con su hermano habia sido tomado por el capitan Benavente: aseguraba Poinsett el arrepentimiento de Urrutia, que ofrecia sus servicios. No pude negarme a la insinuacion del mejor chileno (Mr. Poinsett) i ofrecí por mi honor que no se le seguiria perjuicio.»

Aquella campaña, de que los patriotas habian esperado una série no interrumpida de triunfos i que no habia producido los resultados que se deseaban, minoró mucho el prestijio de Carrera. En vez de las victorias que se aguardaban i que Carrera habia anunciado, el gobierno i el pueblo de Santiago recibian la noticia de desastres, i adquirian la conviccion de que la guerra iba a durar muchos meses mas i a imponer mayores sacrificios. Don José Miguel creyó necesario esplicar su conducta, i para ello no halló un defensor mas autorizado ni mas prestijioso que el cónsul norte americano. Poinsett se separó del jeneral en jefe, i el 17 de agosto se puso en viaje para Santiago.

En la capital comprendió Poinsett que era imposible restaurar el crédito de don José Miguel. En las crisis revolucionarias el prestijio de los caudillos pasa por alzas i bajas que nadie puede evitar i que casi no es posible prever. Carrera habia cometido el error de prometer mucho mas de lo que podia cumplir; i el desengaño de sus parciales lo habia arruinado. El mismo Poinsett se olvidó de su amigo ante sucesos de otro órden. En Santiago supo que los Estados Unidos habian declarado la guerra a la Gran Bretaña, i no pensó mas que en buscar una ocasion favorable para volver a su patria a ofrecerle sus servicios (1).

Esta ocasion no se le presentó hasta febrero de 1814. El 15 de dicho mes fondeó en Valparaiso la fragata *Essex*, despues de haber

(1) Poinsett volvió a estrechar la mano a su amigo don José Miguel Carrera en 1816, cuando este caudillo pasó a Estados Unidos a buscar recursos militares con qué emprender una nueva campaña en Chile. Mui preocupado entónces con los negocios políticos i administrativos de su propio pais, Poinsett no hizo entónces por su amigo todo lo que éste esperaba. Véase sobre esto los capítulos IV i V del *Ostracismo de los Carrera* por don Benjamin Vicuña Mackenna. Haremos notar aquí que este autor es demasiado severo con Poinsett.

efectuado en el Pacífico i durante un año, un crucero que inmortalizó al comodoro Porter. Poinsett se preparaba a volverse a Estados Unidos en esa fragata, cuando llegaron al puerto dos buques de la marina real inglesa, la *Phoebe* i el *Cherub* que cerraron el paso a la nave americana. No es el caso de referir aquí el combate que tuvo lugar en las aguas de Valparaiso el 28 de marzo de 1814 en que la *Essex*, acometida por fuerzas casi cuádruples, tuvo que arriar la bandera despues de haber recibido cerca de 700 cañonazos i de haber perdido mas de la mitad de su tripulacion. Poinsett se vió obligado a repasar las cordilleras en viaje para Buenos Aires. Habiéndose embarcado allí en un buque portugues, llegó a la isla de Madera, i pudo al fin volver a los Estados Unidos ántes de fines de ese año. A su arribo, la paz habia sido firmada con la Gran Bretaña.

De vuelta en su patria, Poinsett fué elejido miembro de la lejislatura de la Carolina del Sur. Tomó una parte activa en todas las mejoras interiores emprendidas por el gobierno del Estado, i dirijió personalmente la construccion de un camino montañoso que pasó mucho tiempo por el mejor de la Union. En 1821 fué elejido miembro del congreso federal, como representante de Charleston; i allí tomó parte en todas las discusiones importantes, i sobre todo en las referentes a la libertad de comercio, en que combatió con todo ardor el establecimiento de derechos protectores, en nombre de los verdaderos principios económicos.

En 1822, Monroe, presidente entónces de los Estados Unidos, confió a Poinsett una nueva mision. Don Agustin de Iturbide acababa de hacerse proclamar emperador de Méjico i solicitaba el reconocimiento del nuevo imperio por las potencias estranjeras. Poinsett debia estudiar la situacion del nuevo gobierno i el grado de confianza que se podia tener en su estabilidad. Habiéndose embarcado el 28 de agosto, llegó a Vera-Cruz el 18 de octubre, despues de haber visitado algunas de las Antillas. Dos meses de residencia en Méjico le bastaron para comprender que el imperio tenia una existencia efímera, i que debia caer al primer contratiempo que esperimentase. Durante este tiempo recojió un gran caudal de noticias sobre aquel interesante pais, que comunicaba en sus cartas a uno de sus amigos. A su vuelta a los Estados Unidos, tuvo la idea de reunir esas cartas bajo otra forma, i organizando todos los datos recojidos, publicó en Filadelfia, en 1824, un volúmen en 8.°, con el título de *Notes on Mexico made in the Autumn of* 1822: *acompanied by a Historical Sketch of the Revolution, by a citizen of the United States* (Notas sobre Méjico, tomadas en el otoño de 1822, acompañadas de un bosquejo histórico acerca

de la revolucion, por un ciudadano de los Estados Unidos). El año siguiente, este libro fué reimpreso en Lóndres con el nombre del autor.

Este libro, escrito despues de una residencia tan corta en el suelo mejicano, no es como podria creerse una obra insustancial, como tantas otras que se han publicado en Europa i en Estados Unidos acerca de los pueblos hispano-americanos. Léjos de eso, Poinsett ha consignado excelentes datos estadísticos i ha reunido interesantes observaciones sociales. Un célebre biógrafo i crítico norte-americano, Mr. Jarred Sparks, le consagró un estenso artículo en una revista (1). «Es la mejor esposicion que pueda hallarse del presente estado de Méjico», dice Sparks juzgando ese libro. Dieziocho años mas tarde, el famoso historiador Prescott confirmaba este juicio.

Ya que hablamos de este libro, consignaremos aquí que Poinsett colaboró en muchas revistas norte-americanas, i que es autor de un *Cuadro estadístico presentado al secretario de Estado de los Estados Unidos el* 4 *de noviembre de* 1818. Este trabajo, puramente estadístico, ha sido traducido al frances i publicado en el *Bulletin de la societé de géographie* de Paris (tomo 3.° de la 1.ª serie, concerniente al primer semestre de 1825). Esta sociedad le condecoró en 1827 con el título de miembro correspondiente.

El conocimiento que habia adquirido sobre los negocios de Méjico fué causa sin duda de que en 1825 se le confiara el cargo de ministro plenipotenciario de los Estados Unidos cerca del gobierno de la nueva república. El desempeño de esta mision forma el episodio mas ajido de la vida de Poinsett. Al llegar a Méjico, encontró que bajo las formas republicanas existia allí viva i formidable la colonia con todas sus preocupaciones i con todas las causas de atraso. Una aristocracia altanera conservaba las mas altas prerogativas e intervenia, aliada con el clero, en todas las cuestiones de gobierno. Poinsett, demócrata exaltado, se decidió desde el primer dia a intervenir en los negocios interiores de Méjico en favor de sus opiniones políticas; i creyó que la masoneria era el medio mas eficaz de efectuar un cambio en el estado de Méjico. Desde tiempo atras existian allí lojias masónicas que seguian el rito escoces, i en que estaban afiliados muchos hombres notables de la administracion, tanto mejicanos como españoles. Poinsett creó lojias del rito de York, que era el que predominaba en los Estados Unidos, i atrajo a ellas a los demócratas i liberales, que por este medio llegaron a constituir un poder formidable. De aquí nació

(1) North American Review, 1825, páj. 77-99.

la denominacion de *escoceses* i *yorquinos* con que por largos años se nombraron los partidos belijerantes de Méjico.

No es este el lugar de referir las luchas de esos partidos, en que sin duda se ha exajerado mucho la participacion de Poinsett. Es verdad que fué el amigo i consejero de los hombres mas importantes del partido liberal i democrático que elevaron a la presidencia de la república en 1828 al jeneral don Vicente Guerrero. Pero cuando éste quiso hacerse superior a la influencia del partido que lo llevó al poder, dispuso que el encargado de negocios de Méjico en los Estados Unidos pidiera al gobierno de este pais la separacion de Poinsett, a quien se atribuia mas participacion de la que realmente tenia en los sucesos interiores de aquella república (1). El presidente Jackson, a los pocos

---

(1) Poinsett publicó en Méjico, en lengua castellana, un opúsculo de 23 pájinas en 8.° que lleva por título: *Manifiesto de los principios políticos del Excmo. señor don J. R. Poinsett.*

Aparte de las pocas pájinas que consagra a estos sucesos don Lúcas Alaman, en su estimable *Historia de la revolucion de Méjico* (tomo V, páj. 822 i siguientes), pueden consultarse con provecho sobre estos sucesos las dos obras que indicamos en seguida.

Suarez i Navarro, *Historia de Méjico i del jeneral Antonio Lopez de Santa-Ana* (Méjico, 1850, 1 v. en 4.°) páj. 76 a 167. Este autor ha revelado que la participacion de Poinsett en las revoluciones interiores de Méjico es mucho menor de lo que se habia dicho en las discusiones periodísticas.

Lorenzo de Zavala, *Ensayo histórico de las revoluciones de Méjico desde* 1808 *hasta* 1830, 2 v. en 8.° (tomo 1.°, Paris, 1831; tomo 2.°, Nueva York, 1832). Zavala, que fué uno de los cabezas del partido yorquino, ha hecho el siguiente retrato de Poinsett: «Poinsett es un diplomático cuyas cualidades principales son un golpe de ojo seguro i certero para conocer los hombres, medir sus talentos i pesar su valor; una franqueza reservada, por decirlo así, de manera que en sus conversaciones cualquiera cree ver una especie de abandono por el modo natural i verdadero con que trata los asuntos, reservando únicamente lo que le parece: pero nunca mintiendo ni haciendo reservas mentales. Su amor a la libertad nace del convencimiento que tiene de no ser una cuestion abstracta ni una utopia puramente metafísica, habiendo visto sus ventajas prácticas en el dichoso pueblo de que es ciudadano, i de consiguiente obra siempre en el sentido mas liberal. Poinsett ha conservado conmigo una amistad no interrumpida; pero si el lijero cuadro que he trazado de su carácter parece apasionado, apelo a sus mismos enemigos para que se pronuncien.» (Zavala, *Revoluciones de Méjico*, tomo I, páj. 340.)

La nota en que el gobierno del jeneral Guerrero encomendó al encargado de negocios en Estados Unidos que pidiese la separacion de Poinsett, tiene la fecha de 1.° de julio de 1829; i espone los fundamentos de esta medida. Ha sido publicada por don Manuel de la Peña i Peña, en la páj. 128 del tomo III de las *Lecciones de práctica forense mejicana.*

dias de elevado a la presidencia, i aunque demócrata él mismo, separó a Poinsett del cargo que desempeñaba en Méjico.

Cuando Poinsett volvió a la Carolina del Sur, los habitantes de este Estado, descontentos por ciertos actos del congreso federal que parecia imponer contribuciones mas gravosas a los estados del Sur, se habian pronunciado no solo contra esos actos sino contra todos los impuestos establecidos por el gobierno central. Habian dado a esta resistencia el nombre de *nulificacion*. Era de temerse que esta medida importase una ruptura de la Union: Poinsett lo comprendió así, reunió a sus amigos, se puso de acuerdo con ellos; i descubriendo que la mayor parte de los hombres influentes del estado desaprobaban la *nulificacion*, organizó un partido unionista, i con su auxilio llegó a impedir el mal que preveia.

Creyendo que éste era el último servicio que podia prestar a su pais, Poinsett no pensó mas que en alejarse de la vida pública. En 1835 contrajo matrimonio con una señora americana, mistres Pringle, con la cual se retiró a sus plantaciones de arroz, situadas en los alrededores de Georgetown, donde se consagró por completo a las trabajos de la agricultura. A pesar de esto, poco despues fué elejido por una gran mayoría, a despecho del partido que acababa de vencer, miembro del senado federal. Por fin, en 1837 aceptó del presidente Van Buren el importante cargo de ministro de la guerra, que desempeñó durante los cuatro años que duró la presidencia de ese majistrado. Poinsett habia obtenido en su juventud el título de coronel de milicias del Estado de la Carolina del Sur, i este título así como algunos estudios militares que habia hecho, fueron sus antecedentes para ocupar ese ministerio.

Durante su administracion, i gracias a su ilustrada iniciativa, se llevó a cabo el viaje de esploracion al rededor del mundo del capitan Wilkes, una de las empresas que mas honran al gobierno de los Estados Unidos, i que contribuyó poderosamente a los progresos de la jeografía. Se le debe tambien el establecimiento del Instituto Nacional de Washington, en cuya inauguracion pronunció un notable discurso. La esperiencia recojida en sus largos viajes, le inspiró otras mejoras en la organizacion militar. Creó la artillería lijera, i los cuerpos de injenieros topógrafos, cuyos servicios han sido tan útiles al ejército como a la jeografía.

Al terminarse la administracion Van Buren, se alejó de Washington para siempre, i volvió a sus posesiones de campo para pasar el resto de sus dias en el seno de su familia.

Aunque alejado definitivamente de los negocios públicos, mas de

una vez consagró a ellos algunos de sus escritos, sea para oponerse a la guerra contra Méjico en 1847, sea para conservar la union de todos los Estados contra las pretensiones separatistas que se hicieron sentir mas tarde. Cuando iba a cumplir 73 años, fué acometido por una pulmonía que le causó la muerte en Statesbourg, en la Carolina del Sur, el 14 de diciembre de 1851.

En esta rápida i descarnada reseña biográfica, hemos pretendido dar a conocer al primer cónsul estranjero en Chile, deteniéndonos particularmente en los hechos que se refieren a nuestro pais. Para los que deseen conocer mas detalles sobre la vida del cónsul Poinsett diremos aquí que ademas de los libros citados en este artículo, pueden consultar en la *Democratic Review* de Estados Unidos, tomo I (año de 1843), páj. 361—368 i 443—456, dos artículos que forman una minuciosa biografía de este personaje hasta su salida del ministerio. Allí mismo se publicó su retrato. Por último en el *Bulletin de la societé de géographie* de Paris (tomo 7.° de la 4.ª série, correspondiente al primer semestre de 1854, páj. 211—220) se publicó una noticia biográfica de Poinsett, escrita por M. de la Roquette. De ámbos trabajos he tomado, estractándolas, abreviándolas o traduciéndolas, las noticias que no he recojido en los documentos orijinales o en libros especiales sobre la historia de Chile i de Méjico.

DIEGO BARROS ARANA

EL AMOR

—Ven, ánjel mio, i en tus negros ojos
Deja mirar los mios un instante.....
Ah! qué bello es tu anjélico semblante
Cubierto de rubor!
Ven, i deja que ponga cuidadoso
Sobre tu amante corazon mi oido,
Porque quiero me diga en su latido,
Qué cosa es el amor?
Ven, acércate a mí; sobre mi seno
Reclinada la frente, el lábio amante
Bañado de sonrisa, i palpitante
De dicha el corazon:
Déjame así leer en tu mirada,
En tu sonrisa tierna i hechicera,
Déjame en fin leer en tu alma entera
Qué cosa es el amor?...
—Melancólica vírjen pensativa
Que en el espacio pierdes tu mirada,
Miéntras corre tu alma fatigada
En pos de una ilusion:
¿Qué buscas, dime, en el lejano cielo
Cuando tu tierno corazon palpita?
¿Qué cosa, dime, es lo que así te ajita?
¿Acaso es el amor?
—I tú, pobre mujer, que solitaria
En medio de la noche silenciosa
Lamentas en tu queja dolorosa
La esperanza que huyó:
¿Por qué te entregas a tan hondo duelo?
¿Qué es lo que así te aflije i te tortura?
¿Quién te robó tu virjinal ventura?
¿Acaso es el amor?
—¿Qué es el amor, entónces? Es la dicha?
O es acaso el dolor i el desconsuelo?...
Pero ¡ai! en vano comprenderlo anhelo.....
¡I está en mi corazon!!...
Una dicha, un dolor, una esperanza,
Una mirada, una emocion, un beso,
Un suspiro, una lágrima: todo eso
Todo eso es el amor!

VÍCTOR TORRES A.

VENECIA

(CONTINUACION)

Venecia apretó la mano de su madre de una manera convulsiva i se reclinó sobre su pecho. Luchaba por dominarse, pero la primera vez que pronunciaba su madre aquel nombre tan querido todas las emociones largo tiempo comprimidas se desataron en su pecho. La sangre pareció agolparse en su corazon, cayó sobre su madre pálida i trémula.

—Soi mui tonta, mamá! Pero hable, oh! dígame lo que tanto he deseado oirle.

—Pero no ahora, Venecia.

—Ahora, mamá. Sí, ahora. Yo me he dominado, no podria soportar por mas tiempo su silencio. No podré dormir si Ud. no me habla. Solo fué un momento; míreme! ya estoi bien. I decia estas palabras con una voz clara i tranquila, pero su fisonomía pálida i acongojada espresaba la penosa lucha que se esforzaba en dominar.

—Venecia, dijo Lady Annabel, el principal objeto de mi vida ha sido evitar que Ud. compartiera mis sufrimientos. He ocultado por años una circunstancia cuyo conocimiento solo pudiera hacerla desgraciada. Sin embargo, mi solícito empeño debia ser burlado. Yo sé que no fuí yo quien primero le dijo que Ud. tenia un padre! En mi ausencia de Cherbury Ud. entró en el cuarto, dijo Lady Annabel con calma; en el delirio de su fiebre Ud. me lo dijo todo.

Venecia se puso pálida.

—En ese cuarto, Ud. vió el retrato de su padre; el doctor le dijo que su padre vivia. ¿Es esto todo lo que Ud. sabe?

—Nó, no todo, mi querida mamá. Lord Cadurcis me hizo un re-

proche de..... de..... tener ese padre, añadió con una voz vacilante. Fué entónces, madre, cuando yo supe su infortunio, sus desgracias.

—Ah! Venecia, todo depende de Ud. Puedo soportar, hasta puedo olvidar el pasado si mi hija me es fiel. No habrá sufrimiento, ni habrá dolor si la hija a quien he consagrado los afectos de mi vida quiere ser guiada por mis consejos i aprovechar mi triste esperiencia.

—Madre, querida madre, si mi afecto le basta, Ud. será feliz. Pero ¿qué le he hecho?

—Nada, hija mia. Su vida ha sido hasta aquí llena de obediencia.

—I siempre lo será, pero Ud. me hablaba, mamá, Ud. me hablaba..... de mi padre.

—De él, dijo Lady Annabel pensativa. ¿Ud. ha visto su retrato?

Venecia besó la mano de su madre.

—¿Era él ménos hermoso que Cadurcis? ¿Era él ménos bien dotado por la naturaleza? esclamó Lady Annabel con animacion. El sabia hablar con ese mismo tono de dulzura i derramaba sus juramentos con el mismo ardor. I sin embargo ¿qué soi yo? Oh! mi hija, apártese de seres semejantes! Llevan un demonio en su espíritu que toda la abnegacion de nuestro sexo no puede vencer. Un año, nó, ni siquiera un año i ya todas mis esperanzas estaban desvanecidas. Oh! Venecia, si su porvenir fuera como mi amargo pasado! I podia haberlo sido i yo podria haber contribuido! Ahora se admira Ud. de que yo le tenga aversion a Cadurcis?

—Pero, mamá, nosotros hemos conocido a Cadurcis desde niño. Ud. siempre lo ha amado i siempre me ha dicho que tenia un corazon tierno i afectuoso.

—No tiene corazon.

—Madre!

—No puede tener corazon. Los espíritus como el suyo no tienen sentimientos. Otro impulso domina su existencia. Es la imajinacion; es la vanidad; es el egoismo disfrazado con brillantes cualidades que deslumbran nuestro débil juicio, pero es el egoismo mas completo i mas concentrado. Lo conocimos niño—ah! qué podemos conocer nosotras las mujeres! Hemos nacido para amar i ser engañadas. Lo vimos niño, solo, abandonado i su desgracia despertó nuestra compasion. Pero no conocíamos su carácter, él mismo no lo conocia. Ud. no puede cambiar su carácter i la mano que lo intente será su primera víctima.

—Cuántas veces nos hemos separado! esclamó Venecia. Cuánto tiempo hemos pasado sin vernos i ahora lo encontramos siempre el mismo, siempre nos quiere. Sí, mamá, la quiere a Ud. ahora como en

otro tiempo. Si Ud. le hubiera visto como yo, llorar con el recuerdo de que Ud. le prometió una vez ser su madre i comparar esos dulces sueños con su reserva de ahora!

—Llorar! esclamó Lady Annabel amargamente. Ah! ellos pueden llorar! La sensibilidad es un lujo que les gusta mostrar. Ellos pueden llorar, jugar con nuestros sentimientos i nuestra emocion tan fácilmente excitada, es un homenaje al poder de que ellos se glorían. Tres años hace, Ud. misma me confiesa que él reprobó la conducta de su padre; ahora lo imita. Hai una carrera que siguen esos hombres fatalmente i de que nada puede separarlos; está en su sangre. Hoi Cadurcis le jurará un eterno amor; pero si lo que dicen es cierto, Venecia, ahora un mes hacia a otra los mismos juramentos. Esos sentimientos para con Ud. hoi serán sinceros, su imajinacion está encantada con Ud., la transforma en una hada que solo existe en su fantasía. Quiéralo, sea su novia, i tendrá la tortura de encontrar ántes que hayan pasado seis meses, que su espíritu inquieto estará ocupado de objetos que despertarán su dolor, su disgusto i hasta su horror!

Lady Annabel se puso de pié i paseándose por el salon manifestaba una excitacion que le era estraña.

—Ud. no sabe lo que yo he tenido que sufrir, no hai ninguna tortura con que pueda ser comparada la vida de su madre. I ¿qué me ha sostenido? ¿cuál ha sido la estrella que he mirado siempre en esa tumultuosa lucha? Mi hija! I estoi a punto de perderla ahora despues de tanto sufrir! Yo tambien tengo que verla víctima!

—Madre! esclamó Venecia llena de angustia, arrojándose al cuello de Lady Annabel. Las dos permanecieron en silencio mezclando sus sollozos convulsivos i apasionados.

Por fin dijo Venecia con una voz apagada:

—Madre! ¿qué puedo hacer para borrar el pasado?

—Ameme, mi Venecia, como yo la amo; sea fiel a su madre i aprovéchese de sus errores. Yo solamente quiero evitar su eterna desgracia. Hágame solamente una promesa.

—¿Cuál? madre.

—Prométame no casarse nunca con Lord Cadurcis, dijo Lady Annabel con una voz apagada de que no perdió una sola palabra la pobre Venecia.

—Prometo no casarme sino con su aprobacion, dijo Venecia con una voz solemne.

XIX

—Cadurcis, decia el capitan una mañana dirijiéndose a su primo, mañana vamos todos a Hampton. Lady Annabel, los Vernons i yo vamos a irnos en un coche.

Lord Cadurcis se apresuró a decir a su primo, en el tono mas dulce que le fué posible, que tratara de quedarse con Venecia i él solamente en un carruaje. I si no consiguió que todo se arreglara como él queria, fué porque el destino feliz de los amantes quiso que la condesa propusiera que Lord Cadurcis, Venecia, el capitan i ella acompañaran los coches a caballo.

Al dia siguiente trotaba la alegre cabalgata por las espléndidas avenidas de Bushey. El mes de Mayo declinaba entonces, con su cielo sin nubes i su aire embalsamado.

—Me gusta el sol que rara vez brilla en esta tierra, dijo Cadurcis, me gustan las flores, i si Udes. quieren, podemos pasearnos por el jardin cuando lleguemos a gozar del sol i de las flores.

Todos aceptaron i al llegar a Hampton se dirijieron al terrado. Pasearon juntos por algun tiempo; pero la condesa, algo cansada, se detuvo para sentarse sobre un banco.

—Venga, Venecia, dijo lord Cadurcis.

Venecia vaciló, no queria dejar sola a su tia; pero la condesa la alentó diciéndole que si no iba la obligaria a continuar paseándose.

—Me gusta su tia, la quiero, dijo Lord Cadurcis.

—I es difícil no quererla añadió Venecia.

—Ah! Venecia ¿por qué su madre no es como su tia? Venecia, cuando recuerdo antiguos dias, qué estraño me parece no poder estar a solas con Ud. a no ser por un accidente casual.

—No debemos recordar esos antiguos dias, le contestó Venecia lentamente.

—No debemos recordarlos? Venecia, no diga eso. Son esas las palabras mas amargas que pudieran pronunciar sus lábios. Esos dias queridos son mi única alegría i mi sola esperanza.

—Pasaron, dijo Venecia.

—¿Pero pueden volver?

—Nunca, contestó la niña tristemente.

Habian llegado a una fuente majestuosa de jigantescas proporciones; divinidades i jenios jugueteaban por el agua en actitudes fantásticas.

—Nuestra infancia, esclamó Plantajenet, no puede borrarse. Mi

amor, mis esperanzas, mis recuerdos, todo lo que vive en mi alma será Ud., siempre Ud.

—Mis afectos no han cambiado tampoco, dijo Venecia.

—Recuerdo los juramentos que le hice la última vez que nos vimos en Cherbury. Años han pasado, Venecia, i ahora, a pesar de eso, podria renovarlos. Ahora me conozco, no soi como entonces un muchacho oscuro; pero ¿para qué quiero la ciencia i la fama sin el encanto de mi infancia? Sí, Venecia, Ud. debe ser, Ud. será mia!

—Plantajenet, yo no puedo ser suya.

—¡Entónces Ud. no me quiere!

—Es imposible que Ud. sea amado mas de lo que yo lo amo, le dijo Venecia en un tono de súplica tan íntimo como profundo.

—Mi Venecia! Por qué entónces no será Ud. mia?

—No puedo, hai un obstáculo i un obstáculo insuperable.

—¿Cuál?

—He jurado no casarme sino con el consentimiento de mi madre.

El semblante de Cadurcis palideció.

—Ya le he dicho que su madre me aborrecia. Ahora, Ud. que me lo negaba, lo confiesa.

—Aborrecer es una palabra que no puedo entender bien, le dijo Venecia. Mi madre tiene razones para desaprobar nuestra union. Serán injustas, pero son insuperables i yo debo someterme.

—Ud. tiene un padre, Venecia; el mejor i el mas grande de los hombres. En otro tiempo Ud. me dijo que su aprobacion era necesaria para nuestro matrimonio. Yo la obtendré. Oh! Venecia: vamos los dos para vivir con él, junto con ese ser tan ilustre como desgraciado que la ama a Ud. con una pasion que rivaliza con la mia. Imajínese que vamos a vivir con él, a apoyarnos sobre su pecho consagrado por el amor paterno. Dejemos esta vida miserable que ahora nos abruma, volemos a esas bellas soledades en que la naturaleza lo inspira, seamos felices!

Pronunció estas palabras con una suavidad apasionada, estrechando la mano de la niña, que miraba vagamente caer el agua de la fuente.

El semblante de Venecia, lleno de calma i palidez, revelaba su espíritu comprimido que pugnaba por salir del caos de pasiones que lo desgarraba.

—Soi una víctima, contestó Venecia, pero una víctima resignada. Nunca podré abandonar a la que me ha consagrado todos los afectos de su vida.

—Le ha consagrado sus afectos! esclamó Cadurcis con sarcasmo.

No me hable Ud. de semejante consagracion. No contenta con privarla de su padre, intenta ahora separarla de su amante. ¡I esto es una madre! Tirano frio, egoista, inexorable!

—Plantajenet, esclamó Venecia ajitada.

—Nó, yo debo hablar. Ud. se cree su víctima, pero solo ha sido su esclava. ¡Ella una madre abnegada! Ella, que no tiene corazon, que no ha sentido nunca!

—Yo debo dejarlo, dijo Venecia, yo no puedo oir esto.

—La verdad es preciosa, esclamó Cadurcis, apoderándose de su mano. Su madre, su abnegada madre ha separado a un padre de su hija i a un jénio de su patria. I si Ud. no accede a mis súplicas, el sol de mañana me alumbrará a mí tambien en otra tierra; mezclaré mis lágrimas con las de su padre i publicaré a la Europa la doble infamia de su madre. Lo juro solemnemente. Pero todavía estoi aquí Venecia, i una sonrisa suya puede hacerme feliz.

—He hablado, dijo Venecia tristemente. Mi corazon podrá desgarrarse, pero no puedo olvidar lo que he jurado.

—Entónces que todo caiga sobre su madre! esclamó Carducis con terrible vehemencia.

—No puedo escucharlo mas, esclamó Venecia indignada i se apartó. Despues de alejarse algunos pasos, se detuvo. Cadurcis estaba todavía al lado de la fuente. Ella recordó su rápida partida de Cherbury i no dudaba que ahora volveria a dejarla con la misma brusquedad. Su corazon se hacia pedazos. No podia soportar la idea de separarse tan amargamente del ser que acaso queria mas sobre la tierra. Lo llamó en una voz mui baja a la verdad, pero que en aquel lugar silencioso llegó hasta él. Carducis se acercó lentamente. Cuando llegó a su lado,

—Me parece, le dijo friamente, que Ud. me ha llamado!

El semblante de Venecia se inundó de lágrimas.

—No puedo, le dijo, separarme de Ud. de esta manera, Plantajenet. Queria despedirme de Ud. Siempre pediré al cielo por su felicidad. Que Dios lo bendiga, Plantajenet!

Lord Cadurcis no contestó: saludó respetuosamente i se alejó.

XX

—No estoi en casa para nadie, dijo Lord Cadurcis a su sirviente entrando a su aposento. Para nadie volvió a añadir con enerjía.

El sirviente saludó con respeto.

—Ordene que mis caballos de posta estén prontos para mañana.

—Para dónde va Ud. a salir, milord?

—No sé.

El sirviente volvió de nuevo a saludar i se alejó. Pocos momentos volvió a entrar.

—Hace poco rato, señor, un muchacho vino a preguntar por Ud. Dice que tiene algo mui privado que comunicarle, i me dijo que talvez Ud. tendria gusto de verlo, porque viene de la Abadía.

—La Abadía! dijo Cadurcis con curiosidad, ¿por qué no le dijo Ud. que entrara?

—Ud. me dijo que no estaba en casa para nadie, milord.

—Idiota! Parece que hubieras perdido la cabeza. Haz entrar ese muchacho.

I el sirviente salió. Poco despues un muchacho entraba en el cuarto de Cadurcis, que solo podia distinguir su bulto por la falta de luz que habia en la pieza.

—I bien muchacho, dijo Cadurcis, ¿qué quiere Ud?

El muchacho balbuceó algunas palabras.

—No tenga Ud. miedo de hablarme, si le puedo servir a Ud. o a álguien de la Abadía, lo haré con mucho gusto.

En este momento el sirviente entró con las luces. El muchacho llevó su pañuelo a la cara i parecia llorar.

—Mi tiempo es precioso, hijo, hable Ud., no tema a nadie volvió a repetir Plantajenet.

—Cadurcis! dijo el muchacho con una voz suave i trémula.

—Jertrudis! esclamó Lord Cadurcis, saltando de su asiento. ¿Qué mascarada infernal es esta?

—Es un disfraz mas lijero que el que tengo que llevar a cada instante en mi vida.

—Por Júpiter! Una comedia! esclamó Cadurcis en un tono desesperado.

—Una comedia! esclamó Lady Monteagle, llorando amargamente. ¡Es así como Ud. llama la espresion de mis sentimientos! Yo sé dónde Ud. ha ido, continuó la señora. Ud. ha ido a Richmond con Miss Herbert. Lo sé todo, i seré víctima, pero no burlada.

Cadurcis principió a cantar a media voz.

I ¡este es Lord Cadurcis! continuó la señora, el sublime, etéreo Lord Cadurcis! Ud. podrá engañar al mundo pero yo lo conozco. Sí, señor, yo lo conozco i haré que los otros lo conozcan tambien. Romperé el velo hipócrita en que se envuelve.

Lord Cadurcis bostezó.

AUGUSTO ORREGO LUCO.

LA

CUESTION BRASILERO-ARJENTINA

(CONTINUACION)

III

Ménos incuestionable aun creemos el segundo punto en que hemos resumido las proposiciones del representante arjentino en las conferencias de la Asuncion. El tratado de alianza, en su espíritu i en su letra, i los documentos i actos oficiales de los asuntos del Paraguay manifiestan que los límites constituyen un casus fœderis entre los aliados. Aquél estableció entre éstos solidaridad no solo para la guerra sino para la celebracion de la paz i para los convenios que a ésta sirviesen de garantía, entre los cuales se contaban los que se ajustasen sobre límites. Eso es lo que se desprende de su artículo 17, que trascribimos literalmente:

«Los aliados se garanten recíprocamente, dice, el fiel cumplimien»to de los convenios, ajustes i tratados que deben celebrarse con el »gobierno que se establezca en la República del Paraguay, en virtud »de lo convenido por el presente tratado de alianza, *el cual quedará »siempre en toda su fuerza i vigor, a los efectos de que esas estipulacio»nes, sean respetadas i ejecutadas por la República del Paraguay.*»

«Para conseguir este resultado, conviene que, en el caso que una »de las altas partes contratantes no pudiese obtener del gobierno del »Paraguay el cumplimiento de lo pactado, o que este gobierno in»tentase anular las estipulaciones ajustadas con los aliados, los otros »emplearán activamente sus esfuerzos para hacerlas respetar.»

Si esos esfuerzos fueren inútiles, agrega mas adelante, los aliados concurrirán con todos sus medios para hacer efectiva la ejecucion de lo pactado.

Hemos visto ya que el tratado de 1.° de mayo prescribe se ajuste con el Paraguay pactos sobre límites bajo las bases en él designadas. Luego el reconocimiento por parte del Paraguay de los límites establecidos es un casus fœderis para los aliados.

No necesitamos por cierto insistir sobre lo dicho; la simple lectura basta para comprender el significado de la cláusula del tratado de 1.° de mayo, que establece la solidaridad de la alianza en materia de límites. El hecho solo de haberse determinado éstos en un pacto de alianza, importa la obligacion de garantirlos recíprocamente por los signatarios. En buena lei internacional, las estipulaciones comunes traen derechos i obligaciones comunes, a ménos que se esprese lo contrario.

Los gobiernos contratantes de la alianza han reconocido en repetidas ocasiones esa solidaridad en la cuestion de límites. Así, el señor Paranhos, jefe del gabinete imperial, decia sobre esta materia ante el Senado de su pais, contestando a un miembro de esa cámara: «El noble senador por Rio Janeiro dió al tratado una intelijencia que es contestada por los negociadores arjentinos; dió al tratado una intelijencia que es tambien contestada por el gobierno imperial, debo decirlo francamente. Una cosa, señor presidente, es aconsejar jenerosidad i moderacion para el vencido; otra desconocer los compromisos que los aliados establecieron entre sí por un pacto de alianza.»

La misma persona citada decia en otra ocasion en un documento oficial, hablando de la cuestion de límites, navegacion de los rios i demas obligaciones que se acordó imponer al Paraguay por el tratado de 1.° de mayo: «Tales son las condiciones de paz que éste espresa. ¿Consideran o no los gobiernos aliados estas condiciones como obligatorias entre ellos i para con la república del Paraguay? Ciertamente que sí. En ese pacto nada hai mas claro ni mas sagrado i en esta confianza han vivido hasta hoi los aliados, multiplicando de dia en dia sus sacrificios para llegar a una paz que sea honrosa i segura para todos.

Débil o fuerte, el Paraguay no tendrá derecho para recusar las condiciones preliminares de paz, *ni los aliados para declinar la estricta observancia de sus compromisos recíprocos*, compromisos mantenidos hasta hoi a costa de tan grandes sacrificios de vidas i capitales.»

En notas mui posteriores al desacuerdo de la Asuncion, el gabinete de San Cristóbal ha reconocido implícitamente la existencia del ca-

sus fœderis en materia de límites. En la circular de 3 de febrero del presente año, dirijida a los representantes del Brasil en el estranjero, el ministro de relaciones esteriores del imperio se espresa así: «El artículo 17, que estableció la garantía recíproca de los aliados para los ajustes que fuesen celebrados con el nuevo gobierno paraguayo, confirma la intelijencia que damos al tratado de 1.° de mayo. La garantía seria escusada si en todo caso los ajustes de paz debiesen ser firmados en un acto colectivo en el cual figurasen, como parte, de un lado los aliados i del otro el gobierno paraguayo.»

Como se ve, esto es terminante: se reconoce la solidaridad de la alianza para los convenios que en virtud de ella se celebrasen con el Paraguay, ya traten los aliados colectivamente, ya por separado.

Mas esplícitamente reconocido aun, en conformidad al pacto de 1.° de mayo, fué el casus fœderis en materia de límites en el proyecto de tratado de paz que se formuló por los plenipotenciarios de la alianza en las conferencias de Buenos Aires. «Los límites de la república del Paraguay con el imperio del Brasil i la República Arjentina, dice en su artículo 2.° , serán ajustados i definidos en tratados especiales, de conformidad con el artículo 16 del tratado de alianza de 1.° de mayo de 1865 i con el acuerdo preliminar de paz de 20 de junio próximo pasado (1870). Dichos tratados constituirán actos distintos i separados del presente; pero serán firmados simultáneamente con éste i tendrán la misma fuerza i valor, como si de él hiciesen parte.»

De una manera concluyente, pues, ha establecido el tratado de alianza el casus fœderis para las cuestiones de límites. Los gobiernos signatarios así lo han reconocido tambien por actos oficiales posteriores, i en conformidad con esa interpretacion se celebraron los acuerdos de paz con el Paraguay.

¿Cómo entónces, se dirá, los plenipotenciarios del Brasil i del Uruguay desconocieron tal obligacion de la alianza? ¿En qué razones se fundaban para ello? Vamos a esponerlas estractándolas de los protocolos de las conferencias de la Asuncion, que ponen en boca del ministro oriental las siguientes palabras: «Que las instrucciones que habia recibido de su gobierno, en cuanto a los arreglos de límites del Brasil i la República Arjentina, le prevenian que en esta materia no le era permitido tomar parte directa, i que su mision se hallaba circunscrita a ofrecer buenos oficios, si ellos pudieran concurrir a una conciliacion amigable, en el caso de desacuerdo entre cualesquira de los limítrofes.

Que esta resolucion se fundaba, en primer lugar, en las estipulaciones del tratado preliminar de paz que vino a introducir modificacio-

nes al tratado de alianza de 1° de mayo de 1865, *especialmente en cuanto a las obligaciones contraidas conjuntamente por los aliados, con relacion a sus cuestiones de límites.*

Que en aquel tratado preliminar se estableció que el gobierno paraguayo aceptaba las estipulaciones del tratado de alianza, sin perjuicio de las modificaciones que aconsejasen las conveniencias i la jenerosidad de los aliados; cuya salvedad, segun el espíritu de las conferencias que precedieron aquel tratado preliminar, se referia precisamente a los límites de la República Arjentina; i por consiguiente, desde que ella envolvia implícitamente concesiones posibles de parte de aquella República, esa facultad no podia alcanzar a los Aliados que no representan derechos propios en el caso.

Que uniformándose con esta opinion, fué declarado en el acuerdo celebrado en Buenos Aires el 9 de diciembre de 1870, que *se comprendiera en un tratado o instrumento jeneral de paz las disposiciones de interes comun o jeneral i en actos especiales o separados los ajustes de límites.*

Si pues los aliados en las cuestiones de límites, que no les comprendan directamente, no tienen derecho a introducir las modificaciones o a hacer las concesiones a que alude el tratado preliminar de paz, porque esta es una facultad inherente al dominio de las potencias limítrofes: i si ademas no tienen tampoco derecho a tomar parte en las conferencias prévias a los ajustes que se celebrasen, i no pueden, por consecuencia, apreciar el mérito de las razones que se aduzcan respectivamente, es de toda evidencia que no pueden, bajo ningun concepto, *sostener ni apoyar* el derecho que crea tener cualquiera de los aliados.»

El varon de Cotegipe renovó la argumentacion del representante uruguayo i espuso: que el gobierno arjentino no puede exijir de los gobiernos aliados consideren casus fœderis el sostenimiento de límites que la discusion sobre ellos prometida pruebe talvez no ser lejítimos. Sostener por la fuerza colectiva de la alianza, decia, derechos que se promete discutir i atender si fuesen fundados; sostenerlos todavía por territorios contestados por Bolivia no se concilia con las reiteradas manifestaciones que quedan mencionadas i mucho ménos con las jenerosas i rectas intenciones de los aliados para con la república del Paraguay. El compromiso de la alianza no se debe entender de modo que su fuerza colectiva sirva para dar al Brasil o a la República Arjentina territorios a que no tenian lejítimo derecho antes de la guerra, porque toda idea de conquista fué desechada por el pacto de alianza.

El ministro de relaciones esteriores del imperio, en nota de 22 de marzo del presente año, dirijida al gobierno arjentino, tratando esta cuestion, se espresa así: A la verdad, pretender que el gobierno del Brasil i el de la república oriental sean solidarios en la cuestion de límites de la República Arjentina i al mismo tiempo negarles el derecho de juzgar de la justicia de las pretensiones de una i otra parte interesada, fuera rebajarlas a una posicion inferior a la del vencido, a quien a lo ménos se prometiera oir. Recordar el compromiso comun de respetar la integridad territorial de la república del Paraguay i negar el derecho de alejar ese compromiso i cuidar de su exacta observancia, fuera pretender que el tratado de 1.° de mayo fijó fronteras al arbitrio de los aliados o en virtud de prévio i rigoroso exámen sobre el derecho de las partes interesadas.»

Hemos manifestado ya, al tratar la cuestion de límites en sí misma, que el gobierno arjentino no entendió nunca que la facultad que se concedió al Paraguay por el artículo 2 del tratado preliminar de paz, significase relajacion alguna tanto de las designaciones sobre límites del tratado de alianza, cuanto de las obligaciones contraidas por los aliados con respecto a lo mismo. Ello importaba para el Paraguay únicamente el derecho de presentar pruebas al dominio de los territorios en cuestion, que le serian devueltos en caso de ser aquellas superiores a las presentadas por los arjentinos.

La misma interpretacion daba el gobierno imperial al tratado preliminar de paz, segun se desprende de las declaraciones del jefe de su gabinete ante las cámaras brasileras. «Por mi parte, como órgano del gobierno imperial, decia éste, he dicho i sostenido que el acuerdo preliminar de paz no contiene violacion alguna del tratado de 1.° de mayo de 1865, i está enteramente en conformidad con ese tratado.» El protocolo de 20 de junio del año 1869, i el tratado preliminar de paz, agregaba, no desvirtuaron las estipulaciones del tratado; están concebidos conforme al espíritu de este pacto solemne. El Brasil siempre sostuvo que las estipulaciones de aquel tratado eran obligatorias, *que aquellas obligaciones de paz eran compromisos entre los aliados.*

Despues de estas declaraciones ¿qué valor puede tener el decir que desde que solo son jueces de sus cuestiones de límites las naciones interesadas directamente, la alianza no puede prestarles apoyo material? ¿Qué vendrian a probar en contra de lo claramente estipulado en el tratado de alianza las concesiones que quisiera hacer el gobierno arjentino al paraguayo?

De lo convenido en las conferencias de Buenos Aires sobre *que se comprenderia en un tratado o instrumento jeneral de paz las disposicio-*

nes de interes comun o jeneral i en actos especiales o separados los ajustes de límites, quiso deducirse tambien la no solidaridad de la alianza sobre esta materia.

Dejamos la palabra al luminoso memorandum del doctor Quintana, que contesta satisfactoriamente esta objecion.

«Mas este período de dicho protocolo carece de la significacion que se le atribuye, porque no afecta la cuestion de fondo que se debate i solo se refiere a la forma de los tratados a celebrar con el Paraguay, como está categóricamente declarado en el encabezamiento de dicho convenio, que a la letra dice: «en seguida se pasó a considerar la forma que debian tener los ajustes definitivos de paz.»

Por otra parte, ese período, en vez de terminar donde lo cortó el señor ministro oriental, continúa diciendo:—«así como tambien lo que debe quedar al libre arbitrio de cada una de las partes interesadas por lo que toca a las indemnizaciones de gastos i perjuicios de guerra,» de manera que, si la cuestion de indemnizaciones no ha dejado por esta cláusula, de ser una cuestion de la alianza, tampoco ha dejado de serlo la cuestion de límites.

Ademas, como si el señor Tejedor hubiera querido contestar de antemano la objecion de mis dignos colegas, declaró en seguida de dicho período que: «adoptaba la separacion conveniente a los ajustes de límites, bajo la condicion que no habria para su gobierno acuerdo definitivo entre los aliados sin que quedasen resueltos todos los puntos que comprenden los ajustes definitivos de paz con el Paraguay, inclusivamente los de límites.»

Finalmente, los señores Paranhos i Rodriguez, léjos de contrariar la precedente declaracion, la repitieron por su parte: puesto que el protocolo agrega en seguida que: «los señores plenipotenciarios convinieron en que el tratado comun debe ligarse a los ajustes de límites i que ni el gobierno arjentino, ni el del Brasil serán obligados a firmar con el gobierno paraguayo el tratado comun si su derecho territorial no fuera al mismo tiempo reconocido.»

Tan manifiesta fué la decidida voluntad que los señores Tejedor, Paranhos i Rodriguez abrigaban de continuar reputando que la cuestion de límites envolvia un verdadero *casus fœderis* que, segun el protocolo, terminaron la conferencia conviniendo ocuparse en comun de la cuestion de límites.

El protocolo de las conferencias fecha 17 i 20 de enero de 1871 revela que dichos señores cumplieron oportunamente su promesa; pues toda su primera parte está esclusivamente consagrada a la dis-

cusion en la cuestion de límites, i su final dispone que ella será todavía materia de ulterior deliberacion entre los aliados.

Durante la discusion i despues de analizar los antecedentes del asunto, el señor Tejedor terminó diciendo: «que por tanto, era lójico i prudente que los aliados reservasen su resolucion definitiva respecto a esta importante cuestion, para tomarla durante la negociacion con el gobierno paraguayo despues de conocer las pretensiones de éste i los títulos en que la funda.»

El señor Rodriguez adhirió sencillamente a la proposicion del señor doctor Tejedor, declarando que:—«no podia dejar de aceptar la proposicion del señor plenipotenciario arjentino, porque siempre estuvo su gobierno persuadido que no se podia resolver entre los aliados cuestiones de derecho territorial sin oir la otra parte interesada, que es el gobierno del Paraguay.»

Por su parte, el señor Paranhos, que era quien habia abierto la conferencia trayendo a exámen los antecedentes de la cuestion de límites, prestó tambien su asentimiento a la proposicion del señor doctor Tejedor despues de examinar las consideraciones espuestas por sus colegas.

La conferencia terminó declarando de comun acuerdo que: «respecto a los ajustes de límites i a la cláusula del protocolo anexo al tratado de 1.° de mayo, procederán en la forma propuesta por los señores plenipotenciarios arjentino i brasilero. Por consiguiente, que dichos ajustes i dicha clásula serán objeto de una deliberacion ulterior entre los aliados, en el caso en que se reconozca ser imposible un ajuste amistoso sobre esos puntos o cualesquiera de ellos con el gobierno paraguayo.»

Ahora bien, si el señor doctor Tejedor propuso que la resolucion definitiva respecto a los límites fuera tomada en comun con los aliados si el señor Rodriguez aceptó esa proposicion diciendo que los aliados debian oir al gobierno paraguayo; si el señor Paranhos la consintió adhiriendo a las declaraciones de sus colegas, i si todos resolvieron que seria objeto de una deliberacion ulterior entre los aliados, ¿cómo se pretende ahora que, en caso de desacuerdo con el gobierno paraguayo, la cuestion de límites sea aisladamente resuelta bajo la responsabilidad respectiva de cada una de las partes interesadas?

ENRIQUE MAC-IVER.

REVISTA DE LA QUINCENA

Santiago, julio 31 *de* 1872.

Algunos dias de sol, muchos de nubes i ninguno de agua: la quincena ha trascurrido en esas constantes alzas i bajas barométricas que forman la desesperacion o la esperanza del siempre descontento agricultor. Los años pasan, la juventud se aleja, desaparece la poesía; i en el rayo de sol i en la ráfaga de viento no se busca ya el calor que debe abrir el pétalo ni el aura que debe columpiar el tallo de la rosa. Los dias son tristes o son alegres no por el azul de los cielos ni por la oscuridad del horizonte. El agua ablanda la tierra, i el sol calienta i fecunda la semilla; pero el sol puede quemar la espiga i el agua puede corromper el grano. Agua i sol se reducen a una simple cuestion de caja.

Apesar del sol que por algunos dias ha brillado, de la lluvia que no ha caido i de la escarcha que todas las mañanas ha cubierto con una blanca sábana de hielo los techos de la poblacion, dos naciones que habian combatido juntas, que juntas habian hecho abundante cosecha de laureles, cuya sangre se habia confundido en los campos de batalla como se confunde en el cauce de los rios el caudal de los arroyos, i que despues de sacrificios i de heroismos sin cuento se habian separado como dos amigos de la infancia cuya intimidad se debilita con las susceptibilidades que desarrolla el trascurso de los tiempos, dos naciones, Chile i la República Arjentina, han puesto en contacto su cerebro por medio de un aparato nervioso que, aquí oculto entre las peñas, mas allá entre las nieves i despues bajo la tierra ardiente de la pampa, ¡ha principiado a trasmitir con la rapidez del rayo las múltiples sensaciones de su organismo material e intelectual. El telégrafo trasandino se ha inaugurado; la montaña se ha abatido; el desierto se ha concentrado; trescientas leguas ha perdido la superficie de la tierra.

Buenos Aires, pueblo que no duerme, que siempre tiene un pié fuera de los cobertores de su lecho para lanzarse a la plaza en busca del tumulto o a la imprenta tras de las últimas noticias, ha sentido hervir en sus venas el fuego del entusiasmo i ha aclamado este progreso con toda esa espansion que se desborda en los corazones del Rio de la Plata. Buenos Aires ha visto en la instalacion del hilo eléctrico una garantía de prosperidad i fraternidad americana i una esperanza de paz universal.

Buenos Aires i Santiago han seguido los impulsos de su carácter i han obedecido a las exijencias de su tradicion. Buenos Aires es un pueblo que tiene la fiebre del espíritu, que salta por encima del presente i que se apodera del porvenir. Allí el Plata se desliza tranquilo en una corriente imperceptible. En cambio, los espíritus marchan por una pendiente rápida i se precipitan con la fuerza de la avalancha en el camino del progreso. Hai desórden, atropellos, confusion; pero el campo es estenso, el aire es puro, i pronto la calma se restablece i todos, obreros infatigables, continúan su tarea con una constancia nunca desmentida. En Chile, planicie que principia en la cumbre de los Andes i que termina en los bordes del Océano, los rios corren impetuosos con el mas atronador de los estrépitos, pero los espíritus se arrastran trabajosamente en direccion opuesta. El camino es lento. difícil, a veces impracticable. Hai que buscar laderas, que hacer rodeos, que describir curvas de consideracion. Nos arrastramos con la pesadez de la tortuga, i a esta pesadez hemos dado el título pomposo de buen sentido. Buenos Aires devora el tiempo como el águila el espacio, i esa vida robusta i vigorosa nos ha hecho llamarla pueblo sin sentido práctico, sin órden i sin madurez.

Allí todo es rápido i febril. Brilla el sol, i se combustiona la yerba de las pampas. La atmósfera está despejada, se divisa una nube en el horizonte, el cielo se oscurece, el rayo cruza, habla el trueno, cae el granizo, i la atmósfera vuelve a despejarse i el sol vuelve a lucir. Aquí, el sol lucha sin cesar contra las nubes. Se asoma la cabeza, se estiende la mano, se examina el barómetro, i la lluvia no cae, i se desprestijia San Isidro i el agricultor se desespera.

En Santiago el hecho ha pasado casi desapercibido. El señor Vicuña estaba enfermo, i Santiago tiene costumbre de que la autoridad decrete sus alegrías. Nuestro ardor patriótico, que este año por primera vez tendrá una manifestacion inteligente, despierta a las salvas de la fortaleza de Hidalgo i se duerme al último resplandor de la última luminaria. Por felicidad para Santiago, el señor Vicuña se sintió restablecido: el pabellon nacional se enarboló, i las bandas de música se acercaron a la estátua de San Martin. ¿I para qué mas? La única utilidad que se divisa en el telégrafo consiste en saber con prontitud los precios corrientes de los ganados arjentinos, para multiplicar las especulaciones. ¡Gracias al señor Vicuña si el domingo hubo algo mas que los repiques i las misas de costumbre! El horizonte de Santiago se estiende por el lado del Mapocho hasta la plaza del Mercado, por el Sur hasta el Matadero, por e Oriente hasta los Molinos, i por el Occidente, en época de frutillas, hasta las plantaciones de Renca. ¿Qué le importa Buenos Aires?

Nuestra vida política, social i literaria rueda en una atmósfera de hielo. Sin Buenos Aires por un lado i sin un hijo de Buenos Aires por el otro, nada hubiera combatido esta frialdad glacial. Buenos Aires nos ha hecho ver en el telégrafo algo mas que un alambre que se sepulta en las entrañas de la tierra. Santiago Estrada nos ha invitado a sospechar en las rocas de los Andes algo mas de lo que en ellos busca el cateador con los ojos ávidos i con la punta acerada de su pico.

Con el misticismo del creyente, con la curiosidad del viajero i con el lirismo del poeta, Estrada ha salido de Buenos Aires, ha tocado en Montevideo, ha atravesado la cordillera, ha llegado a Chile, ha doblado el Estrecho, i ha vuelto a su punto de partida. Poeta, lo mira todo al traves de una poderosa fantasía; viaje-

ro, lo escudriña todo con una curiosidad insaciable; creyente, lo organiza todo en el molde de su fé. Viajero, descubre el ridículo de la pequeña aldea i el vicio de la estensa poblacion; creyente, divisa en donde quiera un dedo providencial; poeta, mantiene un diálogo eterno con los objetos inanimados i hace de Dios un recurso de retórica.

Estrada abandona el cómodo tranway i se encierra en la estrecha mensajería. La campiña desaparece, preséntase la pampa, el sol desploma sus rayos verticales sobre las paredes del carruaje. Estrada asoma la cabeza por la portezuela, suspira en recuerdo de la campiña, admira la llanura ilimitada, i bendice el sol. Cuestion de temperamentos. No nos gusta el desierto, como no nos gusta un libro en blanco. Durante el invierno, el sol nos parece adorable cuando abriga los piés entumecidos. En el verano lo encontramos magnífico al ponerse: en el dia, lo encontramos tolerable bajo la sombra de un álamo frondoso, i nada hai mas molesto que su presencia cuando la sentimos en una dilijencia de camino real.

Estrada llega a los Andes despues de horas infinitas del mas áspero sacudimiento. Sube, encuentra una roca de superficie plana, i la mira, i la contempla i la apostrofa. Poco a poco el peñon pierde su forma primitiva. La roca es un símbolo. Los hombres pasan, el sol se oculta, las estaciones se alternan, la roca permanece: pálido reflejo de la inmutabilidad de Dios. La nieve ha caido sobre un peñasco. Es la mujer de Loth petrificada, es un espíritu envuelto en un sudario, es la inocencia vestida con su blanca túnica. La óptica de la pampa produce a la distancia el efecto de un lago cristalino. La sed es devoradora, i el lago no se encuentra. Una imájen bíblica cruza por la mente de Estrada: la samaritana que da de beber a Jesus, Rebeca que va con el cántaro a la fuente, Lonjino que rompe con su lanza el costado del Redentor. Cuestion de temperamentos otra vez: la inmutabilidad de la roca nos haria pensar en la movilidad excesiva de la cabalgadura; el espectáculo de la nieve nos inclinaria a desdoblar nuestros abrigos; la ausencia del agua duplicaria nuestra sed.

Aquello es un canto. La palabra está en armonía con la majestad del pensamiento, con la magnificencia del panorama, con la fantasía de la ilusion, con la profundidad de la fé. Al frente del ejemplar que ha tenido la amabilidad de regalarnos, Estrada nos escribe: «Apesar de muchas incompatibilidades, somos amigos: creo que el amor por lo bello nos vincula, a pesar de pesares.» I dice la verdad: el amor por lo bello nos vincula. En cada una de aquellas fantasías de poeta i de aquellas confesiones de creyente, descubrimos al atrevido paisajista que encuentra una idea en las hojas de los árboles, en la trasparencia de la atmósfera, en la elevacion de las montañas. Hai animacion de estilo, vigor de penmiento, orijinalidad de puntos de vista: fuerza, dulzura, colorido, amenidad. Acaso por nuestra costumbre de verlos azules en las tardes de verano i blancos en las mañanas de invierno, no divisamos en los Andes todo lo que la imajinacion de Estrada hace brotar de sus entrañas de granito. Al contemplarlos pensamos en las fuerzas escondidas de la tierra, en ese crisol inesplorado cuyo chisporroteo produce las montañas. La inmensidad de la cordillera no humilla nuestro espíritu. En su cúspide, el hombre debe sentirse mas grande, mas poderoso, mas inteligente. El ha trazado la senda sobre la roca viva, él se asoma al cráter de los volcanes para sorprender los misterios de la profundidad, él vence la nieve, el rayo, la tormenta, llevando en sus hombros el mensaje de la civilizacion. Estrada tiene que ceder a este movimiento alguna vez, i dibuja en rápidas i hermosas pinceladas

la fisonomía del correista que, como el cóndor de los Andes, no se siente entumecido por la nieve, ni ahogado por la lluvia, ni dominado por el vértigo, ni abrasado por el sol. La bestia de carga se desploma allí rendida de cansancio. El arbusto no puede absorber un aire que le falta. La vida no se esparce bajo la influencia benigna de un calor vencido por la nieve. El hombre pasa. La cordillera queda inmóvil.

La mensajería continúa su carrera. La luz se debilita, la noche se acentúa, el horizonte se oscurece. Principian a divisarse los candiles dudosos del rústico caserío. La poblacion se acerca. Estrada deja de ser poeta i se convierte en hombre de mundo. Todo es prosa en la ciudad. Las cifras se agrupan, se presenta la estadística, la industria, la produccion. Se toma nota de la viveza de Montevideo, de la gravedad de Córdoba, de la instabilidad de San Luis. En la capital del Uruguay, Estrada baja el nivel de su admiracion. Allí admira las faldas, pero no las faldas de los montes. Hai bellezas en todas partes, aun fuera de las aguas del Occéano, aun léjos de las nieves de los Andes. Estrada consigna sus impresiones. Si ellas se ponen en la balanza de su instinto, se ve que las frescas mejillas de Montevideo pueden competir con el encarnado matiz del arrebol. Es necesario partir. La ciudad se borra lentamente, i lentamente vuelve el lirismo a apoderarse del alma del poeta. De nuevo el desierto, de nuevo la montaña. El trovador pulsa la nota mas solemne de su lira, i canta la inmensidad.

Pero bajemos de los Andes, en cuya cima nos ha detenido largo rato un hombre de talento. Abandonemos la llanura; i despues de respirar el aire libre de las pampas, lleguemos a Santiago por cualquiera de los arrabales que le sirven de cintura. Ya hai poco lugar para la poesía. La atmósfera se siente mas pesada. Se ve la vida, se ve la muerte al lado de la vida, i al lado de la muerte se ve la abnegacion. Por dondequiera se encuentra un lazareto, i en todos los lazaretos se encuentra mas de una existencia exhuberante disputando víctimas a la epidemia. La juventud abandona su libro, su charla, sus hogares, i se establece a la cabecera del moribundo. En la partida se arriesga la existencia, pero todo combate tiene sus peligros. El estudiante se hace enfermero. Cada jóven frívolo, escéptico, despreocupado, se trasforma en una hermana de caridad. La caridad se ejerce con una tranquilidad que afecta todas las formas de la indiferencia. Se entra al foco de infecion con el mismo semblante con que se llega al retrete de una dama. Allí hai un hombre sin nombre que está a dos dedos del sepulcro. Su cerebro delira, su fisonomía ha perdido las líneas del ser humano, su cuerpo es una criba. El estudiante cuenta sus pulsaciones, aplica el termómetro a sus miembros, administra la medicina salvadora; i cuando sospecha una reaccion favorable, sus ojos brillan de júbilo i su corazon late de alegría. Allí se pasan las horas, los dias, las semanas. El estudiante es el soldado mas fiel a su consigna. Hai en su abnegacion un estoicismo que ama el deber por el deber. Cadáver, el individuo sale por una puerta falsa, i nadie agradece aquel desvelo. Sano, el individuo se aleja por la puerta principal, i no tiene a quien manifestar su gratitud. El espectáculo del dolor, la proximidad de la muerte, la probabilidad de la infeccion, nada intimida a esos espíritus. Santiago, el gobierno, la humanidad, les deben una medalla. Aquel heroismo es tanto mas noble cuanto mas modestas son sus apariencias. El valor arrogante pierde mucho de su valor. En los lazaretos hai que descubrirlo bajo una densa capa de sencillez. El oro no se encuentra en el pavimentode las calles.

Sin la inauguracion del telégrafo trasandino, sin los *Apuntes de Viaje* de San-

tiago Estrada i sin la abnegacion de los jóvenes estudiantes de la escuela de medicina, difícil tarea hubiera sido escribir una revista de la quincena. El Congreso funciona con prolongadas intermitencias. Son lentos los progresos de la reforma electoral. El Instituto pasó de moda. Los empleados públicos están en peligro de perder su jubilacion sin gauar un aumento de sueldo. El gobierno vive tranquilo. El público continúa satisfecho. La prensa es un coro de alabanzas. El pais, un fumador de opio, a veces sumerjido en estúpido letargo.

Descubrir los motivos de semejante complacencia es toda una dificultad. El liberalismo ministerial no se ha probado. El presidente de la república no ha abjurado los principios que tantos dicterios le costaron ántes de su eleccion. No se ha dado un paso en el camino del progreso, no se ha rendido ningun nuevo homenaje a la libertad. La libertad de exámenes ha tenido por objeto monopolizarlos a favor de la enseñanza relijiosa. El decreto sobre cementerios vino a negar derechos adquiridos i a hacer mas complicada la cuestion. El proyecto de lei sobre matrimonio de disidentes no puede salir de la emboscada que el arzobispo de Santiago i el ministro del culto le tendieron. Todas las reformas sustanciales de la lei electoral han sido combatidas por el ministro del interior.

Esta es la situacion, i ésta la disposicion de los espíritus. En Francia hubo un sistema a que se dió el nombre de de dejar hacer. Aquí, donde corren pareja la iniciativa del gobierno i la iniciativa del pais, se practica el sistema de no hacer. Los de abajo nada pueden reprochar a los de arriba. Los de arriba nada tienen que envidiar a los de abajo. Como decíamos en nuestro primer artículo, entre los príncipes cristianos reina la paz i la concordia.

FANOR VELASCO.

LA INTRODUCCION

DE LAS

REPRESENTACIONES TEATRALES EN CHILE

En este país, como en otros, las representaciones dramáticas principiaron en el recinto de los templos, o a su sombra.

Apénas habia trascurrido un siglo desde la conquista, cuando el padre jesuita Alonso de Ovalle, describiendo en su *Relacion Histórica del reino de Chile*, publicada el año de 1646, las aparatosas solemnidades con que se celebraban en la iglesia de la Compañía en Santiago las funciones relijiosas, referia que solia añadirse a ellas «unas veces alguna representacion que hacian los estudiantes a lo divino; otras, alguna oracion o poema al intento de la fiesta con buena música, i alguna vez, entre muchos, a manera de coloquio.»

Esta práctica de festejarse con comedias los aniversarios eclesiásticos fué tambien atestiguada en 1657 por el obispo don frai Gaspar de Villarroel, quien la menciona hablando de un caso mui característico de la época colonial que le ocurrió.

El oidor don Bernardino de Figueroa tenia la devocion de celebrar con pompa real la natividad de Nuestra Señora.

Cierto año, entre los regocijos que dispuso, habia tres comedias que debian representarse en el cementerio del convento que los padres mercenarios poseian en Santiago.

Debian asistir a ellas sus colegas de la audiencia i todos los magnates de la ciudad.

Queriendo Figueroa que la fiesta tuviera el mayor lustre posible,

pidió con instancias al obispo Villarroel que fuera tambien a los tales espectáculos.

El prelado se escusó desde luego; pero fué tanto el encarecimiento del invitante, que el señor Villarroel se dejó al fin vencer.

Apénas se obtuvo su aceptacion, se ofreció una gravísima dificultad en que al principio no se habian parado mientes.

Iban a hallarse juntos los oidores i el obispo.

Ahora bien, ¿podria este último, en presencia de los oidores, sentarse en sitial?

Supongo que ningun lector ignore lo que es sitial.

Este no es nada ménos que un sillon con almohada al pié, i por delante una mesita cubierta de un tapete, i sobre ella otra almohada.

Se rejistró el real cedulario sin descubrirse ninguna disposicion referente al asunto.

Los oidores i el obispo entraron entónces en discusiones i negociaciones.

Los primeros propusieron al segundo que se sentara en una de sus sillas.

El señor Villarroel, que estaba escribiendo el *Gobierno Eclesiástico Pacífico*, i que se distinguió por un estraordinario espíritu de prudencia, admitió el arreglo; pero «con condicion, refiere él mismo, que por lo ménos el primer dia, aunque yo no habia de estar en él, no habia de retirarse mi sitial; i que el dia siguiente, teniendo el pueblo entendido que en todo lugar sagrado era aquella la forma de mi asiento, podrian mis criados retirarlo».

Todo quedó convenido en la forma mencionada.

El sitial no se movió de su lugar; pero el señor Villarroel, en vez de ir a ocuparlo, pasó a sentarse entre los miembros de la audiencia.

Los togados, queriendo volver cortesía por cortesía, dieron colocacion al prelado despues de su presidente.

En su apresuramiento, no repararon que infrinjian una cédula espedida por Felipe III en San Lorenzo, a 25 de agosto de 1620, en la cual se ordena «que estando el audiencia en actos públicos, en cuerpo de tribunal, no se siente ni entrometa con los oidores, persona alguna, secular ni eclesiástica, aunque sea prelado o titulado, sino solo los ministros que actualmente residen en el acuerdo.»

Dejo ahora la palabra al obispo Villarroel para el resto de la historia, que es edificante.

«El siguiente dia, dice, olvidaron mis criados de remover el sitial. Fuí temprano yo. Entréme a esperar a la real audiencia en la celda

de el prelado. Hacíase tarde; no venia; i ya a deshora, me enviaron a decir que tenian en el acuerdo cierta ocupacion, que la comedia se hiciese, i que yo la honrase. Todos, ménos el obispo, entendieron que la verdadera ocupacion era el sitial. Salí con los relijiosos i clérigos; i viéndolo allí, no quise sentarme en él. Sénteme en la mesma silla donde el dia ántes. Vi la comedia; i representadas ya las dos primeras jornadas, entraron los señores de la real audiencia. Mandaron que la comedia se comenzase. Entendió todo el pueblo que habia venido a solo hacer aquel lance en el prelado; i parece que lo dieron a entender, porque mandaron atropellar músicas, bailes i entremeses, porque anochecia ya, i en esta ciudad de Santiago es mui perjudicial el sereno. Estúvelo yo mucho, i desquitéme del hecho con instarles mucho que habia de repetirse un entremes mui frio. No les fué posible resistir mi importunacion, i vieron a su despecho el entremes. I somos tan vengativos los prelados, que habiéndome molido la vez primera, viera yo de el porte otra media docena de entremeses por dar este mal rato a los oidores. ¡Ojalá en todos los obispos fueran de este tamaño los desquites!»

Es probable que las comedias de que se trata en la anécdota precedente fuesen a lo divino, como dice el jesuita Ovalle; aunque debe saberse que, segun el citado obispo Villarroel, «el dia de *Corpus Christi* i el de su octava, se representaban en el cementerio de la iglesia metropolitana de Lima, asistiendo los señores virreyes i señores arzobispos, los dos cabildos i las relijiones; i no eran las comedias autos sacramentales, como aquellos de la corte, sino comedias formadas; i aunque se procuraba que fuesen relijiosas, como la fábula es el alma de la comedia, ninguna es tan casta, que no se mezclen algunos amores; pero como éstos no se representan torpemente, pueden sufrirse; i no es creíble que prelados tan ilustres i obispos tan santos asistieran a ellos, ni convidaran relijiosos a actos ilícitos.»

La cuestion grave consistia en resolver si las representaciones completamente profanas eran permitidas.

Fué éste asunto que se dilucidó en Chile mucho ántes de que se pensara siquiera en fundar teatro.

El que discutió la materia fué precisamente el obispo don frai Gaspar de Villarroel, i lo hizo con espíritu ilustrado.

Tuvo que comenzar por convenir en que el teatro i las comedias habian sido severamente condenados por los mas insignes doctores de la iglesia.

Pero en seguida agrega: «No puedo persuadirme a que las comedias antiguas fuesen del porte de las que se ven ahora; ántes juzgo que

debian ser tan lascivas, tan deshonestas i tan torpemente representadas, que fué forzoso que los santos armasen contra ellas todas sus plumas.»

Invocaba en apoyo de esta opinion el ejemplo de Lope de Vega.

«No puede, decia, ponérsele en el infierno, habiendo vivido tan reformado en sus postreros años, ordenádose de sacerdote i dado a Dios lo asentado i sesudo de su edad. Hizo sus comedias a vista del arzobispo de Toledo, cuya oveja era, a ojos de los nuncios de Su Santidad; i no es de persuadir que personas tan santas, ni el consejo supremo de Castilla dejaran ensordecer un clérigo en un pecado tan público.»

El obispo Villarroel citaba todavía en apoyo de su doctrina una autoridad sacrosanta para los leales súbditos españoles.

«Nuestros católicos reyes, decia, no tuvieran en su salon comedias cada mártes, si juzgaran peligro de pecado en criados de palacio.»

La conclusion a que arribaba el respetable prelado era, que ni los que escribian piezas dramáticas, ni los que las ponian en escena, ni los que las oian cometian precisamente pecado mortal, pues esto dependia del modo como estaban escritas, del modo como eran ejecutadas i del modo como eran atendidas.

Se concibe mui bien que aquel obispo sostuviera tal doctrina, puesto que reconocia que «unos amores honestamente referidos no inducen a pecar juicios cuerdos.»

Sin embargo, a pesar de las opiniones espuestas, notables por lo tolerantes en un doctor de aquella época, español de oríjen i eclesiástico de oficio, el señor Villarroel declaraba que se habian ocasionado muchas desdichas de que las mujeres viesen comedias; i advertia a los maridos i padres sobre los gravísimos inconvenientes de que permitiesen a sus esposas e hijas asistir a ellas.

Segun su uso, confirmaba con un ejemplo práctico lo que aconsejaba.

«Diré con lágrimas una miserable trajedia de una doncella principalísima. Crióse sin madre, i colgó su padre en ella unas grandes esperanzas. Tenia cien mil ducados que darle en dote. Fué a una comedia, i aficionóse a un farsante. Desatóse un liston de una jervilla (especie de calzado), i enviósele con una criada. I díjole de parte de su señora que en la primera comedia que representara, se le pusiese en la gorra. Estimó el favor de la dama, pero temió su vida. Perseguíale ella. Pidióme consejo; díle el que debia; pero venciéronle la codicia i la hermosura.»

El caso debió suceder en Lima o en Madrid, pues el obispo Villarroel estuvo en una i otra ciudad.

Así, el ejemplo citado contradecia la doctrina espuesta.

El teatro era, pues, condenado en Chile mucho ántes de que se fundara.

Las primeras representaciones dramáticas profanas ejecutadas en este país, cuyo recuerdo haya conservado la historia, son las que tuvieron lugar en la ciudad de Concepcion, a principios de 1693.

Hiciéronse en aquella ocasion las mas variadas i espléndidas fiestas para celebrar la llegada del nuevo presidente don Tomas Marin de Poveda, i su casamiento con la señorita doña Juana Urdánegui, hija del marques de Villa Fuerte, uno de los personajes mas encumbrados de Lima, la cual habia venido a buscar a su novio a la ciudad de Concepcion.

«Constaba el obsequio, dice el cronista Córdoba i Figueroa, de catorce comedias, i la del *Hércules Chileno*, obra *de dos regnícolas*, toros i cañas, cuyas demostraciones, ántes ni despues vistas, bien dan a entender la aceptacion i aplauso que causó el ingreso del presidente Marin de Poveda.»

Es de sentirse que el escritor referido no haya espresado ni el argumento de la primera produccion dramática nacional, ni el nombre de sus autores. Esta omision es irreparable.

Probablemente desde entónces las representaciones teatrales debieron formar parte de los suntuosos regocijos públicos con que acostumbraban solemnizarse la jura de los reyes o el recibimiento de los presidentes.

Don Manuel Concha ha insertado en su interesante i noticiosa *Crónica de la Serena* un documento, sacado del archivo del cabildo de aquella ciudad, en el cual se describen las fiestas que allí se hicieron desde el 23 de abril de 1748 con motivo de la aclamacion de Fernando VI.

Entre ellas sobresalieron las representaciones de las comedias *Resucitar con el agua* o *San Pedro Masara*, i *El Alcázar del Secreto*, exhibidas el 10 i el 11 de mayo.

Para ponerlas en escena, se construyó en seis dias un coliseo «con vistoso ornato i bien adornada simetría.»

Fueron convidados a estos espectáculos «todas las comunidades eclesiásticas i cabildo, caballeros i señoras principales de la ciudad; i dispuestos sus asientos segun sus calidades i grados, i para las señoras sus estrados con alfombra i cojines.»

La funcion era nocturna, i por lo tanto el local se hallaba debidamente alumbrado.

Cuando los convidados estuvieron reunidos, se les sirvió al son de armoniosos instrumentos bélicos un opíparo «refresco de variedad de sazonados dulces i confites i de varias bebidas de sorbetes, alojas i chocolate, i por postre, un cartucho de drajeas i almendras i anises de a libra a cada uno.»

Se principió la funcion con una injeniosa loa en honor del nuevo soberano, cuya conclusion fué saludada con estrepitosos aplausos i una salva de artillería.

A esto siguió la representacion de la comedia.

La segunda noche se observó el mismo órden que en la primera.

Unicamente hubo la diferencia de que la loa estuvo dedicada, no solo al rei don Fernando, sino tambien a la reina doña María, infanta de Portugal.

Las señoras principales tomaron a su cargo vestir a los actores, «adornándolos de mucha cantidad de joyas, de piedras preciosas i perlas finas, cadenas de oro i demas ropas i aderezos correspondientes.»

La descripcion asegura que cada autor desempeñó su papel con admirable destreza, «en particular el que hizo de *Alzina* en *El Alcázar del Secreto*, que tenia una voz singular i gracia especial, así en la voz como en los accidentes de representar.»

Los oyentes quedaron tan complacidos de estas representaciones, que a la conclusion de la segunda pidieron a voces la repeticion de las dos comedias, las cuales efectivamente volvieron a darse.

Don Diego Bárros Arana publicó en el *Correo del Domingo*, número 11, fecha 29 de junio de 1862, algunas noticias acerca de las primeras representaciones teatrales que yo sepa de un modo bien positivo i fijo haber habido en Santiago.

Aquello sucedia por la pascua de navidad de 1777.

Un empresario improvisó una compañía para representar sainetes i autos sacramentales.

Cada uno de los actores recibia seis u ocho pesos mensuales por toda remuneracion, lo que basta para conjeturar cuál sería su mérito artístico.

Oigamos cómo Bárros Arana describe aquel teatro i su actores.

«Allí, dice, no habia decoraciones ni aparato escénico. Algunos mulatos notables por su desplante estaban vestidos de casacas como los oficiales de la guardia de gobierno para representar a los reyes magos, a Heródes o Poncio Pilátos. Dos o tres mujeres, mas reco-

mendables por su locuacidad, que por la cultura de sus maneras, se habian cubierto de vistosas sayas para desempeñar el papel de Santa Ana, la Vírjen María o Santa Isabel.»

Como se ve, Bárros Arana asegura que ya en aquella ocasion habian aparecido en el proscenio mujeres reales i efectivas; pero el obispo de Santiago don Manuel de Aldai i Aspee, en un oficio que dirijió al presidente don Agustin de Jáuregui, en 20 de marzo de 1778, precisamente con motivo de estas representaciones, el cual fué dado a conocer por Bárros Arana en el citado número del *Correo del Domingo*, se espresa sobre este particular a la letra como sigue: «En esta ciudad solo se han representado comedias mui de tarde en tarde, i por unos pocos dias, sirviendo algunos muchachos para los papeles de mujer.»

Sea de esto lo que se quiera, el empresario del teatro a que me estoi refiriendo acertó su negocio; pues atrajo al espectáculo numerosa concurrencia i obtuvo ganancia.

Esta proteccion del público animó a la compañía a representar algunas comedias, que agradaron sobremanera.

Entre tanto, la llegada de la cuaresma hizo suspender las funciones teatrales.

Cuando hubo trascurrido el tiempo de penitencia, el buen resultado del ensayo anterior alentó al empresario para solicitar del presidente Jáuregui el que le permitiera establecer un teatro estable.

Se hallaban las cosas en este estado, cuando el obispo Aldai regresó de una visita que andaba haciendo por su diócesis.

Apénas supo que se trataba de fundar teatro permanente, cuando pasó al presidente Jáuregui el oficio fecha 20 de marzo de 1778, a que ántes he aludido, a fin de oponerse con todas sus fuerzas a la realizacion de semejante proyecto.

Sin nombrarle, el señor Aldai defendia una tésis opuesta a la del señor Villarroel.

Segun el primero, la mayoría de los teólogos afirmaba que habia pecado mortal en la asistencia a las comedias.

Era cierto que, aunque en número mucho menor, habia algunos que apoyaban un dictámen contrario.

Pero el rei, por cédula de 14 de agosto de 1768, habia ordenado que se enseñara solo la doctrina pura de la iglesia, prohibiendo los comentarios en que se sostuvieran máximas distintas so pretesto de probabilidades.

Fundado en estos antecedentes, el obispo se oponia enérjicamente a que se permitiera una institucion tan deplorable como la del teatro.

Despues de varias citaciones históricas que aducia en su favor, concluia manifestando que los chilenos eran mui pobres, i que por lo tanto sería perjudicialísimo fomentar gastos de lujo como los que el teatro les impondria.

Escusado parece advertir, que el presidente Jáuregui encontró incontestables estos razonamientos del obispo Aldai.

En 21 de agosto de 1789, el cabildo de Santiago informó al presidente don Ambrosio O'Higgins «sobre el método i forma con que debia hacerse la jura del católico monarca don Cárlos IV.»

Despues de mencionar minuciosamente las fiestas que en tales ocasiones solian hacerse, advierte que la celebracion terminaba con «tres dias de cabezas i tres noches de comedias.»

Con efecto, aquella vez, como de costumbre, se construyó teatro provisional para las representaciones dramáticas.

Parece que a pesar de la reprobacion del clero, aquel espectáculo agradó al público.

Lo cierto fué que el cabildo de Santiago, viéndose apurado de fondos, acordó a pluralidad de votos, en 9 de enero de 1793, para proporcionarse entradas, «i atendiendo tambien a que la ciudad carecia de toda diversion,» que se ejecutaran unas corridas de toros, i que «se estableciese por asiento, sin pérdida de tiempo, una casa pública de comedias a semejanza de la que se habia formado en las últimas fiestas reales del señor don Cárlos IV.»

Probablemente a consecuencia de este acuerdo, un tal Aranaz abrió un teatro.

Don Benjamin Vicuña Mackenna ha insertado en su *Historia Crítica i Social de la ciudad de Santiago* un informe que el oidor don Juan Rodríguez Ballestéros pasó sobre este establecimiento en 23 de agosto de 1793, por encargo del presidente don Ambrosio O'Higgins.

«Concurrí varias noches, dice el oidor; i solo una de ellas, noté algunas palabras de una tonadilla poco decentes i conformes; i llamando a uno de los que representaban, le previne que dijese a Aranaz que, o corrijiese aquellas voces, o no volviesen a cantar semejante tonadilla, lo que así ejecutaron; i ni entónces, ni fuera del sitio de la representacion, oí que se hubiese notado el menor escándalo, torpeza ni exceso en semejantes diversiones; i ántes por el contrario, que el uno i otro sexo salian gustosos i divertidos de ella. Tampoco advertí que en los concurrentes hubiese el menor desórden, pues aun los de ménos obligaciones estaban todos entregados a la diversion, no facilitándoles el sitio ni su iluminacion aquellos medios que suelen servir de fomen-

to para distraerse i entregarse a vicios propios del libertinaje a que suele dar márjen el desarreglo i confusion.»

En este informe, el oidor, Rodríguez Ballestéros reproducia la doctrina del obispo don frai Gaspar de Villarroel, apoyándose en la respetable autoridad de tan ilustrado prelado para sostener que la representacion de comedias era lícita.

Iba todavía mas adelante, pues segun él, aquel jénero de espectáculos era, no solo inofensivo, sino tambien conveniente, pues «el pueblo necesitaba justos ensanches que evitasen los indebidos, i en que vacasen los sujetos laboriosos i otros que podian declinar a diversiones ménos sencillas i honestas.»

Es, pues, evidente que las opiniones ultra-clericales del obispo Aldai acerca del teatro comenzaron a caer en descrédito aun en la época colonial.

El reconocimiento de lo útiles que eran los pasatiempos de aquella clase adquiriô cada dia mayor número de prosélitos.

La compañía dirijida por Aranaz fué tan eventual, como las anteriores.

En 20 de noviembre de 1795, el cabildo de Santiago tomó en consideracion una solicitud de don Ignacio Tórres para que se le permitiera hacer representar tres o cuatro comedias entre la pascua de navidad i el carnaval de aquel año.

Son mui notables las palabras que los cabildantes emplearon en la resolucion de este asunto. Sus Señorías, segun el acta, «dijeron que no solo no encontraban el menor embarazo en que se franquease a don Ignacio Tórres la licencia que solicitaba, sino que era laudable que así se empezase a fomentar en esta ciudad una diversion pública, que a mas de entretener honestamente a los concurrentes, los instruia, i a mas mejoraba las costumbres.»

El cabildo puso varias condiciones al permiso pedido.

No podria representarse ninguna pieza sin que previamente hubiera sido examinada por un cabildante en lo que miraba a las costumbres, i por un eclesiástico en lo que tocaba a la relijion.

Deberia estar presente en el teatro un juez que evitara cualquier desórden.

Sería preciso fijar un precio moderado a las entradas i asientos.

Deberia prohibirse «la venta de toda bebida, refresco, dulce o frutas de la puerta para dentro, o que se introdujeran de modo alguno, porque así se estorbaba la incomodidad que podia causar al auditorio el ruido.»

El empresario estaria obligado a proporcionar «a los señores mi-

nistros de la real audiencia e individuos del cabildo los asientos que para sí i sus familias necesitasen, como se habia acostumbrado en iguales ocasiones.»

Los capitulares que firmaron el acuerdo precedente, poniéndose en pugna abierta con las doctrinas del obispo Aldai i de la gran mayoría de los eclesiásticos, fueron don Francisco de Paula Herrera, don Antonio de Armida, don Juan José de Santa Cruz, don José Teodoro Sánchez, don Juan Bautista de las Cuévas, don Manuel de Sálas i don Francisco Diez de Arteaga.

Algunos años despues, el 30 de marzo de 1799, compareció ante el cabildo de Santiago don José de Cos Irriberi, con peticion «para establecer de firme en esta ciudad un teatro dramático por espacio de diez años.»

Se encontraban presentes en aquella sesion don Juan Martínez de Rózas, don José Antonio Badiola, don José Joaquin Rrodríguez Zorrilla, don Pedro José Prado i Jara Quemada, don Juan Bautista de las Cuévas i don Manuel de Sálas.

Estos señores declararon que tenian «por útil i necesario el establecimiento de un teatro, no solo porque proporcionaba un entretenimiento honesto que evitaba otras concurrencias nocivas, sino porque dirijido segun arte, mejoraba las costumbres e instruia la juventud, por cuya razon se consentian en todos los pueblos cultos i numerosos.»

Las condiciones que el cabildo de 1799 puso a la licencia para la fundacion de un teatro fueron mas o ménos las mismas que acordó el cabildo de 1795.

Como entónces, se prohibió vender o servir refresco en los palcos, lunetas i patios; pero se dió por razon de ello, no solo el riesgo de distraer a los espectadores, sino tambien la conveniencia de poner coto al lujo.

Sin embargo, se permitia abrir «fuera del foro i en sus inmediaciones un café a donde pudiese acudir el concurso sin incomodidad recíproca.»

Se imponia al empresario la obligacion de dar anualmente la suma de cien pesos, o a la casa de huérfanos, o al hospital, o a la escuela de hilanza, segun lo determinara el superior gobierno.

Por último, el cabildo se reservaba la facultad de comprar por justa tasacion, al término de los diez años, el sitio, edificio i demas enseres del teatro proyectado.

Esta cláusula indica que ya entónces se tenia la idea de que el ca-

bildo era el que debia cuidar de que la ciudad de Santiago poseyera un teatro conveniente.

Pero todo aquello quedó en proyecto.

Don José de Cos Irriberi, o no logró absolutamente ofrecer al público ninguna de las representaciones que habia pensado; o si pudo realizarlas, debieron ser eventuales como las de sus antecesores Aranaz i Tórres.

Los acuerdos mencionados del cabildo de Santiago son particularmente interesantes, porque manifiestan el terreno que iban perdiendo las doctrinas opuestas a las funciones teatrales, que habia sostenido el obispo Aldai.

Sin embargo, el adversario mas decidido de tales doctrinas fué el que ménos podia esperarse, i para que la sorpresa sea todavía mayor, el personaje a que aludo puso en práctica sus designios acerca de esta materia durante la época que podia haberse considerado ménos aparente para ello.

Don Casimiro Marcó del Pont, Anjel, Diaz i Mendez, caballero de la órden de Santiago, de la real i militar de San Hermenejildo, de la Flor de Lis, maestrante de la real de Ronda, benemérito de la Patria en grado heroico i eminente, mariscal de campo de los reales ejércitos, superior gobernador, capitan jeneral, presidente de la real audiencia, superintendente, subdelegado del jeneral de real hacienda i del de correos, postas i estafetas i vice-patrono real del reino de Chile, pudo agregar a esta pretensiosa retahila de títulos el de haber introducido el primero en nuestro país los pabellones de cama i el de haber sido, a pesar de la oposicion del clero i de la jente devota, uno de los mas entusiastas favorecedores del teatro.

Ya que habia de ser el último presidente español de Chile, quépale al ménos en compensacion el honor de ser el primero en algo.

Efectivamente, Marcó del Pont fomentó la construccion en una casa particular de un teatro provisional, donde cuidó que se le preparase un palco mui adornado, en el cual siempre se presentaba, no obstante las serias atenciones que por entónces debian ocuparle.

Aquel teatro fué el primero que hubo en Chile donde los asistentes estuvieran bajo techo. Los anteriores habian sido corrales al aire libre que solo podian servir a su objeto en la estacion de verano.

El establecimiento de que hablo, situado en la calle de la Merced, esquina de la del Mosqueto, ocupó el sitio en que hoi se levanta la casa número 43.

La *Gaceta del Gobierno de Chile*, vulgarmente llamada *Gaceta del Rei*, publicó por órden del presidente Marcó del Pont, en el número

6, tomo 2.°, fecha juéves 21 de diciembre de 1815, el aviso que va a leerse:

TEATRO

«El domingo 24 del corriente, se abre el coliseo provisional de esta capital, en que se representará la famosa comedia titulada *El Sitio de Calahorra*, o la *Constancia Española*. Su primer galan Nicolas Brito i la primera dama Josefa Moráles, que con tanta justicia han merecido siempre los aplausos de todas las personas de buen gusto, es de esperar hayan perfeccionado las gracias con que los dotó la naturaleza, i que den a los espectadores una noche digna de la ilustracion de nuestro siglo.

«La música será la mas apta i mejor que pueda proporcionarse.

«I se cerrará la funcion con el gracioso sainete titulado *El Chasco de las Caravanas*.

«Principia a las ocho i media de la noche.»

La alusion que en este aviso se hace a los dos actores principales el señor Brito i la señora Moráles manifiesta que ya anteriormente debian haberse exhibido ante el respetable público de Santiago.

De todos modos, ya se conocen las primeras piezas de que se tenga noticia haberse representado en esta ciudad.

Probablemente jamas podrá saberse cuáles fueron las que se habian ejecutado en épocas mas antiguas.

La segunda funcion, o sea la representacion de la comedia nueva *El Emperador Alberto I i la Adelina*, primera parte, i del sainete *Los Locos de Mayor Marca*, no tuvo lugar hasta el 14 de enero de 1816.

La tercera fué el 2 de febrero de aquel año, poniéndose en escena la comedia *La Virtud Triunfante de la mas Negra Traicion;* i la repeticion del sainete anterior.

La primera dama del coliseo dió en beneficio suyo el juéves 8 de enero una gran funcion: el drama trájico en un acto *Marco Antonio i Cleopatra*, la comedia de figuron *La Criada mas Sagaz*, i el sainete *El Abate i el Albañil*.

El anuncio terminaba con una recomendacion que despues se habia de repetir en todos los casos análogos. «Como el producto de esta diversion es en beneficio de la primera dama, espera de un público que tanto la favorece, no dejará de honrarla con su asistencia.»

La circunstancia de haber sido la funcion un beneficio debió aumentar las entradas, pues la compañía dió tambien a la siguiente aquella provechosa denominacion: «La compañía cómica, que no ha

servido todavía al público con su comedia de beneficio, le convida para el juéves 22 del corriente (febrero) con la famosa comedia *El Desden con el Desden*, en la cual hai varios pasajes cantados, que ejecutará en el teatro una cantora nueva.—El sainete *El Maestro de Escuela*, i concluirá con un divertido pantomimo, ejecutado, no en sombra, por la misma compañía.»

Hasta entónces, como se habrá observado, todas las funciones habian sido eventuales.

La *Gaceta del Rei* publicó su número 36, tomo 2, el viérnes 12 de abril de 1816.

Aquel era un viérnes santo.

Lo hago notar porque precisamente en ese mismo número, el cual debia distribuirse en un dia de penitencia, la compañía cómica hacia saber que «deseosa de servir al público, habia solicitado i conseguido del superior gobierno, licencia para representar comedias en el teatro provisional de su cuenta todos los dias de rigoroso precepto que lo permitiese el tiempo, desde el próximo domingo de Pascua.»

Junto con cantarse el *Aleluya*, el sábado santo, debian comenzarse a vender los boletos de lunetas, cuartos (palcos) i galería.

Si hubiera sucedido algo semejante bajo el gobierno anterior de los patriotas, habrian sido tremendas las vociferaciones contra tal escándalo; pero lo que habria sido grave pecado para los revolucionarios, no lo era para el caudillo de los realistas.

El hecho que acabo de mencionar manifiesta la decidida proteccion que Marcó del Pont dispensaba a la compañía cómica.

Voi a suministrar otra prueba, que no deja de ser curiosa.

La *Gaceta* del 5 de julio de 1816 insertó el siguiente aviso:

«La compañía cómica suplica a todos los señores que han tomado en el teatro lunetas por temporada tengan la bondad de ocurrir a la casa del coliseo provisional el sábado 6 del corriente, desde las diez de la mañana, a entregar las llaves i pagar lo que deban los que no quieran continuar; i los que continúen, a recibir nuevos boletos; en inteligencia que al tiempo de recibirlos deberán pagar adelantado el importe de sus lunetas por las comedias que se han de representar en el presente mes, advirtiendo que aunque tengan las respectivas llaves, no podrán entrar a ocupar sus asientos, sino presentan los espresados nuevos boletos.»

Hasta aquí no habia nada de particular.

Era uno de tantos avisos, como los que suelen darse a luz.

Pero lo que merecia llamar la atencion, i mucho, era la providencia que aparecia al pié.

«*Santiago* 3 *de julio de* 1816.—Imprímase en la primera *Gaceta* que salga.—*Marcó del Pont.*»

I nótese todavía que esta tan marcada manifestacion de simpatías se repitió.

En la *Gaceta* del 12 de julio de 1816, puede leerse este segundo aviso:

«La compañía cómica, deseosa de proporcionar al público, no solo la honesta diversion de las comedias, tan protejida en todos los países cultos, sino tambien cuántas comodidades sean posibles en el coliseo provisional, ha solicitado i obtenido del superior gobierno la correspondiente licencia para poner una fonda en dicha casa.—Estará habilitada para el domingo próximo 14 del corriente, en uno de los cuartos del patio principal del coliseo; i así, las personas que tengan la bondad de protejer con su asistencia a la pobre i desgraciada compañía (que hasta ahora no ha logrado mas recompensa de su trabajo, que la satisfaccion de servir) hallarán un lugar cómodo donde fumar al abrigo de la intemperie, i una reunion de placeres con que satisfacer el gusto, el oído i la vista.»

Al pié de este aviso, como del anterior, aparecia una providencia firmada por todo un presidente del reino, i por todo un magnate que llenaba varios renglones con sus títulos i sus distinciones.

«Póngase en la *Gaceta.—Marcó del Pont.*»

La compañía cómica se mostró agradecida a tan señalada proteccion.

«Para manifestar al mui ilustre señor presidente su amor, respeto i gratitud, referia la *Gaceta*, le dedicó el 4 de octubre, dia de su cumpleaños, la comedia *El Valiente Justiciero i Ricohombre de Alcalá*, que fué precedida de una discreta loa en elojio de Su Señoría. I el público con su concurso estraordinario al teatro, con vivas i palmoteos alegres, tanto a la entrada del digno jefe, como al concluir la loa, manifestó que conoce el grande beneficio de que es deudor a la Providencia i al mejor de los monarcas por haber puesto a la frente de este reino un *héroe* capaz de hacerle olvidar sus pasadas desgracias i restituirle con ventajas todos los bienes de que le despojaron los facciosos.»

Diez dias mas tarde, el 14 de octubre, llegó el aniversario del natalicio de Fernando VII.

Hubo con este motivo fiestas magnas; i entre ellas, el presidente Marcó del Pont, tan aficionado a las dramáticas, no podia omitirlas en ocasion tan solemne.

«En el teatro, dice la *Gaceta* describiendo aquellos regocijos, hubo crecidísimo concurso; i la compañía se esmeró en desempeñarse con honor i lucimiento. Principió con una loa en elojio de la Majestad, que mereció los mayores aplausos, i el auto con esta propísima sentencia: *No un rei, un padre en mí os espera*, la cual sola forma el retrato mas cumplido, i el elojio mas cabal de nuestro señor Fernando VII, príncipe dado por el cielo en su misericordia para la felicidad de sus vastísimos dominios.»

Sin embargo, el presidente Marcó del Pont esperimentó tambien alguna vez desagrados en su querido teatro.

He leído un espediente del cual consta el hecho que voi a referir.

En cierta ocasion se silbaba a uno de los actores.

Como suele suceder en casos semejamtes, se formó un grande alboroto.

Un jóven que se hallabá entre los bulliciosos, gritó, con propósito de oposicion política o sin él, refiriéndose al actor pifiado: *¡que le lleven a Santa Lucía!*

Se sabe que el presidente Marcó del Pont hacia construir entónces las fortalezas que todavía existen en el cerrito de este nombre; i que condenaba a trabajar en ellas a los patriotas de cualquiera condicion social, que infrinjian sus tremendos bandos.

Así tomó el grito del jóven como un desacato inferido a su autoridad.

Allí mismo le hizo prender, i posteriormente se le envió a trabajar seis meses en las fábricas de Santa Lucía.

Don Francisco Casimiro Marcó del Pont no pudo deleitarse tranquilo por mucho tiempo con los espectáculos teatrales.

El curso de los acontecimientos le obligó bien pronto a intervenir en drama mas serio.

El jeneral San Martin debia ofrecer luego a su admiracion el paso de los Andes, i a su dolor la caída de la dominacion española en Chile.

Aquellas fueron escenas por cierto mas conmovedoras que las representadas por malos comediantes en teatros de ocasion, como puede llamárseles, los únicos que de cuando en cuando se toleraron en este país antes de la declaracion de la independencia.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

UNA VISITA ARTISTICA

NICANOR PLAZA

Hace apénas unos cuantos años llegó a Chile por primera vez la nueva de un gran triunfo artístico alcanzado en Paris talvez por uno de sus hijos mas desconocidos entónces. El jóven que habia tenido la audacia, el talento i la fortuna de alcanzar ese triunfo espléndido en uno de los mas grandes palenques del arte universal, disputándolo palmo a palmo a reputaciones que ya tenian un trono, a jóvenes rivales que tenian sobre él la ventaja de haber nacido i crecido en medio del arte, contemplando dia a dia las obras mas admirables del jénio antiguo i moderno, habia sido enviado a casa de Jouffroy por cuenta del gobierno chileno a estudiar la escultura.

Alguien habia adivinado una chispa en el cerebro de ese jóven, i se habia decidido a enviarle a aquel glorioso taller. Nuestro futuro gran artista sabia ya despertar la fé que inspiran desde su cuna los talentos superiores.

Naturalmente el triunfo de Plaza, o mas bien dicho el triunfo de Chile, no fué entre nosotros un acontecimiento. El arte era entónces ménos todavía de lo que es ahora: una revelacion para mui pocos, una incomprensibilidad absoluta para la mayoría. Se hubiera comprendido i admirado la victoria de un doctor en leyes, pero la de un escultor!

I esta indiferencia era hasta cierto punto escusable. Santiago no habia visto hasta entónces mas monumento de arte que la pila de nuestra plaza de Armas i Plaza era ademas el primer estatuario que producia la República. Habia, pues, necesidad no de dar a conocer sus triunfos sino lo que era el arte i lo que significaban sus victorias.

El sentimiento doloroso que esperimentaria el jóven escultor al ver la indiferencia de su patria debió ser inmenso: es preciso imajinarse lo que serán esas vijilias del talento que persigue un nombre para comprender la sublime dicha con que debe recibirse el bautismo de gloria despues de tantos afanes. Plaza debió atravesar con su mirada los mares i las cordilleras que le separaban de su patria, debió vivir un momento con su espíritu en ese hogar querido, que ni los placeres ni las desgracias pueden hacer olvidar, para consagrarle su triunfo i su porvenir.

Plaza tenia, pues, el doble atractivo del talento i de la desgracia cuando tuvimos el honor de presentarnos en su casa.

El estudio de un artista tiene para todo admirador del arte un encanto respetuoso. En aquellos salones, grandes o pequeños pero bien iluminados, se respira una atmósfera que eleva nuestro espíritu i nos hace pensar o soñar.

Nada mas encantador que el desórden que ahí domina. Un divan, unas cuantas butacas, pocos libros pero con muchos grabados, paisajes, retratos, marcos esperando una tela o trozos de mármol esperando el cincel inspirado del artista para convertirse en forma encantadora e inmortal; todo cubierto con un poco de polvo desdeñoso que esplica la indolencia de su dueño.

I no se necesita tampoco de otra cosa: esos personajes de mármol que fijan nuestra mirada no exijen para vivir mas que de nuestra admiracion i de la gloria; cuando eso falta, la indiferencia o el descuido quebra un brazo o troncha una cabeza.

El creador de todo aquello no tardó en aparecer, i estrechándonos las manos con esa franqueza simpática del artista, nos mostró sus modelos de yeso i las pocas obras de mármol en trabajo; pues hemos llegado felizmente a un grado tal de progreso artístico, que obra terminada es obra salida del taller i muchas veces disputada con entusiasmo. Solo así se comprende no haya mucho que admirar en el taller de nuestro intelijente i fecundo escultor, desde que casi todas sus obras figuran en las galerías de nuestros ricos particulares.

Sin embargo, en medio de la sala esperaba los últimos pulimentos una bonita figura de actitud i formas voluptuosas: era una bacante. Algunas hojas la cubren lijeramente i esto es quizas lo único que pueda reprochársele a esa graciosa figura. Son tan suaves i delicadas sus modulaciones que la vista desea estenderse siguiendo sin obstáculo todas las líneas. Pero el artista ha querido sacrificar un poco la franqueza del dibujo teniendo presente los obstáculos opuestos por nuestras costumbres a un arte consagrado especialmente al culto de la for-

ma desnuda. Seria de sentir, sin embargo, que esa condescendencia se convirtiera entre nosotros en una lei escultural, pues ello influiria de un modo desventajoso en el estilo i orijinalidad de nuestros artistas.

No sucede lo mismo con la Eva, a nuestro parecer la mas atrevida de las creaciones de Plaza i tambien la mas hermosa, i casi diríamos, la mas perfecta de sus obras; pues aun cuando el cabello oculta algo a las miradas profanas se ha hecho con tal naturalidad i abandono que aparece como casual.

Nuestros jóvenes artistas pueden disipar sus temores inspirándose en las antiguas esculturas, pues aun cuando el arte moderno, embriagado con sus triunfos, tiene a menudo en nuestros dias juicios desdeñosos para ellas, es preciso confesar que encuentra siempre en esas viejas obras reglas severas i supremas que se ve obligado a observar. La pintura moderna ha podido abandonarse a todos sus caprichos; pero no así la escultura, que mas austera i ménos impresionable, por ser mas reducido el mundo de su contemplacion, ha tenido que resistir al contajio de sus malos ejemplos. Privada la escultura de las ventajas i de los encantos del colorido, el relieve de la forma la ha conducido forzosamente a la verdad: verdad que no consiste para ella ni en la espresion de la vida ni en la ajitacion de las pasiones. ¿De qué manera podria llegar a ser entónces la escultura una sublime manifestacion del arte? Solo por la verdad, la belleza i la gracia.

Pero volviendo a Eva, que habiamos dejado olvidada en el paraiso... ella es, segun nuestra humilde opinion, una de las mas bellas esculturas de Plaza.

Eva aparece en ese momento de súbita i terrible revelacion que es natural tuviera despues de su dulce condescendencia. Su cabeza parece todavía envuelta en una nube de incertidumbres i de dudas; i su mano, levantada a la altura de su frente, parece querer dulcificar los rayos de una verdad que hieren su vista. El momento elejido i la actitud vagorosa de la pecadora son bellísimos.

La primera mujer debe haber sido tambien la mas bella; así parece haberlo comprendido el artista, i el cuerpo de Eva es de una gracia i perfeccion admirables. Todas sus líneas tienen una suavidad i pureza delirante, i si algo pudiera criticarse seria talvez el sentimiento un tanto mundano que despiertan.

Eva es una creacion que tiene mas de divino que de humano. Toda la vida i el amor de ese primer ánjel caido está envuelto en una poesía soñadora. Su pasado sin familia, su belleza indescriptible como obra perfecta, su estadía en el paraiso, su amor, su caida, su castigo i la noche misteriosa que la ha ocultado, todo hace de ella la mas in-

creible i poética de las realidades. Eva es poco ménos que un ánjel, pero indudablemente mucho mas que una mujer.

Por eso, lo repetimos, si algo pudiera criticarse a la hermosa obra de Plaza, seria talvez la falta de una acentuacion mas marcada de poesía o de sublimidad en su rostro. Es un error creer que hai mas verdad en la ciencia del arte que en la poesía del arte. La poesía es la espresion de una idea i por esto mismo está mas cerca de la verdad que la ciencia, que toma siempre su punto de partida de hechos variables o fujitivos. La jeneralidad no comprende o no conoce las leyes científicas del arte; pero sí puede percibir los signos de la armonía sensibles a la vista del mas profano, i cuando esa armonía le seduce i toca las fibras mas delicadas de su espíritu, proclama bella i magnífica la obra de arte que tiene delante de su vista.

Por eso, para poder abarcar i comprender de una sola mirada toda la misteriosa personalidad de Eva, el artista debió ser mas poeta acentuando todavía mas en la frente de su estátua el destello ideal que debia simbolizarla.

Pero mas humana o ménos humana, Eva es siempre la obra de un escultor de talento, i el asunto que el artista ha escojido para formar su actitud ha sido una verdadera inspiracion.

I no es esa la única inspiracion feliz a que Plaza ha dado forma i vida en el mármol o en el bronce; su hermosa estátua de Caupolican goza todavía de mucho mas celebridad que su Eva.

Es esto una injusticia imperdonable.

Talvez las simpatías que inspira el héroe araucano por sus fabulosos hechos, que constituyen para nosotros una gloria nacional, ha predispuesto los ánimos i los gustos a su favor.

Si se considera el carácter de la belleza propia de la raza araucana, se encuentra mucho de duro i de anguloso en la fisonomía de los hombres. Nada mas guerrero i altivo que ese tipo de indomable valor. La hermosura de las mujeres no recuerda tampoco la flexibilidad i distincion aristocrática esparcida en los rasgos fisonómicos, sino la idea de plenitud de formas duras i pesadas. Preciso es, pues, confesar que ese tipo no es el mas a propósito para inspirar el sentimiento de la belleza tranquila i armoniosa de las grandes líneas.

Plaza, lo decimos con franqueza, no ha simbolizado en su Caupolican el tipo de esa raza particular; es verdad que la fiereza del rostro araucano está algo apagada por una ténue suavidad, pero ella es tal, que a medida que debilita algunos rasgos fisonómicos, hace resaltar con mayor impulso la fuerza de los otros.

Un poco de ménos suavidad en el rostro i mas impreso en su frente el sello de indomable altivez, i Caupolican habria sido la personificacion de una raza i una completa victoria para el arte.

Hecha esta crítica, tanto mas disculpable para el jóven escultor cuanto que su araucano fué trabajado en Paris i creemos que sin haber visto jamas a un araucano, no podemos ménos de aplaudir con entusiasmo los hermosos detalles de esa obra académica. Pasaremos por alto el reproche que se hace a Plaza de haber puesto aros i vestidos con plumas a su héroe, faltando de esta manera a la verdad histórica; pues Caupolican jamas usó semejantes atavíos desde que nunca fué ese el traje de su raza. Es esta una licencia poética o mas bien una licencia escultural que bien puede perdonarse sin pecar de demasiado jeneroso i tolerante, tanto mas desde que Paul Veronés ha vestido a los personajes de sus Bodas de Canáan con el traje de la época de Francisco I.

«El Jugador de Chueca», estátua en bronce del tamaño natural, es una preciosa i orijinal escultura; despues de Eva, es la obra de Plaza que revela mas imajinacion i talvez la que deja entrever una personalidad mas marcada.

No creemos necesario repasar una a una, como en un catálogo de esposicion, las obras de nuestro primer escultor nacional; i segun juicios severos de hombres competentes, del único escultor que esta jóven América del Sur puede poner frente de Power, el otro gran artista del mismo jénero que ha producido la América del Norte. Pero no podemos pasar en silencio el Amor Cautivo, graciosa figura que tiene mas que ninguna otra obra de Plaza una acentuacion ideal; ni sus hermosos bustos, entre los que hai algunos que verdaderamente sorprenden por el parecido i la delicadeza de la ejecucion; ni sus admirables encajes i ramilletes de flores, asuntos, es verdad, mas curiosos que esculturales, pero que dan a conocer al artista que busca las dificultades del dibujo para dar una prueba de su destreza; aunque desearíamos no verle emplear jamas horas preciosas en esta falsa direccion del arte.

Elevacion de la idea escultural—tal es lo que pedimos a nuestro gran artista i amigo. ¿A qué hacer una bacante, por mas graciosa que ella sea, cuando con ese mismo cincel puede personificarse con mejor éxito quizás, una idea grandiosa que eleve el espíritu del que la contemple? Las rosas disimulan mui mal los abandonos voluptuosos, i el artista no debe olvidar que la perfeccion ideal i la poesía verdadera no pueden alcanzarse sino haciéndose la espresion de la razon i el sentimiento de todo lo que hai de grande i bello en el mundo.

VICENTE GREZ

EL DEMONIO DE LOS ANDES

NOTICIAS HISTÓRICAS SOBRE EL MAESTRE DE CAMPO FRANCISCO DE CARBAJAL

Arévalo, pequeña ciudad de España, dió cuna al soldado que por su indómita bravura, por sus dotes militares, por sus hazañas que rayan en lo fantástico, por su rara fortuna en los combates i por su carácter sarcástico i cruel, fué conocido en los primeros tiempos del coloniaje bajo el nombre de—*demonio de los Andes*.

Francisco de Carbajal, despues de haber militado cerca de treinta años en Europa, servido a las órdenes del Gran Capitan Gonzalo de Córdova i encontrándose en las famosas batallas de Rávena i Pavía, vino al Perú a prestar con su espada poderoso auxilio al Marques de Atabillos don Francisco Pizarro. Grandes mercedes obtuvo de éste i en breve se halló el aventurero Carbajal poseedor de una pingüe fortuna.

Despues del trájico fin que tuvo en Lima el audaz conquistador del Perú, Carbajal combatió tenazmente la faccion del jóven Almagro. En la sangrienta batalla de Chupas, i cuando la victoria se pronunciaba por los almagristas, Francisco de Carbajal que mandaba un tercio de la acobardada infantería real, esclamó arrojando el yelmo i la coraza i adelantándose a sus soldados:—¡Mengua i baldon para el que retroceda! Yo soi un blanco doble mejor que vosotros para el enemigo!—La tropa siguió entusiasmada el ejemplo de su bravo capitan i se apoderó de la artillería de Almagro. Los historiadores convienen en que este acto de heróico arrojo decidió de la batalla.

Vinieron los dias en que el Apóstol de las Indias, Bartolomé Las Casas, alcanzó de Cárlos V las tan combatidas ordenanzas en favor de los indios i cuya ejecucion fué encomendada al hombre ménos a

propósito para iniciar reformas. Nos referimos al primer Virei del Perú Blasco Nuñez de Vela. Sabido es que la falta de tino del comisionado exaltó los intereses que la reforma heria, dando pábulo a la gran rebelion de Gonzalo Pizarro.

Carbajal, que presentia el desarrollo de los sucesos, se apresuró a realizar su fortuna para regresar a España. La fatalidad hizo que por entónces no hubiese lista nave alguna capaz de emprender tan larga como arriesgada travesía. Las cualidades dominantes en el alma de nuestro héroe eran la gratitud i la lealtad. Muchos vínculos lo unian a los Pizarro, i ellos lo forzaron a representar el segundo papel en las filas rebeldes.

Gonzalo Pizarro, que estimó siempre en mucho el valor i la esperiencia del veterano, lo hizo en el acto reconocer del ejército en el carácter de Maestre de Campo.

Carbajal, que no era tan solo un soldado valeroso sino hombre conocedor de la política, dió por entónces a Gonzalo el consejo mas oportuno para su comprometida situacion. «Pues las cosas os suceden prósperamente, le dijo, apoderaos de una vez del Gobierno i despues se hará lo que convenga. No habiéndonos dado Dios la facultad de adivinar, el verdadero modo de acertar es hacer buen corazon i aparejarse para lo que suceda, que las cosas grandes no se emprenden sin gran peligro. Lo mejor es fiar vuestra justificacion a las lanzas i arcabuces. Ved que habeis ido demasiado léjos para esperar favor de la corona.» Pero la educacion de Gonzalo i sus hábitos de respeto al Soberano ponian coto a su ambicion, i nunca osó ponerse en abierta rebeldía contra el Rei. Lo asustaba el atrevido consejo de Carbajal. El Maestro de Campo era, políticamente hablando, un hombre que se anticipaba a su siglo i que presentia aquel evanjelio del siglo XIX: —a una revolucion vencida se le llama motin: a un motin triunfante se le llama revolucion: el éxito dicta el nombre.

No es nuestro propósito historiar esa larga i fatigosa campaña que con la muerte del Virei en la batalla de Iñaquito, el 18 de enero de 1546, entregó el pais, aunque por poco tiempo, al dominio del *mui magnífico* señor don Gonzalo Pizarro, como lo titulaba el vecindario de Lima. Los grandes servicios de Carbajal en esa campaña los compendiamos en las siguientes frases de un historiador:

«El octojenario guerrero esterminó o aterró a los realistas del Sur. A la edad en que pocos hombres conservan el fuego de las pasiones i el vigor de los órganos, pasó sin descanso seis veces los Andes. De Quito a San Miguel, de Lima a Guamanga, de Guamanga a Lima, de Lucanas al Cuzco, del Callao a Arequipa i de Arequipa a Charcas·

Comiendo i durmiendo sobre el caballo, fué insensible a los hielos de la puna, a la ardiente reverberacion del sol en los arenales i a las privaciones i fatigas de las marchas forzadas. El vulgo supersticioso decia que Carbajal i su caballo andaban por los aires. Solo así podian esplicarse tan prodijiosa actividad.»

Despues de la victoria de Iñaquito, el poder de Gonzalo parecia indestructible. Todo conspiraba para que el victorioso Gobernador independizase el Perú. Su tentador demonio de los Andes le escribia desde Andahuaylas excitándolo a coronarse.—«Debeis declararos rei de esta tierra conquistada por vuestras armas i las de vuestros hermanos. Harto mejores son vuestros títulos que el de los reyes de España. ¿En qué cláusula de su testamento les legó Adan el imperio de los Incas? No os intimideis porque hablillas vulgares os acusen de deslealtad. Ninguno que llegó a ser rei tuvo jamas el nombre de traidor. Los gobiernos que creó la fuerza, el tiempo los hace lejítimos. Reinad i sereis honrado. De cualquier modo, rei sois de hecho i debeis morir reinando. Francia i Roma os ampararán si teneis voluntad para saber captaros su proteccion. Contad conmigo en vida i en muerte i, cuando todo turbio corra, tan buen palmo de pescuezo tengo yo para la horca como cualquier otro hijo de vecino.»

Pero estaba escrito que no era Pizarro el escojido por Dios para crear la nacionalidad peruana. Coronándose, habria creado intereses especiales en el pais, i los hombres habrian hecho su destino solidario con el del monarca. Por eso al arribo del licenciado Gasca con amplios poderes de Felipe II para proceder en las cosas de América i prodigar indultos, honores i mercedes, empezó la traicion a dar amarguísimos frutos en la filas de Gonzalo. Sus amigos se desbandaban para engrosar el campo del licenciado. Solo la severidad de Carbajal podia tener a raya a los traidores. Tan grande era el terror que inspiraba el nombre del veterano, que en cierta ocasion dijo Pizarro a un emisario de Gasca:

—Esperad a que venga el Maestre de Campo Carbajal i le vereis i conocereis.

—Eso, señor, es lo que no quiero esperar, contestó el emisario, que al Maestre yo lo doi por visto i conocido.

En Lima estaba en ebullicion la rebeldía contra Pizarro. El pueblo que en Cabildo abierto lo habia aclamado libertador, que lo llamó el *mui magnífico* i que lo obligó a continuar en el cargo de Gobernador ya que él desdeñaba el trono con que le brindaran, ese mismo pueblo le negaba un año despues el continjente de sus simpatías. ¡Triste, tristísima cosa es el amor popular!

Forzado se vió Gonzalo para no sucumbir en Lima, a retirarse al Sur i a presentar la batalla de Huarina. No excedia de quinientos el número de leales que lo acompañaban. Diego Centeno, al mando de mil doscientos hombres, atacó la reducida hueste revolucionaria; mas el heróico valor del anciano Maestre de Campo Francisco de Carbajal alcanzó para tan desesperada causa la última de sus victorias.

Pero la gran figura del vencedor de Huarina tiene su lado horriblemente sombrío: la crueldad. Difícilmente daba cuartel a los rendidos i mas de trescientas ejecuciones realizó con los desertores o sospechosos de traicion. Cuéntase que en el Cuzco doña María Calderon, esposa de un capitan de las tropas de Centeno, se permitia con mujeril indiscrecion tratar a Gonzalo de tirano, i repetia en público que el rei no tardaria en triunfar de los rebeldes.—«Comadrita, la dijo Carbajal en tres distintas ocasiones, trágüese Ud. las palabras: porque si no contiene su maldita sin hueso la hago matar, como hai Dios.» Luego que vió la inutilidad de la tercera monicion se presentó el Maestre en casa de la señora, diciéndola:—Sepa Ud., señora Comadre, que vengo a darla garrote.» Despues de haber espuesto el cadáver en una ventana, esclama:—Cuerpo de tal, comadre cotorrita, que si Ud. no escarmienta de ésta yo no sé lo que me haga.

Por fin el 9 de abril de 1548 se empeñó la batalla de Saxsahuana. Pizarro, temiendo que la impetuosidad de Carbajal le fuese funesta, dió el segundo lugar al infame Cepeda, resignándose el Maestre a pelear como simple soldado. Apénas rotos los fuegos, se pasaron al campo de Gasca el segundo jefe Cepeda i el capitan Garcilaso de la Vega, padre del historiador. La traicion fué contajiosa i el licenciado Gasca, sin mas armas que su breviario i su consejo de capellanes, conquistó en Saxsahuana laureles baratos i sin sangre. No fueron el valor i la ciencia militar, sino la ingratitud i la felonía los que vencieron al jeneroso hermano del Marques de Atabillos.

Cuando vió Carbajal la traidora desercion de sus compañeros, se puso a cantar el villancico que tan popular se ha hecho despues:

Los mis cabellicos, maire,
Uno a uno se los llevó el aire.

Muerto el caballo que montaba, se halló el Maestre rodeado de enemigos resueltos a darle muerte; mas lo salvó la oportuna intervencion de Centeno. Algunos historiadores dicen que el prisionero le preguntó:

—¿Quién es Vuesa merced, que tanta gracia me hace?

—¿No me conoce Vuesa merced? contestó el otro con afabilidad. Soi Diego Centeno.

—Por mi Santo Patron! replicó el veterano aludiendo a la retirada de Charcas i a la batalla de Huarina, como siempre ví a Vuesa merced de espaldas no le conocí viéndole la cara.

Gonzalo Pizarro i Francisco de Carbajal fueron inmediatamente juzgados i puestos en capilla. Sobre el gobernador, en su condicion de caballero, recayó la pena de decapitacion. El Maestre, que era plebeyo, debia ser arrastrado i descuartizado. Al leerle la sentencia contestó:—Basta con matarme.

Acercósele entónces un capitan, al que en una ocasion quiso don Francisco hacer ahorcar por sospecha de traidor.

—Aunque Vuesa merced pretendió hacerme finado, honraréme hoi con servirle en lo que ofrecérsele pudiera.

—Cuando le quise ahorcar podia hacerlo, i si no lo ahorqué fué porque nunca gusté de matar hombres tan ruines.

Un soldado que habia sido asistente del Maestre; pero que se habia pasado al enemigo le dije llorando:

—Mi capitan! Pluguiera a Dios que dejasen a Vuesa merced con vida i me mataran a mí! Si Vuesa merced se huyera cuando yo me huí no se viera hoi como se ve.

—Hermano Pedro de Tapia, le contestó Carbajal con su acostumbrado sarcasmo, pues que éramos tan grandes amigos ¿por qué pecásteis contra la amistad i no me dísteis aviso para que nos huyéramos juntos?

Cuando lo colocaron en un cesto, arrastrado por dos mulas, para sacarlo al suplicio, soltó una carcajada i se puso a cantar:

¡Qué fortuna! Niño en cuna,
Viejo en cuna. ¡Qué fortuna!

Carbajal fué ejecutado en el mismo campo de batalla el 10 de abril, a la edad de 84 años. Al siguiente dia hizo Gasca su entrada triunfal en el Cuzco.

Hé aquí el retrato moral que un historiador hace del infortunado Maestre.

«Entre los soldados del Nuevo Mundo, Carbajal fué sin duda el que poseyó mas dotes militares. Estricto para mantener la disciplina, activo i perseverante, no conocia el peligro ni la fatiga i eran tales la sagacidad i recursos que desplegaba en las espediciones, que el vulgo creia tuviese algun diablo familiar. Con carácter tan estraordinario,

con fuerzas que le duraron mucho mas de lo que comunmente duran en los hombres i con la fortuna de no haber sufrido mas derrota que la de Saxsahuana en sesenta i cinco años que en Europa i América vivió llevando la vida militar, no es estraño que se hayan referido de él cosas fabulosas ni que sus soldados, considerándolo como a un ser sobrenatural, lo llamasen—el *demonio de los Andes*. Tenia vena, si así puede llamarse, i daba suelta a su locuacidad en cualquiera ocasion. Miraba la vida como una comedia, aunque mas de una vez hizo de ella una trajedia. Su ferocidad era proverbial; pero aun sus enemigos le reconocian una gran virtud—la fidelidad. Por eso no fué tolerante con la perfidia de los demas. Por eso nunca manifestó compasion a los traidores. Esta constante lealtad, donde semejante virtud era tan rara, rodea de respeto la gran figura del Maestre de Campo Francisco de Carbajal.»

Pero no con el suplicio concluyó para Carbajal la venganza del poder real. Su solar o casa en Lima lo formaba el ángulo de las calles conocidas hoi bajo los nombres de la Pelota i de los Gallos. El terreno fué sembrado de sal, demolidas las paredes interiores i en la esquina de la última se colocó una lápida de bronce con una inscripcion de infamia para la memoria del propietario. A la calle se le dió el nombre de calle del *Mármol de Carbajal*.

Mas entre la soldadesca habia dejado el Maestre de Campo muchos entusiastas apasionados, i tan luego como el licenciado Gasca regresó a España quitaron una noche el ignominioso mármol. La Audiencia verificó algunas prisiones, aunque sin éxito; pues no alcanzó a descubrir a los raptores.

Poco despues tuvo lugar en el Cuzco la famosa rebeldía del capitan don Francisco Giron quien, proclamando la misma causa vencida en Saxsahuana, puso en peligro durante trece meses el poder de la Real Audiencia. Derrotado Giron, fué conducido prisionero a Lima i colocada su sangrienta cabeza en la Plaza Mayor, en medio de dos postes que representaban las de Gonzalo Pizarro i Francisco de Carbajal.

Cerca de sesenta años habian transcurrido desde el horrible drama de Saxsahuana. Un descendiente de San Francisco de Borja, duque de Gandía, el Virei poeta, Príncipe de Esquilache, gobernaba el Perú en nombre de Felipe III. No sabemos si cumpliendo órdenes rejias o bien por rodear de terroroso prestijio el principio monárquico, hizo que el 1.° de enero de 1617 i con gran ceremonial se colocase en el solar del Maestre de Campo la siguiente lápida:

REYNANDO LA MAG. DE PHILIPO III. N. S. AÑO D 1617 *EL EXM.º SEÑOR D. FRANCYSCO D BORJA PRINCIPE D ESQVILACHE VIREY D ESTOS REYNOS MANDO RREEDIFICAR ESTE MARMOL QVE ES LA MEMORIA DEL CASTIGO QVE SE DIO Á FRANCISCO DE CARBAJAL MAESSE DE CAMPO DE GONÇALO PIZZARRO EN CUYA COMPAÑIA FUE ALEVE Y TRAYDOR A SV REY Y SEÑOR NATURAL CVYAS CASSAS SE DERRYVARON Y SEMBRARON DE SAL. AÑO D* 1548. *Y ESTE ES SV SOLAR.*

Esta lápida, que nuestros lectores pueden examinar, se encuentra hoi incrustada en una de las paredes del patio de la Biblioteca Nacional. Mas algunos años despues, un deudo de Carbajal la hizo desaparecer de la esquina de la calle de los Gallos, hasta que en 1645 fué restaurada por el Virei Marques de Mansera, como lo prueban las siguientes líneas que completan la del patio de la Biblioteca:

DESPUES RREYNANDO LA MAG. DE PHILIPO IIII. N. S. EL EXMº S. D. PEDRO D. TOLEDO Y LEYVA MARQVEˢ D MANCERA VIRREY DE ESTOS RREINOS GENTIL HOMBRE DE SUCAMARA Y D SV CONSEJO D GVERRA ESTANDO ESTE MARMOL OTRA VES PERDIDO. LE MANDO RRENOVAR AÑO D 1645.

Cuando el Perú realizó su independencia, perdió su nombre la calle del *Mármol de Carbajal*. Los hijos de la República no podíamos sin mengua ser copartícipes de un ensañamiento que no se detuvo ante la santidad de una tumba.

La humanidad juzgará sin amor ni odio al que, así en las horas de la prosperidad como en las del infortunio, fué leal compañero del *mui magnífico* señor don Gonzalo Pizarro.

RICARDO PALMA.

HISTORIADORES DE AMERICA

JUAN MANUEL PEREIRA DE SILVA

El historiador cuyo nombre encabeza estas líneas goza en su pais de una alta reputacion como hombre político i como escritor. Orador distinguido del parlamento brasilero, administrador entendido i laborioso en el corto tiempo que ocupó la presidencia de la provincia de Rio Janeiro, Pereira de Silva se ha ilustrado ademas por sus escritos que lo colocan en el rango de uno de los mas notables literatos del Brasil.

En este carácter, su labor es mui vasta. Pereira de Silva ha dado a luz obras de imajinacion, novelas i poesías, ensayos de crítica literaria, escritos políticos i diversos trabajos históricos, uno de los cuales posee, por la investigacion i por el arte literario, un mérito indisputable. Hemos tenido ocasion de leer esta obra, i nos proponemos en este artículo no darla a conocer a los lectores chilenos, sino recomendarla como un libro instructivo i agradable, que enseña i que deleita.

Todo el mundo dice i repite que es una verdadera desgracia el que los diversos pueblos de América tengan entre sí tan pocos vínculos literarios, que lo que se escribe en el Brasil, en Colombia, en Méjico, etc., sea casi enteramente desconocido en Chile; i que a su vez nuestra vida literaria sea del todo ignorada en los otros pueblos del nuevo mundo. El hecho es cierto; pero no es éste un mal sin remedio. Nuestras bibliotecas comienzan a enriquecerse con las producciones de los talentos americanos; falta solo que se desarrolle entre nosotros i entre nuestros hermanos el gusto por el estudio de esta clase de obras. Los escritos que se destinen a su análisis, pueden contribuir de algun modo a despertar este gusto, revelando que hai en nuestro

continente escritores que merecen ser leidos i estudiados. El presente artículo tiene por objeto llevar un grano de arena para contribuir a esta obra.

Juan Manuel Pereira de Silva nació en la villa de Ignassú, provincia de Rio Janeiro, el 30 de agosto de 1817. Era su padre un comerciante portugues establecido en el Brasil, i que desempeñó en este pais algunos puestos públicos; i su madre una señora principal de aquella villa.

Hizo sus primeros estudios en Rio Janeiro; pero como su padre poseia una regular fortuna, i como la instruccion pública no se encontrase por entónces mui adelantada en el Brasil, Pereira de Silva fué enviado mui jóven a Paris para seguir los estudios de derecho. Allí obtuvo el título de abogado en 1838. De vuelta a su patria, desdeñó la carrera de los empleos para consagrarse al libre ejercicio de su profesion. En breve adquirió una gran fama, sobre todo en la defensa de causas criminales en que su talento de orador, la pasion que ponia en sus arengas i el brillo de su lenguaje, contribuyeron eficazmente a sus triunfos forenses.

Esta reputacion, prontamente adquirida, le abrió en breve el camino para la carrera política. En 1840, a la edad de 23 años, tuvo un asiento en la asamblea lejislativa de Rio Janeiro; i en 1843 ocupó como suplente, un asiento en la cámara de diputados. Desde su primera aparicion en la vida pública figuró en las filas del partido conservador; pero la lejislatura a que pertenecia, fué disuelta en mayo de 1844 por el ministerio Macahé i Alves Branco, i por entónces se vió alejado de los bancos del congreso. Por sus escritos en los diarios periódicos de que era colaborador, i con sus discursos en la asamblea provincial, en que siempre tuvo asiento, continuó sirviendo a los intereses de su partido, hasta que en las elecciones jenerales de 1847 consiguió ser uno de los pocos conservadores que fueron elejidos diputados, i que en las sesiones de 1848 formaban un núcleo de oposicion que dió por resultado la caida del partido liberal que se conservaba en el poder desde 1844.

El nuevo ministerio conservador, presidido por el marques de Monte Alegre, disolvió tambien la cámara, cuya mayoría le era desafecta, pero esta vez Pereira de Silva volvió a ser elejido diputado para la cámara de 1850. Desde entónces casi no ha cesado de ser miembro del congreso brasilero. Durante el receso de éste, desde octubre de 1850 hasta mayo de 1851, hizo un nuevo viaje a Europa, cuyas impresiones ha consignado en un libro interesante.

Poseedor de una fortuna mui considerable, heredada de sus padres

e incrementada por sus trabajos forenses, Pereira de Silva abandonó entónces la abogacía i se consagró enteramente a la vida parlamentaria i política i al cultivo de las letras, a que habia consagrado hasta entónces solo sus ocios. En las cámaras fué uno de los oradores mas estimados i de los mas activos i trabajadores para el estudio de los asuntos que se ventilaban. Casi no hubo cuestion importante en que no tomara parte. Tales fueron entre otras la convencion celebrada en 1856 con el Portugal para la represion del tráfico de moneda falsa que se hacia para vergüenza de ambos paises, lo que le valió la cruz de comendador de la órden de Avis que le envió el rei de Portugal; la reforma de la lei electoral que acabó con la eleccion de diputados por provincias i creó las diputaciones por pequeños círculos, la reorganizacion de la marina, la colonizacion, la reforma hipotecaria, diversas cuestiones internacionales, la reforma de varios impuestos, la reglamentacion de los bienes de mano muerta i el reclutamiento para el ejército i la escuadra.

Derrotado en las elecciones de 1856, sirvió por algunos meses la presidencia de la provincia de Rio Janeiro, en cuyo gobierno adquirió simpatías jenerales por su actividad, sus conocimientos especiales i su celo como administrador. Pero no desempeñó largo tiempo este cargo: el año siguiente dejó el mando i partió para Europa. Pero a su vuelta, encontró que habia sido elejido miembro de la asamblea provincial de Rio Janeiro, i presidente de ella por unanimidad de votos.

Ademas de los cargos que dejamos mencionados, Pereira de Silva ha sido fiscal del banco del Brasil, consultor del ministerio del imperio i abogado del consejo de estado; i posee las condecoraciones de dignatario de la órden imperial de la Rosa, de comendador de la de Cristo en el Brasil i de la de San Benito de Avis en Portugal i de caballero de la de Nuestra Señora de la Concepcion.

Al presente, Pereira de Silva tiene su residencia en Rio Janeiro; pero poseyendo una gran fortuna i sobre todo un carácter activo e inquieto, aprovecha casi cada año el receso de las cámaras lejislativas para hacer un viaje de algunos meses a Europa. Habita principalmente la ciudad de Paris, donde está establecida una hija suya que contrajo matrimonio con el secretario de la legacion brasilera en Francia. Ha aprovechado ademas estos viajes para dar una nueva edicion mas revisada de casi todas sus obras, i sobre todo mas perfecta bajo el punto de vista tipográfico.

Estas rápidas noticias biográficas, que tomamos en su mayor parte de la *Galería dos brasileiros ilhustres* i del *Diccionario bibliográ-*

plico portuguez de Inocencio F. de Silva (tomo III, páj. 406), dan a conocer sumariamente una faz de la vida de Pereira de Silva. Vamos ahora a pasar en revista sus principales escritos ántes de hablar de la obra que lo coloca en el rango de uno de los mas distinguidos historiadores de América.

Pereira de Silva, volvemos a repetirlo, ha escrito mucho i sobre mui diferentes materias. Hallábase aun estudiando en Paris cuando refirió, en un estenso artículo, la historia de una correría de vacaciones hecha en Alemania (1). De vuelta al Brasil, tomó parte en la redaccion de algunas revistas literarias; i aun en los periódicos políticos de que fué colaborador, publicó diversos ensayos de un carácter puramente literario. De esa época datan dos pequeñas novelas, *Uma paraxao de artista* (1838), pintura de un devaneo de artista, el amor de un jóven pintor, que muere por causa de esa pasion; i *Religiao, amor i patria* (1839), novela histórica cuya escena pasa en Coimbra, Rio Janeiro i Oporto, i en que por medio de una accion bastante pobre, se pierde en detalles acerca la guerra civil en Portugal entre don Pedro i don Miguel sobre la sucesion del trono. (2) Los recursos de un estilo sembrado de imájines no siempre felices, no bastan para dar interes a estos dos primeros ensayos.

Mas adelante, Pereira de Silva emprendió la composicion de novelas de mas largo aliento. Pertenece a este número *Jerónimo Corte real, chronica portugueza do seculo XVI*, publicada por primera vez en el *Jornal do commercio* de Rio Janeiro en 1839, i reimpresa en Paris en 1865, en un volúmen en 12°. Al lado del tipo caballeresco de Corte real, que fué a la vez soldado valiente, gran poeta, músico i pintor, el novelista brasilero ha puesto en escena a Camoens. Mas tarde, tomó por tema de otra novela a un personaje mucho ménos conocido, escritor tambien, pero de cuyas obras no ha llegado hasta nosotros mas que un opúsculo insignificante. *Manuel de Moraes, chronica do seculo XVII* (publicado en Paris, 1866, 1v. 12°) tiene por héroe a un jesuita de ese nombre, natural de San Paulo en el Brasil, espulsado de la Compañía por motivos que no se conocen, convertido a la relijion calvinista en Holanda, i condenado a muerte i ejecutado por la inquisicion de Lisboa en 1647. Pereira de Silva ha hecho pasar la escena en San Paulo i las misiones jesuíticas

(1) Este primer escrito ha sido reimpreso por el autor en 1862 en el tomo I de sus *Variedades literarias*, coleccion de escritos literarios i políticos impresa en Paris en dos vol. en 8.°.

(2) Reimpresos tambien en el tomo I de las *Variedades literarias*.

de Guairá, en Pernambuco durante la guerra con los holandeses, en los Paises Bajos durante la emigracion de los jesuitas portugueses, i en Portugal durante el predominio de la inquisicion. Aunque estas novelas son escritas con estilo pintoresco, i aunque no se puede decir de ellas que carecen de interes, no se hallan en ellas la accion ni los caractéres que encantan en las obras de esta especie, i mucho ménos la pintura animada i colorida de las costumbres i de las ideas de los siglos a que se refieren. Pereira de Silva queda en segunda fila entre los innumerables imitadores de Walter Scott.

Casi podria clasificarse entre las novelas de este jénero un poema o leyenda en verso publicado por Pereira de Silva con el título de *Gonzaga* Paris, 1865, 1v. en 12° (1). El héroe de este poema, Tomas Antonio de Gonzaga, es un poeta portugues tan famoso por sus talentos como por sus desgracias. Desempeñando un cargo judicial en la provincia brasilera de Minas, contrajo allí una pasion tan ardiente como pura por una jóven a quien ha cantado con un entusiasmo digno de Petrarca; pero comprometido en un proceso a que dió oríjen una conspiracion en que él no habia tomado parte, fue cargado de cadenas i condenado al fin en 1792 a destierro a la costa africana de Mozambique, donde murió a principios de este siglo, dejando dos volúmenes de poesías que le han asegurado la inmortalidad. Pereira de Silva ha sacado algun provecho de los amores i desgracias del poeta portugues, i ha engalanado su obra con descripciones de las localidades, i ciertos rasgos de un lirismo de buen gusto, pero en jeneral, su poema está mas abajo del asunto que canta.

Como hemos dicho mas atras, Pereira de Silva se ha ejercitado tambien en la crítica literaria. Aparte de los juicios emitidos en sus biografías de brasileros ilustres, i de algunos artículos sueltos que ha reunido mas tarde (2), en 1843 publicó en Rio Janeiro el *Parnaso Brasileiro* (2 vol. en 8.°), coleccion de poesias de los mejores poetas brasileros desde el descubrimiento del Brasil, a la cual ha puesto una recomendable introduccion histórica i biográfica sobre la literatura i los literatos de ese pais. Pero su reputacion como crítico descansa en un libro escrito en frances, porque Pereira de Silva escribe esta

(1) Este poema no lleva el nombre de Pereira de Silva. Lo publicó como la obra de un jóven estudiante de San Paulo, cuyo nombre le era desconocido a él mismo. Pereira de Silva es ademas autor de algunas poesias i escritos sueltos que ha recopilado en el primer tomo de sus *Variedades literarias*.

(2) En el primer tomo de las *Variedades literarias*.

lengua como su propio idioma. Con el título de *La litterature portugaise, son passé, son état actuel*, dió a luz en la *Revue Contemporaine* de Paris tres artículos (1), que fueron reunidos un año mas tarde en un pequeño volúmen (Paris, 1866, 1 v. en 12.°). Es una historia sumaria de la literatura portuguesa, concebida con verdadero conocimiento de causa, con un notable espíritu crítico i segun los principios a que han ajustado sus producciones de este jénero los mas eminentes maestros del arte de la escuela francesa.

Entre las obras políticas de Pereira de Silva, debemos clasificar primeramente sus discursos parlamentarios, que el autor ha reunido en dos compilaciones diferentes (2), i unos apuntes de viaje que no carecen de interés. En efecto, bajo el título de *Impresoes de Viagem* en 1851 1852 ha reunido una serie de cartas sobre el Portugal, Inglaterra, Francia, Béljica i Holanda en que espone su opinion sobre el estado público de esos paises en aquella época interesante (3).

Pereira de Silva viajaba en Europa en un momento de reacion contra las ideas republicanas de 1848, vió restablecerse el despotismo sobre las ruinas de una libertad que no se habia asentado aun, fué testigo, puede decirse así, del golpe de estado del 2 de Diciembre, i juzgó todos estos acontecimientos tal como debia apreciarlos un hombre ilustrado i observador, pero que profesa simpatías por los principios conservadores. Se muestra en esas cartas enemigo declarado de las revoluciones i de los revolucionarios de 1848, a quienes condena i anatematiza; pero solo como un monarquista constitucional, partidario leal de la libertad moderada i reglamentada. Para él, el mejor gobierno que ha tenido la Francia ha sido el de Luis Felipe; i el réjimen implantado por Napoleon despues del golpe de estado, aunque despótico i arbitrario, valia mas que la república, por cuanto aseguraba el órden i la tranquilidad interior (4).

---

(1) Fueron publicados en los números de 30 de abril, 15 de agosto i 15 de octubre de 1855.

(2) La primera serie que comprende los discursos pronunciados de 1850 a 1861 fueron publicados en el tomo 2.° de las *Variedades literarias*. La segunda serie, de 1867 a 1869 en un volúmen que lleva por título *Discursos parlamentarios*, impreso en Paris en 1870.

(3) Publicadas en el primer tomo de las *Variedades literarias*.

(4) Podria enumerarse entre las obras políticas de Pereira de Silva una traduccion portuguesa de la *Historia criminal del gobierno ingles*, por Elias Regnault, publicada sin el nombre del traductor en Rio Janeiro, en 1842, 1 vol. en 12.°, a la cual ha agregado muchos hechos concernientes a la historia del Portugal i del Brasil.

Pero, la verdadera reputacion literaria de Pereira de Silva no descansa sobre esas obras, cuyo mérito es realmente secundario. Son sus escritos históricos los que le han granjeado la gran nombradia de que goza en el Brasil i con frecuencia los elojios de la prensa europea.

La primera obra en este jénero fué el *Plutarco Brasileiro*, coleccion de biografías de brasileros ilustres antiguos i modernos, dada a luz en Rio Janeiro en 1847, en dos volúmenes en 8.° Aprovechándose de trabajos anteriores, i en particular de las numerosas reseñas biográficas publicadas en la *Revista trimestral del Instituto Histórico* del Brasil, que con frecuencia son el fruto de una larga investigacion, Pereira de Silva ha puesto tambien a veces algun estudio para descubrir hechos desconocidos; pero el mérito principal de su libro consiste en haber reunido en un solo cuerpo, ampliándolas i revistiéndolas de un estilo propio, i al cual se le podria reprochar el ser demasiado florido, las biografías que ántes de la publicacion de su libro estaban diseminadas en muchas obras, i en haberlas completado con otras que son el fruto de su propio trabajo. Pero si los eruditos no hallaron en esta obra mucho de nuevo, recibió los aplausos del mayor número de los lectores. En el Brasil i aun en Europa fué honrada con los sufrajios de la prensa, que la consideraban un libro tan instructivo como interesante.

Agotada la primera edicion, Pereira de Silva reimprimió su obra en Paris en 1858 (2 vol. en 8.°) con el título de *Varoes illustres do Brasil durantes os tempos coloniaes*. Esta obra es simplemente una refundicion del *Plutarco Brasileiro*, pero aumentada i mejorada, de tal modo que parece un trabajo enteramente nuevo. A las ya publicadas, el autor añadió dos biografías inéditas, las dispuso todas en un órden cronolójico, que faltaba en la primera edicion, agregó un suplemento biográfico que contiene apuntes sumarios acerca de muchos brasileros distinguidos, i algunas notas para una bibliografía del Brasil (1); i aceptando las observaciones de la crítica juiciosa, corrijió algunos defectos que se habian escapado en la primera edicion, i pulimentó considerablemente el estilo. En esta segunda edicion la

(1) Haremos notar aquí que esas indicaciones bibliográficas que acompañan a la 2.ª edicion de este libro interesante, adolecen de todo jénero de inexactitudes. Parece que Pereira de Silva, como muchos otros escritores, i escritores ilustrados, no da ninguna importancia a la ciencia bibliográfica, creyendo que importa poco el copiar con exactitud el título de los libros que cita i mucho ménos el asentar con fijeza la fecha de la impresion. Solo así se pueden esplicar estos descuidos. En la tercera edicion ha suprimido esas notas bibliográficas.

frase es jeneralmente mas fuerte i mas vigorosa, talvez porque se halla despojada de muchas de las imájenes que recargaban el estilo en la edicion primitiva. Por fin, en 1868, Pereira de Silva ha publicado en Paris (2 vol. en 12°) la tercera edicion de esta obra, nuevamente correjida i aumentada.

Al jénero histórico pertenece igualmente un pequeño volúmen escrito en frances i publicado por Pereira de Silva en Paris en 1865, con el título de *Situation social, politique et economique de l' empire du Brézil*. Este librito, interesante bajo muchos aspectos, i de una lectura tan agradable como útil, es formado por dos artículos de revista, reunidos en un volúmen por referirse ambos a un mismo pais. El primero de esos artículos titulado *Le Brézil sous l' empereur D. Pedro II*, fué publicada en la *Revue des deux mondes* de 15 de abril de 1858, i constituye un notable bosquejo histórico del imperio considerado bajo todas sus fases, política, financiera, militar, industrial i comercial, i descubre en el autor, no solo al escritor esperimentado, sino al hombre público que ha estudiado a fondo los negocios de su pais, i que sabe darlos a coñocer con toda claridad i precision (1). El segundo artículo titulado *La guerre entre le Brézil et la Plata*, fué dado a luz en la *Revue contemporaine* de Paris del 30 de abril de 1865, i es simplemente una defensa bien escrita del Brasil con motivo de la guerra del Paraguay, en que el autor espone con pormenores interesantes el oríjen i antecedentes de esa guerra.

Por sólido que sea el mérito de estos ensayos históricos, hai otra obra de Pereira de Silva que los ha dejado en segundo término, i que ha asentado sobre bases indestructibles su reputacion de historiador concienzudo i juicioso i de escritor elegante. Nos referimos a la *Historia da fundaçao do imperio brasileiro*, impresa en Paris en siete tomos en 8.° (1864-1868) (2).

Indudablemente, los estudios históricos han hecho grandes progresos en el Brasil. La fundacion del Instituto Histórico i Jeográfico en 1838, i del cual Pereira de Silva es uno de los miembros fundadores, la publicacion de la *Revista trimestral* que le sirve de órgano i en que se han dado a luz numerosas memorias mui notables por la investigacion, i los trabajos emprendidos fuera de esa corporacion por eru-

(1) Este artículo fué traducido a varios idiomas, en Europa. En el Brasil se le reimprimió varias veces en lengua portuguesa, i ha sido insertado en el tomo II de las *Variedades literarias* de Pereira de Silva.

(2) Hemos visto anunciada una segunda edicion de esta obra, correjida i mejorada, en 3 tomos.

ditos de un verdadero mérito, han colocado la historia del Brasil en un estado de notable progreso. Sin embargo, quedaba por hacerse la historia minuciosa i detenida de este pais durante el primer cuarto de este siglo, cuando por la traslacion a Rio Janeiro de la familia reinante del Portugal, la historia de los dos pueblos, de la metrópoli i de la colonia, se confunde en un mismo cauce; o mas bien dicho estaba reducida a escritos sueltos i desligados entre sí, o a bosquejos jenerales, mas o ménos compendiosos, en que los hechos no habian podido ser apreciados debidamente, i ni siquiera presentados bajo su verdadera faz.

Pereira de Silva acometió esta empresa. Se propuso escribir la historia reunida del Portugal i del Brasil desde 1808 hasta 1825, esto es, desde la instalacion de la corte portuguesa en Rio Janeiro hasta que el Portugal, reconociéndose impotente para someter a su dominio la preciada colonia, hizo el reconocimiento de la independencia del Brasil. Para realizar su plan, el historiador tuvo que hacer sus investigaciones en ambos paises, i lo llevó a cabo sin ahorarse sacrificios ni fatigas. «Pesquisé, estudié, medité i comparé impresos i manuscritos, tradiciones orales i papeles de estado, dice él mismo. Me esforcé por sacar en limpio la verdad separándola de todo lo que pudiera oscurecerla. Con el trascurso del tiempo i con el descubrimiento de nuevos subsidios, habrá seguramente algo que modificar en esta historia. En la actualidad, sin embargo, i ausiliándome con las luces que pude recojer, juzgo que debo publicarla como la sentí, la comprendí i la imajiné. Es por lo ménos un trabajo concienzudo; i como tal me atrevo a darle publicidad.»

La historia meramente militar i aun podria decirse la historia política de los sucesos que determinaron la independencia del Brasil, no tiene la animacion ni el interés que ofrece la historia de la revolucion de la mayor parte de las repúblicas hispano-americanas. Allí no hai ni una lucha heróica llena de sacrificios i de abnegacion, ni el trabajo paciente de nuevas ideas i nuevas instituciones que vienen a reemplazar mediante grandes esfuerzos a las ideas i a las instituciones de otra era. La independencia brasilera es el resultado de la division de las posesiones de la corona del Portugal entre un padre i un hijo, entre don Juan VI i don Pedro I. Esta division, favorable sobre todo a los intereses del Brasil, coincidió con el establecimiento del réjimen constitucional que trajo consigo grandes reformas en el órden político, social e industrial; pero la historia de esa division, aunque ménos dramática que la que cuenta las revoluciones de los pueblos de nuestro oríjen, ofrece en manos de un historiador distinguido un vasto

campo de enseñanza. Pereira de Silva ha comprendido así su papel de historiador. «Siempre he tenido gusto por la historia, dice él mismo. No la quiero, sin embargo, para saber fechas, estudiar vidas de príncipes i personajes ilustres i para aprender el número de las guerras i de los combates que se empeñaron. Prefiero la que examina a fondo la sociedad entera, desde el elevado palacio hasta la choza del pueblo. Me agrada mas la que diseña los rasgos de la administracion pública, en el mas lato sentido de esta palabra, social, política, civil i económica. De este modo, la historia comprende al pueblo i a la nacion entera, i la presenta de perfil i de frente, en cuerpo, en alma i en espíritu. Considero a la historia concebida de esta manera, como el mas moralizador, el mas instructivo, el mas agradable i el mas sublime de los ramos literarios.»

Conforme a este sistema, Pereira de Silva abre su historia con una notable introduccion en que despues de pasar en rápida revista los sucesos de Portugal desde su separacion de la España en 1640, muestra el estado de postracion a que a principios de este siglo habia llegado el pueblo que tres centurias ántes habia arrancado la admiracion del mundo por sus proezas en Africa i en Asia. Describe entónces con verdadera maestría el estado político, social, económico, industrial de ese pais, i cuenta por fin los sucesos que en 1807 obligaron a la familia reinante a abandonar la metrópoli para buscar un asilo en sus posesiones de ultramar. En este momento abre Pereira de Silva la historia del Brasil con una estensa i notable introduccion en que da a conocer el sistema colonial de los portugueses, las atribuciones de los gobernadores, la organizacion judicial, rentística, eclesiástica i militar, la lejislacion, el estado i condicion de sus pobladores, su industria, su atraso i todo aquello que puede contribuir a presentarnos por completo, en su conjunto i en sus detalles, el cuadro de la colonia.

Sentados estos antecedentes, Pereira de Silva comienza a referir combinada i alternativamente la historia del Brasil i del Portugal con un acopio tal de pormenores, que el lector comprende perfectamente la marcha de los sucesos en todos sus incidentes. Miéntras en el Portugal se sostiene la lucha para rechazar la invasion francesa, la corte inicia en el Brasil un sistema de reformas administativas que gradualmente sacan a la colonia de su estado de postracion. El espíritu liberal de algunos hombres adelantados se trasluce en proyectos de conspiracion, o en verdaderos levantamientos, uno de los cuales, el de Pernambuco en 1817, causó graves inquetudes a la corte i preparó los ánimos para la independencia definitiva. Por fin, estalla en Portugal la revolucion constitucional de 1820: la ajitacion se comu-

nica al Brasil, donde las nuevas ideas encuentran favorable acojida; i don Juan VI se ve obligado a volver a la metrópoli donde lo llamaban las necesidades de la situacion i los clamores de los representantes del pueblo. Su hijo don Pedro queda a la cabeza del gobierno del Brasil; pero hostilizado por las cortes lejislativas del Portugal, que no querian afianzar las conquistas liberales alcanzadas por la colonia, da el grito de Itapiranga (7 de setiembre de 1822) i proclama la independencia del nuevo imperio. La lucha no podia ser larga ni tenaz. El Portugal no tenia recursos para combatir mucho tiempo, i al fin prefirió reconocer la independencia que el pueblo brasilero habia proclamado i sostenido.

Al referir estos sucesos con todo detenimiento, Pereira de Silva ha sabido presentarlos clara i distintamente, con un método excelente, sin odios ni pasion, dando a cada cual lo que es suyo, i apreciando los acontecimientos con espíritu sereno i despreocupado. Algunos historiadores del Brasil que por incidencia habian tratado estos mismos hechos, habian llegado a separar de la historia las intentonas revolucionarias que se hicieron sentir entre 1808 i 1820 como accidentes que no habian tenido ninguna influencia en el triunfo de la independencia, que han querido atribuir solo a la iniciativa del príncipe don Pedro o a las reformas decretadas por don Juan VI. Don Francisco Adolfo de Varnhagen es de este número: en el capítulo 54 de su aplaudida *Historia geral do Brasil* no vacila en condenar la insurreccion republicana de Pernambuco, así como los otros movimientos de esa época, como sucesos que, comprometiendo la integridad del teritorio, no sirvieron en realidad a la causa de su independencia. Pereira de Silva, aunque partidario decidido del imperio constitucional, i aunque alistado en las filas del partido conservador, ha sido mas justo con los mártires que se sacrificaron por una causa noble proclamando la revolucion ántes que hubiera llegado el tiempo en que ésta debia triunfar.

Este espíritu de justicia, esta rectitud en los juicios, es mas notable todavia en la caracterizacion de los personajes, sea que trace los perfiles de su fisonomia moral, sea que los dé a conocer refiriendo sus hechos. Son notables sobre todo los retratos de don Juan VI, el príncipe débil, pero bondadoso i progresista, de don Pedro I, el soberano caballeresco i ardoroso; i de José Bonifacio de Andrada, el tribuno vehemente, i la primera cabeza de la revolucion brasilera. En el libro de Pereira de Silva se les conoce por completo, bajo su verdadera luz, i sus figuras se quedan grabadas en la memoria del lector de una manera indeleble.

Temeríamos estendernos demasiado si hubieramos de considerar muchos otros puntos de la *Historia da fundaçao do imperio brasileiro* que merecen llamar la atencion; pero sí debemos consagrar algunas líneas a su mérito literario. El libro de Pereira de Silva es bien escrito: el autor, corrijendo las ampulosidades de estilo de sus primeras producciones, ha llegado a formarse un estilo elegante i florido sin afectacion, noble, i con frecuencia elevado casi sin salir de los límites de la naturalidad. Su método de narracion, el arte con que agrupa las circunstancias no lo hacen desmerecer comparandolo con los mas distinguidos historiadores de nuestra época. Ha sabido cubrir con formas cultas hasta la historia de los escándalos i miserias del palacio de don Juan VI.

Pereira de Silva ha puesto término a su tarea con la publicacion de una obra complementaria que lleva por título *Segundo período do reinado de don Pedro I*, un vol. en 8.°, Rio Janeiro, 1871. Comprende la historia del nuevo imperio hasta la abdicacion de don Pedro i su marcha a Europa en abril de 1831 a fin de reconquistar para su hija la corona de Portugal, que le habia arrebatado el príncipe don Miguel. Este libro, aunque ménos cuidado en sus formas literarias que la obra anterior, posee un alto interés para los brasileros i para los hispano-americanos. Allí está referida con todos sus pormenores la historia de la guerra entre el Brasil i la República Arjentina, cuyos antecedentes i cuyas causas Pereira de Silva habia espuesto en la *Historia da fundaçao do imperio brasileiro*. Ese libro enseña cosas que seria mui difícil estudiar en otra parte.

El historiador a cuyas obras hemos destinado este artículo, goza en su patria de una de las mas altas reputaciones literarias. En el resto de la América, sin embargo, solo lo conoce de nombre uno que otro curioso; i son mui pocos los que han leido alguno de sus escritos. Al terminar este bosquejo biográfico crítico debemos asegurar a los que buscan en la lectura de la historia un mero entretenimiento, que en las dos últimas obras que hemos mencionado hallarán un agradable i provechoso pasatiempo. Los que desean seriamente conocer el pasado de los pueblos americanos, no pueden dispensarse de su estudio.

DIEGO BARROS ARANA

EL DEBER

I

Miradle erguido, silencioso, grave,
Paciente i afanoso, rudo i suave,
Amigo de los buenos i los fuertes,
De los malos azote i los inertes.

Miradle infatigable, vijilante,
Sin cólera ni risa en el semblante,
Tranquilo, austero, pálido, impasible,
Al gozo i al dolor siempre insensible.

Es el deber, que en la conciencia vela;
Es el deber, eterno centinela
Del hombre que le ve con su razon
I le siente cruzar su corazon.

II

¡Belleza, juventud, fugaz aurora
Que tiñe el sol i pronto descolora!
¡Amor, que funde en una vida dos!
¡Deber, que al hombre hace vivir en Dios!

Bella es la flor que brinda a la mañana
Su perfume dulcísimo i su grana;

Jóven el corderillo que alboroza
El verde prado en que feliz retoza;

El tigre ama a la tigre, el ave al ave;
Los cuerpos aman a la tierra grave;
Mas solo el hombre,—amante, jóven, bello,—
En su alma lleva del deber el sello.

Deber, de la virtud eco i hermano,
Fiel compañero del destino humano,
Tu madre fué la libertad del hombre,
Intelijencia es de tu padre el nombre.

Libres e intelijentes Dios nos quiso.—
Horrible infierno! alegre paraiso!
Donde el deber al malhechor fulmina,
I al bienhechor en rayos ilumina.

¡Amigo de los buenos i los fuertes,
De los malos azote i los inertes,
Deber, unido a la conciencia humana,
Como sigue a los cuerpos sombra vana!

III

Cesó la luz, el movimiento, el ruido;
En brazos de la noche se han dormido.
Entre las sombras una luz destella
I alumbra a una mujer modesta i bella.

Es una madre que trabaja ansiosa
Junto al cándido niño que reposa.
Por la vida de su hijo ella trabaja;
Para sí misma teje una mortaja.

¡Pobre mujer! desamparada, triste,
Nada le da valor, nadie le asiste.
Nadie? nó, que el deber con ella vela,
La conforta, la anima i la consuela.

IV

¡Qué grande el mar! El barco qué pequeño!
Abismo sin medida! frájil leño!
La nave salta, se estremece, cruje,
Del violento huracan al rudo empuje.

Sobre el puente hai un hombre que vijila
Con ojo atento, con la faz tranquila;
El viento sus cabellos desparpaja,
El aguacero su vestido ultraja.

Tiniebla, soledad, rujir violento,
Voz de muerte en el trueno i en el viento.
¿Cómo arrostra aquel hombre saña tanta?
El deber le sostiene i le levanta.

V

Cielo azul, tibio sol, luz matutina;
Todo rie, gorjea i se ilumina.
Sumido en muelle, lánguida pereza,
Un hombre fuma, mécese i bosteza.

El humo, en espirales perfumando
El ambiente, se eleva remedando
La vida del suntuoso sibarita
A quien solo el placer mueve i excita.

Mas su frente se anubla, el entrecejo
Torna rugoso, i un amargo dejo
Parece que su boca ha contraido:
Es el fastidio que hace allí su nido.

Contémplale el deber mustio, ceñudo,
De amor al bien i de virtud desnudo;
Le contempla, le juzga i le condena
A arrastrar del fastidio la cadena.

VI

¡Amigo de los buenos i los fuertes,
De los malos azote i los inertes,
Deber, unido a la conciencia humana
Como sigue a los cuerpos sombra vana!

¡Belleza, juventud, fugaz aurora
Que tiñe el sol i pronto descolora!
¡Amor, que funde en una vida dos!
¡Deber, que al hombre hace vivir en Dios!

1872

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

VENECIA

(CONTINUACION)

—Malvado! continuó la señora. ¿I Ud. cree que yo deseo oirlo? Cree Ud. que tiene algun encanto para mí el sonido de esa voz engañadora? Demasiado largo tiempo lo he escuchado. I su voz ahora solo puede excitar mi disgusto. He venido aquí a hablar yo, a manifestarle mi odio, mi aborrecimiento, mi cólera.

Lord Cadurcis principió a silbar.

La señora hizo una pausa; ya habia manifestado el objeto de su visita i debia retirarse. Pero su conducta no estaba perfectamente de acuerdo con sus palabras i no manifestaba intencion de moverse. Hubo una pausa mortal i Lady Monteagle, desesperada con aquel obstinado silencio, se arrojó en una silleta, con las convulsiones del histérico.

Lord Cadurcis, siguiendo su ejemplo, se sentó tambien i tomando un libro principió a leer.

Los histéricos disminuyeron poco a poco i por fin se resolvieron en suspiros i sollozos.

De repente saltando de su asiento se arrojó a los piés del Lord.

—Cadurcis! esclamó en un tono de ternura, ¿me ama Ud?

—Mi querida Jertrudis, dijo tranquilamente Lord Cadurcis, Ud. sabe que me gustan las mujeres tranquilas.

—Perdóneme, murmuró la señora, tenga compasion de mí.

—Toda su desgracia es imajinaria.

—Pero Ud. me ha abandonado.

—Nunca he abandonado a nadie. La última vez que nos vimos Ud. me despidió i dijo que no queria hablarme mas. He obedecido sus órdenes como lo hago siempre.

—Pero yo no queria decirle lo que le dije.

—¿I cómo podia yo saber eso?

—I ahora qué me aconseja Ud. hacer, dijo la señora mirando su disfraz.

—Que se vaya, contestó el Lord tranquilamente.

—Ah! Ud. quiere que me vaya! contestó ella tiernamente.

—Jertrudis, yo prefiero ir a verla a que Ud. venga a verme. Mañana iré a su casa i espero que me recibirá risueña.

—Mil gracias, dijo la señora.

—Ahora ¿quiere Ud. tomar algo? dijo Lord Cadurcis. Ud. debe sentirse fatigada.

—Ah! burlon.

—Hasta luego!

XXI

Lord Cadurcis—desgraciado en su casa i fatigado del recurso vulgar de la sociedad—pasó la noche entregado a la mas completa disipacion. Su principal compañero era aquel mismo jóven noble con quien lo vimos la primera vez que estuvo con Venecia en Ranelagh. Principiaba la mañana cuando los dos llegaron a la puerta de Cadurcis. I se preparaban para saludar la aurora con una ponchera de Borgoña.

—Vamos, mi querido Scrope! dijo Cadurcis, ahora quietud i filosofía. Arreglémonos i moralicemos. Siéntese aquí Scrope: este es el asiento de honor i Ud. lo tendrá. Pero ¿qué es esto? Una carta i marcada *urjente*, i con letra de hombre? Algun buen muchacho que acosan sus acreedores o que ha plantado su querida. Señales de desgracia! Debemos ayudar a nuestros amigos.

La llama del hogar iluminaba el semblante de Cadurcis miéntras leia aquella carta: no varió su espresion, pero mordiéndose el labio dos veces, leyó la estraña carta.

—Scrope, añadió tranquilamente, ¿está Ud. mui ébrio?

—Mi querido amigo, estoi mas fresco que una rosa i luego verá qué cuenta pienso dar del Borgoña.

—El Borgoña para mañana, como dice el proberbio griego. Lea esto.

Scrope leyó una esquela de Lord Monteagle, escrita en términos poco amables, pidiendo un inmediato encuentro.

—¿Le pide satisfacciones?

—No sé, quiere batirse pronto—que sea de una vez. Le mandaré un cartel, tomamos el Borgoña i a Hide Park, seis de la mañana—pocas palabras.

Escribió la esquela i mandando su sirviente a casa de Monteagle, le encargaba trajera una respuesta.

—No hai nada como acabar pronto en estos asuntos, dijo Lord Cadurcis, i si le he de confesar la verdad, mi querido Scrope, no me importaria mucho que Monteagle me mandara a juntarme con mis mayores; porque en todo el curso de mi pobre vida nunca me he sentido mas desesperado que en estas últimas veinticuatro horas.

—Pues Ud. es la persona mas singular que se puede concebir. Habria creido que Ud. era la persona mas feliz sobre la tierra. Todo el mundo lo admira i todo el mundo lo envidia. Ud. parece tener cuanto desea i su vida es un triunfo perpetuo.

—Ah! mi querido Scrope, si Ud. lo supiera todo, no me envidiaria.

—Pero ahora no tenemos tiempo para hablar. ¿Tiene Ud. algun arreglo que hacer?

—Ninguno. Todo queda para Jorje. Acuérdese, Scrope, de que siempre he querido ser enterrado con mi madre. Eso es todo.

El sol principiaba a salir cuando los dos jóvenes montando en una silla de posta se dirijieron al punto de la cita.

Lord Monteagle i su amigo, que era Mr. Horacio Pole, luego llegaron. Cadurcis avanzó haciendo una cortesía; Lord Monteagle contestó al saludo. Los testigos elijieron el terreno, i los campeones dejando sus capas cruzaron las espadas. Fué un rápido encuentro. Despues de algunos movimientos, Cadurcis recibió una lijera herida en el brazo i su espada atravesó a su antagonista. Lord Monteagle votó la espada i cayó.

—Este es un mal fin, me parece, dijo Mr. Horacio Pole. Tenemos un cirujano cerca i es necesario ir a llamarlo. En cuanto a Ud., lord Cadurcis, lo mejor que puede hacer es huir.

—Le doi las gracias, sir; pero yo nunca huyo; aguardaré aquí hasta que vea a lord Monteagle tranquilamente en su carruaje: espero que no guardará ningun rencor para Mr. Scrope, que acompañándome ahora, no ha hecho mas que cumplir con uno de los deberes mas penosos que la sociedad nos impone.

El cirujano calificó la herida de mui grave. Lord Monteagle fué trasladado al carruaje i Scrope se acercó lentamente a su amigo.

—I bien, Cadurcis, esclamó con una voz angustiada, espero que Ud. no lo habrá muerto. ¿Que hará Ud. ahora?

—Irme a curar i aguardar el resultado. Lo siento por Ud.; en cuanto a mí no importa nada.

—Ud. sangra! dijo lord Scrope.

—Un rasguño! Casi quisiera que todo hubiera pasado al reves.

Venga, Scrope. Ayúdeme a ponerme mi capa. Ayer perdí mi corazon, anoche perdí mi dinero, i quizás mañana perderé mi brazo. Parece que no ando afortunado.

XXII

No hai caprichos mas precipitados i violentos que los de la sociedad. Cadurcis, haciendo alusion a su rápida i singular celebridad acostumbraba decir a sus amigos que él «despertó una mañana i se encontró lleno de gloria»; pudiera ahora decir con mas justicia «que despertó otra mañana i se encontró infamado.» Antes que hubiesen trascurrido veinte i cuatro horas desde su duelo, todos los diarios de Londres lo azotaban llamándole hombre sin freno i sin moral. El público, sin aguardar, sin buscar siquiera la verdad, adoptó como ciertas las invenciones calumniosas de los mas abyectos libelos. Historias, contradictorias consigo mismas, eran sinceramente creidas, i el público virtuoso las aceptaba a pesar de todo.

Hasta que lord Monteagle, con gran sentimiento de la sociedad que queria verlo muerto para acusar a Cadurcis de un asesinato, estuvo fuera de peligro, nuestro amigo se mantuvo encerrado en su casa, no poco sorprendido de que solo su primo Jorje fuese a visitarlo.

Cadurcis estaba tan habituado al panejérico, que la crítica mas suave lo afectaba, i ahora se veia él i sus obras, abrumado bajo el peso de los ataques ultrajantes; habiendo vivido en medio de una nube de incienso, de improviso se encontraba atado al pilori de la indignacion moral; sus escritos, sus hábitos,su carácter, su persona, todo era ridiculizado i envilecido.

La tortura de su pensamiento aumentaba al pensar en su situacion respecto de Venecia. Toda esperanza de obtener su mano se disipaba para siempre i llegaba hasta dudar que el amor de la jóven pudiera resistir aquella violenta catástrofe. Execraba a lady Monteagle con la rabia mas sincera, i cuando pensaba que el mundo lo creia el admirador de esa coqueta, se excitaba su cerebro casi hasta el vértigo de la locura.

Cuando lord Monteagle fué declarado fuera de peligro, Cadurcis, montando su caballo, se dirijió a la casa de los Comunes. Se debatia algo de interes en aquella sesion i un concurso numeroso rodeaba las puertas del Parlamento. Cuando lord Cadurcis fué reconocido la multitud principió a silbar. El estaba ajitado, se bajó de su caballo i llegó sin estorbo hasta su asiento. Ni un solo par lo saludó. Solo uno

que otro i entre ellos el jefe de la oposicion, le dirijieron alguna señal de fria cortesía. La sesion se levantó luego. Se encontró aislado; solo su antiguo amigo el obispo de...que habia observado todo lo ocurrido, vino a su encuentro i le dijo en un tono que todo el mundo pudo oir: «¿Cómo está Ud., lord Cadurcis? Tengo mucho gusto de verlo.» Esto produjo una gran impresion. Muchos de los lores del partido de los torys ahora se atrevieron a saludarlo.

—Quiere Ud. tomar un asiento en mi carruaje, lord Cadurcis? le preguntó el presidente, queriendo evitar un tumulto como el de la llegada.

—Mil gracias, milord, prefiero volverme como vine. Los dos somos tan impopulares que su amabilidad talvez no seria prudente.

Hubo una gran confusion miéntras salian los pares: la multitud, considerable ahora, se preparaba para la aparicion de Cadurcis. Algunos murmuraron su nombre, otros lo repitieron con epítetos odiosos i vindicativos acompañándolo de feroces comentarios. Muchos de los pares fueron a suplicar a lord Cadurcis que no se volviera a caballo. I es necesario confesar que habia en esas súplicas un verdadero sentimiento. A la verdad que era mui triste ver ese hombre tan jóven, tan noble, tan admirablemente dotado, pocos dias ántes admirado i querido con una loca idolatría, asaltado ahora por las execraciones salvajes de esos seres miserables que se complacen en insultar lo que es grande i envilecer lo que es noble.

La plaza se ajitaba. Era imponente ver a lord Cadurcis desafiando al populacho amenazante, saltar sobre su caballo. A despecho de su cólera, la multitud se sintió dominada por aquel valor: le abrieron paso; pudo haber caminado de prisa algun trecho pero no lo quiso. Entre tanto el vocerío continuaba, aumentando en violencia i amenaza. Al fin un atrevido rufian, excitado por el tumulto, se apoderó de las riendas del caballo. Cadurcis le cruzó con el látigo la cara i espoleando su caballo saltó por sobre él. Esta fué la señal de un asalto jeneral. Los amigos del parlamento, que todo lo observaban con el mas vivo interes, inmediatamente mandaron a los guardias, que habian retenido por no excitar mas la muchedumbre, que fueran en auxilio del jóven lord. Llegaron a tiempo, pero no pudieron penetrar en la barrera que inmediatamente encerraba a lord Cadurcis. Sacarlo del caballo era lo que queria esa canalla, que mantenian a una regular distancia el látigo i el caballo del poeta. Estaban enfurecidos.

AUGUSTO ORREGO LUCO.

(Concluirá en el próximo número).

EL ESTABLECIMIENTO

DEL TEATRO EN CHILE

DESPUES DE LA INDEPENDENCIA

I

Hacía mui pocos meses que el ejército patriota habia triunfado en Maipo, cuando el redactor del *Argos de Chile* pedia en el número 14 del tomo 1.°, fecha 3 de setiembre de 1818, que «la ciudad de Santiago, madre de un estado libre, presentase a los estranjeros, a mas de las corridas de toros, carreras de caballos i peleas de gallos, un teatro decente,» en el cual pudieran exhibirse piezas como *Roma Libre*, *La Muerte de César*, etc.

Aquel escritor reconocia que era mui difícil organizar en Chile una compañía de cómicos «por la indiferencia con que se habia mirado entre nosotros el talento de la declamacion seria i jocosa, la música, el canto i la danza teatral;» pero proponia que se encargara una a Europa, i que miéntras tanto, se formara una *Sociedad del buen gusto del teatro*, la cual deberia dedicarse a arbitrar los medios de componer una compañía provisional para que funcionara en algun edificio que el gobierno podia facilitar.

Don Ramon Briseño, en la *Estadística Bibliográfica de la literatura chilena*, señala como redactores del *Argos* al conocido escritor don Juan García del Rio i a un señor Rívas, caraqueño.

Tengo razones de peso para no aceptar esta asercion.

El Argos de Chile duró desde el 28 de mayo de 1818 hasta el 19 de noviembre del mismo año.

Pues bien, don Juan García del Rio redactó *El Sol* desde el 3 de junio de 1818 hasta el 5 de febrero de 1819.

No puede caber la menor duda sobre esto último, porque García del Rio firma con sus iniciales G. R. el prospecto del *Sol*.

Costaria ya mucho trabajo admitir que en aquella época una misma persona redactase simultáneamente dos periódicos diferentes que se proponian igual objeto.

El hecho no es imposible, pero es difícil.

Hai mas todavía.

Al despedirse el editor del *Argos*, declara que «los autores del *Duende* i del *Sol* merecian el aprecio público por su erudicion, elocuencia i puntualidad.»

Me parece fuera de duda que don Juan García del Rio no se habria elojiado a sí mismo.

Por último, el presbítero don Isidro Pineda, escritor contemporáneo, aseguraba el 15 de julio de 1818, en el prospecto del periódico titulado *El Chileno*, que el *Argos de Chile*, el *Duende* i el *Sol* eran dirijidos por tres personas diferentes, i las tres estranjeras.

Las consideraciones precedentes me obligan a pensar que no debe atribuirse a don Juan García del Rio el mérito de haber sido el primero que promovió el establecimiento de un teatro en este país despues de la independencia.

Pero fuera quien fuera el redactor del *Argos*, era evidente que procedia en este asunto de acuerdo con el gobierno del director supremo don Bernardo OHiggins, quien manifestaba particular empeño en que se organizaran representaciones dramáticas.

Precisamente desde 1817, se estaba prestando marcada atencion al fomento del teatro en la ciudad de Buenos Aires, a la cual tomaban entónces en todo por modelo las personas ilustradas de Chile.

La idea de formar una *Sociedad del buen gusto del teatro*, i hasta el nombre de la asociacion, eran una imitacion de lo que se habia practicado en la capital del Plata.

En junio de 1817, el gobernador intendente de Buenos Aires habia constituido una sociedad con la denominacion mencionada para encomendarle la direccion del teatro, el cual ántes habia estado corriendo a cargo del gobierno.

Fueron miembros de ella, entre varios otros, los poetas don Vicente López, el autor de la cancion nacional arjentina, i don Estévan Luca, el cantor de la victoria de Chacabuco i de la toma de la *Esmeralda;* don Ignacio Núñez, redactor del *Argos* de Buenos Aires, i autor de las *Noticias Históricas de la República Arjentina;* don Jaime Zudáñez,

hábil abogado que tuvo parte importante en la revolucion de Chile; i por fin, nuestro Camilo Henríquez, que a la sazon escribia en aquella ciudad *El Censor*.

Este último acojió el pensamiento con tanto ardor, que compuso dos dramas sentimentales: *La Camila*, que se imprimió; i *La Inocencia en el Asilo de las Virtudes*, que no mereció siquiera semejante honor.

La *Sociedad del buen gusto del teatro* no dió a estos dramas la importancia desmedida que les atribuia su ilustre autor.

I preciso es confesar que obró en justicia, porque son sumamente mediocres.

Pero el amor de padre cegó a Camilo Henríquez, que no pudo perdonar a sus colegas la indiferencia que les habian manifestado.

Todas estas discusiones i movimientos de Buenos Aires tenian eco en Santiago.

Aquella trajedia titulada *Roma Libre* (que era la compuesta por Alfieri, i no la debida a la pluma de Voltaire), cuya exhibicion recomendaba el redactor del *Argos de Chile*, habia sido representada en Buenos Aires para celebrar el paso de los Andes i la victoria de Chacabuco, aplicándose su producto al socorro de los soldados muertos en tan gloriosa campaña.

Sin embargo, no se pudo organizar en Santiago una sociedad semejante a la del buen gusto del teatro, fundada en Buenos Aires.

Entónces, el director don Bernardo O'Higgins, que deseaba mucho el establecimiento de representaciones dramáticas, pidió a uno de sus propios edecanes el teniente coronel don Domingo Arteaga que tomara a su cargo la realizacion de aquella idea.

Aunque Arteaga era hombre activo i aficionado a este jénero de espectáculos, opuso desde luego resistencias, i solo consintió en aceptar, segun lo declara en una esposicion dirijida al público en marzo de 1823, porque no se encontró otro «que echara sobre sus hombros una obra siempre ruinosa en un país que estaba naciendo recien al gusto i esplendor.»

El empresario trabajó con el mayor teson hasta disponer por lo pronto, allá a fines de 1818, un teatro provisional, que estuvo en la calle de las Ramádas, frente al puente de Palo, en el sitio ocupado ahora por la casa número 24.

En el *Sol*, fecha 1.° de enero de 1819, leo lo que sigue: «En vista de lo concurrido que ha estado el teatro, es un dolor que no se piense con seriedad en edificar un buen coliseo permanente. Entónces se podrian correjir los defectos e irregularidades que se notan en el actual.»

El teatro provisional fué trasladado en mayo de 1819, de la calle de las Ramádas a la de la Catedral, donde se le destinó, en el antiguo edificio del Instituto Nacional, el salon que ahora ocupa la escuela de la *Union de Artesanos*, i que debe ser derribado pronto para formar la nueva plaza proyectada.

Allí se principiaron los espectáculos con las representaciones consecutivas de las piezas tituladas *Roma Libre*, *Hidalguía de una Inglesa* i *Diablo Predicador*, que se ofrecieron al público en las noches del 30 i 31 de mayo, i 1.° de junio.

Pero, aunque este local proporcionaba mayores comodidades que el de la calle de las Ramádas, siempre era mui estrecho para la concurrencia, i dejaba mucho que desear.

Por esta razon, el activo Arteaga no tardó en construir un edificio especial para representaciones dramáticas en la plazuela de la Compañía, hoi de O'Higgins.

Este teatro, el primero permanente que ha habido en Chile, se levantaba en el sitio ocupado actualmente por la casa número 98.

Su estreno se hizo el 20 de agosto de 1820, aniversario del santo patrono del director O'Higgins.

La *Gaceta Ministerial de Chile*, número 58, tomo 2.°, fecha 19 del mismo mes i año, anunció con complacencia la inmediata apertura del nuevo establecimiento.

«Si los esfuerzos del ciudadano que ha querido empeñar toda su actividad i escasa fortuna en esta escuela de las costumbres, dijo, no corresponden a todo su deseo, al ménos él tendrá siempre el mérito de un atrevimiento noble, i ejecutado con mejoras superiores a lo que podia esperarse en un tiempo en que se hacen contraste la pobreza del país i sus glorias.»

El nuevo teatro, ademas de los asientos de platea, tenia dos órdenes de palcos i una galería, i podia contener mas o ménos mil quinientos espectadores.

En el telon se habia estampado con letras doradas esta inscripcion:

Hé aquí el espejo de virtud i vicio;
Miraos en él, i pronunciad el juicio.

Ella era produccion del injenio mas admirado de la época, don Bernardo Vera i Pintado.

Vera contaba que se le habia ocurrido oyendo misa.

Habria sido de preguntarle si habia concebido asistiendo a alguna funcion teatral las estrofas a *Cristo Crucificado*, a la *Magdalena* i otras

sobre temas piadosos que compuso para ser colocadas en las paredes de la antigua casa de ejercicios espirituales de Santa Rosa.

Ha de saberse que Vera se mostraba tan pródigo de su dinero, como de sus versos. Los hacía para todos, i sobre todo.

Por desgracia, es preciso confesar que la santidad del templo le inspiró versos poco felices para el telon del teatro.

El poeta habria debido advertir que la Musa profana no habita en el santuario.

La pieza que se ejecutó el 20 de agosto de 1820 en el teatro de la Compañía fué el *Caton de Utica* de Addison.

La concurrencia era numerosísima. El director O'Higgins i sus ministros se hallaban presentes.

Ha llegado ahora la oportunidad de traer a la memoria el oríjen i las vicisitudes de la cancion nacional chilena, que se acostumbra cantar en las fiestas cívicas, i aun en algunas que no podrian ser clasificadas entre ellas, pero que desde el principio, i entónces mas que despues, se reputó una de las solemnidades indispensables de los espectáculos teatrales. Estaba espresamente ordenado que el canto de la cancion nacional precediera a todas ellas, i así se practicaba.

Don José Zapiola ha escrito, primero en el *Semanario Musical*, número 5, fecha 8 de mayo de 1852; i posteriormente, en la *Estrella de Chile*, número 2, tomo 1, fecha 13 de octubre de 1867, que en aquella ocasion, se estrenó la cancion nacional cuya letra habia compuesto don Bernardo Vera i Pintado, i cuya música era obra del profesor chileno don Manuel Róbles, violinista notable, «de aventajadas, aunque incultas disposiciones,» segun lo dice el mismo señor Zapiola en el *Semanario Musical*.

Es esta una inexactitud, que me creo obligado a rectificar, por lo mismo que reconozco la competencia del señor Zapiola en estas materias, i que sé que su memoria es por lo jeneral mui fiel.

La cancion nacional se tocó i cantó por la primera vez en las fiestas de setiembre de 1819.

El presidente del senado don Francisco Antonio Pérez comunicó por oficio de 20 de setiembre del año citado al director supremo don Bernardo O'Higgins que aquella corporacion «habia visto con placer la cancion que éste le habia acompañado, i que ella merecia justamente el nombre de *Cancion Nacional de Chile*, con que el senado la titulaba.»

«Puede Vuestra Excelencia, decia Pérez a O'Higgins, mandarla imprimir, repartiendo en todo el estado ejemplares, i al Instituto i

escuelas para que el 28 del presente saluden el dia feliz en que Chile dió el primer majestuoso paso de su libertad.»

El mismo 20 de setiembre de 1819, el director O'Higgins promulgó el precedente acuerdo del senado; i entre otras cosas, ordenó que «al teatro se pasaran cuatro ejemplares para que al empezar toda representacion se cantase primero la cancion nacional.»

La *Gaceta Ministerial de Chile* insertó la composicion de Vera el 25 de setiembre de 1819; i el *Telégrafo*, otro periódico que a la sazon existia en Santiago, el 28 del mismo mes i año.

El *Telégrafo* fué redactado, segun don Ramon Briseño en la *Estadística Bibliográfica de la literatura chilena*, por don Juan García del Rio; pero segun una nota manuscrita puesta al frente del ejemplar que existe en la Biblioteca Nacional de Santiago, por don Joaquin Egaña, hijo de don Juan i hermano de don Mariano.

En este caso, me parece indudable que la asercion de Briseño es la verdadera.

El *Telégrafo* era un periódico descubierta i enérjicamente anticlerical, cuyo autor no pudo ser jamas un Egaña.

Recuérdese que frai Tadeo Silva, en los *Apóstoles del Diablo*, se lamentaba de que don Manuel Sálas hubiera llamado a Chile a Camilo Henríquez «despues que nos habíamos librado del célebre García del Rio, que derramaba en sus periódicos las mismas ideas que el *Mercurio*.»

Ahora bien, García del Rio no escribió en el *Sol* cosa mayor contra la intolerancia i la dominacion teocrática; miéntras el *Telégrafo*, que duró desde el 4 de mayo de 1819 hasta el 2 de mayo de 1820, sobresalió por sus ataques en este sentido.

Para mí es incuestionable que frai Tadeo Silva se referia especialmente a este periódico, cuyo redactor era don Juan García del Rio, quien lo fundó al poco tiempo de haber terminado el *Sol*.

He entrado en la precedente disertacion, porque me interesaba dejar bien establecido cuál fué el crítico que prodigó al autor de la cancion nacional chilena los desmedidos elojios que pueden leerse en el *Telégrafo* número 37, fecha 28 de setiembre de 1819.

Hé aquí sus palabras:

«¡Gracias al Supremo Ordenador de los mundos, que ha pasado ya el tiempo en que la trompeta venal i mentirosa de nuestros poetas no se empleaba sino en lisonjear el orgullo de los tiranos de la América! La sabia naturaleza, en su marcha imperturbable, nos ha proporcionado otra época mas venturosa, época en que los poetas son los cantores de las grandes acciones que ilustran a la humani-

dad, i escojen por héroes a los hombres que reunen el valor i la virtud.

«La cancion que ha compuesto el doctor don Bernardo Vera, i ha sido adoptada como nacional por el excelentísimo senado i su excelencia el supremo director, hace honor a Chile. En la armonía i cadencia de sus versos, léjos de imponerse silencio a la razon humana, conserva la poesía el clarin verídico que ha de resonar en la estension de los siglos, como que anuncia, por decirlo así, la voz de la posteridad; i la juventud, formada por semejantes modelos, i entusiasmada por lo sublime de semejantes pensamientos, tendrá ideas exactas de la verdadera grandeza, i sabrá encaminarse, con semblante animado i placentero, a la victoria o al sepulcro, cuando lo exija la Patria.»

La que precede es una muestra notable de las alabanzas demasiado exajeradas que los contemporáneos suelen prodigar a ciertas composiciones literarias.

La cancion de Vera se halla mui distante de tener, sea bajo el aspecto del metro, sea bajo el de los pensamientos, el mérito estraordinario que le atribuia don Juan García del Rio; pero tiene el peculiarísimo de haber sido escrita por uno de los principales autores de la independencia de Chile a los pocos meses de la victoria de Maipo i de la toma de Valdivia, i de haberse asociado a ella los mas gloriosos i placenteros recuerdos.

La esperiencia ha manifestado que no puede ser reemplazada aun por himnos mas armoniosos i poéticos.

Hai constancia fechaciente de haber sido compuesta en 1819, no solo la letra, sino tambien la música de la cancion nacional.

El *Telégrafo*, número 39, fecha 8 de octubre del año citado, describiendo las fiestas cívicas de setiembre, que se habian trasferido del 18 al 27 i dias siguientes, enumera entre ellas la marcha nacional, que tocaron las bandas de los cuerpos del ejército durante los fuegos artificiales que hubo en la plaza la noche del 27; i menciona ademas que en la mañana del 28, se entonaron en el mismo sitio «himnos i canciones patrióticas.»

Para que no quede la menor duda acerca de este punto, léase el documento que sigue:

«La cancion patriótica, cuya composicion encargó Su Excelencia el Supremo Director a Usted ha ocupado un distinguido lugar en la fiesta nacional del 18 de setiembre, habiendo primero merecido el título de cancion nacional por sancion de los poderes lejislativo i ejecutivo. Su Excelencia tiene la mayor satisfaccion de que haya Usted desempe-

ñado su encargo manifestando un entusiasmo i brillantez propios de su acendrado patriotismo i acreditado talento. De órden suprema, tengo el honor de comunicarlo a Usted para su satisfaccion. Dios guarde a Usted muchos años.—Ministerio de Estado.—Octubre 2 de 1819.—*Joaquin de Echeverría.*—Señor Doctor Don Bernardo Vera.»

La funcion teatral del 20 de agosto de 1820 comenzó, pues, por la cancion nacional, que se cantó entónces, no por la primera vez, como lo ha escrito el señor Zapiola, sino por la vijésima o quincuajésima, quién sabe por cuál, en cumplimiento de lo que habia ordenado el decreto ya mencionado del 20 de setiembre de 1819.

Hubo sí en aquella ocasion la circunstancia especial de ser el director de la orquesta don Manuel Róbles, el artista chileno que la habia puesto en música.

Es mas que probable que el autor de los versos, don Bernardo Vera, estuviese igualmente presente, porque era mui aficionado a los espectáculos teatrales.

No quiero dejar esta materia sin concluir la historia de nuestra cancion nacional.

El himno patriótico de Vera fué cantado con la música de Róbles hasta fines de 1828, en que llegó otra compuesta por el maestro español don Ramon Carnicer, quien la habia dedicado al ministro de Chile en Lóndres don Mariano Egaña.

La nueva música se estrenó en una funcion dada el 23 de diciembre de 1828 a beneficio del director de orquesta del teatro de la Compañía don V. T. Masoni, primer violinista italiano distinguido que ha venido al país.

Ahora dos palabras acerca del compositor Carnicer, cuya obra ha sido preferida por los chilenos a la de don Manuel Róbles.

Nacido el año de 1789 en una poblacion de Cataluña, falleció en Madrid solo el 17 de marzo de 1855.

Fué autor de varias óperas italianas que, a lo que dice Mr. F. J. Fétis, obtuvieron un éxito feliz, particularmente la titulada *Adela de Lusignan*, «que fué recibida con entusiasmo.»

Merece llamar la atencion la coincidencia de que el autor de la música con que ahora se canta la cancion nacional de Chile fuese tambien el que compuso las vijilias con orquesta que se ejecutaron en las exequias de Fernando VII.

Carnicer fué compositor bastante fértil i variado.

Segun Fétis, es autor de gran número de himnos nacionales.

Rossini declaró en una conversacion al literato español don Pedro

Antonio de Alarcon, a lo que éste refiere en su libro *De Madrid a Nápoles*, que consideraba a Carnicer «un grande artista.»

La música compuesta por Carnicer para la cancion nacional chilena hizo caer, no solo en desuso, sino tambien en olvido la música de Róbles.

Solo dos o tres personas conservaron en la memoria algunos trozos.

Por fortuna, don José Zapiola la retuvo entera.

A instancias de don Juan Jacobo Thomson, el antiguo redactor en jefe del periódico titulado *Las Bellas Artes*, Zapiola la copió el 15 de octubre de 1868. Sin esta casualidad, se habria perdido para siempre.

La letra escrita por Vera para la cancion nacional corrió mejor fortuna, que la música compuesta por Róbles.

Cuando se aplacaron los odios enjendrados por la guerra de la independencia, varios de los españoles residentes en nuestro pais manifestaron que no les parecian propias de la concordia restablecida entre hombres por cuyas venas circulaba la misma sangre, i que hablaban el mismo idioma, ciertas espresiones demasiado violentas u ofensivas que habia en el himno patriótico.

Estos votos fueron benévolamente acojidos.

El popular poeta don Eusebio Lillo recibió en 1847 el encargo de trabajar para la cancion nacional una nueva letra inspirada por un espíritu conciliador.

Efectivamente desempeñó con acierto la comision; pero aunque sus versos son superiores a los de Vera por la métrica i el sentido, los del último son por lo comun cantados con preferencia. No es difícil descubrir la razon que hai para ello.

El teatro de la plazuela de la Compañía, el cual habia sido fabricado de madera, duró solo hasta fines de 1826.

Entre tanto, el público habia tomado gusto a los espectáculos dramáticos i sentia el no tenerlos.

Esto hizo que don Cárlos Fernández, asentista del *Café de la Nacion*, establecido en una casa que ya no existe, i que se levantaba en el costado oriental de la plaza de la Independencia frente a la Catedral, hiciera arreglar bajo la direccion del benemérito profesor don Andres Gorbea una sala en que pudieran darse unas cuántas funciones.

El patio, amoblado con unos malos bancos, era el que servia de platea.

Aquello, segun el *Verdadero Liberal*, número 49, fecha 22 de junio de 1827, parecia corral de títeres, mas bien que casa de comedias.

Sin embargo, la falta de otro mejor i la aficion a las funciones dra-

máticas que se habia despertado fueron causa de que el *Teatro Nacional*, como se le denominaba, estuviera concurridísimo, desde el 25 de febrero hasta el 17 de junio de 1827.

He podido consultar un estado de sus entradas i gastos, el cual manifiesta haber habido para el dueño del café una ganancia líquida de tres mil trescientos noventa i tres pesos, deducidos los gastos i la porcion que correspondia a los actores principales.

Durante aquellos meses, don Domingo Arteaga no habia permanecido ocioso.

Viendo la necesidad que se esperimentaba de un teatro cómodo, i conociendo demasiado que el *Nacional* no la satisfacia, solicitó con fecha 10 de agosto de 1827 la cooperacion de los aficionados para levantar otro nuevo en el sitio de la plazuela de la Compañía.

Para realizar el proyecto, pedia diez mil pesos, en cambio de los cuales daria cédulas de a cincuenta pesos, que ganarian el seis por ciento anual.

Cada año se amortizarian veinte de ellas mediante un sorteo.

Los accionistas, miéntras lo fuesen i un año despues que dejasen de serlo por la amortizacion de sus cédulas, gozarian del beneficio de pagar una cuarta parte ménos que los demas a la entrada, i una tercera parte ménos en el importe de palcos i lunetas.

En lo sucesivo, el precio fijo de la entrada sería dos reales (veinte i cinco centavos) por persona; el de la luneta, dos reales; el de los palcos tomados para una funcion dos pesos cuatro reales; i el de los mismos por temporada, dos pesos.

Estos precios solo podrian subirse en caso de que el empresario trajese compañía de baile o de ópera.

Las accionistas no tendrian derecho a la rebaja en los beneficios de los actores.

La prensa, uno de cuyos órganos, el *Verdadero Liberal*, número 17, fecha 9 de marzo de 1827, habia sostenido que el gobierno debia tomar parte en la empresa, aplaudió con entusiasmo la idea de Arteaga.

Distinguióse, entre otros, la *Clave*, que en su número 12, fecha 23 de agosto de aquel año, se espresaba como sigue: «El asentista del antiguo teatro, don Domingo Arteaga, está trabajando uno nuevo en el mismo local en que aquel estuvo. Su aficion a esta clase de empresas, i la práctica que debió adquirir en el largo tiempo que se ha empleado en ellas, hacen esperar que la capital de la República poseerá ántes de mucho un establecimiento tan impor-

tante i necesario al progreso de las luces i a la reforma de las costumbres.»

El empresario alcanzó a reunir ochenta acciones de las doscientas que habia solicitado.

Entre ellas, se contaban seis de la municipalidad de Santiago.

Pero al tiempo de ir a hacerlas efectivas, hubo catorce individuos que se retractaron.

Así quedaron solo sesenta i seis accionistas.

Entre éstos, don Diego Portáles, don José Tomas Ramos, don Blas Réyes i don Francisco Llombar renunciaron a las ventajas que se les habian ofrecido.

Ademas de los mencionados, aparecen como accionistas los jenerales don Francisco Antonio Pinto, que era vice-presidente de la República; don José Manuel Borgoño, que era ministro de la guerra; don Manuel Blanco Encalada, que desde el principio habia sido uno de los mas ardorosos favorecedores del establecimiento del teatro en Chile; su hermano don Ventura, que era ministro de hacienda; don Melchor José Rámos, que era oficial mayor del ministerio del interior i el principal redactor de la *Clave;* don José Passaman, uno de los médicos mas acreditados que ha ejercido su profesion en este país; i otras personas mas o ménos notables por diversos títulos.

En mayo de 1830, la municipalidad de Santiago condonó al empresario, no solo los trecientos pesos, valor de las seis acciones que habia tomado, sino tambien todos los intereses que dichas acciones habian ganado.

A pesar de tan exiguos recursos, Arteaga logró concluir, allá por el mes de octubre de 1827, su teatro, cuya obra habia encomendado al constructor don V. Caballero.

Los émulos del empresario i los enemigos de las representaciones teatrales corrieron la voz de que era un edificio endeble que amenazaba ruina.

A fin de parar el golpe, Arteaga hizo examinar el nuevo teatro, primero por el injeniero don Santiago Ballarna, i en seguida por el de igual clase don Andres Gorbea, los cuales declararon que era suficientemente sólido.

Ademas, se pidió a las personas facultativas que, si lo tenian a bien, pasaran a reconocerlo en presencia del dueño i del constructor «para satisfacer cualquier defecto o reparo que le encontrasen respecto a su firmeza i seguridad.»

Gracias a estas medidas, pudieron desvanecerse las aprensiones producidas por los malévolos rumores que se habian circulado.

El nuevo teatro se abrió a principios de noviembre de 1827, segun lo entiendo.

Aun en aquella época, comparativamente ya adelantada, eran en estremo pobres los aparatos que se empleaban en la escena.

Los asistentes al teatro de Santiago no pudieron contemplar hasta el 4 de octubre de 1828 una decoracion bien pintada de salon rejio.

La funcion en que se exhibió estaba dedicada al vice-presidente don Francisco Antonio Pinto, de cuyo santo patrono era aniversario aquel dia.

Se representó una trajedia, compuesta por un poeta arjentino, *Dido* de don Juan Cruz Varela.

La funcion principió con una alocucion, obra de don José Joaquin de Mora, la mejor pieza de esta clase que hasta entónces se hubiera recitado en el teatro chileno.

Voi a copiarla aquí, porque no ha sido incluida por este autor en la compilacion de sus poesías.

Don es del cielo, grato a los mortales,
La incorrupta virtud; don es del cielo
La benéfica mano que a los males
Presta blando consuelo;
Don suyo es el celoso patriotismo,
Noble desprendimiento de sí mismo,
Que de la Patria en el augusto templo
El propio ser gustoso sacrifica;
Que con loable ejemplo,
Del valor los efuerzos santifica;
Don del cielo es en fin el majistrado
Con estos altos dones adornado.

Tú lo alcanzaste, Chile venturosa,
Tú, cuya suerte rije jenerosa
Diestra amistosa mano,
Que el rigor inhumano
Nunca manchó, ni corrupcion impura;
Mano firme i segura,
Que la prudencia guia,

I la misericordia blanda i pia;
Tú, en cuyo centro la elevada silla
Con el fulgor de las virtudes brilla.

Vímosla inconmovible en los furores
De horrenda sedicion, i hoi cimentada
En el afecto público la vemos.
De ella parten mandatos protectores
De la virtud humilde i agobiada;
I a su sombra benéfica acorremos,
Cuando el hierro traidor nos amenaza,
O la falsía horribles planes traza.

Salud al hombre ilustre que el destino
A la Patria concede.
Bajo su mando se abre majestuoso
Ese libro divino
Que labra nuestra dicha, i al que cede
Frenético i rabioso
De la discordia el jenio aborrecido.
Por siempre vivirá su nombre unido
Al código inmortal que el pueblo acata.
En vano se desata
De los siglos la rápida corriente.
Su nombre sonará de jente en jente,
Miéntras den los mortales
Rendido culto a leyes nacionales.
Chilenos, celebremos este dia
Con fraterna alegría.
De las Musas el plácido recinto
Consagre este homenaje respetuoso.
¡Honor eterno al jefe virtuoso!
¡Honor eterno al ilustrado *Pinto!*

Me parece casi superfluo recordar que el código a que aludian los precedentes versos era la constitucion de 1828, que acababa de promulgarse en agosto de aquel año.

Pero lo que llamó la atencion de los concurrentes fué, no la alocucion de Mora, no la trajedia de Varela, si no una decoracion que representaba, segun el cartel, «la vista interior de un magnífico salon

rejio (de órden compuesto), obra debida al jenio de don Francisco Villalba.»

La opinion del público ratificó la justicia de la alabanza contenida en el anuncio.

La *Clave*, número 33, tomo 2, fecha 14 de octubre, describia como sigue la impresion que habia producido el trabajo de Villalba:

«La costosa i lucida decoracion que cubrió la escena en la noche del sábado 4 del presente causó a primera vista en los espectadores una sorpresa tan agradable, cuanto es el interes que han tomado por los progresos de la cultura i buen gusto que estimulan i fomentan. El empresario, que, como todos sabemos, se esmera mas en complacer al público, que en proporcionarse grandes ganancias a costa de su entusiasmo por las bellezas de la representacion, ha debido complacerse con la idea de haber llenado completamente el objeto de aquella funcion, oyendo los aplausos que se le dirijian delante de esta nueva prueba de su loable empeño i del raro desprendimiento que lo anima. Se ha dicho por personas intelijentes que ni el mejor teatro de América, ni muchos de los mas acreditados de Europa, se decoran frecuentemente del modo que lo estaba el nuestro. Siempre que el proscenio se abria, se renovaba la primera sorpresa, i la vista se recreaba nuevamente en la elegancia i hermosura de las columnas, en el brillante reflejo de sus dorados, en la injeniosa simetría de todas sus piezas i en el magnífico espectáculo que formaba su conjunto. No habrá sido menor la satisfaccion del señor Villalba, a quien se debe el plan i direccion de esta obra, cuyo mérito realza en gran manera el que ya poseia como actor. Uno i otro se han granjeado nuevos derechos al aprecio público, i nosotros debemos felicitar al primero por el buen resultado que han obtenido sus sacrificios, tributando al segundo las consideraciones a que le hacen acreedor sus singulares talentos.»

Sin embargo, debe tenerse entendido que las decoraciones i aparatos escénicos del teatro de la plazuela de la Compañía estaban mui distantes de asemejarse a la vista interior del salon rejio.

Pueden leerse en el *Mercurio* de Valparaíso, número 72, tomo 19, fecha 9 de febrero de 1835, curiosos pormenores sobre este particular.

Baste saber que todavía, en aquella fecha, el altar de Diana aparecia iluminado con dos velas de sebo de a cuatro por real.

A pesar de todas estas imperfecciones, el público manifestaba gusto por las representaciones teatrales, i habia adquirido la costumbre de asistir a ellas.

Talvez contribuia a esto lo módico de los precios.

Como ántes lo he dicho, la entrada costaba solo dos reales.

I ya que toco este punto, voi de paso a recordar un suceso en que figuraron dos personajes mui conspicuos, que fué mui celebrado.

En cierta ocasion fueron juntos al teatro los dos amigos don Diego José Benavente i don Manuel José Gandarillas, a quien faltaba un ojo.

El primero, al pagar la entrada, entregó tres reales, en lugar de cuatro.

—Dispense, señor, le dijo el empleado que cobraba las entradas; Usted se ha equivocado; falta un real.

—No me he equivocado, contestó Benavente; he pagado lo justo, puesto que mi compañero no puede ver mas que la mitad del espectáculo.

El teatro de la plazuela de la Compañía duró hasta el año de 1836.

Entónces se pidió a Arteaga, por haber mudado de dueño, el sitio por cuyo arriendo pagaba cien pesos mensuales; i hubo que deshacer el edificio de madera que allí se habia levantado.

Ya el año de 1823, habia teatro en Valparaíso.

Ignoro sí tambien fué fundado por don Domingo Arteaga; pero sé que por lo ménos, al cabo de algun tiempo, lo tomó de su cuenta.

Parece que no dejaba ganancias mui cuantiosas.

II

Puesto que he hablado de los edificios en que estuvieron nuestros primeros teatros despues de la independencia, ha llegado la oportunidad de decir algo sobre las compañías que funcionaron en ellos.

El año de 1818, cuando el director O'Higgins encargó a su edecan don Domingo Arteaga la fundacion de un teatro, éste ejercia la comandancia del depósito de prisioneros españoles.

Como no era fácil proceder al canje de estos prisioneros, i no se queria echar el gravámen de su manutencion sobre el estado, que se hallaba escasísimo de recursos, se adoptó el arbitrio de destinarlos, mediante la paga del correspondiente estipendio, a las obras públicas o al servicio de los particulares.

Don Domingo Arteaga recibió autorizacion de elejir entre aquellos prisioneros a todos los que hubiera menester para emplearlos como actores, comparsas o sirvientes del teatro proyectado.

Aprovechándose de ella, Arteaga reunió los prisioneros españoles que manifestaban aptitudes para el arte de la representacion, a los actores i actrices nacionales que pudo encontrar; i puso a unos

i otros bajo la direccion del coronel español Latorre, uno de los prisioneros de la batalla de Maipo, el cual era entendido en la materia.

Estos actores i actrices principiaron a ejercitarse en los teatros de las calles de las Ramádas i de la Catedral.

Cuando se estrenó el de la plazuela de la Compañía, eran ya numerosos.

Paso a manifestar cómo se hallaban distribuidos:

Damas.—Doña Lucía Rodríguez, doña Josefa Bustamante i doña Anjela Calderon.

Galanes.—Don Francisco Cáceres, don N. García i don Francisco Navarro.

Barbas.—Don Juan del Peso, i don Anjel Pino, que hacía los papeles de traidor.

Graciosos.—Don Isidro Mózas i don N. Hevia.

Barba i primer gracioso.—Don Pedro Pérez.

Las damas eran chilenas; los actores eran españoles, escepto Pérez i Hevia, que eran chilenos.

Camilo Henríquez, en el *Mercurio de Chile*, número 7, pronuncia el siguiente juicio sobre la actriz Rodríguez i sobre los actores Cáceres i Navarro, que representaron en julio de 1822 *La Jornada de Maraton*, el *Numa Pompilio* i el *Oscar*, para festejar la instalacion de la convencion que se reunió en aquel año. «Es de desear que estos tres actores varíen mas el tono e inflexiones de voz, segun la variedad de posiciones i de afectos: la monotonía es insufrible. Con esta observacion, anunciamos a la señora Lucía i a Cáceres que harán en el auditorio el efecto que prometen sus talentos i sus gracias.»

El actor principal de aquella compañía era don Francisco Cáceres, el cual hizo su primera aparicion en la escena el 20 de agosto de 1820, cuando se estrenó el teatro de la plazuela de la Compañía.

Orijinario de Sevilla, se habia alistado de soldado; i despues de haber militado en la Península, habia venido de guarnicion a Valdivia, donde era sarjento, cuando lord Cochrane se apoderó de esta plaza en febrero de 1820.

Así Cáceres, en mui pocos meses, habia pasado del cuartel al proscenio.

Tenia una bellísima i arrogante figura, i una voz vigorosa i plateada, pero algo monótona.

La naturaleza le habia concedido brillantes dotes de actor; pero la completa falta de educacion no le habia permitido perfeccionarlas.

Arteaga, con la vista de empresario, supo distinguirle entre los pri-

sioneros, calculando perfectamente todo el provecho que podia sacar de él.

Cáceres fué, desde que se presentó en la escena, el favorito del público.

No tuvo competidor hasta que en diciembre de 1822 llegó a Santiago don Luis Ambrosio Morante, natural de la República Oriental, actor ya ejercitado, que habia obtenido muchos aplausos en el teatro de Buenos Aires.

Morante era hombre de fea figura, lo que era un inconveniente grave para un actor; pero poseia calidades artísticas, i bastante conocimiento de la escena.

Ademas, no le faltaba ilustracion.

Los versos que componia eran superiores a la mayor parte de los que hasta entónces se habian producido en Chile. Pueden servir de muestra dos o tres alocuciones suyas, de regular mérito, que se insertaron en los periódicos.

Como Cáceres, los otros individuos de la compañía seguian el sistema español de declamacion, retumbante i artificioso.

No tardaron en suscitarse entre Cáceres i Morante las emulaciones que suelen ocurrir entre artistas del mismo jénero.

Don Manuel Concha, en la *Crónica de la Serena*, dice que despues de la independencia, «segun lo que ha podido averiguar, parece que solamente el año de 1834, vino la Serena a tener representaciones teatrales.»

Sin embargo, don José Zapiola me asegura que con motivo de sus desavenencias con Morante, Cáceres, llamado por el intendente de Coquimbo don Francisco Antonio Pinto, fué a representar en aquella ciudad el año de 1824.

De la Serena, Cáceres volvió a Santiago, donde permaneció poco tiempo; i en seguida, en 1825, fué a ejercer su arte en Buenos Aires.

El año citado, Morante hizo otro tanto.

Poco despues, concluyó, como ya queda dicho, el primer teatro de la plazuela de la Compañía.

Apénas habia esto sucedido, cuando, junto con otros, llegaron al país, dos artistas de mucha nota, la actriz doña Teresa Samaniego i el actor don Francisco Villalba.

El deseo de proporcionarles los medios de que pudieran darse a conocer hizo que a principios de 1827 se improvisara el Teatro Nacional.

Antes de decir algo sobre aquellos dos artistas recien venidos a Chile, debo como fiel cronista mencionar una disposicion relativa a teatros que entónces se dictó.

Aquel reglamento creó el cargo de director-censor.

El nuevo funcionario, ademas de las atribuciones que son fáciles de suponer, tenia otras que no dejan de ser curiosas.

Hé aquí algunas de ellas:

Velar sobre que al principio de cada temporada se fijara la lista de todas las piezas que debian ejecutarse en ella, poniendo especial cuidado en que se alternaran las trajedias con las comedias, i los dramas de costumbres con los sentimentales i graciosos.

Atender a que se repartiesen los papeles segun conviniera a los caractéres de los actores, consultando siempre el mayor lucimiento del espectáculo, i a que esta operacion se hiciera con el tiempo suficiente para que los actores pudieran aprenderlos bien.

Demarcar a los actores los trajes con que debian vestirse para guardar la debida propiedad.

Los actores estaban obligados so pena de multa o de prision a observar lo que les indicase el director-censor acerca de los puntos enumerados.

Aquel de ellos en quien el director-censor notase tenacidad para no estudiar su papel, i lo desempeñase mal, debia ser castigado con ocho dias de arresto por la primera vez, i quince por la segunda, rebajándosele la mitad del sueldo.

Si la funcion no tenia lugar por no haber el actor aprendido su papel, debia rebajársele la mitad del sueldo de todo el mes, i quedaba obligado a aprenderlo en el término de tres dias, so pena, si no lo hacía, de quedar arrestado hasta que lo aprendiese i ejecutase.

Se ve que si los cómicos representaban mal, no era por falta de estímulos apremiantes.

Volvamos ahora a los nuevos actores cuya venida a Chile queda ya anunciada.

Doña Teresa Samaniego hizo su estreno en el Teatro Nacional el 27 de febrero de 1827, desempeñando el papel de Jocasta en los *Hijos de Edipo*.

Esta actriz venia precedida de una gran reputacion.

I efectivamente habia cosechado muchos aplausos en los teatros mismos de la Península.

En cierta ocasion, se habia aun granjeado una verdadera aura popular.

Se hallaba en Barcelona al tiempo que iba a salir a campaña un cuerpo del ejército.

Con este motivo, se dedicó a éste una funcion teatral de despedida.

La Samaniego, vestida de amazona i seguida de un cortejo de

damas en igual traje, salió a recitar una alocucion apropiada a las circunstancias.

Lo hizo con la mayor maestría i efusion.

Los oyentes llegaron sobre todo al colmo del entusiasmo cuando la actriz esclamó, dirijiéndose a los militares que iban a la batalla:

Nosotras con las manos delicadas
Ceñirémos al ménos las espadas.
Id hijos, les dirémos, id esposos;
Volved a nuestros brazos amorosos,
Si vencieréis en la lid;
Pero, vencidos, no torneis; morid!

Esta peroracion de la Samaniego agradó tanto, que muchos contemporáneos la aprendieron de memoria; i que conservada así, fué trasmitida de España a Chile.

Se concibe que el deseo de oír a la Samaniego, infundido por tales noticias en los aficionados de Santiago, fuese mui grande.

La ejecucion correspondió a lo que se esperaba de la Samaniego.

Los artistas dramáticos i los músicos ejecutantes se encuentran todavía en peor condicion que los oradores mismos.

Los que no oyen a los últimos no son capaces de comprender todo el efecto que pueden producir con la oportunidad de sus observaciones, o con la propiedad de sus jestos o de las inflexiones de su voz; pero, particularmente en los tiempos modernos, pueden conservarse la serie de sus razonamientos, i hasta sus palabras mismas.

Los artistas dramáticos i los músicos ejecutantes no aseguran a su talento ni siquiera esta sombra de duracion.

Producen en quienes los oyen las impresiones mas fuertes, pero al mismo tiempo las mas efímeras.

No hai medio de fijarlas.

Son tan fugaces como el tiempo.

Para dar idea del efecto que produjo la Samaniego, me veo forzado a recurrir a la esposicion que hicieron los contemporáneos.

Leamos lo que dice sobre ella el *Verdadero Liberal*, número 17, fecha 9 de marzo.

«La señora Samaniego apareció siempre en la pieza de Alfieri (*Hijos de Edipo*), digna del gran papel de Jocasta. Su accion constantemente noble, su espresion en que resplandecen las impresiones de la naturaleza, su carácter jamas desmentido en medio de la alternativa i ajitacion de las mas fuertes pasiones i una declamacion

siempre fácil, flexible i apropiada a las circunstancias son prendas mui difíciles de reunir, i que hacen colocar a la señora Samaniego en el rango de las primeras actrices de la escena española al lado de las Bermejos i de las Ritas Lunas. Aunque formada en la escuela del insigne Máiquez, creemos que no tanto han contribuido a perfeccionarla los principios del arte teatral, ni la observacion de tan perfecto modelo, cuanto los felices dotes que recibió de la naturaleza, que así como forma los grandes oradores i los grandes poetas, forma tambien los grandes cómicos.»

Algunos dias despues de los *Hijos de Edipo*, el 8 de marzo, la Samaniego hizo el papel de hombre en el *Felipe* II de Alfieri; pero segun el crítico que acabo de citar, «deslució su mérito, porque estas inversiones pugnan demasiado con la naturaleza para que puedan jamas agradarnos ni causarnos ilusion.»

Villalba, el compañero de la Samaniego, era un gracioso mui distinguido, de estilo grotesco, o semejante a payaso.

Hacía reir mucho, i por lo tanto llegó a ser mui popular.

Era hombre de talentos variados.

Fué él quien pintó en el teatro de la plazuela de la Compañía la decoracion de salon rejio, que tanto agradó en 1828.

Habiendo ocurrido algunas desavenencias entre él i la Samaniego, se disolvió la compañía del Teatro Nacional.

La segunda, con algunos actores, se fué de Chile, i el primero con otros pasó a trabajar en el segundo teatro de la plazuela de la Compañía.

Los *Hijos de Edipo* de Alfieri, o sea *Eteócles i Polinice*, o sea todavía los *Hermanos Enemigos*, pues estos tres nombres se daban a la pieza, eran con el *Otelo* i la *Zaira*, talvez las tres trajedias mas gustadas del público de Santiago.

La trajedia de los *Hijos de Edipo* estaba bien traducida en versos hermosos i elegantes por el poeta español Zabiñon.

Como se recordará, fué escojida por la Samaniego para su estreno en el Teatro Nacional.

Aquella vez, hizo de Eteócles un actor catalan llamado Francisco Rívas, cuya pronunciacion era precipitada, pero que tenia fuego i otras cualidades de artista.

Este Rívas se contrató junto con Villalba en el teatro de la plazuela de la Compañía, donde se encargaba de los papeles de galan con aceptacion jeneral.

En 1828, Cáceres regresó de Buenos Aires.

No tardó en observar con natural disgusto que Rívas le habia reemplazado en el aprecio de muchos de sus antiguos admiradores.

Lleno de confianza en sí mismo, determinó hacer esfuerzos para reconquistar la posicion perdida.

Con este propósito, escojió los *Hijos de Edipo* para reaparecer en el teatro de Santiago el 11 de diciembre de 1828.

Cáceres habia tomado para sí el papel de Polinice; Rívas, el de Eteócles. Los dos actores rivales iban a representar a los dos hermanos enemigos.

Despues de la prueba, las opiniones se dividieron, estando los unos en favor de Cáceres, i los otros en favor de Rívas.

En medio de las ajitaciones políticas de aquella época, hubo discusiones sobre el asunto, no solo en las tertulias, sino tambien en los periódicos.

Un articulista escribió en la *Clave*, número 63, tomo 2, fecha 23 de diciembre, que Rívas en algunas escenas habia hecho recordar al famoso autor español don Isidoro Máiquez; i que Cáceres, léjos de haber acreditado algun progreso, habia manifestado que no habia adelantado tanto como habria sido de esperarse; i que los modelos que habia podido imitar, en vez de buenos, debian haber sido mui malos.

Otros salieron a la defensa de Cáceres.

Esta diversidad de juicios encendió la emulacion de los dos competidores, los cuales resolvieron poner a los aficionados en aptitud de establecer una comparacion práctica para que pudieran pronunciar un fallo definitivo.

Para ello, el 25 i 26 de diciembre representaron la misma trajedia, *Los Capuletos*, alternándose en los papeles de Montegon i de Romeo.

Todos los contemporáneos con quienes he hablado acerca de esta especie de certámen me aseguran que Cáceres obtuvo un triunfo indisputable.

En 1829, Cáceres se retiró del teatro, i abrió una cigarrería en Valparaíso; pero ya fuera que esta industria le produjera poco, o que no pudiera resignarse a estar privado de las ajitaciones i aplausos de la escena, vendió los trajes de actor que conservaba en un baúl, i con lo que le produjeron, costeó en 1830 un segundo viaje a Buenos Aires, donde volvió a representar.

En junio de aquel año, comenzó a funcionar en Santiago la primera compañía lírica que ha venido Chile.

Desde entónces hasta el mes de febrero de 1831, hizo oír las siguientes óperas: *El Engaño Feliz*, la *Cenerentola*, *Barbero de Sevilla*, *Italiana en Arjel*, *Eduardo i Cristina*, *Tancredo*, *Elisa i Claudio*, la *Gazza Ladra*, *Ines* i los *Portantini*.

Don Andres Bello, en el *Araucano*, número 14, fecha 18 de diciembre de 1830, juzga, como va a verse, a los principales actores de esta compañía.

«La ópera bufa, que en todas partes tiene mas aficionados que la seria, es tambien la que mejor se adapta a la fuerza de nuestra compañía lírica; i por esto desearíamos que ésta se limitase, si le fuese posible, a piezas cómicas o de un carácter medio. Pizzoni i Betali, que tanto divierten en los papeles de una familiaridad animada i festiva, se hallan fuera de su elemento en lo heroico; i aun la señora Schieroni, que no carece de bastante flexibilidad para pasar de lo familiar i jocoso, a lo patético, brillará siempre mucho mas como Isabela o Rosina, que como Amenaída.»

El señor Bello criticó la práctica que introdujo aquella compañía de hacer traducir al castellano la parte destinada al canto.

«Es este, decia, un trabajo que sin facilitar la intelijencia de la obra, perjudica mucho a la espresion i suavidad de la melodía por la falta de correspondencia entre la letra i la música. No basta traducir una aria conservando las mismas ideas, i el mismo número de sílabas; es necesario que los acentos naturales del habla coincidan exactamente con los de la modulacion musical; de otro modo, el énfasis que el compositor ha colocado sobre una voz importante caerá talvez sobre una preposicion o un artículo, produciendo una discordancia ingrata i chocante. Esto es lo que sucede casi siempre en las versiones i aun en las obras orijinales, cuando no se atiende a las trabas particulares de la versificacion lírica, en que son tan exactos i escrupulosos los italianos, como han sido descuidados los españoles i franceses. Si se comparan las traducciones de Metastasio por Meléndez con sus orijinales, se echará de ver a los pocos versos que el primero de estos dos célebres escritores era músico, i el segundo solamente poeta. La misma falta de intencion musical se percibe en casi todas las canciones nacionales de los americanos.»

En 1844, los poetas don Hermójenes Irisarri i don Jacinto Chacon renovaron esta tentativa, traduciendo al verso castellano el libreto de la *Lucía de Lammermoor* «para mostrar, segun lo declararon, que la lengua española se puede plegar i acomodar al canto tan bien como la lengua italiana.»

Debe notarse que don Andres Bello no negaba que nuestro idioma pudiera adaptarse a la música; i en efecto, hai ejemplos prácticos de que se ajusta perfectamente a ella.

Lo que el señor Bello advertia era que compuesta una música en atencion a una letra dada, no podia variarse el idioma de esa letra sin

que se corriera el riesgo de alterar la relacion establecida entre los dos elementos de la composicion.

El director de la orquesta en aquella temporada lírica fué nuestro compatriota don José Zapiola, el cual tiene el mérito de haber aprendido casi solo diversos instrumentos, i en especial el clarinete.

Zapiola fué el cuarto director de orquesta que hubo en Chile.

El primero habia sido don Manuel Róbles; el segundo, el peruano don Bartolomé Filomeno; i el tercero, don V. T. Masoni.

Miéntras tanto, solian darse de cuando en cuando algunas representaciones dramáticas en el Café de la Nacion.

En pos de la compañía lírica, ocupó el teatro de la plazuela de la Compañía una dramática, cuyo actor mas notable era don Luis Ambrosio Morante, que habia vuelto a Chile en 1827.

En marzo de 1833, regresó de Buenos Aires don Francisco Cáceres, trayendo consigo a dos buenos actores: doña Trinidad Guevara i don Francisco Moreno.

Los recien venidos dieron algunas funciones estraordinarias, entre otras, *Lord Davenant* i las *Aventuras de Shakespeare*, en las cuales, segun Bello, el desempeño de Cáceres fué brillante.

El público pidió con instancia que se contratara a los actores que acababan de llegar.

La empresa se escusó manifestando que estaba comprometida por seis meses con la compañía de baile dirijida por Cañete.

Esta noticia se recibió con sumo desagrado.

Don Andres Bello se hizo en el *Araucano*, número 132, fecha 22 de marzo de 1833, el órgano del descontento jeneral, declarando que los asistentes al teatro no tenian resignacion para soportar por seis meses mas el poco variado espectáculo del baile.

La empresa se vió obligada a ceder, i contrató a Cáceres i sus compañeros; pero como al propio tiempo estaba obligada a conservar la compañía de baile, subió a tres reales el precio de las entradas.

En octubre del mismo año, se incorporó en la compañía doña Teresa Samaniego i sus hijos don José i doña Emilia Hernández.

Cáceres i Moreno cantaban duos italianos.

La compañía era numerosa i bastante selecta.

Sin embargo, los precios que entónces se fijaron eran módicos.

Entrada jeneral.....			3	reales
Palcos por temporada.....	1	$		
Id. por funcion.....	1	»	4	»
Lunetas por temporada.....	2	»	2	»
Id. por funcion.....			1	»

En 1834 se incorporó todavía a la compañía la simpática actriz doña Cármen Aguilar.

El 24 de julio de aquel año, se promulgó la lei por la cual los gobernadores debian ser jueces de teatro, i resolver breve i sumariamente las cuestiones que se suscitasen entre los empresarios i los actores, pudiendo imponer arrestos de ocho dias o multas de cincuenta pesos.

Se me ha asegurado que Bello fué el que influyó para que se diese esta lei.

Me parece que interesará conocer la opinion de un crítico tan competente como don Andres Bello acerca del mérito de los tres principales entre los artistas que he enumerado.

Pensaba que la Samaniego era un talento dramático eminente.

«La señora Samaniego, decia, es una actriz de la mejor escuela. Aunque su voz no es suficientemente femeni!, sabe darle una grata variedad de modulaciones para espresar los diversos afectos, i en todos ellos le es dado hallar el camino del corazon. El papel de Jocasta en la trajedia de los *Hijos de Edipo* basta para dar a conocer toda la flexibilidad de su talento i de su voz. Sea que esprese la ternura materna, o que los crímenes i desgracias de su malhadada familia le arranquen acentos de dolor, o que desesperada pida a sus implacables hijos que claven el puñal en el seno que les dió la vida, es siempre noble siempre digna de la trajedia, siempre conmueve i arrebata. Una de sus prendas sobresalientes es el juego graduado que economiza los grandes esfuerzos reservándolos para los pasajes mas enérjicos i vehementes.»

Oigamos ahora lo que opinaba acerca de Cáceres.

«Siente lo que dice i sabe enunciarlo con fuerza. Es jeneralmente feliz en la espresion de un dolor profundo i en los arrebatos apasionados. Sobre todo, sabe siempre bien su papel, i lo recita con intelijencia.»

Bello recomendaba a Cáceres que tomara a la Samaniego por modelo para que aprendiera a graduar la voz. En una palabra, Bello creia que Cáceres poseia sobresalientes disposiciones naturales, pero poco arte.

Mas tarde, en 20 de diciembre de 1833, don Andres Bello agregaba sobre Cáceres: «que se notaba en él un adelantamiento progresivo, un desarrollo de recursos que estaban como comprimidos en su estilo anterior de declamacion; i que su papel de Edipo, en la trajedia de Sófocles imitada por Martinez de la Rosa (recien representada entónces)

habia sido, en sentir de los intelijentes, lo mejor que habia hecho en el teatro de Santiago.»

Bello aplaudió a Morante, especialmente en la ejecucion de *El Abate de l'Epée*, en la cual decia que aquel actor manifestaba mucho talento i mucho estudio del arte histriónica.

Cáceres, a fines de 1834, se fué a Lima, de donde vino a representar en Valparaíso al comenzar el año de 1836.

El *Mercurio* de Valparaíso, número 57, tomo 25, fecha 29 de setiembre de dicho año, insertó la necrolojia que va a leerse:

«El 20 del corriente mes, a la una del dia, falleció en esta ciudad el actor dramático, don Francisco Cáceres, natural de Sevilla, a los cuarenta i dos años de su edad. Este actor, formado en Chile, i que ha merecido elojios en capitales del continente de bastante respetabilidad, no podia ménos que dar honor al país en que adquirió sus adelantamientos para lucirlos en otros. Su muerte es sin duda una falta al buen gusto i a la ilustracion, que han perdido en él uno de sus mejores amigos. Los que lo son del finado no pueden ménos que tributarle este pequeño obsequio que en cualquier caso debe no negarse al verdadero mérito.»

Ese mismo año de 1836, fallecieron en Chile don Manuel Róbles, el que compuso la primera música de la cancion nacional, i don Luis Ambrosio Morante, uno de los introductores del arte dramático en este país.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

UN TIPO YANKEE

SAMUEL HOUSTON

(ESTUDIO BIOGRÁFICO)

I

Para maravillas i orijinalidades la gran república del norte, pueblo de escepcion entre las asociaciones humanas, cuyo modelo se buscaria en vano en las naciones pasadas, cuya imitacion será imposible a las sociedades por venir.

Allí se aglomera, se confunde, se atropella, lo que hai de mas grande i de mas pueril, lo mas refinado i lo mas grosero, lo mas ilustrado i lo mas inculto; la franca incredulidad i la devocion sincera, la sabiduría i el *humbug*, Abraham Lincoln i Joe Smith; los tipos de todos los pueblos, de todas las edades.

I sin embargo, ese vario conjunto conserva siempre su carácter distintivo; i allí precisamente es en donde el personalismo se levanta i la individualidad se define. Instituciones, costumbres, educacion, todo contribuye a infundir en cada cual la conciencia de su valer, el sentimiento de la personalidad, adquirida a costa de su mismo esfuerzo, que no se liga al prestijio de un nombre, a la importancia de una familia, a la influencia de un círculo o de una clase social. El norte-americano, piensa por sí i discurre para sí desde que se lanza con libre albedrío en el océano de la vida, sin otra brújula que su injenio, sin otra responsabilidad que la de su propia suerte. Los honores, el poder, la riqueza, la ciencia i la industria, todas las sendas se

le ofrecen espeditas, todas las elevaciones se le muestran accesibles, con tal que le anime la voluntad de recorrerlas, con tal que posea el talento de alcanzarlas.

Así es como esos hombres llegan a llamarse Washington, Webster, Peabody, Prescott; así como enseñan al mundo la ciencia del gobierno sin haberla aprendido en Loke o Constant; así como levantan los monumentos i trazan los ferrocarriles sin sospechar que existen las sublimes combinaciones de las matemáticas puras; así es como las ciencias i las letras les cuentan entre sus maestros, sin que hayan aprendido latin ni sean graduados en ninguna universidad.

Es que el hijo del norte, lo espera todo de las dotes que Dios le ha dado, de la fuerza de sus músculos, del empuje de su cerebro, de las inspiraciones de su corazon.

Tomemos un ejemplo para probarlo; i sea éste Samuel Houston; *Sam* como le llamaban talvez con desprecio las jentes de su villorio; el jeneral Houston libertador i padre de la república de Tejas, como le ha llamado la historia.

Fué Houston una figura esencialmente yankee: carácter, espíritu como solo pueden nacer i desarrollarse en la tierra de las inesperadas aventuras, de las empresas temerarias, de las audaces calaveradas que arrebatan su electricidad a las nubes, que borran el tiempo i el espacio. Voluntad de acero, alma blindada contra los desengaños, cabeza infatigable, brazo de leñador, jeneral, político i abogado, el mas ambicioso de los caudillos, el mas modesto de los ciudadanos, era Samuel Houston una múltiple naturaleza, un heterojéneo conjunto cuyo molde solo sabe vaciar en forma humana esa civilizacion que ha comenzado por inventarse a sí misma.

Nació pobre, de honrados i humildes padres en el año de 1793 i en un lugarejo apénas conocido en la jeografía del vecindario i que su valerosa madre hubo de abandonar para disputar al desierto un pedazo de terreno que ella cultivaba miéntras los hijos labraban los maderos con que construir la cabaña. Allí como en todas partes en que se reune una docena de americanos, existia una escuela; i a ella concurria Samuel con el hacha al hombro, para abrir su espíritu a las divinas bellezas de las Santas Escrituras i a las humanas hermosuras de los clásicos antiguos. Así se familiarizó con la Biblia, de la cual llevaba siempre en sus años mas avanzados un ejemplar en el bolsillo, miéntras nunca olvidaba poner en otro la traduccion de la Iliada.

Era natural que prefiriera las cadencias del traductor de Homero al rechinamiento del serrucho; pero la familia que no se lisonjeaba con hacer de Samuel un rival de Pope, le colocó prosaicamente de

mozo de mostrador bajo el patrocinio de un mercachifle. Con un alma de otro temple, allí habria terminado la vulgar historia del héroe futuro; con un corazon como el de Houston aquella sujecion al imperio de la familia, fué el oríjen de su emancipacion social.

Liando en un viejo pañuelo, unos calzones no mas nuevos, metiéndose en las faltriqueras dos gastados tomos de la Biblia i de la Iliada, se lanzó a buscar entre los indios cherokees la independencia que no podia avenir con el oficio de tendero.

I allí entre los adoradores del Gran Espíritu, logró aprender a Homero a su sabor; pudo creerse fuerte como Aquiles cuando perseguia al búfalo bravío, impetuoso como Ayax, desafiando las tempestades i torrentes, circunspecto como Nestor presenciando las deliberaciones de los *Sachems;* i quien sabe si no faltó tambien alguna roja Brizeida que arrancara los primeros latidos al corazon adolescente.

Esa vida de las selvas tan espantosa a nuestra culta fantasía, que nuestros refinados gustos no comprenden sino con el horror del destierro, o lo ridículo de la ignorancia salvaje, debe tener sus poderosos encantos para los caractéres primitivos que no buscan en la naturaleza un jardin ingles, o un potrero de alfalfa. Lo cierto es que Samuel, a quien la familia lloraba como al que cae en estravío incurable, a quien los vecinos calificaban piadosamente de estravagante, permaneció largos años entre los buenos amigos de piel roja, hasta cumplir los dieziocho de su edad. Solo de vez en cuando salia a visitar a la desolada madre i a comprar algunos regalillos con que corresponder al cariño i jenerosa hospitalidad de los salvajes: pero como el jóven no era rico i las chaquiras i cintas no se pagaban con buenas palabras, vió su crédito amenazado con una deuda de unos pocos pesos.

¿Cómo salvar el honor comprometido? Samuel no vaciló un instante. Abrió una escuela; i con el precio de las lecciones pagó a sus acreedores; i en las horas ociosas pretendió remontarse a las rejiones de la ciencia, dedicándolas al estudio de las mateméticas. Probablemente no habria eclipsado a Euclides, ni hubiera sido mas que un adocenado preceptor si no acertara a pasar una compañía de soldados en demanda de reclutas para hacer la guerra a ciertos indios rebeldes.

Houston al oir el eco marcial de los clarines, sintió surjir la vocacion de soldado. En el rejimiento llegó a conquistarse la fama del primer tambor; fué mas tarde ascendido a sarjento i ántes de entrar en batalla cargaba la jineta de distinguido. ¡Qué chasco para los vecinos que al verle salir le miraban con socarrona incredulidad; qué

orgullo para la madre que habia condenado al orijinal Samuel como renitente contumaz contra toda disciplina!

Llegó por fin el dia de la batalla. Mandábala nada ménos que el seco i austero Jackson, el defensor de Nueva Orleans, táctico que no copiaba a Napoleon, cuando discurrió como un pueblo que solo habia pensado en producir algodon, debe defenderse con fortificaciones del mismo material. El combate fué recio; porque los indios cubiertos tras de trincheras menudeaban las balas, las flechas i las piedras sobre los asaltantes. Houston no esperó segunda órden para trepar los baluartes; i atravesado el muslo por un dardo, despedazado el pecho por dos balas, no abandonó su puesto, hasta no oir los hurras de la victoria.

Hé aquí como el loco Samuel colgó a sus hombros las charreteras de teniente; i lo que es mas, mereció un apreton de manos del impasible Jackson. Desde entónces sus antiguos vecinos le llamaron su compatriota; i cuando la anciana madre abria los brazos al hijo vencedor, comenzó a sospechar que habia dado el ser a un nuevo Washington.

Hubo de dudarlo sin embargo, cuando Samuel, despojándose de la galoneada casaca que cautivaba los ojos de las muchachas del lugar, manifestó un dia la decidida resolucion de abandonar la gloriosa carrera. «¿Para qué?» le preguntaban con curiosa sorpresa.

«Para hacerme abogado,» contestó Samuel a los vecinos que volvieron a creerle con el cerebro trastornado. I cojiendo su Biblia i su Homero, se marchó al pueblo de Nashville a golpear a la puerta de un lejista, pidiéndole el auxilio de su esperiencia para atravesar ese proceloso mar del derecho.

II

Así son los americanos: hoi actores, mañana jeneralos, abogados, injenieros, aprendices de imprenta, cuando no sastres como el presidente Johnson, o labradores de madera como el presidente Lincoln.

¿Qué pensaríamos nosotros de un hombre que a los veinticinco años, comenzara el estudio de las leyes? Que perderia su tiempo, sin salvar los prolegómenos de Justiniano, o cuando mas, que llegaria a ser un tinterillo de menor cuantía. Pero nuestros hermanos del norte entienden las cosas de otra manera: para ellos el cerebro nunca se endurece, ni el brazo se fatiga. Ademas ellos creen con la conviccion del contínuo ejemplo que para entrar al templo de la jurisprudencia no es necesario agotar el vigor i la juventud en atravesar el estéril de-

sierto del latin; que para discurrir no se necesita gastar dos años en aprender a pensar segun las reglas de lo que con hueca arrogancia quiere llamarse filosofía; que el raciocinio individual, la constante velada de la meditacion, son las mejores antorchas para esclarecer los misterios de una ciencia cuya base debiera ser la razon.

No es entónces estraño que Houston fuera en dos años abogado; abogado distinguido, llamado en breve a desempeñar el cargo de procurador de distrito. El recto criterio, que en la abogacía vale mas que todos los espositores, la natural elocuencia que no enseñan los libros, la porfiada contraccion al estudio de los procesos, le fueron empujando a las primeras filas. Combatió con los viejos doctores, sirvió lealmente los intereses de su clientela, i el prestijio de su palabra le abrió el camino de la lejislatura provincial para encumbrarle mui luego hasta el congreso federal; i de esta manera *Sam*, el aventurero, cuando contaba treintaidos años era el mas sesudo *politician* del estado, el hombre de consejo en las dificultades públicas, el administrador prudente que una inmensa mayoría levantó al asiento de gobernador.

La madre, miéntras tanto, madre a quien nunca olvidaba, engalanada con los elegantes trajes que le mandaba Samuel, recibia con toda majestad las felicitaciones de los vecinos; i los habitantes de la villa natalicia corrian los círculos pregonando la grandeza del hijo humilde del mas humilde lugarcillo. Las rentas vinieron con los honores; i con estos las influencias i las atenciones de los grandes personajes, sin que faltara el parabien del estirado Jackson que tuvo el mérito de adivinar las raras dotes de su antiguo tambor.

Pero ai! que Houston habia leido en el libro de Job i debia conocerlo por la esperiencia del dolor indigno, que en esta vida no existe dicha duradera. Vencedor de sus enemigos políticos, triunfador de la fortuna que unia a su nombre, llevado a las nubes de la popularidad, rico i poderoso, por consiguiente, feliz para los ojos del vulgo, era Houston sin embargo un hombre desgraciado, herido de un dardo que sin destrozarle la carne, como la flecha de los indios, se habia clavado con toda su hiel en lo mas delicado del corazon. Sea diversidad de caractéres, sean poderosas causas a nadie reveladas, fué la verdad que apénas trascurridos seis meses desde que enlazó su suerte a una mujer querida, vió convertido en pesadilla el sueño de paz que procuraba a su fatiga.

Cuántas veces no debió recordar a las sencillas indias coronadas de frescas, madres-selvas, cuando se sentaban al rededor del jóven blanco, palpitante el vírjen corazon al oir las historias de las ciudades populosas: cuántas veces no debió tender la vista a los bosques

impenetrables en que se puede sentir sin verguenza i llorar sin testigos!

Tamaña desgracia era superior a sus fuerzas. Su brazo podia domar al bizonte feroz, su cabeza sentir sin desvanerse el silbido de las balas i el rujir de las tormentas populares; pero ni los santos de la Biblia, ni los semidioses de Homero, ni los héroes cherokees le habian enseñado a batallar con una mujer elegante que habria anonadado con un pestañeo de cólera. Era noble luchar con el adversario en la tribuna; era varonil avasallar las fieras; ¿pero cuál es la mano bastante pesada para aplastar el cuchicheo de la chismografía, cuál la espada bastante afilada para matar el eco anónimo de la calumnia?

Houston que no sabia sentir miedo, se convenció de que era el mas tímido de los cobardes delante de la vergüenza; i que ese ente indefinido que todos acarician i todos temen, llamado lo ridículo, disponia de armas mas poderosas que los cañones.

Héle allí que descendiendo de su sillon de gobernador, sacude el polvo de la civilizacion; i con su vieja biblia en el bolsillo, emprende nuevamente el camino del desierto que años ántes anduviera con todo el estímulo de las esperanzas juveniles, que ahora tenia que recorrer con toda la carga de los desengaños de la edad madura.

Cuando el amigo de la infancia, el cacique cherokee, divisó al triste viajero, corrió a estrecharle entre los desnudos brazos i rodándole las lágrimas le presentaba su pipa mas larga i le encendia su leña mas olorosa. Aquello era para hacer olvidar las murmuraciones de Nashville: i el desterrado esperimentaba sin duda un dulce consuelo, cuando las hijas de la naturaleza se negaban a entender que la hija de la civilizacion, no se hubiera embriagado de orgullo con ser la esclava de aquel hombre tan bravo en la caza, tan discreto en el consejo.

Pero Houston que no tenia la romántica sensibilidad de la raza meridional, no era hombre de pasar los años contando sus cuitas a las estrellas. Aprovechó el destierro en estudiar el complicado problema de las relaciones entre los bárbaros i los civilizadores que predicaban el evanjelio de las luces, con el bautismo del aguardiente i la música de la pólvora. Vió allí lo que suc ede en todas partes en donde existen los mismos elementos encon trados: la civilizacion que esplota a la ignorancia con los vicios, con las espropiaciones fra udulentas, con la guerra contra los ganados i las chozas; con mas que en aquellas rejiones, los conquistados pagaban un tributo por el beneficio de la conquista.

Sintió levantarse en su alma la indignacion de la justicia, i recor-

dando que el viejo Jackson, era el huésped de la Casa-blanca, se dirijió a Washington para denunciar al gobierno i al congreso los abusos que habia presenciado. Ellos debian ser tan graves que hubo de conseguirles remedio; pero esto le concitó la odiosidad de los especuladores, entre los cuales se hallaba un representante del pueblo bastante insolente para injuriarle en la calle pública. Houston le castigó severamente, por lo que fué aprisionado i conducido a la barra de la cámara de los representantes, bajo la tremenda acusacion de haber asaltado a uno de sus inviolables miembros. La acusacion, ruidosa por lo raro de este jénero de procesos, no consiguió mas que enaltecer la reputacion de orador i abogado que se tenia conquistada el reo.

Como era de esperarlo, Houston fué absuelto sin vacilacion; pero ese acontecimiento, que en otra oportunidad le habria estimulado para abrazar de nuevo la carrera de los honores, le arraigó al contrario en la resolucion de apartarse de los centros populosos. Queria buscar el olvido de su propio nombre, que la fama de su estraña vida se esforzaba en repetir; queria la tranquilidad que nadie observa, en un rincon olvidado; queria el rudo trabajo del cuerpo, que es el opio mitigador de los dolores del alma.

Entónces se acordó que los periódicos hablaban del territorio de Tejas; i que él mismo, cuando niño, habia aprendido a construir una cabaña.

En lugar de una choza, iba a levantar una república. Su blusa de plantador se iba a convertir en la banda de presidente.

III

El nuevo pais a que Houston dirijia sus pasos, vejetaba entónces trabajosamente bajo el dominio de la república de Méjico. Formando parte del estado de Coahuila, su poblacion mas influyente, emprendedora e industriosa, la componian los emigrados norte-americanos conducidos a aquella tierra por Estévan Austin con la mira de fundar colonias agrícolas.

La índole, la educacion, la viva actividad de los colonos, andaban mal avenidas con la situacion de un pueblo esquilmado por la revuelta, desmoralizado por el contínuo trastorno, aferrado a las trabas de la estrecha centralizacion que heredó de la metrópoli. El elemento anglo-sajon i el elemento español, vigoroso el uno con la ambicion del porvenir, desfallecido el otro con los desencantos de lo pasado, se encontraban en aquel campo que el uno codiciaba como una fuente vír-

jen de prosperidad i riqueza, que el otro abandonaba como condenado a perpétua esterilidad.

Por eso los naturales aceptaban sin admiracion ni resistencia las múltiples variaciones del gobierno, la imposicion de pesadas contribuciones; por eso los colonos del norte no podian resignarse a una situacion que si enriquecia a los caudillos, chupaba el quilo del pueblo trabajador.

Talvez i sin talvez, los colonos no llevaban sus miradas mas allá del alivio de sus urjentes necesidades; quizá i sin quizá, nunca soñaron con la quimera de la independencia, que significaba la segura ruina de quince o veinte mil hombres, en lucha desigual contra los ejércitos i el número de la república de Méjico. No tuvo sin embargo mas determinado oríjen ni mayores probabilidades la emancipacion española; i fué sin duda mas modesto el principio de la colosal empresa de Washington.

Los tejanos principiaron por pretender erijirse en un estado de la confederacion mejicana; por reconocer el vínculo de obediencia al gobierno central, i por solicitar con toda humildad la administracion de sus intereses locales. Austin dirijia la ajitacion: Houston era su mas inmediato consejero, ya que mui luego se hizo notar el espíritu práctico, la firme voluntad del emigrado.

Corrian los años de 1832 a 1834, i gobernaba a Méjico aquel Santa Ana, que con una sola pierna trepó cuatro o seis veces al mando supremo i recorrió otras tantas el camino de la proscripcion. Santa-Ana en su liberalismo, en su admiracion por la república federal, no llegaba hasta comprender la modesta solicitud de los tejanos i tanto ménos cuanto que por entónces deseaba ya cambiar su vulgar título de presidente por el mas sonoro de alteza serenísima. Estévan Austin, comisionado para presentar el proyecto de constitucion del nuevo estado, fué recibido con arrogante desprecio; i como este no fuera bastante castigo, se le redujo a prision para escarmiento de sus comitentes.

De aquí brotó la chispa que encendió el patriotismo tejano. Los vecinos se reunieron espontáneamente; i se constituyó una asamblea, en la que Houston fué a ocupar su puesto, vestido de *poncho,* calado a la oreja el sombrero mejicano.

Todos esperaban de sus labios el grito de guerra; pero él, que sabia que la guerra antes que entusiasmo necesita pólvora i antes que valor necesita soldados, se levantó para protestar contra toda loca tentativa; i comprometiendo su prestijio i talvez su reputacion de valiente, no hizo mas que aconsejar la resistencia legal.

Con repugnancia probablemente se tuvo que adoptar aquel conse-

jo; i merced a la tranquilidad que él procuró, Austin fué puesto en libertad i hubo tiempo de preparar elementos mas positivos.

El gobierno de Méjico miéntras tanto, acechaba con desconfianza la dudosa actitud de los colonos, i en su recelo para estirpar de raiz la funesta semilla, espidió un decreto exijiendo la entrega de todas las armas particulares i el inmediato retiro de todo el armamento público. Este consistia en unos cuantos fusiles descompuestos i en un cañon de a cuatro que servia en el pueblo de Bejar para solemnizar con sus difíciles disparos el dia de la patria o la salida de alguna procesion.

Las pasiones colectivas, como las pasiones individuales, solo quieren una ocasion para estallar al soplo del entusiasmo. Las cadencias de la Muda de Portici, la hoja de un árbol arrancada por un orador popular, el culatazo de un jendarme, el boletin de una derrota, un «ya es tarde,» pronunciado por una voz anónima, todo sirve de reactivo para provocar la ebullicion de los revueltos elementos que la prudencia se empeña en cubrir con una capa de hielo, que la fuerza procura aplastar, vigorzándolos al contrario por la concentracion.

Los tejanos levantaron el clamor contra la afrenta que se les inferia: manifestaban su derecho i su necesidad de llevar armas para defenderse de los indios; invocaban la legalidad de su conducta, sin que faltaran las protestas del inocente cariño que les inspiraba aquel cañoncito compañero de sus placeres. Pero estas buenas razones no convencieron a los soldados mejicanos, que con el argumento del mas fuerte se apoderaron del cañon, lo que irritó a los colonos en términos de arrastrarles a las vías de hecho. I hubo combate, con sus heridos i muertos; i al estampido del cañon recuperado, callando la voz de la prudencia, los corazones embriagados con la victoria, lanzaron el juramento de libertad.

JOAQUIN BLEST GANA.

(Continuará.)

UN CANTO DE FIESTA DE NERON

(TRADUCCION DE VICTOR HUGO.)

Nescio quid mollo atque facetum.
HORACIO.

¡Qué matador es el fastidio, amigos!
Necio quién no lo evita!
Venid, pues, todos a admirar la fiesta
A que Neron invita,
Neron, César i Cónsul ya tres veces,
Amo del mundo i Dios de la armonía,
Que en suave modo jónico
Al compas de su lira sonorosa
El aire llena con su voz hermosa.
A este festivo llamamiento mio
Acudid al instante!
Que nunca mayor copia de placeres
Vuestro pecho anhelante
Gozó en las casas del liberto Pálas,
Ni del griego Ajenor, ni en las orjías,
Donde alabando a Diójenes,
Séneca tan austero, sin decoro
Apuraba el falerno en copa de oro.
Ni cuando en su galera sobre el Tíber
Aglae falereana
Semi desnuda en medio de nosotros
Remaba tan galana,
Bajo brillantes pabellones de Asia;
Ni cuando ese prefecto de Batavia,
Al son de dulces cítaras,
Echaba veinte esclavos a los leones,
Encubiertas con flores sus prisiones.
Venid, vereis arder a toda Roma!
Mi litera a esta altura

Hice traer por contemplar la llama,
I afrontar su bravura.
¿Qué valen, pues, esos combates vanos
Del hombre con el tigre enfurecido?
Roma en el circo espléndido
De sus siete colinas, al instante,
Va a luchar con el fuego devorante!
Así al árbitro i dueño de la tierra
Endulzar le conviene
Su fastidio profundo i solitario!
De tiempo en tiempo tiene
Que lanzar, como un Dios, rayo tremendo!
Sí! ya es la noche i hora de la fiesta!
Ya el fuego, monstruo impávido,
Moviéndose despliega una ala parda,
I mil lenguas de llama en torno darda.
¿Qué no veis? Qué no veis, como corriendo,
A su presa inflamada
Envuelve en densos torbellinos de humo?
A la vez que anonada,
A los muros parece acariciarlos.
Los palacios enteros se evaporan
En sus abrazos hórridos.
—Oh¡ Si me dieran besos que arrebatan
I esas caricias que en su halago matan!...
Escuchad el rumor, ved los vapores
Que oscuros se despliegan,
I esos hombres que huyendo como sombras
Del fuego, al fuego llegan!
¡El silencio de muerte va aumentando!
Metálicas columnas, puertas de oro
Rechinan i derríbanse.
Un arroyo de bronce derretido
Llamas arrastra al Tíber aflijido.
Jaspes, mármoles, pórfiros i estatuas,
Todo, todo perece
Envuelto en las cenizas!: ni su gloria
A éstas favorece!
—A mereced de mi anhelo el fuego vuela,
I en su marcha triunfante invade todo.
El aquilon con júbilo
Sopla impetuoso, i el incendio aumenta,
I lo ajita formando ígnea tormenta.
Adios, oh Capitolio! ¿No semeja
Un puente del Cocito,
De Sila el acueducto en medio el fuego?
Sí!—Neron lo ha prescrito!
Caerán esas cúpulas i torres!
Bien!! Sobre Roma entera al mismo tiempo

Ruje la llama horrísona!
¡Reina del mundo! dale gracias. Siente
Esa diadema fúljida en tu frente!
Siendo yo niño, a mí se me contaba
Que voces sibilinas
La suerte presajiaron a los muros
De las siete colinas:
Que de Roma a los piés domado el tiempo
Moriria; que apénas en su aurora
Su astro inmortal veíase.....
—Decidme: ¿Cuántas horas todavía
Esa su eternidad durar podria?
¡Qué hermoso es un incendio en negra noche!
Eróstrato envidiara
La gloria de mi hazaña si viviese.
¿Ni desde cuando obstara
El martirio de un pueblo a mis placeres?
—Huyendo va; i lo envuelve por do quiera
De fuego una vorájine.....
Quitadme la corona; los ardores
Que a Roma queman ajarán sus flores!
Amigos, si la sangre salpicase
Vuestras ropas de gala,
Lavad la mancha con cretense vino;
Que tan solo regala
La vista de la sangre a los malvados.
Cubramos la cruel chanza con deleites.
I ¡desgraciado i réprobo
Quien goce de su víctima en el llanto!
¡Ahogarlo se debe con el canto!
A Roma yo castigo, i tomo de ella
Merecida venganza.
Qué! ¿No persigue con infiel incienso
I loca destemplanza
Ya al viejo Jove, ya al odioso Cristo?
¡Su terror me contemple al fin con ellos
En una misma línea!
Quiero tambien tener mi templo ahora,
Pues aún pocos dioses Roma adora.
Para hacerla mas bella la he destruido.
¡Pero que en su caída
Destroce al ménos a la cruz rebelde!
¡No quede ya con vida
Cristiano alguno! Esterminadlos todos!
Roma castigue en ellos el oríjen
De su suerte misérrima.
Esterminad!.....Esclavo! dadme rosas!
Es dulde su perfume, i son hermosas!

RAMON FRANCISCO OVALLE.

EL PUERTO

I PUEBLO DE QUINTERO

En el año de 1504 era comun en toda la España la crèencia en las maravillas i tesoros que contenia la América, i en las fortunas que en ellas se formaban como por encanto. De ahí surjian las frecuentes espediciones que se encaminaban al nuevo mundo, en busca de riquezas, de aventuras i de renombre. Una de éstas, compuesta de cinco navíos (1), salió en aquel año del puerto de la ciudad de Sevilla con destino a la isla Española o Santo Domingo; i en ella habia tomado pasaje un jóven de veinte años, el célebre Hernan Cortés, que en poco tiempo mas iba a cubrirse con el prestijio i las glorias de un atrevido capitan, conquistando el imperio de los aztecas para un monarca, que ni sus proezas supo despues recompensar. La nave que llevaba a este desconocido jóven, era mandada por otro jóven piloto que, en el estado inmaturo de la ciencia i medios de navegacion de aquella época, no podia tenérsele por ménos diestro ni ménos audaz nauta, que el marino ingles que a fines de 1818 tomó el mando de la primera escuadra de nuestra República; aunque se le acusa de inconsecuencia por el deseo de ganar, como al aludido marino, de ambicion de premios en dinero.

Este piloto, despues de los contratiempos i merecidos chascos que esperimentó en el viaje llegó a la Española. Parece que allí se ocupó en la navegacion entre esa isla i España, como entre la de Cuba i las

(1) Don Antonio de Herrera, Historia de las Indias Occidentales, Década II, lib. 7, cap. 13.

costas nuevamente descubiertas del golfo de Méjico; pasando despues por el camino abierto por Vasco Nuñez de Balboa a la Mar del Sur a tomar parte en su esploracion, tras de las espediciones de Pizarro i Almagro.

En 1534 ya se le ve aparecer en compañía de esos célebres caudillos. Francisco Pizarro proyecta i echa, al principiar el año siguiente, los fundamentos de la *Ciudad de los Reyes*, la Lima actual. A unos 18 a 20 quilómetros hácia el sur de ella existia el único gran templo, consagrado en el Perú a la divinidad suprema, *Pachacamac*, «el Hacedor i Sustentador del Universo,» segun Garcilaso de la Vega, i que los mismos incas veneraban no sin cierta preeminencia sobre su deidad tutelar, el Sol, del que se intitulaban hijos. En aquel año este templo fué despojado de sus riquezas por los conquistadores; i con este motivo recuerda el cronista Herrera al piloto, de que venimos haciendo referencia, en el siguiente pasaje:—«i díjose que (este) piloto pidió por merced a Don Francisco Pizarro los clavos, que estaban en las paredes (del templo de Pachacamac), que sostenian las chapas de oro que se quitaron, i que se la dió, como cosa de burla; i que contado el oro le valieron 400 marcos de plata» (1).

La conquista del Perú llegaba a su término. Por ese tiempo, o sea a principios de 1535, las sérias desavenencias que se habian suscitado entre los dos principales caudillos, dominadores de aquel imperio, vinieron a suspenderse por un abrazo de simulada reconciliacion, de que a su vez resultó el descubrimiento de Chile por uno de ellos. En efecto, don Diego de Almagro tomó a su cargo esa empresa, partiendo del Cuzco para este país a mediados de aquel año, seguro tambien de que obtendria la provision de Adelantado i gobernador de las nuevas tierras que iba a descubrir, que le llegó posteriormente, espedida en Toledo en 1534 (2). Con anticipacion habia despachado con la vanguardia a su capitan Juan de Saavedra, el mismo que despues de entrar en Chile, recorriendo la comarca de Valparaíso, le dejó este nombre en memoria de su pueblo natal en España (3). Al propio

(1) Historia de las Indias, Década V, lib. 6, cap. 12.

(2) La corte de España se hallaba en esa ciudad; i de ahí vino a darse a la Gobernacion conferida a Almagro en Chile el nombre de *Nueva Toledo*, que retuvo corto tiempo.

(3) «Crónica del Reino de Chile», por el capitan don Pedro Mariño de Lovera, arreglada por Escobar, lib. I, cap. 10. Esta historia, escrita en presencia de los primeros sucesos que se relatan, solo ha sido impresa en 1865. Otras, tan interesantes como ésta, se hallan todavía manuscritas.

tiempo despachó tambien al puerto de la nueva Lima a los capitanes Rui-Diaz i Benavídes para que aprestasen allí buques que le llevasen víveres, ropa i otros artículos de que debia necesitar la espedicion. La direccion de estas naves se encomendó, entre otros, al piloto aludido, haciéndose éste cargo del *Santiago*, «el navío grande», que llevaba a su bordo al dicho capitan Rui-Diaz i al jóven hijo de Almagro, don Diego el mozo o el *mestizo*, como se le llamaba.

La premura con que se hizo el apresto de estos buques, por los recelos que inspiraba la lealtad de Pizarro, no dió lugar a calafatearlos o acondicionarlos debidamente. En el mal estado en que se encontraban, pues no habia otros, partieron de las tranquilas aguas del puerto, que talvez no principiaba aun a llamarse Callao. A poco de un andar perezoso, el *Santiago* comenzó a hacer mucha agua. Forzado a arribar «a la tierra de Chincha», o bahía de Pisco, los naturales «que estaban de guerra le tomaron la barca i le mataron siete hombres.» Sin embargo se desembarcó la jente con Rui-Diaz i el jóven Almagro, para seguir por tierra al alcance de la espedicion (1). El piloto volvió a reparar su buque al puerto de su salida, i de seguro no tardó en renovar su viaje hasta las playas de Chile, donde luego aparece.

El conductor de este navío era el mismo piloto, que llevó al futuro conquistador de Méjico a la isla Hespañola; el que, en la rebusca de las paredes del rico templo de Pachacamac, recojió no despreciable esquilmo de oro i plata; el que llevaba a su bordo al hijo de otro conquistador i a uno de sus capitanes mas esforzados, a participar de la gloria i del señorío de un descubrimiento, de que se anticipaban promesas de cuantiosas riquezas; i habria logrado seguir entónces su derrota hasta Chile, si el desvencijado navío fuera ménos malo. Con todo, a fines de 1536 cumplió su intento, aportando en las costas de nuestra República a una pintoresca bahía bajo los 32° 46' latitud sur. Este piloto, pues, ilustre por todos estos títulos, se llamaba *Alonso Quintero* (2), i ha dado su apellido a la espresada bahía, que desde entónces se conoce por todos nuestros cronistas, navegantes i viajeros estranjeros, i en toda carta jeográfica con la denominacion de *Puerto de Quintero*.

A la llegada de Alonso Quintero a este puerto, en cuya altura suponia encontrar la espedicion del Adelantado Almagro, éste, que efec-

(1) Gonzalo Fernández de Oviedo, Historia Jeneral i Natural de las Indias, lib. 47, cap. 4.

(2) No Alonso *de* Quintero, ni *Quinteros*, como hemos visto en alguna parte.

tivamente habia asentado sus reales en el sitio o talvez a las inmediaciones del que ocupa la ciudad de Quillota (1), i desde donde hizo adelantar al capitan Gómez de Alvarado, uno de los cuatro hermanos del gallardo lugar-teniente de Cortés en la conquista de Méjico, a recorrer las comarcas del sur, habia a la sazon resuelto abandonar la empresa de Chile i dado la vuelta al Cuzco. En esta resolucion no solo influyeron las nuevas traidas por Alvarado, de que la tierra adelante nada prometia, sino tambien las que sus partidarios le llevaron del Perú, especialmente el célebre matador de Francisco Pizarro, Juan de Rada, i el antedicho Rui-Diaz que «con su escuadra» habia llegado al campamento el mismo dia, dice Mariño de Lovera (2), en que aquel otro capitan suyo regresó de su incursion al sur.

Encontrando así abandonada la conquista, el piloto Quintero no tardó en dar la vela para el Perú, en donde parece que tomó parte por el bando de los Pizarro en la lucha civil, que encendió la llegada de los que en ella se conocieron con el nombre de *los de Chile*.

La importancia en que Quintero fué tenido, se descubre en las relaciones de la primera época de la historia de la América. Ellas no le dejan desconocido entre el tumultuario concurso de aventureros que atrajo su descubrimiento, ni en medio de las últimas disensiones en que se envolvieron Almagro i Pizarro, de tan trájicos resultados para ellos. I asimismo se manifiesta, que no era un hombre insignificante, por la mencion misma que de él hace Fernández de Oviedo, diciendo que «el mas diestro de los pilotos, que en servicio del adelantado (Almagro) andaban, era Alonso Quintero» (3) i a quien conoció; no obstante que cierta vanidad del severo cronista le lleva a negarle conocimientos en la náutica, i a no escusarle una invectiva innecesaria por su aficion a los juegos de naipes.

---

(1) El cronista Mariño de Lovera, que militó en Chile desde 1551 i que se manifiesta autor bien informado, dice que el *valle de Chile*, en que se detuvo Almagro, era «llamado por otros dos nombres *Concagua* i *Quillota*» (lib. II, cap. 5). Valdivia, en carta de 4 de setiembre de 1545, le llama *valle de Canconcagua* (Conconcagua), i otros, como el señor Gay, valle de Concomicagua. Estos nombres, como lo indican las palabras araucanas *con* i *hue* de que se derivan, significan *distrito* o *comarca del poniente*, así como *Con-con*, *mas al poniente*; i se contraponen a Aconcagua, *distrito oriental*, con que se designaba la parte superior del valle que atraviesa el rio que hoi lleva este nombre. Algunos han confundido estos distritos, hasta suponer inadvertidamente que Almagro tuvo su cuartel jeneral en el asiento de la actual ciudad de San Felipe, lo que no es exacto.

(2) Crónica del Reino de Chile, lib. I, cap. 6.

(3) Historia Jeneral, etc., Lib. 47, cap. 5.°

He aquí el oríjen del nombre del puerto que hace materia de este artículo. Ya con esto seria bastante ilustre. El tiempo, rejistrándolo entre los primeros recuerdos de los fastos de nuestro país, lo ha revestido de una tradicion honrosa, con la que todavía se enlazan incidentes de otro interes, que vamos a apuntar.

Muchos campos de Chile se han hecho memorables por haberse cruzado en ellos la lanza del indíjena i la espada del conquistador, o por haber sido teatro de los combates, que aseguraron la independencia de un pueblo hoi próspero i digno de gobernarse por sí mismo. Tambien las playas del puerto de Quintero se han ilustrado con el primer hecho de armas que ha rechazado, si así puede decirse, la invasion estranjera.

En este hecho figura el caballero ingles, Tomas Candish o Cavendish, que ya habia principiado a llamar la atencion de su país. Siendo aun mui jóven entró en el goce de una fortuna respetable, heredada de su padre. De espíritu activo i ávido de aventuras, principió por buscarlas en el mar, equipando a su costa una barca en que acompañó a Sir Ricardo Grenville, en una espedicion a la Virjinia i las Antillas. De vuelta a Inglaterra se estableció en Lóndres, i aquí en medio de los cortesanos de la reina Isabel, consumió casi toda su hacienda; rivalizando con ellos en lujo i las estravagancias, a que lo inclinaba su jenio campechano i rumboso. En esta situacion i resuelto a recuperar su fortuna, a costa de los enemigos de su país, en guerra a la sazon con la España, preparó una espedicion en la que esperaba recojer tan rico botin, como el obtenido por su compatriota Francisco Drake. La espedicion constaba, dice el capitan Burney (1), de tres buques, el mayor llamado *Desire* de 120 toneladas, el otro *Content* de 60 toneladas i el tercero *Hugh Gallant* de 40 toneladas, con provisiones para dos años de viaje i en todo 123 hombres. Con esos tres pequeños buques salió de Plymouth el 31 de julio de 1586, i "se lanzó, refiere el historiador Hume, al mar del sur, donde cometió grandes depredaciones contra los españoles. Apresó diezinueve buques, algunos de los cuales ricamente cargados. Dando la vuelta por el cabo de Buena Esperanza, llegó a Lóndres, entrando por el rio de una manera triunfal; sus marineros i jente vestidos de seda, las velas de damasco, i las del tope de una tela de oro. Sus presas se estimaban como las mas ricas que hasta entónces se habian conducido a Inglaterra.» Su regreso fué el 19 de setiembre de 1588; i el citado Burney

(1) History of the Voyages and Discoveries on the South Sea.

dice, que al participar su arribo al Lord Hunsdon, chambelan i favorito de Isabel, su carta contiene esta muestra de jactancia: "Navegué a lo largo de las costas de Chile, Perú i Nueva España, donde hice grandes espoliaciones; quemé i eché apique diezinueve buques, grandes i pequeños; i todos los pueblos i villas, en que desembarcara, los entré a saco i los quemé."

Siguiendo, pues, el viaje el arrogante corsario, llegó al Estrecho de Magallanes i lo embocó el 6 o sea el 16 (est. nue.) de enero, 1587 (1). En el puerto, en que Sarmiento de Gamboa habia fundado cuatro años ántes el pueblo de San Felipe, Cavendish recojió a Tomas Hernández, uno de los pocos colonos que habian sobrevivido al rigor del clima i del hambre en ese desamparado establecimiento. De ahí sin mas tardar prosiguió su curso, dejándole a ese puerto el nombre de «port Famine» o *del Hambre*, con alusion a esa circunstancia; entró en el mar Pacífico, i haciendo rumbo al norte, vino a reunir su flotilla dispersa en la isla de Santa María, sobre la ensenada de Arauco; pero no sin haber tocado ántes en la de la Mocha. Juntos los buques, se dirijieron a Valparaíso; pero, segun el mencionado Hernández, que traian a bordo (2), no se pudo reconocer la entrada de este puerto «por estar la tierra tan cerrada» con la bruma talvez, i rebasándola, se hallaron al aclarar el dia sobre el de Quintero, donde surjieron las tres naves, juéves 9 de abril de 1587. Apénas habian dado fondo, cuando se vió desde los buques a un hombre, que parecia haber estado durmiendo sobre una loma vecina al puerto, montar a caballo i echar a correr. Poco despues, dice el estracto de Burney, saltó a tierra el mismo Cavendish, acompañado de 30 hombres; i no bien habia pasado una hora (las cuatro de la tarde, indica Hernández) cuando se presentaron a corta distancia tres hombres «a caballo con sus lanzas i adargas armados.» Cavendish les despachó dos de los suyos i en su compañía al dicho Hernández para que les sirviese de intérprete; pero como aquellos manifestasen por señas que solo a uno dejarian acercarse, avanzó el español con encargo de solicitar provisiones. Miéntras tanto, parece que una partida de los in-

(1) En esta relacion seguimos computando conforme al estilo nuevo las fechas inglesas, pues que todavía i hasta el 14 de setiembre de 1752, no se adoptó en Inglaterra la correccion gregoriana.

(1) *Declaracion que de órden del virei del Perú, príncipe de Esquilache, hizo ante escribano, Tomé Hernández*, en Lima a 21 de mayo de 1620, i publicada en el *Viaje al Estrecho de Magallanes por el capitan Pedro Sarmiento de Gamboa*, Madrid 1768.

gleses hizo un movimiento como para rodear a los de a caballo. Hernández los advirtió de ello disimuladamente para que se retiraran, como en efecto lo hicieron; i él volvió a hacer entender, que de aquellos hombres obtendria lo que se necesitaba. Con esta traza i confiándose en las seguridades que de su lealtad daba este español, salió segunda vez, i llegando a ellos montó en las ancas de uno de los caballos, i todos juntos fueron a parar en la noche a un fundo de campo mas al interior.

Cavendish, aunque sorprendido de esta accion, continuó en tierra ocupado con la jente en hacer aguada i leña hasta el anochecer, en que se retiró a bordo.

Al dia siguiente, una partida de 50 a 60 ingleses ocupó todo el dia en hacer un conocimiento hácia el interior. Anduvieron de unos diez a doce quilómetros, i volvieron a sus buques al caer la noche, sin haber encontrado ni divisado habitante ni poblacion alguna. El aspecto del país les dejó una impresion mui favorable, cubiertos como veian aquellos vallejos i colinas de ganado vacuno, perdices i otras aves, i de una naturaleza que anunciaba la feracidad del suelo.

Pero miéntras los ingleses se ocupaban de esta escursion, las fuerzas que habia hecho adelantar hácia la costa el correjidor de Santiago don Alonso Campo-frio de Carbajal, a las órdenes de Alonso de Molina Parragues (1), con la noticia que ya se tenia de la venida de estos buques, llegaron al amanecer al mismo fundo, en que la noche ántes vino a parar Hernández (2). Con los informes que éste debió suministrarle, Molina pudo formar su plan de acercarse al puerto durante la noche i quedar en emboscada para caer en momento oportuno sobre los ingleses, si el próximo dia bajaban a tierra. El movimiento fué acertado i correspondió a sus espectativas.

En efecto, a las primeras horas de la mañana, sábado 11 de Abril, se desprendieron de los buques algunos botes con direccion a la playa de la parte sudeste del puerto. Desembarcada la jente, se dirijió a las lagunillas o pozos, que a ménos de medio quilómetro de allí forman unas vegas hácia el oriente de la península de Quintero. Su objeto era llenar algunos barriles de agua dulce i lavar la tripulacion su ropa. Descuidados en esta ocupacion, se vieron de improviso atacados por una partida como de doscientos caballos a la cabeza de Alonso Molina. Empeñóse entónces esa accion de guerra, que, como ya dijimos, ha sido la primera del Chile colonial con enemigo estranjero. Los ingleses

(1) Historia de Chile por Don Vicente Carvallo i Goyeneche, M. S. de 1796

(2) "Declaracion, etc," citada ántes.

se batieron en retirada confusa hasta ganar los botes i refujiarse en las rocas del mar (1), al abrigo de los fuegos del patache *Hugh Gallant*, que en el momento se aproximó a la playa en su proteccion (2).

En esta refriega en que, como dice Lovera, anduvieron «un rato a la pelamesa,» los ingleses salieron mal parados como era natural, atendido el número de los asaltadores, sufriendo algunas pérdidas. «La relacion inglesa,» dice Burney, «reconoce solamente la pérdida de doce hombres, muertos i prisioneros, lo que probablemente es correcto; pues que se asientan sus nombres i se especifican los buques a que pertenecian. Con ménos apariencia de exactitud, la relacion de Pretty da a los ingleses el consuelo de haber muerto a 24 de los españoles» (3).

La declaracion citada de Hernández dice que los españoles «mataron doce ingleses, i prendieron otros nueve," i que de estos ahorcaron seis en Santiago.

El padre jesuita Ovalle, que publicó su Historia de Chile 59 años despues de este suceso, refiere que los españoles mataron e hirieron a muchos de los ingleses, «cautivando a catorce, de los cuales justiciaron a los doce, con no poca dicha suya, porque, dejándose persuadir de la verdad de nuestra fé, se reconciliaron con la iglesia católica romana, i así murieron como verdaderos católicos, dejando prenda de su predestinacion.» Qué caridad!

Don José Basilio de Rojas, en sus «Apuntes sobre la conquista de Chile,» manuscrito de 1672, dice que Cavendish corrió la costa hasta el puerto de Quintero, en donde procurando con lanchas hacer agua, le asaltaron los españoles de la ciudad de Santiago, degollándole catorce hombres.» I Carballo i Goyeneche, ántes citado, da como prisioneros «un oficial i trece marineros, con muerte de otros ocho.»

De los españoles no se menciona pérdidas, i aunque Hernández afirma que ninguno salió «herido ni lastimado,» no parece creible que los ingleses hubiesen vendido tan barata la muerte i aprehension de sus compañeros. Los fuegos que les hicieron los buques i la retirada de Molina con todos sus caballos i los prisioneros a Santiago, sin que estos volviesen a renovar el asalto, en los cinco dias mas que Cavendish permaneció en la bahía i bajó a tierra a completar su aguada, hacen

---

(1) Mariño de Lovera, Lib. 3.º, cap. 37. Este es el "peñol metido en el agua," que menciona este cronista, palaba castellana que significa monte o reunion de peñas.

(2) Declaracion, etc., de Hernández citada.

(3) History of the Voyages etc., T. II p. 81. Francisco Pretty, uno de los que acompañó a Cavendish, publicó una relacion circunstanciada de este viaje.

sospechar que alguna pérdida sufrieron, o que no alcanzaron tanta gloria los que, en memoriales e informaciones de cerca de medio siglo despues, hacen alarde de hechos que, en la esperanza de obtener mercedes, se magnifican hasta el grado de hazañas, enaltecidos a su vez, al tratar este punto en su *Historia de Valparaíso*, por el ardoroso i romanesco escritor don Benjamin Vicuña Mackenna.

Cavendish zarpó, al fin, del puerto de Quintero con sus tres bajeles el 15 de abril de 1587, dejando un recuerdo de orgullo para la colonia, i llevando otros de venganza que le hizo ser mas crudo en sus depredaciones de las costas del norte.

Todavía i en tiempo de la sérias desavenencias entre las provincias de Holanda i la España, con motivo del comercio de la India, viene otro célebre marino, Joris o Jorje Spilbergen, a dar al puerto de Quintero cierta mas celebridad en la historia de las espediciones marítimas. Mandaba, con patente del Estatúder de Holanda i con el título de almirante, una respetable flota de cuatro naves de buen porte i dos pequeñas, que habian reunido los Estados en la isla de Texel, centro de pilotos i constructores navales, situada en el Atlántico sobre la costa noroeste de la Holanda. De aquí partió la espedicion el 8 de agosto de 1614, i por la vía de Magallanes entró en el Pacífico. Tocando, como Cavendish, en la Mocha i Santa María, i surjiendo en la bahía de Talcahuano, donde hizo un desembarco i quemó algunas casas de la antigua Concepcion, vino a echar ancla en Valparaíso el 12 de junio de 1815.

Pero encontrando en este puerto un aparato de resistencia, sin espectativa de buena presa, se contentó con algunos actos de hostilidad, i salió de allí para entrar al dia siguiente en Quintero. Esta bahía recibió tranquilo a su huésped. La flota encontró aquí un punto de descanso; echó en tierra la tripulacion, donde por espacio de cinco dias pudo solazarse i hacer aguada i leña, al abrigo de un baluarte semicircular que se armó sobre un punto dominante de la playa. Al retirarse el 27 de dicho mes, puso Spilbergen en libertad a dos prisioneros portugueses que habia tomado en las costas del Brasil (1).

Hállase asimismo ligado con el puerto de Quintero la memoria que, como vice-almirante de la primera escuadra de Chile republicano, ha dejado en el país Lord Cochrane o conde de Dundonald. Este marino llegó por primera vez a nuestras playas el 28 de noviembre

(1) Burney's History of Voyages, etc.

de 1818. Conocidos son sus hechos navales en Valdivia, Chiloé i el Perú, i ya por ello se le ha compensado bastante. Habia comprado la hacienda que lleva el nombre de este puerto, comprendido en su litoral. A su arribo a Valparaiso de vuelta del Perú, el 2 (1) de junio 1822, Cochrane, algo resentido por incidentes políticos que no es del caso referir, obtuvo licencia del Gobierno para retirarse a aquella propiedad. Su residencia a inmediaciones de este puerto i ser éste el punto de embarco en sus visitas frecuentes a Valparaiso i otras circunstancias, se lo hicieron siempre mirarlo con interés. Ya con anterioridad se habia persuadido de sus buenas condiciones marítimas. Sabemos por su secretario Stevenson (2) que, deseoso Cochrane de las mejoras de que era susceptible este puerto, dirijió al Gobierno una memoria, acompañada de un plano, probando las ventajas que esta rada poseía sobre la de Valparaíso, i recomendándola para servir de apostadero a los buques de guerra de la República; i en la que ofrecia al efecto los terrenos necesarios en la bahía para arsenal, edificios de marina, etc. Esta indicacion fué desoída por entónces.

Cochrane residió casi permanentemente en Quintero cerca de siete meses, desde su vuelta del Perú, partiendo de este puerto para el Brasil a bordo del bergantin *Coronel Allen*, en la tarde del 18 de enero, 1823. Antes de separarse definitivamente de las playas de Chile dirijió a sus compatriotas i a los comerciantes de Valparaiso una despedida, datada en Quintero a 4 de ese mes. I aquí es de notar otro hecho que atañe a este puerto, i que se escapó talvez al jenio investigador de nuestro erudito amigo don Miguel Luis Amunátegui, no consignándolo en su interesante artículo *Ensayos sobre los orijenes de la imprenta en la América española*, publicado en el número 7.° de esta revista. Pues bien; esas despedidas, en forma de circular, fueron impresas en la casa de Cochrane, en Quintero, en una prensa litográfica, hecha venir poco ántes de Inglaterra, i la primera que se introdujo en estas repúblicas del Pacífico (3).

---

(1) Stevenson dice el 13; i este error traen tambien la obra «Servicios Navales, etc.» del marino, la «Primera escuadra nacional» de García Reyes i otras La fecha es la del testo. Véase el Mercurio de Chile, pájina 62, i Mrs. Graham's Journal of a residence in Chile, pájina 146.

(2) W. Bennet Stevenson, que publicó en Lóndres en 1825 una obra en tres tomos, cuyo título es «A Historical and descriptive narrative of twenty years residence in South America, etc.» recuerda hechos importantes de nuestra revolucion.

(3) «Servicios navales, etc», Lóndres, 1859, páj. 264.

Tenemos aun otra notabilidad inglesa que ha dejado memoria de Quintero en una de sus obras (1). Es ésta, la *señora Graham*. Hija del capitan Dundas, de la marina inglesa, habia casado a los veinte años en 1809 con otro oficial compañero de Cochrane, el capitan Graham, quien la llevó a la India, donde residió unos dos años. Despues hizo viajes por Italia, España i otros puntos de Europa, de que ha dejado interesantes descripciones. Enviado su marido en la corbeta *Doris* a la América del Sur en 1821, vino con él a estos países; se detuvo un corto tiempo en las costas del Atlántico, i pasó luego a Chile, desembarcando en Valparaíso el 29 de abril del año siguiente, pero no con el corazon lijero i la excitacion que produce la primera vista de playas desconocidas, sino contristada en presencia de los restos de su esposo, muerto durante el viaje i enterrado en ese puerto. De vuelta a su país, embarcándose en Quintero con Cochrane, publicó la obra aludida, que contiene delicadas pinturas de la sociedad de Santiago i Valparaíso, i recuerdos i hechos de conocidas personas de aquel tiempo. En 1827 casó en segundas nupcias con el distinguido pintor paisista, Sir Augusto W. Callcott, llamado *el Claudio lorenés* de los ingleses, i de él tomó el título de lady Callcott. Bajo esos nombres publicó sus viajes a la India, al Brasil i Chile, «Memorias de Poussin», «Ensayo de la historia de la pintura», etc.; obras que revelan jénio i un espíritu altamente cultivado. Murió en 1842.

Del «Diario de una residencia en Chile» (2), traducimos algo que puede interesar a nuestro asunto:

De Concon «salí a caballo para Quintero acompañada del señor i la señora Miers (3) en la mañana del 13 de agosto de 1822. Despues

---

(1) Journal of a residence in Chile, during the year 1822, etc., by Maria Graham. London, 1824.

(2) Journal of a residence, páj. 186.

(3) Miers (Juan) habia venido a Chile en 1819, encargado de plantear i dirijir una empresa para la esplotacion i beneficio de minas de cobre, trayendo útiles i maquinaria para ese fin. Contrariado Miers en la ejecucion del proyecto, se fijó con su familia en un establecimiento de molino que habia levantado en Concon, aprovechando parte de esa maquinaria, desembarcada en la playa inmediata; i allí residió hasta principios de 1825, en que volvió a Lóndres. Al siguiente año publicó sus "Viajes en Chile", i Rio de la Plata (*Travels in Chile and La Plata*), obra en dos tomos 8.° con mapas i láminas que, tanto por éstos, datos jeológicos i algunos otros sobre sucesos de ese tiempo, no carece de interes; pero que desmerece por el negro humor i el rigorismo ingles con que el autor juzga de hábitos que no son los propios, sin consideracion al atraso en que habian mantenido al pueblo el fanatismo i la pésima política de la España.

de vadear el rápido rio de Aconcagua en tres brazos, seguimos a lo largo de un trecho de playa desolada i agreste. Dejábamos a una mano grandes dunas o montecillos de arena, en que no echa raíz ninguna planta verde, i bastante altos para interceptar la vista de los objetos vecinos: i a la otra mano una tremenda resaca verberando incesantemente la playa, que no permite el arribaje de botes o canoas. Hácia la medianía de la distancia entre Concon i Quintero se comunica con el mar la gran laguna de Quintero, por un desagüe que solo en tiempo apacible se abre al traves de la arena, pero que en cualquier otro rompe al traves de la barra, dejando no siempre seguro vado. Cuando lo pasamos estaba cubierto de aves acuáticas.»

«Dejamos la playa, subimos una baja loma i en seguida entramos en una ancha senda de un verde arbolado, i tan plana que parecia obra del arte; cuyas matas, arbustos i árboles mayores, a uno i a otro lado de nosotros, exhalando fragancia de sus hojas, daban abrigo a bandadas de palomas torcaces, tórtolas i perdices, entre las que mi viejo perro de caza, *Don*, andaba como fuera de sí de gozo, i de vez en cuando, despues de hacer punta a alguna de ellas, volvia a mirar atras como reconviniendo porque no se llevaba escopeta. Aquí el viento sud-oeste encorva los árboles lo mismo que en Devonshire, cuando no se hallan al abrigo de las undulosas colinas."

«La casa que está edificando en Quintero Lord Cochrane, se halla distante de ocupar la mejor o mas placible parte del fundo: tiene el inconveniente de carecer de agua cercana. Pero si se hubiese hecho de Quintero el apostadero de los buques de guerra, como llegó a pensarse, la nueva casa habria reunido todas las ventajas de su inmediacion a la escuadra i de dominarlo todo con su vista. La bahía o mas bien la herradura de Quintero es hermosísima; mejor resguardada de los récios nortes que la de Valparaíso; mejor provista en sí misma de leña i agua, i mas próxima de Quillota i el valle de Santa Rosa, que pueden suministrar el abastecimiento de los buques. Algunas rocas, que son bien conocidas, yacen a la boca de la bahía; pero dentro de ella, con escepcion de uno que otro paraje, el tenedero es bueno...»

«Tendiendo la vista desde la casa hasta donde se detiene el ojo, sobre el agraciado contorno de la bahía, contrapuesta a los Andes, parece ésta un bello lago de agua dulce que reposa dentro de sus verdes riberas. Suaves colinas se levantan de allí en varias direcciones cubiertas a trechos de matorrales i en parte sombreadas de bosquecillos de crecidos árboles; i en donde se ven mañana i tarde reba-

ños de vacas, yendo i viniendo del bosque al abierto llano, i de la llanura al bosque»(1).

Como otra ilustracion, no pasaremos sin consignar aquí el servicio que prestaba en tiempo de Cochrane, sin duda ántes i talvez despues de él, la desierta i agreste península de Quintero. Aquí se hacian los grandes rodeos del ganado de la hacienda. A uno de ellos asistió aquella dama en este vasto *corral*, labrado por la naturaleza i hoi destinado a ser el asiento muelle de una linda poblacion.

Despues de estos hechos que, desde la primera nave que surjió en Quintero hasta «La Estrella Naciente» (*The Rising Star*), primer vapor que entró en sus aguas (2), desde Almagro i Valdivia, hasta el viajero Schmidtmeyer, el concholojista Cuming, los marinos Hall i i Fitz-Roy, etc.; despues de estos hechos, decimos, que ilustran i han consagrado el nombre de la bahía de Alonso Quintero, solo nos queda que decir algo sobre sus condiciones como puerto i como futuro pueblo.

Quintero yace entre la ensenada de Concon, en que desemboca el rio de Aconcagua, al sur i la de Horcon i puerto de Papudo al norte, distando de la primera unos ocho minutos de latitud o sean catorce i medio quilómetros, i como doble espacio del Papudo. Deja a unos 30 quilómetros hácia el S. S. O. a Valparaiso (3). La ciudad de Quillota, que es su cabecera departamental, queda a 25 o 27 quilómetros al E. S. E., i a un corto trecho por el N E. se le aproxima la aldea de Puchuncaví.

Dos planos especiales conocemos de este puerto. Uno ha sido levantado en 1835 por los oficiales del buque de la marina inglesa mandado por el capitan, despues almirante, Fitz-Roy: el otro, que es una rectificacion de éste, trazado en 1860 por nuestros distinguidos marinos don Francisco i don Ramon Vidal Gormaz. El que hizo levantar Cochrane por los años 1820 o 1821 parece que se ha estra-

---

(1) Una lámina que representa este paisaje i que no carece de gracia i de belleza, acompaña la obra mencionada en la páj. 329.

(2) Este vapor, que Mrs. Graham llama «linda polacra» habia quedado construyéndose en Lóndres a la salida de allí de Cochrane, i llegó a Chile por el mes de Junio de 1822. Véase en la obra citada de esa señora, pajs. 172 a 177, la escursion que hizo en él el señor Zenteno, Gobernador de Valparaiso, Cochrane, el cura de la Ligua, la misma señora i otros. Véase tambien «Servicios Navales, etc.» paj. 213.

(3) Distancia por mar. Por tierra es de unos 50 quilómetros; será ménos por ferrocarril.

viado. Segun estos planos, que se acuerdan tambien con las antiguas cartas, la bahía presenta la forma de una herradura, cuya boca o entrada mide cerca de cuatro quilómetros, cerrándola por el O. N. O. el estremo mas occidental de la península del mismo nombre de Quintero, i por el N. E. la punta de la Ventanilla. Su fondo mide poco mas de tres quilómetros, pero interna un tanto mas hácia el S. S. O. por donde dicha península forma la garganta o istmo de que arranca. De aquí se ve que la bahía se halla abierta, como la de Valparaíso, a los vientos del norte, pero perfectamente abrigada a los otros rumbos. Toda la costa sudoeste de la bahía la forma dicha península que termina al N. N. O. en la punta que los Vidal Gormaz llaman de los *Molles* i los oficiales ingleses de *Liles* (cuervos marinos): ahora quiere dársele el nombre de *cabo de Cousiño* al ángulo mas boreal. Casi toda ella es medianamente escarpada, con pequeños recesos de playa, hasta llegar al istmo dicho. Desde aquí sigue la curvidad de la bahía hurtando al E. con playa limpia hasta la punta de la Ventanilla, con escepcion de un pequeño promontorio que despide la restinga llamada punta o rocas de *Loncura* (piedra baja) o *Tanguecura* (piedras caidas). A la espalda la tierra se levanta lijeramente amogotada. En el ángulo nordeste, junto a la punta de la Ventanilla, vierte sus escasas aguas el riachuelo de Puchuncaví, formando en su desagüe la pequeña laguna de *Campiche*.

Todo el ámbito de la bahía es de surjidero cómodo i seguro para un moderado número de buques i de mejores condiciones que la rada de Valparaíso. El tenedero es tambien bueno. Los capitanes Parker King i Fitz-Roy (1) dicen: "Esta bahía ofrece ancladero espacioso i bueno en los meses de verano; algunos lo prefieren aun a Valparaíso. El mejor fondeadero se halla en 13 brazas de agua, a media milla al E. de la punta de Liles (allegado a la cual pueda pasarse). Durante los vientos del norte se logra tener algun abrigo...bajo la punta de la Ventanilla.» Dicen tambien que debe darse resguardo al pequeño arrecife, que no vela o asoma sobre el agua, llamado *roca de la Tortuga*, que yace a unos 370 metros de la costa de la península i 740 de su garanta o istmo (2). El plano ingles da, desde poco al norte de esa roca i en direccion al este, una línea de sonda de 11, 10, 9, 8, 6, brazas de agua, fondo de arena; i al

(1) Sailing Directions for South America; part. II.

(2) Los marinos Vidal Gormaz fijan en esta roca la posicion jeográfica del puerto, dándole 32° 46' 30" Lat. S. i 71° 31' 50" Lonj. O. de Greenwich, o sea, 51' 14" O. del Observatorio de Santiago.

sur de la misma 5, 7 brazas. El brazaje del plano chileno, desde dicha roca lesnordeste, es de 5, 8, 9, 10, 12, 12½, 12, 11, 8, 7, 3 brazas de agua; fondo arena, cascajo, fango. Fuera de esta línea la sonda aumenta, i dentro de ella en el ángulo sudoeste, se marcan de 9 a 4 hasta mui cerca de la playa, sin bajar de 3 brazas. En el ángulo nordeste, abrigado por la punta de la Ventanilla, se dan por 10 a 5 brazas de agua, en un buen espacio (1).

Las naves del corsario Tomas Cavendish fondearon en el ángulo sudoeste de la bahía en 7 brazas de agua, arena blanca. La escuadra holandesa, que constaba de seis buques, cuatro grandes (*large ships*), ocupó el mismo fondeadero en medio del invierno, i durante su mansion léjos de esperimentar dificultad alguna, la relacion del viaje de Jan Cornelisz o Mensch-eter, uno de los pilotos, asegura que la bahía ofrecía toda comodidad i resguardo para cualquiera clase de buques; i en el lenguaje de la version latina se espresa *portus hic nulli secundus* que el padre Ovalle traduce "a ninguno cede este puerto.» Por fin, nuestro ilustre contra-almirante Simpson, maniobrando aquí con los buques de la escuadra en la «estacion de nortes i lluvias» le llama «cómodo i hermoso surjidero» (2).

Con todo esto, se hace estrañar un oficio que el señor Echáurren, Intendente de Valparaíso, ha dirijido el 3 de agosto último al señor Ministro de Marina en que tiende a presentar, bajo una luz desfavorable, las condiciones que recomiendan a Quintero como puerto i como asiento de poblacion. Esperemos a que las mejoras que en él van a realizarse fijen su mérito. Pero lo que mas estraño ha de parecer a cuantos conocen el puerto de Quintero, i son todos los jeógrafos nacionales i estranjeros, todas nuestras historias i relaciones de viajeros, i hasta el vulgo de nuestro país, es que el desaconsejado señor Echáurren venga en un decreto a borrar de una plumada el nombre de Quintero, consagrado por la tradicion i hoi familiar a todos, por un nombre que, si puede significar algo para las glorias navales de nuestra República, no era exijido por una razon premiosa para sustituirlo al que tenia el bautismo del tiempo (3). Esta voluntariedad del Intendente de Valparaíso, va sin embargo a ser inútil; pues siempre el puerto

---

(1) Miers, Travels, etc. tom. I. pájina 416, dice que el terremoto de 19 de Noviembre de 1822 desmejoró considerablemente la bahía solevantando el fondo cuatro piés; pero este hecho se niega por el concholojista inglés Hugo Cuming, que tambien por ese tiempo reconoció esas imediaciones.

(2) Oficio de Junio 27 de 1860.

(3) El decreto aludido del Intendente de Valparaíso es de fecha agosto 8 de

de Quintero, seguirá llamándose Quintero i sucederá lo que ha sucedido con Puerto-Montt, llamado así por su fundador el señor Pérez Rosales, que, por enemiga de la Administracion pasada a este nombre, se pretendió hacerlo desaparecer: el nombre estaba dado, i permanece.

A este respecto vamos a traducir una de las instrucciones dadas por la Oficina Hidrográfica de Lóndres a la Comision esploradora de las costas de Sud América en 1831. Dice así: «La aficion de dar multiplicidad de nombres nuevos i sin sentido, de poca monta a lo que parece, tiende a confundir nuestros conocimientos jeográficos. Una vez estampado un nombre en un lugar por su primer descubridor, deberia tenerse como sagrado por el comun consentimiento de todas las naciones; i en nuevos descubrimientos seria mucho mas beneficioso hacer que el nombre espresara alguna idea de la naturaleza del lugar; o si es inhabitado, adoptase la denominacion indíjena, ántes que agotar el catálogo de los hombres públicos o de los amigos particulares del propio país» (1).

Ya se ha dicho que el pequeño procurrente o península forma el costado sudoeste del puerto de Quintero. Esta prolongacion de tierra, bañada a uno i otro lado por el mar, se estiende del S. S. E. al N. N. O. cerca de dos quilómetros; siendo su ancho, en la garganta, por donde se une a los terrenos inmediatos, de 580 a 590 metros, i su mayor ancho, hácia la medianía o frente al sitio destinado al gran hotel del pueblo, poco mas de un quilómetro. Sobre este hermoso tramo de tierra, comprado hace poco con todo el litoral de la bahía de Quintero por nuestro emprendedor amigo don Luis Cousiño, ha resuelto él mismo fundar un bello pueblo, cuya planta, con sus 23 avenidas de 24 metros de espacio i 11 calles de 14 metros, cruzándose en proporcionadas distancias i en variados jiros, con sus parques i jardines, etc., lo va a constituir una especialidad entre los demas de Chile.

A esta poblacion se traerá un ramal del ferrocarril de Santiago a Valparaíso por el concurso de una sociedad anónima, en que ya han

---

1872, i se ha publicado en los diarios de Valparaíso el 22 i 23 i en los de Santiago el 24 de este mes; i dice:

"Permítese al señor don Luis Cousiño fundar una *nueva* poblacion a la orilla del mar en el lugar denominado *Quinteros* (Quintero)"...

«La nueva *poblacion* llevará el nombre de *poblacion i puerto de Cochrane*".....

El decreto es notable por varias incorrecciones.

(1) Narrative of the Surveying Voyages of his Majesty's ships «*Adventure*» and «*Beagle*». Vol. II, páj. 34-5.

tomado parte un gran número de vecinos de ámbas ciudades con derecho a sitios en el nuevo pueblo. Con esta accion i las facilidades que sabe prestar su fundador, Quintero se cubrirá bien luego de bonitas casas, *cottages*, *chalets* i otras moradas, caprichosas o clásicas, modestas o suntuosas; i podrá asemejarse a una bella nereida que ha surjido del fondo de la bahía i ha venido a sentarse sobre la península suelta su húmeda cabellera, prendida de corales i de la verde alga marina.

En adelante el pueblo i puerto de Quintero seguirá tambien asociado al nombre de un cumplido caballero, de un chileno que se le ve disponer con largueza i sin afectacion de su crecida fortuna, en facilitar la educacion del pobre, en fomentar la agricultura, en formar un magnífico paseo para el público de la capital, i ahora en preparar una poblacion i un puerto, para lo que cede graciosamente en favor del público i del gobierno, gran estension de terreno valioso; un centro, en fin, que contendrá bellos edificios i ofrecerá las comodidades de la vida culta i civilizada, donde se reunirá a no mucho tardar un pueblo industrioso i selecto.—*A tout seigneur tout honneur.—Transeat in exemplum.*

FRANCISCO SOLANO ASTA-BURUAGA.

A UNA JOVEN LOCA DE PESAR

Era jóven, era bella,
Era de su hogar la estrella,
I su brillante fulgor
Iluminaba la vida
De otra alma a que estaba unida
Con ardiente i casto amor.

Esa alma volóse al cielo,
I ella se abisma en el duelo;
Siente pánico pavor:
Murió, dijo..... i queda luego
En espantoso sosiego,
En silencio aterrador.

¡Miradla en su hogar sentada
Con la frente reclinada
Sobre su pálida sien!
No se queja ni suspira;
Mas la infelice delira
Con otro mundo, otro eden.

Ese hogar que ha sido el templo
De la dicha, i el ejemplo
De la honradez i virtud
Hoi es escombros, memoria.....
De la vida esa es la historia:
Una cuna, un ataud.....

Víctima del dolor, niña sensible,
Un poema de amor tu faz revela
I en tu mirada incierta i apacible
Hai algo de fatídico que hiela!

Dime qué sientes cuando así abismada
Ves pasar ante tí hora tras hora?
Qué busca en el espacio tu mirada?
Por qué tu corazon sufre i no hora?

En vasta soledad hoi vaga tu alma
Huérfana de placer, de luz, de vida.....
Quizá el delirio sus dolores calma
Talvez soñando su pesar olvida.

Eran dos seres en una alma sola,
Belleza, juventud, amor constante
Formaron lazos que la muerte inmola
Dejando herida a la infeliz amante.

Cual en tallo jentil flor hechicera,
De la naturaleza hija mimada,
Principiaba su hermosa primavera,
Por un rayo de amor acariciada.

Mas negra tempestad cubrió su cielo,
Un rayo vino al corazon derecho,
Dejó cenizas al herirlo, i hielo
I llanto, i soledad dejó en su lecho.

I llanto? Llanto nó, que si rodara
Por su pálida faz líquida perla,
Las nieblas de su mente disipara,
I el ánjel del dolor sonriera al verla.

Esa gota voraz del sentimiento
En sus tranquilos ojos ya no asoma:
Hoi duerme en esa frente el pensamiento
Cual duerme bajo el ala la paloma.

Dejadla, por piedad, que si despierta
Llamando el dulce esposo que ha perdido,
Verá una tumba ante sus piés abierta
I el alma lanzará con su jemido.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

A LOS DIRECTORES DE LA "REVISTA"

Señores Directores:

Remito a Uds. las breves, pero interesantes pájinas referentes al descubrimiento de Chiloé por don Alonso de Ercilla, que debo a la complacencia de don Francisco Vidal Gormaz. Este hábil marino, infatigable esplorador de nuestra costa austral i de los archipiélagos que pueblan sus mares, apenas ha tenido tiempo para redactar a toda prisa, sobre su cartera de viaje, las observaciones palpitantes de interes, que ya me habia referido en su animada conversacion, i que hoi he conseguido arrancarle por escrito.

Con la *Araucana* en la mano, recorria Vidal, en 1871, los mismos parajes que, a fines de febrero de 1558, atravesó por vez primera el poeta-soldado, hasta grabar su nombre de descubridor en la frájil corteza de un árbol de Chiloé. El árbol acaso ha desaparecido, pero la octava real en que Ercilla grabó el hecho, vivirá mas que los mármoles.

La Araucana sirvió a Vidal de derrotero minucioso cuando se propuso seguir las huellas del poeta, borradas de la arena por el viento de tres siglos, i encantado quedó de la fidelidad descriptiva de aquellas robustas octavas que le sirvieron de guía. Sinembargo, se las acusa de ceder a la fuerza del consonante i a los mirajes de la fantasía ántes que a las exijencias de la verdad.

El cargo es infundado. Ercilla sacrificó las bellezas de la forma i los arrebatos del lirismo a la fidelidad histórica i jeográfica. De este sacrificio resulta un doble cargo formulado contra el poeta: por demasiado fiel en cuanto a los hechos históricos, por inexacto en cuanto a las descripciones. Aceptando el primero, i desechando el segundo en vista de la esposicion de Vidal, la Araucana adquiere un sin-

gular valor como documento histórico, de que están mui léjos las demas composiciones épicas.

Don Andres Bello en su exámen de la Araucana, considerándola bajo el punto de vista de la estética literaria, afea a Ercilla su sujecion *algo servil* a la verdad histórica en mengua de las galas poéticas.

Las investigaciones del señor Vidal dan nuevo realce a la pomposa historia de las tribus araucanas en los primeros dias de la conquista, esculpida en versos heróicos de magnífica amplitud i de exacta verdad. Las noticias que hoi nos trasmite, aunque lacónicas, desvanecen el último cargo lanzado contra el soldado testigo i actor, ya no como poeta sino como pintor fiel i minucioso de los nuevos pasajes que reconoce i describe. Ercilla sabia ver i sabia decir, a diferencia de Oña que dice lo que imajina i pinta lo que no ve.

Vidal Gormaz, despues de tres largos siglos, recorre los mismos lugares que Ercilla i ve i admira lo que él vió i admiró. Para la vida del planeta los siglos son dias, i, en los incesantes cambios que desmoronan las montañas i colman los mares, tres siglos no bastan a dejar perceptible huella. Allí está el abierto golfo; allá a lo léjos levantan sus canastillos de verdura las islas del archipiélago. En la arenosa playa la ola de ayer sigue a la ola de hace tres siglos, i el esplorador chileno como el conquistador español, puede decirnos, que:—

> ..... a la bajada
> de la ribera, en parte montüosa,
> halló fresca la blanca coronilla
> del fruto de la murta, que vió Ercilla.

¿De dónde nace, entónces, el cargo de infidelidad descriptiva lanzado contra la Araucana?—Ese cargo proviene de una grave confusion de lugares.

Se supone que la columna aventurera de Hurtado de Mendoza, en que iba enrolado el bravo capitan don Alonso, hizo alto en Carelmapu para divisar desde allí el archipiélago chilote, i que el antiguo rio Purahilla, hoi el Maullin, es el «hondo i veloz desaguadero» que cruzó el poeta.

Vidal hace ver lo antojadizo de semejante suposicion, i la desautoriza del todo, probando que la columna espedicionaria avistó el archipiélago desde las playas de Melipulli, desde donde se domina el ámplio golfo de Reloncaví i se divisan las islas agrupadas de Calbuco, que bordan aquellas aguas.

La columna militar restaura sus fuerzas i de nuevo se pone en marcha en direccion al sur, siguiendo las sinuosidades de la costa, i divisando a medida que avanza las nuevas i numerosas islas ancuditanas, que parecian salir del océano para comtemplar a sus futuros señores. A los tres dias los castellanos fueron detenidos por «un hondo i veloz desaguadero,» que segun Vidal, es el canal torrentoso de Chacao. Dió aquí don García por terminada la espedicion i tocó a retirar. Ercilla, sin embargo, no volvió cara, sino que, destacándose con diez de sus compañeros, atravesó el estrecho i no sin peligro abordó la isla grande de Chiloé por la punta de Puqueñun.

Vidal Gormaz ha recorrido la isla en todas direcciones i la conoce palmo a palmo; por eso, sin miedo de equivocarse, puede afirmar que aquella árida punta es el único paraje a que exactamente se aplica la descripcion de Ercilla. Aquel es el único punto de la verde isla que sea terreno ingrato i arenoso, sembrado de dunas movedizas, mas que de ramosos matorrales i airosos bosques de árboles robustos i delicados helechos.

No es pues estraño que haya total discordancia entre el crítico i el poeta, si ámbos siguen diversos derroteros que conducen a la contemplacion de diversos panoramas.

Desvanecido el error, adquiere la Araucana nuevo lustre como documento histórico, minucioso i exacto no solo al contar los hechos sino al describir los lugares, teatro hazañoso de los veteranos de la Flandes i del indómito araucano, no ménos valiente i sagaz i jeneroso i esforzado.

Los suscritores de la Revista hallarán amena lectura en las juiciosas observaciones arrancadas a la cartera de viaje del esplorador chileno, que, como otras muchas, su jenial modestia tenia condenadas al olvido.

De Uds. etc.

E. de la Barra.

ERCILLA

I EL DESCUBRIMIENTO DE CHILOÉ

> Ercilla, describiendo los hechos en que él mismo intervino, los hechos de sus compañeros de armas, hechos conocidos de tantos, contrajo la obligacion de sujetarse algo servilmente a la verdad histórica.—La Araucana, juicio crítico por don Andres Bello.

Ocupado de esplorar parte de la rejion austral de Chile desde algunos años há, he necesitado compulsar algunos documentos históricos relativos a los puntos que estudiaba, no tanto por ilustrarme en la crónica de aquellos tiempos i lugares sino para confrontar los conocimientos jeográficos alcanzados en diversas épocas.

Ercilla, como lo dice mui bien el respetable autor de las líneas con que encabezamos estos apuntes, es uno de los mas prolijos i notables, i podemos asegurar que el señor Bello decia una profunda verdad al escribir en su juicio crítico sobre la *Araucana* la sentencia a que nos referimos.

Leer a Ercilla sobre el terreno que describió a mediados del siglo XVI, hace admirar al gran soldado i al poeta historiador no ménos que al jeógrafo, que con tanta exactitud permite reconocer las huellas de los conquistadores despues de tres largas centurias.

Hacer conocer uno de sus rasgos jeográficos mas notables, ordinariamente mal interpretado, es el móvil de las siguientes líneas.

La cansada columna del presidente de Chile, don García Hurtado de Mendoza, de la que formaba parte don Alonso de Ercilla i Zúñiga, despues de su larga peregrinacion a través de los bosques de Valdivia, descubrió

«de Ancud el espacioso i fértil raso,
«i al pié del monte i áspera ladera
«un estendido lago i gran ribera.
«Era un ancho archipiélago, poblado
«de innumerables islas deleitosas,
«cruzando por el uno i otro lado
«góndolas i piraguas presurosas.» (1)

Aceptando estos versos de Ercilla, no nos es posible dejar de hacer algunas observaciones a las opiniones contradictorias que circulan en varios escritos históricos. I aceptamos el testo del poeta porque en los numerosos casos que hemos podido comparar sus descripciones sobre el terreno mismo a que se refiere, es tan rigorosamente exacto que admira; por lo que jamas, así lo creemos, pudo haber terjiversado la historia sometiendo su pujante númen al rigor de un consonante.

A pesar de los versos citados, hai quien cree que Carelmapu es el punto desde donde divisaron los esploradores al archipiélago de Chiloé, i de la misma manera se supone tambien que el rio Maullin, llamado antiguamente Purahilla, es «el hondo i veloz desagüadero» que atravesó Ercilla el postrer dia de febrero de 1558 (2), i donde se detuvo la columna de don García al avistar el archipiélago. Por nuestra parte estamos mui léjos de aceptar tales suposiciones, desde que sobre el terreno, descrito admirablemente por el poeta, hemos escuchado sus armoniosas octavas.

Ercilla, al anunciar el descubrimiento, nos habla de «un estenso lago situado al pié de un monte de áspera ladera», i luego agrega: «que era un ancho archipiélago poblado de numerosas islas.»

Desde las riberas del Maullin, cualquiera que sea el punto que se elija, no se sospecha la existencia de lago alguno ni mucho ménos se divisa un monte de áspera ladera. Desde Carelmapu tampoco puede verse lago o montaña que concuerde con la descripcion de don Alonso, por lo que creemos desechables las anteriores suposiciones i mal interpretada la descripcion de Ercilla.

La columna de don García Hurtado de Mendoza debió avistar el archipiélago desde el antiguo Melipulli—hoi puerto Montt—o desde las alturas que miran hácia la isla de Maillen, en el seno de Reloncaví; i solo así se puede poner de acuerdo el testo de Ercilla con la re-

(1) *Araucana*, canto 35, octava 40 i 41.

(2) *Diccionario jeográfico de Chile*, por Asta-Buruaga, voces CHACAO i MAULLIN.

jion citada, admirando a la vez el rigor de sus descripciones. Desde cualquiera de esos dos puntos se domina el espacioso seno de Reloncaví i algunas islas del archipiélago, como asimismo «la gran ribera al pié del monte» de Calbuco o volcan Yate, que se dibujan sobre las cristalinas aguas del Reloncaví.

Avistado el archipiélago, que no puede ser otro que el grupo de islas de Calbuco, descendieron los descubridores sobre la costa, cosa que no hubieran tenido que hacer por Maullin o Carelmapu, donde no se presenta rejion elevada que obligase al poeta a espresarse en estos términos:

.....«a la bajada
de la ribera, en parte montüosa,
hallamos la frutilla coronada
que produce la murta virtuosa.» (1)

El mismo dia, reparadas las fuerzas de la cansada columna con los jenerosos recursos suministrados graciosamente por los isleños, i

«Esforzada así desta manera,
i tambien esforzada la esperanza,
se comenzó a marchar por la ribera,
segun nuestra costumbre, en ordenanza;
i andando una gran legua, en la primera
tierra que pareció cómoda estanza,
cerca del agua, en reparado asiento
hicimos el primer alojamiento.» (2)

Al dia siguiente continuaron su marcha, llevando

.....«el rumbo al sur derecho,
la torcida ribera costeando,
siguiendo la derrota del estrecho,
por los grados la tierra demarcando:
pero cuanto ganábamos de trecho
iba el gran archipiélago ensanchando,
descubriendo a distancias desviadas
islas en grande número pobladas.» (3)

El marchar "al sur derecho" siguiendo la torcida costa i la circunstancia de que el archipiélago se ensanchaba al paso que hacian camino, como asimismo el hecho de avistar mayor número de islas,

(1) *Araucana*, canto 35, octava 44.
(2) Id., id. 36, id. 11.
(3) *Araucana*, canto 35, octava 17.

es del todo concluyente. Si el descubrimiento del archipiélago de Ancud hubiese tenido lugar por Maullin o Carelmapu, de seguro que el poeta no hubiese descrito con tanta semejanza la costa occidental del seno de Reloncaví i el grupo de islas de Calbuco.

El segundo dia de marcha, dice Ercilla que visitó la isla principal (Puluqué?), reconoció dos mas i rodeó algunas otras (1). Luego agrega:

"Pues otro dia que el campo caminaba,
Que de nuestro viaje fué el tercero,
Habiendo ya tres horas que marchaba,
Hallamos por remate i fin postrero
Que el gran lago en el mar se desaguaba
Por un hondo i veloz desaguadero,
Que la corriente i ancha travesía
El paso por allí nos impedia." (2)

Esta octava hace mas evidente que el camino seguido por las tropas de don García era la costa ántes indicada i de ninguna manera la del Océano. Por otra parte, demuestra tambien que el término del viaje fué el canal de Chacao i no el rio Maullin o Purohilla; que a haber sido éste, en medio dia habrian dado con el desaguadero; mas el poeta solo habria tenido a la vista las rocas llamadas hoi dia farellones de Carelmapu i la isleta de doña Sebastiana, todas casi inabordables i sin habitantes. Lo que no concuerda con las islas descritas por Ercilla, que eran bien pobladas i abundantes de recursos i de embarcaciones.

Don Alonso de Góngora i Marmolejo, en el capítulo 29 de su historia de Chile, hace sospechar que la senda seguida por Hurtado de Mendoza llevaba los Andes a corta distancia, i no de otra manera podian haber visto el gran lago que llamaron de Valdivia, el Llanquihue. Siendo así, la version de Marmolejo, historiador coetaneo al descubrimiento de Chiloé, está tambien de acuerdo con Ercilla en cuanto al punto desde donde avistaron el archipiélago.

El obstáculo ofrecido por el estrecho de Chacao, parece que decidió a don García a dar por terminada la marcha i dispuso su vuelta al norte, huyendo del invierno i para darse tiempo de poblar a Osorno, lugar con el que habia simpatizado en su marcha al sur; pero ántes de verificarlo comisionó, al licenciado Altamirano para que con

(1) *Araucana*, canto 35, octava 19 i 21.
(2) *Araucana*, canto 35, octava 22.

algunas piraguas fuese a reconocer mas adelante. A esta partida parece que iba agregado el poeta Ercilla; pues de lo contrario habria hecho mencion de ella en su notable poema, en vez de pintar a la columna de don García en retirada despues del tercer dia de reconocimiento.

Altamirano, con su jente, solo reconoció el grupo de islas de Calbuco i las riberas del desaguadero de Ancudbox hasta Carelmapu, su parte occidental; i prueba de haber estado en este último punto se encuentra en la narracion de la malograda espedicion al Magallanes de Juan Ladrilleros, en que se asegura haberles oido a los indios que nombraban con frecuencia a Altamirano, en noviembre de 1558, circunstancia que probó a esos desgraciados marinos que alguna columna española habia llegado hasta Carelmapu, llamado en aquel tiempo Chanqui, nombre que conservan hasta el presente las alturas de la península de Chocoi.

Trazada ya la senda seguida por los descubridores, veamos cuál puede ser el punto de la isla grande de Chiloé en que abordó Ercilla cuando cruzó el Chacao, para grabar en el tronco de un árbol la fecha del descubrimiento. Sigamos al poeta un poco mas.

Mas yo, que mis designios verdaderos
eran de ver el fin desta jornada,
con hasta diez amigos compañeros,
jente gallarda brava i arriscada,
reforzando una barca de remeros,
pasé el gran brazo i agua arrebatada,
llegando a zabordar, hechos pedazos
a puro remo i fuerza de los brazos.

Entramos en la tierra algo arenosa,
sin lengua i sin noticia, a la ventura;
áspera al caminar i pedregosa,
a trechos ocupada de espesura;
mas visto que la empresa era dudosa
i que pasar de allí seria locura,
dímonos vuelta luego a la piragua,
volviendo a atravesar la furiosa agua (1).

Por la primera octava puede verse claramente que el gran brazo i agua arrebatada no puede ser el rio Maullin, cuyas pandas aguas se mueven suavemente a impulsos del flujo i reflujo del Océano. Por otra parte resaltaria desde luego el desórden en la discripcion de Ercilla;

(1) *Aracana*, canto 36, octavas 26 i 27.

pues para que así fuese, era necesario que hubiese atravesado «el hondo i veloz desaguadero» antes del descubrimiento del archipiélago de Ancud, mientras que, segun se ha visto, despues de tres dias de marcha, siguiendo al sur derecho la torcida costa, llevando a la vista numerosas islas pobladas, i solo entónces, fueron detenidos por el desaguadero o canal de Chacao.

Por la segunda octava se viene en conocimiento que la punta de Pugueñun o sus inmediaciones, únicos puntos que concuerdan por su naturaleza con la descripcion del poeta, ha sido el local donde abordaron los valientes castellanos al cruzar las raudas aguas del Chacao; i solo éstas podian conmover la imajinacion de Ercilla hasta el punto de calificarlas de «arrebatadas i furiosas».

La naturaleza arenosa de Pugueñun,—en partes aluvial, con sus riberas respaldadas por dunas, matorrales i bosques a trechos,—concuerda perfectamente con la descripcion de Ercilla. Cualquier otro punto de la costa de la isla grande de Chiloé es inaceptable.

Conocida la senda seguida por don García Hurtado de Mendoza, la rejion por donde avistaron el archipiélago de Ancud i el punto que abordó Ercilla en la isla grande, concluiremos por la fecha del descubrimiento.

La mas aceptada es la que da Ercilla i que asegura haber grabado en el tronco de un corpulento árbol, sobre la costa norte de la isla grande del archipiélago, como un recuerdo de su atrevida empresa, por medio de la octava siguiente:

> Aquí llegó donde otro no ha llegado,
> don Alonso de Ercilla, que el primero
> en un pequeño barco deslastrado,
> con solo diez posó el desaguadero;
> el año de cincuenta i ocho entrado
> sobre mil i quinientos, por febrero,
> a las dos de la tarde, el postrer dia,
> volviendo a la dejada compañía (1).

Esta interesante ficcion del poeta, pues no es posible pued agrabarfe una octava real sobre la corteza de un árbol, nos ha conservado la fecha del descubrimiento.

Chiloé, pues, fué avistado desde el seno de Reloncaví el dia 26 de febrero, teniendo lugar la atrevida empresa de cruzar el Chacao dos dias despues, o sea el último dia de febrero de 1558.

F. Vidal Gormaz.

(1) *Araçana*, canto 36, octava 29.

VENECIA

(CONTINUACION)

Luego llegó la noticia a la Casa de los Comunes, el capitan Cadurcis, lord Scrope i otros jóvenes inmediatamente dejaron sus asientos. Saltaron sobre sus caballos i cargaron sobre el populacho ya casi triunfante. La multitud, sin embargo, continuó luchando miéntras tuvo delante hombres sin armas, pero tan pronto como vió avanzar un escuadron de soldados, dejó la plaza completamente abandonada.

En las naturalezas delicadas como la de Cadurcis, solo hai un paso de la tranquilidad a la mas violenta desconfianza. La esperiencia de aquel dia, abrumadora para él, le habia hecho sentir todo lo que tienen de amargo los ultrajes de la sociedad i él estaba resuelto a ultrajarla. Sin embargo, su memoria le pintaba con cariño el valiente celo de su primo i la noble conducta del Obispo. Solo le preocupaba la idea que Venecia podria formarse de toda aquella historia, que ya sabia él cómo el público jeneralmente la contaba. Por lo demas, el juicio del mundo entero nada le importaba, todo lo aborrecia i execraba, su único pensamiento era abandonar la Inglaterra para no volver a ella nunca mas.

XXIII

Las tranquilas aguas del ancho lago reflejaban el azul de un cielo sin nubes. Estaban cubiertas de villas las jentiles faldas de los verdes cerros que bordeando al lago ya formaban ensenadas pintorescas, boscosos promontorios o se abrian en valles de una belleza virjinal:

aquí i allá se levantaba una capilla solitaria i la sombría cúpula de un pino. Una barrera de montañas azules descubria sus formas mas allá de los cerros inmediatos. De cuando en cuando se armaban como los espectros de una mascarada los nevados ventisqueros de los Alpes.

Hacia ya una hora que el sol se habia puesto i las largas sombras de los cerros se proyectaban sobre el lago: un ancho bote movido por dos remeros se acercaba a un terrado de mármol.

—Vendrán esta tarde Vittorio, dijo uno de los remeros al otro.

—Me parece que sí, porque este aire le hará a la jóven suiza mas bien que cincuenta doctores.

En ese momento una sirviente apareció en el terrado i poco despues lady Annabel bajó las gradas, acompañada de Venecia que se apoyaba en su brazo.

Brilló al verlas el semblante de los dos boteros i los dos preguntaron con ternura i sentimiento por la salud de Venecia.

—Yo creo mis amigos, que despues de todo Uds. tienen razon i el lago va a curarme.

La nueva aparicion de aquellos síntomas que en otro tiempo habian reducido a lady Annabel a llevar su hija a Weymuth la determinaban ahora a hacer un paseo por Italia; pero las fatigas del viaje dejando exaustas las fuerzas de Venecia los detuvieron a orillas del lago Majiore, donde habia pasado dos meses, sufriendo todavía por su gran debilidad pero no sin ventajas sin embargo.

Allí solas i tranquilas se entregaban a esa feliz situacion que cria en el espíritu la contemplacion del mundo sensible. Solo un amigo vino a mezclarse en ese diálogo íntimo i mudo con la naturaleza grande i divina. Era el capitan Cadurcis: el amigo querido que encantaba a lady Annabel por su nobleza, severidad i recordaba a Venecia ese nombre de Cadurcis que ella amaba apesar suyo. Pero la permanencia del capitan no podia ser larga i la nueva situacion en que Venecia se encontraba tocó luego a su fin.

—Mañana se va, le preguntaba la jóven al capitan paseándose con él por el terrado.

—Debo salir al amanecer i tengo que andar aprisa porque ántes de un mes debo llegar a Sicilia.

—Sicilia! Porque se vá a Sicilia?

El capitan se sonrió.—Porque tengo que ir a ver a un amigo nuestro.

—¿Plantajenet?

El capitan hizo una señal de asentimiento.

—¡Pobre Plantajenet!

—Su nombre ha estado muchas veces en mis lábios.

— Estoi cierta de eso. I como está?

Me escribe mui contento. Ha viajado por España i ahora está en que se yó que parte de Africa pero debemos encontrarnos en Sicilia. Creo que los viajes le han hecho mucho bien.

—Yo quisiera que volviera a Inglaterra.

—Solo hai una circunstancia que pudiera determinarlo. I despues de una pausa añadió el Capitan i ¿Ud. no me pregunta cual es?

—Yo quisiera que viviese en Ingalaterra i que viviese feliz.

—Está en su poder hacerlo así.

—Es inútil que hablemos de eso. Plantajenet sabe cuales son mis sentimientos respecto a él, pero él destino se ha opuesto a nuestra union.

—I ¿qué le diré en su nombre cuando nos encontremos?

—Háblele de mis sentimientos que siempre ha poseido sin merecer jamas.

—¡Pobre Cadurcis! esclamó el capitan sacudiendo la cabeza. Si ha habido un hombre desgraciado es él.

Poco despues de la partida del capitan, los Herbert continuaban su viaje. Se viajaba entónces cruzando la rejion de Italia que une a la una gran fertilidad de bellezas pintorezcas tradiciones tan brillantes como las que rodean la última residencia de Petrarca. Esta parece haber sido espresamente formada para el retiro de un poeta.

Se levanta sobre una cumbre elevada que rodean pinos i viñedos dominando un estenso panorama que alcanza hasta las orillas mismas del Adriático.

Nuestros viajeros fueron sorprendidos al saber que la casa del poeta era habitada por un propietario mui distinto del labriego que aguardaban encontrar en ellos. Oyen decir que un caballero aleman la habia hecho su residencia. Los aldeanos alababan profusamente a los viajeros el carácter noble í la jenerosidad inagotable de aquel hombre que consagraba su vida al estudio i a la felicidad de cuantos le rodeaban. El enfermo, el menesteroso, el desgraciado encontraban en él un consuelo i un auxilio; habia enviado a Bolonia un jóven cuyas aptitudes para la pintura le habia llamado la atencion, a otros facilitaba recursos para que estudiaran las matemáticas o la medicina en las mas celebres universidades europeas. Las jentes lo creian médico porque asistia a los enfermos i hasta se hablaba de que alguna vez habia operado con éxito. Desde les tiempos de Petrarca nadie habia gozado de tan gran popularidad como este jeneroso aleman.

Las animadas narraciones de su infatigable bondad interesaron a lady Annabel i su hija quienes quisieron conocerlo.

No estaba en su casa, pero habia dejado órden de mostrar su habitacion a los que quisieran en su ausencia visitar el retiro del poeta italiano. Todo era allí sencillo, solo llamaba la atencion la inmensa cantidad de libros que se veia en todas partes i el retrato de una hermosa mujer que la sirvienta llamaba «la señora.»

—Pero esta no es una fisonomía alemana, dijo Lady Annabel.

—La señora es italiana, contestó la sirviente.

—Es mui bonita.

—Oh! mamá cuánto me habria gustado encontrar estas jentes tan felices porque deben ser felices.

—Ah! si Ud. conociera al caballero! El lo ha arreglado todo. No permite que nadie trabaje en el jardin. Hace una semana que fué a Bolonia a ver a nuestro Paulo. Si la señora quisiera esperarlo un poco lo encontraria aquí.

—No podemos esperar, pero Ud. dará las gracias en nombre nuestro a su señor por la amabilidad con que hemos sido recibidas. Todos Uds. deben ser felices con un amigo como él.

Cuando lady Annabel i su hija llegaban a Ravigo se desató con furia irresistible una de esas tempestades tan frecuentes al fin de los otoños italianos. Zumbaba el viento con un ruido mas violento que el del trueno i granizaba en medio de una verdadera tempestad. Esta inesperada vicisitud determinó a nuestros viajeros a detenerse en Ravigo donde habia felizmente una cómoda posada.

El edificio habia sido un palacio en otro tiempo i en sus altas galerías, su vasto vestíbulo a que daban las principales habitaciones, conservaba los restos de su esplendor pasado. El hospedero, su mujer, las Herbet i una familia que llegó poco despues que ellas buscando donde ponerse a salvo de la lluvia, eran todos los habitantes de la posada.

Lady Annabel i su hija ocupaban el salon i cerca del fuego conversaban sobre los felices moradores de la casa de Petrarca, recordaban a Cherbury su tranquilidad i su calma. La madre trabajaba una tapicería i la hija salió a buscar un libro para hacerle compañía.

Cuando salia de su cuarto para volver al salon en que su madre la aguardaba se abrió la puerta de la habitacion de enfrente i salió por ella un caballero en traje de terciopelo veneciano. Su estatura era superior a la ordinaria, i su cuerpo considerablemente delgado se doblaba, no ciertamente bajo el peso de los años porque, su semblante retenia las trazas de la juventud. Su cabello largo, principiaba a en-

canecer. Su fisonomía pálida, descolorida, no parecia terrestre, pero sus grandes ojos azules, majestuosamente colocados entre dos párpados lijeramente sombreados, brillaban todavia con su fuego, dando espresion i vida a aquel semblante que aunque bello en sus líneas parecia mas bien el de un cadáver que el de un ser viviente.

La mirada del estranjero se encontró con la de Venecía i pareció fascinarla. Súbitamente ella se quedó sin movimiento, miró de una manera a aquel hombre que tambien se detuvo como una estátua con los ojos fijos en la bella aparicion que tenia delante. Una espresion de duda i de ansiedad contrajo la fisonomia de Venecia i luego como haciendo un esfuerzo sobrenatural esclamó en una voz indescriptible: Padre mio! Venecia salió i cayó sin sentido entre los brazos del estranjero.

Así despues de tanto misterio, tanta angustia i sufrimiento, Venecia Herbert encontró a su padre.

Marmino trémulo i ajitado tomó a Venecia al parecer sin vida i la llevó a su cuarto i miraba silencioso las formas inanimadas i desconocidas que de una manera tan estraña tenia entre su brazos. Aquellos lábios ahora cerrados como los de un muerto habian pronunciado una palabra que sacudia su corazon i resonaba todavia como una voz sobrenatural. El miraba el párpado trasparente como si quisiera leer algun secreto en sus venas pelúcidas; tocaba los largos bucles con un dedo trémulo que parecia buscar una vaga i milagrosa prueba de identidad. Aquel ser encantador lo habia llamado padre. Sus sueños nunca le habian pintado a su hija con la mitad de esa belleza. Ella lo llamaba padre! Miraba a su rededor con un aire estraño, i luego miraba a la jóven con una mirada que habia penetrado en su alma. El no se a trevia apensar quién seria. Su pensamiento vagaba por una tierra lejana, visiones de otra vida, de otro pais, se levantaban delante de él turbias i oscuras. Aspiraciones burladas, esperanzas perdidas i el secreto querido de su sombría existencia cruzaban como nubes por su cerebro perplejo. Padre! Era una palabra que lo enloquecía. Aquel ser lo habia llamado así i parecia haber espirado como si fuera una espresion irresistible. Sí, el era el padre de un hijo desconocido que recordaba sin cesar i que ya se habia habituado a mirar como el hijo de sus sueños poéticos mas bien que de la realidad. I ahora venia esta creatura radiante i lo llamaba padre. ¿Estaba despierto i en medio del mundo, o era el delirio de una imajinacion sobrescitada, que acaricia siempre la misma idea? Oh! si volviera a hablar. Si los lábios mudos pronunciaran una sola palabra aunque de nuevo lo llamara *padre* i nada mas.

Herbert miró al cielo como si aguardara que un prodijio sobrenatural pusiera fin a la suprema tortura de su espíritu; miraba a su misteriosa compañera: el color de rosa volvia gradualmente a sus mejillas; sus labios parecian temblar con el aliento. Solo habia una palabra mas estraña para su oido que la que ella habia murmurado; quiso contenerla dentro de su pecho, pero un impulso irresistible la llevó a sus labios:

—Venecia! esclamó.

Los ojos de la jóven se abrieron lentamente; miró a su rededor con una mirada de perpleja vaguedad; encontró el semblante de su padre que otra vez con terror i angustia le decia: Venecia! La única respuesta que le dió fué inclinarse con una enerjía nerviosa i esconder su cara en aquel pecho querido.

Herbert la oprimió sobre su corazon. Todavía dudaba de aquel increible encuentro. De nuevo la llamó por su nombre, i con una confianza que aumentaba, añadió:

—Mi Venecia.

—Su hija, murmuró ella, su propia Venecia..... Estoi como en un sueño.

—La hija de mi corazon ha encontrado su dueño, dijo Herbert con una voz apasionada, al padre que ha vivido tan largo tiempo soñando con ella, al padre que acaso le enseñaron a odiar.

—Oh! nó, nó, esclamó Venecia hablando con rapidez, no a odiar: era un secreto, nadie pronunciaba su nombre.

—Un secreto! Mi existencia un secreto para mi hermosa, mi querida hija! ¿Por qué siquiera no le enseñaron a odiarme?

—Mi padre! ¿Estoi con mi padre? Recuerdo que nos encontramos. ¿Dónde fué? En Aqua? En el jardin? Estoi con mi padre! Oh! déjeme verlo! I se volvió mirando a Herbert con una séria ansiedad. ¿Es Ud. mi padre? Su pelo ha cambiado desde que lo ví; éntónces era dorado. Yo sé que Ud. es mi padre. Ud. no puede engañarme. Yo sé su nombre. No me lo dijeron; yo lo descubrí; pero eso me enfermó, mucho, mucho, i desde entónces nunca he estado bien. Ud. es Marmino Herbert.

—Venecia! esclamó Herbert oyendo con angustia las palabras incoherentes de su hija. Mi Venecia me ama.

—Oh! siempre lo amo, siempre, siempre. *Antes de conocerlo ya lo amaba. Talvez Ud. no creerá que lo amo. Todo ha sido tan rápido. I cuando yo lo encontré a Ud. me pareció que era un sueño. Yo he leido sus versos. Los sabia de memoria.*

—Dulce cordero de mis afectos. Temo que este encuentro con uno

de cuyo pecho Ud. nunca debió estar separada no sea fatal para su débil cerebro.

—No se lo diré a mi madre, se enojaria.

—Su madre, mi querida ¿dónde está su madre?

—Estaba en Aqua conmigo, i despues en el lago, pero no sé donde estamos. Si pudiera recordar donde estamos lo sabria todo.

—Este es Rovigo, mi hija, la hospedería de Rovigo. Ud. viaja con su madre ¿no es así?

—Sí, i vinimos esta mañana, i llovia..... Ahora lo sé todo.

—I nos encontramos en el vestíbulo, mi hijita, i Ud. me conoció! mi Venecia me conoció. Trate de recordar cómo conoció a su padre.

—Se parecia tanto al retrato de Cherbury; su pelo está un poquito mas cano, pero tan largo, tan largo como en el retrato.

—Ud. veia el retrato de su padre todos los dias?

—Oh! nó, le contestó Venecia moviendo la cabeza, solamente una vez. I no se lo dije nunca a mi mamá. Estaba en un cuarto donde nadie podia entrar excepto mi mamá, pero yo entré. Tuve fiebre i entónces lo confesé todo. Muchos años despues mi mamá me dijo que se lo habia confesado. Esa fué la primera i la única vez que me ha hablado de mi padre.

—I ella le enseñó a odiarme i a aborrecerme? I ella le dijo que yo era un malvado, un villano, un demonio? Eh! No fué así, Venecia?

—Ella me dijo que Ud. habia destrozado su corazon i que le pedia a Dios que su hija no fuera tan desgraciada como ella.

—Oh! mi Venecia, ahora veo que pudimos haber sido felices.

Entretanto, la ausencia de su hija principió a inquietar a lady Annabel que supo con sorpresa que Venecia habia entrado al aposento del estranjero.

Ella entró a la habitacion que le indicaban i lo primero que pudo ver fué a su hija en los brazos de un hombre que tenia inclinada la cabeza i la besaba. A pesar de tan estraña escena, lady Annabel no pareció conmoverse: solamente dijo en un tono que espresaba mas bien asombro que ajitacion: Venecia!

Inmediatamente el estranjero levantó la cara, i lady Annabel vió a su marido. Quedó clavada al suelo. Se puso mortalmente pálida. De repente dió un paso hácia adelante i esclamó con una voz en que habia mas desmayo que decision:

—Vuélvame mi hija!

—No trato de quitársela señora, es suya i es digna de Ud. Pero respete por un momento, le suplico, los sentimientos de un padre que ha encontrado su única hija de una manera tan imprevista.

La presencia de su madre volvió a Venecia a si misma. Su pensamiento quedó claro, su vida pasada i peculiar volvió a su imajinacion con toda su vividez i toda su verdad. Comprendió completamente su nueva situacion i dominada por sentimienios desde largo tiempo acariciados i la necesidad del momento se arrojó a los piés de su madre esclamando:—¡Oh! madre, es mi padre!

—Annabel, le dijo Herbert con voz trémula apesar de los esfuerzos que hacia por parecer tranquilo, sea jenerosa! Jamás he querido arrebatarle lo que le pertenece i así lo haré ahora. Si Ud. no quiere tratarme con cariño, a lo ménos no me trate con aversion delante de nuestra hija.

Todavía ella se quedó sin voz ni movimiento, ocultando el semblante a su marido i a su hija, pero revelando en su altiva actitud su pensamiento inexorable.

—Annabel, continuó Herbert que se habia retirado a alguna distancia para apoyarse en un pilar, veinte años de desesperacion no bastarán acaso para comprar un momento de tregua? Yo la he injuriado. Que sea así. No es esta la ocacion de defenderme. Pero, ¿no he sufrido? No es este encuentro un castigo mas amargo que todos los que pudiera soñar su venganza? ¿Acaso no es nada contemplar tan hermosa hija i sentir que es solamente suya? Annabel, míreme, míreme solo un instante, mi cuerpo está encorbado, blanco mi cabello, desgarrado mi corazon, i el principio de la vida huye de este cuerpo desterrado. Ya no soi ese Herbert a quien Ud. en otro tiempo sonrió, sino un hombre herido por muchos sufrimientos. La odiosa conviccion de mi existencia no la perseguirá a Ud. por mucho tiempo; un poco mas, i no quedará de mí mas que el recuerdo. Piense en esto; Annahel, yo le suplico que piense en esto. Oh! créame, cuando llegue la hora fatal que me abrirá la tumba, no recordará Ud. sin satisfaccion que si nos encontramos por casualidad no nos separamos con odio.

—Madre, querida madre, murmuró Venecia, háblele!

—Venecia, su padre la ha visto, ha hablado con Ud. Entre su padre i yo no puede haber nada de comun. Debemos separarnos.

—Oh, nó, yo no puedo irme, añadió Venecia con una voz histérica.

—Entónces déjeme, contestó la madre.

—Madre, Ud. no se irá, Ud. no me dejará, esclamó Venecia en un tono de desesperacion violenta viendo que su madre no parecia ceder. ¿Acaso no son nada sus sufrimientos? Es así como Ud. entiende

mi fidelidad? Deberé yo siempre ser una víctima? Miéntras hablaba Venecia, abandonó la mano do su madre; ésta se movió i con el movimiento Venecia cayó al suelo. En el rápido instante en que los dos se precipitaron sobre ella para levantarla, las manos de Lady Annabel se encontraron con las de Marmion.

—Se la entrego a Ud., Annabel! dijo Herbert colocando a Venecia en los brazos de su madre. Ud. me juzga mal si cree que trato de estraviar los sentimientos de esta criatura anjelical. Es suya! que ella le compense todo el mal que le ha hecho a Ud. pero que nunca tuve intencion de hacerle.

—Madre, háblele! repitió Venecia, pero Lady Annabel continuó en silencio.

—Su madre fué siempre indiferente i fría, Venecia, dijo Herbert espresando al fin la amargura de su corazon exasperado.

Augusto Orrego Luco.

(Concluirá.)

REVISTA DEL MES

Santiago, agosto 31 de 1872.

Balta cae, Gutierrez surje, Pardo le sucede: hé ahí lo que en los primeros dias de agosto nos decia el telégrafo con una concision desesperante. El océano siempre borrascoso de la política interior de Sud América habia llegado a ser un lago manso i cristalino. Las nubes amontonadas en la frontera de la República Arjentina i el Brasil acababan de desvanecerse. ¿Quién era el temerario que pertubaba esta quietud i evocaba la tormenta? Balta ha sido asesinado. Han sido asesinados los Gutierrez. ¿Qué es aquello? Nada todavía. Los cadáveres se han suspendido, se han despedazado, se han carbonizado. Es la escena final del Hamlet, ejecutada por una horda de caníbales. Sangre cobardemente derramada enrojece las calles de Lima, de Lima la ciudad de los vireyes, de los ojos fulminantes, del perfumado i voluptuoso carnaval. La hoguera arde todavía, la turba aspira los vapores i baila al chirrido de la carne que se retuerce devorada por la llama, el órden constitucional se restablece, i las calles no se purifican, i no hai un jesto de indignacion para el verdugo ni una palabra de compasion para las víctimas. La noticia llega a Chile, i la prensa aplaude. El pueblo, se dice, ha castigado un delito de leso-pueblo. Pero ¿cómo sino perpetrando un delito todavía mas atroz de lesa-humanidad? No importa: el militarismo ha recibido un escarmiento, el candidato civil ha triunfado, i sube al poder teniendo ante su vista limpio el horizonte. ¿Está limpio el horizonte en que van a condensarse los vapores de la sangre i en que quedan suspendidas las cenizas aventadas de tres hombres? El pueblo ha hecho justicia. ¿Hace justicia el pueblo que mata al desarmado i que carboniza al muerto? ¿El pueblo de Lima compra a este precio el renombre de justiciero?

Balta ha muerto, i han muerto los Gutierrez. Sin embargo, Balta, que en mas de una ocasion hizo callar el cillindro de las prensas, es el primero que ha hecho vibrar en los campos de su patria el sonido del vapor; i acaso Gutierrez no trató mas que de anticiparse a una revolucion que tenia en Valparaiso su almacen de provisiones i que ya habia minado sordamente el órden establecido. El tiempo pasará, i podrá esplicarse entónces la fuga, la desercion i la derrota de un ejército considerable ante un populacho que no ha sido amasado con el polvo de los héroes. La sangre no es estéril: la turba, acostumbrada a ver correr la sangre del toro, ha hecho correr la sangre humana, i quién sabe si no ha de preferir la sangre humana a la del toro! El Perú se ha transformado: la suavidad de sus convulsiones se ha estinguido. ¿Ha ganado con esta transformacion? Antes de hoi los campos de batalla del Perú eran incruentos como el campo de Marte de Santiago. El poder era la Tierra Santa hácia a donde se dirijia multitud de peregrinos. Se llegaba al templo; i si no se redimian los pecados, por lo ménos las deudas se redimian. Solia quedar el rastro del peculado, rastro de calle pública que al fin se confundia. Ahora pueden quedar las huellas de la sangre que ni se confunden ni se borran.

La tempestad ha terminado; i las aves de mal agüero que se encumbraron mecidas por el viento de la borrasca, protestan que se elevaron para buscar en las alturas un elemento con que destruir esa misma tempestad. Es una manera de volver al nido; pero el nido cuenta ya con otros pobladores, i los vientos que llevan no son los vientos que traen. El órden se ha restablecido en el Perú; i Valparaiso, la caja de Pandora de la costa del Pacífico, se ha abierto nuevamente, i el miasma revolucionario va a infestar la admósfera siempre predispuesta de la costa de Bolivia. La conflagracion no prende. El jeneral Quevedo llega a una poblacion en que se enciende la mecha para partir la roca i no para derribar gobiernos. La chispa no alcanza a traspasar ni los desiertos ni las montañas. El jeneral tiene que huir, i Bolivia puede respirar.

De Chile ha partido el jérmen, pero Chile es como un perfumista que no usa sus cosméticos i que se limita a venderlos a los demás. Chile queda en calma. Se debaten cuestiones de trascendencia: el sufrajio, que importa su porvenir político; la inmigracion, que importa su porvenir agrícola; el matrimonio, que importa su porvenir social. Hai allí combustible para una hoguera; pero, con el mar por un lado i las nieves por el otro, la antigua estopa de este pais ha llegado a hacerse incombustible. Caracoles es el rei de la situacion. Júpiter llue-

ve oro, nuevos bancos se levantan, nuevas ciudades se construyen, nuevos millones se manifiestan, i la caida de Dánae justifica la poca resistencia del pais.

¿Hai gobierno? Se ignora. ¿Hai política. ¡Quién sabe! La palabra interpelacion ha perdido su virtud magnética, i no consigue arrastrar a la barra del congreso una docena de desocupados. La cámara no se reune, i no hai siquiera el poco práctico consuelo de poder imputar la responsabilidad de su indiferencia a los amigos de la administracion. El barómetro marca variable. Jira la veleta, la brújula vacila, i es imposible conocer el viento que sopla i el rumbo a que se obedece. La tripulacion no se inquieta sin embargo: olvida que en el mar hai promontorios, i se deja arrastrar por la corriente.

Los promontorios que preocupan son los de tierra firme. El Santa Lucía fija todas las miradas; i suspiran tristemente las provincias que carecen de un cerro en que hacer una esplanada i que carecen de lo suficiente para encargar a los fundidores de Lóndres un mercado de hierro en que se venda la carne a precio de oro. A los antiguos deseos de reforma administrativa ha sucedido una exijencia ardiente de reforma arquitectural. Para el futuro está perdido el candidato que formule un progama de principios políticos i no presente un plano de injentes construcciones. Al intendente de Santiago cabe el honor de haber abierto esta época memorable, época que marca sin duda el nacimiento de la actividad admistrativa pero de una actividad que, limitando su esfera de accion al desarrollo de tendencias suntuarias que a mas de un espíritu han alarmado en esta capital, no se traduce en aumento de bienestar para la jeneralidad de sus habitantes i que haciéndola un pueblo de opulentos es impotente para hacer mas barato el pan. Santiago tendrá un ancho camino que roedee su cintura, i una esplanada hermosa ceñirá su frente. A este fin, el público ha dado su dinero i la intendencia ha desplegado su vigor; pero si todos los años hai una queja contra el Estado porque invierte en la guardia cívica cantidades que podian invertirse fructuosamente en la instruccion ¿por qué no lamentar que la intendencia olvide de una manera absoluta esta necesidad suprema miéntras agota completamente sus recursos en esplanadas i mercados que como la guardia cívica nunca serán otra cosa que un objeto de lujo i de diversion?

Hecha a un lado la miseria, surcado el cerro de espirales, inaugurado el palacio del consumo, el centro de la ciudad es la mesa del avaro de la Escritura. Lázaro está a la puerta, i apénas si del espléndido festin se tiene el pensamiento de enviarle una migaja. Para adver-

tir que el arrabal es el inagotable proveedor del cementerio, ha sido necesario que la muerte amenazara destruir el arrabal. Se ha considerado útil la construccion de habitaciones para obreros; pero miéntras los objetos de ostentacion han llegado a ser una realidad, aquellas habitaciones son ménos que un proyecto todavía: son apénas una idea.

Lázaro se ajita; i un fenómeno económico que en Chile ha principiado por la última capa de la costra social, ahora se propaga con una rapidez que tiene mucho de estraordinario. Hace un año, el pais miraba con espanto la emigracion en grande escala de los trabajadores agrícolas que se dirijian a las faenas del Perú, en donde se les ofrecia mas alimento, mas abrigo i mas salario. El gañan obedecia a su instinto como el ave que deja la sierra por el prado, como el árbol que prolonga sus raices para buscar en las entrañas de la tierra los elementos de su sávia. El resultado no se hizo aguardar. Se reconoció por primera vez, pero basta con una vez, que el trabajo es un capital i que el gañan es un hombre, i se dieron garantías al capital i se dió al hombre pan blanco que comer i techo cerrado en que abrigarse. El movimiento se ha propagado; i como sucede con todas las fuerzas nuevas, indómitas en razon de su misma novedad, no ha sabido manifestarse de un modo conveniente. El gremio de tipógrafos de Santiago i Valparaiso está dispuesto a formular pretensiones excesivas que la condicion natural de su trabajo i de las empresas impide satisfacer i que por ahora no harán mas que desacreditar un derecho i condenar una fuerza que, justa i verdaderamente ejercidos, son dignos de respeto i atencion.

Cuando se observa este movimiento, ayer no mas en Europa indisciplinado; cuando se ven sus ramificaciones, que no por ser espontáneas dejan de ser universales; i cuando aunque en pequeña escala todavía se divisa su poder en paises como Chile, en donde las miserias del trabajador europeo son desconocidas, es imposible dejar de reconocer que el jérmen de la revolucion social está en la atmósfera del mundo i que las bases económicas de los pueblos civilizados están condenadas a modificarse, mas o ménos pronto, mas o ménos esencialmente, pero en todo caso fatalmente condenadas a una profunda modificacion. Por felicidad, aquí, donde son lentos e incesantes los progresos, raras e impotentes las convulsiones, previsores i prudentes los ciudadanos, aquí se irá comprendiendo poco a poco que el despotismo del capital, como todos los despotismos, puede tener por consecuencia la anarquía del trabajo. Teóricamente todavía, pero mas vale de algun modo que de ninguno, ya se reconoce que las grandes estensiones en manos

de un solo propietario no producen los mismos resultados que las estensiones pequeñas en poder de propietarios numerosos. La actividad individual como la pupila de los ojos puede abrazar el horizonte en toda su superficie; pero contrayéndose a un punto determinado la actividad i la pupila, descubren detalles, perspectivas i condiciones que se escapan necesariamente en la contemplacion de los conjuntos.

Sin embargo, no todo es para el pobre olvido i abandono. La viruela, que llegó a tomar proporciones verdaderamente estraordinarias, va cediendo terreno con presurosa rapidez. Los enfermos encontraron ciencia i asistencia en los jóvenes alumnos de la Escuela de Medicina, i estos jóvenes alumnos han encontrado amor, respeto, admiracion i gratitud en el público de la capital. Están acuñándose las medallas que han de condecorar el pecho de los que han peleado esa batalla silenciosa que se establece a la cabecera del enfermo, i el Club de Setiembre les hace esta noche una manifestacion ménos espléndida que merecida.

Si hai algo que prueba la perfectibilidad del corazon humano i que muestra los jérmenes de virtud que la instruccion severa desarrolla en él, es la noble conducta observada por los que son todavía una esperanza en presencia de la muerte. El egoismo es el privilejio de la ignorancia que no comprende las atracciones del bien ni las repulsiones del mal. El médico principia desde sus primeros años a vivir con el cadáver en el anfiteatro de la escuela; pasea su vista por la sala silenciosa en que yacen postrados cien enfermos, cien enfermos que han perdido su individualidad i que no tienen mas nombre ni mas distintivo que el número pintado en cifras negras a la cabecera de su lecho. No divisa en la muerte mas que la descomposicion del organismo ni divisa en el dolor mas que la manifestacion de una perturbacion orgánica; i despues de llegar a esta materializacion completa del dolor i de la muerte, el médico tiene todavía dulzuras para calmarlo i lágrimas para sentirla. Miéntras tanto, el sepulturero, que alimenta de cadáveres las entrañas insaciables de la tierra, los mira con una indiferencia glacial, a pesar de que contempla en ellos la manifestacion incomprensible de un dedo misterioso que puede volver a sacarlos de la tumba. ¡El amor es hijo del espíritu! El sentimiento i la caridad son hijos de la razon!

Hé ahí el mes: el mes se abre con la noticia de tres víctimas i tres barbaries en el Perú, de una espedicion cuasi-filibustera que marchaba a hacer en Bolivia una nueva carnicería, i de un jefe revolucionario a quien se fusila en Venezuela; continúa con una completa indiferencia política, con una lamentable inaccion parlamentaria,

con una reprensible brusquedad del diplomático boliviano, con una ajitacion injusta de los obreros, con el restablecimiento del órden en e Perú, con el fracaso de la espedicion del jeneral Quevedo, con la desaparicion de Juarez, el gran americano que ha hecho imposibles en América las intervenciones de la Europa; i se cierra con la fuga de la viruela, con el renacimiento de la poblacion a su tranquila existencia de costumbre, i con merecidos honores tributados a unos cincuenta jóvenes que han enjugado mas lágrimas, aliviado mas dolores i prestado mas servicios al pais i a la humanidad durante la corta carrera de su vida, que esa multitud innumerable de egoistas que han vivido largos años creyendo que los hombres i las cosas se han hecho para su comodidad i su uso propio i que el sol, la luna i las estrellas se han hecho para la comodidad i el uso de la tierra.

FANOR VELASCO.

SEÑORES DON FANOR VELASCO I DON AUGUSTO ORREGO LUCO,

Presente.

Señores i amigos: Motivos esclusivamente personales me obligan a separarme de la empresa de la *Revista de Santiago* a que con Uds. he tenido el gusto de pertenecer.

Mi tiempo es indispensable para ocupaciones de otro jénero. No siendo hombre de letras, tengo necesariamente que ser hombre de negocios i Uds. saben que las letras están léjos todavía de ser negocio.

Queden Uds. con la propiedad esclusiva de la REVISTA, i aunque ella no les dé derechos para que figuren sus nombres en el libro de cuentas corrientes de los Bancos, déselo al ménos para que se inscriban en el catálogo de una Biblioteca.

Con consideraciones de aprecio, soi de Uds. afectísimo amigo.

ONOFRE GUZMAN

Santiago, agosto 12 de 1872.

SEÑOR DON ONOFRE GUZMAN,

Presente.

Mui señor i amigo nuestro: Aceptando las consideraciones que obran en Ud. para separarse de una empresa que no será nunca una empresa mercantil, nos vemos en el caso de manifestar a Ud. que para nosotros su separacion es tan sensible como era estimable su cooperacion.

De Ud. fué la idea de publicar la REVISTA DE SANTIAGO; Ud. organizó su distribucion, reunió sus primeros suscritores, e introdujo en sus pequeñas entradas i en sus pequeños gastos un órden i una regularidad sin los cuales hubiera sido imposible continuar su publicacion.

Agradeciendo a Ud. mui cordialmente sus trabajos, i deseándole una buena dósis de prosperidad, nos suscribimos de Ud. amigos sinceros i A. A. S. S.

FANOR VELASCO,—AUGUSTO ORREGO LUCO.

Santiago, agosto 17 de 1872.

CARACTER POLITICO

I SOCIAL

QUE SE PROCURÓ DAR AL TEATRO EN CHILE DESPUES DE LA INDEPENDENCIA

Los próceres de la revolucion hispano-americana concibieron el teatro, no como un simple pasatiempo, sino como una institucion social cuyo principal objeto era propagar máximas patrióticas i formar costumbres cívicas.

Entre otros, Camilo Henríquez sostuvo con mucho empeño varias veces esta doctrina en la *Aurora de Chile*, i en el *Censor* de Buenos Aires.

«Yo considero al teatro únicamente como una escuela pública, escribia Henríquez en la *Aurora*, número 31, tomo 1.° fecha 10 de setiembre de 1812; i bajo este respecto es innegable que la Musa dramática es un grande instrumento en las manos de la política. Es cierto que en los gobiernos despóticos, como si se hubiesen propuesto el inicuo blanco de corromper a los hombres, i de hacerlos frívolos, i apartar su ánimo de las meditaciones serias, que no les convenian, era el objeto de los dramas hacer los vicios amables. Sublimes poetas, uniendo a grandes talentos grandes abusos, lisonjeando el gusto de cortes frívolas i corrompidas, atizaron el fuego de las pasiones, i alimentaron delirios dañosos. Empero, para gloria de las bellas letras, autores mui ilustres, cuyos nombres serán siempre amados de los pueblos, i cuyas obras vivirán miéntras haya hombres que sepan pensar i sentir, conocieron el objeto del arte dramático. En sus manos, la trajedia noble i elevada mostró a los dueños del mundo los efectos formi-

dables de la tiranía, de la injusticia, de la ambicion, del fanatismo. Puso ante sus ojos las revoluciones sangrientas producidas por las pasiones de los reyes; procuró enternecerlos con la pintura de las calamidades humanas; les hizo ver que su trono podia trastornarse, i que podian ser infelices. ¡Oh! si un horror saludable por la neglijencia de los crímenes que han causado la desesperacion de los pueblos, hubiese estorbado que ellos mismos viniesen a ser triste asunto de nuevas trajedias! Mas los imperios, lo mismo que los hombres, parece que adquieren con los años una irresistible tendencia a la muerte.— Entre las producciones dramáticas, la trajedia es la mas propia de un pueblo libre, i la mas útil en las circunstancias actuales. Ahora es cuando debe llenar la escena la sublime majestad de Melpómene, respirar nobles sentimientos, inspirar odio a la tiranía i desplegar toda la dignidad republicana. ¡Cuándo mas varonil, ni mas grandiosa, que penetrándose de la justicia de nuestra causa, i de los derechos sacratísimos de los pueblos! ¡Cuándo mas interesante, que enterneciendo con la memoria de nuestras antiguas calamidades! Ah! entónces no serán estériles las lágrimas; su fruto será el odio de la tiranía, i la execracion de los tiranos!»

El teatro, agregaba en el *Censor*, número 137, fecha 2 de mayo de 1818, es «la escuela agradable e injeniosa de la moral pública i el órgano de la política.»

Camilo Henríquez i aquellos de sus comtemporáneos que eran revolucionarios de corazon aspiraban a que la América Española, llegada a ser independiente, fuera, no simplemente una España Ultramarina, parecida en todo a su madre, la España Europea, sino un conjunto de naciones en realidad libres, i conducidas por la ancha via de la civilizacion i del progreso.

Ansiosos de ver cumplirse cuánto ántes estos votos despues de tanta sangre derramada, de tantos riesgos corridos, de tantos sacrificios soportados, dirijieron todos sus conatos al fomento de la ilustracion.

A pesar de la escasez de recursos, prestaron atencion preferente a la fundacion de escuelas, de colejios, de bibliotecas, de periódicos.

Pero temieron que la influencia benéfica de estos diversos arbitrios fuera demasiado lenta.

Estaban impacientes por que el rebaño de súbditos criado por la metrópoli en las comarcas del nuevo mundo se convirtiera en pueblo instruido i varonil.

Lo que les pareció mas propio para producir resultados prontos i eficaces fué el teatro, cuyos imponentes i atractivos espectáculos consideraron podian causar en los ánimos profunda i saludable impresion.

Por esto exijian que se pusieran en escena preferentemente piezas que importaran una leccion instructiva para los ciudadanos, piezas como la *Jornada de Maraton*, *Roma Libre*, la *Muerte de César*, *Caton de Utica*.

Camilo Henríquez, en el *Censor* de Buenos Aires, no vacilaba en rechazar como « atrocidad pagana» el *Oréstes* de Alfieri, i como « bufonada e inmoralidad» el *Sí de las Niñas* de Moratin.

Reprobaba todo espectáculo que fuera «fútil, enervante, afeminador.»

«Eso está bueno, escribia en el *Censor*, número 111, fecha 30 de octubre de 1817, para pueblos estúpidos i bribones.»

Segun él, si solo habian de darse composiciones de aquella clase, la autoridad debia cerrar los teatros.

Pero no se crea que solo admitiera piezas de carácter político; pues tambien encomiaba aquellas que, como las de Molière, combatian ciertos vicios sociales.

En 1817, celebró en el siguiente dístico latino la aficion a las composiciones de este jénero, que se habia despertado en Buenos Aires.

Floret et ingenium, pulcherrima scena refulget.
Plaudite!! Tartuphus hæc miracula fecit.

Todos los escritores de la escuela de Camilo Henríquez condenaban con mucha severidad la literatura dramática española, cuyo espíritu supersticioso i ultra-monárquico les repugnaba.

Los periódicos de Chile de aquella época contienen diversos artículos escritos en este sentido.

La *Gaceta Ministerial*, número 95, tomo 1, fecha 5 de junio de 1819, verbigracia, contiene un comunicado en el cual se reprueba con la mayor acritud la representacion del *Diablo Predicador*, comedia que se tacha de pueril i absurda, i se agrega lo que sigue:

«Desearia que se tomase alguna consideracion sobre este punto por los majistrados a quienes corresponde. En los pueblos cultos, debe ser el teatro una escuela de instruccion pública. En él deben darse lecciones de política, de trato social, de virtudes cívicas i relijiosas, etc. Si el nuestro, por estar en sus principios, no puede subir a este punto, debe a lo ménos haber un empeño para que progresivamente vaya acercándose a él, sin permitirse jamas la representacion de piezas corruptoras del buen gusto i costumbres. Nómbrese un censor intelijente, sin cuyo exámen i aprobacion no pueda representarse pieza alguna teatral, i nos verémos libres de que estos u otros diablos salgan a las tablas a asustar niños i a embelesar a las viejas.»

Los patriotas ilustrados a que me estoi refiriendo desplegaron par-

ticular empeño por imprimir al teatro una tendencia anti-clerical.

Para ellos, la revolucion habia tenido un doble objeto: la independencia de las colonias hispano-americanas, i la destruccion del réjimen teocrático.

Cuando hubieron alcanzado el primero, encaminaron sus esfuerzos a obtener el segundo, que reputaban igualmente importante, i de seguro mas difícil.

Todos conocen mas o ménos cuál era la organizacion colonial.

El monarca ejercia una dominacion absoluta i omnipotente sobre sus posesiones ultramarinas.

Para asegurar este poder omnímodo, habia puesto en práctica distintos arbitrios, cuya enumeracion completa no sería ahora oportuna.

Mencionaré solo algunos de los principales.

Habia procurado establecer la mayor incomunicacion posible entre la América Española i el resto del mundo, i aun entre provincia i provincia.

Habia reconocido, por lo ménos en la práctica, i especialmente en el último tiempo, la superioridad de los españoles peninsulares, a quienes preferia para todos los cargos de honor, de lucro o de confianza, sobre los criollos, a quienes trataba con recelo.

Habia concedido al clero toda especie de prerrogativas i de intervencion en los distintos actos de la vida social, encomendándole que hiciera acatar como dogma el derecho divino de los reyes, i la lejitimidad de la donacion de la América por el papa Alejandro VI.

La revolucion habia derribado la autoridad del monarca, que pretendia imperar desde mas allá del océano sobre las dilatadas comarcas del nuevo continente.

Habia derribado las barreras que se oponian a las relaciones amistosas entre los habitantes de la América i de la Europa.

Habia proclamado los títulos incontestables de los americanos para gobernarse a sí mismos, sin tener que sujetarse al imperio de jente nacida en lejana tierra.

Pero habia dejado intacta la supremacía clerical, amparada por la lei i la costumbre.

La única diferencia que habia bajo este aspecto entre el estado de cosas anterior a la revolucion i el posterior a ella era que ántes el clero estaba obligado a defender los intereses del soberano, i que despues solo tenia que velar por los suyos propios.

Una parte de los revolucionarios se dió por satisfecha con el resultado obtenido; pero otra parte que habia aspirado, no solo a sepa-

rarse de la metrópoli i a decretar la libertad del comercio i a asegurar a los nacidos en el país la opcion a todos los cargos públicos, sino tambien a poner a los pueblos hispano-americanos en la via de la mas amplia civilizacion, no se resignó a la conservacion de un réjimen que embarazaba con las trabas mas perjudiciales el completo desenvolvimiento de la intelijencia i espontaneidad humanas.

Entre estos últimos quizá habia unos pocos que eran hostiles a cualquier principio relijioso en sí mismo.

Sin embargo, preciso es convenir en que la inmensa mayoría de ellos queria limitarse a combatir el clericalismo, o sea la teocracia.

Cultivaban en sus almas el sentimiento relijioso, i lo respetaban en los demas, cualquiera que fuese la forma bajo la cual se espresara, siempre que no irrogara perjuicios a otro; pero no podian conformarse con que en nombre de la relijion dominante, se suscitaran obstáculos a la difusion de las luces, o se quisiera imponer una creencia por medios coercitivos mas o ménos declarados.

No comprendian que fuera lícito colocar la fe relijiosa al amparo de la ignorancia o de la violencia.

Miéntras tanto, era precisamente esto lo que sucedia bajo el imperio de las costumbres i de las instituciones vijentes.

Voi a citar dos hechos que pueden enseñar mas acerca del estado de la sociedad chilena en aquella época, que cuanto pudiera decirse.

En abril de 1821, fué a confesarse con un sacerdote mercenario una niña, hija de un padre piadoso, pero amante de la ilustracion.

El confesor i la penitenta entablaron este diálogo.

—¿En qué emplea Usted su dia?

—Por la mañana, me ocupo en leer.

—¿Qué lee Usted?

—Algunos libros en frances.

—¿Quién ha enseñado a Usted el frances?

—Mi padre.

—¡Qué buen padre tiene Usted! Retírese; i cuide de decir a su padre que él i Usted se condenarán, si él sigue enseñando a Usted el frances i Usted aprendiéndolo. Váyase Usted, porque no merece Usted el perdon de semejante pecado. Yo no la absuelvo a Usted.

Este caso característico se halla consignado en la *Miscelánea Chilena*, núm. 13.

El que lo menciona asegura haberlo sabido de boca de la misma niña.

Para mayor aseveracion, da a conocer el nombre del confesor, frai Bartolomé de los Reyes.

La necesidad de imponer o de censurar las creencias relijiosas, no por la persuasion, sino por medios coercitivos, era sostenida sin rebozo i con la mayor enerjía.

Voi a detenerme algun tanto sobre uno de los hechos que lo manifiestan, porque se refiere a una cuestion que se halla actualmente en tabla, sin haberse arreglado todavía de un modo definitivo i bien satisfactorio.

Para ello, insertaré aquí algunos documentos curiosos, que, o son desconocidos, o están olvidados.

«*Santiago*, 30 *de noviembre de* 1819.

«Excelentísimo Señor. Los estranjeros abajo firmados que profesan la relijion protestante piden permiso respetuosamente para esponer i representar a Vuestra Excelencia por sí i en favor de otros de la misma fe que puedan en lo sucesivo establecerse o residir en el estado de Chile.

«Los abajo firmados están persuadidos de que, llamando la atencion de Vuestra Excelencia a un asunto de la mayor importancia para ellos, no se creerá que tratan de robar el tiempo a Vuestra Excelencia, ni que tienen la menor intencion de dar su opinion sobre unas instituciones de que no son miembros, i de las cuales el único juez justo e infalible es aquel Ser que todo lo sabe.

«Ellos están ciertos de que en los varios casos en que han muerto sus hermanos protestantes en la ciudad de Santiago han sido inducidos, en la última estremidad i cuando ya les habian faltado sus facultades físicas i mentales, a abjurar su relijion para ser enterrados cristianamente; i que los restos de otros de su creencia que se habian mantenido por conciencia firmes en sus dogmas habian sido perturbados despues del entierro, i espuestos en la playa en el puerto de Valparaíso.

«Por consiguiente, ellos consideran que es un deber suyo solicitar la interferencia de Vuestra Excelencia para impedir que vuelvan a ocurrir actos semejantes, que chocan a los sentimientos de humanidad, i suplican a Vuestra Excelencia se sirva concederles permiso para comprar en la inmediacion de esta ciudad, i tambien en la del puerto de Valparaíso, un pedazo de tierra a propósito para los ritos fúnebres.

«Ellos están seguros, por la notoria liberalidad de Vuestra Excelencia, que se les concederá lo que piden, aun cuando no tuviesen el ejemplar de que se les habia concedido lo mismo a los protestantes en las Provincias Unidas del Rio de la Plata i en el Brasil.

«Los abajo firmados tienen la honra de suscribirse con el debido respeto de Vuestra Excelencia atentos humildes servidores.

«*W. H. Shirreff*, comandante de las fuerzas de Su Majestad Británica en el Pacífico, *José Andrews*, *Guillermo Hodgson*, *Ricardo Price*, *H. Bettesworth*, *Samuel Price*, *Jorje Perkins*, *Juan Begg*, *W. Drewry Hall*, *R. Parkers*, *A. E. Robson*, *Juan Mather*, *Juan Diego Barnard*, *Márcos Walton*, *Guillermo Henderson*, *W. C. Webbes*, *Tomas Mac Bowr*, *Cárlos Drewecke*, *Andres Morris*, *C. Delegal*, *Diego Paroissien*, *J. Robinson*, *Diego Ashcroft*, *Cárlos Higgison*, *Pablo Délano*, *J. Mac Leure*, *E. Jenckes*, *Federico C. Freundt*, *Cárlos Black*, *H. Burdon*, *J. Powditch*, *Juan de Puhm*, *Samuel Federico Scholtz*, *Juan Doig*, *Roberto Burnside*, *Samuel Hiff*, *Tomas Robinson*, *Guillermo Petty Hartwell*, *Enrique Cood*, *Josué Waddington*, *Jorje Medcalf*, *Jonatas Winstanley*, *Tomas Green*, *Tomas Davies*, *Juan Robinson*, *R. Heppell*, *Roberto Hamilton*.»

Con motivo de la precedente solicitud, que debe marcar una fecha notable en la vida de la sociedad chilena, el director don Bernardo O'Higgins espidió el decreto que sigue, el cual hace alto honor a su ilustracion.

«*Santiago, diciembre* 14 *de* 1819.

«Es mui justo que los estranjeros residentes en Chile hagan las funciones funerales de sus difuntos segun los ritos de su creencia. Estos actos en nada contrarían los de nuestra relijion católica. Ellos se han conducido hasta el dia con la mejor política, sin mezclarse directa ni indirectamente en materias de creencia. En su virtud, se concede a los suplicantes la licencia que piden para comprar en esta ciudad i en la de Valparaíso un terreno a propósito destinado a hacer en él sus ritos fúnebres. Insértese lo actuado en la *Gaceta Ministerial*.—*O'Higgins*.—*Echeverría*.»

Esta disposicion del director supremo produjo una verdadera conmocion.

Unos la defendieron; otros la atacaron.

Todos convenian en que no podia negarse un lugar de sepultura a los estranjeros que no profesaran la relijion católica.

Pero lo que muchos no podian tolerar era que se les autorizara para «hacer las funciones funerales de sus difuntos segun los ritos de su creencia.»

El clero regular i secular se dividió en opiniones.

Los opositores a la resolucion del director trataron inmediatamente de promover contra ella una protesta estrepitosa.

Los partidarios de la medida la apoyaron por su parte con fuerza.

El vicario jeneral del ejército don Casimiro Albano i Pereira, que era íntimo amigo del director don Bernardo O'Higgins, pasó a éste una nota mui significativa, que evidentemente no tenia otro objeto que el censurar la intolerancia de los que rechazaban como una abominacion insufrible el permiso concedido a los disidentes de implorar conforme a sus ritos la misericordia divina por el descanso de las almas de sus correlijionarios al tiempo de sepultarlos.

«Excelentísimo Señor. El vicario jeneral del ejército por el honor de la relijion que profesa i de que es ministro, mas bien que por su propia reputacion i la del clero a que pertenece, con todo el candor i sinceridad que le es característico, pide permiso a Vuestra Excelencia para ofrecer a los estranjeros suscritos a la representacion que obra impresa en la *Gaceta Ministerial* del sábado 18 de diciembre i demas de cualquiera nacion i culto que sean, el que en el vicario jeneral i capellanes del ejército cuenten con unos ministros filantrópicos, prudentes i desinteresados, que les asistirán con toda la ternura de su corazon en los momentos que al mortal le es mas necesario este consuelo.

«El espíritu de nuestra relijion, que es todo caridad, manda ejercerla con todo el mundo, en todos tiempos, sin distincion de clase, edad, ni secta. Nada hai mas frecuente en ambos testamentos que lecciones las mas espresivas en apoyo de esta verdad; pero especialmente en el nuevo, las máximas fundamentales de él, i que forman la base al sagrado edificio de la relijion cristiana, no respiran mas que dulzura, suavidad i filantropía. ¿De adónde es que los ministros de una relijion tan dulce, a impulsos de un celo indiscreto se han de apartar de esta senda? Teman justamente merecer la reprension hecha a los ministros de esta clase en los hijos de Zebedeo, cuando acalorados de su celo rogaban al Divino Maestro hiciese bajar fuego del cielo; o ser comprendidos entre los fariseos, que, a pretesto de no ser de su creencia, abandonaron al samaritano herido por los ladrones.

«Los españoles, verdaderos fariseos de la lei de gracia, son los que haciendo servir la relijion a sus pasiones, han identificado casi sus caprichos con las máximas sagradas de ella. Así es que a la bondad, dulzura, suavidad i mansedumbre de sus máximas esenciales, han sustituido la arrogancia, terquedad, odio i venganza, como atributos que entran en el principal carácter de esa nacion semi-africana.

«Nosotros, nacidos por fortuna bajo un cielo mas benigno i penetrados del verdadero espíritu del cristianismo, no podemos ménos de

resentirnos de unos hechos que deshonran ménos al ministro que los hace, que a la relijion que profesa. El decoro de ésta por sí solo me ha impelido a decir ante Vuestra Excelencia lo espuesto. Entienda el siglo de las luces que Chile, aunque colocado casi en el fin del globo, no carece de ministros filantrópicos, que no negarán sus consuelos al hombre que los llame, sin distincion de nacion i culto, con la espresion que para los suscriptores i demas de la nacion inglesa, ademas de la relijion, nos empeña la gratitud.

«Lleno está el país de estos amigos jenerosos que derraman su sangre por nuestra relijion, por nuestras instituciones, i al fin por nuestra independencia. Prescindiendo de toda otra consideracion ¿a qué no son acreedores por solo ésta? ¿con qué ojos les debe mirar el ministro del santuario?..... Por mi parte, Señor Excelentísimo, i por los ministros del ejército, de quienes tengo el honor de ser el jefe, con toda la efusion de mi corazon, repito ante Vuestra Excelencia el permiso i oferta en la confianza de que en ello se interesan el decoro de la relijion, el honor del clero i el consuelo de numerosos amigos que sin otro interes que el de la gran causa de la humanidad se han trasportado a millares de leguas, dejándonos con sus cenizas el testimonio mas brillante de su filantropía, i el monumento mas digno de una eterna gratitud.

«*Santiago diciembre* 20 *de* 1819.—Excelentísimo Señor Supremo Director.—*Casimiro Albano i Pereira.*»

Don Juan García del Rio, que atacaba en la primera fila el sistema clerical, aplaudió con las dos manos, por decirlo así, en el *Telégrafo*, número 62, fecha 21 de enero de 1820, la representacion del vicario jeneral.

Al mismo tiempo, anunciaba que aunque le costaba creerlo, se le habia asegurado que algunos eclesiásticos habian estendido una representacion para reclamar del decreto de 14 de diciembre de 1819, i andaban de casa en casa, i de convento en convento, recojiendo firmas de clérigos i de frailes.

García del Rio agregaba que, a lo que tambien se le habia dicho, varios sacerdotes seculares i los relijiosos de San Francisco i la Merced se habian negado a suscribir la representacion.

Pero ni las observaciones de este escritor afamado, ni la aprobacion del vicario Albano i Pereira, ni la negativa a firmar de varios eclesiásticos, ni el prestijio de la autoridad i de la gloria del director O'Higgins pudieron contener a los descontentos.

Estos últimos, no solo llevaron adelante su reclamacion, sino que la dieron a la prensa con el título de *Representacion de los eclesiásticos contra los ritos fúnebres de los ingleses protestantes.*

Menester es confesar que entre los que firmaban aparecian algunos de los individuos mas conspicuos del órden sacerdotal.

Eran los que siguen: *Bernardino Bilbao*, promotor fiscal, *Marcelino Ruiz*, cura rector de la catedral, doctor *Juan Aguilar de los Olivos*, cura rector de la catedral, doctor *José Manuel Verdugo*, rector del Instituto Nacional de Chile, *Joaquin Avaria*, cura rector de San Lázaro, *Diego Gormaz*, *José Antonio de Latorre*, frai *Antonino Gutiérrez*, frai *Manuel de la Puente*, *Manuel José Valenzuela*, *José Antonio Alvarez de Toledo*, frai *Joaquin Troncoso*, *Francisco Cortes*, *Juan del Trigo*, doctor *Pedro Marin*, catedrático del Instituto Nacional, doctor *Domingo Antonio Izquierdo*, frai *José Cruz Infante*, lector jubilado, frai *José Antonio Silva*, guardian, frai *Manuel Rójas*, catedrático del Instituto Nacional, frai *Antonio Jara*, ex-definidor, frai *Francisco Javier Moráles*, lector jubilado, frai *Cipriano Garces*, predicador jeneral, frai *Tadeo Silva*, catedrático del Instituto Nacional, *José Manuel Fernández*, inspector del Instituto Nacional, *Manuel Fruto Rodríguez*, vice-rector del Instituto Nacional, *José Manuel Irarrázaval*, frai *Francisco Puente*, catedrático del Instituto Nacional, *José Alejo Eizaguirre*, *José Francisco Echáurren*, *Vicente Lee*, *José María de la Concha*, *Joaquin Grez*, frai *Ramon Romero*, comendador de la Merced, *Diego Ortiz de Zárate*, *Matías Guzman*, *José Santiago Tagle*, *Manuel Silva* i *Bruno Zavala*.

Los firmantes dirijian su representacion al gobernador del obispado para que la pasase al director supremo, como en efecto lo hizo.

Comenzaban por manifestar el mayor respeto al jefe de la nacion, cuya relijiosidad reconocian.

Invocaban en seguida el título segundo de la constitucion vijente, el cual declaraba que la relijion católica debia ser única i esclusiva, i la que debia observarse pura e inviolable por los jefes del estado, sin permitir jamas otro culto público.

Trataban de probar que el principal objeto de los ingleses protestantes era la propagacion de sus doctrinas.

Demostraban el peligro inminente que habia de que lo consiguieran. «Para acallar los gritos que levantarán algunos católicos de verles practicar de un pronto sus ritos, decian, arbitrarán al principio ejercerlos con mucha cautela i reserva; pero despues, poco a poco, irán dando entrada a los católicos incautos o curiosos, i aun invitándolos a su asistencia i compañía para hacer partidarios de su relijion. Sus amigos, sus dependientes, los jóvenes corrompidos, los libertinos, los viciosos, que tanto abundan en nuestros tiempos, los literatos de café, que no tienen mas instruccion ni mas principios que las espe-

cies de sus tertulias i de los papeles impíos, concurrirán gustosos unos con el fin de lisonjear a los ingleses por fines particulares relativos a la subsistencia, i otros con el fin de saciar la curiosidad, o adelantar su decantada ilustracion. De este atractivo de la novedad, que aprisiona al corazon humano, i de los capciosos discursos que inspiran la libertad de costumbres, se infundirá en unos i crecerá en otros el disgusto i la tibieza de la relijion católica. De la tibieza se pasa fácilmente a la indiferencia, i de la indiferencia a la apostasía.»

Tachaban de insolente e injuriosa para los ministros de la verdadera iglesia aquella proposicion de que en la última estremidad habian inducido a moribundos protestantes a variar de relijion.

Por último, concluian pidiendo que, reformándose el supremo decreto de 14 de diciembre de 1819, «los cadáveres de los protestantes fuesen sepultados sin ceremonia alguna de los ritos de su creencia, ni con cualquiera otra, como se sepultaban los que morian en desafío, o se mataban a sí mismos; que se les concediese el lugar o terreno pedido bajo esa necesaria condicion, i rodeándolo solamente de murallas; que se tarjasen las espresiones agraviantes de la representacion; i que todo ello se estampase puntualmente en la *Gaceta Ministerial*.»

Como se ve, ya que no era posible intimidar a los disidentes con la aplicacion de los procedimientos de la estinguida Inquisicion, se procuraba al ménos condenarlos a la infamia pública para obligarlos a abandonar sus creencias relijiosas, o para impedir que los católicos las adoptasen.

Los firmantes de la representacion no olvidaron dar una contestacion, aunque encubierta, al vicario jeneral don Casimiro Albano i Pereira.

Con este propósito, pusieron al pié de la publicacion la nota que va a leerse.

«Los eclesiásticos de esta capital de Santiago están persuadidos que para desempeñar las funciones de su ministerio en este país católico no necesitan impetrar licencia del secular; i por eso, sin haber dado este paso, han asistido a los moribundos protestantes hasta lograr su reconciliacion con la iglesia, como igualmente a otros en buena salud, segun es público i notorio.»

A pesar de tanta algazara, el director O'Higgins i sus consejeros no pudieron comprender que infiriese el menor agravio a la sociedad o a los individuos el permiso concedido a los disidentes de elevar al cielo las oraciones que mejor les pareciesen al borde de la sepultura de sus correlijionarios.

Hicieron mas todavía.

Aplicando a este caso, como a otros, las prácticas dictatoriales de la

época, «no dejaron correr sino a sombra de tejado algunos ejemplares» de la representacion del clero, segun lo atestigua el *Liberal*, número 37, fecha 11 de noviembre de 1824.

El decreto de 19 de diciembre no fué, pues, modificado, ni mucho ménos revocado.

En un remitido fecha 20 de mayo de 1822, que se insertó en el *Mercurio de Chile*, número 2, se asegura que en Valparaíso habia ya reunidos mas de dos mil pesos «para construir un cementerio (son las propias palabras del escritor) que debe servir a nuestros hermanos protestantes que lo costean.»

La conducta inquebrantable del gobierno en aquel asunto puso fuera de sí a los intolerantes, que se habian alucinado con la esperanza de que sus pretensiones serian atendidas.

Mas o ménos por aquel tiempo, se dió a luz un folleto titulado: *El Amigo Social i Verdadero Ciudadano*, salido evidentemente de la pluma de algun eclesiástico.

Don Ramon Briseño no lo menciona en la *Estadística Bibliográfica de la literatura chilena*.

Esto no es de estrañarse en una obra de semejante clase, pues por mucha que haya sido la laboriosidad del autor, es imposible que haya evitado un cierto número de omisiones o de inexactitudes.

Mas, siendo aquella una obra capital, conviene ir notando los errores que naturalmente debe contener.

Los firmantes de la representacion contra los ritos fúnebres de los protestantes tuvieron mucho cuidado de ostentar su acatamiento a la autoridad suprema de la nacion; pero el autor del folleto que acabo de mencionar, exacerbado por la resistencia que el director O'Higgins habia opuesto a las exijencias ultra-clericales, usaba ya de un lenguaje mui diferente.

«Los hombres de juicio i de virtud en nuestro Chile, decia, notan en el gobierno, que mas inmediatamente debe cuidar de los intereses de Dios i celar la pureza de su relijion, algun desinteres. Por todas partes se oyen resonar justas quejas, porque el gobierno ha sido en cierto modo indolente en esta parte, i tolerante de impiedad e irrelijiosidad contra el voto comun de la nacion. De esta suerte, se ha hecho responsable delante de los pueblos, de quienes recibia la autoridad, i mucho mas delante de Dios, de quien emana, de todos los males que hemos sufrido i de sus lamentables consecuencias que estamos esperimentando. ¿Es posible, dicen, que la suprema majistratura, a quien la nacion ha constituido para el sosten i cuidado de los imprescriptibles derechos que libremente posee, i con especialidad de

la relijion, que es su primer voto, haya de olvidarse de este primer deber por condescender con un corto número de individuos, los mas de ellos alienijenas, que se precian de ilustrados en la ciencia del dia? No se puede negar que esto ha procedido, o de intento siendo coligado con ellos, o de una suma debilidad, semejante a la que padeció el rei Pilatos cuando condenó a muerte a Nuestro Señor Jesucristo sin encontrar causa alguna en él, i conociendo la injusticia que iba a ejecutarse, solo por no perder la amistad del César, con que le amenazaban los judíos, i por conservar el cetro que empuñaba. Así como aquel, por mas que se lavó las manos creyendo ser inocente, perdió el reino temporal i el eterno, del mismo modo los que siguen su ejemplo perderán uno i otro, e igualmente se harán esclavos, como aquel, del amo mas cruel e infame.

«Notan igualmente mucha solicitud i empeño en adelantar los negocios políticos, haciendo para ello cada dia nuevos estatutos, e ideando nuevos proyectos que plantificar para engrandecer i dar importancia al estado; i esto, aunque sea con perjuicio de la relijion e intereses del culto divino, como ya se ha visto varias veces. Bueno i santo es el empeño por el bien comun, pero que sea segun Dios. De lo contrario, yo digo con David, que en vano trabajan i se fatigan, porque si Dios no bendice su trabajo, no edificarán, sino que destruirán.»

Despues de la precedente muestra, no producirán asombro las conclusiones a que arribaba el autor del folleto.

«El gobierno, decia, debe empeñar toda la suprema autoridad, como el primer deber de su cargo, en tomar todas las providencias mas eficaces i análogas al fin de desterrar i estinguir, si es posible, de la sociedad chilena, a todos los filósofos fuertes del dia, los cuales con su materialismo son tan perjudiciales a la relijion, como dañosos i degradantes a la nacion. Debe igualmente usar de todo artificio a fin de evitar la lectura de tantos libros impíos, heréticos i obcenos, que impunemente se venden, i corren públicamente en manos de todos. Debe asimismo hacer observar el capítulo único, titulo segundo de la constitucion provisoria del estado, castigando a todo individuo, natural o estranjero, que incurra en algun delito o insulto contra la relijion o el culto, sea en público o en privado. Debe últimamente como patron i protector de la iglesia ausiliar francamente a los prelados eclesiásticos para que puedan usar del completo de sus facultades, i proceder libremente contra cualquiera persona que sea delincuente en materia de su jurisdiccion.»

«El pueblo, agregaba, debe tambien coadyuvar a este fin, esco-

mulgando de su sociedad a semejantes filósofos sacrílegos, i divulgándolos como tales para que todos los conozcan i se guarden de ellos, i para que, si es posible, ni los saluden, ni los reciban en su casa, como dice en su epístola segunda el apóstol San Juan.»

Si como se publicó, el director O'Higgins puso obstáculos a la circulacion de la representacion de los eclesiásticos contra los ritos fúnebres de los protestantes, es mas que probable que hiciera otro tanto con el folleto de que he copiado los pasajes citados.

Esta suposicion esplicaria por qué no se conoce otro ejemplar del tal folleto que el que existe en la Biblioteca Nacional de Santiago.

Esta característica discusion relativa al entierro de disidentes se renovó en 1824 con motivo de haber el periódico titulado el *Liberal* dado a conocer en su número 28, fecha 4 de setiembre de aquel año, dos notas dirijidas a nuestro ministro de relaciones esteriores, la una por el famoso ministro ingles Jorje Canning, fecha 23 de abril, i la otra por el ministro plenipotenciario de los Estados Unidos Heman Allen, fecha 24 de agosto, en las cuales se pedia, entre varias garantías para los ciudadanos de dichas naciones, la decente celebracion de ritos fúnebres segun sus creencias.

La lectura de aquellas notas dió, como puede concebirse, lugar a muchos i variados comentarios.

Apénas salieron a luz las mencionadas notas, se inundó el país, segun refiere el *Liberal*, número 37, fecha 11 de noviembre de 1824, con los ejemplares de la representacion contra los ritos fúnebres de los protestantes que el director O'Higgins habia impedido circular, i que se habian conservado para ocasion mas propicia.

Es mui notable lo que entónces escribió sobre esta cuestion el autor de un periódico denominado *Cartas Familiares* en su número 1; i como yo no sé que exista mas de un ejemplar, no puedo resistir al deseo de insertar aquí su razonamiento.

«No me agradaria, dice, esto de panteon separado. Sería capitular con el fanatismo; rendir en las cenizas de los hombres honores a la intolerancia espirante. ¿Cuándo será el dia en que los hombres, cualquiera que sea el país de su procedencia, se contemplen como de una misma especie, se consideren como de una misma familia i se aprecien como hermanos? ¿Qué dias de placer i de consuelo serian éstos para el jénero humano? Creedme que solo los tiranos se oponen a la estension de estos principios. La separacion de panteones entre ingleses i chilenos sería una medida mezquina del poder; i que entre los vivos produciria los mismos efectos, si se les negase sepultura. No veis que en esos mármoles frios en distintos sitios i bajo distin-

tos cercos conservan la intolerancia su orgullo i el fanatismo su influjo? ¿No veis que esto no es avanzar mas que la ruda España, i que aquellas naciones miserables que jimen bajo gobiernos despóticos, a quienes es importante perpetuar la incomunicacion entre los hombres, o mantener su desunion, para que no formen la gran familia que desea el filósofo, i teme el tirano? ¿Qué habrian adelantado los independientes de América, los hijos únicos en quienes tiene puesta su esperanza la filosofía, si no hiciesen mas que aquellos? Nada, nada i nada.

.....

«Fuera niñerías! somos de una especie, hijos de mujeres como todos; la patria del hombre es todo el mundo; pues tenga cada uno igual derecho a una misma hoya.»

Don Ramon Briseño, en la *Estadística Bibliográfica de la literatura chilena*, supone que el autor del periódico mencionado fué el arjentino don Juan Crisóstomo Lafinur.

Es esta una equivocacion manifiesta.

El primer número de las *Cartas Familiares* apareció el 15 de octubre de 1824; i el número 10, que fué el último, el 19 de enero de 1825.

Ahora bien, Lafinur, ya mui enfermo, entregó firmada a su confesor frai Justo de Santa María de Oro el 26 de julio de 1824 «su protestacion ante los hombres sobre algunos procedimientos de su vida», en la cual se retractaba de sus opiniones anteriores, i pedia perdon por ellas.

No habria podido, pues, redactar un periódico anti-clerical a fines de aquel año.

Sobre todo, se sabe que murió el 13 de agosto de 1824.

Los contemporáneos a quienes he podido consultar sobre el autor de las *Cartas Familiares* me han designado como tal a don Juan Candamo.

Corrobora semejante opinion el hecho de aparecer firmada con la letra *C* cada una de las mencionadas cartas.

Este señor Candamo era chileno, i hermano de don Pedro Candamo, el capitalista millonario del Perú.

Don Juan Candamo redactó los primeros números del *Mercurio de Valparaíso* en union con don Pedro Félix Vicuña.

Debo al segundo este dato que don Ramon Briseño no ha mencionado tampoco en la *Estadística Bibliográfica de la literatura chilena*.

Don Juan Candamo murió en España.

Los hechos i los documentos que dejo espuestos manifiestan cuán encarnizada era la lucha que se habia trabado entre los clericales, que se esforzaban por mantener incólume su antigua dominacion, i los liberales, que aspiraban a secularizar la sociedad.

Las principales cuestiones que se debatian eran la libertad de cultos i la reforma de los regulares.

Por desgracia, los espíritus no quedaban siempre en las serenas rejiones de un debate razonado, pues a veces no respetaban la santidad del hogar privado, i descendian a alusiones por demas vituperables.

Como uno de mis propósitos es pintar el estado de los ánimos en aquella época, voi a mencionar un ejemplo de virulencia que revela cuál era el grado de exaltacion a que se habia llegado.

En el *Boletin del Monitor*, número 2, fecha 5 de noviembre de 1827, leo lo que sigue:

«No ha muchos dias que una pobre lanvandera tuvo la indiscrecion de remitir a un eclesiástico sexajenario la ropa que le lavaba con una hija de poco mas de doce años, ya creyéndole libre de cualquier seduccion por su corta edad, ya confiada en la avanzada del eclesiástico, o ya en su aparente virtud (pues es uno de los primeros fatutos); pero éste, tan veterano en estupros como en la falta de respeto a sus votos mas principales, no se detuvo en rayas, i le vino la tentacion, sin duda sujerida por el demonio, de violentar a la jovencita: la ocasion próxima.....la humana flaqueza.....ya, todo concurrió como obra de ese enemigo malo. La pobre criatura, que se ve asir por un deforme guanacazo, tembló, se asustó e intentó resistirse; pero sus débiles fuerzas no pudieron contrarrestar a las del anciano vampiro; ocurrió en su virtud al ruego, a las lágrimas, i sobre todo a representarle el respeto que debia tener a un crucifijo que estaba a la cabecera de la cama. En tónces, nuestro Tarquino, dando papirotes sobre la efijie, satisfizo a la Lucrecia, diciéndole *que oyese cómo sonaba, que era de madera, que no oia ni veia*, con cuya solucion volvió a la carga, de que la infeliz libró por la entrada repentina de un criado del mismo eclesiástico, que ignoraba el empeño en que se hallaba su buen amo. Hai quien asegure que el briboncillo del fámulo lo oyó todo, i quiso hacerse de las monjas, como dicen, para libertar a la pobre chiquilla de aquel aprieto sacerdotal. Sea como fuere el caso, no me negará nadie que no es de los mas apostólicos que se hayan visto, porque el picaruelo del criado, que se apareció tan a mal tiempo, es un picaron hereje, calvinista, luterano, que cometió el atentado contra la fe i el dogma sagrado de la iglesia de presentarse a tan mal tiempo. No faltarán teólogos que

le condenen a ser quemado vivo, i nosotros confesamos lo mismo.»

Lo que acaba de leerse muestra suficientemente cuánto era lo que la lucha habia enconado las pasiones.

Los lijeros apuntes que preceden habrán dado una idea de la terrible contienda que, apénas obtenida la independencia, se trabó entre los liberales i los clericales.

Ahora bien, como lo he espuesto al comenzar este artículo, los fundadores i favorecedores del teatro en Chile procuraron desde el principio imprimirle una direccion patriótica i política.

Por esto, toda representacion debia ser precedida por la cancion nacional.

El clero i la jente devota, siguiendo sus tradiciones sobre el particular, miraron desde luego con desagrado la introduccion de las representaciones dramáticas.

El año de 1820, se esparció entre las personas timoratas el rumor de que una centella celeste iba a reducir a cenizas el teatro de la plazuela de la Compañía.

Muchas de ellas se retraian por esto de ir a la antigua iglesia de los jesuitas, que existia en frente, temiendo que el incendio del lugar profano pudiera llegar hasta el sagrado.

La reprobacion con que el clero i la jente devota condenaban las representaciones teatrales no tardó en ser mas declarada i terminante.

Los liberales, comprometidos en la lucha contra los clericales, quisieron oponer el proscenio al púlpito, para volver ataque por ataque, poniendo en escena piezas destinadas a combatir las pretensiones sacerdotales.

La mas notable de ellas i la que causó mayor estrépito fué el *Aristodemo*, cuyo manuscrito habia traído de Buenos Aires el actor don Luis Ambrosio Morante.

Esta trajedia no debe confundirse con otra del mismo nombre escrita por el famoso poeta italiano Monti.

Ignoro quién fuera su autor.

Pero fuese quién fuese, ello es que pintaba al sacerdocio bajo un aspecto sumamente antipático, i estaba llena de alusiones i declamaciones contra él, espresadas en sonoros versos.

Podemos colejir lo que sería por el siguiente artículo, que tomo del *Boletin del Monitor*, número 2, fecha 5 de noviembre de 1827.

«Anoche, 4 del corriente, se ha representado la famosa trajedia en tres actos, el *Aristodemo*. El numeroso concurso aplaudió con entu-

siasmo las fuertes razones del filósofo Polignesto contra la supercheria e intrigas del sacerdocio. No hai duda: esta pieza, en que su autor hace brillar todo el fuego de la escena cómica, difunde principios luminosísimos sobre el carácter de esos hombres viciosos, a quienes la ignorancia ha deificado, ofuscada con sus intrigas tenebrosas. El hombre ilustrado ve en el sumo sacerdote Cleofante al obispo de Roma, i en sus secuaces al clero fanático, enriqueciéndose a costa de la necia credulidad. El ménos pensador hace comparaciones, i se convence de que las mas de las sociedades en que el filosofismo no se ha propagado están abrumadas de estas hordas de sacrílegos que las devastan en nombre de Dios. Debia repetirse al ménos una vez al mes como una leccion saludable al pueblo fascinado.»

Parece que el cuadro final presentaba al sumo sacerdote con colores sumamente odiosos.

Uno de los actores pronunciaba como conclusion, para no dejar duda sobre la significacion de la trajedia, estos versos, señalando a Cleofante i a los sacerdotes sus parciales:

¡Pueblos de Grecia!
Ved aquí los tiranos que os oprimen.

El actor Morante, en vez de decir *Pueblos de Grecia*, decia, para hacer la pieza todavía de mas oportunidad, *¡Pueblos del mundo!*

El telon caia en medio de aplausos los mas estrepitosos.

El *Aristodemo* se dió a la escena por primera vez allá por el mes de junio de 1823.

El escándalo fué mui grande entre ciertas personas.

Leamos lo que su corifeo frai Tadeo Silva escribia acerca de esto en el *Observador Eclesiástico*, número 1, fecha 21 de junio de 1823.

TEATRO

«Está en problema si esta diversion es útil o perjudicial a las costumbres del pueblo. El *Pensador* de Madrid, el *Censor* i el autor de la *Moral Universal* declaman fuertemente contra ella. Sin meterme yo en esta cuestion, ni decir si es o nó contra el espíritu del cristianismo, observo solamente que no debe el gobierno permitir las representaciones que perjudican la relijion i las costumbres. La comedia titulada *Triunfo de la naturaleza* es de esta última clase; ella se representó dos veces a pesar de las reclamaciones del gobernador del obispado de aquel tiempo. El *Aristodemo* es una pifia completa de las ceremonias de la iglesia; i se ha representado otras dos veces. Estas maldades se hacen, porque no se revisan las comedias como lo habia ordenado el antiguo senado.»

A despecho de esta advertencia, el *Aristodemo* volvió a ser puesto en escena el 24 de aquel mes i año «a peticion de los abusadores de nuestra libertad» decia en 4 de julio de 1823 un folleto clerical denominado: *El Amigo de su Relijion i de su Patria.*

Algunas personas timoratas nombraron entónces una comision para que pidiera al director don Ramon Freire la prohibicion de la representacion de aquella pieza i de otras análogas.

El jeneral Freire nombró una junta para que examinara la pieza contra la cual se reclamaba, «ordenando que miéntras tanto no se repitiera»; pero esta resolucion no fué respetada, i el *Aristodemo* tornó a representarse.

Tal es por lo ménos la relacion del hecho que hace el folleto ántes citado, el cual indignado anunciaba que «la impunidad de este crímen, segun las malas lenguas, significaba que el *Nuevo Corresponsal* (Camilo Henríquez, que habia publicado un periódico con este nombre para defenderse de los ataques que frai Tadeo Silva le dirijió en los *Apóstoles del Diablo*) va a canonizarse, i que el dia de la votacion (una que estaba próxima), el inocente cordero sería entregado al regazo de los lobos, si hasta ese último período no salian las bayonetas al decoro de la santa fe».

A pesar de estas protestas i de estas amenazas, el *Aristodemo* siguió representándose.

En 28 de julio de 1824, se dedicó al gobierno i pueblo de Chile una funcion teatral para solemnizar la caída de la constitucion de 1823.

La pieza elejida para esto fué el popular *Aristodemo.*

Para que el propósito con que aquello se hacía fuera todavía mas claro, el «digno ciudadano Morante», segun el *Correo de Araucо*, número 25, pronunció «con la propiedad i calor con que solia dar vida a la historia i a la representacion de los sucesos», una alocucion compuesta por él mismo, la cual comenzaba por estas significativas palabras

¿Por qué será que en la era de las luces
Se haya de introducir el fanatismo?

I continuaba por el mismo estilo, asegurando que el *Aristodemo* debia servir de escarmiento a los aristócratas i a los fanáticos.

Sin embargo, cada exhibicion del *Aristodemo*, a lo ménos en el primer tiempo, excitaba una verdadera conmocion.

Se veia a eclesiásticos que se ocupaban de arrancar los carteles en que se anunciaba esta trajedia.

Adviértase que el *Aristodemo* no era la única pieza de esta clase que se representaba.

He aquí lo que se lee en el *Independiente*, número, 9, tomo 1.°, fecha 26 de noviembre de 1827.

«Yo mé acuerdo que se hizo un encomio soberbio a la representacion del *Aristodemo* por la analojía que presta sobre el conocimiento de las preocupaciones i el fanatismo relijioso; pero el argumento de esta pieza para la vulgaridad es mas complicado que el del *Abate Seductor*, en la que por uno se saca el dechado de todos los de su especie; i soi de opinion que a todos los padres de familia de esta capital se les debia suplicar llevasen al teatro a sus mas caras hijas para que tomasen en consideracion i se persuadiesen que las maneras que manifiesta el *Abate Seductor* son las mismas que han usado i usan los presentes abates de nuestro suelo.»

Nótese que el *Abate Seductor* se exhibió, probablemente de propósito deliberado, a los pocos dias de haber publicado el *Boletin del Monitor* la anécdota, verdadera o inventada, del intento de seduccion a una jóven sirvienta.

Don José Joaquin de Mora, en el *Mercurio Chileno*, número 16, publicado en julio de 1829, recomendaba la traduccion del *Tartufo* de Molière, por don José Marchena, la cual iba pronto a ponerse en escena, entre otros méritos, «porque aun en las alteraciones que el traductor se habia visto precisado a introducir, se observaba un gusto mui delicado i un conocimiento profundo de las artimañas i falsías de que echa mano el detestable vicio que Molière desenmascaró con tanta maestría.»

El teatro asumia este carácter anticlerical, no solo en Santiago, sino tambien en Valparaíso.

El 18 de setiembre de 1827, por ejemplo, la jóven actriz doña Emilia Hernández pronunciaba en el teatro de la última de estas ciudades, en medio de estrepitosos aplausos, una alocucion dirijida a los chilenos, en que se encontraban estrofas como las que siguen:

El cielo os conceda ver
La libertad de conciencias,
I a Chile vendrán las ciencias,
Como lo anunció Volter.
Entónces, oh qué placer!
Las artes renacerán,
Todos a Dios amarán,
Aunque de diversos modos;
Pues siendo un Dios para todos,
Todos de un Dios gozarán.

Mas no quieras, suerte impía,
Que esta tierra fortunada,
Por el fanatismo hollada
Se encuentre como la mia;
En tal caso, ai! jemiria
En llanto i desolacion,
Presa de la Inquisicion,
De ese tribunal horrendo,
El mas bárbaro i tremendo
Que inventara la opresion.
Mas yo, no estando en España,
Nada temo a los tiranos;
I entre ilustres araucanos,
Me burlaré de la saña
De ese hombre de fiera entraña,
De ese Fernando cruel,
De ese monstruo atroz e infiel,
Que causa mi llanto eterno,
I ha vomitado el Averno
Por ser aun peor que Luzbel.

Los versos precedentes produjeron el mayor alboroto, segun aparece del siguiente artículo que tomo del *Mercurio de Valparaíso*, número 6, tomo 1.° fecha 29 de setiembre de 1827.

«Se nos comunica que el 25 del corriente fué acusado el rasgo poético pronunciado en el teatro. Si es condenado, como suponemos, por las horribles herejías, blasfemias i demas diabluras que contiene, no le irá mui bien al herejote del autor, aunque puede consolarse con aquello *de mal de muchos etc.* Aquí entre paréntesis, puede observarse que el acusador se ha llevado un buen chasco, pues tratando de herir a C. ha descargado su golpe sobre G. Mas vamos al asunto. Decíamos que el autor, en caso de ser condenado, como justamente lo esperamos, tendria muchos compañeros que le ayudarán a sufrir el castigo. 1.° Una multitud de espectadores que aplaudieron estraordinariamente la recitacion de los versos i exijieron se repitiesen en la misma noche. 2.° El cabildo, que a peticion de algunos sujetos, ordenó se publicase el nombre del autor. 3.° En fin, todo Valparaíso, que ha demostrado aprobar sus ponzoñosas i malditas ideas, pues ya anda de boca en boca de las viejas i muchachas aquello de

El cielo os conceda ver
La libertad de conciencias, etc.

Con tantos reos, no dejarán de tener que hacer el señor fiscal i el tribunal; i si la pena que cabe a aquellos es la de ser quemados, será necesario echar mano de combustibles bien activos: verbigracia, tabaco i ron. (Se entiende que no ha de ser del aguado de 16 grados para abajo que se vendia al público, sino del de 28 para arriba que tenian reservado los inmortales asentistas del bienaventurado estanco.) Con una hoguera compuesta de estos materiales, no haya miedo que quede sin reducirse a cenizas la mas mínima molécula del cuerpo de todos, i aun mas que fueran los execrables incrédulos que se atreven a decir, creer i aplaudir que *Chile prosperaria con la tolerancia relijiosa;* i lo que es aun mas espantoso, que *Dios es hecho para ser adorado de todos.* ¡Válganos Santo Domingo! ¿A qué estado de depravacion hemos llegado? ¡Ah! Nada de esto habria si subsistiera haciendo feliz a Chile el santo estanco de las luces i de la libertad, así como existe el de tabacos, que ha llenado la bolsa de tantos i tan buenos servidores del estado; pues es mui natural que abundando en esta ilustre i útil clase de ciudadanos, quizá el cielo nos concederia la dicha de darnos alguno que imitando la filantropía del divino patriarca, mereciese ocupar un lugar a su lado en la gloria. Amen.»

Algunos contemporáneos creen que la persona designada en el precedente artículo con la inicial *C*, era don Juan Candamo, i la designada con la letra *G*, don José Victorino Garrido.

Junto con la alocucion mencionada, que reprodujo con aplauso un periódico de Santiago, el *Independiente*, número 1, tomo 1, fecha 28 de setiembre de 1827, fueron acusados tambien por irrelijiosos dos artículos del *Monitor Imparcial*, titulados: *Necrolojia de don Bernardo Vera* el uno; e *Instituciones Eclesiásticas* el otro.

Habiendo tenido lugar el primero de estos juicios, se absolvió el escrito acusado.

Presumo que este resultado influyó talvez para que no se prosiguieran los otros dos juicios.

La reaccion anti-liberal de 1830 infundió alientos a los enemigos del teatro, los cuales redoblaron sus ataques contra esta institucion.

Sin embargo, me es grato advertir que entre los hombres que ejercian alguna influencia en el gobierno de entónces, hubo algunos que salieron con decision a la defensa de uno de los pasatiempos mas propios de una sociedad civilizada.

Entre estos, merece especialísima mencion don Andres Bello, quien se distinguió abogando por el fomento del teatro con tanta

enerjía, como por la supresion del trámite de la censura a que están sujetos los libros ántes de su internacion en el país.

«El momento presente, escribia el 18 de enero de 1833 en el *Araucano*, número 123, es a propósito para hacer algunos esfuerzos en favor de un establecimiento cuyos progresos han ido siempre a la par de la intelijencia i cultura del pueblo. Vemos con placer que a pesar de las fanáticas declamaciones de los que querrian que se gobernase una capital como un convento de monjas, se arraiga entre nosotros la aficion a los espectáculos dramáticos. Pero esta es todavía una planta tierna que necesita fomento i cultivo.»

El 27 de setiembre del mismo año, aquel ilustre escritor se veia forzado a reconocer con marcado pesar en el número 159 del citado periódico, que el público de Santiago no prestaba al teatro la proteccion debida.

Al mismo tiempo, demostraba sin dificultad que semejante conducta era realmente injustificable.

«La filosofía mas austera no hallaria nada que reprender, decia, en la eleccion de las piezas, la mayor parte de las cuales abundan de excelentes ejemplos i lecciones, i son acaso mas a propósito para inspirar sentimientos de virtudes domésticas, de jenerosidad, humanidad i honor, que casi todos los vehículos de instruccion moral que se hallan al alcance del pueblo. Las que carecen de este mérito tienen a lo ménos el de proporcionar un pasatiempo agradable, sin alarmar el pudor, ni ofender la decencia. La conducta de los concurrentes es la mas ordenada i decorosa. No hai teatro alguno que dé ménos motivo que el de Santiago a las declamaciones de los preocupados que repiten contra una diversion inocente lo que han dicho, no sin razon, moralistas juiciosos contra las abominaciones de los antiguos teatros jentílicos, o contra el libertinaje que se presenta sin máscara en los de algunas capitales de la Europa moderna.»

Estimulaba de todos modos a que se asistiera a los espectáculos teatrales.

«Los que no frecuentan el teatro por gusto, decia, deberian hacerlo por espíritu público. Patrocinarlo es patrocinar dos artes interesantes, la declamacion i la música; es patrocinar una escuela de lenguaje correcto i elegante, de la conversacion familiar, de la buena pronunciacion, tan descuidada entre nosotros, i de los sentimientos honrados, benéficos i jenerosos.»

Desenvolviendo el mismo tema, en el *Araucano*, número 249, fecha 12 de junio de 1835, llamaba la atencion sobre el siguiente hecho:

«Asisten frecuentemente al teatro, decia, todos los miembros del cuerpo municipal, entre los cuales hai un juez nombrado por el gobierno para velar i conservar el órden i moralidad durante las representaciones; i se ve igualmente con frecuencia a otros muchos majistrados de alta categoría, siendo entre ellos el primero i el mas asistente el jefe supremo de la República (jeneral don Joaquin Prieto). No ignorando esto los señores eclesiásticos que condenan el teatro como lugar de corrupcion i de vicios, parece que su anatema la dirijen especialmente a los majistrados que autorizan con su presencia los espectáculos que allí se exhiben, i al gobierno mismo, que, no solo los autoriza con su presencia, sino que presta una liberal proteccion al establecimiento.»

Don Andres Bello proponia, sin embargo, que se diera al teatro una direccion distinta de la que habian indicado algunos estadistas de la revolucion, los cuales habrian querido que la escena fuese una escuela de lecciones cívicas.

Renovando una idea que ya habia espuesto don José Joaquin de Mora en el *Mercurio Chileno*, fecha 1.° de junio de 1828, Bello recomendaba que se exhibieran con mas frecuencia comedias i algunas piezas de los antiguos autores españoles.

«Terminarémos rogando a los empresarios, escribia en el *Araucano*, número 171, fecha 20 de diciembre de 1833, que nos economicen un poco mas las trajedias, i principalmente las filosófico-patrióticas. Basta de proclamas en verso. Ya hemos visto suficientemente parafraseado el *vencer o morir*. No ignoramos que hai ciertos aficionados para quienes un altercado estrepitoso de fanfarronadas, amenazas i denuestos constituye lo sublime del arte; pero su número va siendo cada dia menor, i creemos espresar el voto de una gran mayoría pidiendo que se nos den con mas frecuencia piezas en el gusto de Moratin, Breton de los Herréros i Scribe, i de cuando en cuando, algunas de los antiguos dramáticos españoles.»

Naturalmente estas observaciones de críticos tan eminentes como Mora i Bello, que daban la lei en estas materias, fueron atendidas.

Sin embargo, a pesar de ellas, i a pesar del triunfo de las ideas clericales en 1830, continuaron representándose el *Aristodemo* i el *Abate Seductor*.

¡Tan arraigada habia llegado a ser la popularidad adquirida a aquellas dos composiciones a consecuencia de la larga i porfiada lucha que se habia sostenido en su favor!

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

UN TIPO YANKEE

SAMUEL HOUSTON

(ESTUDIO BIOGRÁFICO)

IV

Llegó la época de prueba, el supremo momento en que a las platónicas protestas del entusiasmo suceden las resoluciones prácticas; la época de los sacrificios positivos, en que se arriesga la vida, se compromete el bienestar i se apuesta en la voluble carta de la fortuna, la propia suerte i el porvenir de un pueblo. Entónces es cuando flaquean las almas débiles, se perturban i se confunden los espíritus estrechos: entónces es cuando se levantan los corazones vigorosos con la conciencia de su fuerza; cuando la intelijencia serena anticipa la solucion de lo futuro.

Los colonos necesitaban ponerse en movimiento, organizarse, disciplinar su escaso número, ya que arrojado el guante, era forzoso rendirse o continuar un duelo a muerte. Houston fué de los primeros en aceptarlo en todos sus resultados, formando a sus espensas un batallon que se apresuró a poner a las órdenes de Austin, proclamado jefe de la insurreccion.

Austin tuvo la rara cordura de comprender que era su amigo el hombre especial que la situacion exijia; que aquellos soldados de ocasion necesitaban la mano inflexible de un disciplinario; que aquel arranque del primer momento necesitaba la direccion de la prudencia, i con noble desprendimiento, desoyendo las sujestiones del amor propio, obligó a Houston a aceptar el cargo de jeneral

en jefe. Ese título significaba la esperanza de un pueblo, la creacion de un ejército cuya primera parada debia ser una batalla, el réjimen militar aplicado de improviso a puñados heterojéneos de aventureros sin lei i de plantadores independientes, la inmensa responsabilidad que tiene que inventarlo, que preverlo, que dirijirlo, que vencerlo todo, comenzando por los amigos para seguir con los adversarios.

Aquel jeneral sin ejército, sin recursos para proveerlo, con un reducido armamento, sin estado mayor ni comisaría, se encontraba en una situacion mui semejante a la que cupo a San Martin cuando preparaba en Mendoza el jaque maestro de Chacabuco; con mas que a las dificultades que eran de preverse, se añadian las intrigas de los ambiciosos que miraban con envidia la superioridad de Houston; la desconfianza del gobierno que se espantaba de su misma audacia, el desaliento de los soldados sin paga, cuya perspectiva era estrellarse con un ejército aguerrido mandado por famosos jenerales i cuatro veces mas numeroso.

El circunspecto caudillo supo encontrar en su patriotismo bastante prudencia para sobreponerse a las hablillas de la rivalidad; infundió en los soldados el tenaz ardimiento que le animaba; i como el que obedece a la irresistible voz del destino, se lanzó a la campaña enseñando con su ejemplo el sufrimiento en las penosas marchas, la sencillez en el vestir, la severa observancia de una estricta disciplina.

I a la verdad que se necesitaba la mas porfiada enerjía, no tanto para llevar al combate, cuanto para mantener en la línea a esos reclutas, fastidiados en breve con las privaciones de la campaña, si no intimidados con las tristes noticias que llegaban al campamento. El jeneral Santa Ana en persona, marchaba a la cabeza de cinco mil hombres; i mientras uno de sus jefes pasaba a cuchillo sin misericordia a doscientos tejanos que con el coronel Tarvis resistieron heróicamente en el Alamo, otra division destrozaba un cuerpo respetable que el coronel Faning, contra las órdenes de Huoston, habia concentrado en Goliad. El dictador mejicano con la seguridad de alcanzar una fácil victoria, se avanzaba en son de vencedor inclemente, sin respetar ni a inútiles ni a rendidos, mas atento a castigar con barbarie que a triunfar con grloria.

Houston no podia tener la pretension de presentarse en campo abierto al enemigo, ni encontraba en sus fuerzas paciencia bastante para hacer la guerra de *montoneras*. Fuéle necesario engañar a sus propios soldados llevándoles por diversas direcciones, burlar la vijilancia de los mejicanos, emprender marchas i retrocesos, que fatiga-

sen a los perseguidores ansiosos de terminar esa serie incomprensible de evoluciones. I en esta ocasion, como en muchas, fueron la vanidad i la impaciencia, las que arrebataron la victoria de manos de el poderoso. Santa Ana dividió sus fuerzas en tres cuerpos con el intento de rodear a Houston, de apoderarse del gobierno insurrecto i de atemorizar a los pueblos rebeldes, aislándoles de su ejército que vagaba por los montes, sin atreverse a llegar al alcance de los mejicanos.

El mismo Santa Ana, quiso reservarse a sí propio el mérito de la captura o destruccion de la pequeña tropa que tenia a sus órdenes el jeneral tejano; i alijerando bagajes i emprendiendo marchas apresuradas al frente de mil ochocientos hombres, persiguió a Houston sin cesar, hasta colocarle en la necesidad de aceptar el combate. Esto era lo que deseaba el reflexivo yankee, que habia aprovechado aquel tiempo en adiestrar su tropa, en proveerla de abundantes municiones, en conocer el temple de sus subalternos; i mas que todo, en buscar posiciones convenientes que el enemigo no tomaba en cuenta en la infatuacion de sus fuerzas.

Los dos ejércitos se dieron vista en el lugar de San Jacinto, i como en la víspera de Ayacucho i de Maipo, podia en la noche anterior al combate divisarse de los dos campos el fuego de los vivaques, oirse el alerta de los centinelas, escucharse aun los alegres cantares de los mejicanos, que celebraban de antemano su indisputable triunfo.

Apenas amanecia el dia veinte de abril de 1836, el jeneral Houston que no habia dado un momento al sueño en la noche anterior, ocupado de tomar sus medidas para la decisiva lucha, hizo llamar al ministro de la guerra i señalándole las posiciones del enemigo, esclamó con el acento de una séria conviccion: «El dia es mio; hoi quedarán vengados el Alamo i Goliad.» I apretando espuelas, se dirijió a la tropa diciéndole con toda la fuerza de su voz: «Soldados: acordaos de vuestros hermanos asesinados en el Alamo.»

Las disposiciones de Houston estaban friamente calculadas en todas sus consecuencias. El enemigo, apiñado en un espacio que no consentia el despliegue ordenado de aquella fuerza, se atropellaba en confusion, inutilizándose la caballería, estrechándose los infantes sin poderse distinguir las voces i señales de mando. Houston al contrario encargaba a los suyos no perder un tiro en aquel blanco, los empujaba poco a poco menudeando certeras descargas, contenia su ardor para aprovechar los ordenados disparos, apuntaba sus dos cañones a la masa contraria; i cuando ya por sus ojos la vió vacilar i re-

troceder, se puso al frente de su pequeña caballería, sellando la victoria con una carga impetuosa.

Aquello fué un completo descalabro, que en vano intentó conjurar Santa Ana con su pregonado valor; que sus oficiales no podian comprender, que sus soldados no sabian resistir por mas aguerridos i esforzados que fuesen. Cuatrocientos prisioneros, cañones, banderas, bagajes, todo cayó en poder del vencedor, incluso el presidente de Méjico i su jefe de estado mayor, Almonte. Esa victoria tan rápida, tan entera, tan inesperada, fué mui semejante a la de Ayacucho; en la una como en la otra el perseguidor se convirtió en derrotado, el victorioso contaba con la mitad de las fuerzas del vencido, en ambas cayeron prisioneros allí un virei i famosos jenerales, aquí un dictador i célebres caudillos; i en Ayacucho como en San Jacinto, se jugaba la partida de la libertad de un pueblo, cuya última esperanza estaba ligada a un cañonazo feliz.

Al dia siguiente, Houston, recostado en su *avío* mejicano a consecuencia de una herida que recibió en el combate, concedia audiencia e imponia los términos de la paz al dictador vencido. Fué sin duda curiosa aquella conferencia, en que el jeneral victorioso, cubierto con un *poncho*, teniendo por almohada una enjalma, vió llegar sombrero en mano al orgulloso vencido, que aceptó como una merced el asiento que pudo ofrecrle en la tapa de un baul que componia todo el ajuar del jeneralisimo tejano.

«He aprendido a conocer, dijo Santa Ana, que no hai soldados mas valientes que los norte americanos.»

«Son, le respondió Houston, mas magnánimos que valientes; puesto que puedo responderos de que a pesar de no haberse respetado por vuestra parte las leyes de la guerra, degollando heridos i prisioneros, os acuerdan la vida que no mereceriais por vuestra conducta.»

I con efecto, la vida de Santa Ana fué el único premio que Houston exijió por su victoria i sus fatigas, a pesar de que las tropas, el pueblo i el gobierno, pedian la cabeza del dictador, en justa represalia de las atrocidades del Alamo i de Goliat.

V

Quedaba fundada la república de Tejas. Houston, huyendo las manifestaciones de la gratitud popular, debilitado con su herida i deseoso de sustraerse a las intrigas de los partidos, renunció el mando de las tropas, se embarcó como un pasajero desconocido i se fué a estrechar la mano de Jackson que le llamaba su amigo i le recibia como a su igual.

Entónces sin duda, en las íntimas confidencias de la amistad, surjió en el espíritu del libertador de Tejas el tenaz pensamiento de anexar la nueva república a la poderosa confederacion del Norte. La esperiencia que acababa de recojer en la difícil campaña de la independencia; el espectáculo de las encontradas pasiones que veia ajitarse en aquel pueblo, arrojado de súbito en la vida de la libertad; la vecindad de una nacion poderosa mal resignada con la pérdida de ese rico territorio, la actitud recelosa de las potencias europeas, debieron persuadirle de la necesidad de buscar para su patria adoptiva el robusto arrimo de su pais natal.

Este plan requeria, sin embargo, la lenta labor del tiempo, que forma la opinion, el paulatino trabajo de la propaganda, que trata de edificar en el cimiento de una razonada conviccion; i mas que todo, la prueba práctica de la propia suficiencia de ese pais soberano, formado del jiron de un territorio de provincia.

Entre tanto, dictada la constitucion para la naciente república, los círculos se movian i trabajaban al acercarse la época de la eleccion presidencial. La ausencia de Houston, las reiteradas manifestaciones de su resolucion de mantenerse estraño a los negocios públicos, hasta que se decidiera una contienda acalorada i personal por su naturaleza, habian alentado la proclamacion de dos candidaturas rivales, sostenida cada cual por un partido estremoso, que declaraba al contrario la mas encarnizada hostilidad. Representaba el uno a los primeros poseedores de aquel suelo, a la parte mejicana de la poblacion que recelaba la influencia absorbente de los colonizadores estranjeros i pretendia elevar a la presidencia al señor Lamar, patriota de importancia, notable por su talento i sus servicios. Formaban en el otro los colonos norte-mericanos que con el instinto de la nacionalidad i estimulados por la gratitud, recordaban los sacrificios que Estévan Austin se habia impuesto por la emancipacion i su desinteresado civismo en los tiempos de la lucha.

Ambos bandos tenian ciertamente mui buenos títulos para abonar la opuesta pretension; ámbos contaban con numerosos partidarios; pero la exajeracion de los dos hizo temer a los hombres de consejo, induciéndoles a buscar una honrosa transaccion que solo era de cifrarse en el prestijio de Houston. La candidatura de Houston proclamada a última hora, acojida con aplauso por todos los que deseaban amortiguar los ódios i asegurar el porvenir de la república, recibió la sancion casi unánime de los votantes.

Cuando el héroe de San Jacinto, como le llamaban los naturales, *good Sam*, como le apellidaban sus compatriotas, se presentó en la sa-

la del congreso, aclamaciones unánimes resonaron en todo el recinto; i los pocos indiferentes o envidiosos que aun quedaban, tuvieron que unir sus víctores a la entusiasta ovacion, al oir que el presidente nombraba de secretarios de Estado, a los dos ciudadanos que le habian disputado el mando supremo.

Houston merecia esos honores. El discurso que pronunció en aquella ocasion, escrito de su mano, redactado sin pretension, recuerda por la correccion del estilo, por la elevacion de sus miras, por la franca espresion de las opiniones, esas arengas de Jefferson i de Adams que no podrian compararse con la estéril locucion convencional de los monarcas europeos, con la indecisa fraseolojía de que tanto gustan los presidentes sud-americanos. Ese documento revelaba cuanto habia aprendido el soldado de Jackson en esa vida del esfuerzo individual; con cuánta ventaja habia estudiado la historia política de su pais, haciéndose un estadista práctico, severo guardian del órden; fiel servidor de las instituciones, atento a los progresos que desarrollan las riquezas, en el terreno de una libertad sólida. El tiempo, la vida de aventuras i peligros, la lucha constante del trabajo, los dolores domésticos, habian dado a su espíritu la firme claridad del pensamiento, la circunspeccion del hombre de Estado, la indulgencia para los estravíos estraños i la sujecion de las propias pasiones.

Houston, respetado por su valor, estimado por su intelijencia, temido por su imperturbable serenidad, era ántes que todo querido por su llaneza algo ruda, por su franqueza un tanto inculta, que hallaban siempre solaz en recordar sus hábitos de las selvas. El hombre ilustrado dejaba traslucir al hijo del cacique cherokee; el jeneral dejaba adivinar al soldado, familiar i amistoso con los camaradas; i en el primer ciudadano de Tejas se divisaba sin esfuerzo al proletario yankee, hijo de su voluntad, creador de su fortuna.

En cuarenta i cinco años de laboriosa existencia, habia recorrido las mas distintas rejiones sociales, aprendido las tareas manuales i el cultivo del espíritu, esperimentado los goces de la ambicion satisfecha, i el tormento de las afecciones heridas: siempre en la brecha del trabajo, dispuesto siempre a aceptar los vaivenes de la suerte, sin lamentar lo pasado ni desesperar del porvenir.

Hé aquí la excelencia inimitable de esa raza. Para ella no existen ni la derrota en el combate, ni la falencia en los intereses, ni el desaliento en la desgracia, ni la admiracion de lo imprevisto, ni el temor de lo desconocido: el náufrago recoje los destrozos de su nave despedazada, para hacer una nueva embarcacion en que lanzarse al mar; el comerciante arruinado se arroja al desierto en busca de una

mina de petroleo o de una nueva pradera; el abogado sin pleitos se hace capitan de marina; i mas de un nombre rechazado en la política se ilustra al frente de un taller.

Hai en esa sociedad una lei suprema, la del trabajo, a la cual no se sustraen ni las mujeres ni los elegantes, ni los que han nacido en cuna de encajes, ni los que han visto la luz en un puñado de paja. Sin duda al cumplimiento de esa lei deben los norte-americanos su grandeza, su importancia de nacion i su valor individual; porque allí el trabajo es honra i espectativa, es nombre i posicion; i la necesidad del trabajo, convirtiendo el egoismo en virtud, hace que cada hombre aprenda a bastarse a sí mismo i a estimar a los demas.

VI

El breve período de dos años sin reeleccion sucesiva que fijaba la constitucion de Tejas, era harto escaso para realizar grandes reformas o acometer empresas duraderas. Se trataba de organizar por completo una nacion en la cual no existian sino los malos hábitos de su vida de provincia, en donde tenia que funcionar repentinamente todo un réjimen propio, sin antecedentes políticos, sin hacienda, con el mas imperfecto servicio público; i esto en medio de intereses rivales, de mal acalladas ambiciones, de todas las dificultades internas i de la burla talvez de las naciones estrañas.

Con esa convencida perseverancia que Houston ponia en todos sus propósitos, se entregó por entero a la inmensa tarea de constituir la nueva república. Arreglos interiores, regularidad en los impuestos, relaciones con los pueblos mas importantes, caminos e instruccion, todo procuró estudiarlo i dirijirlo con una actividad infatigable. Como todos los hombres de su raza, poseia por intuicion el raro don del sentido práctico, que hace de los estadistas norte-americanos los menos brillantes quizá, pero ciertamente los gobernantes mas positivos. En esa orijinal familia, la ciencia de la administracion es innata, el derecho público se adivina, la lei internacional es el instinto del criterio público.

Al concluir su período, pudo el primer presidente de Tejas, contemplar con orgullo la obra de su brazo, la creacion de sus desvelos, i al retirarse entregando el gobierno a su sucesor Lamar, fué a ocupar el asiento de representante, para ofrecer a la nueva administracion el apoyo de su influencia i el presijio de su palabra. Los descontentos que abundaban, los intrigantes que siempre sobran, le estimulaban en vano a destruir la efímera existencia del gobierno, que parecia empeñado en combatir las ideas de Houston, en borrar

el recuerdo del libertador. Veia con dolor que Lamar, sin considerar la situacion de un pais sin recursos, fomentaba los conflictos con la antigua metrópoli; que los indios azuzados por malos tratos amenazaban turbar la tranquilidad de las fronteras, que el tesoro que principiaba a formarse, se vaciaba sin discrecion en el mantenimiento del ejército.

Houston tuvo sin embargo la prudencia de sufrir en silencio sus desengaños privados i sus decepciones públicas. En sus horas de angustia, ocurria a buscar en sus constantes compañeros, la Biblia i Homero, el perdon de los agravios, la indiferencia contra la ingratitud.

La reaccion natural del espíritu público le llevó nuevamente i sin esfuerzo a la primera majistratura, cuando la nacion, al espirar el período de Lamar, se vió entregada a los azares de una guerra con Méjico, invadida por partidas de filibusteros a caza de fácil botin en un pueblo indefenso, con sus cortos recursos comprometidos en gastos improductivos. Tejas se hallaba en esa delicada crisis que acompaña a la reconstruccion de todo país que se emancipa violentamente de estraña tutela, como el enfermo que arroja las muletas para lanzarse a andar con la fuerza intermitente de una convalescencia febril. Habria querido arrollar en un dia a su antigua dominadora, esterminar las tribus indíjenas, prescindir del apoyo de las naciones estranjeras, puesto que ella tambien se habia bautizado con el nombre de república; reducir a estrechos límites el poder presidencial, puesto que funcionaba un congreso soberano.

Houston, verdadero yankee, sin la ambicion del mando por el placer de ejercerlo, sin ilusiones de tribuno ni teorías de degomago, entendia que la situacion demandaba remedios supremos: la absoluta confianza en la autoridad, constituida garante de la salvacion pública; la ciega cooperacion de los demas poderes, que en tales épocas deben resignarse con servir de auxiliares de una sola voluntad que ordena, de una sola mano que ejecuta.

El congreso tejano comprendia su papel de distinta manera, pretendiendo las funciones de protagonista, miéntras el presidente desempeñaba las de comparsa en el segundo término. Houston pidió facultades estraordinarias i le fueron negadas; exijió dinero i se le escatimó; i los ánimos se encendieron, se exaltaron las pasiones, se agrió la controversia, rechazando el congreso las proposiciones del ejecutivo, miéntras que éste ejercia imperturbable su derecho de veto contra las resoluciones de aquel; i si en aquella lucha de palabras i papeles no perdió el libertador su prestijio, dejó a lo ménos mui menoscabada su popularidad. No faltaron espíritus apocados que temieran la

revuelta intestina i miraran en peligro la vida del presidente; pero el estóico Sam, con el tranquilo corazon de quien espera hacer el bien, sujetaba con mano poderosa a los perturbadores, i se paseaba por las tardes en sus balcones, fumando su pipa cherokee.

Ese segundo período, lleno de ajitaciones internas, fué tambien el mas laborioso en los trabajos esteriores. Houston obtuvo de los Estados Unidos el reconocimiento de la república que debia ser la base de la anexion; interesó a la Inglaterra i a la Francia en la suerte de Tejas; i puso el mas constante afan en mantener con Méjico, siquiera las apariencias de la armonía. Su correspondencia diplomática, las negociaciones que siguió con el gabinete mejicano, los memoriales enviados a la cancillería de Washington, contribuyeron en mucho a ilustrar su nombre, probando una vez mas, que no era un advenedizo en el mundo de la intelijencia, ni un filibustero vulgar en las rejiones de la ambicion.

VII

Mal que pesára al natural amor propio de los tejanos; por doloroso que fuera al patriotismo vinculado en la soberanía de un pueblo, aun cuando ello importara una inconsecuencia con el programa de emancipacion, el pensamiento de anexarse a los Estados Unidos llegó a convertirse en una necesidad política, en el anhelo deliberado si no de todos, a lo ménos de aquellos que olvidando aspiraciones lugareñas, deseaban abrir para el país la ancha vía de un progreso seguro. ¿Cómo prolongar la vida de esa república, enclavada entre dos grandes potencias, sin elementos de resistencia adentro, sin firme amparo de fuera, oprimida entre dos colosos prontos a estrecharla en sus jigantescos brazos? Francia e Inglaterra no pasaban los límites de una platónica simpatía; los Estados Unidos recordaban su doctrina tradicional de no contraer alianza con ningun pueblo; i miéntras los mejicanos se asomaban de cuando en cuando, como para manifestar que no renunciaban al perdido señorío, hacian oir los indios sus cantos de guerra.

La anexion se realizó sin violencia, como un acontecimiento que la opinion tenia aceptado i previsto desde atras; convirtiéndose la república en el Estado de Tejas que confirió a Houston por eleccion popular, el cargo de senador en el congreso de la Union. Ese decisivo acontecimiento, aun cuando no llegó a verificarse durante el gobierno del libertador, fué sin embargo el resultado de sus largos trabajos, la realizacion de un propósito invariable, a que encaminó todo su empeño, con resuelta franqueza. Algunos pudieron traducirlo

como la cobardía del piloto que fatigado de luchar, asustado de la tempestad, entrega la nave a manos mas robustas; otros quiza lo reprocharon como un tributo pagado a su país natal, a costa de una nacion que habia escrito con sangre la declaracion de su soberanía; i era lójico que muchos admiraran la singular conducta del estadista i del soldado, que arrancara de la servidumbre a un pueblo independiente para entregarlo a nuevo i estraño dominio. Todo ello seria racional; pero la historia al pronunciar su fallo, no podrá ménos de reconocer que hubo algo semejante a la grandeza, en el hombre que renunciando a llamarse el primer ciudadano de un país, prefiere confundirse entre la turba, para arrebatarle a los azares de una vida enfermiza.

Durante muchos años, ocupó Houston su asiento de senador de Tejas, miéntras la gratitud de los antiguos gobernados perpetuaba su memoria, dando su nombre a la capital del estado. En aquel recinto en que se escucharon las voces de Webster, de Calhoun i de Benton, hizo oir siempre la suya, con el atractivo que inspira la verdadera elocuencia, con el respeto que infunde la defensa de las grandes causas. No era un polemista vivo, de rápida palabra i variadas evoluciones; no era un guerrillero ardiente que se lanza en las escaramuzas que enciende la pasion del partido; pero siempre que se suscitaba alguna cuestion de elevado interes, se le veía levantarse con cierta severidad que revelaba sus hábitos de mando, con la dignidad algo teatral que deja en algunos la costumbre del gobierno, con la sonora i a veces adornada locucion, fruto de sus aficiones literarias, con las citas i alusiones bíblicas que habia recojido en su lectura familiar.

Dos ideas le preocupaban principalmente i eran los temas mas comunes de sus discursos: el mantenimiento de la union i la suerte de las tribus indíjenas que los estadistas norte-americanos, no se mostraban mui solícitos de aliviar. Las arengas de Houston ampulosas en ocasiones, demasiado largas talvez para nuestro gusto moderno, contenian con frecuencia las ideas mas avanzadas, verdaderos vaticinios del porvenir que adivinaba con la penetracion de su esperto criterio; i habia en ellas cierto sabor de independencia, cierto fondo de jeneroso desinteres, que conquistaban al orador las simpatías de la asamblea. El hombre envejecido en las luchas de la ambicion, procuraba sustraerse al espíritu esclusivo de los partidos, apartándose de la contínua controversia de los bandos militantes, para considerar las cuestiones políticas con la alta inspiracion de la justicia. En el año de 1850, señalaba en el horizonte la negra nube de la revolucion que

vino a deshacerse mas tarde en la terrible tormenta de la guerra de separacion; i cuando recordaba la hospitalidad paternal del cacique cherokee, creia cumplir un deber, exijiendo para los indios la honradez en los tratos, la equidad en las exacciones.

En 1855, un fuerte partido le proclamó candidato para la presidencia de la confederacion: sus panejiristas le igualaban a Jackson, le anteponian a Scott i mostraban a Houston como una acabada personificacion del espíritu yankee; pero el libertador de Tejas, cansado de honores, ansioso de respirar la tranquila atmósfera del hogar, no quiso aceptar esa contienda que renovaba las ajitaciones de su vida pasada. Pretendia simplemente vivir en compañía de su vieja Biblia i de la nueva familia que se habia formado en un nuevo dichoso matrimonio.

Tal fué Samuel Houston, el amigo de los indios, padre de una república, prócer distinguido de su patria. De oríjen casi desconocido, de esforzado corazon para las mas árduas empresas, de vigor infatigable para los mas rudos trabajos, desarrollando la intelijencia sin descuidar la fuerza física, espedito para todas las tareas, con el alma de un héroe, con el cuerpo de un gladiador; hijo lejítimo de esa orijinal civilizacion que está destinada a borrar las bellezas de Atenas i la inmensidad de Roma.

JOAQUIN BLEST GANA.

APUNTES

PARA LA

HISTORIA DEL ARTE DE IMPRIMIR EN AMÉRICA

En el número VII de esta *Revista* (páj. 353—369) don Miguel Luis Amunátegui publicó un curioso i erudito artículo acerca de las primeras imprentas que se establecieron en la América española. Aunque sobre esta materia se hubieran consignado muchas indicaciones en diferentes libros antiguos i modernos, ese artículo es el primer trabajo en que se han asentado hechos bien establecidos no acerca de uno de los pueblos americanos, sino sobre un gran número de ellos.

Amunátegui ha demostrado allí, algunas veces discutiendo las opiniones contrarias, la época verdadera de la introduccion de la imprenta en Méjico, en Lima, en Guatemala, en las misiones del Paraguai, Córdoba i Buenos Aires, en Bogotá, en Quito, en Caracas i en Chile. En este artículo nos proponemos completar esas noticias consignando algunos datos para la historia de la tipografía en otras secciones del nuevo mundo de que se ha omitido hablar en aquel escrito

I

Don Antonio Bachiller i Morales, en una obra titulada *Apuntes para la historia de las letras i de la instruccion pública en la isla de Cuba* (Habana, 1859—1861, 3 vol. en 4.°) ha trazado una prolija historia de la imprenta en aquella isla, acompañada de una lista o

catálogo de todos los libros, opúsculos i periódicos publicados allí desde sus primeros tiempos hasta 1840. Dos años mas tarde, don Jacobo de la Pezuela, en el tomo III de su estenso *Diccionario jeográfico, estadístico, histórico de la isla de Cuba* (Madrid, 4 vol. en 4.°) ha hecho entrar esas mismas noticias abreviándolas i a veces completándolas, en el interesante artículo que destina a la literatura cubana. En ambos libros encontrará el futuro historiador de la imprenta en América casi todos los datos que puedan interesar a su objeto. De ellos tomamos las noticias siguientes.

La primera imprenta que se conoció en Cuba comenzó a funcionar en la Habana el 4 de junio de 1735. Fué establecida por un industrial llamado don Francisco de Paula, con permiso del capitan jeneral de la isla don Juan Güemes Horcasitas; i solo dió a luz algunos anuncios de funciones de iglesias i ciertas órdenes del gobierno. Veinte i ocho años mas tarde, en 1763, otra imprenta titulada de la capitanía jeneral, i de propiedad de don Blas de los Olivos, comenzó a publicar un periódico de cuatro pájinas de a cuartilla, que anunciaba las compras i ventas, i las entradas i salidas de los pocos buques que llegaban a aquella colonia. Ese periódico tuvo solo una existencia de dos años. La imprenta de Olivos siguió publicando los bandos de buen gobierno i las disposiciones de los prelados.

Don Francisco Seguí, a quien Olivos traspasó su prensa con el privilejio i con la denominacion de imprenta de la capitania jeneral, empezó a publicar en 1780 la *guia de forasteros de la isla*, que se continúa hasta ahora, si bien mas tarde se han introducido en esta publicacion importantes modificaciones. Era en su principio un reducido cuadernillo, como nuestros almanaques, que contenía los nombres i habitaciones de todos los empleados, desde los mas altos hasta los porteros, de los eclesiásticos, abogados i escribanos, i ciertas noticias estadísticas sobre el comercio, el tráfico marítimo, la mortalidad, los nacimiento. Libros semejantes a éste, pero mas completos, se publicaban por entónces en Méjico i en Lima.

Tambien reapareció por la imprenta de Seguí el estinguido periódico. En 1792 comenzó a publicarse la *Gaceta de la Habana* en mayores proporciones i con mas acopio de noticias. En esta época existian ya en la ciudad de la Habana otras tres imprentas, que tenian algun trabajo en la impresion de anuncios, convites, formularios de de cuentas, etc.

La ciudad de Santiago de Cuba tuvo un periódico, el *Amigo de los cubanos*, i por tanto una imprenta, desde 1796. Puerto Principe poseyó imprenta i periódico en 1812; i Matanzas el año siguiente. Estos

simples datos manifiestan que la isla de Cuba fué mucho mas favorecida que la mayor parte de las posesiones españolas de América.

El periodismo tomó poco mas tarde un gran desenvolvimiento en Cuba. Bajo el réjimen constitucional inaugurado en España en1811 i suspendido en 1814, se publicaron treinta i cuatro periódicos, noticiosos unos, políticos, literarios i satíricos otros. Restablecido el sistema constitucional en 1820, i mantenido hasta 1823, salieron a luz setenta i cuatro periódicos. Dudamos mucho que en ese mismo período se publicaran en todo el resto de la America española un número igual de periódicos.

II

La república del Uruguay formaba parte, bajo la dominacion española, del estenso vireinato de la Plata, i era una simple intendencia. Montevideo, capital de la provincia, no tuvo imprenta sino algunos años despues que Buenos Aires, la capital del vireinato, habia publicado dos periódicos.

En enero de 1807 la ciudad de Montevideo fué tomada por asalto por las tropas inglesas, que emprendian una segunda campaña contra las posesiones españolas del rio de la Plata. Queriendo que su dominacion fuera simpática a los americanos, los invasores establecieron allí una imprenta, i publicaron un periódico titulado la *Estrella del sur*. Tenia éste por objeto demostrar a los colonos de la España los males que le habia irrogado la metrópoli i las ventajas que les resultarian de salir de su dominacion.

La *Estrella del sur* vivió solo unos pocos meses. Derrotados los ingleses en Buenos Aires en julio de ese mismo año, viéronse obligados por una capitulacion a abandonar a Montevideo. Restablecióse de nuevo la dominacion española, i subsistió en pié hasta 1814, cuando esa ciudad tuvo que rendirse ante un ejército arjentino que peleaba por asegurar la independencia de estos paises contra la España. Durante esa guerra, los españoles que defendian a Montevideo emplearon la imprenta para sostener su dominacion i para combatir a los revolucionarios de Buenos Aires. Entónces hizo sus primeras armas en la carrera política, un hombre que mas tarde ha figurado en primera línea en las guerras civiles i en las intrigas de la corte de España, frai Cirilo de la Alameda i Brea, simple relijioso en esa época en un convento de franciscanos i hoi cardenal arzobispo de Toledo, i primado de la iglesia española. Como redactor de uno de los papeluchos que los realistas publicaban en Montevideo para desacreditar a los independientes, se hizo notar por su ardor para defender la causa

del rei i por su violencia para atacar los revolucionarios. La historia de la prensa americana debe, pues, consagrar algunas pájinas a este famoso personaje, aparte de las que tiene que dedicarle la historia de las revueltas de España en los últimos cincuenta años.

III

La república de Bolivia es el pueblo americano que tardó mas en poseer una imprenta. El territorio que hoi la forma, constituia bajo la dominacion española una rica provincia del vireinato de la Plata. Aunque dotada de una audiencia o tribunal superior, de un arzobispado i de una universidad, la presidencia de Charcas, como entónces se la llamaba, no tuvo una imprenta propia, segun creemos, hasta el año de 1822.

Se refiere que el ejército arjentino que en 1813 invadió las provincias del Alto Perú bajo las órdenes del jeneral don Manuel Belgrano, llevaba una pequeña imprenta para la publicacion de boletines i proclamas; pero no hemos hallado en ninguna parte la confirmacion de este hecho. La mas antigua publicacion boliviana que conozcamos es el *Telégrafo*, periódico realista publicado en una sola hoja, por una pequeña imprenta que se denominaba *de vanguardia*, la única que existiera entónces en el Alto Perú. El director del periódico era el jeneral español don Pedro Antonio de Olañeta, el mismo jefe del ejército de operaciones contra los insurjentes arjentinos. Esa imprenta acompañaba al ejército realista, i daba a luz un número del *Telégrafo* cada vez que habia noticias favorables que comunicar a los soldados españoles. El ilustrado bibliógrafo don Gregorio Beeche posee un ejemplar del número 10 de este rarísimo periódico, impreso en el pequeño pueblo de Moxo, en la frontera sur del actual territorio boliviano: lleva la fecha de 10 de julio de 1822.

El ejército colombiano que en 1824 emprendió la campaña contra los realistas del sur del Perú, llevaba tambien una imprenta volante, que publicaba las órdenes del dia i otros documentos concernientes a la guerra. Despues de la jornada gloriosa de Ayacucho, la imprenta volante marchó a La Paz en el séquito del jeneral Sucre. La primera pieza que dió a luz fué un estenso decreto dictado por Sucre en la ciudad de La Paz el 9 de febrero de 1825, en que convoca al pueblo a elecciones para una asamblea que debia reunirse en Oruro para decidir de la suerte futura del Alto Perú. Esta publicacion no tiene nombre de imprenta, pero tanto ella como una *descripcion del recibimiento que la ciudad de La Paz hizo a S. E. el libertador* (Bolívar)

el 18 de agosto de 1825, han salido de la *imprenta del ejército* (nombre que se le da en esta segunda pieza), que administraba don Fermin Arévalo. Esta imprenta se estableció pocos meses mas tarde en la ciudad de Chuquisaca, i allí comenzó a publicar el 1.° de enero de 1826 el *Rejistro oficial de leyes, decretos i órdenes del gobierno* de la república boliviana, periódico oficial, sin dia fijo para su publicacion, i que, como lo indica su nombre, contenia solo los decretos i actos del gobierno. Desde el segundo número, este periódico cambió el título de *Rejistro* por el de *Coleccion*, con el que subsistió hasta el año de 1829.

En el mismo año de 1825 funcionaba en Chuquisaca otra imprenta titulada de la *Universidad*, cuyo oríjen e introduccion nos son desconocidos. Comenzó a publicar un periódico titulado *Chuquisaqueño*, que quedó en el 2.° número; i el 30 de julio de 1825 la *Gaceta de Chuquisaca*, del cual solo conocemos los tres primeros números, probablemente los únicos que salieron. Esta imprenta, mucho mejor dotada que la *del ejército*, tomó a su cargo desde junio de 1825 la publicacion del *Rejistro oficial*, bajo la direccion del referido don Fermin Arévalo. Mas tarde tomó el nombre de *Imprenta boliviana* (1).

En los años posteriores, la imprenta se ha jeneralizado mucho mas en Bolivia, de tal suerte que cuentan con un establecimiento de esta especie casi todas las ciudades de alguna importancia. Pero, el arte de imprimir ha hecho pocos progresos, porque las impresiones de ese pais son ménos limpias i elegantes no solo que las que se hacen en otros pueblos americanos, sino que son en jeneral inferiores a las que se hacian en ese mismo pais hace treinta o cuarenta años.

IV

La historia de la imprenta en el Brasil ha sido bien estudiada, i por lo tanto es mucho mas conocida. Un erudito escritor portugues, Antonio Riveiro dos Santos, en dos disertaciones sobre los oríjenes i progresos de la tipografía en Portugal, insertas en el tomo VIII de las *Memorias de literatura portugueza publicadas pela academia real das sciencias de Lisboa* (Lisboa 1856 p. 1—147) i otro erudito brasilero, Francisco de Souza Martins, en la *Revista do Instituto Histórico e geographico do Brasil* (tomo VIII, 1846, p. 262—273), han reunido un grande acopio de datos.

(1) Para recojer estas noticias he podido consultar la preciosa coleccion de impresos bolivianos reunida con gran trabajo por don G. René Moreno, que mui probablemente es la mas completa que exista.

El sistema colonial de los portugueses, aunque despótico i absurdo, distó mucho de ser tan represivo como el que los españoles implantaron en sus posesiones de América. Sin embargo, la imprenta fué casi completamente desconocida en el Brasil hasta principios del presente siglo.

Es tanto mas singular este hecho, cuanto que los jesuitas portugueses llevaron la imprenta a sus misiones de Asia a mediados del siglo XVI, miéntras en el Brasil permanecia desconocido el maravilloso invento. Para la publicacion de los libros que empleaban en la enseñanza de la relijion i de las lenguas, los jesuitas establecieron una imprenta en Goa en 1561, otra en Macao en 1590, dos en el Japon, (la primera en 1593 i la segunda en 1610), otra en Salcete (Indostan) en 1632 (1), otra en Canton en 1681, i por último una en Tian Xan (China) en 1712. Todas estas imprentas, es verdad, publicaron solo opúsculos cortos, o libros de escaso i con frecuencia de ningun interés; pero este hecho revela la importancia que entónces se daba en Portugal a las conquistas en la India, i el poco caso que se hacia de las estensas i valiosas posesiones de América.

Solo a mediados del siglo XVIII (2) un industrial llamado Antonio Isidoro de Fonseca, estableció una imprenta en Rio Janeiro, mediante la tolerancia i talvez la proteccion de Gomez Freire de Andrade, uno de los mas nobles caractéres de gobernadores que recuerdan los anales de la colonia. Esa imprenta publicó solo algunos opúsculos de mui escasa estension i de ménos importancia. Se conserva uno publicado en 1747 con el título de *Relaçao do entrada que fez o bispo D. fr. Antonio do Desterro Malheiro*, escrito por Luis Antonio Rosado de Cunha, impreso en un cuaderno de 20 pájinas en 4.° No hai certidumbre de que la imprenta de Fonseca publicara otra obra; se sabe sí que ese establecimiento tuvo mui corta existencia, i que el gobierno metropolitano creyendo perjudicial a sus intereses la difusion de las luces en la colonia, lo mandó cerrar definitivamente. Parece sin embargo que a pesar de la prohibicion, aquella imprenta trabajó algun tiempo clandestinamente, o con el consentimiento tácito del

(1) En 1532 dice equivocadamente Riveiro dos Santos en la páj. 108 de su memoria citada, colocando ese establecimiento entre las imprentas que existian en los dominios del rei de Portugal en el siglo XVI. Bastará observar que en 1532 no estaba aun establecido la órden de jesuitas en Europa, i que solo en 1541 salieron los primeros misioneros de esa órden para la India.

(2) En 1707 dice equivocadamente Pereira de Silva en su *Historia da fundaçao do imperio brasileiro* (tomo I, páj. 216), talvez por un error tipográfico. Debe decir 1747.

gobernador portugues. Créese que ella publicó una obra sobre artillería titulada *Exame de bombeiros* (1 v. en 4.° de 444 páj. de testo i 38 de introduccion) escrita por José Fernandez Pinto Alpoin, capitan entónces de artillería en la guarnicion de Rio Janeiro, i dedicada al gobernador de esta provincia Gomez Freire de Andrada. Aunque en la portada de este libro, se dice que fué impreso en Madrid en 1748, los bibliógrafos portugueses la consideran una impresion subrepticia del establecimiento fundado en Rio Janeiro.

Trasladada a Rio Janeiro la familia reinante del Portugal a principios de 1808, se instaló allí una imprenta real. Data solo de entónces el primer periódico que se dió a luz en esa ciudad, la *Gaceta de Rio Janeiro*, impresa en 4.°, publicada dos veces por semana i sujeta a una censura rigorosa que apénas le permitia dar al público noticias estranjeras i actos oficiales. Cinco años mas tarde, en enero de 1813, se publicó el *Patriota*, revista mensual que vivió hasta diciembre de 1814, dando a luz documentos inéditos e importantes memorias para la historia del Portugal i del Brasil, poesías i artículos de artes, ciencias i literatura, escritos unos por Manuel Ferreira de Araujo Guimaraes, principal redactor del periódico, i otros por diversos literatos portugueses o brasileros, entre los cuales figuraban dos de gran celebridad, Pinheiro Ferreira i José Bonifacio de Andrada. En la ciudad de Bahia se instaló tambien una imprenta por esa época, i se publicó un periódico con el nombre de *Idade de ouro* (edad de oro), cuyo principal redactor fué el clérigo portugues Ignacio José de Macedo (1), mui famoso mas tarde en los anales periodísticos de Portugal.

Hasta el año de 1821, época en que fué proclamado el réjimen constitucional, no se conocieron en el Brasil mas que estos tres periódicos; i aun ellos tuvieron escasa circulacion. Durante la segunda década de nuestro siglo, los brasileros buscaban su instruccion acerca de la marcha política nacional i estranjera en dos periódicos publicados en Lóndres en idioma portugues, el *Correio Braziliense* i el *Investigador portugues*. La coleccion del primero de estos periódicos, mui buscada por los historiadores i eruditos, a causa del gran cúmulo de noticias i documentos que contiene, consta de veintiocho volúmenes. No estará de mas el consignar aquí, como una prueba de los progresos literarios del Brasil bajo el réjimen independiente i constitucional, que en 1846 se publicaban ochenta periódicos, de los cuales diez

(1) Ignacio José Machado, dice Varnhagen equivocadamente, i talvez por error de imprenta en su *Historia geral do Brasil* (tomo II, páj. 350).

i siete estaban destinados a las ciencias i a la literatura. Este número se ha duplicado en nuestros dias.

V

No entra en el plan de estos lijeros apuntes el dar noticia del establecimiento de la imprenta en las provincias de América que conquistaron los ingleses i los franceses. En todas ellas, el arte de imprimir, aunque introducido mucho mas tarde que en Méjico i el Perú, porque tambien los europeos se establecieron en ellas cuando estos dos paises contaban largos años de sumision a la España, fué cultivado con ardor i produjo numerosas obras. En febrero de 1809, cuando los portugueses, aliados entónces de la Inglaterra, conquistaron la colonia francesa de Guayana, encontraron en la humilde ciudad de Cayena dos imprentas bien montadas que funcionaban regularmente, siendo de notar, dice un historiador brasilero, que Rio Janeiro, Pernambuco i Bahía, ciudades mucho mas populosas e importantes, no habian tenido establecimientos de esta clase.

Pero para que se comprenda mejor la diferencia que a este respecto existia entre las colonias de la España i del Portugal i las que poseian en América otras naciones mas ilustradas, vamos a consignar algunas noticias sobre los oríjenes i desarrollo de la imprenta en las provincias que hoi forman los Estados Unidos. Las estractamos, i casi podríamos decir que las traducimos de un libro escrito con tanta elegancia como conocimiento de causa, la *Histoire de la presse en Angleterre et aux Etats Unis*, por M. Cucheval Clarigny.

Los Estados Unidos, como se sabe, fueron poblados por colonos de diversa educacion, de creencias diferentes i de principios casi diametralmente opuestos. En el norte predominaban los puritanos, hombres en su mayor parte ilustrados, republicanos por conviccion i ardorosos partidarios de la difusion de las luces en todas las escalas sociales. En el sur estaban los anglicanos, monarquistas, aristócratas, sostenedores de la esclavitud, i casi podria decirse enemigos decididos de la ilustracion. Indicados estos antecedentes, se comprenderá con facilidad que los estados del norte tuvieron imprenta e hicieron rápidas conquistas intelectuales, cuando las provincias del sur permanecian aun en un notable estado de atraso. En uno de aquellos, en Massachusets, los colonos no solo establecieron escuelas para la difusion de la enseñanza primaria, sino que fundaron una universidad en Cambridge, a los mui pocos años de haber pisado las playas del nuevo mundo.

En 1638, un ministro presbiteriano de Inglaterra, el reverendo John

Glover, envió de obsequio a la universidad que los colonos acababan de fundar, un surtido de tipos de imprenta. Los comerciantes de Amsterdam, relacionados con los puritanos de América, i con el propósito de ayudar a la propagacion de las doctrinas republicanas en el réjimen de la iglesia, dieron a la universidad una suma de cuarenta libras esterlinas para comprar una prensa. Las suscriciones particulares hicieron todo lo demas. Entre los primeros colonos se encontraba un obrero impresor, Stephen Daye, que manejó esta prensa, pero que murió en breve víctima de los rigores del clima. Tomas Green, a quien se debe la publicacion de algunos escritos de teolojía i de algunos libros clásicos para la universidad, es verdaderamente el primero que haya introducido la imprenta en la América inglesa. Despues de él, sus hijos i sus descendientes cultivaron este noble arte, i fundaron muchos de los mas antiguos diarios de los Estados Unidos.

Pero las colonias inglesas de la América del Norte mantenian entre sí mui escasas comunicaciones, i estaban ademas divididas, como hemos dicho, por principios políticos, sociales i relijiosos mui diferentes. Así se comprenderá que en 1670, setenta i un años despues del establecimiento de los ingleses en Virjinia, el gobernador de esta provincia, sir William Berkeley, dijese en una memoria oficial: «¡Gracias sean dadas a Dios! Nosotros no tenemos aquí ni escuelas gratuitas ni imprenta, i espero que no las tendremos en cien años mas; porque la instruccion ha enseñado al mundo la indocilidad, las herejías i las sectas, i la imprenta ha propagado junto con todos estos males los ataques contra los gobiernos.» El deseo de Berkeley estuvo a punto de cumplirse: sesenta años se pasaron ántes que Virjinia, la mas poblada i la mas rica de las colonias, tuviese una sola imprenta: otras colonias no la conocieron sino a mediados del siglo XVIII.

Pero en las colonias del norte o de la Nueva Inglaterra, la imprenta hizo rápidos progresos. En 1703, un director de correos de Boston, llamado John Campbell, mal remunerado por los servicios que prestaba al público, concibió el pensamiento de publicar un diario para crearse recursos. Un célebre cura puritano habia establecido la práctica de dirijir cada juéves a sus parroquianos una alocucion en que esplicaba un punto de historia o de moral tomado de la Biblia. La afluencia de jente que atraia todos los juéves el deseo de oir al mas elocuente i afamado predicador de aquella secta, determinó a la asamblea de Massachusetts a establecer en Boston una especie de feria, que funcionaba este solo dia. Los colonos tomaron la costumbre de ir a la ciudad todos los juéves. Despues del sermon, las jentes se repartian para darse las noticias locales i para informarse de las ocurren-

cias de ultramar. Por estas circunstancias, se habia fijado ese mismo dia para la salida del correo para las otras colonias. Esta concurrencia de jente, esta curiosidad universal, dieron a John Campbell la idea de su empresa. Director de correos, él era el primero que recibia las noticias de Europa, las novedades de las otras colonias i los rumores que le comunicaban cada juéves los visitantes que iban a su casa a llevar o a sacar sus cartas. Comprendió que habia para él un gran provecho en imprimir i en vender una hoja suelta que contuviera las decisiones i ordenanzas de las autoridades, los rumores de las colonias i un resúmen de las noticias de ultramar. Así nació el primer periódico de los Estados Unidos, el *Boston News Letter* (carta de noticias de Boston), publicado por la imprenta de Bartolomé Green, hijo mayor de Tomas Green, el impresor de la universidad de Cambrigde. El primer número apareció el juéves 24 de abril de 1704.

Durante dieziseis años el *Boston News Letter* fué el único periódico norte-americano. Aun en sus primeros tiempos produjo mui escasas utilidades al editor, pero luego afluyeron los suscritores i los avisos, i la empresa se hizo lucrativa. El 19 de diciembre de 1719 apareció el primer periódico que haya tenido Filadelfia, el *American weeckly Mercury* (el Mercurio semanal de América) i un año despues, el 18 de diciembre de 1720, la *Gaceta de Boston*. Pero el impulso estaba dado; i luego la imprenta i el periodismo adquirieron un gran desarrollo porque gozó desde su nacimiento de una libertad casi ilimitada. Allí no habia ni inquisicion ni censura política, como en las colonias de la España i del Portugal; i a la sombra de esa libertad se desarrolló el amor por la cosa pública i la pasion por el estudio. En los primeros tiempos, los impresores de las colonias inglesas habian estado reducidos a surtirse en los mercados europeos de todos los materiales que necesitaban. En 1735, un impresor de Germantown, Christopher Sower, acometió la empresa de fundir tipos, en que fué imitado mas tarde por otros industriales, entre los cuales se cuenta el célebre Benjamin Franklin; pero aunque esta industria no alcanzó su verdadero desarrollo hasta despues de la revolucion de la independencia (1), surtió en parte siquiera a las imprentas americanas. En 1740 se publicaban en esas colonias 14 periódicos: en 1771, en los primeros dias de la revolucion, su número se elevó a 27, i cuatro años mas tarde alcanzó a 37 (2).

(1) Segun los datos publicados por un célebre editor de Lóndres, Nicolas Trübner, en su *Bibliographical guide of American Litterature* (London, 1859), en 1851 habia en los Estados Unidos veinte i cinco fundiciones de tipos que ocupaban 8000 obreros, i que producian por dia 4,400 libras.

(2) Aunque es ajeno a estos lijeros apuntes el consignar noticias sobre el des-

VI

Cuando se recuerdan estos hechos, se conocen los obstáculos que se opusieron al desarrollo intelectual en las colonias españolas i portuguesas, i las facilidades que este desarrollo halló en las colonias inglesas. Sometidas aquellas bajo el réjimen del mas duro despotismo político i relijioso, vivieron embrutecidas en medio de la ignorancia i de la supersticion; miéntras las colonias de la Inglaterra, rejidas por un sistema de libertad casi absoluto, se prepararon aun bajo el gobierno de la metrópoli al goce de la vida republicana.

Así se comprenderá tambien por qué los progresos de las colonias españolas i portuguesas, aun despues de su independencia, han sido lentos e inseguros; miéntras los Estados Unidos han elevado el vuelo a donde no era posible prever. «La república i la independencia, dice un célebre escritor frances, existian en las colonias inglesas desde ántes de la revolucion. Esto no fué mas que un cambio de nombre: casi nada cambió en las cosas. La América del norte, al separarse de la metrópoli, hizo lo que un navío que se desliga de otro i continúa la misma ruta i ejecutando las mismas maniobras. No solo poseian las colonias durante la monarquía instituciones republicanas, sino que, lo que era mas precioso todavía, habian tenido ocasion de desarrollar el espíritu republicano (3).»

Del réjimen colonial de los españoles i de los portugueses se podria decir todo lo contrario.

DIEGO BARROS ARANA.

---

envolvimiento posterior de la prensa en los Estados Unidos, señalaremos aquí que segun el censo de 1850, se publicaban este año en ese pais 2,800 periódicos, de los cuales 350 eran diarios, i que todos ellos repartian por año la suma enorme de 422.600,000 pliegos de papel impreso.

(3) J. J. Ampére, *Promenade en Amerique*, cap. XIX, páj. 395.

INSOMNIO

Pulso tus cuerdas desvelada, oh lira!
Miéntras el tiempo en su carrera avanza,
No un sol de fuego con su ardor me inspira;
Noche sin esperanza
Es la noche que mira
Mi conturbada mente en lontananza.

¿A dónde hallar un corazon tan frio
Que en mi lugar no sienta
La dicha que por siempre ora se ausenta
Dejando en pos hastío
Bajo un cielo sombrío
I en lo íntimo del alma una tormenta?

Ya es media noche i el insomnio acrece
I aumenta mi amargura.
Dónde está el sueño, un tiempo mi ventura?
Hoi de mí desparece
Cuando en sus brazos vuluptuosos mece
Aletargada i bella a la natura.

¿Qué importa a mi ajitado pensamiento
Sumido en pesadumbre
Que esté la tierra hermosa, el firmamento
Mas diáfano al traves de su techumbre
Si no hai luz que me alumbre
Para admirar tan vasto monumento?

Tambien como a mí, al mar insomnio i pena
Le aflije en esta hora.

Esa voz con que ajita su melena
Ya ronca i jemidora
Al morir en la arena
Parece mas que mar, alma que llora.

Quién lo escuchara en tempestad deshecho
Amenazando el suelo,
Terrible i ajitado cual mi pecho;
Rudo i potente desafiando al cielo
I abandonando su profundo lecho
Dar desastroso fin a mi desvelo!

Mas temo yó a ese mundo—que a la sombra
De su antifaz odioso
El camino de espinas nos alfombra,
Que a ese mar tempestuoso,
A un corazon herido i sin reposo
El horror de la muerte no le asombra.

¿I qué puede temer una alma fuerte
De ese sueño de muerte?
Terribles son del alma las pasiones,
De un venturoso amor las decepciones
I el tormento que advierte
Las dulces i perdidas ilusiones.

Pálida luz ya asoma en el oriente
De azul i nieve orlada,
Cual una hermosa vírjen desposada
Que oculta en tules la modesta frente,
I avanza lentamente
Esparciendo en el suelo la alborada.

I llega Febo en su fuljente coche
Donde la vida en jérmenes encierra,
Abre a la flor el perfumado broche,
Forma el arroyo en la nevada sierra
I alegría i amor deja en la tierra;
Solo en mi corazon queda la noche!

ROSARIO ORREGO DE URIBE

Valparaiso, agosto 23 de 1872

BENJAMIN VICUÑA MACKENNA

ACTUAL INTENDENTE DE SANTIAGO

I

Hé aquí una figura simpática.

Desde hace meses converjen sobre ella todas las miradas.

Santiago, esta ciudad fria, apática e indolente de ordinario, se muestra hoi activa, ajitada, entusiasta en la obra de su embellecimiento, desprendida para lograr su trasformacion, satisfecha con sus esperanzas de bienestar i los indicios de su rápido progreso.

Hai una mano que la impulsa hácia adelante i ella se deja guiar marchando entre alegrías i sorpresas, pero segura i confiada de que se la lleva por el buen camino.

Tienen los años una estacion en que la naturaleza viste de gala: en ella sonrie el cielo, los campos se coloran de esmeralda, se funden las nieves para correr en abundantes raudales, renacen los follajes de los árboles, brotan las flores i gorjean las aves: el sudario del invierno se rasga i la naturaleza cobra vida, animacion i colorido.

Santiago entra tambien en su primavera, despues de haber estado adormecido durante un largo invierno.

Así le vemos levantar palacios, embellecer sus edificios, aumentar sus paseos, sus calles, sus fuentes, sus árboles: exhibir las obras de la industria i de las artes, los frutos de su suelo, el trabajo de sus hijos; llamar a las puertas de la opulencia para hacer soportable la miseria, dando aire, luz i espacio a los hogares del pobre: preocuparse, en fin, de su suerte i abrir los surcos de donde ha de brotar su prosperidad futura.

¿Quién ha dado semejante impulso a toda una ciudad? ¿quién ha con-

fundido el pensamiento múltiple de todo un pueblo en un deseo, en una aspiracion, en un anhelo, a fin de avanzar un paso de jigante en el mundo del progreso, en ese mundo misterioso e infinito que al pensamiento humano solo es dado esplorar, pero que jamas alcanzará a conocer por completo?

—¿Quién?—Un hombre de voluntad i de intelijencia, de trabajo i de constancia; que se inspira en el amor a sus hogares i a su patria, que con abnegacion i entusiasmo procura el bien ajeno, sin miedo a las fatigas ni a los obstáculos.

Benjamin Vicuña Mackenna es hoi con razon sobrada objeto de jeneral espectacion, i se siente acariciar por el aplauso de la ciudad que le tiene a su cabeza, por el elojio de la prensa de todos los matices i por las felicitaciones de la amistad.

Mas tarde empeñará la gratitud nacional. Su paso por la esfera de los negocios públicos no tendrá la duracion del relámpago que abre la nube i se disipa en la oscuridad: su memoria tendrá los albores que marcan la época de la prosperidad de un pueblo.

Diseñar a grandes rasgos las distintas faces de la vida de Vicuña, tormentosa i fecunda desde su edad juvenil, es el objeto que nos proponemos en este artículo. Sus dimensiones serán reducidas desde que el mayor número de los lectores las conocen quizá en detalle: las luchas de la política en que tomó parte Vicuña no están lejanas, sus numerosas publicaciones circulan con profusion, sus contrastes de hombre privado han sido del dominio público, i sus actos de funcionario administrativo están en estos momentos palpitantes en el recuerdo de todos. Escribimos, pues, para que nuestro trabajo sea apreciado por aquellos pocos que no hayan tenido oportunidad o interes en seguir de cerca la existencia del entusiasta liberal, del atrevido revolucionario, del fecundo escritor i del hoi activo mandatario de la primera de nuestras provincias.

II

Si álguien contemplase por un instante solo a Vicuña Mackenna, indudablemente que no sospecharia hallarse en frente del ardoroso voluntario que siguió a Carrera en la borrasca revolucionaria del 51 ni del festivo autor de los «Tres años de viajes».

Así como la estátua emblemática de Garrick engañaria la vista del que no la observase por sus diversos lados, a Vicuña Mackenna debe estudiársele de cerca i con alguna atencion.

Entónces se descubre en aquella cabeza de nevados cabellos una

frente tersa i espaciosa, una mirada ardiente de juventud i una eterna sonrisa de buen humor jugeteando en sus labios. Entónces se ve que esa mentida apariencia de ancianidad, no pasa de ser un capricho de la naturaleza, pues que los años no han podido marcar aun sus huellas en esa fisonomía en que circula la vida con toda su sávia.

Si en el seno de las alturas envueltas en un ropaje de nieve se oculta el fuego i la lava, bajo aquella apariencia se encierra tambien un corazon ardoroso, entusiasta, atrevido.

Se encuentra al hombre que se busca.

Vicuña en sus escritos, en sus discursos, en los actos todos de su vida, se ha dejado llevar del espontáneo impulso de sus sentimientos i jamas de la lójica fria de la reflexion. Su cabeza ha sido avasallada por su corazon.

Sin embargo, sus arranques de ardoroso entusiasmo no han llegado a hacer de él un hombre impetuoso ni apasionado hasta la vehemencia: algunos periodistas i escritores lo han tachado de lijero, de versátil, de poco maduro en sus juicios.

Vicuña no ha aspirado jamas a ser hombre *grave*.

Hé aquí por qué, a nuestro entender, ha hecho despacio el viaje de la política i no se han dejado ántes de ahora al alcance de su mano los puestos oficiales: en nuestro pais ha tenido prestijios i seducciones, ántes que todo, la gravedad, sobre todo la gravedad muda, ceremoniosa, doctoral.

Para aparentar esta gravedad se necesita cierta dósis de egoismo Vicuña no lo ha tenido jamas.

Ni siquiera se habrá detenido a pensar que su carácter espansivo, franco i jovial, que su humor benévolo, festivo i complaciente mui bien han podido alejarle a perpetuidad del lado de los timoneles del Estado.

Siempre hai entre nosotros un hombro dispuesto a izar a aquel de quien pueda decirse:—es un sujeto sério, promete mucho.

I siempre tambien una mano pronta para hacer bajar a los «buenos muchachos», tengan o nó talento, «que no se han envuelto en los pliegues de la seriedad».

Hoi que Benjamin Vicuña ha sido apellidado el «rei de los intendentes» ¿comenzará a lucir la aurora de la esperanza para los «buenos muchachos» de la intelijencia que aspiren a ser algo en el mundo de la política, en el que ántes de ahora han tenido tan fácil acceso las petrificadas esfinjes del estoicismo?

Puede: la prueba ha sido tentadora.

Pero véase tambien que el modelo es raro de hallar.

III

El actual intendente de Santiago nació el 25 de agosto de 1831.

Pertenece a una de las mas numerosas i distinguidas familias de la capital; son sus padres don Pedro Félix Vicuña i Doña Cármen Mackenna.

Una palabra a su niñez:

Fué un mal colejial: flojo, travieso, insigne cimarron en el cerro de Santa Lucía, esa pintoresca colina que la actividad del hombre de hoi trasforma en un prodijio de belleza. Singularidades de los tiempos! En la memoria del antiguo colejial deben abrigarse los gratos recuerdos de esos amados ocios de la infancia, de esas horas de *dolce farniente*, fujitivas i encantadoras, que vió trascurrir en el sitio mismo destinado hoi a inmortalizar su nombre de funcionario!

Gustando mas el colejial Vicuña del bullicioso solaz de los recreos, de armar «vinchucas» a sus camaradas i de reivindicar su parte de gloria en las *leonas*, que de la aritmética, el epítome i el Cornelio, se presentaba a fin de año ante las mesas de exámenes a tiempo para recojer el fruto de su aplicacion, de tal manera que se cuentan en sus certificados no menos de *veinte erres*.

Mas, llegado el estudiante porro a los diezisiete años, propúsose abandonar sus antiguas inclinaciones, su antipatía por los testos i su amor a los «calduchos», i con voluntad i teson sin iguales se dedicó a sus tareas,—rindió en un solo mes sus exámenes de derecho.

Obtuvo así i en aquella edad su diploma de bachiller en leyes.

Desde esta época comienzan para Vicuña las escenas de ajitacion i movimiento en que su precoz intelijencia i su fecunda imajinacion tuvieron lugar de manifestarse.

IV

El jóven bachiller solicitó el acceso a la corporacion científica i literaria llamada «La Academia de Leyes" i fué aceptado en mayo de 1849. Esa corporacion, fundada durante el coloniaje i reformada despues por el gobierno de la república, se mantenia con aujo i encerraba en su seno las noveles intelijencias que ansiaban labrarse un porvenir por el estudio. Hallábase a la sazon dirijida por el anciano Don Juan F. Meneses, ese Proteo de la política, de quien nos han llegado versiones tan variadas como estrañas sobre su vida, su carácter, tendencias i aspiraciones.

Poco tiempo despues de la incorporacion de Vicuña, el presidente

de la academia, don Máximo Mujica, obtuvo el nombramiento de ministro de Estado en el departamento de justicia. Con tal motivo, en la próxima sesion, el director Meneses propuso a los sorprendidos asistentes que firmaran una nota de ardiente felicitacion a aquel funcionario en que se le pedia que él mismo designase su sucesor.

Esto último entrañaba una abierta violacion del reglamento de la academia, que prescribia se elijiese al presidente por votacion de sus mismos miembros.

Vicuña, sin poder contener el oleaje de su indignacion, protestó con toda la enerjía de su alma juvenil de semejante invasion de los fueros de la academia. Meneses, terrible en sus cóleras, no halló un castigo que mas directamente fuese a herir la dignidad i el corazon del jóven estudiante, que su inmediata espulsion del seno de sus compañeros, i sin guardar fórmulas de ningun jénero, la decretó.

El porvenir del estudiante quedaba así a merced del rencoroso director, quien creyó no tardaria en ver llegar a aquél humillado i en solicitud de perdon.

El dean se engañó.

Vicuña se inspiró en la conviccion de su derecho, en la justicia de su proceder, i ántes de rebajar su conciencia i su honra, se resolvió a arrostrar con ánimo sereno los resultados de la lucha contra el íntimo i poderoso amigo del ministro recien elevado.

Llevó la cuestion a la Universidad, a la prensa, al Gobierno, al Congreso.

En todas partes se estrelló contra los secretos manejos que puso en ejercicio Meneses. Una voluntad ménos persistente, un espíritu ménos fuerte que el de Vicuña, habrian naufragado en la cruzada de odio i de persecuciones de que fueron objeto él i muchos de sus compañeros arrastrados a su causa por las simpatías que despierta en toda alma jóven el sentimiento de la justicia. Contábanse entre estos últimos don Adolfo Ibañez, Vallejo, Cisternas Moraga, Cabrera i algunos otros jóvenes de talento i varonil entereza.

Triunfante el director Meneses merced a la decidida proteccion que hallara en la Moneda, no alcanzó sin embargo a gozar largo tiempo de su victoria.

El *Comercio*, el *Progreso*, la *Barra* i otros periódicos se pusieron de parte del pertinaz estudiante i no tardaron en turbar el reposo del septuajenario dean. El razonamiento, la sátira, la mofa mas terrible se cebaron en el vencedor. Hubo de sesgar por fin: su altivez se ablandó como la cera ante el ridículo público i los envenenados dardos de los guerrilleros de la prensa diaria.

Se abrieron tratos, sirviendo de mediador el rector de la Universidad don Andres Bello, de querida memoria.

La prensa apagó sus fuegos.

La academia, o mas bien la clase de *práctica forense*, siguió funcionando bajo la presidencia del señor don Miguel M. Güemes.

Los miembros espulsados fueron admitidos en su seno.

Vicuña era ahora el vencedor: la prensa le habia salvado.

¿Qué raro es que despues haya profesado un amor tan sincero al poder mas grande del siglo, el que ensalza o abate las reputaciones, desvanece los errores i lleva a las conciencias la luz de la verdad?

Vicuña ha publicado en 1868 sobre el drama estudiantil que dejamos bosquejado, un folleto con el título de «La disolucion de la academia de leyes».

V

Benjamin Vicuña, hijo de uno de esos hombres que en política son la antítesis de los Dupin i los Hu[illegible], de un hombre que tanto en las columnas de la prensa como en su curul de senador, ha rendido culto a la idea liberal, bebió puede decirse con su educacion un odio acendrado a los gobiernos tirantes i opresivos. Como su padre, ha sido consecuente a sus principios militando siempre en las filas del partido liberal, en cuyas aras ha hecho ofrendas jenerosas. A los 19 años hallábase prepando su exámen de abogado, cuando estalló la revolucion del 20 de abril. Las ideas que fermentaban en el pecho de algunos ardorosos i atrevidos patriotas contajiaron al jóven Vicuña.

Dejó de la mano sus estudios i se lanzó en la avalancha de la revolucion.

El coronel Urriola le dió un puesto de honor: le hizo su ayudante.

La noche del 28 fué hecho prisionero en el patio del cuartel del Chacabuco, en el momento en que penetraba a caballo llevando en su mano una pistola, por cuyo desacato fué procesado i condenado a muerte.

Esta terrible sentencia no iba a ser la única que se fulminara contra el jóven campeon revolucionario. Otras tres del mismo jénero le aguardaban en su carrera de azares i ajitaciones.

Encerrado en prision, logró fugarse de ella vestido con ropas de mujer el 4 de julio de 1851, i se dirijió a Coquimbo en compañía del caudillo don José Miguel Carrera.

VI

Su presencia allí no fué estéril.

Organizaron la revolucion que estalló el 7 de setiembre. En ese mismo dia Benjamin Vicuña fué destacado a la cabeza de veinte soldados veteranos a proseguir la obra iniciada. El jefe de vanguardia ocupó al siguiente dia a Ovalle, en seguida a Combarbalá i despues a Illapel, en donde fué nombrado gobernador por el pueblo.

Este episodio de su vida, lleno de chistosos incidentes, lo refiere el mismo actor en uno de sus trabajos históricos, con el donaire i lijereza de su inagotable pluma.

Veinte dias despues de la ocupacion de aquel pueblo, el flamante gobernador era batido por fuerzas enviadas de Santiago a las órdenes del teniente coronel Campos Guzman, en la quebrada de la Aguada, punto cercano a Illapel: los milicianos que habia logrado reunir se dispersaron como las bandadas de pájaros, al estallido del fusil.

Volvió a ser mandado a cargo de la vanguardia, i el 14 de octubre, dia de la batalla de Petorca, se encontraba en las alturas de Putaendo con una columna de cincuenta hombres, veinte leguas adelante de las fuerzas a que pertenecia i solo a veinticinco de la capital.

Esta columna fué la única del ejército del norte i del sur, que mas se aproximó a Santiago, produciendo alguna alarma en la Moneda.

Terminada la revolucion del modo que todos conocen, Vicuña vió trascurrir un año entre escondites i sobresaltos. Sus perseguidores lanzaron contra él dos nuevas condenaciones a muerte. A fines de 1852, zarpó de las playas de la patria un buque de vela con destino a California, que llevaba a su bordo como sobrecargo al ayudante del desgraciado Urriola.

Con las reducidas utilidades que obtuvo Vicuña del negocio, se fué a Estados Unidos, despues de atravesar a Méjico desde Acapulco a Vera-Cruz a lomo de mula, en marzo de 1853.

Visitó todos los Estados de la Union i el Canadá, desde Nueva Orleans a Quebec, durante cuatro meses.

La vida errante del jóven viajero tuvo pronto un nuevo i dilatado teatro. En julio de 1853 cruzó los mares con direccion a Europa.

Vicuña, resistiendo a las seducciones de aquel mundo desconocido i lleno de halagos para su imajinacion juvenil, refrenó a su deseo de emprender desde luego una peregrinacion por las grandes ciudades, i cursó durante el año 54 las clases del colejio agrícola de Cirencester, dedicándose al estudio de las ciencias naturales aplicadas a la agronomía práctica.

Solo en 1855 determinó emprender sus viajes i visitó la Italia, Alemania, la Irlanda, Escocia, Holanda, etc.

En octubre de ese mismo año regresó a Chile por la vía de Buenos Aires i las Pampas.

Vicuña, al pisar el suelo querido de su patria, al contemplar su cielo diáfano i azul, las albas nieves de sus cordilleras, al aspirar las frescas brisas de sus campos; todo aquello en fin que tan a menudo se refleja en el recuerdo del peregrino, debió sentir su alma bañada en ese océano de felicidad suprema que embriaga al que ve realizadas las vagas esperanzas que creyera dorados ensueños, anhelos fantásticos de su ajitado espíritu.

Al entrar en sus hogares, el viajero llevaba en su maleta alimento para saciar su sed de escritor.

Las pájinas de su diario de viaje iban a ser trazadas con la rapidez vertijinosa del torrente.

VII

Vicuña dió al público en el año de 1856, su primera obra séria *Tres años de viajes*. Este libro reveló al escritor: su estilo es suelto, galano, lleno de imájenes de buen gusto.

Aparte de algunas lijeras incorrecciones de lenguaje i algunas exajeraciones en los conceptos, debidas a la fantasía del escritor, encierran «Los tres años de viajes» una lectura amena e instructiva para los americanos.—Costumbres, paisajes, artes, ciencias, industrias, curiosidades, personajes notables, todo es tocado por el jóven autor sin que abunden ni empalaguen los detalles como sucede frecuentemente en los libros de viajes, sino que siempre se halla lo necesario para instruir i mantener el interes del lector.

Anteriormente habia dado a luz en la *Tribuna* su primer ensayo titulado *El sitio de Chillan*.

En Inglaterra habia escrito un folleto de bastante utilidad—*La Agricultura europea aplicada a Chile*.

En 1855 publicó en Paris *Le Chili consideré sous le rapport de son agriculture et de l'émigration europeenne*, obra que tuvo alguna circulacion en el viejo mundo i dió a conocer favorablemente nuestro pais.

VIII

En 1856, Vicuña Mackenna se recibió de abogado, profesion para la que no habia nacido i a la cual ha manifestado una aversion mui pronunciada.

Si hubiéramos de atenernos a las opiniones que muchas veces ha emitido acerca de la profesion que entre nosotros ha obtenido una voga tan inmensa, haciendo que la fortuna sonria a los que la han abrazado con entusiasmo, Vicuña de buen grado habria dado un golpe de muerte a la abogacía como lo dió al antiguo bachillerato.

Vicuña ha envuelto tambien en sus antipatías el aprendizaje del latin que se hace en nuestros colejios, esa jimnástica obligada i a menudo estéril del espíritu a que se ha dado una tan primordial importancia por nuestros universitarios. En abril 1865 fué comisionado por la Facultad de humanidades para informar sobre el estudio obligatorio del latin i presentó un informe sosteniendo su abolicion.

La distancia que ha tenido Vicuña por el latin, se ha cambiado en acendrado amor tratándose del estudio de los idiomas vivos, que posee con una perfeccion rara, descollando entre sus compatriotas que en jeneral adquieren solo un conocimiento imperfecto de las lenguas estranjeras, a causa del mal sistema de enseñanza en uso en los establecimientos de educacion nacionales.

Vicuña ha publicado en ingles el libro titulado *A Sketch of Chile expressly prepared for the use of Emigrants from the United States and Europe to that country*—New York, 1866.

Ya antes habia escrito en frances *Le Chili*, obra que tuvo el honor de ser citada con elojios por el ilustre Michelet i que le dió acceso a varias sociedades literarias de Europa, segun vemos en un libro que tenemos a la vista. «This small work (dice) has been honoured by the approbation of the ilustrious Michelet, wioux ho has spoken of it in terms of great commendation. The author also was, during his stay in Paris, made a member of several literary societies.»

IX

Vicuña, pues, no hizo gran caso de su diploma de abogado.

Abandonando el foro por las letras, escribió el *Ostracismo de los Carreras*—1857.

Abandonando las letras por la política, fundó en 1858 la *Asamblea Constituyente*.

En la redaccion de este periódico, en cuya bandera se leia el lema de «Reforma constitucional», tuvo por compañeros al fundador de *La Patria* de Valparaiso, don I. Errázuriz, i otros jóvenes distinguidos de la oposicion.

Vicuña entraba de nuevo con ardor i decision a navegar en las turbias aguas de la política en que ya habia arriesgado su porvenir,

al hacer la esperiencia de la vida pública en los tiempos desgraciados del 51.

Pero su naturaleza, sus inclinaciones, el culto que en lo íntimo de su alma rendia a la libertad, esa diosa que dispone de los latidos de los nobles corazones, llevaban a Vicuña al sitio del peligro como arrastrado por esa fuerza que impele a la nube hácia la sinuosa montaña en donde el choque eléctrico la hará caer i estallar.

Como esas aves que gustan de volar en medio de las tempestades, el jóven redactor de la «Asamblea constituyente» entraba de lleno en la lucha de los partidos.

El periódico fué acusado como sedicioso.

I el 12 diciembre de 1858, dia en que se celebraba un meeting en el salon de la «Filarmónica», promovido por Vicuña, la autoridad arrastró a la cárcel a los concurrentes.

Encerrado aquel en la Penitenciaria i condenado a muerte (cuarta vez) fué enviado a media noche a bordo de la *Luisa Bragington* con destino a Liverpool.

En la travesía, penosa i aciaga, el proscrito tuvo siquiera los consuelos de la amistad—el jóven poeta don G. Matta, el diputado don M. A. Matta i don A. C. Gallo eran sus compañeros de desdicha.

X

La permanencia de Vicuña en Europa esta segunda vez no fué tampoco estéril.

Visitó la España i sus archivos i estrajo de ellos documentos importantes para la historia de su patria.

Con las piezas recojidas en esa fuente ha escrito la obra *Diego de Almagro* que aun conserva inédita, no sabemos por qué motivos, aunque suponemos que no le habrán permitido limarla la vicisitudes i trabajos de diverso jénero en que ha visto trascurrir los últmos años.

En enero de 1860 se trasladó a Lima i allí vivió un año entre archivos. Publicó el primer tomo de la *Historia de la revolucion del Perú* i el *Ostracismo de O'Higgins.*

XI

De regreso a su pais, adonde entraba de una manera furtiva, pasó Vicuña varios meses viviendo entre zozobras i recelos. Mui pronto, sin embargo, tuvo que abandonar el incógnito de su existencia para elevar su voz ante los jurados de Valparaiso, adonde era

conducido por uno de los hijos del ex-ministro del dictador O'Higgins don José A. Rodriguez Aldea.

El historiador era acusado de calumnia contra la memoria de aquel eminente jurisconsulto cuyo nombre está ligado a uno de los mas interesantes períodos de nuestra historia.

El autor del «Ostracismo de O'Higgins» ocurrió el 24 de junio de 1861 ante el juri reunido en el consulado de comercio del vecino puerto.

El público, ávido siempre de esos espectáculos que levantan algun ruido en nuestras calmosas ciudades, se estrechaba en el recinto del tribunal.

El debate fué largo e interesante, i el fallo de los jueces favorable al acusado.

Hé aquí como se espresa un jóven escritor al dar cuenta del desenlace del ruidoso juicio:

«En medio de un profundo silencio se oyen pronunciar al juez las palabras *No es culpable!*

I centenares de voces aclaman al juri, al juez i al acusado Vicuña Mackenna, entre los trasportes mas entusiastas i mas unánimes que se hayan presenciado jamas en los estrados de un jurado. El escritor victorioso es felicitado por un gran número de amigos i de apreciadores i es acompañado hasta su casa como en marcha triunfal,» («Vicuña Mackenna ante el jurado de Valparaiso» por M. G. Carmona, imprenta del *Mercurio*—1861)

Antes de esta época Vicuña habia sido llevado en dos ocasiones ante el tribunal de imprenta.

En 1851, por un artículo histórico titulado *Las tablas de sangre de la candidatura Montt*, en que salió condenado el editor.

I en 1859 por la *Asamblea constituyente* en que fué condenado con sus compañeros de redaccion. Iniquidades políticas como las cuatro sentencias a muerte que se hicieron pesar sobre su cabeza—aunque deberíamos apellidar a éstas con mas propiedad—demencias de la política.

Hai para los pueblos como para los individuos horas de perturbacion que mas tarde se traen al recuerdo revestidas del sello de lo absurdo o lo increible.

Pasan, pero sus huellas restan.

Se trasmiten a la posteridad.

XII

Vicuña se ha sentido siempre dominado por esa sed de la inteligencia i de la imajinacion que obliga a la pluma a correr sobre el papel para trasmitir el propio pensamiento a los amigos i a los estraños, a la jeneracion que alienta hoi i a la que surjirá mañana.

Su vida puede contarse por los volúmenes que ha escrito; no ha trascurrido un año sin que las prensas hayan dado al público un libro.

Apenas halló algun reposo en el pais, despues de su existencia errante, publicó la «Historia de la administracion Montt»(5 volúms) i la «Vida de don Diego Portales» (2 volums)—1861 i 62.

Ambas obras contienen numerosos e interesantes documentos, cuyo acopio acusa un ímprobo trabajo, por lo que admira la rapidez con que han sido concebidas i ejecutadas.

Nótase tambien en los trabajos históricos de Vicuña cierta propension a dar a los hechos un colorido, un realce, una animacion hasta cierto punto romancescos.

Recordaremos lo que se ha dicho de Lamartine: en el historiador se descubre al poeta.

Si Vicuña se hubiese dedicado a la literatura fantástica, sin las trabas, los escollos i las limitaciones que exije la relacion histórica; si hubiese dejado libre curso a su imajinacion rica de fecundidad, sus palabras, como las olas que no vacilan en correr, habrian llenado los pliegos i hecho la fortuna de muchos editores.

Habria sido un novelista sin rival en nuestra América.

Pero ya que ha desdeñado ese jénero en que su injenio, su facilidad de redaccion, su fantasía i el brillo de su lenguaje, le habrian dado un incalculable renombre, debemos confesar que ha conseguido su propósito si al dedicarse a describir las luchas i las revoluciones de nuestra patria i perpetuar la memoria de sus hombres ilustres, ha querido hacer un servicio a la historia nacional i figurar con distincion entre sus escritores notables.

Ha desenterrado documentos preciosos i trazado pájinas que adquirirán mayor valía i prestijio a medida que se apague el rumor de los reproches con que los contemporáneos reciben las apreciaciones que hieren, menoscaban o agravian la memoria de los deudos queridos o venerados.

El juicio de la posteridad, frio, sereno, desligado de afecciones i de enconos, es el único que debe acatarse como la emanacion de la ver-

dad i de la justicia, como el eco de la conciencia pública, como el homenaje de la admiracion o el sentimiento de la reprobacion jeneral.

Ese juicio está aun distante para el autor del «Ostracismo de los Carreras», el «Ostracismo de O'Higgins» i la «Historia de la Administracion Montt.»

Puede que le sea mas favorable que el de los contemporáneos.

XIII

El año de 1863, Vicuña Mackenna se hizo periodista. Le fué acordada la redaccion en jefe del *Mercurio*, que desempeñó hasta 1864.

No sabemos si el escritor ilustrado i elegante se manifestó asimismo buen polemista; porque para nosotros tenemos que el diarista debe reunir muchas de esas cualidades apuntadas por Larra, que hacen una verdadera especialidad de esos luchadores constantes de la prensa; i que así como no puede improvisarse un buen escultor, ni un buen pintor sin estudios previos i sin alimentar esa chispa divina que llamamos jenio, los hombres del periodismo necesitan, para descollar, ciertas particularidades que no se hallan en todos los escritores, por fecunda que sea su pluma i por vasta que sea su instruccion.

No quiere decir esto que dudemos de que esas cualidades las poseyera Vicuña Mackenna, sino simplemente que nada afirmamos, desde que no hemos podido formarnos juicio acerca de sus tareas de redactor del *Mercurio*.

En 1864 fué electo diputado al congreso nacional, obteniendo la mayoría de los sufrajios del departamento de la Ligua.

La cámara de diputados le elijió secretario, para cuyo puesto fué reelecto por unanimidad en 1867, siendo diputado por Valdivia i Talca.

Vicuña no es un orador.

Su palabra, que se elevó a menudo en el recinto de la cámara, es florida, amena, siempre ilustrada; pero no posee la fuerza, el brio, la rapidez, el fuego de la elocuencia.

Sin embargo, se le escucha con gusto.

Siempre en sus discursos campea la orijinalidad, ya en el pensamiento, ya en la forma.

Vicuña tomó parte activa en los debates sobre el art. 5.° de nuestra carta constitucional, pidiendo i votando su abolicion.

Es tambien el único diputado que haya propuesto la abolicion de la congrua eclesiástica. Su indicacion, votada que fué, obtuvo un solo voto—el suyo.

Vicuña presentó, como mandatario de Valdivia, varios proyectos de importancia.

Está llamado a ocupar en lo sucesivo su antiguo puesto de congresal: será siempre un diputado que se hallará holgado en su banco: sus talentos serán útiles al pais.

XIV

La atmósfera cargada de electricidad en que alentaba la política en el año de 1865, se disipó al soplo impetuoso del patriotismo que levantó en la nacion el odioso atentado de la España.

El bloqueo de nuestros puertos por la escuadra de Pareja fué la gota que hizo rebosar de indignacion todos los pechos i el lazo de union de todas las almas: los partidos desaparecieron, los rencores se olvidaron: el pais todo pareció tener un solo corazon que latia henchido de nobleza i esperanzas.

La guerra no era para nadie un fantasma medroso: era el anhelo, la aspiracion de todos los chilenos.

La España podria vencernos, pero no humillarnos.

El gobierno, sin vacilar un instante, asumió la actitud que reclamaba el pueblo en medio de la mas ardiente exaltacion.

Apénas trascurridos algunos dias desde el arribo de las naves enemigas a Valparaiso, dejaban nuestras playas con direccion al Perú, a Colombia, a Norte América, algunos distinguidos compatriotas enviados por nuestro gobierno en busca de adhesiones, de simpatías i de recursos entre los hermanos del continente.

Vicuña Mackenna tuvo el honor i tambien la desgracia de contarse en el número de los ajentes que enviara Chile al estranjero en aquellas horas aciagas de temores i ansiedad.

El 3 de octubre, oculto en la bodega de uno de los vapores de la carrera, se alejaba Vicuña de la patria para emprender una nueva Odisea, en que, como el héroe de Homero, iba a correr una série de peregrinas aventuras.

Era su mision la de *ajitador* en la patria de Washington i Monroe, cargo ajeno a la diplomacia, pero al que se atribuian favorables resultados.

Vicuña comenzó a cumplir con los deberes de su mision en cada puerto del Pacífico en que tocara de arribada el vapor.

En el Perú, convulsionado por la guerra civil, con sus escritos i su palabra despertó un verdadero entusiasmo por nuestra causa, entusiasmo que no se desmintió mas tarde cuando escaló el poder el

coronel Prado, hoi ilustre i querido huésped de Chile, dispuesto a honrar siempre a los que de cualquier manera han empeñado su gratitud.

En el Ecuador, en Panamá, el ajitador fué fiel a su propósito.

Llegado a la gran nacion de la América, Vicuña puso toda su voluntad, todo su tiempo, toda su actividad sin igual al servicio de su patria.

Es ajeno a este artículo el intento de especificar sus actos durante los diez meses que allí permaneciera.

Bastará decir que ninguno de los ajentes de la república en el esterior, en todo el tiempo de las hostilidades de la España en nuestros puertos, hizo la mitad de lo que él realizó en medio de las circunstancias desfavorables en que le colocaba su mision, su falta de recursos; las instrucciones poco precisas que llevaba, i la hostilidad manifiesta del gran pueblo hácia nuestra causa, dada a conocer sin embozo por el célebre secretario de Estado Mr. Seward i los órganos mas respetados de la prensa periódica.

Vicuña hizo oportunas publicaciones en los diarios de Nueva York; fundó la *Voz de la América;* inundó nuestra cancillería de comunicaciones sobre la política americana, sobre torpedos, sobre buques, sobre los elementos de guerra modernos; habló en los clubs, en las plazas públicas, delante de catorce mil espectadores en el *Instituto de Cooper;* visitó los astilleros, los arsenales i conferenció con los principales armadores; envió a Chile veinte magníficos cañones Parrot, colocados hoi en las baterías de Valparaiso, i cuatro buques que aunque mui calumniados por los politiqueros de la época, sirven aun al gobierno o a los particulares.

El precio de tales elementos de guerra era inferior al pactado por una sola nave en Inglaterra, por otros ajentes, i se pagó en Chile de cuenta i riesgo de los vendedores.

Vicuña, obligado a vivir en la gran metrópoli americana con solo una renta de cuatro mil pesos, en medio de contrastes i sinsabores, procesado i puesto a las puertas de la cárcel como violador de la *neutralidad* yankee, debia mas tarde regresar a su pais (i perdónese la comparacion) como Ulises a las playas de Itaca, con un bagaje de penalidades i hasta sin zapatos.

Si en sus hogares no halló *pretendientes* a quienes combatir, halló sí otro enemigo mas terrible—la exaltada pasion política—que esgrimia en su contra la sátira i la mofa.

Vicuña respondió dando a la luz pública una interesante esposi-

cion documentada de su conducta, «Diez meses de mision a los Estados Unidos» (2 volms.) que, mas que una justificacion, es la obra de su levantado patriotismo.

El supremo gobierno aprobó la conducta del ajente confidencial en los términos mas esplícitos i mas favorables, en oficio de 4 de agosto de 1866, firmado por el señor Covarrubias, ministro de relaciones esteriores a la sazon.

Para terminar este párrafo, copiaremos un juicio emitido por uno de nuestros diarios mas ilustrados i mas parco en sus elojios—el *Independiente:*

«Cuando el historiador trate de escribir la relacion de la guerra que sostenemos contra el poder de España, sin duda que dedicará una sentida pájina a los chilenos que velan por Chile en tierras estrañas. En esta pájina estamos ciertos que el nombre de Benjamin Vicuña Mackenna ocupará un lugar distinguido o acaso el primero de todos.»

XV

Dejó de ser la guerra con España la preocupacion jeneral.

Fermentaba bullidora en los espíritus la cuestion política de mayor importancia que se haya ventilado en los últimos lustros de nuestra vida libre—la acusacion a la Corte Suprema de justicia.

Los escritores de todos los matices salieron a la arena apercibidos para el mas crudo de los combates.

En los diarios sérios, en los folletos, en los periódicos de guerrilla, se analizaban i se discutian los hechos i las personas, buscando el corazon para herir, recurriendo a las dolorosas verdades, al ridículo, a la ironía i aun a la calumnia.

Fué aquella una época anormal i terrible.

La caricatura cual dardo envenenado cayó sobre nuestros hombres públicos.

Vicuña Mackenna habia solicitado se procediera a investigar la conducta funcionaria del presidente de la Corte Suprema, don Manuel Montt, en el célebre proceso de Melipilla.

Esto bastó para que la prensa hostil a los partidarios de la acusacion, avanzase el concepto de que habia sido infiel a su honradez durante su mision a los Estados Unidos.

Vicuña, en setiembre de 1868, acusó ante el jurado al diario *Ferro carril* i a los periódicos el *Charivari* i *Linterna del Diablo.*

Los debates i el desenlace de ese triple juicio corren impresos en

un cuaderno publicado por el ofendido con el título de «El Castigo de la calumnia.»

Vicuña habia triunfado, pues, ante sus jueces, pero habia perdido ante el tribunal de la opinion, no en cuanto se relacionaba a su honra i a su dignidad, sino por cuanto renegaba de sus tradiciones liberales i de su propio pasado.

En efecto, nadie estaba mas atado para llamar en su auxilio la terrible lei de 46 que el que habia ido a sostener por tres veces consecutivas los fueros del escritor ante el *juri*.

¿Se trataba de su honradez, mas que eso, de sacudir de sus hombros el peso de una imputacion por demas agraviante, como era la de que habia aprovechado en su favor las horas de peligro de la patria?

¡Qué importaba!

Sobrados medios tenia a su alcance para desvanecer ese cargo, sin ocurrir al jurado, el que acababa de empeñar la gratitud nacional con servicios abnegados, cuya paga no es ciertamente el dinero.

I luego todo el mundo veia en ese cargo una represalia política. En aquellos momentos de exaltacion, de despechos i de cóleras para los diversos bandos comprometidos en una lucha de naturaleza harto difícil, enojosa, ardiente, i de una trascendencia imposible de prever, se comprendia que la ola turbia i revuelta salpicara con su espuma una reputacion sin tacha.

No era el solo caso que ocurria en ese tiempo en que la borrasca de las pasiones se ajitó sobre las cabezas de nuestros primeros hombres, majistrados, gobernantes, congresales i simples ciudadanos.

Pero no se comprendia cómo Vicuña Mackenna persiguiera una pena efímera, transitoria, mezquina por sus resultados, en contra de sus impugnadores. Mas grandeza de alma habria demostrado seguramente apelando al criterio recto, sano i sereno de la gran mayoría de las jentes alejadas del círculo estrecho de la política militante—al tribunal supremo i siempre justiciero de la opinion pública.

Las pruebas i los documentos estaban al alcance de su mano: poseia una pluma hábil, bien cortada, dócil a su pensamiento, firme en las tareas.

¿Por qué no la dejó ir en defensa de su honor?

El escritor habria sido así consecuente con sus actos del pasado.

I el ciudadano íntegro, el patriota sincero, el jeneroso servidor de la nacion, habria visto brillar su honra pura de toda mancha ante el juicio de sus conciudadanos como aparece quizá al presente en la serena conciencia de sus mismos impugnadores de ayer.

Tal es nuestra conviccion, espresada de una manera franca i leal,

tal como la formamos durante las peripecias de aquel lamentable drama que pudimos seguir de cerca. Puede, sin embargo, que ella aparezca equivocada ante los ojos de muchos. No por eso se debilitaria en nuestro ánimo.

XVI

El año de 1868, Vicuña Mackenna continuó con teson sus tareas de escritor.

Publicó su *Historia de Santiago* (dos volúmenes); tres volúmenes de la *Historia de Chile*, por diversos autores, con anotaciones numerosas; su *Historia de Valparaiso* (primer volúmen); *La guerra a muerte* (un volúmen) i *Francisco Moyen* (un volúmen).

Estas obras han contribuido a granjearle una justa celebridad. Hai en ellas mucho que admirar: un estilo fluido, correcto, que jamas decae, una copia de documentos i datos históricos harto valiosos, detalles i situaciones interesantes por mil conceptos, una forma de lenguaje, una viveza de espresion llena de novedad i atractivo.

Algunos de estos libros han merecido al autor juicios mui favorables i aplausos mui espontáneos de la prensa.

El *Francisco Moyen* ha sido traducido al ingles i publicado en Lóndres en 1869 con el retrato del autor.

XVII

La Esposicion Nacional de Agricultura que se celebró en Santiago en 1869, tuvo un cooperador infatigable en Vicuña Mackenna.

En su calidad de secretario jeneral de la comision directiva, tomó a su cargo la publicacion de un grueso volúmen sobre los trabajos de ésta, perpetuando así el recuerdo de aquella hermosa fiesta del progreso industrial de nuestra jóven república.

Vicuña Mackenna ha sido secretario de todas las sociedades i comisiones de alguna importancia organizadas en la capital desde 1855, comenzando por la de instruccion primaria en la que sirvió ese puesto junto con el malogrado Paulino del Barrio.

Algunas memorias referentes a los trabajos de esa benéfica comision se deben a su pluma.

En 1864 fué uno de los cuatro redactores del volúmen que se publicó sobre la *Union Americana*.

En 1865 fué secretario de la comision de inmigracion i dió a luz el libro titulado «Inmigracion estranjera en Chile.»

Fué tambien secretario en 1856 de la Sociedad de Agricultura,

reorganizada por él, i publicó una memoria con el título de «La Agricultura en Chile» i el «Mensajero de la Agricultura» (dos volúmenes).

XVIII

Vicuña Mackenna ha tendido constantemente a rendir desinteresado, noble i jeneroso homenaje a los héroes i hombres eminentes de su patria.

Háles tributado el culto íntimo de su admiracion en las pájinas todas de sus numerosos libros.

Héroes del mar i de las batallas, hombres de letras, artistas, modestos benefactores del pueblo, humildes obreros del progreso, oscuros mártires del liberalismo le han merecido una justa alabanza, algun sentido recuerdo, algunas palabras en fin sintéticas, sonoras i armoniosas segun el brillo i los esplendores de la gloria del personaje evocado de entre las nieblas del tiempo distante.

Pero aun ha hecho mas.

Ha procurado exhibirlos en su forma material ante la vista i la imajinacion del pueblo.

Constituye este uno de los mas honrosos timbres de su existencia.

El concibió i realizó la idea de la fundicion de la estatua de Molina, en la Escuela de Artes i Oficios de Santiago, primer trabajo de este jénero ejecutado en Sud América.

Trajo ademas desde Bolonia los restos i el busto de aquel ilustre chileno.

Trabajó con entusiasmo en la ereccion de la estátua ecuestre del jeneral San Martin.

A consecuencia de una mocion presentada por Vicuña, se trajeron del Perú los restos del capitan jeneral don Bernardo O'Higgins. El fué quien obtuvo del hijo del esclarecido prócer la cesion del monumento hecho construir en Roma para el cementerio de Lima, i que se halla actualmente en el de Santiago.

Como secretario de la comision encargada de erijir la estátua que hoi embellece el óvalo principal de la Alameda, presentó la idea que debia ejecutar el escultor i corrió con todos los trabajos que demandara la suscricion popular destinada al pago de la obra.

Despues se encargó de la ceremonia solemne de la inauguracion i de la terminacion del libro titulado *La corona del Héroe*.

Débese asimismo a Vicuña Mackenna la ereccion del monumento de Manuel Rodriguez, que fué inaugurado solemnemente en Tiltil el 26 de mayo de 1864.

Recientemente ha dado algunos pasos para levantar estátuas al filántropo don Manuel Salas i al padre Camilo Henriquez.

Algunas de las plazas i calles de Santiago, por órden suya, llevan los nombres de Bello, de Blanco, Rondizzoni, Beauchef, Tupper, Maruri, Viel i otros que deben trasmitirse a las jeneraciones para que sean venerados miéntras la libertad i la civilizacion sigan siendo el patrimonio de nuestro suelo i el noble anhelo de sus hijos.

XIX

A principios de 1870, Benjamin Vicuña se dirijió por tercera vez a Europa. Motivó su viaje la delicada salud de su esposa.

Vicuña visitó ahora gran parte del continente europeo, llegando hasta las puertas del oriente—la pintoresca Malta.

Era la época terrible en que la Francia i la Alemania llenaron el orbe con los ecos del desastroso i violento choque de sus ejércitos, i en que el rei Guillermo debia apagar sobre la frente del tercero de los Napoleones la mentida aureola que pretendiera haber heredado del mas audaz de los guerreros modernos.

Vicuña Mackenna, espectador de ese conmovedor al par que sangriento drama, remitia por cada mala al *Mercurio* de Valparaiso, correspondencias sobre los acontecimientos de la guerra.

Esa série de cartas escritas por una pluma palpitante de emocion i signadas con el nombre de *San-Val*, en recuerdo de las dos mas importantes ciudades de Chile—Santiago i Valparaiso—tuvieron un suceso que quizá no pudo sospechar su autor.

Apénas veian la luz en el *Mercurio* cuando todos los diarios les daban asilo en sus columnas, siendo frecuentemente reproducidas en la prensa de Lima i Buenos Aires a pesar de referirse a acontecimientos posteriores a las fechas que se teñian en esas capitales.

Esas cartas han sido coleccionadas en un volúmen i salvadas así de vivir la existencia efímera de los artículos de periódicos.

Para un sectario de Mahoma, viajero en los confines de la Arabia, seria harto doloroso pasarse sin visitar Medina, guardadora del sepulcro del Profeta. Para Vicuña seria tambien un pesar, hallándose en el continente, no emprender el camino de Sevilla que guarda ese tesoro para él de inestimable valía—El Archivo de Indias.

Como resultado de su última peregrinacion a ese depósito de preciosos documentos de la historia americana, es la adquisicion que hizo de mas de cincuenta gruesos legajos referentes a la época en que Chile fué colonia española. El mismo presidió a la copia de esos documentos, destinados a ver la luz quizá en época cercana.

Trajo tambien la famosa historia del padre Rosales que adquirió a gran costo i despues de mil molestias en Valencia, i que no permanecerá inédita largo tiempo. Vicuña leyó ante la Facultad de humanidades un interesante estudio sobre ese manuscrito.

XX

De regreso a Chile, se hallaba gozando del dulce sosiego del campo i entreteniendo sus ocios en la redaccion del segundo tomo de la *Historia de Valparaiso*, cuando el 21 de marzo del año actual fué llamado para desempeñar el puesto de intendente de Santiago.

Entró en sus funciones el 20 de abril, dia en que puso término a aquel trabajo literario.

XXI

El intendente Vicuña, sobre el cual se hicieron comentarios de todo jénero al principio de su gobierno, es al presente un mandatario modelo.

El presidente señor Errázuriz debe felicitarse por su eleccion, como se felicita la ciudad de Santiago testigo de su actividad, de su iniciativa i de su sagaz i prudente vijilancia, del discreto i elojiable acierto en las medidas de adelanto material e intelectual para nuestro pueblo.

Vicuña, desde el dia siguiente a aquel en que asumió el mando de la provincia, ha hecho completa luz en los actos administrativos emanados de su autoridad—nuestros diarios han dedicado una seccion especial para los *Datos de la Intendencia*, en que el público dia a dia puede apreciar los pasos que avanza en la senda del progreso.

Nuestra municipalidad que aparecia como una nebulosa en una atmósfera de calma, respira hoi el ambiente de la vida despues de haber cobrado el movimiento i el entusiasmo que le comunicara su nuevo jefe.

El vecindario opulento ha abierto sus arcas a la primera palabra del mandatario.

La juventud se agrupa con placer a su derredor para cooperar en los trabajos que son el patrimonio de todos.

Hasta las beldades de la capital, verdaderos ánjeles de la caridad, han prestado el solícito contínjente de sus jenerosos esfuerzos en favor de los desgraciados de las cárceles i asilos de beneficencia.

Vicuña, enemigo de la rutina, busca el bien sin reparo a las fórmulas, a los hábitos tradicionales de la autoridad: ha abandonado en

sus notas la aridez i sequedad *oficiales*, mostrándose atento, cortés e insinuante.

En su despacho se muestra accesible, afable, obsequioso, sin distinguir rangos ni reputaciones—todo el que llega a él halla una solucion que jamas retarda a pretesto del trabajo del dia. Hasta ha desterrado el tratamiento— el *Usía* ceremonioso i antidemocrático, que es sin embargo una prescripcion de nuestras leyes.

Ha tenido el talento de hallar un amigo en cada conocido, un cooperador en cada vecino i un apoyo valioso en sus compañeros de la municipalidad i entre los miembros del gobierno.

El intendente Vicuña, miéntras el espectro de la peste se paseó por los hogares llenándolos de dolores i lágrimas, llevó a ellos consoladoras esperanzas i auxilios preciosos para la miseria. Comprendió que nunca es mas eficaz, mas noble i mas grande el ministerio de la autoridad que en las grandes calamidades.

El tambien pagó un tributo a la epidemia, pero en cambio hizo buena cosecha de agradecimientos i bendiciones de esa jente que no tiene a su alcance otra paga que la gratitud que emana abundante de sus corazones.

No es esta la ocasion de estudiar los actos del mandatario Vicuña, que serán de una trascendencia inmensa para el progreso de Santiago. Su propósito es que la capital pueda llamarse el Paris de la América.

Hoi está en el trabajo.

I no hai duda que el éxito espléndido que le aguarda será el premio de su anhelo, de su actividad i de sus esfuerzos.

Las últimas obras que ha publicado Benjamin Vicuña durante su permanencia en la Intendencia son: *La Trasformacion de Santiago*, en que enuncia las medidas en ejecucion i las que conviene realizar en el porvenir, i un interesante volúmen con el título de *Miscelánea*, que será el primero de una série que contendrá todos los artículos sueltos del autor, desde 1849 hasta el corriente año.

Santiago, setiembre de 1872.

MOISES VARGAS.

APOLOJIA DEL ASNO

Paulo majora canamus.

Paseábame triste i pensativo una mañana por la poblacion de Valparaiso.

Habia contemplado hasta el cansancio el flujo i reflujo de las olas; habia respirado a pulmones abiertos el ambiente del mar, i otros ambientes que nada tenian de parecido al del mar; habia escuchado el pito de las máquinas de vapor, i el armónico ruido de los carretones; habia repasado todas las vidrieras del Almendral i calle del Cabo.....

Lo único que no habia hecho era almorzar.

La apremiante i poderosa voz de la naturaleza me advirtió esta omision, i obedeciéndola ciegamente, me dirijí al hotel donde me encontraba hospedado.

Cayendo aquí, codeando por allá; empujando i empujado a mi turno por los Mercurios de todas nacionalidades que sobre todo en dia de vapor, como era el de que se trata, no respetan viviente en ese puerto, llegué mohino i fastidiado a la puerta de mi hospedería.

Un nuevo obstáculo me aguardaba en ese lugar. Dos asnos (vulgo burros) se habian colocado frente a la puerta, i obstruian completamente el paso, aguardando ser descargados del agua que conducian.

Un movimiento de cólera me hizo de pronto alzar el baston sobre el lomo de las pobres bestias. Pero al ir a descargar mi furia sobre ellos, involuntariamente fijé una mirada en su rostro.

Ah! nunca olvidaré ese rostro!

Una mirada triste, macilenta, abatida, habia caido de los ojos

de los pobres mulos. Era una mirada, mas que de angustia, de clemencia i de perdon.

El asno, ser débil e indefenso, clamaba al cielo con la resignacion del mártir piedad i compasion para su cobarde verdugo!

Esa mirada me conmovió. Entré apresuradamente al hotel, almorcé mal, comí peor i dormí mucho peor aun.

Tenia esculpida en mi mente la mirada de los pobres burros. Aquella mirada me preocupaba, me abstraia, me desgarraba.

Durante mi sueño no veia sino burros, rebaños inmensos de burros que me dirijian las mismas tristes i tiernas miradas.

Esta fascinacion, este beleño parecia tomar en mi cerebro sérias i abundantes proporciones.

Iba acaso a desarrollarse en mí una *burro-manía* que sirviera de tema de estudio a nuestros célebres alienistas?

Lo cierto es que en esa época i durante toda la temporada de verano no hice otra cosa que ocuparme de los burros.

En las librerías mi atencion se dirijia a las obras de historia natural.– Cap. I=§ Burros.

Mi pieza estaba llena de cabezas de burros en todas las actitudes conocidas i por descubrirse: burros en pintura, al oleo i al fresco, en estátuas de yeso, de bronce i mármol.

Durante el curso de estas investigaciones hice varios apuntes a la lijera, descompajinados i sueltos, que hoi me sirven para bosquejar la

DEFENSA DEL BURRO

que envio a los lectores de la *Revista*, encomendando a su induljencia al reo, i particularmente..... al abogado.

I

Si es verdad, como lo ha dicho no sé que sábio, que el hombre es mui superior a los animales en materia de vicios, pero mui inferior a los mismos en tratándose de virtudes, esa inferioridad se hace tanto mas sensible tratándose del asno.

Mi defendido (i no es el primero que defiendo) ejerce siempre en todas partes, respecto de la humanidad, la mision que el individuo de su especie, llamado *macho cabrio emisario*, ejercitaba respecto de los pecados de la grei judaica en el desierto.

No hai crímen que no se acumule sobre su inocente cabeza; no hai falta de que no aparezca culpable.

El asno es porfiado, es estúpido, es feo, tiene las orejas escesiva mente largas; es melancólico, es lerdo i pesado; su rebuzno es atronador i horripilante· en una palabra, es asno.

Sin desanimarme ni sentirme abrumado bajo el peso de tantos i tan formidables cargos, voi a pasarlos en revista metódicamente, para demostrar en seguida que esos defectos son mas naturales i mucho mas esenciales al hombre, que a lo que ese ser orgulloso tanto como defectuoso, apellida desdeñosamente bestia.

Pero ante todo una consideracion jeneral.

Si el asno tiene realmente tantos defectos i tan pocas cualidades, por qué el hombre lo mantiene a su lado? Un amo tiene siempre el derecho de despedir a un mal servidor. Yo lo aseguro; este último no se quejaria del procedimiento ni aun reclamaria el beneficio o el desahucio que le otorga el Código.

Esta consideracion es a todas luces concluyente.

Pero es cierto que el asno tenga los defectos que se le imputa?

Oigamos una autoridad irrecusable i eminente.

Mr. Buffon al retratar al asno lo hace de la manera siguiente:

«El asno no es un caballo dejenerado; no es un hijo ilícito, intruso ni bastardo; su sangre es pura, i aunque su nobleza sea ménos ilustre, ella es tan buena i tan antigua como la del caballo; por qué entónces tanto desprecio por ese animal tan bueno, tan paciente, tan sobrio i útil? Los hombres pueden menospreciar así hasta en los animales a los que le sirven tan bien i con tan poco costo?

«El caballo recibe del hombre una educacion; se le cuida se le instruye, se le ejercita, miéntras que el asno abandonado a la grosería del último de los criados, a las bellaquerías de los pillos, léjos de adquirir educacion no hace sino perderla, i si no tuviera un gran caudal de buenas cualidades las perderia efectivamente por la manera con que se le trata. No se atiende a que el asno seria por sí mismo, i para nosotros, el primero, el mas bello, i el mas bien formado, el mas distinguido de los animales, a no existir el caballo; él es el segundo en lugar del primero i por esto solo, parece no ser nada. Lo que lo degrada es la ocupacion; se le mira, se le juzga no en sí mismo sino con relacion al caballo; se olvida que es un asno, que tiene todas las cualidades de la naturaleza, todos los dones esenciales a su especie, i no se piensa sino en la figura i cualidades del caballo que le faltan i que no puede tener.

«El asno es por su naturaleza, tan humilde, tan paciente, tan tranquilo como el caballo es orgulloso, ardiente e impetuoso; sufre con

constancia i quizás con valor los castigos i los golpes; es sóbrio en la cantidad i calidad de su alimento; se contenta con las yerbas mas duras, mas desagradables, que el caballo i otros animales abandonan i desdeñan, pero es mui delicado sobre el agua; no bebe sino de la mas clara i con la misma sobriedad con que come. En su adolescencia es alegre i aun a veces hermoso; tiene lijereza i elegancia. Se apega a su amo aunque ordinariamente éste lo maltrate; lo conoce de léjos i lo distingue de los demas hombres, reconoce igualmente los lugares que ha habitado, los caminos que ha recorrido; tiene los ojos buenos, el olfato admirable i un excelente oido.»

Bastaria esta elocuente descripcion para confundir de vergüenza a los cobardes detractores del asno. Pero no se crea que mi defendido huye de la polémica a que se le incita amparado únicamente por una pájina del célebre naturalista.

Es menester que sus adversarios conozcan que el asno posee a su favor las autoridades mas respetables i dignas, del foro, de las letras i de la misma iglesia.

Ya ántes de Buffon, el académico La Motte Le Vayer, habia publicado una obra bajo este título: *Diálogo sobre las raras i eminentes cualidades de los asnos de este tiempo entre Philonius i Paleólogo.*

Daniel Hemsius, en 1629, en una obra impresa por los Elzevirianos, va todavía mas allá aun que La Motte en su tarea de reparacion. La obra se titula: *Laus Asini* i es acompañada de una lámina que representa un asno i dos sabios prosternados a sus piés. La figura del asno es tan grave como lo exije la situacion, pero no imperiosa; es la de un buen rei dejándose besar la pata por sus cortesanos.

En cuanto a la de los sábios, el uno refleja la humildad risueña de un sincero adorador; el otro lleva impresos en su rostro los odiosos signos de la envidia.

Por lo demas, el libro de Hemsius es digno de su fama i de su título. El autor revisa allí el antiguo proceso seguido contra el asno, i apoyándose en la autoridad de Antistenes, Aristófanes, Plutarco, Zenon i muchos otros sábios, refuta victoriosamente la calumnia.

La buena semilla no dejó de fructificar.

En 1769, un doctor de Montmartre daba a la luz un folleto en 8.° titulado: *Elojio del asno*, i que lleva por epígrafe esta ilustre máxima: *Nosce te ipsum.*

I a la verdad si el elojio de las víctimas ha sido siempre el tema de las almas jenerosas, qué tiene de estraño que plumas inmortales se hayan encargado de desarrollar la defensa de mi protejido?

Porque el asno es hoi no solo una víctima digna de piedad por sus

sufrimientos sino tambien una majestad destronada i en desgra cia: un Orelie de la historia natural, un Borbon.

Consultemos la historia, esa fuente de verdades, por mas repulsion que ella inspire a los oradores del Congreso, i allí encontraremos las pruebas palpitantes de la reyecía del asno.

Los inventarios de riquezas de los primeros pastores de la Siria mencionan en primer lugar al asno. Lo mismo los primeros judíos.

Jaïr de Galaad tenia treinta hijos qne montaban otros tantos asnos, i gobernaban otras tantas ciudades; a asno por ciudad.

Abdon, juez de Israel, tenia por el contrario mas hijos que asnos; los primeros eran cuarenta; los segundos eran solo treinta i siete.

El rei David tenia un intendente de *l' Athonoth* (caballeriza de asnos). Esta comision tenia tan numerosos competidores como un puesto de tesorero.

Job reprocha al insensato su orgullo por creerse tan libre como el hijo de la burra salvaje.

Dios mismo, al hablar a Job, ha pintado la independencia del asno.

«Quién, dice, ha dejado ir libre al asno salvaje i ha roto todas sus trabas? Yo le dí el desierto por casa, i lugares de retiro en una tierra estéril. El se burla i con razon de la multitud que llena las ciudades i no oye la voz de un amo implacable. El faldea las montañas para encontrar pasto i busca con gran cuidado todo lo que tiene verdura.»

La escultura i la historia de Persia i Ejipto revelan el aprecio del asno.

Roma rivalizaba con ellas; segun Varron, el senador Axio compró uno en 400,000 sestercios (140,000 $).

En Grecia, Pirro, el escéptico Pirro, el que dudaba de todo i de todos, no creia sino en las virtudes del asno.

Sócrates lo estimaba en segundo lugar despues de Aspasia. Su sabiduría no podia avenirse con la petulancia del caballo.

Diodoro de Sicilia, Cornelio Nepote, i Tucidides, lo creen superior a los demas animales.

Su encuentro es signo de dicha. Así es que al verlo, Alejandro emprende la conquista del Asia, Mario la derrota de los Cimbrios, César pasa el Rubicon; Augusto se apodera del universo.

I con harta razon.

Se llama al leon el rei de los animales!

Hermoso rei cuyo aspecto solo os horripila, cuyos rujidos os estremecen, i que por única caricia, hace de la persona de su s úbdito un almuerzo!

Por mí (i probablemente por vosotros) creo que aun el hombre mas prevenido contra el asno, preferiria su encuentro en el rincon de un bosque, al de contemplar la melena del rei de los animales.

El mismo Hemsius se propone una cuestion:

Si el hombre fuera obligado a elejir entre el leon i el asno para tenerlo como amo, a cuál de los dos elejiria?

Hemsius se permite no dudar de que el asno seria el elejido.

I con razon! Hable la historia; hablen los pueblos que han sido gobernados ya por leones, ya por asnos.

II

Inmortalizado por la historia, el asno ocupa tambien un eminente puesto en la fábula.

Ayax, el héroe de Homero, es comparado por este poeta, a un asno paciendo en un verde prado, asaltado a pedradas por los muchachos, desdeñando esos ataques, i retirándose honrosamente del campo de la lucha, solo despues de haber apaciguado su necesidad.

No existe prueba alguna de que la familia de Ayax haya protestado contra tal comparacion.

Sileno i Baco son representados sobre un asno. El asno tiene las riendas sueltas, prueba de la garantía que su conducta inspiraba al jinete.

Los jigantes juran destronar a Júpiter. Ya habian escalado el cielo; las diosas habian creido conveniente desmayarse i los héroes tomar la fuga. No quedaban ya en el Olimpo sino Júpiter i Baco.

La resistencia no podia prolongarse. Ya los Titanes gritan: victoria! cuando un rebuzno formidable los obliga a detenerse.

Esta vacilacion los perdió. Poco despues eran arrojados al Tártaro.

Quién habia sido el vencedor? El asno de Sileno que llamaba a su amo.

En memoria de este triunfo, es que el asno figura en el número de estrellas que forman la constelacion de Cáncer.

Así, la voz de un asno habia sido mas poderosa que la égida i el rayo de Júpiter (*Jovi plus in asini voce tuum presidi quam in ægide et fulmine fuisse) (Juan Passerat)*

III

De la fábula volvamos a la historia i a la Biblia.

Segun ella, los mas altos hechos sucedidos en esos tiempos tienen por protagonista al asno.

Cuando segun la profecía de Déborah, Baruc, jeneral israelita hubo derrotado a Sísara, jeneral de los cananeos, la misma Déborah entonó un soberbio cántico de accion de gracias. Este cántico data del año 1281 ántes de Jesucristo i es uno de los mas celebrados. Sabeis el motivo?

Déborah lo cantó montada sobre una burra de singular belleza, llamada Zéchorah.

Cuando Saul fué elejido rei por los judíos, se hallaba ocupado en buscar las burras de su padre estraviadas en el campo.

Sanson, el Hércules hebreo, no necesitó de ametralladoras ni Krupps para derribar en un encuentro mil filisteos. Tenia en sus manos una quijada de burro.

Jesucristo no usó de ninguna otra cabalgadura.

El asno abrigó su cuna abandonada por los hombres; el asno lo llevó triunfante a Jerusalen.

Cuando la perfidia i la ingratitud humana hubo condenado a muerte al justo, el asno no tomó parte en esa orjía de sangre.

Quiso sepultarse en la oscuridad antes que participar en el deicidio.

Pedro el Hermitaño, el fogoso predicador que a fines del siglo XI conmovió la Europa haciendo marchar 300,000 hombres a la conquista de Jerusalen, iba en compañía de un asno.

Los sucesores de Cristo no han tenido por el asno, la predileccion de su santo i humilde Maestro.

En un fragmento de carta que Gregorio III escribia a su proveedor de caballos, i que se encuentra en la Historia eclesiástica del abate Racine, se lee:

«Pedro, me habeis enviado un mal caballo, i cinco buenos burros, pero no puedo servirme del caballo porque es malo, ni de los burros porque son buenos.»

Decididamente tiene razon el proverbio; mejor es tratar con Dios que con sus santos.

Aunque indigno de la simpatía papal, el asno ha sido objeto de las bendiciones de la Iglesia.

El asno, en efecto, nosolo cuenta en su foja de servicios, el haber animado con su aliento la cuna del Cristo, sino tambien el haber conducido sana i salva a toda la sagrada familia a Ejipto, librándola de la ira del infanticida Herodes.

En memoria de tan señalado servicio, se instituyó una misa en la que se cantaba la siguiente cancion que se encuentra orijinal en el manuscrito de Pedro de Corbeill:

Orientibus partibus
Advendavit assinus
Pulcher et fortissimus
Sarcinis aptissimus
Hez, siæ asne hez!

Del oriente ha venido el asno.
Animal fuerte i bello
Cumplida bestia de carga
¡Vamos asno! vamos!

La envidia de los hombres ha puesto término a esta fiesta. Con todo, en tradicion de ella, todos los años, el 17 de enero, se pasea en procesion en Madrid un asno, adornado con cintas i penachos de mil colores, i al que se cantan por la multitud, himnos latinos; que el latin se reserva para asnos i doctores.

Despues de este triunfal paseo se conduce al asno a una pesebrera magníficamente adornada, donde se le da una abundante racion de cebada bendecida por un sacerdote.

IV

La relijion mahometana tiene una especial veneracion por el asno. En efecto, ella recuerda no solo la predileccion favorita del profeta por esos animales, sino tambien que segun Gorsas, un asno fué la cabalgadura en que Mahoma hizo su viaje nocturno al cielo.

El asno favorito de Mahoma, segun Juan Gagnier, se llamaba Yáfur, o bravo, i era un obsequio de Makawas, príncipe de Ejipto.

Muerto el profeta, Yáfur tuvo tal pena, que se arrancó al campo dando terribles gritos, i despues de correr tres dias i tres noches, se precipitó desesperado en un pozo. ¡Noble ejemplo de fidelidad!

Hoi no hubiera obrado de la misma manera.

El tiempo de las fuertes adhesiones i de las creencias sinceras ha pasado para no volver mas.

Creeria ser difuso esforzándome en probar por mas tiempo i con mayor abundancia de datos la importancia i el distinguido lugar que el asno ocupa en la tradicion i en la historia universal.

Este es un hecho incontestable.

No queda pues a mi cargo sino refutar las graves i calumniosas imputaciones hechas al asno.

En este punto, debo decirlo, tengo una luminosa huella para dirijir mis pasos.

El inmortal autor de los *Mártires* i del *Jénio del cristianismo*, habia dicho mucho ántes que yo: «*Me haria voluntariamente abogado de ciertas obras de Dios, en desgracia cerca de los hombres. En primera línea figuraria el asno.*»

Vengo pues a llenar el vacío que el ilustre poeta, ocupado demasiadamente en su autobiografía titulada *Memorias de ultra-tumba*, ha dejado en el mundo; i a llenar la palabra que como hombre de Estado dejó naturalmente sin cumplir para con la infeliz especie humana.

V

En primer lugar se llama al asno *perezoso*.

El asno *perezoso!* Al contrario es el trabajador por excelencia; trabajador por gusto, por naturaleza, por temperamento.

Sin ambicion de dinero ni de ascenso, sin esperanzas de inmortalidad, asnos conozco yo que trabajan en un dia, mucho mas que jefes de oficina i hasta presidentes de república en un año.

En todo tiempo, en toda estacion, el asno está pronto para el trabajo.

No hai para él momento de descanso, jamas un minuto de holganza: los reglamentos que fijan la duracion de las horas de trabajo no comprenden a los animales de su especie.

I bien! a pesar de esto el asno no es exijente; segun el abate Pluche, no se cree acreedor a nada ni siquiera a jubilacion, ni hace valer sus servicios como tantos otros.

No se le ve jamas disgustado ni descontento; recibe con placer todo lo que se le da.

Añadid a todo esto una salud excelente, resultado, como lo hace notar Oratius Tibero, de su temperancia, de su excelente réjimen de vida, i de su buena conducta, i no se podrá ménos de convenir conmigo que la laboriosidad del asno es el mas duro reproche que puede hacerse a la pereza del hombre.

VI

Otra de las acusaciones hechas al asno es la de ser taimado.

El hombre alaba la rectitud i la enerjía de carácter. Sin embargo, cuando ve en el asno esas virtudes, las critica como defectos.

Pero en qué consiste la taima del asno? En su prudencia.

Ejemplo.

Un hombre caminaba por una montaña sobre un asno. Llegado a cierto punto donde existia una honda zanja, el amo se empeñó en hacer saltar al asno.

El asno se resistió a pesar de la mas feroz paliza.

De esta manera salvó la vida a su amo.

Otro dueño de asno maltrataba ferozmente a éste porque rehusaba beber a pesar de que no tenia sed.

En honor de la verdad es preciso decir que el amo era un borracho.

VII

La estupidez del asno ha llegado a ser proverbial entre los hombres.

El Diccionario de la Academia define la palabra «Asno.»

«Asno se dice familiarmente de un hombre ignorante».

Ahora bien qué se llama ignorante?

Recurro otra vez al Diccionario de la Academia i encuentro:

«Ignorante» aquel que no tiene el saber que exije su profesion.»

Ahora bien— quién puede negar al asno el conocimiento de todas las cualidades i condiciones que exije su mision sobre la tierra?

Se dirá quizas que no sabe tocar el piano—Es verdad. Pero es por eso que es asno, i no monstruo, pues que así denomina la Academia a todo «ser que tiene facultades estraordinarias» i la naturaleza del asno i su vocacion es hacer solamente cosas útiles.

VIII

Otro defecto que se echa en cara al asno es su mutismo.

Los *bavards* de todos los tiempos i lugares han merecido los loores de la humanidad.

I sin embargo es la misma humanidad la que, deseando ser representada en los congresos, cree haber llegado al *summum* de la perfeccion cuando elije un Cenáculo de mudos!

Pero es falso que el asno sea mudo; lo que es cierto es que el hombre no alcanza a conocer las bellezas de su idioma.

Por mas que se abran escuelas, se funden cátedras i academias nunca se llegará a comprender todo lo que un asno produce en sentimientos e ideas, resumiéndolo en estas sencillas notas: *Hi-han! Hi-han!* En ellas, i segun su modulacion, el asno recorre toda la escala de las pasiones desde la mas tierna a la mas violenta.

Por otra parte, segun dice el doctor Herissautt en una curiosa memoria publicada en 1753 en la *historia de la Academia de ciencias*, la naturaleza ha trabajado infinitamente mas para hacer rebuznar al burro que para hacer hablar al hombre.

Por esta razon es que los Celtiveros, al decir de Hemsius, daban de buena gana seis o siete oradores o abogados a eleccion, por un solo asno!

La facultades parlativas (casi he dicho parlamentarias) del asno están evidentemente demostradas.

Todos los bellos espíritus han acreditado este hecho; Platon, Flavio José, Montaigne, i el Padre Bougeant.

Notad el orijen del progreso humano!

El R. P. Bougeant, de la órden de los jesuitas, deseando satisfacer la curiosidad de una dama—es de presumir que fuera jóven i bonita—ha estudiado, espuesto i dilucidado, la gran cuestion del lenguaje de las bestias.

El mismo Padre, con una franqueza, desconocida en estos tiempos se espresa asi:

«Cuán seductora sois, Señora i como conoceis el imperio que sobre «mí ejerceis! Me ha sucedido mas de una vez decir, en vuestra pre-«sencia que las bestias hablaban i se entendian perfectamente entre «sí.

«Aunque la proposicion parezca broma, vos la habeis tomado a lo «serio i quereis que la trate seriamente i que os dé cuenta de las razones que he tenido para ello.»

Despues de este galante exordio, el Padre demuestra irrefutablemente su tesis.

La obra apareció en 1739, en dozavo i bajo el titulo *Entretenimiento filosófico sobre el lenguaje en las bestias.*»

Su autor fué desterrado temporalmente, i para apaciguar las murmuraciones de la envidia, publicó una especie de retractacion dirijida al P. Savalette, miembro del gran consejo de la órden.

En 1799, el Abate Casti dió a luz su poema los *Animales Parlantes*, que a su turno incurrió en la censura de Roma.

Es digno a la verdad de inquirirse el motivo por qué la Relijion condena a los que dan talento a las bestias.

¿Se olvida ya que San Basilio en su homilia del Paraiso dice: que «estaba poblado de bestias que se entendian entre sí i que hablaban sensatamente»?

XI

Nó! El asno no habla caprichosamente a tontas i a locas.

A ser Ministro de Estado, el asno no hubiera traido revoluciones, guerras, votos de censura ni otras artimañas sobre los Estados.

Cuando habla, el burro solo lo hace para prevenir desastres.

Cuando Balac, rei de los Moabitas, resolvió maldecir a los Israelitas comisionó para ello a su profeta Balaam.

Ese profeta, en vez de enviar una nota i escribrir un folleto, como hoi se acostumbra, a la vista de magníficos presentes, ensilló su burra i partió.

A la mitad del camino, divisó (la burra, no Balaam) a un ánjel que con una flamíjera espada en la mano le cerraba el paso.

Al mirar este espectáculo, la burra dió media vuelta a la izquierda i emprendió su marcha como un pueblo en retroceso.

Balaam se enfadó por una marcha tan retrógrada, i obligó a la burra a entrar en vereda usando de la «última *ratio regum*».

La burra a este argumento *usó de la palabra*. En un discurso tan elocuente como el de un diputado de mayoría en cuestion de presupuestos, convenció a Balaam de su temeridad e injusticia, i lo hizo regresar a su diócesis.

Cuántas veces no hubiéramos necesitado de esa burra para nuestras cuestiones interiores?

¿Diga toda persona sensata por prevenida contra el asno: ¿quién vale mas: la burra o el Profeta?

IX

El asno es inmodesto se dice.—Calumnia!

El año 1750, en cierta semana del mes de setiembre, habia una gran algazara en el palacio de justicia en Paris.

Lo que motivaba esta alegría era la resolucion de un negocio que desde quince dias tenia embargados todos los ánimos. Era una causa gorda.

El alegato era obra de M. Lalaure, una de las lumbreras forenses de la época. Aun existe en los archivos del Tribunal, clasificado bajo el título de *Memorial del Asno*.

Daré un lijero resúmen del proceso.

El 1.° de julio de 1750, la mujer de Santiago Féron, estucador, residente en Nantes, vino a Paris sobre su asno i se bajó en casa de un especiero de la puerta de Santiago, habiendo amarrado su cabalgadura a los barrotes de la ventana.

En ese momento, la esposa del señor Leclerc, jardinero, pasaba montada en su burra. Esta (la burra) se detuvo bruscamente, i alargando sus orejas e hinchando sus narices, se puso a rebuznar.—El asno, que como es notorio no gusta de representar el rol de mudo, respondió en el mismo tono.

El resultado de este diálogo fué que el burro cortó su soga i siguió a la Leclerc—i su burra.

Los tres marcharon en compañía. Llegada a su casa, Madama Leclerc entró a ella. En ese entónces, es cuando parece que el burro se permitió algunas familiaridades con su compañera.

La señora Leclerc, intervino con un fuerte garrote. Esta indiscreta intrusion dió oríjen a que el asno, en su defensa, diera a la asaltante un mordizcon en el brazo. De aquí juicio, en que se cobraba al asno o a su amo una suma de 1500 libras como perjuicios.

El abogado del asno, desechó tal pretension, demostrando naturalmente que la única culpable era la mujer Leclerc.

En apoyo de la buena conducta de su defendido, presentó orijinal el certificado cuya copia autorizada es como sigue:

Nos, los infrascritos, cura prior i habitantes de Nantes, sabemos que los esposos Féron, tienen un asno desde cuatro años há, para el servicio de su comercio, i declaramos que durante este tiempo nadie le ha visto ni se ha quejado de que haya cometido acto malicioso en el pais.

En fé de lo cual, Nos, los infrascritos, le damos el presente certificado.

En Nantes a setiembre 18 de 1750.

(Siguen las firmas) (L. S.).

El tribunal aceptando el considerando anterior, dió en consecuencia un fallo cuya parte dispositiva es como sigue:

«Considerando que fué la burra Leclerc, la que hizo las primeras demostraciones, i considerando a mas que si este burro mordió a la mujer Leclerc fué a consecuencia de haber sido injustamente golpeado por ella, lo que hacia que este se encontrarara en el caso de lejítima defensa, se declara sin lugar la demanda, con costas.»

Otro ejemplo de la modestia del asno.

Es Ovidio quien lo canta en su poema *los Fastos, canto VI:*

Priapo, el semblante enrojecido por el deseo, marchaba a la ventura por el campo, aspirando el aire, atisbando ninfas i diosas.

Repentinamente, divisa a Vesta dormida, e inmediatamente concibió una esperanza. Cual? Venus lo sabe. Se aproxima a pasos de tigre i con una mirada de fuego. Ya cree haber logrado su intento, cuando repentinamente el asno de Sileno, que se encontraba por ca-

sualidad a dos pasos, lanza un vigoroso *hi! han!* que produjo el efecto de un «*quién vive!*

Intempestivo quum rudit ille somno.

La diosa se despierta, las ninfas corren apresuradas, i persiguen a Priapo cuyo semblante se enrojece mas pero—de despecho.

Los paganos, mas agradecidos que los mismos cristianos, cuando llegaba la funcion de Vesta, ponian collares de pan al asno, i le daban un asueto de 24 horas.

Todas las buenas tradiciones se pierden!

XI

Se mira al asno como feo! Error! Pero que es la belleza? Una cuestion de temperamento, de clima i de educacion.

Entre nosotros se admira la cintura delgada de las mujeres: en Turquía se prefieren a las que tienen apariencia de torre de ajedrez.

La Venus de Milo tiene sus adoradores; la Venus hotentote tambien los tiene.

Así cuando el hombre encuentra feo al asno, yo le dijera que preguntara a una burra si le parece mejor el Apolo de Belvedère o el asno que acarrea arena del rio.

Veríamos la respuesta de la burra.

Rechazada pues la acusacion de fealdad.

XII

Llego por fin a la acusacion principal. El asno es cobarde, es egoista; no tiene patriotismo.

Vamos a cuentas.

El asno no es cobarde.

En 1798, cuando la espedicion francesa a Ejipto, los sabios que componian la comision científica hacian una incursion en el desierto buscando no sé qué ruinas históricas. Los sabios llevaban sus bagajes sobre una docena de asnos.

De repente se avista al enemigo. El jeneral Friant, que mandaba la espedicion, hace alto i con una voz de huracan da esta órden que pasará a la posteridad.

Formad el cuadro!!.....los asnos i los sabios en el centro.....

Cinco minutos despues los enemigos estaban en derrota.

De nuestra parte habian cinco muertos; entre ellos un asno i un sabio.

El asno tenia una bala; el sabio habia muerto de miedo.

XIII

El patriotismo del burro es histórico.

No me hableis del caballo. El caballo ha sido el cómplice i el cortesano de todos los despotismos.

Como se sabe, aceptó un destino de cónsul bajo Calígula.

Se prestó complacientemente a la superchería del relincho, que dió por resultado el dar a la Persia un rei en la persona de Dario.

Los griegos en Troya lo tomaron como el tipo de la traicion; Bucéfalo fué el cómplice de Alejandro, i no se comprenderia a don Quijote sin Rocinante.

El burro no hubiera aceptado jamas semejante cooperacion; por eso es que siempre ha estado alejado de los empleos i las distinciones de la corte.

Pero que se presente la necesidad de un sacrificio, de un martirio, i el burro estará siempre pronto a inmolarse por la causa de la humanidad i de la libertad.

La historia ha grabado en letras de oro el nombre de los Decios, de esa noble familia de patricios que se inmoló espontáneamente para salvar a Roma del furor de sus enemigos.

El burro ha rivalizado en abnegacion con los Decios.

Llegada la época del Bombardeo de Valparaiso, el burro que, como muchos chilenos; no ha alcanzado a comprender jamas la belleza de los triunfos morales cantada tan épicamente en nuestro Congreso, presenciaba mudo de cólera el espectáculo de la ciudad bombardeada sin que un solo tiro de fusil, una sola víctima demostrara al enemigo que Chile no habia dejado de ser la patria de Lautaro i Caupolican, de O' Higgins i de Freire.

En la desesperacion de su patriotismo indignado, un burro aguador de Valparaiso concibió una idea tan romántica como hermosa: la idea del suicidio patriótico.

Abandonando las murallas tras de las que se encontraba en compañía de tantos valientes, el burro se lanzó por la calle Cochrane al tiempo que la «Vencedora» lanzaba sobre el pueblo una granizada de balas.

Una de ellas hirió a mi héroe derribándolo en tierra. El burro, con todo, alcanzó a alzar su cabeza, dirijió su agonizante mirada al tricolor que aun flameaba en el castillo, i, exhalando un débil rebuzno de venganza i de cólera, espiró.

Mártir del patriotismo! única víctima *cruenta* de la *incruenta* guc-

rra de España, ¡yo te saludo! Tus restos habrán ido, sin duda, a parar a algun cementerio laico, al lado de algun libre pensador desconocido, sin que una estátua ni una modesta lápida recuerde tu nombre a la posteridad.

Pues bien, mártir desconocido, esta narracion te hará pasar a la historia.....

I ahora, despues de haber narrado los méritos del burro; de haber cantado sus virtudes, estoi, sin embargo, tan convencido de la ingratitud de los hombres que haria una apuesta a mis lectores.

¿A que ninguna República Sud Americana ni Estado alguno europeo tiene un recuerdo, ni una medalla siquiera para este mártir de la humanidad i del civismo?

J. Joaquin Larrain Z.

LAS PRIMERAS

COMPOSICIONES DRAMATICAS

I

LAS PRIMERAS CRÍTICAS DE TEATRO

ESCRITAS EN CHILE

I

La primera composicion dramática escrita en Chile, de que se tenga noticia, es el *Hércules Chileno*, representada en la ciudad de Concepcion el año de 1693, i debida a la pluma «de dos regnícolas,» a lo que refiere el cronista Córdoba i Figueroa.

Es todo lo que se sabe de ella, aunque ciertamente sea demasiado poco, pues se reduce a un título i una fecha.

Don Manuel Concha, en la *Crónica de la Serena*, menciona un sainete compuesto en la época colonial por un vecino de aquella poblacion. «Un entremes, escrito por don Pedro Nolasco Miranda, representado en la plazuela de San Francisco, dice, ha dejado un vivo recuerdo por la ridícula circunstancia de haber aparecido el gracejo con un burro aparejado, i haber aparentado hacerle la barba con una gran navaja de madera.»

Carezco de fundamento positivo para poner en duda la noticia

precedente; pero me hace pensar que talvez sea inexacta por lo que toca al autor de la pieza el existir un sainete español en que se ejecuta el mismo lance referido.

Ese sainete se denomina: *Santiago, afeita el burro*, o bien, *Barbero, afeita el burro;* i fué puesto en escena varias veces en los teatros de esta capital, entre otras, el 14 de diciembre de 1828 en el de la plazuela de la Compañía.

La mas antigua composicion dramática, escrita en este país, de que yo tenga un conocimiento seguro i completo, es una que corre impresa con este título:

Al Amor vence el Deber.—Melodrama para cantar o representar.—Traduccion libre i modificada de la Zenobia del célebre Metastasio.—En obsequio de la ilustre Marfisa.

Su autor fué un hombre que escribió mucho, i sobre los temas mas variados.

Suponed que por una parte se os mostrara un rimero, un rimero mui alto, de proyectos de toda especie de materias administrativas i lejislativas, esto es, de reglamentos, decretos, planes de estudios, sistemas de defensa militar, constituciones, etc., etc., etc.

¿Os imajinariais fácilmente que aquel que los hubiera escrito habria podido dedicarse a la amena literatura?

Suponed ademas que por otra parte se os mostrara otro rimero, quizá mas alto, de informes en derecho i de disertaciones jurídicas atestadas, no solo de referencias a las leyes de Partida, sino tambien de citaciones de vetustos comentadores en latin.

¿Os imajinariais que el que habia tenido tiempo i paciencia para combinar todos los elementos del primer rimero, i todos los elementos del segundo, hubiera tenido todavía tiempo i paciencia de sobra para arreglar versos i buscar rimas?

Pero no era solo lo que queda espuesto.

Aquel que hubiera recorrido el territorio de Chile algun tiempo despues de haberse restaurado el réjimen nacional, a consecuencia de la victoria que las fuerzas patriotas obtuvieron en Chacabuco el año de 1817, habria visto fijado en todos los lugares públicos un bando impreso en que se ofrecia una buena recompensa pecuniaria al que descubriera el paradero de ciertos trabajos estadísticos que se habian estraviado, i en que se amenazaba con severo castigo al que los ocultara o dejara de delatar a su detentador; i habria oído en todas las iglesias fulminar las mas tremendas censuras eclesiásticas contra el que retuviera aquellos papeles, i contra el que sabiéndolo no dijera dónde se encontraban.

Se ofrecian mil pesos de recompensa al que los entregara, o diera noticias de ellos.

Se conminaba con seis años de presidio al que no los devolviera, i al que contribuyera con su silencio a que no se descubriesen.

Aquellos documentos tan buscados eran dos estensos i prolijos trabajos estadísticos en los cuales habia muchos mas guarismos que letras.

Habian sido concienzudamente elaborados por persona competente en 1813 i 1814, en cumplimiento de una órden de la autoridad superior.

Veamos en qué consistian.

El uno era un censo jeneral de Chile, distribuido por edades, sexos, estados, profesiones, provincias, delegaciones i territorios, con especificacion de las fábricas, escuelas, establecimientos públicos, talleres de todos oficios, iglesias, monasterios, empleados públicos i municipales, número de artesanos, agricultores, comerciantes, milicias i demas ocupaciones de los ciudadanos.

El otro era una estadística económica i financiera de Chile, o cálculos efectivos i aproximativos de lo que producian los fundos rústicos urbanos, el comercio de primeras i segundas manos, los proventos i propiedades eclesiásticas, la industria fabril, las rentas públicas de todas clases, los establecimientos i diversiones públicas, el servicio doméstico i trabajo jornalero, todos los ramos fiscales i fondos municipales, para establecer sobre ellos una contribucion directa temporal.

Los ajentes del jeneral español don Mariano Ossorio, despues de la batalla de Rancagua en 1814, habian embargado aquellas obras de estadística, i las habian depositado en la secretaría de gobierno, de donde fueron sustraidas, sin que jamas lograra averiguarse la suerte que corrieron, por mas dilijencias que se hicieron para ello.

Tal resultado es mui de lamentarse, porque habrian suministrado un excelente término de comparacion para ir apreciando el desenvolvimiento sucesivo de nuestra nacion; pero si hubiéramos podido consultar aquellos curiosos e interesantes trabajos redactados con guarismos, habríamos deducido de ellos, todavía ménos que de los rimeros de producciones jurídicas o políticas el que su autor fuese un poeta.

I sin embargo, la verdad era que el estadista laborioso que habia acopiado tantos datos i formulado tantas reglas i principios, habia escrito ademas obras estimables sobre historia i sobre filosofía, i lo que era mas estraño, habia cultivado la amena literatura.

Se llamaba don Juan Egaña.

Habia nacido en Lima en 1769; pero se habia avecindado i casado en Santiago.

Llevó siempre una existencia tan estudiosa como activa.

Fué profesor de retórica, abogado con estudio abierto i bien provisto, miembro de los cuerpos lejislativos, consejero obligado de casi todos los gobiernos que se sucedieron desde la revolucion hasta 1836, año en que falleció.

Su aspiracion mas ardiente fué la de consolidar en la república de Chile un sistema constitucional que habia ido elaborando en varios años de meditacion.

Pero aquel Solon era al mismo tiempo un hombre de sociedad, finamente galante, que profesó un culto platónico i constante a una dama de sus pensamientos, a la *ilustre Marfisa*, como él la llamaba.

En obsequio de esta señora, arregló en versos castellanos a principios del siglo, la traduccion de Metastasio, de que ántes he hablado.

Parece que Metastasio fué el poeta predilecto de Egaña.

El traductor esplica en una epístola dirijida a Marfisa el plan que habia seguido en su obra i el objeto a que la destinaba.

«Habiéndome prevenido que deseabais tener en castellano la *Zenobia* del célebre Metastasio, de que os hablé con entusiasmo en los dias pasados, he tenido el arrojo de ocupar estos dias de campo en trabajaros una version libre, a la que he suprimido algunas cosas que me parece debilitaban el interes de la pieza.

«No sé si os agradará el estilo rápido i vehemente que exije un melodrama. La brevedad del canto no consiente largas esposiciones que anuncien los hechos, dispongan los lances i sigan el curso sereno de las ocurrencias. La música acalora la imajinacion del espectador por los sucesos del héroe; i solo permite al poeta que el estro de la pasion produzca los rasgos sublimes i filosóficos en un diálogo cerrado cuyas contestaciones lacónicas i sentenciosas dejen entender mas de lo que se dice i llenen al mismo tiempo el golpe trájico i músico.

«Permitidme que os diga francamente que un melodrama solo es espectáculo digno de un pueblo culto i sentimental, i que nada le perjudica mas que actores incapaces de desempeñar sus prendas líricas i la enerjía de su accion. Por consiguiente, no os aconsejo que lo mandeis a nuestro teatro, donde es preciso declamarlo todo por falta de música i despojarlo de la enerjía de su accion por defecto de actores; pero si os determinais a que se represente, he señalado al márjen los pasajes en que una música piana i patética debe acompañar las vehementes pasiones que espresa la declamacion.»

La señora Marfisa debió resolver que, a pesar de las observaciones de su amigo para que así no se hiciese, la *Zenobia*, o la pieza *Al amor vence el Deber*, se pusiera en escena.

Esto es lo que aparece del siguiente trozo que copio de una carta dirijida con fecha 17 de noviembre de 1803 por don Juan Egaña desde Santiago a don José Antonio Rójas, que se hallaba en la hacienda de Polpaico.

«Se representó *Zenobia* la primera vez con suma infelicidad, pues nada dejaba oír un terrible aguacero, que comezó con la fiesta. La segunda con bastante aceptacion, sobre todo de los jefes. El concurso ha sido estraordinario.»

El coro ponia fin al melodrama de *Zenobia* con esta estrofa que entonaba en loor de Marfisa:

Todos los grandes dones
Que el cielo economiza,
En ti, bella Marfisa,
Pródigo quiso unir.

Ya fuera que este elojio correspondiera a la realidad, ya fuera simple hipérbole poética, lo cierto fué que los años trascurrieron, que una revolucion radical trastornó la sociedad, i que sin embargo Marfisa continuó siendo para don Juan Egaña la décima Musa.

En el invierno de 1817, habiendo don Juan Egaña vuelto del presidio de Juan Fernández, todavía hacía la corte a la adorada Marfisa.

Por aquel tiempo, segun refiere el mismo Egaña, se estableció una tertulia para divertir a esta bella dama, que pasaba en el campo una temporada de convalecencia.

Ninguno de los concurrentes podia sentarse a la mesa sin haber trabajado una composicion poética sobre el asunto que se le señalaba media hora ántes.

Don Juan Egaña tuvo la feliz idea de mencionar algunos de aquellos temas, los cuales, como era de suponerse, consistian, o en rimas forzadas, o en glosas, o en improvisaciones.

Hé aquí los argumentos de dos de estas últimas, que trató Egaña.

Himno a la Patria por la restitucion de los desterrados a Juan Fernández.

¿Cuál sufria mas, un amigo ausente de Marfisa que no podia observar las vicisitudes de una grave enfermedad que aquella dama padeció, o el amigo presente que contemplaba los dolores que soportaba?

He dicho que el poeta favorito de don Juan Egaña era Metastasio.

Efectivamente, tradujo de aquel autor, no solo la *Zenobia*, sino tambien la cancion titulada *Nise* o la *Perfecta Indiferencia*.

Egaña estaba tan ufano de esta composicion, que léjos de escusar la comparacion con una traduccion de la misma pieza hecha por el afamado poeta Meléndez Valdes, publicó las dos, una al frente de la otra, para que pudieran ser cotejadas.

I preciso es confesar que Egaña en varias estrofas no queda inferior a Meléndez Valdes.

La *Zenobia* no fué la única pieza que don Juan Egaña escribió para el teatro. Se conservan los títulos de dos comedias suyas: *Porfía contra el Desden*, i *El amor no halla imposibles*, i de tres sainetes: *Pilifronte* o *El valor ostensible*, *El marido i su Sombra*, i *Amor i Gravedad*.

Uno de los próceres mas notables de la revolucion chilena, Camilo Henríquez, estando refujiado en Buenos Aires el año de 1817, escribió dos piezas dramáticas tituladas: *La Camila* o *La Patriota de Sud América* una, i *La Inocencia en el Asilo de las Virtudes* otra.

Solo la primera se dió a la prensa; la segunda ha quedado inédita.

Las dos son sumamente mediocres bajo el aspecto literario.

Solo pueden interesar por que dan a conocer cuáles eran en aquella época las ideas i los sentimientos de un hombre como Camilo Henríquez.

El ideal de sociedad a que aspiraba aquel patriota eminente era el de Juan Jacobo Rousseau; esto es, aquel que mas se aproximara al estado de naturaleza, i en que dominaran los sentimientos mas benévolos.

Para que se comprenda cuál era el espíritu que le animaba, voi a mostrar uno de los varios cuadros que se complace en presentar.

Lo tomo de la segunda de las piezas mencionadas.

«Sabeis que el sabio i virtuoso Rapp, en 1804, condujo a América ciento sesenta familias disgustadas del espíritu intolerante del consistorio luterano de Wurtemberg en Alemania. Ellas se reunieron en sociedad i edificaron un pueblo; i en memoria de sus sentimientos fraternales, lo llamaron *Armonía*. Vereis en mis viajes sus progresos rápidos, sus manufacturas, i la riqueza, abundancia e inocencia con que viven en comun. La union de sus matrimonios es inalterable; las doncellas son mui honestas i laboriosas; los hombres, sobrios i trabajadores. Todavía no ha habido un delito que castigar. Estuvimos en su templo, i oimos sus himnos armoniosos.

«Al amanecer del dia siguiente, escuchamos la voz del centinela de la noche que decia:—Llegó la aurora; hemos dado un paso mas hacia la eternidad; el tiempo corre; el cielo nos espera!—Entónces, el hijo de Sud América saltó del lecho diciendo:—No salgo mas de aquí; voi a pedir al señor Rapp que me dé por esposa una de estas jóvenes admirables.

«La conversacion entre Rapp i el jóven fué así:

—¿Sois hombre de bien?

—Sí, señor.

—¿Creeis que hai un Dios?

—Sí, señor.

—¿Sabeis tabajar?

—Trabajaré.

—¿Sois compasivo?

—Sí, señor.

—¿Amareis siempre a vuestra esposa i a vuestro hijos?

—Esa es la grande obligacion de la naturaleza.

—Pues bien, vivireis un mes en la posada para que las señoras se aseguren de la pureza de vuestras costumbres.

«En fin, el jóven se quedó en *Armonía.*»

El distinguido ciudadano don Bernardo Vera i Pintado trabajó tambien para el teatro.

El 20 de agosto de 1819, aniversario del santo patrono del director O'Higgins, hizo poner en escena una petipieza que sirviese de introduccion a la trajedia titulada: *El Triunfo de la Naturaleza.*

Don Juan García del Rio aplaudió calorosamente esta composicion en el *Telégrafo*, número 55, fecha 14 de diciembre de aquel año. «¡Cuán respetables, cuán dignos de consideracion, decia, serán aquellos poetas que caminando por la senda que ha trazado el doctor Vera, trabajen en imbuir espíritu de independencia i libertad, en elevar el alma, proponiéndose por objeto la mejora de la naturaleza humana!»

Vera no dió a la prensa aquella obra, la cual habia de ser de escasísimo mérito literario, si he de juzgar por otra de igual clase que publicó, despues de haber sido representada en el teatro de Santiago el 12 de febrero de 1820 para celebrar la victoria de Chacabuco (12 de febrero de 1817) i la jura de la independencia (12 de febrero de 1818).

Esta segunda composicion se titula: *Introduccion a la trajedia de Guillermo Tell.*

La escena pasa en Chacabuco.

Los interlocutores son dos araucanos, un anciano chileno i sus dos hijas.

Escusado parece advertir que segun la moda de la época, don Bernardo Vera identifica la causa de los independientes con la de los primitivos indíjenas.

Así el poeta recordando que segun el libro becerro, el 12 de febrero es tambien el aniversario de la fundacion de Santiago, pone en boca de uno de sus araucanos los siguientes versos:

Este fué el dia funesto en que Valdivia
Sobre el claro Mapocho pudo erguirse.
El Leon de España ruje, i su estandarte
Flameó teñido en sangre... ¡Oh cuanto aflije

Esta memoria cruel a un pecho noble
Que odia la tiranía aborrecible,
Que ama la libertad, ama la gloria,
I el yugo siente que a su patria oprime!

El domingo 13 de mayo de 1827, se exhibió en el Teatro Nacional una pieza en verso titulada *La Chilena*.

Habia sido escrita por don Manuel Magallánes, periodista ardoroso que seguia la bandera federal de don José Miguel Infante.

Debe tenerse presente que entónces se estaba debatiendo con estremado calor si Chile se constituiria como república federativa, o como república una e indivisible.

La Chilena habia sido compuesta para celebrar la elevacion al mando supremo del vice-presidente jeneral don Francisco Antonio Pinto en lugar del presidente jeneral don Ramon Freire.

Aquella pieza era, no solo política, sino tambien de circunstancias.

Se defendia en ella con toda franqueza el sistema federal.

El autor don Manuel Magallánes aseguraba en un artículo del *Pipiolo*, número 6, haberla concluido solo en siete horas «a causa de no haber puesto mano en ella hasta estar cierto sí el vice-presidente admitia o nó el cargo.»

La Chilena esperimentó el mayor de los fracasos.

El autor i sus amigos atribuyeron el descalabro: en primer lugar, a las intrigas de sus adversarios políticos, que efectivamente lo celebraron sobre manera; i en segundo, a los actores, que no habian querido aprender sus papeles por estar abanderizados en el bando opuesto.

El frances don Pedro Chapuis, redactor principal del *Verdadero Liberal*, aseveraba con fecha 15 de mayo de 1827, en el número 38 de aquel periódico, que la *Chilena* habia sido «una miserable rapsodia,

que los actores no habian aprendido, i que el público no habia escuchado».

Segun este escritor, lo único bueno que contenia la pieza era un *¡Viva Freire!* i un *¡Viva Pinto!* que la jóven actriz doña Emilia Hernández habia pronunciado «con mucha gracia», i que los espectadores le habian obligado a repetir.

Ha llegado ahora la ocasion de mencionar la mejor pieza dramática que hasta entónces se hubiera escrito en Chile.

Me refiero al *Marido Ambicioso*, comedia en tres actos i en verso por el literato español, tan afamado en el antiguo i en el nuevo mundo, don José Joaquin de Mora.

Esta pieza fué representada por la primera vez en Santiago el 18 de setiembre de 1828 para solemnizar la promulgacion de la constitucion que se dictó aquel año.

Segun Mora, en una advertencia que puso al frente de su obra, solo tiene de comun con *Le Mari Ambitieux* de Picard el título i dos o tres escenas.

«La diferencia entre las costumbres que pintó aquel excelente poeta dramático, i las que yo he querido imitar, esponia Mora; la dificultad de sostener la atencion de nuestro público con cinco largos actos en que los diálogos ahogan la accion i enfrían el interes; i el deseo de formar un carácter que conviniese al jénero en que sobresale el señor Villalba, son los motivos que me han impulsado a separarme casi enteramente de aquel modelo.»

«He seguido en la variacion de los asonantes por escenas, agregaba, el ejemplo del delicado i culto Martínez de la Rosa, i en el uso de los consonantes el de nuestros poetas antiguos.»

La situacion que Mora ha pintado es la de un marido a quien la ambicion hace desde luego no fijarse en los galanteos que un potentado cuyos favores pretende alcanzar dirije a su mujer; pero a quien mas tarde los celos que le atormentan cuando repara en lo que sucede corrijen de tan culpable imprevision.

Indudablemente es una pieza bien escrita, aunque no de primera clase.

Trascurrieron varios años sin que volviera a escribirse ninguna composicion dramática, hasta que en enero de 1834, el apreciable caballero arjentino don Gabriel Real de Azúa, a quien una larga residencia en Chile i sus nobles prendas hacen considerar como conciudadano nuestro, dió a la escena una comedia orijinal, acerca de la cual don Andres Bello insertó en el *Araucano*, número 173, el juicio que paso a copiar.

«La comedia nueva, *Los Aspirantes*, produccion orijinal de don Gabriel Real de Azúa, se representó el miércoles en la noche, en nuestro teatro, i fué recibida con aceptacion. El asunto es por sí mismo algo estéril. La censura cómica se ceba con preferencia en aquellos vicios i ridiculeces que pertenecen mas al hombre que al ciudadano. Es verdad que Aristófanes empleó su vena satírica en los estravíos políticos, en el patriotismo hipócrita, en el espíritu de faccion, en los demagogos i sicofantas de Aténas; pero tambien lo es que en una constitucion como la ateniense, que llamaba a todos a las funciones lejislativas i judiciales, el hombre i el ciudadano estaban, por decirlo así, íntimamente mezclados en todas las relaciones de la vida. Así, la comedia antigua de los griegos era mas política que moral. Las sociedades modernas están constituidas de otro modo.

«El señor Real de Azúa percibió la dificultad que bajo este aspecto le presentaba su asunto; i en parte triunfó de ella amenizando con intereses domésticos i afectos amorosos la tramoya de aspiraciones políticas sobre que rueda la pieza. Talvez hubiera convenido reforzar mas aquel esencial ingrediente, que es el que constituye el principal atractivo de una obra dramática.

«Parécenos tambien que el autor se ha sometido a reglas demasiado severas. No conocemos composicion alguna en que se observen con mas rigor los preceptos de la escuela clásica, que el *Café* de Moratin, i el señor Real de Azúa no ha sido en esta parte ménos escrupuloso que el autor del *Café*.

«Luchando con tantas dificultades, es admirable el partido que se ha sacado del asunto. El diálogo es constantemente natural; el estilo, correcto; los caractéres, propios; el desenlace, feliz. Acaso pudieran concentrarse algunos diálogos i razonamientos, con lo que se desenvolveria mas agradablemente la accion, i sería mas viva su marcha.

«Debemos acojer, no solo con gratitud, sino con entusiasmo, los primeros ensayos de las musas dramáticas del Sur, sobre todo cuando vemos lucir en ellos las prendas que adornan la composicion del señor Real de Azúa, i que le han merecido los aplausos del público. ¡Ojalá que animados por su ejemplo se dediquen otros injenios americanos a cultivar este campo fecundo, en que el mejicano Ruiz de Alarcon rivalizó en otro tiempo a Moreto, i Gorostiza, otro mejicano, sigue de cerca las pisadas de Moratin.»

El 28 de marzo de ese mismo año de 1834, Bello publicaba en el *Araucano*, número 185, una escena de la *Ifijenia en Aulide*, de Racine, traducida al verso castellano.

«Este ensayo poético, decia Bello, nos ha parecido digno de la atencion del público por el mérito de muchos pasajes, i sobre todo por la circunstancia de ser produccion de un jóven chileno de diez i siete años de edad, que se ha formado enteramente por sí mismo en este ramo difícil de composicion literaria. A la exactitud de la medida, se junta la propiedad del lenguaje, que ciertamente es una cualidad nada comun entre nosotros; un tacto fino en variar las cesuras del metro; espresiones poéticas i sentidas, en que el jóven alumno de las Musas se acerca bastante al gran modelo que ha tenido a la vista; i en una palabra, todas las señales de un instinto poético que, cultivado, podrá desmentir la opinion desfavorable que se tiene de las disposiciones naturales de los chilenos para la mas bella i la mas difícil de las artes.»

El jóven poeta a que aludia Bello era don Salvador Sanfuéntes, que comenzaba entónces su corta, pero fecunda i brillante carrera literaria.

Sanfuéntes emprendió la traduccion de la *Ifijenia en Anlide*, sin saber que el año de 1832, don Domingo Návas Spínola, poeta venezolano, si no estoi equivocado, habia dado a luz en Carácas otra version castellana de la misma trajedia, habiéndose levantado para costear la edicion una suscripcion en que tomaron parte las personas mas distinguidas desde el presidente abajo.

Don Cayetano Vidal i Valenciano ha incluido la obra de Návas Spínola en el tomo 5.° del *Teatro Selecto Antiguo i Moderno, Nacional i Estranjero* (1868).

Creo que la amistad no me ciega al pensar que si Vidal hubiera conocido la traduccion de Sanfuéntes, le habria dado la preferencia sobre la de Návas Spínola.

Don Salvador Sanfuéntes concluyó de verter al verso castellano la *Ifijenia* en 17 de marzo de 1841; pero la conservó inédita, no habiendo sido impresa hasta 1863, cuando su ilustre autor hacía ya tres años que habia sido arrebatado por la muerte.

La traduccion de la *Ifijenia* no fué el primer ensayo dramático de Sanfuéntes.

Antes de 1841, habia compuesto las siguientes piezas orijinales: *Caupolican I* (1833), *Caupolican II* (1834), *El Mal Pagador* (1835), *El Castillo de Mazini* (1835), i *Carolina o Una Venganza* (1840).

Las cuatro primeras fueron quemadas por su autor.

Carolina, i *Cora o la Vírjen del Sol* (compuesta en 1841) fueron dados a la estampa en 1863 despues de su muerte.

En 1850, publicó una traduccion del *Británico* de Racine, i un

drama histórico orijinal *Juana de Nápoles*, que es el único que se ha representado de todos los que compuso.

Don Cayetano Vidal i Valenciano ha insertado en el tomo 5 de la coleccion ántes citada una traduccion en prosa del *Británico*, debida a la pluma, de don Saturio Iguren, talvez por ignorar que existe en verso la de Sanfuéntes, la cual tiene los méritos notados por Bello en la traduccion de la *Ifijenia*.

En 1863, se dió a luz, ademas de las piezas arriba enumeradas, una traduccion libre en prosa i verso de *Le Cocu imaginaire*, de Molière, que Sanfuéntes tituló *Los Celos Infundados*.

Dejó tambien entre sus papeles un drama orijinal, casi terminado, *Don Francisco de Menéses*, uno de los presidentes de Chile en la época colonial.

Conozco demasiado que algunas de las producciones mencionadas pertenecen propiamente a una época posterior a la que he comprendido en este artículo i en los precedentes; pero las he enumerado para completar la lista de las composiciones dramáticas de un poeta que comenzó los trabajos de este jénero en el primer período del establecimiento del teatro en Chile despues de la independencia.

II

Don Andres Bello fundó en nuestro país la crítica de teatro.

Puede decirse que hizo en el *Araucano* un curso práctico de literatura dramática, en el cual ostentó las dotes habituales de su talento recto i perspicaz.

Don Andres Bello dió en todo siempre muestras de ser un hombre tan opuesto a las novedades disparatadas, como a la conservacion rutinaria.

La esquisita sensatez de juicio que le caracterizaba le hacía distinguir con prontitud lo que por verdadero debia aceptarse en las doctrinas nuevas, i lo que por erróneo debia abandonarse en las antiguas.

Bello presentaba bajo este aspecto un ejemplo singular, no aferrándose a las opiniones que habia formado, como lo hacen jeneralmente las personas que llegan a cierta edad.

Si no corria por el mundo del pensamiento a caza de aventuras, tampoco permanecia estacionario.

Era un hombre de progreso, pero que marchaba sobre terreno sólido.

Esto fué lo que hizo en las discusiones o críticas de teatro a que he aludido.

Principió su tarea dando a conocer con la mayor franqueza cuáles eran sus teorías fundamentales sobre la materia.

Hé aquí lo que escribia en el *Araucano*, número 145, fecha 21 de junio de 1833.

«*Los Treinta Años o la Vida de un Jugador*, decia, es ciertamente una de las piezas que han sido mejor representadas en nuestro teatro; i aunque como composicion dramática no nos parece que raya mui alto, la variedad de lances que presenta, lo patético de algunas escenas domésticas, i la naturalidad i viveza del diálogo le dan un lugar distinguido entre las de su jénero, i la han hecho mui popular en todas partes.

«Los partidarios de la escuela clásica reprobarán el plan de esta pieza como irregular i monstruoso. Ella nos traslada de Francia a Baviera, i eslabona una serie de incidentes que abrazan una duracion de treinta años, i tienen poca mas conexion entre sí, que la de pertenecer a la vida de un hombre, i orijinarse de una misma causa, el vicio del juego, de manera que el autor no ha respetado mas la unidad de accion, que las de lugar i de tiempo.

«Nosotros nos sentimos inclinados a profesar principios mas laxos. Mirando las reglas como útiles avisos para facilitar el objeto del arte, que es el placer de los espectadores, nos parece que si el autor acierta a producir este efecto sin ellas, se le deben perdonar las irregularidades. Las reglas no son el fin del arte, sino los medios que él emplea para obtenerlo. Su trasgresion es culpable si perjudica a la excitacion de aquellos afectos que forman el deleite de las representaciones dramáticas, i que bien dirijidos, las hacen un agradable vehículo de los sentimientos morales. Entónces no encadenan el injenio sino dirijen sus pasos, i le preservan de peligrosos estravíos. Pero si es posible obtener iguales resultados por otros medios (i este es un hecho de que todos podemos juzgar); si el poeta llevándonos por senderos nuevos, mantiene en agradable movimiento la fantasía; si nos hace creer en la realidad de los prestijios que nos pone delante, i nos trasporta con dulce violencia a dónde quiere

Modo me Thebis, modo ponit Athenis,

léjos de provocar la censura, privándose del ausilio de las reglas, ¿no tendrá mas bien derecho a que se admire su feliz osadía?

«La regularidad de la trajedia i comedia francesa parece ya a muchos monótona i fastidiosa. Se ha reconocido, aun en Paris, la necesidad de variar los procederes del arte dramático; las unidades han dejado de mirarse como preceptos inviolables; i en el código de

las leyes fundamentales del teatro, solo quedan aquellas cuya necesidad para divertir e interesar es indisputable, i que pueden todas reducirse a una sola, la fiel representacion de las pasiones humanas i de sus consecuencias naturales, hecha de modo que simpaticemos vivamente con ellas, i enderezada a correjir los vicios i desterrar las ridiculeces que turban i afean la sociedad.

«Pero volviendo al drama de los *Treinta Años*, i dejando al juicio i sentimientos de cada cual la reñida cuestion de las tres unidades, el defecto principal de aquel drama es en nuestro concepto la excesiva atrocidad de los últimos incidentes que en realidad perjudica a la intencion moral del autor, porque exajera las consecuencias naturales del vicio cuyos perniciosos efectos se propone mostrar. El jugador habitual es ordinariamente mal hijo, mal esposo, padre desnaturalizado. Está espuesto a ser el juguete i la víctima de hombres profundamente depravados, que para cebarse en sus despojos, halagan su funesta pasion. Su desordenada conducta le arrastra a la miseria; la miseria, al fraude; el fraude, a la afrenta, i acaso a un patíbulo. Hasta aquí va el poeta de acuerdo con la naturaleza; pasado este término, hallamos exajerado i repugnante el cuadro que nos pone a la vista.

«De un órden mui superior es el *Cid*, representado el domingo último. Esta pieza hace época en los anales del teatro frances. En el *Cid*, primera trajedia regular que vió la Francia, i aun puede decirse la Europa moderna, el gran Corneille se elevó de repente al nivel de lo mas bello que en este jénero nos ha dejado la antigüedad clásica, i aun en sentir de muchos, lo dejó atras. Es verdad que Corneille debió a dos comedias españolas (*El Honrador de su Padre*, de Diamante, i el *Cid*, de Guillen de Castro), no solo toda la accion de la pieza, casi lance por lance, sino algunos de los mas hermosos rasgos de pundonor caballeresco i de sensibilidad que la adornan. Pero tambien es justo decir que en las composiciones españolas de que se valió, no se descubre mas que el embrion de la lucha sostenida de afectos, con que nos embelesa i arrebata Corneille, i ante la cual todas las otras bellezas del arte, como dice su sabio comentador, no son mas que bellezas inanimadas. A ella se debió sin duda el suceso, hasta entónces nunca visto, que tuvo en Paris esta trajedia, no obstante la oposicion formidable de un partido literario a cuya cabeza estaba el cardenal de Richelieu. I no se limitó su celebridad a la Francia: el autor tuvo la satisfaccion de verla traducida en casi todas las lenguas de Europa.

«Richelieu, que azuzaba a los émulos de Corneille, i excitó a la Academia Francesa a escribir la censura del *Cid*, vió esta pie..a con los

ojos de un primer ministro que creia tener motivo para desfavorecer al autor. Pero no por eso le retiró la pension que le habia dado. Richelieu en medio de los importantes negocios de una administracion que tanto peso tenia ya en la política de Europa, Richelieu, blanco de la facciones que ajitaban la Francia i de las intrigas de palacio, protejia con munificencia las letras, hallaba tiempo para cultivarlas él mismo, i contribuyó no poco a la formacion del teatro frances. Los preocupados que entre nosotros condenan el teatro sin conocerlo, debieran tener presente el ejemplo de este cardenal ministro.»

A pesar de lo poco literata que era entónces la sociedad de Satiago, i a pesar de la mui mediocre atencion que concedia a las cuestiones de crítica, no faltó quien saliera a censurar, i en tono por cierto harto descomedido, las doctrinas de Bello en materia de dramas, las cuales se tacharon de excesivamente liberales, i aun de absurdas.

Este ataque dió oportunidad a Bello para esplanar todavía mas sus ideas sobre el particular en el *Araucano*, número 147, fecha 5 de julio de 1833.

Entre otras cosas, decia lo que sigue:

«El mundo dramático está ahora dividido en dos sectas, la clásica i la romántica. Ambas a la verdad existen siglos hace; pero en estos últimos años, es cuando se han abanderizado bajo estos dos nombres los poetas i los críticos, profesando abiertamente principios opuestos. Como ambas se proponen un mismo modelo, que es la naturaleza, i un mismo fin, que es el placer de los espectadores, es necesario que en una i otra, sean tambien idénticas muchas de las reglas del drama. En una i otra, el lenguaje de los afectos debe ser sencillo i enérjico; los caracteres, bien sostenidos; los lances, verosímiles. En una otra, es menester que el poeta dé a cada edad, sexo i condicion, a cada país i a cada siglo, el colorido que le es propio. El alma humana es siempre la mina de que debe sacar sus materiales; i a las nativas inclinaciones i movimientos del corazon, es menester que adapte siempre sus obras, para que hagan en él una impresion profunda i grata. Una gran parte de los preceptos de Aristóleles i Horacio son, pues, de tan precisa observancia en la escuela clásica, como en la romántica; i no pueden ménos de serlo, porque son versiones i corolarios del principio de la fidelidad de la imitacion, i medios indispensables para agradar.

«Pero hai otras reglas que los críticos de la escuela clásica miran como obligatorias, i los de la escuela romántica, como inútiles o talvez perniciosas. A este número pertenecen las tres unidades, i principalmente las de lugar i tiempo. Sobre éstas rueda la cuestion entre

unos i otros; i a éstas alude, o por mejor decir, se contrae clara i espresamente la revista de nuestro número 145, que ha causado tanto escándalo a un corresponsal del *Correo*. Solo el que sea completamente estranjero a las discusiones literarias del dia, puede atribuirnos una idea tan absurda como la de querer dar por tierra con todas las reglas, sin escepcion, como si la poesía no fuese un arte, i pudiese haber arte sin ellas.

«Si hubiéramos dicho en aquel artículo que estas reglas son puramente convencionales, trabas que embarazan inútilmente al poeta i le privan de una infinidad de recursos; que los Corneilles i Racines no han obtenido con el ausilio de estas reglas, sino a pesar de ellas, sus grandes sucesos dramáticos, i que por no salir del limitado recinto de un salon i del círculo estrecho de las veinte i cuatro horas, aun los Corneilles i Racines han caído a veces en incongruencias monstruosas; no hubiéramos hecho mas que repetir lo que han dicho casi todos los críticos ingleses i alemanes, i algunos franceses.»

Don Andres Bello, con ménos frecuencia de lo que habria sido de desear, sin duda a causa de sus numerosas i variadas ocupaciones, aplicó su fino criterio al exámen de algunas de las piezas mas notables que se iban poniendo en escena.

Voi a reproducir en beneficio del lector algunos de esos análisis cortos, pero sustanciosos, que son ignorados de la actual jeneracion.

Los Amantes de Teruel por don Juan Eujenio Hartzenbusch.

«Los tres primeros actos de este drama han parecido fastidiosos por el poco movimiento de la accion que en todos ellos no adelanta un paso. Al levantarse el telon por la cuarta vez, nos hallamos exactamente en el mismo estado de cosas que al principiar la pieza: Azagra i Segura, combatiendo la constancia de Isabel, i ésta, oponiendo al ataque sus dolorosas lágrimas i la triste memoria del difunto Marsilla. Fatigados de monótonos ruegos, instancias, amenazas i lamentaciones, llegamos por fin a la última escena del cuarto acto, en que un rasgo de *violencia paternal*, robado a la *Nueva Eloisa*, triunfa de Isabel; la accion da un paso; i al tedio de los espectadores, suceden la atencion i el interes. El calor se sostiene en el quinto acto por la inesperada aparicion de Marsilla en el momento de celebrarse el matrimonio de su rival, hasta la catástrofe, que no podia ser otra, que la muerte de los dos desventurados amantes cuya fidelidad se ha hecho proverbial en español. Pero el poeta no ha sabido qué hacerse con Azagra. Este personaje no profiere una sola palabra en el quinto acto, sea que flaquease la memoria del actor que lo representó (que no

sabia su papel), o que el poeta creyese que éste era el mejor modo de salir del lance.»

La Condesa de Castilla por don Nicasio Alvarez de Cienfuégos.

«Esta trajedia, aunque mejor escrita i versificada que los *Amantes de Teruel*, peca mucho mas gravemente contra las reglas esenciales del drama. Hai una especie de inverosimilitud que no se perdona en el teatro, porque destruye el efecto de cualesquiera bellezas que bajo otros puntos de vista presente la composicion; i es la que consiste en la incompatibidad de afectos. Cienfuégos pone en el corazon de la condesa dos pasiones que no pueden hallarse juntas, i ambas en un grado de vehemencia que se acerca al delirio: el amor a un esposo difunto, cuya memoria la abrasa en deseos sanguinarios de venganza, i el amor a un Zaide, que se descubre mui a los principios ser el mismo Almanzor, a cuyas manos habia perecido el conde. Las transiciones del uno al otro de estos sentimientos son tan frecuentes i rápidas, que es imposible simpatizar con ninguno de ellos; a que se junta que la heroína se nos muestra bajo un aspecto tan poco noble, que no podemos tomar el menor interes en su suerte: una reina madre que quiere gobernar el estado contra la voluntad de un hijo adulto; que a la edad de cuarenta años incurre en la indecencia de espresar los mas tiernos sentimientos a un sarraceno matador de su esposo; que se enfurece por que su hijo toma la cuerda resolucion de encerrarla en un claustro; i que últimamente concibe el horrible designio de envenenar a este mismo hijo en venganza de su adorado Almanzor, i llega hasta poner el veneno en la copa; princesa sin dignidad, viuda frívola, hembra atroz i madre desnaturalizada.»

Marcela, o A Cuál de los Tres por don Manuel Breton de los Herreros.

«Esta comedia en tres actos se halla escrita con una elegancia, gracia i armonía de versificacion, que elevan esta pieza, sin embargo de lo poco importante de su asunto, al nivel de las mas bellas producciones del jénero cómico en nuestra lengua. Breton de los Herréros posee en grado eminente ciertas cualidades que echábamos ménos en Moratin. En medio de las dotes aventajadas que todos admiran en el autor de *El Sí de las Niñas*, nos habia parecido encontrar en su estilo algo de lánguido i descolorido. Sus versos, aunque fluidos, no nos daban aquel sabor poético que es propio aun de las composiciones escritas en estilo familiar, i que tanto luce en los fragmentos de Menandro i en los buenos pasajes de Terencio: en lo que sin duda influyó algo la excesiva severidad de las leyes dramáticas i métricas que se impuso el padre de la buena comedia castellana. Aquel perpe-

tuo martilleo de una asonancia invariable en todo un acto produce una monotonía que fatiga al oído, i no permite al poeta dar a sus obras el delicioso sainete que nace de la variedad de metros i rimas, i que se hace sentir aun de los ménos versados en el arte, como se ha visto el mártes pasado en la universal satisfaccion que causó el nuevo juguete dramático, pues en realidad no es otra cosa la *Marcela*. No sabemos en qué se funda este cánon de la unidad de versificacion en toda una comedia o trajedia, i de la invariabilidad de la asonancia desde el principio de un acto hasta el fin. Ellas hacen que todas las composiciones dramáticas estén reducidas al círculo estrecho de media docena de rimas, i ponen al poeta en la imposibilidad de emplear las mas agradables al oído, que son cabalmente las ménos familiares en el lenguaje. Los griegos i latinos pasaban frecuentemente de un verso a otro en sus comedias i trajedias; i la antigua comedia española debe a esta sabrosa variedad uno de sus pricipales atractivos. Gorostiza i Breton de los Herréros han tratado de restituir a la comedia esta parte preciosa de sus antiguas galas, i el buen suceso que han tenido sus tentativas nos parece un paso importante hacia la perfeccion del arte.

«Hemos dicho que la *Marcela* es un juguete; pero no se crea que lo decimos para deprimir el mérito de la pieza. La preferimos, por el contrario, a casi todo lo que se ha representado recientemente en nuestro teatro; i en especial, a esa serie fastidiosa de trajedias declamatorias, atestadas de los lugares comunes de la retórica revolucionaria, que desde fines del siglo pasado hace sudar las prensas, i ha dado a las Musas un aire demasiado seco i austero. Si Breton de los Herréros reune a la gracia i brillo del estilo aquella *vis cómica* que los antiguos echaban ménos en el delicado Terencio, i en que tampoco es mui aventajado Moratin; si sabe inventar enredos i lances, delinear caractéres i hacer hablar a sus personajes el idioma del corazon, Moratin, que sin duda le es inferior en el estilo, va a cederle la corona que tan dignamente ciñe sus sienes; i el teatro cómico español tandrá poco que envidiar al frances.»

María Estuarda de Schiller traducida por don Manuel Breton de los Herréros.

«La traduccion castellana de esta pieza se aleja bastante del orijinal. El traductor ha pasado la esponja sobre los remordimientos de María, i esto solo debia producir una gran diferencia en su carácter, i en el efecto dramático de la pieza. I ¿qué dirémos de la absurda ocurrencia de hacer perecer a la reina a manos del lord canciller Burleygh? En jeneral, el tono de la trajedia castellana se asemeja poco al de

Schiller, i al de las verdaderas pasiones, que siempre hablan un lenguaje sencillo, i no se avienen con las figuras atrevidas, los vocablos desusados i las trasposiciones violentas. El quinto acto (si se esceptúa el exajerado soliloquio de Leicester) es el único en que nos ha parecido algo mas natural i afectuoso el estilo del traductor. Las trajedias castellanas modernas (sean orijinales o traducidas) se distinguen por el mérito de una versificacion armoniosa i de una sostenida elegancia; pero casi todas pecan por la falta de naturalidad con que se espresan sus personajes.»

Como se comprende, estas i otras críticas de teatro eran compuestas por don Andres Bello al correr de la pluma, inmediatamente despues de haber visto representar las piezas a que aludia.

Bello, que era mui aficionado a los espectáculos dramáticos, asistia a ellos, siempre que podia; i cuando no manifestaba su juicio por escrito, lo espresaba de palabra a las personas que le consultaban, o con quienes conversaba sobre el particular; pues debe saberse que el asunto acerca del cual le agradaba mas hablar era el de las letras.

De este modo, introdujo, puede decirse, i fomentó en Chile el buen gusto en materia de teatro.

Muchos años mas tarde, Bello tradujo i arregló para el teatro chileno el drama de Alejandro Dumas padre, que lleva por título *Teresa*.

Miguel Luis Amunátegui.

ANTONIO SMITH

Estamos todavía bajo la influencia de una sorpresa bien encantadora: la pintura, esa diosa casi desconocida entre nosotros durante tantos años, principia a levantar tranquilamente las gradas de su trono soberano. La tarea ha sido tan modesta, se ha trabajado tan en silencio temiendo hacer el menor ruido, que cuando el público se ha apercibido de ello ha podido contemplar asombrado la base espléndida del futuro monumento.

¿Sabia Santiago que tenia en su seno una docena de pintores? Francamente, solo el pequeño círculo que se ocupa de bellas artes lo sabia. Ellos han sido bastante modestos para no hacerse conocer, i nuestra sociedad ha sido demasiado indolente para no conocerlos.

Ha sido preciso la inspiracion feliz de un mandatario para disipar las nieblas que ocultaban los hermosos paisajes que hemos visto en la Esposicion; i si eso no hubiera sucedido, Chile continuaria creyendo que no tenia mas pintor de su naturaleza que el eminente Antonio Smith.

I nuestra sorpresa ha sido tan natural cuanto que hai en nuestra vida artística un hecho mas que curioso, un hecho consolador i triste a la vez: ninguno de nuestros artistas ha salido de la academia. Muchos de ellos se han formado solos, otros casi solos, pero la mayor parte sin un hogar artístico que calentara su entusiasmo, que renovara su fé i les mostrara la senda del arte verdadero. Por mucho tiempo los jóvenes que penetraban los umbrales de la academia chilena de bellas artes podian haber leido las palabras terribles que el Dante coloca en las puertas de su infierno: «Abandonad toda esperanza vosotros los que entrais aquí.» I en efecto, cuántos penetraron ahí con fé i entusiasmo para salir despues desengañados i perdidos! El pesar nubla las alegrías de nuestros triunfos presentes al recordar las in-

telijencias que se han estinguido por falta de una hábil direccion. I no era porque faltara el hombre a propósito, le habia en nuestro mismo pais: Monvoisin pudo haber sido el director de nuestra academia; se ofreció a ello espontáneamente; pero la gloria del arte chileno no podia exijir de nuestro erario el sacrificio de algunos pesos, que entónces como hoi se arrojaban en una exijencia cualquiera de la presuncion o de la vanidad. Monvoisin se fué, dejándonos el recuerdo de su talento en obras inmortales, i nuestra academia perdió voluntariamente a uno de los jénios mas notables de la escuela moderna. ¡Cuántas famas i talvez cuántos millones no nos cuesta aquella economía de mil pesos anuales!

Por eso es que Antonio Smith, ademas de la gloria de su talento, tiene la de haber fundado entre nosotros la escuela del buen paisaje. Escuela que está en embrion todavía, es verdad, pero que ya comienza a organizarse i a producir: ahí está Pedro Lira como una prueba brillante de lo que decimos.

Es pues a ese personaje modesto, pero todavía mas perezoso que modesto, que álguien ha calificado de Mefistófeles por su figura i de Fausto por sus ensueños, que se pasea diariamente por nuestras calles, porque solo pinta cuando está de *mui buen humor*, a quien debe Chile la gloria de tener paisajistas.

Casi llegamos a creer que Smith no sabe que ha hecho ese servicio a su pais, i si lo conoce sabe olvidarlo tan bien que siempre se considera como formando en la fila de sus compañeros, ni una pulgada mas adelante.

I este tipo estraño, i poco ménos que indescriptible, profesa a su arte en medio de su característica indolencia, un culto sublime i respetuoso. Ha nacido artista como se nace poeta; su ciencia no es el resultado del estudio profundo ni de la constante averiguacion, sino simplemente de la naturaleza de su ser. Para hacer un paisaje no necesita mirar el cielo, ni el sol, ni la luna, ni los campos; le basta solo sentarse frente de su caballete, tomar sus pinceles i formar sus colores. Hai un minuto de reconcentracion; luego aparecen vagamente las formas de sus hermosas montañas, sus aguas trasparentes, su atmósfera i sus vapores. Hai vida en ese paisaje; la vida brillante i calorosa de un dia de verano o la luz ténue i melancólica de una noche de luna. Puede faltar la verdad en algunos de sus detalles, pero nunca puede faltar la poesía ni la inspiracion.

I sin embargo, no es esa escuela idealista, a pesar de ser sus partidarios i admiradores, la que quisiéramos imitaran nuestros artistas noveles. Antes del ideal está la naturaleza con su verdad, con sus

perfumes i tambien con su poesía propia. No es posible desentenderse de ciertas realidades, por mas repugnantes que nos parezcan. El estudio sério de la naturaleza, de lo bello i de lo feo, forma al artista i al soñador. I qué naturaleza es la que se puede estudiar entre nosotros! Los valles mas espléndidos, las cascadas mas caprichosas, los lagos mas encantadores. I como si todo esto no fuera suficiente, los Andes por complemento i el Estrecho por término!

Los Andes especialmente son para nuestros paisajistas un teatro inmenso e inesplotado, hai en ellos toda una escuela maravillosa de artistas que serán nuestra gloria futura. Hasta las dificultades son ahí sublimes: por una parte la grandeza de las proporciones i por la otra la claridad i la viveza de las tintas con que hasta las perspectivas mas lejanas aparecen detalladas en la trasparencia de un aire puro. Hai que aprender a mirar i a escojer lo mas bello de en medio de ese concierto jigantesco. La lucha, pues, con ese coloso de la naturaleza americana es mas que difícil, es titánica; pero la constancia, el estudio i el esfuerzo perseverante todo lo vence i al fin es posible obtener grandes victorias tanto mas gloriosas cuanto mas obstinada ha sido la resistencia.

Algunos de nuestros paisajistas quieren entrar en posesion de esas sublimes i estrañas bellezas con solo unas cuantas miradas dadas muchas veces con indolencia durante las rápidas correrías de un viaje de verano o de una escursion de placer. De ahí el poco éxito de esos ensayos informes ejecutados de paso. ¿Es posible obtener de esta manera resultados satisfactorios i éxitos brillantes? Imposible! desde que triunfos semejantes solo pueden alcanzarse despues de estudios serios i completos.

Por eso es que sorprende verdaderamente cómo Smith ha podido trasportar a algunas de sus telas esas armonías solemnes i poéticas a la vez que comunican al alma del espectador un eco melodioso de tiernas impresiones, sin haber mirado de frente esas montañas ni recorrido paso a paso sus laderas.

Pero ese secreto encanto de los paisajes de Smith tiene todavía en sus bosques i en sus noches una acentuacion mas marcada. La luz del sol puede fastidiar a la mirada soñolienta de nuestro artista, pero la dulce luz de la luna convida a su espíritu soñador a pasearse bajo la cúpula de sus bosques misteriosos. ¿Quién no ha visto al ménos una sola vez en su vida i durante las horas enamoradas de los veinte años, los rayos de la luna iluminando melancólicamente las colinas derramándose luego hasta los valles? ¿Quién no ha contemplado por la tarde los últimos fulgores del sol en el ocaso tiñendo de púrpura las nieves eter-

nas i a las sombras azuladas i caprichosas subir invadiendo i apagando los reflejos del sol que se va? Quién no ha visto las diversas faces de esos fenómeno no sabe todo el encanto que hai en esos juegos de la naturaleza que se repiten todos los dias cambiando infinitamente de forma i de color, ni puede apreciar debidamente las ventajas que haya podido sacar el artista de esas riquezas que están al alcance de todos los pinceles. Cuando tales magnificencias se ven en la naturaleza no se puede ménos de reprochar al artista que las descuida i no saca de ellas todo el inmenso partido a que se prestan.

Smith tiene un doble deber en estudiar esas bellezas: un hombre de su talento i de su porvenir tiene para consigo mismo i para con el público que le admira i aplaude la obligacion de perfeccionarse constantemente, i este deber se multiplica cuando como al presente se tiene a su espalda toda una jeneracion de jóvenes artistas que le observan con admiracion i siguen paso a paso sus modificaciones i progresos. Smith no es ni debe ser solo el artista caprichoso que hace cuadros para el público; tiene todavia una obligacion i una mision mas: es el maestro, es el jefe de una escuela que debe sostener haciéndola triunfar por medio de la verdad del estudio unida a la poesía ideal de su pincel.

Se critica a Smith de haber desterrado las figuras de sus paisajes, i esta crítica no es injusta del todo. Smith ha separado por completo de sus obras todo el antiguo mundo de los viejos paisajistas, con sus numerosos términos de tierra, sus rebaños i sus pastores, sus castillos i sus chozas, sus palacios i sus templos. I no es solo Smith el que ha querido volver a un sentimiento mas profundo i primitivo de la naturaleza sino toda la moderna escuela de paisajistas, i especialmente la francesa. La reforma, sin embargo, ha sido exajerada, llegándose a simplificar demasiado el tema de las composiciones i cayéndose naturalmente en el escollo opuesto. Hoi se abusa de la pobreza con la misma franqueza con que ántes se abusaba de la abundancia de los materiales.

Smith ha recorrido la Italia durante dos o tres años, ha visitado sus museos i tenido algun tiempo por maestro al mas grande de los paisajistas florentinos de nuestra época: al célebre Cárlos Marcó. Aquellos eran los buenos i felices tiempos en que Smith estudiaba con todo el anhelo del que desea llegar a ser autor aplaudido. Hemos visto las cartas afectuosas que el gran Marcó le ha enviado despues: «Mi ilustre amigo, mi discípulo-maestro» le dice con sincera admiracion aquel hombre justamente célebre.

I cuando nuestro artista recibia estas honrosas manifestaciones, era

mucho ménos de lo que es ahora. Unos cuantos viajes al sur de nuestro hermoso territorio, mas por placer que por estudio, le han sido sin embargo de gran provecho. A su regreso es cuando ha pintado esos espléndidos bosques, algunos de los cuales han figurado en la Esposicion, solemnes i misteriosos, que dan a conocer por completo en aunque talvez no en su realidad, su poesía, el carácter de aquella naturaleza grandiosa.

Cuando se contemplan esos cuadros, que son sus últimos trabajos, i se les compara con los que ha ejecutado hace tres o cuatro años, se nota un evidente progreso. Uno de ellos representa un efecto de sol en la cordillera. El instante elejido es una tarde. El espectador tiene a su frente uno de los mas hermosos picos de los Andes a cuyos piés se encuentra un bosque pintoresco. Un lijero velo de nieblas azulado se halla estendido entre el bosque i la montaña; i miéntras el sol dora con su luz las nieves de la cumbre, los vapores de la falda se disuelven a su calor. En este paisaje se respira plenamente la calma majestuosa i la grandeza infinita del espectáculo. El otro representa la entrada a un bosque: un solo árbol de tronco corpulento ocupa el mayor espacio de la tela, dejando ver por entre sus ramas las cordilleras del fondo i los rayos de la luna. Es esta una armonía recojida por Smith con deliciosa emocion.

En presencia de estos paisajes el entusiasmo nos ha arrebado i hemos estado a punto de declarar a Smith un portento de estudio i de trabajo: pero nos hemos detenido al momento pensando de cuánto mas es capaz ese brillante talento. Ademas, la luz admirable del paisaje de Saal heria en esos momentos nuestra vista i un amigo nos decia al oido con cierto desconsuelo:

—¿Por qué no pinta así Smith?

—Quién sabe! Pero *él lo puede si quiere*, le contestamos parodiando a Lady Cadurcis.

VICENTE GREZ.

SALMOS DEL LIBRE PENSADOR

I

LA CONCIENCIA

Hai una luz, un rayo que fulgura
Del alma en lo profundo;
Luz que no ahoga la tiniebla oscura,
Que no apagan los vientos de este mundo!

La conciencia! Luz santa, luz divina,
Antorcha de lo justo,
Que en los pechos humanos ilumina
Al bien excelso i al deber augusto!

Educa pueblos, guia intelijencias,
Templos i artes levanta,
Confunde en lo infinito las creencias,
Lidia con héroes, con poetas canta!

Conciencia, a noble lucha, a noble intento
Nuestra vida acostumbras.
Tú eres sol inmortal del pensamiento
Que naciendo en la tierra a Dios alumbras!

II

EN LAS CORDILLERAS DE CHILLAN

Alturas bienhechoras
Aire puro en vosotras se respira;
I todo, astros, crepúsculos, auroras,
Se contempla mejor, mejor se admira!

Brillan en el espacio
Vivos fulgores, esplendor divino;
Lagos de plata, valles de topacio,
Montañas de oro sobre azul marino!

No hai tinte que remede
El aéreo color de esos paisajes;
El arte que otros mundos crear puede,
No imita esas visiones de celajes.

Arte, tú nos sublimas
I a la mente del hombre coses alas;
Mas tú, naturaleza, en estas cimas,
Mostrándonos lo eterno, a Dios señalas!

III

LA VIA RECTA

Fruto de almas tranquilas
Son las grandes acciones;
Mal reflejan, turbadas las pupilas,
La bella luz de nobles emociones!

Une un vínculo estrecho
Hombre i naturaleza;
Si late el corazon dentro del pecho
Habia a la mente una ideal belleza!

Nunca torvo cinismo,
Jamas pérfida ira,
Dá un lauro inmarcesible al heroismo
Ni en una obra inmortal al jenio inspira!

Con austera conciencia,
Con recto pensamiento,
A cumbres de verdad llega la ciencia
I el arte halla vigor i el jenio aliento!

Sube, espíritu humano,
Altivo, audaz, sereno!
La antorcha del deber lleva en tu mano
I busca a Dios para encontrar lo bueno!

GUILLERMO MATTA

DON JOSE MIGUEL CARRERA.

UN CAPÍTULO PARA SU BIOGRAFIA.

La historia política de don José Miguel Carrera, sus servicios políticos i militares a la causa de la revolucion de Chile desde el 4 de setiembre de 1811 en que hizo su brillante aparicion en la plaza de Santiago, hasta el 4 de setiembre de 1821 en que fué fusilado en la plaza de Mendoza, se hallan mas o ménos bien consignados en muchas pájinas de la historia nacional. Pero la carrera anterior de este arrogante caudillo de nuestra independencia, los primeros veinte i seis años de su vida, no son conocidos sino por tradiciones vagas i tal vez no siempre exactas que conservaron con diversos colores sus parles i sus enemigos, i que la historia ha tenido que recojer a falta de antecedentes mas fidedignos.

En este artículo vamos a reunir algunas noticias acerca de la juventud de este célebre caudillo, valiéndonos para ello de documentos inéditos i orijinales que una casualidad, mas bien una esmerada dilijencia, ha traido a nuestras manos. Prescindimos del viaje de don José Miguel a Lima, a donde lo mandó su padre para apartarlo del teatro de sus correrías i travesuras de muchacho, i nos contraemos solo a su vida militar.

Nacido el 15 de octubre de 1785, don José Miguel Carrera obtuvo a la edad de un año el título de cadete del rejimiento de milicias de caballería de Santiago denominado del Príncepe, de que era jefe su padre, el teniente coronel de milicias don Ignacio de la Carrera. Bajo el réjimen colonial, estos títulos de mero honor eran mui codiciados; i las familias patricias de Santiago los reclamaban empeñosamente para sus hijos. Así se comprenderá como don Ignacio de la Ca-

rrera solicitó i obtuvo el 28 de noviembre de 1786 el título de cadete del espresado rejimiento para su hijo mayor don Juan José, que entónces contaba cuatro años de edad, i para su hijo segundo, don José Miguel, que solo tenia uno. Ambos fueron elevados al rango de tenientes el 8 de noviembre de 1791. Segun los documentos que el gobierno militar de la colonia enviaba a España, i que hoi se conservan en el archivo de Simancas, habiendo muchas vacantes en el rejimiento del Príncepe en el año de 1793, época en que por estar la España envuelta en guerra con la república francesa, las milicias se hallaban sobre las armas, don José Miguel desempeñó el cargo de teniente de la segunda compañía de ese cuerpo a la edad de ocho años. Sin embargo, solo obtuvo este cargo por despacho de 19 enero de 1799, antes de contar quince años de edad.

Esta fué la época mas turbulenta i borrascosa de la vida de don José Miguel. Confiado en el alto prestijio de su familia, i dejándose llevar por la arrogancia de su carácter i de su edad, el futuro caudillo de la revolucion de Chile, acarreó mas de un sinsabor a su venerable i bondadoso padre, i obligó a éste a mandarlo primero a Lima i despues a España. El viaje de don José Miguel Carrera a la metrópoli tuvo lugar en 1806. Ese viaje no tenia por objeto el buscar una ocupacion en el ejército español, como lo han dicho algunos de sus biógrafos, sino abrirse una carrera en el comercio. Se instaló en la ciudad de Cádiz, i allí permaneció hasta mediados de 1808. Tenemos motivos para creer que entónces conoció i trató a don José de San Martin, capitan de infantería en esa época, i ayudante del jeneral Solano, marques del Socorro, i gobernador militar de Cádiz.

¿Qué hizo Carrera en los primeros meses de su residencia en España? Nada se trasluce en los documentos que tenemos a la vista. Sabemos sí que el 15 de setiembre de 1808, hallándose la península invadida por los ejércitos franceses, se incorporó como ayudante en el rejimiento de milicias de Farnesio, i que luego pasó en el mismo rango al de caballería de voluntarios de Madrid. Por fin, el 13 de abril de 1809 obtuvo el grado de capitan del mismo cuerpo. En este tiempo se encontró en trece acciones de guerra, que su foja de servicios menciona con la rapidez ordinaria de esta clase de documentos: 1.° En la defensa de Madrid, atacada por el emperador Napoleon en persona los dias 1 i 2 de diciembre de 1808; 2.° en la momentánea ocupacion de la plaza de Mora, el 18 de febrero de 1809; 3.° en la retirada de Consuegra, el 23 del mismo mes; 4.° en la jornada de Yébenes el 24 de marzo; 5.° en la retirada de Santa Cruz de Mudela, el 28 del mismo mes, que fué apoyada por su rejimiento, el cual salvó dos

piezas de artillería; 6.° en la entrada de Talavera de la Reina, el 22 de julio; 7.° en el combate de Alcobon, el 26 de mismo mes; 8.° en la gran batalla de Talavera, los dias 27 i 28 del propio mes, en que su rejimiento apoyó las operaciones de la caballería inglesa, por cuya jornada obtuvo don José Miguel una medalla; 9.° en el combate del puente del Arzobispo, el 8 de agosto, en que habiéndole muerto su caballo cayó momentáneamente prisionero; 10.° en los lijeros ataques de Camuña, Madrigalejos i Villarubias, durante el mes de octubre; 11 en el ataque de Mora, el 12 de noviembre; 12.° en el de Ocaña en que perdió su rejimiento mas de dos terceras partes de su jente i nueve oficiales, el 18 del mismo mes; i 13.° en la gran batalla de este nombre, perdida por los españoles el dia siguiente, en que Carrera recibió una herida en una pierna. Durante casi todo el año de 1809 sirvió en la division que mandaba el valeroso duque de Alburquerque.

Los restos del ejército derrotados en Ocaña se retiraron a Andalucia en completa dispersion; i por fin, perseguidos por los franceses, abandonaron las ciudades de Córdoba i Sevilla i fueron a replegarse a Cádiz. Carrera obtuvo una licencia para curar su herida, lo que consiguió con los ausilios que le dispensó don Ramon Errázuriz, chileno avecindado entónces en esa ciudad.

En los primeros dias de enero de 1811 fué llamado nuevamente al servicio: se le dió el título de sarjento mayor del rejimiento de húsares de Galicia, i se le mandó que marchara al norte a incorporarse al sesto cuerpo del ejército español, que entónces sostenia la guerra en aquellas provincias. Don José Miguel Carrera, en vez de aceptar esta comision, presentó al consejo de rejencia que funcionaba en Cádiz, la siguiente solicitud.

«Serenísimo señor.

«Don José Miguel de Carrera, natural de Santiago de Chile, sarjento mayor del rejimiento de húsares de Galicia, con el mayor respeto hago presente a V. A. que desde mi tierna edad tengo la honra de servir a nuestro soberano, habiendo comenzado mi carrera de cadete del rejimiento de caballería del Príncepe de aquella capital; que como el año pasado de 806 haya venido a la península a asuntos particulares de mi casa, hallándome en esta plaza cuando la invasion de los enemigos en las Andalucías, me presenté al gobierno para que dispusiese de mi persona; en efecto, fuí agregado, con el mismo grado de teniente que tenia en mi rejimiento, al de Farnesio; de éste pasé al de caballería de Madrid, del que siendo capitan he sido ascendido a sarjento mayor de húsares de Galicia, empleo que con mucha

complacencia estaría sirviendo, si la gravísima enfermedad que he padecido por espacio de siete meses no lo hubiera impedido.

«Yo vivo satisfecho de haber desempeñado las respectivas funciones de mis empleos en los diez i siete años que hace sirvo con la exactitud i honor que corresponde; i cuando estaba dispuesto para marchar a mi destino he recibido noticias funestas de la salud de mi padre, cuya postracion anuncia su próximo fallecimiento. En tales circunstancias, estoi persuadido que es absolutamente necesaria mi concurrencia en aquel pais para cuidar de la recaudacion de mis intereses; i así este único i esencial motivo me hace ocurrir a V. A. con la solicitud de obtener una licencia en los términos que V. A. tenga por conveniente para embarcarme en el navío *Baluarte* (tal vez hai en esto un descuido, i Carrera quiso escribir *Estandarte*, navío de guerra ingles) que navegará dentro de pocos dias a los puertos de Valparaiso i Lima, ofreciéndome gustoso ocuparme en lo que V. A. juzgare útil al mejor servicio de la patria; por todo lo cual,

«Suplico rendidamente que usando V. A. de su notoria justificacion i benignidad se digne condescender a mi solicitud, i en ello recibiré singular favor. Cádiz, etc.»

Esta solicitud despertó sérias sospechas en el seno del consejo de rejencia. Se recibian entónces en España las primeras noticias de los movimientos revolucionarios de las colonias de América. Sabíase que en la ciudad de Santiago de Chile se habia instalado una junta de gobierno el 18 de setiembre de 1810, i que don Ignacio de la Carrera, padre del jóven solicitante, era uno de los miembros de la espresada junta. Se creyó con sobrado fundamento que todas las razones alegadas por Carrera para obtener su separacion del servicio, eran simples pretestos para volver a Chile a ofrecer sus servicios a la causa de la revolucion. Se sospechó que entre sus papeles habia una o muchas cartas en las cuales su padre, sus deudos o sus amigos le comunicaban noticias del movimiento revolucionario en Chile, i le llamaban a este pais. Inducido por estas sospechas, el consejo no vaciló en tomar una medida resuelta. En la mañana del 5 de abril, don José Miguel Carrera fué apresado por órden del gobernador militar de la plaza, marques de Coupigny: sus papeles fueron recojidos i sometidos a un exámen rigoroso. En el mismo dia dirijió desde su prision la siguiente solicitud al marques de Coupigny:

«Exmo. Señor:

«Esta mañana he sido arrestado por órden de V. E. comunicada al gobernador de esta plaza, quien a mas de rejistrar i llevarse mis papeles por medio de un ayudante, ha puesto preso a mi asistente.

Semejante providencia indica el mayor delito, pero vivo seguro de que jamas podrá imputárseme alguno.

«Quizá V. E. ignora el autor de semejante impostura, i no dudo que la idea de sujeto tan vil se reduce a perjudicarme de cuantos modos le sea posible para vengarse tal vez de resentimientos particulares. Poderosos motivos me han obligado a pedir mi licencia absoluta i pasaporte para marcharme a mi pais en el navío *Estandarte*, que saldrá a principios de la próxima semana. Por lo que suplico a V. E. tenga la bondad de dar parte a la superioridad para que con la pronta conclusion de este asunto tan desagradable, pueda concedérseme lo que solicito, evitando de este modo los grandes atrasos que me resultarian.

«Dios guarde a V. E. ms. as. — Cádiz, 5 de abril de 1811.

«José Miguel de Carrera.»

«Exmo. Señor marques de Coupigny.»

Don José Miguel Carrera permaneció nueve dias preso. Pero entre sus papeles no se habia encontrado una sola carta, una sola línea que lo comprometiera en lo menor. Su lealtad al rei de España no sufrió el menor menoscabo despues de aquella investigacion. Ni sus antecedentes como militar, ni las demas noticias que se recojieron daban algo que sospechar. Así fué que el 14 de abril se le puso en libertad, i se le comunicó la siguiente resolucion del consejo de rejencia.

«El Rei don Fernando VII, i en su real nombre el Consejo de España e Indias.

«Por cuanto habiéndome representado don José Miguel Carrera, sarjento mayor del rejimiento de caballería de húsares de Galicia, que la falta de salud i el atender al cuidado de sus intereses en Santiago de Chile, le impiden continuar en su servicio, he venido en concederle licencia absoluta para retirarse de él con uso del uniforme de retirado i goce de fuero militar.

«Por tanto, mando al capitan jeneral o al comandante jeneral a quien tocare, le deje usar de este permiso, previniendo lo conveniente para ello a continuacion de este despacho i bajo su firma, i a cuyo efecto se le ha de presentar dentro de un mes contado desde la fecha de él, como tambien el intendente a quien tocare para que lo haga anotar en la contaduría principal del mismo ejército donde sirviere dentro

del espresado término, en la intelijencia de que será nulo en faltándole cualquiera de estos requisitos. Dado en Cádiz a 14 de abril de 1811. Yo el Rei—*Pedro de Agar*, presidente—.*José de Heredia*, secretario.

¿Se quieren conocer ahora cuales fueron las verdaderas razones que obligaron a Carrera a abandonar el servicio de España? El no pudo decirlas en su solicitud al consejo de rejencia, pero las consignó en una hoja de papel que tengo a la vista Dice así:

«*Causas que motivaron mi retiro*:

«1.° La falta de salud por dictámen de los facultativos.

«2.° El hallarse mi rejimiento en Galicia sin jefe ninguno que lo mandara, lleno de oficiales malos i enredosos, ellos i los soldados sin paga, estando los últimos sin vestuario, armamento ni montura i sin querer el Gobierno ausiliarlos por que los diputados de aquella provincia querían la destruccion del rejimiento. Un cuerpo en este estado no puede ser organizado, i es consecuencia cierta la caida i descrédito del que tiene la desgracia de mandarlo.

«3.° La noticia de la formacion de la junta de Chile i querer ser útil a mi pais i ayudarle lo que me sea posible ausiliando mi familia en el estado actual en que no está libre en ningun jénero de desgracias.

«4.° El ser los americanos aborrecidos i a cada momente incomodados por los recelos que de ellos tienen, llegando a atropellarme con arresto, embargo de papeles i otras vejaciones por creerme de intelijencia con América.

«5.° El ahorrar a mi casa los muchos gastos indispensables, el no verme a veces miserable, porque no teniendo paga en cinco meses como sucedió ultimamente, si se agrega la falta de asistencia no me quedaba ningun arbitrio, máxime faltándome el ausilio de Errázuriz a cuya jenerosidad debo el restablecimiento de mi salud, pues de lo contrario hubiera perecido.

«6.° El que si engañado en todo lo espuesto i asegurado de mis recelos, quiero volver a España, tengo en el mismo momento cierta la reincorporacion en el ejército, i con ventaja segun me ofreció el inspector jeneral la noche que me despedí de él i al tiempo de entregarme mi licencia.

«7.° I último el haber dejado mi nombre bien asegurado i a satisfaccion del gobierno i de todos mis jefes a quienes por el exacto cumplimiento de mis obligaciones he merecido su amistad, siendo aconsejado de ellos mismos i de todos mis amigos i paisanos para que diese una vuelta a mi pais, advirtiéndome todo lo antedicho sin contar con la total ruina de España, que por sabida se deja en silencio.»

La situacion de España, en efecto, parecia desesperada en esos momentos. Carrera lo creia así, i al volver a Chile traia en su cabeza mil pensamientos de revolucion e independencia. Puesto en libertad el 14 de abril, no tardó mucho en usar la licencia que se le habia concedido. El 17 del espresado mes se embarcó a bordo del navío ingles *Standart*, cuyo comandante, Sir Cárlos Helphistone Fleming, traia encargo de la rejencia de Cádiz visitar las colonias españolas del nuevo mundo i de reclamar en ellas los ausilios i donativos con que los americanos quisieran contribuir para socorrer a la madre patria en sus apuros i necesidades. Fleming, cumplido caballero i hombre bondadoso, dió jenerosamente pasaje en su navío a don José Miguel Carrera i a otros chilenos o españoles que querian pasar a América, i que en esos momentos no tenian posibilidad de hacer ese viaje. La guerra terrible en que estaba envuelta la España habia interrumpido sus comunicaciones comerciales con los pueblos de América.

A fines de mayo de 1811, el *Standart* echó su ancla en la bahia de Rio Janeiro. Don José Miguel escribió allí una larga carta a su padre en que le cuenta su viaje, le da a conocer a sus compañeros de navegacion i le suplica haga los preparativos para recibir en su casa al comandante Fleming, a fin de pagarle de algun modo las atenciones que le debia. Esa carta, característica del ilustre personaje que la escribió, tiene mucho interes para que dejemos de comunicarla a nuestros lectores, i esto a pesar de que su autor la hace preceder de esta palabra: *reservada*. Hela aquí:

Reservada

«Amado padre:

«Por mis cartas que es regular haya Ud. recibido, sabrá mi grave enfermedad de la que ya me veo convalecido, mi ascenso a sarjento mayor de húsares de Galicia, i la llegada de Valdes (1) a Cádiz, en donde tuve el gusto de abrazarle. Dije a Ud. en mi última que mui pronto salia para mi destino; pero no fué así, porque habiendo recaido de mis males, en junta de facultativos se resolvió i decidió que no debia continuar con las fatigas de la guerra; pues que habiendo llegado a decaer mi salud en estremo era mui regular que con los pri-

(1) Don Pedro Diaz de Valdes, segundo esposo de doña Javiera Carrera, i por tanto cuñado de don José Miguel. Diaz de Valdes era español de nacimiento, i tenia el título de asesor de capitan jeneral i presidente de Chile; pero molestado por el gobernador Garcia Carrasco, habia ido a España a querellarse contra él i obtener su reposicion.

meros trabajos la perdiese del todo i quedase enteramente cojo. Esto me tenia lleno de cuidados hasta que viendo el único partido que me quedaba determiné pedir licencia para retirarme a mi casa miéntras me reponia; i habiendo presentado un memorial a la rejencia apoyado por el inspector jeneral de caballería, se me concedió inmediatamente. Podia pues embarcarme cuando quisiese i determiné hacerlo en compañía de Errázuriz (2) i su mujer, de Valdes (que desengañado del estado de la nacion lo abandona todo) i del conde de Torreseca, que despues de haber perdido todos sus mayorazgos en Aragon ha obtenido el despacho de capitan de caballería a las órdenes del gobierno de Chile. Para conseguir mi embarque, me empeñé con el capitan del navío ingles de guerra nombrado *Estandarte*, de 64 cañones, en el que venimos, por que luego que hablé a dicho capitan se prestó gustosísimo para traernos a todos. Este capitan por los buenos servicios que ha hecho a la España, ha obtenido el grado de brigadier de la real marina Española, i por súplica de nuestro gobierno ha concedido el de Inglaterra el que venga a esta América para conducir en su buque los caudales pertenecientes al erario, para cuyo fin salimos de Cádiz el 17 del pasado abril i hasta este punto hemos traido una navegacion felicísima i llena de comodidades, que espero continuará hasta Valparaiso. Para decir a Ud. del modo que he querido corresponder a este señor favores tan excesivos, quiero decirle ántes la clase de sujeto que es: se llama don Cárlos Helphistone Fleming; tiene el título de honorable i es de las mejores familias de Inglaterra, en donde disfruta mucha opinion i cuantiosas rentas; trae de la actual rejencia i de las cortes las mayores recomendaciones; a pesar de lo que le ofrecí mi casa para los ocho dias que debe permanecer en Santiago. En efecto, la ha admitido, asegurándome que no se alojará en ninguna otra i estoi complacidísimo de poderle proporcionar a Ud. conocimiento con un sujeto tan recomendable por todos títulos i que nos será tan útil cuanto queramos, como lo verá Ud. por el singular aprecio que hace de mí i por sus grandes ofertas de los que no dudo un momento. Debiendo pues arribar mui pronto a Valparaiso, dirijo esta por Buenos-Aires para que si llegase ántes que nosotros se sirva Ud. mandar a Valparaiso a uno de mis hermanos para que le reciba (si Ud. fuese podría ver un navío hermosísimo i conocer el órden i grandeza con que los ingleses viven en el mar). Como Fleming, es regular, lleve en su compañía al comisario o intendente

(2) Don Rvmon Errázuriz, caballero chileno que vivia en Cádiz como comerciante.

jeneral ingles que viene comisionado por su rei i algun oficial i su capellan, será indispensable que vayan dos buenas calezas con bastantes mulas para que marchen lo mas pronto posible; que en la medianía del camino se pongan algunas carpas con una regular cena para pasar la noche, cuidando que los vinos sean los mas esquisitos que se encuentren i en abundancia, i que en casa se dispongan dos o tres cuartos lo mas decente posible i en particular el de Fleming. Para el conde, Errázuriz, Valdes, yo, mi soldado asistente, dos criados mas i uno o dos que llevará Fleming, se necesitan diez o doce caballos de silla i otras tantas mulas para los baules.

«Las adjuntas hojas dirán a Ud. todo cuanto sucede en España con tanta verdad como si Ud. lo viera, i ésto es solo un pequeño diseño, por que debiendo vernos tan pronto no quiero aventurar a la pluma mas claridades, i aun estas escusaria si no creyera que esa junta (la de Chile) debe estar advertida para esperar con prevencion otros compañeritos de viaje que necesitan todo resguardo i precaucion.

«Don José Joaquin Aguirre es uno de los judíos comerciantes de Cádiz, quien trae a bordo una pacotilla de bastante valor i viene con los grandes planes i especulaciones de todos sus indignos compañeros; es un vizcaino que ha hecho su carrera desde escribiente, i como no era nada i ha adquirido algun dinero ha tomado todo el aire suficiente para llenar una ciudad. Como sus intereses son tan distintos de los nuestros, trae mui estudiada la leccion i ensayada por el gobierno para engañar a los que nada ven, i para autorizarse trae todos los pliegos para los jefes i audiencias con grandes deseos de sacar cuanto dinero pueda i si fuera posible de ahorcar a todos los americanos.

«Aun hai mejor alhaja. D. Antonio Caspe, fiscal de la Audiencia de Buenos Aires, uno de los embarcados a la fuerza (1), llegó a España (¡ojalá se hubiese ahogado!), i solo se ha empleado en hablar cuanto mal ha podido de los americanos; pero deseoso de ver si puede de algun modo vengarse de ellos, ha conseguido a fuerza de intrigas el colocarse en la plaza de Irigoyen. Luego que le fué concedida, Perez de Castro, comisionado por el consulado de Buenos-Aires, hizo contra él una fuerte representacion para que no se le mandase a nin-

(1) Don Antonio Caspe, ex-oidor de la audiencia de Buenos Aires, habia sido remitido a España por el gobierno revolucionario instalado en aquella ciudad en mayo de 1810. En España se le nombró oidor de la audiencia de Chile, en reemplazo de Irigoyen, que acaba de obtener su retiro. Pero en Chile, el gobierno revolucionario suprimió la real audiencia en abril de 1811; i Caspe se vió forzado a seguir su viaje a Lima.

guna parte empleado hasta tanto que no se vindicase de las acusaciones que le hacia i las que aseguraba con su cabeza, pero las cortes se han hecho sordas aunque Castro queda siguiéndole la bajeta; i puede ser cierto o falso lo que se le imputa, pero lo que no tiene duda es que a lo ménos es un malísimo hombre, de ideas las mas diabólicas i contrarias a los americanos, a quienes querria ver envueltos en rios de sangre, como se deja ver en cuantas ocasiones, acalorado con la disputa, se ha olvidado de su mónita jesuita, que le viene perfectamente hasta su corte i figura; trae tambien algunas cartas i los papeles de la *Escorpion* (2) para tener esa ridícula introduccion; debia venir temeroso del recibimiento, pero está tan léjos de eso que dice que está creído que luego que llegue, debe la Audiencia mandar coches i comisionados para recibirle; en fin es un grandísimo tuno (sin quitarle ni ponerle nada) i no tendré mayor sentimiento que verle colocado en esa Audiencia. Si a Ud. le parece prevenir a Irigoyen, puede Ud. hacerlo de modo que no conozca al autor panejirista de este andaluz.»

Un temor asaltó a Carrera al escribir esta carta. Fleming era ingles i protestante: ¿cómo un súbdito del rei de España, cómo un católico por exelencia, criado en la sociedad mas intolerante que es posible concebir, iba a recibir en su casa a un anglicano, un hereje? Don José Miguel previó esta dificultad: en otra carta, de la cual desgraciadamente no conservamos mas que un fragmento, le dice lo que sigue: «El gobierno español ha dado al capitan Fleming las recomendaciones mas espresivas para todos los jefes de esta América; pero habiendole ofrecido mi casa para que descanzase los ocho dias que estará en Santiago, la ha admitido gustoso, i me ha prometido que de ningun modo irá a otra; lo que celebro infinito para que V. tenga el placer de tratar un hombre de las mas recomendables prendas, i que le hará conocer a Vd. *que tambien se encuentra la virtud entre los de esta relijion.*»

Don José Miguel Carrera llegó a Valparaiso el 25 de julio de 1811. Su padre no habia recibido las cartas que aquel le dirijió desde Rio Janeiro por la vía de Buenos Aires, i que nosotros acabamos de trascribir. Nadie lo esperaba en Valparaiso: don José Miguel no tenia tampoco medios de hacer llegar prontamente a Santiago el aviso de su arribo. Prefirió tomar un caballo i venir en persona a anunciar su llegada i a hacer los aprestos para el viaje de Fleming. Oigamos al mis-

(1) Buque mercante ingles, apresado poco ántes en nuestras costas, i cuya captura habia dado lugar a premiosas reclamaciones del gobierno ingles.

mo Carrera como cuenta estos hechos en su interesante *Diario militar*, uno de los documentos mas interesantes que nos quedan acerca de la historia de nuestra revolucion i que por desgracia, se conserva todavía inédito.

«El 25 de julio de 1811 llegué a Valpariso en el navío de S. M.B., el *Estandarte*, a las órdenes del comandante Cárlos Helphistone Fleming. Desembarqué a las oraciones de aquel dia, i me presenté al gobernador don Juan Mackenna, quien me recibió con toda urbanidad i cariño. Me llamó a su cuarto de dormir, i seguidamente me preguntó por el estado de España, i por el motivo que ocasionaba la venida de un navío de guerra ingles. Le pinté el estado de la nacion, en el lamentable en que se vió en aquella época i le persuadí de la confianza que debia tener en el comandante Fleming, que solo viene a Lima por caudales. Le manifesté al mismo tiempo que el teniente del resguardo don Juan Prieto nos habia pintado a Chile en una completa anarquía, inclinándome a creer que mi padre protejia la causa del rei, por lo que estaba espuesto a los insultos de los revolucionarios. Me aseguró todo lo contrario, comprobándomelo con todos los destinos que ocupaban mis dos hermanos en las tropas veteranas, don Juan José sarjento mayor de granaderos i don Luis capitan de la brigada de artillería de Santiago.

«En seguida le impuse de un español Aguirre que acompañaba a Flemnig, de un choque ruidoso que habia tenido a bordo conmigo i de lo perjudicial que seria en tierra él i el oidor Caspe que lo fué en Buenos Aires i venia destinado a Chile.

«A las doce de aquella noche partí para Santiago, i llegué a las once de la noche del dia siguiente en compañía de don Ramon Errázuriz, con quien vine en el mismo buque desde Cádiz. Aquella noche, despues de los primeros agazajos de mi famila, me retiré a dormir en compañía de mi hermano Juan José, quien de algun modo me impuso de la situacion de mi pais. Me dijo que llegaba en los momentos de una revolucion que se ejecutaría a las diez de la mañana del dia 28. Era dirijida a quitar algunos individuos del congreso, el comandante de artillería Reyna, i no me acuerdo que otras cosas. Los que dirijian la obra eran Rozas i Larrain, unidos a Alvarez Jonte. Me pareció que la obra encerraba mucha ambicion i proyectos perjudiciales a la causa i a mis hermanos que eran los ejecutores. Le supliqué que retardase aquel paso hasta mi vuelta de Valparaiso, a donde tenia precision de volver para que Fleming viniese a conocer la capital. Me ofreció hacerlo así, i lo cumplió a pesar que en la mañana se presentaron muchos de los convidados al efecto. Bien conocia el

congreso el paso que se fraguaba, i el presidente don Manuel Cotapos mandó seguir un sumario para la averiguacion de los cómplices. Verifiqué mi viaje a Valparaiso a los tres dias; i apesar de que llevé carruajes, i todo lo necesario para que Fleming hiciese un camino cómodo, no quiso ir a causa de las sujestiones de Aguirre que le persuadió no debia recibir obsequios de un pueblo que no reconocia a Fernando i su rejencia. En el concepto de aquel maldito godo no habia reconocimiento por que se habia castigado al traidor Figueroa..... Fleming me aconsejaba que me fuese con él a Lima, i que no me comprometiese ni tomase la menor parte en la revolucion. Yo le contestaba del modo mas prudente que podia, queriendo conservar la amistad de un hombre a quien tenia inclinacion, i a quien debía favores. Sin embargo, nada le prometí que perjudicase mi honor i patriotismo. Siguió su viaje a Lima, i quedó en que a su vuelta iria a Santiago, i que habia de resolverme a volver a España. De todo esto era sabedor Mackenna, con el que habia entablado una amistad bastante intimada.»

Cuando el comandante Fleming instaba a Carrera porque se alejase de Chile, conocia el carácter ardoroso del futuro caudillo de nuestra revolucion, apreciaba las dotes de su corazon i de su intelijencia, i creia que este pais, el mas pobre i atrazado de la América, mal preparado para ser nacion independiente, iba a comprometerse en una empresa absurda que no le traeria mas frutos que su propia ruina. Fleming lamentaba que en esa empresa descabellada i ridícula fuera a perderse un hombre que a la edad de veinte i seis años revelaba el jenio superior de los que pueden realizar grandes cosas. Carrera no oyó sus consejos: con una fuerza de voluntad verdaderamente heroica acometió el trabajo, i el 4 de setiembre de 1811 dió el golpe de mano que en unas pocas horas, i como por la obra de encantamiento, lo puso en primera fila entre los revolucionarios i le abrió el camino para dar un impulso poderoso e irresistible a la obra de la emancipacion de Chile.

DIEGO BARROS ARANA.

CRONICA LITERARIA

Desde la fundacion de esta *Revista*, habiamos pensado destinar algunas pájinas a una crónica literaria para dar a conocer ciertas obras nacionales o estranjeras que pudieran interesar a los lectores americanos.

Hoi emprendemos esta tarea. Contando con el ausilio de algunos colaboradores i sin aspirar a la crítica doctrinaria en materias de literatura, nos proponemos solo consignar ciertas noticias bibliográficas que sirvan para llamar la atencion de los aficionados sobre libros modernos poco conocidos entre nosotros, i que a nuestro juicio merecen ser leidos i estudiados.

Como se verá por la crónica que publicamos hoi, esta seccion es colectiva, es decir, es la obra de varios colaboradores. A los que ahora nos han ausiliado, i a los que quieran ausiliarnos en adelante, pedimos que nos suministren noticias cortas pero comprensivas de todos los libros nuevos concernientes a la historia, la jeografía i la literatura americana que lleguen a su noticia.

* * *

ARCHIVO BOLIVIANO

Un erudito coleccionista boliviano, don Vicente de Ballivian i Rojas, ha comenzado en este año de 1872 la publicacion de una obra que lleva por título *Archivo Boliviano, Coleccion de documentos relativos a la historia de Bolivia durante la época colonial, con un catálogo de obras impresas i de manuscritos que tratan de esa parte de la América meridional*, en 4.° Paris, libr. A. Franck. Solo conocemos de esta obra algunas pájinas del tomo I, por las

cuales se ve que el señor Ballivian se propone publicar una coleccion interesante de documentos inéditos o desconocidos sobre la historia del Alto Perú, hoi Bolivia. Ese primer tomo contendrá 1.° un diario de los sucesos del cerco de la ciudad de la Paz en 1781, con motivo del a rebelion del cacique Tupac Amaru, escrito por el brigadier don Sebastian de Segurola; 2.° los Anales de la villa Imperial de Potosí, desde su fundacion hasta el año 1702, obra tan importante como curiosa; i 3.° un catálogo de obras impresas i de manuscritos relativos al Alto Perú durante la época colonial. Los aficionados a la historia americana celebrarán la noticia de la publicacion de estos documentos.—*N.*

* * *

SANTA ROSA DE LIMA

Poema histórico por don Luis Antonio de Oviedo i Herrera, conde de la Granja, publicado en Lima en 1867. Es simplemente la reimpresion de un libro español que no carece de mérito literario i que tiene algun interes histórico. El doctor M. T. Gonzalez La Rosa, que ha dirijido esta nueva edicion, ha prestado un servicio a las letras americanas dando a conocer una obra concebida i escrita en el nuevo mundo; i aunque ha querido consignar algunas noticias biográficas acerca de su autor, no ha podido reunir mas que uno que otro dato suelto. Para llenar aquí este vacío, vamos a trascribir aquí las notas que acerca de Oviedo i Herrera guardamos en nuestros apuntes para un diccionario biográfico americano i de escritores sobre cosas de América.

Oviedo i Herrera (don Luis Antonio), conde de la Granja, militar, administrador i poeta español, nació en Madrid en 1636. Su padre don Antonio de Oviedo i Herrera, tenia el título de caballero de la órden de Santiago, i desempeñaba altas funciones en la corte. Su madre, doña Luisa Ordoñez de Rueda, era una señora principal. Don Luis Antonio Oviedo hizo sus estudios en Salamanca; pero, como el mayor número de los caballeros de su tiempo, pasó a servir en el ejército, i militó bajo las órdenes del segundo don Juan de Austria, en las provincias del norte de Francia, i en las de Flandes que todavía quedaban fieles al rei de España, batiéndose con el grado de capitan de caballos encorazados en la famosa jornada de las Dunas (1658), en que los franceses mandados por Turena destrozaron completamente al ejército español. Celebrada la paz de los Pirineos, que puso término a esta guerra en ese mismo año, Oviedo volvió a Madrid, en don-

de con el título de rejidor perpetuo de Salamanca, que habia heredado de su padre, representó a aquella ciudad con el carácter de procurador en cortes. En este rango asistió a la jura del rei Cárlos II.

Desde mui jóven tuvo particular aficion a la poesía. En 1646, con motivo de la dedicacion del templo de Santo Tomas de Madrid, compuso un romance en honor de San Jacinto, que fué publicado en el libro que se dió a luz con motivo de esta solemnidad. Diez años mas tarde se imprimió en Madrid una comedia titulada *Los sucesos de tres horas*, con el nombre de don Luis de Oviedo, que los bibliógrafos españoles atribuyen con mucho fundamento al mismo personaje de quien nos ocupamos. En varios escritos de su tiempo se ve tambien que fué el amigo i admirador de algunos de los poetas españoles mas afamados en la segunda mitad del siglo XVII.

Nombrado por Cárlos II, gobernador de la importante provincia de Potosí, en el Alto Perú, Oviedo se trasladó a América, para no volver mas a su patria natal. El rei lo condecoró poco mas tarde con el título de conde de la Granja, i en 1663 con la cruz de la órden de Santiago, i veinte años mas tarde con el empleo de miembro del consejo de las órdenes militares. Al terminarse su gobierno, se avecindó en la ciudad de Lima, donde contrajo matrimonio con doña Sinforosa Lopez de Chaburu.

En esa época la ciudad de Lima era el centro de cierto movimiento literario. El marques de Castell-dos-Rius, virei del Perú, celebraba en su palacio, por los años de 1709 i 1710, frecuentes reuniones literarias a que concurrian todos los hombres de algun saber que residian en aquella ciudad, i sobre los cuales descollaba el fecundo escritor peruano don Pedro de Peralta Barnuevo. El conde de la Granja era del número de los concurrentes a la tertulia literaria del virei. Representábanse comedias, i se leian poesías escritas por los tertulianos. En estas obras, muchas de las cuales han llegado hasta nosotros, dominaba el gusto conceptuoso, que junto con el culteranismo habian producido la decadencia de la poesía castellana en el siglo XVII. Los conceptistas hacian profesion de abandonar lo natural por la afectacion; buscaban los pensamientos sutiles, las elegancias refinadas, las metáforas ambiciosas, las hipérboles estravagantes, los retruécanos i juegos de palabras i las espresiones brillantes i sonoras. Sus formas métricas eran los acrósticos, los versos hispano-latinos, las rimas forzadas; i los asuntos que cantaban eran jeneralmente galanterías rebosando afectacion o elojios bombásticos i altisonantes de algun grande de su siglo o de algun personaje de la antigüedad. En esta escuela i en medio de estas estravagancias, dice un crítico espa-

ñol (don Leopoldo Augusto de Cueto) asoma a menudo la fantasía viva i fecunda de aquellos injenios estraviados.

Esto es lo que aparece en las obras poéticas del conde de la Granja. La mas estensa de todas es el poema titulado *Vida de Santa Rosa de Santa María, natural de Lima i Patrona del Perú*, en doce cantos, impreso en Madrid en 1711, en un volúmen en 4.° i reimpreso en Lima en 1867. En medio de los vicios de hinchazon, de los pensamientos falsos o sutiles, del propósito de encerrar muchos conceptos en cada verso, de las metáforas contínuas i estravagantes, de algunos retruécanos de mal gusto i de los demas defectos en que habia incurrido la poesía castellana de esa época, el poema de Oviedo deja ver un injenio fecundo i fácil. Son notables entre otros pasajes, la descripcion de la ciudad de Lima, la del volcan Pichincha i sus erupciones, el cuadro de las guerras civiles de los conquistadores del Perú, las correrías en el mar Pacífico de los corsarios ingleses i holandeses Drake, los dos Hawkins, i Spilberg (a quienes llama Draque, Aquines i Espilberghen), así como la resistencia que les opusieron los pobladores del Perú. Oviedo ha hecho entrar en su poema por via de episodios, todos estos sucesos, estraños a su asunto, así como su contemporáneo Peralta, que publicó en 1732 su poema *Lima fundada*, hizo entrar en él noticias que natural i lójicamente no podian hallar cabida en él, i que sin embargo son mui útiles para los historiadores i eruditos. No se vaya a creer por esto que los episodios del poema de Oviedo tengan una grande importancia histórica: los hechos estan recordados de paso, pero no referidos. Solo los biógrafos de Santa Rosa podrán encontrar allí algunos incidentes que recojer.

Oviedo es autor de otro ensayo poético, el *Poema sacro de la pasion de N. S. Jesucristo*, en romance castellano, dividido en siete estaciones, e impreso en Lima en 1717, en un vol. en 4.° Parece que el conde de la Granja quiso hacer publicar este poema en España; pero que habiéndose estraviado la copia que enviaba con este objeto, se resolvió a darlo a luz en Lima por el borrador que habia dejado en su poder. Esta obra, que su autor no alcanzó a ver enteramente publicada, es la mejor que salió de su pluma, no porque en ella no se encuentren los defectos de su época, ni porque haya dado mas lugar al sentimiento que a la sutileza, sino porque esta misma afectacion es menor que en sus otros escritos.

Hemos dicho que el conde de la Granja no alcanzó a ver publicada toda esta obra. En efecto, falleció en Lima a la edad de ochenta i un años, el 17 de julio de 1717. Dejó dos hijos, un hombre i una mujer; pero ninguno de estos tuvo descendencia, de tal manera que el

condado de la Granja desapareció en manos de su tercer poseedor.

Acerca de don Luis Antonio de Oviedo i Herrera se encuentran noticias en Alvarez i Baena, *Hijos ilustres de Madrid*, tomo 3, páj. 426; en Barrera i Leirado, *Catálogo bibliográfico i biográfico del teatro antiguo español*, paj. 290; i en don Leopoldo Augusto de Cueto, *Bosquejo histórico crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII* (cap. III) colocado como introduccion del tomo 61 de la *Biblioteca* de autores *españoles* publicada por don Manuel Rivadeneira.—*D. B. A.*

* * *

ATLAS DE JEOGRAFÍA UNIVERSAL POR

Francisco Brachet, Paris, 1872. Entre los numerosos libros que cada dia publica la prensa de Europa i de los Estados Unidos para la propagacion de las nociones de jeografía, merece llamar preferentemente la atencion el que acaba de dar a luz M. Brachet. Como ejecucion artística, como conjunto de noticias i como exactitud en los datos no puede compararse en manera alguna con los grandes atlas de Johnston de Garnier o de Kieppert; pero el de M. Brachet tiene un mérito particular para nosotros. Es el único atlas en que se haya dado toda su importancia a la jeografía americana. Se le han destinado diez i siete cartas especiales, en las cuales se encuentra un acopio de pormenores jeográficos que seria imposible hallar en otra coleccion análoga. Debemos advertir, sin embargo, que no todas las cartas son de un mérito igual, i que miéntras algunas de ellas revelan un conocimiento verdadero de la jeografía americana i una buena eleccion de los materiales, hai otras mui imperfectas i descuidadas. Entre estas, la peor de todas es la de Chile, que sin embargo es el pais hispano americano cuya jeografía haya sido mejor estudiada. Es mediocre tambien la carta del Ecuador; pero las de las Antillas, de Venezuela, de la América central, las dos del Brasil, las del Paraguay i del Uruguay son bastante buenas.

* * *

HISTOIRE DE L'INTERVENTION FRANÇAISE EN MEXIQUE

Par E. Lefevre. Paris, 1870, 2 vol. en 8.° Entre todos los libros que la prensa francesa ha publicado sobre la historia de Méjico desde 1861 hasta 1867, es decir sobre la intervencion i el imperio de Maximiliano, éste llama particularmente la atencion. El autor, frances de nacimiento i establecido en Méjico donde ha servido la redaccion de un periódico

frances, ha escrito este libro no solo como testigo de una gran parte de los sucesos que refiere, sino teniendo a la vista una enorme cantidad de documentos, i estando autorizado para darlos a luz. M. Lefevre es enemigo franco i resuelto de la intervencion francesa, obtuvo permiso del presidente Juarez para compulsar en los archivos nacionales los documentos del tiempo del efímero reinado de Maximiliano, i ha sacado de ellos las piezas mas interesantes, que ha dado a luz en su libro. Forma éste una historia de esos siete años de la historia de Méjico, escrita con pasion contra el órden de cosas creado por la intervencion estranjera, pero mui digna de ser conocida i estudiada. El autor casi no ha hecho mas que encadenar los documentos, apreciando los hechos o esplicando las piezas que publica; son éstas en realidad lo que constituye el mérito de esta obra interesante.—*A.*

* * *

Relacion de Todo lo sucedido en la provincia del Perú desde que Blasco Nuñez Vela fué enviado por su S. M. a ser virrei della.

Esta relacion anónima ha sido publicada en Lima el año 1870 en un volúmen de 203 pájinas en 4.° Refiere con toda detencion las guerras civiles de los conquistadores del Perú desde el arribo de Blasco Nuñez Vela, hasta el restablecimiento del órden bajo el gobierno del presidente La Gasca; i contiene muchas noticias que no conocieron los historiadores mas dilijentes i laboriosos que han contado la conquista del Perú. El autor de esta relacion, desconocido para nosotros, fué sin duda testigo i actor de los sucesos que refiere. El manuscrito de esta obra fué obsequiado a la biblioteca nacional de Lima por Mr. Squiere, diplomático norte-americano, mui conocido por su aficion al estudio de la jeografía i de la historia del nuevo mundo i por la publicacion de algunas obras sobre la América central. El gobierno peruano dispuso su publicacion, prestando así un señalado servicio a la historia americana.—*B.*

* * *

Límites entre Bolivia i la República Arjentina

Tal es el asunto de que se ocupan tres folletos mui interesantes, que han aparecido casi simultáneamente en Cochabamba, La Paz i Buenos Aires para sostener la causa de Bolivia en el debate a que ha dado lugar la reciente ocupacion del Chaco por fuerzas arjentinas. El primero es obra del señor don Miguel María de Aguirre, célebre i antiguo

estadista boliviano. El actual redactor de la *Reforma*, diario de la Paz, don Trifon Medinaceli, ha publicado el segundo. El mas interesante de todos es el del señor don Agustin Matienzo, abogado boliviano residente en Buenos Aires, en el cual se hace valer una copia de datos i citaciones importantes, en defensa del derecho de Bolivia a la soberanía e imperio de las vastas i ricas rejiones en litijio. Es de aplaudir la templanza con que estos opúsculos discuten un asunto que hoi la diplomacia del Plata i del Brasil han llevado a un terreno enojoso i lleno de peligros.—*O.*

VENECIA

(CONCLUSION)

—Nunca, dijo Venecia con enerjía. Ud. no conoce a mi madre. ¿Era ella indiferente i fria cuando visitaba todos las noches su retrato? Era ella indiferente, i fria cuando lloraba leyendo sus poemas, cuando cubria de flores i de lágrimas su lecho nupcial, el triste lecho a que debo mi existencia miserable. Oh! nó, padre mio! Triste fué la hora de la separacion para los dos; ella habrá apagado el brillo de sus ojos i encanecidos sus dorados bucles, pero hai una víctima de esa hora sombría, en que Uds. piensan poco i que sin embargo sufre mas que Uds. es ese ser desgraciado a quien llaman su hija.

—Annabel! esclamó Herbert, aún podemos ser felices!

Las palabras de Venecia descubrieron a su madre los profundidades de un abismo en que nunca habia pensado. El tormento que desgarraba el corazon de la hija hizo temblar las entrañas de la madre. Por otra parte cuando miraba a Herbert i veía marchito aquel semblante que irradiaba en otro tiempo las fuerzas de la vida; apagado el brillo de esos ojos cuya fascinacion era en otro tiempo irresistible; cuando lo oía hablar de aquel destino que pesaba fatalmente sobre su alma, Lady Annabel no pudo resistir.

Sus manos se estrecharon i el sentimiento brilló en sus ojos que anegaba el llanto.

De repente la puerta se abrió. Una mujer entró en el aposento. Su estatura era elegante; soberana i voluptuosa su belleza. Llevaba un traje de seda veneciana; sus ojos negros chispeaban como el fuego.

—¿Quiénes son estas? preguntó con voz entera.

Todo vaciló.

Herbert se hizo a un lado con la espresion de la rabia comprimida. Venecia quedó perpleja. Lady Annabel miró a su rededor i reconoció la misma cara que habia admirado en el retrato de Arqua.

—¿I quienes son estas? volvió de nuevo a preguntar avanzando la que entraba.

—Salgamos Venecia, dijo Lady Annabel con tranquila nobleza. Dejadme siquiera, salvar a mi hija de esta profanacion!

XXIV

¡Qué hermosas son las noches en Venecia! La música i la luna reinan soberanas, el cielo resplandeciente se refleja en las aguas i las góndolas cruzan con ruidos suaves. Por todos lados los palacios i los templos se levantan en medio dè las olas, con sus grandes sombras i sus formas solemnes. El pueblo se ajita en las plazas i en los muelles; las embarcaciones lijeras van por aquí i por allá. No hai un sonido que no sea gracioso—el ruido de la guitarra, el canto de las serenatas i el coro de los gondoleros. De cuando en cuando se oye una risa, lijera, alegre i todavía musical.

La plaza de San Marcos, en el período de nuestra historia, era la mas notable de Europa. No habia ningun paseo mas distinguido por el brillo, el lujo i la alegría.

Entre la multitud alegre i bulliciosa que habia en ella, cuando la presentamos al lector, un hombre estaba solo. Envuelto en su capa, apoyado en una columna del pórtico de San Marcos, reflejaba en su semblante una espresion de pena i de angustia que contrastaba con la alegría i el movimiento de la escena. ¿Habia sido desgraciado en amores o habia perdido al juego? A la mujer o al oro debian atribuirse esa anciedad i ese dolor. Porque indudablemente todas las desgracias del hombre pueden atribuirse a la una o a la otra de estas causas. La falta de amor o la falta de dinero está en el fondo de todos nuestros sufrimientos.

El estranjero caminó hácia el muelle. Un gondolero lo saludó; él entró en su bote.

—A donde? preguntó el gondolero

—Al gran Canal.

Pronto llegaron ahí.

—Ahora, frente al palacio de Manfrini, añadió el estranjero i se calló.

Claramente se podia reconocer en el balcon las formas de una mu-

jer inclinada sobre la forma de una jóven. Una hora pasó. La góndola no se movia; el estranjero silencioso miraba fijamente el balcon del palacio, una sirviente, corrió las cortinas. El estranjero suspiró i dió con la mano al gondolero la órden de partir.

La mujer que miraba el estranjero era Lady Annabel i la jóven que estaba a su lado era Venecia. Huyendo de la penosa impresion que el encuentro de Herbert les dejara fueron a buscar la tranquilidad i la vida en las poéticas riberas del Adriático, en esa Venecia que estaba llena para la madre de recuerdos queridos i con que tantos habia soñado la hija.

Allí vivian lejos de la sociedad i en un completo aislamiento. Por mas esfucrzos que hiciera la madre no podia vencer el deseo que tenia su hija de no salir jamás de su palacio.

Por fin Venecia no pudo resistirse a las súplicas constantes de su madre i subiendo a una góndola se dejó llevar a la *Laguna*, donde habia un convento i, lo que es mas raro en Venecia, un jardin. Se sentaron a la sombra de los árboles i miéntras miraban por un lado la ciudad distante i por el otro las aguas tranquilas i brillantes del Adriático, un monje se acercó.

—¡Bendito sea San Lázaro! dijo el santo sacerdote. ¡Que la paz que reina dentro de sus murallas, llene vuestros corazones!

I despues de un momento de silencio añadió dirijiéndose a Lady Annabel:—Esto es para Ud., lady.

Lady Annabel recibió el papel que el monje le entregaba creyendo que seria algun memorial del convento en que imploraba su piedad.

El monje se alejó. Lady Annabel miró entónces el sobre del papel i tembló al reconocer en esos caractéres la letra de su marido. Se puso de pié inmediatamente. Se dominó a sí misma lo bastante como para poder pedir a Venecia con voz tranquila que le aguardase un momento. Apénas se hubo separado del lado de su hija rompió el sello i leyó:

«No tiemble Annabel, al reconocer la letra. Es la de un hombre cuya sola aspiracion es contribuir a la felicidad de Ud i aunque el cumplimiento de tan íntimo deseo le pueda ser negado, no se dirá jamas, ni aun por Ud. que su conducta de ahora le será desfavorable. Estoi en Venecia con peligro de mi vida, circunstancia de que solo hablo porque las dificultades de mi posicion son la causa principal de que Ud. no haya recibido esta carta inmediatamente despues de nuestro encuentro. He mirado muchas veces durante la noche su palacio i he visto la sombra de mi mujer i de nuestra hija; pero si Ud. se opone a

que continúe haciéndolo le bastará en una sola palabra i dejaré a Venecia para siempre i no será por mi culpa si Ud es incomodada una sola vez mas con el recuerdo del desgraciado Herbet.

Pero ántes de partir, quiero hacer un llamado si no a su justicia a su piedad a lo ménos. Despues de una separacion fatal nos hemos vuelto a ver. Ud. no me ha mirado con odio. Mi mano ha oprimido la suya; por un momento he acariciado la esperanza imposible de que este espíritu fatigado i gastado pudiera al fin ser bendecido. Con angustia recuerdo el incidente que puso fin a aquella vision encantadora. Me bastará jurarle solemnemente que no habian pasado veinte i cuatro horas cuando ya aquellos lazos habian sido rotos para siempre! Se desvanecieron instantáneamente delante de mi mujer i de mi hija. Decida Ud. lo que quiera no podrán ya renovare; la disolucion eterna de esos lazos era el homenaje inevitable a su pureza.

Sean cuales fueren mis errores, o mis crímenes, porque yo no trato de justificar ni un solo acto de mi vida—me humillo ahora delante de Ud. i solo pido compasion. Sean cuales fueren los estravíos de mi vida ¡ah Annabel, con la infinita bondad de su alma no me los ha perdonado Ud? Ud. es una mujer Annabel, con un cerebro tan claro como su corazon es puro. Júzgueme con calma. ¿No habia circunstancias en mi vida que atenúan la falta de esa deplorable union? Yo no quiero investigarlas, ni siquiera apuntarlas, pero seguramente Annabel, cuando me arrodillo delante de Ud. lleno de un arrepentimiento profundo i de un largo remordimiento, si Ud. pudo perdonar mi pasado, no es ese incidente por mortificante que sea para Vd, por desgraciado que sea para mí, capaz de oponerse como una barrera invencible para todas mis esperanzas.

En otro tiempo Ud me amó, no le pido ahora que me ame. No hai en mi nada ahora que pueda conmover el corazon de la mujer. Estoi viejo ántes de tiempo i encorbado bajo el peso de la accion i el pensamiento, de los sufrimientos morales i físicos. La alegría se ha ido para siemppe de mi espiritu mis pasiones han muerto como mis esperanzas. En otro tiempo todo era diverso: Ud. puede recordar otro retrato de aquel Marmion a quien Ud sonreia i de quien Ud. fué el primer amor. Oh! Annabel, viejo, débil, gastado, arrepentido, déjeme ir a su lado i morir! No pido mas; ni siquiera me atrevo a contar con su piedad; pero soporte mi presencia; deje que su techo cubra mis últimos dias.»

Leyó la carta la volvió a leer i se quedó mirando fijamente el agua, en la actitud de la reflexion.

La voz de Venecia vino a despertarla.

— Madre, dijo la jóven, Ud. está turbada i nosotras solo tenemo una causa de turbacion. Esa carta es de mi padre.

Lady Annabel le dió la carta en silencio.

Venecia se alejó unos cuantos pasos. Comprendió que se acercaba a una crísis de su vida, que necesitaba toda la enerjía de su carácter. Antes de dirijirse a Lady Annabel habia concentrado las fuerzas de su voluntad. Ahora tenia esa carta entre sus manos i no se atrevia a leerla. El aliento le faltaba, no podia resolverse a leer aquellas líneas de que acaso dependia su vida. De improviso dejó caer sobre ellas la vista con una rapidez inmensa. La sangre volvió a sus mejillas, su ojo brilló con el sentimiento, i avanzando hácia Lady Annabel:— Madre, esclamó, Ud. concederá lo que le piden!

Lady Annabel mirando las olas distraida continuaba en silencio.

—Madre! volvió a decir Venecia ¿Ud. vacila? Yo le imploro por todo el amor que me tiene, que le conceda su súplica. Oh! madre, he querido siempre someterme a todos sus deseos, he trabajado por hacer que sean leyes para mí. La memoria, le recordará a Ud. que cuando me pidió que le sacrificara los afectos mas dulces para mi corazon no vacilé en hacerlo. Ahora por qué vacila Ud. en traer la alegría i el consuelo a nuestra vida llena de angustia. Oh! nó, Ud. no vacila Ud. no puede vacilar. Ud. no lo haría si lo supiera todo, si supiera todos los sufrimientos de mi vida, estaria contenta, estaria encantada, miraría ésto como una intervencion de la providencia en favor de su desgraciada Venecia.

—¡Qué mala estrella guió nuestros pasos hácia Italia! esclamó Lady Annabel con un tono solemne.

—No madre mia, no ha sido una mala estrella. Venimos aquí para ser felices i por fin la felicidad nos llega. No ha sido la fortuna, ha sido la providencia, ha sido Dios quien le ha vuelto mi padre purificado i arrepentido. I Ud. va a abandonarlo? No, Ud. no lo hará por él, por Ud. misma i por mí.

Lady Annabel volvió a guardar silencio.

—Venecia, le dijo por fin, no voi a hablarle bajo la influencia de este momento. Mis palabras han sido pesadas desde hace mucho tiempo en mi pensamiento. Digo sin pasion lo que creo que es cierto. Estoi persuadida de que la presencia de su padre es necesaria para su felicidad, mas aun, para su vida. Reconozco la misteriosa influencia que ejerce sobre Ud. Veo que es imposible luchar contra un poder ante el cual tengo que abatirme. Sea feliz hija mia, vuele hácia su padre i sea para con él tan cariñosa como lo ha sido para conmigo.

—Entónces madre mia, Ud. no me ha comprendido. Creia que a lo ménos mis sentimientos para con Ud. eran bien apreciados.

—El sueño de mi vida, dijo Lady Annabel, en un tono de angustia infinita, ha sido que Ud. no conociera la desgracia. Solo ha sido un sueño!

Hubo un silencio de algunos minutos.

—Venecia, por fin dijo su madre ¿porqué está Ud. en silencio?

—Madre, no tengo mas que decir. Mi deber es seguirla.

—¿I su inclinacion?

—He dejado de tener deseos sobre nada.

—Venecia, dijo Lady Annabel con un gran esfuerzo, yo soi desgraciada!

Esta franca confesion de sus sufrimientos hecha por un espíritu tan fuerte como el de su madre hizo temblar a Venecia.

—Háble me hija mia, aconséjeme, mi espíritu vacila, la angustia lo ha debilitado. Háble me por Dios. Hable Venecia ¿Qué haré?

—Madre, solo le diré que la amo.

—Allá veo al padre, vamos, hija mia, vamos a hablarle.

Diciendo estas palabras la madre i la hija se acercaron en silencio al monje.

—Padre! dijo Lady Annabel en un tono de firmeza ¿conoce Ud. al autor de esta carta?

—Es un viejo amigo, contestó el Armenio, lo conocí en América i le debo mi vida i quizás mas que mi vida

—¿Está en Venecia?

—Dentro de esas murallas, contestó el monje señalando el convento.

—¿Podré hablar con él?

—Ud. podrá verlo ahora. Está en la sacristía.

—Venecia, díjo temblando Lady Annabel a su hija, aguárdeme en el jardin i.....pida a Dios por mí!

Lady Annabel i el monje se alejaron.

Una hora despues el monje volvió i llamando a Venecia la condujo al travez del templo silencioso i los antiguos corredores a un salon en cuyo fondo veia a su madre reclinada sobre una banca i a su padre arrodillado a sus piés. Venecia se aproximó i sin saber como se encontró en los brazos de ámbos.

XXV

Era el mes de mayo, el hermoso mes de mayo. Marmion Herbert salia de la villa Malaspina i arrojándose sobre el césped se entregaba

a la lectura de Platon. No se movió durante una hora, hasta que llegaron las sirvientes trayéndole sillas i una mesa. Lady Annabel i Venecia venian hácia él. Marmion salió a su encuentro i dió el brazo a su mujer.

—La primavera en los Apeninos, mi Annabel, dijo Herbert, es una feliz combinacion. Cada dia me gusta mas esta residencia. La situacion es tan encantadora, el aire tan suave i tan puro, el lugar tan tranquilo la estacion tan deliciosa que realiza todo mis sueños de aislamiento. En cuanto a Ud nunca la he visto mejor i por lo que toca a Venecia, apénas puedo creer que ésta rosada ninfa pueda ser esa hija pálida, que mirábamos con tanta ansiedad.

—Todavía no está pronto el almuerzo. Vamos entretanto a ver el mar dijo Lady Annabel. Deme su libro para llevárselo.

—Dejemos descansar el filosófo, le contestó Herbert arrojando sobre el cesped su volúmen. Platon soñaba lo que yo he alcanzado.

—¿Qué soñaba Platon, papá? preguntó Venecia.

—Soñaba con el amor hija mia

Llegaron a la altura desde donde el mar se descubria.

—Una vela en el horizonte, dijo Herbert.

—Siento la brisa del mar, madre. ¿Esto no le recuerda a Ud. Weymouth?

—Ah, Marmion, dijo Lady Annabel, yo quisiera que Ud. viera a Masham. Es el único amigo que siento no poder ver.

—El prospera, Annabel, que ese sea nuestro consuelo.

I así charlando en las riberas del mar o recostados sobre el cesped entre las flores del valle; leyendo en voz alta Marmion alguno de sus libros favoritos, cuya lectura interrumpia para hacer alguna observacion profunda o chistosa, miéntras Lady Annabel i Venecia bordaban sobre el telar o se entregaban a las ocupaciones de su sexo, habia pasado medio año desde que los vimos reunirse en el convento veneciano.

—Parece ingles ese brig decia Herbert mirando el buque que poco ántes era difícil alcanzar a divisar i que ahora se acercaba rápidamente hácia la orilla.

La proyeccion de la costa les impedia ver el bote que llegaba a tierra, los Herbert guiados por la curiosidad bajaron la colina para acercarse a la playa.

Cuando llegaron dos caballeros salieron del bote. Lady Annabel i Venecia simultáneamente se sorprendieron al reconocer a Lord Cadurcis i su primo. Estaban tan cerca que ni unos ni otros tenian tiempo para prepararse. Venecia encontró su mano entre las de Plantagenet cuando Lady Annabel saludaba a Jorje. Infinitas fueron sus preguntas

i felicitaciones pero sucedió de tal modo que no se mencionó ningun nombre. Era evidente para Herbert que los recien llegados eran íntimos amigos de su familia i éstos por su parte se preguntaban quien seria aquel hombre a quien Venecia i su madre trataban con tanto cariño.

Durante un largo rato se prolongó aquella situacion singular hasta que Lady Annabel dijo:—Lord Cadurcis, permítame presentarle a Mr. Herbert, mi marido.

—Buen Dios! esclamó Cadurcis, por fin tengo la fortuna de ver a quien tanto tiempo he admirado.

—Lord Cadurcis! esclamó Herbert sorprendido. ¿Es Ud. Lord Cadurcis? Feliz encuentro!

Talvez era el único hombre a quien Herbert deseaba conocer.

Habia leído sus obras con un vivo interés, su fama i su jenio le llamaban la atencion, pero lo que en este momento lo sorprendia sobre todo, era la circunstancia estraordinaria de que nunca a su mujer ni a su hija se hubiera escapado el nombre de su aplaudido compatriota a pesar de la intimidad que le manifestaban.

—¿De dónde viene Ud. Lord Cadurcis? preguntó Herbert.

—De Nápoles, que fué el último punto que tocamos, pero he residido últimamente en Aténas.

—Lo envidio dijo Herbert.

—Seria una bella residencia para Uds. En cierto modo Ud. ha sido mi compañero, porque un volúmen de sus poemas estaba entre mis pocos libros.

Mr. Herbert i Cadurcis sostuvieron la conversacion. Venecia iba en silencio al lado de su antiguo compañero, una vez sus ojos encontraron los de Cadurcis, su espresion de asombro fué irresistible. Lady Annabel acompañaba al Capitan. Así marcharon hasta llegar a una garganta del terreno en que solo era posible ir de a uno en uno. Cadurcis era el último i ántes de él iba Venecia. Carducis arrancó una rama de laurel i se la pasó a su amiga. Ella se volvió sonriendo.

—Dígame Venecia, le preguntó el Lord ¿qué significa todo esto?

—Significa que todos somos mui felices. ¿no vé a mi padre?

—Sí i tengo mucho gusto de verlo; pero su compañía era lo último que aguardaba encontrar aquí.

—Es una historia mui larga para que se la cuente ahora. Vd. deberia imajinársela.

—¿Pero tiene Ud. gusto de verme?

—Mucho.

—Creo que ya no le importo nada.

—Malvado Lord Cadurcis! dijo ella riendo.

—Si Ud. me llama Lord Cadurcis me vuelvo al brig i salgo esta noche para Aténas.

—Pues bien, malvado Plantagenet!

El se rió i los dos subieron corriendo la garganta.

XXVI

—No me sorprendo que hayan pasado su tiempo deliciosamente aquí, dijo Lord Cadurcis a Lady Annabel cuando entraron a la *villa*, porque nunca he visto un retiro mas delicioso. Vale mas aún que su quinta del lago, de que Jorje me hizo una descripcion tan pomposa. Tuve intenciones de ir a verla allá. ¿No me habria recibido Ud. bien?

—Me gusta mas que nos hayamos encontrado aquí.

—Lo mismo a mí.

—¿Ud. ha viajado mucho desde que nos vimos la última vez?

—Mucho, pero mis dias de ajitacion han pasado, nada quiero ahora tanto como pasar mi vida en medio de las montañas como Uds. lo hacen.

—Esta vida agrada a Herbert. Le gusta el aislamiento i Ud sabe que yo tambien estoi acostumbrado a él

—Ah! sí. Cuando estaba en Grecia recordaba siempre su querido retiro de Cherbury.

—Debemos olvidar a Cherbury, dijo tristemente Lady Annabel

—Yo no lo puedo hacer. No puedo olvidar a la que acarició mi melancólica juventud. Querida Lady Annabel, añadió con una voz conmovida tomando sus manos, olvide mis locuras i recuerde solamente que fuí su hijo, en otro tiempo tan sumiso como Ud. era afectuosa. Lady Annabel no sin ajitacion le entregó sus manos que él oprimió contra sus labios.—Ahora soi feliz otra vez, dijo Cadurcis; ahora todos somos felices. Luego todos se reunieron en el salon i continuó la noche en medio de una charla vivaz i entretenida en que la risa provocada por las picantes narraciones de Cadurcis asomaba a cada instante en los lábios de todos sus oyentes.

Se separaron entrada ya la noche.

Al otro dia Lady Annabel i Venecia saliendo de casa se encaminaron hácia el prado en que de ordinario las aguardaba Marmion para almorzar. No estaba allí.

—¿No encontró Ud. mui agradable a Plantagenet anoche? preguntó Venecia ¿No está Ud. contenta, mi querida mamá, de volverlo a ver?

—Ahora sienpre estoi feliz!

—Jorje me contaba anoche toda su vida. Ahora mas que nunca quiere a Plantagenet. Dice que es imposible tener siempre una conducta mas noble i jenerosa que la de Cadurcis. Cuando estaba solo en Aténas no hacia mas que escribir i dice que sus obras antiguas nada valen en conparacion de las que ahora ha escrito.

—Es mui insinuante, añadió Lady Annabel.

—Me parece que será un delicioso compañero para mi papá. Estoi segura que él ya lo quiere mucho, i me gustaria mucho se quedase porque mi querido papá necesita alguna distraccion ademas de nuestra pobre sociedad.

En ese momento Herbet dando el brazo a Cadurcis i conversando con mucho interés al parecer, se presentaron a la distancia.

Insensiblemente Cadurcis separó a Venecia de los demas compañeros i bajo pretesto de mostrale una vista se acercaron a la orilla del riachuelo.

—Venecia, le dijo por fin, su padre i yo nos hemos confiado todos nuestros sentimientos esta mañana Creo que ahora nos conocemos como dos viejos compañeros.

—Yo me imajinaba que los dos se entenderian mui bien. Así se lo decia a mi mamá esta mañana.

—Venecia todo esto es mui estraño ¿no es cierto?

—Mui estraño, casi me parece imposible.

—Es milagroso pero no imposible, Venecia! Un ánjel intervino i operó el milagro. Lo sé todo. Qué destino tan singular ha sido el nuestro! Como nos ha llevado del uno al otro estremo haciéndonos sentir felicidades del cielo o tormentos indescriptibles.

Cadurcis guardó un momento de silencio.

—Ayer le decia, que yo haria todo lo que Ud. quisiera a condicion de que Ud. hiciera una solo vez lo que yo quiero.

—Bueno, dijo Venecia.

—Hace mucho tiempo Ud. me dijo que no se casaria conmigo sin el consentimiento de su padre i despues Ud. añadió a las condiciones el consentimiento de su madre. Ahora los dos están aquí. Arrojémonos a sus piés i pidámoles su bendicion.

-Oh! mi querido Plantagenet, me parece que será mejor para mí que no me case. Ahora somos felices quedemos así. Ud. puede vivir aquí i yo puedo ser su hermana. ¿No bastará eso?

—Nó, Venecia.

—Querido Plantagenet, si Ud. supiera cuanto he sufrido !Querido Plantagenet!

—Lo sé, lo sé todo, dijo Cadurcis. Ahora escúcheme.

Yo la amé cuando era un niño, desconocido para el mundo i para mí mismo; la amé cuando ya jóven la esperiencia me habia enseñado a conocer el carácter de las mujeres; la amé siendo hombre Venecia, siempre la he amado. Ud es el único ser que ejerce sobre mí alguna influencia i esa influencia es irresistible, eterna. Nace de una profunda i misteriosa simpatía de nuestra sangre que yo no puedo penetrar. No puede ni ser aumentada ni disminuida por el tiempo. Es enteramente independiente de sus actos. Desde que la he visto soi suyo i le juro que no he conocido mas amor que el suyo. Ud. ha nacido para ser mi esposa. Unase a mí, dirija mi destino, i mi carrera será tranquila i majestuosa como la del sol de ayer. Pero si Ud. me rechaza entregaré todas mis fuerzas a los dioses infernales; derramaré mi lava sobre la tierra hasta que todo lo que quede de mi naturaleza exhausta sea una roca sombría rodeada por la desesperacion mas amarga.

—Plantagenet, tenga calma.

—Estoi en una calma completa, Venecia. Ud. me hablaba de sus sufrimientos. ¿Qué los ha ocasionado? Una lucha con la naturaleza. La naturaleza ha triunfado i Ud. es feliz. ¿Qué necesidad habia de que tantas desgracias cayeran sobre su familia? Por qué está su padre en el destierro? ¿No cree Ud. que si su madre hubiera querido ejercer su influencia habria podido prevenir la parte mas fatal de su carrera? Pero yo no me permitiré ni un solo reproche para su madre. Ella ha recibido mis palabras de reconciliacion con mas que cordialidad. Ella es su madre Venecia, i en un tiempo fué la mia. De veras yo la quiero. No podria ser ingrato para con ella, no podria tratarla con dureza. Me duele cuando me veo tratada por ella como lo hizo el último año en Lóndres, pero una sonrisa, una palabra amable i yo recuerdo todo su amor materno i todo lo que le debo. Anoche cuando la veía amable la hubiera besado.

La pobre Venecia no pudo responder, las lágrimas anegaban sus ojos.

Yo se lo he dicho todo a su padre, mi querida Vencia, añadió Cadurcis, no le he ocultado nada.

—I ¿qué dijo? él?

—Despues de todo lo que ha pasado no intentará oponerse a su destino. I tiene razon. Quizás su intervencion en favor mio me seria injuriosa. No hai porque desesperar; todo lo que yo queria era hablar con Ud i estar seguro de que Ud. me ama ahora como me amaba en otro tiempo. No seré impaciente. Haré todo lo posible por agradar a Lady Annabel. Ud. verá como voi a conducirme. Ahora mi

querida, queridísima Venecia, seque sus ojos. Volvamos donde están los demas con una sonrisa. Dirémos que hemos estado buscando violetas ¿Se acuerda Ud. de nustras violetas Venecia? ¿Sabe Ud. Venecia que siempre me parece que los seres humanos son semejante a un objeto de la creacion? I Ud. siempre me recuerda una violeta, tan suave, tan dulce i delicada.

XXVI

En el dia Lady Annabel le suplicó a Lord Cadurcis i a su primo que se vinieran a vivir a su villa.

Aparte del placer que tal invitacion le despertaba, Cadurcis se sentia doblemente alhagado por ser Lady Annabel quien lo hacia.

Deseosa de agradar a su marido i a su hija ella habia resuelto espontáneamente aquella invitacion recompensada por la alegría con que fué recibida en todo el círculo

Pasaron algunas semanas ántes que Lady Annabel se atreviera a pensar en la posibilidad siquiera de una union entre Lord Cadurcis i su hija. El cambio operado en su posicion i sus propios sentimientos habia removido las antiguas barreras. Ya no miraba las peculiaridades del caracter de Cadurcis como una objeccion inseperable, porque ella misma se sentia feliz con Herbert que participaba de esas mismas orijinalidades.

Deseosa por otra parte como todas las madres de ver a su hija convenientemente casada, Lady Annabel no podia disimulase las grandes dificultades que se presentaban ahora que, por vivir con su marido, tenia que renunciar para siempre a su pais natal. En cuanto a que su hija se casara con un estranjero le parecia insoportable.

Ademas, Lord Cadurcis por su rango, su nacimiento i su posicion lisonjeaba las ideas de Lady Annabel i era quizás el único ingles cuyo matrimonio no la privaria de la sociedad de su hija.

Ella veia la íntima amistad que unia a Cadurcis con su marido. Eran compañeros inseparables. Los celos no habian tenido jamas cabida en el espíritu elevado de Herbert que habia llegado hasta ser sensible para la emulacion. Hablaba de Cadurcis como pensaba— con la mayor admiracin, como de un hombre sin rival i en cuyo poder estaba alcanzar una gloria imperecedera. Le gustaba derramar con mano pródiga sobre aquel espíritu que veía desarrollarse, los tesoros de sus lecturas, su gusto i sus meditaciones. Las relaciones de infancia que ligaban a Cadurcis con su hija completaban la impresion de afectuoso cariño que habia producído sobre Herbert.

Cadurcis viéndose mirado con simpatía por Lady Annabel, con

aprecio por Herbert i con amor por Venecia se sentia feliz i tratando con mas ternura a Lady Annabel veía cada dia lo que avanzaba en su aprecio.

Una sola circunstancia vino a turbar la apacible felicidad de esta familia. Era la próxima partida del Capitan Cadurcis. Habia sido propuesto muchas veces pero no podia serlo por mas tiempo. El corazon sensible, el carácter suave, la viveza i la dulzura del Capitan Cadurcis lo habian hecho querer de todos i todos sentian que su partida dejaba un vacío inseparable.

—No iré a pasearme en bote hoi, dijo el capitan a Venecia; es mi último dia. Mr. Herbert i Plantagenet piensan ir a Lavenza, salgamos nosotros a andar juntos.

Nada puede rehusarse a los que amamos en el último dia. Venecia, accedió inmediatamente a su pedido. En la mañana salieron del valle en direccion al mar. Muchas velas blancas vieron deslizarse sobre el azul de las aguas; era una escena llena de vida i de encantos, pero los dos estaban tristes.

—Debiera ser feliz, dijo el capitan i suspiró. El propósito mas querido de mi corazon lo he conseguido. ¿Se acuerda Ud., Venecia, de nuestra conversacion sobre el lago Magiore? Ud. vé que era un profeta i que Ud. será Lady Cadurcis.

—No debemos desmayar jamas, yo no pierdo la esperanza de que volvamos a Inglaterra. Estoi segura de que mi tio hará algo i tengo la idea de que el obispo trabaja por papá. Estoi segura de que volveré a ver a Cherbury i Cadurcis será su casa.

—Hace un año Ud. parecia moribunda i Plantagenet era el mas desgraciado de los hombres. Ahora los dos están perfectamente bien i perfectamente felices, viviendo bajo el mismo techo i quizás pronto unidos para siempre con la cordial aprobacion de Lady Annabel. Todas las bendiciones del cielo parecen amontonadas en su hogar. I sin embargo estoi triste.

—Ah! todos seremos felices algun dia, dijo Venecia alegremente. Papá i mamá en Cherbury; Plantagenet i yó en la Abadía donde Ud. i su mujer vivirán con nosotros. El Dr. Masbam vendrá a pasar a nuestro lado las festividades de Pascua. ¿No será delicioso? Yo quisiera que Ud. conociera la Abadía, Jorje? Es un lugar encantador. Ud. va a prometerme que cuando llegue a Inglaterra va a ir en peregrinacion a Cherbury i Cadurcis i escribirme una larga descripcion de esos lugares.

—Le escribiré, Venecia, le escribiré mucho i quizá seré un corresponsal mas constante que Cadurcis.

I luego mirando hácia el mar añadió:—Me parece que el viento ha cambiado. Me parece que tendremos un siroco.

—¿Qué le pareció a Ud. mi papá cuando lo vió por primera vez? Era parecido a la persona que Ud. se habia imajinado?

—¿Exactamente! Tan espiritual! Plantagenet me decia cuando nos retirábamos la primera noche, que le parecia un fantasma dorado.

—Ah! si Vd. hubiese visto su retrato en Cherbury, cuando solo tenia veinte años. ¿Pero qué mira Ud. así Jorje?

—No me gusta este viento, murmuró el capitan. Ahí vá.

—Ud. no puede ver el viento.

—Sí puedo Venecia. Vé Ud. esa mancha negra que flota como una sombra sobre el mar? Es como el reflejo de una nube, pero no hai nube; ese es el viento, Venecia.

—¡Qué curioso! Ese es el viento.

—Haríamos bien en volvernos, dijo el capitan. Quisiera que no hubieran salido ahora.

—¿Pero no hai peligro, Jorje? preguntó Venecia.

—Peligro? nó, no hai peligro, pero pueden mojarse.

El capitan parecia distraido; su ojo espiaba al viento, por fin dijo:—Venecia, tenemos que andar de prisa.

Venecia apuró el paso i volvió a renovar sus alarmas, pero su compañero volvió a asegurarle que no habia peligro; sin embargo sus maneras no eran tan confiadas como sus palabras.

—Me habria gustado estar con ellos, dijo el capitan con evidente ansiedad.

—Jorje, Ud. está alarmado. Estoi cierta de que hai peligro.

—Peligro! Cómo puede haber peligro, Venecia?

Pero apurémonos porque luego vamos a tener el viento del Mediterráneo. Nos quedan pocos momentos.

—Váyase a mi lado, dijo el Capitan, tome mi brazo i ande de prisa porque dentro de un minuto no podremos ver una vara mas adelante de nosotros.

El peligro i la inutilidad de manifestar sus temores hicieron guardar silencio a Venecia, pero estaba aterrada.

Al llegar encontraron a Lady Annabel paseando en su cuarto. El capitan partió inmediatamente a ver si encontraba a Herbert i Cadurcis en la bahía de Spezia donde esperaba se hubiesen detenido.

Media hora despues llegó un mensaje del capitan en que anunciaba que no los habia encontrado, pero que por lo que habia oído no dudaba que los encontraría en Sarzana.

Ahora llegaba una terrible suspension. Sarzana estaba cerca de

veinte millas distante de Spezia i la tarde debia llegar antes que pudiese recibir noticias del capitan. Lady Annabel habia mandado mas de un mensajero a la bahia, pero no habia traido noticia alguna. Resolvió ir ella misma para poder quedar tranquila. No queria que la acompañara Venecia a quien temia le hubiera ya hecho algun mal la humedad de la mañana. La hora que siguió fué para Venecia de angustia i sin embargo la ausencia de su madre le sirvió de alivio en cierto modo: se veia libre de finjir una tranquilidad que no sentia. Miéntras su madre estaba allí afectaba leer, aunque sus ojos no pudieran ni siquiera mirar sobre la pájina o dibujaba aunque temblara el lápiz en sus manos; pero ahora que Lady Annabel habia salido, Venecia, envolviéndose en un chal, se arrojó sobre el sofá i ahí se quedó sin movimiento, sin pensar, convertido su espíritu en un cáos de imájenes terribles.

Su madre volvió. Venecia saltó inmediatamente del sofá.

—¿Hai noticias? han vuelto?

—No están en Spezia, le contestó Lady Annabel, pero hai buenas noticias. Ud. vé cómo tenia razon para ir yo misma. He visto un pescador i dice que ha oido que dos personas que él cree inglesas están en Lerici en un bote abierto.

—Gracias, Dios mio! esclamó Venecia. ahora puedo confesarle todo el terror que he tenido.

—Pobre Jorje! dijo Lady Annabel, tendrá que hacer una jornada terrible hasta Sarzana i que sufrir mucho por nosostros. Quizás los encontrará en el camino.

—Estoi segura de que lo hará i quizás dentro de poco llegarán los tres. Qué bueno!

—No deben volver a salir en ese bote.

—Oh! no lo harán nunca, mi querida mamá, si Ud. se los prohibe.

—Debemos mandar a Lerici, dijo Lady Annabel.

—Al instante! esclamó Venecia, pero me parece que luego nos mandarán un mensajero.

—Nó, los hombres tratan el peligro pasado con mucha lijereza. Si no mandamos nosotras no oiremos hablar de ellos hasta que lleguen.

Mandamos a Lerici i poco despues impacientes salieron ellas mismas. Todo estaba radiante. La tenpestad habia pasado por completo. El sol se ponia.

—Suponte que no eran ingleses los que estaban en el bote, dijo Lady Annabel.

—Es imposible mamá. Qué otras personas pudieran andar en un

bote abierto. I ademas, el hombre dijo que eran ingleses. Deben ser ellos.

—Yo creo que no puede haber duda, añadió Lady Annabel.

El mensajero volvió. No habian llegado a Lerici dos personas en un bote; pero los habitantes habian visto un bote que pasaba hácia Sarzana.

Lady Annabel se puso pálida, pero Venecia dijo: están en Sarzana. Jorje tenia razon. I además, mamá, él sabe que están en Sarzana.

—I nosotras oimos que estaban en Lerici, añadió Lady Annabel con tristeza

Despues de una noche de ansiedad continuó la misma angustia a dia siguiente: los mensajeros traian noticias contradictorias i equívocas, Jorje no llegaba. Nada se sabia.

Venecia i su madre salieron para ver si mas felices podian recojer alguna noticia.

Cuando pasaban el pórtico, Venecia reconoció el capitan Cadurcis a la distancia. Se puso pálida i habria caido al suelo sino se hubiese sentido sostenida por su madre.

—¿Qué hai Venecia? dijo Lady Annabel.

—Está aquí, está aquí!

—¿Marmon?

—Nó, Jorje. Déjeme sentarme.

Lady Annabel se quedó muda al lado de su hija. Jorje se divisaba; Jorje llegó al pórtico; entró al cuarto.

Parecia angustiado, destrozado, loco. Mas de una vez quiso hablar, pero no pudo.

Lady Annabel lo miró con una espresion estraña i delirante. Venecia saltó sobre él, le tomó el brazo i lo miró fijamente. El apartó su cara de los ojos de Venecia i temblando se hizo a un lado.

La historia de esa noche habia tenido para Jorje todo lo que hai de mas amargo en la angustia i de mas aterrador en la desconfianza.

Habia ido aqui i allá, corriendo ajitado de villa en villa, preguntando por los viajeros a cuantos encontraba.

Imploraba el ausilio de todo el mundo i ganando a los unos por la simpatía que despiertan los que sufren, ganando a los otros con el dinero que prodigaba a manos llenas, habia cubierto las costas de emisarios.

Rendido por el cansancio i la fatiga, entrada ya la noche se sentó sobre un peñasco que dominaba una vasta estencion. El sueño vino a sorprenderlo. Habia olvidado dónde estaba cuando el azote feróz de una ola inmensa vino a despertarlo. ¡Miró a su rededor. Habia allí un

objeto. Saltó como un salvaje de su roca. Era un cuerpo. El cuerpo de su primo! Estaba frio i ríjido, los ojos cerrados, una espresion de enerjia se reflejaba sin enbargo en su prupila inmóvil. Mientras Cadurcis con el delirio de la desesperacion llamaba en su ausilio la ola de nuevo resonó a tu lado. El mar habia arrojado sobre la arena otro cadáver: el de Marmon. Herbert. Parecia no haber hecho ningun esfuerzo por salvarse, tenia una mano metida en el chaleco. I en la otra abierto el Phaedo de Platon, mostrando así que habia leido hasta el último momento i que meditaba en la inmortalidad cuando murió.

AUGUSTO ORREGO

BIN

EL TRABAJO

I

¡Salve brazo potente,
Del progreso inmortal motor jigante.
Noble sudor que empapa nuestra frente,
Mentor austero de nuestra alma errante!

Impulsion jenerosa
De lo que hai de inmortal en nuestro aliento,
Arcánjel que en la noche silenciosa
Das tus alas al noble pensamiento!

La voz del campesino
Te saluda cantando con la aurora,
Miéntras las aves con amante trino
Cruzan el bosque que diamantes llora

I el pensador austero
Que en la luz de su lámpara te mira
En tí confía, augusto compañero
Del jenio audaz que su conciencia inspira.

II

Por tí crece la ciencia,
Por tí se eleva la projenie humana
I hai faros en el mar de la creencia,
I la nacion con la nacion se hermana.

Tú a Colon enseñaste
A adivinar un mundo sumerjido
En el abismo azul, tú le impulsaste
A atravesar el piélago atrevido.

Divino consejero
De Stéphenson i Watt, nombres jigantes,
Santificas la mano del obrero
I enjendras el Quijote con Cervantes.

Al inmenso oceáno
Con ancho muro en su furor sujetas,
I con Jackson, el jenio americano,
Tú del dolor la abolicion decretas.

III

¿Qué importa que los reyes
Por un palmo de tierra codiciada
Para degollar pueblos dicten leyes?
Contra el trabajo un rei no puede nada.

Si el odio i la venganza
Forjan la espada i funden los cañones,
Contra ellos se levanta una esperanza:
El trabajo que eleva a las naciones,

El trabajo incesante
Que educa i engrandece i santifica
El hombre que trabaja es un jigante:
Ama el bien i por él se sacrifica.

I lucha eternamente,
Obrero del progreso indefinido,
I muere con laureles en la frente
O con el premio del deber cumplido.

IV

Artista, eterna idea
Con su paleta o su cincel realiza
Fídias o Apéles la belleza crea:
Creaciones que el jenio inmortaliza.

Hombre de ciencia, juzga,
Estudia el mar, el bosque, las montañas,
I el secreto del rayo que sojuzga
Lo arranca de la tierra a las entrañas.

I taladra los montes
I escala los nublados altanero
I abre al estudio nuevos horizontes,
Del progreso inmortal eterno obrero.

I en tan ruda tarea,
Lucha jigante audaz i soberana,
Persigue el hombre una divina idea:
La eterna union de la projenie humana

V

I no luchas en vano,
Musculoso titan; mira allá léjos,
Mira ese espacio gris, inmenso llano
A que dá el sol sus últimos reflejos.

Informe hacinamiento
De ceniza i de sangre i fanatismo,
Crucifixion del sol del pensamiento
Por la furia brutal del negro abismo,

Sepulcro negro i hondo
Que oscura niebla ensangrentada asedia,
Acércate a mirar, lee en el fondo
I hallarás:—Aquí yace la Edad-Media!

I es el trabajo activo,
Es la jigante fuerza de tus hombros
La que produjo aquel milagro vivo,
Lo que aquel mundo convirtió en escombros

VI

I sigues tu camino
Pronto a la lucha, pronto a la tarea,
El jenio del trabajo es tu destino:
Hacha que arrasa, espíritu que crea!

¡Trabajo Sacrosanto!
Tú transformas la tierra jenerosa
Que el hombre riega con amargo llanto,
Rompes la espina al tallo de la rosa;

En el fondo del alma
Elaboras la idea, el sentimiento;
Aquí sacudes del error la palma,
Allá abres un camino al pensamiento

I la frente inclinada,
Con cada gota de sudor fecundo
Das aliento a esta tierra desdichada
Engrandeciendo el corazon del mundo.

Adolfo Valderrama

LAS RIQUEZAS

DE

LOS ANTIGUOS JESUITAS DE CHILE

Se cree jeneralmente entre nosotros que por haberse dedicado tres o cuatro escritores a estudiar ciertos puntos de la historia nacional, los anales de Chile son bastante conocidos, i casi es inútil engolfarse en nuevas i mas prolijas investigaciones. Es cierto que fuera de Méjico, ninguno de los pueblos hispano-americanos posee una historia mejor investigada que la de Chile; pero es preciso convenir en que nos falta mucho todavía para conocer ciertos puntos mui interesantes, i mas aun, para dar cuerpo i unidad a todos los sucesos i períodos regularmente estudiados.

En nuestra historia colonial, sobre todo, i apesar de algunos trabajos de un mérito indisputable, nos falta mucho que esplorar i que descubrir. La historia de los conventos i de las órdenes relijiosas, la influencia que ellos ejercieron sobre la sociabilidad chilena, su intervencion en los asuntos políticos i admistrativos, son puntos acerca de los cuales solo tenemos uno que otro pormenor, que no basta por cierto para proyectar la menor luz sobre el cuadro jeneral de nuestro pasado.

Entre esas órdenes relijiosas fué la de los jesuitas la que tuvo mas importancia i la que ha dejado mas huellas en la historia. Ellos ejercieron un gran poder en la administracion de la colonia i en la sociedad entera, dirijieron a los gobernantes i dominaron a los goberna-

dos, adquirieron riquezas que hoi dia nos parecen fabulosas, i dejaron en las tradiciones populares recuerdos que no pudo borrar la cédula de Cárlos III que espulsó a los jesuitas de sus estados.

La historia de los jesuitas en las colonias españolas seria, pues, un trabajo del mayor interés. Esa historia podria ser estudiada bajo tres puntos de vista difentes: 1.° Su participacion en los negocios administrativos, en los que, como se sabe, tuvieron un gran poder, como sucedió en Chile: 2.° La influencia que ejercieron sobre el modo de ser de las colonias españolas, ya sea por la predicacion i el confesonario, ya por las ostentosas ceremonias relijiosas que establecieron para atraer al sencillo pueblo, ya por los prodijios con que, segun sus cronistas, los favorecia sin cesar el cielo; i 3.° La manera de crear i de incrementar sus riquezas, que en Chile, como en todos los pueblos americanos, fueron tan considerables. Este último punto revelaria cuánto pudo su perseverancia maravillosa ayudada por el prestijio sobrehumano de que los jesuitas supieron revestirse ante los devotos pobladores de las colonias del rei de España.

Sin pretender tratar a fondo esta cuestion, sin aspirar a escribir la historia financiera de la compañía de Jesus en Chile, vamos solo a consignar en estos breves apuntes algunos hechos de que podrán aprovecharse los futuros historiadores que quieran adelantar la investigacion que nosotros hemos dejado comenzada.

En la madrugada del 12 de abril de 1593 llegaron a la humilde ciudad de Santiago ocho peregrinos montados en caballos que parecian fatigados por un largo viaje. Entraron por el camino del norte i se dirijieron al convento de Santo Domingo, donde les esperaba un hospedaje afectuoso i fraternal. Aunque su arribo hubiera pasado casi desapercibido, pocas horas mas tarde no se hablaba mas que de esos viajeros en toda la ciudad. Eran seis padres jesuitas i dos hermanos coadjutores enviados del Perú por órden del piadoso rei de España don Felipe II, para que vinieran a Chile a publicar el santo evanjelio i a atraer a los indios al conocimiento de la fé católica, como decia en su real cédula de 13 de junio del año anterior.

Los padres habian querido hacer su entrada a Santiago a esas horas de la mañana para sustraerse a los honores de un ostentoso recibimiento, que en otras circustancias les habrian preparado los moradores de la ciudad. Pero la fama los habia precedido con mucha antelacion. El padre Diego de Rosales, jesuita e historiador de la órden, dice que muchos años ántes de la venida de los padres a este país,

Dios la habia revelado a algunas personas de conocida virtud, i al efecto, refiere detenidamente cuatro predicciones que no dejaban lugar a duda. Para que estas profecías fueran mas maravillosas todavía, dos de ellas habian sido hechas por españoles i dos por indios. Por otra parte, el viaje de los ocho misioneros habia sido una serie no interrumpida de milagros portentosos. Durante la navegacion del Callao a Valparaiso, «el comun enemigo (el demonio), dice el padre jesuita Losano, rabioso sin duda de ver aquel pequeño ejército que le empezaba a hacer cruda guerra desde el camino, i que en Chile habia de ser el estrago de su imperio,» mudó el viento, perturbó los mares i produjo al fin la mas furiosa tormenta que se puede imajinar Los padres sacaron una reliquia del apóstol San Matías, i lanzándola al agua, aplacaron al instante los vientos, tranquilizaron el mar i establecieron una plácida bonanza. Mas adelante, escasearon de tal suerte los víveres a bordo que los navegantes tenian por único alimento algunas pasas i los pocos fragmentos de galleta que no se habian comido durante el viaje. Los padres se retiraron a la cámara, se pusieron en oracion; i en el mismo momento un cardúmen de peces dorados, huyendo de los tiburones, se precipitó sobre la embarcacion para prenderse en las redes que les tendian los marineros i servir de alimento a los bienaventurados peregrinos. Habiendo tomado tierra en el puerto de Coquimbo, los padres jesuitas fueron hospedados en La Serena en una casa de que se habian apoderado los espíritus malignos. Todas las noches se sentian ruidos estraños: los demonios no dejaban vivir a los locatarios; i lo que es mas prodijioso, pretendieron hacerse fuertes contra sus nuevos huéspedes, turbándolos durante dos noches con terribles espantos; pero los padres desarmaron su poder con los conjuros, los vencieron i los obligaron a abandonar la casa de que se habian posesionado (1). Los padres jesuitas

(1) Despues del arribo milagroso de los padres jesuitas, era natural que se repitieran los mismos o análogos prodijios con motivo de la introduccion de las otras órdenes relijiosas. Así se verificó dos años mas tarde, en 1595, a la llegada de dos padres agustinos, que, segun los cronistas de esta órden fueron combatidos por los demonios con sin igual teson hasta que, derrotados éstos muchas veces, tuvieron que ceder el campo a sus felices competidores. Vivian entónces en Santiago tres hermanos apellidados Ribero, los capitanes Francisco i Alonso i doña Catalina, señora soltera i de años, que poseian un hermoso solar a dos cuadras al norte de la plaza principal. Desde mucho tiempo antes que vinieran los padres agustinos, se dejaba ver en las salas de la casa un personaje misterioso con túnica i mangas semejantes a las que usaban los relijiosos de esta órden. Cuando llegó la noticia de que los padres estaban en camino para Chile, el misterio desapareció

ademas, traian a Chile otro elemento no ménos valioso que su poder para hacer milagros; las reliquias de algunos santos. En la navegacion habian perdido una del apóstol San Matías; pero les quedaba otra de mucho precio, la cabeza de una de las once mil vírjenes, reliquia insigne, dice el jesuita Ovalle, que el padre provincial les habia dado en el Perú. Poco importa que en nuestro tiempo haya quienes sostengan seriamente que no han existido las once mil vírjenes: en el siglo XVI, i en los dominios del rei de España, nadie habria dejado de doblar la rodilla ante una reliquia de esta clase.

Estos antecedentes habrian bastado para que los piadosos habitantes de Santiago hubiesen recibido a los padres jesuitas como el mas inestimable don que pudiera hacerles el cielo. Pero éstos tenian ademas en su apoyo la proteccion mas decidida i la confianza mas ilimitada del poderoso monarca español. Por eso fué que, apesar de la modestia con que habian hecho su entrada, «no pudieron escusar, dice el padre Ovalle, las honras que la ciudad les hizo yendo luego a visitarlos toda ella juntamente con los dos cabildos eclesiástico i seglar i todas las sagradas relijiones.»

Santiago era en esa época una ciudad tan pobre como devota. Su poblacion no pasaba de mil almas; i segun un documento mui curioso, tenia poco mas de ciento sesenta casas bastante humildes; pero poseia los conventos de San Francisco, Santo Domingo, la Merced, un monasterio de monjas i tres ermitas, la de San Lázaro, la San Saturnino i la de nuestra señora de Guia. Todo esto parecia poco al celo fervoroso que animaba a los reverendos padres. Es preciso leer en los historiadores de la compañía de Jesus en esta parte de la América, el estado deplorable en que éstos encontraron la fé en este país. Segun ellos, los habitantes de esta tierra, así españoles como indios, eran cristianos en el nombre i jentiles en el hecho; todos vivian avasallados por los vicios mas feos, la codicia, la lascivia, i por el pecado. El demonio andaba desencadenado i suelto conquistando almas para el infierno. El padre Miguel de Olivares, despues de bosquejar el cuadro mas sombrío de la corrupcion de la naciente ciudad, añade que solo habia tres predicadores, el provincial de Santo Domingo, el

---

porque San Agustin en persona se presentó en el corral de la casa, mientras una gran bandada de cuervos, aves que, como observa el cronista que refiere este prodijio, no existen en Chile, se mantuvo fija en el tejado. Los propietarios comprendieron lo que significaba aquello, i el 13 de mayo de 1595 hicieron a los padres agustinos la donacion de aquel espacioso local para que establecieran su convento.

guardian de San Francisco i un clérigo que cobraba cien pesos por cada sermon.

Los jesuitas se prepararon para destruir este estado de cosas, como hombres esperimentados en las luchas contra el demonio. Comenzaron por predicar sin exijir remuneracion alguna. A los pocos dias de su arribo a Santiago, el padre Baltazar de Piñas, anciano de setenta años pero lleno de vida i de enerjía, que hacia de jefe de los misioneros, subió al púlpito de la catedral, i delante de todo el jentío que habia acudido a oirlo, declaró en su sermon los propósitos de él, de sus compañeros i de todos los miembros de su órden: «Hemos venido a vuestra tierra, dijo, a ejercitar nuestro ministerio. Aquí estamos, nó nuestros, sino de todos i de cada uno en particular. A cualquiera hora del dia o de la noche nos podeis llamar para vosotros, para vuestros indios o vuestros esclavos. El acudir será nuestro descanzo i gloria; i el retorno ni le buscamos ni le queremos en la tierra. Trabajamos por aquel Señor que dió la vida en la cruz por todos los hombres.»

Los pobres vecinos de Santiago acojieron aquel discurso con la mas viva satisfaccion pensando que en adelante iban a oir la palabra de Dios sin gastar los cien pesos que ántes se pagaban por cada sermon. Pero esto era tomar demasiado al pié de la letra las espresiones del padre Piñas, dándoles en realidad un alcance en que sin duda no habia pensado su autor. Los padres, conociendo el engaño en que habia caido el sencillo vecindario de la capital, declararon que desde el Perú sabian cual era el estado de pobreza en que se hallaba el reino de Chile, i que por este motivo, traian determinacion de no establecerse en ninguna ciudad, sino que pensaban recorrerlas todas. Al oir esto, el pueblo se conmovió. «¿Cómo, se dijo, dejar irse a los padres que llegan a este suelo ahuyentando al demonio, haciendo otros prodijios i predicándonos sin exijirnos un solo real?» El predicador que se atrevió a anunciar en el púlpito la determinacion de los padres fué interrumpido por el anditorio. I en pocos dias, aquel pobre vecindario, esquilmado por cuarenta años de cruda guerra, i agobiado por todo jénero de sufrimientos i miserias, habia reunido 3,916 pesos, que se pusieron en manos de los padres para que comprasen un local en que establecer su primera residencia. (1) Esa suma sobró para comprar uno de los mejores solares de la ciudad, situado a espaldas de la iglesia catedral. El piadoso propietario, que era el maestre de campo don

(1) Este solar ocupaba solo la mitad sur de la manzana que despues fué convento de los jesuitas, i que hoi ocupa el edificio inconcluso del congreso. La mitad del norte fué donado a los jesuitas en 1620 por el capitan Lope de la Peña.

Martin Ruiz de Gamboa, pedia por su casa 4400 pesos; pero quiso contribuir por su parte a aquella grande obra haciendo una rebaja de 800 pesos. Los padres, ayudados siempre con los obsequios del vecindario, pusieron manos al trabajo con tanta actividad, que seis semanas despues de su arribo a Chile, habian ensanchado los edificios existentes en aquel local i levantado una iglesia provisoria. La famosa cabeza de una de las once mil vírjines fué colocada allí en un relicario de plata, que, segun el padre Ovalle, tenia la forma de un castillo.

Los padres jesuitas vivian en aquella casa llenos de afanes i ocupaciones. No solo continuaron sus prédicas, sino que dispusieron frecuentes proseciones en que los niños salian por las calles entonando las oraciones i recitando la doctrina cristiana. Pero tenian otros trabajos no ménos útiles. Uno de los cronistas de la compañía refiere que todos los vecinos acudian a aquella santa casa a consultar sus dudas, i que «todos salian consolados e instruidos de cómo en el caso se debian portar i obrar.» Hasta entónces los padres vivian con las limosnas que les daba el vecindario con mano pródiga; pero «Dios, añade el cronista, que se daba por bien servido de sus siervos, movió a dos caballeros principales» para que hicieran a los padres un presente mas valioso. Fueron éstos los capitanes Andrés de Torquemada i Agustin Briseño, soldados envejecidos de la conquista, los cuales juntaron todos sus bienes, que consistian en unas viñas, una chacra i una hacienda o estancia, i con fecha de 16 de octubre de 1595, hicieron donacion de ellos a la compañía para la fundacion i sostenimiento del convento o colejio de Santiago, bajo la advocacion de San Miguel Arcánjel.

Lo que en la escritura de donacion se llama viñas era una estensa quinta en los suburbios de Santiago, que despues fué llamada la Ollería; la chacra era la hacienda de la Punta, tres leguas al poniente de la capital; i la estancia, la hacienda de la Compañía, en el distrito de Rancagua, si bien parece que ésta no era la tan considerable como fué despues por nuevas adquisiciones que hicieron los padres (1).

El capitan Torquemada, que cumplió cuanto habia prometido entregando toda su cuantiosa fortuna, mereció la patente de *fundador*: se retiró al colejio que habia contribuido a fundar, i allí murió el año de 1604. Hízosele un entierro suntuosísimo con asistencia del gobernador de Chile, de los cabildos secular i esclesiástico i de todo lo mas caracte-

(1) La quinta o chacra denominada despues de la Ollería, i situada en la calle llamada ahora de la Maestranza, pertenecia al capitan Briseño. Creo que a él tambien pertenecia la hacienda de la Punta; i que la que se denominó despues la Compañía (o Rancagua) era propiedad del capitan Torquemada.

rizado que encerraba Santiago. «Asimismo, dice un jesuita historiador de la compañía, concurrieron los mismos personajes a las honras, las cuales, como el entierro, se hicieron con mucha satisfaccion i edificacion de todos, viendo lo que la compañía hace i las muestras de agradecimiento que da a sus fundadores i bienhechores. En el sermon que se predicó en las honras, se dijo algo de esto, i las muchas oraciones que se ofrecen en toda la compaña por las almas de los bienhechores, lo que no dejó de causar admiracion en muchos de los oyentes que ignoraban este punto.» En efecto, los asistentes debieron creer que no habia mejor camino para obtener esas oraciones i llegar al cielo, que el hacer valiosos donativos a los padres jesuitas, i así se vió mui pronto que se redoblaron las escrituras de donacion.

El capitan Agustin Briseño fué mucho menos afortunado: se le confirió por el jeneral de la órden residente en Roma, igual patente de *fundador;* pero cuando ésta llegó a Chile, ya habia muerto (el año de 1600), tambien en el convento con el carácter de hermano coadjutor. Aparecieron entónces muchos acreedores del finado capitan. Despues de su muerte, perdió en España un valioso pleito que obligaba a los jesuitas de Chile a devolver la mayor parte de los bienes de que aquél les habia hecho jenerosa donacion, de tal suerte que las cantidades que en realidad recibió el colejio del referido capitan Briseño, solo alcanzaron a la suma de 6,707 $. Indudablemente, esta cantidad no era despreciable; pero ella no bastaba para considerarlo fundador. Los jesuitas de Chile, en efecto, no dieron curso a la patente enviada de Roma, borraron a Briseño de la lista de los fundadores en que lo habian inscrito, i lo colocaron en la de los simples *benefactores*, rango inferior en que encontraban colocacion los que no tenian mucha plata que dar.

Pero si el infortunado capitan Briseño habia perdido en España el pleito que le impidió ser contado entre los fundadores del colejio o convento de la compañía de Jesus de Santiago, fueron los padres jesuitas quienes en realidad ganaron con aquella sentencia. El contendor de Briseño habia sido el maestre de campo don Jerónimo Bravo de Saravia, noble caballero chileno, nieto de uno de los gobernadores de Chile, i heredero de un mayorazgo en la provincia de Soria en España. Tocado su corazon por el amor, dicen los cronistas de esta órden, perdonó en favor de ella la deuda que poco antes habia cobrado ante los tribunales españoles. Su hijo don Francisco Bravo de Saravia i Sotomayor, heredó junto con su cuantiosa fortuna, el amor de su padre hácia la compañía, i le donó los caidos o réditos atrazados del mayorazgo que sus antepasados tenian en Soria, i de los cuales la

familia no habia podido cobrar ni un solo real. Los padres, jesuitas fueron mas dilijentes i mas afortunados en la cobranza; i pocos años despues, habian recibido por este motivo la cantidad de 10,000 pesos, que traidos a Chile, «importaron doblados,» dice el padre Olivares, porque talvez se les trajo en mercaderías que en este país se vendieron con utilidad. Si estos dos caballeros hubieran unido en uno solo estos dos donativos, o mas bien, si ámbos presentes hubieran sido hechos en el nombre de un solo individuo, éste habia merecido quizá la patente de fundador; pero como no se hizo así, se dió a ámbos caballeros el simple título de benefactores.

Otros personajes hubo mas afortunados que los tres anteriores, por que merecieron en esa época el insigne título de fundadores, que se habia quitado al capitan Briseño i que no se concedió a los maestres de campo Bravo de Saravia. Fué uno de ellos el capitan Sebastian García Carreto, natural de Estremadura, en España, i soldado envejecido en la guerra de Arauco. En premio de sus servicios habia obtenido de los gobernadores de Chile un repartimiento de tierras i de indios en la rejion de la costa, al norte del rio Rapel. Ese repartimiento formaba una estancia o hacienda conocida con el nombre de Bucalemu o Butalemu, tan importante por su grande estencion como por la feracidad de sus tierras. Retirado del servicio a causa de su avanzada edad, García Carreto, soltero, sin deudo alguno en Chile, i casi sin relaciones, fué a establecerse a su hacienda, endonde, segun refieren los historiadores jesuitas, vivia completamente solo, consagrado a la crianza de ganados i a la meditacion relijiosa. Diversas ocasiones recorrió toda la estension de territorio que média entre los rios Rapel i Maule para hacer compras de ganados, i siempre volvia a su casa preocupado con la idea de la soledad i el desamparo en que vivian los pobladores de los campos. No habia en toda esa rejion un solo convento, una sola iglesia, de tal manera que los campesinos de ese país, tanto indios como españoles, no solo no oian misa ni podian confesarse, sino que carecian hasta de quien bautizara a sus hijos. Ya podrá comprenderse la impresion que semejante estado de cosas debia producir en el ánimo de un español del siglo XVI.

García de Carreto hizo por entónces un viaje a Santiago. Refirió lo que habia visto en aquellos campos; i como era natural, consultó el punto con algunos padres jesuitas, que, como hemos visto, eran los consultores obligados en todos los negocios de conciencia. El consejo no se hizo esperar. El demonio hacia libremente sus conquistas en aquellos lugares; i para combatirlo, no habia mas remedio que confiar la direccion de la guerra a los jesuitas, que eran los varones mas es-

perimentados en esa clase de luchas. En la hacienda de Bucalemu se estableceria un convento dedonde saldrian todos los años los misioneros que debian recorrer aquel territorio predicando la palabra de Dios. «Le recomendaron esta idea, dice uno de los historiadores de la órden, encareciéndole el gran servicio que en ello hacia a Dios, i que, no teniendo hijos, en ninguna otra cosa podia emplear mejor su hacienda que aplicándola al bien de tantas almas, destituidas de todo consuelo espiritual.»

García Carreto se habia entendido con el vice-provincial de Chile, el padre Diego de Torres, hombre insinuante i emprendedor, cuyo nombre ocupa mas de una pájina de nuestra historia colonial. Sin embargo, el capitan estremeño no se dejó convencer por de pronto, de tal modo que se pasaron cuatro años sin que se resolviera a nada definitivamente. En 1617 volvió a tratarse del mismo asunto con el padre Pedro de Oñate, sucesor del padre Torres, i éste anduvo mas feliz que su predecesor. El padre Oñate hizo un viaje a Bucalemu i designó el lugar conveniente para levantar lasiglesia i el convento, señalando su forma i sus dimensiones. Dos añosse pasaron todavía sin arribar a la donacion. Por fin, la gracia deDios tocó el corazon endurecido del capitan García Carreto; i el 9 de octubre de 1619 éste otorgó a favor de la compañía la escritura de donacion para despues de sus dias, i a condicion de que se establecieran allí una casa o colejio de misioneros para predicar en todos los campos vecinos hasta el rio Maule, i un establecimiento de noviciado para formar nuevos operarios de la compañía de Jesus. El padre Juan Romero, superior en ese año de todos los jesuitas de Chile, aceptó la donacion i tomó posesion de la hacienda, a lo ménos en cuanto era indispensable para la fundacion del convento. García Carreto se reservó el derecho de administrar su negocio de ganadería.

Hasta entónces, los jesuitas de Chile formaban una vice-provincia de la órden, dependiente de la casa de Córdoba del Tucuman. En 1620 se celebró allí la tercera congregacion provincial, en que se trataron de los negocios espirituales i temporales de la compañía de Jesus en esta parte de América. Como debia esperarse, la congregacion aceptó la valiosa donacion del capitan García Carreto, cuyo valor se estimaba entónces en 30,000 pesos, i poco tiempo despues el reverendo padre jeneral residente en Roma aprobó esta aceptacion, i envió a García Carreto la preciada patente de fundador. Este último favor colmó de contento al al anciano capitan. Por otra parte, el establecimiento de los jesuitas habia producido un cambio radical en las costumbres de aquellos campesinos. García

Carreto recibia informes de los esfuerzos singulares de los padres, de las conversiones de indios que efectuaban, de los millares de individuos que se confesaban cada año, i lo que era mas admirable, de los milagros que los jesuitas habian operado. Ya no vaciló mas el bienaventurado capitan; i el año de 1627 entregó resueltamente la administracion de sus bienes a los padres jesuitas, con tal que se le asignara una alimenticia para pasar sus últimos dias. La compañía recibió así una de sus mas valiosas propiedades; pero tambien pagó largamente la jenerosidad del donante. La iglesia que se construyó en Bucalemu tuvo por patrono a San Sebastian (1); en ella se colocó un cuadro que representaba al capitan García Carreto arrodillado, presentando la escritura de donacion de Bucalemu a un padre jesuita que se mantenia de pié, i de cuya boca salian estas palabras escritas en una cinta: *ad majorem Dei gloriam*; i por último, cuando García Carreto murió, se le dijeron las misas i oraciones con que la compañía honra la memoria de sus fundadores.

Hasta entónces quedaba vacante el puesto de cofundador del colejio máximo de Santiago, o mas bien, no tenia este establecimiento mas que un solo fundador, el capitan Andrés de Torquemada, puesto que la fortuna del capitan Antonio Briseño, que habia aspirado al mismo honor, no habia alcanzado para ello. Despues del famoso terremoto de 1647, que destruyó una gran porcion del templo de la compañía, así como la mayor parte de la ciudad de Santiago, «Dios, en medio de tantas angustias, dice el jesuita Olivares, movió el ánimo del alguacil mayor de la santa inquisicion, Domingo Madureira Monterroso a que se compadeciese i apiadase de los padres de la compañía de Jesus.» Era Madureira un soldado portugués que habia venido a América a pelear por el rei de España, i que habia adquirido una fortuna considerable. Su espíritu relijioso se revela por el grande empeño que puso en obtener el cargo que desempeñaba. Viéndose sin hijos ni herederos, viejo i lleno de temores por el gran terremoto que acaba de presenciar, i que los predicadores esplicaban como un tremendo castigo del cielo i como un anuncio del próximo fin del mundo, hizo cesion de todos sus bienes a los conventos, dando la mayor parte a los jesuitas, i entró a la compañía para terminar sus dias en el rango de hermano coadjutor. Por escritura otorgada el 1.° de junio de 1651 se ofreció a dar a los jesuitas 17,000 pesos con el plazo de do-

(1) A esta iglesia pertenecia la hermosa efijie de San Sebastian que ahora está colocada en la iglesia parroquial de Santa Rosa de los Andes, i que fué exibida en la esposicion de Santiago en setiembre del año corriente de 1872.

ce años; pero su celo lo llevó a hacer mucho mas de aquello a que se habia comprometido. No solo pagó esa suma ántes que se cumpliera el plazo estipulado, sino que donó muchos otros bienes, inclusos sus esclavos, por lo que su donativo se avaluó en mas de 40,000 pesos. Así se esplica por qué Madureira obtuvo el insigne honor de ser enterrado bajo del altar mayor de la iglesia de la compañía, al lado del evanjelio, i por qué obtuvo el título de fundador de un convento o colejio que habia sido fundado cincuenta años ántes, título que no mereció nadie... que hubiera entregado ménos de 20,000 pesos.

Al paso que la compañía de Jesus dispensaba estas distinciones a los que habian obtenido el título de fundadores, no se manifestaba tampoco ingrata con los que, por no haber alcanzado a obsequiar cantidades tan considerables, obtenian solo patente de benefactores. Ellos tambien alcanzazon las preces i misas de los padres jesuitas, i los historiadores de la órden los recuerdan llenos del entusiasmo mas ardoroso. «Merece eterna memoria, dice el padre Olivares, i que su nombre se grabase en oro, el maestro Cristóval Fernandez de Lorca, clérigo presbítero,» que, habiendo hecho sus estudios al lado de los jesuitas, conservó a la compañía un amor entusiasta. Pero Fernandez de Lorca, aunque eclesiástico, fué mucho mas positivo que los otros benefactores: no destinó sus recursos a dotar misiones ni a otros asuntos espirituales. Sacó, a costa suya, un canal para regar la hacienda de la Punta, plantó en ella una gran viña i estensas arboledas, ensanchó las casas para que sirviesen a los jesuitas estudiantes en la época de vacaciones, fomentó allí el cultivo de la tierra i los grandes sembradíos de trigo, i por último, donó a la compañía todos sus esclavos para que fuesen ocupados en la labranza. Habiéndose desprendido de cuanto tenia para dárselo a Dios, como dice el jesuita citado, el clérigo Fernandez de Lorca obtuvo por recompensa el morir con la sotana que usaban los relijiosos de la compañía, junto con la gratitud de la órden i el ser considerado uno de sus benefactores.

Los padres jesuitas, que guardaban anotados en sus libros los nombres de muchos otros benefactores de la compañía, daban el primero i mas insigne lugar «al rei nuestro señor, rei de las Españas, monarca de las Indias, que con su real magnificencia i con su gran celo por la conversion de los jentiles, trajo a su costa desde España a los misioneros, i cada año daba una gran limosna a todas las casas i colejios de la compañía, en vino para las misas i en aceite para las lámparas del Santísimo Sacramento, i otra en medicinas para los relijiosos que estuviesen enfermos, como consta por diversas reales cédulas.» El

rei, ademas, asignaba sínodos a los misioneros, que se les pagaban puntualmente, por lo que se llamaba fundador de misiones.

Pero entre los benefactores de la compañía de Jesus en Chile, ninguno fué mas famoso que el capitan Francisco de Fuenzalida, no tanto por la inportancia de sus donativos, como por los litijios a que ellos dieron lugar. Vamos a estendernos algo sobre este asunto porque consideramos que una simple esposicion de los hechos dará a conocer bastante bien la grande habilidad con que los padres jesuitas administraban sus negocios temporales.

El capitan Fuenzalida era un vecino de Santiago, cargado de familia, i ademas de mui escasa fortuna. Su esposa, doña Ursula de Mendoza, habia aportado al matrimanio una casa de valor de 7,300 pesos situada en la plazuela de la Compañía, en el mismo sitio en que hoi se levanta el palacio de los tribunales. Mui probablemente, los cónyujes no poseian otros bienes; pero aunque tenia varios hijos (cinco a lo ménos), el capitan, tocado sin duda por Dios, i deseoso de obtener el título de benefactor, hizo donacion de la referida casa a los padres de la compañía en el año de 1635. Los padres trasladaron allí el convictorio de San Francisco Javier, o casa de educacion, dejando el convento grande para residencia de los padres, que se habian aumentado considerablemente. El padre jeneral de la órden agradeció esta donacion i envió desde Roma al donante el codiciado título de benefactor, ordenando que se dijesen por su alma una misa cada semana i dos cantadas cada año.

Miéntras tanto, aquella familia quedó sumida en la mayor pobreza. El finado capitan debia hallarse en el cielo gozando el fruto de su buena obra, al paso que sus hijos se hallaban en la miseria. Al fin, dos de ellos, los capitanes Cristóbal i Francisco, coadyuvados por otro hermano, el capitan Juan de Fuenzalida, reclamaron judicialmente la devolucion de la referida casa, sosteniendo que, por haber sido propiedad de su madre, no habia podido ser donada por el padre, con perjuicio de los herederos de aquella señora. Las leyes no dejaban lugar a duda, i el derecho de los demandantes era tan claro como perfecto.

Los padres jesuitas, sin embargo, aceptaron el juicio a que se les provocaba. Comenzaron por sostener que en virtud de las constituciones de su órden, así como de los privilejios i escepciones concedidas por los soberanos pontífices i por los reyes, solo el prelado de su relijion, es decir, el padre superior de la provincia, era juez competente para entender en las demandas que se suscitasen a la compañía. Inútiles fueron las reclamaciones de los hermanos Fuenzalida. El padre

Andrés de Herrada, provincial i visitador jeneral de la provincia de la compañía en Chile, se abocó el conocimiento de la causa i comenzó a conocer del asunto. Por ausencia de ese padre, i con consentimiento suyo, siguió entendiendo en él hasta su terminacion el padre jesuita Baltazar Duarte. Si los padres hubieran juzgado este negocio segun las leyes humanas, los Fuenzalida habrian obtenido la devolucion de su casa; pero ¿qué tenian que ver las leyes de los hombres, ni la pobreza de aquellos desventurados litigantes cuando se trataba de otros intereses mas altos?

Los Fuenzalida perdieron, pues, el pleito que habian iniciado con tanta confianza. Pero, estimulados por la pobreza, dijeron de nulidad de la sentencia ante el obispo de Santiago, frai Diego de Humanzoro, relijioso franciscano que estaba dotado de un carácter firme i resuelto. Humanzoro creyó que el proceder de los padres no estaba arreglado a justicia, a lo ménos a la justicia humana: pero no se atrevió a ir desde luego de frente contra ellos. Propúsoles que nombresen un juez conservador, esto es, un árbitro que resolviera la cuestion segun las leyes. Los padres se negaron a todo declinando la jurisdiccion del obispo. Humanzoro se molestó con esta negativa i se resolvió a obrar con su natural entereza sometiendo el asunto al conocimiento del provisor i vicario jeneral, doctor don Francisco Ramirez de Leon, dean de la catedral de Santiago. Pero éste habia sido presentado poco ántes i en la misma causa, como testigo por parte de los jesuitas, i por lo tanto, no podia entender en el juicio. El obispo los cometió entónces al licenciado don Pedro de la Plaza, quien se abocó el conocimiento de causa: i juzgando segun las leyes españolas, mandó que la casa en cuestion pasara a manos de los Fuenzalida.

Los padres no se resignaron con esta sentencia. Negaron resueltamente al licenciado la Plaza i al obispo el derecho de intervenir en los juicios que se promovian contra ellos, i se manifestaban dispuestos a no cumplir la sentencia. La Plaza sostuvo su autoridad, declaró la sentencia pasada en autoridad de cosa juzgada, despachó mandamiento ejecutorio i pidió ausilio a la justicia real. Antes de concederlo, el gobernador accidental, don Ignacio de Carrera, caballero de la órden de Alcántara i alcalde ordinario de Santiago, mandó citar a las partes. Fué inútil que los padres jesuitas insistieran en protestar contra la incompetencia del ordinario, porque el alcalde concluyó por remitir la cuestion al referido licenciado Pedro de la Plaza, que mandó llevar a efecto el mandamiento. Los jesuitas no podian desobedecer mas largo tiempo sin incurrir en la nota de rebeldes a la autoridad real

Entónces llamaron a transaccion a los hermanos Fuenzalida. Les representaron las ventajas que resultarian de la subsistencia del colejio, i el mérito que contraerian para el cielo con el desistimiento de aquel pleito; les ofrecieron para su padre no el título de simple benefactor, que se le habia dado, sino el de fundador, que era mucho mas valioso, i para el i para ellos las misas i preces que la compañía aplicaba por el alma de los que se desprendian de sus riquezas para entregarlas a ellos. Los Fuenzalida eran buenos cristianos, pero tambien eran mui pobres, i por eso se mantuvieron firmes; si bien es verdad que consintieron al fin en arribar a una transaccion que importó para ellos una pérdida considerable. Los jesuitas avaluaron por sí mismos el terreno, rebajaron del valor la parte que correspondia al capitan Juan de Fuenzalida, que despues de haber coadyuvado al juicio en su principio no habia vuelto a aparecer en él, talvez por hallarse ausente; rebajaron tambien la parte que correspondia a dos hermanas monjas, i solo se allanaron a pagar lo que tocaba a los capitanes Cristóbal i Francisco. Al primero dieron 650 pesos fuertes en dinero, i al segundo dos tiendas situadas en el mismo edificio, al lado de la puerta principal, i en la plazuela de la compañía, con cargo de devolverlas al convento el dia que él o sus herederos recibiesen los 650 pesos fuertes. La transaccion quedó así terminada; pero en 1701, cuando el capitan Francisco de Fuenzalida quiso vender las referidas tiendas, solo recibió del padre rector Miguel de Viñas la cantidad de 500 pesos.

El capitan Juan de Fuenzalida fué mas exijente que sus hermanos i por lo mismo obtuvo mejor resultado de la jestion que contra los padres entabló en 1683. Por convenio celebrado con el padre provincial Francisco Ferreira el 30 de setiembre de ese año, recibió de éste 200 pesos en dinero, la tienda de la esquina de dicha casa i la fundacion de un censo a su favor por el valor de 1,000 pesos. Todavía Juan de Fuenzalida quiso promover, anteel provincial nuevo pleito a los padres ocho años mas tarde; pero no se le oyó en juicio.

Antes de pasar adelante en esta rápida reseña histórica de las riquezas de la compañía de Jesus en Chile, debemos dar a conocer, aunque sea mui a la lijera, el sistema de administracion que los jesuitas observaban. Cada casa tenia sus fondos propios, independientes de los bienes de las otras. Así, a la residencia principal, esto es al colejio máximo de Santiago, estaban afectadas las haciendas de la Compañía i de la Punta; al noviciado, la hacienda de Bucalemu; i al convictorio de San Francisco Javier, el local adquirido en 1635 por donacion del capitan Fuenzalida. Es preciso examinar las cuentas que en cada casa se llevaban para comprender la escrupulosidad con que se notaban

sus gastos i sus entradas, i lo que es mas curioso, las compras i transacciones de los frutos de una de esas casas por los que producian las otras. Este sistema estaba admirablemente consultado para mantener la mas estricta regularidad en las cuentas i para producir el mayor aumento posible en las entradas. Cada casa tenia un superior encargado de atender preferentemente a estas necesidades, i él debia cuidar del fomento i desarrollo de los bienes temporales de la seccion que le estaba encomendada.

El convictorio de San Francisco Javier no tenia en su principio mas que el local que le habia donado el capitan Fuenzalida. En ese local habia muchos cuartos que daban a la calle i que se arrendaban para tiendas. Los colejiales, ademas, pagaban sus pensiones, parte en dinero i parte en especies i frutos de los campos, que se destinaban a la alimentacion. Con estos recursos, los padres pudieron sostener el colejio i hacer algunas economías. Dos años despues de su fundacion, el 7 de setiembre de 1637, el padre Alonso de Ovalle, rector entónces del convictorio, i mas tarde el primer historiador de Chile, compró a doña Inés de Arriagada, viuda de Nicolas Peña, un sitio situado en la actual calle de la Compañía, i contiguo al solar en que estaba establecido ese colejio. Media este sitio, dice la escritura de venta, «el largo desde la esquina en frente de la Compañía hasta la pared de la huerta, i de ancho 25 varas de medir paño.» Por él pagó el padre Ovalle 350 pesos al contado, i 1,000 con un año de plazo.

Sin embargo, el convictorio de San Francisco Javier no podia incrementar mucho sus capitales. Por fin, en agosto de 1651 llegó a Santiago el testamento del padre Ovalle, muerto en Lima a su vuelta de Roma, adonde habia ido en representacion de los jesuitas de Chile. En ese testamento disponia que todo lo que pudiese heredar de sus padres, muertos ya en esa época, así como lo que habia reunido de limosnas dejadas en España o traidas en efectos a Chile, se realizase a fin de comprar posesiones fructíferas, cuyos productos debian, despues de sacarse 3,000 pesos para legados a una hermana i a dos sobrinos, darse por mitades al colejio máximo para sostener misiones en los campos inmediatos a Santiago, i al convictorio para el sustento de uno o mas colejiales, segun alcanzase la renta. Liquidadas las cuentas de la sucesion del padre Ovalle, resultó un saldo de 9,500 pesos para los jesuitas. La mitad de esta suma correspondia al convictorio; pero los padres hicieron un arreglo que habia de serles mui ventajoso. Dejaron los 9,500 pesos a censo en la chacra de Peñalolen, que pertenecia a don Antonio de Ovalle, sobrino del padre Alonso, i dieron al convictorio por los 4,750 pesos que le correspondian, una chacra

situada al oriente de la ciudad que por testamento les habia legado poco ántes doña Inés de Pimentel. El establecimiento de aquel censo en la chacra de Peñalolen fué causa de que poco mas tarde pasara ésta a los padres jesuitas. Aquella propiedad no rendia entónces lo necesario para pagar los réditos del censo: don Antonio de Ovalle no pudo cubrirlos i al fin tuvo que entregar la chacra a los jesuitas, representados por el padre Miguel de Viñas, rector o superior de la casa principal de Santiago. La compañía de Jesus adquirió así una propiedad que llegó a ser mui valiosa mas tarde, i que ensanchada en 1710 con otra propiedad que el convictorio de San Francisco Javier compró a doña Isabel Rosa de ovalle, viuda del comisario Diego Velasquez de Covarrubias, por la suma de 3,700 pesos, comprendió lo que hoi se llama Ñuñoa i Peñalolen, desde la vereda oriental de la actual calle de la Maestranza hasta la cadena de cerros que se levantan al frente de Santiago por el lado de la cordillera de los Andes.

Para terminar las noticias concernientes a los bienes que pertenecian especialmente al convictorio de San Francisco Javier, vamos a dar cuenta de la adquisicion de una de sus mas hermosas propiedades urbanas, el estenso sitio en que hoi se levanta el palacio de la Moneda.

Por muerte del capitan Cristóbal Zapata, se hallaba en venta este dilatado solar a principios del año 1746. Veinticinco años ántes habia sido tasado por el alarife Nicolas Basuarte en 6,000 pesos; i en 735 los edificios, árboles i tapias que en él habia. Habia ademas dos solares inmediatos de propiedad del referido Zapata, i que poseian sin título verdadero i solo por simple ocupacion, el uno un individuo llamado Nicolas Soto, i el otro dos hermanos apellidados Rodriguez. Las referidas casas estaban gravadas con diversos censos a favor de los sochantres de la catedral, de los conventos de Santo Domingo i de la Merced i del monasterio de Santa Clara. Los jesuitas, empleando una sagacidad desconocida entre los negociantes de aquella época, comenzaron por pedir que se les cedieran esos censos; i como cada uno de ellos era de mui poco valor, los obtuvieron fácilmente. En seguida entablaron ejecuciou contra los herederos del capitan Zapata; i para que la propiedad de éstos representara un precio menor i les fuera forzoso entregarla a sus acredores, comenzaron por comprar sus inciertos derechos a los individuos que ocupaban una parte de ella. Soto recibió 500 pesos por el terreno de que estaba en posesion, i los Rodriguez 150 pesos por el suyo: éstos i aquél declararon que no tenian confianza en sus títulos, pero que tampoco querian litijios de resultado dudoso, mucho ménos estando interesados los padres jesui-

tas que pensaban construir un convento en aquella localidad. Miéntras tanto, se siguió con toda actividad la ejecucion contra los herederos del capitan Zapata, hasta que los padres consiguieron que el local saliera a remate. Allí hicieron valer sus créditos, i se quedaron en posesion de un estenso solar por el importe de los censos i de los réditos vencidos, de que se les habia hecho cesion. El 8 de febrero de 1746, el alguacil mayor Antonio Gutierrez, acompañado del escribano i a requerimiento del padre Pedro Nolasco Garrote, rector del convictorio de San Francisco Javier, «abrió i cerró puertas, dice la escritura, echó fuera a las personas que estaban» en la casa que fué del capitan Zapata, i puso en posesion de ella al referido padre Garrote. Los jesuitas no edificaron al fin el convento o colejio que habian proyectado fundar en esa localidad: la destinaron sí, para arriendos, cuyos productos pasaron a aumentar sus rentas ya tan considerables.

Hasta ahora no hemos señalado mas que la historia de la adquisicion de algunos de los bienes de la Compañía de Jesus en Chile. En otro artículo posterior daremos a conocer cómo adquirieron otras propiedades, i los procedimientos industriales i comerciales que pusieron en ejercicio para desarrollar la prodijiosa fortuna de que fueron dueños.

DIEGO BARROS ARANA.

FRANCISCO BILBAO

Siguiendo las leyes de rotacion periódica a que obedecen los astros i lo que se pudiera llamar los hombres-astro vemos de nuevo aparecer a Francisco Bilbao sobre el horizonte de las letras.

Dos folletos de polémica se han consagrado recientemente a estudiar sus obras i su vida, a medir la luz i el calor que irradia esa figura. Escrito el uno por Zorobabel Rodriguez, la primera lanza del clan ultramontano, i escrito el otro por Eduardo Barra, el brillante polemista liberal, reflejan ambos las aspiraciones encontradas i los propósitos diversos que persiguen sus autores. Aspiraciones i propósitos espresados por los dos con una franqueza que los honra i sostenidos con la enerjía de una conviccion sincera.

Ahora que no hai una virtud mas rara que el noble valor de sostener las convicciones propias, nunca los corazones honrados creerán haber aplaudido lo bastante la entereza viril de estos folletos.

I aun cuando no tuvieran otro mérito bastaria este solo para hacerlos dignos de nuestro aprecio. El valor, como el rei de la leyenda, engrandece i dora cuanto se le acerca.

Desde la primera mirada se sospecha que los dos autores han tomado la vida i las obras de Bilbao mas bien que para hacer un acto de reparacion o de justicia, como un tema que se prestaba a la discusion serena i a la discusion completa de las ideas que ampara el racionalismo, tal como ese ilustre filósofo lo propagara entre nosotros.

Los ejipcios llevaban un esqueleto al salon de sus festines, para que su presencia contuviera la bulliciosa esplosion de la alegría i recordase a la razon que hai otro mundo en que debe dar cuenta de sus actos. No sé hasta qué punto sea posible hablar de esa costumbre antigua, ahora que veo a estos dos escritores traer un cadáver a lado de la mesa en que van a discutir. ¿Quieren ellos tambien que al-

go les recuerde que deberán dar cuenta de sus actos a la posteridad, i que ella vendrá un dia a juzgarlos desde el mismo sillon en que ahora juzgan?

Por lo demas, no encuentro nada de comun en esos trabajos, nada, ni en la forma, ni en el fondo.

El señor Rodriguez con sus espresiones duras i angulosas, sin gracia ni armonía, busca siempre mas que la naturalidad encantadora del artista, la frase vulgar i malsonante. Flojo en su estilo cuando no siente el aguijon de las pasiones, burdo en sus sarcasmos cuando quiere silbar al adversario, remedando a Veuillot su insolencia lejendaria, merece como él ser colocado entre los *bravos* de la plebe literaria. Bajo este aspecto, sin duda alguna que el folleto habria ganado mucho a ser escrito por la misma pluma que escribiera el *Prólogo*.

Barra, por el contrario, artista, elegante i delicado, pinta sus ideas con la misma luminosa claridad con que cruzan por su espíritu; sus frases tiemblan al pasar entre los labios como tiembla una hoja cuando pasa el viento.

En las pájinas de Rodriguez suele encontrarse el ardor de las pasiones que lo ajitan i en las de Barra el calor de las inspiraciones del artista.

I esto se esplica. Bilbao es para Rodriguez algo como un precipicio, algo como un abismo i al mirarlo siente el vértigo de la pasion. Bilbao es para Barra una de esas personificaciones de lo justo, lo bello i lo bueno i al mirarlo siente las fascinaciones del ideal.

Observando bajo puntos de vista tan diversos es tan natural el perpétuo desacuerdo en que se encuentran, como el de los hermanos siameses de que nos habla Buffon.

Yo no sé, pero creo que aquí como siempre la pasion ciega i la inspiracion ilumina.

Me bastará un ejemplo talvez para probarlo.

Hablando Rodriguez del jurado de la *Sociabilidad Chilena* se esfuerza en hacer creer a sus lectores que Bilbao iba allí arrastrado por las «pretensiones de su ignorancia» i lo presenta ante sus jueces «afectando una arrogante indiferencia, sin que nada le importe el juicio de los hombres sensatos, desde que va tras los fáciles triunfos del escándalo. *Allí insulta al fiscal i hace una hinchada arenga.* No es freno para su vanidad la fuerte multa con que se le pena, pues que él no tiene con que cubrirla i está bien seguro que la pagarán sus amigos i correlijionarios.»

I mas adelante comentando este acto añade: «¿Qué importa una

multa de 1,200 pesos cuando con ella puede comprarse la oportunidad de presentarse ante el pueblo con la aureola de los jénios perseguidos i no comprendidos por su siglo? Quién no daria gustoso aquella suma por disfrutar de la satisfaccion de verse convertido en objeto de todas las conversaciones, en blanco de todas las miradas?... Convengamos en que una multa de 1,200 pesos es una barrera bien ineficaz para detener a un jóven lleno de ambicion i de bríos en el camino de tan deslumbradores mirajes, sobre todo cuando no teniendo aquella suma en el bolsillo se puede esperar confiadamente que ella sea cubierta por el amigo opulento o por el correlijionario exaltado».

Barra ilumina esa misma escena con los tintes mas alegres i delicados que encuentra en su paleta. Para él ese artículo que ha nacido al calor del estudio i la duda razonada, sale de un corazon excitado por la sed inestinguible de justicia; presenta a su autor como el «arrogante adalid de la razon,» i pinta con colores tenebrosos «el fanatismo de la chusma clerical que toca al delirio i que parecia recojerse sobre sí misma como el jaguar del Chaco ántes de arrojarse sobre su presa»; no omite ningun detalle de esa lucha, que recuerda i acaricia como un triunfo; le prodiga sus sonrisas mas afectuosas i sus flores mas perfumadas i no contento con eso va a buscar todavía las sonrisas i las flores de Torres i de Quinet. I ¿cómo pudiera él no aplaudir al pueblo fascinado que eleva sobre sus hombros a Bilbao, lo pasea triunfante por las calles i ensordece con los gritos de su frenético entusiasmo? Aquello es para Barra «la vindicta pública que venga a Bilbao del fallo del jurado; es el espíritu nuevo que despierta en Chile para levantar en triunfo a su *primer* Apostol!»

¿Cuál de estas dos leyendas será la verdadera, la leyenda del amor o la del odio? Está a la mano el libro en que ambos han ido a recojer sus datos i bastará recordar que ese libro ha sido escrito por Manuel Bilbao para decidir la cuestion sin mas exámen. Pero aun cuando ese libro no existiera ¿dónde encontrarán su apoyo las tremendas inculpaciones de Rodriguez, que desmiente la vida entera de Bilbao? Dónde, a no ser en la pasion intemperante del sectario?

Por mi parte, mas de una vez he leido el artículo de Bilbao a que se alude i la escena del jurado es familiar en nuestros recuerdos. Participo de la entusiasta admiracion que siente Barra por ese jóven que compromete su vida, su porvenir i su fortuna por servir lo que él estima la causa del bien i la justicia. ¿I quién podrá negar su aplauso a esa jenerosa abnegacion del bien, a ese bello amor de la conciencia?

Pero no llega mi entusiasmo hasta el olvido de los servicios que en ese mismo órden de ideas otros han prestado a nuestra patria.

En la Sociabilidad Chilena no encuentro nada que no hubiera sido ántes dicho por Camilo Henriquez en su lenguaje escultural, nada tan audaz como los juicios que acerca de los filósofos del siglo XVIII emitía el fraile revolucionario.

«Voltaire, Rousseau, Montesquieu, decia, son los Apóstoles de la razon. Ellos son los que han roto los lazos al despotismo; los que han elevado barreras indestructibles contra el poder invasor; los que rasgando esas cartas dictadas a la debilidad por la fuerza entre los horrores de las armas, han borrado los nombres de señor i esclavo; los que han restituido a la tiara su mal perdida humildad i los que han lanzado al averno la intolerancia i el fanatismo.»

Camilo Henriquez mas de una vez sostuvo la famosa tésis de la incompatibilidad entre el catolicismo i la democracia, que vino a servir mas tarde de base a Lamennais en sus elucubraciones filosóficas. I arrojando su sotana en un rincon olvidado, entre el breviario i las tela-arañas, era Camilo Henriquez quien repetia: *Los déspotas no tienen trono donde los dioses no tienen altar!*

Toda la gloria de haber sembrado entre nosotros los primeros jérmenes de ese espíritu de reforma i tolerancia corresponde al fraile de la Buena Muerte i los que como Vera i Lafinur le acompañaban.

En el cuadro que hemos citado de Rodriguez se deja ver al traves de su imparcialidad mal finjida el pertinaz empeño de rebajar a Bilbao, en ocultar sus méritos i abultar todo lo que a su juicio pudiera depreciarlo. Creemos sinceramente que habria sido una fiesta para el crítico ultramontano descubrir en la vida del filósofo un defecto, un vicio i hasta un crímen.

El odio, como todas las pasiones depresivas es mezquino i busca en todas partes lo mezquino, de aquí proviene que Rodiguez atribuya siempre todos los actos de Bilbao al móvil mas pequeño i miserable que le sea posible suponer. Nada lo detiene en el peligroso campo de la hipótesis, i ni siquiera parece sospechar que ese campo tiene un límite mas allá del cual no puede aventurarse un caballero.

Barra, inspirándose en el amor, noble sentimiento que busca la grandeza, atribuye, por el contrario, a esos mismos actos el móvil mas elevado i jeneroso que le sea posible imajinar.

Creo que basta con las observaciones que preceden para formarse una idea sobre el espíritu que anima i las tendencias que persiguen los folletos que tengo a la vista.

Ahora pasemos a estudiar la vida de Bilbao bajo esa doble luz, para entrar mas tarde en la apreciacion de las doctrinas a que consagró esa vida.

I

El movible cuadro de la existencia humana tan inconstante i caprichoso al parecer, obedece sin embargo a una lei fija, lei que lo domina del uno al otro estremo. Esa libertad de nuestros actos que con enfático orgullo proclamamos, tal vez está mas léjos de la verdad de las cosas que el depreciado fatalismo musulman.

Esclavo el hombre desde la cuna a la tumba del organismo que lo forma, la sociedad que lo rodea, el medio moral en que se desenvuelve i la familia a que se encadena, lucha i se esfuerza por sacudir esa múltiple i variada influencia, para caer ¡cosa triste! despues de tanto esfuerzo i tanta lucha, esclamando como el lejionario de las Galias: *fata voluerunt!* —el destino así lo quiso!

La vida del hombre es necesaria, dando a esta palabra el sentido absoluto de la escuela alemana. Fatal i necesaria! Tristes reflexiones que oprimen el pensamiento que se inclina a mirar en las profundidades de sí mismo, tristes verdades que resaltan al estudiar el desarrollo de la vida ajena.

Tomamos la vida de Bilbao como una ilustracion de esa tésis, como un ejemplo en que se hace palpable el anillo constrictor que estrecha al hombre en sus actos.

Francisco Bilbao nació el 9 de enero de 1823.

Sus primeros años pasaron en medio de una familia modesta i retirada. Don Manuel Blanco Cuartin que conoció mui de cerca aquel hogar, lo ha descrito en una pájina sentida i tierna.

«El padre de Bilbao, dice, era hombre que habia padecido persecuciones tenaces del gobierno Prieto i hecho por lo mismo llorar i padecer a su idolatrada señora, que en puridad de verdad era la mejor de las madres i esposas: no dejaba jamas de recordar a su hijo predilecto lo que habia padecido léjos de Chile, lo que su familia habia penado por la crueldad de sus enemigos, cómo i porqué se habian arruinado sus intereses.

«Francisco le oia i suspiraba; mas de una vez ví yo sus ojos arrasados en lágrimas al oir la voz de su madre que llorando fulminaba contra los perseguidores cobardes de su dicha.»

I esas lágrimas no caian en un corazon árido, ni esas tristes escenas pasaban delante de un espectador frio e insensible. Era el niño quien recibia esas lágrimas, era el futuro filósofo quien veia dia a dia i momento a momento ese drama silencioso i sombrío del hogar del proscrito!

¿Qué quereis? Cómo no habia de desarrollarse en su alma apasio-

nada el odio santo de todo despotismo cuando víctima de ese despotismo veia despedazarse el seno maternal?

Cómo no habia de sentir en su alma ardiente la sed de lucha para arrojar del poder a los que vejaron a su padre i azotaron a su patria?

Pero ¿cómo combatir? Era necesario buscar las armas en ese campo penoso del estudio, fecundar la intelijencia con la ciencia i luego hacer que se perdiera su odio personal hácia los déspotas en las profundidades de su odio al despotismo.

Bilbao estudia. La ciencia le habla al oido, como la serpiente tentadora a la Eva del Paraiso. La duda asoma en su espíritu i la lucha fermenta en su corazon. Habia olvidado que todos los despotismos son hermanos i que no se puede aborrecer al uno sin odiar los otros; él queria solamente combatir el despotismo material que abrumaba su patria i sin quererlo combatió en si mismo el despotismo moral que abrumaba su espíritu.

Aquella lucha entre la fé que se iba i las ideas nuevas que ganaban su alma, fué triste, desgarradora i angustiosa. En todas las obras de Bilbao han dejado su huella esos momentos de penosa ansiedad en que esclamaba: *quisiera morir!*

«Bien sé, dice en un párrafo de su introduccion a la Vida de Jesus, bien sé lo que cuesta, lo difícil, lo que desgarra, arrancar de la fé autoritaria el fundamento, arrasar todos los amores que el crucificado hace nacer en el corazon sensible i segar todas las flores de la imajinacion entusiasmada: demoler todo los monumentos de la fé de los mayores, apagar el fuego del hogar, evaporar esos cielos poblados por la infancia de las jeneraciones.....callar la oracion de la familia sepultar en una palabra las creaciones de una serie de siglos. Bien lo sé! Pero la verdad es mas fuerte que el amor, la ciencia es mas grande que la imajinacion, la realidad mas poderosa que la imájen, el deber mas racional i sublime que el entusiasmo, la alegría mas fuerte que el dolor, la evidencia mas resplandeciente que los cielos, la luz mas bella que los paraisos, mas tremenda que los juicios finales, mas fecunda que la exaltacion; no de carácter transitorio como las fantasías de sacerdocios o de pueblos, mas de esencia i estabilidad eterna como Dios.»

Pero aun cuando en sus obras no hubiera dejado ese dolor su huella, como el reguero de sangre que deja el animal herido cruzando por el bosque, aun así ¿con que derecho afirmaria Rodriguez que Bilbao se alejó indiferente, impasible de su primera fé?

Es necesario no conocer el corazon humano para creer que álguien pueda así alejarse de los primeros amores de su conciencia.

Nó, la verdad es bien distinta. Al reclinar la frente por la última vez en el altar de sus mayores, al invocar al Dios de sus padres, repitiendo por la vez postrera esas palabras que aprendimos en la cuna, no hai corazon que no sufra, se desespere, se ajite ansioso buscando en su desesperacion donde apoyarse... ¿cómo decir lo que pasa en ese instante por el alma adolorida en que la duda clava su aguijon? cómo pintar ese momento terrible entre los mas terribles?...

Ah! Los que han querido con la fé del alma, los que han concentrado todas las facultades de su ser en la tremenda i sublime facultad de amar, los que han hecho de una mujer el Dios grande, el Dios único, de su alma, su sola fé, su última esperanza i en medio de los éxtasis de su ilusion divina descubren un dia que todo es mentira en la mujer que amaron, esos saben lo que siente el alma al contemplar vacío su cielo, vacío el templo i el fuego del altar hecho cenizas!

II

Fruto de esa trasformacion moral i de ese estudio constante fué el artículo sobre la SOCIABILIDAD CHILENA publicado por Bilbao en el *Crepúsculo*.

Es necesario recordar lo que era entónces nuestra sociedad para poderse dar cuenta de la encarnizada persecusion que se le hizo.

Cumpliendo con el propósito de dar a conocer los folletos que tengo sobre la mesa, voi a tomar de uno de ellos, el de Barra, la galana i pintoresca descripcion de aquellos dias.

«Chile, dice, relegado al último rincon de las colonias españolas sufria todas las consecuencias de su alejamiento. Sobre su sociedad gravitaba con mayor peso el despotismo político i el relijioso, basados en la ignorancia. En los primeros dias de la guerra de la independencia, algunos hombres habian traido de contrabando las ideas de los enciclopedistas i las jenerosas aspiraciones revolucionarias del 89. Entre ellos hubo hasta frailes volterianos. Aquellos espíritus escojidos realizaron la emancipacion política; pero no emanciparon la conciencia. Acaso se sintieron sin fuerza para completar su obra i abandonaron esa tarea a sus sucesores. Ello es que, desligados del trono español seguimos vejetando en plena colonia.

«Por causas que no es del caso esplicar, en 1842 recien se manifestó un movimiento intelectual de buen agüero que venia a marcar una nueva época en nuestra adormecida sociedad. Sin embargo, la iglesia chilena de aquellos buenos tiempos bien pudo anticiparse i decir como el ruso a su imperial señor: *la paz reina en Varsovia!*

«La relijion católicia era profundamente respetada. El clero mas se dedicaba a su ministerio que a la política. La iglesia romana aun no habia quemado sus naves, ni hecho sentir su peso sobre la razon, la libertad i el progreso del mundo.—Los noveles republicanos, satisfechos de su triunfo, habian perdonado a Pio VII i a Leon XII sus ataques i condenaciones apostólicas contra la revolucion americana i sus prohombres; i, sin sentir necios escrúpulos, habian lanzado de su seno al obispo Rodriguez, en una ocasion, i ántes al nuncio Muzzi, a Salusti su secretario i a Mastai Ferreti, hoi infalible i en aquel entónces ajente político de la Santa Alianza, que queria reconquistarnos.

«No habia, pues, motivos plausibles para que aquellos bravos patriotas, mas cristianos que ultramontanos, rompieran con sus creencias relijiosas. Se sentian bien, nada les molestaba, seguian pues creyendo: cuando mucho uno que otro doblaba sin estrépito por la torcida senda del indiferentismo. Los hombres oían su misa los domingos, las mujeres se confesaban por pascua *florida* o ántes si habia peligro de muerte o necesidad de algun viaje, que era lo mismo; los herejes estranjeros solo se ocupaban de los negocios que les traian a nuestras playas i los sacerdotes, modestos i benéficos, eran queridos i respetados. Aun no habian dislocado las familias con su *direccion espiritual*, ni enturbiado la política como ahora.»

En medio de aquella sociedad timorata «que dormia tranquilamente su siesta española» apareció Bilbao con su artículo como una conmocion.

La SOCIABILIDAD CHILENA no es seguramente una obra literaria de algun mérito; pero tampoco es el tejido de sofismas de libertino de que nos habla Rodriguez. Es probable que habria sido olvidada, hasta por su mismo autor si no se le hubiesen dado la publicidad i el escándalo de un jurado. La persecucion le dió el brillo, la aureola i el prestijio con que aparece entre nosotros. Hizo de ella algo como la fé de bautismo del pensamiento emancipado.

La prensa entera se ocupó de ella largo tiempo, ya para combatirla con artículos mas a propósito para probar su celo que su ciencia, ya para aplaudirla con un entusiasmo que solo justifica la actitud noble i enérjica asumida por Bilbao.

La sociedad parecia sacudida en sus cimientos: el bronce sagrado sonaba el arrebato del peligro i la chusma exaltada i rabiosa, injuriaba i maldecia al atrevido autor.

El espíritu de la persecucion desencadenado en contra de Bilbao no quedó satisfecho con hacerlo condenar por un jurado, quiso tambien hacer una víctima de todo lo que de cerca o de léjos le tocaba.

Para probarlo me bastará recordar los ataques tenaces que cerraron las puertas del establecimiento dirijido entónces por don Domingo F. Sarmiento i don Vicente Fidel López. Aquellos ataques no tuvieron mas causa que el haber usado los directores del *Liceo* los nombres fatídicos de Leroux, de Lerminier i de Jouffroy, citados con frecuencia por Bilbao.

Perseguido en Chile, espulsado de la universidad por sus escritos fué a buscar léjos de su patria la tranquilidad i la ciencia que aquí se le negaba.

III

Fiel al objeto que me he propuesto al escribir este rápido artículo, trascribo del folleto de Rodriguez la descripcion que hace de la Francia, cuando Bilbao por primera vez pisó sus playas en febrero de 1845.

«El momento, dice, no podia ser mas oportuno para estudiar aquel pais de que el peregrino chileno habia sido siempre un entusiasta admirador. Luis Felipe habia adoptado por regla de su política esterior la paz a todo trance con Inglaterra i por norma de su política interna, la observacion escrupulosa de la carta. Sin desentenderse completamente de los negocios públicos, en los cuales trataba de influir por medio de sus ministros, o proclamaba su decidida voluntad de ajustar su conducta a la famosa fórmula: *El rei reina, pero no gobierna.* Consecuencia natural de esta política fué la fermentacion intelectual, moral i social en que entró la Francia, los disturbios contínuos en las calles, las grandes luchas en la prensa, en las cátedras i en el parlamento. ¡Qué tiempos aquellos i que brillantísima constelacion de sobresalientes injenios! En la poesía tenian la palabra Lamartine, Victor Hugo, Beranger, Ponsard, de Musset, de Vigny, a Sainte-Beuve i Barbier; en la novela Dumas, Jorje Sand,, Balzac, Sué Soulié Sandeau, i Merimée; en la historia Guizot, Barante, Sismonde de Sismondi, Michelet, Thiery, Henri Martin, Thiers, Louis Blanc Michaud, Laurentie, Montalembert, Rorbacher, Gorini, Audin etc.; en la cátedra sagrada Lacordaire, Combalot, Ravignan; en la tribuna política Berrier, Thiers, Guizot, Odilon-Barrot, Montalembert, Lamartine, Villemain; en la enseñanza católica Federico Ozanam i Lenormant i en frente de ellos Michelet i Quinet que atraian en torno de sus cátedras una juventud ardorosa; en las ciencias Cuvier, Ampere, Gay-Lussac, Geoffroy Sainte-Hilaire, Cauchy, Arago, Leverrier, Dumas, Elie de Beaumont, Flourens; en la filosofía La-

mennais, Bautain, Gerbert que seguian las huellas luminosas de Bonald i de Maistre; Cousin, Saisset, Damiron, i Quinet entre los que marchaban por opuesto camino; en la prensa periódica i en los panfletos Veuillot, Dupanloup, de Genoud, Carrel i Cormenin, ¡I esto sin hablar del teatro donde la Rachel hacia revivir la trajedia, ni de la escultura, la pintura i la música cultivadas por verdaderas notabilidades entre las cuales basta recordar los nombres de Pradier, David, Delacroix, Ingres, Vernet, Delaroche, Flandrin, Gavarni i Amadeo de Noé (Cham) Niedermeyer, Feliciano David i Berlioz!»

Aun cuando en este cuadro no vayan los encantos literarios mas allá de la monotonía de una fastidiosa nomenclatura, ni el arte mas allá de la paciencia, debemos reconocer en justicia que con eso basta para hacer ver la impresion recibida por el espíritu de Bilbao que dejaba a su espalda una sociedad apática, ignorante i monacal para arrojarse en medio de un pueblo revolucionario i turbulento que fermentaba en su seno los trastornos políticos que poco mas tarde conmovieron el mundo.

Avido de ciencia i de trabajo perseguia con un teson infatigable todo lo que pudiera traer luz a su espíritu, vigor a su conciencia o elevacion a sus ideas. Los testigos de la vida que hizo entónces recuerdan con el orgullo del compatriota el prestijio que su carácter i su palabra le ganaron entre sus compañeros; el amor que inspiraba en todas partes la bondad de su alma i la pureza de su corazon.

He dicho que Bilbao buscaba la ciencia donde quiera que la ciencia se encontrara i me estrañaria la neta seguridad con que Rodriguez afirma que «el viajero no dirijió nunca sus pasos hácia el templo en que Lacordaire prodigaba los raudales de su elocuencia,» si no viera en todo ese folleto la facilidad con que prodiga los juicios de una temeraria lijereza; facilidad i lijereza que solo pueden ser comparadas con las que usa para desmentirse a sí mismo porque luego copia el segundo acápite del estracto de su Diario en que se lee: «He ido a Nôtre Dame a escuchar a Lacordaire. El templo estaba casi lleno. Al verlo derramar su voz estrepitosa bajo las bóvedas i llevar su enerjía por la iglesia, el pecho me palpitaba, pero no de fé sino de gloria, de ambicion de servir a la causa nueva de un modo semejante.»

Por lo demas cuando veo al señor Rodriguez sospechar que el orador dominicano pudo apartar a Bilbao del camino que seguia, me permito sospechar a mi turno que no ha leido a Lacordaire o que si lo ha leido no ha tenido la felicidad de comprenderlo mejor que a Bilbao.

Lacordaire es un carácter revolucionario forjado en la misma fragua que el de Bilbao, i su enseñanza no podia servir sino de estímulo al autor de la SOCIABILIDAD. Toda la actividad febril de esa alma que rujia adentro del templo, como el leon adentro de su jaula, se refleja en sus conferencias de Nuestra Señora. En una de ellas decia: ¿«Qué queda que hacer en favor de la salvacion de lo que se ama? Hablar es mucho, hablar con autoridad, hablar de manera que se persuada i que se haga temblar a los que no se persuade, hablar de manera que la palabra viva i atraviese las edades con una gloria que no se borre, con una majestad que llene los tiempos. Despues, escribir; escribir no con una escritura muerta, no con una escritura que se pueda destruir con el incendio o el olvido, sino de una manera que subsista tanto como la palabra i la corrobore, eso es mucho pero no es todo..... ¿Qué mas hai, señores? Hai la palabra de sangre, la escritura de sangre. Cuando se habla i se escribe por la verdad, por la virtud, por la salvacion del jénero humano, hai un tercer ministerio: dar la autoridad de su muerte i la autoridad de su sangre.».....

I bien! si Bilbao hubiera sentido vacilar su espíritu, temblar su corazon ante el peligro, la palabra de un hombre que así piensa i así siente léjos de contenerlo lo habria lanzado en el revuelto océano de la lucha.

En aquella época fué cuando estrechó sus relaciones con Michelet, Quinet i Lamennais cuya palabra sacudia el mundo desde el fondo de su humilde celda.

Fuerte con la enseñanza allí adquirida, con la fé profunda en el progreso que hacia latir el corazon de sus maestros, con la esperanza de una próxima rejeneracion que acariciaban los grandes espíritus de aquella época, salió Bilbao del barrio latino para recorrer la Europa i volver a su patria tan querida.

IV

Llegó a Valparaiso el 2 de febrero de 1850. Era el momento en que la ajitacion de los espíritus tocaba su último límite entre nosotros. Se jugaba la partida de la presidencia sobre el tapete de la política.

Bilbao no veia que parte podia caberle en una lucha elctoral i alejándose del campo, principió a trabajar por la revolucion social i relijiosa que fué toda su vida el objetivo constante de sus actos.

Fundó la SOCIEDAD DE LA IGUALDAD, cuyo recuerdo palpita todavía en el corazon de la clase proletaria.

Fué allí donde Bilbao descubrió todo el poder i el entusiasmo de su arrebatadora elocuencia. Su palabra brillante i colorida, la conviccion

i la entereza de su carácter, lo hicieron dueño por completo de la multitud que se agrupaba al rededor de su tribuna. Quién sabe hasta dónde llegara en sus esfuerzos si el 15 de noviembre no se hubiese declarado a Santiago en estado de sitio i suprimido aquella institucion cuyas raices por todas partes se estendian.

Miéntras desempeñaban las penosas tareas que le imponia la direccion de la Sociedad de la Igualdad, dió a luz Bilbao *Los Boletines del Espíritu* bien superior por cierto al inolvidado artículo del *Crepúsculo*. Aquí deja ya ver su autor las tendencias idealistas de su espíritu i el fantástico lirismo de su palabra que van a acompañarlo durante su vida entera. Siempre la misma sensibilidad, el mismo amor a los desheredados de la sociedad i de la fortuna; la misma sed de justicia i de verdad dominan en el fondo de sus cuadros, casi digo en el fondo de sus visiones. Pero aquí hai arte, las palabras tienen ese algo alado de que nos habla Platon. A veces leyendo esas pájinas involuntariamente traia a la memoria las fantasmagorías de la Apocalipsis i a veces recordaba los idilios del Evanjelio; pero siempre el entusiasmo que desborda en todo lo que ha escrito Bilbao acababa por apoderarse de mi espíritu.

Es digno de observar el progreso verificado por el pais en el sentido de la tolerancia relijiosa. La nueva obra de Bilbao, harto mas revolucionaria i trascendental que la primera, estuvo sinembargo bien léjos de despertar ataques tan vehementes i apasionados como aquellos de que dimos cuenta. Despues de lanzar sobre *Los Boletines* una severa escomunion, los espíritus mas exaltados quedaron satisfechos.

Si ahora los *igualitarios* abriesen de nuevo las puertas de sus clubs, probablemente no iria la persecucion mas allá de un anatema.

Pero se olvidó entónces que no hai en la química social una sola combinacion mas peligrosa que la mezcla del proletario i la política; cuando esa mezcla es frotada, comprimida, se hace inevitable la esplosion. Esto fué lo que pasó i aquella sociedad benéfica en sus tendencias viéndose perseguida i perturbada con violencia por los ajentes de un círculo político principió por atacar en sus tribunas a los directores i ajentes de ese círculo, admitiendo de ese modo el elemento de la política en su seno i concluyó deslizándose por esa pendiente fatal que la llevó al campo sangriento de la conspiracion i los motines.

La revolucion del 51 prendió en sus redes a Bilbao, quien, como sus demas compañeros, tuvo que buscar en la fuga i el destierro la salvacion de su vida.

La ola de la proscripcion lo arrojó sobre las playas del Perú.

Allí principió a hacer una propaganda, digna de sus nobles sentimientos, en favor de la emancipacion de los esclavos. Organizó una sociedad con este objeto, cuyo rápido incremento llamó la atencion de los hombres del poder. Echenique, para conjurar la tempestad que divisaba, decretó el aprisionamiento de aquel reformador incorrejible. Bilbao se asiló en la legacion francesa donde permaneció hasta los primeros dias de 1852.

Echenique solicitó de él una conferencia cuyo resultado fué la formal promesa de dejarlo tranquilo siempre que él prescindiera por completo de la política interior. Bilbao, cosa que no comprendo, aceptó aquella libertad condicional quedando de este modo en calidad de huésped simplemente tolerado. El gobierno que lo observaba i lo temia aprovechó el movimiento de 1854 para decretarle a él i sus hermanos un perpétuo destierro.

De nuevo Bilbao, como el judio errante de la leyenda oyó la voz del poder que le decia: Vete! Vete! I viajero fatigado siguió por el camino del proscrito en busca de su ideal. Continuaba en Guayaquil su propaganda cuando la noticia de la prision de su padre vino a sorprenderlo. Inmediatamente con riesgo de su vida Bilbao volvió a Lima i entró de lleno en el foco de la conspiracion.

El movimiento revolucionario encabezado por Castilla triunfa; surjen las ideas sociales porque lucha Bilbao i éste quiere tambien hacer surjir sus ideas relijiosas. Para él, miéntras el catolicismo impere, la República no será mas que una ficcion vana i estéril. Ataca al catolicismo por la prensa. El clero se alza i con el clero las chusmas fanáticas que ajita i los instrumentos que dirije en el poder. Acusan a Bilbao i se abren para él las puertas de la Inquisicion de Lima. Salió de allí libre, gracias a los tenaces esfuerzos de su hermano Manuel. Exitado el fanatismo por aquella sentencia absolutoria amenazó los dias de Bilbao encomendando la defensa de su relijion de amor i caridad al alevoso puñal del asesino.

El año 44 volvia a presentarse trayéndole la vida del proscrito con sus ajitaciones, sus temores i su inmensa esterilidad.

De nuevo, como el judio errante de la leyenda, oyó la voz del pueblo que le gritaba: Maldito! Maldito.....

Bilbao continuó por el camino que alumbraba su estrella ¿resignado? abatido? nó, resuelto, decidido, sintiendo arder en su alma antigua el fuego i el entusiasmo de sus primeros dias.

IV

Esta vez volvió a Europa, a su Francia, esa patria querida de su intelijencia i sus maestros.

¡Qué cambio! El habia dejado al partir un pueblo libre lleno con las aspiraciones de la justicia, la libertad i el derecho i al volver encontraba un pueblo en ruinas: en silencio la tribuna, en silencio la prensa, en silencio la voz de la conciencia i sobre ese silencio de la muerte i los escombros, flotaba ébria de sangre el águila imperial!

¡Qué cambio! El viento ultramontano habia soplado sobre ese pueblo enérjico i viril i como el simoun envenenado del desierto no habia dejado tras sí mas que la muerte!

No pudiendo soportar ese espectáculo que destrozaba sus recuerdos mas queridos, recorrió la Béljica i luego volvió a América.

¿Qué va a hacer? ¿Va a continuar en ese camino lleno de ajitacion i de amargura? ¿No le basta la triste esperiencia de su patria, no lo detiene la persecucion i los sufrimientos del Perú? ¿No le desalienta el espectáculo de la Francia encadenada, no ve que va a caer sepultado bajo el peso de la reaccion ultramontana que sube i arrasa en todas partes? Proscripcion, odios, decepciones amargas, privaciones de la miseria, nada lo detiene i cuando veo a ese hombre aprontarse de nuevo para entrar en lucha siento en mí la fuerza tenaz de la conciencia; cuando veo que a pesar de todo él tiene fé en el porvenir siento que en mi alma renace la esperanza.

Es noble el espectáculo de ese hombre cuando al pisar las riberas del Plata se decia: «No desmayes, viajero infatigable. Peregrino sin patria, adelante, que cada paso del siglo te acerca a la ciudad querida.....ánimo en la inmensidad siempre inmensa; ánimo en el abismo del alma, que la estrella resplandece; ánimo en medio de los horizontes que huyen!.....»

I luego recordando su patria ¡con qué melancólica angustia esclama: Es allí donde quisiera morir! Con qué dolor se pregunta: Porqué espulsado cuando siempre estuve en mi derecho? He dado todo a mi patria, añadia; mis amores primeros fueron mi patria. En ella soñaba, con ella vagaba en el llano i la montaña envuelta en sueños de gloria. Con ella quise identificar el derecho. En ella quise encamar la libertad. Quise que su vida fuese la justicia..... ¡I tantos años sin verla!.....»

¡Alma virjinal, alma santa del proscrito, que otros derramen sobre tu esencia pura el veneno de las pasiones odiosas, en cuanto a mí... dejadme derramar sobre ella las lágrimas piadosas del recuerdo!

V

Fundó Bilbao en Buenos Aires la Revista del Nuevo Mundo que continuó dirijiendo hasta diciembre de ese año (1857) en que pasó a ocuparse de la redaccion de El Orden, que tuvo que abandonar por la dificultad que le presentaba el editor para la libre emision de sus ideas.

Miéntras consagraba su intelijencia al servicio de una noble causa, empeñaba sus esfuerzos por dar vida a la juventud arjentina reuniéndola en el Club Literario, cuyas sesiones se abrieron con la lectura de la Lei de la Historia, que es sin duda una de sus obras mas concluidas, mas elevada en sus ideas i de mayor alcance filosófico.

Allí, en medio de sus trabajos i sus luchas, vino la muerte a sorprenderlo. Los anatemas que lanzaba el clero sobre su América en peligro, el estampido del cañon frances que destrozaba al pueblo mejicano, la usurpacion de las Chinchas, que amenazaba el porvenir de América esos fueron los últimos sonidos que percibió su oido moribundo.

Su muerte fué digna de esa vida consagrada al servicio de su patria i su conciencia, al culto del bien i la virtud.

Mme. Quinet al contarla en sus *Memorias del Destierro*, humedece su pluma de mujer con las lágrimas que consagra al recuerdo querido de su noble amigo.

«La intrepidez, dice, que tenia sobre los campos de batalla lo acompañaba en todos los actos de su vida. Ella debia tambien causar su muerte. A fines de 1857 encontrándose en un paquebot, en el rio de la Plata una mujer cayó por accidente al rio, en un lugar en que es mas peligroso que el océano. Bilbao se arrojó entre las olas, consigue salvar esa desconocida, pero sus esfuerzos sobrehumanos produjeron la ruptura de un vaso del pecho.

«La mujer del pueblo estaba salvada, pero la vida de su libertador fué desde entónces una lenta agonía.»

Así principió esa larga i penosa enfermedad que vino a poner término a su vida el 19 de febrero de 1865.

Don José Victorino Lastarria, ha pintado con los tintes vigorosos de su pluma clásica la triste escena del postrer adios!

«Nada mas noble, dice en una carta citada por Barra, que los últimos momentos de Bilbao! Estuve con él largas horas en la noche última de su vida. Solo estaba acompañado de su incomparable esposa i de un fiel amigo, cuando estirándome su ardiente mano, me dijo: Esta noche muero; háble me Ud. de la muerte.»

«Estaba sentado en un sillon al lado de su cama. Hablaba mui poco i en voz mui baja. Nunca mas bello que entónces. El blanco trasparente de su cara contrastaba con el negro de su profusa cabellera, i dibujaba sobre sus anchas sienes i sobre sus largos párpados las ondulaciones de sus venas sutiles i azuladas. No estaba abatido. Su semblante revelaba todavía el fuego i la entereza de su espíritu.»

«Bilbao no era de esos hombres que viven aborreciendo la vida i deseando la muerte, para temblar en su presencia. En ese momento me decia que él jamas se habia imajinado un misterio aterrador en la muerte i que creia que en la eternidad el espíritu adquiria todo su desarrollo. «Lo que hace sensible la muerte, agregó, es lo que se deja acá. Yo sufro al dejar a mi mujer i siento un dolor inconsolable al morir sin ver a mi Chile, a mi patria, a quien hubiera consagrado mil vidas..... Déle Ud. mis adioses..... ella será mi última palabra..... ¡Un favor¡ Que me entierren envuelto en el tricolor chileno!».....

«I así se hizo. La bandera de Chile fué su mortaja i cuando yo veía sus pliegues conmoverse con la brisa, al depositar el ataud en una bóveda de la Recoleta, me imajinaba que aun palpitaba de amor patrio el corazon de mi amigo.....»

Hemos concluido la historia de esa vida que principió en medio de las ajitaciones tumultuosas de un jurado i fué a concluir en el silencio del destierro, la soledad i el abandono de la pobreza.

VI.

He dicho al principiar que presentaba la vida de Bilbao un brillante ejemplo de la influencia que ejerce sobre el hombre la accion combinada de la naturaleza i la sociedad.

En la infancia, esa edad de la alegría i los misterios, lo sentimos escuchar silencioso i pensativo los tristes recuerdos que hace el padre de la vida del proscrito i ver rodar las lágrimas amargas que arranca al corazon de su madre una situacion escepcional.

Allí en el seno de ese hogar se enciende la llama que ilumina con sus resplandores melancólicos la vida entera de Bilbao.

Esas ideas se graban en su espíritu con la tenaz vitalidad que tienen todas las impresiones de la primera aurora de la vida. Fermentan en su interior con todo el calor de las primeras emociones del corazon del jóven i lo arrastran a ese ataque apasionado i vehemente que tuvo por desenlace un destierro voluntario pero inevitable.

Las tendencias de su carácter lo llevan a Francia i mas que sus tendencias quizás, las facilidades que encontraba para hacer el viaje.

Supóngase por un instante que en vez de ser llevado allí, en medio

de un pueblo en que todo lo incita i lo estimula en el sentido de su poética manera de mirar la vida i el espíritu del hombre, hubiese ido al seno de un pueblo práctico, los Estados Unidos por ejemplo, en que todo le hubiese hecho palpar el camino diverso que podia seguirse para llegar al ideal que perseguia. Este solo cambio habria variado por completo la direccion de su insaciable actividad.

En vez de dar esa importancia, acaso desmedida, que concede al problema relijioso en el desarrollo de los pueblos, talvez lo habria relegado como el yankee a esa segunda fila que se parece mucho al mas completo olvido. Dar mas actividad al espíritu de empresa, difundir con el amor a la ciencia el amor al trabajo, aumentar las facilidades de la vida i con eso la independencia i la entereza de los ciudadanos, habria sido talvez el objetivo de su palabra i sus escritos.

Vuelve a Chile. Si hubiera llegado en una hora de calma política, talvez la sociedad que fundó entónces, siguiendo sus jenerosos propósitos, no hubiera pasado de ser una escuela del deber i del derecho. Pero llegó aquí en un momento en que los partidos luchando encarnizados vieron en la SOCIEDAD DE LA IGUALDAD un poderoso elemento de combate, se echaron sobre ella i destrosándola, la arrastraron hácia el campo de la revolucion i los motines.

Las líneas de su figura se acentuan, las tendencias de su carácter se hacen mas i mas marcadas i todo aquello que fué al principio posible combatir i borrar, como los recuerdos de la infancia, como las pasiones del juventud, ahora se adhiere a su naturaleza como la hiedra al arbol que rodea, como el hijo a la madre que lo alienta.

La partida del destino está jugada. La naturaleza formó un alma apasionada i vehemente, un corazon sensible i jeneroso, una imajinacion oriental i exaltada, envolvió todo eso en un cuerpo hermoso i delicado, lo hizo bello porque lo hacia sensible.

La sociedad se apodora de esa obra, la tritura i la transforma.

De allí resulta un filósofo, que al traves de sus obras nos deja ver la amargura i los sufrimientos de su alma virjinal.

De allí resulta un caráter enérjico, porque se ha formado en la lucha; un ardiente amor a la patria, porque tiene los encantos de la distancia; un amor a la libertad porque siente la presion bajo toda sus formas; un amor al pueblo porque como él sufre, lucha i ama.

De allí se levanta una figura noble como el sacrificio, pura como el amor; ¡para figurar que despierta la admiracion con su heroismo i arranca lágrimas con sus desgracias.

Cruza por la vida como un soñador, como un poeta; soñando con la justicia, cantando todo lo que eleva i ennoblece.

Muere proscrito. Su última palabra es un recuerdo de la patria que ama; su último vestido es la bandera del pueblo que al mirar su tumba esclama, como *Hamlet*:

O what a noble mind is here overthrown.

Oh! que pensamiento tan noble está encerrado aquí!

Si Bilbao ha muerto, si ha muerto ese hombre a quien Bello llamaba su maestro, a quien Michelet envidiaba como hijo, i en quien presentia Quinet un gran carácter i un gran jénio, en cambio su obra vive i continúa su impulso.

Su obra ha sido, como la de todos los heraldos del progreso, principalmente una obra de destruccion. Uno de los errores de nuestro tiempo, dice Alejandro Dumas hijo, es creer que se puede detener una destruccion en la mitad de su camino i recomponer con lo que debe morir. Será inútil que se pinte de verde las hojas marchitas, no se hará el verano i caerán a pesar de todo cuando lleguen los vientos. Vale mas derribando las ramas muertas, tallando las vivaces ayudar al trabajo misterioso de la sávia i los elementos. Estais condenados a caer, sois las hojas secas del árbol, es necesario que el viento os arrastre. Voltejead en el espacio, eso anima el paisaje gris i silencioso del invierno i miéntras el viento os sostenga, hareis creer que teneis alas. Pero sabedlo, bien la vida no está ya en vuestras ramas muertas i vosotros no haceis morir sino lo que no debe durar.

Augusto Orrego Luco.

DON JOSE JOAQUIN DE MORA

El *Diccionario Universal de Historia i de Jeografía*, publicado en Madrid el año de 1848 bajo la direccion de don Francisco de Paula Mellado, se espresa como sigue en un corto artículo biográfico que dedica a don José Joaquin de Mora.

«Los jefes de las nuevas repúblicas americanas se disputaban a Mora para llevárselo a aquel continente; i éste, viendo que no habia probabilidades para volver a su país, admitió las proposiciones de Rivadavia, gobernador de Buenos Aires, i pasó a aquel lejano hemisferio en 1827. Las revoluciones de aquellos desgraciados países le hicieron emigrar constantemente de uno a otro; pero eran tantas las brillantes proposiciones que por todas partes le hacian, i tal la consideracion con que lo miraban aquellos gobiernos, que no hallaba mas dificultad para admitirlas, que su misma abundancia. Así es que recorrió sucesivamente la República Arjentina, Chile, Perú i Bolivia, fundando en todas partes colejios que aun subsisten, i a los que aquellos países deben la ilustracion que hoi tienen. Pero los gobiernos de las repúblicas no querian se ciñese a estos trabajos, predilectos suyos en tierras estrañas, i quisieron aprovecharse de sus vastos conocimientos políticos i económicos para arreglar la administracion de sus respectivos países. Impulsado por esta senda, Mora desplegó un saber i un tino de que por desgracia no se ha aprovechado el país que le dió el ser; i Chile, que fué donde mas trabajó, será un monumento eterno de su superioridad como hombre de gobierno. Cuando llegó Mora a aquel país, se hallaba destrozado por las revoluciones, i paralizada su riqueza por la falta de crédito i de comercio. El gobierno se puso enteramente en sus manos, i aceptó sin discusion cuántos trabajos le presentó para remediar estos males. Mora organizó el crédito público de aquel país en bases tan sólidas, que el papel de la

República se ha elevado i mantenido al par en la bolsa de Lóndres, miéntras que el de los demas países que hablan el español se encuentra en un descrédito lamentable. Ademas de esto, dió tan sanos consejos para el arreglo del sistema de aduanas, que en poco tiempo llegó a ser el puerto de Valparaíso el mas floreciente de la América del Sur; i su poblacion, que al emanciparse la República solo contaba seis mil almas, ha llegado hoi, gracias a estas acertadas disposiciones, a cincuenta mil; i su aduana produce casi tanto como todas las de España reunidas. Algunos trabajos análogos a éstos hizo para el Perú i Bolivia por consulta de sus gobiernos respectivos, i en todas partes produjeron los mismos resultados.»

Igualmente esplícito acerca de este particular ha sido el afamado individuo de la Academia Española don Antonio Ferrer del Rio en una necrolojia de don José Joaquin de Mora, que dió a luz a fines de 1864.

«De la estancia de Mora fructuosa a todas luces, se conserva allí (en las repúblicas mencionadas) grata memoria, dice, i particularmente en Chile, donde se dedicó a la enseñanza, de suerte que fueron discípulos suyos cuantos hoi figuran al frente de los públicos negocios; i tampoco habria exajeracion alguna en decir que a la influencia de Mora, se debe que aquella república supere en órden i progreso a todas sus hermanas, como que dió el tono a su lejislacion judicial i administrativa. Aun hace poco tiempo que en muestra de gratitud recibió el título de miembro honorario de la Faculad de filosofía i humanidades de Chile.»

Los dos trozos que acaban de leerse contienen en jeneral tantos errores como verdades.

Entre otras, la aseveracion de la prosperidad creciente de Chile cuadra perfectamente a la realidad de los hechos; pero no así la parte excesiva que los autores citados atribuyen en ella a don José Joaquin de Mora.

La inexactitud de tales conceptos encuentra fácil esplicacion en la ignorancia, o a lo ménos, conocimiento mui incompleto que tienen los europeos, i aun los españoles mas ilustrados, de lo que sucede en comarcas habitadas por consanguíneos suyos.

El mismo señor Ferrer del Rio, que ha dado brillantísimas pruebas de sus aptitudes para las investigaciones históricas, confiesa que se ha visto forzado a dar una idea mui sucinta, tanto de la vida, como de las producciones de Mora, entre otros motivos, «por la carencia de importantes datos de adquisicion dificultosísima a todas luces, como relativos a los muchos años que estuvo fuera de su patria, i principalmente en la antigua América Española.»

Don José Joaquin de Mora no puede considerarse el autor principal, mucho ménos el autor esclusivo de los adelantamientos de nuestra república, segun se pretende; pero no puede negarse que, junto con muchos hombres esclarecidos de distintas condiciones, le prestó mui buenos servicios, i esto en tiempo que habia suma escasez de ausiliares intelijentes i empeñosos.

Su memoria será siempre grata para los chilenos.

Esto es lo que me ha movido a afanarme por reunir cuántas noticias he podido acerca de sus acciones i de sus obras.

La tarea, como lo nota el señor don Antonio Ferrer del Rio, no es sencilla.

La vida de Mora es una serie de peregrinaciones por rejiones mui apartadas, donde se ha encontrado colocado en situaciones harto diferentes.

La Odisea de que es el Ulíses ha tenido por teatro, no algunas islas vecinas entre sí, sino dos vastos continentes separados por un oceano.

Esta circunstancia de haber pasado su existencia en países distintos dificulta sobre manera el acopio de los datos i documentos que se han menester para combinar una biografía algo circunstanciada de don José Joaquin de Mora.

I efectivamente, no sé que hasta ahora se hayan publicado relaciones detalladas de los hechos i de las obras de un literato distinguido que alcanzó gran reputacion en todos los pueblos de lengua castella na, i que merecia tenerla.

Voi a procurar en cuanto de mí dependa llenar este vacío.

Creo inútil advertir que me esforzaré sobre todo en dar a conocer la participacion que cupo a Mora en los negocios de la América Española.

El rasgo prominente en el carácter de don José Joaquin de Mora es su entusiasmo por la ilustracion i la libertad.

En su larga carrera, tuvo flaquezas, dias de desaliento i de inconsecuencia, cometió faltas.

Pero siempre se sintió arrastrado a defender la causa de la libertad, i todavía mucho mas la causa de la ciencia.

Tenia la conviccion arraigada de que los hombres i los pueblos valen solo por lo que saben.

Así su vocacion era la de la enseñanza.

A donde quiera que llegaba, o establecia cátedra para alejar de los

niños i de los jóvenes la ignorancia, o fundaba algun periódico serio para propagar entre los adultos la instruccion, i muchas veces hacía lo uno i lo otro.

Mora, puede decirse, vivió i murió con la pluma en la mano.

Tenia una confianza fervorosa en la utilidad i la eficacia de la imprenta.

Si hubiera sido pagano, habria erijido un templo a la máquina de Guttemberg.

Se complacia en esplicar por el uso de tan benéfico invento la inmensa superioridad que la edad moderna tiene sobre las antiguas.

Despues de hacer notar las ventajas de toda especie que ofrecia la Europa de 1827 si se la comparaba con la Europa de 1790, se espresaba como sigue en la *Crónica Política i Literaria de Buenos Aires*, número 95, fecha 6 de setiembre de 1827.

«Estos efectos que confunden nuestra imajinacion deben atribuirse a una fuerza de accion constante, enérjica, irresistible, que triunfa de todos los obstáculos, que perfecciona la razon humana, que ha abierto a todos los pueblos la carrera de las mejoras, que arrostra los vanos ataques de los enemigos de la libertad: tal es la imprenta, arte maravilloso que atraviesa los interválos de tiempo i de distancia, i distribuye igualmente a todos los hombres los conocimientos mas diversos. Sin salir de casa, podemos saber lo que pasa en todo el mundo, i lo que pasó en las épocas remotas. La imprenta hubiera realizado la inmortalidad del alma humana, considerada en su intelijencia, si este dogma consolador fuera una ilusion del orgullo del hombre. La imprenta dice al tirano: cesa de oprimir; i al hipócrita: no pretendas avasallarnos con tu perfidia. Ella es la que arranca el cetro de manos de la fuerza bruta para confiárselo a la razon, solo digna de empuñarlo. Cuando el pueblo no sabía mas que lo que cada individuo podia aprender por sí solo; cuando habia pocos libros i pocos hombres en estado de aprovechar de ellos, ni habia opinion pública, ni aun siquiera público que mereciera este nombre. Hacíase el mal, i no llegaba a noticias de nadie. Los tiranos i sus satélites estaban seguros. El veneno o el puñal hacian desaparecer los testigos cuando el terror no bastaba a imponer silencio. Pero desde que la imprenta hace circular todos los avisos, todos los ojos se han abierto. El número de los que observan es tan considerable, que es imposible ocultar todos los crímenes. Los gobiernos no pueden ser injustos, ni absurdos, impunemente, a ménos que sean bastante fuertes para arrostrar la opinion, cometer abiertamente el crímen, i hacerse inaccesibles a la razon i a los remordimientos. La imprenta no es solamente el órgano de la opi-

nion pública; ella la proteje, la defiende, le suministra armas, i debe considerarse como la porcion mas preciosa de la herencia del jénero humano. No es ella la que ha creado el jenio, porque éste ha existido en todos tiempos; pero como el oro en las minas, cuando no hai brazos que lo saquen de ellas, el jenio quedaria sumerjido en la oscuridad, si la imprenta no lo presentase a la luz. Mas de una vez, los descubrimientos han perecido con sus autores; mas de una vez, la supersticion los ha estraviado de su destino, o la impostura se ha apoderado de ellos para asegurar su poder sobre la ignorancia i la credulidad.

«Para convencerse de los portentos que se deben a este injenioso amaño, basta considerar la situacion actual del mundo. De las grandes ciudades de Europa, como de otras tantas hogueras inestinguibles, el fuego sagrado del saber se esparce con rapidez incalculable, i pasa a los países mas lejanos. Lo que un modesto periodista confía al papel en Edimburgo, se trasmite como la chispa eléctrica a las orillas del Gánjes i de la Plata, al pié de los Alpes i de los Andes. En la casi desconocida Nueva Holanda, en las islas solitarias del Oceano Pacífico, entre los hielos de la Laponia, i bajo el cielo abrasador de Sierra Leona, se hallan admiradores de las inspiraciones de Byron, de los descubrimientos de Davy, i de las doctrinas de Stewart i de Constant. La descripcion de un establecimiento útil a la humanidad atraviesa los mares i va a fecundar el jérmen de la imitacion en medio de pueblos jóvenes en la vida social. Esa cadena inmensa, que abraza hoi todos los intereses humanos, i cuyos impulsos se sienten a las mayores distancias, i al traves de los obstáculos que intimidaban ántes a los viajeros mas intrépidos, no es otra cosa que la imprenta.

«Este precioso instrumento de actividad mental i de reforma política multiplica hasta lo infinito sus beneficios, cuando lo escudan las leyes abriéndole el campo de la libertad. Entónces mas poderoso que la autoridad mas absoluta, mas activo que el conquistador mas ambicioso, i tan irrisistible como la coaccion, ataca de frente i derrota todos los abusos, somete a su crisol todas las reputaciones, desengaña a las masas, hace temblar a los usurpadores i da vigor, union i voluntad a los muchos contra los pocos que los humillan i saquean.

«En Amériea, estamos en posesion de este derecho; i si no es probable que haya quien *quiera*, es imposible que haya quien *pueda* arrancárnoslo. Los gobiernos se suceden, los cuerpos lejislativos se reemplazan, i la imprenta permanece firme en la posesion de sus funciones, pronta siempre a investigar todos los sucesos, a admitir todas las reclamaciones i a hacer justicia a quien la pida i a quien la rehuse. Los males

que hace, ella misma los cura; porque quien abusa de sus recursos suscita una reaccion, que no tarda en castigarlo severamente.»

Mora, que, como acaba de verse, comprendia tan bien la importancia de la imprenta, pasó la vida junto a ella, en las oficinas de redaccion.

Si, segun el método de ciertos críticos modernos, hubiera de definírsele por una fórmula, deberia decirse que fué un profesor—diarista.

Los servicios que don José Joaquin de Mora prestó a varias de las repúlicas hispano-americanas tienen empeñada la gratitud de los ciudadanos de ellas.

Su celo, jamas desmentido, por el cultivo de las letras, hace su memoria recomendable para todos los amigos de la ilustracion.

Don José Joaquin de Mora nació en Cadiz el 10 de enero de 1783.

Su padre era un abogado que desempeñaba a la sazon el cargo de fiscal en el tribunal militar del distrito.

El jóven José Joaquin aprendió desde temprano perfectamente a lengua francesa i bastante bien la inglesa.

Se llama la atencion sobre esta particularidad, porque a pesar de ser Cádiz, puerto de mar mui frecuentado por estanjeros, el conocimiento de los idiomas estraños era allí poco comun, siendo raros los individuos que los poseian como Mora.

Este hizo con brillo sus estudios en la universidad de Granada.

Desde 1806, tuvo la honra de que se le encomendara en aquel establecimiento la clase de lójica.

Entre los que asistieron a sus lecciones, se contó don Francisco Martínez de la Rosa, a quien conservó siempre señalada estimacion.

El discípulo no tardó en llegar a ser amigo.

Mora dirijió a Martínez de la Rosa, para felicitarle por la composicion del *Arte Poética Española*, una poesía, que insertó en el *Mercurio Chileno*, número 12, fecha 1.° de marzo de 1829, i que mas tarde omitió, como lo hizo con tantas otras, en la compilacion de versos que dió a la estampa en 1853.

Despues de indicar a Martínez de la Rosa en esa composicion diversos temas para que ejercitase su númen poético, termina diciéndole:

Cumplida así verémos la esperanza
Que dió tu juventud, cuando ceñidos
De lazos de amistad i confianza,

Jenil nos viera unidos,
Pasear sus riberas tutelares,
I preludiar estudios i cantares.

Cuando sobrevino la invasion francesa de 1808, Mora, dando de mano a las pacíficas tareas literarias, se armó para defender la independencia de la patria amenazada, alistándose de soldado en el rejimiento de dragones de Pavía.

Uno de sus biógrafos asevera que Mora se equipó i mantuvo a su propia costa.

Asistió a la batalla de Bailen.

Habia ascendido ya a alférez, cuando cerca de Ciudad Real, cayó prisionero en marzo de 1809.

Segun don Antonio Ferrer del Rio, algunos de los que acaudillaban el bando del Bonaparte, «prendados de su estremada cultura,» le ofrecieron colocaciones tentadoras para decidirle a que siguiera la bandera del monarca intruso; pero Mora rehusó con noble enerjía.

Habiendo sido entónces enviado a Francia en calidad de prisionero de guerra, se casó con una señora de aquella nacion, i permaneció en aquel país seis años, perfeccionando sus estudios, i leyendo cuanto podia.

Parece que hizo tambien por aquel tiempo una incurcion a Inglaterra.

El año de 1814, regresó a España.

Despues de haber morado breve tiempo en Cádiz, fué a establecerse en Madrid, que visitaba por la primera vez, i donde se recibió de abogado, dedicándose al ejercicio de esta profesion.

Trascurridos algunos años, fundó la *Crónica Científica i Literaria*, «donde hicimos muchos nuestras primeras armas literarias, escribia don Antonio Jil de Zárate; mas cuyo principal adorno fueron las composiciones de su entendido i laborioso editor, sobre todo, aquellas fábulas que, llenas de gracia i lijereza, le colocan al nivel de los Iriartes i Samaniegos.»

El *Diccionario Universal de Historia i de Jeografía* de Mellado refiere «que Fernando VII, que apreciaba mucho a Mora, le confió en 1819 una comision importante a Roma; i de vuelta de ella, halló al país rejido por el sistema constitucional, i se alistó en las filas liberales.»

Esta comision a Roma ha sido motivo de comentarios i de hablillas.

Se ha pretendido por algunos que el objeto de aquel viaje habia sido la contratacion de suizos para la guardia del rei.

Sea de esto lo que sea, ello fué que Mora se incorporó declaradamente en el partido liberal, hacia el cual le atraian sus ideas i sus inclinaciones.

La *Crónica Científica i Literaria*, que llevaba ya dos años de duracion, fué remplazada en 1820 por el *Constitucional*, donde Mora defendió con talento las doctrinas de la política moderna.

El *Constitucional* subsistió otros dos años mas o ménos hasta el año de 1823.

La reaccion absolutista operada en España el año que acabo de mencionar, obligó a don José Joaquin de Mora a buscar un refujio en la capital de Inglaterra.

Allí trabó relaciones con el afamado por mas de un título don José María Blanco White.

Era éste, como se sabe, un canónigo de Sevilla, el cual, despues de haber representado papel en la Península, renunció a la edad de treínta i cinco años a su relijion i a su patria para ir a residir en Inglaterra, donde supo adquirirse un nombre con sus escritos en castellano i en ingles (Blanco White poseía perfectamente los dos idiomas), i llegó a ser canónigo de la catedral anglicana de San Pablo.

El odio de Blanco White al catolicismo era tal, que segun el mismo lo refiere, en una residencia que hizo en Madrid, «por no entrar en ninguna iglesia, no vió las excelentes pinturas que habia en las de aquella corte.»

A lo que asienta Alcalá Galiano, «la aversion de aquel ilustre literato a todo lo español habia llegado a hacerse verdadera manía.»

Pero la justicia exije que se tenga presente la esplicacion de su conducta que daba Blanco White.

Hé aquí cómo se espresa en su *Despedida a los Hispanos—americanos*.

«Escribir o hablar en mi lengua nativa siempre me es doloroso. El eco de la hermosa i desgraciada lengua española trae consigo a mi oído como el rumor lejano de una mazmorra en que hubiese sufrido encarcelamiento, grillos, heridas e insultos; i donde hubiese dejado los amigos mas queridos, sufriendo los mismos males sin remedio ni esperanza.»

Poco mas adelante agrega todavía.

«Yo escribiria en español si alguna porcion de país en que se hable esta lengua estuviese dispuesta a oírme sin reserva. Mas esto no es posible, porque la lengua española ha llevado consigo la supersticion i esclavitud relijiosa donde quiera que ha ido.»

Entre otras obras, Blanco White publicó en Lóndres desde 1810 hasta 1814 una revista mensual titulada *El Español* para atacar la política peninsular, i sostener, si no la independencia de los dominios hispano-americanos, que entónces juzgaba prematura, una amplia i liberal reforma del réjimen que la metrópoli habia creado en ellos.

En 1823, los hechos consumados en el nuevo mundo habian convertido ya a Blanco White en partidario declarado de la independencia absoluta.

Blanco White tenia entónces relaciones con otro personaje tan curioso como él, aunque bajo otro aspecto, i a quien los hispano-americanos deben igualmente gratitud.

Quiero hablar de Mr. Rodolfo Ackermann.

Era este un sajon hijo de un pobre sillero.

Despues de haber aprendido los rudimentos de la instruccion primaria i el oficio de su padre, habia salido a correr tierras en busca de fortuna.

Habiendo llegado a Lóndres, logró publicar en un periódico ingles denominado *Diario de las Modas* diseños de carruajes inventados, dibujados e iluminados por él mismo, que atrajeron la atencion, haciendo que muchas personas le encargasen la conposicion de dibujos de distintos jéneros.

Este fué el principio del capital cuantioso que gracias a su industria consiguió acumular.

Cuando pudo disponer de recursos considerables, fundó en el centro de Lóndres, en el Strand, número 101, el establecimiento conocido bajo el nombre de *Depósito de las Artes*, en cuyas oficinas proporcionó ocupacion a centenares de personas. Hubo tiempo en que tenia empleadas a mas de seiscientas.

Una vasta i bien provista imprenta era uno de los principales elementos de produccion de aquella grandiosa casa de industria i de comercio.

Las publicaciones de Ackermann sobresalen por la belleza de la impresion i de los grabados.

Allá por el año de 1823, Ackermann concibió el pensamiento de proporcionar a las repúblicas hispano-americanas revistas i libros en castellano que les facilitasen la adquisicion de los rudimentos de las letras, de las ciencias i de las artes, cuyas primeras nociones ignoraban.

El proyecto era sumamente provechoso para las jóvenes i atrasadas naciones del nuevo continente que carecian de todo, i estaban obligadas a improvisarlo todo.

El hijo mayor de Ackermann fué a avecindarse en Méjico para

atender desde mas cerca a la circulacion i espendio de las publicaciones de su padre.

Blanco White habia concebido por su parte la conveniencia de realizar una idea análoga.

Habiendo discutido el asunto entre los dos, Ackermann instó a Blanco White para que se encargase de la redaccion de una revista destinada a difundir la ilustracion en las nuevas repúblicas; i el segundo, «movido por el deseo de hacer revivir la literatura española en Lóndres en favor de los hispano-americanos», aceptó la comision a pesar de su débil salud, considerando, a lo que ha espresado en su *Despedida* ya citada, que «apénas habia otro español en aquella capital que pudiese tomar semejante empresa a su cargo.»

Parece justo recordar aquí que casi simultáneamente, en abril de 1823, dos americanos don Andres Bello i don Juan García del Rio habian puesto en práctica la idea de publicar en Lóndres una revista destinada a los ciudadanos de las nuevas repúblicas.

La revista de Bello i García del Rio se denominó *La Biblioteca Americana*, la cual, suspendida en aquel mismo año, a pesar de la buena acojida que tuvo, fué continuada en octubre de 1826 por *El Repertorio Americano*.

La revista redactada por Blanco White i publicada por Ackermann tuvo por título *Variedades o Mensajero de Lóndres*.

Era tan mala la idea que se tenia de la aficion de los hispano-americanos a la lectura, que el emprendedor Ackermann no se atrevió a proseguir la publicacion del *Mensajero* sin que la esperiencia viniese a manifestarle si la negociacion sería ruinosa o nó. «Este periódico se empezó a publicar en enero de 1823, ha dicho el mencionado editor; i habiéndose suspendido por un año para averiguar si la opinion pública lo favoreceria en América, se volvió a emprender a principios de 1824, cuando se supo el mucho favor con que fué recibido. Desde entónces se continúa con regularidad cada tres meses.»

Don José Joaquin de Mora consignó en la *Crónica Política i Literaria de Buenos Aires*, número 90, fecha 31 de agosto de 1827, cuál era la opinion que se habia formado de su compatriota don José María Blanco White, i en particular, cuál era el juicio que le merecia el *Mensajero de Lóndres*. «Uno de los periódicos mas perfectos que se han publicado jamás en idioma castellano, decia, es sin duda el *Mensajero de Lóndres*, escrito por aquel eminente literato que ántes que Mr. De Pradt i ningun otro europeo defendió la causa de la América ante el mundo antiguo, el ilustrrado Blanco White. El *Mensajero* ofrece una variedad de doctrina que rivaliza con el acendrado buen

gusto que en ella reina, i con el estilo perfecto en que está vertida. Las biografías de unos hombres tan caros a la América como Bolívar, Morélos, Rámos Arispe, Mina, Canning, Mackintosh i Lansdown, las relaciones mas curiosas de viajes i aventuras, la descripcion de los países mas interesantes del globo, el análisis de muchas obras de mérito publicadas recientemente en Europa, ensayos llenos de orijinalidad i de sensatez sobre las costumbres, las instituciones i la vida doméstica de los ingleses, tales son en jeneral los asuntos que el autor ha tratado con su acostumbrada maestría.»

Lo que acaba de leerse es mui notable por mas de un aspecto.

Blanco White era mal querido por sus compatriotas, aun por los que seguian la bandera liberal, los cuales no podian perdonarle la rudeza i decision con que atacaba la política i las preocupaciones de la España absolutista i clerical, no posponiendo jamas a las afecciones patrióticas lo que reputaba la justicia.

Así Mora, apreciando a Blanco White segun lo que en su concepto valia, daba una prueba de independencia de criterio que le honra sobre manera.

Pero Mora hacía todavía algo mas que ensalzar a un hombre a quien sus paisanos consideraban un escomulgado por doble título; pues ostentaba francamente sus simpatías por las antiguas colonias que acababan de separarse de la metrópoli.

I no vaya a creerse que Mora habia aguardado para espresar tales ideas el encontrarse entre los insurjentes de las Provincias Unidas del Plata. Verémos mui pronto que ántes de dejar la Europa, habia manifestado iguales opiniones sobre el particular.

Fueron poquísimos los españoles que hicieron otro tanto, aun entre los mas ilustrados i los mas liberales.

Los mismos que combatian denodadamente en la Península por la libertad miraban con disgusto el que sus hermanos de América rechazasen una dominacion que era del todo incompatible con la prosperidad material i moral.

Entónces como despues, sacrificaban el interes de la raza al del terruño, sin advertir que lo que importaba era, no que el gobierno de Madrid pudiera repetir con necia vanidad que el sol no se ponia jamas en sus dominios incultos i miserables, habitados por pueblos ignorantes, i entregados sin defensa a los agravios del estranjero, sino que la gran familia española pudiera obtener en el mundo un puesto elevado.

Blanco White, quien, como he dicho, habia contraído amistad con Mora, consiguió que Ackermann le diese trabajo.

La primera obra que Mora compuso por encargo de aquel editor fué el *No me Olvides*, o «Coleccion de composiciones en prosa i verso, orijinales o traducidas,»

Blanco White juzgó con benevolencia este ensayo, o juguete literario, como él lo llama en el *Mensajero*, tomo 1.°, número 4, fecha 1.° de julio de 1824.

«El autor o compilador, dijo, es uno de los españoles a quienes las disensiones políticas de España han obligado a refujiarse en Inglaterra, despues (a lo que entiendo) que las revoluciones anteriores lo hubieron hecho vivir por bastante tiempo en Francia. Para un español de talentos, como los que el *No me Olvides* demuestra en su autor, cualquier azar que lo saca del charco estancado de España es un acontecimiento feliz por lo que hace a los intereses de la parte intelectual.»

«La verdadera escuela de la naturaleza es la Inglaterra, agrega, i si el autor del *No me Olvides* con lo que tiene adelantado hacia ella, se empeña en el estudio de los buenos autores británicos, tanto en verso, como en prosa, talentos tiene sin duda para dejarse atras a muchos de los mas afamados españoles. Su prosa es elegante i fácil. Su poesía se acerca varias veces a la realidad i sinceridad de sentimientos que echo de ménos en casi toda la poesía española; i en jeneral, es agraciada en el estilo usado.»

Al anunciar la aparicion del segundo tomo de esta obra periódica Blanco White se espresaba como sigue en el *Mensajero de Lóndres*, tomo 2, número 8, fecha 1.° de julio de 1825: «El señor Mora ha dado a luz otro *No me Olvides*, con tanto o mas primor de estilo que el año pasado. Entre los que al presente escriben la lengua castellana en países no españoles, seguramente nadie la usa mas a gusto del autor orijinal de las *Variedades* (o sea el *Mensajero)*, que este hábil andaluz.»

Mora publicó cada año, miéntras estuvo en la capital de Inglaterra, un tomo del *No me Orvides*, habiendo alcanzando a completar cuatro hasta que se vino a América.

Don José Joaquin de Mora comenzó a redactar en 1825 por encargo de Ackermaun un nuevo periódico, o mejor revista, cuyo título i objeto dan a conocer los siguentes trozos que copio del *Mensajero* tomo 1.°, número 4.

«Con mucho placer anuncio la publicacion del número 1.° del *Museo*

Universal de Ciencias i Artes, periódico planteado por Mr. Ackerman, a cuya industria los pueblos castellanos de América deberán en gran parte los progresos a que la libertad política debe abrir camino en aquellos dilatados países. Obra mas útil que el *Museo Universal* sería difícil concebir para unos pueblos separados de la parte mas adelantada del mundo, que habiendo vejetado por siglos en el pupilaje mas opresivo, i bajo la férula del gobierno mas ciego de Europa, empiezan a gozar de una especie de edad viril, retardada hasta ahora por la opresion de sus tutores.

«El *Museo Universal* completa lo que faltaba al plan con que se concibió el periódico en que esto se escribe. El objeto que se propuso el autor de las *Variedades* (¡ojalá fuesen sus fuerzas i saber iguales a sus deseos!) fué llamar la atencion de sus lectores a los estudios i lectura que cultivan el entendimiento, i especialmente a la literatura, que es el medio mas eficaz de refinar el gusto intelectual i, por su medio, el gusto moral de los pueblos. Mas no podia estender su plan de un modo eficaz a las ciencias i artes que aumentan la felicidad del hombre, multiplicando su poder de aplicar en bien propio las leyes jenerales de la naturaleza.

«El nuevo periódico llena en todo estas miras, pues se dedica esclusivamente a comunicar en castellano la nata de lo que se publica en esta capital del mundo sobre ciencias i artes. Los números saldrán a luz al mismo tiempo que los de las *Variedades*, esto es, cuatro veces al año.»

Mora estuvo a cargo del *Museo Universal* hasta fines de 1826.

Blanco White redactó las *Variedades*, o sea el *Mensajero de Lónres*, hasta el 1.° de octubre de 1825, fecha en que apareció el último número de aquella importante revista.

Mora fué encargado por Ackermann de escribir en sustitucion del papel cesante otro titulado *Correo Literario i Político de Lóndres*.

Su primer número salió el 1.° de enero de 1826, i el último el 1.° de octubre del mismo año.

Don José Joaquin de Mora se habia creído obligado a declarar en la primera pájina del nuevo periódico que los hispano-americanos «no hallarian en él las teorías profundas, las discusiones luminosas, ni aquella admirable mezcla de erudicion i buen gusto que distinguian los escritos del señor Blanco White; pero que al mismo tiempo podia asegurar que el propietario no perdonaria gasto, ni dilijencia; ni el redactor esfuerzo, ni trabajo para reunir en las cien pájinas de cada número una masa de conocimientos útiles, agradables e interesantes,

adaptados al gusto i a las opiniones de los lectores a quienes se destinaban.»

Tanto el editor como el redactor del *Correo* cumplieron fielmente sus compromisos.

El nuevo periódico no fué bajo ningun aspecto inferior al *Mensajero*.

Mora, como Blanco White, a pesar de ser español-europeo, apoyó con la mayor decision la independencia de las jóvenes repúblicas que se habian alzado en el continente subyugado siglos atras a la Península por Cortes, por Pizarro, por Valdivia, por Losada, por Quezada, i por sus compañeros.

Insertó en las columnas del *Correo* biografías en las cuales se complacia en reconocer los méritos i los servicios de algunos de los hombres que habian contribuido a la trasformacion de la América Española, como don Juan Egaña, don José Mariano Michelena, don Guillermo Miller, don Francisco de Paula Santander.

Para estimular la aficion de los hispano-americanos a las letras, no solo analizaba las producciones del chileno Lacunza i del mejicano Gorostiza, sino que tambien, lo que por cierto era harto mas significativo, recomendaba con entusiasmo *La Victoria de Junin*, canto a Bolívar por don José Joaquin de Olmedo.

I estos i otros artículos del mismo jénero no eran las únicas prendas que don José Joaquin de Mora daba a la confianza i estimacion de los insurjentes hispano-americanos.

Ya en 1824, habia publicado por la imprenta de Ackermann una traduccion con este título: *Memorias de la Revolucion de Méjico, o de la Espedicion del jeneral don Francisco Javier Mina, a que se han agregado algunas observaciones sobre la comunicacion proyectada entre los dos Oceanos Pacífico i Atlántico, escritas en ingles por William Davis Robinson.*

Posteriormente en 1825, compuso la letra de doce canciones, cuya música i acompañamiento de piano arregló el maestro don Valentino Castelli.

Nueve de ellas pertenecian al jénero erótico; pero habia tres patrióticas dedicadas a los caudillos de los independientes Bolivar, Victoria i Bravo.

El mismo Mora describia como sigue en el *Museo Universal*, la música de estos tres himnos: «El himno a Bolivar es el famoso *God save the king* de los ingleses, cuya melodía es tan solemne i relijiosa, i que con tanta facilidad se adapta a los sentimientos grandes i patrióticos. El himno a Bravo es el coro de los cazadores de la céle-

bre opera *Freischutz*: música guerrera i animada en que la palabra *Libertad*, repetida en notas vivas i enérjicas, hace palpitar de entusiasmo el corazon mas frio. El himno a Victoria es enteramente de la composicion del señor Castelli. El coro es a cuatro voces; i las coplas, a una voz.»

Mora hacía mas aun, proclamando sin embozo que miéntras el antiguo mundo era arrastrado a una decadencia política vergonzosa, el nuevo formaba contraste por sus progresos. En el *Correo*, número 3, fecha 1.° de julio de 1826, insertó una composicion denominada: *La Puerta de la choza*, donde se leen las estrofas que siguen:

Mas tal es de este siglo la costumbre,
Que miéntras mas independencia clama,
Mas lo humilla pesada servidumbre.

Del móvil pueblo la opinion se inflama;
En entusiasmo i en furor se ajita;
I en tanto el despotismo se encarama.

¿No ves al tenebroso jesuita,
Dominar en las márjenes del Sena,
Cilicios dando a un pueblo sibarita?

¿No ves como su curso desenfrena
Rápido el fanatismo sanguinoso,
I a la razon persigue i encadena?

Ni pienses, optimista bondadoso,
Que se acerca el momento apetecido
De derrocar al bárbaro coloso.

Mas se engrandece, miéntras mas temido;
Petersburgo i Paris, Viena i Roma,
Su proyecto fatal aun no han cumplido.

El noble monumento se desploma
Que alzó Bacon a la ventura humana,
I ya de Torquemada el jenio asoma.

¡Pluguiese al cielo que saliera vana
La infausta prediccion! ¡que el cautiverio
Rompiese altiva, fuerza soberana!

Empero, si abandona este hemisferio
La cuitada razon, en otro funda
Con mano firme dilatado imperio.

Que ya de infame humillacion profunda,
La patria de los incas se levanta,
I osada rompe la fatal coyunda.

Mora era un literato sumamente laborioso.

Durante su residencia en Inglaterra, publicó bajo los auspicios de Ackermann, no solo las producciones ya mencionadas en este artículo, sino tambien las que paso a enumerar.

La Persia, o descripcion abreviada de aquel país; dos volúmenes, en 8.°, 1825.

Es la traduccion de una parte de la obra mas estensa que escribió en ingles Mr. Federico Shobel con el título de *Descripcion abreviada del Mundo.*

Cartas sobre la Educacion del Bello Sexo; un volúmen en 8.°, 1825.

Mora supone que estas cartas han sido escritas por *una señora americana.*

Al anunciar en el *Museo Universal* la aparicion de este libro, dice que su composicion ha sido sujerida por el establecimiento de una sociedad de señoras que habia fomentado en Buenos Aires, «el ilustrado i benemérito» don Bernardino Rivadavia; i agrega que esta sociedad «merece fijar la atencion de todos los que se interesan en la suerte de la América del Sur, porque prueba que ya empiezan a dar fruto en aquellos países las excelentes instituciones que en ellos se han planteado, i el espíritu de independencia o de patriotismo que ha sucedido a la opresion de las épocas anteriores.»

El *Talisman*, novela de Walter Scott, traducida del ingles, con un discurso preliminar; dos volúmenes en 8.°, 1825

Ivanhoe, novela de id.; dos volúmenes en 8.°, 1825.

Don Andres Bello dió en el primer tomo del *Repertorio Americano* el siguiente juicio acerca del mérito de la traduccion de la segunda de las novelas mencionadas.

«El traducctor ha reproducido los dotes del autor con mucha felicidad en el castellano, i a fuerza de talento ha superado las dificultades no pequeñas que ofrece la diferente índole de las dos lenguas, acercándose mucho a la excelencia del orijinal, aun en el estilo descriptivo, sin embargo de la superior copia, facilidad i concision del idioma ingles. No aseguramos que el doctor Dryasdust quedase completamente satisfecho con los equivalentes castellanos de algunas voces i frases relativas a ciertos usos de las edades caballerosas. Pe-

ro ¡qué diferencia entre el feudalismo español, modificado por la influencia arábiga, i el estado social que la conquista normanda produjo en Inglaterra! Los glosarios de ambos son por consiguiente diferentísimos, i no se puede verter el uno en el otro, si no apróximadamente, o empleando circunlocuciones embarazosas. El traductor del *Ivanhoe* ha tenido razon en preferir el primer medio.»

Cuadros de la Historia de los Arabes desde Mahoma hasta la conquista de Granada; dos volúmenes en 12.°, 1826.

Mora, al dar cuenta de esta obra suya en el *Correo Literario i Político de Lóndres*, número 2, fecha 1°. de abril de 1826, se empeñó particularmente en apartar el cargo que podia dirijírsele de haber emprendido una composicion de esta clase cuando acababa de publicarse la obra apreciabilísima de Conde. Al efecto, hizo notar que este erudito historiador se habia propuesto referir la dominacion, mui mal conocida, de los árabes en España; miéntras que Mora, abrazando un plan mas vasto, aunque no tan completo en los pormenores, habia ensayado narrar los sucesos mas notables referentes a aquel pueblo desde su oríjen hasta que fué a sumirse en la barbarie i en la esclavitud. Por lo demas, Mora declara que para realizar su idea, ha sacado de la obra de Gibbon las noticias que no podian encontrarse en la de Conde.

Don Andres Bello espresó en el primer tomo del *Repertorio Americano* una opinion mui favorable a esta produccion de Mora. «El interes histórico de estos cuadros es grande, dice; su diseño i colorido, bellísimos; i mui pocas obras modernas pueden competir con ellos en la soltura, gracia i lozanía del estilo.»

Historia Antigua de Méjico por don Francisco Saverio Clavigero, traducida del italiano; dos volúmenes en 4.°, 1826.

Meditaciones Poéticas; un volúmen en 4,° 1826.

Va a leerse lo que don Andres Bello escribia acerca de esta obra en el tomo tercero del *Repertorio Americano*.

«Bajo este título se presenta una breve coleccion de doce láminas de excelente dibujo i grabado, que deben considerarse como el fondo de la obra, no siendo el testo mas que una ilustracion poética de otros tantos sujetos filosófico—relijiosos representados en aquellas con notable novedad en la invencion de las alegorías i en la espresion de las imajenes mas vivas i de los pensamientos mas profundos. La idea de estas meditaciones se halla tomada de un poema ingles de Blair intitulado *El Sepulcro*. Estas meditaciones no son una mera traduccion; i puede decirse que ofrecen una imitacion bien ejecutada i apropiada a la poesía castellana, con alteraciones mui bien ideadas en beneficio

de los lectores a quienes se destinan, segun el tono de los mejores poetas castellanos que han pulsado la lira sagrada: objeto que el señor Mora ha tenido mui presente, i que ha desempeñado con laudable acierto, aun en los muchos pensamientos orijinales que ha introducido.»

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

(*Continuará.*)

ELAINA

(LEYENDA DE ALFREDO TENNYSSON)

En su cámara situada en el piso mas elevado de una torre, Elaina la bella, Elaina la amable, Elaina la blanca hija de Astolat, guardaba el escudo sagrado de Lancelot. Lo habia colocado en un lugar donde los primeros rayos de la mañana pudieran herirlo i la despertasen con su brillo. Temiendo el moho o alguna mancha, le hizo un forro de seda i bordó en él todas las armas esculpidas sobre el escudo, con los colores que le eran propios; añadió un bordado de fantasía compuesto de follajes, flores, i pajarillos de cuello rojo en sus nidos. No contenta con esto, dejando su casa i su tierno padre, subia todos los dias a la torre del Este: despues de haber entrado, echaba cerrojo a la puerta, quitaba la funda al escudo, i trataba de leer sus inscripciones. Ya adivinaba en las armas un sentido oculto, o se contaba a sí misma alguna bonita historia a propósito de cada uno de los golpes que el escudo habia recibido, de cada uno de los rasguños que el acero le habia hecho, con muchas conjeturas sobre el tiempo i el sitio donde habrian tenido lugar. «Esta cortadura es fresca se decia, aquella tiene diez años; ese golpe debe haber sido dado en Carlisla, aquel en Caerleon, este en Camelot. ¡Ah! buen Dios, aquí hai otro: ¿como no lo han muerto? Dios rompió la fuerte lanza, hizo rodar por tierra a su enemigo, i salvó al paladin.» Ella vivia así entregada a la meditacion.

¿Cómo estaba la blanca Elaina en posesion del bello escudo de Lancelot, ella, que ni siquiera sabia el nombre del caballero? Se lo habia dejado cuando iba a lidiar por el gran diamante en el torneo

que Arturo habia organizado bajo este nombre, porque en él se daba un diamante como premio.

Arturo, cuando nadie sabia de donde venia, largo tiempo ántes que el pueblo lo escojiese por rei, vagando en las soledades del Leomais, habia encontrado en su camino un valle, montones de roca gris i un pantano negro. Este pantano presentaba un aspecto lúgubre, i se estendia, como sus emanaciones, por todo el flanco de la montaña; en ese recinto dos hermanos de los cuales uno era rei, se encontraron i batieron. Sus nombres no habian dejado huellas. Se habian muerto de un solo golpe; habian caido los dos llenando así el valle de maldicion. Allí quedaron hasta que sus huesos se emblanquecieron i cubrieron con un musgo, del mismo color que las rocas. Aquel que en otro tiempo era rei tenia una corona de diamantes, con uno delante i cuatro a los lados. Arturo, subiendo con trabajo a lo largo del desfiladero por un claro de luna rodeada de nieblas, pisoteó, sin fijarse, ese esqueleto coronado. El cráneo se desprendió del tronco. La corona, al caer, rodó sobre un punto mejor iluminado. Arturo, al verla, se dejó caer de lo alto de la escarpadura que temblaba bajo sus piés, tomó la corona, la colocó sobre su cabeza i sintió susurrar en su corazon una voz que le decia: «Tú tambien serás rei.»

Cuando llegó mas tarde al rango supremo, hizo desprender las piedras de la corona, i las mostró a sus caballeros, diciéndoles: «Estas joyas, que con el permiso de Dios, he encontrado por casualidad, pertenecen al reino, i no al rei; ellas deben servir al pueblo; habrá pues en adelante, cada año un torneo para cada una de ellas; sabremos así, por una esperiencia de nueve años, cual de nosotros es el mas valiente, i vosotros mismos avanzareis en el ejercicio de las armas i de la caballería, hasta que echemos fuera a los paganos, que segun dicen, se harán despues señores del pais, lo que Dios no quiera.» Habló así i durante ocho años tuvieron lugar ocho justas, i siempre Lancelot obtuvo el premio, con la intencion de regalárselos a la reina, cuando hubiese ganado los nueve diamantes; pero, queriendo atraerse el favor de Jenoveva con un obsequio de un precio igual a la mitad de su reino, no habia dicho ni una palabra sobre sus proyectos.

Cuando se llegó al diamante del centro, el último i el mas grueso, Arturo que entónces tenia su corte constantemente a la orilla del rio, cerca del sitio que al presente es el mas vasto del mundo, hizo anunciar una justa en Camelot, i aproximándose el tiempo, dijo a Jenoveva que habia estado enferma: «Reina, ¿sufris de tal modo que no os sea posible asistir a estas bellas justas?—Sí, en verdad, señor, dijo ella,

vos bien lo sabeis.—Entónces perdereis, respondió él, los altos hechos de armas de Lancelot i sus proezas en la liza, cosas que tanto os agrada ver.» La reina alzó la vista i la detuvo con languidez sobre Lancelot, que estaba sentado al lado del rei. El caballero creyó leer el pensamiento de Jenoveva, creyó que le decia: «Quedaos conmigo, yo estoi enferma; mi amor vale mas que muchos diamantes.» Él cedió, i su corazon deseoso de satisfacer el menor deseo de la reina (aunque deseaba ardientemente completar el número de diamantes para el obsequio que tenia en vista) lo impulsó a traicionar la verdad i decir: «Señor, mi antigua herida está apénas cerrada i me haria perder los estribos.» El rei le dirijió una mirada que volvió en seguida hácia la reina, i se fué. No tan pronto habia partido, cuando Jenoveva continuó: «¡Cuánto os desapruebo señor Lancelot, cuánto os desapruebo con todas mis fuerzas! ¿Por qué no vais a esas bellas justas? Los caballeros, por lo ménos la mitad de entre ellos, son nuestros enemigos, i la muchedumbre murmurará contra aquellos que sin vergüenza buscan pasatiempos ahora que el rei ha partido.» Lancelot, fastidiado de haber mentido inútilmente: «Os habeis puesto tan cuerda, replicó. No lo erais tanto, reina, en el verano cuando principiaste a amarme. Entónces os preocupabais tanto de la muchedumbre, como de los diez mil grillos esparcidos en la pradera, cuando sale su canto de cada hebra de yerba; sus gritos nada valen. En cuanto a los caballeros, yo puedo seguramente i sin trabajo reducirlos al silencio; pero entre tanto mi leal adoracion ha caido en el dominio público; muchos bardos, sin mala intencion, han unido nuestros nombres en sus endechas: Lancelot, la flor de la valentía, Jenoveva la perla de la belleza; i nuestros caballeros en la fiesta nos han desposado uniéndonos así en presencia del rei que escuchaba sonriendo. Bien! ¿es ésto todo? Arturo ha dicho algo? o vos misma, ya fatigada de mi servicio i de mi cortejo, habreis resuelto ser mas fiel a vuestro esposo sin tacha?»

Jenoveva dejó escapar una sonrisa irónica. «Arturo, mi esposo, Arturo el rei sin tacha, esa perfeccion apasionada, mi buen esposo no me ha dirijido jamas una palabra de reproche, nunca ha tenido la menor sospecha de mi infidelidad, no tiene ningun cuidado por mí. Hoi solamente un rayo de vago temor se ha mostrado en sus ojos. Por lo demas luego se entregará a su manía de la mesa redonda i a impulsar a las jentes a hacer votos imposibles. Yo soi vuestra, i no de Arturo, como lo sabeis, a no ser por el lazo del matrimonio. Escuchad pues mis palabras: id a las justas, el mosquito de punzante aguijon puede disipar nuestro sueño en su momento mas dulce, i aquí el zum-

bido de los insectos puede resonar tan fuerte.....Nosotros los despreciamos pero ellos pican.»

Lancelot, el príncipe de los caballeros respondió así: «¿Qué figura voi a hacer ¡oh reina! apareciéndo en Camelot despues del pretesto que he dado, delante de un rei que hace honor a su palabra como si fuese la de su Dios? »—«En verdad, dijo la reina, un niño caprichoso, incapaz de pensar, no me habria perdido de otra manera; pero escuchadme, si es que debo encontraros razon. Hemos oido decir que los hombres caen ántes de ser tocados por vuestra lanza, sin mas que saber que vos sois Lancelot; vuestro gran nombre es suficiente para haceros victorioso : ocultadlo pues, presentaos sin ser conocido, ganad la palma. Por este beso que os doi vos sereis vencedor, i nuestro digno rei admitirá entónces vuestra escusa, oh! mi caballero, como que tenia la gloria por fin; i vos sabeis perfectamente bien, que nadie corre mas que él tras de la gloria. Le gusta en sus caballeros mas que en sí mismo, el vé ahí su obra. Ganad el premio i volved.»

Sin detenerse, montó a caballo el señor Lancelot, colérico consigo mismo. No queriendo ser reconocido, dejó el trillado camino i tomó un verde sendero donde no se dejaban ver sino rara vez las huellas de las pisadas, i allí por entre las solitarias colinas, a menudo sumerjido en la meditacion, se perdió hasta que siguió un surco debilmente sombreado, que como una cadena iba por en medio de las llanuras a concluir en el castillo de Astolat. Allí vió hácia el occidente una luz que mostraba a lo léjos las torres situadas sobre una altura. Se dirijió por ese lado e hizo sonar la bocina a la entrada. Entónces vino un viejo mudo, con la cara cubierta de arrugas, quien lo condujo a una cámara i lo desarmó. Lancelot sorprendido de ver a este hombre silencioso, salió i encontró al señor de Astolat con sus dos vigorosos hijos, el señor Torre i el señor Lavinio, que venian a su encuentro por el patio del castillo, seguidos de una blanca criatura, Elaina, la jóven de la casa. Su madre habia muerto. Se esparció entre ellos una lijera alegría mezclada de una risa pronto reprimida al acercarse el gran caballero. En este momento, el señor de Astolat le dirijió la palabra: «¿De donde vienes, huesped mio, i por qué nombre te llaman? pues por tu porte i tu presencia prodria descubrir en tí al jefe de aquellos que, toman lugar al lado del rei en la mesa de Arturo. Yo lo he visto a él; en cuanto a los otros caballeros de su mesa redonda, por famosos que sean, me son desconocidos.»

Lancelot el príncipe de los caballeros, respondió: «Yo soi conocido i hago parte de la mesa de Arturo: mi escudo que he traido por pura casualidad, probará lo que digo, pero desde que voi a lidiar como un

desconocido en Camelot por el diamante, no me interrogueis. Vos sabreis despues quien soi i conocereis mi escudo. Prestadme os ruego uno completamente liso, si teneis, o por lo ménos con otras armas que las mias.»

El señor de Astolat tomó entónces la palabra: «Aquí teneis el escudo de Torre, mi hijo. El fué herido en la primera justa, por lo tanto, Dios lo sabe, su escudo es bastante liso. Vos lo tendreis.» El señor Torre añadió con naturalidad: «Sí, ya que no puedo servirme de él, podeis tomarlo.» A estas palabras, el padre se echó a reir i dijo: Bah! señor ganso! ¿es eso responder a un noble caballero?—Perdonadle; pero Lavinio, mi hijo menor, tiene tanto vigor, que montará a caballo, lidirá por el diamante, lo ganará en una hora i lo colocará entre los cabellos de oro de esta señorita, para ponerla tres veces mas voluntariosa que ahora.

—Nó padre mio, nó buen padre, no me hagais avergonzarme delante de este noble caballero, dijo el jóven Lavinio. El está bien seguro que yo no he hecho mas que embromar a propósito de lo de Torre: parecia tan triste i contrariado por no poder partir. Una broma, nada mas: porque, caballero, la niña soñó que álguien ponia ese diamante en su mano i que era demasiado resbaladizo para quedarse ahí; que se habia rodado i caido en algun estanque, probablemente en el pozo del castillo; entónces le dije (pero todo esto era una broma i un juego entre nosotros) que si yo iba a combatir para ganar el premio, ella deberia tener mas cuidado con el diamante. Todo esto era una broma; pero que mi padre me dé permiso, si es de su agrado, para irme a Camelot con este noble caballero: puedo no ser vencedor; pero emplearé todas mis fuerzas para conseguirlo; por jóven que sea, quiero sin embargo distinguirme.

—«Vos me hareis honor, respondió Lancelot sonriendo, acompañándome al traves de las colinas desoladas donde me he perdido. Entónces me felicitaré de teneros por guia i por amigo; si podeis, ganareis ese diamante, que dicen es de bella agua i de buen grosor i lo obsequiareis a esta niña, si ello os place»—«Un diamante de bella agua i de buen grosor, añadió el brusco señor Torre, es hecho para las reinas i no para simples señoritas.» Entónces Elaina, que oyendo que se trataba de ella, tenia sus ojos bajos, se enrojeció lijeramente al verse un tanto apocada en presencia del caballero estranjero; este mirándola con cortesía pero sin falsedad, replicó: «Si lo que es bello fuese solo para la belleza, mi juicio seria quizas temerario, porque considero a esta señorita como digna de llevar la joya mas bella del mundo.»

El habló i se calló. La jóven Elaina, de tez color de lirio, conmovida

por la voz melodiosa que escuchaba, ántes de mirar levantó los ojos i leyó en las facciones de Lancelot. El grande i culpable amor que él sentia por la reina, combatido por el que tenia a su soberano habia marchitado su semblante, i gastado ántes de tiempo. Otro que él, amando en rejiones tan elevadas una mujer, que era flor de todo el Occidente i del mundo entero, no habria hecho mas que adquirir con ese amor mas brillo; pero su humor era a menudo como un mal espíritu que se levantaba i lo impelia hácia los desiertos i las soledades presa de la agonía, a él cuya alma tenia aun tanta vida. Cambiado como estaba, pareció sin embargo el hombre mas digno que jamas hubiera tomado asiento en la mesa con las damas, i el mas noble a los ojos de Elaina, cuando los dirijió sobre él. Por ajado que estuviese, aunque tenia mas de dos veces la edad de la niña, i una vieja cicatriz en la cara de un golpe de espada, magullado i bronceado por el sol, ella levantó los ojos i lo amó con un amor que debia serle fatal.

Entónces el gran caballero, el favorito de la corte, el amante de la mas amable de las mujeres, entró en esa rústica sala de una manera graciosa; no con ese medio desden finjido, de un tiempo ménos caballeresco, sino como un hombre jeneroso entre sus iguales. Lo regalaron con lo que tenian de mejor en viandas i vinos, añadiendo una conversacion amable i la música de los ministriles. Preguntaron mucho sobre la corte i la mesa redonda, i siempre Lancelot les respondia con claridad i sin vacilar; pero cuando la conversacion recayó sobre Jenoveva, él se puso inmediatamente a hablar del mudo.

Supo por el baron que diez años ha, los paganos se habian apoderado de él, i le habian cortado la lengua. «Conociendo sus crueles designios en contra de mi casa, dijo el señor de Astolat, a este servidor que dió parte de ellos lo prendieron i lo mutilaron. Entre tanto, yo, mis hijos i mi hija pequeña nos escapamos del cautiverio i de la muerte, i nos refujiamos en el bosque a la orilla del gran rio, en la choza de un barquero. Tristes fueron esos dias, hasta que nuestro bravo Arturo derrotó una vez mas a los paganos sobre la colina de Badon.»

«¡Oh! noble señor, allí sin duda vos habeis combatido, dijo Lavinio, arrastrado por la dulce i súbita pasion que inspira a la juventud la grandeza de sus mayores. ¡Oh! contádnoslo; nosotros vivimos en el retiro, i vos conoceis las gloriosas guerras de Arturo. Entónces Lancelot habló i repitió todo detalladamente, como que habia tomado parte con Arturo en el combate que durante todo un dia habia resonado en la embocadura espumosa del violento Glem, en las cuatro sangrientas batallas dadas sobre las riberas del Duglas, en la que tuvo lugar en Bassa, despues de la guerra que atronó, sin detenerse ante

las sombrías pendientes de Celidon; i ademas cerca del castillo Gurnion, donde el glorioso rei llevaba sobre su cota rojiza de malla la cabeza de Nuestra Señora, tallada en una sola esmeralda, rodeada de un sol de rayos de plata, que despedia luces cuando respiraba. En Caerleon, él habia socorrido a su señor cuando los estrepitosos relinchos del salvaje caballo blanco hacian temblar los dorados parapetos; tambien en Agned Cathregonion; i mas abajo sobre las arenosas riberas de Trath Trerost, donde sucumbió mas de un pagano. «I sobre el monte Bachon, ví por mí mismo al rei a la cabeza de toda su mesa redonda i de todas las lejiones, atacar invocando el nombre de Cristo i el suyo i romper los batallones enemigos. Lo ví en seguida de pié sobre un monton de cadáveres, enrojecido de la pluma a la espuela, como el sol naciente, con la sangre de los paganos. Al verme esclamó con voz resonante. «Están derrotados, están derrotados.» Pues el rei, por dulce que sea en su casa, i poco empeñoso por triunfar en nuestras finjidas guerras de justas, sin embargo en esta guerra contra los paganos, el fuego sagrado lo animaba; jamas he visto quien lo igualase; no hai capitan mas grande que él.»

Miéntras él pronunciaba estas palabra, la blanca jóven decia mui bajo a su propio corazon: «A escepcion de vos, noble señor». I cuando él dejó las narraciones de guerras por la chanza (pues era alegre, aunque de una alegría imponente), ella notó que cuando la sonrisa desaparecia de sus labios, era reemplazada por una lúgubre melancolía, i cuando la blanca niña, voltejeando aquí i allá se esforzaba por disiparla, de pronto se manifestó en las maneras i el lenguaje de Lancelot una ternura que hacia creer a Elaina que todo eso era natural i talvez era destinado a acariciarla. Toda la noche tuvo su imájen delante de los ojos, lo mismo que cuando un pintor mirando de cerca una figura, por una divina inspiracion encuentra al hombre detras, i lo representa tan bien, que la figura, la forma i el color, el espíritu i la vida nacen para sus hijos en lo que él tiene de mejor i de mas completo; así la figura del caballero vivia delante de ella, resplandeciente en la oscuridad, hablando en el silencio i llena de todo lo que es noble; i esta figura la tuvo despierta, hasta que se levantó temprano medio engañado por la idea de que tenia necesidad de decir adios a su querido Lavinio. Llena de temor, descendió paso a paso i trepidando a lo largo de la escalera de la torre; pronto sintió al caballero Lancelot que gritaba en el patio: «Ese escudo, amigo mio ¿dónde está?» i Lavinio caminó cuando ella salia de la torre. Entónces Lancelot se volvió hácia su soberbio caballo, i con un dulce murmullo acarició su lustroso cuello. Medio celosa de esta cari-

cia Elaina se acercó i aguardó. El miró, i mas sorprendido que si siete hombres lo hubiesen atacado, vió a la niña de pié a la luz de la mañana. El caballero no se habia imajinado que ella fuese tan bella; se sintió entónces sobrecojido de una especie de temor relijioso, porque aun cuando lo habia saludado, estaba silenciosa i enajenada delante de su persona, como si fuese la de un Dios. De repente la niña sintió un violento deseo de verle llevar sus colores a la justa. Ella venció su repugnancia al hacer semejante pedido: «Bello señor, cuyo nombre no sé (pero que estoi segura es noble, i de los mas nobles) quereis llevar mis colores en este torneo?» «Nó, bella dama le dijo él, porque no lo he hecho jamas. Tal es mi costumbre, los que me conocen lo saben bien.»—«De veras? respondió ella. Entónces llevando mis colores vos teneis ménos probabilidades de ser reconocido, noble señor.»

El repasó en su mente las palabras de Elaina, las encontró justas i respondió: «Es cierto, hija mia. ¡Pues bien! llevaré vuestra insignia; dádmela? «Ella le dijo que era una manga roja bordada de perlas, i se la entregó. El la enlazó a su yelmo sonriendo, i dijo:. «Jamas he hecho otro tanto antes de ahora por ninguna jóven viviente.» La sangre le subió a la cara a Elaina i la enrojeció de placer; pero se puso mas pálida cuando Lavinio volvió trayendo el escudo aun sin armas, de su hermano i se lo dió a Lancelot, quien entregó el suyo a la bella Elaina, diciéndole: «Hacedme la gracia, hija mia, de guardar mi escudo hasta la vuelta.»—«I van dos favores en un dia, respondió ella. Seré vuestro escudero». En este momento Lavinio dijo riéndose: Señorita de la tez de lirio, por temor de que la jente aquí no os llame con razon el lirio del castillo, dejadme traeros los colores a la cara; una, dos, tres veces. Por lo pronto andad a reposar.» Lavinio le dió un beso, i el señor Lancelot le envió otro con la mano. De este modo se despidieron. Ella se quedó inmóvil durante un minuto, fué en seguida con pasos rápidos hácia la puerta, i allí con sus brillantes cabellos esparcidos al rededor de su noble semblante, aun enrojecido por el beso de su hermano, se detuvo en la entrada, manteniéndose en silencio al lado del escudo miéntras miraba las armas de los caballeros que brillaban a lo léjos, hasta que desaparecieron detras de la colina Entónces subió a la torre, tomó el escudo, lo guardó, i vivió así entregada a la meditacion.

Durante este tiempo los nuevos compañeros dejaron tras de sí la larga cima de la árida costa. El señor Lancelot sabia que por ellí, no léjos de Camelot, vivia desde cuarenta años atras un ermitaño que habia trabajado i rezado, i a fuerza de trabajo se habia abier-

to en la blanca roca una capilla i una sala, celdas i cámaras, sobre columnas macizas, como una gruta marina. Fueron allí todas las piezas bonitas i sanas; la luz verdosa por el reflejo de la verdura del suelo subia a lo largo de las blancas bóvedas; i en la pradera los álamos sacudiendo continuamente sus hojas hacian un ruido semejante al de la lluvia al caer. Cuando llegaron a este recinto pasaron allí la noche.

Pero cuando vino el dia esparciendo su rojo resplandor i sus sombras al traves de la gruta, se levantaron, oyeron misa, desayunaron i partieron. Entónces Lancelot dijo: «Escuchad, pero tened mi nombre en secreto; vos cabalgais con Lancelot del Lago». Esta revelacion causó gran sorpresa a Lavinio. El sentimiento de respeto, mas querido que su propia gloria para los corazones jóvenes i sinceros, solo le permitió tartamudear: «Es posible!» En seguida murmuró: «El gran Lancelot!», concluyó por tomar aliento i respondió: «He visto pues un caballero: si yo cegara en este instante, podria decir que he visto.»

Así habló Lavinio, i cuando llegaron a la liza cerca de Camelot, desde el prado, dejaron correr sus miradas por la galería llena de jente que se estendia en semi-círculo como un arco iris caido sobre el cesped, hasta que encontraron al rei: estaba sentado vestido con un traje de samit rojo, fácil de reconocerle por el dragon de oro que llevaba encima de su corona i que brillaba bordado sobre su vestido; en las esculturas que se encontraban detras de él serpenteaban dos dragones dorados que descendian para formar los brazos de su sillon, en el rico dosel colocado por encima de su cabeza brillaba el último diamante del rei desconocido. Lancelot respondió entónces al jóven Lavinio i dijo: «¡A mí vos me llamais grande! eso es porque me mantengo mas firme en la silla, porque tengo la lanza mas fuerte; pero hai mas de un jóven entre los que están creciendo, que llegará a ser lo que soi i que me excederá. No hai en mí grandeza alguna, a no ser que sea algun reflejo lejano de la grandeza que me hace ver que no soi grande. Hé aquí el hombre.» Lavinio lo miró con sorpresa, como a un ser sobrenatural, i en ese momento las cornetas sonaron. De uno i otro lado los agresores i los que guardaban la liza enristran la lanza, clavan las espuelas, de pronto se replegan, se encuentran en el combate i allí se chocan tan furiosamente que un hombre desde luego habria podido dudar si quedaba alguno ese dia en pié, i habria podido sentir temblar la dura tierra, i escuchar un sordo ruido de armas. Lancelot se detuvo un momento hasta ver cuál era el mas débil; i entónces se lanzó en la carrera

contra el mas fuerte. Inútil es hablar de la gloria del paladin: rei, duque, conde, baron, todos caian bajo sus golpes.

Pero en la lisa se encontraban los parientes i aliados de Lancelot que tenian la justa arreglada con la mesa redonda, hombres fuertes que veian con pesar que un caballero estranjero reproducia i casi sobrepujaba las acciones del paladin. Uno de ellos dijo al otro: «¡Hola! a la vista no solo de la fuerza sino tambien de la gracia i de la destreza, del hombre, no se creeria que es Lancelot?»—«¿Cuándo pues habeis visto a Lancelot llevar en un torneo los colores de una dama? No lo acostumbra así, lo sabemos, nosotros que lo conocemos bien»—I entónces quien es ése?» La rabia se apoderó de ellos, i animados por una ardiente pasion de familia por el nombre de Lancelot i por una gloria que hace parte de la suya; bajaron su lanza i picaron sus caballos, i de esta manera, con sus penachos llevados hácia atras por el viento que levantaba su carrera, todos juntos se dejaron caer sobre él como una ola impetuosa del vasto mar del norte, reluciendo con un brillo verdoso i con todas sus crestas tempestuosas que bufan al cielo; cae sobre una barca i la engulle con los que la gobiernan, así derribaron al señor Lancelot i su caballo. Una lanza dirijida por debajo puso cojo al caballo, otra rompió la cota de malla del caballero, la punta penetró en su costado se quebró i se quedó allí.

El señor Lavinio se condujo con nobleza i con valor; echó al suelo a un caballero de viejo renombre i llevó su caballo a Lancelot que yacia en tierra. Este, bañado por el sudor de la agonía, se levantó, i pensó en combatir miéntras pudiese; habiendo sido vigorosamente socorrido por los de su partido, aunque la cosa pareciese casi un milagro a sus adversarios, el rechazó hasta la barrera a sus parientes i aliados i a todos los caballeros de la mesa redonda que estaban en la liza. Los heraldos hicieron sonar entónces la trompeta para proclamar vencedor al que llevaba la manga escarlata bordada de perlas; i todos los caballeros de su partido esclamaron: «Avanzad i tomad el premio, el diamante;» pero él respondió: «A mí un diamante? no quiero diamante! un poco de aire por el amor de Dios! A mí un premio? no quiero premio; porque mi premio es la muerte! voi a dejar estos lugares i solo os pido que no me sigais.

Dijo i desapareció inmediatamente del campo de la justa, con el jóven Lavinio, internándose en un bosque de álamos. Allí se deslizó de su caballo i se sentó, diciendo con trabajo a su compañero: «Sacadme este trozo de lanza.»—«¡Ah! mi querido señor Lancelot, dijo Lavinio, temo que al arrancarlo perdais la vida.—Pero ya estoi muriéndome, dijo Lancelot; tirad, tirad:». Lavinio tira; el herido lanzó un grito agu-

do i un profundo jemido, perdió la mitad de su sangre, cayó postrado i se desmayó. En ese momento vino el Ermitaño, quien se lo llevó i le curó la herida. El caballero estuvo mas de una semana, entre la vida i la muerte, resguardado del bullicio del mundo por el bosque de álamos, con su murmullo semejante a la lluvia que cae i por los lobos que ahullaban sin cesar.

El dia en que Lancelot abandonó la liza, la jente de su partido, caballeros del estremo Norte i del Oeste, señores de fronteras desconocidas, reyes de islas desoladas, se acercaron a su gran Pendragon diciéndole: «Señor: nuestro caballero, con cuyo arrojo hemos ganado la jornada, ha partido cruelmente herido i ha rehusado el premio, diciendo que su premio era la muerte.»

—«No quiera Dios, dijo el rei, que un tan buen caballero como el que hoi hemos visto (me parecia ver otro Lancelot i en verdad, mas de veinte veces he creido que fuera él), se le deje sin socorro! Gavinio, mi sobrino, levantaos, montad a caballo i buscad al caballero. Herido i fatigado como iba, no puede estar léjos. Os ordeno montar inmediatamente a caballo. Caballeros i reyes, no hai ninguno de vosotros que pueda sostener que nos hemos apresurado demasiado para decretar el premio. Sus proezas eran mui sorprendentes. Nosotros le haremos un honor poco comun: i ya que ese caballero no ha venido a reclamar el premio, se lo enviarémos. Tomad pues este diamante, entregádselo, i volved con las nuevas sobre el estado de su salud. No os detengais en vuestro camino hasta que no lo hayais encontrado.»

M. B. B.

(Concluirá.)

PALABRAS

Si vivir es realizarse en sentimiento, intelijencia i voluntad ¡qué poco viven los que solo en palabras se realizan!

* * *

De todos los tormentos que imajino, ninguno es mas terrible que el de perder el tiempo de la accion en la palabra.

* * *

La mas fecunda de las palabras es la hablada, porque es la mas próxima a la accion.

* * *

La palabra es la accion del pensamiento.

* * *

Los dos seres mas poderosos de la Historia han sido Sócrates i Jesus, porque han sido los dos que mas han realizado lo que hablaban.

* * *

Si cada palabra fuera un acto, romperia con ira i con desden la impotente pluma, me tragaria con indignacion la inútil lengua, pronunciaria moviéndome la palabra hacedora, i moriria.

* * *

No hai muerte. El cuerpo es materia i la materia no muere; se trasforma: el espíritu es lo que es, i lo que es se modifica, pero no perece.

* * *

El organismo es una máquina: el tiempo la gasta; el uso la inutiliza;

el abuso la destruye. La materia primera de una máquina, el hierro, el acero, el cobre, se refunde despues, i va a ser elemento de otra máquina.

* * *

El espíritu es una máquina inmaterial; se gasta, se inutiliza, se destruye.

* * *

La muerte de la materia i la inmortalidad del espíritu son dos mentiras: la materia no muere, porque se trasforma; el espíritu muere, porque desaparece con el organismo en que se aloja.

* * *

Yo sé que la materia no muere, porque va a la materia: ¿a dónde va el espíritu, que, cuando ha desaparecido, no lo veo?

* * *

El todo es inmortal; la parte es la que muere: parte de la materia cósmica, mi cuerpo muere; parte del espíritu universal, mi alma muere: pero mi alma es inmortal en el espíritu universal del cual es parte, como mi cuerpo es inmortal en las moléculas descompuestas que van a adherirse a la materia cósmica.

* * *

Si la parte es mortal, el individuo muere como parte de la materia que se trasforma eternamente, como parte del espíritu que evoluciona eternamente; pero como agregado, ni la materia ni el espíritu que me contituyen son susceptibles de la muerte.

* * *

La muerte es una invencion del fanatismo. El primero que hizo a Dios a su imájen i semejanza, instituyó la muerte como castigo de la vida.

* * *

La muerte es el progreso de una vida incompleta a otra completa.

* * *

Cuando yo pienso que la sepultura es una nueva cuna, pienso como las ciencias naturales, que la muerte es una nueva vida.

* * *

Por qué es triste el morir?—Porque el vivir es triste.

* * *

¿Por qué es triste el vivir? Porque es trabajo.

* * *

El trabajo ¿qué es? Es una lei.

Lei es la primera razon de todo órden: todo órden es coaccion de una fuerza irreflexiva; toda coaccion de una fuerza es un esfuerzo; todo esfuerzo es accion; toda accion es reflexion de un movimiento muscular, cerebral o espiritual; todo movimiento es vencimiento de un músculo postrado, de un cerebro dormido, de un espíritu indeciso; todo vencimiento es un dolor; todo dolor es triste. El trabajo, vencimiento como es de una oposicion de la naturaleza esterna o interna, es doloroso; i como doloroso, es triste. La vida es la suma de trabajo con que vencemos a la naturaleza; luego la vida es triste. La muerte es principio de una nueva vida, luego la muerte es triste porque la vida es triste.

* * *

Acostumbrarse a vivir es acostumbrarse a trabajar. Acostumbrarse a trabajar es acostumbrarse a vencerse i a vencer. El que se acostumbra a vencerse, se mejora; el que se acostumbra a vencer, se fortalece: luego el trabajo que en esencia es un dolor, se convierte por el hábito en deleite. Como el trabajo, la vida: trabajo deleitoso, vida armónica. Como la vida, la muerte: vida armónica, muerte serena.

* * *

Si la armonía de la vida depende del trabajo que en ella se realiza, la serenidad de la muerte depende de la armonía de la vida, puesto que el vivir es trabajar, puesto que el morir es vivir en otra vida.

* * *

Estoi contemplando con mirada de astrónomo esos astros. ¿No son adorno del firmamento? Pues son elementos necesarios de la vida universal. Si yo soi parte i elemento de esa vida, un dia llegará en que yo, espíritu o materia, o materia i espíritu a la vez, me comfunda con esa materia i ese espíritu que evolucionan en el infinito inaccesible.

* * *

He contemplado con ojos de soñador la bóveda celeste. He sentido indefinibles e indefinidas atracciones; idénticas a las mias, son las sen-

tidas por todos los seres de mi especie. ¿Son atracciones materiales? pues estamos sujetos a la lei de atraccion universal, i no podemos dejar de ser. ¿Son las atracciones que llamamos instinto, simpatía, presentimiento? pues yo tengo afinidad con esos mundos.

* * *

Si hai muerte, no hai Dios. Si Dios es, tiene obligacion de ser justo, i seria injusto, si dando la condicion del perfeccionamiento a nuestra vida humana, nos interrumpiera en la via del perfeccionamiento.

* * *

¿El perfeccionamiento se interrumpe en aquel momento que llamamos muerte? pues es necesario que haya otras existencias, para que en ellas consumemos o continuemos la tarea que la lei del bien eterno nos impuso.

* * *

Ahora, miéntras yo combato a la muerte, muere álguien. Era una mujer, una esposa, una madre, una hermana, una amiga, un buen corazon, una alma sana. ¿Qué valen ante esta realidad mis inducciones? Lo que vale ante la induccion la realidad. Ha muerto la mujer, la esposa, la madre, la amiga, el corazon, el alma; pero ha muerto para nosotros. ¿Quién se atreve a afirmar que ha muerto para sí misma?

* * *

El llanto tributado a los que mueren es llanto tributado a los que viven. El que sobrevive sabe que tiene un dolor, i lo exhala en lágrimas; pero ¿sabe que es un dolor el del que muere? Si no lo sabe, llora por sí, no por otro.

* * *

¿De dónde viene el recien-nacido, i por qué llora? ¿A dónde vá el recien-muerto, i por qué sonrie?

* * *

¿En dónde toma su espíritu el que nace? en dónde deja su espíritu el que muere? Dónde ha tomado su luz ese relámpago? Dónde ha dejado su luz ese aereólito?

* * *

Como las plantas, como los animales, como el hombre, nacen, crecen, se desarrollan, florecen, i sucumben las civilizaciones; pero ¿qué civilizacion viva no contiene elementos de las muertas?

* * *

Nacen, combaten, triunfan, se modifican i trasforman las ideas; pero ¿qué idea muerta en su fin individual no vive trasformada en fines mas estensos i mas claros?

* * *

Hubo una catástrofe en el cielo, i un astro de primera magnitud se hizo pedazos. De esos pedazos se formó la Via láctea, semillero de astros luminosos. Si el astro sucumbió como astro, se sobrevive a sí mismo como Via.

* * *

El astro, la civilizacion, el ser que mueren, no interrumpen las leyes de la vida; las completan.

* * *

El primer dia de omnipotencia intelectual será aquel en que todos los hombres puedan contemplar en el dia de su muerte la alborada de una vida mas completa.

* * *

Las relijiones que ofrecen a sus sectarios una vida eterna, eterna en la gloria o el tormento, los engañan. La vida es eterna en cuanto es vida; es transitoria en cuanto estado.

* * *

Si la vida despues de la vida, fuera eterna, no habria lei de progreso i perfeccion.

* * *

Estado de progreso, momentos de desarrollo; eso es la vida, realícese acá o allá; en este planeta o fuera de él; en esta forma del ser o en otra forma; en este consorcio de espíritu i materia o en la union de esos elementos con otros superiores.

* * *

Se ama i se deja de amar: ¿muere el amor? nó, se trasforma. Se idealiza i se deja de idealizar: ¿muere la idea? nó, se trasforma. Se hace i se deja de hacer; muere la voluntad? nó, se trasforma. Se cree i se deja de creer: muere la conciencia? nó, se trasforma.

Estados del sentimiento—La ví, la amé, la marchité, pasé. El amor no pasó. De los sentidos habia pasado al corazon.—La ví, la amé, la contemplé, sufrí, la hice sufrir. ¿Pasó el amor? Pasó del corazon a

la razon.—La ví, la amé, la eduqué, le dí el conocimiento de sí misma, que es el secreto de la felicidad, y apagué estóicamente mi cariño. ¿Pasó el amor? Pasó de la razon a la conciencia.—La ví, la amé, i no le dije que la amaba. Era toda pasion; yo era deber. Ella venció por un momento, y me dejé vencer. «No me hables, no me mires, no me magnetices así, que me trastornas,» me dijo con su sonrisa lacrimosa. Se irguió el deber, i para no trastornarla, no volvió a hablarle por mis labios la pasion. Le habló por los suyos, i en un momento de confianza en ella i en mí, me dijo inocentemente: «salgo sola.» Yo le dije piadosamente: «Si me amas, presérvate de mí.»—Pasó el amor; pero si el hombre que así ha recorrido todas la faces del sentimiento (1), i así las reune en una sola, en la face completa del amor, no sirve para amante i para esposo, servirá para amar hasta el sacrificio todo lo que es bello, es bueno, es justo i verdadero.

Estados de la idea.—En un principio, fué idea de ventura, i me engañó. Idea de gloria fué despues, i me cansó. Mas tarde fué idea de poder, i me enfermó. Llegó un dia en que se hizo idea de ciencia, i me animó. Se hizo la idea del deber, i me calmé. ¿Han muerto esas ideas que han pasado? Todas viven armónicamente en la idea suprema de ser hombre, de cumplir con el deber de conocerme i conocerlo todo, de poder todo el bien que sea posible, de inmortalizar mi existencia en el deber, de ser venturoso en el deber.

Estados de la voluntad.—Quise locamente lo bueno i lo malo que ideé i que amé. Ahora no quiero enérjicamente sino el bien que sé. ¿Ha muerto la voluntad? Se ha completado.

Estados de conciencia—Creí en todo: en un Dios i en un Diablo; en el mal i en el bien; en la virtud i en el vicio; en la eficacia i en la ineficacia de la fé; en la anarquia i en la armonia del universo; en los contrastes i en las afinidades de los seres; en la variedad i en la unidad de los especies; en la Providencia i en la Fatalidad; en la repeticion i en la orijinalidad de la historia; en el progreso i en el retroceso de la civilizacion; en la necesidad del bien i en la del mal; en la inutilidad del dolor i del placer; en la fuerza i en el derecho; en la

(1) Advierto al lector que no soi yo. Hago un estudio necesario no una confesion impertinente; pienso, no tontéo.

libertad i en la arbitrariedad; en cuanto ví, en cuanto sentí, en cuanto ideé, en cuanto oí, en cuanto estudié, en cuanto los hombres me contaron i los libros me enseñaron i mi corazon i mi cerebro me exijeron. Hoi no creo mas que en mí mismo. ¿Murió la fé? Se trasforma, de trasmitida que era por los otros, en adquirida que es por mi conciencia.

* * *

Esas evoluciones de nuestra vida individual humana, se repiten en las sucesiones de vida que vivimos. I así como en cada estado del espíritu i en cada estado de la civilizacion i en cada estado de la materia, corresponde a cada paso un adelanto, así en cada estado de la vida universal i eterna que nosotros tenemos que vivir, se da una perfeccion mayor. I si no hai perfeccion i hai vida eterna, elija entre estos dos abismos el que quiera: o un universo dirijido por un diablo amable o un Dios odioso porque es un Dios injusto.

EUJENIO MARÍA HOSTOS.

A UNA POETISA

Tú sientes dentro el pecho incógnitos sonidos
Mil voces que tú, niña, no puedes comprender;
A veces son dolientes, tristísimos jemidos,
O dulces vibraciones de insólito placer.

Espíritus alados perturban en tu almohada
Los sueños inocentes de plácida quietud,
I dicen a tu oído que tu alma está templada
Para pulsar las cuerdas doradas del laud.

I tú la mano tiendes i el instrumento tocas,
I al resonar en tu alma la dulce vibracion,
A los alados jénios de poesía evocas
Para elevarte en alas de ardiente inspiracion.

Tú ignoras los dolores del poeta
Tú ignoras, niña, lo que llora su alma;
Es un martirio su existencia inquieta,
Él no halla dicha, ni placer, ni calma.

Se lanza i cruza los flotantes mundos,
En alas de su jenio toca al cielo,
Desciende a los abismos mas profundos
I jamas halla su ideal modelo

De flaqueza i poder conjunto estraño,
En medio del placer encuentra hastio;
Buscando la verdad halla el engaño,
I do quiera que mira halla un vacio

Deja que se abran a la sombra amiga,
Las bellas rosas de tu edad lozana,
Hoi el cariño maternal te abriga,
Amor tambien te amparará mañana.

Qué valen las hojas del lauro engañoso,
Los sueños de gloria qué valen, qué son,
Si encuentras un alma, si das a un esposo
Amante i amado tu fiel corazon?

Es cierto que es bella la rama sagrada
Que al jénio coronas le suele tejer,
Mas antes que ciña tu sien ya nevada,
Mil copas de acíbar tendrás que beber.

La musa de Lésbos te ofrece un ejemplo;
Hubiera cambiado su lira por él,
Por una cabaña los triunfos del templo
Por blancos azahares su sacro laurel.

La envidia sembróle su senda de abrojos,
La Grecia a porfia su lira aplaudió,
La muerte en el alma i el llanto en los ojos,
La voz de la gloria la Safo no halló:

Estrecho era el mundo, mezquina la gloria
A su alma sublime tan llena de amor,
I al ver imposible su dicha ilusoria,
Buscó entre las ondas olvido al dolor.

Oh diva! yo admiro tu temple inflexible,
Tu amor, tu holocausto, yo admiro tambien;
Maldita la estrella del hombre insensible
Que jénio i caricias pagó con desden.

Escucha mi ruego, sirena inocente,
Ahoga en tu pecho la voz virjinal,
Que Apolo no bese tu cándida frente,
Que a veces el númen es jénio del mal.

ROSARIO ORREGO DE UBIBE.

HOSTIA.

Dó está el templo, dó el ara, me preguntas,
Del Dios que mi alma adora?—
—«Oye! en los Andes las nevadas puntas
Con su mística luz baña la aurora.
El árbol como un monje misterioso,
Plegaria tierna en su ramaje canta;
Por do quiera un acento relijioso
Se esparce; una sonora
Harmonia, en el valle silencioso
I en el trémulo bosque se levanta!

Naturaleza en santa
Devocion ora i reza, surje i brota,
Alma invisible en todo, su alma flota!
I gorjean, cerniéndose, las aves
I las flores, abriéndose, perfuman
I vibran en las auras notas graves
I las brisas los ámbitos zahuman!
I los murmurios suaves
Del agua, que desliza sus corrientes,
En olas apacibles o veloces,
Ligan acentos de ignoradas voces,
Ecos dulces de diálogos vivientes!

La creacion es la ara, ese es el templo,
I el sacerdote es Dios! que el sol brillante
Como una hostia de luz, en lo infinito
Alza todos los dias; hostia eterna

Que con sublime adoracion contemplo!
Ante ella se prosterna
El alma relijiosa, muda, amante
I de estraña emocion toda vibrante!

Sea siempre bendito
Ese templo magnífico, alma mia!
Tu purísima ofrenda a esa ara lleva,
I con la hostia de luz que Dios eleva
Canta el himno de sacra poesía!

GUILLERMO MATTA.

1865

IGNACIO PIROVANO

(AÑOS DE JUVENTUD)

Allá por el año de 1860, todas las viejas de uno de los barrios mas poblados de esta ciudad, dormian de noche, vestidas i con vela, i no salian de dia a la calle sin asomar antes la cabeza con aire pregunton, i mirar arriba i abajo como para asegurarse de que no habia peligro.

A un viajero curioso que no hubiera estado en el secreto, habríale llamado la atencion tamaña cautela, pero los habitantes de Buenos Aires, i particularmente los moradores de aquel barrio, sabian bien a qué atenerse en cuanto a esto, i no solo no encontraban de mas semejantes precauciones, sino que aplaudian la rehabilitacion que se hizo por aquellos tiempos de un sinnúmero de conjuros antiguos, a causa de los acontecimientos estrañísimos que tenian lugar.

Así, no habia, pues, casa de mujer medianamente beata en la que no se encontrara un San Antonio patas arriba, un San Roque sin perro, una herradura colgada, el pan dado vuelta i lo que es mas aun, i se tenia en aquella época por un conjuro de mucho crédito, una escoba con el mango para abajo, tras de cada puerta.

Barrer de noche los cuartos, que como se sabe es lo mas atentatorio a las leyes de la brujería, era cosa de hacerse sin mirar para atras: pero a pesar de todos estos contra-maleficios, las calamidades continuaban i el gobierno se vió obligado a bajar la contribucion directa de aquel barrio, la municipalidad dejó de cobrar el impuesto de alumbrado i sereno, i hasta el Papa concedió cien dias de induljencia a todos los habitantes de la parroquia en que tales acontecimientos tenian lugar.

¿Pero quién traia en ese alborotado desórden a tan pacíficos moradores? ¿Quién habia de ser? Dios me ayude para nombrarlo, pues todavia se encuentran respetables personas que no lo nombran sin santiguarse la boca.—Era nada ménos que un aprendiz de farmacia, el muchacho mas travieso del barrio, el travieso mas audaz de la ciudad i el audaz mas injenioso de la provincia.

No pasaba por la puerta de la botica en que despachaba el mencionado aprendiz, un solo hombre respetable i conocido, que no siguiera su camino llevándose pegada a la levita una cola de papel.

No entraba a la farmacia matrona presuntuosa, que no saliera con bigotes de corcho quemado, pintados en su lábio como por arte del diablo.

No se paraba en la esquina caballero distinguido, al cual un tarro lleno de clavos, que caia como llovido desde cierta altura, no le abollara el sombrero; i por último, no habia bicho viviente que acertara a poner el pié en las inmediaciones de aquel foco de sucesos, que no llevara algun recuerdo del aprendiz de farmacia.

Él cambiaba los letreros de las puertas produciendo los mas graves trastornos, él robaba los faroles de las fondas, despegaba los carteles, dejaba sin linterna a los serenos, enlazaba los perros de los panaderos, echaba municion en las orejas a los caballos de los lecheros, llamaba a las parteras para asistir a hombres disfrazados, ponia *pica pica* debajo de las colas de los gatos, enseñaba insolencias a los loros de las casas donde habia niñas, ataba tarros de lata en la cola de los perros ariscos, echaba cabezas de fósforos en las iglesias, cosia unas con otras a las señoras que iban al sermon, repartia invitaciones para funerales de personas que no se habian muerto; llamaba a misa a las cuatro de la tarde o tocaba las ocho al amanecer; enloquecia a los sacristanes, hacia creer en almas a los curas, confesaba en calidad de fraile a las muchachas solteras de su barrio i hacia por fin cuanta travesura imajinable se ha hecho hasta hoi para mortificar al prójimo.

Inútil es decir que las hazañas de don Ignacio Pirovano, que así se llamaba el aprendiz de farmacia, habian pasado a ser una leyenda popular, i el mismo don Ignacio, aun mas popular que su leyenda.

Las pandillas de estudiantes de la Universidad, organizadas para comer de balde pastelitos en la plazoleta del mercado, se hacian un honor en tener como miembro consultor a don Ignacio Pirovano, i hubo una época en que podia con razon decirse de él que era el presidente nato del comité de mortificacion pública.

¡Cómo pasan los años!

Coloraba el oriente el sol resplandeciente, como dice Espronceda;

—las nubes de zafir, de nácar i oro huian por los cielos dejando el horizonte limpio como una patena i el sol con su cara impávida, introducia raudales de luz, por todas las aberturas de mi estudio, calle de la Florida, 230, donde recibo consultas, grátis para los pobres por decision mia, i grátis para los que no son pobres por decision de ellos.

I era una mañana del presente mes de setiembre i la hora temprana en que una señora de noventa i tantos años me habia madrugado para contarme con aquella impertinencia clásica con que cuentan las viejas sus achaques, la historia de un catarro crónico que padecia desde jóven i que para mejor comprension quiso narrar desde el principio, adornándola con mil detalles minuciosos, inoportunos i biográficos que se ligaban, a su modo de ver, íntimamente con su bronquitis incurable i con la guerra de la independencia.

Iba la enferma a media asta de su cuento refiriendo las alteraciones que tuvo su catarro en tiempo de Rivadavia, cuando Benito mi sirviente, a quien aprovechando esta oportunidad presento a ustedes, me alargó un folleto que acababan de traer.

La vieja suspendió su narracion i alargó los ojos con aquella sublime curiosidad que conservan todas las mujeres desde la edad de tres meses hasta la de ciento cincuenta años.

La ansiedad de mi enferma me incitó, i por un rasgo de bondad casi paternal, leia en alta voz la carátula i dedicatoria del folleto, que decia así: «Facultad de medicina—La herniotomía, Tésis para el «doctorado—Mi mui querido Eduardo—vivimos juntos; juntos tuvi«mos que repetir la inolvidable Orchata de Canesa. Quiera el cielo «que en la nueva época de mi vida, tengamos ocasion de juntarnos «muchas veces.

«Tu siempre amigo— *Ignacio Pirovano.*»

Ni un cañonazo a boca de jarro, ni un redoble de trueno en oreja desprevenida, ni una receta del Dr. Granados, habrian producido tan alarmante efecto.—Apénas mis labios pronunciaron las dos palabras «Ignacio Pirovano» mi pobre enferma volvió los ojos al cielo i se halló presa de las mas horribles convulsiones. En tan apurado trance los sinapismos, el éter i las fricciones llovieron sobre ella; i hasta Francisco, mi cochero, le puso por su cuenta una lavativa con infusion de tabaco, so pretesto de que dicha infusion habia dado un famoso resultado en la última enfermedad de uno de mis caballos. Nada pudo conseguirse; la polifarmacia fué en este caso derrotada i la vieja conducida a su casa en un estado deplorable.—Entónces yo, con aquel talento jeneralizador que me caracteriza, saqué mi cartera

i apunté esta prudente i científica observacion, semejante a muchas de las que hacen algunos de mis colegas i no pocos autores «Contra indicado para las bronquitis crónicas, el nombre de don Ignacio Pirovano»—I contento de mí mismo espero la oportunidad de comunicar este descubrimiento a la Academia de ciencias médicas.

A las dos horas de este suceso vinieron a pedirme el certificado de defuncion para enterrar a la señora, muerta de emocion en la flor de su edad i sin motivo, pues don Ignacio Pirovano es hoi uno de nuestros distinguidos médicos, habiendo abandonado por completo la profesion de atar tarros de lata a las colas de los perros, de enseñar insolencias a los loros i de echar fósforos en los atrios de las iglesias.

El mismo Pirovano que hace diez años ponia *pica-pica* debajo de la cola de los gatos, ha escrito hoi una de las tésis mas notables que se hayan presentado ante la Facultad i ha recibido un honroso título despues de haber cursado con un éxito envidiable, todas las aulas de la Escuela.

Que elojien otros sus méritos como estudiante; yo no quiero hacer cosas inútiles; i no he de decir que Pirovano ha sido constantemente sobresaliente en sus estudios, porque todos lo saben. El no necesita de elojios; el mérito se abre paso en todas partes i entre nosotros si los elojios ayudan a vivir, el verdadero valor no es del todo desconocido.

Pero la vida del hombre tiene a lo ménos dos faces.

En la una, cada hombre es el cómico que tiene un carácter i representa un papel serio ante el mundo;—en la otra el hombre es consecuente con sus tendencias i se queda con rasgos de niño e intenciones de muchacho durante toda su vida.

Yo no paso jamas delante de un naranjero sin que una tentacion irresistible me obligue a meter la mano en la canasta; otros son perseguidos por el deseo de poner zancadillas a los que pasan.—Pirovano, tan estudioso i sério como es, tan aprovechado, tan observador, no abandonará jamas esas tendencias estudiantiles que harán célebre su nombre en la historia de las jaranas escolares.

Yo sé mui bien que podia hacerse sobre Pirovano un pomposo artículo en que se contara sus triunfos como estudiante i sus méritos como profesor de esta descalabrada ciencia, que consiste en la aptitud de dejar creer a los otros que remediamos algun mal en la vida.—Pero semejante panejírico no sirve para nada.

Entre nosotros la Facultad de Medicina se hace la triste ilusion de que los títulos que concede i los honores que dispensa al talento i al estudio, tienen algun valor.—Error deplorable!—Mas que todos los títulos científicos i los honores facultativos, valen las hablillas

mujeriles i la propagacion de la fama por la lengua de los conocidos.

La Facultad nos hace médicos i nada mas; pero las relaciones, las amigas de la casa, las sociedades de beneficencia i las señoras bien vistas, nos hacen especialistas en criaturas, mui hábiles para pulmonías, mui entendidos en roturas de piernas i famosos para abrir orejas a las niñitas de las casas decentes.

Lo mejor que tiene todo esto, es que es sin motivo i que en ello, mas que en ningun otro caso, se verifica el refran que dice «por haber matado un perro me llaman el mata-perros.»

Para ganar el título de especialista en niños, no hai mas que curar la tos que tuvo la chica de una señora a la moda; i para ganar la fama de cirujano, basta cortarle los callos a un hombre rico i conocido. Miéntras Ud. no haga esto, bien puede verificar maravillas en las criaturas de los corralones i practicar las operaciones mas difíciles *in ánima vile:* jamas pasará de ser un médico como tantos.

Pero hai tambien otro medio de llegar a ser notable en una ciencia: casarse con una jóven rica i de escojida familia, i este medio es el que yo aconsejara a Pirovano si no me contrariaran algun tanto sus tendencias democráticas.

I luego para qué sirve todo ello? para adquirir comodidades, bienes de fortuna, lujo i consideracion social?

Ante todo seria necesario probar que en ello hai un átomo siquiera de felicidad.

Cuando yo era estudiante i tenia que poner tinta en mis medias á la altura de los agujeros de mis botines; cuando tenia que pegar con hilo negro los botones de mis camisas i pagaba el lavado á mi lavandera con el tiernísimo amor que profesaba á su hija, los dias se pasaban alegres i sin cuidados. Ahora, si alguna vez me encuentro descontento, es por el profundo fastidio que me causa el no necesitar de nada.

—¡Qué vida tan vulgar, tener todo!

El otro dia entré al cuarto que ocupaba en el hospital, mi inolvidable amigo Pietranera;—habia olor á humedad; sobre una cama descompuesta se encontraban varios libros abiertos;— una vela de sebo estaba pegada al borde de la mesa, i en una mitad de cráneo se veia un pedazo de lacre, una pinza i unos botones de puño;— el papel de las paredes se estaba cayendo!

Un placer melancólico me invadió, semejante al que se tiene en presencia de todos los recuerdos, i fué con profunda tristeza que dije en mi interior—¡pobre de mi! ¡el papel de mi dormitorio está bien pe-

gado i no tengo ni un miserable cráneo en que poner los botones de mis puños!

Hai dias en que los espejos i las alfombras nos fastidian i desearíamos vivir en un cuarto con cuevas de ratones, olor a humedad i piso con agujeros!

Esto a lo menos suscita algunas reflexiones.

Con que si el amigo Pirovano ha de tener coches, caballos, casa i clientela, es bueno que sepa esto que no tiene sino a costa de la felicidad i con el favor de la lengua de unas cuantas señoras distinguidas, i solo por escepcion, a pesar de todo esto.

Solo por escepcion perdona esta sociedad a un médico, por mas talento que é tenga, que durante su juventud haya puesto colas de papel a los transeuntes i enseñado insolencias a los loros.

Pirovano es actualmente profesor de anatomía en la Facultad de medicina i ha sido farmacéutico del hospital; será por consiguiente un hábil operador i es, ha sido sobresaliente en química.

Esta cualidad le permitia preparar una azúcar inflamable con la cual a la larga tuvieron que familiarizarse todas las niñas que asistian a los bailes del Club del Esqueleto.

Creo que este Club es el único de su especie que ha existido en el mundo.

El club del Esqueleto fué una asociacion en la cual figuraba Pirovano en su doble calidad de miembro activo i de *repostero*, empleo que le fué confiado en virtud de su habilidad para fabricar vinos i licores con las tinturas i los jarabes medicinales de la botica del hospital.

Creo que fué Sydney Tamayo el fundador del Club del Esqueleto. —Tamayo es actualmente médico i se halla en Salta prodigando a sus paisanos los dones de su talento maravilloso.

Cuando era estudiante, tocaba la flauta con esquisito gusto, i el ciego Gil, otro estudiante distinguido, lo acompañaba en el piano.— El tener Tamayo una flauta, i haber alquilado Gil un piano, fué el trájico suceso que dió oríjen a la formacion del Club del Esqueleto.

El propósito de esta asociacion era dar bailes *sin un medio* i divertirse *de balde*, pasando *gratis* las horas que se hayan pasado mejor *sin pagar nada*, en este mundo.

Tamayo, Gil i cuatro estudiantes mas, vivian en una sala de la calle de San Juan.

Los dias en que debia haber baile, sacaban al patio las camas, se alfombraba la pieza con las frazadas de los enfermos de sala de crónicos del hospital de hombres,—se pedia sillas en la vecindad,— Tama-

yo robaba chocolate en la despensa del hospital, se compraba masitas por suscricion; Pirovano hacia los cocimientos necesarios en la botica, con los que preparaba los vinos i los licores; llevaba un tarro de pastillas de Kermes con que debia obsequiarse a las señoras i hechos todos estos preparativos, se invitaba a las niñas del barrio, que eran, cuando ménos, novias lejítimas de cada uno de los estudiantes.

El Dr. Larrosa, asistente infalible a esas tertulias, me ha confesado a mí que pocas veces ha estado en reuniones mas amenas a pesar del disgusto que le causaba ver trancadas las mesas i compuestas las sillas con los homóplatos i tibias de los difuntos que suministraba la Sala Tercera.

Aquellos bailes famosos en que jamas se cometió desórden alguno, para honor de los estudiantes, i en que se armaron no pocos matrimonios a imitacion de lo que sucede en el Club del Progreso, terminaban siempre cuando Gil i Corvalan declaraban que tenian sueño i comenzaban a acercar sus catres húmedos de rocío a la sala de baile.

Entónces Pirovano servia la última copa de tintura de ruibarbo que saboreaban con indecible placer las damas i caballeros de aquella fiesta.

¡Qué dulces son estos recuerdos!

El tiempo que todo lo va diseminando, mandará quizá a cada uno de nosotros a millares de leguas de distancia, i los que fueron un dia compañeros alegres, no tendrán como símbolo de su pasada felicidad mas que un recuerdo, por esa invencible tendencia que tiene el hombre a aferrarse a cada uno de los momentos de su vida, aunque vaya siempre buscando un porvenir mejor.

Pero el recuerdo es una nueva vida para cada cerebro!

¡Soñar con claridad es, *en el momento que se sueña*, tan cierto para el cerebro, para el alma, como tener la realidad presente!—Al fin i al cabo todas son ideas i no hai nada real para la conciencia, sino lo que es capaz de suscitar una idea.

El tiempo que está por hacer de Pirovano un personaje sério, no le hará olvidar que siendo estudiante abria una caja de ostras, se bebia el caldo de un sorbo, tragaba los mariscos en dos veces i se preparaba de este modo para comenzar su cena.

Cuando su intelijencia i su buena fortuna le abran los primeros puestos de la República i se celebre su advenimiento con espléndidos banquetes, no se olvidará que hemos comido al fiado en la fonda de la Sonámbula, i que cuando no llegaba nuestra felicidad a tanto, él robaba huevos, los freia en aceite de hígado de bacalao, los espolvorea-

ba con pimienta cubeba i nos los comíamos salándolos con yoduro de potasio.—Tampoco se olvidará que los tales huevos preparados de este modo eran riquísimos.

Los postres mas esquisitos no le parecerán mejores que el jarabe de jenciana con que terminaba sus cenas en el hospital, ni los mas jenerosos vinos le harán el delicioso efecto que le hizo el dia de su santo, la copa de tintura de jalapa compuesta que tomó a falta de vino priorato, antes de encender un cilindro de esponja preparada, que se fumó en seguida en sustitucion de un habano i por si alguna vez tenia que curarse de coto.

Episodios son estos característicos en la vida de un hombre i que no pueden olvidarse jamas.

Aparte de ello, la conducta de los estudiantes de medicina pertenece a la historia. Su influencia en los Comicios i en el Congreso no ha podido ser mas manifiesta.

Allá por el año 66 hubo unas elecciones mui reñidas en esta ciudad;—ningun estudiante sabia de qué se trataba i en virtud de ello todos, naturalmente, éramos apasionados partidistas.

Llegada la hora de votar, nos trepamos a la azotea de San Telmo i descargamos sobre la mesa electoral un millon de cascotes.—Estabamos en lo mejor de nuestra diversion, cuando una partida de soldados nos tomó por la retaguardia;—a mi me arrimaron un culatazo que todavia me duele, a Castillo le chamuscaron las barbas i se disponian a llevarnos a la cárcel cuando Dios, que fué en estas circunstancias mui oportuno, permitió que el jefe de la partida se enfermase de un violento ataque de asma.—En tan grave circunstancia *al soldado que me tomó preso* lo mandé a traer éter con toda la autoridad de un jeneral en jefe. Garcia Fernandez me mandó a traer cloroformo, i el mismo se bajó a buscar agua de azahar dejando al pobre viejo solo.—No sé cómo se las entendió en seguida, pero lo que sé es que yo no he llevado hasta ahora el cloroformo.

Miéntras tanto Ricardo Gutierrez i Peron, se divertian de otro modo con los electores encerrados.—Estos pobres, cansados de luchar i de gritar se morian de sed i pidieron agua;—la galantería de los estudiantes no fué desmentida en este caso; se les dió agua i cincuenta de los electores sedientos tomaron un líquido preparado con aceite de croton i elaterina, dos de los purgantes mas violentos que contiene la materia médica.....

Al otro dia el cura de San Telmo se daba a todos los diablos i deploraba con toda la enerjía de su alma que no se hallara aun establecida la empresa de carros atmosféricos.—

Otra vez se discutia en el Congreso un proyecto de importancia.

Pirovano i varios otros estudiantes, asistíamos a la barra, dándonos cuerda para hacernos consentir a nosotros mismos que teniamos un interes patriótico en aquella resoluciones del Congreso.

Mentira, lo que queriamos era divertirnos!

Habian hablado ya los diputados mas furiosos de la cámara i pidió la palabra un moderado.

Apénas comenzó, yo le dije a Pirovano.

—Hombre, no oigo ni una palabra.

—Espérate, me dijo, i asomó tres varas de su cuerpo por sobre la baranda.—Todas las miradas se dirijieron hácia aquella especie de esfinje con tamaña cabeza, tamaña nariz i tamaños ojos.—El diputado moderado seguia hablando en voz baja; entónces Pirovano, sobre quién todas las miradas estaban fijas, estiró una mano que pareció una inmensa araña suspendida sobre el cuerpo lejislativo.—La mano hizo sombra en el recinto, i Pirovano meciéndola como quien revuelve agua, gritó con voz cavernosa—*No oigo naaada!*

Parece mentira.—La actitud, el tono, la voz i la figura de Pirovano en aquella circunstancia hicieron tal efecto, que fué imposible arrancar una sola palabra mas al diputado defensor del proyecto, i este quedó perdido ignominiosamente.

Nosotros felicitamos a Pirovano por este su primer triunfo parlamentario, i él nos contestó con modestia—Esto no es nada.

Pirovano tiene todas las cualidades físicas para el trabajo i todas las aptitudes intelectuales para ser un médico notable. Es bondadoso de carácter, reservado, meditador i pacienzudo;—parece mui ductil, aunque siempre concluye por hacer lo que le da la gana;—tiene una grande facilidad para hacerse querer de sus maestros, sabe evitar que lo envidien sus condiscípulos, i el hecho de conservar como reliquias de su carácter ciertos rasgos de muchacho i ciertas diabluras de estudiante que contrastan singularmente con su aspecto sério, le da una fisonomía particular i simpática.

En Buenos Aires hai una mala costumbre.

Apénas aparece en la arena pública un jóven que se ha distinguido por sus estudios, todos comienzan a elojiarlo de un modo tan exajerado, que el objeto de tanto elojio mucho hará si resiste al mareo que puede producirle tanto halago a su vanidad.—Es necesario tener demasiado buen juicio para no perderse oyendo elojios.—Por ejemplo, yo no sé cómo Goyena, del Valle i otros jóvenes de brillante intelijencia no se han vuelto unos pedantes insoportables al oirse llamar portentos a cada momento i a propósito de todo.

La primera vez que vea a Pirovano he de decirle con tono solemne i levantando el dedo índice a la altura de la oreja—«No te dejes marear por los elojios ni invadir por la vanidad; ya que tienes una buena intelijencia, piensa que nadie te puede juzgar mejor que tú mismo —trabaja i estudia, i ya que deseas reunirte conmigo de tiempo en tiempo para recordar con placer los episodios de nuestra vida de estudiantes, en nombre de aquel cadáver de colérico que colocaste de centinela tras de una puerta para jugarle una mala pasada a Segura en el Lazareto, te juro que no ha de faltar por mí si no nos reunimos toda vez que crea en conciencia necesitar de tus conocimientos médicos, o toda vez que a mis enfermos se les antoje costearse el lujo de una consulta, en que con jeneralidad se habla de todo ménos de ellos.»

Esto le de decirle a Pirovano cuanto lo vea.

EDUARDO WILDE

ELAINA

(LEYENDA DE ALFREDO THENISSON)

Miéntras hablaba de esta manera, tomó de la flor esculpida el diamante que le formaba un corazon, i se lo dió. Entónces se levantó a la derecha de Arturo un príncipe lleno de vigor i en la flor de su primavera, con el semblante risueño i el disgusto en el corazon. Era Gavinio llamado el cortés, el hermoso i el fuerte, el mejor caballero despues de Lancelot, Tristan, Geramt i Lamorach; pero con todo esto de una familia astuta, i rara vez fiel a su palabra. Se levantó rabioso de despecho porque la órden dada por Arturo de salir en busca de álguien a quien él no conocia, lo obligaba a dejar el banquete i la asamblea de los reyes i de los caballeros.

Montó a caballo i partió. Entre tanto Arturo se fué al banquete, sumido en la meditacion, pensando en que ese hombre seria Lancelot que habia venido a pesar de la herida de que habia hablado, por adquirir gloria; que habia recibido herida sobre herida i que habia partido para morir. Tales eran los temores del rei. Despues de haber pasado allí dos dias, Arturo se volvió. Cuando vió a la reina, le dijo al abrazarla: «Querida amiga, ¿sufris aun?—No en verdad, señor, contestó ella,—dónde está Lancelot?» La sorpresa fué entónces para la reina. «No estaba pues él con vos? No ha ganado él vuestro premio?—No en verdad, pero era alguien que se le asemejaba mucho. — Bien! el caballero que se le parecia, era el mismo.» Cuando el rei le preguntó como lo sabia ella, la reina contestó: «Señor, tan pronto no os habiais retirado, cuando Lancelot me dió parte del rumor que corria que en los combates sus adversarios caian delante de él

ántes que su lanza los tocara con solo saber quién era. Su nombre tan grande bastaba para hacerle ganar la victoria: por esto queria ocultarlo a todo el mundo, aun al rei; i con este fin habia pretestado el impedimento de una herida, para poder luchar enteramente desconocido i saber si sus antiguas proesas no habian dejenerado. El añadió: Nuestro digno Arturo, cuando sepa estas cosas admitirá el medio que he puesto en juego para adquirir una gloria mas pura.»

El rei respondió entónces: «Habria sido mayor amabilidad de parte de nuestro Lancelot, que en vez de jugar así con la verdad, hubiese fiado de mi como de vos. De seguro que su rei i su amigo mas íntimo, le habria guardado el secreto. Aunque en verdad conozco que mis caballeros tienen mil caprichos, no puedo ménos que reirme de una susceptibilidad tan exajerada de nuestro gran Lancelot. Pero basta de bromas. ¡Hai malas nuevas, reina, para todos los que lo aman! Sus aliados, sus propios aliados se han echado sobre él sin conocerle, de tal modo que ha salido de la liza gravemente herido. Tengo sin embargo, tambien algo de bueno que anunciaros; pues me cabe la esperanza de que Lancelot ya no tenga su corazon desocupado. Contra su costumbre, llevaba sobre su yelmo una manga escarlata bordada de perlas, obsequio sin duda, de alguna jentil doncella.»

—«Sin duda, señor, dijo ella. Yo tengo la misma esperanza que vos.» Al decir esto, Jenoveva se ahogaba. Se volvió vivamente para ocultar su semblante, i se fué a su aposento. Allí dejándose caer sobre la cama del gran rei, se revolcó en ella, crispó sus dedos hasta desgarrarse la palma de la mano, i lanzó la palabra «traidor» a las murallas que no la escuchaban. Derramando lágrimas insensatas, se levantó i corrió al palacio pálida i altiva.

Entre tanto Gavinio cabalgaba por los alrededores con su diamante; cansado ya de buscar al vencedor, i despues de haber visitado todas las localidades escepto el bosque de álamos, vino al fin, aunque tarde al castillo de Astolat. Apénas vió Elaina al caballero que deslumbraba con su brillante armadura, esclamó: «Qué nuevas monseñor, nos traes de Camelot. Qué podeis decirnos del caballero de la manga roja?—Ha obtenido el premio.—Lo sabia, dijo ella. Pero lo ha dejado la justa herido en el costado.» A estas palabras Elaina fué presa del mayor dolor; sintió penetrar la acerada lanza en su propio costado, i estuvo a punto de desmayarse. Gavinio la miraba con espanto, cuando vino el señor de Astolat. El príncipe le hizo saber cual era su mision; le dijo que llevaba el premio del torneo sin poder encontrar al vencedor, que habia visitado inútilmente todos los alrededores i que estaba cansado de su infructuosa tarea. El señor de Astolat le

respondió: «Noble príncipe, quedaos con nosotros i dejad de vagar a la ventura. El caballero se detuvo aquí, i aquí ha dejado un escudo. Mandará por él, o vendrá en su busca. No es esto todo: nuestro hijo está con él: pronto tendremos noticias suyas, no podemos dejar de tenerlas.»

A esto el cortés príncipe consintió con su acostumbrada urbanidad, a la cual se mezclaban sus puntillos de traicion. El se detuvo i clavó los ojos sobre la bella Elaina. ¿Dónde encontrar una figura mas bella? De piés a cabeza ella era cumplida, de la cabeza a los piés era formada de una manera anjelical. Amenudo se encontraban bajo los árboles del jardin, i allí emprendió su conquista. Dichos espirituales, frases brillantes que iban mas allá del alcance de la imajinacion de Elaina, gracias de la corte, canciones, suspiros, sonrisas estudiadas, dorada elocuencia i adulacion amorosa, todo lo puso en juego hasta que la jóven se indignó de sus manejos i le dijo: «Príncipe, real, sobrino de nuestro noble rei; ¿por qué no solicitais ver el escudo que se me ha dejado? Vos podriais así saber el nombre de su señor. ¿Por qué haceis tan poco caso de vuestro rei i de la mision que os ha confiado? Por qué mostraros tan poco firme como nuestro halcon, que perdiendo ayer la garza sobre la cual lo habiamos lanzado, ha partido sin direccion siguiendo a todos los vientos?»—«Sí en verdad, dijo él, yo pierdo todo eso como dejamos perderse a la alondra en los cielos, o doncella, por la luz de vuestros ojos azules; pero puesto que vos lo quereis, dejadme ver el escudo.» Se trajo el escudo; i cuando Gavinio vió los leones de lapislázuli coronados de reptiles de oro, del señor Lancelot, dándose un golpe en la rodilla esclamó riéndose: «El rei tenia razon, es nuestro Lancelot! el hombre leal! realmente es él!—Yo tenia tambien razon, respondió ella alegremente, cuando soñaba que mi caballero era el mas grande de todos.—I si yo soñase, dijo Gavinio, que vos amais al mas grande de los caballeros decid si perderia inútilmente mi tiempo?» La respuesta de Elaina fué mui sencilla: «¿Qué sé yo? mis hermanos han formado hasta ahora toda mi sociedad, i amenudo cuando ellos hablaban de amor, yo deseaba que fuese el de mi madre, porque ellos hablaban, segun me parecia, de algo que no conocian. Así yo misma ignoro si sé lo que es el verdadero amor; pero sé bien que si no lo amo, él me ha hecho conocer que no hai otro a quien yo pueda amar.—Sí en verdad, ¡por la muerte de Dios! dijo él, lo amais mucho; pero no le querriais si supieseis lo que saben los demas i aquella a quien él ama.—Así sea,» esclamó Elaina. Se levantó i se fué; pero él la siguió diciéndole: «¡Deteneos! hacedme la gracia de concederme un minuto. El ha llevado vuestra manga: ¿violará él la fé

prometida a otra que no puedo nombrar? El hombre leal, al fin de cuentas, será tan voluble como una hoja? será posible que él sea así? En este caso, léjos de mí la idea de ponerme delante de nuestro poderoso Lancelot en sus amores! I como creo, doncella, que vos sabeis perfectamente donde se oculta vuestro caballero, permitid que yo ponga fin a mi tarea i que deje aquí el diamante. Si, aquí, porque si lo amais, os será mui dulce entregárselo; i si él os ama, le será tambien dulce recibirlo de vuestras manos. Sobre todo, que ame o no ame, un diamante es un diamante. ¡Adios mil veces, mil veces adios! Entre tanto si él os ama i si su amor es durable, podremos ámbos encontrarnos despues en la corte; allí, creo que aprendereis las bellas maneras, i seremos mejores amigos.»

Entregó entonces el diamante a Elaina i besó lijeramente la mano que lo recibia; saltó sobre su caballo, i entonando al partir una balada, se alejó alegremente.

De allí pasó a la corte i dijo al rei lo que Arturo ya sabia, que el caballero era el señor de Lancelot. El añadió. «He aquí mi soberano señor, lo que he sabido; pero no me ha sido posible encontrar al paladin, a pesar de haber visitado todos los alrededores. Felizmente he descubierto a la jóven cuya manga llevaba; ella lo ama i creyendo que la cortesanía es entre nosotros la suprema lei, le he entregado el diamante. Ella se lo entregará, pues aseguro con mi cabeza que conoce el lugar de su retiro.»

El rei tranquilo de semblante frunció entónces las cejas i replicó: «¡Sois en verdad, demasiado cortés! No os volveré a encargar de otra mision pues olvidais, bien lo veo, que la obediencia es la cortesía debida al soberano.»

Dijo i partió. Furioso, pero consternado, el príncipe se quedó estupefacto durante veinte latidos de su pulso, sin desplegar sus lábios, siguiendo al rei con la vista. Sacudió en seguida su cabellera i se fué a charlar sobre la doncella de Astolat i su amor. Todos los oidos prestaron a la vez su atencion, todas las lenguas se desataron: «La doncella de Astolat ama al señor de Lancelot, el señor de Lancelot ama a la doncella de Astolat.» Algunos leian en la cara del rei, otros en la de la reina. Todos tenian curiosidad de saber quien podria ser esa jóven, pero la mayor parte prejuzgaba que ella debia ser poco digna del caballero. Una señora vieja se presentó al instante a la reina con estas malas nuevas. Jenoveva instruida yá de lo que habia, manifestó sentimiento de que Lancelot hubiese descendido tanto, i desvió asi el golpe de su amiga, con una palidez tranquila. De esta manera se esparció la nueva por toda la corte, fué la maravilla del momento. Semejante al

fuego cuando prende en el rastrojo seco, se esparció a tal punto que los caballeros se olvidaron en el banquete de beber por Lancelot i la reina i unieron el nombre de Lancelot con el de la doncella de la tez de lirio. Cambiaban sus sonrisas miéntras que Jenoveva, con los lábios placenteros, pero afectados, se sentia sofocada i sin que se la viese, destruia su despecho apretando el pié contra el pavimento, bajo de la mesa, cuyas viandas se le volvieron acíbar.

Léjos de allí, la jóven hija de Astolat, su inocente rival, que guardaba siempre en su corazon al señor Lancelot a quien no habia visto mas que una vez, se deslizó cerca de su padre miéntras él meditaba i acariciando su barba gris le dijo: «Padre, vos me llamais voluntariosa, i solo, la falta es vuestra porque me dejais hacer mi voluntad; pero entretanto, buen padre mio, ¿quereis que yo pierda la razon?—Nó ,dijo él, por cierto que nó.—Dejadme entónces partir, respondió ella, en busca de nuestro querido Lavinio.—Vos no perdereis la razon por el querido Lavinio, quedaos dijo él; nosotros no podemos dejar de tener noticias suyas i de su compañero.—Si dijo ella, i de su compañero; porque es necesario que yo lo encuentre donde quiera que esté, para entregarle su diamante en manos propias, a fin de no merecer el reproche de negligencia en este encargo, como ese príncipe orgulloso que se libró de él entregándomelo a mí. Mi buen padre, yo lo veo en mis sueños tan descarnado como si fuera su propio esqueleto, pálido como un muerto, falto de los socorros de parte de una niña noble. Miéntras mas alta es la cuna de una doncella, mas obligada está, padre mio, vos bien lo sabeis, a ser dulce i servicial para con los nobles caballeros, cuando han llevado sus colores: dejadme pues partir, yo os lo ruego.» En tónces su padre, moviendo la cabeza, dijo: Sabedlo bien, hija mia, yo sabré con gusto que ese caballero el mas grande que tenemos, se encuentra sano i salvo, i el diamante es preciso entregárselo... Partid pues; voluntariosa como sois necesitais partir.»

Habiendo obtenido lo que queria, salió de la sala; i miéntras se preparaba para el viaje las últimas palabras de su padre resonaban aun en sus oidos: «Voluntariosa como sois necesitais partir.» Estas palabras se cambiaban i hacian eco en su corazon: «Voluntariosa como sois necesitais morir.» Pero ella se sentia tan feliz, que rechazó estas ideas como rechazamos a la abeja que zumba a nuestro alrededor. Ella se respondió en su corazon i dijo: «qué importa eso si lo vuelvo a la vida?» I se alejó llevando al buen señor Torre por guia, dirijiéndose hácia Camelot, al traves de la larga cima de la árida costa, i delante de la puerta de la villa vió a su hermano con aire risueño, que hacia saltar i caracolear a su gusto a un caballo ruano al

rededor de un campo de flores. Apénas lo vió esclamó: «Lavinio, Lavinio, que nuevas hai del señor Lancelot? El se sorprendió: «Torre i Elaina! porqué estais aquí? cómo sabeis que el nombre de mi señor es Lancelot?» Pero cuando la jóven hubo relatado toda su historia, el señor Torre volvió la brida, i encontrándose mal dispuesto, partió, pasó bajo la puerta de las estátuas raras, donde están representadas las guerras de Arturo de un modo místico, i entró en la sombría i rica ciudad para ver a sus aliados i parientes lejanos que vivian en Camelot. Lavinio por su parte condujo a su hermana a la gruta al traves del bosque de álamos. Allí, vió ella desde luego, el yelmo de Lancelot sobre el muro i su manga escarlata, aunque despedazada, i sin la mitad de las perlas aun estaba allí atada. Ella se rió en su interior al ver que el caballero no la habia quitado de su yelmo, como si hubiese querido llevarla a un nuevo torneo. Cuando penetraron en la celda donde dormia, sus brazos endurecidos por los combates i sus poderosas manos yacian desnudas sobre una piél de lobo, i bajo el imperio del sueño, se movian como si hubiesen querido echar por tierra un enemigo. Elaina viéndolo así acostado, los cabellos en desórden, la barba larga, descarnado como si fuera su propio esqueleto, arrojó un lijero grito de dolor i de compasion. Un quejido semejante i estraño en un recinto tan tranquilo, despertó al caballero enfermo, i miéntras él movia los ojos pesados aun de sueño, ella se abalanzo hácia él diciéndole: «He aquí vuestro premio, el diamante que os envia el rei.» Sus ojos brillaron: ella se preguntó si seria por ella. Cuando la jóven le hubo contado toda la historia: el envio del diamante, la mision que se le habia encargado, aunque indigna de merecerla, se arrodilló al lado del lecho i colocó el diamante en la mano del caballero. Su cara tocaba casi a la del enfermo. De la misma manera que besamos a un niño cuando ha cumplido su tarea, él le dió un beso a Elaina. En ese instante ella se deslizó como el agua i cayó al suelo: «¡Ai! esclamó él, vuestra carrera os ha fatigado. Tomad algun reposo.—Para mí ningun reposo, dijo ella: pues cerca de vos, mi buen señor, yo no siento el cansancio» ¿Qué queria ella decir con esto? Los grandes ojos negros del caballero, todavía mas grandes por su flacura, se quedaron fijos sobre ella hasta que el triste secreto de su corazon se reflejó en su semblante. Lancelot parecia perplejo i su espíritu lo estaba en efecto. Su estado de debilidad no le permitia hablar mas. Pero no le gustaba el rubor de Elaina i no estimaba el amor sino de una sola mujer. Se volvió, pues, del otro lado suspirando, i finjió dormir, hasta que el sueño lo venció.

Elaina se levantó entónces, tomó el camino a traves de los cam-

pos adornados de estrañas esculturas, i se dirijió a la sombría i rica ciudad al lado de su familia. Pasó allí la noche, pero despertó con el alba, se fué al campo i de allí se dirijió a la gruta. Así dia tras dia ella pasaba i repasaba como un fantasma en uno i otro crepúsculo. Todos los dias cuidaba al caballero i velaba en las noches cerca de él. Lancelot hablaba siempre de su herida, un simple razguño del cual sanaria pronto. A veces ajitado por una ardiente fiebre podia parecer descortés, él que era el modelo de la cortesía; pero la tierna Elaina lo soportaba siempre con dulzura; era mas dulce para con él que un niño con una brusca nodriza, mas paciente que una madre con un hijo enfermo. Jamas mujer alguna, fué mas atenta con un hombre; su amor profundo la sostenia. Al fin, el hermitaño, hábil en el conocimientos de todos los simples i maestro en la ciencia de la época con sus cuidados delicados salvó la vida del enfermo. Este olvidándose del cándido rubor de Elaina, la llamó su amiga i su hermana, la dulce Elaina: él aguardaba impaciente su llegada, lamentaba su partida i sentia por ella una sincera ternura. En efecto la amaba con todo el amor posible, escepto aquel que existe entre el hombre i la mujer cuando estan enamorados uno de otro; i por ella habria arriesgado su vida como un caballero. Talvez si él hubiera visto ántes a Elaina, ella habria hecho de este mundo i del otro un mundo mui distinto para el enfermo, pero entretanto él, estaba atado con las cadenas de una antigua adhesion.

Sin embargo el valiente caballero, en el curso de su enfermedad, hizo mas de un santo voto, tomó mas de una resolucion pura. Todas estas buenas ideas, enjendradas por el sufrimiento, no podian vivir; pues cuando la sangre circuló con mas vigor por sus venas, muchas veces una dulce imájen, llevando una pérfida calma a su corazon, disipaba su resolucion como una nube. Entónces, si la jóven hablaba, miéntras ese gracioso fantasma resplandecia en su imajinacion, no le respondia, o lo hacia con un tono breve i frio. Ella se daba cuenta mui bien de la brusquedad causada por la enfermedad pero no comprendia lo que significaba ahora su manera de ser. El dolor oscurecia su vista i la impulsaba ántes de la hora acostumbrada a salir al campo, donde solo murmuraba. «Es en vano, todo es en vano, esto no puede ser. El no me amará. ¡I bien! será necesario morir?» Entónces, semejante a una inocente avecilla abandonada, que no tiene mas que un sencillo diapason de algunas notas, i repite esas notas sencillas una i mil veces durante toda una alborada de abril, hasta que el oido se fatiga de escucharlas, la candorosa jóven pasó la mitad de la noche repitiendo: «¿Será pues necesario morir?» Se volvia ya a la

derecha ya a la izquierda, i no encontraba descanso ni en el movimiento ni en el reposo. «Lancelot o la muerte, murmuraba, la muerte o él.» I de nuevo repetia como un refran: «Lancelot o la muerte.»

Cuando la herida del caballero, que se creía mortal fué curada, los tres se volvieron a Astolat. Allí, todas las mañanas adornando su encantadora persona con lo que creía le sentase mejor, se presentaba delante del señor Lancelot si soi amada, se decia a si mis ma, estos son mis vestidos de fiesta; si nó, estas son las flores de la víctima ántes de ser inmolado» Lancelot suplicaba siempre a lajóven que le pidiese algun don para ella o para los suyos: «I no temais, añadia él, de hacer saber lo que mas desee vuestro leal corazon. Vos me habeis hecho tal servicio que vuestra voluntad será la mia. Yo soi príncipe i señor en mi país, i yo puedo todo lo que quiero.» Entónces como un fantasma, levantaba ella su cabeza, pero como un fantasma, sin poder hablar. Lancelot vió que ella ocultaba sus deseos, i se quedó algun tiempo mas, hasta que consiguió una respuesta. Una mañana encontró casualmente a Elaina bajo los árboles del jardin i le dijo: «No tardeis mas en hacerme saber lo que quereis. Pensad que es necesario que yo parta hoi.» Entonces ella esclamó: «¡Vais a partir, i no os volveremos a ver! será preciso que muera por falta de valor para decir una palabra.—Hablad. Si yo vivo i escucho, dijo él, a vos os lo debo.» Entonces ella replicó de repente i con pasion: «Estoi loca, yo os amo, dejadme morir.—Ah! hermana mia, respondió Lancelot ¿que es esto?» Elaina estendiendo inocentemente sus brazos de nieve: «Vuestro amor, dijo, vuestro amor para ser vuestra mujer.» Lancelot respondió: «Si yo hubiera querido casarme, me habria casado ántes de ahora, mi querida Elaina; pero yo no tendré jamás mujer.—No, no, esclamó ella, yo no pretendo ser vuestra esposa; sino estar siempre con vos, mirar vuestro semblante encantador i seguiros a traves del mundo.» Lancelot respondió: «No, el mundo, el mundo todo ojos i todo oidos, con un corazon estúpido para interpretar a unos i otros i una lengua para lanzar sus malvadas interpretaciones.....nó, seria pagar bien mal la amistad de vuestro hermano, i la hospitalidad de vuestro buen padre.» Ella dijo: «No estar con vos, no ver mas vuestras facciones.....¡Ah! desgraciada de mí! mis bellos dias han pasado.—Nó, en verdad noble doncella, respondió él, mil veces nó. Lo que vos sentis no es amor sino su primer rayo en un tierno corazon, cosa mui comun. Sí, realmente, yo lo sé por mi mismo, i vos sereis la primera en reiros de esto cuando deis la flor de vuestra vida a alguien que os convenga mas i que no tenga como yo tres veces vuestra edad; entonces (pues

sois mas sincera i dulce que lo que yo creia por la opinion que en otro tiempo me habia formado de las mujeres), sobre todo si sucede que vuestro buen caballero sea pobre, yo lo dotaré con un vasto dominio i un territorio mas allá de los mares que iguale a la mitad de mi reino, si esto puede haceros feliz. Todavía mas: yo seré hasta la muerte, vuestro campeon en todas vuestras querellas, como si fueseis de mi sangre. He aquí lo que yo haré, doncella querida, por el amor vuestro, i no puedo hacer mas.»

Miéntras él hablaba, ella no se ruborizó ni se movió, sino pálida como la muerte, permaneció de pié, apretando lo que tenia en la mano, en seguida replicó: «De todo eso yo no quiero nada.» A estas palabras, ella cayó al suelo, i la llevaron desmayada a su torre.

Entonces su padre que habia escuchado la conversacion por entre la oscura cortina formada por el follaje de los árboles, habló así: «Sí, ese será un rayo, un rayo que dará a mi flor un golpe de muerte. Vos sois demasiado cortés, bello señor Lancelot. Yo os ruego, que la trateis con un poco de aspereza para debilitar o sofocar su pasion.»

Lancelot dijo: «Eso seria contrario a mi naturaleza; haré lo que sea posible.» El se quedó todo el dia en el castillo, i hácia la tarde envió a buscar su escudo. La jóven se levantó dulcemente i lo entregó despues de haberle quitado el forro. Habiendo sentido al caballo piafar sobre las piedras, abrió con presteza la ventana, i dirijió una mirada sobre el yelmo del caballero.... la manga ya no estaba allí! Lancelot sintió el lijero ruido producido por la jóven, ésta guiada por el tacto del amor, conoció bien que Lancelot no ignoraba que ella lo miraba; sin embargo él no levantó los ojos, no saludó con la mano, ni siquiera dijo adios, pero partió tristemente. Solo en eso, se mostró descortés.

Así, pues, Elaina se quedó sola en su torre. Hasta su escudo habia partido, no le quedaba mas que el forro, su pobre trabajo, su obra vacía; pero ella escuchaba aun al caballero, siempre veia dibujarse su imajen que se levantaba entre ella i los retratos de las murallas. Su padre se acercó a ella, i trató de consolarla con dulzura; ella se lo agradeció tranquilamente. En seguida vinieron sus hermanos, quienes le dijieron: «La paz sea con vos, hermana querida!» Ella les respondió con la misma calma. Pero cuando la dejaron sola, la muerte, se hizo escuchar como una voz amiga que viene de un campo lejano al traves de las tinieblas; las quejas del buho la absorvieron i ella mezcló sus lamentos con las luces inciertas de la tarde i con los jemidos del viento.

En ese tiempo hizo una cancion, que llamó: *El amor i la muer-*

te. Ella la cantaba; suaves eran sus canciones i melodioso su canto.

«Dulce es el amor sincero aunque dado en vano, en vano; i dulce es la muerte que pone fin al dolor: no sé cual es mas dulce, nó, no lo sé.

«Amor, ¿éres dulce? entonces la muerte debe ser amarga; amor, ¿éres amargo? la muerte es dulce para mí. ¡Oh amor! si la muerte es mas dulce, dejadme morir.

«Dulce amor que no pareces hecho para marchitarse, dulce muerte que pareces hacer de nosotros cenizas sin amor, no sé cual sea mas dulce; nó, no lo sé.

«Yo seguiria con gusto al amor, si eso pudiera ser; pero debo seguir a la muerte que me llama; me llama i voi, ¡sí, voi! dejadme morir!»

Su voz se alzó con el último verso, en el momento en que el alba se mostraba, i el sol se anunciaba con una luz color de fuego, i soplaba un viento furioso que despedazaba la torre de Elaina. Sus hermanos la oyeron i se dijeron entre sí temblando: «Escuchad al espíritu de la casa que grita siempre para anunciar algun muerto.» Ellos llamaron a su padre, i los tres corrieron temblando hácia ella; en ese instante la rojiza luz de la mañana alumbraba su pálido semblante, miéntras ella repetia con voz aguda: «Dejadme morir!» Lo mismo que cuando nos detenemos en una palabra que nos es familiar, i repitiendo esa palabra tan conocida para nosotros, nos parece estraña sin saber por qué; así el padre detuvo sus miradas sobre el semblante de su hija i se preguntaba: «¿Es esta Elaina?» hasta que la jóven volvió a caerse sobre el lecho. Ella tendió entónces su mano desfallecida a cada uno de los suyos, i se quedó acostada, saludándolos silenciosamente con la mirada. Al fin ella dijo: «Hermanos queridos, ayer en la tarde yo me creia aun una chiquilla curiosa, feliz como cuando viviamos en los bosques i que vosotros teniais la costumbre de hacerme subir el gran rio con la marea, en la barca del pescador. Solamente no queriais ir mas allá del cabo donde está el álamo. Allí habiais fijado vuestro límite, i a menudo volviamos con el reflujo. Yo lloraba sin embargo, porque no queriais ir mas léjos i pasar mas allá de las olas que brillaban a la distancia, hasta que hubiesemos llegado al palacio del rei. Vosotros no lo queriais hacer entónces; pero esta noche, yo soñaba que estaba sola sobre el agua i entónces me dije: «Ahora se hará mi voluntad.» En ese momento me desperté; pero mi deseo persistió. Dejadme, pues, partir para poder al fin pasar mas allá del álamo i de la marea lejana, hasta llegar al palacio del rei. Yo quiero entrar allí entre todos ellos, i nadie se atreverá a burlarse de mí; el bello Gavinio se espantará de verme, i el gran señor Lancelot

quizás pensará en mí! Gavinio que me hizo mil adioses, Lancelot que se fué friamente sin decirme nada. Allí el rei me hará honores a mí i a mi amor; la reina misma tendrá piedad de mí, toda la noble corte me acojerá con placer, i despues de mi largo viaje gozaré del reposo.—Paz dijo su padre. ¡Oh! hija mia, pareceis haber perdido la cabeza; ¿qué fuerzas teneis para ir tan léjos, enferma como estais? Por qué quereis poner de nuevo los ojos sobre ese orgulloso personaje que nos desprecia a todos?

Entónces se levantó el brusco Torre; se echó a andar, i prorrumpiendo en sollozos esclamó: «Yo no lo amé jamas; si me encuentro con él, me cuidaré poco de que sea tan grande, lo golpearé i lo derribaré a mis piés. Por poco que la fortuna me ayude, le daré la muerte. Con esta afliccion, él ha arruinado nuestra casa.»

A estas palabras, su noble hermana replicó: «No os aflijais, querido hermano mio, pues no tiene la culpa el señor Lancelot de no amarme, ni yo de amar al hombre que entre todos me parece el mas grande.»

—«¿El mas grande? respondió el padre como un eco, ¡el mas grande! (El queria estinguir la pasion de su hija.) Nó, hija mia yo no sé qué es lo que llamais mas grande; pero lo que sé como todo el mundo, es que él ama sin vergüenza a la reina, i que sin vergüenza ella le corresponde. Si esto es grande ¿qué llamaremos entónces, pequeño?

Entónces habló la doncella de Astolat, la de la tez color de lirio: «Querido padre, estoi demasiado débil i mui enferma para encolerizarme. Esos rumores son una calumnia. Jamas se ha escapado una alma noble, de groseros ataques. Aquel que jamas se ha hecho de enemigos, nunca tendrá amigos; pero entre tanto mi gloria es haber amado a un hombre sin tacha i sin igual sobre la tierra: dejadme pues ir, padre mio, aunque os parezca una locura. Muero sin ser del todo desgraciada, habiendo amado la mejor i la mas grande de las obras de Dios, aunque mi amor no haya sido correspondido. Sin embargo, cuando os oigo desear que vuestra hija viva, os lo agradezco: pero trabajais en vano pues si puedo creer lo que decis, a pesar de todo moriré pronto. Cesad, pues, buen padre mio; decid que se llame al ministro de Dios para confesarme i morir.»

El ministro de Dios vino i partió. Elaina, con el semblante tranquilo despues de haber recibido el perdon de sus culpas, suplicó a Lavinio le escribiera palabra por palabra, una carta que ella le dictaria cuando él le dijo: «¿Es para Lancelot? para mi querido señor? entónces la llevaré con gusto;» ella le contestó: «Para Lancelot, para la

reina i para el mundo entero; pero es necesario que yo misma la lleve.» Escribió entónces la carta miéntras ella le dictaba. Despues de haber sido escrita i doblada, ella dijo: «Oh, querido padre, tierno i sincero, no me rehuseis por primera vez un capricho; por estraño que os parezca, es el último. Colocad esta carta en mi mano un poco antes de mi muerte, i cerradme la mano en seguida. La conservaré así despues de muerta: i cuando el calor de la vida haya abandonado mi corazon, entónces tomad el pequeño lecho sobre el cual me moriré; adornadlo ricamente como el de una reina, amortajadme tambien como a ella, con lo que tengo de mas precioso, i colocadme sobre esa camilla; que se apronte una litera para conducirme hácia la orilla, como tambien una barca enlutada. Quiero ir a la corte con toda ceremonia en busca de la reina; entónces seguramente hablaré por mí misma mejor que cualquiera de vosotros. Haced que vaya conmigo nuestro viejo mudo: él podrá remar i gobernar la barca, i me conducirá hasta la puerta del palacio.»

Cesó de hablar, i su padre le prometió cumplir con lo que le pedia desde ese momento ella se puso tan contenta que se habria creido que la muerte yacia mas bien en su imajinacion que en su sangre. Pero pasaron diez largas mañanas; i en la undécima su padre le puso la carta en la mano, se la cerró i murió. Ese fué un dia de duelo en Astolat. Al siguiente dia, cuando los primeros rayos del sol aparecian en el horizonte, pasó la fúnebre litera, seguida por los dos hermanos, que marchaban lentamente con la cabeza inclinada, como una sombra al traves de la campiña en pleno estío, en direccion al rio donde se encontraba la barca enlutada en toda su lonjitud con el mas negro samit. El viejo mudo, el leal servidor que habia vivido siempre en la casa, estaba sobre el puente con los ojos llenos de lágrimas i el semblante abatido. Los dos hermanos sacaron de la litera el cadáver de su hermana, i lo colocaron sobre la negra cobertura; pusieron en su mano un lirio, suspendieron sobre ella el forro bordado de la armadura, besaron su frente tranquila i la dijeron: «¡Adios, hermana, adios para siempre!» Repitieron: «Adios hermana querida» i partieron bañados en lágrimas. Entónces, se puso a boga el viejo i mudo servidor i la muerta conducida por él avanzaba con la marea, con el lirio en la mano derecha, la carta en la izquierda i su brillante cabello suelto i flotante. Estaba envuelta hasta la cintura con una tela de oro i toda vestida de blanco dejando la cara. Bello era su semblante de facciones tranquilas. No parecia muerta sino profundamente dormida: se habria dicho que sonreia.

En ese dia, el señor Lancelot en el palacio, pedia audiencia a Je-

noveva para entregarle al fin el premio que valia la mitad de un reino, don precioso difícilmente ganado a costa de heridas i golpes, de la muerte de otros i casi de la suya. Habiendo visto a alguien de la casa de la reina, envió la peticion a su querida. La reina acojió al mensajero con una majestad tan imponente que éste habria podido tomarla por su propia estátua, si no es que al inclinarse hasta besar los piés de Jenoveva con el respeto de un leal servidor, vió de reojo juguetear sobre las murallas la sombra de un pedazo de encaje en la sombra de la reina, i partió riéndose en su interior de cortesano.

En el palacio de Arturo, del lado del medio dia hácia el rio, se encuentra un precioso retrete tapizado de viñas. Allí tuvo lugar la entrevista, i Lancelot arrodillándose pronunció estas palabras: «Reina, señora i soberana mia, vos que sois para mí toda alegría, recibid estas joyas, que he ganado solo para vos, i hacedme feliz haciendo con ellas un brazalete para el brazo mas torneado que existe en el mundo, o un collar para un cuello al lado del cual el del cisne parece mas oscuro que el de su pequeñuelo. Estas son palabras nada mas: vuestra belleza os pertenece esclusivamente i yo cometo una falta al elojiárosla. Sin embargo, permitid algunas palabras a mi culto como concedemos lágrimas al dolor. Talvez ambos podríamos perdonarnos una culpa semejante: pero mi reina, sé que circulan rumores en la corte. El lazo que nos une, ya que no puede ser el del matrimonio, deberia dar lugar a una confianza mas absoluta para remediar esa falta. Dejad que digan lo que quieran; ¿cuándo han dejado de correr rumores? Como confio que, en vuestra nobleza vos os fiais de mí, puedo mui bien pensar que vos no los habreis creido.»

Miéntras hablaba así, la reina medio vuelta hácia un lado, arrancaba una por una las hojas de la frondosa viña que sombreaba la ventana, i las arrojaba al suelo hasta que se puso completamente verde el recinto donde se encontraba. Cuando hubo concluido, tomó inmediatamente los diamantes con una mano fria i distraida, los puso a un lado sobre una mesa i replicó:

—«Quizás creo con mas facilidad de la que pensais, Lancelot del Lago. El lazo que nos une no es el del matrimonio. Lo que hai de bueno en él, por malo que sea, es que es mas fácil romperlo. Por vos he hecho injurias i agravios, durante muchos años a álguien que reconozco en lo mas hondo de mi alma como mas noble que vos. ¿Qué es esto? ¡Diamantes para mí! Viniendo de vuestra mano, ellos habrian aumentado tres veces su valor si no hubiérais perdido el vuestro. Para un leal corazon, el valor de todos los dones debe variar segun el donador. Estos diamantes no son para mí, sino para ella, para

vuestro nuevo capricho. Prometedme solamente, os lo ruego, gozar de vuestra felicidad léjos de mí. Pongamos fin a todo eso ¡un fin estraño! Añadid, mis diamantes a sus perlas; adoradla con estas joyas; decidle que ella me eclipsa. Haced con ellas un brazalete para un brazo a cuyo lado el de la reina parece descarnado o un collar para un cuello, de una mucho mas bella, como en otro tiempo un amor sincero era mas precioso que estos diamantes.....hélos aquí, para ella i no para mí.....Nó en verdad, por la Madre de Nuestro Señor! ni para ella ni para mí .....ella no los tendrá.»

Al decir esto, tomó los diamantes i los echó por la ventana abierta de par en par a causa del calor. Brillaron, i golpearon el agua, al caer. Del seno de las olas heridas por ellos se alzaron otros diamantes como para venir a su encuentro, i desaparecieron juntos. Entónces, miéntras el señor Lancelot se inclinaba sobre el borde de la ventana medio disgustado del amor, de la vida, de todo; precisamente delante de sus ojos i por el mismo lugar donde habian caido los diamantes, pasó lentamente la barca donde iba acostada la blanca hija de Astolat, risueña como una estrella en la noche mas sombría.

La reina, que nada habia visto, salió precipitadamente para llorar i lamentarse a solas; i la barca deslizándose hácia la puerta del palacio, se detuvo. Ahí habia dos hombres armados que guardaban la entrada. A lo largo de la escalera de mármol solo se veian bocas abiertas i ojos indagadores. Las facciones despavoridas del barquero, duras i taciturnas como las figuras que vemos con el ojo de la imajinacion en las rocas quebradas sobre alguna montaña escarpada; todo eso los espantaba i decian:

«Él está encantado i mudo.... Ella, mirad como duerme!....esta debe ser la reina de las hadas: ¡es tan bella! sí, realmente, pero que pálida está! ¡Quiénes son estos! serán de carne i hueso? o habrán venido a llevarse al rei a la tierra de las hadas? pues algunos pretenden que, nuestro Arturo no puede morir, sino que pasará de aquí a ese país.»

Miéntras hablaban así, el rei apareció escoltado por sus caballeros. Entónces el mudo, que estaba vuelto de perfil, se mostró de frente i se levantó: señaló con el dedo a la doncella i la puerta. Arturo dió órden al dulce señor Perceval i al puro señor Galahad para que levantarar a la jóven i la llevasen respetuosamente a la sala del palacio. En ese momento el bello Gavinio se presentó i se sorprendió al verla. Despues vino Lancelot i meditó al lado de ella; en fin la reina misma llegó i se sintió conmovida de piedad; pero Arturo descubriendo

la carta en la mano de la jóven, se inclinó, la tomó, rompió el sello i leyó:

«Mui noble caballero, señor Lancelot del Lago, yo, llamada en otro tiempo la doncella de Astolat, vengo aquí a daros mis últimos adioses, pues vos me dejásteis sin despediros de mí. Os amé, pero mi amor no fué correspondido: por lo cual mi sincero cariño ha sido mi muerte, i hé aquí porque traigo mis quejas a nuestra señora Jenoveva i a todas las demas señoras. Rogad por mi alma i concededme sepultura a vuestro lado. Rogad tambien por mi alma, señor Lancelot, como que sois un caballero sin par.»

Leyó así, i durante su lectura señoras i caballeros lloraban, paseando sus miradas del semblante del rei al de la que reposaba silenciosa; i a veces llegaban a creer que los labios que habian dictado la carta se movian aun.

Entónces el señor Lancelot hablando con franqueza a la asamblea dijo:

«Mi soberano señor Arturo, i vosotros todos que me escuchais, sabed que la muerte de esta noble jóven me oprime de dolor, pues era buena i sincera, i me amaba como ninguna otra mujer que hasta ahora haya conocido. Sin embargo, ser amado no nos hace amar por nuestra parte, sobre todo a mi edad, aunque sea jóven aun. Juro por mi fé i por mi calidad de caballero, que nada he hecho por lo ménos voluntariamente, para despertar semejante amor. Pongo por testigo de ello a mis amigos, a sus hermanos i a su padre, quien me ha suplicado fuese brusco i frio i que emplease cualquiera omision contraria a mi naturaleza, para estinguir su pasion. Hice lo que pude, la dejé sin despedirme de ella. Si hubiese podido imajinarme que la doncella moriria, habria injeniado algun medio de salvarla de sí misma.»

Entónces la reina dijo (su cólera era un mar hirviendo aun, despues de la tempestad): «Debísteis por lo ménos, bello señor, hacerle la gracia de salvarla de la muerte.» El levantó la cabeza, sus ojos se encontraron, i la reina bajó los suyos cuando él añadió:

«Reina, ella no habria quedado contenta sino tomándola yo por esposa, lo que no podia ser. Ella me pidió le permitiera seguirme a traves del mundo, eso tampoco podia ser. Le dije que su amor no era mas que un rayo de la juventud que se estinguiria para cambiarse en seguida en una llama mas tranquila en favor de alguien mas digno de ella..., que entónces, si su prometido era pobre, yo los dotaría con un vasto dominio i con un territorio en mi propio reino, mas allá de mi distrito, para tenerlos en una feliz situacion. Yo no podia hacer mas; pero ella rehusó i murió.»

Cuando dejó de hablar, Arturo respondió: «¡Oh! mi caballero, será vuestro honor como tal, i el mio como jefe de nuestra mesa redonda, cuidar de que ella sea dignamente sepultada.»

Arturo, seguido del cortejo de su mesa redonda i de Lancelot, triste contra su costumbre, marchaba lentamente en direccion a su capilla, la mas rica que habia entónces en el reino, para asistir a las exequias de la jóven. Estas no tuvieron lugar simplemente, como para una desconocida; fueron magníficas, como para una reina, con misa i música sonora. Cuando los caballeros hubieron depositado su bella cabeza entre el polvo de los reyes medio olvidados, Arturo les habló así: «Que su tumba sea lujosa, i que se vea allí su imájen, el escudo de Lancelot esculpido a sus piés i el lirio en la mano; que la historia de su doloroso viaje, sea grabado sobre su tumba en letras de oro i lapislázuli, para todos los corazones leales!» Esta órden se ejecutó despues; pero, por el momento, cuando señoras, caballeros i pueblo escurriéndose por las grandes puertas, salian en desórden como para volver a entrar cada uno en su casa, la reina, divisando al señor Lancelot que se habia retirado hácia un lado, se acercó a él i murmuró al pasar: «Lancelot, perdonadme, estaba celosa.» Él respondió con los ojos bajos: «Esta es la maldicion del amor; idos, mi reina estais perdonada.» Pero Arturo, que vió la frente oscurecida del caballero, se acercó a él i con el mayor cariño, le echó los brazos al rededor del cuello i le dijo:

«Lancelot, mi Lancelot, tú a quien amo mas i en quien tengo mayor confianza, porque sé que has estado a mi lado en los combates i mil veces te he visto en los torneos derribar caballeros vigorosos i mui esperimentados, dejando que los mas jóvenes i los ménos hábiles fueran a obtener honores i a adquirir un nombre: me gusta tu cortesía i tu persona, porque eres un hombre hecho para ser amado. Pero entretanto yo habria deseado con toda mi alma (porque la muchedumbre ignorante dice de tí cosas estrañas) que hubieseis amado a esa jóven formada por Dios, segun parece, solo para vos. Por su apariencia (si se puede juzgar de los vivos por los muertos), delicadamente bella, habria podido daros, a vos hoi solitario, sin mujer i sin herederos, una noble posteridad, hijos nacidos para la gloria de vuestro nombre i de vuestra reputacion mi caballero, el gran señor Lancelot del Lago.»

Lancelot respondió entónces: «Ella era hermosa, oh mi rei! i tan pura como pudiérais desearla para vuestros caballeros. Dudar de su belleza habria sido ceguera, i para dudar de su pureza habria sido necesario no tener corazon.....Sí, en verdad, ella tenia todo lo que

se necesita para ser amada, si lo que es digno del amor pudiera encadenarlo; pero el amor quiere estar libre i sin cadenas.»

«El amor con semejantes lazos seria el mas libre de todos, dijo el rei. Despues del cielo, i en este triste paraje de muerte donde nosotros vivimos, qué podria haber de mejor que un amor tan puro con una belleza no ménos pura? Sin embargo, ella no pudo conseguir cautivaros aun estando libre segun creo, i noble, lo sé.»

Lancelot nada respondió; pero salió i en el punto donde un pequeño arroyo se pierde en el rio, se sentó en una ensenada i miró el agua que serpenteaba: levantó los ojos i vió la barca que habia llevado a Elaina descendiendo a lo léjos como una mancha negra sobre las olas, i se dijo mui bajo «¡Ah! sencillo i dulce corazon! vos me amasteis, doncella, ciertamente con un amor mas tierno que el de la reina. ¿Qué ruegue por vuestra alma me pedjs! Sí, lo haré! en fin..... ¡Adios, bello lirio!...¿Los celos en el amor? no será mas bien el orgullo celoso, el brusco heredero del amor que ha muerto? Reina, si os concedo que los celos son de amor ¿vuestro creciente temor por el nombre i la reputacion no demostraria por sí mismo, a medida que él se aumenta, un amor que disminuye?...Por qué ha insistido el rei sobre mi nombre? mi nombre me hace sonrojarme como si fuera un reproche: Lancelot fué robado a su madre por la dama del Lago como lo cuenta la historia. Ella cantaba trozos de misteriosas canciones que se hacian oir sobre las aguas tortuosas, i tarde i mañana me daba besos diciéndome: «Tú eres bello, hijo mio, como el hijo de un rei,» i me llevaba a menudo en sus brazos caminando sobre el lúgubre pantano. ¡Ah! porqué no me ahogó ella entónces! por qué ¿quién soi yo? qué ventaja saco del nombre del mas grande de los caballeros? He combatido por obtenerlo, i lo tengo. Nada gozo con tenerlo, pero sentiria perderlo. Entretanto se ha hecho una parte de mí mismo, pero ¿para qué me sirve? para poner peores a los hombres divulgándoles mi falta, para hacer parecer menor el pecado pareciendo mas grande el pecador? ¡Qué desgracia para el gran caballero de Arturo que no pueda ser un hombre como su corazon lo desea! Es necesario que rompa estos lazos que así oscurecen mi renombre, pero no sin que ella lo quiera. ¿Lo querré yo, si ella lo quiere? ¡Quién sabe! pero si yo no lo quiero, quiera Dios (yo se lo ruego) enviar en el acto un ánjel a tomarme por los cabellos, llevarme bien léjos sobre el pantano olvidado, i arrojarme entre los restos caidos de las grandes montañas.»

Así murmuró el señor Lancelot devorado por los remordimientos, ignorando que moriria un dia en estado de santidad.

M. B. B.

DON JOSE JOAQUIN DE MORA

(Continuacion)

Don José Joaquin de Mora, que debia prestar tan buenos servicios a la enseñanza en varios de los estados hispano-americanos, principió desde la misma Inglaterra, puede decirse, a trabajar en la instruccion de la juventud del nuevo continente.

Mr. Rodolfo Ackermann, a fin de propagar los rudimentos del saber en la América Española, dió a luz un gran número de catecismos referentes a los principales ramos de estudios.

Me parece curioso consignar aquí un hecho que manifiesta el grado de ignorancia i de fanatismo en que se encontraban los pueblos de oríjen castellano que habitaban esta parte del mundo. Aquel editor, temeroso de que el uso de la palabra *catecismo*, aplicada a materias profanas, fuese juzgado una impiedad por personas que estaban habituadas a referirla únicamente a la doctrina cristiana (i preciso es convenir que en esto se ajustaban al diccionario de la Academia Española), se creyó obligado a advertir con la mayor seriedad que ella significaba simplemente un pequeño tratado en preguntas i respuestas, cualquiera que fuese el asunto sobre que versara.

A pesar de esta esplicacion, los trataditos elementales de Ackermann no circularon sin oposicion en los países de la América Española, como se ve por el siguiente artículo de Mora, que copio de la *Crónica Política i Literaria de Buenos Aires*, número 18, fecha 19 de abril de 1827.

«Hemos oído decir que en una de las iglesias de esta capital se ha predicado un sermon en que se fulminaron grandes ana-

temas contra unos libritos verdes destinados a la educacion, i publicados en Lóndres por Rodolfo Ackermann. No sabemos qué especie de herejía contienen los catecismos de química, jeografía, agricultura, etc. que ha dado a luz aquel librero. En cuanto al de moral, quizas el único en que pueden cebarse los ignorantes, los fanáticos i los supersticiosos, el respetable nombre de su autor don Joaquin Lorenzo de Villanueva basta a ponerlo a cubierto de sus tiros, aunque la ignorancia, el fanatismo i la supersticion no suelen respetar la ciencia i la virtud, que en tan alto grado reune aquel venerable eclesiástico. Si es cierto que en la capital de una república tan ilustrada como ésta se ha visto con indiferencia semejante escándalo, lo único que esto prueba es que *manent vestigia ruris*, i que debe tratarse de esterminar cuanto ántes un abuso tan culpable del santo ministerio de la palabra. Espliquen los predicadores el evanjelio, i no salgan de este círculo precioso. Así se harán acreedores a la gratitud i a la veneracion del pueblo. Si hai entre ellos alguno que quisiera hacer retrogradar la educacion a los tiempos de nuestros opresores, lo mas que podrá excitar es la risa de sus oyentes. Pasó aquella época, i todos los Jerundios del mundo no bastarán a comprimir el ímpetu que han tomado las luces bajo los benéficos auspicios de la libertad.»

Ackermann encomendó la redaccion de estos libritos a personas mui competentes, tales como don José de Urcullu, don José Núñez Arénas i el distinguido don Joaquin Lorenzo de Villanueva.

Todos estos trataditos fueron adoptados en los establecimientos de educacion de la América Española; i algunos de ellos servian de testos hasta veinte o veinte i cinco años despues de su publicacion.

Don José Joaquin de Mora compuso tres: uno de gramática castellana, otro de jeografía i otro de gramática latina.

Él mismo hizo presente en la *Crónica Política i Literaria de Buenos Aires*, número 39, fecha 16 de junio de 1827, «que el *Catesismo de Jeografía* habia sido escrito en Lóndres con suma precipitacion, i para satisfacer una demanda urjente; i que por lo tanto, no era estraño que lo afeasen algunos descuidos, de los cuales, no todos habian desaparecido en la segunda edicion hecha el año de 1826 en aquella capital.»

Mora publicó en Buenos Aires una tercera edicion, «en la que con el ausilio de los datos que posteriormente habia adquirido, en especial sobre las repúblicas de América, decia, que se lisonjeaba de poder ofrecer una obra, si no perfecta, libre a lo ménos de errores i de inexactitudes.»

Nuestro autor hizo todavía una cuarta edicion de su obrita en Chi-

le el año de 1829, siendo de notar que ella fué el primer testo de jeografía que se imprimió en este país.

El *Catecismo de Gramática Latina* apareció en Lóndres el año de 1826.

Mora advertia que estaba adaptado al método de enseñanza mutua, i que habia sido sacado de las mejores gramáticas que hasta entónces se habian publicado en Europa.

Aunque Mora se mostró desde el principio de su carrera declarado adversario de los sistemas escolásticos, i mui aficionado a los estudios de aplicacion práctica, i a aquellos que podian proporcionar al espíritu un alimento tan variado como nutritivo, no concibió jamas la idea de que el latin estaba mui léjos de ser un ramo de aprendizaje tan indispensable, verbigracia, como el de la lengua patria, el de la aritmética o el de los idiomas vivos.

Sin embargo, tuvo el mérito de protestar con su agudeza característica contra el viciosísimo método que se seguia para enseñar el latin, método que hacía mas repulsivo un estudio ya molesto por sí solo.

Leamos lo que escribia sobre este punto en la *Crónica Política i Literaria de Buenos Aires*, número 14, fecha 15 de abril de 1827.

«No creemos que haya entre nuestros lectores muchos partidarios del bárbaro modo de enseñar el latin bajo el cual hemos jemido todos los que hemos tenido la desgracia de aprenderlo a la española. ¡Cuántas lágrimas no ha costado a la especie humana aquel formidable verso:

Mascula sunt maribus quæ dantur nomina solum!

¿I para qué tantos azotes, tantas palmetas, tanta cólera de parte del *dómine*, tantos sufrimientos de parte del pobre discípulo? Para inculcar la trivialísima regla de que los nombres masculinos son aquellos que se dan solamente a los nombres masculinos. ¿No hubiera valido mas decirlo en prosa castellana, i ahorrar una gran dósis de infortunio a tantos seres inocentes? El mal gusto de los siglos que han precedido al del renacimiento de las letras introdujo la manía de poner en hexámetros i pentámetros todo lo que se debia encomendar a la memoria; i todavía en la época en que esto se escribe, hai universidades i colejios en que no se concede el título de buen lójico a quien no posee la llave de aquel profundo arcano:

Barbara, Celarent, Darii, Ferio, Baralipton,
Celantes, Dabitis, Fapesmo, Frisesomarum.

De este modo, se creia suavizar las asperezas del estudio i allanar el camino del saber: ¡error deplorable que tantos obstáculos ha opuesto al progreso de las luces!

«Hace muchos años que se declama contra el arte de Antonio de Nebrija, i que se trata de reemplazarle por un método mas sencillo i luminoso. El erudito don Juan Iriarte, que nació con el furor de versificar, aunque nunca pudo hacer un verso tolerable, redujo las reglas del idioma latino a romances i cuartetas en castellano. Su método ha sido impracticable, sea por lo voluminoso de su obra, sea por el apego a la rutina. El mismo éxito han tenido otras tentativas hechas con el mismo objeto. El resultado ha sido que el arte de Nebrija, con todas sus imperfecciones, con todas sus dificultades, está todavía enseñoreándose en las escuelas, ofreciendo un estraño contraste con el espíritu de mejoras que por todas partes se difunde, i que parece detenido por *Musa Musæ*, como por una mano irresistible.»

Mora compuso su catecismo de gramática latina para correjir un sistema tan pernicioso.

La obra recibió mui buena acojida en la América Española, especialmente en Méjico i Colombia, donde se vendieron muchos ejemplares.

No sucedió así en Buenos Aires, pues algunos de los profesores que allí enseñaban el ramo sostuvieron, con gran mortificacion de Mora, que el testo adolecia de graves defectos.

Sin duda ninguna, era incomparablemente mas racional que los de Nebrija o de Iriarte; pero preciso es confesar que como las varias obras de esta especie debidas a la pluma de Mora, era demasiado rudimental.

El catecismo de la gramática latina peca por un vicio opuesto al que se censura en los testos demasiado difusos i complicados que Bello i Lobeck han escrito para esponer el mecanismo gramatical de los romanos.

Puede decirse con verdad que se necesitaba algo mas de lo que ofrecia el primero; i algo ménos de lo que posteriormente habian de ofrecer los segundos.

En el último número del *Correo Literario i Político de Lóndres*, el cual apareció el 1.° de octubre de 1826, Mora dirijió a sus lectores la siguiente despedida:

«Hace tres años que el editor de este periódico trabaja en llevar adelante los planes benéficos del señor Ackermann en favor de la ilustracion del nuevo mundo. Los americanos han recompensado sus

trabajos con muestras nada equívocas de aprobacion. Reciban la mas sincera espresion de su gratitud.

«El llamamiento honroso de un eminente hombre público lo separa de Europa i lo lleva a las orillas del Rio de la Plata. Se ve, pues, en la necesidad de suspender la redaccion del *Correo*, aunque no renuncia a la esperanza de continuar escribiendo para los pueblos que tan favorablemeute han acojido sus producciones. El objeto de sus mas ardientes deseos es la felicidad de aquellas naciones, la perpetuidad de su independencia, el triunfo de los principios republicanos sobre la tiranía, el fanatismo, la traicion i la ignorancia.»

El «eminente hombre público» a quien aludia Mora era el presidente de la República Arjentina don Bernardino Rivadavia, del cual, segun se recordará, habia tambien hablado con elojio en el *Museo Universal*.

Don José Joaquin de Mora arribó a Buenos Aires en febrero de 1827, habiendo sido conducido en la misma nave con el hábil literato i bibliófilo napolitano don Pedro de Angelis, que habia sido preceptor de los hijos del rei Murat, i a quien los trastornos europeos hacian venirse a América.

Mora i Angelis redactaron juntos dos periódicos: *El Conciliador*, de que salió un solo número; i *La Crónica Política i Literaria de Buenos Aires*, cuyo primer número lleva fecha 3 de marzo de 1827, i el último, 6 de octubre del mismo año.

La *Crónica* fué fundada para servir de órgano oficial al gobierno del presidente Rivadavia; pero como lo manifiesta una de las fechas citadas, sobrevivió algunos meses a la administracion mencionada.

Mora tomó tambien parte como redactor principal en un diario comercial i político titulado *El Constitucional*, en el que tuvo por colaborador al arjentino don Manuel Bonifacio Gallardo.

Las señoras de Mora i de Angelis abrieron en Buenos Aires, en julio de 1827 bajo el nombre de *Colejio Arjentino* una casa de educacion para mujeres a imitacion de las de Ingraterra i Francia.

«Dos literatos, con cuyos servicios podemos contar, decian las directoras en el prospecto, se ofrecen a suplir la falta de libros de educacion que hace esperimentar la interrupcion del comercio. Los mismos se prestan a dirijir con sus consejos todo lo relativo a la enseñanza intelectual.»

Sin duda ninguna, estas palabras aludian a don José Joaquin de Mora i a don Pedro de Angelis.

Se me habia olvidado advertir que Angelis no poseia todavía el cas-

tellano, lo que le obligaba a escribir en frances; i que Mora tenia que tomarse el trabajo de traducir los artículos de su colega.

La *Crónica Política i Literaria de Buenos Aires* es un periódico que hace honor a sus redactores, i que puede proponerse como modelo.

Ha realizado mas o ménos el mismo plan que siguiió don Andres Bello en el *Araucano*, cuando lo tuvo a su cargo.

En todos sus artículos, aparecen el razonamiento i la templanza.

Los asuntos políticos i administrativos no llenan esclusivamente sus columnas.

Lucen en ellas, como en las del *Araucano* de Bello, variadas i amenas disertaciones sobre puntos de literatura i de ciencia, que dan al dicho periódico un interes permanente.

La *Crónica* ofrece reunidas las ventajas del diario i de la revista.

En una palabra, es el tipo del periódico bien concebido para difundir las luces en una sociedad.

Don José Joaquin de Mora siguió en la *Crónica* mostrándose discípulo fervoroso de Blanco White, cuyo sobresaliente mérito i cuyos grandes servicios a los hispano-americanos no perdia ocasion de encomiar.

«El sabio i elocuente Blanco White, primer escritor europeo que tomó la pluma en defensa de la emancipacion americana, i a quien esta parte del mundo debe quizas mas gratitud por los consejos que le ha dirijido, que por la constancia i talento con que ha sostenido sus derechos, escribia en el número 39, fecha 16 de junio de 1827, no satisfecho con haber alzado en su *Español* un monumento admirable a las libertades del nuevo mundo, ha continuado ilustrándolo con las interesantes columnas de su *Mensajero*; i por último, en la traduccion, que tenemos a la vista de la obra de Mr. Cottu, titulada: *De la Administracion de la Justicia Criminal en Inglaterra i del Espíritu del Sistema Gubernativo Ingles*, le ofrece los medios de satisfacer una de sus mas urjentes e imperiosas necesidades.»

Asi, Mora, separándose en esto de la gran mayoría de sus compatriotas, no solo dirijió los mas francos i rudos ataques al antiguo réjimen establecido por la España en los dominios de América, sino que tambien sostuvo calorosamente la independencia que acababan de conquistar los pueblos de este continente.

I conviene sobre manera que para apreciar esta conducta, se tenga presente que Mora se ajustaba a ella al dia siguiente, puede decirse, de una lucha sangrienta i encarnizada, cuando la exacerbacion de

los ánimos quitaba todavía a muchos la serenidad para juzgar con justicia los acontecimientos.

Un escultor frances promovió una suscripcion para erijir un monumento a la memoria de Bartolomé de Las Casas.

Mora apoyó con entusiasmo la idea en la *Crónica*, número 9, fecha 22 de marzo de 1827.

«Basta pronunciar este nombre, decia, para despertar la mas viva gratitud en el corazon de todos los buenos americanos. Testigo de las crueldades que sus compatriotas ejercieron en la época del descubrimiento del nuevo mundo, aquel apóstol de la humanidad alzó su voz solitaria en favor de las numerosas víctimas de la tiranía española. Infatigable en su celo, atravesó catorce veces el Atlántico con la esperanza de suavizar los males que aflijian a un pueblo inocente. Luchó por espacio de cincuenta años en favor de la tolerancia, virtud desconocida en su tiempo, i perseguida como un crímen en la corte de Cárlos V. Sinceramente adicto a la doctrina del evanjelio, que debe mirarse como la primera constitucion del jénero humano, se atrevió a proferir estas palabras, que todo hombre libre debe aprender de memoria: *El que usa mal del dominio no es digno de señorear; i a tirano ninguno ni obediencia ni lei se le debe guardar.*»

Mora no era ménos severo para censurar la época colonial, que para censurar la de la conquista.

Al terminar una serie de artículos sobre la obra titulada: *Noticias Secretas de América* por don Jorje Juan i don Antonio de Ulloa, se espresaba como sigue en la *Crónica*, número 48, fecha 7 de julio de 1827: "Basta lo que hemos estractado de esta interesante publicacion para dar una idea de las revelaciones que contiene. Es cierto que todo esto se sabía, i que de todo ello ha resultado la esplosion de que hemos sido testigos; mas no por esto deja de ser altamente favorable a la causa de la libertad, que unos hombres tan respetables por su categoría, como por su saber, hayan consignado en un documento oficial, dictado por las intenciones mas puras, i en virtud del testimonio ocular, las pruebas mas auténticas e irrevocables de la tendencia corruptora, del espíritu desorganizador i perverso del sistema colonial de España. Sirva este cuadro tan verídico, como espantoso, de estímulo a los americanos para alejarse cuanto mas les sea posible de la degradacion a que los condenaba aquel réjimen monstruoso.»

Mora se manifestaba convencidísimo de que los hispano-americanos, sin detenerse a la mitad del camino, debian llevar a cabo una completa trasformacion social.

«El grande error que se ha cometido en la mayor parte de las re-

voluciones modernas, decia en la *Crónica*, número 39, fecha 16 de junio de 1827, ha sido el limitarse a cimentar los derechos políticos, dejando todos los otros que componen la existencia social en los mismos peligros que ántes los circundaban. De esta reconvencion no esceptuamos a los nuevos estados americanos; ántes bien deploramos la ceguedad con que todos ellos han procedido en materia de tanta importancia. Se ha creído que con establecer la representacion nacional, con afianzar la seguridad de las personas i de los bienes, con dar una latitud ilimitada a la libertad de la tribuna i de la imprenta, se habia conseguido la reforma total del cuerpo político, sin echar de ver que miéntras la existencia pública se colocaba en tan eminente altura, la existencia privada se conservaba en la antigua dependencia.»

El arbitrio mas eficaz que segun Mora habia para impulsar las sociedades a su mejora i adelantamiento era la ilustracion.

Léase lo que escribia en la *Crónica*, número 39, fecha 16 de junio de 1827.

«La prueba mas irrefragable de los progresos que ha hecho la civilizacion es que el aprecio, la admiracion, los aplausos solo se tributan en las sociedades cultas a los que se distinguen por su saber. Las reputaciones cimentadas sobre otras bases no tienen mas que una época. La fama del saber resiste a toda clase de vicisitudes, porque su influjo se estiende a todos los hombres i a todos los siglos; porque sus beneficios mejoran nuestra suerte, i aumentan nuestros goces; porque todo lo que contribuye a perfeccionar nuestra condicion es producto de la ciencia aplicada a su principal objeto, que es el hombre.

«Así, pues, la piedra de toque de los gobiernos es la latitud que ofrecen al cultivo de la razon. Cuando la autoridad estrecha los límites de su esfera; cuando embaraza su camino; cuando desalienta a sus adeptos, obra contra sí misma, privándose de los medios de resistir a sus contrarios. En semejantes casos, no puede acudir a otro aliado que a la aristocracia sacerdotal; mas esta no tarda en dominar a quien implora su ausilio, i tal es la historia de lo que pasa actualmente en Francia i en España. En uno i en otro país, aunque en proporciones harto diferentes, los que mandan han querido cerrar a los que obedecen las puertas de la ilustracion; el clero les ha ayudado en esta innoble empresa; mas ha exijido la suprema direccion en recompensa. Así es como los gabinetes de Madrid i Paris no hacen ni pueden hacer en el dia lo que quieren, sino lo que se les manda.

«Por el contrario, cuando el pueblo se ilustra, llega a ser el apoyo natural de un gobierno paternal i justo. La propagacion de los conocimientos trae consigo aquella decorosa sumision tan favorable al poder como al órden público. Los hombres instruidos obedecen mejor que los ignorantes, porque el motor en aquellos es el convencimiento; en éstos, el terror.

«De aquí podemos inferir cuán espantoso es el crímen que cometen los que tienen en su mano la suerte de los hombres, siempre que los dejan adormecerse en la ignorancia i en el error, i podrirse, digámoslo así, en la desidia i en la inactividad. El mal que ocasionan no puede someterse a cálculo; pasará a las mas remotas jeneraciones i arraigará en ellas los vicios i los desórdenes.»

Estas ideas eran mui nuevas en la América Española, cuando Mora las espresaba el año de 1827.

En el dia, serán mui pocos los que se atrevan a contradecirlas de palabra; pero, por desgracia, hai todavía muchos que las combaten decididamente en la práctica, empeñándose por justificar sus procedimientos con pretestos mas o ménos especiosos, i aun por colocarlos al amparo de la palabra *libertad*.

La veneracion que Mora profesaba a las letras i a la ciencias le predisponia a la benevolencia i la consideracion hacia los individuos que las cultivaban, especialmente en naciones atrasadas como las de la América Española.

Se recordará que ya en el *Correo de Lóndres* habia hablado con elojio de don Juan Egaña i de don José Joaquin Olmedo.

Durante su corta mansion en Buenos Aires, no escaseó los aplausos a dos de los literatos mas distinguidos que entónces florecian en la República Arjentina, don Juan Cruz Varela, que ya era un veterano en la literatura, i su hermano don Florencio, que empezaba a darse a conocer.

En la *Crónica de Buenos Aires*, número 15, fecha 5 de abril de 1827, juzgó como sigue el canto lírico que don Juan Cruz Varela dedicó al *Triunfo de Ituzaingó*, que obtuvo, como se sabe, el 20 de febrero de aquel año el ejército oriental-arjentino sobre el brasilero, i que aseguró la independencia del Uruguai.

«El autor de este poema es uno de los pocos americanos que cultivan con éxito el lenguaje de las Musas, i, lo que todavía es mas apreciable, sus mejores producciones son las que ha consagrado a la independencia i a la gloria de su patria.

«La que sirve de asunto a este artículo es digna de los grandes sucesos que la han inspirado. Esposicion grandiosa, movimientos líricos, jiros poéticos, elegancia sostenida, tales son las principales dotes que lucen en el poema.»

La representacion de *Arjia*, trajedia del mismo poeta, proporcionó al autor de la *Crónica* oportunidad para volver a aplaudirle.

«Hemos asistido a la representacion de *Arjia*, anunciaba en el número 61 de aquel periódico, fecha 26 de julio; i a pesar de lo imperfecto de la ejecucion, hemos vuelto a admirar los primores que ya habíamos distinguido en la lectura. La escena del acto tercero entre Arjia i Adrasto nos ha parecido llena de bellezas; de un estilo noble, de un diálogo animado.

«Con la escepcion de algunas espresiones tomadas de Alfieri, i notadas por el mismo autor en su prefacio, no hai la menor semejanza entre *Antígone* i *Arjia*. Esta última tiene alguna mas analojía con *Mérope*, pues como ella tiene que aceptar la mano de un tirano para salvar la vida a su propio hijo.

«El carácter de Arjia es el mas diestramente trazado en toda la pieza. Es una madre tierna para quien el sacrificio de su persona es ménos difícil que el de su honor. Arrostra denodamente la muerte; pero no tiene el valor de dividir el trono con el que lo ha usurpado a su familia.

«Damos la enhorabuena al señor Varela por sus aciertos dramáticos. Ellos deberian fijarlo al teatro, cuyos triunfos son tanto mas lisonjeros, cuanto son mas libremente conferidos.»

El artículo que Mora dedicó a don Florencio Varela en la *Crónica*, número 81, fecha 20 de agosto de 1827, contiene, no solo un lisonjero estímulo al jóven autor, sino tambien uno de esos rudos ataques que don José Joaquin se complacia en asestar contra el antiguo réjimen.

«Tenemos a la vista un *Discurso sobre los Delitos i las Penas*, pronunciado el 8 de agosto de este año por don Florencio Varela en el acto literario para el grado de doctor que ha obtenido, decia. Tantas veces en semejantes ocasiones, hemos oído pesadas disertaciones en latin macarrónico sobre la usurpacion, las servidumbres i otros primores semejantes de las Institutas de Justiniano, que el solo título del discurso de que vamos a hablar nos ha hecho bendecir la hora en que se ha desmoronado el gótico edificio de las universidades antiguas, i en que la algarabía de los Bártulos i de los Ulpianos ha hecho lugar al lenguaje de la razon i de la filosofía. Aquí se nos presenta, en lugar de un escolástico embayetado, lleno de doctrinas que es incapaz de entender, porque no conoce el pueblo a que debieron aplicarse, heri-

zado de testos del *Dijesto* i del *Código*, empeñado en oscurecer mas i mas lo que es de suyo harto tenebroso, i gastando el quilo en aprender una ciencia que debe haber olvidado el dia en que firme su primer pedimento, un jóven culto, humanista i poeta, que busca las fuentes del derecho, no en los *senatus consulta, principum placita, magistratum edicta, responsæ prudentum*, sino en la grande escuela de la observacion, en el libro augusto de la naturaleza, en los trabajos de los Filangieris, de los Beccarias i de los Bentham. ¡Qué enorme diferencia! ¡qué resultados no promete a la próxima jeneracion! ¡Honor eterno al establecimiento que sirve de escena a tan importante innovacion! ¡Honor al profesor ilustrado que ha sabido dirijir por una senda tan luminosa los trabajos de sus discípulos! ¡Honor al respetable jefe de la Universidad que alienta i da impulso a tantas i tan útiles mejoras!»

Don José Joaquin de Mora insertó en la *Crónica Política i Literaria de Buenos Aires*, número 27, fecha 10 de mayo, un juicio de la obra titulada: *Cartas Americanas Políticas i Morales, que contienen muchas reflexiones sobre la guerra civil de las Américas, escritas por el ciudadano Manuel de Vidaurre*; Filadelfia, 1825,dos volúmnes en 8.°

Atendiendo a que ya es mui difícil proporcionarse éste i otros artículos de nuestro autor, voi a reproducirlo íntegro, tanto porque ofrece un retrato bien trazado de uno de los escritores mas orijinales de la época de la revolucion hispano-americana, como porque da idea del estilo que empleaba Mora en la redaccion de los periódicos.

Hé aquí el artículo a que aludo.

«El imflujo importante que está ejerciendo en los negocios del Perú don Manuel de Vidaurre, i la esperanza que inspiran su cáracter i su ilustracion a los peruanos amigos de su patria, fijan la curiosidad del público sobre una obra en que aquel ilustre majistrado ha vertido sus opiniones, sus miras políticas, la historia de sus flaquezas i de sus errores, i los sucesos mas interesantes de su vida. No es poca ventaja para los espectadores lejanos de aquella estraordinaria escena la de poseer un conocimiento tan seguro de uno de sus principales actores: su retrato al natural trazado por él mismo; porque cuando se trata de acontecimientos importantes, la imajinacion se convierte naturalmente a los hombres que los manejan, esponiéndose a crear entes imajinarios i fantásticos, cuando faltan materiales positivos acerca de los reales i verdaderos.

«Bajo cualquier aspecto que se mire al autor de las *Cartas Americanas*, no se le podrá negar el título de hombre estraordinario. Como Juez de un tribunal superior, su firmeza, su enerjía, su propension a

la verdad le acarrearon el odio de los vireyes, la censura del Consejo de Indias, i una honrosa persecucion; como persona moral, *tiene la gloria*, como él mismo lo dice, *de haber inspirado a los cuarenta i un años una pasion violenta a la jóven mas hermosa de su país*; la relijion, que sinceramente profesa, i las mas sagradas obligaciones domésticas, lo impulsan a romper aquellos lazos criminales, i a sacrificar la *Vénus de América* en las aras del deber i la conciencia; como político, adicto a la metrópoli, idólotra de Fernando VII, enemigo de las revoluciones, conoce, sin embargo, i deplora la opresion en que jime la América, i vaticina su entera emancipacion. En fin, como escritor, enriquecido con una vasta lectura, dominado por una imajinacion volcánica, su pluma recorre todos los asuntos, todas las ciencias, todas las épocas históricas; i su estilo, como un torrente despeñado, se precipita por ese vasto cúmulo de materias, revistiéndose de los tintes mas variados, i ofreciendo los contrastes mas caprichosos. En sus cartas, se hallan sucesivamente los arrebatos de Rousseau, la sensatez de Montesquieu, la dialéctica de Port Royal, la sinceridad de Montaigne, i la reserva de Hume. Tal es la flexibilidad de su talento, que despues de haber trazado con los rasgos mas espresivos la pasion que lo devora, discute en la pájina siguente la eficacia de la gracia, o la lejitimidad del matrimonio entre hermanos, como pudiera hacerlo el mas imposible catedrático de Salamanca.

«Hemos hablado de su adhesion a la causa de la metropoli i a la persona del soberano, i no lo hemos hecho con la perversa intencion de denigrar al patriota que con tanto vigor pelea hoi dia en las filas contrarias. Prescindiendo de que en la época presente, las retractaciones políticas son pecados veniales, que casi todos los hombres públicos han cometido, en el señor Vidaurre concurrian circunstancias que naturalmente debian alejarlo de las ideas democráticas i de las convulsiones populares.

«Era ministro togado de una audiencia, i todos saben que en América, la toga era el símbolo de una especie de aristocracia no ménos esclusiva i encumbrada que la de Venecia. Llamábase ademas *Vidaurre*, i esta casa, (son palabras del autor) *octava de los ricos homes de Navarra, fué fundada treinta años ántes de la venida de Jesucristo.* Por último, se hallaba en Lima, en la esfera del entusiasmo realista, en aquella capital que sostuvo tan largo tiempo la causa de la metrópoli i de cuyos muros salieron en pocos meses mas de veinte millones de pesos para alimentar la guerra contra los patriotas.

«Mas su decision en favor del dominio español, no apaga el amor que profesa a su patria, ni oscurece el conocimiento de los errores i

excesos de los que la oprimian. En su dedicatoria al infante don Francisco (que no es la pieza ménos curiosa de la coleccion) le dice verdades amargas, que podian pasar en 1820, i que ahora podrian acarrear a su autor mui malos ratos. Su descripcion de la imbecilidad i de la corrupcion de Pezuela i de otros satélites del dominio español en el Perú es digna del pincel de Tácito. En fin, a los ojos del lector intelijente, el realismo de Vidaurre no era mas que una contemporizacion con los hábitos i las preocupaciones de la educacion i del rango; i conocida su índole, no parece incompatible su antiguo amor a la corona de Borbon con su odio actual a la corona de Bolívar.

«Lo que respiran sus cartas es el amor mas ardiente i mas ilustrado a la humanidad i al bien público; el deseo mas sincero i mas sostenido de reformas útiles i jenerales; un sentimiento relijioso profundamente arraigado, i purificado por estudios sólidos; una noble independencia de opiniones: en fin, un vigor de raciocinio i una firmeza de voluntad que raras veces se unen en los hombres públicos, i que, aplicados al desempeño de sus funciones, pueden ser fecundos en grandes i felices consecuencias.

«El autor está mui léjos de echar un velo sobre sus debilidades. Confiesa con amable injenuidad sus *pecados de amor*, i su *aficion a una mesa regalada*; i nosotros nos hallamos mui dispuestos a darle una absolucion completa, como harán la mayor parte de sus lectores. El culto de la hermosura i la gastronomía no son en el dia grandes crímenes a los ojos de la sociedad. Se puede decir de ellos lo que Bossuet decia de los teatros: hai grandes autoridades en contra, i grandes ejemplos en favor.»

Si Mora se complacia en alentar con sus aplausos a los hispanoamericanos que se dedicaban a trabajos de intelijencia, en compensacion perseguia con los golpes de una crítica tan aguda, como urbana, todas las manifestaciones de la ignorancia o del pedantismo.

Como se comprende, esto era tentar por otro camino la prosecusion del mismo propósito.

Me encuentro embarazado para elejir, entre los muchos que se me presentan, algunos ejemplos de sus censuras literarias.

Sea el primero uno que se refiere a Chile.

«En el último número del *Insurjente Araucano*, diario que se imprime en Santiago de Chile, escribia en la *Crónica*, número 10, fecha 24 de marzo de 1827, hemos visto un artículo sobre un sistema de rentas, que parace precursor de un nuevo plan de hacienda. El autor

solo respeta dos autoridades: la del *abate* Colbert i la de Napoleon. Es enemigo declarado del crédito público, que proscribe enteramente de las operaciones económicas del estado, i habla misteriosamente de una lei de aduanas, que ha preparado, i que no se atreve a publicar, porque ofenderia a muchos. Sin embargo, le parece tan sencilla, que debiera *mas bien ser hecha que anunciada ántes*. Estas máximas, en efecto, huelen algun tanto a la escuela de Napoleon, i dudamos que sean aplicables a una república. En cuanto al *abate* Colbert, que el autor llama *padre de la economía*, podemos asegurarle que tambien fué padre de nueve hijos, cuya lejitimidad no ha contestado hasta ahora ningun biógrafo. Los duques de Chevreuse, de Saint Aignan, i de Mortemar descienden de tres hijas del ministro Colbert, que jamas recibió la tonsura, ni tomó el título de abate. Esperamos que el gobierno de Chile desechará los planes económicos con que el *Insurjente* trata de restablecer el tesoro de la República.»

Sea el segundo de los ejemplos que voi a citar uno que tiene alguna conexion con el libertador don Simon Bolívar, a quien Mora profesaba pocas simpatías, a causa de sus tendencias absolutistas.

El arzobispo electo de Lima doctor don Cárlos Pedemonte pronunció el año de 1826 un sermon en el segundo dia del octavario de la Concepcion i aniversario de la batalla de Ayacucho, con motivo de la jura de la constitucion i presidencia vitalicia de Bolívar en el Perú.

Mora habló como sigue de aquella curiosa pieza en la *Crónica*, número 13, fecha 3 de abril de 1827.

«Todos los que han leído los sermonarios españoles del siglo XVII i la verdadera historia de frai Jerundio de Campazas, saben lo que significaba en aquellos tiempos venturosos un sermon de circunstancias. Llamábase así un discurso cuando el orador tocaba en él todas las circunstancias que concurrian en la fiesta; por ejemplo, el santo del dia, el nombre del mayordomo de la hermandad costeadora, las prendas de su mujer, i otras por este estilo. Cada una de estas particularidades requeria un testo de la escritura que le viniese de molde, i si no se hallaba en los libros santos, se echaba mano de la erudicion profana, i se traia el latinajo, aunque fuera por los cabellos. Así es como un elocuente capuchino, predicando en Cabra (Andalucía) un sermon de rogativa en tiempo de seca, i ocurriendo la funcion en el domingo de pan i peces, no encontró otra cita mas a propósito que los famosos versos en que se enumeran los signos del zodiaco, i con el solo hemistiquio *Caper, Amphora; Piscis* hizo el gasto i salió mui airoso. Estamos en Cabra, *Caper*; pedimos agua, *Amphora;* el evanjelio del dia, *Piscis*; imploramos la gracia, *Ave María*,

«Es menester confesar que el autor del discurso que anunciamos ha sido mucho mas feliz en su asunto. No parece sino que todo el libro primero de los Macabeos se escribió *ex profeso* para la jura de la constitucion boliviana en la capital del Perú. Todas las circunstancias de esta solemnidad se hallan en aquella parte de la Biblia, todas sin omitir la mas pequeña. El héroe se llama Simon: *ecce Simon.* El Perú le ha dado el nombre oficial de padre: *ipse erit vobis pater.* Es jeneral: *tu es dux noster.* Ha vencido a sus enemigos: *defecit impugnans cos.* Ha combatido a los reyes: *reges contriti sunt.* El pueblo admira sus hechos i su gloria: *vidit populus actum Simonis et gloriam.* Preside los congresos: *congregatæ sunt gentes.* En fin, i esta es la mas admirable, i la mas verdadera de las aplicaciones: el Perú se ha puesto enteramente en sus manos: *omnia quæcumque dixeris faciemus.* No puede llegar a mas la oportunidad; jamas se ha empleado de un modo mas digno la santidad de las cosas reveladas.

«Dejémonos de ironías, i no añadamos profanacion a profanacion. Deploremos al contrario la degradacion de la mas alta jerarquía eclesiástica, la de la cátedra del evanjelio, i la de todo lo mas santo que veneran los hombres. Ni el favorito de Cárlos IV en los dias de su mayor engrandecimiento, ni Napoleon, cuando tenia a sus piés todos los reyes de la tierra, recibieron jamas un incienso tan impuro, un homenaje tan impío, una prueba tan positiva de que los hombres dan al poder mucho mas de lo que éste pide. El discurso del arzobispo de Lima hará época en los fastos del estravío de la razon. Leánlo los hombres imparciales, i confesarán que nuestra crítica es jenerosa.»

Don José Joaquin de Mora agregaba todavía en nota al pié de su artículo:—«Leíase en alta voz este discurso en uno de los cafés de la capital (Buenos Aires). Uno de los concurrentes, que era algo sordo, i que solo habia oído el martilleteo del nombre de Simon en castellano i en latin, esclamó enfadado: *¡Cuándo se acabará esta simonía!*»

Tomo el tercero de mis ejemplos en la *Crónica* número 79, fecha 17 de agosto de 1827.

Es la descripcion del acto literario en que se confirió a don Florencio Varela el grado de doctor en jurisprudencia despues de haber leído el discurso sobre los delitos i las penas, de que ya se ha tratado ántes.

«Esta ceremonia, que interesa vivamente a los parientes i amigos de los recipendiarios, i que no debe ser indiferente a los que toman parte en los progresos de la civilizacion, habia atraído a la iglesia de San Ignacio un número considerable de espectadores. Presidia el

acto el doctor don Valentin Gómez, acompañado de los profesores de la Universidad, de que es jefe. Estaban todos decorados con las insignias doctorales, que sentimos ver sobrevivir a tantas cosas que nos habian trasmitido los españoles. Hemos hecho tantas innovaciones, i tantas mudanzas, que no valia la pena de conservar un atavío ridículo, que da un aspecto tan singular a nuestros doctores. Es verdad que podria servir de ejemplo la universidad de Montpellier, en que los estudiantes de medicina se disfrazan con la toga de Rabelais. Pero este uso tiene un oríjen sagrado, de que el nuestro carece. El canciller Duprat, enojado, no se sabe por qué, contra aquella facultad de medicina, estinguió por un decreto sus privilejios. La facultad comisionó a Rabelais para pedir la abolicion de aquella medida. No sabiendo como introducirse a presencia del personaje, se dirijió en latin al portero, que, como era de esperarse, no le entendió una palabra. Vino otra persona que sabía latin, i Rabelais le habló en griego. Vino otra que sabía el griego, i el doctor le habló en hebreo; i así continuó, hasta que el canciller, informado de la aventura, i deseando ver a un hombre tan estraordinario, lo escuchó, admiró su injenio i le concedió su demanda. En gratitud a un servicio tan importante, la Universidad decidió que todo médico se vestiria de la toga de Rabelais para recibir el grado de doctor.

«Es estraño que la revolucion francesa, que hizo una guerra tan encarnizada a los usos antiguos, haya respetado aquel. Pero hai tantas buenas instituciones en Francia, que puede disculparse este olvido. En un país jóven todo lo que hiere los sentidos tiene mas importancia, que lo que se cree jeneralmente. Vestir a un doctor de arlequin es hacerlo ridículo. A no estar en una iglesia, hubiéramos creído asistir a la representacion del *Enfermo Imajinario* de Molière, mas bien que a una ceremonia universitaria.»

Los escritos de Mora que ya dejo copiados pueden dar idea cabal de las cualidades ordinarias de su estilo. Tenia facilidad, lijereza, gracia. Se aprovechaba con talento de sus variadas i numerosas lecturas para hacer frecuentes i oportunas alusiones a los sucesos de la historia civil o literaria. Este método era una gran novedad para los hispano-americanos que estaban habituados a leer por lo jeneral solo pesadas disertaciones jurídicas o teolójicas, atestadas de citas en latin macarrónico.

El símbolo vivo de la literatura colonial era uno de esos graves doctores, ridículamente decorados con vetustas insignias, que habian traí-

do a la memoria del redactor de la *Crónica* la junta de médicos que Moliére espuso a la risa pública en el *Enfermo Imajinario.*

Mora era un literato moderno, que escribia con amenidad sobre los asuntos mas interesantes i mas aplicables a la vida, i que se hacia leer sin fatiga por personas de toda especie, por las que tenian instruccion i por las que la habian recibido apénas.

Don Antonio Alcalá Galiano, en un juicio poco benévolo que ha dado sobre Mora en la *Historia de la Literatura Española del siglo XIX*, le acusa de ser algo superficial en sus obras, lo que atribuye a la «veleidad natural» de su carácter, i a la prisa con que la pobreza solia obligarle a escribir para proporcionarse recursos, «porque, segun dice, escribia a veces superficialmente sobre materias que entendia profundamente.»

Creo que, como lo observa Alcalá Galiano, los tratados majistrales de Mora no lucen ni por la orijinalidad, ni por la profundidad; pero lo que puede echarse de ménos en una obra seria no es precisamente necesario en un artículo de periódico, en el cual la chispa del injenio pronto i agudo suele hacer olvidar todo lo demas que pueda faltar.

Mora era un verdadero redactor de diario o de revista, mas bien que un buen autor de libros.

La frase corta, clara, elegante, que empleaba Mora correspondia perfectamente a la naturaleza de su talento, i contribuia sobre manera a hacer atractivas i populares sus producciones literarias.

Predicó con el ejemplo, i a veces con la doctrina, contra la pretension de restaurar la frase larga i embrollada del castellano de otros siglos.

En la *Crónica*, número 62, fecha 27 de julio de 1827, espresó su opinion acerca del *Arte de hablar en prosa i verso* compuesto por don José Gómez Hermosilla.

«El defecto principal de la obra, dijo, es su falta de colorido indíjena. El autor no cita como modelos las pájinas incomparables de Cervántes, i ni siquiera menciona la magnífica esclamacion sobre el siglo de oro, pronunciada por don Quijote con un puñado de bellotas en las manos, i que es sin embargo el fragmento mas perfecto de cuantos posee la prosa castellana. Saavedra es su autor favorito; i ciertamente esta eleccion no hace mucho honor a su gusto. ¿Por qué no citarán los preceptistas, como tipos de elocuencia castellana, a nuestros buenos prosistas modernos? ¿Hai algo en el famoso siglo XVI que se pueda comparar a la *Lei Agraria*, a los *Elojios Académicos* de Jovellános, al *Prólogo* de Meléndez en su coleccion de poesías, a las *Biografías* de Quintana, a la *Vida de Ciceron* traducida por Azara, al *Buffon* de Clavijo, al *Español* i al *Mensajero* de Blan-

co White? No por cierto. Los escritores que acabamos de citar, i algun otro, a quien no quisiéramos ultrajar con nuestra falta de memoria, son los que señalan la transicion entre la pesadez, la difusion de nuestros afamados Granada, Pulgar, Leon i los de su siglo, i los neolojismos insoportables de la escuela moderna. Ni uno ni otro jénero deben ser estimulados en la enseñanza de las bellas letras; i de ahora en adelante, ya que la lengua castellana está destinada a ser la de tantos pueblos libres, su perfeccion no ha de buscar normas en los siglos del fanatismo i de la supersticion, ni en un pueblo superficial i timido, a quien el doble despotismo relijioso i político ha cerrado las puertas del saber i los caminos del jenio.»

El que esto escribia era un literato bastante conocedor de su idioma, segun lo confesaba el mismo Alcalá Galiano, quien sin embargo no se mostraba mui parcial en su favor que digamos. «A pesar de ser Mora íntimamente versado en los autores estranjeros, i particularmente franceses, decia en su *Historia* ántes citada, posee un completo dominio sobre su idioma natural, i un estenso conocimiento de la literatura castellana, i con todo, aunque muchas veces escribe con belleza, frecuentemente con gran pureza, es en otras acusable de galicismos de la mas grosera i ofensiva naturaleza.»

Miguel Luis Amunátegui.

(*Continuará.*)

LAS RIQUEZAS

DE

LOS ANTIGUOS JESUITAS DE CHILE

Art. 2.°

En la época a que se refieren los hechos consignados en nuestro anterior artículo, los jesuitas habian adquirido estensas i valiosas propiedades en muchos otros puntos del territorio chileno; pero antes de dar algunas noticias acerca de esas adquisiciones, i sin temor de interrumpir a cada paso el órden cronolójico, vamos a continuar narrando la historia de algunas de las valiosas propiedades que poseyeron en la circunscripcion de Santiago.

Hemos referido ya el establecimiento de un noviciado para jóvenes jesuitas en la hacienda de Bucalemu, que donó a los padres el capitan García Carreto. Segun los estatutos de la Compañía, el noviciado no era, como podria creerse, la casa en que los jóvenes hacen sus estudios para la carrera sacerdotal, sino un establecimiento separado en que pasan dos años sin estudiar cosa alguna en los libros, i durante los cuales, segun dice un cronista de la órden, «aprenden a tener trato con Dios en la oracion, i en la abnegacion propia de las cosas de la tierra.»

Los jesuitas habian aceptado la idea de fundar un noviciado en Bucalemu solo como un medio de tomar posesion de la valiosa hacienda de García Carreto; pero despues de la muerte de éste, determinaron

aprovecharse de la primera buena ocasion que se ofreciera para trasladar el noviciado a Santiago, a imitacion de los que habian establecido en Roma, en Madrid, en Lima i en muchas otras ciudades. Lo que los jesuitas llamaban buena ocasion no era la oportunidad de hacer una compra ventajosa, sino el hecho de recibir alguna donacion mas o ménos valiosa. Sus deseos fueron oídos en el cielo, porque «Dios, que siempre favorece los buenos intentos dice el jesuita Olivares, llamó a la Compañía a dos hermanos» llamados Francisco i Gonzalo Ferreira, que llevaron lo que se necesitaba. Entregaron éstos todos sus bienes, que montaban a mas de 17,000 pesos; i con esta suma, los padres compraron una casa, una viña i un molino con dos paradas de piedras, i construyeron allí las primeras habitaciones para establecer el noviciado. Aquel convento, situado al sur de la cañada de Santiago, se colocó bajo la advocacion de San Francisco de Borja cuyo nombre conserva aun la iglesia que allí levantaron los jesuitas. En ese sitio se estableció provisoriamente el noviciado el año de 1646, trasladándose a él los novicios que hasta entónces residian en Bucalemu; pero diezisiete años mas tarde, cuando el rei dió la licencia formal para establecer en él un nuevo convento i construir una nueva iglesia, se hizo con gran pompa su solemne inauguracion.

Debe hacerse notar un rasgo de desprendimiento de los hermanos Ferreira. Indudablemente ámbos tenian el mas perfecto derecho al título de fundadores del noviciado de San Francisco de Borja; pero si ellos lo hubieran reclamado para sí, los padres jesuitas no habrian podido ofrecer el mismo honor a otro individuo que quisiera hacerles un nuevo donativo. Así fué que contentándose los Ferreira con el rango de benefactores, «dejaron la puerta abierta, dice el jesuita Olivares, para que otro que diese la cantidad competente, pudiese ser fundador de la casa del noviciado.» Esta fortuna cupo a don José de Zúñiga, hijo segundo de uno de los mas célebres gobernadores de Chile, del marques de Baides. Testigo de la muerte de su padre en un combate naval que tuvo lugar a la vista de Cádiz cuando el marques volvia a España, prisionero él mismo de los ingleses en ese combate, i llevado a Inglaterra con otro hermano suyo, el jóven Zúñiga volvió a España con la idea fija de abrazar la carrera eclesiástica, que en ese siglo atraía a todos los que habian tenido que sufrir alguna amargura o algun desengaño en el mundo. Fué admitido en el noviciado de los jesuitas de Madrid, al cual hizo el valioso donativo de trece mil pesos en dinero, i se disponia a entregar a esa casa el resto de su fortuna cuando se encontró con el padre jesuita Lorenzo Arizábalo, procurador jeneral de la provincia de Chile, que en España se ocupaba

en buscar jesuitas con que aumentar el número de los que habia en los conventos de nuestro país. Don José de Zúñiga se determinó a acompañarlo en 1656; i una vez llegado a Chile, se estableció en el noviciado de Santiago. Deseoso de obtener el título de fundador de esta casa, el hijo del marque de Baides le hizo donacion de todo el resto de su fortuna, esto es de 16,000 pesos que habia dejado en el noviciado de Madrid, parte en dinero i parte en escrituras, sin contar con los trece mil de que ya tenia hecha jenerosa donacion a este convento.

La recaudacion de este donativo forma una de las historias mas características de la manera como los jesuitas administraban sus riquezas. El noviciado jesuita de Madrid trató al noviciado jesuita de Santiago, como habria tratado a un estraño. En vez de los 16,000 pesos, le mandó 4,500; pero como los jesuitas de Chile clamaran por la entrega del resto de aquella suma, el noviciado de Madrid les mandó 1,500 pesos mas el año de 1677. Escusábase esta casa con mil i mi razones de pagar los diez mil pesos restantes; pero si los jesuitas de la metrópoli eran tenaces para no entregar lo que se les cobraba, los de Chile fueron impertérritos para reclamar lo que se les debia. Al fin, perdieron la paciencia i acudieron a Roma ante el jeneral de la órden reclamando justicia. El padre Cárlos de Noyelle, que desempeñaba este cargo en 1684, mandó que los jesuitas de Madrid pagaran a los de Santiago de Chile la suma de 3,000 pesos. Estos últimos sin embargo, creyéndose despojados todavía, siguieron cobrando largos años despues los siete mil pesos que les faltaban por recibir de la suma donada por el padre Zúñiga. En 1736 se preocupaban aun de este negocio, pero parece que no pudieron sacar nada de sus dilijencias i cobranzas. De esta manera, los deseos del hijo del marques de Baides no se cumplieron nunca. Su ánimo habia sido dar al noviciado de Santiago una suma suficiente para merecer el título de fundador; pero como el noviciado de Madrid no entregó toda esa suma, solo recibió el donante los honores de benefactor.

Al trasladar el noviciado a Santiago, los jesuitas establecieron en Bucalemu una casa de estudios en que solo eran admitidos los jóvenes que habian recibido las primeras órdenes i que se dedicaban a la carrera del sacerdocio dentro de la Compañía. Segun los principios de administracion económica de sus fondos, cada casa debia subvenir a sus propios gastos, de manera que el noviciado que no tenia haciendas, como las tenian las otras casas, llevó en el principio una vida pobre i estrecha. Esta misma circunstancia disculpaba a jesuitas que sin cesar pedian socorros para el noviciado, porque si bien entónces eran

dueños de bienes mas considerables que los de cualquiera otra órden relijiosa, esos bienes estaban afectos a otros establecimientos de la misma Compañía. La piedad de los vecinos de Santiago, el convencimiento en que estaban de que no habia medio mas seguro de ganar el cielo que el hacer donaciones i testamentos en favor de los jesuitas, fué causa de que el noviciado poseyera mui pronto riquezas considerables. El doctor don Juan Pastene, canónigo tesorero de la catedral de Santiago, dejó al noviciado una casa i una viña situadas al poniente de la iglesia de San Lázaro; i otro vecino llamado Andres Jorje le legó en 1664 otra casa i otra viña en las inmediaciones de la anterior. Dos hermanas, doña María i doña Constanza Allende le hicieron donacion intervivos en 1708 de otra finca con casas, viña, arboledas i una buena bodega. Al mismo tiempo, el presbítero don Fernando Mendez, don Lorenzo Diaz i su esposa doña Maria Zúñiga, los capitan don José de Arbeza i don Miguel de los Rios, el comisario don Francisco de Amezquita, el padre peruano Martin de la Cerda, el obispo de Santiago don Luis Romero i el comerciante gallego don Pedro de Ocampo hicieron al noviciado de Santiago legados en dinero mas o ménos considerables. Pero el mas notable de los benefactores del noviciado fué el padre José de Lazo, caballero chileno que al tomar el hábito en la Compañía le hizo cesion de todos sus bienes, que consistian en una hacienda con casas de habitacion, bodegas, una buena viña, campos estensos para siembra, catorce esclavos i todos los aperos de labranza. Esta hacienda, comprada algunos años ántes por la madre del donante en doce mil pesos, entró al poder del noviciado de Santiago a fines de 1735. Hasta ahora conserva esta hacienda el nombre de Noviciado. Está situada cerca de la Punta, otra valiosa propiedad de los jesuitas.

Se creería que los padres jesuitas estaban satisfechos con poseer en la sola ciudad de Santiago tres colejios o casas de residencia, fuera de las quintas, chacras i haciendas que poseian en los alrededores, i donde tenian establecidas diferentes industrias; pero no fué así: su celo no se habia satisfecho con eso solo, i aspiraban a tener un convento en cada barrio de la poblacion(1).

El año de 1678 vivia en Santiago una señora española llamada do-

(1) Cuando los jesuitas adquirieron en 1746 el local en que hoi está construido el palacio de la moneda, manifestaron el propósito de edificar otro convento, para servir a un barrio en que no habia ningun establecimiento de esta naturaleza, con este pretesto solicitaron i obtuvieron muchas ventajas. Ese convento sin embargo, no alcanzó a construirse.

ña Ana de Flores, que vino a Chile casada con don Manuel Cuello, fiscal primero i luego oidor de la real audiencia de esta ciudad. Habiendo muerto este caballero sin dejar hijos, la señora Flores pasó a segundas nupcias contrayendo matrimonio con don Antonio Calero. Murió éste sin descendencia; i la señora Flores se casó por tercera vez con don José de la Gándara i Zorrilla, tesorero de las reales cajas de esta ciudad. Este tambien murió al poco tiempo sin dejar hijos sin herederos. Si la señora Flores hubiese sido pobre nadie quizá habria hecho alto en estas desgracias domésticas; pero poseía en los estramuros de la poblacion, en la orilla norte del Mapocho, i al oeste de la ciudad, una hermosa quinta con buenas casas, un molino con dos paradas de piedras, una buena huerta, algunos esclavos i los muebles i alhajas que en esa época constituian el ajuar de una familia acomodada. Esa propiedad fué tasada en 39, 228 pesos 4 reales, lo que constituia en ese tiempo una fortuna considerable. La señora tres veces viuda consultó su situacion con los consejeros ordinarios en todos los casos de conciencia; i entónces se le demostró que Dios no la queria para él mundo, i que por eso la llamaba para que tomase a Cristo por esposo.

No tardó mucho en dejarse convencer, i en efecto se resolvió a tomar el velo de monja carmelita en el monasterio que acababa de fundarse al oriente de la ciudad, al comenzar la cañada. Pero ¿qué suerte iba a correr su fortuna? Pasaria al monasterio de carmelitas, a algun otro convento o a los pobres? El caso estaba previsto por sus consejeros espirituales, quienes le representaron que el barrio en que estaba situada la quinta de su propiedad vivia en el mayor desamparo, sin confesores ni otro ausilio espiritual para combatir al demonio, que podia hacer allí libremente sus conquistas para el infierno. Los jesuitas que contaban con la bien sentada fama de ser los enemigos mas formidables del demonio, eran los únicos que podian poner término a aquel desamparo: ellos podrian convertir aquella quinta en un convento, contra el cual serian importantes los acechanzas del enemigo del jénero humano.

La señora Flores se dejó persuadir por esta argumentacion; i en 1678 hizo donacion de su propiedad con todos los enseres a los padres jesuitas. El padre jeneral le envió desde Roma la patente de fundadora, i le mandó decir las misas con que la Compañía recompenzaba a los que le obsequiaban sus riquezas. En ese local se formó un convento para los relijiosos de tercera probacion, o tercer grado en la carrera del jesuita, i se levantó una iglesia bajo la advocacion del apostol San Pablo. Los cronistas de la Compañía, al referir este hecho, como lo hacen de ordinario al contar las donaciones que se les hacian,

no cesan de repetir que el beneficio era para los pobres que se hallaban desprovistos de los bienes espirituales.

La casa de San Pablo debia sostenerse con sus propios recursos, como era práctica en los conventos de jesuitas. Esto los autorizaba para buscar otros fundadores i benefactores; i en un suelo tan bien preparado como el de Chile, no debian faltar estos ausiliares en la guerra que contra el demonio tenian empeñada los padres. En junio de 1696 falleció en Santiago el alguacil mayor de esta ciudad don Antonio Martinez de Vergara, sin dejar otro heredero que algunos hijos naturales, lo que prueba que apesar de ser alguacil, habia llevado una vida alegre. A ser pobre, Martinez de Vergara no habria alcanzado ni un responso de los padres jesuitas; pero poseía una valiosa hacienda, una bodega bien provista de licores i bastante plata labrada. Para borrar las liviandades de la juventud i obtener las misas que habian de llevarlo al cielo tenia un camino mui fácil, desheredar a sus hijos naturales o legarles algunas piezas de plata labrada, i dejar por testamento todos sus bienes a los padres jesuitas del colejio o convento de San Pablo, quienes en pago debian decirle las misas de estilo i hacer cada año una mision en los campos de Aconcagua i de Putaendo. De esta manera los jesuitas fueron dueños de la dilatada hacienda de Chacabuco (1).

Ademas de las propiedades enumeradas hasta aquí, los jesuitas tuvieron otras no ménos valiosas en el distrito de Santiago, entre ellas la apreciada i estensa hacienda de la Calera, a seis leguas de camino suroeste de la capital. Desgraciadamente, no hemos podido tener a la mano los documentos referentes a la adquisicion de esas propiedades; i como no queremos consignar en estos apuntes mas que noticias fundadas en documentos o relaciones fidedignas, nos abstenemos a lo ménos por ahora, de tratar de estos puntos. Por esto mismo pasamos a referir la historia sumaria de las adquisiciones que los jesuitas hicieron en otros puntos del territorio chileno.

El primer lugar a donde dirijieron sus miradas los padres jesuitas despues de haberse establecido en Santiago, fué la ciudad de Concepcion, cuartel o asiento del ejército que sostenia la guerra en la frontera araucana. Despues de sesenta años de lucha, que costaba a los colonos los

(1) Esta hacienda habia sido donada en 1599 por Pedro de Viscarra, presidente interino de Chile, a Pedro de la Barrera en premio de los servicios prestados en la conquista. El alguacil Martinez de Vergara la poseía como heredero del referido Barrera.

mayores sacrificios, los conquistadores que habian visto destruir por los indios rebelados sus poblaciones del otro lado del Biobio, i que encontraban cada dia mayores dificultades para pacificar aquel territorio, se sentian casi desalentados. Los jesuitas, testigos de los sufrimientos i de la miseria de todo el país, sabiendo que algunas personas caracterizadas e influentes habian hablado de que mas que proseguir la guerra convenia al rei abandonar a Chile, hicieron revivir el proyecto que un siglo ántes habia concebido el padre frai Bartolomé de las Casas para conquistar i reducir a los indios por los medios persuasivos de la predicacion evanjélica. Los historiadores de Chile se han ocupado muchas veces de referir los trabajos de los jesuitas para llevar a cabo esta quimérica empresa; pero desgraciadamente, no han estudiado la cuestion mas que por un solo lado, en los documentos i crónicas que nos han dejado los mismos jesuitas, i han pintado a éstos animados de tanto celo como desinteres. Ábranse las crónicas jesuíticas i los historiadores que las han seguido fiel i constantemente, i se verá a los hijos de la Compañía marchando heroicamente a la conquista espiritual, predicando la fraternidad, el desprendimiento de los bienes de la tierra, haciendo cesar la servidumbre que pesaba sobre los infelices indios, i por fin marchando gozosos al martirio cuando era necesario sufrirlo para hacer triunfar el evanjelio. Léanse los pocos documentos de otro oríjen que nos quedan, los informes de los soldados de la conquista i de algunos letrados, i se verá el reverso de la medalla, esto es, a los jesuitas injiriéndose en todos los negocios de gobierno para apropiarse las tierras, para reducir a los indios en vasallos suyos, i convertir en provecho propio los sacrificios del tesoro real i del bolsillo de los colonos. Para nosotros, la verdad está en el medio de estas apreciaciones estremas. Los jesuitas acometieron una empresa irrealizable en la confianza de que los indios de Chile eran ménos belicosos de lo que son en realidad, i con el propósito de establecer allí su dominacion absoluta e independiente bajo el sistema de misiones que poco mas tarde comenzaron a plantear con mejor éxito en el Paraguay.

El piadoso monarca don Felipe III autorizó ámpliamente a los jesuitas de Chile para llevar a cabo la conquista pacífica de la Araucanía. A fin de allanar cualquiera dificultad consintió en confiar nuevamente el mando político i militar de este país a don Alonso de Rivera, a quien pocos años ántes habia quitado del gobierno de Chile i mandádolo a gobernar el Tucuman. Los jesuitas contaban a Rivera en el número de sus amigos; i en efecto, hasta entónces este esforzado capitan se habia mostrado mui bien dispuesto hácia la Compañía. No

pretendemos seguir a los jesuitas de Chile en esta mal aventurada empresa, en que habian esperado ser a lo ménos tan felices cerca de los indios de Arauco como lo habian sido en medio de los devotos pobladores de la colonia española.

El 13 de mayo de 1612 llegaron a Concepcion los primeros jesuitas en número de diez (ocho padres i dos hermanos coadjutores) que iban a comenzar la conquista pacífica. Todos ellos, con escepcion del padre Luis de Valdivia que hacia de jefe de la empresa, pisaban por primera vez el territorio chileno. Aunque llegaban bien provistos de dinero que les habia mandado entregar el rei de España, los padres se hospedaron en la casa o palacio del gobernador Rivera, lo que los autorizaba para publicar su pobreza. Como debia esperarse, luego comenzaron a aparecer los fundadores i benefactores de la Compañía. El canónigo don Juan García de Alvarado fué el primero de todos ellos: donó a los jesuitas unas casas que poseia en la plaza de la ciudad, otro solar mas, i una hacienda situada a orillas del rio Itata, denominada la Magdalena, que media mil setecientas cuadras, i que tenia una viña, una buena dotacion de ganados vacuno, ovejuno i caballar, quinientas cabras i muchos yanaconas o indios de servicio. Haremos notar de paso que los jesuitas iban a Concepcion a pedir la supresion de las encomiendas o servicio personal de los indíjenas, i que la historia les ha tributado los mas pomposos elojios por este espíritu filantrópico i caritativo de que aparecian revestidos, miéntras que en cada propiedad que iban adquiriendo en los campos del sur conservaban para su uso los yanaconas o indios de servicio, como los demas encomenderos contra quienes predicaban, i del mismo modo que en Santiago habian utilizado los esclavos de que se les hiciera donacion. Por grande que fuera la humildad de los colonos ante los jesuitas que se presentaban rodeados de tanto prestijio i autoridad, no faltaron algunos que hicieran notar esta contradiccion entre los actos i las palabras de aquellos evanjélicos misioneros.

Inmediatamente comenzaron los padres a arreglar las casas que les habian dado para que les sirviese de convento, formando en ellas una iglesia. Suscitóse, sin embargo, una grave dificultad: los clérigos i los canónigos se opusieron a la fundacion de una iglesia al costado de la catedral, sin duda porque temieron la competencia que les iba a hacer la Compañía, pues aunque los jesuitas declaraban que ellos no negociaban con misas ni con entierros, se sabia demasiado bien que ellos habrian de llevarse todos los legados i donaciones en grande que pudieran hacer las personas piadosas, i conocian que era esto último lo que constituia el negocio mas lucrativo. El gobernador in-

tervino, acalló todas las resistencias i mandó que no se pusiera obstáculo al establecimiento de la iglesia i del convento. «De este colejio, dice con admirable candor el jesuita Olivares, como del caballo troyano, han salido i salen todos los esforzados guerreros que han hecho guerra al infierno i le han quitado infinitas almas, aunque no sean mas que las de los párvulos, que por las misiones de los jesuitas se han coronado de gloria.» En efecto, a esto solo quedó reducida al fin la accion de los jesuitas que iban a conquistar pacíficamente a los araucanos; a bautizar los niños que los soldados españoles sacaban del territorio enemigo despues de cada correría; i aun con mucha frecuencia, esos indios se fugaban del campo español, volvian al suelo de sus mayores, i capitaneaban mas tarde a sus hermanos en aquella guerra encarnizada.

El canónigo Alvarado habia merecido por su valiosa donacion el título de fundador; pero lo rehusó para que los padres buscaran otro individuo que quisiera adquirirlo con su fortuna, contentándose él con el honor de benefactor. Otro clérigo se presentó algunos años mas tarde a solicitar el puesto vacante. Era éste don Miguel de Quiroz, hombre anciano que abrazó la carrera eclesiástica despues de haber servido largos años en el ejército de la frontera. Se preparaba para hacer a la Compañía la donacion de todos sus bienes cuando le sobrevino la enfermedad que le causó la muerte. Hizo entónces su testamento en favor de los jesuitas; pero aunque la voluntad de Quiroz habia sido obtener el título de fundador, sus propiedades, que consistian en una casa i en una hacienda, habian sufrido tanto deterioros por las irrupciones de los indios i por los terremotos, que cuando se tasaron, su valor no pasó de 16,000 pesos. Esta suma no bastaba para obtener el título de fundador: los jesuitas le dieron solo el de benefactor mandándole decir las misas de costumbre; pero por gracia mui especial, i en pago de la buena intencion del clérigo Quiroz, el padre jeneral de la órden mandó que en el convento de Concepcion se le dijera una misa todas las semanas.

La prosperidad de los jesuitas en el distrito de Concepcion no habia dejado de suscitar algunas dificultades. Muchos encomenderos a quienes habian querido obligar a deshacerse de sus indios de trabajo para ejecutar, decian, su sistema de guerra defensiva, algunos capitanes cuyos planes militares habian contrariado, i hasta muchos sacerdotes que miraban de reojo el ascendiente los jesuitas, hacian a éstos una oposicion mas o ménos violenta, mas o ménos disimulada. Pero «al paso que los hombres se volvian contra los jesuitas, dice el padre Olivares, Dios miraba i favorecia a su Compañía... Dispuso i movió

los ánimos bien intencionados para que los ayudasen con sus limosnas para poder edificar su colejio i aumentar sus haciendas.» Esta proteccion divina se manifestó por medio de donaciones tan variadas como numerosas. El capitan Diego Trujillo donó una hacienda cerca del Tomé i la mitad de una casa que poseia en Concepcion. El dean de la catedral de esa diócesis, don Juan López de Fonseca donó otra hacienda con una regular dotacion de ganado cabrío. El maestre de campo don Alonso de Puga obsequió una suma considerable de dinero. El presidente de Chile don Francisco Lazo de la Vega dió al colejio de Concepcion la hacienda de Longaví, que ensanchada poco mas tarde con dos cuadras de terreno que donó el marques de Baides, sucesor de aquel en el gobierno de la colonia, constituyó la mas dilatada hacienda de todo el territorio. Otro gobernador de Chile, don Juan Henriquez, no teniendo haciendas que dar a los jesuitas, les cedió una calle de Concepcion para que la cerraran con su iglesia, les facilitó peones que él pagaba, les dió la madera necesaria i seis esclavos, que pasaron a aumentar el número de los servidores de la Compañía. En premio de este servicio, cuando Henriquez murió en España el año de 1689, fué enterrado en las bóvedas del convento principal que tenian los jesuitas en Madrid.

Desde que los padres se convencieron de la inutilidad de sus esfuerzos para ocupar pacíficamente el territorio araucano, contrajeron toda su actividad al cultivo i mejora de sus haciendas, que daban un beneficio mas provechoso que la predicacion entre los indios salvajes. La denominada Magdalena llegó a ser la mejor estancia de toda aquella rejion. El padre Diego Rosales, autor de una estensa historia de Chile, habia comprado con las limosnas que recojia para la Compañía una estancia inmediata llamada Huenquehue, que tenia una viña mui buena i una espaciosa bodega. Los jesuitas, los enemigos declarados del servicio personal de los indíjenas, tenian allí mas de 150 yanaconas o indios de trabajo, muchos esclavos, una gran viña, lagar, bodegas, bastante ganado, todos los aperos necesarios, i ademas una curtiembre bien montada. El 14 de febrero de 1655, los indíjenas desesperados con el mal tratamiento que recibian de los encomenderos, se sublevaron repentinamente en todos los establecimientos i estancias situados entre los rios Biobio i Maule, asesinaron a los españoles en unos puntos, robaron el ganado, destruyeron las casas i causaron por todas partes el terror i el espanto. Los indios de servicio se habian puesto de acuerdo con los indios de guerra del otro lado de la frontera, i todos a una habian tomado parte en aquella formidable rebelion. Los jesuitas no fueron los mejor parados en esta emerjencia.

Sus haciendas fueron saqueadas por sus propios yanaconas, entre los cuales figuraba uno que aunque habia recibido de los padres el agua del bautismo i junto con ella el nombre del santo fundador de la Compañía, se hizo capitan de los rebeldes. El indio Ignacio encastilló su jente en una selva, i en seguida se fué a Arauco a buscar ausiliares entre los indios de guerra. Los jesuitas, convencidos de la ineficacia de la predicacion en aquellos momentos, imploraron el ausilio de las armas del rei; i en efecto salió de Concepcion un cuerpo de tropas mandado por el sarjento mayor Jerónimo de Molina, a quien acompañaban algunos padres. Los indios rebelados, notando que no habian sido socorridos oportunamente por sus hermanos de ultra Biobio, comenzaron a rendirse sometiéndose de nuevo al trabajo forzado de las encomiendas. Los jesuitas, que conocian bien lo que valian los indios de servicio, pidieron que no se matase a los rendidos, i lograron así repoblar sus haciendas de ganado humano, aunque muchos indios i esclavos consiguieron asilarse al otro lado de la frontera; pero el indio Ignacio fué ahorcado en Concepcion. Los historiadores jesuitas que han referido estos sucesos, atribuyen la pacificacion a un milagro efectuado por el cielo mediante la interposicion de los padres que acompañaban al mayor Molina. «Estando ajusticiando al indio Ignacio, dice el jesuita Olivares, mostró la divina justicia que se agradaba de aquel castigo, por que se vió en el cielo una espada de fuego que vió i admiró toda la ciudad que estaba presente.»

No parece sin embargo que esta confianza de los padres jesuitas en la proteccion del cielo fuera mui profunda i mui sincera. Así fué que apénas sofocada la insurreccion, se prepararon para defender sus propiedades contra las irrupciones de los indios sin reparar en gastos. No siendo posible amurallar todas sus haciendas, rodearon las casas i bodegas de la Magdalena, de palizadas formidables, defendidas por dos torreones, i resguardadas por un cuerpo de tropas armadas de arcabuces, que ellos mismos pagaban i sostenian. Aquellas fortificaciones resistieron mas de una vez los ataques de los indios, de manera que si ellos consiguieron robar algun ganado a los padres, éstos defendieron militarmente sus casas, sus bodegas i sus cosechas contra los indios que no habian querido oir su predicacion (1). En la

(1) A pesar de todas estas precauciones, los jesuitas amenazados en sus propias fortificaciones en la rebelion de los indios de 1724, prefieren prender fuego a las casas, bodegas i a la iglesia ántes que verlas caer en manos de los enemigos. Despues de haberlo quemado todo, se retiraron a Concepcion; i en 1728 comenzaron a reconstruir sus habitaciones i casas de labranza.

espaciosa hacienda de Longaví, que era donde los padres mantenian sus mayores masas de ganado, construyeron tambien fortificaciones de la misma naturaleza. Los jesuitas quedaron así encerrados dentro de esos fuertes, sin poder comunicarse con sus otras haciendas o con su convento de Concepcion, sino venciendo las mayores dificultades. Los indios pobladores de aquellos campos veian en los padres, lo mismo que en los demas encomenderos, los enemigos infatigables de su reposo i de su tranquilidad, los hombres que los obligaban a trabajar como bestias para enriquecerse con su trabajo; i por eso los hostilizan en sus propiedades, i aun en sus personas, cuando podian hacerlo con ventaja.

Entre tanto, los jesuitas de aquella provincia no habian descuidado otros negocios que podian hacerse dentro de las ciudades. Las casas que poseian en Concepcion estaban rodeadas de cuartos de alquiler que servian para tiendas, i tanto aquellas como éstos producian un buen arriendo. Los padres retribuian al pueblo las sumas que recibian, por medio de la predicacion, de los ejercicios, de las procesiones i demas fiestas relijiosas, i con la conversion de algunos indios, que estando alejados de su familia i reducidos a vivir en Concepcion como prisioneros o como trabajadores, se dejaban bautizar fácilmente. Ademas, los padres daban a los pobres en la puerta de su convento las sobras de su comida. Esta obra de la mas elevada caridad ¿quién lo creyera? fué para los padres un ramo de entradas. El piadoso gobernador don Juan Henriquez, que asistió personalmente a este reparto de comida, quiso que en adelante corriera por su cuenta, i entregaba a los padres el dinero necesario a fin de que no faltase aquel sustento para los pobres. Por eso dice un cronista de la órden que «esta limosna no empobrecia al convento, ántes por esta i otras que empleaban en las necesidades del pueblo, Dios (esto es las personas acaudaladas, cuyo corazon movia Dios) le daba para sí i para otros.»

Los jesuitas deseaban tambien establecer misiones anuales que recorrieran los campos inmediatos a Concepcion donde no hubiera guerras. Aunque disponian de rentas mui considerables, los habia arredrado el gasto que esa mision debia ocasionar, i prefirieron esperar que Dios moviese el corazon de alguna persona piadosa que quisiera dotar aquella mision ambulante. No se hizo esperar mucho tiempo la realizacion de sus deseos. El obispo de Concepcion don Juan Nicolarde les dió en 1719 dos mil pesos en dinero para que con sus réditos costeasen su viaje los misioneros. La primera espedicion de aquellos desinteresados predicadores terminó en marzo de 1720. Los jesuitas espedicionarios traian apuntado en un prolijo rejistro el resultado de su primera cam-

paña. Habian dado 5,576 comuniones: las confesiones pasaron de 6000, i mas de 500 de ellas eran confesiones jenerales. El cielo habia repartido su gracia sobre los que habian oido la palabra divina; en cambio habia sido inexorable con los que se habian negado a confesarse. Dios habia ahogado en el Biobio a un hombre que se habia resistido a la confesion. Una mujer que en años atras se habia sacado de la boca la sagrada forma, vivia presa del demonio i de las enfermedades; pero los misioneros le aplicaron el conveniente remedio i sanó de ámbos males. El buen obispo Nicolarde debió quedar encantado al saber los prodijios que se habian hecho con sus dos mil pesos, por que la mision ambulante se estableció de fijo; i cada año, por la estacion de verano, salian los padres a operar milagros análogos.

El lector de estos apuntes se equivocaria si creyese que aquel convento i aquellas haciendas fueron las únicas propiedades que tuvieron los padres jesuitas en el distrito de Concepcion. A unas doce leguas al oriente de la ciudad de este nombre, establecieron otra casa de residencia, que llegó a tener una grande importancia. Vamos a referir sumariamente la historia de esta casa.

Para llevar a cabo su plan de conquista pacífica, el padre Luis de Valdivia dividió sus operarios en dos cuerpos que debian obrar casi simultaneamente. Unos de ellos entró al territorio enemigo por la rejion mas vecina a la costa, miéntras el otro se estableció en el fuerte que tenian los españoles en Buena Esperanza, punto mediano entre Talcamávida i Yumbel (1). Formaban este último cuerpo dos jesuitas, los padres Vicente Modolell i Antonio Aparicio, aquel hombre esperimentado que hacia de jefe, i el segundo mucho mas jóven. En esta rejion se habian establecido algunos estancieros españoles que vivian resguardados de las incursiones de los indios de guerra por las aguas del caudaloso Biobio i por una serie de fortines que habian construido los conquistadores. Desde ese punto comenzó sus trabajos el padre Modolell predicando a los indios de paz i entablando negociaciones con los indios de guerra del otro lado del Biobio. Estaba ocupado en esto cuando llegó a Buena Esperanza la noticia de que los indios rebelados habian dado muerte a tres jesuitas que acababan de penetrar en sus tierras por el lado de Arauco. La empresa de la conquista pacífica pareció desde entónces mucho mas difícil i peligrosa de lo que se habian imajinado los padres.

---

(1) El fuerte de Buena Esperanza fué el oríjen del pueblo de Rere, que recibió el nombre de San Luis Gonzaga, del gobernador Don Antonio Guill i Gonzaga que trasformó en villa el fortin que allí habia.

Los cronistas de la Compañía refieren que el celo de los misioneros de Buena Esperanza no se enfrió con este contratiempo, i que los padres Modolell i Aparicio ardian en deseos de penetrar en el territorio enemigo para merecer la corona del martirio. Sea de esto lo que se quiera, lo cierto es que pudo mas la prudencia que el ardor, i que los dos padres se quedaron al abrigo del fuerte español. En vez de embarcarse en una empresa sembrada de peligros i al parecer tan insensata como temeraria, determinaron establecer allí una iglesia i un convento, «para que los misioneros de la Compañía tuviesen donde acojerse en casa propia,» como dice uno de los cronistas de la órden. «Todo era pequeño i humilde, agrega, que siempre los principios son dificultosos i se empieza por poco.» Sin embargo, con los donativos i el trabajo de los vecinos, los padres se proveyeron de madera i de otros materiales para ensanchar sus habitaciones i mejorar la iglesia. Verdad es que en estos lugares los jesuitas fueron los intermediarios para la realizacion de los milagros mas singulares que operaron en Chile. Seria largo el referir aquí todos los prodijios que consignan las crónicas de la Compañía, las curaciones de endemoniados, las conversiones portentosas de infieles o pecadores envejecidos, la correccion de los soldados mas pecadores. Podríamos llenar muchas pájinas con estas historias sin agotar una materia tan vasta i sin trasladar mas que una parte de las noticias que nos han trasmitido las crónicas. Por eso fué que los padres de esta residencia, que durante algunos años se habian sostenido con el sínodo asignado por el rei, i que les pagaban puntualmente las cajas reales, comenzaron mas tarde a recibir de los españoles encomenderos algunas donaciones que incrementaron rápidamente su fortuna. Un encomendero llamado Ventura Beltran les dejó una buena viña con su correspondiente bodega. El dean don Juan de Fonseca les donó unos terrenos. El sarjento mayor Francisco Rodriguez de Ledesma, estando para morir, pidió el ser admitido en la Compañía a la hora de la muerte, para gozar de las gracias que el cielo concede a esta órden; i en pago de este servicio dejó a los padres una estancia bien provista de ganados con un molino i una buena dotacion de indios de trabajo i algunas alhajas o piezas de plata labrada. La mision de Buena Esperanza, elevada al rango de colejio en 1652, tuvo desde entónces como subsistir con toda holgura; pero apesar de esto, siguió cobrando del real tesoro el sínodo asignado.

El alzamiento jeneral de los indios en 1655 obligó a los jesuitas de Buena Esperanza a abandonar su residencia, como habia obligado a casi todos los estancieros de aquellas provincias. Los indíjenas, em-

pravecidos por la desesperacion de verse sometidos al penoso trabajo que les imponia el sistema de encomiendas, se habian rebelado contra sus opresores, cometian por todas partes las mayores depredaciones i en el primer momento obligaron a todos los españoles a buscar su salvacion en la fuga mas desordenada i lastimosa hasta llegar a Concepcion. En esta desastrosa evasion, los jesuitas fueron casi siempre los mejor parados, porque su carácter sacerdotal hacia que los soldados de los fuertes les guardaran el mejor lugar entre los pelotones de fujitivos miéntras las mujeres i los niños eran abandonados sin piedad a la zaña i a la lujuria de los indios sublevados.

Aquel estado de desorganizacion completa, agravado con una espantosa epidemia de viruelas que diezmó a los indios, i que hizo grandes estragos entre los españoles, duró mas de un año. El virei del Perú, conde Alba de Liste, atribuyendo con razon estos males a la mala administracion del gobernador Acuña i Cabrera, a quien el pueblo de Concepcion habia depuesto del mando por el mismo motivo, confió el gobierno de Chile al almirante don Pedro Porter Casanate. No es este el lugar de referir los esfuerzos del nuevo gobernador para castigar a los indios rebeldes i para restablecer la tranquilidad. Los jesuitas recobraron sus tierras i sino el todo, la mayor parte a lo ménos de sus indios de servicio, a muchos de los cuales habian trasportado a las inmediaciones del rio Maule para no perderlos en la revuelta. Porter Casanate, cuyos trabajos habian sido embarazados principalmente por la miserable pobreza del erario real, convencido de que las misiones jesuíticas no producian ningun resultado ni para la conversion de los indios ni para mantenerlos en paz, creyendo ademas que los jesuitas tenian de sobra con sus propias riquezas para sostener sus conventos i sus iglesias, quiso aliviar al tesoro de una de sus mas pesadas cargas para poder atender de cualquier modo a las mas premiosas necesidades de la administracion, i por providencia de 16 de febrero de 1657, dictada con acuerdo de los altos empleados de la colonia, suprimió el sínodo que se pagaba a las misiones, dando cuenta al rei de lo hecho para obtener la aprobacion de su medida.

Pero Porter Casanate, que era un hombre de un notable saber, que se habia ilustrado con importantes empresas i con algunas memorias i libros de verdadero mérito, i que a sus conocimientos teóricos unia el conocimiento de los hombres como lo habia probado sofocando la insurreccion de los indios chilenos, no conocia a las jesuitas cuando creyó que éstos se resignarian a no recibir el sínodo que les mandaba pagar el rei, aunque este sacrificio indispensable en

aquella situacion, iba a ser de grande utilidad para la causa real. Porter Casanate sufrió un errror de que tuvo que arrepentirse mas tarde. Desde luego, los padres jesuitas de Chile reclamaron de aquella resolucion, dándose por tan pobres que no podian sostener las misiones sino con el real ausilio; i como Porter Casanate no hiciera caso de esas representaciones, los padres se dirijieron al monarca. El padre Jacinto Pérez, procurador jeneral de los jesuitas de América, hizo en la corte preciosas representaciones. Al principio no se hizo mucho caso de estos reclamos; pero el procurador repitió sus apremios con tanta insistencia, que el piadoso monarca don Felipe IV no vaciló en desaprobar la conducta de uno de sus mejores servidores, i mandó por su real cédula de 9 de febrero de 1663 no solo que se continuara pagando a los jesuitas el sínodo asignado sino que se les cubrieran todas las cantidades que habian dejado de percibir desde 1657. Escusado parece decir que los padres no se dieron por satisfechos hasta que no hubieron recibido el último real.

El alzamiento de 1655 habia concluido tambien con otras misiones que tenian los jesuitas en la alta frontera; i en algunas de ellas los padres tuvieron que sufrir los efectos de la cruel zaña de los indios rebelados. Pero en ellas, no habia mas que una iglesia i una modesta casa para habitacion de los misioneros, porque éstos no habian alcanzado aun a formar haciendas, molinos, viñas, crianza de ganado, bodegas, etc. Despues de restablecida la paz, esas misiones que eran mui poco productivas, quedaron abandonadas, i los pobladores de los campos vecinos privados de la predicacion evanjélica, i sometidos a esperar que por los meses de verano pasara por allí una de esas misiones viajeras que solian visitarlos. El celo fervoroso de los padres jesuitas prefería ejercitarse en los alrededores de sus conventos i de sus haciendas, allí donde al paso que se atendian los intereses espirituales no se descuidaban tampoco los negocios temporales que cada dia se hacian mas provechosos i aumentaban las inmensas riquezas de la órden.

Como los jesuitas tenian establecimientos propios en muchos otros puntos del territorio chileno, i como cada uno de ellos era un manantial mas o ménos seguro de entradas i de recursos, nos proponemos apuntar algunas noticias acerca de ellos en un artículo siguiente, ántes de dar a conocer sumariamente la manera como administraban sus negocios para obtener de ellos tan considerables resultados.

Diego Barros Arana.

CANCIONES

(RECUERDOS DE ENRIQUE HEINE)

I

Era el caer de la tarde.
Brillaba el mar a lo léjos.
Sentados tú i yo en la arena,
Volvíamos a querernos.

De entre las inquietas olas
Iban las nieblas subiendo,
Cuando de tus negros ojos
Lágrimas de amor cayeron.

Cayeron sobre tu mano
Que se estremeció un momento,
I yo en tu mano las lágrimas
Bebí, al cubrirla de besos.

Desde aquel fatal instante
Se muere mi pobre cuerpo.....
Porque una mujer me ha dado
Con sus lágrimas veneno!

II

La muerte es la fresca noche;
La vida, un dia pesado.
Tengo sueño..... Ya anochece.....
Ha sido el dia tan largo!

Por encima de mi lecho
Pasa un ruiseñor cantando

Sus misteriosos amores.....
En sueños oigo su canto.

III

ADIOS!

La nave se movió. Miré las olas
I la playa miré.....
Adios, patria querida! Ya no puedo
La nave detener.

Ví de léjos la casa de mi amada,
I las ventanas ví,
Pero a ninguno que con una seña
Me ayudara a partir.

La playa se borró. Cerré los ojos,
I oprimí el corazon,
Para guardar en él, que tantos guarda,
Otro nuevo dolor.

IV

TARDE

Todas las tardes, la hija
Del sultan, hermosa i pálida,
Pasea junto a la fuente
Donde murmuran las aguas.

I cada tarde, un esclavo
Jóven de ardiente mirada,
Se acerca i bebe en la fuente
Donde murmuran las aguas.

Una tarde la princesa
Le hace señas i le habla:
—«Yo quiero saber tu nombre.
Cuál es tu tribu i tu patria.»

I él responde:—«Yo me llamo
Mohamet, nací en la Arabia.....

Mis padres son esos Tarfes
Que mueren, siempre que aman!»

V

Niña, sobre mi pecho pon tu mano.....
¡Qué golpes! ¡Qué inquietud!
Es que trabaja dentro un carpintero
Clavando lentamente mi ataud.

Dia i noche trabaja,
Trabaja sin cesar.....
Dáte prisa, maestro,
Que tengo sueño i quiero descansar.

VI

SALOMON

Timbales i clarines enmudecen.
Junto al lecho del sabio Salomon,
Los ánjeles, seis mil a cada orilla,
La espada al cinto, velan con temor.

Acechan los ensueños pesarosos,
I las cejas apénas frunce el rei,
De las doradas vainas brotan rápidos
Los doce mil aceros a la vez.

Pero al punto los ánjeles envainan
Los doce mil aceros, al mirar
Que, ensanchando las cejas suavemente,
El rei mueve los labios para hablar:

—«¡Oh Sulamith! soi dueño del imperio;
De ciudades i campos dueño soi;
Reino en Judea.....Mas si tú no quieres
Amarme un poco, moriré de amor!»

AUGUSTO FERRAN

Santiago, noviembre 6 de 1872.

REVISTA DE LA QUINCENA

Santiago, noviembre 15 *de* 1872.

El tiempo ha transcurrido, i el país ha vuelto a su letargo de costumbre. Chile se confiesa una vez al año por la cuaresma i se entusiasma una vez al año por el aniversario de su emancipacion. En viérnes santo nos acordamos de la pasion de Cristo para darnos el derecho de olvidarla apénas repican gloria los campanarios de la ciudad. En 18 de setiembre despierta nuestro patriotismo para dormirse de nuevo apénas apagado el eco del último festival. Nuestra fé política i nuestra fé relijiosa toman abono por temporada. Pasó el aniversario, i pasaron con él la Esposicion de Artes e Industria, la inauguracion del Paseo de Santa Lucía, el baile del Mercado i la epidemia de viruela. Hoi no se oye mas que la voz del albañil que jura en la muralla i el pico del cantero que corta los adoquines en la calle del Estado. Hacemos una vida esclusivamente material, i las piedras de plata de los desiertos del norte i el carbon de piedra de los bosques del sur constituyen actualmente la única preocupacion de nuestro país.

Nada es capaz de sacudir esta invencible somnolencia. Las pretensiones del clero han vuelto a manifestarse, i apénas una que otra protesta ha salido a combatirlas. Tratábase de construir en lo que fué templo de la Compañía una capilla subterránea que hiciera juego con la hermita aérea del cerro. El clero no se sintió satisfecho con la ereccion de una cámara ardiente; pidió la reconstruccion del templo antiguo, i poco a poco fué hasta alegar derechos a la propiedad del terreno que ocupaba. El público no ha prestado atencion a esta exijencia; i sin la firmeza inesperada del intendente de Santiago, la Iglesia habria vuelto a apoderarse de un sitio que dejó de pertenecerle.

Hé ahí la estratejia eterna de nuestro clero. El clero hace suyo todo lo que baña con su hisopo. El bautismo imprime carácter, i el que una vez lo ha recibido permanece eternamente bajo la jurisdiccion eclesiástica. Donde cae una gota de agua bendita, el clero establece la base de su propiedad. El Papa se hizo dueño del universo dando desde el Vaticano su bendicion a la ciudad i al mundo. Hoi no pueden repartirse los imperios ni los continentes adjudicarse por una bula pontificia. El organismo eclesiástico se ha descentralizado i descentralizándose ha vigorizado su poder. Imperios i continentes se disputan palmo a palmo en toda la superficie de la tierra. La colmena ha entrado en dispersion; pero las avispas quieren formar en cada ciudad una colmena.

El fenómeno es universal. Aquí, como en todas partes, el clero avanza insignificante en su número pero casi irresistible en su voluntad. Tiene toda la cohesion de la lejion romana; i en medio de la anarquía que reina entre sus adversarios, merced a la unidad de su accion multiplica la eficacia de sus esfuerzos i gravita pesadamente sobre los destinos del país. El clero forma una lojia en que domina la mas estrecha solidaridad. Aprovechando las divisiones de los otros, presenta en cuadro sus batallas ; i sin mas que quince votos en la Cámara de Diputados, en ella es indisputable su dominacion. Sus quince votos son francos, valientes, incontrastables, i prueban una vez mas que la enerjía del carácter i la firmeza de la voluntad pueden dispensarse de las figuras de retórica para hacer que un pensamiento se convierta en realidad.

El dia en que las fuerzas liberales consigan disciplinarse, en que el progreso tenga fervientes adoradores i en que la pasion de los intereses públicos adquiera un poco de intensidad, ese dia se verá cuánto hai de artificial i de ilusorio en este poder hoi tan temido del neo-catolicismo militante. Desgraciadamente, ese instante no se divisa aun, i los hombres de libertad se encuentran solo de vez en cuando i siempre por obra de una casualidad feliz. Como los esclavos romanos, unos ignoran su número i su fuerza, i otros se encierran como Aquiles en la tienda de su egoismo i de sus intereses personales.

El desafuero del diputado don Juan Agustin Palazuelos está ahí para probarlo. El señor Palazuelos se vió en la dolorosa necesidad de herir de muerte para defender su derecho ilegalmente amenazado; pero el señor Palazuelos, culpable de haber roto el lazo de la tradicion colocando bajo el patrocinio de la sancion social la consagracion de un sentimiento que se negaba a consagrar la autoridad

eclesiástica, tenia cuentas que arreglar con el clericalismo, i desde el primer instante fué una víctima señalada a su persecucion. Miéntras el clericalismo obraba impulsado por móviles de secta, sus adversarios se enredaron lastimosamente en deducciones de jurisprudencia que ni siquiera tuvieron el valor de esponerse con claridad ante la Cámara. La cuestion era apropósito para establecer importantes precedentes parlamentarios; pero no se oyeron allí mas voces que las de Gallo i Matta en defensa del amigo calumniado i la de Cruchaga en defensa del derecho herido. Hombre de lei i de libertad, el señor Cruchaga sostuvo, apoyado en las tradiciones de la lejislacion inglesa, la facultad de rechazar toda agresion que no vaya revestida de los caractéres legales que puedan justificarla. La autoridad que comete un abuso no es autoridad. La legalidad termina donde termina la jurisdiccion: hé ahí lo que sostenia el señor Cruchaga, inspirado en la fuente mas pura del derecho público inglés. Su discurso no tuvo eco; i sin embargo el dia en que el abuso de autoridad sea considerado i sea repelido como cualquiera otra agresion, entón ces tendremos funcionarios i ciudadanos. mas respetuosos de la lei. La Cámara se avocó hasta cierto punto el conocimiento de la cuestion. Algunos de sus individuos insinuaron la existencia de un delito que a la justicia ordinaria correspondia castigar. Necesariamente, otros tuvieron que consagrarse a manifestar la inocencia del señor Palazuelos; i hubo un instante en que la Cámara de Diputados parecia un verdadero tribunal de asisses pronunciándose sobre el fondo mismo de un juicio criminal.

La votacion llegó, i la oposicion tuvo doce votos. Habia en la oposicion diversidad de pareceres; pero esos pareceres no se manifestaron: huyeron simplemente. La dificultad se resolvió por medio de una fuga, i se perdió la oportunidad de establecer de una manera clara i decisiva la intelijencia del artículo constitucional. La discusion pudo haberse elevado. Pudo haberse prescindido del caso especial i de la personalidad del señor Palazuelos buscando en las altas inspiraciones de la igualdad ante la lei i de la inviolabilidad parlamentaria una solucion que sirviera de regla jeneral en el porvenir.

Miéntras tanto en la Cámara de senadores ha naufragado la reforma de la lei electoral. Cada vez mas intermitentes, las sesiones de la otra se consagran a la aprobacion de la lei de presupuestos. El debate se abrió revestido de caractéres que le daban una gravedad estraña en la sesion lejislativa. Era la primera vez que se ponia en tela de juicio la conducta ministerial. Pasáronse en revista los nombramientos i los decretos gubernativos, i el honorable diputado por Copiapó sostuvo

que ni los actos ni el personal de la administracion inspiraban esperanzas para el porvenir. Despues de este análisis i de estas conclusiones, la lei de presupuestos fué aprobada con cuatro votos en contra. El resultado era previsto; pero no por ser previsto dejaba de ser doloroso. Aquello fué un simulacro de lucha en que necesariamente la victoria debia ser del ministerio. Aprobada la lei por una mayoría abrumadora despues de reconocerse que el debate era de un carácter esencialmente político, la política ministerial puede decir con orgullo que posee la confianza de sus antiguos amigos i de sus antiguos adversarios. Sin embargo, en la Cámara de Diputados hai treinta individuos que deben su eleccion a su alejamiento del poder. La oposicion ha muerto en Chile, i a las protestas desesperadas i a las amenazas tumultuosas de 1871 ha sucedido un deseo de paz i de concordia verdaderamente inesplicable en los que creyeron imposible i perniciosa la conciliacion suspirada por el ministerio Amunátegui en 1868.

En todas partes la timidez i la inercia liberal. La instruccion pública, el gran problema del porvenir, ha caido maniatada en brazos del clericalismo que se dispone tranquilamente a sofocarla. Se principió por abolir el monopolio de exámenes establecido a favor del Instituto Nacional. A una medida de este jénero correspondia necesariamente una severidad mayor en las pruebas finales que habilitan para el ejercicio de las profesiones. Así lo comprendió el Consejo Universitario. Era esa la única manera de medir la competencia de los aspirantes; i ya que la necesidad de mantener los títulos oficiales se aceptaba, era indispensable reconocer la necesidad de comprobar la idoneidad del titulado. En el réjimen oficial, dice un educacionista célebre, el Estado no puede a ciegas discernir diplomas de competencia así como no puede lanzar al mercado monedas de cuya lei no está seguro. Ello duró algunos meses; pero como se trata de impedir a toda costa la enseñanza séria de las ciencias naturales i como las ciencias naturales estaban comprendidas en el nuevo plan de la Universidad, un dia de tantos el señor ministro de Instruccion Pública ordenó que se volviera al sistema antiguo, sistema de todo punto deficiente, para la colacion de grados. Al decretarlo así, su señoría se fundaba en un informe oculto del secretario de la facultad de humanidades, antiguo i jubilado profesor de filosofía, de cuyas lecciones, que aprendimos siempre de memoria i palabra por palabra, no tenemos el honor de recordar mas que el mediador plástico de Leibnitz i el argumento de san Anselmo sobre la existencia de Dios.

Nunca hubo contra el progreso una hostilidad mas obstinada cubierta bajo una máscara mas engañadora. La supresion del monopo-

lio importaba un adelanto, i fué aplaudida. Declaraba el señor ministro que, entre otras buenas cosas, semejante supresion tenia por objeto aliviar las pesadas tareas de los profesores del Instituto. Nadie creyó en la sinceridad de tales declaraciones; pero en fin no hai derecho de penetrar en las conciencias, i los verdaderos móviles de aquella declaracion no tuvieron el honor de preocupar al público. Habia entónces pendiente, como lo hai ahora todavía, un proyecto de organizacion de la instruccion pública. Para destruir la situacion existente, el señor ministro no juzgó necesario aguardar el despacho de la lei. Despues, cuando se reconoció que el nuevo sistema de pruebas finales hacía medianamente difícil la anhelada inferioridad de la enseñanza, se invocó la presencia de aquel proyecto para destruir la innovacion. En el primer caso era lícito anticiparse a las resoluciones del congreso. En el segundo era un deber de cortesía esperar sus resoluciones. El señor Cifuentes merece como pocos un sillon en la facultad de Teolojía.

I sin embargo, a bien pocos ha preocupado esta persecucion incesante de que viene siendo víctima la instruccion. Parece que hubiéramos perdido el dominio de nuestro espíritu i que atacados de una incurable parálisis intelectual fuéramos impotentes para sacudir nuestra organizacion. Miéntras tanto, la marea sube incesantemente; i la estacion electoral, que hará elevarse la superficie de las aguas, nos verá probablemente sumerjirnos en el mar de la reaccion.

No es otra cosa lo que en el horizonte se divisa. Las mesas calificadoras están funcionando en toda la república; i en Santiago, compuestas esclusivamente de miembros del partido clerical, no tienen a su lado una sola comision de vijilancia que proteja los derechos del elector. La anarquía es completa, la inaccion es inverosímil, el desarme es jeneral; i mañana, cuando llegue el instante de la eleccion, cuando el gobierno tenga sus lejiones compactas i disciplinadas i cuando la oposicion se contemple enteramente destituida de recursos, se querrá nuevamente empeñar una caricatura de batalla i cohonestar una derrota vergonzosa con supuestos abusos i arbitrariedades del poder. A este cadáver que se llama la oposicion se aplicará el galvanismo de las violencias falsas, de las palabras ardientes i de las promesas calorosas. El cadáver esperimentará algunos estremecimientos; pero esta vida artificial tendrá una duracion efímera, i la representacion del país quedará entregada al que haya tenido la enerjía de tomarla sin que ningun hombre ni ningun partido puedan acusar al fraude o a la fuerza de haber oprimido o adulterado la voluntad de la nacion.

Fanor Velasco.

DON JOSE JOAQUIN DE MORA

(CONTINUACION)

Las inclinaciones características de Mora le llevaban a mezclarse con pasion en las luchas políticas.

Desde su llegada a Buenos Aires, se alistó en el partido liberal que acaudillaba don Bernardino Rivadavia, i defendió calorosamente, sin escusar compromisos, la causa de aquel ilustre estadista, de quien, segun se asegura, fué uno de los consejeros privados.

Mora no tardó en hacerse el blanco de antipatías, i aun de odios declarados.

Cuando el presidente Rivadavia dejó el mando el 7 de julio de 1827, Mora i su colega Angelis perdieron el principal apoyo que hasta entónces habian tenido, i no tardaron en esperimentar las malas consecuencias de ello.

El nuevo presidente provisorio de la República Arjentina don Vicente López, el poeta que compuso la cancion nacional *Oid mortales*, etc. les retiró el sueldo de dos mil pesos anuales que estaba asignado a cada uno de ellos.

«La supresion de nuestros sueldos, decian Mora i Angelis en la *Crónica*, número 117, fecha 3 de octubre del referido año, fué dictada al señor presidente López por sus dos ministros Balcarce i Anchorena. Violado de este modo un contrato solemne que nos habia arrancado a nuestras patrias adoptivas, a las sociedades mas ilustradas de Europa, i al decoroso bienestar que en ellas gozábamos, léjos de pedir i de adular, hicimos ante un escribano público una protesta en forma, como la que se acostumbra contra un acreedor de mala fe.»

A pesar del retiro de los sueldos, Mora i Angelis continuaron redactando la *Crónica* todavía por algunos meses.

Apénas se tuvo conocimiento en Chile de lo que habia ocurrido en Buenos Aires a aquellos dos distinguidos literatos, cuando el presidente de la República, jeneral don Francisco Antonio Pinto, dictó las órdenes que estimó oportunas para conseguir que se vinieran a nuestro país.

Don Juan Francisco Zegers, subsecretario, u oficial mayor encargado provisionalmente de las relaciones esteriores, decia, entre otras cosas, el 15 de setiembre de 1827 al cónsul jeneral de Chile en Buenos Aires don Miguel Riesco i Puente, que ponia a su disposicion en una de las casas de comercio de aquella ciudad la suma de dos mil pesos para que entregase mil a don José Joaquin de Mora, i otros tantos a don Pedro de Angelis «en caso de que estos sujetos quisieran pasar a prestar sus servicios al gobierno de Chile, a cuyo efecto el mencionado cónsul jeneral debia practicar todas las dilijencias que fueran convenientes, i no desdijeran del decoro que correspondia.»

«En caso que efectivamente estos dos sujetos se aviniesen a lo que se desea, agregaba el señor Zegers, Su Excelencia el Presidente de la República autoriza igualmente al señor cónsul jeneral para que celebre con ellos una contrata asignándoles el mismo sueldo de dos mil pesos anuales que segun noticias disfrutaban en Buenos Aires en tiempo de Rivadavia, i de que se hallan actualmente despojados de resultas de las alteraciones que ha habido en esa república. Siempre que los señores Mora i Angelis quieran convenir con esta propuesta, el señor cónsul deberá observar toda la reserva conveniente en este asunto a fin de que no pueda traslucirse el paso dado por el gobierno de Chile en caso de no verificarse su proyecto de atraerse a los indicados individuos.»

Era tanto lo que el presidente Pinto deseaba su venida, la de Mora por lo ménos, que sabedor de la apurada situacion pecuniaria en que éste se hallaba, hizo facultar con fecha 8 de noviembre al cónsul Riesco para que si fuese necesario, concediera a don José Joaquin, ademas de los mil pesos ya espresados, una anticipacion de igual suma, que deberia ir pagando con su sueldo.

La situacion de Mora i Angelis habia empeorado desde que en agosto de 1827 habia subido al poder con el título de gobernador de Buenos Aires el coronel don Manuel Dorrego, caudillo de los mas implacables adversarios del partido unitario, que habia dirijido don Bernardino Rivadavia.

Las hostilidades habian llegado hasta el punto de que los redacto-

res de la *Crónica* tuvieron a bien suspender su publicacion el 6 de octubre.

Las circunstancias parecian favorables para inducir a Mora i a Angelis a que se trasladaran a Chile.

El cónsul don Miguel Riesco i Puente comunicó el 24 de octubre al ministerio de relaciones esteriores en los siguientes términos el resultado de sus primeras jestiones.

«El que suscribe se dirijió personalmente a los señores Mora i Angelis; i habiendo promovido la conversacion, no mostraron la menor repugnancia; pero propuesto el asunto con mas formalidad, manifestaron estos señores algun embarazo. Este consiste en que teniendo establecido recientemente un colejio de señoritas bajo la direccion de sus esposas, i habiendo para esto contraído algunos compromisos, no podian espedirse de un modo que su delicadeza no padezca. Por tanto, sin dar una negativa absoluta, pidieron tiempo para resolverse; i particularmente el señor Mora, que en concepto del que escribe es la persona que principalmente interesa, se decidirá talvez si se le asegura sin la menor vacilacion que desde que llegue a Chile podrá desempeñar la jurisprudencia, que como profesor perito ha ejercido en España, i singularmente en Madrid, por once años. Los títulos i documentos que lo acreditan, él los manifestará. No duda, pues, el que rubrica de asegurar que si se le allana este paso, librando al señor Mora de la pasantía i exámen de costumbre, lo reducirá a decidirse con prontitud. En este estado, queda el negocio de estos señores; i ellos por su parte allanarán talvez las dificultades que hasta hoi han encontrado; i el cónsul que suscribe no omitirá dilijencia alguna para hacer una adquisicion que, ademas de ser mui rara en nuestros países, puede producir infinitos bienes a nuestra república.

«Parece propio de este lugar afirmar al señor encargado del ministerio a quien se dirije, para que así lo haga saber al Excelentísimo Señor Presidente de la República, que el gobierno i ministerio actual de Buenos Aires, léjos de sentir la separacion de estos dos literatos, se complacerán en ver que le abandonan el campo dos enemigos a quienes no les será fácil vencer sino empleando con escándalo la fuerza.»

El señor Riesco volvia a escribir con fecha 2 de noviembre al señor Zegers lo que sigue acerca de este asunto:

«Con el mayor placer anuncia el infrascrito a Vuestra Excelencia que el señor Mora está decidido a separarse de su compañero el caballero Angelis, i a marchar a esa, aunque ninguna indicacion ha ha-

bido sobre sus obligaciones; i dentro de seis dias, prometió que entraríamos en conferencias decisivas para terminar el asunto. Volverá a repetir el que suscribe que no omitirá dilijencia alguna para hacer una adquisicion que prometerá muchas ventajas a nuestra república. En Buenos Aires conocen muchos su mérito, i hai motivos de sospechar que se empeñarán en que no salga.

«Mr. Angelis ha encomendado al que rubrica manifieste al Señor Presidente de la República sus agradecimientos por haber tenido la bondad de invitarle a prestar sus servicios al estado, lo que avisa al señor ministro para que lo ponga en conocimiento de Su Excelencia el Señor Presidente.»

El subsecretario Zegers contestó, con fecha 1.° de diciembre, que su gobierno no encontraba ninguna dificultad para permitir que Mora ejerciese su profesion de abogado sin sujetarse a ningun trámite previo.

Ántes de que llegara a sus manos la comunicacion a que acabo de aludir, el cónsul don Miguel Riesco i Pnente escribia con fecha 8 de noviembre al señor Zegers lo que sigue:

«Tiene el infrascrito la satisfaccion de asegurar al señor encargado de relaciones esteriores, para que lo ponga en conocimiento del Excelentísimo Señor Presidente, que finalmente don José Joaquin de Mora ha dado su última decision por la que se determina a seguir hasta Chile, i ponerse a disposicion de ese superior gobierno; pero esto no se ha verificado sin exijir como condicion *sine qua non* una especie de seguridad contra los peligros que le ofrecen las disensiones políticas, que en juicio de dicho señor consiste en que le acompañe en su viaje el que firma. Como las relaciones que el actual gobierno sostiene con el señor Mora son enteramente de enemistad, i la adquisicion de su persona es de tanto interes, el que rubrica, no habiendo podido recabar de otro modo la solicitud que habia hecho, se vió en la necesidad de concederle este sacrificio, principalmente persuadido de que su gobierno queda libre de todo compromiso. Así es que está determinado a pedir su pasaporte con la calidad de ser por necesidades urjentes propias, i a dar parte al ministerio de relaciones esteriores de ésta el dia que se separe del consulado, que será la víspera de su partida, que, segun piensa, se realizará en diciembre próximo, siendo de su obligacion dejar encomendado quien recoja la correspondencia que pueda venir de esa o de otra cualquier parte, i darle, si es necesario, el curso que ella exija.

«A consecuencia de lo espuesto, se ve el cónsul en la precision de usar del crédito que se le facilitó en casa de los señores Lezica i her-

manos, solicitando la cantidad de los dos mil pesos que en la correspondiente carta se apuntaba, debiendo advertir que el señor Mora ha significado que para salir airoso de Buenos Aires le sería necesario disponer de quinientos pesos mas, los que recibiria a cuenta de los sueldos que se le asignen; i no ha dudado el infrascrito de prometérselos.»

Por último, el señor Riesco decia, entre otras cosas, con fecha 1.° de diciembre de 1827 al señor Zegers, lo que sigue:

«El caballero Mora con su familia parte en compañía del que suscribe con mucho sentimiento de los hombres honrados i de ilustracion de este país.»

«Se cree, dice don Antonio Zinny en la *Efemeridografía Ajirometropolitana*, que don José Joaquin de Mora salió espulsado del país (República Arjentina), fundándose en que apénas tuvo tiempo de ver a su amigo el señor don Rafael Minvielle, a cuyo cargo dejó sus negocios.»

Es cierto que Mora se separó de Buenos Aires a causa de la declarada animadversion que manifestaba contra su persona el partido dominante, segun aparece de los oficios de don Miguel Riesco i Puente que dejo copiados; pero es inexacto que se hubiera espedido órden espresa para espulsarle.

Esto es lo que resulta de la relacion de Riesco al subsecretario Zegers; i esto es lo que me ha asegurado don Rafael Minvielle, de quien me he informado acerca de este incidente.

A los pocos dias de haber Mora llegado a Santiago, se espidió en su favor el decreto que va a leerse.

«*Santiago, Febrero* 11 *de* 1828.

«Habiendo en consecuencia de las invitaciones del Gobierno presentádose a sus órdenes el distinguido literato don José Joaquin de Mora para emplearse en objetos de utilidad pública, i teniendo en consideracion que nunca podrá prestar sus servicios en la estension de sus conocimientos políticos con mas ventaja del país que a la inmediacion del mismo Poder Ejecutivo, vengo en nombrarle oficial mayor ausiliar del ministerio de estado con el sueldo anual de dos mil pesos, que deberán por ahora deducirse de los diez mil pesos asignados al Gobierno para trasporte de profesores científicos i otras atenciones de interes jeneral, hasta que se declare su abono lejítimamente en los gastos ordinarios del tesoro. Tómese razon de este decreto donde corresde; i comuníquese al interesado.—*Pinto.*—*Rodríguez.*»

Creo oportuno entrar en algnos pormenores de los sucesos en que Mora tuvo intervencion durante su permanencia en Buenos Aires.

En el *Mercurio Chileno*, número 7, fecha 1.° de octubre de 1828, hizo un bosquejo de las discusiones tenidas el año de 1827 por la prensa de Buenos Aires, en las cuales le habia cabido una parte tan notable.

«El *Tribuno*, cuyo objeto principal era mucho mas atacar la reputacion del inmortal Rivadavia, que propagar las doctrinas federales, que jamas entendieron los facciosos empeñados en sostenerlas, decia, no presentó al público sino una serie de invectivas frenéticas, de interpretaciones pérfidas, de declamaciones fastidiosas i de calumnias absurdas, vertidas en un lenguaje incorrecto i tosco, i en un estilo chocarrero i vulgar. El hombre distinguido a quien se asestaban estos tiros no pensó jamas en rechazarlos. Su gobierno, en cuya época se vieron tantos prodijios de vigor i de enerjía, i que con un jesto solo hubiera hecho enmudecer para siempre a aquellos oscuros libelistas, no tomó la mas pequeña medida represiva. Los dejó vociferar en el desierto; i ni aun quiso que respondiese a sus insultos el periódico (la *Crónica*) destinado a ser el órgano de la voluntad jenerosa que entónces rejia los destinos de las Provincias Unidas. Rivadavia dejó el mando, i éste pasó mui en breve a manos de los editores del *Tribuno*. Era natural que se cometiesen represalias; mas éstas llevaron el carácter del partido que las hacía. La *Crónica*, con moderacion excesiva, pero con argumentos irrebatibles, i despues el *Porteño*, con patriótica elocuencia i lójica formidable, i el *Granizo*, con las sales cáusticas del epigrama, de una finísima ironía i de las mas picantes alusiones, se empeñaron en manifestar al público, en su odiosa desnudez, a la gavilla que se habia apoderado del timon de los negocios. ¿Cuál fué la suerte de estas publicaciones? La *Crónica* calló intimidada despues de haber rehusado las ofertas pecuniarias con que se trató de hacerla mudar de pabellon. El asesinato fué la respuesta que se dió a los distinguidos autores del *Porteño* i del *Granizo*. Para complemento de un sistema tan conforme a los principios de aquellos energúmenos, lo que ellos llaman cuerpo lejislativo sancionó una lei contra la libertad de imprenta, tan opresora en su espíritu, tan tiránica e inquisitorial en todas sus disposiciones, que ella sola bastaria a la ignominia del federalismo porteño, si no estuviera ya harto vilipendiado por todo el sistema de su conducta i por el carácter político i moral de sus fautores.»

El *Tribuno*, como se habrá comprendido, fué un periódico fundado por el coronel don Manuel Dorrego.

Segun el señor Zinny en la obra que ya he tenido ocasion de citar, el *Porteño*, que reemplazó a la *Crónica Política i Literaria de Buenos Aires*, era redactado por don Manuel Bonifacio Gallardo i don Juan Cruz Varela; el *Granizo*, por don Florencio, don Jacobo i don Juan Cruz Varela, redactores principales, i por un señor Mansilla, don Manuel Bonifacio Gallardo, don Francisco Pico i otros varios colaboradores.

El *Porteño* empezó el 28 de octubre i el *Granizo* el 29 del mismo mes, concluyendo los dos el 10 de noviembre de 1827.

Don Rafael Minvielle, que entónces residia en Buenos Aires, i que cultivaba estrechas relaciones con Mora i Angelis, me dice que el primero tenia parte en la redaccion del *Granizo*, en el cual es fácil distinguir por el estilo varias composiciones suyas.

Me parece interesante completar con datos tomados de un oficio dirijido con fecha 17 de noviembre de 1827 al ministerio de relaciones esteriores de Chile por nuestro cónsul don Miguel Riesco i Puente la narracion de aquella violenta lucha insertada por Mora en el *Mercurio Chileno*.

A la sazon, el gobernador Dorrego i sus amigos políticos habian llevado a cabo en Buenos Aires la mas violenta de las reaciones contra los *unitarios* o partidarios de Rivadavia, a quienes habian espulsado de casi todos los cargos públicos. Solo dos obstáculos resistian todavía a las pretensiones del bando victorioso, decia el cónsul Riesco en la nota mencionada; a saber «el jeneral don Cárlos María de Alvear, el vencedor de Ituzaingó, que parecia sostener las esperanzas de los caídos; i la imprenta, que conservaba toda su independencia, i que con dos periódicos (el *Porteño* i el *Granizo)* escritos por hombres de un mérito singular, no cesaba de hacer la guerra al nuevo órden de cosas».

El gobierno del coronel Dorrego tomó la firme resolucion de derrocar aquellos dos obstáculos.

«El jeneral Alvear, acusado de los mas negros crímenes por el periódico ministerial, decia el cónsul Riesco, provocó un juicio de imprenta, en que salió victorioso. Su contrario, condenado a la pena de los calumniadores, apeló de la sentencia; i en el segundo juicio, habiendo recusado el jeneral al juez de alzada presidente del juri (tio del ministro de gobierno) se tomó este pretesto para paralizar el negocio, remitiéndolo a consulta de la sala de representantes, donde probablemente quedará sepultado. Entre tanto, i valiéndose del temor que han inspirado los hechos de que despues haré mencion, los dos papeles ministeriales han continuado el mismo sistema de in-

jurias contra aquel jefe, llamándolo públicamente ladron, i tratando de fábula la batalla de Ituzaingó.»

La defensa del jeneral Alvear en el jurado de que acaba de hablarse fué hecha por don José Joaquin de Mora, a quien el primero pagó por ella un honorario de quinientos pesos, los cuales fueron entregados a Minvielle, apoderado de Mora, cuando ya éste habia salido de Buenos Aires.

Junto con molestar al jeneral Alvear, el gobierno del coronel Dorrego no reparaba en medios para perseguir a los escritores de la oposicion.

«La imprenta, como ya lo he dicho, escribia en el oficio citado el cónsul Riesco al ministerio de relaciones esteriores de Chile, incomodaba al gobierno. Los dos periódicos el *Granizo* i el *Porteño* no cesaban de combatirlo, el uno con todas las armas de la sátira i del epigrama; i el otro, en estilo serio, i sin usar mas que los principios i el raciocinio. Siendo inatacables ante los tribunales por la notoriedad de los hechos en que fundaban sus tiros, se acudió al último recurso de las vias de hecho; i el impresor i uno de los editores fueron atacados violentamente, como consta en el impreso que remito. Despues de su publicacion, su autor don Juan Cruz Varela ha sido i permanece arrestado por la policía. Se han tomado un sinnúmero de declaraciones, algunas de ellas a sujetos de los mas respetables de este país. Todas están conformes en los hechos principales, a saber: que Varela fué atacado alevosamente por sujetos conocidamente adictos al gobierno, entre ellos por el editor responsable del principal papel ministerial.»

Todos estos sucesos, como era natural, confirmaron mas i mas a Mora en la determinacion de dejar la República Arjentina, i de aceptar la invitacion del presidente de Chile jeneral don Francisco Antonio Pinto, cuyo sistema político era bastante análogo al que habia seguido Rivdavia, salvo las diferencias impuestas por la diversidad de las situaciones respectivas.

Por lo demas, Mora, en mas de una ocasion, hizo en nuestro país espléndidas manifestaciones de admiracion a don Bernardino Rivadavia, i de simpatías a los individuos que habian militado bajo la bandera de tan ilustre estadista.

El 18 de setiembre de 1828, hizo representar en el teatro de Santiago, para solemnizar la jura de la constitucion chilena de aquel año, una comedia en tres actos i en verso que tituló *El Marido Ambicioso*.

Habiéndola dado a la estampa, la puso bajo el patrocinio de Rivadavia con la siguente dedicatoria:

«*Al Señor Don Bernardino Rivadavia.*

«Si debe ser tan grato a todo el que sabe apreciar el verdadero mérito haber tratado a Usted de cerca i merecido su confianza; i cuál no será la satisfaccion del amigo ardiente de la libertad a quien Usted concedió un asilo jeneroso, dignándose darle una parte de cooperacion en los planes grandiosos que habia trazado para la ventura i engrandecimiento de su país!

«Tal es la honra que Usted me ha dispensado, i la que, junta con otras innumerables pruebas de bondad i aprecio, han grabado en mi corazon un sentimiento profundo e indeleble de gratitud.

«Él me ha movido a colocar el nombre de Usted al frente de esta obrilla, i él en todos tiempos me moverá a valerme de cuantas ocasiones se presenten para acreditarle la admiracion, el respeto, el tierno cariño con que soi su mas afecto i agradecido amigo i servidor

José Joaquin de Mora.

«*Santiago de Chile*, 1.° *de setiembre de* 1828.»

Mas tarde, el 15 de junio de 1829, haciendo una comparacion entre los *unitarios* i *federales* de la República Arjentina, se espresaba de este modo en el *Mercurio Chileno*, número 15: «Por fortuna, Buenos Aires tiene todavía sus Rivadavias, sus Agüeros, sus Lavalles, sus Varelas, i esa constelacion de patriotas ilustrados que la Providencia destina a fundar una gran nacion, que abriga ya en su seno todos los elementos del engrandecimiento i de la prosperidad. Aquellos nombres son algo diferentes de los Bústos, Castañédas, Rósas, i Pincheiras. La América i la Europa los reverencian; el jenio de la civilizacion los bendice; la humanidad les señala puestos distinguidos en la historia.»

Los hombres que habian presenciado la revolucion hispano-americana, i que eran capaces de apreciar los sucesos, habian notado la influencia inmensa que ciertos individuos aventajados por las dotes del entendimiento o las prendas del carácter pueden ejercer en la direccion de las sociedades humanas.

Aun hubo entre ellos quienes exajeraron el poder de esos individuos superiores, concediendo ménos importancia de la que realmente tienen a los obstáculos que la ignorancia o los hábitos rutinarios crean

al progreso social, i obraron persuadidos de que basta breve tiempo para operar en los pueblos una completa trasformacion.

Obedeciendo a tales convicciones, desplegaron particular empeño en hacer venir a Chile, a pesar de las escaceses del erario, personas instruidas que pudieran comunicar sus luces, no solo a los niños, sino tambien a los adultos.

Jamas se aplaudirá suficientemente este acertado pensamiento, que ha contribuido de una manera tan eficaz a la prosperidad de nuestro país.

Los libros solo aprovechan a los que quieren leerlos; pero los hombres peritos en las letras i en las ciencias son libros vivos, por decirlo así, que se hacen oír en todas partes i a todas horas, i que ilustran a todos los que tienen la buena suerte de trabar con ellos una relacion cualquiera.

Don Mariano de Egaña, que fué en 1824 a servir en Lóndres el puesto de ministro plenipotenciario, llevó especial recomendacion de contratar algunos individuos competentes que vinieran a enseñar en Chile.

Egaña atendió con laudable celo a la mejor realizacion de aquel pensamiento.

«No contienen mis instrucciones encargo alguno sobre cuyo cumplimiento no haya dado paso en cuanto me ha sido posible, escribia con fecha 16 de mayo de 1825 al ministerio de relaciones esteriores. Así es que no me habia olvidado de solicitar profesores para el Instituto Nacional, como en ellas se me ordena; pero no es fácil encontrarlos, sino ofreciéndoles ventajosas comodidades. Un individuo de suficiencia i aceptacion en su país no lo abandona sino por el interes de una regular recompensa. Se habia presentado la feliz proporcion de aprovecharnos de los emigrados españoles que se hallan en circunstancias de admitir modestamente cualquiera proposicion, i que ademas obtienen la ventaja de estar mejor dispuestos para la enseñanza por hablar el mismo idioma; pero siempre es necesario costearles el trasporte, i ofrecerles destinos adecuados de que subsistan en Chile. A un ministro de estado, a un diputado en cortes, a un consejero de estado (de esta clase es la mayor parte de los emigrados) no es posible ofrecerles solo quinientos pesos de renta en Chile; i yo ademas no tengo aquí recursos para pagar su trasporte, como que, haciéndome cargo de las urjencias del erario para satisfacer a la casa de Portáles la suma estipulada en el contrato de los tabacos, no quise retener de los fondos del empréstito ni para varios gastos indispensables que pueden ocurrir. Sin embargo, librando los

costos del trasporte contra el gobierno, i ciñéndome a no gastar en esta empresa arriba de cuatro mil pesos, continuaré mi empeño hasta ver sí logro remitir cinco o seis profesores.»

Don Mariano de Egaña, en cumplimiento de sus instrucciones i de sus propósitos, contrató a dos distinguidos emigrados españoles, médico el uno, e injeniero el otro, don José Passaman i don Andres Gorbea.

«El doctor don José Passaman, decia Egaña en oficio de 16 de mayo de 1825, es un sujeto en quien pueden fundarse las mejores esperanzas en beneficio de la juventud chilena, aun cuando solo fuesen verdaderos la mitad de los elojios i recomendaciones que se me han hecho de él. Su profesion es la de médico-cirujano i oculista, i se me asegura que en ella es eminente. Él estudió en la escuela de medicina de Mompeller, de donde pasó a la universidad de Paris, i recibió con aplauso los grados de doctor en medicina i cirujía, mereciendo despues el honor de ser incorporado en varias sociedades científicas de Europa. Restituido a España, hizo allí un papel distinguido por su saber, i tuvo que emigrar cuando la restitucion de Fernando al poder absoluto.»

«Los informes que he recibido acerca de la sobresaliente aptitud de Gorbea, decia el mismo Egaña en oficio de 27 de mayo de 1827, son altamente satisfactorios, principalmente en la parte en que se han contraído a la instruccion del citado profesor en la aplicacion del áljebra, jeometría i otros ramos aplicables a las artes. Su carrera ha sido la de profesor en la academia de Alcalá, i maestro en el seminario de Vergara, que era el mejor establecimiento de España en cuanto a enseñanza de matemáticas.»

Apénas don José Joaquin de Mora hubo llegado a Chile, trabó amistad con Passaman i Gorbea hacia los cuales le atraian naturalmente la comunidad de oríjen i la aficion al estudio.

No tardó en fundar junto con Passaman un interesante periódico.

Le verémos pronto asociarse tambien con Gorbea a fin de llevar a cabo otro pensamiento igualmente útil para el país.

Mora i Passaman habian notado que los conocimientos mas rudimentales de las ciencias políticas se hallaban mui poco difundidos entre los chilenos, careciendo de ellos aun muchos de los que estaban encargados de la direccion de los negocios públicos.

Como era en estremo difícil que la mayoría de aquellos estadistas improvisados se dedicaran a buscar en las obras clásicas i voluminosas la instruccion que les faltaba, Mora i Passaman concibieron la

idea de una revista cuyo principal objeto sería propagar por medio de artículos cortos las doctrinas mas oportunas a las exijencias del momento.

El presidente don Francisco Antonio Pinto, que procuraba fomentar de todos modos la instruccion, acojió el proyecto con entusiasmo, empeñándose por que se pusiera en ejecucion lo mas pronto i lo mejor que fuese posible.

Para ello, el gobierno se suscribió a dosciento cincuenta números, o lo que era lo mismo, concedió una subvencion de mil quinientos pesos anuales, porque cada número valia tres pesos por semestre, debiendo publicarse uno cada mes.

Como se ve, no se habia introducido entónces todavía la moda de aplicar a los asuntos relativos a la ilustracion un principio económico que hoi dia se invoca con mucha frecuencia, aunque solo cuando se trata de colejios, u otras materias análogas, a saber, el de que la única inversion lejítima de los productos de las contribuciones es aquella de que todos, no digamos *pueden* aprovecharse, sino se aprovechan en realidad de un modo directo i personal.

Los que apelan a esta doctrina para oponerse a que se fomente la instruccion se olvidan completamente de ella cuando los gastos se refieren al culto, a los caminos, a la beneficencia, a la policía, a los otros ramos del servicio público.

En todos estos casos se atiende solo a que se satisfaga una necesidad mas o ménos jeneral.

Pero si se habla de alguna institucion científica o literaria, se desenvaina al punto la objecion de que las únicas de esta clase que sea lícito ausiliar con el dinero público son aquellas que sirven a todos los contribuyentes, como, verbigracia, las de instrucion primaria.

No se quiere observar que todo lo que tienda a ilustrar, aun cuando sea solo a un número limitado de ciudadanos, refluye en beneficio comun, porque las sociedades no pueden prosperar sin directotores intelijentes e idóneos.

Lo que sucede en el órden material sucede bajo este aspecto en el moral.

Ni con mucho, todos los contribuyentes usan el ferrocarril que une a Santiago con Valparaíso; pero esta costosa obra ha dado el mayor impulso a la industria nacional, i esto sobra para que aproveche aun a los chilenos que jamas han montado en sus carros, o trasportado carga por ellos.

Cualquiera institucion científica o literaria que ilustra a un cierto número de personas favorece a toda la sociedad proporcionándo-

le guias o ajentes competentes para la jestion de los negocios jenerales.

El presidente Pinto, que lo comprendia así, hizo mui bien en ausiliar en cuanto pudo la publicacion del periódico proyectado por Mora i Passaman.

El *Mercurio Chileno* (éste fué su título) empezó a aparecer el 1.° de abril de 1828, i concluyó el 15 de julio de 1829.

Don José Passaman insertó en él diversos artículos sobre hijiene i policía médica.

Mora, segun su sistema, cuidó de seguir alentando a los pocos americanos que se dedicaban a la composicion de obras en prosa i verso. Así, anunció con benevolencia la aparicion de la version hecha por don José Joaquin Olmedo del *Ensayo sobre el Hombre* de Pope, i la segunda edicion de las *Poesías* de don José Fernández Madrid.

En en el número 7, fecha 1.° de octubre de 1828, dió a luz dos artículos del jénero mencionado, el uno sobre el manuscrito del *Viaje de don Luis de la Cruz desde el fuerte de Vallenar, frontera de la Concepcion, por tierras desconocidas i habitadas de indios bárbaros, hasta la ciudad de Buenos Aires*; i el otro, sobre *las Lecciones Elementales de Moral de don José Miguel Váras, catedrático de filosofía en el Instituto Nacional de Santiago.*

«El autor, encargado de una enseñanza que las escuelas antiguas, desfiguraron con argucias peripatéticas, decia hablando de Váras, ha escojido en nuestro sentir el método que mas conviene a las funciones del noble ministerio de que está revestido. Su objeto es demostrar la íntima union que reina entre lo que llamamos felicidad i el cumplimiento de nuestras obligaciones, deslindar las barreras en que éstas se comprenden, i apoyar en razones la necesidad de observarlas. Su estilo indica una alma jóven i sensible; pero vemos con satisfaccion que no ha caído en los defctos de su edad. No hai hinchazon, calor afectado, ni redundancia de ideas, ni de voces en su obrita. Sabe detenerse en los puntos escabrosos, como lo ha hecho diestramente en su capítulo sobre la tolerancia; i exaltarse a propósito, i cuando el asunto lo pide, como lo ha hecho en su hermoso fragmento sobre el patriotismo. Usa con sobriedad de los ejemplos históricos i de las citas de otros escritores. Su locucion no abunda en adornos importunos, i, lo que es mas en el tiempo en que vivimos, no ha incurrido en esa peste de galicismos que afea la inmensa mayoría de los escritos contemporáneos.»

Mora escribió ademas en el *Mercurio Chileno* gran número de ar-

tículos políticos o económicos en que desenvolvió con talento teorías de aplicacion práctica que por entónces eran mui ignoradas.

Entre otros, llama la atencion uno que salió en el número 7, fecha 1.° de octubre de 1828, i en el cual Mora espuso la verdadera doctrina acerca de los abusos de la libertad de imprenta, manifestando que ni habia delitos esclusivos i especiales de la prensa, segun lo propalaba un error dominante en aquella época, ni podia tampoco pretenderse razonablemente que lo que era punible dicho de palabra dejara de serlo espresado en letras de molde. La imprenta como la lengua, decia Mora, son simples instrumentos que pueden emplearse en bien i en mal, i los que manejan el uno o el otro deben estar sujetos a una responsabilidad de la misma clase. Por la imprenta solo puede decirse lícitamente lo que del mismo modo podria decirse de palabra. El empleo del uno o del otro medio de espresion no convierte en inocente lo que es culpable, o vice versa.

Junto con Mora i Passaman, tomó parte en la redaccion del *Mercurio Chileno* un naturalista italiano, don Cárlos Bertero, que publicó un catálogo alfabético de plantas observadas por él en Chile, catálogo que es mui apreciado i citado por los hombres de la profesion.

Bertero tuvo un fin desgraciado, pues habiéndose embarcado para la Nueva Holanda, a lo que me parece, jamas se supo lo que llegó a ser. Probablemente pereció en el mar con la nave que le conducia.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

(*Continuará*)

LA ESPOSICION DE 1872

PINTURA, ESCULTURA, GRABADO, LITOGRAFIA I DIBUJO

I

El local ocupado por la pintura i la escultura fué sin duda alguna el mas concurrido durante los pocos dias que permaneció abierta la Esposicion. Las obras del arte fueron las que mas despertaron allí la atencion i los aplausos del público, así como han sido las que mas han ocupado despues las plumas de los escritores i mas han dado materia a las conversaciones de los salones i de los clubs.

Hasta qué punto es merecido este éxito, es decir, hasta qué punto es efectivo el progreso del arte i del gusto artístico en Chile: tal es la principal cuestion que puede ahora discutirse. En qué situacion nos hallamos respecto a nuestro pasado, i cuál será nuestro porvenir mas probable en este ramo de la civilizacion? Qué lugar ocupamos entre las repúblicas sud-americanas en materia de arte?—Estos son los puntos que vamos a analizar, en vista de los objetos que acabamos de ver exhibidos.

II

El número de estátuas, pinturas i dibujos nacionales admitidos en la Esposicion sube a ciento cincuenta, poco mas o ménos. En las esposiciones anuales de Paris ese número alcanza a seis mil, incluso las obras rehusadas. Lo que nos da la proporcion de uno a dos sobre una

población de cuarenta millones para la Francia i de dos millones para Chile.

Este cálculo, demasiado halagüeño, nos llevaria sin embargo a un error, porque en nuestra Esposicion ha podido cada artista exhibir una cantidad ilimitada de producciones, al paso que en Paris ninguno puede presentar mas de dos. El cómputo debe hacerse pues entre el número de esponentes; i siendo treinta los que han tomado parte en la exhibicion de setiembre, la proporcion resulta ser solo de uno a seis.

Inútil nos parece agregar que entre la importancia de las obras artísticas de una i otra nacion hai una proporcion casi equivalente.

Los cuadros orijinales de figuras no han pasado de cinco: tres del señor Caro, uno del señor San-Martin i uno del señor Campos. No hablamos de los *Mendigos* del señor Mandiola, porque no existiendo en ellos los elementos de una verdadera composicion, creemos que solo pueden ser considerados como retratos. El resto de los cuadros son paisajes, retratos, copias i dibujos.

Por lo que hace a la estatuaria, no tenemos allí mas que al señor Plaza i sus discípulos de la Escuela, escepto el señor Garin, que manifiesta disposiciones tan brillantes para la miniatura.

III

Si fuéramos a considerar todo esto aisladamente, es probable que el desaliento se apoderara de nosotros. Pero volvamos un poco la vista hácia el pasado, i nos volverá la esperanza: comparémonos a lo que éramos ayer, i nos sentiremos orgullosos.

Hace veinte i siete años llegaba Monvoisin a Chile: sus mejores cuadros no encontraron compradores i tuvieron que ser vendidos por precios insignificantes. Hace diez i siete años eran premiados en una esposicion nacional trabajos que hoi pasan desapercibidos o que habrian sido rechazados de la Esposicion, en caso de haber sido presentados. Hace siete años todavía no se habia ejecutado en Chile por un artista nacional ni una estátua ni un cuadro orijinal que mereciera medianamente el título de obras de arte.

IV

Si observamos ahora la marcha del gusto artístico en la sociedad, los resultados son todavía mas alentadores; el progreso mas incontestable.

Podemos decir que hasta el año de 1850, escepto lo que nos trajo

Monvoisin, no entraban a Chile obras de arte. No habia mas que unas cuantas telas de santeros mugrientas i hollinadas que sus dueños bautizaban candorosamente con los nombres de Murillo, Velazquez, Rubens o Ticiano; pero que en jeneral distaban tanto de esos insignes maestros como dista la civilizacion de la barbarie.

Del año 50 al 65 creemos calcular con exceso avaluando en treinta mil pesos el valor de los cuadros importados sucesivamente a Chile durante todo ese espacio.

Los viajes a Europa comienzan a hacerse mas fáciles; las comunicaciones se hacen mas frecuentes; la ilustracion se difunde, la agricultura, la minería i el comercio se hallan en beneficio; las esposiciones se principian a suceder con regularidad; la crítica artística aparece; i en el corto lapso de cinco años sube por lo ménos al doble, a sesenta mil pesos, la cantidad invertida en producciones artísticas.

El impulso estaba dado i el progreso ha continuado su marcha con una rapidez asombrosa. Es imposible que el público se imajine la cifra a que alcanzan los valores importados durante estos últimos tres años en cuadros i estátuas solamente: pues bien, esa cifra pasa de *ciento cuarenta mil pesos*. Es verdad, sin embargo, que han concurrido en este espacio algunas circunstancias favorables que salen completamente de nuestro estado normal: queremos referirnos a las colecciones artísticas de los señores Cousiño i Errázuriz introducidas en Chile casi al mismo tiempo.

Pero lo mas importante i lo mas consolador de todo es que el mérito de las obras de arte nuevamente importadas ha aumentado en la misma progresion. Para probarlo nos bastará solo citar los nombres de algunos autores cuya reputacion es conocida en Europa; tales son por ejemplo: Meissonnier, Ary Scheffer, Gudin, Corot, Saal, Marké, Zumacois, Achembach, Worms, Gisbert, Abel de Pujol, Cook, Decamps, Barry i muchos otros que omitimos.

V

Comparando ahora nuestra situacion artística con la de las repúblicas hermanas, los resultados no son ménos satisfactorios.

Desde luego Chile es la única nacion sud-americana que mantiene una escuela completa de bellas-artes con sus tres secciones de pintura, arquitectura i escultura.

Los alumnos mas adelantados de estas secciones son enviados a Europa por el gobierno a perfeccionar sus estudios; i hai actualmente allí tres pensionistas: uno de escultura, que cursa tambien el grabado de monedas i medallas, i dos de pintura.

Aunque todavía no han sido establecidos regularmente los cursos anexos al estudio de las bellas-artes en toda escuela bien organizada, al ménos se han ensayado ya los de anatomía, de perspectiva i de filosofía e historia del arte. A mas de esto, hoi principia a formarse una biblioteca artística, que esperamos dará con el tiempo los mas brillantes resultados en la educacion de los jóvenes que se dedican al presente a la difícil carrera de las artes.

Esto es lo que nosotros tenemos. Qué tienen ahora el Perú, la Confederacion Arjentina, el Ecuador, etc?—Buenos Aires acaba de fundar una escuela de pintura, a cuya cabeza ha sido puesto nuestro antiguo huésped, el señor Boneo, pintor de tan buenas intenciones como malas obras. El Perú ha producido a Luis Montero, el malogrado autor de los Funerales de Athahualpa, ha producido tambien a Lazo i a Merino; pero estos artistas se han formado aisladamente, de su propia cuenta, haciendo sus estudios en Europa, i sin que su influencia se haya dejado sentir en la sociedad peruana de una manera visible. El gobierno por su parte no ha hecho allí mucha cosa.—Nueva Granada, Ecuador, Bolivia, etc., no tienen ni artistas ni escuelas, ni pensionistas.

Podemos concluir pues, que nuestra soperioridad, por poco que ella valga está sin embargo fuera de toda contestacion.

VI

Pasemos ahora a estudiar nuestra situacion en un terreno mas absoluto i desde un punto de vista mas elevado.

Qué es lo que hai? i qué es lo que debemos esperar, en vista de las obras exhibidas por nuestros artistas en la pasada Esposicion?

Aunque con sentimiento, pero no podemos ménos que confesar que, a escepcion de los trabajos serios i concienzudos de los señores Plaza i Caro, en lo demas notamos una superficialidad, un gusto por la fácil improvisacion, que nos harian desconfiar del porvenir, si los estudios que nos han presentado las escuelas de escultura i pintura, estudios severos i a veces mui bien ejecutados, no alentaran nuestra esperanza prometiéndonos mas sanos i mejor sazonados frutos que los que hoi se nos ofrecen.

Esta circunstancia i la constante internacion de buenos cuadros i estátuas europeas serán nuestra salvaguardia. I así es en efecto: nuestros artistas comienzan a notar cierto resfriamiento en el público, que les advierte la debilidad de sus producciones, i hacen esfuerzo por renovarse o entrar en mejor camino.

La lucha es ahora de vida o muerte. Cuando no habian buenos cuadros con que comparar, el público podia conformarse con lo que se le diera. Hoi existe ese término de comparacion que ayer faltaba, i la sociedad se ha tornado exijente: mañana será mas exijente todavía, i el artista que no siga el progreso de la sociedad será asesinado por la indiferencia o el olvido del público.

Smith ha comprendido perfectamente esa necesidad de renovarse, i sus cuadros de los dos últimos años son de una superioridad incontestable sobre sus antiguas producciones.

I ya que hablamos de un paisista, no queremos pasar en silencio una observacion que se desprendia claramente de casi todos los paisajes exhibidos en la esposicion: nos referimos a la *imitacion europea* que dominaba en ellos, a esa falta de individualidad flagrante, que siendo en la jeneralidad de los casos una prueba evidente de impotencia o medianía, es un pecado imperdonable en artistas que han tenido la felicidad de nacer i de habitar en uno de los paises mas pintorescos, de una naturaleza mas rica i mas variada que existan en el mundo.

Pues bien, cualesquiera que sean las pruebas de talento dadas por un artista, en tanto que sus obras sean solo un reflejo mas o ménos disfrazado de creaciones ajenas, i nó la reproduccion fiel o idealizada de nuestra espléndida naturaleza, nosotros sostendremos tenaz i valientemente que la pintura nacional aun no ha nacido.

Hé aquí el problema que puede resolver brillantemente la jeneracion que se levanta, si tiene la enerjía suficiente para entrar de lleno en la lucha i un poco de corazon e intelijencia para comprender el idioma santo de la naturaleza.

VII

Concluiremos este estudio con la lista de los premios adjudicados por el jurado que nombraron los mismos esponentes.

Pintura.—Medalla de oro, por sus cuadros orijinales de costumbres, al señor don Manuel A. Caro.—Medallas de plata, a los señores don J. Somerskales, don Antonio Smith i don Pedro F. Lira, por diversos paisajes orijinales.—Medalla de bronce al señor don Tristan Mujica, por un retrato a dos lápices.—Mencion honrosa al señor don Alberto Orrego, por un paisaje orijinal.—Medalla de plata al señor don Manuel A. Caro, por dos copias.—Medallas de bronce a los señores don Pedro F. Lira, don Vicente de la Barrera i don Cosme San Martin, por sus copias de cuadros históricos.—Menciones honrosas, a la señorita Clarisa Donoso i al señor don Nico-

las Guzman, por sus copias de cuadros de figuras; al señor don Alberto Orrego, por una copia de paisaje; al señor don Calixto Guerrero, por un álbum dibujado a la pluma.

Escultura.—Medalla de oro, al señor don Nicanor Plaza, por sus estatuas i sus bustos.—Medalla de bronce al señor don Alvaro Garin, por sus trabajos en marfil i en madera.

A mas de las recompensas que quedan apuntadas, la seccion de pintura i escultura, de acuerdo con el Directorio, asignó al señor don Luis Cousiño la gran medalla de oro ofrecida en el programa al mejor coleccionista de obras de arte.

Pedro Lira.

¡IGLESIA ME LLAMO!

I

En una casa de los arrabales de la ciudad de Guamanga, hallàbanse congregados, en cierta noche del año de gracia 1572 i en torno a una mesa, hasta doce aventureros españoles, ocupados en el nada seráfico entretenimiento de hacer correr los dados sobre el verde tapete. Eran los jugadores mineros de ejercicio, i sabido es que no hai jente mas dada a la fea pasion del juego que la que emplea su tiempo i trabajo en arrancar tesoros de las entrañas de la tierra.

La noche era de las mas frias de aquel invierno, llovia si Dios tenia qué, relampagueaba como en deshecha tormenta i el fragor del trueno hacia de rato en rato estremecer el edificio. Parecia imposible que alma viviente se arriesgase a cruzar las calles con tan barrabasado tiempo.

De pronto sonaron golpes a la puerta de la casa i los jugadores dieron reposo a los dados, mirándose los unos a los otros con aire de sorpresa.

—Por San Millan el de la Cogulla! gritó uno. Si quien toca es ánima en pena vaya á pedir sufrajios a otra parte. Noramala para el importuno! ¡Arre allá, buscona o bergante! Seguid vuestro camino i dejad en paz a la jente honrada.

—Por honrado busco vuestra compaña, Mendo Jimenez, i abrid i escusad palabras que traigo caladas la capa i el chambergo—contestó el de afuera.

—Acabáramos, capitan,—repuso Jimenez, abriendo la puerta.—Entre vuesamerced i sea bien venido, magüer barrunto que nada bueno nos ha de traer quien viene a completar el número trece.

—Quédense las agorerías para otro ménos mañero i descreido que vos, Mendo Jimenez. A la paz de Dios, caballeros—dijo el nuevo personaje, arrojando el chapeo i el embozo sobre una silla próxima al brasero i tomando puesto entre los jugadores.

Era el capitan mozo de treita años i que a pesar de lo imberbe de su rostro, habia sabido imponer respeto a los desalmados aventureros que por entónces pululaban en el Perú. Contaba poco ménos de un mes de vecindad en Guamanga i ya habia tenido un desafio. Referíase de él, que soldado en Chile habia desertado de la guarnicion i pasado a Tucuman, Potosí i Cuzco, de cuyos lugares lo obligara tambien a salir lo pendenciero de su carácter. Oriundo de San Sebastian de Guipúzcoa, tenia el jenio duro como el hierro de las montañas Vascongadas, i tan endiablados los puños como el alma. Fama es que los mas diestros matones i espadachines de su tiempo no alcanzaban a parar una estocada que él habia inventado, i a la que llamaba, aludiendo a su siniestro éxisto, *el golpe sin misericordia.*

Despues de contemplar por algunos minutos la ajitacion con que sus compañeros de vicio seguian el jiro de los dados, arrojó sobre la mesa una bien provista bolsa de cuero, diciendo:

—Roñoso juego hacen vuesamercedes i mas parecen judios tacaños que hijodalgos i mineros. Ahí está mi bolsa para el que se arriesgue a ganármela a punto menor.

—Rumboso viene don Antonio, contestó Mendo Jimenez, i por la cruz de mis calzones que tengo de aceptar el reto.

—A ello i tiro!—repuso el capitan, haciendo rodar los dados.—¡Ases! Ni Cristo con ser quien fué podria echarme punto menor. He ganado.

—Mala higa para vos! Esperad, capitan, que tal puede ser la suerte que os iguale.

Y Mendo Jimenez ajitó el cubilete i soltó los dados.

Cosa increible! don Antonio habia perdido.

Un dado habia caido sobre el otro, cubriéndolo perfectamente, dejando ver en su superficie un solo as.

El capitan protestó contra el fallo unánime de los jugadores; a la protesta siguieron los votos, a ellos lo de llamarse fulleros i mal nacidos i, agotados los denuestos, desenvainó don Antonio la espada i despabiló con ella el candil que estaba pendiente del techo. En completa tiniebla se armó entónces el mas infernal zipizape. Cintarazo va i puña-

lada viene, al grito de—¡Dios me asista!—uno de los jugadores cayó redondo i los de mas se echaron en tropel a la calle, persiguiendo al matador.

Éste huia a buen paso; pero al doblar una esquina dió con la ronda i el alcalde lo detuvo con la sacramental i obligada frase:

—¡Por el rei i dése preso!

—No en mis dias, seor corchete, miéntras me ampare el esfuerzo de mi brazo.

Y aquel furioso arremetió sobre los alguaciles i acaso habria dado al diablo cuenta de muchos de ellos si uno, mas listo i avisado que sus compinches, no hubiese echado la zancadilla al capitan, quien vino cuan largo era a medir con su cuerpo el santo suelo.

Cayeron sobre él los de la ronda i atado codo con codo lo condujeron a la cárcel.

II

El juicio fué ejecutivo i ocasionó poco gasto de papel. A los tres meses, dia por dia, llegó la hora de que el pueblo se rebullese al rededor de una empinada horca, en la plaza de Guamanga.

Todas las pasadas fechorías de don Antonio se habian aglomerado en el proceso. El capitan nada negaba, i a toda acusacion contestaba: —*Amen*, i si me han de desencuadernar el pescuezo por una, que me lo tuerzan por diez.

Para él la cuestion de número era parvidad de materia. Esto es ser jeneroso i lo demas es mezquindad!

El sacerdote habia entrado en la capilla i confesado al reo; pero al darle la comunion este le arrebató la hostia i partió a correr gritando:

—Iglesia me llamo! Iglesia me llamo!

¿Quién podia atreverse a detener al que llevaba entre sus manos, enseñándola a la muchedumbre, la divina forma? Si el capitan habia cometido un sacrilejio, pensaba el relijioso pueblo, ¿no lo seria tambien hacer armas sobre quien traia consigo el pan eucarístico?

Ese hombre era, pues, sagrado.—Se llamaba *Iglesia*.

Como era de práctica en los dominios del rei de España, cuando se iba a ajusticiar un delincuente todos los templos permanecian abiertos i las campanas plañian rogativas.

Don Antonio, seguido del pueblo tomó asilo en el templo de Santa Clara, i arrodillándose ante el altar mayor depositó en él la divina forma.

La justicia humana no alcanzaba entónces a los que se acojian al sagrado del templo. El capitan estaba salvo.

Noticioso el obispo de lo que acontecia, se dirijió a Santa Clara, resuelto a llenar el precepto que los cánones le imponian para con reos de sacrilejio tal como el de don Antonio.—La pena canónica era raparle la mano i pasarla por el fuego.

Cierto es que hacia ménos de un año que la inquisicion se habia establecido en Lima i que ella podia reclamar al criminal. La estradicion, que no era lícita a los tribunales civiles, era una prerogativa del tribunal de la fé. Pero los inquisidores estaban por entónces mui ocupados con la organizacion del Santo Oficio en estos reinos, i mal podian pensar en luchas de jurisdiccion con el obispo de Guamanga.

Don Antonio pidió al obispo que lo oyese en confesion. Larga fué ésta; pero al fin, con jeneral asombro, se vió al obispo tomar de la mano al criminal, llevarlo a la portería del monasterio i luego, tras una breve i secreta plática con la abadesa, hacerlo entrar al convento cerrándose las puertas tras él.

Esto equivalia a guardar el lobo en el redil de las ovejas. El escándalo tomaba de dia en dia mayores creces en el católico pueblo i los fieles llegaban a murmurar acerca de la virtud de su pastor. Mas el buen obispo sonreia devotamente, cuando sus familiares hacian llegar a sus oidos las hablillas del pueblo.

I así trascurrieron dos meses, hasta que llegaron de Lima sérias moniciones contra el obispo de parte del virei. Pero en cambio el arzobispo aplaudia su procedimiento. No sabemos a dónde habria ido a parar la lucha entre los poderes temporal i espiritual si una noche no hubiese desaparecido de Guamanga el capitan, escalando los muros del convento.

III

Entónces se hizo notorio que el capitan don Antonio de Erauzo era una mujer, a la que sus padres dieron el nombre de Catalina de Erauzo i la historia llama la monja-alferez. Doña Catalina habia tomado el hábito de novicia i, estando para profesar, huyó del convento, vino a América, sentó plaza de soldado, alcanzó a alferez con título real i en los disturbios de Potosí se hizo reconocer por capitan en uno de los bandos.

Como no ha sido nuestro propósito historiar la vida de la monja-alferez sino narrar una de sus orijinalísimas i poco conocidas aventuras, remitimos al lector que anhele conocer por completo los miste-

rios de esa borrascosa existencia, a los varios libros que sobre ella corren impresos. Bástenos consignar que doña Catalina de Erauzo murió de mas de 60 años; que cansada de aventuras ejerció el oficio de arriero; que no abandonó el vestido de hombre i que no pecó jamas contra la castidad, bien que finjiéndose varon engatuzó con carantoñas i chicoleos a mas de tres doncellas, dándolas palabra de casamiento i poniendo tierra de por medio o llamándose andana en el lance de cumplir lo prometido.

Lima, Otubre 1.° de 1872.

Ricardo Palma.

EL EPITAFIO DE LA NIÑA

(TRADUCCION)

La niña viene de ver
Al jóven a quien adora,
Trae encendidas sus manos
I su madre la interroga:

—¿Por qué, la dice, hija mia,
Observo tus manos rojas?
—En el jardin me han herido
Las espinas de las rosas.

Otra ocasion, regresando
De ver a su amante a solas,
Sus labios un tanto pálidos
Grana encendida colora.

La causa su madre inquiere
I le responde anhelosa:
—Las fresas, madre querida,
Tiñeron así mi boca.

La última vez que volvió
De ver al que tanto adora,

Pálido el rostro traia,
Venía mui pesarosa.

—¿Por qué tan pálida estás,
Qué pesadumbre te agobia?
—Ai madre, llorando esclama,
Haz cavar luego una fosa

I amortájame; en seguida
Sobre mi seno coloca
Una cruz, i graba en élla
Esta inscripcion, que es mi historia:

«Con sus manos encendidas
»La niña un dia volvió,
»Un dia que entre las suyas
»Su amante las estrechó.

«En viva grana teñidos
»Sus labios, llegó otro dia
»Porque su amante los suyos
»En ellos posado habia.

«Por fin con semblante pálido
»Una tarde regresó,
»En llanto anegada pórque
»Su amante la traicionó...»

RUPERTO MURILLO

Febrero de 1870

LA SOLEDAD

Leí la última pájina, cerré el libro i apoyé mi cabeza entre las manos.

Un soplo de la brisa de mi país, una onda de perfumes i armonías lejanas besó mi frente i acarició mi oido al pasar.

Toda mi Andalucía, con sus dias de oro i sus noches luminosas i trasparentes, se levantó como una vision de fuego del fondo de mi alma.

Sevilla con su *Giralda* de encajes que copia temblando el Guadalquivir, i sus calles morunas, tortuosas i estrechas, en las que aun se cree escuchar el estraño crujido de los pasos del rei justiciero; Sevilla con sus rejas i sus cantares, sus cancelas i sus rondadores, sus retablos i sus cuentos, sus pendencias i sus músicas, sus noches tranquilas i sus siestas de fuego, sus alboradas color de rosa i sus crepúsculos azules; Sevilla, con todas las tradiciones que veinte centurias han amontonado sobre su frente, con toda la pompa i la gala de su naturaleza meridional, con toda la poesía que la imajinacion presta a un recuerdo querido, apareció como por encanto a mis ojos, i penetré en su recinto, i crucé sus calles, i respiré su atmósfera, i oí los cantos que entonan en voz baja las muchachas que cosen detras de las celosías, medio ocultas entre las hojas de las campanillas azules; i aspiré con voluptuosidad la fragancia de las madreselvas, que corren por un hilo de balcon a balcon, formando toldos de flores; i torné, en fin, con mi espíritu a vivir en la ciudad donde he nacido, i de la que tan viva guardaré siempre la memoria.

No sé el tiempo que trascurrió miéntras soñaba despierto. Cuando me incorporé, la luz que ardia sobre mi bufete oscilaba próxima a

espirar, arrojando sus últimos destellos, que en círculos ya luminosos, ya sombríos, se proyectaban temblando sobre las paredes de mi habitacion.

La claridad de la mañana, esa claridad incierta i triste de las nebulosas mañanas del invierno, teñia de un vago azul los vidrios de mis balcones.

Al traves de ellos se divisaba casi todo Madrid.

Madrid envuelto en una lijera neblina, por entre cuyos rotos jirones levantaban sus crestas oscuras las chimeneas, las buhardillas, los campanarios i las desnudas ramas de los árboles.

Madrid, sucio, negro, feo como un esqueleto descarnado, tiritando bajo su inmenso sudario de nieve.

Mis miembros estaban ya ateridos; pero entónces tuve frio hasta en el alma.

I sin embargo, yo habia vuelto a respirar la tibia atmósfera de mi ciudad querida; yo habia sentido el beso vivificador de sus brisas cargadas de perfumes; su sol de fuego habia deslumbrado mis ojos, al trasponer las verdes lomas sobre que asienta el convento de *Aznalfarache*.

.....

.....

Aquel mundo de recuerdos lo habia evocado, como un conjuro májico, un libro.

Un libro impregnado en el perfume de las flores de mi país; un libro del que cada una de las pájinas es un suspiro, una sonrisa, una lágrima o un rayo de sol; un libro, por último, cuyo solo título aun despierta en mi alma un sentimiento indefinible de vaga tristeza.

¡La Soledad!

La soledad es el cantar favorito del pueblo en mi Andalucía.

Aquel libro lo tenia allí para juzgarlo.

Como cuestion de sentimiento, para mí ya lo estaba.

Sin embargo, el criterio de la sensacion está sujeto a influencias puramente individuales, de las que se debe despojar el crítico, si ha de llenar su mision dignamente.

Esto es lo que voi a hacer, si me es posible.

Hai una poesía magnífica i sonora, una poesía hija de la meditacion i del arte, que se engalana con todas las pompas de la lengua, que se mueve con una cadenciosa majestad, habla a la imajinacion, completa sus cuadros i la conduce a su antojo por un sendero desconocido, seduciéndola con su armonía i su hermosura.

Hai otra natural, breve, seca, que brota del alma como una chis-

pa eléctrica, que hiere el sentimiento con una palabra, que huye, i, desnuda de artificio, desembarazada dentro de una forma libre, despierta, con una que las toca, las mil ideas que duermen en el océano sin fondo de la fantasía.

La primera tiene un valor dado: es la poesía de todo el mundo.

La segunda carece de medida absoluta, adquiere las proporciones de la imajinacion que impresiona: puede llamarse la poesía de los poetas.

La primera es una melodía que nace, se desarrolla, acaba i se desvanece.

La segunda es un acorde que se arranca de un arpa, cuyas cuerdas se quedan vibrando con un zumbido armonioso.

Cuando se concluye aquella, se dobla la hoja con una suave sonrisa de satisfaccion.

Cuando se acaba esta, se inclina la frente, cargada de pensamientos sin nombre.

La una es el fruto divino de la union del arte i de la fantasía.

La otra es la centella inflamada que brota al choque del sentimiento i la pasion.

Las poesías de este libro pertenecen al último de los dos jéneros, porque son populares, i la poesía popular es la síntesis de la poesía.

El pueblo ha sido i será siempre el gran poeta de todas las edades i de todas las naciones.

Nadie mejor que él sabe sintetizar en sus obras las creencias, las aspiraciones i el sentimiento de una época.

Él forjó esa maravillosa epopeya celeste de los dioses del paganismo, que despues formuló Homero.

El ha dado el ser a ese mundo invisible de las tradiciones relijiosas, que puede llamarse el mundo de la mitolojía cristiana.

El inspiró al sombrío Dante el asunto de su terrible poema.

Él dibujó a don Juan.

Él soñó a Fausto.

Él, por último, ha infundido su aliento de vida a todas esas figuras jigantescas que el arte ha perfeccionado luego, prestándoles formas i galas.

Los grandes poetas, semejantes a un osado arquitecto, han recojido las piedras talladas por él i han levantado con ellas una pirámide en cada siglo.

Pirámides colosales, que dominando la inmensa ola del olvido i del tiempo, se contemplan unas a otras i señalan el paso de la humanidad por el mundo de la intelijencia.

Como a sus maravillosas concepciones, el pueblo da a la espresion de sus sentimientos una forma especialísima.

Una frase sentida, un toque valiente o un rasgo natural, le bastan para emitir una idea, caracterizar un tipo o hacer una descripcion.

Esto i no mas son las canciones populares.

Todas las naciones las tienen.

Las nuestras, las de toda Andalucía en particular son acaso las mejores.

En algunos países, en Alemania sobre todo, esta clase de cancio nes constituyen un jénero de poesía.

Goethe, Schiller, Ruckert, Uhland, Heine, no se han desdeñado de cultivarlo; es mas, se han gloriado de hacerlo.

Entre nosotros no; estas canciones se admiran es verdad, se aplauden, se repiten de boca en boca. Trueba las ha glosado con una espontaneidad i una gracia admirables; Fernan Caballero ha reunido un gran número en sus obras; pero nadie ha tocado ese jénero, para elevarlo a la categoría de tal en el terreno del arte.

A esto es a lo que aspira el autor de *La Soledad*.

Estas son las pretensiones que trae su libro al aparecer en la arena literaria.

El propósito es digno de aplauso, i la empresa mas arriesgada de lo que a primera vista parece.

¿Cómo lo ha cumplido?

«*Al principio de esta coleccion he puesto unos cuantos cantares del pueblo, para estar seguro al ménos de que hai algo bueno en este libro.*»

Así dice el autor en el prólogo, i así lo hace.

Desde luego confesamos que este rasgo, a la vez de modestia i confianza en su obra, nos gusta.

Sea como fueren sus cantares, el autor no rehuye las compara ciones.

No tiene por qué rehuirlas.

Seguramente que los suyos se distinguen de los orijinales del pueblo: la forma del poeta, como la de una mujer aristocrática, se revela aun bajo el traje mas humilde, por sus movimientos elegantes i cadenciosos; pero en la concision de la frase, en la sencillez de los conceptos, en la valentía i en la lijereza de los toques, en la gracia i en la ternura de ciertas ideas, rivalizan, cuando no los vencen, con los que se ha propuesto por norma.

El autor de *La Soledad* no ha imitado la poesía del pueblo servilmente, porque hai cosas que no pueden imitarse.

Tampoco ha escrito un cantar por via de pasatiempo, sujetándose

a una forma prescrita, como el que vence una dificultad por gala, no; los ha hecho sin duda, porque sus ideas, al revestirse espontáneamente de una forma, han tomado esta; porque su libre educacion literaria, su conocimiento de los poetas alemanes i el estudio especialísimo de la poesía popular, han formado desde luego su talento a propósito para representar este nuevo jénero en nuestra nacion.

En efecto, sus cantares, ora brillantes i graciosos, ora sentidos i profundos, ya se traduzcan por medio de un rasgo apasionado i valiente, ya merced a una nota melancólica i vaga, siempre vienen a herir algunas de las fibras del corazon del poeta.

En ellos hai un grito para cada dolor, una sonrisa para cada esperanza, una lágrima para cada desengaño, un suspiro para cada recuerdo.

En sus manos la sencilla arpa popular recorre todos los jéneros, responde a todos los tonos de la infinita escala del sentimiento i las pasiones. No obtante, lo mismo al reir que al suspirar, al hablar del amor que al esponer algunos de sus estraños fenómenos, al traducir un sentimiento que al formular una esperanza, éstas canciones rebosan en una especie de vaga e indefinible melancolía que produce en el ánimo una sensacion al par dolorosa i suave.

No es estraño.

En mi país, cuando la guitarra acompaña *la Soledad*, ella misma parece como que se queja i llora.

.....

V

Las fatigas que se cantan
son las fatigas mas grandes,
porque se cantan llorando
i las lágrimas no salen.

Entre los orijinales, este es el primer cantar que se encuentra al abrir el libro. El da el tono al resto de la obra, que se desenvuelve como una rica melodía, cuyo tema fecundo es susceptible de mil i mil brillantes variaciones.

Si la dimension de este artículo me lo permitiera citaria una infinidad de ellos que justificasen mi opinion; en la imposibilidad de hacerlo así, trascribiré algunos, que aunque imperfecta, pueden dar alguna idea del libro que me ocupa:

Si yo pudiera arrancar
una estrellita del cielo,
te la pusiera en la frente
para verte desde léjos.

Cuando pasé por tu casa,
«¿quién vive?» al verme gritaste,
solo con la mala idea
de si aun vivia, matarme.

Compañera, yo estoi hecho
a sufrir penas crüeles;
pero no a sufrir la dicha
que apénas llega se vuelve.

En estos cantares el autor rivaliza en espontaneidad i gracia con los del pueblo: la misma forma lijera i breve, la misma intencion, la misma verdad i sencillez en la espresion del sentimiento. En los que siguen varia de tono:

Antes piensa i luego habla;
i despues de haber hablado,
vuelve a pensar lo que has dicho,
i verás si es bueno o malo.

Levántate si te caes,
i antes de volver a andar,
mira donde te has caido
i pon allí una señal.

Yo me he querido vengar
de los que me hacen sufrir,
i me ha dicho mi conciencia
que ántes me vengue de mí.

Una sentencia profunda, encerrada en una forma concisa, sin mas elevacion que la que le presta la elevacion del pensamiento que contiene. Verdad en la observacion, naturalidad en la frase; estas son las dotes del jénero de estos cantares. El pueblo los tiene magníficos; por los que dejamos citados se verá hasta qué punto compiten con ellos los del autor de *La Soledad:*

Pasé por un bosque i dije:
«Aquí está la soledad»
I el eco me respondió
Con voz mui ronca: «Aquí está.»

I me respondió «aquí está»
Y sentí como un temblor,
Al ver que la voz salia
De mi propio corazon.

Tenia los lábios rojos,
tan rojos como la grana.....
lábios ¡ai! que fueron hechos
para que álguien los besara.

Yo un dia quise...la niña
al pié de un ciprés descansa:
un beso eterno la muerte
puso en sus lábios de grana.

Allá arriba el sol brillante,
las estrellas allá arriba:
aquí abajo los reflejos
de lo que tan léjos brilla.

Allá lo que nunca acaba,
aquí lo que al fin termina:
¡I el hombre atado aquí abajo
mirando siempre hácia arriba!

La primera de estas canciones puede ponerse en boca del *Manfredo*, de Byron; Shiller no repudiaria la segunda si la encontrase entre sus baladas, i con pensamientos menos grandes que el de la tercera ha escrito Víctor Hugo muchas de sus odas.

Pero nos resta aun por citar una de ellas, acaso una de las mejores, sin duda la mas melancólica, la mas vaga, la mas suave de todas, la última: con ella termina el libro de la *Soledad*, como con una cadencia armoniosa que se desvanece temblando, i aun la creemos escuchar en nuestra imajinacion:

Los que quedan en el puerto
cuando la nave se va,

dicen al ver que se aleja:
«¡Quién sabe si volverán!»

I los que van en la nave
dicen mirando hácia atrás:
«¡Quién sabe cuando volvamos
si se habrán marchado ya!»

«En cuanto a mis pobres versos, si algun dia oigo salir uno solo »de ellos de entre un corrillo de alegres muchachas, acompañado »por los tristes tonos de una guitarra, daré por cumplida toda mi am- »bicion de gloria, i habré escuchado el mejor juicio crítico de mis »humildes composiciones.»

Así termina el prólogo de la *Soledad*. ¿Con qué otras palabras podria yo concluir esta revista, que pusieran mas de relieve la modestia del nuevo poeta?

Yo creo, yo espero, digo mas, yo estoi seguro de que no tardarán mucho en cumplirse las aspiraciones del autor de estos cantares.

Acaso, cuando yo vuelva á mi Sevilla, me recordará alguno de ellos dias i cosas que a su vez me arranquen una lágrima de sentimiento semejante a la que hoi brota de mis ojos al recordarla.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER.

PLÁCIDO

El poeta cuya vida vamos a recordar, fué mártir del miedo que España ha tenido siempre a la Independencia de sus colonias.

Como Heredia, que vivió i murió en el destierro, Plácido fué perseguido porque fué una personalidad.

Como Zenéa, que acaba de morir fusilado por los mismos que lo tuvieron siempre errante, Plácido fué condenado al último suplicio porque su vida aterraba a los tiranos.

Hai, gracias a la lójica eterna de la razon universal, una incompatibilidad inconciliable entre la intelijencia i la tiranía, entre las virtudes i los déspotas; la tiranía odia a la intelijencia hasta en la muerte; el déspota odia la virtud hasta matarla. *Solitudinem faciunt*, como dice Tácito, i llaman paz a la soledad que han producido.

Por eso las edades mas tristes son las mas poéticas, los pueblos mas tiranizados los mas líricos.

Bajo el pié de la coaccion lucha el cohibido, i del contraste entre la fuerza vencedora i el derecho no rendido, surje la vocacion poética de la sociedad, hecha carne, hecha hueso, hecha hombre, hecha individuo, en el poeta lírico.

Se ha concedido bienaventuranza a los pueblos que no tienen historia, porque no han tenido cataclismos. Yo concedo bienaventuranza a los pueblos que no tienen poesía lírica, porque no han sufrido tiranías; i por ver libre de España a Cuba i por libertar de España a Puerto-Rico, daria todos los poetas que han producido las dos Islas infortunadas. i una vez devueltas al dominio de sí mismas, proscribiria perpetuamente a la poesía: que en tanto que allí haya poetas i resuene la voz de la poesía, dormiré con ajitadas pesadillas: me parecerá que aun está España entre nosotros.

Miéntras esté, la vida no tendrá mas que un aspecto, el de la muerte, que es el aspecto que tenia Cuba al nacer i al morir PLÁCIDO.

I

Gabriel de la Concepcion Valdés, llamado PLÁCIDO, nació en 1816 o 18: el lugar de su nacimiento fué Matanzas; los autores de su vida fueron un hombre oscuro de alma i de color, un *pardo*, i una mujer blanca de color i no de alma, una española. Matanzas es una de las ciudades mas importantes de la Isla de Cuba, a ménos de 25 leguas de la Habana, al E. de esta capital, en la costa norte de la Isla, i una de las mansiones mas deliciosas de la tierra.

Está situada al estremo de la bahía de su nombre, contemplando el diáfano horizonte de las Antillas, que solo por llorar la dominacion española se ha hecho opaco. El San Juan i el Yumurí, dos rios tranquilos, serpean sesgamente por sus risueños campos, i fertilizan la ya de suyo providente tierra, que tuvo una Providencia miéntras vivió ignorada, que solo tiene fatalidad desde que se presentó i se entregó a sus opresores.

En medio de esos dos rios, la naturaleza, que es ménos española que la Providencia, se obstinó en hacer eterna la protesta del suelo contra el usurpador, i para que las edades futuras compararan lo que habia sido la Isla primitiva, tal cual la produjeron las evoluciones de la naturaleza, tal cual hacia las delicias del indíjena, tal cual produjo las esclamaciones i el asombro inmortales de Colon, dejó en medio de los dos rios de Matanzas el valle mas encantador que han profanado jamas la codicia i la crueldad.

En aquel valle, al amparo de sus plátanos dadivosos, al abrigo de sus ceibas eminentes, a la sombra de sus mangos protectores, al arrullo de las palmas-para-rayos que se mecen, al alcance del cocotero delicioso; próximos al joibo calenturiento, a la jagua medicinal, al guayabo que fructifica sin descanso; entrelazados por los millares de parásitos que florecen a espensas de otras flores, que fructifican a espensas de otros frutos (símbolo anti-diluviano de la dominacion de España en el nuevo mundo); bloqueados por la naturaleza primitiva, solicitados por todos los pájaros de la floresta i por todas las alimañas de los bosques, habitadores solitarios del templo de árboles i flores, de agua i luz, de vida i armonía en que la naturaleza se muestra a los salvajes; en aquel valle, donde mas tarde nació Plácido, nacieron los primeros hombres que halló España en aquella comarca encantadora.

Los conquistadores no pudieron conseguir que aquellos inocentes moradores les dieran noticias de unos indios perseguidos, e hicieron tal i tan cobarde matanza en la comarca, que desde entónces hasta hoi i para siempre, conserva toda ella el nombre siniestro que la recuerda.

El hombre indíjena pasó; pero la vejetacion indíjena ha quedado, i el valle deleitoso en donde entonaron sus primeros i sus últimos *sonetos* los primeros i los últimos felices que desde su oríjen hasta hoi conoce Cuba, está allí protestando contra la muerte, i estaba allí cuando Plácido nació.

Nació en un momento de transicion social.

La revolucion de independencia en las colonias continentales amenazaba a España con la muerte de su imperio colonial, i era necesario que empezara a buscar en las Islas los tesoros que iba a perder en el continente.

Como todos los injustos, pueblos o individuos, España no ha conocido el precio de los bienes que ha perdido sino cuando ha tenido que retenerlos por la fuerza; i Cuba, imperio por sí solo (si empleando el lenguaje conceptuoso de los españoles, entendemos por imperio lo grandioso, lo valioso, lo excelente), habia sido, con Puerto-Rico, relegada hasta entónces al desden.

Entónces empezó a creer que algo valian aquellas Islas desdeñadas, i empezó a plantear el sistema que ha descrito el puerto-riqueño Acosta en dos palabras pintorescas: *oprimir* para *exprimir*.

Ya en 1818 empezaba la grande Antilla a tener hijos, i dos de ellos habian ido al continente a rogar a Bolívar que consumara su obra en las Antillas; pero el grande hombre estaba todavía en su grande empresa, i, aunque no olvidó a las Antillas, tuvo que resignarse a seguir arrojando de Nueva Granada i Venezuela al enemigo.

Los *Soles de Bolívar*, sociedad patriótica que entónces se organizó en Cuba, no fueron tan oscuros que no llevaran algun rayo de luz al opresor, i empezó en la grande Antilla una obra semejante a la intentada hoi con Puerto-Rico. Mejoró en apariencia su administracion rapaz, para que el mundo, que es siempre crédulo con el fuerte, creyera que era injusta una guerra de Independencia sostenida contra una metrópoli tan sábia, i se inclinara hácia ésta, condenando a los esclavos que querian emanciparse.

España ha creido hasta 1865 que miéntras poseyera a Cuba i Puerto-Rico no habia perdido su derecho a la propiedad del continente, i para seguir poseyendo a las Antillas, se decidió a proceder de tal modo que, enriqueciéndolas para enriquecerse, fueran mas débiles cuanto mas prósperas.

Fortaleció el poder de su delegado, el capitan jeneral, i enjendró un Tacon, un soldado brutal que acabó con los ladrones, pero que acabó tambien con todas las garantías del derecho.

Aumentó, por medio del sapientísimo guatemalteco Ramirez, el comercio de la Isla; pero sacrificó a su voracidad la libertad comercial del pais.

Modificó las condiciones jenerales de la vida, consintiendo a su pesar en que las comunicaciones con los Estados Unidos i con Europa dieran a Cuba las esterioridades de la civilizacion; pero aumentó la fortaleza de los fuertes, el número de sus soldados, su presupuesto de guerra en la Isla.

Dejó que algunos cubanos se enriquecieran con los trabajos; pero mató el trabajo social, favoreciendo el comercio de sangre humana i dando a la esclavitud un desarrollo horrendo.

Permitió que los cubanos salieran a educarse en las escuelas de América i de Europa; pero bloqueaba por hambre a José de la Luz Caballero, a Betancourt; a cuantos de palabra o por escrito, en el aula o en el libro, intentaban difundir otra instruccion que la inmortalizada por el adajio que pide sangre para la letra.

Consintió en que el teatro educara a la poblacion que se formaba; pero prefirió la educacion de los nervios i el oido, i la ópera italiana fué su auxiliar por mucho tiempo .Oían la música que los enervaba; no entendian las palabras que escuchaban, i el dios se sonreia; mas si por acaso resonaba la palabra *libertad* entre el estruendo de sonidos instrumentales i vocales, el dios fruncia el ceño, el teatro se estremecia i se cerraba.

Esa anécdota que el femenino Castelar aplica al gobierno de Roma en no sé qué correspondencia de las muchas que lo sostienen en América para que con su indigna conducta sostenga en el parlamento español las iniquidades de España contra Cuba, esa anécdota es un hecho histórico, que ha acaecido en la isla, i que durante muchos años ha sido lei en ella.

Cuenta el sofista español que el gobierno papal habia prohibido que se cantara en el teatro el duo que concluye en el segundo acto de los *Puritanos*, invocando *¡libertad!* Si el gobierno romano lo hizo, fué un plajiario; la idea orijinal es de Tacon el jeneral español, que despues de haber perseguido en Cuba a los ladrones, se volvió como todos los jenerales españoles, rico a España. Durante su gobierno o su tiranía o su endiosamiento, se presentó una compañía de ópera italiana que cantaba a los entónces en boga Donizzeti i Bellini. Puso los *Puritanos* de este último en escena, i cuando los artistas encarga-

dos de invocar la libertad, dieron el grito, España, representada en sus jenerales, soldados i pulperos, se espantó; los artistas fueron reducidos a prision; el espectáculo se suspendió, i desde entónces, o no se cantaba el duo de los *Puritanos* o se cantaba *«gritando... lealtad!»*

Esa época de transicion en que Cuba pasaba del abandono al cuidado, de la pobreza a la riqueza, del bienestar de la indiferencia al malestar de la tiranía, duró, tan indefinida, tan vaga, tan imperceptible, tan caprichosa como la hemos presentado, lo que la vida de Plácido: desde 1816 hasta 1844. Es cierto que la transicion mas clara i decisiva empezó cuatro años despues de la supuesta conjuracion de negros i mulatos que llevó a *Plácido* al patíbulo; pero no hai una inexactitud escandalosa en encerrar en la vida del poeta ese período.

II

Como el período de transicion en que nació, Plácido era fisiolójica i psicolójicamente una transicion. Venia de la raza africana, por su padre, hácia la raza caucásica representada por su madre. Iba del negro al blanco, como el movimiento etnográfico de la isla: del estado de esclavitud al de manumision, como el movimiento político de Cuba.

Era (en el único retrato que se conserva de él) enjuto de carnes en el rostro; de color indeciso entre el blanco i el mulato; de nariz regular; de boca pequeña i espresiva; de ojos negros mui grandes, tan luminosos i tan insinuantes como todos los ojos que se hunden profundamente en las órbitas para recojer mas luz i hacer mas intensa la mirada: tenia la frente espaciosa que necesita el pensamiento, alta como la exije la fantasía, tersa como la quiere la pureza de intenciones: su cabello era crespo. El cabello rebelde, el pómulo saliente, el centelléo característico del ojo, denuncian en aquella dulce fisonomía al africano, en tanto que el ángulo facial, la regularidad de la nariz, la delgadez de los lábios, la estension de la frente delatan al blanco.

Así en los rasgos jenerales de la fisonomía social de las Antillas: al lado del elemento etiope, se ha formado el caucásico; entre ámbos, el meztizo; i en todos ellos, las virtudes i los vicios característicos de las razas que representan, se confunden con los vicios i los errores i las monstruosidades que ha llevado la raza dominadora.

En las Antillas es natural i necesaria i conveniente i civilizadora esa fusion i confusion de razas, porque de ella ha de salir la sociedad

sui generis que en condiciones fisiolójicas i morales corresponda al medio jeográfico. Los españoles, que afectan un desden español por esas mezclas, sirven tambien a la fusion, i han servido, no solo por debilidad de la naturaleza humana, sino hasta por especulacion. Una esclava, como una gallina o una yegua, vale mas cuanto mas procrea, pues cada fruto de su procreacion es un valor aparte. Hacer procrear a esas esclavas; crear, por medio de ellas valores nuevos, ha sido arte i oficio, objeto i fin de muchos españoles de las Antillas. Vendian a sus hijos, es verdad; pero tenian en el vientre de la esclava la mina inagotable que buscaban, i ningun español de las Antillas ha incurrido jamás en la flaqueza de tener conciencia.

No era mui pulcra la que rejia a la cómica española que fué madre de Plácido, i, a pesar de los escrúpulos de raza, se entregó al peluquero mulato que, entre rizo i rizo, prendia una galantería i concluyó por prender el corazon de la española.

Ser infiel al marido i al orgullo de casta no era un mal, i pudo hacerlo; pero presentarse ante el mundo con el fruto de aquel perjurio i de aquella degradacion hubiera sido abominable, i la cómica española abandonó a su hijo.

No sabiendo qué hacer con él, su padre lo abandonó tambien; pero su abuela, una pobre negra, que era ciega i que habia sido esclava, tuvo mas luz en su conciencia, mas libertad en su alma que los dos miserables licenciosos, i reclamó ante el mundo su derecho, i recojió a su nieto.

Lo educó en el trabajo i la indijencia, i el niño hubiera sido un indijente mas, si prendado de su docilidad i su viveza, no lo hubiera tomado a su cargo un no sabemos si cura o maestre-escuela, que al par que lo dejó continuar en el aprendizaje de peinetero, a que su abuela lo habia dedicado, le enseñó cuanto sabia; a leer, a escribir, a contar, a murmurar palabras dirijidas al Sér desconocido.

Así, haciendo peines i peinetas de carei; adquiriendo una notoria habilidad en su oficio; debiéndole el miserable pan que compartia con su abuela; leyendo los pocos libros que le caian en la mano; sintiendo nacer en su alma la personalidad poética que la nativa disposicion de sus facultades, unida a las solicitaciones del mundo esterior en que se movia su conciencia, formaba lentamente; examinando los hombres i las cosas, observándose i observando, llegó Plácido a la edad poética por excelencia, porque es por excelencia melancólica.

III

Tenia 22 años. A esa edad, todos sus compañeros de taller sabian dos cosas; que tenian un padre (si no era español) o una madre (aunque fuera negra) i que tendrian una amante, una esposa, una madre de sus hijos.

Entre todos el mas poderoso por su alma, Plácido era el mas impotente por su estado. Qué era él?—hijo? Jamas habia sentido sobre su frente el aliento de su madre; de su padre, solo sabia que hacia una incursion semanal al hogar desamparado de su abuela para llevarse la mayor parte del miserable salario que sus peines de la semana producian.

Tuvo un dia una reyerta con un blanco, que lo llamó *pardo:* tuvo una querella con un su igual en color, que lo llamó *bastardo.*

Se llevó al hogar desamparado las dos ideas terribles; incubó largamente sobre ellas; se alimentó copiosamente de la amarga sustancia de verdad que contenian; miró con desconfianza a aquel hombre que llamaban su padre; buscó con la íntima mirada del alma desesperada a aquella madre, tanto mas sorda cuanto mas llamada, tanto mas invocada cuanto mas sorda a su clamor, i perdió la seguridad que hasta entónces le habia dado su confianza en los otros i en sí mismo.

Pero tenia una fuerza interior que, aun no dominada, obedecia a su voluntad, i cada vez que una mirada de los otros hácia él demarcaba la separacion en que vivia de todos i de todo, se retiraba a la soledad del valle, en donde, divagando entre pájaros i flores, murmuraba palabras cadenciosas que correspondian al sentimiento que espresaban i al ritmo misterioso de su espíritu. Cuando la pena era mui honda o mui punzante el dolor que le aguijaba, se recojia a su rancho i allí convertia en signos su dolor.

Era poeta.

Pardo, bastardo i poeta! Sin comprenderlo, presintió la monstruosidad de aquella asociacion de debilidades sociales i de fuerza individual, i se espantó. Era pardo i bastardo, i era débil: era poeta, i era fuerte. Era pardo, i era un desheredado del respeto público: era bastardo, i era un proscrito de la sociedad. Era poeta, i sentia fuerzas para ser mas fuerte que el respeto público, mas poderoso que la sociedad que lo rechazaba con desprecio.

Era poeta, i amaba lo bello que veia. Vió lo bello i lo amó. Era una mujer blanca; él era pardo: una hija de la fortuna; él era bastardo. Hubo una lucha. Pero era la lucha de la adolescencia, franca, estruen-

dosa como ella, i la virjen blanca oyó el quejido del luchador. La dulce felicidad del triunfo tomó forma en uno de los romances octosílabos mas dulces, mas tiernos, mas delicados que ha producido la musa tropical. Debe ir íntegro, porque espresa todo un estado moral del poeta, i va íntegro. Se titula: *La flor de la cera.*

Una mañana de abril
Ántes que el alba serena
Ornara el cielo de nácar
I los pensiles de perlas,

Paseaba yo divertido
Del San Juan por la ribera,
En un jardin que a su orilla
Preciosas plantas ostenta.

Con un cestillo de mimbres
I unas tijerillas nuevas,
Estaba una jóven linda
Cortando flores de cera.

Ocultéme entre unas ramas
De jazmin i madreselva,
Que abrazan a un rojo adáris
Formando bóveda espesa.

Era su frente brillante
Como del amor la estrella,
Sus ojos vivos i hermosos,
Negras i largas sus trenzas,

De marfil su dentadura,
Su boca purpúrea i bella
I su cútis fresco i blanco
Como la flor de la cera.

Llevaba una manta azul
Bordada de blanca seda
Cadena i manilla de oro
I aretes de finas piedras.

Hablando consigo misma,
De que la oyesen ajena,
Tomando la mas lozana
Dijo la simple doncella:

«Dice bien Delio, que eres
De los jardines la reina:
¡Si yo fuese tan hermosa
Como esta flor de la cera!»

De su voz el eco suave
Me hizo conocer a Lesbia,
Con la cual bailé mil veces
De Pueblo-Nuevo en las fiestas,

I de Delio bajo el nombre
Le hice amorosas protestas.
¡Con que aquí mi Lesbia mora,
I de su Delio se acuerda!

¿Podré dudar que me ama
Esta inocente belleza,
Tan sencilla, alegre i pura
Como la flor de la cera?

Escojió despues algunas,
Sentóse sobre la yerba,
Formó una hermosa guirnalda
I se coronó con ella;

Fuése a orillas de un estanque
De agua clara, limpia i tersa;
Vióse el rostro en el cristal,
I esclamó de gozo llena:

«Ya estará Delio en el puente,
I cuando pasar me vea,
Dirá que soi tan preciosa
Como la flor de la cera.»

IV

Era pardo; pero era amado: era bastardo; pero era poeta. Tuvo fé en su fuerza, i volvió con mas confianza a la lucha.

Los blancos despreciaban al pardo, i los pardos zaherian al bastardo: ¿cómo dominar a los blancos i a los pardos? Era imposible por la fuerza; pero era posible por la astucia. De huraño que era con todos, se hizo con todos halagüeño: de susceptible se convirtió en accesible, i apénas el primer amigo íntimo cometió la deslealtad anhelada de revelar a los otros que el pardo bastardo era poeta, sus iguales le rindieron pleito homenaje i sus superiores vinieron a examinar aquel absurdo. En los unos el orgullo de raza; en los otros, la jenerosidad forzada que reconoce a gritos el mérito que ya se ha hecho camino, produjeron una cantidad de alabanzas que hicieron de Plácido el niño mimado de las dos sociedades que él, por ru oríjen, enlazaba.

Matanzas enloqueció de alegría, i no hubo boda, festin, baile, velorio, cumpleaños, para el cual no se exijera una poesía de Plácido. Los negros, los mulatos i los pardos le pagaban en afecto sus poesías. Los blancos se las pagaban en dinero, i hubo un librero español bastante hábil *(hábil*, en mi lengua, es *pícaro)* para concluir por monopolizar aquella mina de octavas i de décimas, de la cual, como sucede con las minas, salia la fortuna del minero al par del agotamiento del venero.

Pero en tanto que la mina se agotaba i en tanto que la esplotaba el español, *Plácido* vivia contento de la gloria i satisfecho del menguado provecho que de sus versos obtenia.

En este momento de la vida del poeta aconteció lo que debia acontecer. Se habia familiarizado con el mundo; le daba la versatilidad de sentimientos que él exije; la viveza fugaz de sentimiento que reclama; la dócil voluntad que le agrada; la impersonalidad que le complace; la condescendencia que demanda para sus errores, sus vicios i sus deformidades; la flexibilidad que necesita para someter a todos los que aplaude, acaricia o engrandece; vivia en él consentido i consintiendo; riendo i burlando como todos; amando i desamando como todos; engañando, como los ménos embusteros; desengañándose, como los ménos pesimistas, corrompjéndose, como incauto adolescente; buscando la felicidad en el placer, como los tontos; buscando la fuerza en la artería, como los hábiles; contento del presente, como los contentadizos; incierto del porvenir, como todos los que no tienen un fin cierto en su existencia, i era feliz, porque era uno de tantos.

En esta afirmacion no hai un sarcasmo: hai una estricta verdad de observacion. La hoja, la arista, el átomo liviano que el viento recoje, eleva, arremolina, esparce,—va con el viento donde el viento va: no le resiste, i, si perece, perece porque es perecedero, no por haber apresurado en la lucha su muerte. La planta, el árbol, el cuerpo que se arraigan, resisten al huracan; el huracan los lleva; pero los lleva destrozados.—Lo que en la naturaleza, en la sociedad. El hombre es feliz o es desgraciado, segun que se deja llevar por los que van en grupo o que se para en el camino contra el grupo.

Plácido se dejó llevar; aceptó el órden que existia; respetó lo que encontraba; transijió con aquella sociedad en donde el color esclavizaba i el crímen enriquecia, i el propietario de la tierra era huésped en su patria, i era señor el estranjero, i la palabra era un privilejio i el pensamiento un atentado i la conciencia una cárcel i el derecho una osadía i la libertad fruto vedado i la justicia un crucificado; olvidó en las satisfacciones de su vanidad i sus sentidos las ideas que la iniquidad habia hecho jerminar en su alma, i era feliz porque no luchaba, porque no se despedazaba en la lucha, porque iba donde la corriente lo llevaba.

La destreza que habia adquirido en su oficio de peinetero bastaba a su sustento; la gracia, ora sencilla, ora punzante, de sus composiciones poéticas, bastaba a su renombre; con los gajes de su oficio llenaba sus obligaciones; con el producto de sus versos satisfacia las necesidades supérfluas que se habia creado, i vencedor de la miseria con su trabajo, vencedor del desprecio con su talento, se creia exento de necesidades mas altas del espíritu. Su educacion era tan incompleta como es la educacion casual que da la esperiencia del mundo i de los hombres; su intruccion era tan fútil como es la instruccion que se adquiere en lecturas desordenadas, i, como no tenia tiempo para recojerse en sí mismo, porque no le dejaban tiempo ni soláz para hacerlo los multiplicados estímulos de su trabajo material i del placer, no meditaba ni en sí mismo ni en la naturaleza ni en la vida ni en la sociedad.

Hubiera podido meditar, i el rápido progreso que en dias de angustia hizo su espíritu, lo hubiera preparado para el combate a que estaba destinado.

Hubiera podido meditar, i hubiera visto cuál era en aquel momento la situacion de su país i de su raza, el deber que uno i otra imponian a su alma jenerosa, la diferencia que habia entre ser uno de tantos, como era, i ser uno entre pocos, como merecia ser.

Entre 1838 i 42, que es el momento a que en la vida del poeta he-

mos llegado, habian acontecido dos sucesos que hubieran podido modificar la conducta de Plácido, si la meditacion lo hubiera iluminado.

1835 fué el año en que el jeneral español Lorenzo, gobernador del distrito oriental de Cuba, se rebeló contra la autoridad española de la Isla. Se rebeló en nombre de la constitucion española que el capitan jeneral no habia querido proclamar; se rebeló en nombre de intereses de partido meramente españoles; pero se rebeló i el ejemplo era de suyo tan provocativo, que no hubo corazon cubano en cuyas fibras no resonara como un clamor de independencia aquella algarada de un liberal español disgustado.

En 1836, Cuba i Puerto Rico, que habian sido invitadas a las Cortes españolas, recibieron el ultraje mas cobarde que podia hacerse a pueblos menospreciados. Argüelles i Olózaga, los dos omnipotentes de España en aquella época, temian o afectaban el temor de que, representadas las Antillas en las Cortes, sus diputados influyeran desde ellas para llamarlas a la revolucion. Esta necedad, que solo a eminencias políticas de España puede ocurrirse, se convirtió entónces en axioma. Como se ha convertido hoi en apotegma la afirmacion hecha por Castelar, para cohonestar su innoble conducta con respecto a Cuba, de que la revolucion cubana ha imposibilitado el triunfo de la república en España, entónces se convirtió en credo de todos los partidos la aseveracion de los dos enemigos encubiertos de América. Eran omnipotentes, i se hizo lo que quisieron, i los diputados de Cuba i Puerto Rico fueron espulsados de las Cortes so pretesto de que el gobierno daria las *leyes especiales* que, para consignar perpetuamente la iniquidad, se pusieron despues en la constitucion de 1837, como precepto fundamental de la monarquía.

Estos sucesos, que habian conmovido a las Antillas, no hallaron éco o no dejaron huella en el espíritu de Plácido.

En tanto que las dos islas desgraciadas maldecian a Isabel II, él la cantaba; miéntras ellas vituperaban a Cristina prostituta, él celebraba las glorias de la reina madre. A los jenerales-gobernadores que Cuba culpaba de su opresion, él los exaltaba en sus versos lisonjeros, i una gran parte de sus poesías están consagradas a rimar la adulacion.

V

La luz brilla mas cuanto mas oscura es la noche que la ha precedido, i, léjos de rehuir nosotros la necesidad de estudiar el triste momento que en la vida del poeta-mártir estudiamos, nos complacemos

en presentarlo en la completa realidad que conocemos. Cuanto mas angustioso sea para la razon el exámen de la debilidad de Plácido, mas placentero será para la conciencia el progreso a que se elevó por sí misma aquel la alma caida por un momento en el lodo que por todas partes la rodeaba.

Para juzgar una vida es necesario estudiarla en todos sus momentos. El progreso, el quietismo, la declinacion, la recomposicion de sus fuerzas, son momentos necesarios de ella, i miente i hace un mal el que oculta el momento del quietismo i el de declinacion, para hacer interesante una existencia. El interes de ella no nace del absurdo, i es absurdo suponer que un ser humano, aun cuando la misma Omnipotencia le hubiera delegado sus funciones, puede realizarse en la vida humana, de otro modo que conformándose a las leyes de la vida, a las condiciones del ser en este mundo, a las circunstancias que lo circunscriben en la sociedad.

Interesante, patética, admirable, es la vida del hombre que, sujeto a un medio determinado i cohibido por él, se sobrepone a él i se eleva por su propio esfuerzo, i se purifica por la accion espontánea de su conciencia.

Desde este punto de vista, la vida de Plácido es admirable. Fué débil, porque el medio en que vivió lo oprimia: fué fuerte, porque triunfó del medio opresor. Fué casi un miserable porque pactó con la miseria moral que lo bloqueaba; fué un potentado del espíritu, porque se elevó por sí solo desde aquella degradacion hasta la altura en donde su muerte i la última parte de su vida lo han situado.

Preferible para él i para la posteridad, habria sido que se hubiera mantenido puro de las flaquezas que sus mismos rasgos de jenialidad denuncian; pero tambien habria sido preferible que Cuba, para llegar al heroismo que admiramos hoi i bendecirémos mañana, no hubiera pasado por la disolucion social en que ha vivido miéntras ha sido española; en que vivia en la época de Plácido; que en este como en todos los cubanos i puerto-riqueños ha dejado su huella cancerosa.

La Isla de Cuba estaba, miéntras Plácido cantaba las glorias de Isabel i de Cristina, en la peor de las situaciones en que puede estar un pueblo esclavo; estaba contenta de su amo. Escepto los escojidos; escepto aquellas almas refractarias a todo brillo falso—criollos i españoles, blancos i negros, pardos i mulatos, esplotadores de sangre humana i honrados propietarios de los campos, todos estaban satisfechos. Se habia abierto los puertos de la Isla a la invasion de esclavos africanos; los capitanes jenerales, los jenerales-gobernadores, los empleados de la justicia i del gobierno, se enriquecian favoreciendo el tráfico

negrero. Los agricultores centuplicaban el valor de sus tierras i cosechas, dando brazos a la agricultura. El comercio crecia con una fuerza que parecia maravillosa a los imbéciles que, incapaces de comprender lo que significan las Antillas en los fines históricos de América, solo podian comparar el progreso que veían con el desaliento que habian visto. Las aduanas producian lo bastante para llenar el presupuesto de la Isla i mandar los codiciados sobrantes a la voraz metrópoli. Esta estaba contenta de su siempre fiel Isla de Cuba. Los españoles llovian sobre la isla. Se deslizaban con ellos algunos estranjeros. La industria nacia, se formaba i se desarrollaba en un mismo momento. La reina de España sonreia. El gobierno de España sonreia. El gobierno colonial sonreia. I como el cielo i el mar i el campo i el egoismo individual se sonreian tambien ¿qué estraño, por repugnante que sea, es que un alma tan alta como fué Plácido en su principio i en su fin, cayera tan bajo en aquel momento?

No es estraño; pero es repugnante, i nosotros no podríamos leer sin invencibles repulsiones del estómago las pájinas consagradas por Plácido a enaltecer la indignidad; no podríamos verlas sin desgarrarlos ántes de leerlas, si no contribuyeran a hacernos mas odioso el estado político, social, moral e intelectual de las Antillas, corrompidas por España.

En cuanto sirven para demostrar por contraste hasta qué punto se descomponian en aquella atmósfera infecta el sentimiento de la dignidad por la indignidad reinante; la nocion de lo bueno i de lo justo, por el mal omnipotente i por la iniquidad procaz; el concepto del derecho individual i social por el desprecio de la autoridad hácia el derecho, por el abatimiento de la sociedad, por la fuerza del egoismo individual; la aspiracion de la libertad, por el instinto de seguridad; el órden moral, por el soborno de caractéres i conciencias; la moralidad intelectual, por el escepticismo; en cuanto sirven para demostrar la hedionda laceria que gangrenaba a aquella infortunada sociedad, aun no formada i ya postrada, aun no organizada i ya desorganizada, cadáver de un cuerpo no desarrollado, esqueleto de un muerto que no habia vivido, infante contaminado desde el claustro materno por la mortal enfermedad de sus jeneradores,—las pájinas dedicadas por Plácido a adular el mal circunstante, el vicio circundante, la injusticia omnipresente, son preciosas. Con ellas en la mano, i sin otro dato que ellas i sin otro instrumento de análisis que la comparacion de esos versos bochornosos con las demas poesías que constituyen la honra i la gloria del poeta, puede el hombre de espíritu elevado conocer

la horrenda situacion de las Antillas, odiarla, condenarla i maldecirla.

En las epidemias morales, como en las atmosféricas, los espíritus mas sanos se contajian mas pronto, si no se preservan de la influencia deletérea. El odio virtuoso es el mejor preservativo contra las epidemias morales, i Plácido no sentia ese odio virtuoso.

Era jóven, i transijia con los sentidos; era débil, i transijia con los fuertes, era bueno i transijia con los malos, era artista i transijia con la vanidad. Todas esas transacciones lo debilitaban: pasaba de un amor liviano a otro liviano; de un miedo de su impotencia social al mismo miedo, de una falsa idea de la bondad a un odio falso contra ella; de un sacrificio a su vanidad a otro sacrificio al amor propio pueril que constituye el *genum irritabile* de la irritable jente de letras i de artes, i entre despechos amorosos i despechos literarios, fulminando palabras contra necios o rimando palabras contra ingratas, adulando lo que silenciosamente maldecia, maldiciendo lo que acababa de adular en versos abundantes, era resúmen viviente del detestable momento de transicion en que vivia, de la informe sociedad que lo abortaba. La sociedad se moria de miedo de pensar; i él, como ella, ocultaba, para vivir, su pensamiento. El momento social era de adoracion a los sentidos, de silencio de conciencia i de ruido de palabras, i él se abandonaba a la sensualidad, ponia mordaza a su conciencia, i hablaba i hablaba i mas hablaba.

VI

Hablaba bien. Hasta las palabras que vendia a una sonrisa del poder son elocuentes, i hai composicion suya a las Mesalinas que ocupaban el trono de España i a los Claudios que ocupaban el trono de la Isla, que indignan por lo bellas, que irritan por lo inspiradas, que mortifican la conciencia moral por la conciencia estética con que están ejecutadas.

Hace ya mucho tiempo,—todo el tiempo que tiene nuestro odio a las vanas apariencias,—que detestamos el culto de la forma por la forma, i no cometeremos la crueldad de presentar como mérito de Plácido las vanas bellezas literarias que hoi punzarian su conciencia, que hoi le producirian remordimientos intelectuales. Queden en el libro esas poesías, para probar que el mal es mas deforme cuanto mas se engalana i se embellece. El manzanillo es un árbol de los Trópicos. Su elegantísimo tronco, sus graciosas ramas, sus brillantes hojas, su flor encantadora, su espaciosa copa, deleitan la vista del botánico;

su ciencia lo preserve de aquel árbol, porque a su sombra, en la sávia de su tronco, de sus ramas i sus hojas, i en el néctar de sus flores, solo hai muerte. Manzanillo es la sociedad colonial en las Antillas, i los frutos que a su sombra se recojen son la muerte. Las poesías de Plácido a los autores de aquella corrupcion, son venenosas.

Son, al contrario, saludables las poesías en que, dejando de ser poeta de la infamia, se sustrae del medio en que vive, para ser hombre. Eso hace en la siguiente poesía que consagra a su amada:

Mira, mi bien, cuán mústia i deshojada
Está con el calor aquella rosa
Que ayer brillante, fresca i olorosa,
Puse en tu blanca mano perfumada.

Dentro de poco, tornaráse en nada:
No verás en el mundo alguna cosa
Que a mudanza feliz o dolorosa
No se encuentre sujeta u obligada.

Sigue a las tempestades la bonanza,
Siguen al gusto el tedio i la tristeza:
Perdóname que tenga desconfianza,

I dude de tu amor i tu terneza,
Que habiendo en todo el mundo tal mudanza
¿Solo en tu corazon habrá firmeza?

Quiten los puristas i los gramáticos el italianismo i la incorreccion que encontrarán en uno de sus versos, i digan los críticos si ese dulcísimo soneto no corresponde en fondo i forma al delicado pensamiento que poetiza, i digan los pensadores si el sencillo corazon que así latia hubiera sido capaz en un medio social mas puro, en una atmósfera mas sana que la creada por la corrupcion colonial de las Antillas,—de las flaquezas que deforman la hermosa fisonomía moral del poeta-martir.

Los recuerdos mas tiernos son aquellos que surjen en los momentos de endurecimiento de corazon. Plácido debió de escribir esa poesía en el momento en que la colocamos, cuando ya la duda de sí mismo, creada por la inmoralidad de su conducta, le presentaba en la lejanía de su conciencia, el recuerdo de la blanca segadora de *flores de cera*. Cómo es ella la aquí recordada con tristeza, es ella la acusada de fria en este otro soneto: *a una ingrata*.

Basta de amor! Si un tiempo te quería,
Ya se acabó mi juvenil locura,
Porque es, Célia, tu cándida hermosura,
Como la nieve; deslumbrante i fria.

No encuentro en tí la estrema simpatía
Que ansiosa mi alma contemplar procura,
Ni entre la sombra de la noche oscura,
Ni a la espléndida faz del claro dia.

Amor no quiero como tú me amas,
Sorda a mis ayes, insensible al ruego;
Quiero de mirtos adornar con ramas

Un corazon que me idolatre ciego;
Quiero abrazar una mujer de llamas,
Quiero besar una mujer de fuego!

En tanto que los admiradores de hermosas formas admiran las de esos catorce versos i paladean la sensualidad que ellos respiran, notemos nosotros la influencia morbosa del medio social en el alma del poeta. Amó a la blanca segadora de flores, i consideró como un triunfo el ser amado. Volvió con la memoria hácia ella i se asombró de seguir siendo amado, cuando ya otros amores sensuales habian desvanecido en él su cariño; pero la busca, la solicita, la estimula, la irrita con su pasion, i cuando ella, fuerte en su afecto, le resiste, la acusa i la abandona.

El sentimiento es la facultad humana que mas pronto se corrompe. Corrompido, se convierte en sensualidad. La sensualidad es el síntoma característico de la enfermedad social que se llama decrepitud. No pudiendo ser decrépita por sí misma una sociedad todavía no formada, como es la sociedad de las Antillas i era la sociedad de Cuba en el período en que la presentamos, es claro que su decrepitud era trasmitida. El estado moral de Plácido, sujeto a las influencias de la sensualidad, demuestra la enfermedad moral que lo contajia; luego es escrupulosamente exacto el juicio que, estudiando al poeta en este momento de su vida, hemos formado de la sociedad en que vivia.

Eujenio María Hóstos.

(*Concluirá*)

LA JUVENTUD DE LORD BYRON

Mi vida es un erial;
Flor que toco se deshoja;
Que en mi camino fatal,
Alguien va sembrando el mal
Para que yo lo recoja.

BECQUER

I

A fines del siglo pasado una multitud compacta se agrupaba en la Abadia de Westminster atraida por el proceso singular que se seguia a un jóven de la vieja nobleza.

Se acusaba a Lord Byron de haber muerto en un duelo sin testigos a Mr. Chaworth, su primo, i las peripecias de aquel drama se unian a la circunstancia de ser el acusado hijo de un marino cuya popularidad solo ha tenido rival, para despertar vivamente la curiosidad de su época.

Despues de un largo debate absolvió aquella corte de justicia al acusado, pero la opinion pública ménos induljente o mas severa, persistió en mirar ese duelo como un asesinato i al Lord como un criminal. Esto lo obligó a retirarse a sus dominios de Newstead, donde ocupaba su vida ociosa i solitaria en buscar pleitos i provocar dificultades a todos sus vecinos. Oprimido por el recuerdo de su desgraciada aventura poco a poco su carácter se hizo mas i mas sombrío, maniático i violento. Los hábitos raros de su vida principiaron por llamar la atencion de sus vecinos i acabaron por hacerlo aparecer como uno de esos personajes misteriosos cuya existencia la imajinacion i la igno-

rancia de los aldeanos se complace en adornar con todo jénero de estravagancias i sortilejios.

Allí se murió el Lord, en medio de esa vida estraña i singular, dedicando sus últimos años al cuidado de los grillos, que habia reunido en su castillo en inmensa cantidad.

Aquel personaje singular que moria sin dejar sucesion, cambiaba por completo el porvenir de una pequeña familia en que desde hacia once años el heredero del título i los dominios de Newstead, era la alegría o el tormento i que debia ser mas tarde su escándalo i su gloria.

Aquel pequeño heredero era Lord Byron, grandiosa personificacion de los vicios i las virtudes de su raza, que se concentran al pasar por su espíritu como los rayos del sol al pasar por un lente.

Su padre, John Byron, llevaba en Londres la vida del libertino que no respeta ni teme. Bello i brillante, paseaba por todas partes su insolencia i su fortuna, ocultando su frente sin pudor con los rizos de su negra cabellera i las manchas de su nombre con las caballerescas tradiciones de su raza.

La marquesa de Carmarthen feliz i tranquila hasta que encontró en su camino a ese héroe del vicio i del escándalo, tuvo como todas las desgraciadas que probaron la copa fatal de sus amores, que pagar un tributo a la deshonra.

Despues de un proceso escandaloso, en que el parlamento la divorció de su marido, se vió obligada a unirse en matrimonio con el aturdido seductor, que dos años mas tarde la arrojó a la tumba haciéndola ántes saborear lo que hai de mas amargo en el abandono i la miseria.

Esta desgraciada fué la madre de Augusta Byron, tan célebre por su jénio i su influencia sobre el poeta.

Cansado ya de perseguir i triunfar de la belleza, John Byron aspiró a vencer la fortuna. El encanto de su figura atrajo a Catalina Gordon, brillante heredera que fué a arrojar su porvenir i sus riquezas a los piés de aquel hombre fatal que le dió en cambio la desgracia, las lágrimas i la miseria.

En pocos años se vió sola i con su inmenso patrimonio reducido a ciento cincuenta libras de renta. Su marido se habia ido a Francia. Ella a pesar de todo i renunciando las comodidades de la vida que pudiera encontrar en su familia, siguió a Byron en su fuga i su desgracia, i queriendo no solo volverle su cariño sino tambien su honor —lo que es mas jeneroso todavía—pagó con su racion de hambre las deudas de su esposo.

En 1787 volvia a Londres sola, desgraciada, abandonada i enamo-

rada, sin embargo, de su marido a quien amaba con la violencia i la locura de una pasion irresistible. A principios de 88 vivia en *Holles street:* allí vino al mundo Jorje Gordon Byron.

Hijo único de ese matrimonio desgraciado, recordando esta circunstancia como una particularidad dice en su MANFREDO: Soi solo como el leon!

The lion is alone and so am I

La estrechez de sus módicos recursos la obligó a dejar su residencia de Lóndres para irse a vivir en Aberdeen.

En el diario de su vida, que Byron titula MI DICCIONARIO, dice hablando de esa poética aldea que rodean las montañas i los bosques de la Escocia: «He vivido en ella durante los años de mi primera infancia, pero no he vuelto a verla desde los diez años. A la edad de cinco años fuí a una escuela dirijida por un Mr. Bowers. Allí aprendí poca cosa, a no ser a repetir de memoria la primera leccion, a fuerza de oirla, sin conocer una letra. Cuando se quiso juzgar de mis progresos yo repetí esas palabras con la mayor volubilidad; pero al volver la pájina continué repitiéndolas de modo que se apercibieron bien pronto de los estrechos límites de mi saber. Me tiraron las orejas, lo que no merecian, porque por ellas habia adquirido toda mi ciencia. El cuidado de mi intelijencia fué confiado a un nuevo preceptor. Era un cleriguito mui devoto i mui hábil llamado Ross, que ha llegado a ser mas tarde ministro de una de las iglesias de Aberdeen. Bajo su direccion hice progresos asombrosos i recuerdo siempre la dulzura de sus maneras i el trabajo que se daba para enseñarme. Desde que pude leer, mi gran pasion fué la historia i no sé por qué en la historia romana, la primera que pusieron en mis manos, me llamó tanto la atencion la batalla del lago Regillius. Hace cuatro años, cuando desde las alturas de Tuscullum miraba el pequeño lago circular que fué en otro tiempo el lago Regillius i que solo es ahora un punto luminoso en la inmensa estension, recordaba mi entusiasmo infantil i mi viejo maestro. Un jóven llamado Patterson, grave i taciturno, pero bueno, fué su sucesor. Era hijo de mi zapatero, por lo demas mui instruido como lo son jeneralmente los escoceses. Era un ríjido presbiteriano. Con él principié el estudio del latin en la gramática de Ruddiman hasta que fuí a la escuela de gramática. — Ahí seguí todas mis clases hasta el cuarto año, cuando me llamaron por la muerte de mi tio. Ahí adquirí esa escritura que yo mismo apénas puedo leer.....»

I ahí tambien dejó ver los primeros rasgos de su carácter atrevido,

abnegado para el débil i altivo con los fuertes. Mas de una de esas pequeñas historias de colejio a que viene a dar valor el tiempo i la fortuna hacen presajiar en el oscuro estudiante lo que será mas tarde el poeta en sus momentos ajitados de loca popularidad.

Cuenta la anécdota que la víspera de recibir su título i su herencia, Lord Byron habia estado a punto de sufrir en el colejio un castigo inmerecido. Cuando por primera vez, siguiendo la aristocrática costumbre inglesa, se llamó a Byron en la clase con su nuevo nombre, Jorje, se levantó pálido, trémulo i dirijiéndose a sus compañeros les dijo: «No tengo nada que ver con esto. Ayer iba a recibir un castigo porque otro habia cometido una falta i hoi me hacen lord porque otro ha muerto.»

Mas tarde en Harrow trataba de impedir que X*** golpeara al que debia ser en breve Sir Roberto Peel; su resistencia fué inútil i tuvo que pasar por la tortura de presenciar los sufrimientos de su amigo. No pudiendo contenerse, rojo de cólera, con los ojos llenos de lágrimas i la voz trémula por la indignacion preguntó a X*** cuantos golpes pensaba dar a su compañero.—«¿Por qué? replicó el ejecutor.»—«Porque, si a Ud. le agrada, dijo Byron, yo recibiré la mitad.»

El niño que derramaba sus primeras lágrimas defendiendo la debilidad de un camarada, bien podia mas tarde derramar las últimas gotas de su sangre luchando por la libertad de un pueblo esclavizado.

Por esa época (1796) una fiebre violenta vino a alarmar a su madre por la vida de su hijo, cuya salud hasta entónces delicada amenazaba convertirse en una convalescencia indefinida. Buscando el aire fuerte de las montañas fueron a Ballaster, cerca del Dee. Allí principió para Lord Byron su perpetuo vagar, su eterno ir i venir, siguiendo el curso de su imajinacion desordenada en medio de esa naturaleza melancólica, monótona i salvaje.

Allí tambien brilló en su alma la primera aurora del amor. Maria Duff cruzó como una vision aérea, como una de esas Willis vaporosas por los sueños infantiles del poeta. Diez i seis años mas tarde flotaba su sombra todavia sobre el tempestuoso mar de sus recuerdos. «Su imájen encantadora está gravada en mi cabeza, decia él. Sus cabellos negros, sus ojos de un color café claro i dulce, hasta su vestido.....Mi sufrimiento i mi pasion por ella fueron tan violentos que dudo algunas veces si realmente he estado enamorado despues.....»

Durante todo el curso de su ajitada existencia, conservó Lord Byron el recuerdo vivo i tenaz de esa pasion de sus primeros años. Siempre en sus horas tristes acaricia ese sueño de la infancia que embe-

llece con panoramas encantadores i poéticos el mundo que aun no conocemos; ese dulce sueño que vuelve mas tarde al alma descolorida por el desengaño el color i la frescura de la infancia, como el rayo de sol vuelve a las flores la vida i el perfume que los primeros hielos del invierno amenazan arrancarles.

Pero bien pronto tuvo que abandonar sus montañas i sus sueños para ir a Harrow a continuar sus estudios. Saliendo de un círculo estrecho para entrar en un colejio numeroso, sintió naturalmente desarrollarse sus pasiones ante el campo mas vasto que se le presentaba. La vista, el recuerdo de uno de sus compañeros, desde que se separó de Harrow bastaba para conmoverlo i volver a su semblante melancólico las sonrisas i la alegría de la infancia.

«Si por casualidad—decia a Lord Clare en Italia, poco tiempo ántes de morir—alguna fisonomía conocida, algun antiguo compañero de mis primeros años, se me acerca i recuerda su amistad, mis ojos, mi corazon hacen de mí un niño i la escena deslumbradora, los grupos bulliciosos que me rodean desaparecen i se olvidan ante el amigo que encuentro.»

Este violento ardor de sus afectos, esta amistad-pasion, era talvez lo que mas lo distinguia de sus compañeros de Harrow. Mas inclinado al bullicio de los juegos que a la tranquilidad del estudio, no llamaba la atencion de sus maestros por la puntualidad con que llenaba sus deberes. Sin embargo era talvez de todos sus compañeros el que poseia una instruccion mas vasta i jeneral. Sus lecturas desordenadas e incoherentes admiran por su estension i se llega hasta poner en duda la verdad de Byron cuando se recorre la lista de las obras que asegura haber leido hasta aquella época. Es inmenso ese catálogo en que están comprendidos casi todos los autores clásicos de la antigüedad griega i romana, los filósofos mas notables de la época, los teólogos, los legisladores, los poetas, los historiadores i «novelas por millares» como dice testualmente al terminar.

Su carácter inclinado desde mui temprano a la concentracion melancólica lo hacia aislarse de todos i buscar con avidez lo que se pudiera llamar los placeres agrios de la soledad. Su paseo favorito era el cementerio, donde permanecia horas enteras sobre una tumba que la tradicion recuerda con el nombre de «la tumba de Byron.» I así desde esos primeros momentos se dibuja el marcado contraste de sus gustos que lo arrastran por una parte hácia el ruido, la algazara i el bullicio i por otra parte con una fuerza igual lo solicitan hácia la soledad, el silencio i la contemplacion melancólica del mundo. Doble tendencia de todos los espíritus ardientes, que divide su existencia;

aspiraciones encontradas que los hacen hallar siempre incompletos los placeres que la vida les presenta i que jamas reunen a la vez el bullicio i el silencio, la multitud i el aislamiento, el brillo i la soledad, cualidades incompatibles que se escluyen i cuya combinacion imposible es el quimérico ideal que atormenta esos carácteres inquietos e insaciables.

II

En uno de sus paseos veraniegos (1803) se fué a vivir a la Abadia de Newstead, donde Lord Grey Ruthen, que entónces la arrendaba, lo recibió como huésped. La escasez de su fortuna obligaba a Lord Byron a entrar como un estranjero en el castillo de sus mayores i a pedir hospitalidad donde la daban sus padres.

Poco tiempo ántes habia conocido en Lóndres a Miss Chaworth, descendiente de aquel noble cuyo duelo con Lord Byron contamos en la primera de estas pájinas.

Aquel resentimiento que el corazon apasionado de Miss Byron habia convertido en un odio de familia viene a iluminar esos amores con no sé qué luz pálida que recuerda vagamente a los inmortales amantes de Verona.

Todavía señalan al viajero el camino seguido por Lord Byron en sus visitas furtivas al parque de Annesley. Al caer la tarde, a la entrada de ese parque, era donde la esperaba con el corazon ajitado por la inquietud i las dudas del amor que recien nace i ya tiraniza. Todavía señalan la colina en que la veia impaciente aguardar la llegada de un amante, que no era él.....por allí las sombras de los dos pasaban juntas.....allí, en el seno de ese bosque se dieron los últimos adioses.

La madre de la jóven protejia ese amor no solo con la esperanza de ver estinguirse de ese modo los viejos odios, sino tambien por el deseo de ver de nuevo unidas las vastas propiedades que los dos recibirian como dote.

Pero María no se preocupaba de su dote, ni recordaba sus odios. Habia visto desde las alturas de Annesley a un jóven caballero atravesar el parque siguiendo la caza, lo habia visto brillante i atrevido desafiar el peligro buscando el placer.

Aquella vision adornada con ese colorido romántico con que la imajinacion de una jóven ilumina todo lo que halaga su excitada fantasía, convirtió a Mr. Munster en el ideal que acariciaba en sus sueños. I luego aquel capricho combatido por su madre i su tutor se apo-

deró de su espíritu con esa fuerza de reaccion que despierta en los corazones jóvenes todos los afectos contrariados.

Ella amó i no amó a Byron, que tuvo que sentir con el corazon comprimido por la angustia esa tortura indecible del que ve conceder a otro las caricias que ambiciona i se le niegan. En esa colina de Annesley sintió a la vez los primeros arranques de su jénio i el despecho de un amor desesperado. Allí, refrenando sus pesares con la mano del orgullo, se despedia de ella pálido, pero tranquilo al parecer. «La primera vez que la vea, le decia, ¿será Ud. ya la *señora* Chaworth? — «Así lo espero, le respondió ella.»

I en efecto, un año despues se casaba con Munster.

Mas tarde, en 1816, a orillas del lago Jinebra, escribió Lord Byron la historia de ese amor. Envolvió su recuerdo con la fantástica bruma de los sueños. «Ví, dice, dos seres adornados con los suaves colores de la juventud, de pié sobre la cima de una colina, jentil colina, verde i dulcemente inclinada. Parecia el cabo de una larga cadena de montañas, pero no habia mar que bañara su base; en vez de ola se estendia a sus piés un paisaje movible, bosques i trigos ondeantes. Las casas de los hombres estaban esparcidas aquí i allá: el humo se elevaba voltijeando sobre los techos rústicos. La colina estaba coronada por una diadema de árboles colocados en círculo no por el capricho de la naturaleza sino por el del hombre. Ahí estaban una niña i un jóven. La jóven contemplaba todo lo que se desplegaba delante de su vista, tan puro, tan bello como ella misma; el jóven no miraba nada mas que a ella; los dos brillaban por su juventud.....Los dos eran jóvenes i sin embargo su edad no era la misma. Como la luna plateada que se eleva sobre el borde del horizonte, la niña estaba a la entrada de su primavera. El jóven era menor que ella pero su corazon se habia anticipado mucho a sus años; para él no habia sobre la tierra mas que una sola mujer adorada i era la que brillaba a sus ojos. La habia contemplado hasta que no le fué posible borrarla de sus recuerdos. No respiraba, no vivia sino en ella. Era su voz; no le hablaba pero temblaba de emocion con cada una de las palabras que ella le decia. Era su vista, sus ojos seguian a los de ella i no veian sino por los de ella, que le daban su color a todos los objetos. Habia dejado de vivir en sí mismo. Ella era su vida entera, el océano a donde iban a perderse las olas de sus pensamientos, donde todo iba a sepultarse. El sonido de su voz, la impresion de su mano helaban su sangre o la hacian rodar impetuosa. Vivos colores aparecian i desaparecian en sus mejillas, como el relámpago en un dia de tempestad, sin que supiera su corazon la causa de esa agonía. Pero ella no partici-

paba de esas vivas sensaciones; sus suspiros no eran para él; ella era para él una hermana i nada mas, eso era mucho porque no habia nadie que tuviera derecho para llevar ese nombre, escepto aquel a quien se lo habia dado como un recuerdo de su amistad infantil. Ella era el único i el último vástago de una raza honrada durante siglos. Era un nombre que a él le agradaba i que sin embargo no le agradaba. I por qué? El tiempo le reveló una triste i profunda respuesta, cuando ella amó a otro. Entónces, amaba a otro i de pié sobre la cima de esa colina miraba a lo léjos si el corcel de su amante secundaba su impaciencia i volaba.»

Muchos años despues de esos adioses de Annesley, volvió Lord Byron, a recorrer el parque, la colina, el bosque, todos los testigos impasibles de aquellos amores desgraciados. El tiempo habia trasformado al estudiante tímido i encojido en un jóven esbelto i dueño de sí mismo. Su figura, acentuada por los años, tenia ya esa espresion particular i esa belleza viril, cuya frescura no habian todavía marchitado ni los pesares ni las pasiones. Volvió al castillo de Annesley invitado por Munster. Todo estaba como él lo habia visto muchos años ántes. Nada habia cambiado. Los mismos árboles sombreaban el camino en que los dos se habian paseado; llegaba a sus oidos el ruido de la misma cascada en que habia confundido sus lágrimas amargas con las aguas tempestuosas; la misma brisa cargada de recuerdos acariciaba su frente; todo era lo mismo, pero ella.....Byron la ha pintado tal como la viera en ese instante en que tenia «el tinte sombrío del pesar, la sombra fija de una lucha interior i en sus ojos una languidez inquieta, como si sus párpados estuviesen cargados con esas lágrimas que no se derraman.»

Esa María, que él habia amado tanto, que él habia conocido en la edad en que las historias mas tristes acaban por una sonrisa, cuya voz alegre habia llenado esos mismos salones con el eco de canciones mas alegres todavía, ahora la veia pálida, pensativa, como si fuera la estatua del dolor mudo, revelando, en su actitud silenciosa la resignacion a un destino cruel. Su matrimonio habia sido desgraciado!

Lord Byron pudo conservar durante esa visita singular su finjida calma hasta el momento en que vió al hijo de María. No pudo dominar su violenta emocion delante de aquel niño. En la noche, recordando esos instantes, escribia: «Cuando ví tu hijo querido creí que mi corazon iba a romperse; pero cuando la inocente criatura se sonrió, la besé por amor a su madre. La besé i retuve mis suspiros, al ver las facciones de su padre reflejadas en las suyas; pero tiene los

ojos de su madre i eso es bastante para el amor i para mí!. María, adios, es necesario partir.....!»

Ese fué el último adios i desde entónces no volvieron a encontrarse.

III

Pero volvamos a seguir a Byron en su carrera de estudiante que sus amores han venido a perturbar.

La narracion de su vida nos obliga a detenernos en un personaje, que hemos mantenido en la sombras hasta aquí, pero cuya influencia sobre el carácter i la vida del poeta, uniéndolos de una manera inseparable, le ha dado una triste celebridad. El personaje de que hablamos es su madre.

Por lo que ya hemos recordado de su vida podemos avanzar sin mas prueba que era una de esas mujeres en que se amalgaman de una manera inesplicable la fuerza de las pasiones, la vehemencia de los afectos con la debilidad i la inconstancia de su sexo. Uno de esos caracteres violentos i que sin embargo dudan de sí mismos, rápidos para ajitarse i rápidos tambien para volver a la calma; caracteres que obedecen a todos los caprichos de un sistema nervioso que no obedece a nada, en los que las lágrimas i la desesperacion inmotivada siguen a las alegrías sin causa.

Dura a veces con su hijo, llegaba hasta apelar a los golpes, ese triste recurso de la fuerza que no sabe dominarse, i a veces llevaba su induljencia mas allá de lo que se pudiera concebir. Principiaba por arrojarle a la cabeza, en sus momentos de cólera, con lo primero que encontraba a mano i acababa por arrojarse a sus piés conmovida, llorando, i pidiéndole perdon por sus violencias.

El carácter de Byron no era ménos fuerte que el de su madre, pero no tenia sus debilidades: concentrado, vehemente, impresionable, fácilmente como ella llegaba a la violencia pero no volvia como ella fácilmente a la calma.

La naturaleza de ambos daba oríjen a escenas domésticas de una triste frecuencia. Se formará una idea de la excitacion a que los dos llegaban en esas reyertas con solo recordar que despues de una de ellas la madre fué a casa del boticario a preguntar si su hijo habia mandado a comprar veneno i encargar que no se lo vendiesen bajo ningun pretesto. Apénas salia la madre de la botica, el hijo entraba a hacer la misma pregunta i el mismo encargo!

En 1806, estando en Southwell, creyó Byron que para poner fin a

un estado de cosas incompatible con su edad era necesario alejarse de su madre. Fugó de su casa i se fué a Lóndres con ánimo de alejarse todavía mas si su madre daba algun paso para reunírsele. Pero luego se reconciliaron en Picadilly donde fué a buscarlo *la ilustre causa de mi súbita fuga*, como llamaba a su madre en las cartas llenas de verosidad i de sarcasmos que escribia a Pigot con motivo de este incidente. En esas cartas habla ya de la idea de hacer una primera coleccion de sus versos.

I en efecto poco tiempo despues bajo el título de *Juvenilia* dió a luz una pequeña coleccion destinada solamente a ser leida por el estrecho círculo de sus relaciones personales.

Aquel primer volúmen, acojido entre sus amigos con cariño, mereció sin embargo mas de una crítica severa por las formas livianas de algunos de sus cuadros. Sensible Byron a la justicia de esas críticas, se apresuró a recojer los ejemplares distribuidos resolviéndose a entregar al público sus poesías mas severamente castigadas.

Fué este el oríjen del volúmen que recibió de la revista escocesa una censura tan acre como injusta, que provocando la cólera de Byron le reveló sus fuerzas i descubrió a la Inglaterra i a su siglo un jénio mas.

Detengámonos un momento a bosquejar la figura de ese jóven que va a abandonar ahora para siempre la oscuridad con sus tranquilas sombras, para arrojarse en los brazos de esa incógnita terrible i encantadora que se llama la publicidad.

Walter Scott, en su lenguaje de observador i de poeta ha trazado su retrato. «Sus rasgos, admirablemente modelados para espresar el sentimiento i la pasion, i que presentan el singular contraste entre los cabellos i las cejas mui oscuras con ojos claros i vivos, ofrecian al fisonomista el asunto mas interesante. Su espresion predominante era la de una meditacion profunda i habitual, reemplazada por un juego rápido de la fisonomía desde que entraba en una discusion interesante, por lo que uno de sus compañeros de poesía lo comparaba con esos bellos vasos de alabastro que no se pueden ver bien sino iluminándolos por dentro. Los relámpagos de jovialidad, de alegría, de indignacion o de desden satírico que animaban con frecuencia las facciones de Lord Byron, habrian podido ser tomado por un estranjero en una tertulia, por su espresion habitual, tan apropiados parecian esos sentimientos a su fisonomía; pero los que han tenido ocasion de estudiarlo durante algun tiempo i en los instantes diversos de la calma i la emocion, convendrán con nosotros en que su espresion propia era la de la melancolía. A veces una sombra de tristeza venia a turbar sus

momentos mas alegres i felices i dejó, dicen, escapar de su pluma los versos siguientes para escusar una espresion pasajera de melancolía que habia oscurecido la alegría jeneral:

«Cuando el dolor, que tiene su cetro en mi corazon, proyecta su sombra melancólica, que flota sobre los rasgos movibles de mi semblante, oscurece mi frente i llena mis ojos de lágrimas, que mi tristeza no te inquiete. Desaparecerá pronto, mis pensamientos conocen demasiado su prision; despues de una escursion pasajera, toman el camino de mi corazon i vuelven a entrar en su cárcel silenciosa.»

«Era imposible observar la interesante fisonomía de ese jóven que espresaba un abatimiento que no correspondia ni a su rango, ni a su edad, sin sentir una indefinible curiosidad de averiguar si ese abatimiento tenia una causa mas profunda que el hábito o el temperamento.»

Esa figura pálida, enfermiza, de una belleza delicada i sin embargo enérjica i viril, con su mirada melancólica i profunda, con su frente abultada i soñadora, con la sonrisa eterna que estereotipa en sus labios su eterno desden, vagaba en aquella época entre la Universidad de Cambridge i la Abadía de Newstead tal como Walter Scott, la ha dibujado en su lenguaje pintoresco, tal como él mismo se dibujará mas tarde en su CHILD HARROLD, su MANFREDO i su DON JUAN.

Lleno de aspiraciones vagas e incoherentes, acariciando ya la gloria del poeta, el brillo de las armas, el prestijio i el poder del estadista, vagando incierto entre un ideal i otro ideal, se ajitaba su espíritu ávido, ansioso, infatigable.

Soñaba pero no sabia lo que soñaba, queria algo a que su espíritu no podia dar las formas acentuadas de un propósito i mientras ese sueño indeciso, esa forma flotante dominaban i absorbian todas sus facultades, se sentia con ese malestar profundo que acompaña toda jestacion.

Era escéptico i sin embargo creia en amuletos i se dejaba dominar por preocupaciones incomprensibles; despreciaba la humanidad hasta el punto de colocar las facultades de un perro sobre las facultades del hombre i sin embargo nadie ha sentido con mas fuerza todas esas pasiones que ligan a los hombres entre sí; era revolucionario i sin embargo su título de Lord valia mas para él que su gloria de poeta. Eterna inconsecuencia de carácter que a la vez desprecia i estima, ama i aborrece, persigue i acaricia el mismo objeto. Su dolor se espresa por una sonrisa, su maldicion es un canto. En sus obras,

en sus actos como en su figura hai una fusion de todo lo que es heterojéneo, allí se unifican el ánjel i el demonio, el sensualismo i el idealismo, la poesía i el sarcasmo.

IV

En medio de un paisaje árido, desierto, frente a una laguna tranquila i silenciosa, levantaba sus murallas destruidas, cubiertas por la sombría vejetacion de las ruinas la vieja Abadía de Newstead.

El jardin abandonado, la capilla en ruinas, las galerías oscuras, todo eso le daba a la abadía cierto aspecto melancólico i salvaje. Allí solo encontraba éco la voz del buho, i de tarde en tarde se escuchaba el ruido de los goznes mohosos de las puertas que se abrian para dar entrada al señor del castillo i sus alegres camaradas.

Entónces todo cambiaba en Newstead. La bulliciosa esplosion de una alegría delirante apagaba su silencio; las carreras, las jaurías, los animales salvajes le daban una animacion estraña. A la luz de esas orjías nocturnas tomaba la Abadía cierto aspecto estraño i fantástico. Los comensales se disfrazaban de frailes, las mujeres de hombres, se bebia la embriaguez en un cráneo.

Los biógrafos pasan rápidamente sobre este episodio de Newstead, yo me detengo. Me detengo porque ahí veo la fórmula mas completa de esa antítesis cuyos dos estremos encerraba al mismo tiempo el carácter contradictorio de Lord Byron. Esa antítesis se personifica, se hace de carne i hueso, visible, palpable.

La Abadía habia sido en otra época un convento, la sala de las orjías habia sido la sala de las penitencias. Aquellos aturdidos iban a lecebrar los misterios de la Venus afrodita en medio de las carcajadas i el sudor de la embriaguez, allí donde palpitaba todavia el recuerdo de las ceremonias ascéticas celebradas por los monjes en medio del sollozo i las lágrimas de la penitencia. Aquello era algo como un festin en un cementerio.

Ya hemos dicho que los *orijinales* reunidos en la sala de las penitencias se disfrazaban de frailes. Aquello era otra antítesis, era cubrir el delirio con el traje del dolor, era algo como una orjía de los muertos, como un carnaval adentro de una tumba.

Ya hemos dicho que se escanciaba el vino en un cráneo. Otra vez la misma idea, otra vez la muerte en medio de la orjía, otra vez un símbolo de la tumba i el dolor convertido en un instrumento de la delirante bacanal.

Pero hai todavia una encarnacion mas completa de esa contradic-

cion que en todas esas escenas se ponia de relieve. Era la idea de vestir de hombres a las mujeres. Hai sensaciones que desafian i desesperan al análisis, imposibles de describrir aun cuando se las palpe, imposibles de medir aun cuando se las vea. Esta es una de ellas. Hai no sé qué violacion del sentimiento, no sé qué desafio a la naturaleza en las caricias hechas de ese modo. Repugnan i sublevan. Atraen con una fascinacion estraña, indignan con una indignacion profunda.

Para formarse una idea mas completa de esa antítesis violenta, imajinémos la escena en su conjunto. Trasladémosnos a Newstead.

Es la media noche, la hora del *sabat*.

Sirve de sala la nave majestuosa del templo medio en ruinas. De las paredes desnudas cuelga aquí i allá una cruz de madera que el viento sacude i golpea contra la muralla, con un ruido seco, sordo. El viento penetra por la ojiva antigua que tiene rotos sus cristales de colores i sus verjas de hierro; el viento penetra zumbando, con una voz ronca i sin eco; al entrar sacude un manojo de parietarias suspendido de la ventana, como una loca que entrara al templo sacudiendo sus cascabeles. En el fondo de la nave hai un altar en forma de tumba, sobre el altar el coro.

Allí en el coro reunidos en torno de una mesa se ven caballeros i monjes.

Una ponchera encendida levanta su lengua de fuego amarillenta, pálida i vacilante en medio de la mesa.

Es la única luz.

Siguiendo el impulso del viento ilumina ya a los unos, ya a los otros de esos semblantes sudorosos con su amarilla palidez i a veces alumbra tambien las figuras de madera esculpidas en las paredes del coro, que parecen fantasmas que se asoman entre las sombras a mirar el delirio de los vivos.

Un cráneo pasa en silencio de mano en mano. Es la copa del festin!

Siguiendo el compas majestuoso del *Miserere* se entona el canto liviano de la orjía; con el compas del *Veni Creator* se invoca la lascivia, la voluptuosidad i el sensualismo. Es el canto del festin!

Un ruido rápido, breve, interrumpe las sonoras notas de ese coro singular; es el beso del festin!

La luz de la ponchera principia a vacilar, las voces llenas de vino principian a apagarse; a medida que las sombras aumentan, las voces bajan i bajan hasta seguir como un rumor sordo i grave una armo-

nía a la vez ajitada i monótona, que tiene no sé qué de los primeros vahidos de la vida i no sé qué de los roncos estertores de la agonía.

La luz muere. Todo es oscuridad, profanacion. Los monjes se trasforman en caballeros de César Borgia, los caballeros en sacerdotisas de Priapo.....

Se profana un jenio i se profana un templo!

AUGUSTO ORREGO LUCO.

(*Concluirá.*)

LAS RIQUEZAS

DE

LOS ANTIGUOS JESUITAS DE CHILE

ARTÍCULO III

La historia del establecimiento de los jesuitas en el territorio que hoi forma la provincia de Talca es tan interesante como instructiva; i no debemos dejar de recordarla en estos apuntes.

El año de 1692, el gobernador de Chile don Tomas Marin de Poveda mandó fundar una poblacion en un lugar situado un poco al oriente de donde existe hoi la ciudad de Talca. Como este pueblo no prosperara, otro presidente de Chile, don José de Manso, dispuso la repoblacion de la ciudad en 1742. Estimularon esta resolucion gubernativa los relijiosos agustinos, que poseyendo allí un terreno, hicieron cesion de una porcion mui considerable de él para que se fundase el pueblo de San Agustin de Talca. Los padres jesuitas, inmensamente mas ricos que los agustinos, dueños entónces de las mas valiosas haciendas del país, de cantidades enormes de ganados i de muchas casas i establecimientos industriales que les producian una gran renta, quisieron tambien contribuir por su parte a la fundacion de la nueva ciudad.

Pero los jesuitas no contribuyeron con sus donativos; o mas bien dicho, léjos de dar algo para la fundacion, aprovecharon esta ocasion para pedir dos haciendas. Se habia establecido en Santiago una jun-

ta denominada de poblaciones, que tenia a su cargo el velar por la fundacion i progresos de las nuevas ciudades. La de Talca estaba representada por uno de los oidores de la real audiencia, apellidado Recabárren. A él se dirijieron los padres ofreciéndose a fundar allí una residencia que debia ser el asilo de los enemigos mas formidables del demonio; pero en cambio exijian un solar dentro del pueblo i los campos de labranza necesarios para el sostenimiento de esa residencia. Con fecha de 10 de junio, de 1748, la junta de poblaciones accedió a esta peticion; i los jesuitas tuvieron ademas del solar en que levantaron su convento, dos hermosas propiedades. Una de ellas llamada Duao, o el fuerte, por una antigua fortificacion que allí construyeron los españoles a mediados del siglo XVII para intimidar a los indios rebelados del otro lado del Maule, estaba situada a orillas de este rio, i media 250 cuadras de buen terreno. La otra hacienda, colocada en la costa de la misma provincia, era mucho mas considerable, puesto que media mas de cuatro leguas cuadradas. Esta hacienda, cerrada al sureste por el rio Maule, llegaba por el norte hasta la aldea actual del Junquillar, i poseia hermosos bosques de maderas de construccion. Allí establecieron los padres una crianza de ganados, que llegó a contar muchos miles de vacas, i un astillero sobre el Maule en que construian pequeñas embarcaciones que iban a comprarles los bodegueros de Valparaiso i de los otros puertos. Para que se comprenda mejor la importancia de esta propiedad, agregaremos que la actual hacienda de Quibolgo no es mas que la tercera parte de la que con el mismo nombre poseyeron los jesuitas en la embocadura del Maule.

La ciudad de Valparaiso, tan importante por su comercio i sus riquezas desde la emancipacion política de Chile, era bajo el réjimen colonial una miserable aldea, formada por algunas bodegas i por unas casas donde vivian los oficiales i soldados de su guarnicion i los negociantes que se ocupaban en cargar i descargar las pocas naves que llegaban a su puerto. Esos moradores, casi todos de escasa fortuna, habian deseado siempre que los padres jesuitas establecieran allí una casa de residencia para oir de su boca la palabra divina i gozar de los beneficios espirituales que esos sacerdotes prodigaban en todas las partes en que se establecian; pero no lograron ver realizados sus deseos porque, como dice el jesuita Olivares, «nunca hubo entre sus moradores quien pudiese dar para una moderada fundacion, aunque sus vecinos la deseaban por tener quien los dotrinase; mas no habia quien pudiese ofrecer cantidad considerable para que los padres se mantuviesen». Es verdad que los jesuitas fueron enormemente ricos a los pocos años que se establecieron en Chile, i que si hacian misiones en

algunos puntos donde no tenian propiedades, el rei se las pagaba bastante bien; pero creyeron, como queda dicho, que los vecinos de Valparaiso eran indignos de oir su predicacion por el solo hecho de ser pobres i de no tener como sostener a los misioneros dándoles casas i haciendas, como les habian dado en otras partes(1).

El año de 1657, llegaron por primera vez a Valparaiso dos jesuitas a dar una mision, costeada por los encomenderos o hacendados del valle de Quillota. Aunque uno de esos padres llamado Nicolás de Lillo, era «el oráculo con quien se consultaban los casos mas dificultosos», i aunque de ordinario estos consultores habian proporcionado a la Compañía los fundadores i benefactores que le habian producido donaciones de haciendas i de casas, los padres no consiguieron por entónces nada en la pobre ciudad de Valparaiso. No hubo entre sus habitantes uno bastante rico o bastante piadoso para ser fundador de una casa de residencia de los jesuitas; i aquellos quedaron condenados a no contar con estos vigorosos enemigos del demonio sino cuando la mision fundada con el dinero de los hacendados de Quillota podia llegar hasta el vecino puerto.

Pocos años mas tarde llegó a Chile como visitador de la Compañía, comisionado desde Roma, el padre Manuel Sancho Granado, que pronto fué nombrado provincial de todos los jesuitas de este pais. Este comprendió desde luego las ventajas que podian resultar de la fundacion de una casa o convento en Valparaiso, cuya poblacion se habia incrementado desde principios del siglo XVIII. Para conseguir este objeto, despachó en 1724 a los padres Antonio María Faneli i Antonio Salvá para que diesen una mision en esa ciudad, i que «juntamente reconociesen si habia forma de hacer allí una casa de residencia de la Compañia de Jesus», o lo que es lo mismo, si habia quienes quisieran obtener los títulos de fundadores i benefactores entregando sus caudales a los padres. La prevision del padre provincial no salió burlada. Sus dos emisarios se hospedaron en la casa del cura, que lo era entónces don Francisco Aldunate, que los recibió con la mayor benevolencia i jenerosidad, en los cuatro meses que vivieron i comieron con él. Pero luego los padres tuvieron casa propia, por que compraron una bajo las mejores condiciones del mundo, toda ella a censo, a favor del mismo cura de Valparaiso que tenia por ello la

(1) No será de mas advertir que los relijiosos agustinos, los franciscanos i los mercenarios, con muchos ménos recursos que los jesuitas, i sin esperar tener fundadores i benefactores, fundaron iglesias conventos en Valparaiso ántes que estos últimos.

obligacion de cantar todos los sábados una misa a la virjen. El bondadoso cura Aldunate hizo cesion del censo a los jesuitas, i sin embargo siguió cantando su misa todos los sábados. Los padres, que eran mui hábiles compradores, hicieron pocas veces una compra tan ventajosa como ésta.

Los jesuitas comenzaron pronto a construir su convento. No hubo ningun vecino que contribuyera a este trabajo con una gruesa suma para merecer el título de fundador; pero sí hubo muchas personas, entre las que se distinguieron dos vecinos, don Miguel de los Rios, i su sobrino don Miguel Gomez de los Rios, que hicieron limosnas con que los padres pudieran terminar la obra de su casa i comprar ademas unas bodegas, parte a censo i parte al contado, cuyo alquiler daba para su sostenimiento. El terrible terremoto de 8 de julio de 1730 destruyó esas bodegas; i los padres que aun conservaban algunos fondos recojidos de limosnas, pero que no bastaban para su reconstruccion, estuvieron a punto de abandonar la residencia de Valparaiso. Dios, sin embargo, queria otra cosa; i como dice un cronista de la Compañía, dispuso que el padre Pedro de Ayala, superior de esa casa en 1733 encontrara corazones piadosos que hicieran nuevos donativos con los cuales pudo comprar la hacienda de Limache en solo 5500 pesos, incluyendo en esta suma un censo de 1800 pesos que los padres redimieron. El favor de Dios fué mas considerable todavía, puesto que los padres pudieron poblar su hacienda con 730 cabezas de ganado vacuno, 1500 ovejas, 300 cabras i la conveniente dotacion de caballos.

Debe hacerse notar aquí que este resultado se consiguió mediante muchos donativos, pero todos ellos pequeños. Los mas considerables fueron, aparte del que hizo el cura Aldunate, de que ya dimos cuenta, uno de dos mil pesos de don Juan Antonio Longa, que los jesuitas cobraron a sus herederos despues de un pleito; otro por igual suma de don Miguel de los Rios, sin contar con otras limosnas que dieron él i su sobrino; uno de mil pesos de doña Esperanza Urbina, i otro menor de don Nicolas Barrionuevo. Andando el tiempo, los jesuitas hallaron en Valparaiso muchos otros benefactores, i recibieron por este medio algunas valiosas propiedades en aquellos alrededores; pero nos faltan los documentos para designar con precision la manera i forma como hicieron esas adquisiciones.

Los padres jesuitas tuvieron tambien su casa de residencia en el vecino valle de Quillota, en que poseyeron valiosas propiedades. Desde principios del siglo XVII, cuando todavía no habia en él pueblo alguno, los vecinos encomenderos de este valle, que eran cristia-

nos fervorosos, solicitaron el establecimiento de una casa de jesuitas, porque, como dice un cronista, «habian reconocido los frutos que en sus trabajos recojian los padres de la Compañía de Jesus». Para conseguir este fin, los vecinos i encomenderos del valle se ofrecieron a juntar la cantidad suficiente para la mantencion de los jesuitas. El padre Juan Romero, rector del colejio máximo de Santiago, no pudo desatender esta súplica; i en 1628 envió dos padres suficientemente autorizados para arreglar este asunto. Los vecinos habian reunido la cantidad de tres mil pesos, que entregaron a los jesuitas.

Los dos padres compraron con esta suma una finca con viña i molino, i acomodaron allí su primera residencia. Pero esa propiedad era poco productiva, de manera que sus entradas no bastaban para sostener la casa recien fundada. Los jesuitas hicieron presente esto mismo a los vecinos encomenderos, esperando que estos recojieran otras cantidades para llenar el déficit. Los encomenderos, por su parte, creian haber hecho todo lo que podia exijírseles con la entrega de los tres mil pesos; i como sabian que los jesuitas de Santiago recibian cada dia nuevas donaciones i nuevas herencias, esperaron que ellos contribuyeran por su parte para la fundacion de un convento en Quillota. Sus esperanzas no se realizaron. Cuando los padres vieron que no habia en aquel valle quien se dejara mover por Dios para pedir el título de fundador o de benefactor, abandonaron su residencia i se volvieron a Santiago, dejando a los piadosos habitantes de ese lugar en la mayor desolacion.

Hemos dicho que los jesuitas abandonaron su casa de residencia; pero esto no es precisamente exacto. Arrendaron la finca que habian comprado con el dinero de los vecinos de Quillota; i como encontraran algunas dificultades en el cobro de los arriendos, volvieron a venderla en los mismos tres mil pesos en que la habian comprado. El dinero, sin embargo, no volvió al poder de los vecinos que lo habian entregado, sino que lo guardó el colejio máximo de Santiago. Desde entónces, los habitantes del valle de Quillota, aunque privados de sus tres mil pesos, solo oyeron la palabra divina que predicaban los jesuitas, cuando éstos iban a dar alguna mision.

En este estado quedaron las cosas hasta principios del siglo XVIII, época en que Dios, como dicen los cronistas de la Compañía, movió el ánimo de un clérigo de Santiago llamado don Gonzalo Covarrubias, el cual dió a los padres, para que fundasen un convento en Quillota, una chacra que tenia en este valle. Constaba esta posesion de una viña de 6,000 plantas, bodegas, casas i aperos de labranza i catorce cuadras de tierras. Aunque el clérigo Covarrubias se incorporó pocos años

mas tarde a la Compañía, los jesuitas no se apresuraron a fundar el convento, esperando que cierto caballero, cuyo nombre no se menciona, pagase a la Compañía una valiosa manda que habia hecho, i cuyo valor no se podia recojer. Los padres alegaban que tenian necesidad de este dinero para dar principio a su trabajo: pero parece que el tal caballero no pagó nunca la manda ofrecida. Al fin, en 1713, siendo provincial de la Compañía el padre Antonio Covarrubias, hermano del clérigo que hizo la donacion, se dispuso que fueran a Quillota el padre Pedro de Ovalle con otro jesuita mas, para dar principio a la fundacion. Dios dió a entender, dicen los cronistas de la Compañía, que se complacia de esta obra, porque luego movió el ánimo de otro caballero llamado don Pedro Leon para que hiciese donacion de otra chacra con una gran viña i algunos esclavos, i que tenia sobre la del clérigo Covarrubias la ventaja de estar mucho mejor situada.

Allí se establecieron provisoriamente los padres jesuitas, a pesar de las dificultades que oponia la real audiencia de Santiago, o a lo ménos la mitad de sus miembros, justamente alarmada del desarrollo desmedido que tomaban las riquezas i propiedades de la Compañía de Jesus en Chile. Gobernaba entónces este país don Juan Andres de Ustariz, gran negociante que comprendia el gobierno como un puro negocio, i juzgando sin duda que no era posible cortar el vuelo a los negocios de los jesuitas, resolvió la cuestion en su favor, i decidió en nombre del rei que estos fundasen casa e iglesia, hasta que el consejo de Indias resolviera sobre la fundacion de un colejio. Poco tiempo despues, en 1716, gobernando este pais el presidente interino don José de Santiago Concha, fué fundada la actual ciudad de Quillota con el nombre de San Martin de la Concha. Los padres jesuitas pidieron un solar dentro del pueblo para fundar su convento, i se les dió una cuadra de tierra en la misma plaza, donde se establecieron definitivamente.

Nuevas donaciones de los vecinos pusieron a los jesuitas en estado de aumentar considerablemente sus propiedades en aquel distrito. El padre Ovalle compró la valiosa hacienda de Ocoa i algunos esclavos para dar incremento a las industrias que allí se esplotaban, la principal de las cuales era la venta de cocos i la fabricacion de la miel de palma. No hemos hallado constancia de la manera como se efectuó esta compra; pero creemos que debió ser mui ventajosa para la Compañía, puesto que el cronista Olivares la califica de buena ocasion. Formada de esta manera la residencia de Quillota, fué constituida en colejio en 1726; i a la sombra de este establecimieto, la Compañía pudo adquirir nuevas propiedades en aquel rico valle, o ensanchar considerablemente las que ya poseia.

Como hemos dicho al comenzar estos apuntes, el primer pueblo de Chile que pisaron los jesuitas habia sido La Serena. Allí hicieron su primer milagro ahuyentando a los demonios de una casa de que se habian apoderado, i operando ademas por medio de la predicacion i de las confesiones tantos otros prodijios que, como dice el cronista de la Compañía, nunca se pudo apagar en el corazon de los habitantes de aquel pueblo el deseo de tener jesuitas en su tierra para que los consolasen. Los padres no distaban de acceder a estos fervientes votos de aquellos piadosos colonos; pero la ciudad de la Serena era por entónces tan sumamente pobre que no se halló entre sus vecinos un fundador que diese el dinero necesario para que se estableciese un convento o casa de residencia de los jesuitas.

Los vecinos de la Serena, sin embargo, no cesaban de pedir a los padres que enviasen a lo ménos algunos misioneros, si no era posible establecer allí una residencia estable. Accediendo a estos deseos, el padre provincial de la Compañía, Gaspar Sobrino, mandó a aquella ciudad por los años de 1629 dos jesuitas, uno de los cuales era el rector del colejio de Santiago, el padre Vicente Modolell, que algunos años ántes habia fundado la residencia de Buena Esperanza en el Sur de Chile. Llevaban el encargo de dar una mision en el valle de Coquimbo i de observar el terreno para ver si era posible fundar una casa de residencia. Prodijiosos fueron los resultados de esta mision. El padre Sobrino, que los ha consignado en la carta anual de 1630, o relacion de los progresos de la Compañía dirijida a sus superiores de Roma, ha referido allí los milagros operados por los misioneros. Copiamos, como ejemplo, uno solo de ellos. «Llamaron, dice el padre Sobrino, a un padre para que confesase a una española que puesta en artículo de muerte por un hijo que tenia en el vientre ya muerto de tres dias, pedia misericordia. En tan gran peligro llegó el padre, i habiéndola confesado sacó una reliquia de nuestro padre san Ignacio, que tenia en su relicario, i al punto que la enferma se puso al cuello la reliquia, desembarazó de la criatura muerta i quedó sin lesion alguna. Otro tanto le sucedió al mismo padre con una india que pedia la reliquia del santo, mas (sin duda por no ser persona de calidad) enviósele una imájen del mismo santo, i con ella consiguió otro tal beneficio i merced.» El padre jesuita Alonso de Ovalle que ha referido en su voluminosa historia éste e infinitos otros milagros, concluye los de la mision de la Serena con estas palabras: «Si yo quisierà añadir aquí las maravillas que ha obrado i obra cada dia nuestro señor por la intercesion de nuestro padre San Ignacio en toda aquella tierra, particularmente en peligros de partos, no bastaria todo este libro. En hallándose alguna se-

ñora en cualquier peligro de estos, se acoje al comun refujio de las que lo padecen, i suele acontecer que al entrar la santa reliquia por la puerta, echa la criatura o las pares, i sale del peligro en que estaba» (1).

El padre Sobrino dice tambien en la referida carta que el cabildo i los vecinos de la Serena pidieron empeñosamente a los jesuitas que fundaran allí una casa o convento, ofreciendo al efecto, una casa, una estancia i seis mil pesos en plata; pero no encuentro esta noticia confirmada en otras fuentes, i consta ademas que los padres se volvieron sin haber hecho nada para la fundacion, i dejando a esos habitantes sumidos en el mayor dolor, recordando sin duda que su pobreza era la verdadera causa de que los jesuitas no se establecieran de fijo para consolarlos en sus tribulaciones.

Apesar de este contratiempo, los vecinos de la Serena renovaron sus instancias para que se les mandaran nuevos misioneros. El padre vice provincial Juan de Albis, accedió a estos deseos; i en 1633 hizo salir otra mision compuesta de dos padres, uno de los cuales llamado Juan Riveros, habia estado en aquella ciudad con el padre Modolell i tenia mui buenas relaciones. Llevaban éstos el encargo de «tantear como se podria disponer la fundacion que tanto deseaban aquellos vecinos.» Los misioneros se hospedaron en la casa del cura de la Serena don Rodrigo de Novia i Araya, i dieron principio a la predicacion, operando los milagros i beneficios de costumbre. Al mismo tiempo se hacian algunos arreglos i juntas de cabildo para tratar de retener a los padres en la ciudad. Faltaban uno o varios capitalistas que pudieran hacer una fundacion; pero todos los vecinos se comprometieron por escritura a dar un tanto cada uno segun su fortuna para el sustento de los padres, ofreciendo unos pagar en tierra i otros en dinero. Los padres no pudieron negarse a tanta exijencia, recojieron el dinero que se les ofrecia i compraron un solar en que edificaron una casa i una iglesia provisorias. Los relijiosos agustinos, cuyo templo quedó calle de por medio con el de los jesuitas, no perdonaron esfuerzo para servirlos i para obtener de los vecinos auxilios i erogaciones en favor de la Compañía.

El año de 1654 se hizo sentir en todo Chile una horrible epidemia de viruelas, que repitió sus estragos el año siguiente. La ciudad de la Serena sufrió las terribles consecuencias de este azote: la jente pobre, i en particular los indios i los negros, morian por centenares en la ciudad i en los campos. Los jesuitas, al decir de los cronistas de la Compañía, desplegaron en esta ocasion un gran celo para prestar a

(1)P. Ovalle, *Histórica relacion del reino de Chile*, paj. 366.

los apestados los socorros espirituales i los corporales. Confesaban a los enfermos, los consolaban en sus tribulaciones i les repartian algun alimento; pero como esta jenerosidad podria hacer creer que los padres habian olvidado sus principios de economía, los cronistas de la órden se apresuran a decir que para ello exijeron de los ricos o personas acomodadas las erogaciones en dinero, que reducidas a pan i otros alimentos, eran distribuidas por los padres. Uno de los cronistas agrega que esta obra de caridad produjo una grande edificacion en toda la Serena.

En efecto, los piadosos vecinos de esa ciudad estaban mui contentos de tener en su recinto algunos padres jesuitas; «mas, fueles a éstos necesario, dice el padre Olivares, retirarse a la ciudad de Santiago, por que con la peste se menoscabaron mucho los caudales: la falta de jente de servicio que se llevó el contajio, arruinó muchas haciendas; i no se pudo proseguir la fundacion de la residencia, por cuya causa los superiores suspendieron el intento de fundar hasta mejor ocasion.» Los empobrecidos vecinos de la Serena, despues de sufrir tantos otros males, pasaron por el dolor de ver que los padres los abandonaban por estar ellos en la miseria, i que se volvian a Santiago i a otros puntos donde habia personas mas acaudaladas que podian convertirse en fundadores i benefactores de la Compañía.

Asi se acabaron por entónces las misiones jesuíticas en el distrito de Coquimbo; pero Dios que con su divina providencia iba disponiendo la fundacion de un colejio, inspiró a un rico caballero llamado don Antonio Recalde Arrandolaza, para que se ofreciese a ser su fundador. Era Recalde chileno de nacimiento; pero habia desempeñado en Lima el cargo de contador mayor del juzgado de bienes de difuntos. Habiendo sufrido grandes desengaños en aquella ciudad, renunció ese destino i se estableció en Santiago. Segun el jesuita Olivares, Recalde tenia frecuente trato con Dios, a quien preguntó en una de sus conferencias, en qué obra pia podia emplear sus cuantiosos bienes. Dios le aconsejó entónces que fundase con ellos un colejio o convento de jesuitas en la ciudad de la Serena. «Comunicado esto con los padres, agrega Olivares, todos aprobaron sus buenos deseos i aplaudieron su determinacion como venida del cielo.»

No tenemos constancia de la suma a que montó la donacion de Recalde, pero en otra parte de la obra del padre Olivares hallamos estas palabras: «ningun colejio de Compañía de Jesus de Chile ni de otra parte, tuvo tanto de principal para su creacion;» lo que hace creer que a lo ménos esta donacion pasó de 50,000 pesos. Los pa-

dres, sin embargo, parecian manifestar que aquella suma no bastaba para la fundacion, i por eso, en vez de comenzar luego la obra, enviaron dos misioneros, uno de los cuales fué el padre Zúñiga, el hijo del marques de Baydes de que ya hemos hablado en estos apuntes. Dieron éstos la mision, i en seguida pidieron al vecindario una limosna para la obra que proyectaban. El resultado de este espediente fué tan feliz que en un solo dia se juntaron cuatro mil pesos de donativos. Probablemente, los padres no se dieron por satisfechos con este producto de la colecta, porque luego se volvieron a Santiago, dejando a los vecinos de la Serena sumidos en el dolor, lamentando la miseria de su suerte que no les permitia, aun despues de haber hecho todos los sacrificios posibles, contar con un convento de jesuitas.

Así quedaron las cosas durante algun tiempo. En diciembre de 1672, convencidos sin duda los padres de que no se podia sacar mas dinero de la ciudad de la Serena, enviaron de Santiago tres misioneros con encargo de fundar residencia. Estos predicaron con gran fervor hasta fines de la cuaresma inmediata en la ciudad i en los campos vecinos; despues de lo cual una señora viuda, cuyo nombre no mencionan las crónicas, hizo donacion a los misioneros de un espacioso i cómodo solar. Allí habrian fundado su convento los padres misioneros, a pesar de la oposicion de otra órden de relijiosos; pero ocurrió entónces uno de esos milagros tan frecuentes en la historia de los jesuitas, que modificó su determinacion. Vamos a referir este milagro con las propias palabras con que se halla contado en la crónica de la Compañía.

«Vivian dos señoras hermanas en un sitio, i por acercarse mas a la plaza, lo habian desamparado i vendido. Una noche, en lo mas profundo del sueño, vió una de ellas que los padres de la Compañía iban a fundar allí, que los criados conducian sus trastos a aquel paraje, i que preguntados por qué los llevaban, respondian que era de los padres de la Compañía que se iban a vivir a aquel sitio. Despertó la señora despavorida, i no viendo nada de lo que habia visto en sueños, contó a su hermana lo que habia soñado, i riéronse ambas como de cosa disparatada; siendo aviso de nuestro señor, quien disponia que hiciesen allí su casa los padres. A la mañana siguiente, cuando salieron a la puerta de su casa, vieron a los padres en lo alto de un cerrito que está allí junto, donde hai una hermita de Santa Lucía, que habiéndoseles ofrecido aquella noche como un sitio a propósito i de muchas conveniencias, estaban mirándolo todo con cuidado i discurriendo acerca de la fábrica. Luego que la señora los vió

en el cerro quedó asustada acordándose del sueño, i llamando a su hermana, le dijo.—«¿Ves allí a los padres que sin duda estarán discurriendo en lo mismo que yo soñé?» I resolvióse a que no habia de vender el sitio, tanto que se negó a los padres i a las personas que le fueron a tratar del intento. Mas como era eleccion de Dios, él mismo la movió para que fuese a ver a los padres i les dijese que no podia resistir a los impulsos divinos que la movian i le decian que les diese aquel sitio.» Los padres no podian negarse a aceptar esta donacion, porque aunque aquella mujer era mui pobre, Dios les mandaba claramente a ellos tomar posesion de aquel solar. En cambio de éste, los jesuitas dieron durante su vida a esa piadosa mujer uno de los muchos sitios que les habia donado en Valparaiso el jeneroso i acaudalado contador Recalde.

Obtenido este sitio de una manera tan milagrosa, los jesuitas comenzaron la construccion de su convento el 18 de abril de 1673, en medio de una gran fiesta a que concurrieron el cabildo, los clérigos que habia en aquella ciudad i todos los padres de las comunidades relijiosas. La obra quedó concluida tres años despues. Aquel convento contenia una estensa huerta con olivos i árboles frutales, poseia una buena iglesia cuya puerta daba a la calle principal que va a la plaza, tenia una hermosa plazuela, en donde los caballeros de la ciudad hacian en ciertas fiestas sus juegos de cañas, i estaba colocado en tan ventajosa situacion que desde él se descubria toda la bahía i los buques que llegaban a ella. Este convento i esta iglesia sufrieron mucho en el ataque dado a la ciudad en diciembre de 1680 por las fuerzas inglesas que mandaba el capitan Bartolomé Sharp, cuyo recuerdo conserva hasta ahora la tradicion popular; porque como ajentes del demonio, segun decian los padres, los ingleses quisieron saquear, incendiar i destruir las residencias del mas formidable enemigo que éste tenia en la Serena. Una vez evacuada la ciudad, los jesuitas pudieron reparar su casa i remediar las pérdidas no solo con las limosnas i donativos que recojieron, sino con el producto de las propiedades que poseian en aquel distrito. En efecto, con el dinero donado por Recalde, los jesuitas compraron una chacra de tierras mui fértiles i con un olivar en las inmediaciones de la ciudad; una hacienda con mui buenos pastos para crianza, a ocho leguas hácia el norte; i otra hacienda mejor que la anterior en el valle de Elqui. Los productos de estas tres propiedades bastaban para el sostenimiento del colejio de la Serena, i aun dejaban cada año un sobrante considerable que pasaba a incrementar el tesoro colosal de los jesuitas.

El territorio de Cuyo, que forma ahora tres provincias de la Repú-

blica Arjentina, las de Mendoza, San Juan i San Luis, estuvo bajo la dominacion española largos años dependiente del gobierno de Chile. La provincia de la Compañía de Jesus en este país, comprendió tambien aquel territorio, de manera que las misiones i casas de jesuitas establecidos allí, dependian del provincial establecido en Santiago de Chile. Esto nos induce a consignar aquí algunas noticias acerca de las riquezas que allí poseyeron los padres jesuitas.

A los mui pocos años de haber llegado a Chile, los padres pensaron en establecerse en Mendoza, con el propósito sin duda de acercarse a la ciudad de Córdova del Tucuman, que era entónces el centro o capital de todos los jesuitas de esta parte de América. El padre provincial Diego de Torres, en un viaje que hizo al traves de la pampa para venir a Chile, observó en Mendoza las ventajas espirituales i temporales que resultarian a la Compañía con el establecimiento de una casa de residencia, mandó que desde Córdova salieran dos padres, Juan Pastor i Alejandro Faya, i desde Chile hizo salir un hermano coadjutor, llamado Fabian Martinez para que dirijiese la construccion de la casa i de la iglesia. Los padres se encontraron reunidos en Mendoza a fines de 1618, i dieron principio al trabajo contando para ello con una valiosa donacion. El capitan Lope de la Peña, hombre celoso por la gloria de Dios, como lo llaman los jesuitas, ofreció jenerosamente una casa con una viña i ademas una chacra, que los padres recibieron a título de fundacion. Luego llegaron otros jesuitas a aquella casa, i comenzaron las predicaciones, la conversion de infieles, la correccion de los pecadores i los milagros repetidos i portentosos que por todas partes señalaban el tránsito de los padres en el nuevo mundo. Estos prodijios fueron causa de que no les faltasen nunca los auxilios temporales. El capitan José de Morales, oyendo el fruto que se sacaba de aquellas misiones, i dispuesto a gastar por los jesuitas hasta el último real de su fortuna, los socorrió por espacio de treinta años de cuanto fué necesario para su subsistencia. Pero todavía lo excedió en esto otro capitan llamado don José de Villegas, que cedió a los padres una hermosa estancia situada al sur de Mendoza, en el valle de Uco, capaz de mantener diez mil vacas. En ella pusieron los padres una gran crianza de ganado vacuno; i ensanchando la viña, establecieron un gran negocio, porque mandaban sus vinos a Buenos Aires, donde se vendian con mui buena cuenta por no haberlos allí, i obteniendo en retorno las mercaderías europeas que hacian falta en el comercio de Mendoza.

En esta hacienda hallaron los padres ciertas muestras i documentos que probaban que el apóstol Santo Tomas, mil quinientos años de

la venida de los españoles, habia recorrido una gran parte de la América, predicando el cristianismo a los indios, que no habian querido oirlo, i en seguida a los animales que se habian mostrado mucho mas dóciles i atentos a la predicacion. Son tan curiosos estos hechos i son tan pocos los que los conocen, que nos vamos a permitir hacer una breve digresion sobre el particular.

Los indijinas del Brasil conservaban la tradicion de un hombre blanco i barbon que en años atras habia visitado aquel territorio, i enseñado a sus pobladores el cultivo de ciertas plantas útiles i otras nociones igualmente importantes. Este personaje misterioso, cuya historia tiene muchas afinidades con otras tradiciones conservadas por los indios de Méjico, de Nueva Granada i del Perú, era llamado *Sumé* por los brasileros. Al principio nadie hizo caso de estos recuerdos vagos i confusos; pero cuando llegaron los jesuitas al Brasil, pusieron en juego toda su sagacidad filolójica i teolójica para descubrir la verdad. Sumé, dijeron ellos, es lo mismo que Tomé (Tomas en portugues); i como Jesus mandó a sus apóstoles que predicaran el evanjelio en todo el mundo, el Sumé o Tomé de la tradicion brasilera no puede ser otro que el apóstol Santo Tomas. Continuando estas curiosas investigaciones, i contando un poco con la fé candorosa de los siglos XVI i XVII, los jesuitas llegaron a descubrir que los indíjenas de América se habian resistido a escuchar la palabra del apóstol, el cual no habia tenido mas sectarios que los animales de las selvas; i lo que es mas prodijioso, encontraron en muchas rocas, en Bahía, en Cabo Frio i en San Vicente, estampadas las huellas de las pisadas del santo Apóstol. Dos jesuitas portugueses, el padre Manuel de Nobrega, que visitó el Brasil a mediados del siglo XVI, i el padre Simon de Vasconcellos, que vivió en él en la segunda mitad del siglo siguiente, i que escribió la crónica de los jesuitas en este país, anunciaron al mundo este portentoso descubrimiento histórico.

Pero los jesuitas de Chile no podian conformarse con que el santo apóstol hubiera esplorado solo las costas del Brasil; i si no era posible hacerle pasar las cumbres nevadas de los Andes, querian al ménos que hubiese llegado hasta Mendoza. Su buen deseo les permitió descubrir mui luego la verdad. En su hacienda de Uco hallaron una roca en que estaban estampadas las huellas de Santo Tomas, i las de los animales que acudieron a oir su predicacion, cuando los hombres se negaban a escucharlo. El apóstol ademas habia escrito con el dedo en la roca viva a donde subia a predicar, muchos fragmentos del evanjelio i el dulce nombre de Jesus. La escritura de santo Tomas era de tal modo ininteljible que cuando el padre Diego de Rosales

hizo sacar una copia fidelísima de aquella inscripcion (en 1663), i la envió a Europa para que fuera interpretada por los mas grandes eruditos, nadie entendió una palabra, ni siquiera se pudo conocer si aquellos signos eran o nó letras; pero los padres de Mendoza comprendieron que allí estaba escrito el evanjelio; i en sus predicaciones hacian llorar a lágrima viva a los infelices indios cada vez que les reprochaban la obstinacion de sus mayores que se negaron a oir la palabra del apóstol, dejándolos a ellos sumidos en la ignorancia de la fé.

Desde esa residencia de Mendoza, los padres jesuitas comenzaron a misionar en los lugares inmediatos, i particularmente en aquellos en que pudieran establecerse mas tarde. Visitaron con este motivo la ciudad de San Juan, donde fueron recibidos con el mayor contento por los piadosos vecinos. Fué inútil que éstos rogaran a los padres para conseguir que se estableciesen allí: los colonos de un pueblo tan apartado i pobre no podian ofrecer una valiosa fundacion capaz de determinar a los misioneros a fijar su residencia. Por fin, en 1655, habiendo ido los jesuitas a misionar en ese lugar, el correjidor del distrito, el cabildo i todos los vecinos se resolvieron a no dejarlos salir. Reuniéronse al efecto, levantaron una suscripcion jeneral, i escribieron al padre provincial de la Compañía pidiéndole que enviase los padres a fundar una residencia, i ofreciéndose a subvenir a todos los gastos. El provincial mandó dos jesuitas, uno de los cuales era el padre Cristobal Diosdado, hombre activo i conocedor de aquel vecindario. Se les dió un estenso solar en la misma plaza del pueblo, como tambien el dinero para edificar el convento. El capitan Gabriel de Malla, excediéndose a todos sus compatriotas, hizo donacion de una hacienda i de una viña, con lo cual creia asegurar la subsistencia de los jesuitas.

Pero los padres querian algo mas que esto. Es cierto que la predicacion les habia permitido adelantar mucho los intereses espirituales de la provincia, i que no faltaban las confesiones jenerales, la correccion de los pecadores, ni los prodijios de otra naturaleza; pero los intereses temporales de los padres adelantaban tan poco, que se resolvieron a abandonar la ciudad para salir a misionar por otra parte. Los vecinos de San Juan, por su lado, creian haber hecho todo lo que podia exijírseles, i dejaron partir a los padres sin ofrecerles nuevas donaciones. Fué aquella una ingratitud imperdonable, que los padres castigaron convenientemente retirándose de la ciudad dispuestos a no volver mas a ella.

Su resentimiento no fué de larga duracion, porque el jeneroso co-

razon de los padres estaba dispuesto a perdonarlo todo. En efecto, luego supieron que un caballero vizcaino avecindado en San Juan i llamado don Francisco Marigota, hacia donacion a los jesuitas de una valiosa hacienda que poseia a orillas del rio que baña la ciudad, i junto a la laguna Guanacache. Como esa hacienda era la mejor de toda la provincia, los padres se resolvieron a volver a San Juan, a ocupar la casa que habian abandonado. El mismo Marigota, que no tenia hijos ni deudos en América, compró poco despues para los padres un estenso solar que estaba vecino al que ya ocupaban, de manera que poseyeron entónces una manzana entera en el centro de la poblacion. Poco despues, una señora de Mendoza, cuyo nombre no hallamos mencionado, les obsequió una viña en San Juan i algunos esclavos, que fueron destinados al cultivo de sus haciendas. Por último, un clérigo llamado Rodrigo de Quiroga, que ántes habia sido padre de la Compañía, i que salió de ella no sabemos por qué causa, quiso que se le permitiera volver a ella a la hora de la muerte; i para conseguir este favor hizo donacion de sus bienes, entre los cuales figuraban una viña i alguna plata labrada, i consiguió que una hermana suya llamada Agustina Quiroga hiciera a los padres igual donacion. Desde entónces, los negocios temporales de la Compañía de Jesus en San Juan, marcharon perfectamente. Sus haciendas fueron llenándose de ganados: los productos que de ellas recojian los jesuitas se vendian regularmente, i el tesoro de los padres siguió incrementándose. Estos no volvieron a hablar mas de abandonar aquella tierra que les proporcionaba almas que ganar para el cielo, i ausilios pecuniarios para sobrellevar con algun consuelo las miserias de esta vida.

En el distrito de San Luis tambien tuvieron los jesuitas una casa de residencia i una buena propiedad rural. De Mendoza salian de vez en cuando algunos misioneros que llevaban el encargo no solo de convertir a los infieles i pecadores, sino de adquirir una casa en la ciudad cuando Dios abriese camino para ello, como dice uno de los cronistas de la Compañía. Habiendo vuelto los padres en 1735, lograron comprar en remate una casa edificada con un solar de una cuadra cuadrada. Las piadosas erogaciones de los vecinos dieron para pagarla, pues que solo costó cuatrocientos pesos. A pesar de que los vecinos dieron jenerosamente algun ganado para el sustento de los padres, la fundacion no se pudo llevar a cabo porque faltaba un fundador, esto es un hombre bastante rico que pudiese dar una hacienda. Pero no tardó mucho en presentarse uno: Dios movió a un caballero de Santiago llamado don Andres de Toro a que diese a los padres en 1728 una estensa propiedad que tenia en el distrito de San Luis. Don

Andres de Toro mereció el título de fundador; pero luego vinieron los benefactores a poblar de ganados la hacienda de los padres. El mas jeneroso de todos ellos fué el cura don José Sarmiento, que les hizo cesion de las entradas de diezmos durante dos años. Ese distrito, sin embargo, era tan pobre que aunque los jesuitas predicaron muchas veces que Dios paga doscientos i hasta setecientos por uno al que se despoja de sus bienes para dárselos a él, o a ellos que es lo mismo, los habitantes de San Luis no pudieron hacer mas considerables donativos. Su pobreza les impedia hacer el buen negocio de prestar a los jesuitas a tan buen interes como estos ofrecian pagar.....en la otra vida.

Hemos pasado ya en revista la historia de muchas de las adquisiciones de tierras, casas, quintas, chacras i haciendas, que los jesuitas hicieron en la capitanía jeneral de Chile. Todas nuestras dilijencias, sin embargo, no han bastado para descubrir noticias acerca de algunas otras propiedades que poseyó la Compañía, de tal suerte que no podemos preciarnos de haber trazado un cuadro completo, sino solo lijeros apuntes que tal vez hayan de servir a algun historiador mas afortunado que nosotros para completar la investigacion.

Pero, para dar cima a este breve ensayo histórico sobre las riquezas de los antiguos jesuitas de Chile, nos es forzoso consignar noticias de otro órden acerca de la manera de administrar los caudales i de esplotar otras industrias, que incrementaron considerablemente sus tesoros. Esa será la materia de un artículo posterior.

DIEGO BARROS ARANA.

CRÓNICA LITERARIA

HISTORIA DE LA FUNDACION DE BOLIVIA I LO QUE FUÉ PARA ELLA LA ADMINISTRACION SUCRE

Tal es el título, poco correcto en verdad pero mui sonoro, con que don Jorje Mallo ha querido encabezar un opúsculo de 81 pájinas en 4.° mayor a dos columnas, publicado no há mucho en la «Imprenta Boliviana», de Sucre, i en el cual se ven reunidos una serie de artículos sueltos, que el domingo 25 de mayo del año de gracia de 1871, dejaron de aparecer en la *Actualidad*, periódico de aquella misma capital.

Antiguo, mui honrado i mui laborioso funcionario público, el señor Mallo, durante sus largos ocios de jubilado, ha solido caer en la tentacion de escribir para la prensa boliviana, que le cuenta, si no entre sus artífices, maestros de taller u operarios de obra chica ni grande, a lo menos entre sus mas inofensivos i bien intencionados proveedores.

Su reciente opúsculo es una nómina o inventario, con glosas i acotaciones esplicativas, de algunos acontecimientos públicos, desde la intervencion de las armas colombianas en el Perú hasta la caída del jeneral Sucre en Bolivia. Constituyen el cuerpo de la obra cuadros sinópticos, trozos de gaceta o folleto, partes de batallas, capitulaciones de vencidos, sentencias de consejos de guerra, decretos i resoluciones gubernativas, leyes, oficios i proclamas: todo en su rigor testual i con la debida puntualidad i exactitud de sellos, timbres fechas, firmas i rúbricas con que fueron rejistrados por los boletines i gacetas del Gobierno.

Tocante a la sagacidad en la investigacion, al discernimiento en la coordinacion i enlace de los hechos, a las dotes de la narrativa histórica, a los rasgos de estilo i al castellano que usa el señor Mallo, el lector puede juzgar por sí mismo en vista del siguiente párrafo, que refiriéndose nada ménos que a las causas que motivaron la fundacion de Bolivia, patria del autor, es uno de los tantos broches de oro con que éste junta, compajina i remacha los dispersos documentos oficiales de la época. Dice así:

«En aquella ciudad clásica (el Cuzco) sucedió un incidente respecto a la suerte que se preparaba a las provincias del Alto-Perú, tan notable, i de tanta trascendencia, que bien se podria comparar con aquella frase de Mr. Bourriene. Estando el jeneral Bonaparte sometido a juicio, i no hallándose ese Jenio conforme con las prescindencias al medio de la revolucion, pidió en un memorial dirijido al Gobierno una mision a la Turquía: dice, que si se hubiera puesto abajo de ese memorial la palabra «acordé,» se hubieran cambiado los fastos de la Europa. Así podemos suponer que habria sucedido con la idea del Gran Mariscal relativamente al jeneral Gamarra que se hallaba en aquella ciudad i era uno de los victoriosos de Ayacucho, a quién le dijo: «El jeneral Olañeta, desechando mis francas i ámplias invitaciones para tratar con él, se ha retirado al sur. Ud. es peruano, i debe Ud. ir a arreglar esos restos.» Si en este momento hubiera sido la contestacion un «Sí,» esa palabra hubiera sido de virus epiléptico i habria obstruido las esperanzas de los pueblos, que poco despues fueron el vehículo feliz para la fundacion de una república hija predilecta del grande i inmortal Bolívar. En buena hora la contestacion fué diferente, i causó la marcha del Gran Mariscal en persona.»

Empleado en uno de los ministerios del Despacho del jeneral Sucre, i testigo de muchos sucesos familiares i de algunos incidentes hoi desconocidos, el señor Mallo hubiera conseguido dar a su opúsculo el mas grande interes histórico, si se hubiera dedicado a consignar únicamente lo que él supo, observó i presenció en esos dias por tantos títulos solemnes i memorables. Ciertos pasajes en que el benemérito i fidedigno oficinista coordina sus remotos recuerdos juveniles, son sin disputa lo único curioso i que merezca notarse en la *Historia de la fundacion de Bolivia*.

BREVE RESÚMEN DE LAS LECCIONES DE LA HISTORIA DE BOLIVIA DADAS EN EL LICEO COLON DE COCHABAMBA, POR EL DIRECTOR I PROFESOR DE HISTORIA LUIS MARIANO GUZMAN.

Hé aquí otro título que por tener de sobra un *la*, no es talvez mas limpio que el de la obra anterior. Este por carta de mas i aquél por carta de ménos, vienen a mostrar que la gramática suele ser un delator precipitadamente indiscreto.

La «Imprenta del Siglo» publicó el año antepasado de 1870 en Cochabamba, la primera parte de este utilísimo testo de enseñanza, i el mismo establecimiento acaba de dar a la estampa la segunda parte, formando ambas un 4.° español de 126 pájinas de impresion nutrida si bien poco elegante.

Mui estimado en el país por las bellas prendas de su carácter, el autor es un abogado distinguido de Cochabamba, que ha servido ántes de ahora algunos cargos en la majistratura i en la ensañanza, i que actualmente preside el Consejo Universitario de aquel distrito como cancelario o rector de la Universidad de San Simon. Se conocen de él algunos opúsculos destinados a las escuelas primarias.

La obra del señor Guzman es un bosquejo histórico, en forma didáctica, clara i sencilla, de los sucesos militares i políticos del Alto-Perú desde el célebre grito de Chuquisaca (hoi Sucre) el 25 de mayo de 1809, hasta la batalla de Ayacucho en diciembre 9 de 1824; i desde que esta espléndida victoria dejó aquellas vastas i ricas provincias árbitras libres de su suerte, hasta la batalla de Ingavi, noviembre 18 de 1841, que trajo por resultado el afianzamiento del jeneral Ballivian en el mando supremo de Bolivia.

Sin añadir nada nuevo o de propia investigacion al relato de las efemérides o fastos militares que constituyen el primer período, llamado «guerra de quince años», i tomando en jeneral por guia en todo su libro a los autores nacionales i estranjeros mas conocidos, el señor Guzman ha tratado principalmente de encadenar con método los sucesos, fijando con escrupulosidad las fechas i añadiendo una que otra circunstancia interesante. Es lástima que con este último propósito haya algunas veces relajado la estricta concision del relato, introduciendo en el texto citaciones mas o ménos autorizadas i pruebas testimoniales en casos de poca importancia. Unas i otras hubieran venido mejor en otro lugar.

El autor se permite dos rápidas pero mui oportunas escursiones al campo de la América indíjina i colonial.

Las partes del libro del señor Guzman que encierran mas interes para los que desean que algo adelante el estudio, todavía rudimental, de la historia de Bolivia, son las que se refieren al desmembramiento autonómico del Alto-Perú entre mil peligros i complicaciones, i a las aventuras políticas del jeneral Santa-Cruz como autor i protector de la Confederacion Perú-Boliviana.

Esta última parte ha sido hasta aquí esplorada apénas por mui pocos, siguiendo las veredas o senderos de los documentos oficiales i publicaciones contemporáneas. Falta cruzar en todas direcciones esta floresta vírjen i que encierra de seguro muchos secretos curiosos, importantes i tristes. Una rápida ojeada al cúmulo de papeles que fueron del señor Pedro Antonio de La-Torre, ministro del Perú en Bolivia durante los cinco años que precedieron a la intervencion de Santa-Cruz, i despues uno de los mas caracterizados federalistas i amigos del Protector, nos ha hecho ver cuán poco dicen por sí solos los despachos i decretos de esa época clásica de hipocrecía oficial, si no son interpretados con el ausilio de las cartas i otros papeles confidenciales de los personajes que en esos sucesos figuraron. La parsimonia i circunspeccion del señor Guzman en esta parte le impide ciertamente dar mayores proporciones i mas relieve a sus cuadros; pero si la elaboracion histórica nada avanza ni gana por este lado, en cambio la verdad que se funda en la autenticidad i evidencia de los hechos no esperimenta ningun menoscabo. Es laudable el acierto con que el autor se contrae a puntualizar de una manera clara i sencilla esa parte de los hechos ya perfectamente averiguada, pero que ántes de ahora se trasmitia i circulaba, o por conducto de una especie de tradicion inconexa i aun a veces contradictoria, o merced a los someros relatos del señor Cortés en su *Ensayo sobre la historia de Bolivia*, que en esta parte deja mucho que desear. La escrupulosidad del señor Guzman es ya un paso adelante, i la señalamos como un verdadero progreso.

Pero lo que ha llamado mas nuestra atencion en su libro, es lo referente a la fundacion de Bolivia, a su organizacion como república democrática i a los ensayos de una administracion esperta i magnánima, como fué la que señaló en la historia sus primeros pasos de Estado independiente i soberano. La gran figura de Sucre llena aquel período memorable; i es de notar que, para el esclarecimiento de los disturbios i conflictos de todo jénero que ocasionaron su separacion de Bolivia, el autor del *Breve resúmen* trae al debate histórico un documento nuevo, inédito i de la mayor importancia, haciéndolo valer con toda eficacia en dos capítulos del libro. Hablamos de un dia-

rio de don Miguel María de Aguirre, testigo ocular i actor de esos sucesos, que ha intervenido no poco desde entónces en la direccion de los negocios públicos, i cuyas informaciones, sin duda ninguna de gran peso, ilustrarán muchos puntos oscuros cuando se den a la prensa i se sometan al exámen discreto e imparcial de la crítica histórica.

A medida que se alejan los hechos las pruebas como que van apareciendo. La jenerosidad de nuestro amigo don Daniel Calvo ha hecho caer en nuestras manos un arsenal riquísimo de documentos orijinales, que así como los apuntes del señor Aguirre, todavía no han visto la luz pública: tales son los papeles del jeneral Sucre en Bolivia. Otro donativo debido a la amistad, ha venido a aumentar este tesoro de manuscritos i de curiosos autógrafos con las cartas del jeneral Sucre i otros personajes al jeneral don Gregorio Fernandez, cuyos dos hijos don Emilio i don Francisco no temen el esclarecimiento de sucesos en que su señor padre no manchó, como es notorio, su reputacion.

Una mera inspeccion de curiosidad sobre estos papeles, que si en verdad dicen poco acerca de los disturbios de 1828 abren en cambio horizontes variados a la investigacion de los años anteriores, nos ha hecho notar a la lijera anchos vacíos i algunas inexactitudes en el *Breve resúmen de las lecciones de historia de Bolivia*. Pero estas últimas no son de mucha monta, i en jeneral esos papeles confirman i refuerzan los asertos i juicios del señor Guzman, dando a su libro un grado no despreciable de autoridad, i permitiendo sin ningun peligro su adopcion como texto de enseñanza.

AJUSTE DE PIQUIZA EN 1828

EL JENERAL PEDRO BLANCO I LOS SUCESOS POLÍTICOS DE 1828

BIOGRAFÍA DEL JENERAL PEDRO BLANCO

Don Evaristo Valle, patriota pundonoroso i altivo, cortesano del aura popular, déspota de la prudencia política i de la ortografía castellana, a las cuales suele a veces tratar como a cobrador de cuentas atrasadas, se le antojó hacer el año pasado en el congreso boliviano

la reseña histórica de todos los gobiernos que ha tenido su país; i al formular sus apreciaciones con la independencia i franqueza que le son características, tuvo a bien colocarse en el punto de vista de las personas, de los pecados capitales i de las siete virtudes ausentes.

La asamblea, compuesta de elementos heterojéneos, discordantes i aun antagonistas, si bien ligados en la ocasion por el escarmiento de los últimos seis años i por el anhelo sincero de salvar el país, se estremecia i se sacudia de nervios con los escobillazos terriblemente infantiles de Valle. Todo era sudar i trasudar mares de bochorno al soplo de ciertos *recorderis* de una importunidad desapiadada. Los miembros del augusto cuerpo crujian en sus articulaciones i coyunturas como buscando su natural desconcierto. Cuentan que ese magnífico agrupamiento de padres conscriptos, semejante poco há a una sementera lozana, tersa i ondulante, presentaba despues el aspecto de un campo de gavillas segadas para la trilla i desparramadas aquí i allá.

Escusado es advertir que de la carrera de vaqueta escapó ilesa la dictadura Linares, de la cual habia formado parte, como Ministro de Instruccion Pública, el orador opinante.

Valle es lo que puede llamarse un hombre de «sangre liviana» i un decidor mui injenioso i picante; pero tiene, ademas, una virtud mui rara en Bolivia, virtud que allá muchos quisieran tener i no pueden: integridad política incontrastable i puesta a prueba cien veces. Así es que las palabras por él lanzadas en la tribuna, sin provocar conflictos ni desafueros, resonaron en todos los ámbitos de la república.

Melchor Guioja compuso un arte de sacar provecho de los malos libros. Si se hubiese de escribir otro sobre las ventajas que se pueden reportar de las arengas inútiles e impertinentes, la de don Evaristo Valle figuraria de seguro allí en primera línea.

Pues conviene saber, que, no bien la prensa hubo divulgado los fallos verticales de su oratoria, cuando, sin mas estímulo que contradecirle, se pusieron manos a la obra a trabajar, en beneficio del esclarecimiento de ciertas tinieblas pasadas, los autores de los tres opúsculos en 4.° menor publicados recientemente por la «Imprenta del Siglo» en Cochabamba, opúsculos cuyos títulos encabezan estas líneas.

El ajuste de Piquiza en 1828 fué la primera muestra de esta importante elaboracion histórica.

Con el propósito declarado de espulsar a los colombianos i derrocar la administracion del jeneral Sucre, Gamarra, a la cabeza de un ejército peruano invadió Bolivia en mayo de 1828, de acuerdo i en

connivencia con una faccion política del país i con algunos jefes del ejército boliviano, entre éstos el coronel Pedro Blanco, que con las tropas de su mando secundó poderosamente la ocupacion i el predominio del peruano. Desconcertado el ejército de Bolivia ántes de combatir, los que entónces tenian la investidura del mando supremo tuvieron por conveniente capitular con Gamarra. Así lo verificaron el 6 de julio, obligándose entre otras cosas a hacer admitir a Sucre su renuncia por un congreso, a activar la salida de las tropas colombianas, a rever la constitucion vijente i a ascender a Blanco al grado de jeneral.

Don Miguel María de Aguirre, que por parte de Bolivia fué uno de los que suscribieron este arreglo, es el autor del *Ajuste de Piquiza en* 1828, i en él se contrae a defenderse de los cargos que, como a signatario, formuló en su contra el diputado Valle.

Como es fácil concebir, semejante intento no ha podido ménos que introducir al autor en el relato de los sucesos de esa época, suministrándole la ocasion de prestar a la historia informaciones dignas de tomarse en cuenta.

«Dice Tácito, que los horrores que refiere de los reinados de Calígula i de Neron, los oyó a los viejos que alcanzaron su juventud; yo, viejo, refiero tambien a los jóvenes que han alcanzado mi vejez, los sucesos del año 28 tan remarcables en nuestra historia, con toda verdad i exactitud, para que los conozcan a fondo i no se dejen alucinar con las falsas i exajeradas apreciaciones, que de ellos hace la crítica intolerante i parcial de los contemporáneos.»

Absteniéndonos por ahora de examinar el peso de este documento, escrito, como se ve, en lenguaje franco, tosco i firme, debemos advertir únicamente que, no aduciendo el señor Aguirre en él otras pruebas esternas nuevas o desconocidas, su testimonio, mui respetable i fidedigno, vale tan solo por sí en algunos puntos, debiendo por lo mismo reputarse como su declaracion o confesion en aquel gran proceso de la historia boliviana.

El convenio de Piquiza fué inmediata i puntualmente puesto en ejecucion. Sucre dejó Bolivia. La faccion enemiga, preponderante en la asamblea que se convocó conforme a ese convenio i bajo la presion de las armas invasoras, elijió presidente de la república al jeneral Pedro Blanco.

A estos sucesos se referia el diputado Valle cuando dijo que «la traicion de Piquiza abrió las puertas a la ambicion del jeneral Blanco.»

Pero la ambicion de éste, lejítima i conveniente si bien lo quieren sus defensores, i por mas rica en promesas que se la suponga, llevó al co-

ronamiento de su buen éxito dos vicios mortales, que hacian por entónces frájil i perecedera la presidencia del jeneral: la inmolacion política del Gran Mariscal de Ayacucho, cuya persona era singularmente amada por toda la nacion; el apoyo de las armas estranjeras. Lo estraordinario del caso estuvo en la increible impaciencia con que se precipitaron los acontecimientos.

Pasado el estupor de los primeros momentos, satisfechas las animosidades lugareñas contra la petulancia de la soldadesca colombiana, disipada la perturbacion moral producida en la opinion por aquel antagonismo peligroso de peruanos i colombianos dentro del territorio, a solas consigo misma en medio de una ausencia acusadora, la conciencia pública asomó la cabeza, i, en la forma de una reaccion instintiva contra el nuevo órden de cosas, se levantó armada con toda la enerjía de un sentimiento nuevo i hasta entónces desconocido, el sentimiento de la dignidad nacional. El inicuo asesinato de Blanco no fué obra de venganzas ni del caudillaje ambicioso: fué una espiacion tremenda que no dejó tras sí ni odios ni rencores; fué un desagravio a la vindicta nacional, que en la intervencion de Gamarra i en su obra no vió ya sino el ultraje a los fueros soberanos de la república. Ni entónces ni despues ésta ha llegado jamas a penetrarse, con la vivacidad i certidumbre que el gobierno peruano de entónces, de los riesgos inminentes de una próxima i formidable dominacion vitalicia de Bolívar; como ni tampoco de la urjencia improrrogable de poner a dos dedos de su ruina la entónces no bien asegurada autonomía del país, a trueque de espulsar al jeneral Sucre como a un intruso funesto i temible, atropellando la sinceridad notoria de su desprendimiento, i no omitiendo en vejámen de su persona asechanzas alevosas, carcelazos i balazos.

Tales son las causas interiores, que por atender a las aprehensiones mas o ménos fundadas de la política peruana i colombiana, no han acertado a apreciar con toda su fuerza i jeneralidad, en su esplicacion de los hechos, los honorables hijos del malogrado jeneral Blanco, don Federico i don Cleómedes, autores ambos del opúsculo *El jeneral don Pedro Blanco i los sucesos políticos de* 1828 i del otro mui reciente intitulado *Biografía del jeneral Pedro Blanco;* opúsculos que conteniendo una buena copia de datos, citaciones i documentos, son el fruto de una paciente i concienzuda investigacion histórica; pero en los cuales no siempre se maneja ese tan rico arsenal de armas con pulso certero, ni con esa cauta destreza que sabe herir al contrario sin herirse jamas a sí propio.

De todos modos, proponiéndose con estas publicaciones honrar i

vindicar la memoria del autor de sus dias, que, aparte de cualquier juicio sobre su conducta política en 1828, fué sin duda ninguna un bravo soldado i un nobilísimo carácter, cumplen ante la sociedad i ante sí mismos un piadoso deber, que merecerá de todo corazon bien puesto el mas profundo homenaje de tolerancia i de respeto.

En nuestro concepto, esta publicacion se habia hecho ademas imprescindible. Bolivia ha juzgado desde tiempo atras la conducta del jeneral Blanco en los sucesos de 1828, fallando con una unanimidad hasta cierto punto inconsulta i precipitada. Era tiempo de que se levantase en defensa del acusado una voz autorizada, enérjica i llena de interes. Esa voz se ha hecho oir. Ahora el tribunal de la historia juzgará con pleno conocimiento de causa, i su fallo no será jamas tachado de injusto ni aun siquiera en el modo de proceder.

G. R. M.

Rene Moreno

SIEMPRE CONTIGO!

Siempre contigo! Si negóme el mundo
Hacerte reina de mi pobre hogar,
Siempre contigo me hallarán las horas
En que alivian mis sueños tanto afan.

Feliz contigo en mi niñez vivia,
Contigo siempre imajiné vivir;
Mas el cielo no oyó mi único ruego
I humana lei me separó de tí.

Dueño de tus caricias, inocente,
Ignoro si me amabas i te amé;
Pero en la ausencia conservé dichoso
Tu imájen casta cual mi solo bien.

Te he vuelto a ver: orlaron de diamantes
Tu frente que su labio marchitó.....
I tus sonrisas pálidas no pueden
Velar de tu alma el inmortal dolor.

Te vuelvo a ver, i tu belleza en vano
Provoca mi secreto frenesí:
Antes que mancillarte en mi locura,
Aun me resta valor para morir.

Mas si es un crímen enjugar tu lloro,
Siempre ese crímen lo cometa yo;
Si es un delito amarte, ese delito,
Impune siempre, consintióme Dios.

JORJE ISAACS.

1866

REVISTA DE LA QUINCENA

Santiago, diciembre 1.° *de* 1872.

El tiempo ha continuado perfectamente pacífico i tranquilo. Las calificaciones han terminado, i en Santiago i en la gran mayoría de los departamentos la satisfaccion es jeneral. La prensa de la capital i las provincias así lo manifiesta, i no se han escuchado las reclamaciones que en otro tiempo llenaban sus columnas. Al principio, del personal de las juntas, compuestas esclusivamente de sus amigos, se hizo en Santiago un capítulo de acusacion contra la Municipalidad; pero, aparte de que la lei no impone a los cabildos la obligacion de constituirlas con sus adversarios, una equidad inesperada ha distinguido su conducta. A los optimistas, que en esta ausencia absoluta de descontentos querrian divisar un progreso político notable, podria responderse que ella se esplica por la indiferencia con que el antiguo partido de oposicion ha visto aproximarse i transcurrir este primer período de la época electoral. Pero el hecho es el hecho: no hai reclamaciones, i las juntas calificadoras pueden enorgullecerse de su conducta. Sin salir de la esfera de su deber, todo gobierno tiene elementos propios e inalienables que, permitiéndole permanecer a brazos cruzados en presencia de una lucha de este jénero, obligan sin embargo a los desafectos a entrar en actividad. Para equilibrar las fuerzas naturales de un gobierno es indispensable que multiplique las suyas la oposicion. Esto es lo que ahora se ha olvidado a pesar de que por satisfactoria que sea la marcha de la administracion, siempre hai dos órdenes de ideas perfectamente contradictorios que deben dispu-

tarse el triunfo en la campaña próxima. Los intereses públicos han perdido ya el derecho de ser la preocupacion de los espíritus, i a juzgar por la distancia con que se les mira parece que caminamos a un tiempo en que las jentes se sorprendan de que alguna vez nos hayamos ocupado de política así como hoi nos sorprendemos de que los griegos del Bajo Imperio se hayan ocupado de teolojía alguna vez.

Si nada han importado las calificaciones que son el antecedente irresistible de la constitucion del Congreso de 1873, necesario es confesar que el Congreso de 1870 no ha trabajado mucho porque el país dé importancia al personal de su representacion. Aparte de la derogacion de la lei de imprenta de 1846, que habia caido ya en una completa desuetud, de la supresion de la reeleccion presidencial, que pedian unánimes todos los partidos, i del proyecto de reforma de la lei electoral, que ha ido a naufragar en el Senado i cuya realizacion habria sido inútil en vista de la apatía dominante, el Congreso de 1870 nada deja en pós de sí que valga la pena de recordarse. Aunque nunca la oposicion se encontró numéricamente mejor representada, la última sesion lejislativa se ha distinguido por una falta de laboriosidad inconcebible i solo en mui raras circunstancias, que no fueron las mas solemnes, se han decidido a desplegar sus lábios los oradores. No es que el Ministerio haya querido prolongar inútiles discusiones ni que la mayoría haya tenido interés en eludir tal o cual reunion determinada. El Congreso no funcionaba porque sus miembros no asistian, i sus miembros no asistian porque no se acordaban del Congreso.

Era indispensable ocuparse de buscar un espediente que diera a las Cámaras alguna garantía contra esta antipatriótica desercion. Desde luego, se propuso la reforma del artículo 54 de la carta fundamental que exije la presencia de las mayorías absolutas para la aprobacion de toda lei. El desarrollo de la poblacion hizo aumentar el número de representantes i con él las dificultades de reunir la cifra suficiente para celebrar sesion. A remediar este inconveniente tendia la reforma del artículo 54, reforma perfectamente aceptable i sin peligros desde que el interés político, que no querria dejar en manos de unos pocos la solucion de los problemas públicos, haria que la disminucion de la cifra del quorum fuera la eliminacion de otras tantas probabilidades de inasistencia.

La remuneracion del trabajo lejislativo es otra de las medidas que se han indicado para correjir este defecto. Indudablemente, como todas las que imponen el sacrificio de un tiempo considerable, las tareas lejislativas en principio i en justicia son dignas de retribucion.

La costumbre, la tradicion, la preocupacion misma si se quiere han hecho que este propósito se mire con cierta distancia por el público. Hai el hábito de que, por lo ménos en apariencia, los representantes del pais obren con un completo desinterés, i es posible que la designacion de un honorario viniera a arrancarles gran parte del prestijio de que gozan actualmente.

Sin haberse presentado en estos mismos términos ántes de ahora, la idea se habia formulado ya en condiciones que son idénticas en el fondo. Año por año se celebra una sesion de minoría en que se propone la adopcion de algun temperamento compulsivo en contra de los inasistentes. La publicacion de sus nombres, que durante largo tiempo se ha practicado, pareció al fin completamente ineficaz. Se ha indicado el establecimiento de una multa; pero para combatir esta proposicion se han alegado razones que en último resultado son las mismas que pueden alegarse para combatir la proposicion de sueldo. Si hai algo de indecoroso en conminar con una multa al diputado que no asiste ¿por qué no ha de haberlo en halagar al que asiste con una perspectiva de honorario?

Miéntras en la prensa se discute la conveniencia de asignar una remuneracion a los miembros de la Cámara, la Cámara se prepara a discutir la conveniencia de aumentar en un 25 por ciento los sueldos de que los empleados públicos gozan en la actualidad. Un informe del jefe de la Aduana de Valparaiso es lo que ha venido a poner en tabla esta cuestion. La industria particular arrebata a la primera oficina rentística del Estado sus funcionarios mas laboriosos i competentes. De allí considerables dificultades para la recaudacion espedita de las contribuciones aduaneras i una dispendiosa aglomeracion de empleados subalternos. El mal existe no solamente en los departamentos de la Aduana. De él adolecen todas las oficinas públicas, en donde reina una desorganizacion completa que o hace imposible el buen servicio o grava sin provecho alguno el interes fiscal. Todos están de acuerdo en que es indispensable mejorar esta situacion, i el señor diputado don Javier Luis de Zañartu es quien ha llamado la atencion del Congreso hácia este particular.

Desgraciadamente, si la situacion que atravesamos es un mal, el remedio que se ha propuesto no es un bien. Aumentar indistintamente el sueldo de los funcionarios sin tomar en cuenta ni la fecha de creacion de sus empleos, ni las tareas anexas a cada uno, ni los emolumentos con que se encuentran retribuidos, ni ninguna de las circunstancias infinitamente variables i variadas que caracterizan las diversas oficinas, bien podria ser una obra de injusticia i prodigali-

dad i no un acto de economía i reparacion. El hecho es que si hai empleados que con la mitad de su actividad i de su intelijencia pueden duplicar sus utilidades consagrándose a la industria particular, la verdad es tambien que no faltan otros i en gran número que con la suma de trabajo que desarrollan actualmente no podrian obtener en esa industria ni la condicion de meritantes. Lo que se necesita i lo que se necesita con urjencia es estudiar a fondo la organizacion de nuestras oficinas públicas para aumentar en donde se da de ménos i para disminuir en donde se da de mas. Los empleados, que hasta hoi han permanecido mas o ménos descontentos en sus funciones respectivas, bien pueden todavía aguardar algunos meses durante los cuales una comision nombrada por la Cámara examinaria nuestro sistema burocrático i alcanzaria a formular un proyecto jeneral de reorganizacion que desde ahora podria resumirse en dos palabras: menor cantidad de empleados pero empleados de mejor calidad.

Felizmente, las rentas públicas aumentan en una proporcion consoladora i habria con qué hacer frente al mayor gasto que aquella reorganizacion importaria en el caso de que para verificarla el presupuesto actual resultara insuficiente. La riqueza individual sigue el mismo camino que la riqueza pública. Las esperanzas despertadas por el distrito de Caracoles van robusteciéndose i algunas se han convertido en hermosas realidades. El crédito permanece imperturbable. El espíritu de asociacion no se debilita, i su influencia bienhechora se estiende hasta los bosques del Archipiélago en donde se busca con afan i se encuentra en abundancia el combustible que purifica el mineral, que da movimiento al ferrocarril i que forma la base de la industria en sus diversas manifestaciones.

FANOR VELASCO.

ALGUNOS APUNTES

SOBRE LOS BAÑOS DE CAUQUENES

(COMUNICACION A LA SOCIEDAD MÉDICO-QUIRÚRJICA)

SEÑORES:

Recientemente llegado de los baños de Cauquenes, donde he pasado una corta i agradable temporada, me permito llamar hoi vuestra atencion a algunas observaciones que, en compañía del Dr. E. Desauer, he hecho relativas a la temperatura i al número de sus fuentes las que nos han dado resultados que nos parece curioso e interesante conocer.—Bien hubiera querido presentaros un estado mas detenido sobre las cualidades de sus aguas i sobre sus efectos medicinales, que son de grandísima importancia; pero eso me habria obligado a hacer un trabajo inmaturo i sobre el cual pienso volver.

Segun un cuadro que se conserva en el salon de baños i que a todas luces es errado, nuestro distinguido químico i maestro don Ignacio Domeyko habia encontrado en 1848 o 49, época en que visitó dichos baños, la temperatura i las termas siguientes:

Pelambre	39. R.
Pelambrillo	38. R.
Corrimiento	31. R.
Templado	30. R.
Solitario	36. R.

Empero, en un trabajo reciente (1) él mismo nos dice que despues de veinte años no ha encontrado casi diferencia alguna en la temperatura de los manantiales, i sí solo en su número. Las observaciones practicadas con un termómetro sensible, que despues comparó con el que sirve de modelo en el gabinete de física del Instituto Nacional, le dió en los dias 26, 27 i 28 de setiembre de 1871 la temperatura que se rejistra a continuacion (siendo la del aire de 7, 3 término medio) para el Pelambre 47°, 0 C., para el Corrimiento 39°, 5 —39° 8, para el Solitaririo 35°, 5—36° 5.

Antiguamente las termas eran mas numerosas, hoi se encuentran reducidas a tres: el Pelambre, el Corrimiento i el Solitario. La inmediacion en que se hallaban, como la identidad de sus composiciones, no justificaban su multiplicador; de modo que el Pelambre i Pelambrillo forman hoi una sola, el Corrimiento i el Templado otra, i finalmente el Solitario continúa con mayor razon llevando su antiguo nombre de bautismo.

El dia quince de setiembre del presente año, a las cuatro de la tarde, señalando el termómetro centígrado 17°, i el barometro 28, 25, tomamos la temperatura de cada terma en su misma vertiente i nos dió para el Pelambre 48°, para el Corrimiento 44, i 41 para el Solitario. El termómetro de que nos valimos fué el del mismo establecimiento, que sin duda no puede inspirar sérias garantías para demarcar con precision la cifra de la temperatura; i si nos permitimos consignarla es para hacer notar mas adelante las variaciones caloríficas que el agua esperimenta desde la vertiente hasta la tina de los baños.

El órden de abundancia de estos manantiales guarda perfecta consonancia con la colocacion que les hemos asignado i con sus respectivos grados de calórico.—Creemos que no seria aventurado calcular que el agua de las fuentes mantenidas convenientemente alcanzara para 600 baños diarios.

Tomada la temperatura a la salida de las llaves, i puesto el termómetro en el mismo chorro, nos dió para el Pelambre 47°, para el Corrimiento 41, para el Solitario 37.

Esta diferencia tan marcada i fuera de proporcion creemos poder atribuirla a que las cañerías conductoras de las aguas están todavía al descubierto completamente en el Corrimiento, i Solitario, semi-enterrado en el Pelambre i tambien a la distancia. En efecto la del Pelambre solo dista próximamente 30 metros del salon de baños, 44

(1) Estudio sobre las aguas minerales de Chile por I. Domeyko, páj. 47 i siguientes.

la del Solitario i 75 la del Corrimiento; i eso sin contar que los depósitos de los dos últimos no se hallan cubiertos como en la primera.

Siendo las tinas de mármol, la pérdida de calórico que esperimenta el agua de cada terma, puede calcularse de 3 a 4 grados segun mis propias observaciones. Es natural, i no necesita ser dicho, que despues de unos cuantos baños preparados en una misma tina, la pérdida de calórico va siendo cada vez menor, pero nunca ménos de 2 grados.

Las cañerías que rodean el hermosísimo salon de baños se mantienen sin cubierta, de modo que las variaciones atmosféricas deben hacerse sentir sobre el agua que conducen en proporcion a dichas variaciones i a la distancia que recorren.

Séanos permitido ántes de concluir estos brevisímos apuntes, decir cuán eficaces nos han parecido estas aguas en varios enfermos de reumatismos crónicos, en las dispepsias, en la anemia i debilidad jenerales, en las afecciones cutáneas i catarrales crónicos, etc. Entre los que hemos visto, nos ha llamado la atencion sobre todos, uno que afectado de reumatismo crónico desde cuatro años hacia, habia concluido por una atrofia notable del músculo biceps i del del toides del brazo derecho el cual bajo la influencia de los baños del pelambre seguido de un chorro vertical fuerte sobre el punto afectado, dejamos en un estado ya mui satisfactorio.

Cauquenes ocupa el primer lugar entre nuestros baños termales, por sus comodidades i por la atencion esmerada que su estimable arrendatario presta a sus huéspedes; pero aun así fáltanle todavia muchas mejoras que hacer, muchas reformas que efectuar, algunas de las cuales están en via de realizarse: las demas serán obra del tiempo i del interes cada dia creciente que toman esta clase de establecimientos. (1)

Setiembre 22 de 1872

A. Murillo

---

(1) En los libros del establecimiento, el almirante ruso von Maclay dejó asentada la siguiente temperatura de las fuentes, que tomó con fecha 12 de mayo de 1871, i probablemente con el mismo termómetro que nosotros: Pelambre 49 c., Corrimiento, 43, Solitario 41.

PEPE BANDOS

(APUNTES SOBRE EL VIREI MARQUES DE CASTEL-FUERTE)

I

No hace muchos años que tuvo Lima un prefecto, cuyo nombre no hace al caso, que dió en la manía de publicar dos o tres bandos por semana sobre asuntos de policía i buen gobierno local, amen de los noticieros i de los obligados sobre patentes. Un escribano, a quien el pueblo llamaba el *loco* Casas, era el constante promulgador de las disposiciones prefecturales i recibia el agasajo de cuatro pesos i medio, por cada bando que leia con voz estentórea, repitiendo sus palabras un pregonero, bajo el balcon de Cabildo i en las plazuelas de San Lázaro, Santa Ana, San Sebastian i San Marcelo.

¿Convenia que los vecinos encendiesen luminarias, era preciso limpiar acequias o blanquear paredes, o apresar algun bandido que andaba por estramuros cometiendo desaguisados? Pues un bando lo hacia bueno i santas pascuas. El bando era una panacea universal para su señoría el prefecto; i tanto abusó de ella, que los republicanos moradores de la ciudad de los reyes maldito si hacian ya pizca de caso de los pregones del depositario de la fé prefectural.

Para el que esto escribe, por entónces muchacho retozon i travieso, eran una delicia los bandos; porque servian, si es que lo necesita un escolar, de pretesto para hacer novillos. Aquel dia no habia leccion posible. Los chicos de esos tiempos vestíamos pantalon *crecedero*, gorra i chaqueta o mameluco. No fumábamos cigarrillo, no calzába-

mos guantes, no la dábamos de saberlo todo, ni nos metíamos a politiquear i hacer autos de fé, como ogaño se estila, con el busto de ningun viviente, siquier fuese ministro caido. ¡Buena felpa nos habria dado señora madre en el territorio del sur! Dígase lo que se quiera:—hace veinticinco años la juventud no era juventud—vivíamos a mil leguas del progreso. Vean ustedes si los muchachos de entónces seríamos unos bolonios, cuando teníamos la tontuna de aprender la doctrina cristiana en vez del *can-can* i la estupidez de creer en Dios; i hoi, cualquier zaragasillo, que se alza apénas del suelo ne dos estacas, prueba a+b que Dios es artículo de lujo i pura chirinola o invencion del padre Gual.

Pero caigo en la cuenta de que por hablar de los primeros años de la vida, idos ¡ai! para mas no volver, se me ha largado el santo al cielo. Vuelvo a mis carneros, es decir, a los bandos.

Promulgábase en cierta tarde uno para que despues de las diez de la noche no quedase puerta sin cerrojo. Los mata-perros de la época íbamos, mui orondos i pechisacados, junto a la banda de música i formando cortejo al escribano Casas. En la puerta del café de Bodegones, centro a la sazon de los contemporáneos del virei ingles (O'Higgins), habia un grupo de viejos, poniendo notas i comentarios al bando. ¡Vaya un esgrimir de la sin pelos el de aquellos anjelitos!

—Cosas de la república! alcanzamos a oir a uno de ellos.—Este prefecto es un Pepe Bandos.

Mucho nos cascabeleó el mote de Pepe Bandos; porque, en puridad sea dicho, el prefecto no se llamaba José. Ya talluditos, nos tentó el diablo por rebuscar tradiciones i entónces supimos que hubo un virei, que gobernó el Perú desde 1724 hasta 1736, al que los limeños pusieron el apodo de Pepe Bandos.

Perdona el largo introito. Ya verás, lector, los bandos de su excelencia i si eran bandos de *ñeque*.

Hubo frailes muertos, muchachos ahogados, mujeres con soponcio, populacho aporreado, perros despanzurrados, i en fin todos los accidentes fatales anexos a desbarajuste tal.

Pero el bando fué bando. ¿O somos o no somos?—Siga su curso la procesion i vamos con otros bandos.

Los frailes agustinos se dividieron en dos partidos para la eleccion de prior. El primer dia de capítulo ocurrieron graves desórdenes en el convento, con no poca alarma del vecindario. Al siguiente se publicó bando aconsejando a los vicinos que desechasen todos recelo; pues sano i vivo estaba su excelencia para hacer entrar en vereda a los re-

verendos. Los agustinos no se dieron por notificados i el escándalo se repitió. Diríase que la cosa pasaba en estos asendereados tiempos i que se trataba de la eleccion de presidente de la república en los tabladillos de las parroquias. Véase, pues, que tambien en la época colonial se aderezaban pasteles eleccionarios. Pido que conste el hecho (estilo parlamentario) i adelante con la cruz.

Su excelencia con buena escolta, penetró en el convento. Los frailes se encerraron en la sala capitular. El virei hizo echar por tierra la puerta, obligó a los relijiosos a elejir un tercero i tomando presos a los dos pretendientes promovedores del tumulto, los remitió a España sin mas fórmula ni proceso.

Escenas casi idénticas tuvieron lugar a poco en el monasterio de la Encarnacion. La madre Nieves i la madre Cuevas se diputaban el cetro abacial. Si los frailes se habian tirado los trastos a la cabeza, las aristocráticas canonesas no anduvieron mezquinas en araños. En la calle el pueblo se arremolinaba i las mulatas del convento, que podian no tener voto pero que probaban tener voz, se desgañitaban desde la portería gritando, segun sus afecciones:

—Víctor la madre Cuevas!—o ¡Víctor la madre Nieves!

Este barullópolis reclamaba bando: era imposible pasarse sin él.

Repitiéndose el bochinche entró tropa al convento i la madre Nieves con sus secuaces fueron trasladadas a otros monasterios. Esto se llama cortar por lo sano i ahogar en jérmen la guerra civil.

¿Quieres, lector, mas bandos? Serás complacido.

La simonía i todo jénero de escesos eran impunemente cometidos por el clero. El relajamiento de costumbres era tal que bastará a pintarlo esta sencilla respuesta de un indio, a quien la autoridad queria obligar a no vivir en mancebía sino bajo la blanda o férrea coyunda matrimonial.

—*Taita*, contestó el infeliz, amancebamiento no puede ser malo; por que correjidor tiene manceba, alcabalero tiene manceba i cura tiene manceba.

Castel-fuerte publicó un bando previniendo a los correjidores que lo informasen circunstanciadamente sobre la conducta de los curas.

II

Don José de Armendariz, marques de Castel-fuerte, reemplazó como virei al arzobispo de Lima Frai Diego Morcillo. Refieren que

en el mismo dia en que tenian lugar las fiestas de la proclamacion del hijo de Felipe V, el fundador de la dinastía borbónica, que ha pasado al panteon de la historia con doña Isabel II, una vieja dijo en el átrio de la Catedral: A este que hoi celebran en Lima le están haciendo el entierro en Madrid.—El dicho de la vieja cundió rápidamente i, sin que acertemos a esplicarnos el por qué, produjo mucha alarma! Embelecos i novelerías populares!

Al dia siguiente se promulgó bando, ofreciendo recompensas al que denunciase a la autora del fatídico anuncio. Aprendida ésta, declaró que así lo habia soñado; i para que no volviese a tener sueños de tan pícara especie la pasearon en bestia de albarda, con chilladores delante i zurradores detras.

Lo positivo es que diez meses mas tarde llegó un navío de Cádiz, confirmando que los funerales de Luis I habian tenido lugar en el mismo dia en que fué proclamado en Lima. ¡I dirán que no hai brujas!

Cero i va un bando.

Quizá en otra ocasion nos hallemos mejor perjeñados para ocuparnos de la famosa causa del oidor don José de Antequera. Por hoi, bástenos apuntar que siempre que se trataba de aprehender a algunos de los complicados en el proceso, el virei, en vez de echarle los sabuesos o *encapados*, forjaba un bando, lo hacia pregonar por todo el vireinato, i a poco el reo daba con su cuerpo en la cárcel, sin que le valiera escondite en zahurda o casa de cadena. ¡Digo, si serian bandos conminatorios aquellos!

La víspera de la ejecucion de Antequera i de su alguacil mayor don Juan de Mena, hizo publicar su excelencia un bando terrorífico, imponiendo pena de muerte a los que intentasen detener en su camino a la justicia humana.

Los mas notables personajes de Lima i las comunidades relijiosas habian estérilmente intercedido por Antequera. El virei era duro de cocer.

A las diez de la mañana del 8 de julio de 1731, Antequera, sobre una mula negra i escoltado por cien soldados de caballería, penetró en la plaza mayor. Hallábase cerca del patíbulo cuando un fraile esclamó—¡Perdon! ¡perdon!—grito que fué repetido por el pueblo.

—¿Perdon dijiste? Pues habrá la de Dios es Cristo. Mi bando es bando i no papel de Cataluña que se vende en el estanco, pensó el de Castel-fuerte ¡Santiago i cierra España!

La infantería hizo fuego en todas direcciones. El mismo virei, con un piquete de caballería, dió una vigorosa carga por la calle del Arzobispo, sin parar mientes en el guardian i comunidad de francis-

canos que por ella venian. El pueblo se defendió lanzando sobre la tropa lágrimas de San Pedro, vulgo, piedras.

Los obispos del Cuzco i de Guamanga quisieron agarrar la luna con las manos i excitaron a sus feligreses a desobedecer todo mandato del hereje virei. ¿Qué podia hacer su excelencia contra tan empingorotados señores? Ahí es nada! Les suspendió las temporalidades, i miéntras fué i vino la apelacion a España subsistió aquello de quien manda manda.

El tribunal de la fé no podia tolerar la injerencia del poder civil en los asuntos eclesiásticos i un dia se les subió la mostaza a las narices a los inquisidores. Citado Castel-fuerte ante la inquisicion, no vaciló en comparecer... Colocó su reloj sobre la mesa del Tribunal, previniendo que solo podia disponer de una hora i que si ésta trascurria, dos piezas de artillería quedaban en la calle para bombardear el edificio. Los inquisidores conocian al hombre i sabian que gastaba malas pulgas. Despues de fútiles esplicaciones se apresuraron a despedirlo, acompañándolo cortesmente hasta la puerta.

Convengamos en que don José de Armendariz era todo un hombre, superior a su siglo, i con mas hígados que un frasco de bacalao.

Bando contra las mujeres, que llamándose honestas se presentan en público luciendo cosas que no siempre son para lucidas, bando contra los discípulos de Baco, bandos contra el libertinaje de las costumbres, bandos sobre el salario, bandos sobre los monederos falsos, bando enumerando los festejos con que debia celebrarse la canonizacion de San Francisco Solano, i tanta era su fiebre de promulgar bandos que, como hemos dicho, el pueblo limeño lo llamaba Pepe Bandos.

El platero Alejo Calatayud promovió en Cochabamba una sedicion que ocasionó no pocas víctimas i que pudo convertirse en una guerra de razas. Al recibirse la noticia en Lima, llegó a manos del virei un pliego conteniendo una relacion de los sucesos i esta redondilla:

Pepe Bandos, ahi te mando
Nuevas de Calatayud
Por si tienes la virtud
De librarte con un bando.

Esta fué la única vez en que el marques de Castel-fuerte dictó órdenes mui en secreto a las autoridades del Cuzco i de la Paz i alcanzó a debelar la rebeldía, entregando a la horca las cabezas de Calatayud i mas de cincuenta de sus compañeros.

Cuentan que al leer la redondilla dijo su excelencia: Esas tenemos, señores cochabambinos? Vamos a ver si en vez de Pepe Bandos me llaman ustedes Pepe Cuerdas.

Y a fé, que bien merecia llamarse Pepe Cuerdas el que obligó a hacer tanto gasto de cáñamo al verdugo de Cochabamba.

Lima, noviembre 1.° de 1872

RICARDO PALMA

DON JOSE JOAQUIN DE MORA

(CONTINUACION)

Estaba reservado en Chile a Mora un grande honor, el ser de encargado de redactar la lei fundamental.

Se habian ensayado en este país distintas constituciones, que solo habian tenido una existencia demasiado efímera.

Despues de una larga serie de conmociones civiles, que no sería oportuno narrar en esta ocasion, un congreso constituyente reunido el año de 1828 nombró una comision de cinco diputados, encargados de presentar en el término de sesenta dias un proyecto de constitucion.

Aunque en aquella comision habia hombres tan entendidos en la materia, como don Melchor de Santiago Concha, los individuos que la componian quisieron asociarse para un asunto de tanta gravedad con un publicista como Mora, quien habia hecho estudios especiales sobre el particular, i habia visto funcionar el réjimen representativo en algunos de los pueblos europeos.

Efectivamente, Mora sometió a los comisionados un proyecto, que, examinado por ellos con la debida detencion, fué en seguida presentado a la consideracion de la asamblea.

Don José Joaquin de Mora publicó entónces para esplicar i defender su obra, un periódico titulado *El Constituyente*, del cual alcanzaron a salir cinco números.

La asamblea aprobó casi en todas sus partes el proyecto mencionado, que llegó a ser nuestra constitucion de 1828.

En lo sustancial, la organizacion que daba al estado era análoga a

la que mas tarde debia darle la constitucion de 1833, vijente hasta ahora.

Establecia un ejecutivo compuesto de un presidente i de ministros, dos cámaras, tribunales i juzgados independientes, municipalidades.

Creaba ademas asambleas provinciales; pero no, consejo de estado.

La diferencia mas esencial que se nota entre la constitucion de 1828 i la de 1833 es que la segunda asigna incomparablemente muchas mas atribuciones importantes al presidente de la República.

Puede preverse que el adelantamiento político del país llevará por la fuerza natural de las cosas a restablecer varias de las disposiciones de la constitucion de 1828.

Ya la reforma efectuada el año de 1871 ha reproducido exactamente lo que ella determinaba acerca de la duracion de la presidencia.

Sin embargo, hai tambien en la constitucion de 1828 disposiciones que a mi juicio, no serán renovadas, i que no convendria que lo fuesen.

Mora quedó bastante satisfecho de la bondad de su obra, que no consideraba perfecta en teoría, pero que reputaba talvez la mejor que podia adaptarse a las circunstancias especiales de Chile.

Todo su anhelo se dirijia a que se pusiera en práctica con sinceridad, i a que hubiera constancia para ensayarla por algun tiempo.

Efectivamente, la triste esperiencia de algunos años estaba manifestando que lo que habia dificultado la organizacion de la república entre nosotros era la falta de cumplimiento de las leyes, aun de las fundamentales, i las repetidas i radicales modificaciones que en ellas se introducian.

Mora escribió para sostener aquella tésis en el *Mercurio Chileno*, fecha 1.° de setiembre de 1828, un interesante artículo que denominó: *Espíritu de la Constitucion.*

En aquella ocasion, se empeñó tambien con mucha insistencia en demostrar que los pueblos, en vez de confiar la direccion de los negocios públicos casi esclusivamente a los individuos de la nobleza, del clero i de la milicia, debian dar la mayor intervencion en ellos a los principales ajentes de la produccion, como los propietarios, los capitalistas, los grandes industriales.

Sin embargo, cuidaba de advertir que los hombres instruidos eran en todo caso los que debian ocupar el primer lugar. «Nuestra divisa, decia, es la aplicacion a todas las cosas buenas de la máxima que Horacio limitó al arte de escribir: *Sapere est principium et fons.*»

Mora, mui complacido de la constitucion que habia elaborado, i su-

mamente halagado de que le hubiera cabido el alto honor de ser el Solon de una naciente república, pulsó en mas de una ocacion su fácil lira para cantar la sabiduría de la nueva lei.

Ya he dicho que para celebrar la jura de aquella constitucion, hizo representar por la primera vez en el teatro de Santiago el *Marido Ambicioso*.

La funcion se abrió con la siguiente alocucion, compuesta por don José Joaquin de Mora, que pronunció uno de los actores en medio de los mas estrepitosos aplausos.

AL DIEZ I OCHO DE SETIEMBRE DE 1828.

Rayó dos veces la brillante aurora
De este dia feliz, i abrió dos veces
Torrentes de ventura al pueblo insigne.
Dos veces sus reflejos ilustraron
De la Patria querida el noble triunfo:
Ora el bélico lauro i los trofeos,
Ora de sabia lei el libro augusto.
¡Dia de bendicion! En él hollamos
Coloso de poder que labró el tiempo,
I cimentó bramando el fanatismo.
Cetro rompimos que a la vez pesara
Sobre la fértil vega donde jira
Pomposo el Eridano, i en los montes
De Anahuac opulento: en el alcázar
Del potente califa, i en la márjen
Del ajitado Magdalena; cetro
Que envolvió en sus tinieblas espantosas
El maléfico error; cetro manchado
Con sangre de oprimidos, i cubierto
Con maldicion i lloros. Lo rompimos,
I en su lugar, lozana, victoriosa,
Se alza la libertad, cual castigada
De Tarquino la audacia, se alzó en Roma
Rica en virtudes, austera, ceñida
De inflexible vigor; cual en Atenas,
Grata al comercio i al saber, i ansiosa
De gloria i esplendor; cual en la orilla
Del Delaware, modesta, infatigable,
Dócil al eco del precepto justo,
Del jenio i de las artes protectora.

Mas ¿qué es la libertad si no cimenta
Su dulce imperio en bases diamantinas,
Lei jenerosa, sabia, igual, acorde
Con la lei eternal? torrente henchido
De asolacion i de esterminio; soplo
De huracan ajitado; lava ardiente
Que activo cráter de su seno arroja
Para cubrir de llamas i cenizas
Vastas rejiones, i estinguir en ellas
De ventura los jérmenes preciosos.
Por leyes clamó Chile, mal hallada
Con réjimen incierto en que vacilan
Los derechos mas santos; pidió leyes
Al augusto senado; i hoi consagra
La época grata de su nueva vida,
Sellándola con voto i juramento
De eterna sumision. Respira, ¡oh Patria!
La lei te escuda; en vínculos tenaces
Liga a tus hijos, i con ellos forma
Vasta familia que intereses mutuos
Al sagrado volúmen encadenan.
Respira, ennoblecida i exaltada
Por leyes jenerosas que defienden
El bien comun, i al hombre restituyen
Su primitiva dignidad, i fijan
Barreras altas al poder, i lanzan
Execrable anatema al que las rompe.
¡Hijas del cielo! ¡Leyes venturosas!
Reinad inconmovibles; a raudales
Verted dicha, reposo i opulencia
Sobre el pueblo sumiso. ¡Que a la sombra
De vuestra ejida, rompa el duro arado
Nuevas llanuras, i su faz adornen
Opimos frutos i dichosas jentes!
Cubra el mar de Occidente, flameante
La tricolor bandera, i con los frutos
Del suelo patrio a la rejion opuesta
Que Chile es grande i poderosa anuncie.
La ciencia triunfe del error, i ensanche
La existencia mental, i purifique
Nuestra mansion espléndida, i trasforme

Su voz potente en plácidos canales
La vertiente espumosa, los desiertos
En vastos focos de labor activa,
I el patrio hogar en templo de virtudes.
Así rejenerada, majestuosa,
Chile, apoyada por sus hijos fieles,
Recorrerá la senda que en los siglos
La Providencia amiga le ha trazado.

En aquel tiempo, se acostumbraba solemnizar, no solo el 18 de setiembre, aniversario del principio de la revolucion, sino tambien el 12 de febrero, aniversario de la jura de la independencia.

Cuando llegó la fiesta cívica de febrero de 1829, los amigos del presidente Pinto erijieron en su honor una pirámide en la plaza principal de Santiago.

Como aquel efímero monumento llamó entónces mucho la atencion, un contemporáneo se tomó el trabajo de redactar una descripcion suya.

La pirámide,dice, « era de doce varas i media de altura, toda de reverbero. De la cúspide descendia como del hemisferio el Jenio de la Fama, trayendo en una mano una corona cívica dentro de cuya orla se manifestaba la constitucion con un letrero que decia: *La gran Carta*; i en la otra mano un clarin, del cual salia el siguiente mote: *En los grandes acontecimientos se conmueven hasta las cenizas de los muertos.* La parte inferior del pedestal representaba cuatro sepulcros de donde se animaban cuatro cadáveres levantándose en el aire como asombrados; i éstos eran los de Carrera, Rodríguez, Henríquez i Vera. Bajo del Jenio de la Fama, se veia a Marte i Minerva sosteniendo otra corona cívica dentro de la cual se decia: *A Pinto*; i sobre cada faz de la pirámide i la respectiva del pedestal, se leian hermosas composiciones.»

Don José Joaquin de Mora, que se contaba entre los amigos mas entusiastas del presidente Pinto, i que ensalzando al majistrado bajo cuyos auspicios se habia promulgado la nueva constitucion, se encomiaba hasta cierto punto a sí mismo, habia cooperado a la ereccion de aquel estrambótico monumento de tablas i de lienzo, cuyo disparatado estilo ofrecia una muestra harto desfavorable del gusto artístico dominante en aquella época.

Las composiciones poéticas inscritas en la pirámide eran inspiraciones de su Musa.

Hélas aquí:

I

Con lazos paternos, la lei sabia
De los miembros desunidos del estado
Hará un nudo insoluble i duradero.
Una sola familia venturosa
Forma ya la nacion; no brota en ella
Discordia fratricida, ni destroza
Su noble seno la ambicion sañuda;
Ni la desconfianza la intimida;
Ni el fiero despotismo la amenaza;
Ni el rujido espantoso del rebelde
Turba la paz que mora en su recinto.
¡Gloria eterna al congreso! ¡gloria a Pinto!
Esa lei que, cual árbol vigoroso,
En nuestro suelo hermoso,
Lozana, augusta i liberal se eleva,
Las esperanzas públicas renueva.
Ved, oh lejisladores,
Qué fruto han dado ya vuestros sudores.

II

Del recto majistrado,
Pinto ofrece en sus obras el modelo:
Patriótico celo,
Amor del bien, ardiente i acendrado;
Prudencia, luces, jenio, razon cuerda,
Todo el nombre de Pinto nos recuerda.
De Pinto el nombre victorioso i puro,
Como en sagrado muro,
En nuestra lei fundamental reposa.
Ni la envidia alevosa,
Ni el tiempo destructor en su carrera,
Marchitarán su gloria duradera.

III

En igual equilibrio los poderes
Sus fuerzas balancean; ni se inclina
Mas la balanza al jefe ni al senado:

Leyes, ejecucion: en estos polos
La máquina social rueda i estriba.
A la sombra del alto monumento,
Que esta armazon espléndida sostiene,
Chile reposa libre i circundada
De dicha jeneral; Chile conoce
Que en esta noble escena brilla impreso
El timbre mas glorioso del congreso.
Rompe ya la anarquía
Sus mortíferas armas, brama impía,
I húndese en el averno.
En tanto al Dios eterno
Nuestros gritos alzamos,
I a nuestra lei eterna fé juramos.

IV.

A los patrios hogares,
Volved, lejisladores; sed en ellos
De gratitud objetos i cariños.
Vivid felices, pues felices somos
Por vuestra mano; i la comun ventura
Que nos supo labrar vuestra prudencia,
Revista de esplendor vuestra existencia.
Agradecida la nacion chilena,
De paz, de amor i de concordia llena,
Los ojos vuelve al cuerpo jeneroso
Que su pacto precioso
En leyes justas fija i afianza.
Cumplióse su esperanza,
I el cuerpo a quien se debe su ventura,
De la gloria mas pura
Corona sus fatigas,
I hace callar pasiones enemigas.

Escusado parece advertir que Mora no incluyó ninguna de las composiciones mencionadas en la edicion de 1853.

Se sabe demasiado que todas las risueñas esperanzas que hizo concebir la promulgacion de la constitucion de 1828 salieron frustradas.

La guerra civil, que comenzó el 4 de octubre de 1829 con el pronunciamiento de la asamblea provincial de Concepcion, i que terminó

el 17 de mayo de 1830 con la capitulacion de Cuzcuz, impidió que pudiera ser siquiera ensayada en circunstancias oportunas, i al fin aseguró el mas completo triunfo a sus mas declarados adversarios, quienes se apresuraron a derogarla, reemplazándola por la de 1833, vijente hasta ahora.

Mas, como mi propósito es, no el escribir una parte cualquiera de la historia política de Chile, sino solo el reunir apuntes para una biografía de Mora, todo lo demas que pudiera agregar acerca del trastorno social que derribó la constitucion de 1828 estaria fuera de su lugar, siendo suficiente para mi objeto lo que ya queda dicho.

Don José Joaquin de Mora, a los pocos meses de haber llegado a Chile, empezó a trabajar por escrito i de obra en la mejora de la instruccion pública.

El presidente Pinto i sus amigos tomaron el mayor empeño en alentarle para que realizara los planes de colejios que él propuso, i cuya pronta ejecucion consideraron ellos de suma utilidad para el país.

La educacion de las mujeres habia sido enteramente descuidada en la época colonial.

Durante la revolucion de la independencia, i en el tiempo que habia seguido, no se habia hecho nada para establecerla.

El presidente Pinto manifestaba especial interes por que se hiciera algo para que la ilustracion acompañara a la virtud en el gobierno del hogar de las familias chilenas.

Mora se mostró dispuesto a fundar bajo la direccion de su mujer doña Fanny Delauneux un colejio de señoritas semejante al que ésta habia rejentado en Buenos Aires junto con la mujer de Angelis.

La proposicion fué aceptada con entusiasmo; i sin pérdida de tiempo, se trató de superar las dificultades que se oponian a la realizacion del pensamiento.

Se levantó una suscripcion para formar un fondo con que atender a los gastos de instalacion.

El cabildo eclesiástico consintió en que el colejio proyectado se estableciera en el palacio episcopal, desocupado a la sazon a causa del estrañamiento del obispo Rodríguez.

Varios padres de familia se comprometieron a enviar sus hijas al colejio de la señora Mora.

Entre éstos, se contó el mismo presidente Pinto.

Todo aquello era indispensable para combatir la resistencia que en

una sociedad atrasada podia levantarse contra la instruccion de las mujeres.

A fines de marzo de 1828, se repartió el prospecto del nuevo establecimiento, el cual se espresaba como sigue:

«La señora de Mora, fundadora i directora que fué del Colejio Arjentino establecido en Buenos Aires, abrirá el 15 de abril próximo en esta capital una casa de educacion para señoritas, cimentada en los mismos principios, i dirijida por las mismas prácticas que aquella. El espacioso local que han tenido la bondad de cederle los señores que formaron una suscripcion con el mismo objeto, i cuya posesion le ha sido confirmada jenerosamente por el ilustre cabildo de la Catedral, ofrece toda la amplitud i distribucion necesarias para la comodidad de las alumnas i para las exijencias de la enseñanza.

«Esta abrazará los ramos siguientes:

«1.° La relijion i la moral cristianas esplicadas por un sacerdote docto, que empleará las tardes de los sábados en el establecimiento. En el curso de la semana las alumnas aprenderán de memoria el catecismo.

«2.° La lectura, la escritura inglesa i la aritmética por el método de enseñanza mutua, i segun los tableros adoptados en las escuelas de Buenos Aires. Las alumnas distribuidas en clases segun sus respectivos adelantos, i obligadas a ejercer alternativamente las funciones de maestra i discípula, adquieren con suma facilidad, no solo el hábito de leer con propiedad, i de escribir con elegancia, sino tambien el conocimiento de todo el mecanismo del lenguaje por medio de la descomposicion de palabras en sílabas, i de sílabas en letras. Por otra parte, las reglas de disciplina que se observan en la escuela, i la parte activa que las alumnas toman en su direccion, contribuyen eficazmente a fijar su atencion, i a perfeccionar su juicio. Pero el mérito principal de este método es la brevedad, pudiendo asegurarse, en vista de una larga i no desmentida esperiencia, que por su medio se ahorra mas de la mitad del tiempo que por las prácticas antiguas se necesitaba para la enseñanza de las primeras letras.

«3.° La costura i el bordado en todos sus ramos.

«4.° La lengua francesa por el método de Hamilton, que por su aproximacion al de la naturaleza, i por los admirables efectos que ha producido, se ha jeneralizado en pocos años en las casas de educacion de Inglaterra. Su ventaja principal consiste en facilitar la adquisicion de palabras i frases, en lugar de sobrecargar el entendimiento con reglas difíciles i complicadas, convirtiendo de este modo en tarea agradable lo que hasta ahora se ha considerado como un trabajo penoso.

«5.° La gramática i la ortografía de la lengua castellana por el método catequista.

«6.° La jeografía descriptiva, que es la que puede convenir a la jeneralidad del bello sexo, por el catecismo de Ackermann (el de Mora), actualmente correjido en todo lo relativo al nuevo mundo, en una nueva edicion que posee el establecimiento.

«La directora cree oportuno prevenir a las madres de familia que las alumnas estarán constantemente bajo su inmediata i celosa vijilancia, i que tendrá un particular empeño en fecundar con sus avisos los buenos ejemplos que hayan recibido en sus casas.

«Tambien mira como uno de sus principales deberes la enseñanza práctica de las buenas modales, la compostura i el decoro, tan necesarios en su sexo; i espera que una juventud tan favorecida por la naturaleza como la de este país compensará con la rapidez de sus adelantos el arduo trabajo de que se encarga.

«El réjimen del establecimiento propenderá mucho mas a la blandura que al rigor, i el premio será mas frecuente que el castigo. Es casi inútil advertir que en ningun caso i por ningun motivo se hará uso de penas corporales. La directora ha esperimentado por sí misma que el sistema de tratar a las alumnas mas bien como a individuos de su propia familia, que como a personas estrañas produce las mas felices consecuencias. Ademas de las pequeñas distinciones que se emplearán en las tareas diarias, al fin de cada curso se hará un exámen jeneral i una distribucion de premios con asistencia de las familias de las alumnas i otras personas convidadas al efecto.

«El establecimiento aguarda de Europa excelentes muestras de dibujo, música i labores propias del sexo.

«*Precios.*—Esternas, ocho pesos mensuales. Pupilas, veinte. Medio pupilas, trece.

«El establecimiento se encarga de educar gratuitamente por cada veinte i cinco alumnas una huérfana de un defensor de la Patria, nombrada por el gobierno.»

La aficion a la música i al canto habia comenzado a propagarse en la sociedad de Santiago, particularmente gracias a los esfuerzos de la señora doña Isidora Zegers, hija del subsecretario de relaciones esteriores don Juan Francisco Zegers, i a los de un comerciante aleman don Cárlos Drewecke. Aquella señora i aquel caballero, que eran verdaderos artistas, habian organizado tertulias musicales, en que las personas mas distinguidas de la capital habian aprendido a estimar el precio de goces delicados a que no estaban acostumbradas.

Así, a la primera lectura, se notó que el prospecto del cole-

jio de la señora Mora no hablaba de la enseñanza de la música i del canto.

Pero no trascurrieron muchos dias sin que la directora anunciara que ya habia contratado para dirijir aquellas clases «a un excelente cantor i distinguido maestro de música don Federico Wulfing», recien llegado de Europa.

La señora Mora advertia que no se habian enumerado estas clases en el prospecto, porque cuando se habia publicado, Wulfing no habia contestado todavía a las proposiciones de arreglo que se le habian hecho.

Las alumnas podian incorporarse en las nuevas clases de canto i de música sin aumentar su erogacion.

El colejio de la señora Mora se abrió el 1.° de mayo de 1828.

Al cabo de algunos meses, contaba con sesenta alumnas, las cuales, segun la *Clave*, numero 99,fecha 5 de julio de aquel año, eran «hijas de los primeros funcionarios públicos i de las familias mas distinguidas de la República.»

Los exámenes que rindieron a fines del año dejaron mui satisfechos a los asistentes,i fueron una especie de fiesta nacional.

Tal fué el primer ensayo que se hizo en Chile para dar a las mujeres una instruccion algun tanto sistemada.

Posteriormente hasta el presente, se han repetidos con mas o ménos buen resultado varios otros análogos.

Sin embargo, la educacion de las mujeres deja mucho que desear.

El estado de la enseñanza que se les proporciona es el argumento mas irreplicable que puede aducirse contra aquellos que niegan la conveniencia, o mejor dicho, la absoluta necesidad, de que el poder público coloque entre sus atenciones preferentes la de sostener i mejorar la propagacion de las luces.

Se pretende que la iniciativa privada basta para fomentar la instruccion.

Ahí está a la vista lo que ha hecho en Chile por la ilustracion de las mujeres, no digo de las clases medias, sino de las mas opulentas.

Casi simultáneamente, don José Joaquin de Mora comenzó a pensar en la fundacion de un colejio de hombres; pero, aunque los estímulos no le faltaron, la realizacion de este pensamiento le demandó mas tiempo i mas trabajo que la apertura del colejio de niñas.

El único establecimiento de instruccion superior que habia por en-

tónces en Santiago era el Instituto Nacional, donde se educaban cuatrocientos alumnos.

Aun puede decirse que era el único algo serio que habia en toda la República, pues los institutos o liceos de la Serena i de Concepcion eran mui escasos de recursos, i poco concurridos.

El Instituto de Santiago estaba destinado casi solo a formar abogados e injenieros, o mejor dicho agrimensores, a quienes se enseñaban los conocimientos mas indispensables.

Aquel establecimiento necesitaba una reforma radical.

El presidente don Ramon Freire i su ministro don Joaquin Campino habian emprendido llevarla a cabo en 1825, confiando su direccion, no a un eclesiástico, segun se habia acostumbrado hasta entónces, sino a un injeniero frances don Cárlos Ambrosio Lozier, el cual, despues de haber trabajado por infundir un nuevo espíritu a la institucion, tuvo que abandonar la obra por causas que no es esta ocasion de esplicar.

A la separacion de Lozier, la direccion del Instituto habia vuelto a ser eclesiástica, como lo habia sido ántes.

Aquel colejio contaba entre sus profesores algunos sumamente distinguidos, como don Andres Gorbea, de quien ya he hablado; don José Miguel Váras, autor de la *Lecciones Elementales de Moral*; don Ventura Marin, que debia dar a luz pronto, asociado a Váras, los *Elementos de Ideolojia*, i que años mas tarde debia todavía ilustrarse con la publicacion de los *Elementos de la Filosofía del Espíritu Humano;* don Pedro Fernández Gárfias, que habia traducido del frances la gramática latina de Ordinaire; i otros todavía.

Como se ve, lo que faltaba al Instituto Nacional era, no los buenos profesores, sino la direccion i la organizacion.

Mora escribió en el *Mercurio Chileno*, fecha 1.° de abril de 1828, un artículo en el cual se leian estas frases: «Es tiempo ya de pensar en esta panacea (la instruccion pública) de todos los males políticos i morales que nos aquejan; i sería culpable en los particulares que se interesan en su propagacion i mejora omitirlos medios de promoverlas por sí mismos en la confianza de lo que haga la autoridad pública. La que hoi nos rije está sin duda convencida de la necesidad de estender i perfeccionar la enseñanza, i no omite ninguno de los medios que están a su alcance para conseguirlo; quizas es este el principal de sus desvelos, i el mas frecuente objeto de sus meditaciones; pero la educacion es una industria, i como todas las otras prospera por la rivalidad i se difunde con la concurrencia. Mayor garantía es para sus adelantos el celo de los individuos, que la accion de la lei; i el mejor re-

glamento de estudios es mucho ménos fecundo en resultados, que la accion conjunta de los establecimientos particulares. Cuando el poder legal toma esclusivamente a su cargo este ramo de la civilizacion, bien puede asegurarse una de dos cosas: o que no hai quien llene su vacío, o que quiere valerse de su medio para dictar opiniones políticas como sucede en Austria i en Francia. El segundo caso no puede verificarse entre nosotros. ¡Ojalá pudiéramos decir lo mismo del primero!»

Don José Joaquin de Mora tenia sobradísima razon para sostener que el celo de los ciudadanos en jeneral i de los padres de familia en particular es el mas poderoso estímulo para difundir la instruccion.

Asentaba tambien una verdad incontestable cuando afirmaba que la competencia de la industria privada podia contribuir sobre manera al triunfo de doctrinas saludables i al perfeccionamiento de los métodos.

Por eso es tan funesto que una entidad social cualquiera, llámese estado o iglesia, usurpe el monopolio de la enseñanza.

Los particulares i las asociaciones privadas deben tener espedito su derecho para abrir escuelas i erijir cátedras.

Pero esto no quiere decir que la autoridad pública abandone completamente a la solicitud mas o ménos empeñosa de los ciudadanos la jestion de un negocio de tamaña importancia.

Hai naciones como la inglesa, por ejemplo, en las cuales la instruccion tiene una organizacion especial e independiente, i cuenta con cuantiosas entradas propias.

Ademas, los ingleses están habituados a administrar por sí mismos, sin intervencion de la autoridad, los asuntos comunes.

Sin embargo, la esperiencia ha manifestado en la misma Inglaterra la absoluta necesidad que habia de que el gobierno se injiriese en la intruccion pública; i casi no pasa año sin que el parlamento dicte alguna disposicion tendente a ese fin, entre otras, la que establece la obligacion de asistir a la escuela.

I si esto se ha considerado indispensable en el imperio británico, el país de la espontaneidad e iniciativa individual, un país donde se aprecia sobre manera la ilustracion ¿qué sucederá en Chile donde no escasean los que reputan la ciencia enemiga de la relijion, donde son tantos los que no tienen ningun interes en dar a sus hijos una instruccion razonable i sólida, donde hai muchos que aspiran, no a que sus niños aprendan la gramática o la aritmética, sino a que obtengan, por cualquier medio, certificado de haber rendido exámenes de estos u otros ramos?

Mora esperimentó por sí mismo que en Chile no podia llevarse a cabo nada serio en materia de instruccion pública sin la proteccion del gobierno.

En 12 de marzo de 1828, distribuyó impresa una esposicion a los padres de familia en la cual les daba a conocer los principios a que pensaba sujetarse en la direccion de una casa de educacion para hombres que habia sido invitado a fundar.

Advertia en ella que «la jenerosidad ilustrada del gobierno» habia destinado para el nuevo establecimiento « un magnífico edificio,» que era el cuartel de la Maestranza, hoi Escuela Militar.

A pesar de este ausilio, Mora declaraba que segun los cálculos aproximativos que habia hecho, la contribucion anual de cada alumno no podia bajar de doscientos pesos, i que aun esto no bastaria en un número menor de cien contribuyentes.

La inmensa reputacion de que gozaba Mora, i las lisonjeras esperanzas de resultados prodijiosos que la realizacion de su proyecto hacía concebir, no fueron suficientes para reunir los recursos pedidos.

El presidente Pinto, que deseaba vivamente la fundacion del *Liceo de Chile* (así debia llamarse la nueva casa de educacion), i que observó las dificultades que encontraba Mora para procurarse fondos, se apresuró a suministrárselos, segun aparece del siguiente mensaje pasado al congreso:

«*Santiago, Noviembre* 11 *de* 1828.

«El Vice-Presidente de la República tiene la honra de poner en conocimiento del Congreso Nacional que debiendo formarse en esta capital un establecimiento de educacion con el nombre de *Liceo de Chile*, cuyos profesores merecen la confianza del Gobierno, i bajo un plan que ha sido sometido a su sancion, ha creído de su deber contribuir a la propagacion de las luces, costeando veinte becas para hijos de ciudadanos beneméritos, de los gastos que está autorizado a hacer en objetos análogos al de que se trata. No satisfecho el Gobierno con esta medida, deseando todavía dar mas amplitud al beneficio importante de la educacion, i queriendo aprovechar esta circunstancia para dar un testimonio público de respeto i gratitud a los ilustres representantes a cuyo celo i patriotismo debe la nacion el pacto constitucional que la liga, tiene la honra de someter al Congreso Nacional el adjunto proyecto de lei, con el que cree haber combinado aquellos altos fines. Para satisfacer todas las inquietudes que pudiera inspirar un establecimiento nuevo al que se confía una parte de la preciosa jenera-

cion naciente, el Gobierno cree conveniente añadir que se ha reservado el derecho de mandar examinar el *Liceo* en las épocas que juzgue oportunas, i por las personas de su confianza que con este objeto designe.

«El Vice-Presidente tiene la honra de saludar al Congreso Nacional con la debida consideracion.—*Francisco Antonio Pinto.*—*Cárlos Rodríguez.*»

El proyecto de lei a que aludia el precedente mensaje era el que sigue:

«Artículo 1.° Se autoriza al Gobierno a costear cuarenta i dos becas en el *Liceo de Chile.*

«Artículo 2.° La primer provision de cada una de estas becas se hará por cada uno de los diputados del Congreso Nacional que firmaron la constitucion política de la República.

«Artículo 3.° Las vacantes que resultaren en lo sucesivo se proveerán por la Asamblea Provincial de la provincia a que pertenece el diputado que hizo el primer nombramiento, dando la preferencia a los individuos de la misma familia.—*Rodríguez.*»

La oposicion atacó el proyecto con bastante acritud.

Se dijo que se trataba de destruir el Instituto Nacional, cuyo rector era entónces uno de los prohombres de los conservadores o *pelucones*, el presbítero don Juan Francisco Menéses.

Sin embargo, el congreso aprobó el proyecto en lo sustancial, aunque con algunas modificaciones.

El senado cuidó de espresar en el oficio con que lo devolvió al presidente de la República la esperanza de que el Instituto Nacional continuaria siendo atendido con especial esmero.

«*Santiago, Diciembre 5 de* 1828.

«El Congreso jeneral ha tomado en consideracion el proyecto de lei que el Gobierno le dirijió por conducto de esta Cámara con fecha 11 de noviembre; i ha tenido la satisfaccion de ver en él un nuevo testimonio, no solo del aprecio que le merecen los representantes de la nacion que han firmado el pacto constitucional que la liga, sino tambien del laudable celo que Su Excelencia el Vice-Presidente de la República ha consagrado en la época de su administracion a la educacion de la juventud i a todos los medios de facilitarle la ilustracion que debe adornarla cuando sea tiempo de que ella presida los destinos de su país.

«La constitucion necesita de este elemento mas que de ningun otro para producir los bienes que deben nacer de su adopcion. Sin ilustracion, no puede haber amor ni verdadera adhesion a la lei, porque

tampoco puede esperarse que los que la obedecen se sometan a sus mandatos por conviccion, i no por el hábito servil de ser mandados.

«Así es que el Congreso estará siempre dispuesto a dispensar a todo establecimiento que conduzca al mismo objeto que el *Liceo de Chile* igual proteccion que la que ahora acuerda a éste, mediante la buena acojida con que ha recibido el proyecto indicado. No espera ménos del Gobierno; i persuadido de que es una de las nobles aspiraciones que mas le ocupan, se congratula tambien de que el Instituto Nacional será reformado, i continuará sintiendo como hasta aquí el influjo benéfico de su solicitud i eficaz anhelo.

«El Presidente de la Cámara de Senadores se complace por tanto de comunicar a Vuestra Excelencia la siguiente resolucion del Congreso.

«Artículo 1.° Se autoriza al Gobierno a costear cuarenta i dos becas en el *Liceo de Chile*.

«Artículo 2.° El Poder Ejecutivo hará la provision de ellas.

«Sírvase Vuestra Excelencia aceptar los respetuosos sentimientos del que suscribe.—*Francisco Ramon de Vicuña.*—*Francisco Fernández*, senador secretario.»

«*Santiago*, 6 *de Diciembre de* 1828.

«Cúmplase, tómese razon, comuníquese a quien corresponda, acúsese recibo a la Cámara de Senadores, i publíquese.—*Pinto*—*Rodríguez.*»

A pesar de que el congreso habia determinado dejar al gobierno la designacion de los jóvenes que debian ocupar las cuarenta i dos becas, el presidente Pinto persistió en su primitiva idea, pidiendo a los diputados que habian firmado la constitucion el que le recomendaran un alumno para cada una de ellas, lo que así se hizo.

El presidente Pinto no se limitó a favorecer el *Liceo* con la subvencion correspondiente a las cuarenta i dos becas de que se ha hablado. Como lo insinuaba en el mensaje ántes copiado, mandó por decreto de 17 de octubre de 1828 fundar en el nuevo colejio de Mora las veinte becas creadas por decreto de 28 de noviembre de 1827 para distribuirlas proporcionalmente entre las provincias. El precio de estas veinte becas solo ascendia a tres mil pesos.

Todavía hizo mas para sostener el *Liceo de Chile*.

Por decreto de 9 de abril de 1829, estableció en este colejio una seccion militar a la cual los jefes de los cuerpos del ejército debian enviar un jóven por cada una de las compañías que tuvieran a sus órdenes. Los gastos de la educacion de estos jóvenes debian ser

pagados con los sueldos que les estaban señalados por reglamento.

Gracias a la decidida proteccion que le concedia el gobierno del presidente Pinto, don José Joaquin de Mora pudo abrir el *Liceo* el 16 de enero de 1829.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

(*Continuará*)

EN EL TALLER DE PEDRO LIRA

Hermoso taller! Cómo se respira en él una atmósfera de juventud i de entusiasmo! Es esa la morada feliz i risueña del artista que todos hemos visto crecer dia a dia i que ayer no mas exhibió su primer paisaje en medio del aplauso jeneral.

Ah! i qué temor involuntario se apodera de nosotros al pensar que aquel taller, lleno de porvenir, estuvo a punto de ser un bufete de abogado, lleno de ordenanzas i de códigos, de clientes devorados por la fiebre de la justicia i de litigantes devorados por la fiebre de la codicia.

Pero felizmente ese temor no es ya posible: el abogado ha dado preferencia a los salones de la Academia sobre el patio de los Tribunales. El canje ha debido asombrar a muchos, hacer sonreir a otros i solo hacer reflexionar a mui pocos.

Nada mas natural, sin embargo, que esa tendencia hácia el arte en un corazon sensible que ama i admira todo lo bello de nuestra naturaleza, i cuya imajinacion inquieta vagaba, vagaba buscando un mundo desconocido donde posarse.

Como sucede siempre en las crísis de nuestros primeros años, en que aun conservamos pura e intacta toda la esencia de los sentimientos jenerosos, nuestro artista escribia versos ardientes, estrofas desordenadas pero con sentimiento, que daban a conocer la incierta preocupacion de su espíritu. El bachiller se encontraba sofocado en medio del pesado i monótono estudio de las leyes i buscaba en la poesía un campo mas conforme con sus aspiraciones: pero no era esa la forma de su ideal. ¿Cómo llegar a la iniciacion del arte desconocido en que se soñaba? Nada mas fácil, sin embargo, en esa edad en que la iluminacion es súbita como la aparicion de la luz, en que le-

yendo un libro o contemplando una obra de arte se comunica al es-espíritu una chispa del jénio del artista o del poeta. Una corriente misteriosa de simpatía ligaba a Lira con el fundador de nuestra escuela de paisajes i con todo ese pequeño i cariñoso grupo de jente de taller i de paleta que forma nuestra esperanza i nuestro orgullo artístico. En medio de esos bellos trabajos, de esos debates diarios i de esa crítica constante sobre bellas artes fué talvez a donde Pedro Lira encontró i desarrolló su aficion a la pintura. Sus estudios del dibujo, que no habian tenido mas propósito hasta entonces que el de una distraccion agradable, le iban a servir maravillosamente para su futura carrera.

Un dia, cuya fecha no se borrará jamas de la memoria de Pedro Lira, nuestro artista exhibió a sus amigos su primer cuadro: era un paisaje que habia trabajado en el estudio de Smith i bajo la hábil direccion de ese artista eminente. La obra tenia muchos de los defectos del principiante, pero sobre todos esos defectos naturales en un ensayo tan difícil habia ese algo que hace esperar i confiar en el porvenir.

Despues de aquel estreno poco lisonjero talvez para el amor i la vanidad del artista, pero bastante consolador para el hombre de corazon que entraba en una carrera sin horizontes halagüeños, dejándose solo guiar por sus sentimientos i afecciones, Lira siguió trabajando con una constancia i entusiasmo verdaderamente increíble. Era aquello una fiebre, un deseo de trasladar a la tela todas las creaciones de su fantasía i todos los bosquejos que sacaba de nuestra hermosa naturaleza, que no le permitia dar a sus obras una orijinalidad i un estilo. Así le hemos visto cobijarse tímidamente bajo la personalidad de algunos grandes maestros: su *sol poniente* acusa la influencia de Cárlos Marcó, brillante influencia sin duda pero que no destruye por eso los inconvenientes perniciosos de la imitacion: en su *efecto de sol sobre las cordilleras*, en que el artista ha tomado por base a la naturaleza, deja conocer tambien la influencia de otro artista no ménos eminente: la luz de las montañas de Saal ha servido de modelo para dorar las cumbres de nuestras cordilleras.

A pesar de la buena compañía en que Pedro Lira ha marchado en la ejecucion de esos dos lindos paisajes, no son ellos sin embargo sus mejores obras. Las *riberas del Rio Claro*, paisaje completamente orijinal i en el que se descubre el estudio directo de la naturaleza, ocupa para nosotros, junto con sus *cordilleras de Macul*, un lugar mui preferente.

Es en este último cuadro a donde se nota sobre todo un progreso mas

evidente i una intencion mas vigorosa en la ejecucion i en la idea. Las incertidumbres i las vacilaciones del artista, que tan remarcables aparecen en sus primeros cuadros, se disipan aquí ante la verdad de la naturaleza que pinta. Es en este paisaje a donde principia a diseñarse una personalidad i un propósito· el arte, segun parece comprenderlo Lira, no solo tiene por objeto representar lo bello, como pensaban los antiguos, sino ante todo la verdad de la naturaleza. La humanidad debe simbolizarse en él en todas sus manifestaciones de belleza i de fealdad, en todos sus perpetuos contrastes de debilidad i de grandeza, de pequeñez i de sublimidad. No quiere decir esto que nuestro artista se haya abandonado o se encuentre dispuesto a abandonarse en brazos del mas puro realismo, sino simplemente que desea tomar a la naturalza por base de sus obras; su talento o su inspiracion harán el resto.

Adoptado este principio, el artista habrá salvado ademas uno de los mas grandes i peligrosos escollos: el de repetirse en sus obras haciéndose siempre igual i monótono; sus cuadros serán así mas naturales i su pincel correrá mas lijero i fácilmente sin encontrar los obstáculos de la improvisacion ni caer en los juegos de injenio de algunos paisajistas que acumulan colores i efectos armónicamente para finjir sentimientos que no poseen. La verdad merece siempre un poco de mas respeto, pues la ciencia del estilo no puede llenar jamas los vacíos del pensamiento. La idea de lo bello está en el fondo de nuestra alma bien que se necesite siempre de un poco de intelijencia para aplicarla con certeza.

Siguiendo la orijinalidad de una escuela propia basada en el estudio de nuestra naturaleza, que tan bella i grandiosa se nos presenta a cada paso, Lira llegará a ser un artista eminentemente nacional. La imajinacion popular encontrará en sus paisajes un eco fiel de la naturaleza que vé, poetizada por los sueños del autor. Cristiana o ecéptica, superticiosa o materialista, la imajinacion de los pueblos tiende siempre a encontrar en los cantos de sus poetas o en las obras de sus artistas un reflejo de sus sentimientos i una imájen de las bellezas de la patria.

Bajo esta influencia bienhechora parece haber imajinado i realizado Lira su último gran paisaje, que bien pudiéramos llamar su obra maestra: el artista ha elejido por tema de su composicion una de las vistas mas hermosas del valle de Santiago: dos séries demontañas, de diverso carácter, se suceden una en pos de otra; i mas al fondo los Andes majestuosos asoman sus cabezas coronadas de nieves eternas como si quisieran contemplar el espectáculo que se estiende a sus

piés. Un arroyo que se desliza a la sombra de algunos árboles ocupa los primeros términos del cuadro. El sol, rasgando las nubes un tanto tempestuosas que cubren el cielo, ilumina con uno de sus rayos las cordilleras i las montañas. Hai en la atmósfera una ajitacion que contrasta con la tranquilidad infinita de la tierra, pues el artista ha querido interpretar en este bello paisaje la calma solemne que reina despues de una tempestad.

Como composicion i ejecucion ese cuadro es el mas hermoso de Lira: no se encuentran en sus montañas las líneas duras de algunos de sus primeros paisajes i su colorido grave i triste corresponde perfectamente a la escena un tanto sombría que el artista ha querido interpretar. El que contempla ese paisaje romántico lleno de una belleza orijinal i enérjica, parece que debe sentir no haber llegado un poco ántes para haber podido ser testigo de la catástrofe que ahí ha debido tener lugar, de los árboles que el viento ha destrozado i de las rocas que el trueno ha hecho rodar a la llanura.

Otra tendencia que se descubre en el último paisaje de Pedro Lira es la de dar a la naturaleza toda su fuerza i vigor. Ántes que la belleza soñada prefiere la belleza real de la vida: dos bellezas diferentes pero no opuestas que el artista trata de conciliar. Lira comprende que el arte se compone de esos dos elementos esenciales, ninguno de los cuales puede ser eliminado sin caer en lo incompleto o en lo falso. La naturaleza representa siempre un doble ideal: ya sea considerada simplemente como la morada del hombre o como la manifestacion de un pensamiento divino. En ambos casos creemos tan absurdo pintar la naturaleza sin ideal como pintar un ideal sin fondo alguno de verdad. No hai en la vida una sola naturaleza, ya sea física o humana, que esprese esclusivamente lo ideal: en todo hai una mezcla incomprensible de bueno i de malo, de feo i de hermoso, de pequeño i de sublime que nos confunde i estravía. ¿Qué debe hacer entónces el artista en medio de esa increible confusion para buscar entrè todos los rumores de la tierra la nota mas melodiosa? Tomar a la verdad por base, adornándola despues con los sueños poéticos de su imajinacion.

Hemos notado que Lira prefiere siempre para sus composiciones los aspectos de montañas, en los cuales nuestra imajinacion se reviste de un tono mas tierno i severo. Es esa por otra parte una inclinacion natural en un artista que estudia dia a dia la naturaleza montañosa de su patria, considerada como la Suiza americana. Si la complicacion de las líneas en los aspectos de montañas hace retroceder a algunos paisajistas, Lira no se arredra ante esas dificultades que si no ha interpretado bien en varias de sus obras, en su último cuadro ha

sabido vencer con intelijente audacia. En los paisajes horizontales i de pocos accidentes solo brilla la luz directa, miéntras que en los paisajes de montañas, la luz se multiplica segun son mas o ménos verticales los planos que la reflejan, i en esos accidentes adquiere una intensidad que doblan las grandes sombras. Es entre esas montañas, al despertar matutino o bajo las últimas caricias de la tarde, a donde el corazon respira esa poesía indecible i pura que embriaga i conmueve deliciosamente nuestro espíritu.

Los que han seguido paso a paso los progresos de Lira no podrán ménos de admirarse en presencia de su último paisaje de la rápida jornada que ha hecho. Pintar así, cuando no hace todavía dos años tomó el pincel por la primera vez, es marchar bien apresuradamente a un porvenir seguro, a un destino brillante. Lira que no es artista de imajinacion, tiene sin embargo para llegar a ese porvenir dos de las grandes cualidades que forman a los artistas: el talento i la constancia. ¿A dónde no se puede llegar con eso? ¿A dónde no llegará despues de los cinco o seis años de estudios que proyecta hacer en Italia? Los que amamos la gloria artística de Chile deseamos que así suceda i confiamos en que así sucederá.

VICENTE GREZ

A LA RAZON

I

Es la razon humana,
Es la brillante i noble intelijencia
Del mundo actual espléndida mañana
Alma del ser, antorcha de la ciencia

Ella da creadora
Un mundo nuevo al jenoves marino,
Ella tiene en su mano bienhechora
De todas las naciones el destino;

Chispa privilejiada,
Piensa, estudia, decídese, comprende,
Borra las sombras de la edad pasada,
Del sol de la verdad la luz enciende

II

Como a buenos hermanos
Reune la razon en lazo estrecho
A los nobles i honrados ciudadanos,
I cuando estalla el temporal deshecho,

Cuando el mar tempestuoso
De la desgracia en el hogar se ajita,
Tenemos un recurso poderoso
La razon que aconseja i que medita.

Ella enciende la llama
De la verdad i la virtud severa,
Por ella el hombre la verdad aclama,
En la virtud por ella persevera.

III

Todas las sociedades
En ella hallaron sólido cimiento
I en la historia de todas las edades
Encontramos la luz del pensamiento.

Así la humana historia
Es un estrecho i áspero camino
Cruzado por relámpagos de gloria
Que son como los guias del destino.

Pitágoras i Sócrates,
Teofrasto, Platon, Plinio, Galeno,
Diascórides, Arquímedes e Hipócrates,
Hiparco, Tolomeo, Anaximeno,

Ellos la antigua ciencia
Con su jigante espíritu abrazaron,
Elevaron así su intelijencia
I en la humana razon la gloria hallaron.

IV

La árabe ciencia nace,
Colon i Guttenberg luego aparecen
I en medio del error que se rehace
De la razon las esperanzas crecen.

La humanidad se ajita.....
Ticho-Brhae, Copérnico, Pareo.....
Todo el renacimiento precipita
Tras él nacen Pascal i Galileo.

I así la nueva vida
De la moderna sociedad encierra
La luz del mundo antiguo, luz querida,
Aurora del saber sobre la tierra.

V

En su asiento profundo,
A impulsos de la Francia jenerosa,
Tiembla espantado el corazon del mundo
I la *revolucion* surje animosa;

Mas de su sangre ardiente,
De aquel confuso batallar sin nombre
Nace el derecho, el sol de nuestra frente,
La jigantesca redencion del hombre.

Un mundo se levanta
Al trabajo, a la lucha i a la gloria,
Nace la luz, la usurpacion se espanta
I la razon se encarna en nuestra historia

I el mundo se ilumina,
El jenio enciende sacrosanto fuego.....
Tarde o temprano la razon domina
Como dominó el arte el jenio griego

VI

A la portada inmensa
De la inmortalidad brillante acude
El jenio bienhechor que lucha i piensa
I que la encina del error sacude;

I Arouet que fascina,
Byron que entona cantos celestiales
I Cuvier que otros seres adivina,
Todos los pensadores inmortales

Su busto centellante
Graban, como luceros del destino
Que muestran el sendero, en el jigante
De la inmortalidad mármol divino

VII

Salve luz bienhechora
De los siglos estrella reluciente,
Salve chispa sublime i salvadora
Encarnacion de Dios en nuestra frente

Ya cándida paloma,
Des a Virjilio cánticos amantes,
Ya rujas en el alma de Mahoma,
Ya rias con el jenio de Cervantes,

La humanidad te aclama
Como el fanal de su existir interno,
Como una santa i creadora llama,
Como la antorcha del progreso eterno.

ADOLFO VALDERRAMA

LAS RIQUEZAS

DE

LOS ANTIGUOS JESUITAS DE CHILE

ARTÍCULO IV

La estadística mas completa que conozcamos acerca de la riqueza territorial de los antiguos jesuitas de Chile es un apunte, en forma de inventario, que existe manuscrito en la Biblioteca Nacional de Santiago, i del que solo se ha publicado en estracto o resúmen (1). Siguiendo la clasificacion que los mismos jesuitas hacian de sus haciendas en mayores, medianas e ínfimas, en ese apunte, que no es completo, aparecen veinte propiedades rurales. Las haciendas mayores, en número de once, son la Compañía, Bucalemu, la Punta, San Pedro, la Calera, Chacabuco, las Tablas, Longaví (que por sí sola medía cerca de 80,000 cuadras cuadradas), Perales, la Ñipa i Cucha-cucha. Las medianas eran ocho, Elqui, Quile, Ocoa, Cato, las Palmas, Viña del mar, Limache i Peñuelas. Las ínfimas eran la Olleria i Pudagüel. Pero en este inventario faltan todas las propiedades que poseían los jesuitas en la provincia de Cuyo, algunas de las que tenian en Chile, i todas las casas i quintas situadas dentro del recinto de las ciudades.

Advertiremos aquí que aun limitando nuestra investigacion a

(1) Este resúmen ha sido dado a luz por don Benjamin Vicuña Mackenna en su *Historia de Santiago*, tomo II, páj. 155.

las haciendas que se encuentran mencionadas en ese inventario, seria casi imposible hacer una apreciacion aproximada del valor que hoi representa aquella enorme riqueza territorial, desde que casi todas ellas han sido divididas i subdivididas mas tarde, de tal suerte que aun de algunas de las clasificadas como medianas han salido cuatro o seis haciendas. Tampoco es posible calcular con algun acierto el valor que esas propiedades tenian a la época de la espulsion de los jesuitas, ni aun tomando en cuenta el precio que se obtuvo de la venta de muchas de ellas. El rei mandó vender solo algunas propiedades, i reservó otras, sobre todo las casas que los jesuitas poseian en las ciudades i aun ciertas quintas situadas en los estramuros, para cederlas a los establecimientos de beneficencia o de educacion. Por otra parte, la circunstancia de ponerse en venta tantas propiedades rurales en un mismo tiempo, i sobre todo en un país tan sumamente pobre, i por lo tanto tan falto de compradores, fué causa de que las ventas se hicieran por un precio menor del que realmente tenian esas haciendas (2).

No pretendemos, pues, estimar el monto total del valor de la riqueza territorial de los jesuitas de Chile, para lo cual nos faltan datos. Hemos querido solo reunir algunas noticias sobre un punto mui importante de la historia colonial.

En la serie de estos artículos hemos visto que la fuente principal de donde los jesuitas de Chile sacaron sus inmensas riquezas fueron las donaciones en dinero i en tierras. Pero el capital recojido de esta manera fué notablemente incrementado por medio del trabajo industrial emprendido en una escala mui vasta. Este trabajo sostenido con una regularidad invariable, i en que tomaban parte todos o casi todos los miembros de una numerosa asociacion, i amparado no solo por el respeto que las creencias de la época aseguraban a los jesuitas, sino por todo jénero de privilejios, les produjo siempre utilidades maravillosas.

Los jesuitas no fundaban nunca una casa de residencia en un lugar sino cuando los particulares o la autoridad les habian dado tierras i dinero para establecerse, i para subvenir a las necesidades de los padres que vivian en ella. No importaba que una casa tuviera riquezas sobradas para auxiliar a otra: era preciso que la que se

(2) En diversas ocasiones se han publicado noticias bastante incompletas del resultado que produjo la venta de las propiedades de los jesuitas despues de la espulsion. Véase sobre este punto el tomo IV, paj. 189 i sigs. de la *Historia política de Chile* por don Claudio Gay, i el tomo II, paj. 156 de la *Historia de Santiago* por don Benjamin Vicuña Mackenna.

fundaba tuviera los recursos necesarios para subsistir por sí misma. Cada casa tenia, pues, sus propiedades independientes i sus negocios particulares, que administraba por sí sola. Llegaba a tal punto esta separacion de los negocios temporales entre los jesuitas, que una casa no entregaba sus productos a otra, salvo mui raras ecepciones, sino a título de venta i llevando una cuenta escrupulosa.

Este sistema tenia ventajas incontestables. No solo se llevaba de este modo la mas prolija contabilidad en medio de las mas complicadas especulaciones, sino que una casa de residencia que poseía pocas propiedades estaba autorizada para hablar de su pobreza i para reclamar con este título nuevos socorros i donativos. De esta manera, tambien, cuando una casa de residencia hacia malos negocios, era ella sola la que perdia i la responsable por los créditos que quedaban en su contra, porque las otras no estaban obligadas a cosa alguna. Este sistema no ofreció inconvenientes en Chile, pero, como se sabe, aceleró la espulsion de los jesuitas de Francia cuando se vió que las casas de Europa no querian pagar las deudas contraidas en la Martinica por el padre La Vatette, director de las grandes negociaciones que los jesuitas tenian en las Antillas.

En las inmensas haciendas que los jesuitas poseian en Chile, habian establecido todos los negocios que podian hacerse, visto el estado de la industria agrícola de este país. Algunas de ellas estaban casi enteramente destinadas a la crianza de ganados, i estas vendian sus vacas a las otras haciendas destinadas a engordas. En estas últimas se hacian las grandes matanzas, las mas importantes con mucho de de todas las de Chile, i cuyos productos se esportaban en su mayor parte i casi en su totalidad para el Perú. En este mercado, como veremos mas adelante, los jesuitas no tenian que temer ninguna competencia.

Las siembras que se hacian en esas haciendas eran tambien mui considerables. Sus productos eran destinados a la esportacion, si bien los jesuitas beneficiaban una parte de sus trigos en los molinos que poseian de su propiedad. Dabán ademas grande inportancia al cultivo de las viñas i a la fabricacion de licores para el consumo dentro del país i para la esportacion. Pero no se crea que en estos cultivos, los jesuitas introdujeron en Chile grandes innovaciones i mejoras. Todo su empeño iba dirijido a producir al menor costo posible, utilizando al efecto sus esclavos i sus indios de servicio, otro jénero de esclavitud ménos rechazante en apariencias, pero no mas benigna que la de los negros. Se recuerdan, sin embargo, ciertas reglas industriales introducidas o inventadas por ellos, que en realidad no

importan un verdadero progreso agrícola. Así, por ejemplo, rodeaban sus viñas de higueras, cuyo segundo fruto, el higo, casi no tenia valor alguno, i servia para atraer a las aves a fin de que éstas no hicieran mal a la uva.

Pero los jesuitas tenian muchas otras industrias que esplotaban con un celo particular, i en las cuales casi nadie podia competir con ellos. Pertenece a este número la estraccion i venta de la cal, para lo que tenian un grande establecimiento en la hacienda de la Calera, a pocas leguas de Santiago. Vendian este artículo en casi todas las ciudades de Chile; i aun cuando se hizo la construccion de las fortificaciones de Valdivia, ellos hicieron contrata con los gobernadores para trasportar allí la cal que se necesitaba para esta obra.

En algunas ciudades, como sucedia en Santiago, los jesuitas tenian molinos para la elaboracion de la harina; i anexa a estos establecimientos, habian fundado panaderias que surtian de este artículo a las poblaciones. Era sobre todas famosa la panaderia que tenian en la capital, no solo por ser la mas considerable de la ciudad sino por la grande estension que habian dado a este negocio. Los jesuitas, ademas, tenian boticas para el espendio de los medicamentos; i segun creemos eran los únicos especuladores que habia en este comercio, de modo que podian fijar a sus artículos el precio que querian sin temor de la competencia.

Como si todo esto no bastase a la actividad incansable de los jesuitas habian planteado otras industrias en una vasta escala. Las curtiembres que tenian en sus haciendas, de las cuales era la mas notable, estaba establecida en la Magdalena, en la provincia de Concepcion, eran una rica fuente de entradas. En ellas elaboraban sobre todo los cueros de cabros, que con el nombre de cordobanes, tenian un grande espendio para el Perú. En otra hacienda, en Quibolgo, habian establecido un astillero sobre el rio Maule en que fabricaban embarcaciones menores, contando para ello con las abundantes maderas de los bosques que allí existen. En los alrededores de Santiago, en la chacra denominada la Ollería, tenian una gran fábrica de ollas, ladrillos, platos etc, de barro cocido, de la misma calidad que los objetos que trabajaban los indios de Talagante, a los cuales los jesuitas hacian una competencia ruinosa para esos infelices. A fin de que se comprenda la importancia de esa fábrica de los jesuitas, conviene advertir que hasta la segunda mitad del siglo pasado la losa era casi desconocida en Chile, i que el barro cocido era el material de que estaba formada la vajilla de todas las familias que no podian tenerla de pla-

das, i hasta en los tendales del mercado, donde vendian la carne de sus matanzas o el aguardiente de sus bodegas, sino de las grandes especulaciones ramificadas en el estranjero i en las otras colonias españolas. Entre estas era el Perú el centro de sus mayores negocios. La Compañía tenia en Lima un padre con el título de procurador, el cual no se ocupaba, como podria cererse, en asuntos espirituales o de disciplina conventual, sino de ajente comercial para la venta del charqui, de la grasa, de los cueros, del trigo, de los licores i de los demas artículos que se le enviaban de Santiago. Para vender estos artículos a los comerciantes por menor, el procurador i sus subalternos, estaban obligados no solo a tener almacenes sino, decia el virei Amat en un documento importante, a «visitar a todas horas las tabernas, velerías i las mas impuras oficinas,» para cobrar el dinero de sus compradores. Esos mismos padres estaban encargados de comprar las mercaderías europeas que necesitaban para satisfacer sus propias necesidades i para surtir el comercio de Chile. Como se comprenderá fácilmente, la eleccion de un procurador de esta especie, provisto de tan ámplios poderes, era una cuestion de la mayor importancia entre los jesuitas. Aun los mayores enemigos de la Conpañía han reconocido a los padres el talento indisputable para sacar partido de todos sus colegas, de modo que ninguno de ellos sea verdaderamente inútil; pero cuando se trataba de designar a este ajente comercial, se ponia mas cuidado aun que para la provision de cualquier otro cargo, i se elejia siempre al mas activo, al mas sagaz de todos, a aquel que hacia presumir que dirijiria la negociacion con mayor regularidad i que la haria producir mayor provecho. Para el desempeño de sus funciones, el procurador podia contar no solo con numerosos colaboradores, esto es con otros padres o hermanos que estaban a sus órdenes, sino con el apoyo que sabian conquistarse entre las jentes piadosas i bien dispuestas.

Los negocios comerciales de los jesuitas eran con mucho los mas estensos i los mas valiosos que se hicieran bajo el réjimen colonial entre Chile i el Perú, i eran tambien los que, por las causas espuestas, se ejecutaban con mas regularidad i método. Como si todo esto no bastara para hacer imposible toda competencia de parte de los otros comerciantes e industriales de Chile, los jesuitas gozaban de otros favores i prerogativas. Se sabe que bajo el absurdo sistema rentístico creado por los reyes de España para sus colonias del nuevo mundo, existian aduanas que cobraban derechos a los productos de cada una de ellas que salian con destino a otras, i que al llegar a ésta, debia tambien pagarse un nuevo derecho. Estos impuestos gravaban enormemente a la industria recargando el costo de los frutos

que se enviaban de una colonia a otra, i limitaban la produccion. Pero la lei eximia de derechos a los objetos que esportaban o importaban las iglesias i los conventos, como destinados al culto o al mantenimiento de los relijiosos. Los jesuitas se aprovecharon de esta escepcion para obtener el que se libertasen de todo pago de derechos a las mercaderias que enviaban al Perú i a las que introducian en Chile, de manera que tenian sobre todos los otros industriales i comerciantes una ventaja que los hacia superiores a toda competencia.

Este mismo espíritu mercantil dirijia otras operaciones de los padres jesuitas, en que a primera vista no se creria hallar otro sentimiento que el amor a las ciencias, la caridad cristiana o una devocion sincera i acendrada. Así, por ejemplo, a nadie se le ocurriria pensar que la enseñanza fuera un negocio en Chile a mediados del siglo pasado; i sin embargo, estudiando esta cuestion con prolijidad, se vé que dejaba buenas utilidades a la Compañia. Se sabe que los jesuitas no fundaron un establecimiento de estudios sino cuando por via de donaciones obtuvieron terrenos para ello, otras propiedades para subvenir a los gastos i la imposicion de censos, capellanías i becas de familia. Ademas de esto, los alumnos estaban obligados a pagar su educacion unos en dinero i otros en especies, segun los haberes de los padres; i estas entradas, como se puede ver en los libros en que se llevaba la contabilidad, dejaban un provecho no despreciable. Desde el 1.° de noviembre de 1765 hasta el 26 de agosto de 1767, dia en que los jesuitas fueron espulsados, el convictorio o colejio de San Francisco Javier de Santiago, habia tenido una entrada de 12,768 pesos, i sus gastos habian ascendido en ese mismo tiempo a 10,668 pesos; lo que daba, pues, una ganancia líquida de 2,100 pesos. Es fácil ver que el sosten de ese establecimiento no era un mal negocio para los jesuitas, i que si bien es verdad que en la enseñanza ellos buscaban principalmente los bienes espírituales, como ganar almas para el cielo i conquistarse la influencia sobre las familias mas considerables de la colonia, no se olvidaban tampoco de los bienes temporales.

El mismo fin se buscaba en el ejercicio de la caridad. Practicábanla los padres con gran celo, pero tambien con mucho arte para que no les costara el menor sacrificio de dinero. Sin buscar otros ejemplos, nos bastará recordar dos hechos que hemos consignado ántes de ahora en estos apuntes. En Concepcion repartian a los pobres en la puerta del convento las sobras de su mesa; pero para esto se hicieron dar auxilios pecuniarios del presidente don Juan Enriquez. En la Serena socorrieron a los apestados durante una espantosa epidemia de viruelas, dandoles algun alimento; pero tambien recojie-

ron los donativos pecuniarios de los vecinos para comprar los alimentos que distribuian. Nunca fué mas cierto aquello de que las limosnas que se dan a los pobres es un préstamo que produce ciento por uno; i en efecto cada una de sus obras de jenerosa caridad, producia a los jesuitas abundantes donativos con que se indemnizaban mui sobradamente del desembolso que habian hecho.

Tanto los cronistas de la Compañía como los historiadores que se han ocupado de ella, han referido mui largamente los trabajos emprendidos por los jesuitas para dar misiones. En efecto, no solo recorrian los campos vecinos a las ciudades, como sucedia en los alrededores de Santiago, sino que iban a predicar en el territorio limítrofe a los araucanos, en Valdivia i sus cordilleras, i en Chiloé, i aun en las islas situadas mas al sur de este archipiélago. En la eleccion de los misioneros procedian con la misma prudencia con que dirijian sus otros negocios. No confiaban esta tarea a los padres de quienes podian sacar un provecho mas positivo que convertir infieles; léjos de eso, aquellos que no podian servir por cualquier otro camino para dar lustre o para procurar recursos a la Compañía eran designados para misioneros i en caso necesario para mártires, los que no dejaba de dar esplendor a la órden.

Pero estas misiones, mui productivas para el cielo segun los cronistas jesuitas, puesto que se contaban por millares las conversiones operadas por cada una de ellas, eran igualmente provechosas para los padres. Las misiones, en efecto, eran pagadas unas por el rei cuyo tesoro exhauto para otras necesidades, encontraba siempre recursos para cubrir el sínodo a los misioneros, i otras por los obispos, o por los piadosos colonos que establecian gruesas capellanias con este objeto o que daban jenerosamente el dinero para cada mision. Este requisito era indispensable para que los padres salieran a misionar. Por eso fué que cuando el presidente Porter Casanate, apremiado por la pobreza de las arcas reales, i teniendo que atender a todos los ramos del servicio quitó a los padres el sínodo que se les pagaba para sostener sus misiones en los campos vecinos a la frontera, estos retiraron sus misioneros, i no volvieron a enviarlos hasta que el rei mandó que se les cubriera en adelante aquella asignacion i las cantidades que habian dejado de percibir.

Dentro de las ciudades, los jesuitas hacian grandes funciones relijiosas, frecuentes procesiones, i suntuosas celebraciones por la canonizacion de algun santo o por alguna festividad de la iglesia. El padre Ovalle que ha descrito largamente muchas de estas fiestas, agrega con su candor habitual lo que sigue: «No puedo dejar de re-

ferir aquí una cosa en que resplandece grandemente la piedad i la liberalidad de algunas personas de Santiago para con la Compañía, i es que con ser tan grande el gasto de estas fiestas, no costea en ellas nada nuestra iglesia, porque toda la costa la hacen de fuera todos los años entre varias personas, que por su devocion i piedad la han tomado a su cargo. Las congregaciones i cofradías costean sus fiestas. Las del jubileo de las cuarenta horas las tienen repartidas entre sí algunos mercaderes principales i otras personas pías i devotas que dan de limosna toda la cera, olores i lo demas necesario para ellas. La fiesta de nuestro padre San Ignacio la costea una señora mui principal i noble, devota de nuestro santo. Otra de no inferiores prendas la de San Francisco Javier. Un caballero de lo mas noble de la tierra la del beato padre Francisco de Borja. I la del beato Luis Gonzaga un ministro del rei, caballero de grande piedad. A todas ellas acuden estas personas pías i devotas a competencia, procurando cada cual con santa emulacion aventajarse en el gasto de cera, olores, música, aparato i adorno del altar, con invenciones de fuegos, clarines, cajas i trompetas que la regocijan. Esto es lo ordinario i anual; que en fiestas estraordinarias como son las canonizaciones de santos, es mui de admirar la liberalidad con que esta ciudad se esmera en celebrarlas, como se vió en las de nuestros santos San Ignacio i San Francisco Javier, a las cuales fuera de los olores i cera (que ésta fué tanta que con solo la que dió un caballero hubo para el grande gusto de la fiesta i sobró para el gasto de todo un año),» se agregaron ocho banquetes. En todas estas funciones se hacia un gran consumo de cera pagada por los fieles a un precio subido (doce reales, 1 peso 50 cent. la libra); pero debe advertirse que eran los jesuitas los que vendian este artículo a las personas piadosas que iban a quemar sus velas al templo.

No era uno de los menores ramos de entradas de la Compañía el que le proporcionaban las mandas, o peticiones de milagros que casi siempre se pagaban espléndidamente. Hemos dicho ya que cada una de las pájinas de las crónicas de los jesuitas de Chile están sembradas de los prodijios mas estupendos. Es preciso leer las cartas anuales que el provincial dirijía a Roma a su superior, las historias de los padres Ovalle, Lozano i Olivares para conocer la proteccion que el cielo dispensaba a los padres. Poseian éstos un inmenso relicario en que habia remedios maravillosos para todas las enfermedades: tenian talismanes para facilitar el parto de las mujeres embarazadas, para sanar las úlceras que no podian curar los médicos i para arrojar al demonio de una casa o del cuerpo de un infeliz del cual se hubiera apoderado

este enemigo de los hombres. Eran posedores de secretos maravillosos para distinguir a los que estaban en pecado mortal, o a los que creyéndose de buena fé cristianos verdaderos, no habian recibido el agua del bautismo o habian sido mal bautizados. Conocian el arte de penetrar las conciencias intranquilas i de tranquilizar las timoratas. En una palabra, i a estar a lo que refieren sus propios cronistas, los jesuitas gozaban de la proteccion divina, i podian hacer un milagro cada dia i casi cada hora. Como desgraciadamente en nuestro tiempo no son tan frecuentes los milagros, casi se está dispuesto a dudar de los que hicieron los jesuitas; se dudaria en efecto, si no estuvieran referidos por escritores tan graves i autorizados como los que acabamos de citar.

Como era natural, todos los enfermos, todos los aflijidos o desgrados tenian que ocurrir a los padres en busca de un remedio o de un consuelo. De aquí venian las mandas, es decir los ofrecimientos de dinero por cada milagro, i como en esos tiempos de acendrada piedad los milagros ocurrian siempre, totales a veces, parciales en otras, pero siempre milagros, era preciso pagarlos, i en ocasiones a mui altos precios. Hubo sin embargo algunas personas que despues de haber recibido el beneficio se negaron a pagar la manda bajo pretesto de que habian sanado por los medios naturales; pero los padres no se dejaron burlar i casi siempre se hicieron pagar lo que se les debia. La execracion pública, por otra parte, caia sobre esos ingratos i los condenaba sin apelacion.

Cuando se conocen las fuentes de entradas de que disponian los jesuitas i cuando se sabe de que manera administraban sus bienes, se comprende fácilmente como en ménos de dos siglos pudieron reunir riquezas que casi parecen fabulosas. A la época de la espulsion, en 1767, su fortuna era superior a lo ménos en el doble a la de todas las órdenes relijiosas reunidas, aun comprendiendo en éstas a los monasterios de monjas. Esa fortuna, que no ha sido nunca debidamente avaluada, podia representar un valor aproximativo de dos a tres millones de pesos (1); pero puede calcularse cual habria sido su incremento con el trascurso del tiempo cuando se piense que las rentas enormes de la Compañía eran capitalizadas i convertidas en nuevas propiedades territoriales. De esta manera, i aun sin contar con nuevas donaciones ni

(1) Debe tenerse en cuenta que Chile era la mas pobre de las colonias de la España. En otras partes, las riquezas de los jesuitas eran inmensamentes superiores. Así, las que poseian en le Perú fueron avaluadas en 16 millones de pesos i en mas 30 las de Nueva España.

nuevas herencias, que nunca habrian faltado a los jesuitas, i casi sin tomar en cuenta el aumento natural del valor de los bienes territoriales, se puede creer que sin la pracmática de Càrlos III, la Compañía habria poseido en 1810, al asomar la revolucion chilena, un caudal de veinte millones de pesos. ¿Cuáles hubieran sido los embarazos de los padres de la patria si a todas las dificultades que tuvieran que vencer se hubiera agregado el prestijio, el poder i la riqueza de los jesuitas, que indudablemente se habrian pronunciado en contra de todo cambio de gobierno, i sobre todo en contra de la independencia i de la república?

DIEGO BARROS ARANA.

EL EDEN DEL CORAZON

Eva cuando se vió en el paraiso
Contempló al mundo con curioso afan;
Pero al mirar a Adan, Eva no quiso
Contemplar otra cosa que su Adan.

Se vió, se vió: sus formas femeninas
Con las de Adan de presto comparó,
I al ver de Adan las fuerzas masculinas,
Sin Adan incompleta se sintió.

Ella le contemplaba enamorada;
Enamorado la admiraba él
Por sus castos cabellos cobijada
La brillantez sedosa de su piel:

Por entre su flotante cabellera
Asomaban sus hombros de marfil
Su leve pié blanqueaba en la pradera
Sobre las flores gayas del pensil;

Miéntras dos tiernos lirios, columpiados
A impulso de la brisa matinal,
Sobre sus formas tersas reclinados
Realzaban su blancura sin rival.

De Adan los pensamientos se prendian,
Como la yedra al árbol, a sus piés,
I sus bruñidos miembros descubrian
De los espesos rizos al traves.

Eva inocente sonreia i gozaba
De los dos tiernos lirios al vaiven;
I amando ya, mas sin saber que amaba,
Sobre el hombro de Adan puso la sien.

I sometido Adan a tanta prueba,
Creyó acaso en la dicha de los dos
I amando ya, mas sin saberlo, a Eva,
Ni vió el eden ni se acordó de Dios.

Pero el primer ardiente sentimiento
Con que aquel por feliz se estremeció,
No fué tan grato como fué el acento
Que el primer hijo de su amor vertió.

Si el bello paraiso fué a los ojos
De los dos una espléndida mansion,
El primer hijo les mostró, entre abrazos,
Otro eden, el eden del corazon.

I Eva dijo a su esposo: «No lloremos
Porque en mi seno hai ánjeles, Adan:
Ven! i a Dios i sus obras adoremos
Ya que el eden del corazon nos dan:

I si fuimos lanzados de improviso
De aquel primer magnífico jardin,
Ya tenemos, Adan, un paraiso
En nuestro primojénito Cain.»

I Adan sintióse trasformado todo
Por una nueva i pura inspiracion,
I dijo: «yo te amé, mas de otro modo,
Eva, ya tengo nuevo el corazon.

Por aquel hijo de mi amor yo siento
Algo que nunca te podre esplicar...
Duerme! ai! Eva, por Dios, ten el aliento
I no vaya su sueño a perturbar.»

I sentáronse juntos los esposos,
I así olvidaron el primer jardin,
I mas que en el eden fueron dichosos
Al ver su primojénito Cain.

JULIO ARBOLEDA.

En seguida publicamos la excelente traduccion que de las estrofas anteriores ha hecho al italiano el distinguido artista i literato señor Guiaccomo Brizzi, de la compañía Rossi.

LOS DIRECTORES.

L' EDEN DEL CUORE

Quand' Eva gli occhi su nel cielo, aprio
Contemplò il mondo con curioso ardor,
Però vedendo Adamo altro desio
Che di mirare Adam non ebbe in cor.

Lo vide, e la sua forma femminina
Con le forme d' Adamo comparò,
E nel veder la forza mascolina
Senza Adamo incompleta si trovò.

Essa lo contemplava innamorata,
Innamorato l' ammirava ei pur:
Da suoi casti capelli era velata
La bella immago che il dovea sedur!

Per entro a quei capelli si mostrava
Al puro avorio un omero simil,
Il lieve piè sul prato biancheggiava
Fra i vaghi fiori del giardin pensil.

Mentre due bianchi gigli ripiegava
Il soffio della brezza mattinal
Sulle vergini forme gl' incurvava
A dimostrare che non han rival,

D' Adamo la possanza s' apprendea
Come l' edera all' olmo, ai suoi bei piè,
E quell' umide membra egli vedea
Traverso i ricci corruscar da se.

Pura e innocente sorridea, godeva
Dei due candidi gigli al tremolar,
E amando, nol sapendo il seno d' Eva
Sovra il seno d' Adam venne a posar...

E sottomesso Adamo a tanta prova
Un incognita gioja in cor provó,
E amando anch' ei per una forza nuova,
Più non vide l' Edén e Dio scordò!

Però il primiero ardente sentimento
Che feo quei due felici palpitar,
Non fu si grande come in quel momento
Che il primo figlio dell' amore amar.

Se il paradiso apparve ai loro sguardi
Bello di luce e di ridenti fior,
Il primo figlio a lor mostrò piú tardi
Un altro Edén, l' Edén del proprio cor!

Ed Eva disse allora: nom piangíamo,
Che degli Angioli stanno entro il mio sen;
Viéni Adamo e di Dio l' opre adoriamo!
Poiché del core a noi lasciò l' Edén!

Che se fummo cacciati all' improvviso
Da quel primiero magnífico giardin,
Giá possediamo, Adamo, un Paradiso
Nel nostro primogenito Caïn!

Adamo allor s' intese trasformato
Da una forza novella e un nuovo ardor:
D' altro amore avea dunque io prima amato,
Disse, se in petto or batte nuovo il cor!..

Per questo figlio del mio amor giá sento
Cosa che invano tenterei spiegar...
Eva non alitar!.. dorme, che il vento
Deh! non venga quel sonno a perturbar!..

S' abbracciaron gli sposi e in quel momento
Obbliaron del Cielo il bel giardin,
Che piú che in Ciel provar nuovo un contento
Vedendo il primogenito Caïn!.—

G. Brizzi

LA TRAVESIA

(CUENTO DE TOPFFER)

Conocí un niño que manifestaba las mas brillantes disposiciones militares, desgraciadamente era jorobado. Niño como él, en ese tiempo lo acompañaba a las revistas, a las paradas, a los ejercicios, por donde quiera que el tambor sonara o que uniformes se viesen desfilar; no porque estos espectáculos tuviesen para mí un vivo interes; sino por que queriendo a mi amigo, me gustaba perder el tiempo en su compañía.

Este jorobado se animaba al sonido de los clarines i de los tambores, i cuando a esta música de ruido sucedia la música mas espresiva de los instrumentos de viento, no sé qué vehemente impresion, conmoviendo su alma, derramaba sobre su fisonomía un rayo de belicoso orgullo i de marcial ardor. Si despues el fuego de las filas, el trueno de la artillería resonaba en el campo, si los rejimientos marchan los unos contra los otros, simulando el ataque, la victoria, la retirada i todo el espectáculo de la guerra, entónces el niño apasionado por esta vista, se lanzaba en medio de los torbellinos de humo, se mezclaba con los tiradores, acompañaba las piezas, corria al lado de los escuadrones esponiéndose a cada instante a ser pisoteado por las columnas o maltratado por los soldados, cuyos movimientos seguia. Concluida la revista marchaba signiendo el compas a la cabeza de los batallones, con los ojos fijos sobre el comandante, simulando por algun jesto, que obedecia todas las órdenes i que ejecutaba mentalmente las evoluciones. Esto lo hacia notar de la multitud, i las jentes reian al verle, pero él, bajo el imperio de un sentimiento sério continuaba marchando en cadencia, insensible a la burla i embriaga-

do con las emociones de gloria, de patria, i de batallas. Yo quiero me decia, cuando por la tarde vagando al rededor de la ciudad nos paseábamos solitarios, yo quiero, apénas tenga la edad, enrolarme! Has visto al comandante cuando galopaba al traves del llano.....! Mandar un escuadron, caer como el rayo sobre las filas herizadas de fierro! ganar la gloria no esperando la muerte sino volando a buscarla, a darla; romper; dispersar, perseguir!.....Mi arma Luis es la caballería!

Algo conmovido por tanto entusiasmo, me sorprendia rompiendo tambien en mi imajinacion, dispersando, persiguiendo... Él continuaba: I esto no es nada todavía! Vedlos que huyen, dejando sobre el campo los heridos i los muertos... Entónces reuno mis dragones cubiertos de barro, de espuma, de sangre, tomamos el camino de la ciudad salvada... delejos se vé la multitud que inunda las calles, que cubre los techos de las casas..... Se aproximan, se desfila..... Eljefe herido caracolae a la cabeza de sus bravos..... Todas las miradas le lanzan coronas, todos las corazones vuelan a su encuentro!..... Mi arma Luis es la caballería!

Estos discursos me complacian animados como estaban por el fuego de un sentimiento vivo i apasionado. Entónces, habituado a ver en este niño a un amigo ántes de haber visto en él a un jorobado, la idea grotesca de su pobre persona encorbada bajo un doble peso no se presentaba a mi pensamiento para apagar la luz de este brillante cuadro. Léjos de sonreir lo escuchaba con avidez, i dominado por el ascendiente que ejerce un carácter fuerte i ardiente llegaba a ser el soldado de mi jeneralísimo, i despues de haber ejecutado bajo sus órdenes hábiles maniobras, tomábamos el camino de la ciudad ya marcando o acelerando el paso, al sonido de los clarines, de la música i de los tambores. Candor encantador de la primera edad! Amables niños, cuyos corazones injénuos se aman i se unen a pesar de la fealdad corporal, a despecho del testimonio de las miradas; cuyos juegos no están turbados por la vergüenza i el veneno del ridículo!

Siempre he visto en las inclinaciones de este niño una prueba palpable de esa diferencia que dicen existe entre las dos naturalezas de que se compone nuestro ser. Qué! este cuerpo mezquino i disforme i dentro esta alma caballeresca, que se embriaga con la sombra misma de la gloria i del triunfo, este desgraciado a quien su estatura obliga a concentrarse, a callarse i contener toda espansion de sentimiento, entusiasmo i pasion...

I esta alma bella como la mas bella, ávida de emociones, de orgullosos trasportes, de brillante abnegacion! No es esa la imájen conmo-

vedora de un conjunto obligado de dos naturalezas sin semejanza entre sí; de una terrestre i grosera envoltura, que mantiene cautiva una esencia pura?

Sobre todo no hai necesidad de recurrir a un jorobado para recojer datos de esa especie. Mirad a vuestro alrededor. Cuántas figuras duras, sombrías, horribles, de donde se escapan rayos de bondad serena, de delicado afecto! Cuántas estaturas frájiles, encerrando almas de fierro! Cuántos colosales jigantes, llenos de huesos i de músculos, cubriendo almas moles i sin vigor! I sin mirar fuera de sí mismo quien no siente vivir dentro de sí este huésped estranjero al lugar que habita, este noble desterrado a quien ahogan las murallas de su estrecha prision! Quién no lo siente entristecerse o gozar de su tristeza o alegría propia! Quién no lo siente ajitarse, temblar de entusiasmo o de alegría, cuando el cuerpo parece dormitar, i dormir cuando el cuerpo se deleita en el seno de sus mas queridas delicias!

Cuando aparece sobre la escena la dulce i pura Desdémona, cuando Otelo se entrega con ella a los trasportes de una tierna confianza, cuando esa serpiente de Yago envuelve estas dos creaturas tan felices, tan serenas todavía..... cuando el veneno circulando en las venas del Moro, inflama su sangre, hace temblar el rayo de su pupila i penetra en su corazonel dardo de la venganza..... Veis en el anfiteatro millares de figuras sentadas en fila una al lado de otra, silenciosas i como privadas de vida: es la envoltura corporal, los cadáveres terrestres..... Miéntras que estraños al drama que se desarrolla cargan los sillones con el peso de la masa inmóvil, sus almas vuelan ardientes, ajitadas, tumultuosas, temblando de horror o sangrando de piedad, vagan en desórden sobre la escena, se deshacen en olas de maldicion contra Yago, gritan al moro que lo engañan, rodean, envuelven, protejen con todo lo que tienen de compasion i de amor a la amante pura i amenazada, i por un admirable contraste miéntras todo es reposo i lascitud en el vasto recinto, todo es pasion, movimiento, tempestad, en la invisible rejion donde se ajitan enloquecidos los espíritus.

Vuelvo a mi jorobado. Estaba en el destino de este pobre niño que cada una de las ilusiones a que abria su corazon tan fácil acceso, debia desvanecerse a las primeras lecciones de una precoz esperiencia. Sus bélicos arrebatos duraron mui poco: a medida, que crecia la risa i las burlas lo encontraron ménos insensible; i una tímida vergüenza contrajo poco a poco la espansion de su pensamiento, comprendió con amargura que la caballería no era su arma. Pero mui lentamente el carácter se trasforma, i si Enrique (este es el nombre de mi amigo)

ya no frecuentaba las revistas, aun no habia abjurado el deseo de distinguirse i conquistar el aplauso de la multitud. Solo que su deseo cambió de objeto. Testigo un dia del triunfo de un abogado vió abrirse la carrera del foro delante de él i el deseo de hacerse de un nombre inflamó sus esperanzas; desde ese dia deseó ménos la gloria del soldado, que ántes habia seducido su tierna imajinacion. Aunque mui niño todavia se entregó al estudio con un ardor de que sus maestros no sabian darse cuenta, i penetrado de la gravedad i nobleza de sus futuros trabajos, se apasionaba por la inocencia i se ensayaba en sus recreos como defensor de una causa, lleno de un juvenil énfasis. Los abogados eran el único i constante sujeto de nuestras conversaciones, el principal atractivo de nuestros paseos. «Tú eres el acusado, me decia de repente cuando llegábamos a algun lugar solitario i léjos; tu crímen, lo sabrás: siéntate. Aquí los jueces, allá los jurados, a este otro lado la multitud (porque le era precisa) i yo principio:

Jueces, decia con solemnidad de lo alto de su tribuna de piedra, miéntras que muellemente tendido sobre el musgo me dejaba defender, jueces, a la vista de este infortunado que una sangrienta catástrofe trae sobre este banco de ignominia, me siento traspasado de dolor, tiemblo de miedo..... Su causa es bella sinembargo, pero desconfio de mis fuerzas, i al pensar que la suerte, que la vida talvez de mi cliente pende del uso que voi a hacer de esta palabra que me ha sido confiada por algunos instantes, no puedo evitar una turbacion involuntaria...

—El sol me quema, le interrumpia yo levantándome para cambiar de lugar.

—No hables! o no te defiendo!...esclamaba el abogado con un tono mui serio.

—Voi a contaros los hechos. Léjos de mí toda retiscencia, todo subterfujio, porque es en la esposicion fiel de la verdad donde veo la fuerza de mi causa. Llamo a mi ayuda vuestra atencion, vuestras luces, vuestra conciencia, i estoi cierto que esta misma conviccion de que nace mi valor, pronto pasará a vuestras almas, espero con confianza vuestra suprema sentencia.

Luis Desprez, mi cliente (es mi propio nombre el que figuraba en el proceso) se casó hace doce años, con Eleonor Kersaint, la hija de un abogado, cuya voz con frecuencia ha sonado en este lugar. Los primeros años de esta union fueron felices i cinco niños.....

Aquí el abogado fué interrumpido por grandes carcajadas: eran camaradas que paseándose a los alrededores, acababan de vernos. El jorobado descendió de su tribuna. Otro subió para remedarlo ha-

ciendo contrastar risiblemente la postura del orador, su fisonomía grotesca, sus jestos angulosos i retenidos, con el énfasis sonoro de sus palabras. Mi pobre amigo pálido i desconcertado se esforzaba en sonreir con esos sarcasmos que le despedazaban el corazon; su mas querida esperanza le era arrebatada en ese momento.

Creyendo ver en efecto en la risa de que era objeto, la impresion que iba a hacer un dia en la multitud cuyo aplauso ambicionaba, el desaliento se apoderó de él; i desde ese momento no volvió a pensar en la carrera del foro. Hacia largo tiempo que habia renunciado, i aun tenia que soportar las burlas i esas libertades que autoriza entre camaradasuna familiaridad, que ordinariamente no es mas que la falta completa de bondad.

Pero no le sucedió esta vez ni en ninguna otra, lo que jeneralmente sucede a los jorobados, i lo que es causa de que el proverbio les atribuya un carácter particularmente malicioso. Sin cesar en lucha contra los ataques del ridículo, recojen el arma que se les lanza, i la vuelven aguzada por una malicia vengadora. Este triste ejercicio en donde su ojo se acostumbra a tomar del primer golpe el lado vulnerable de su adversario, i a arrojar con una mano pronta i segura el dardo que hiere con seguridad i con fuerza, sobre odo los jorobados del bajo pueblo, a quienes nada proteje ni reprende, adquieren ese aire de innoble malicia, esa cínica sonrisa, esa mirada desgraciada i envidiosa, en fin ese espíritu cáustico que el proverbio les señala, sin agregar, ni dar a entender que es el arma de una lejítima defensa, opuesta a una agresion baja i mezquina. Pero aunque Enrique viviera espuesto a las burlas i sarcasmos, su corazon no perdió nada de su nobleza ni bondad. Ocultando sus heridas bajo una máscara de indiferencia o de resignacion, desdeñaba recojer los dardos que le eran lanzados porque no encontraba ningun consuelo en volver el mal que le hacian. Preferia verse burlado, pero bien visto de sus compañeros, amado talvez, a la triste ventaja de ser temido, pero desdeñado. Esta nobleza de alma se pintaba en su fisonomía, cuyos rasgos amables i cuya espresion dulce i melancólica hacian olvidar, sin destruir, el vicio de su estatura.

Despues de una ingrata adolescencia, Enrique avanzaba a una juventud despojada de antemano de todo su prestijio. Sus ojos se habian desilusionado por grados; habia entrevisto el límite de la esfera en que le era permitido moverse i adivinando las rudas lecciones del ridículo, empleaba sus fuerzas en estinguir sus facultades ávidas por manifestarse, i en dominar los movimientos de un carácter ardiente i espansivo. Esto era cuerdo, pero cuando hombre su condicion fué mas triste.

Las cosas mismas que lo habian cautivado hasta entónces, el estudio, el saber, llegaron poco a poco a serle indiferentes, a medida que veia en ellas no un medio para distinguirse en una carrera activa i pública, sino una ocupacion ociosa, una recreacion estéril. Despues de haber vejetado así algunos años, concluyó por resignarse a la oscuridad, i se dejó llevar por sus padres, que hasta entónces habia contrariado en sus propósitos severos sin duda, pero previsores. Le hicieron abrazar la carrera del comercio, i este jóven, oculto tras un mostrador, aplicaba la intelijencia i los talentos, con que habia soñado hacer a sus semejantes un homenaje desinteresado, en aprender como se gana el oro i se aumenta la fortuna.

Estas no eran mas que las primicias de males mas reales. Enrique se aproximaba a esa edad en que nace en el corazon una ambicion mas lejítima i mas imperiosa que la de distinguirse o alcanzar la gloria. Amar, ser amado, conocer las alegrías de un amor participado i la felicidad de una union íntima i tierna, es el voto de la naturaleza, la irresistible tendencia de todo mortal. Esta tendencia nadie la burla sin depravarse; nadie emprende conquistarla, vencerla, sin consagrarse a un largo suplicio cuyos sufrimientos la edad amortigua, pero a que solo la muerte pone término. Tal es sin embargo el destino que amenaza a todo ser disforme, justamente aquellos en quienes largas i secretas amarguras han desarrollado la necesidad de afectos, i a quienes un viudazgo obligado entrega a un amargo aislamiento, eterno i detestado.

Sobre todo es por esto que debe compadecer al infortunado, i que su vista arroja en el corazon un dardo de dolorosa piedad. Un dia un estranjero visitaba una manufactura. Le hicieron notar entre otros a un soldado antiguo que se habia hecho artesano. La fisonomia de este hombre estaba desfigurada de un modo espantoso, por horribles cicatrices. Al verlo el estranjero se conmovió tristemente. ¿Es casado? preguntó. A una respuesta afirmativa, su emocion pareció calmarse súbitamente, i pasó a otro diciendo: «En ese caso guardemos nuestra compasion para otros.» Yo estaba presente; esas palabras quedaron gravadas en mi memoria como estrañas i duras a la vez; hoi encuentro en ellas un sentido tan justo como lleno de humanidad.

Es mui jeneral, en efecto, en las almas ardientes i jenerosas, que hácia la edad del hombre, ese sentimiento que les hacia ambicionar el homenaje i la simpatía de la multitud, cambie de objeto i busque en el amor i la estimacion de una compañera, lo que desespera de encontrar en otra parte. Muchos héroes adolecentes, desvanecidos los sueños de la gloria o náufragos en la esperanza de la inmortalidad,

han venido a abordar el puerto de una oscura i tranquila union. No hai que compadecerlos. Encontrar el amor, verse renacer, descansar la vejez en el hogar doméstico, es llenar su mision, es haber obtenido su parte de los bienes preciosos que parecen prometidos a todos. Pero entrever estos bienes, contemplarlos derramados al rededor de sí, aspirarlos con todas las fuerzas de su alma i no poder jamas alcanzarlos! Vivir en medio de tantas jóvenes i sentirse escluido para siempre de la felicidad de agradar i ser amado no ser para la mujer mas que un monstruo, cuyo homenaje solo podria ser insultante e irrisible.....Ah! eso es ser mas digno de compasion que el último de los miserables; desde entónces comprendo por qué el estranjero de quien acabo de hablar, no compadeciéndose i pasando era un hombre humano i sensible.

Felizmente esta perspectiva de un espantoso aislamiento no se muestra ni desde el primer momento, ni como cierta al desgraciado a quien amenaza, i es por eso, sin duda, qne en lugar de sublevarse con desesperacion contra el rigor de su suerte, llevan hasta el fin el triste peso de una vida sin dulzuras. Cuando mi amigo entró en el mundo, aunque desengañado de mil cosas por una precoz esperiencia, no tenia la idea de que el homenaje de un corazon como el suyo fuese indigno de ser aceptado, que la carrera del matrimonio le estuviese vedada como la del foro o de la guerra. Pero si se hacia ilusiones sobre esto, habia sentido bastantes desengaños para mostrarse tímido cerca de las mujeres, para no querer agradar sino por los encantos de un espíritu amable i bien cultivado, sin tratar jamas de cautivar por la espresion de los sentimientos vivos i mui reales de que estaba lleno su corazon. Esta situacion era un lazo continuo. Lo soportaban, amaban su conversacion, lo buscaban aún con la condicion de que ocupara siempre ese lugar; pero él, para mantenerse siempre ahí, para no provocar nunca ni dejar escapar una palabra de afecto, tenia que consumirse en sus esfuerzos si salia bien, o atraerse bárbaras mortificaciones si manifestaba en sus maneras o en sus palabras el menor signo de una tierna preferencia.

Entónces yo era su confidente; con frecuencia derramaba lágrimas. Yo sabia la causa, pero no lo provocaba a que me descubriese heridas a que no conocia remedio, i él mismo, por cierta repugnancia que sentia en llegar hasta la innoble causa de sus sufrimientos, le gustaba mas dejarme adivinar sus males que hablarme abiertamente. Un dia llegó sin embargo, a decirme: La que amo es bella, es la mas amable de todas!...pero, te juro, que ántes que vivir solo me dirijiria a la ménos bella, la ménos amable, si supiese que aque-

lla a quien los otros no quieren pudiera quererme i amarme! Yo lo alentaba en estos modestos deseos i aprovechando de su abatimiento para combatir la naciente pasion que lo arrastraba hácia una eleccion imposible, le hacia considerar con una esperanza que yo mismo participaba, que limitando así sus esperanzas i renunciando a las ventajas de la figura, seductoras pero pasajeras, no podia dejar de ser feliz.

Estos mortificantes consuelos lo aflijian; tenia demasiado buen sentido para que no los tomara en cuenta i era tal su conducta, que al ménos el ridículo no podia atacar sentimientos cuya existencia nada revelaba esteriormente.

Pero si Enrique escapaba a los dardos de un mundo duro i burlesco el desaliento i la tristeza se apoderaban de él con no ménos seguridad por otro camino, i le quitaban hasta las ventajas que habia adquirido. No tardó en distinguirse en su nueva carrrera: ya la consideracion pública lo rodeaba; delante de él se habria el porvenir de una brillante fortuna, i a él mas que a nadie le obligaba ennoblecer su profesion por la elevacion de su carácter i por el brillo de los servicios que podia hacerle. Pero a medida que descubria la imposibilidad de hacer el homenaje de sus bienes a una compañera de su eleccion, su valor desmerecia a sus ojos, e insensiblemente toda llama de ambicion se estinguió en su corazon. Luego se detuvo en este camino que hasta entónces habia seguido con distincion; redujo su situacion comercial a no ser mas que un simple oficio para vivir, despues dejando romperse la mayor parte de sus relaciones, se desterró de los salones que habia frecuentado i concluyó por concentrarse en una vida taciturna i solitaria.

Un rasgo singular pinta bien la situacion de alma en que se encontraba mi amigo hácia esta época, i dá indicios de los tumultuosos movimientos que mantenian su devorante amargura. Un dia que nos paseábamos juntos dos voces de mujeres, acompañadas del arpa, se hicieron oir a alguna distancia. Enrique sobre quien la música ejercia siempre mucho imperio, se detuvo para escuchar; despues me llevo hácia el lado de donde parecian salir las voces. Era el patio silencioso de un rico palacio. Encontramos dos cantatrices.

Estas dos mujeres cantaban una balada antigua. Habia en sus maneras, en su compostura cierto aire de honradez i decencia. Una de ellas jóven i tímida niña, parecia hija de la otra.

Cabellos de un rubio pálido i sedoso caian sobre su frente tostada por el sol, largas pestañas crespas velaban su mirada modesta, i sus facciones eran una mezcla de gracia delicada i de rudesa salvaje, cuyo poé-

tico atractivo no se encuentra sino entre las mujeres que llevan una vida errante i aventurera. Viendo su juventud así espuesta a las miradas groseras de la multitud no se podia evitar un sentimiento de compasion, i se contemplaba con cierta melancolía esa tierna planta abandonada a las injurias del aire i floreciendo léjos del suelo natal bajo las amenazas de las tempestades del cielo i el ultraje de los transeuntes.

Pero, lo que para los otros no es mas que una fujitiva impresion, es a veces bastante para conmover profundamente un corazon enfermo. De pié, inmovil a mi lado, mi amigo contemplaba esta niña con una tierna piedad. A los sonidos de estas melodías poco variadas, pero dulces i sencillas, sus facciones se animaban de un rayo de sentimiento, i las lágrimas mojaban sus párpados. Parecia pasar por el encanto de esos sueños embriagadores, de esos trasportes sin causa, que hacen surjir del seno del alma un canto espresivo, i que su corazon latia de reconocimiento hácia esta jóven, cuyos acentos le procuraban esta pasajera pero viva felicidad. Como en jeneral estas emociones no hacian mas que agravar mas tarde su ternura, quice disiparlas alejándome pero él no me detuvo ni me siguió. Despues de una balada cantaron otra: la jóven vino enrojecida a recojer nuestra ofrenda; despues se retiraron para principiar un poco mas léjos. Nosotros las seguimos toda la tarde.

Cuando las dejamos, Enrique permaneció largo rato silencioso i preocupado hasta que al fin dando espansion a su pensamiento: «Quién arrancara a estas mujeres, dijo bruscamente, de este trabajo abyecto i penoso?.... Quién pondrá a esta niña en el lugar que es digna de ocupar?... Nó, agregó, no se enrojece así, ni tiene esa mirada tímida, ni esa frente casta, la que no es honrada i pura...»

Hablando así con un acento apasionado, Enrique me miraba fijamente como para penetrar la impresion secreta que me hacian sus palabras. i como incierto yo mismo del sentido que debia darles no me atrevia a responder: «Soi yo! replicó con vehemencia. Soi yo quien querria ponerla, en el lugar de que es digna!...pero ella no lo querria de mí, i tú no te atreves a decírmelo!» al concluir estas palabras su voz se alteró i las lágrimas vinieron a sus ojos.

«Enrique, le dije, Enrique te engañas. Podia comprenderte? yo creo que esas mujeres son honradas, pero cómo crees que la opinion te perdone el escándalo de semejante union?...»

Estas palabras lo llenaron de furor i desesperacion. «La opinion! me interrumpió palideciendo de desden; sacrificarme yo a la opinion! Con qué título? Qué le debo?... La opinion! la odio, la desprecio, la desa-

fío.... no quiero sufrir ni morir por ella, entiendes Luis?.. La opinion! el escándalo! Ah! Si solo esas fuesen las barreras!... Pero nó, dime la verdad, dime que una niña que yo hubiese recojido de la calle es todavía un partido demasiado precioso para que yo pueda pretenderlo... dime que estoi condenado a vivir solo i miserable.... dime que tú, mi amigo, no puedes dejar de aceptar esta condenacion...» No pudo continuar; los sollozos ahogaron su voz.

Así concluyó esta conversacion: no se trató mas de estas mujeres, pero Enrique mui luego cayó en un triste abatimiento. Desde ese dia nuestras relaciones fueron ménos íntimas. Él encontraba mi conversacion i hasta mi silencio, crueles; i como si desconfiara de mi amistad, la suya se enfrió insensiblemente. Algunos meses despues, sin decirme nada hizo una declaracion a una niña que no era bonita ni rica. Rechazado, arregló sus negocios sin misterio pero sin hacer conocer sus proyectos, i luego despues se supo que habia dejado la ciudad. Mucho se habló sobre su partida clandestina; i yo mismo ignoraba el destino de mi amigo; cuando despues de siete años de silencio, he recibido en dias pasados la carta que se va a leer, i entónces escribí las pájinas que preceden.

«Te acuerdas, Luis, de un pobre jorobado a quien amaste, soportaste i consolaste? Hoi es casado, padre i contento como...como no lo ha sido hombre sin joroba. Es él quien te escribe.

«La desgracia ágria i ciega. Cuando partí me detestaba i ya no te amaba, hoi pienso con lágrimas en los ojos que he podido desconocer tu larga i paciente amistad, i mi corazon no puede perdonarse haber sido ingrato contigo.

«Tengo una compañera, Luis! Esa felicidad que tanto he soñado, la siento en toda su plenitud! Dios me ha sacado del borde del abismo en que me arrojaba mi desesperacion, para elevarme a la condicion de hombre i de padre, cuya felicidad corresponde a todo lo que se figuraba mi imajinacion. A nuestro lado crecen tres niños, cuya vista sola me colma de placer i me hace amar con adoracion a la que me los ha dado. Luis, di a tus señoritas que se casen con jorobados. En verdad creo que un jorobado puede ser el mas afectuoso sino el mas seductor de los maridos. Su mujer para él es mas que una mujer, es una providencia que lo ha salvado; no se cree su igual, pero sí su reconocida creatura; sobre todo, sobre todo! no puede olvidar jamas que dándole ese afecto a que él no podia aspirar, le ha puesto en posesion de las alegrías del cielo del que estaba desheredado, i su corazon entero no es bastante para quererla dignamente.

«Cuando partí no fuí a decirte mis proyectos, porque no los tenia,

querido amigo. Mi solo deseo era huir de esos lugares donde habia sufrido tanto, i alejarme lo mas que me fuese posible. Así, cuando despues de algunos dias en Paris, me propusieron pasar a América para concluir unos negocios de que dependian grandes intereses, me apresuré a aceptarlo i poco despues viajaba sobre el océano.

«El navío estaba lleno de pasajeros. Entre ellos noté un jóven como de veinte i cinco años, cuyo aire grave i triste desde los primeros dias atrajo mi simpatía. Fuí a su encuentro; hablamos. Él parecia atacado de algun mal que soportaba con tranquilo valor. Este mal se agravó mucho en la travesía, que fué larga i penosa, i estábamos ya cerca de tierra i creíamos sinembargo poco probable desembarcarlo vivo. Su jóven esposa no lo dejaba un instante; yo recuerdo que, testigo de los tiernos cuidados que le prodigaba, miraba al pobre moribundo con ojo envidioso i habria comprado con todos los bienes que me quedaban el placer de morir en los brazos de esta anjélica creatura.

«Este caballero era un jóven eclesiástico lleno de fé i desinteres, que iba a uno de los distritos alejados del oeste, para servir a una iglesia naciente. Su hermano establecido desde algunos años en ese contorno lo habia llamado. Fué él mismo quien me contó esto. Pero, añadió un dia que su mujer no nos oia, dudo poder llegar allá abajo! Lo que pido a Dios, pues que me llama, es que me deje tiempo para poner a mi mujer bajo el amparo de mi hermano..... Estas últimas palabras lo conmovieron mucho a pesar de su esfuerzo por dominarse, i principió a rogar a Dios en términos tan sencillos i con tanto candor de fé, que no podia encontrar estraño que pasase así, delante de mí de la conversacion a la oracion.

«Vivió así hasta llegar a tierra. Su aislamiento me hacia necesario, i yo encontraba el olvido de mis penas en la idea de no ser inútil a estos dos aflijidos. A fin de acomodarme a su situacion que pedia la mas estricta economía fuí a escojer entre los hoteles de Nueva York el mas modesto i me establecí con ellos. El reposo i sobre todo el cuidado de un habil doctor, suspendieron algunos dias el progreso de la enfermedad, pero sin dar a este infortunado la esperanza desanar i vivir. Como siempre, nos sucedíamos su mujer i yó a su cabecera, aprovechaba estas ocasiones que tenia de verlo solo para calmar las agonías que le causaba la próxima separacion de su jóven esposa. Le prometí que yo mismo la conduciria al lado de su hermano cuando hubiese terminado los negocios que me habian traido a Nueva York i que si ella no se determinaba a quedar cerca de él la llevaria a Europa para ponerla en manos de su familia. Estas promesas le devolvieron la calma. I solo se ocupó de su esposa para pre-

pararla a una próxima separacion, i sostenido hasta el último momento por las esperanzas de la fé se estinguió tranquilamente al cabo de pocas semanas.

«Así quedé protector de su viuda. Nuestra situacion era equívoca a los ojos del mundo, pero para nosotros clara i netamente definida, porque Juana, es el nombre de esta jóven señora, habia sabido por su mismo marido mis promesas i el consentimiento que les daba. La veía todos los dias, i tú conoces bastante, Luis, cual era la situacion de mi alma en esa época, para adivinar sin que yo te lo diga, los sentimientos que debieron luego nacer en mí; pero entónces como ántes evitaba espresarlos i contentándome con cumplir las promesas que habia hecho miraba como una felicidad tener al ménos que protejer i servir a la que idolatraba en el fondo de mi corazon.

«Así vivimos un año dejando de mes en mes nuestra partida hasta que terminasen mis negocios. Despues emprendimos un viaje de mas de novecientas millas, hasta los contornos perdidos del oeste. Juana sensible a mis cuidados me manifestaba con frecuencia su vivo reconocimiento; despues hablamos de su porvenir, de su familia, del pais que recorríamos i el lazo de una intimidad que para ella era dulce, i sin combate se estableció entre nosotros.

«Ella unia a una alma sencilla un espíritu cultivado, por eso encontraba en su conversacion un atractivo bastante grande para hacerme olvidar, miéntras estaba a su lado el espantoso pensamiento de que nunca seria nada para ella. Sin embaago ella adivinaba en mí alguna pena secreta, i en el cuidado que tenia en no detenerse nunca sobre cierto sujeto, que juzgaba principiaba a serle conocido.

«El lugar en que se habia establecido el cuñado de Juana era una de esas pequeñas poblacioncitas que se levantan por todas partes sobre los confines del desierto, para ser pronto abandonados por los emprendedores colonos que avanzan sin cesar en estas soledades. Llegando nos encontramos rodeados por los habitantes de esta pintoresca aldea, quienes nos indicaron la habitacion que buscábamos; pero al mismo tiempo nos dijeron que no encontraríamos al dueño. La misma enfermedad de que habia muerto su hermano lo habia llevado al sepulcro dos meses ántes. Habia dejado sus bienes al esposo de Juana, pero la muerte de este los hacia pasar a otro hermano que estaba en Europa, i la jóven se encontraba de ese modo desprovista de todo recurso.

«Con esta noticia el desaliento se apoderó de Juana; se vió abandonada del cielo i de los hombres en medio de este lejano contorno i cediendo a un trasporte de desesperacion se arrojó en mis bra-

zos i me cubrió de lágrimas. Este movimiento de una mujer jóven que parecia implorar mi proteccion i entregarse a mí como al solo amigo que le quedaba sobre la tierra me hizo sentir la imprecion mas fuerte que he rebibido he en mi vida..... la felicidad, la turbacion me quitaron la voz, apenas respiraba; un rayo de esperanza que acababa de abrirse paso en mi corazon me arrojó en medio de tumultuosos sentimientos i del delirio mas poderoso de la alegría. En este momento Luis, cambió mi ser; una intransijible barrera habia caido; estaba como desatado de esas cadenas de temor ide vergüenza que tantos años, pesaban sobre mi corazon. Cuando estuvimos mas tranquilos, me atreví a hacer a Juana la libre confesion de mis sentimientos, i le propuse unir nuestras suertes, cuando nuestra situacion fuese mas fija i ménos precaria. Ella me esouchó con emocion, pero sin sorpresa i convencida que era una sincera afeccion i no un sentimiento de piedad por su situacion lo que me sujeria este pedido, me dijo con sencillez: «Yo seré su mujer, señor Enrique. Ojalá que pueencontrar en mi una compañera digna de Ud. es el deseo de mi corazon mas injenuamente confesado.

«Desde este momento, mi querido amigo, principiaron para mí los dias de una felicidad constante i sin nubes. Bendigo la Providencia que por un misterioso camino i circunstancias estrañas, me ha conducido como de la mano delante de el solo bien de que estaba ávido, i que me lo ha hecho encontrar cuando me creia mas léjos. Tales han sido sus beneficios para conmigo, hoi la afeccion, el sentimiento i la alegría se dividen mi corazon, i que mi condicion presente saca de las agonías i miserias porque he pasado, un encanto indecible.

«Juana habia perdido su padre i madre, no le quedaba en Europa mas que un tio cargado de familia; así es que la necesidad mas que el afecto la habran hecho volver; yo mismo, no habria vuelto, sino con repugnancia. Estaba seducido por la idea de vivir en medio de esa sociedad nueva en cuyo seno acababan de abrirse dias tan felices. El lugar en que vivíamos era encantador, apénas cambiado por los primeros trabajos del hombre, salvaje i silencioso i sinembargo animado en algunos puntos por el movimiento de nuestra civilizacion. Deseaba entrar en este movimiento i vivir con esa vida sencilla i primitiva, donde los afectos de familia que relajan vuestras costumbres i vuestros mundanos placeres, se estrechan, se encuentran i se gustan en su sabrosa plenitud. Comuniqué mis deseos a Juana que los participó i ya no pensamos mas que en ejecutarlos. Me presenté para comprar la casa i la propiedad del cuñado de mi mujer i habiéndolo obtenido por un precio módico deposité una suma que despues pasó a los herederos

He aquí mi historia querido Luis: puedes figurarte el resto. He fundado una ciudad, descuento i soi uno de esos activos trabajadores que recorren, levantan, trasportan i cambian por su accion imperceptible pero constante, la faz de este vasto continente. Yo elijo, voto, tengo todos los derechos políticos, que visto mi carácter i mis tendencias naturales es lo único que me pesa i fatiga en este admirable lugar. Pero es un mal pasajero, i cuando he gritado, elejido, votado todo un dia, encuentro a mi Juana i los niños juzgo admirables, sublimes, las instituciones políticas de un país donde tengo una mujer i tres hijos.

«Hai en nuestra colonia otros tres jorobados; felicitame porque me encuentro en su compañía, pero no los compadezcas, Luis, la joroba no les pesa mas que la mia ahora, aunque dos no son casados todavía pero encontraran mujer cuando quieran. Aquí a los indijentes es decir a los perezosos solo les falta. El matrimonio no es, desenlace de una inclinacion delicado o de una romanesca pasion sino una sencilla union: no se trata mas que de unir la actividad de una compañera a la de uno i tener un hijo todos los años. El hombre trabajador, industrioso, habil en los negocios i de buena salud, aunque sea de ingrata estatura, puede escojer entre las niñas mas bonitas i ser preferido a un Adonis que no sabe tratar una compra, esplotar un terreno, ni preveer una ganancia. Si hubiese nacido en este rincon del mundo con las aptitudes que he tenido para los negocios, habria sido el primer partido de este lugar i me habria evitado muchos sufrimientos. Sin embargo no debo quejarme de mi destino. He sufrido bastante pero he gozado demasiado. Seré uno de esos hombres felices cuya felicidad me causa mas alegría que envidia, i de otro modo mil sentimientos vivos, en que encuentro el encanto de mi existencia, me serian desconocidos.

Enviennos sus jorobados, nosotros les encontraremos mujeres. Pero a proposito de esto ¿qué poderoso dominio tiene essa opinion con sa que quisistes meterme miedo un dia. En este país un jorobado igue su camino, no encuentra ningun obstáculo si es activo industrioso honrado, aunque sea mediocre; es esposo, padre, juez, presidente i qué sé yo? I en en este pais tan orgulloso, tan fanatico, por la democracia, la libertad, la igualdad, un hombre, si es bello bravo, honrrado pero negro, si es bueno, jeneroso, amable, pero mulato;-si es activo, industrioso habil i emprendedor pero mestizo ese hombre está como marcado de una indeleble mancha, es rehusado, despreciado, para siempre de todo cambio de afeccion, de todo lazo de sociedad de familia con los blancos, no se casan con sus hijas, no se sientan en su mesa, está alejado en la ciudad, en le teatro, en

las iglesias.....Ved la opinion, la opinion libre, republicana por excelencia, orgullosa i envanecida con sus teorias de democracia i de igualdad encuentra estos justo, ordinario, natural! Qué barbara locura, inconsecuencia gratuitamente inhumana!... Todavía ese proceder burlesco i cruel que en vuestras políticas sociedades se encarniza contra los desgraciados como yo ataca a seres diformes realmente repulsivos! Los que hacen uso de eso no hacen alarde de ser jenerosos ni humanos por excelencia, i atormentando i despedazando a sus víctimas no se orgullecen de su dulzura, ni se vanaglorian de su caridad.

«Pero alejemos de nuestro pensamiento este triste asunto; no me faltarian cosas mas interesantes si no fuese preciso concluir esta larga carta. Querido Luis, cuan precioso me seria la intimidad de un amigo como tú, en esta tierra sobre todo, tan fecunda en interesantes, espectáculos donde la raza humana venida ayer, se forma un destino nuevo, donde la sociedad se desarrolla a nuestros ojos, donde tantas cuestiones controvertidas por tantos siglos reciben por vuestros pensadores, diariamente en este suelo vírjen i en una nacion sin precedentes la la solucion de la práctica i de la esperiencia; al cabo de cada idea nace un hecho que la hace sensible a los ojos, que la coloca delante del pensamiento i sirve de base a una investigacion animada, viva i llena de atractivos para un espíritu curioso! I si reanudando nuestros antiguos hábitos dejásemos la ciudad para errar por los campos qué cosas nos presentarian agradables, encantadoras en nuestros paseos esos lugares, donde la naturaleza reina como soberana desde la creacion, en esas soledades sombrías, verdes, silenciosas, llenas de grandeza i de misterio, donde los ojos van de maravilla en maravilla, donde el pensamiento crece i se purifica, donde el hombre débil i perecedero se encuentra cara a cara con las obras del eterno poder i se siente como un temblor de relijioso respeto i se refujia i se acoje con amor i timidez bajo las alas de labondad eterna! Oh mi amigo, si estas emociones me llenan cuando ando solitario en este desierto, que seria si las participásemos juntos! Las jentes que me rodean no sienten nada de esto; son aventureros sin sensibilidad; relijiosos sin poesía; yankes puros, yendo, viniendo, especulando, no viendo en los mas sublimes objetos mas que una materia que esplotar i en los encantos tan verdaderos de la contemplacion mas que el modo mas seguro de fastidiarse mortalmente. No deseo de los años de otro tiempo mas que la felicidad que tenia de verte todos los dias. Hace tiempo he olvidado la caballería; lo que he visto del foro me ha hecho disgustarme de él, no me queda mas que una vaga imájen de este niño por quien sentia un impetuoso sentimiento; por

miéntras viva sentiré que el destino me haya separado de ti, i si algun dia hago un viaje a Europa; serás tú, tú solo mi querido amigo el que me lleve.»

M. O. L.

BIBLIOGRAFIA

El Mito de Votan por M. H. de Charencey.—1 vol. en 8.° Alenzon Broise.

En este trabajo, Mr. de Charencey se propone establecer la filiacion asiática de las leyendas históricas del pueblo mejicano, i atacar de frente la hipótesis del orijen indíjena de las civilizaciones del nuevo mundo Apoya su demostracion en un estudio profundo del mito de Votan, héroe fabuloso, bajo cuyo nombre descubre la personificacion de una era antigua de la historia de las naciones centro-americanas, i cuya leyenda recuerda bajo mas de un aspecto las de Chira—Ruang, Tsanti, de Teseo, quizá aun de Krischoa. Este sabio estudio contribuirá sin duda a difundir el gusto de las investigaciones de mitolojía americana, tan descuidadas hasta ahora, i sin embargo, tan propias para hacer arribar a resultados por demas interesantes.

REVISTA DE LA QUINCENA

Santiago, diciembre 16 *de* 1872.

Indudablemente, el jefe de la Aduana de Valparaiso no sabe leer en el porvenir. Encerrado en la modesta esfera de sus atribuciones fiscales, su señoría trataba de poner atajo a la constante desercion de sus mas laboriosos subalternos. El señor Zañartu creyó que el mal se hacia sentir en esa Aduana i en todas las oficinas de la república, i pidió que se aumentara en un 25 por ciento el sueldo de todos los servidores del Estado. En su forma primitiva, la indicacion del señor Zañartu era una simple cuestion de presupuesto que no parecia destinada a introducir una fuerte preocupacion en los espíritus. Aparte de los interesados, pocos la aceptaban sin darse el derecho de ampliarla o restrinjirla. Los unos preferian el aumento progresivo, los otros sostenian el aumento proporcional, los mas creian indispensable la prévia reorganizacion de nuestro mecanismo administrativo. Felizmente para el proyecto orijinal, los conservadores se alzaron en su contra. Las elecciones están próximas; la esperanza habia sonreido ya a los funcionarios públicos, i era de una hábil política hacer que la reorganizacion de esta esperanza no viniera sino despues de verificadas las elecciones. El clericalismo debia dominar en el Congreso próximo, i era de una hábil política tambien hacerse acreedor a la gratitud de los empleados. No participaba de esta opinion el presidente de la república en quien se sospecha el deseo de constituirse un partido personal. El clericalismo resolvió oponerse a la indicacion del señor Zañartu, i S. E. resolvió modificarla haciendo que el clero no estuviera comprendido en ella. Desde este instante, la cuestion

adquiria una importancia capital. Eliminar a los eclesiásticos de la nomenclatura de funcionarios a quienes el aumento debia favorecer era relegar a la Iglesia a segundo término posponiendo el servicio divino al servicio civil i militar. El presidente de la república, aunque de creacion conservadora, heria en lo mas vivo al partido conservador. La mayoría del ministerio, de creacion presidencial, acojia con placer el pensamiento de S. E. El señor Cifuentes, representante ante S. E. del partido conservador, entraba en completo desacuerdo con sus colegas de gabinete i con el presidente de la república. La marcha gubernativa podia transformarse i, separándose el señor Cifuentes, debia secularizar la administracion. Así lo comprendió el señor Blest Gana, que se hizo el porta-voz de S. E., i así lo comprendieron todos los diputados liberales que prestaron al señor Blest su cooperacion mas decidida. La causa de los conservadores estaba perdida de antemano, i el señor Tocornal tuvo el honor de pronunciar el discurso de despedida. Una mayoría abrumadora acordó aumentar en un 25 por ciento el sueldo de los empleados civiles i militares; i algunas horas despues, el señor Cifuentes, que no habia creido oportuno asistir a la sesion, pudo saber de boca de sus amigos que los ministros de Hacienda i del Interior habian sostenido calorosamente un proyecto en que se hacia la mas completa abstraccion de los funcionarios eclesiásticos.

Como era justo, la renuncia del señor Cifuentes se aguardaba hora por hora. En los dos dias siguientes a la catástrofe, el *Independiente* estudió con mucha ciencia la trata de Coolíes a propósito de las dificultades ocurridas entre el Japon i el Perú. La renuncia no venia, el público se impacientaba, i al notar la impaciencia del público se manifestó profundamente sorprendido el partido conservador. ¿Por qué iria el señor Cifuentes a separarse del ministerio? No es una cuestion política la que la Cámara ha resuelto. ¿De cuándo acá es asunto de gabinete el sueldo de un oficial de pluma o de un vista de la Aduana? Se ha discutido i se ha votado un simple negocio administrativo. El señor Cifuentes posee todavía la confianza de S. E.! I sin embargo S. E., que habia consultado a sus demas ministros, no se habia acercado al señor ministro del Culto para pedirle su opinion sobre una idea que afectaba desfavorablemente los intereses del Culto; i los colegas del señor Cifuentes defendian en la Cámara una proposicion que fuera de la Cámara combatia el señor Cifuentes i que dentro de la Cámara combatia el partido conservador, creador del señor Cifuentes. Los dias pasaron, la cuestion llegó al senado i los senadores la resolvieron en el mismo sentido que los diputados. El señor Cifuentes permanecia firme todavía i hubo razon para decir que es

ta firmeza sentaba mejor en un soldado ruso que en un ministro de Estado. En la táctica parlamentaria no hai necesidad de oir la voz de mando para caer.

¿ Ha sido acaso un mal la reserva en que la Cámara se mantuvo a propósito de los móviles que la impulsaban a aceptar con entusiasmo la proposicion del señor Blest? Pero ni la manifestacion de estos móviles fué exijida ni la unanimidad de opiniones que poco ántes andaban divididas la hacia necesaria. El proyecto del señor Zañartu, mal acojido en su oríjen, reunió las simpatías de todos los hombres de libertad apénas modificado por el señor Blest. La aprobacion de un pensamiento que imponia al fisco un gravámen de 400 mil pesos sin tomar en cuenta las diferencias de fecha, de trabajo i de personal que existen entre las diversas oficinas públicas, tenia su esplicacion en la importancia política que todos le atribuian.— Los intereses del Estado van a perjudicarse, esclamaba un diputado respetuoso del tesoro.— ¡ Qué importa ! le contestaba otro mas respetuoso del progreso. Ayer hemos dado cien mil pesos para combatir la epidemia de viruela, i ¿ la estirpacion del clericalismo no valdrá 400 mil?

Los vale indudablemente, porque en los pocos meses que ha permanecido al frente de los negocios públicos el partido conservador ha hecho retroceder un siglo los adelantos de este pueblo. La instruccion, que habia adquirido un considerable desarrollo, hoi dia va marchando hácia atras con una rapidez desesperante. Invocando maliciosamente palabras que siempre arrastran simpatías, se ha establecido la libertad de la enseñanza para que la ignorancia se constituya en monopolio. Con la tenacidad mas persistente, se ha ido hostilizando hasta en sus últimos baluartes la instruccion verdaderamente digna de este nombre. En unas partes, se venden a vil precio exámenes cuya validez se veobligado a aceptar el Consejo Universitario; en otras, la ciencia se falsifica i el dominio del error se perpetúa. Como siempre, el clericalismo se apodera de los espíritus en su infancia, i el Estado, que soñaba ántes de hoi con la ilustracion de la juventud, le facilita los medios de obtener sus títulos aquí por un puñado de dinero, allá por una profesion de fé que la ligue a los intereses de una secta. Esa ha sido la obra del señor ministro de instruccion que ha llevado su abnegacion de partidario hasta el estremo de sacrificar su pais a su partido i de colocar la ciencia en una vergonzosa subasta pública que ha hecho enrojecerse las mejillas de mas de uno de sus amigos en el consejo de la Universidad.

En medio de ministros que habian sostenido ardientemente una proposicion por él ardientemente combatida, al lado de un presidente

que se habia acordado de todos ménos de él para consultar la conveniencia de un proyecto que colocaba en una dolorosa condicion a los funcionarios eclesiásticos, en presencia de un congreso que por una mayoría enorme habia negado a una corporacion numerosa i considerable los beneficios de un acto de reparacion que a los otros concedia, en frente de un pais que atribuia a esta evolucion la mas importante significacion política i que aplaudia con entusiasmo la separacion forzada del partido conservador, el señor Cifuentes era un huésped a quien si no se mostraba la puerta por que debia salir no se ofrecia tampoco el asiento que debia ocupar. Aunque tarde, su renuncia vino al fin i el presidente de la república se dió el placer de no aceptarla. ¿Qué significaba esta negativa de S. E.? La urbanidad tiene sus fórmulas. Siempre se invita a permanecer al importuno, pero acceder a la invitacion indica jeneralmente que o se abunda en candidez o se carece de decoro.

¿Cómo ha podido la negativa de S. E. destruir las desagradables impresiones que en el ánimo del señor Cifuentes i en el de los amigos del señor Cifuentes ha debido producir necesariamente su conducta? ¿Cómo sin un doloroso sacrificio de la delicadeza personal podrá reinar la armonía en un gabinete anárquico en que para contrarestar la accion de un ministro que en alta voz se reconoce ultramontano hai otros cuatro que en voz no ménos alta i a nombre de S. E. combaten los intereses mas sagrados del partido ultramontano? O el señor Cifuentes, resignándose a la humilde condicion de actuario del presidente de la república, continúa en su puesto por simples consideraciones de granjería que nadie tiene el derecho de suponer en un hombre que hasta hoi ha servido eficaz i valerosamente a su bandera, o el presidente de la república ha tenido que dar repetidas satisfacciones para el pasado i garantías sólidas para el porvenir.

¿Las esperanzas que su renuncia habia hecho concebir tendrán que desvanecerse como tantas otras i habrá que resignarse a contemplar la propagacion de este excepticismo político i de esta indiferencia por los negocios públicos que hoi forma el mas poderoso auxiliar de los gobiernos conservadores? Todo depende del jefe del Estado. ¡No se conmoverá la opinion pública que juzgó inoportuno vijilar los procedimientos de las mesas calificadoras! I si mañana se propone un franco voto de censura contra este mismo señor Cifuentes ayer indirectamente censurado, será mui de temer que lo asegure en su puesto mayorías no ménos considerables que las que hoi lo han tenido a punto de naufragar.

FANOR VELASCO.